

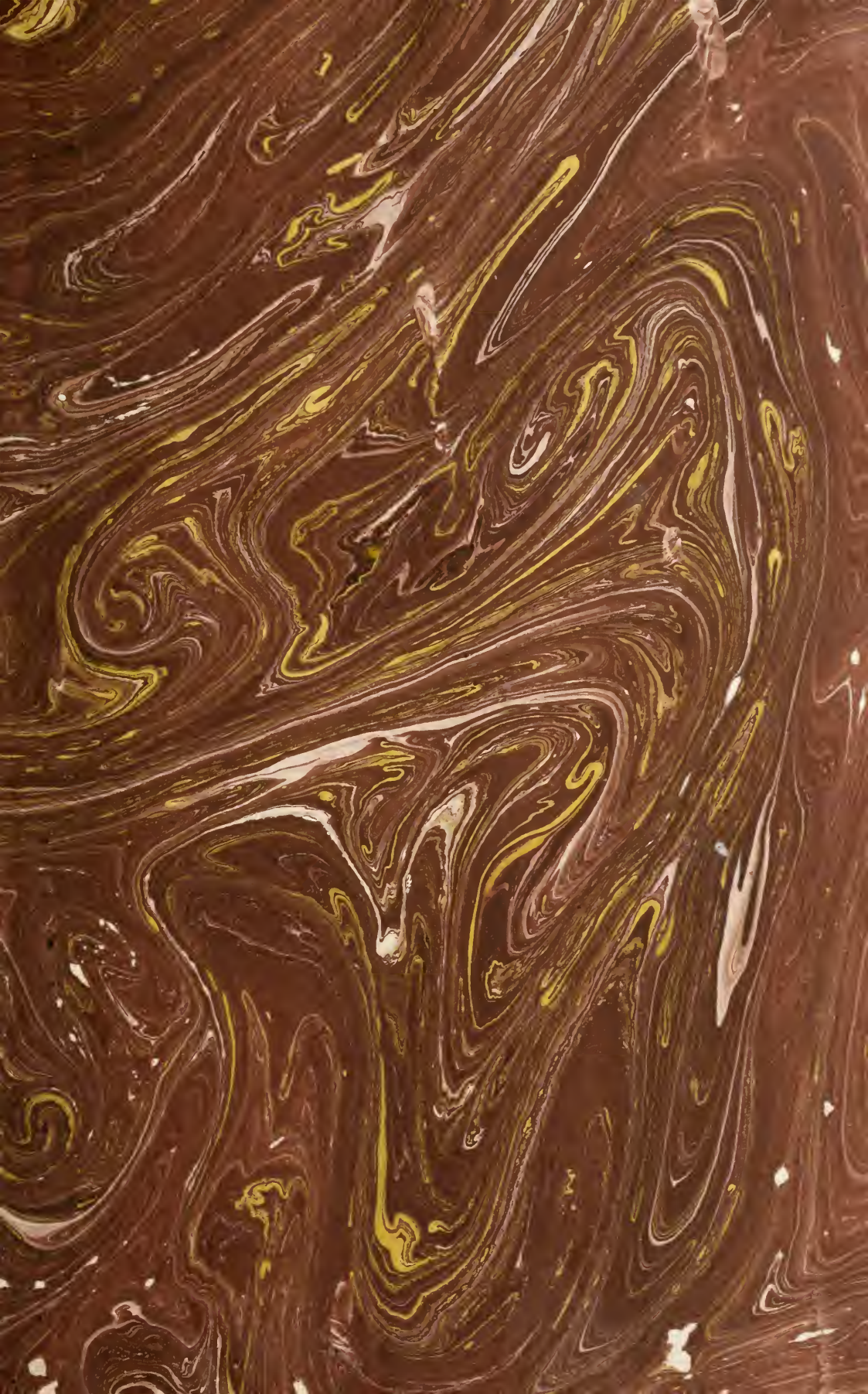


3 1761 05087786 9














*Presented to the*  
LIBRARY *of the*  
UNIVERSITY OF TORONTO

*by*

**THE DEPARTMENT OF  
SPANISH AND PORTUGUESE**





Digitized by the Internet Archive  
in 2009 with funding from  
University of Toronto













OBRAS

DE

LOPE DE VEGA





OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
(NUEVA EDICIÓN)  
OBRAS DRAMATICAS

TOMO IX



MADRID  
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.  
1930





# PRÓLOGO

---

Comprende este volumen veinte comedias de Lope de Vega. Hay alguna completamente desconocida hasta ahora en la lista bibliográfica del gran dramático (*El Sastre del Campillo*), y otras definitivamente incluídas entre las suyas, disipadas las dudas de su atribución (*La selva confusa*, *El satisfacer callando* y *El silencio agradecido*). Dos se reproducen según los manuscritos autógrafos (*Quien más no puede* y *El sembrar en buena tierra*).

Una se basa en leyenda de santos (*Púsoseme el Sol...*), otra en hechos históricos de nuestra Edad Media (*El Sastre del Campillo*), y las demás son obras de enredo o de costumbres, bien cortesanas, bien escolares.

Su valor literario es muy diverso, destacando, a nuestro juicio, las tituladas *Púsoseme el Sol...* y *El sembrar en buena tierra*.

Procuraremos dar idea sucinta de cada una de ellas.

## I.—Púsoseme el Sol, salíome la Luna.

El texto que reproducimos está en la supuesta *Parte XXIX de Comedias de Lope de Vega* (1), añadiendo las variantes que contiene

---

(1) Este volumen está descrito por don Emilio Cotarelo en el tomo V de esta Colección de Obras de Lope de Vega, pág. 5, en esta forma:

“Es un volumen facticio, compuesto de varias comedias sueltas y dos que pertenecieron a una *Parte* hoy desconocida, pero al cual se ha puesto una falsa portada que dice:

*Doze Comedias de Lope de Vega Carpio Parte veynte y nueue* (Diez floroncillos). Con licencia. En Guesca, por Pedro Luson. Año de 1634. En 4.º

En la hoja segunda lleva los “Títulos de las Comedias”, sin nombre de autor, por este orden: 1. *La Paloma de Toledo*; 2. *Donde está su dueño no está su dueño*; 3. *Querer más y sufrir menos*; 4. *Los Mártires de Madrid*; 5. *La próspera fortuna de don Bernardo de Cabrera*; 6. *La Aduersa fortuna de don Bernardo de Cabrera*; 7. *Las*

el manuscrito núm. 16.986 de la Biblioteca Nacional de Madrid (1) No nos ha sido posible encontrar ahora en la Biblioteca Nacional la *Parte XXII, extravagante*, de Zaragoza, 1645, donde figura la comedia, según Rennert y Castro (2) y Menéndez y Pelayo (3). Como de Lope y en edición suelta se conserva en el British Museum.

En el ejemplar de la *Parte XXIX, extravagante*, que guarda nuestra Biblioteca Nacional, se atribuye por un anotador manuscrito anónimo a Andrés de Claramonte. Esta misma atribución daba La Barrera, siguiendo a Medel, aunque Medel da como de Lope una come-

*Mocedades de Bernardo del Carpio*; 8, *Púsoseme el Sol, salióme la Luna*; 9, *El Cerco del Peñón de Vélez*; 10, *El Cantico venturoso*; 11, *Un gusto trae mil disgustos*; 12, *El Hombre de mayor fama*.

A la vuelta dice: "Licencia. Tiene Pedro Lusón (no Blusón) licencia para que por una vez pueda imprimir doce comedias, que intitula parte veynte y nueue, de Lope de Vega Carpio. Dada en Guesca, a 10 de Março de 1634. Doctor Martín Damasceno."

"No me esforzaré en probar que esta licencia es apócrifa, como las demás preliminares, porque lo demuestran la falta de privilegio, aprobaciones, tasa y erratas; el nombre de Pedro Lusón (que no ha existido), el modo de escribir *Huesca* y otras circunstancias que irán saliendo, ya que este tomo, uno de los más importantes de la bibliografía dramática española, y además único, no es todavía bien conocido.

La primera comedia lleva la numeración desde el folio 121 y termina en el recto del 140, con la vuelta en blanco. La segunda va del folio 58 al recto del 81 y la vuelta en blanco, sin reclamo...

Las demás comedias son sueltas y pertenecen a familias diversas algunas; pero la 4.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 10, 11 y 12 parecen de la misma imprenta por los adornos, en especial el de las cabeceras. Las 3.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> son semejantes entre sí; la 9.<sup>a</sup> difiere algo de las anteriores."

(1) El manuscrito 16.986 de nuestra Biblioteca Nacional contiene:

*Guarda*.—"Primera jornada de Santa Teodora."

*Texto*.—"Púsoseme el Sol, salióme la Luna."

Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Hablan en ella las personas siguientes."

Al fin de la jornada 1.<sup>a</sup> (19 folios, foliación moderna):

"Estrena esta comedia Alonso Caballero con su Compañía en la villa de Alcázar a 15 de junio de 1642. Quiera la fortuna no la yerre Alcocer, como las demás, por no tenerlas estudiadas."

Al fol. 20 vto.: "Por comisión del Sr. Vicario general he visto esta comedia y se puede representar. En Zaragoza a 23 de Noviembre 1655. El Licenciado Joseph Ibar."

La jornada 2.<sup>a</sup> acaba al fin del fol. 39.

La jornada 3.<sup>a</sup> está falta al principio de un folio. Empieza con los versos: "de la culpa que le da / que la que fué sin decoro...", hasta el fol. 58.

Tiene señales de pasajes acotados para suprimirlos, con las palabras al margen "no, no"; y a veces "sí, sí", como rectificando. Otras veces se ven nombres: "Salazar, Villarroel", que serían los cómicos.

(2) *Catálogo de las comedias de Lope de Vega* en su *Vida de Lope de Vega*. Madrid, 1919, pág. 511.

(3) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Madrid, Suárez, 1919, tomo I, página 281.

dia titulada *Santa Teodora*, que La Barrera y otros han confundido con el *Prodigio de Etiopía*. Pero Chorley, en las adiciones manuscritas a su catálogo, hace la siguiente observación, que Menéndez y Pelayo, juzgándola atinadísima, la reproduce, y de él Rennert y Castro: "No me parece absolutamente cierto ser esta la pieza que se cita con el título de *Santa Teodora*. Verdad es que hay en ella una Teodora, de quien se dice que en lo futuro será reputada por Santa, pero en la comedia no llega a serlo, y se ha de advertir que el *prodigio de Etiopía* no es ella, sino un negro prodigioso, cuyos extremos y atrevimientos forman el asunto principal de la obra. Me parece, por lo menos, posible que Medel citase bajo ese título la comedia de Claramonte *Púsoseme el Sol, salióme la Luna, Santa Teodora*, que va con el nombre de Lope en la parte veintinueve de *diferentes autores*, y corre también suelta como suya, y cuyo asunto es la vida de dicha santa."

Si se analiza, aunque sea ligeramente, esta comedia, pronto se llega al convencimiento de que no puede ser más que de Lope, y para mi gusto una de las más bellas del coloso. La versificación, suelta y flúida, abunda en toda clase de metros, siendo muy frecuente el empleo de cantarcillos populares, tan del gusto del Fénix (págs. 1, 20, 23 de nuestra edición). Octavas reales impecables (págs. 2-3), romances fáciles y ligeros (págs. 3-4, 8-9), redondillas, quintillas, décimas, romancillos cortos (págs. 12, 28, 34), soneto, que rara vez falta en las comedias de Lope (pág. 10), hasta estrofas de estructura poco corriente, como las que empiezan la jornada segunda (pág. 13), exigen una pluma mucho más bien cortada que la de Claramonte. Por otra parte, las alusiones mitológicas frecuentes (págs. 3, 16, 35), en las que no se olvida a Faetón; el discreteo de palabras con doble sentido (pág. 5); la reminiscencia del horaciano *Beatus ille*, que tantas veces parafraseó Lope (pág. 7), o la versión libre del salmo *De profundis* (pág. 30); las alusiones burlescas a los cultos (pág. 17), sin perjuicio del empleo de figuras y giros indudablemente culteranos (págs. 3, 8, 11, 25), circunstancias son todas que inclinan al ánimo a la decidida atribución a Lope de esta hermosa comedia, que como suya dan textos impresos y manuscritos.

La *Vida de Santa Teodora Alejandrina penitente* pudo conocerla Lope a través del *Flos Sanctorum* de Rivadeneyra (1599-1601) o de la misma obra de Alonso de Villegas, tan reproducida, con adiciones y enmiendas sucesivas (1).

---

(1) Creemos con Menéndez y Pelayo que en estas dos fuentes se inspiró Lope principalmente para las comedias de santos. Pudo, no obstante, conocer la *Hagiografía y vida de los Santos*, del doctor Juan Basilio Santoro (Bilbao, 1580), autor del curioso y raro libro *El Prado espiritual*, o el *Compendio de vidas de los Santos*, de fray Francisco Ortiz Lucio (1597).



Véase el texto de la vida de Santa Teodora según el *Flos Sanctorum* del padre Rivadeneyra, en el día 2 de septiembre (1):

(1) Copio de la parte 5.<sup>a</sup>, meses de septiembre y octubre, por la edición de Madrid, Agustín Fernández, 1716, págs. 14-20.

Para que el lector pueda comprobar cómo iban evolucionando las leyendas de los santos, doy a continuación el texto de la misma vida, según Pedro de Natalibus, a principios del siglo XVI:

"De Sancta Theodora monacha.

"Theodora monacha apud Alexandriam claruit tempore Zenonis imperatoris. Hec nobilis et speciosa virum habuit et divitem et Deum timentem. Cuius sanctitati diabolus invidens virum quendam divitem in illius concupiscentiam incitavit, qui eam crebris nunciis et muneribus molestavit. Sed cum ipsum omnino contemneret et peccatum abhorreret, tandem per quamdam mulierem ei missam illam decepit; quae puella suavit, quod Deus, quicquid occidente sole committerit, minime intuetur. Cuius suasioni puella prebens assensum virum ad se nocte introire permisit et voluntate eius complevit. Statimque ad se rediens amarissime flebat: eo quod ipsa conscientia remordebat. Quam vir eius nimium flentem consolari studebat; sed illa nullam consolationem recipere curabat; causam autem fletus eidem nullatenus indicare volebat.

"Mane autem facto quoddam monasterium monialium adiit, et abbatissam interrogavit, an Deus quoddam grave delictum, quod diu advesperascente commiserat, scire possit. Cui illa respondit quod Deo nihil absconditur et quod Deus videt quicquid quamcumque hora committitur. Rediens ergo domum quadam die, cum vir suus abesset, comam suam precidit et vestimenta viri sui assumens, ad monasterium monachorum; quod pro XVII miliaria civitate distabat, accessit, et ut ibidem in monachum reciperetur obtinuit. Interrogataque de nomine dixit se Theodorum nuncupari. Ibi ergo officia omnia humiliter faciebat, et eius ministerium omnibus gratum erat.

"Post aliquos annos abbas Theodoro iussit ut boves iungeret et oleum de civitate deferret; vir autem eius plurimum flebat, timens ne cum viro aliquo accessisset. Et ecce angelus domini ipsi dixit ut mane surgeret et in via quae dicitur Sancti Petri staret, et coniugem obviam haberet. Quod cum fecisset, Theodora cum camelis venit et virum recognoscens, sed ab ipso incognita, illum salutavit. Cum autem ille diutius expectasset et se deceptum clamaret, facta est vox ad eum et quod ille ipsem pridie salutaverat uxor sua fuerat. Tante autem sanctitatis Theodora fuit ut multa miracula faceret. Nam et hominem a bestia laceratum eripuit et suis precibus suscitavit. Ipsamque bestiam maledixit, quae subito mortua corruit.

"Diabolus autem sanctitatem eius non ferens eidem apparuit et eam de commisso adulterio duriter increpavit ut illam ad desperationem provocaret. Quae signum crucis edidit et mox demon evanuit.

"Quadam vice dum de civitate cum camelis rediret et in quodam loco hospitata fuisset, puella ad eam venit ut secum concumberet illam putans esse virum. Quae cum respueret, ivit ad alterum in ipso hospitio iacentem et cum eo dormivit et de illo concepit. Cum autem venter eius intumisset, interrogata dixit se de Theodoro concepisce. Natum igitur puerum ad abbatem transmiserunt; qui cum Theodorum increparet et ille sibi indulgeri peteret, scapulis sancte puer imponitur et a monasterio eiicitur; quae per VII annos extra monasterium mansit, et de lacte pecorum infantem nutrit.

"Diabolus autem in specie viri sui eidem apparuit et ut ad se rediret multis blanditiis persuasit; quae cum orasset, demon statim evanuit. Alia quoque vice demones ad eam in specie multarum ferarum venerunt, et eam diris clamoribus et insultibus terrare voluerunt; sed oratione fusa confestim ab ea discesserunt. Altera vice multitudo militum

“Siendo Emperador Zenón, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la cual, siendo de edad, se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido, porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecían en ella, por las cuales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad y determinó hacer cruda guerra a la que vivía en tanta paz con su marido. Instigó a un mozo de buenas partes y rico que se aficionase a Teodora; encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas cuando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo a su loca pasión, procuró atraer a su voluntad a Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle; porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenía a Dios delante y la lealtad que debía a su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no

---

veniebat, quos princeps precedebat et eum ceteri adorabant; quae cum similiter ab illis invitata ut eorum dominum adoraret, illa quod Deum se adorare velle diceret, ipsa ante principem adducitur et flagellis usque ad mortem ceditur. Set dum constanter perseverasset, omnis illa turba demonum ab ea depellitur. Alia quaque vice aurum multum repperit, deinde canistrum omni ciborum genere referium invenit, sed signo crucis edito utrumque evanuit.

”Post annos VII abbas eius patientiam consyderans ipsam cum puero in monasterium introduxit; ubi cum duos annos laudabiliter peregisset, una cum puero se in cella reclusit: quem postquam omnibus sanctis monitis erudit, spiritum tradidit, puerque plurimum flere cepit. Eadem nocte abbas per visionem aspexit quod nuptie maxime parabantur et mulier gloriosa et immenso lumine circumdata in medio sanctorum omnium portabatur et in lectulo iocundissimo ponebatur.

“Audivitque vocem quod mulier illa Theodorus erat; qui falso de puero accusatus fuerat. Excitatus abbas cum fratribus ad cellam ivit, et iam illam defunctam invenit; quam discoopertam feminam invenit. Misitque abbas pro patre puelle, quae ipsam infamaverat, et illam ei mulierem esse dixit, et ad oculum indicavit, illeque de falso crimine cum filia pñiam (poenitentiam) egit. Angelus Domini etiam abbati dixit ut equum conscenderet, et quemcumque sibi obvium ad monasterium secum adduceret; qui dum pergeret, eidem vir Theodore occurrit, et abbati coniugem suam obisse asseruit; cuius transitum domino revelante didicerat, et eam ad videndam pergebat, quem abbas in suo equo assumpsit et ad monasterium suum deduxit. Venientes quoque ambo plurimum fleverunt, et Theodoram sepultare tradiderunt XVI cal.<sup>s</sup> Augusti. Vir autem eius cellam Theodore accepit et ibidem in sanctitate vite permansit. Puer quoque Theodore nutricem imitatus omni morum honestate claruit, ita quod abbati defuncto in monasterii regimine successit.”

(*Catalogus Sanctorum ex diversis ac doctis voluminibus congestus*, a reverendissimo in Christo patre domino Petro de Natalibus de Venetiis, Dei gratie episcopo Equilino, ac iam denuo accurate revisus. Anno M.D.XXI. Libro VI, cap. 109.)

le sucedía a su propósito aquel negocio, tomó por medianera a una vieja hechicera y endiablada, para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora, por medio de sus palabras venenosas, lo que él por otros tantos medios no había podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja a Teodora, que con sus falsas razones la engañó y pervirtió para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego del se siguió lo que suele del pecado, que es vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande y atravesó de tal manera (como un cuchillo agudo) el corazón de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperación.

"No le sirvió aquel pecado de eslabón para otro pecado, sino para penitencia y corrección, porque había nacido de flaqueza y engaño, y no de malicia y mala voluntad. Comenzó a andar triste y desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabía la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas y el corazón tan lastimado, ninguna cosa que hacía el marido era parte para consolar a la pobre mujer. Parecióle que había ofendido a su Dios y deshonorado a su marido y perdido el buen nombre que en la ciudad tenía, y que un infierno era poco para ella; y corrida y afrentada en sí misma, no osaba alzar los ojos al cielo. Finalmente, cavó tanto este sentimiento en Teodora que, movida del Señor, se resolvió de pagar la culpa de aquel pecado con cadena perpetua, y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué a un monasterio de monjes, que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulación de quien era, suplicó al Abad que le admitiese en aquel convento, para servir en él más al Señor.

"Hiciéronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de las bestias fieras; y a la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándole lo que había de hacer en aquella santa casa, la regla que había de guardar, y cómo había de obedecer y servir a todos en los más bajos y viles oficios, y tener cuenta con la huerta y traer agua y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera dél; y no por eso olvidarse del ayuno, oración, horas canónicas, y otras obras penales, en que los santos monjes se exercitan. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad y todo le parecía poco por satisfacción y castigo de su pecado. Exercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa y en lo demás que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponía admiración a los otros monjes. Mas cuando el marido echó menos a su mujer, no se puede fácilmente creer las olas y pensamientos varios que embistieron su



corazón, porque ni sabía adonde se le había ido, ni la causa porque había desaparecido; y por una parte temía que no fuese alguna liviandad, y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre había conocido en su mujer. Estando en esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo a Dios que le descubriese dónde estaba Teodora, le apareció un ángel, que le dijo que la mañana siguiente fuese a la iglesia de San Pedro Apóstol y que allí mirase atentamente el rostro de la primera persona que se le pusiese delante. Mandó el Abad a Teodora que fuese con los camellos a la ciudad a comprar aceite, que faltaba en el convento. Fué y encontróse a la puerta de la iglesia de San Pedro con su marido; saludáronse los dos, y ella le conoció y no fué de él conocida, porque como la vió vestida de hombre, y de monje, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó con su imaginación que podía ser ella, especialmente que se había olvidado (por permisión de Dios) de lo que el Angel le había dicho; pero quedó sosegado, entendiendo del mismo Angel, que le volvió a aparecer, que su mujer estaba en salvo, y no había echado por mal camino.

”Pero Santa Teodora, no contentándose de la vida común de los otros monjes, aunque era tan austera, y ella la hacía con suma exacción, siempre añadía nuevos rigores y nuevas asperezas de ayunos y de otras penitencias para macerar su cuerpo y vengarse dél por la flaqueza que había cometido. Dióse tanto a la abstinencia, que vino a no comer sino una vez cada semana, trayendo a raíz de sus carnes un áspero cilicio, pareciéndole todo poco para su pecado. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer, a quien él al principio había rendido y derribado, viendo que no le sucedían los medios secretos y ocultos que había tomado para hacerle guerra, se le apareció un día y le amenazó que la había de perseguir y acosar, hasta que cayese, y luego buscó la ocasión para hacer lo que aquí diré: Mandó el Abad del Monasterio a Teodora que fuese con los camellos a la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver a tiempo, que se quedase aquella noche en un monasterio, que estaba en el camino, llamado Nono. Hizolo así Teodora, y por ser ya de noche, quedóse en el convento y fué a dornir al establo donde estaban sus camellos. Instigó el demonio a una moza, que le vió, y creyó que era hombre, para que se enamorase dél y le solicitase a mal. Y como no hallase entrada para lo que quería, y estuviese abrasada del fuego infernal de su concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban y concibió dél: y creciéndole el vientre, y siendo preguntada de quién había concebido, dijo que del monge Teodoro en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monges que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodoro y dieron parte del caso al Abad y a los otros monges, y después que

parió la mujer llevaron el niño que había parido al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodora no le negase, por padecer más, el Abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que lo criase, como padre, y hiziese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años, con gran paciencia y alegría, comiendo ella algunas yerbas del campo, y bebiendo un poco de agua, o por mejor decir, las muchas lágrimas que derramaba; y por el calor del sol tenía su cuerpo tan tostado y requemado, que parecía un negro de Etiopía. Pero siempre se quedó pegado al monasterio, en una choza que allí junto había armado, para ser denostada de los monges, que entraban y salían. No contento el demonio con esta tela que había urdido, para tentarla y afligirla más tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba a ella, diciéndole los requiebros y dulzuras que solía cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándole que se las enjugase, quitándole la causa dellas y volviéndose a su casa.

“Otras veces venían los demonios a embestir con ella en forma de bestias fieras, u de soldados, y de un ejército en que venía un gran príncipe, que por no haberle querido adorar, le mandó azotar; y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron dello a los monges, para que la enterrasen; pero ella volvió en sí, y hizo oración, suplicando a Nuestro Señor que la confortase, y con esto la dejaron. Pareciéndole al Abad que ya Teodoro había pagado bien el delito cometido con los siete años de tan dura penitencia, lo mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condición que estuviese cerrado en una celda, sin ocuparse en cosa alguna; y de esta manera estuvo otros dos años. Después de esto oyeron un día a Teodoro, que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda; y algunos monjes, a quien el Abad había mandado que estuviesen atentos para oír lo que le decía, le oyeron decir estas palabras: “Hijo mío, ya se llega el fin de mi vida. Yo te “encomiendo a aquel que estando en el cielo es padre de todos los huérfanos, y en la tierra al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por “hermanos a los monjes dél; no procures ser honrado de los hombres, “sino de Dios, y para serlo, el mejor medio es ser deshonorado en el “mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú primero a los otros; aborrece el demasiado dormir, “abraza la aspereza en el comer y en el vestir, y huye de todo regalo. “No te descuides de la oración, ni dejes de asistir con los monjes a las “horas canónicas, así de noche como de día. No acuses a tus prójimos: “cuando te preguntaren, responde con modestia puestos los ojos en el “suelo. No hagas burla de la caída ajena; llora para que seas consolado. “Haz oración por los que supieres que viven mal; visita a los enfermòs

"sirve a los monges, como a tus señores. En las tentaciones acude a la oración y pide al Señor que no seas vencido." Y acabando de decir estas razones, dió su espíritu al Señor.

"Cuando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre, y como tal le criaba, comenzó a llorar amargamente: y los monges que allí estaban por orden del Abad, oyendo los documentos que Teodora daba a aquel niño, le avisaron de lo que pasaba; y el mismo Abad aquella noche tuvo una revelación, en que le descubrió Dios la gran gloria que tenía Teodora en el cielo y la penitencia tan extraordinaria que había hecho en nombre de Teodoro. Convocó a sus monjes, declaróles la revelación que había tenido, llevóles a la celda donde estaba el santo cuerpo, avisaron a todos los monges que estaban en aquella comarca, y especialmente a aquellos que habían acusado a Teodoro y dádole por hijo el que no era suyo. Todos vinieron a porfía y reverenciaron el santo cuerpo, y le sepultaron cantando himnos y psalmos, y con las otras ceremonias que usa la Iglesia. También el marido de Teodora, que siempre había estado en tristeza y lágrimas, fué avisado del cielo que su mujer era muerta en aquel monasterio; y yendo a él para verla, se encontró con un monge a caballo, que por orden del Abad del convento le iba a llamar. Vino, vióla, lloróla y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monge y la celda en que había muerto Teodora, en la cual vivió y acabó santamente su vida; y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio y vivió con tan perfecto ejemplo y religión, que vino a ser abad del mismo monasterio."

.....  
[Entre los milagros que hizo se cuenta:]

"Que habiendo en un lago cerca de su monasterio un cocodrilo de inmensa grandeza, y tan fiero y cruel que a ninguna persona humana ni a bestia dejaba de acometer y tragar, por grande que fuese, si se llegaba al lago: Teodora, yendo por obediencia de su Abad por un cántaro de agua al lago, con gran seguridad subió encima de la bestia carnícera, y entró en el lago, y salió caballera en él, sin lesión alguna, y de repente reventó aquella bestia horrible, con la admiración de todos los que lo vieron."

[Otro milagro consistió en salvar al Portero del monasterio de otra bestia fiera, que desde el desierto había ido tras Teodora. Otro fué conceder Dios agua a una gran sequedad, por los méritos de Teodora.]

Lope modificó, claro es, la leyenda hagiográfica para darle mayor teatralidad. Suprimió la intervención de la tercera o celestina para lograr la caída de Teodora, y sustituyó hábilmente este personaje con otra joven y hermosa, movida por los celos del marido de Teodora, de



quien estaba enamorada y el cual no le hacía caso alguno: para vengarse de la felicidad de los casados ella logró convencer a Teodora de que dejara entrar por la noche en su casa a Fidelfo, de quien le dijo estar enamorado y, amenazando con suicidarse si Teodora no accedía. El papel de tercera lo interpreta en la comedia una criada, Alcina, a la cual despidió Teodora.

En la comedia el arrepentimiento y la huída de la esposa adúltera es inmediato al pecado, y aquella misma noche desaparece, con lo cual da lugar al bellissimo principio del acto segundo, cuando el esposo se encuentra con la ropa de su mujer, y duda la causa de la fuga.

Lope introduce un personaje nuevo, el gracioso Zurdo, que después de engañar a Alcina, se mete a lego en el mismo monasterio donde se recogió Teodora: es tipo de verdadera amenidad, caricatura grotesca de un lego real de la época.

La aparición del ángel al marido de Teodora, diciéndole que vería a su esposa al día siguiente en la iglesia tal, está sustituida por el hallazgo misterioso del papel que dice el cantarillo: *Púsoseme el Sol...*, y que deja al esposo sumido en gran suspensión y duda.

La calumnia al monje Teodoro de haber tenido un hijo no parte de una mujer instigada por el demonio, sino de la engañada Alcina, que en una noche de eras —preciosa página de la vida campestre— solicita al supuesto monje y, viéndose desdenada, le culpa de las hazañas que el Zurdo cometiera. También es invención de Lope la aparición de la Virgen a Teodora y su ayuda en la crianza del niño. La vuelta al monasterio en la comedia está determinada por una revelación divina y por el anuncio de los ángeles.

Otras varias invenciones de Lope pueden señalarse: el hecho de escribir en las cortezas de los árboles las palabras *Adúltera fué Teodora*, que al fin son sustituidas por las de *Santa y justa fué Teodora*; el castigo de Fidelfo, el que cometió el adulterio con Teodora, convertido en una especie de bestia salvaje, cuando quería llevarse consigo a la santa penitente. El milagro de matar al cocodrilo que amedrentaba las riberas del Nilo, sirve a Lope para intercalar la salvación de la pérfida Lesbia, la causante del adulterio, quien así se arrepiente y procura volver por la fama de Teodora.

Y toda la leyenda está entretejida por Lope a base de un cantarillo popular, que se va repitiendo, modificado y adaptado, como *ritornello* de toda la obra:

*¡Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna,  
ventura fué grande  
ver la noche oscura!,*

en que al Sol (Dios), eclipsado por el pecado, sucedió la Luna (la Virgen), interponiendo su piedad para la pecadora.

Otras veces el estribillo se transforma en

*Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna,  
¿quién creyera, Natalio,  
tan gran ventura?*

Para terminar la comedia con esta exclamación del esposo, que queda en la tierra:

*Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna,  
mía es la desgracia,  
suya es la ventura.*

El texto de este cantarcillo, tal como corría popular, parece que era el que Salinas, en sus *Poesías* (I, 112), reproduce bajo el título de *Letra ajena*:

*"Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna,  
más me valiera, madre,  
la noche oscura." (1)*

El asunto de la comedia de Lope se reproduce en la titulada *La Adúltera penitente* (Santa Teodora), que conserva manuscrita nuestra Biblioteca Nacional, con el número 14.915. Según el *Catálogo* de don Antonio Paz (2), la comedia es de Moreto, Cáncer y Matos Fragoso, y fué impresa en la parte IX de *Comedias escogidas*, Madrid, 1657. Lleva el manuscrito las aprobaciones de Francisco de Avellaneda (27 diciembre 1669) y de don Fermín de Sarasa y Arce (29 diciembre 1669), al fin de la primera jornada. La última hoja, añadida y de letra diferente del resto del ms., dice: "Fin de la 3.ª jornada de la Adúltera penitente de don Agustín Moreto." La Barrera creía que era de Moreto la segunda jornada.

La misma comedia se conserva en la Biblioteca Nacional (T. 2.622), como obra de tres ingenios: Cáncer, Moreto y Matos; no tiene indicación de fecha, y se anuncia su venta en la imprenta de Antonio Sanz.

De su relación con la obra de Lope dará idea este sucinto análisis de su asunto: Natalio ha comprado la belleza de Teodora; Filipo ama a esta mujer y la sorprende en su cámara. La infeliz Teodora entra en el convento bajo hábitos de hombre: allí se encuentra también Morondo, antiguo criado de Filipo, que sigue haciendo el papel de gracioso, con

(1) Citado por Rennert y Castro, *Vida*, pág. 511.

(2) *Catálogo de piezas de teatro que se conservan en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1899, núm. 50, pág. 13.

sal gruesa; mientras que Filipo, huido a los montes, se dedica al bandolerismo. Teodora profesa la orden del justo Elías, y pasa por modelo de penitencia y santidad. Una mujer de costumbres ligeras, Flora, rechazada por Teodoro, acusa al supuesto fraile de haberla engañado y abandonado con su niño, hijo del pecado: por esto el fraile es expulsado del convento y se retira a una cueva. El bandido Filipo, perseguido por Natalio, se arroja desde lo alto de una montaña, cae a la entrada de la gruta donde Teodoro se ha refugiado, y es convertido por éste. Los dos entran al convento, donde mueren de modo edificante. Y en todo abunda el elemento maravilloso de ángeles, voces celestiales, campanas, etc.

Según Gabriel Boussagol (1), esta obra pudo influir en algún aspecto de la elaboración de *Don Alvaro*, del Duque de Rivas.

Menéndez y Pelayo señaló las escasas relaciones entre esta comedia con otra del propio Lope, *El prodigio de Etiopía* (2).

Añadamos la nota de que en la vida de Santa Marina se ven algunos trazos fundamentales que recuerdan los de Santa Teodora: se trata de una mujer que ha vivido en hábito de hombre en un convento de religiosos, y cuyo sexo no se descubre hasta después de su muerte; a esta mujer también la acusan falsamente de fornicación.

En un ejemplo citado en *La lámpara de Príncipes*, del Tortuxí, cuya traducción acaba de publicar el docto catedrático de Barcelona don Agustín Alarcón (3) se ve un resumen de la vida de Santa Marina, como ya hizo notar don Miguel Asín (4): allí es la hija de un príncipe que abandona secretamente su palacio y vive en un convento vestida de hombre. Falta aquí la acusación falsa de fornicación (5).

## II.—Querer más y sufrir menos.

Figuraba esta comedia en el famoso tomo 131 de la Biblioteca de Osuna, hoy perdido, y hemos de contentarnos con reproducirla de la *Parte XXIX de Comedias de Lope*, Huesca, 1634, atrás descrita (6). Es el único texto que nos ha sido asequible; aunque en el Museo Británico

(1) *Angel de Saavedra, Duque de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*. Toulouse, 1926, pág. 273 y Apéndice XIII.

(2) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, ed. V. Suárez, Madrid, 1919, tomo I, pág. 286.

(3) Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1930. 2 vols. en 4.º

(4) *Une vie abrégée de Sainte Marine*, en "Revue de l'Orient Chrétien", 1908.

(5) Casos de mujeres disfrazadas de hombres en la vida monástica pueden leerse en Dom J. M. Besse, *Les Moines d'Orient antérieurs au concile de Chalcedoine* (451). París, Oudin, 1909, pág. 65.

(6) Véase la nota I de la pág. vii.

hay otro ejemplar suelto (1), acaso con la misma lección, ya que, según el señor Cotarelo, esta *Parte XXIX* es un volumen facticio de comedias sueltas.

Es comedia de enredo, basada en el que se produce por el empeño de dos damas, primas, de querer al mismo caballero, a la vez que éste y otro su amigo andan enamorados de una de ellas. Hay citas nocturnas, en que se equivocan las personas; se llega al conocido recurso de tener que esconderse el galanteador en un canarín, para evitar ser visto del padre, y desde su escondite se pone en ocasión de librar a su amada de la violencia del otro galán.

Si por el asunto no pasa de ser esta comedia una de tantas de su clase en nuestro teatro clásico, por el desarrollo literario tiene bellezas que la hacen recomendable. El retórico florido pasaje inicial, en que dos caballeros se desafían por amor a una misma dama, tiene gran interés para la historia de las costumbres. También es notable un bellísimo análisis psicológico de la pasión de los celos, usando como símil el del anteojo (pág. 54), así como la escena de celos con que termina la jornada segunda (pág. 56). Hermosas y claras descripciones son las del toro que lucha en la plaza (pág. 55), del espejo (pág. 62), del arroyuelo, comparado al amor (pág. 59).

El diálogo entre los dos primos rivales, lleno de discreteos y de intención, es una muestra más del profundo conocimiento que Lope tenía del alma femenina; así como las décimas en que la dama muestra los repliegues de su alma, en donde el Amor ha vencido al Honor (página 50); o el bello pasaje en que la joven expone claramente al padre su resistencia a la boda por interés (pág. 64), que debía sonar como un atrevimiento en la sociedad del siglo XVII, aunque hay que observar que el tipo de indiano enriquecido, que aquí se presenta, es noble y caballero, sin los asomos de caricatura con que suele aparecer en otras comedias del Siglo de Oro.

También es más fina que en otras la sal del gracioso de esta comedia: solamente al principio se le presenta con un ligero matiz de borracho y tragón; después ya no se ve más que al criado fiel y confidente del señor, que intercala sus donaires y chistes en el diálogo. Nótese el cuentecillo popular (pág. 48) de aquellos dos enfermos, de los cuales uno muere y el otro dice que todavía él estuvo más delicado de salud; y la parodia burlesca del noviazgo de un "don Estafermo" (pág. 49).

La acción de esta comedia se sitúa en Sevilla. En algún pasaje se alude al culteranismo, al decir "más de un requiebro rezado. — medio hereje y medio culto" (pág. 49), dato que podría contribuir al proble-

---

(1) *Modern Language Review*, 1906, pág. 105.



ma de fijar la fecha de esta comedia, obra de la época de madurez del poeta.

### III.—Quien bien ama tarde olvida.

Seguimos el texto de la *Parte XXII de las Comedias de Lope*, según la edición de Zaragoza, 1630 (1), pues en la de Madrid, 1635, no figura; y hemos cotejado y anotado las variantes que arroja el manuscrito 15.702, de nuestra Biblioteca Nacional (*Catálogo de Paz*, número 2.798) (2). Este manuscrito muestra que la comedia fué arreglada

(1) (Orla.) *Parte treynte y dos de las Comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio y las mejores que hasta aora han salido. A la ilustrissima señora D.<sup>a</sup> Ana Martínez de Luna, Condesa de Morata, Marquesa de la Balucña, señora de la Baronía de Arandiga y del castillo de Illueca. Año* (escudo de dicha señora) *1630. Con licencia y privilegio. En Zaragoza; por Pedro Verges. A costa de Iusepe Ginobart, mercader de Libros. (Al fin:) Con privilegio. En Zaragoza: Por Pedro Verges. Año 1630.*

4.<sup>o</sup>; 4 hojas prels., más 255 foliadas y una para repetir las señas de la imprenta.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.<sup>a</sup>*: Títulos de las comedias contenidas en este volumen: 1.—Nunca mucho costó poco (Diversa de la de Alarcón) fol. 1).—2. Di mentira, sacarás verdad. De Lope (dice) (fol. 22).—3. La Carbonera (fol. 47).—4. La amistad y obligación (fol. 67).—5. La verdad sospechosa, y por otro título El Mentiroso. De Lope (dice: es de Alarcón) (fol. 88 v.).—6. *Quien bien ama tarde olvida* (fol. 110 v.).—7. Amar sin saber a quién (fol. 135).—8. El Marqués de las Navas (fol. 157 v.).—9. Lo que ha de ser (fol. 175).—10. La lealtad en el agravio (fol. 195).—11. En los indicios la culpa (fol. 217 v.).—12. La intención castigada (fol. 239 v.).—Aprobación del racionero Andrés Omella y licencia: Zaragoza, 11 de noviembre de 1629.—Aprobación de Diego de Morlanes: 12 de diciembre ídem.—*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Privilegio a Ginobart por diez años, por el virrey de Aragón don Fernando de Borja: 20 de diciembre de 1629. *Vuelta*: Dedicatoria de Ginobart: Zaragoza, 16 de abril de 1630.—*Hoja 4.<sup>a</sup> vuelta*: “Un amigo de Lope al lector.” Prólogo.—Texto.

(2) Véase la descripción de este ms. 15.702: “*Quien bien ama tarde olvida*.” Jornada 1.<sup>a</sup> jamás vista. 1624.”

“Razonable y buenos versos.”

“Ojo, a “Amar como se ha de amar.” [Letra del xvii.]

y a “La firmeza en la ausencia.”

“De Lope de Vega”, en letra del xix.

El acto 2.<sup>o</sup> de otra mano.

17 fols. el 1.<sup>o</sup> acto (sólo numerados hasta el 12).

24 fols. el 2.<sup>o</sup> acto. Al fin, como firma, “Castillo”.

18 fols. el 3.<sup>o</sup> acto.

En la última hoja de guardas hay una lista de ropas y vestidos.

Principia:

“Ya es razón que me digáis,

Conde, lo que me queréis.”

Acaba:

“entre amantes verdaderos,  
quien bien ama, tarde olvida.”

“Fin. La Virgen fué concebida | sin pecado original.”

en época posterior, variando el final de los actos 2.º y 3.º Se hallaba en el tomo 131 de Osuna, perdido.

Preciosa comedia de costumbres palatinas, mezcla en el desarrollo de su acción lances guerreros y donaires de graciosos, en armónica y bien repartida proporción. La intriga fundamental se basa en el hecho de querer el Rey a la dama de otro noble; lo aleja de la corte, nombrándole general en la guerra contra los moros, y cuando vuelve victorioso, casado ya el Rey, le manda desposarse con otra dama, y le quita su privanza de tal modo que el noble piensa en la fuga para salvar la vida. Pero muerto el Rey en batalla con el moro enemigo, vuelve el noble a ponerse al frente del ejército y logra la victoria, y se casa con la Reina viuda, enamorada siempre de su primer amante, porque entre personas nobles "quien bien ama tarde olvida".

Como acciones secundarias están los amores de otros dos nobles, favorecidos por el protagonista; y la obligada parodia del amor del gracioso y la criada.

No desmerece esta comedia al lado de las buenas de Lope en punto a versificación: quintillas, redondillas, décimas, tercetos, octavas reales y romances son los principales metros empleados, sin que falten las estrofas de trece versos endecasílabos y heptasílabos de rimas convencionales y que termina con un pareado, todo manejado con la maravillosa soltura y facilidad del gran poeta. El final del acto segundo está escrito en estrofas donde el pie quebrado da un tono de melancolía y suavidad muy a tono con los sentimientos de las personajes (pág. 96).

Varias veces se emplea el romance para relaciones: de una batalla naval (pág. 85); de una derrota terrestre (pág. 99); hasta de la pasión amorosa que devora al protagonista (pág. 83). Ha de notarse que la descripción de la batalla naval es un poco fantástica, y choca un tanto el detalle de suponer focas por las costas de Túnez (pág. 85).

También está en romance un diálogo sostenido entre la Reina viuda, el moro enemigo y el Príncipe vencedor (pág. 103), de tono tan fanfarrón y que debía de hacer las delicias del público de los teatros madrileños del siglo XVII: en este pasaje podría seguramente hallarse el modelo de aquel otro tan famoso de la comedia *El Conde de Saldaña*, donde Alvaro Cubillo de Aragón inmortalizó las hazañas de Bernardo del Carpio con el moro Abenyusef (1).

Apela aquí Lope al recurso escénico —que varias veces emplea— de sacar a las tablas el cadáver del Rey cuando la Reina viuda excita, en impecables octavas reales, a sus vasallos para tomar venganza de la derrota (pág. 101); aunque por la buena disposición de ánimo de

---

(1) Cfr. Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura española*, 2.ª ed. Madrid, 1925, pág. 704.

los generales no parecía necesario echar mano de tan extraordinario recurso.

El gracioso de esta comedia, llamado Bordón (propio para juegos de palabras, que no escasean), es un hidalgo andaluz, de Córdoba, de humorismo fácil y risueño, de gran filosofía práctica de la vida, o lo que pudiéramos llamar "gramática parda", que degenera un poquitín en ciertos tintes de grosería, sobre todo al tratar con la criada Tecla, servidora de la protagonista, tipo paralelo al del gracioso. Son pasajes dignos de notar aquel en que Bordón anuncia el botín que piensa traer a su novia después de la batalla naval (pág. 81), que termina con el estribillo de la canción popular "Y trescientas cosas más"; o el que cuenta cómo andaba por el mar, helado al ver sus proezas, donde intercala el chascarrillo andaluz de aquellos novios que hablaban de balcón a balcón y se helaban sus palabras por el frío que hacía (página 90). Con frecuencia repite el gracioso alusiones al juego de naipes, haciendo juegos ingeniosos de palabras con ocasión de hablar con el Rey (págs. 75, 82, 95). Alúdese a la creencia popular de que el cuerpo de Mahoma estaba en la Meca suspendido en el aire (pág. 103).

Alguna que otra vez se ven en esta comedia figuras francamente culteranas (no hay que decir que las alusiones mitológicas son frequentísimas), entre las cuales queremos notar el verso siguiente:

"Ya pisa estrellas entre azules montes",

con que se indica que no ha muerto (pág. 100), figura que se repite al decir que reverencian a uno "por santo pisando estrellas" (pág. 103).

La fecha de esta comedia es el año 1624, según la copia que contiene el manuscrito de la Biblioteca Nacional atrás citado.

Tiene relación esta obra con la titulada *Amar como se ha de amar*, comedia del propio Lope (1), y seguramente la tuvo presente la autora de *La firmeza en la ausencia*, comedia de doña Leonor de la Cueva y Silva, discípula de Lope, a quien imitaría en esta su única obra teatral: consérvase manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid, procedente de la de Osuna (2).

En la Biblioteca Nacional se guarda también el manuscrito autógrafa de la comedia *Quien bien ama tarde olvida*, *Primer Duque de Calabria*, por don Francisco Miracles Sotomayor, que nada tiene que ver con la obra de Lope (3).

(1) Editada en esta misma colección, tomo III, pág. 181.

(2) Citado por La Barrera y por Paz en su *Catálogo*, núm. 1.302, como inédita.

(3) *Catálogo de las piezas de Teatro*, por don Antonio Paz y Meliá, núm. 2.799.

## IV.—Quien más no puede...

Hemos tenido la suerte de poder disfrutar la copia fotográfica del manuscrito autógrafo de esta comedia, que guarda en su librería particular el coronel Sir John Murray, de Londres. En nombre de la Real Academia Española rendimos tributo de gratitud al ilustre bibliófilo inglés, por su amable desprendimiento y por las facilidades que nos prestó para poder fotografiar el manuscrito.

Convencidos de que nunca son correctos los textos impresos de comedias de Lope, lo mismo las de las primeras partes que las que aparecieron como dirigidas en su edición por el autor, reproducimos aquí el texto según el manuscrito autógrafo, que señalamos con la letra C, y damos al pie las variantes de los textos impresos en la *Parte XVII*, Madrid, 1621 (señalado con la letra A) y Madrid, 1622 (señalado con la letra B) (1).

(1) *Decima septima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigida a diversas personas. Año (Escudo del Sagitario) 1621. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. A costa de Miguel de Siles, mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 312 foliadas. (Erratas en la numeración de las ocho últimas.) Signaturas A-Qq.—Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: “Tabla de las comedias de esta decima septima parte.”

1. Con su pan se lo coma. Dirigida a la ilustrísima señora doña Francisca Salvador, fol. 1.—2. *Quien más no puede...* A D.ª Ana María Margarita Roig, Marquesa de Villazor, fol. 29. (Representóla Pedro Cebrián).—3. El soldado amante. A la señora D.ª Ana de Tapia, fol. 44. (Representóla Osorio).—4. Muertos vivos. Al Licenciado Salúcio del Poyo, fol. 83. (Representóla Villalba).—5. El primer Rey de Castilla. A D. Fernando de Ludeña, fol. 112. (Representóla Vergara).—6. El dómíne Lucas. A Juan de Piña, fol. 131 (Representóla Melchor de Villalba).—7. Lucinda perseguida. A Emanuel Sueyro, fol. 162. (Representóla Melchor de Leon).—8. El ruiñeñor de Sevilla. Al Lic. D. Francisco de Herrera Maldonado, fol. 187. (Representóla Ríos).—9. El sol parado. A D. Andrés de Roças, fol. 209. (Representóla Ríos).—10. La madre de la mejor. A D. Fray Plácido de Tosantos, obispo de Guadix, fol. 235. (Representóla Riquelme).—11. Jorge Toledano. A D. Juan Pablo Bonet, fol. 260. (Representóla Porras).—12. El hidalgo abencerraje. A D.ª Ana de Piña, fol. 281. (No dice quién la representó.)

*Vuelta*: Aprobación del maestro Espinel, Madrid, 20 de octubre de 1621.

*Hoja 3.ª*: Tassa (4 mrs. pliego: 79 pliegos 316 mrs., o sean 9 reales y 10 mrs.). Madrid, 27 de enero de 1621.—*Vuelta*: Suma del privilegio (a Lope, por diez años): San Lorenzo, 31 de octubre de 1620.—Fe de erratas (ninguna). Madrid, 25 de enero de 1621. El Lic. Murcia de la Llana.

*Hoja 4.ª*: Prólogo al Lector.

En este mismo año se reimprimió esta parte en Madrid, por la Viuda de Alonso Martín. Hay ejemplar en el Musco Británico.

En 1622 se repitió la edición en Madrid, por la Viuda de Fernando Correa; en



Es el manuscrito un cuaderno en octavo, foliado distintamente para cada acto. Como portada lleva, en letras mayúsculas el título: "QVIEN MAS NO PVEDE. Comedia deste año de 1616."

Consta el primer acto de 18 fols., otros 18 fols. tiene el acto segundo y 17 el tercero. Cada página suele llevar, por regla general, unos veintiocho versos, salvo cuando son versos cortos, que suelen ir a dos columnas. Tiene las enmiendas y tachaduras corrientes en toda obra autógrafa. Una especie de rúbrica, con raya que ocupa toda la página, parece señalar el trozo escrito de una sola vez: lo hemos marcado con un asterisco, por creerlo útil para ver la velocidad del autor. Al final del acto primero lleva la nota, que reproducimos en la pág. 126, por la que consta el juicio que esta comedia merecía a un Cristóbal Górriz, cómico que andaba por París en 1669, y que poseía este autógrafo (1). Además lleva también la nota del reparto en tiempo de Lope: esta misma nota se repite al principio de los actos segundo y tercero, poniendo sólo en cada caso los nombres de los cómicos referentes a personajes nuevos.

Al final de la comedia, y antes de la fecha y firma, hay unas palabras, que hemos leído: "Dne. vos et A." y que nos atrevemos a conjeturar sea recuerdo al Duque de Sesa y Amarilis. De ser cierta esta conjetura tendría interés para la biografía del poeta el dato de que a primero de septiembre de 1616 ya estaba preso en la red amorosa de doña Marta de Nevares (2).

Tiene también la particularidad este manuscrito de llevar al principio del acto primero un dibujo tosco, a pluma, obra, sin duda, del

lo demás exactamente como la de 1621, y también la reprodujo la Viuda de Alonso Martín. De modo que fueron cuatro las ediciones de esta parte en dos años. Y así y todo es sumamente rara.

(1) He de agradecer a mi buen amigo y colega don Faustino Gil Ayuso las siguientes noticias acerca de Górriz:

Según Rennert en *The Spanish Stage in the time of Lope de Vega*, representa papeles menores en la Compañía de Antonio Escamilla en los años 1675 al 78.

Aparece también en la lista de la Compañía de Rosendo López como *segundo barba*. (A. H. N. O una, 2.<sup>a</sup> Archivo, leg. 413.) No tiene fecha y pudiera ser antes del 1675.

Pudo acompañar a las compañías que fueron a representar a París durante el matrimonio de María Teresa con Luis XIV.

En 1692 formaba parte de la compañía de Damián Polop, según memoria que este da a la Sala de Alcaldes, figurando en último lugar. (Lib. 1.277, fol. 166.)

En el mismo año, al sellarle los vestidos contra pragmática, declara que vive en la calle de la Huerfana, casa de doña Manuela Plaza y tiene cuarenta años poco más o menos. Ibidem, fol. 242.

(2) Los biógrafos señalan estos hechos a fines del año 1616. Cfr. Rennert y Castro, *Vida de Lope* (Madrid, 1919), pág. 240.

propio autor, de asunto eucarístico: dos ángeles sostienen una custodia.

Al fin lleva las siguientes aprobaciones y licencias:

“Vea esta comedia el secretario Thomás Gracián Dantisco. En Madrid a 12 de Henero de 1617 años.” (Rubricado.)

“Esta comedia, intitulada “Quien más no puede”, se podrá representar, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los cantares y entremeses. En Madrid, 12 de Enero de 1617 años. (Firmado.) Thomás Gracián Dantisco.”

“Dése licencia a Pedro Çebrián para que haga esta comedia. En Madrid a 13 de Henero de 1617.” (Rubricado del mismo que dió el primer auto) (1).

La edición impresa va dirigida a doña Ana María Margarita Roig, M.<sup>sa</sup> de Villazor.

Los representantes de esta obra constan en el reparto autógrafo de Lope en esta forma:

RAMIRO.....	Zancado.	ORDOÑO.....	Pedro Cebrián.
DON BELTRÁN.....	Bernardino.	LAYNEZ.....	Cuevas.
EL CONDE HENRIQUE.....	Cristóbal.	IÑIGO.....	Alonso, el que baila.
NUÑO.....	Ossorio.	BLANCA.....	Maritardía.
DOÑA ELVIRA.....	Ana.	CELIO.....	Antonio.
LUCINDA.....	Francisca.	LISIS.....	Francisca o Ana Núñez.

Con la ayuda de nuestro buen amigo y discípulo don Joaquín de Entrambasaguas, hemos logrado identificar los que figuran en la nota adjunta (2).

(1) Al folio siguiente constan las siguientes licencias:

“Puédese representar en Granada. 25 de septiembre de 1619. El doctor Francisco Martínez de Rueda.” (Firmado.)

“Puédese representar esta comedia intitulada “Quien más no puede”, con bailes e entremeses e cantares honestos. Exc.<sup>a</sup> 19 de Marzo. de 1620. ¿Pantoja? (Firmado.)

“...visto esta comedia i es muy onesta i muy buena... en Jaén a 12 de Julio de 1622. Fray Francisco de ... gara”. (Firmado).

(2) CEBRIÁN DOMÍNGUEZ, PEDRO. Se hallan datos desde 1616, en cuyo año (29 de abril) se le pagaba cierta cantidad a cuenta de los 600 ducados que había de cobrar por representar dos autos en las fiestas del Corpus. Era uno de los nombrados por S. M. en 1619, y debió de representar en Piedrahita y en Toledo, en Lisboa, en Granada y en las Navas del Marqués, aquel año. Estaba casado con María Tardie, según obligación de este mismo año.

OSORIO, BALTASAR. Figuró en la compañía de Juan de Morales Medrano en 1615, y cobró 100 reales por los autos del Corpus en Sevilla.

ANA DE RENTERÍA, mujer de Juan Vivas (?). Figuraban en la compañía de Pedro Cebrián en 1619, según una obligación de pagar ciertos dineros de algunas prendas de ropa blanca.

FRANCISCA O ANA NÚÑEZ. ¿Sería hija de un Francisco Núñez, de la compañía

Otro reparto que se ve en el folio 1.º vuelto del manuscrito, es éste:

RISFLO.....	Vicente.	LAYNE.....	Jordán.
LISIS.....	Quadrado.	DON ARIAS.....	Jerónimo.
MENANDRO.....	Lorenzo.	DON BELTRÁN.....	Escorigüela.
CELIO.....	Vicente.	LEONDA.....	Señora Catalina.
DON INIGO.....	Quadrado.	DOÑA ESTER.....	Señora Gerónima.
DON SANCHE.....	Mateo.		

En la nota siguiente pueden verse los que hemos logrado identificar (1).

La obra es de asunto trágico, supuesto en personajes históricos de Navarra y León, en la alta Edad Media. El conflicto que surge en el alma de un noble entre el deber de lealtad a su Rey y el amor a una dama, de quien el Rey está prendado. Enviado el conde Henrique por el Rey de Navarra a León para lograr convencer a doña Elvira, el Conde se enamora de ella, que le corresponde, y la saca del reino con el engaño de hacerla su esposa. Pero, leal ante todo, lo manifiesta así a la Infanta, al propio Rey, que lo castiga, y se deja morir, porque el noble, cuando no puede más, morir se deja, según el adagio. Por servir al Rey propio puede llegar el noble a ciertos actos que tienen visos de alevosía, de falsedad, de traición, a todo, en fin, lo que no se oponga al cielo (págs. 117, 119 y 142). La trágica situación del noble, puesto en trance de muerte voluntaria antes que faltar a la lealtad debida a su Rey, anima vivísimamente el final del acto segundo y el pasaje del acto tercero, en que el Conde, en recias estrofas, lamenta su mala suerte, repitiendo al fin de cada octava el mismo sonsonete de “quien más no puede, morir se deja”.

de Pedro Cebrián, a quien éste da poder en 15 de febrero de 1619, para concertarse con los comisarios de Piedrahíta respecto a ciertas representaciones?

MARÍA TARDÍA. Debía ser María Tardie, mujer de Pedro Cebrián. En 12 de marzo de 1619 se obligan los dos a pagar a Cipriano de Salazar, regidor de Madrid, unos reales que les había prestado.

(1) QUADRADO, JUAN. Por su testamento en Madrid, a 25 de febrero de 1636, mandaba ser enterrado en la capilla de la Novena, como cofrade. Era natural de Murcia y residía en Madrid. Figura en el reparto de *El piadoso aragonés*, de Lope.

JORDÁN, PEDRO. De la compañía de Antonio de Prado, en Madrid (1602) y en Sevilla en 1639.

ESCORIGÜELA, JUAN DE. Natural de Tronchón, en el reino de Aragón, casado con Gerónima de la Sierra. Andaba en 1623 en la compañía de Antonio de Prado. Su mujer testó en 26 de diciembre de 1641.

SEÑORA CATALINA. ¿Sería Catalina de Acosta, mujer de Antonio de Rueda?

SEÑORA GERÓNIMA. ¿Sería Jerónima Rodríguez, mujer de Pedro Maldonado?

Cfr. Pérez Pastor, *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1901; y H. A. Rennert, *Spanish actors and actresses (Revue Hispanique)*, XVI, 334.)

Contrasta con esta interpretación trágica del Conde la burlesca de su criado, el gracioso de la comedia, quien le aplica la versión vulgar: "quien más no puede, con su mujer se acuesta", lo cual da lugar a pasajes algo picantes y atrevidos, sobre todo los versos que cierran el acto segundo (pág. 141). Intercala también el gracioso dos cuencillos: uno es la conocida fábula, de origen esópico, en que un viejo llama a la muerte para acabar de penar, y cuando ella se le presenta pide que le ayude a llevar "este hacecillo de leña" (pág. 141); el otro es un chascarrillo en que a un loco que no quería comer si el padre Adán no se lo mandaba, le fingen la aparición de Adán; pero el loco, que conoce la desgracia conyugal del fingido padre de la humanidad, se niega, contestando una chocarrería (pág. 144).

Más de un pasaje de esta comedia está dedicado al sentimiento amoroso: la descripción de las cualidades filosóficas de esta pasión (página 122); la ingeniosa comparación del amor con la representación escénica (pág. 124); la excitación al amor que producen la naturaleza, los valles, las aves, las fuentes (pág. 131); la lucha entre la lealtad y el amor (pág. 132).

El poder del oro (pág. 129), o de las lágrimas de mujer (pág. 133) o de la ausencia, pintado en bello soneto (pág. 123); la descripción de la vida del campo (pág. 137); la original comparación de un casamiento a una feria (pág. 120); el romancillo en que se pintan los esfuerzos para lograr que el Conde se decida a comer y a no morir de hambre (página 143); el romance en que el Rey de Navarra muestra su disgusto al conde Henrique, repitiendo a cada paso aquello de "más tienes de gentilhomme, — Henrique, que de discreto" (pág. 135); los valientes tercetos en que Elvira decide seguir al Conde, de quien está enamorada (pág. 125); el recurso de disfrazar de soldados a tres infantas, que han de pelear con el gracioso cobarde (pág. 154); la descripción burlesca del palacio de un noble de nuevo cuño (pág. 115), y el breve diálogo entre criada y criado para darse una cita, modelo de rapidez y concesión escénicas (pág. 121), son otros tantos rasgos geniales del gran dramático, que aquí, como en sus mejores comedias, maneja toda clase de metros (redondillas, quintillas, décimas, romances, romancillos, tercetos, octavas reales, dos sonetos y verso suelto).

Abundan las alusiones a motivos históricos (págs. 148 y 150), y no falta la referente al culteranismo y a los malos poetas (pág. 138).

Aunque el hecho heroico del protagonista conde Henrique se ve premiado por la concesión del Condado de Valencia de Don Juan, no creemos que pueda considerarse este hecho legendario como base de la creación del título. Por lo menos los nobiliarios más autorizados dan origen portugués a este título, de la familia de los Acuña, y hasta época tardía



ya, en el siglo XIII, no se precisa la venida a León de los primeros caballeros de este linaje.

Según me comunica mi buen amigo y compañero don Pedro Longás, bibliotecario del Instituto de Valencia de Don Juan, el documento auténtico más antiguo referente a Valencia de Don Juan que guarda el Instituto es el privilegio de Enrique III, por el que confirmó el albalá de su padre don Juan I (inserto en el privilegio), fecha 22 de diciembre de 1387, en que hizo merced al infante don Juan de Portugal de la villa de Valencia de Don Juan, "cerca de León", para él y sus descendientes, con el título de Duque de Valencia. (Cortes de Burgos, 20 de febrero de 1392.)

Fernández de Béthencourt, en el t. II de su *Historia genealógica y heráldica*..., trata extensamente de los señores de la Taboa, ricos hombres de Portugal, después Condes de Valencia de Don Juan, al estudiar la familia de los Acuña.

En la pág. 129 del t. II citado se lee que don Martín III Vázquez de Acuña, hijo mayor de Vasco Martínez de Acuña el III, sexto señor de la Taboa, y de su primera mujer doña Beatriz Suárez de Albergaria, fué también primer Conde de Valencia de Campos.

Pone a contribución Béthencourt datos de crónicas e historias castellanas y portuguesas; pero no documentos coetáneos que permitan dar plena fe a sus aseveraciones.

La villa de la Taboa se hallaba situada en la diócesis de Coimbra, a nueve leguas de esta ciudad y a ocho de la de Guarda.

Como se ve, en ninguna parte se da origen navarro a los Condes de Valencia de Don Juan, por lo que es puramente fantástica la comedia de Lope *Quien más no puede*...

No conocemos ninguna derivación de esta obra de Lope: a pesar de que Górriz encontraba el cuento "bueno para volverle a escribir en versos a la moda", no debió de decidirse a ello ningún poeta.

## V.—Quien todo lo quiere.

Dos textos conocemos de esta comedia: uno en la Parte XXII de las de Lope (1), y otro en el manuscrito 10.798 de la Biblioteca Nacio-

(1) *Veintidos parte perfecta de las comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Habito de San Juan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de sus verdaderos originales no adulteradas como las que hasta aquí han salido. Dedicadas a la Excel.<sup>ma</sup> Señora doña Catalina de Zúñiga y Anellaneda, Marquesa de Cañete. Año (adorno tipográfico) 1635. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Juan González, A costa de Domingo de Palacio y Villagas, y Pedro Verges, mercederos de libros.*

En 4.<sup>o</sup> 4 hojas + 254 fols. Signaturas A-Iiz. Texto a dos columnas.

Portada.—V en blanco.—Hoja 1.<sup>a</sup> r.: Dedicatoria de Luis de Usátegui.—V: Titu-

nal de Madrid (núm. 2.810 del *Catálogo de Paz*) (1). Reproducimos el texto de la parte impresa, y anotamos alguna variante pequeña tomada del manuscrito; ambos, en general, coinciden en el texto, bastante correcto.

Debió de escribirse la comedia hacia 1618 ó 1619, a juzgar por un pasaje (pág. 166) en que se nombra a Nápoles como gobernado por el virrey Duque de Osuna, y a la vez está en la privanza en Madrid el Duque de Uceda: éste último vino al gobierno en 1618, y el de Osuna cayó el 1620.

los de las comedias.—Hoja 2.<sup>a</sup> r.: Aprobación, maestro Joseph de Valdivielso; Madrid, 12 de mayo de 1635. Licencia del Ordinario, licenciado Lorenzo de Iturrizarra, y por su mandato Simón Jiménez; Madrid, 14 de mayo de 1635.—V.: Aprobación, licenciado Florencio de Vera y Chacón; Madrid, 26 de mayo de 1635.—Hoja 3.<sup>a</sup> r.: Suma del privilegio; Madrid, 21 de junio de 1635.—Erratas, Murcia de la Llana; Madrid, 28 de septiembre de 1635.—V.: Al que leyere.

Fol. 1 r.: *Quien todo lo quiere*; fol. 19 r. No son todos ruiñeñores; fol. 41 r.: Amar, servir y esperar; fol. 65 r.: Vida de San Pedro Nolasco; fol. 84 r.: La primera información; fol. 106 r.: Nadie se conoce; fol. 130 r.: La mayor vitoria; fol. 150 r.: Amar sin saber a quien; fol. 173 r.: Amor, pleito y desafío; fol. 192 r.: El labrador venturoso; fol. 214 r.: Los trabajos de Jacob; fol. 234 r.: La carbonera.

(1) Es un cuaderno en 8.º, con la signatura antigua Q. 12-36. Núm. 11, y como portada lleva: "*Jornada P.<sup>a</sup> de Quien todo lo quiere*". Consta de 15 folios la primera jornada, de 14 la segunda y de 16 la tercera. Letra del siglo XVII. Lleva algunas correcciones de letra del siglo XVIII, especialmente por querer transformar el papel de Ginés, vejete, en el de Inés, doncella.

El manuscrito tiene el siguiente reparto:

DON JUAN.....	Pedro M.	OCTAVIA.....	Vicenta.
DON FERNANDO.....	Rueda.	JULIA.....	Catalina.
DON PEDRO.....	León.	INÉS.....	Antonia.
BERNAL.....	Osorio.	D. <sup>a</sup> ANA.....	Jacinta.

PEDRO M. debe de ser Pedro Maldonado, que sale fiador en 18 marzo 1611 de otro cómico, Francisco Sánchez de Medina, y que en 1621 trabajaba con su mujer, Jerónima Sánchez, en la compañía de Juan de Morales Medrano.

RUEDA. Antonio de Rueda, que figura en obras de Lope, como *Del monte sale* y *La Montería*. En 1632 estaba en la compañía de Alonso de Olmedo, y en 1638 dirigía compañía propia y representaba en Fuente el Saz con Pedro de Ascanio, y en Fuente-salida, Cuéllar y otros lugares, entre ellos Madrid, para las funciones del Corpus. Su mujer era Catalina de Acosta. En 1635 figuraban en su compañía los siguientes autores, algunos de los cuales se identifican fácilmente con los del reparto de *Quien todo lo quiere*:

DIEGO DE LEÓN representaba y bailaba.

ANTONIA INFANTE, mujer de Pedro Ascanio, representaba, cantaba y bailaba. Tenía fama de hacer muy bien las damas.

JACINTA DE HERVIAS Y FLORES, viuda, para representar, cantar y bailar. En enero de 1640 ya había vuelto a casar con el autor de comedias Luis López de Sustaete.

Antonio de Rueda murió el 29 de diciembre de 1662, en la calle del León, casas propias, y dejó mandadas 200 misas por su alma.

(Cfr. Pérez Pastor y H. A. Rennert, *obras citadas*.)

Es una buena comedia de costumbres cortesanas, basada en el caso —no infrecuente en los anales de la coquetería— de una bella y bizarra dama que cree, al verse asediada por muchos pretendientes, poder casarse con quien quiera, y ve al fin que por haberlo querido todo, todo lo pierde, y se queda sin casar.

El único pretendiente que la amaba es despreciado de ella por pobre; y cuando la fortuna le pone en posesión de una gran herencia, se convence de la falsedad de la hermosa dama y del amor verdadero de otra, con la que se casa.

No falta el desafío y la herida que obliga al caballero a huir a Italia; la protección desinteresada de la dama preterida; la firme amistad del hermano de éste; la vida militar donde el enamorado galán procura ahogar sus recuerdos; la relación de batalla naval con corsarios turcos en el Mediterráneo (pág. 180), asunto tan real en la vida española de principios del xvii, y el infantil recurso de disfrazarse de pobre para probar si la amistad es verdadera o sólo fingimiento.

Es natural que gustaran al público obras teatrales como éstas, donde se veían reflejadas costumbres de todos conocidas: por ejemplo, la descripción de la vida de una dama bizarra o coqueta en Madrid (página 159); la alusión a la forma de pedir limosna, disfrazando la petición con el cuento de una historia de familia o de linaje venido a menos (pág. 177); la satisfacción y vanidad, en que un rico lucía sus atavíos al entrar en una población (pág. 176); la descripción de los progresos que la ciudad de Madrid iba haciendo, después de la vuelta de la Corte, que instalara en Valladolid el Duque de Lerma (pág. 168); la facilidad con que los caballeros metían mano a la espada, haciéndola servir de espejo de sus actos honrosos (pág. 165); hasta los discreteos cortesanos, como es el que tiene por fin premiar la definición de los celos (página 161); la comparación burlesca del que hace un casamiento con el que compra un coche (pág. 160).

La versificación es tan suelta, fácil y variada como suele verse en las obras de Lope. Notemos uno de los dos sonetos contenidos en esta comedia, en el que la dama bizarra lamenta amargamente los efectos de su coquetería (pág. 182); la poética y delicada descripción del llanto de una mujer (pág. 166); el relato de un desafío, con nerviosa y rápida concisión (pág. 165); la relación circunstanciada y minuciosa de una batalla naval con corsarios argelinos (pág. 183), seguramente histórica; el romance en que alternativamente se dan noticias desgraciadas y felices nuevas (pág. 174).

Hay en esta comedia varias alusiones literarias interesantes. Una al culteranismo, la eterna pesadilla de Lope (pág. 172); otra en que el escritor, dolido, se lamenta de la crítica exagerada que el público hace de los dramaturgos; cuando se trata de otras profesiones no se

exige tanto, y nadie trata de enterrar al médico con el muerto a quien no curó, ni el letrado pierde su hacienda aunque no gane el pleito, ni el astrólogo ni el cosmógrafo son castigados por sus errores; pero al que escribe comedias, que “tanto desea agradar al que las oye”, no le perdonan “si al blanco tal vez no acierta la flecha”, y eso sin tener tampoco presente que las comedias no vienen de año a año como las flotas, sino que el poeta “da cada día partos del ingenio” (pág. 161). Seguramente escribía Lope bajo la penosa impresión de la agria polémica sostenida con el gramático Pedro Torres Rámila (1).

Y se deduce que también el público se divertía en los estrenos de las comedias malas más que con las buenas, porque en aquéllas “hablan todos, — silban, gritan, y aun las dueñas — con su poquito de llave — se meten a ser discretas”.

El tipo del gracioso está mantenido en el mismo tono de fresca jovialidad y gracia fina durante toda la comedia, sin los cambios bruscos y a veces chocarreros que en otras suelen encontrarse.

## VI.—La Resistencia honrada y Condesa Matilde.

Seguimos, para reproducir el texto de esta comedia, la edición de la Parte II de Madrid, 1610, y anotamos las variantes de otra edición de Barcelona en 1611 (2).

Según Pérez Pastor (3), fué representada por Gaspar de Porres

(1) Acerca de esta verdadera guerra literaria del siglo XVII, véase el magistral estudio de Joaquín Entrambasaguas y Peña, tesis doctoral de 1930, en curso de publicación.

(2) *Segunda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, que contiene otras doze cuyos nombres van en la hoja segunda. Dirigidas a Doña Catalina de Gauna Varona, muger de don Alonso Vélez de Guevara, Alcalde mayor de la ciudad de Burgos.* (Un grabado.) *Con licencia. En Madrid, por Alonso Martín. Año 1610. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.*

4.º; 3 hojas prels. y 372 foliadas.

El señor Cotarelo, en el tomo V, pág. 25, de esta misma colección, señala la existencia de otra edición de esta segunda parte, en Madrid, por Alonso Martín, 1609, y dice que Rennert afirma haber ejemplar en el Museo Británico. Fué dedicada a doña Casilda Gauna Varona, e impresa a costa de Alonso Pérez. La fe de erratas va fechada en Madrid a 18 de noviembre de 1609; tiene aprobaciones de fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario (Madrid, 30 de julio de 1609) y del doctor Cetina a 1.º de agosto.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona en 1609; en Madrid, 1610; Barcelona, 1611; Bruselas, 1611 (copia de la de Madrid, 1610); Madrid, 1618.

En la Biblioteca Nacional, T. 8530, se conserva un ejemplar, desglosado de un tomo de estos.

(3) *Nuevos datos para la historia del histrionismo español*, pág. 90.



antes de 7 de mayo de 1605; y como notan Rennert y Castro (1), debe ser la titulada *La Condesa* en la primera lista de *El Peregrino*.

Responde, por su técnica, a la primera época de Lope, o acaso a un período de transición. Excesivamente larga, diluída la acción en varios episodios, que sólo al final se van concretando, sin el personaje del gracioso, tiene la versificación casi siempre primorosa y fácil de Lope, aunque a ratos se ven versos duros y hasta ripiosos.

De asunto cortesano, palaciego más bien, se basa en el amor que repentinamente surge en el corazón del Delfín de Francia por la esposa de uno de sus nobles, que resiste valerosamente escudada en su honor y fidelidad. El Rey ordena matar al marido para lograr su intento; pero en la guerra muere, y sólo cuando el Rey decide hacerla su esposa, es cuando la Condesa accede a ser su enamorada. Contrasta trágicamente con este amor el de otra amante del Rey, que al verse desairada termina en loca.

Merecen señalarse algunos pasajes, especialmente dos estupendos sonetos, uno al poder de los celos (pág. 190) y otro religioso, al Crucifijo, dicho por el Conde en la agonía, y que debía de causar gran impresión (pág. 222), por venir detrás de escena muy sentimental. Otros pasajes muestran la pericia de Lope: la descripción de la noche (página 190); la de una fiesta palatina con ocasión de la boda de la Condesa (pág. 191); la versatilidad de las palabras de un amante (pág. 193); la frívola reconciliación de dos enamorados, tras un breve disgusto (página 196); el discreteo de conceptos y palabras a base de la idea de peregrino (pág. 202); el simbolismo de los colores respecto de las diversas pasiones (pág. 192).

Choca la crudeza realista en alguna escena, que parecería hoy caricatura de tragedia (págs. 198-199). Y hay recursos escénicos de gran efecto, como el medio de que la Condesa se vale para echar al Rey de su casa (pág. 214) con que acaba el acto segundo; el agujero del espejo roto y del ruido de armas, que precede a la aparición del espectro del Conde difunto (pág. 223), escena que principia con la apacible vida normal y tranquila del castillo provinciano. Gran habilidad demuestra la escena del Rey en el castillo, donde se siguen a la vez varias conversaciones (páginas 210-212).

## VII.—El Sastre del Campillo.

De esta comedia no tenían noticia los bibliógrafos que habían estudiado la obra del Fénix de los Ingenios. Figura en la parte XXVII, extravagante, Barcelona, 1633, citada por La Barrera al tratar de otra

---

(1) *Uda*, pág. 471.

comedia (*La selva confusa*), pero de cuya existencia se llegó a dudar. El señor Heaton ha tenido la fortuna de hallar en Barcelona un ejemplar de esta parte XXVII, y nuestro buen amigo y compañero don Federico Ruiz Morcuende ha encontrado otro en la Biblioteca Nacional de Madrid (1).

Véase la descripción de este raro volumen, según los dos eruditos mencionados:

“Portada: *Las comedias del Fénix de España Lope de Vega Carpio. Parte veinte y siete. Dirigidas al Doctor Ivan Pérez de Montañán, natural de la Villa de Madrid. Año [viñeta] 163[3]. Con licenci[a] [En] Barcelona. Año de [1633].*—Verso en blanco.—Fol. 3 r.: Dedicatoria. Títulos de las comedias.—Fol. 3 v.: Aprobación y licencia de Andrés de Omella; Zaragoza, 4 de enero de 1633. Imprimatur; el Doctor Francisco de la Peña. V. G.

Las comedias contenidas en el volumen las enumera así el señor Heaton:

- I.—*Por la pñente Ivana*. 37 págs. sin numerar.
  - II.—*Celos con celos se curan*. 43 págs. sin numerar. Signaturas A-E, de ocho folios cada una.
  - III.—*Lanza por lanza de Lvys Almanza*. Fols. 21-38.
  - IV.—*El Sastre del Campillo*. Fols. 39-62.
  - V.—*Allá darás rayo*. Fols. 63-80.
  - VI.—*La selva confusa*. Fols. 81-102.
  - VII.—*De Julián Romero*. Fols. 101-122.
  - VIII.—*De los Vargas de Castilla*. Fol. 123.
  - IX.—*El médico de su honra*. Fol. 120.
  - X.—*Los milagros del desprecio*. Fols. 1-17. Signaturas A-C.
  - XI.—*El Infanzón de Illescas*. Fols. 1-21. Signaturas A-D.
  - XII.—*El Marqués de las Nabas*. Fols. 1-18. Signaturas A-C.”
- La comedia la representó por vez primera Manuel Vallejo (2).

(1) Da cuenta de este notable descubrimiento y describe el ejemplar en el volumen X, pág. 43, de esta misma colección de obras dramáticas de Lope de Vega.

(2) Manuel Vallejo era madrileño. En 19 de marzo de 1623 se comprometían a darle un corral en Madrid para representar todos los días, pasada la Cuaresma, cuando se diere la licencia, y él se comprometía a no dejar de representar aunque hubiera poca gente en el corral, y a no salir de la corte a hacer fiesta alguna. Entre los actores de la compañía se citan Juan de Villegas, Bernardo de Bobadilla, Lucía de Robles, Bernardino Alvarez, Juan Montoya, Francisco de Castro, Jerónimo de Córdoba, Miguel Jerónimo, Pedro de Urbina, Juan de Bustamante, Antón Barato. Todavía se le ve actuando en 1639, en Carabanchel Bajo.

Representó *La niñez de San Isidro*, de Lope, *La Montería* y *El castigo sin venganza*, además de *La selva confusa*.

Con María de Riquelme tuvo a Manuel Vallejo el Mozo, célebre actor también. Cfr. Pérez Pastor y Rennert, *obras citadas*.

La comedia se sitúa en la época tumultuosa de la minoría de Alfonso VIII, cuando las luchas entre Castros y Laras por la regencia se juntaban con la intervención de los leoneses en la política castellana, principalmente del rey don Fernando II de León. Los Laras se apoderaron de la persona del Rey niño y la pusieron a buen recaudo en Soria, de donde se escapó, y con la ayuda de los caballeros castellanos principió a recorrer las ciudades hasta entrar por sorpresa en Toledo, donde fué aclamado Rey el año 1166 (1).

Lope aprovecha el momento en que Manrique de Lara roba al Rey niño, que va a ser entregado a su tío, el Rey de León, para apaciguar los reinos, y lo oculta en San Esteban de Gormaz. El nudo de la acción consiste en la lucha entre Lara y Fernán Ruiz de Castro por mantenerse fieles a su palabra y guardar a la vez la lealtad debida al Rey castellano, y en el conflicto amoroso de Manrique, prometido de una hija del de Castro, de la cual estaba enamorado el Rey de León. El recurso dramático principal se funda en el extraño parecido de Manrique de Lara con un Juan Prieto, sastre del Campillo, lugar cercano a San Esteban, a quien asesinan unos villanos, y cuyo traje y personalidad usurpa el de Lara, que unas veces se presenta como tal, y otras como sastre, logrando burlar así a sus perseguidores y evitar la traición de un soldado castellano que quería entregar al de León el castillo de San Esteban de Gormaz, asilo del Rey niño.

No puede incluirse esta comedia sino entre las medianas de Lope, aunque no faltan rasgos característicos del gran dramaturgo: así el romance expositivo en que Manrique cuenta cómo robó al Rey niño para sustraerlo de la tutela del de León y cómo se encontró moribundo al Sastre del Campillo, asesinado por unos villanos para evitar su boda con Elvira (pág. 234); o la festiva descripción de una olla preparada en una venta, donde el gracioso —carácter bien sostenido— intercala el chiste del cambio de gato por liebre, tan usual en aquellos establecimientos, según los textos literarios (pág. 242).

La poca verosimilitud del hecho de la confusión de las dos personas, el Sastre y Lara, y de que no sea conocido ni por la villana Elvira ni por la noble Blanca, quita fuerza al desarrollo de la acción dramática, que peca de convencional y de falsa.

---

(1) Véase el relato de estos hechos en las *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso VIII*, por el Marqués de Mondéjar, ilustrada con notas y apéndices por don Francisco Cerdá y Rico (Madrid, Sancha, 1783); o en la obra de Alfonso Núñez de Castro, *Crónica de los Reyes de Castilla*, don Sancho el Deseado, don Alonso el Octavo y don Enrique el Primero (Madrid, 1665).

### VIII.—El satisfacer callando y Princesa de los Montes.

También de esta comedia hemos tenido la suerte de hallar el texto de Lope, hasta ahora dudoso. Como de Moreto se da en la Parte XXXVII de *Comedias escogidas* (1671) (1) y se repite en el tomo III de sus *Comedias*, Madrid, Antonio de Zafra, 1681. Pero atribuida a Lope figura en la *Parte sexta de comedias escogidas de los mejores de España*, Zaragoza, Herederos de Pedro de Lanaja, 1653 (2).

De esta Parte VI de *Escogidas* parece que no se conserva más que un ejemplar, que guarda la Biblioteca Nacional de Viena, ejemplar que hemos podido manejar en la copia fotográfica hecha para la Real Academia Española. Reza así la portada:

“Sexta / Parte / de / Comedias / escogidas / de los mejores / ingenios / de España / Con licencia /

En Zaragoza, Por los herederos de Pedro / Lanaja y Lamarca, Impresores del Reyno de Aragon, y de la Vniversidad. Año 1653.

Títvlo de las Co / medias qve se contienen / en este Libro.

Mirad a quien alabais. De Lope de Ve / ga Carpio.

El Angel de la Guarda. De D. Pedro Cal / derón.

El Capitán Belisario. De Lope de Vega.

El diablo Predicador. De Luis de Velmôte.

Los Principes de la Iglesia. De D. Christoual / de Monroy.

Dineros ion calidad. De Lope de Vega.

El juramêto ante Dios. De Jacinto Cordero.

Las Mocedades de Bernardo del Carpio. De / Lope de Vega.

Los Encantos de Medea. De Roxas.

El satisfacer callãdo, y Princesa de los Mõ / tes. De Lope de Vega.

Don Domingo de Don Blas. De Juan Ruiz / de Alarcón.

Vengarse con fuego, y agua. De Don Pedro / Calderón.”

No sólo esta atribución a Lope en volumen más antiguo que los de Moreto nos inclina a considerar la comedia como de Lope, sino la más somera lectura de ambos textos. Reproducido en nuestra edición el de la *Parte VI de escogidas* (A), y puestas al pie las variantes de la *Parte XXXVII* (B), que coincide con la que figura en el volumen III de

(1) *Parte treinta y siete de Comedias nuevas escritas por los mejores Ingenios de España. Dedicadas a don Jacinto de Romarate y Varona, etc. Año* (Escudo del Mecenas) *1671. Con licencia, en Madrid: Por Melchor Alegre. A costa de Domingo Palacio y Villegas, Mercader de libros. Vendese en su casa en frente del Colegio de S. Tomas.*

4.º; 4 hojas prels. y 438 págs.

(2) Figura esta comedia como *suelta* en la colección de Lord Ilchester, que fué de Lord Holland, según Rennert.



*Comedias* de Moreto, puede comprobarse facilísimamente que el texto de Moreto no es más que una refundición del de Lope. Moreto acorta la comedia, sin más que, por regla general, suprimir pasajes; en algunas ocasiones se ve precisado a refundir el texto, pero son relativamente escasos estos pasajes refundidos.

El análisis de la comedia lleva a la misma atribución: la variedad de metros empleados, hasta el verso suelto; el empleo de un cantar de gusto popular (pág. 209), la fluidez y facilidad de la versificación, el atrevimiento en las expresiones del gracioso, ponen esta obra en relación directa con otras indudables del Fénix.

Comedia de costumbres cortesanas, gira en torno de la fábula principal del encuentro de un príncipe, fugitivo por la guerra civil, con una bella y selvática dama, criada en los montes sin saber que es hija de Príncipes: el idilio se ve turbado por dos circunstancias imprevistas: una la llegada de emisarios en busca del Príncipe, para ofrecerle el trono, otra los celos que en éste despierta el caso de ver a la salvaje belleza abrazar a un hombre (que era su padre). La dama, por vengar su honor, llega en ocasión de ayudar a su prometido esposo, en el trance difícil de la prisión en que se hallaba, y *callando, satisface* a los celos de su amante.

Por la belleza de su factura y lo bien dispuesto de la fábula, parece ser obra de la última época de Lope, sin que haya alusión ninguna que permita suponer la fecha.

Son pasajes notables: la exposición de los propios méritos por los dos Príncipes pretendientes al trono de Nápoles (pág. 267); el florido y galano diálogo entre Aurora y Fadrique, en el fondo pérfido y malicioso (págs. 278-79); la escena de amor entre el Príncipe fugitivo y la selvática Nereida (pág. 283); el romance en que Nereida cuenta los hechos de su vida (pág. 290), y la descripción que de sí propia hace la hermosa dama (pág. 294). Procaz y desenvuelto en extremo es, casi siempre, el lenguaje que emplea el gracioso, un rústico demasiado primitivo y salvaje, que acaba por hacerse soldado ridículo.

## IX —El secretario de sí mismo.

Figura esta comedia en la *Parte VII* de las de Lope, de la cual hay ediciones de Madrid en 1615 (1); de Madrid, por Juan de la Cuesta,

(1) *El Fenix de España Lope de Vega Carpio. Familiar del Santo Oficio, sexta parte de sus Comedias. Dirigidas a don Pedro Docon y Trillo, Cavallero del habito de Santiago, hijo del señor don Juan Docon y Trillo del Consejo Supremo de Su Magestad, y de la Santa Cruzada, Cavallero del habito de Calatrava, Comendador de la Fuente el Moral, y Casas de Ciudad Real. Año (Estando del impresor) 1615. Con privilegio. En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Miguel de Siles*

1616 (1), y de Barcelona, por Sebastián de Cormellas, 1616 (2). Además, el manuscrito 17.826 de la Biblioteca Nacional de Madrid tiene los dos actos primeros de la misma comedia (3). Hemos seguido el texto de la edición de Madrid, 1616 (A), por ser el más completo, y hemos anotado las variantes de la primera edición, de 1615 (B).

La alusión que al final del acto segundo hace Lope a sí propio y a Micaela Luján, sacando a escena como jardineros a Belardo y a Lucinda, permite señalar la fecha aproximada de esta obra, que se menciona en la segunda edición del *Peregrino en su patria*, 1618, y no en la primera de 1604: entre este año y el de 1613, en que parece haber muerto ya Micaela Luján.

Es comedia de costumbres cortesanas, de preciosa factura, versificación ágil y variada, en que descuellan dos tipos de mujer: uno episódico, la madrastra joven enamorada de su hijastro, que la huye por no mancillar el honor de su padre; otro fundamental, la dama linajuda enamorada del discreto e ilustrado secretario. El nudo de la fábula estriba en el cambio de personalidad, que por interés hace su padre, suponiendo a su propio hijo el que lo es natural del Duque de Milán, para lograr estado y honores, mientras que el verdadero ocupa el puesto de secretario de la dama con quien su padre lo quiere casar: por eso *es secretario de sí mismo*. Y claro es que no faltan los amores paralelos de otra dama hacia un Príncipe, enamorado de la primera; y hasta la caricatura de los amores del gracioso y la doncella. Las armas están a punto de tener que resolver el nudo, lo cual da lugar a preciosas escenas que reflejan la vida militar con sus alistamientos, juegos y riñas, todo mezclado en un diálogo vivo, rápido, condensado hasta lo inverosímil (pág. 337).

*librero. Vendese en su casa al lado del Correo mayor.* (Colofón:) “En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín de Balboa, Año de 1615.”

4.<sup>o</sup>; 4 hojas prels. y 302 numeradas. Signaturas aA-Pp de a 8 hojas. Port.: V. en blanco.—*Hoja 2.<sup>a</sup>*: “Títulos de las Comedias”: 1.—La batalla del honor, fol. 1.—2. La obediencia laureada y primer Carlos de Hungría, fol. 26.—3. El hombre de bien, fol. 51.—4. El servir con mala estrella, fol. 77 v.—5. El cuerdo en su casa, fol. 101 v.—6. La Reina Juana de Nápoles, fol. 126 v.—7. El Duque de Viseo, fol. 147 v.—8. *El secretario de sí mismo*, fol. 175.—9. El llegar en ocasión, fol. 200 v.—10. El testigo contra sí, fol. 228 v.—11. El mármol de Felisardo, fol. 252 v.—12. El mejor maestro el tiempo, fol. 276.—*Vuelta*: “Tassa”: Madrid, 3 de abril de 1615.—Erratas: Madrid, 1.<sup>o</sup> de abril de 1615: El lic. Murcia de la Llana.—“Aprobación” del Maestro Vicente Espinel: Madrid, 11 de diciembre de 1614.—*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Privilegio a Francisco Dávila, por diez años: Madrid, 24 diciembre de 1614.—*Hoja 4.<sup>a</sup>*: Dedicatoria de Siles a Docón.—Texto.

(1) Hay ejemplar en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Madrid.

(2) Tuvo ejemplar Salvá.

(3) Es el núm. 3.057, del *Catálogo* de Paz. El primer acto consta de 15 folios en 8.<sup>o</sup>; el segundo, de 18 fols.

Dos bellísimos sonetos esmaltan esta obra: uno dedicado a cantar las excelencias de una hermosa, comparada con las más bellas flores (pág. 304); otro en que un mozo señala el valor de ánimo preciso para despreciar a una mujer que ruega (pág. 308). Las rimas suelen ser variadísimas, según costumbre de Lope, y no falta muestra de un precioso cantarcillo de sabor popular (pág. 327). Alusión popularísima también es la que se refiere a la costumbre de computar la hora del mediodía cuando se oye sonar el almirez (pág. 312); todavía subsiste hoy, en la Mancha al menos, esta costumbre de machacar azafrán para el puchero pocos minutos antes de la hora de comer.

Luce Lope sus conocimientos mitológicos en varios pasajes, principalmente en ocasión de declarar la identificación de una estatua (página 314). Y al referirse a la ciudad de Roma, tanto en el diálogo burlesco del gracioso y la criada, donde se sacan a cuenta las cosas notables de la gran ciudad (pág. 310) como en la escena en que los viajeros expresan su admiración al ver por vez primera la sede del mundo del arte y de la Iglesia (págs. 312-313), confiesa paladinamente servir-se de los datos que le ha proporcionado una guía titulada *De mirabilibus Romae* (1).

El realismo y la crudeza de la escena en que Casandra solicita el amor de su hijastro Feduardo (pág. 306) y alguna otra frase fuerte y picante (págs. 310, 328), contrastan con delicadas escenas de amor como la que pasa entre Feduardo y Octavia (pág. 322), o la comparación del amor con la música de la guitarra (pág. 306), o la ingeniosísima carta en que Otavia se declara a su secretario (pág. 325) y el fingido diálogo de Feduardo hablando consigo mismo (pág. 326), o la en que Casandra arranca hábilmente a su anciano esposo el secreto del cambio de personalidad de sus hijos (pág. 324). Es rápido y feliz el retrato del necio enfatuado (pág. 312).

El papel de gracioso, personificado en un hidalguillo español, listo y avisado, tiene sal y gracia fina, mereciendo señalarse el diálogo con la criada en que burlescamente se alude a las cosas notables de Roma (pág. 310) y el juego ingenioso en que se describen las distintas clases de barbas (pág. 309).

---

(1) Se refiere con toda seguridad al libro titulado *Mirabilia Romae. Las Iglesias, indulgencias y estaciones de Roma...* Traducción del latín con algunas adiciones por Hernando de Salazar. En Roma, por Valerio Dorico, l' año 1561. Un tomo en 16.º de 96 fols. con grabados. Traducción o arreglo de otra latina muy corriente en el siglo xv.

Hay otra edición de Roma, 1575, por Juan Olmarino Giliotto, a cuya portada se añade: "Con las antigüedades della mesma ciudad de Roma hecha por Andreas Paladyo."

## X.—La selva confusa.

Se citaba esta comedia de Lope en el *Catálogo del teatro español* de Vicente García de la Huerta, y figuraba en el famoso tomo 133 de Osuna, desaparecido. El hecho de no haber tenido a la mano los bibliógrafos ejemplares de la *Parte XXVII, extravagante*, ha dado lugar a muchas cábalas y dudas acerca de la paternidad de esta obra. Rennert y Castro (1) se inclinan a creer que las dos comedias que se citaban, impresa la una en la *Parte XXVII* y manuscrita la otra en la Biblioteca Nacional de Madrid, “son una comedia misma, y de Calderón”. El profesor Northup, que en la *Revue Hispanique*, XXI, publicó el manuscrito de Calderón, opinaba “que no había existido sino una comedia de este título, y que ésta es la de Calderón”.

El hallazgo en Barcelona primero y luego en Madrid de ejemplares de la *Parte XXVII, extravagante* (2), ha disipado todas las dudas acerca de la existencia de esta comedia de Lope. Y a mayor abundamiento, la comedia que con el título de *Selvas y bosques de amor* se puede leer en la *Parte XXIV* de las comedias de Lope, según la edición de Zaragoza, 1633 (3), coincide en su texto con la *Selva confusa*

(1) *Vida*, págs. 517-518.

(2) Véase su descripción atrás, pág. xxxiii.

(3) Hay varias ediciones de esta *Parte XXIV*. En la de Madrid, hacia 1640, rarísima según Salvá, cuyo ejemplar estaba incompleto, no figuraba con ninguno de los dos títulos, a no ser que fuera *El Palacio confuso*. En la de Zaragoza, por Diego Dormer, 1632, figura en segundo lugar *Selvas y bosques de amor*. De esta edición existen dos reimpresiones por el mismo Diego Dormer, en Zaragoza, 1633. Véase la descripción bibliográfica de este volumen: *Parte veynte y quatro de las comedias del Fénix de España Lope de Vega Carpio. Y las mejores que hasta aora han salido. A Don Diego de Virto de Vera Capitan de Infanteria Española*. [Adorno tipográfico: Un jarroncillo.] *Con licencia y privilegio. En Çaragoça, por Diego Dormer, en la Cuchilleria, año 1633. A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros*.

En 4.<sup>o</sup>; 4 hojas + 235 fols.—Signaturas: A-Gg2. Texto a dos columnas.

Portada con orla.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—V.: Licencia, Zaragoza, 25 enero de 1631.—Aprobación, Diego de Morlanes, Zaragoza, 17 de febrero de 1631. Hoja 2 r.: Privilegio, Zaragoza, 18 de febrero de 1631.—Hoja 3 r.: Dedicatoria, Jusepe Ginobart, Zaragoza, 16 de febrero de 1633. Fol. 1 r.: La ley ejecutada; fol. 21 r.: *Selvas y bosques de amor*; fol. 41 r.: Examen de maridos; fol. 62 v.: El qué dirán; fol. 81 v.: La honra de la mujer; fol. 104 v.: El amor bandolero; fol. 123 r.: La mayor desgracia de Carlos V; fol. 145 r.: Ver y no creer; fol. 162 r.: Dineros son calidad; fol. 179 r.: De cuándo acá nos vino; fol. 201 r.: Amor, pleito y desafío; fol. 218 v.: La mayor vitoria.

No figura nuestra comedia en la “Ventiquatro parte perfeta de las comedias del Fénix de España... Sacadas de sus verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aquí han salido”, Zaragoza, por Pedro de Verges, 1641.

La lista de comedias contenidas en cada uno de estos volúmenes puede leerse en Palau, *Manual del librero Hispano-Americano*, vol. VII, págs. 131-132.



de la *Parte XXVII*, salvo las variantes inevitables en esta clase de textos.

Consta, por otro lado, que *Selvas y bosques de amor* fué representada ante el Rey por la compañía de Manuel Vallejo en 7 de mayo de 1623 (1), el actor mismo que representó *La selva confusa*, según reza la impresión de la *Parte XXVII*, y que *La selva confusa* fué representada por el autor de comedias Juan Acacio en 21 de julio de 1623 (2), y es el primer año en que consta que escribiera Calderón para el teatro (3).

Del cotejo que hemos hecho de los tres textos para nuestra edición, se concluye con bastante claridad que es de Lope *La selva confusa* de la *Parte XXVII* y el texto que se reproduce bajo el título de *Selvas y bosques de amor*, y que Calderón amplificó unos pasajes y modificó otros en el manuscrito autógrafo que guarda la Biblioteca Nacional (4). Pudiera explicarse como ejercicio de la primera época de Calderón el hecho de haber tomado esta comedia con ánimo de mejorarla, y que por eso no la incluyera luego en la lista de las suyas, que envió al Duque de Veragua poco antes de su muerte. En más de un pasaje todavía se ven vacilar en el manuscrito los versos o palabras que habían de verificar el ensamblaje de lo añadido por Calderón con lo existente de Lope (5).

La comedia es de enredo, y justifica su título, y se desarrolla en ambiente cortesano. Estriba la fábula en la dificultad de averiguar la personalidad cierta de Fadrique, fugitivo de su hermano Felipe, y que oculta su calidad en el palacio de verano del Duque de Mantua, donde es acogido. Se descubre a Flora; pero ésta es tomada por loca cuando quiere hacer creer que el fingido jardinero es el hijo del Duque de Milán. El despecho de otra amante celosa, que va en busca de Fadrique, y la presencia del hermano perseguidor, contribuyen a aumentar el enredo y la confusión de aquella selva.

(1) *Modern Language Review*, III, 52.

(2) Rennert, *Modern Language Review*, III, 52.

(3) Véase Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura española*, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, 1925. pág. 710.

(4) Hemos seguido el texto del manuscrito, pues la edición de Northup es bastante defectuosa. Parece como si hubiera encargado a un copista hacer la transcripción del manuscrito, y, sin cuidarse de otro cotejo, lo hubiera mandado a la imprenta. No era de nuestra incumbencia corregir ahora las erratas de Northup; algunas hemos señalado; por ejemplo, aquel delicioso pasaje en que cuando el manuscrito dice clarísimamente: "El es lindo socarrón", Northup transcribe impávido: "El es lirondo socorrón", como si desconociera en absoluto el castellano. Las faltas de puntuación y acentuación son más disculpables en un extranjero, que no suele llegar a dominar el idioma español, como fuera necesario para esta clase de trabajos eruditos.

(5) Véanse las págs. 366, nota final, y 372, fin, entre otras que pudieran señalarse.

Se intercalan dos cuentecillos populares: uno del tuerto, el cojo y el jorobado (pág. 358); otro del hombre a quien se le murió ahogada la mujer y la buscaba río arriba, porque ella iba siempre contra la corriente (pág. 366). Se lee con gusto un capricho, algo infantil, en que el gracioso se lamenta de que le deben veintiún reales, cuarenta y dos medios, ochenta y cuatro cuartillos, etc., hasta acabar toda la serie de monedas divisionarias (pág. 367); y otro pasaje en que se hacen ingeniosos juegos de palabras, tomando como base “desnuda” (pág. 391).

Pasajes notables son el romance en que riñen los dos hermanos (página 345); la bella descripción del naufragio de un hombre (pág. 352); las ingeniosidades y discreteos con que Flora trata descubrir nobleza y calidad en el desconocido náufrago (pág. 354); las sueltas y fáciles décimas, en que Fadrique insinúa su verdadera personalidad, sobre todo las finales (pág. 359), en que cada verso se dialoga con tal rapidez y concisión como sólo era capaz Lope de realizar; por eso Calderón suprime en su arreglo este vivísimo diálogo; y las décimas en que Fadrique se descubre a Flora, mientras ella finge dormir (pág. 362).

## XI.—El sembrar en buena tierra.

Gracias a la diligencia de nuestro buen amigo míster Edward Lynam, erudito bibliotecario del British Museum, hemos podido disfrutar de una copia fotográfica del manuscrito autógrafo de esta comedia, que guarda la célebre biblioteca de Londres, bajo la signatura Eger-ton, 547, núm. 6, fol. 216. En nombre de la Real Academia Española, y en el nuestro propio, expresamos públicamente nuestra gratitud al señor Lynam por su amable solicitud, que redunda tan en provecho de las letras patrias.

Además del manuscrito autógrafo (A), fechado en 6 de enero de 1616 (1), hemos utilizado el texto impreso en la *Parte X de las Comedias* de Lope (2), anotando al pie las variantes. Citada en la segun-

(1) Es el manuscrito un cuaderno en 8.º con 18 folios el acto 1.º, 17 el acto 2.º y 18 el 3.º. Suele tener cada página 28 versos. Las acotaciones están señaladas con una †.

(2) *Décima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio, sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excelentísimo señor Marques de Santacruz. Capitan General de la esquadra de España. Año [escudo tipográfico] 1618. Con privilegio en Madrid, por la viuda de Alonso Martín de Balboa. A costa de Miguel Siles mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalzas.*

Al fin: *En Madrid, Por Juan de la Cuesta. Año M.DC.XVIII.*

En 4.º; 4 hojs., 299 fols.—Signaturas: APp2.—Texto a dos cols.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1 r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, El licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, Madrid, 7 noviem-

da edición del *Peregrino en su patria*, se halla además suelta en el Museo Británico, en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (1) y en otro de la Biblioteca de Parma.

bre de 1617.—Hoja 2 r.: Aprobación, Fr. Alonso Remón, Mercedario, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio. Juan de Jerez, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: Décima a Lope de Vega del Maestro Colindres, gramático, retórico y filósofo. Hoja 3 r.: Dedicatoria.—V.: Al lector.

Fol. 1 r.: El galán de Membrilla; fol. 28 r.: La venganza venturosa; fol. 53 v.: Don Lope de Cardona; fol. 78 v.: El triunfo de la humildad y soberbia abatida; folio 102 r.: El amante agradecido; fol. 128 r.: Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria; fol. 151 v.: La octava maravilla; fol. 177 r.: *El sembrar en buena tierra*; folio 198 r.: El blasón de los Chaves de Villalba; fol. 221 v.: Juan de Dios y Antón Martín; fol. 248 v.: La burgalesa de Lerma; fol. 273 r.: El poder vencido y amor premiado.

Hay otras ediciones de esta parte:

*Décima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio familiar del Santo Oficio, Sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excelentísimo Señor Marqués de Santacruz Capitan general de la esquadra de España. Año [escudo tip.] 1618. Con licencia. Barcelona, Por Sebastián de Cormellas y a su costa.*

En 4.º, 4 hojs. + 298 fols.—Signaturas: A-Mm6. Texto a 2 cols.

Port.—V. en blanco.—Hoja 1 r.: Dedicatoria.—V. Al lector.—Hoja 2 r.: Aprobación Fr. Onofre de Requesens, Prior de Santa Catalina, Barcelona, 4 de abril de 1618.—Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sans y por su mandado Calba y de Valseca.—V. Décima del Maestro Colindres a Lope.—Hoja 3: Títulos de las comedias.—V. Tassa. Aprobación como la de Madrid.

Contiene las mismas comedias que la anterior.

*Décima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excelentísimo Marques de Santacruz Capitan General de la esquadra de España, Año [escudo tipográfico] 1621. Con privilegio. En Madrid, por Diego Flamenco. A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Véndese en su casa en la calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid. Por Fernando Correa de Monte-Negro, Año M.DC.XX.*

En 4.º; 4 hojs. 272 fols.—Signaturas: A-Ll4. Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 2 r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 22 de diciembre de 1620.

Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 3 r.: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Madrid, 13 de noviembre de 1617. Suma del privilegio, Madrid, 27 de noviembre de 1617. V.: Décima del maestro Colindres a Lope. Fol. 1 r.: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores.

La edición de Barcelona 1618 es igual que la de Madrid del mismo año. La de Madrid de 1621 tiene algunas ligeras variantes con respecto a las otras dos.

Las variantes del autógrafo y el texto impreso en la parte X han sido publicadas en los *Estudios eruditos in memoriam* de Adolfo Bonilla y San Martín, t. II, Madrid, 1930, págs. 479, artículo póstumo de H. A. Rennert, *Para el texto de la comedia "El sembrar en buena tierra"*. Este volumen ha aparecido cuando ya el texto de nuestra edición estaba compuesto.

(1) Núm. 3.073 del *Catálogo de Paz*.

Consta en el manuscrito autógrafo el reparto de los papeles y los nombres de los cómicos que los representaron. Era el siguiente:

DON FÉLIX.....	Ortiz.	FELINO.....	Ramos.
FLORENCIO.....	Benito.	DON ALONSO.....	Valdivielso.
DOÑA PRUDENCIA .....	Eugenia.	LISARDO.....	Herrera.
GALINDO, <i>criado</i> .....	Sánchez.	LISEO.....	Escruela.
CELIA.....	Lucía.	OTAVIO.....	Ramírez.
FABIO.....	Plaza.		

El señor Rennert identificó estos cómicos en su artículo citado, de donde extractamos los principales datos (1).

(1) ORTIZ: Cristóbal Ortiz de Villazán, natural de Valladolid. Muy amigo de Lope, que le llama “famoso representante”. Casado con Ana de Ribera. Estuvo en las compañías de Alonso de Riquelme y de Pedro de Valdés. Autor de comedias luego, recorrió con su compañía gran parte de España. Su carrera teatral no fué larga, sin embargo. Estuvo en Burgos, Lisboa, Sevilla, Valencia, etc... Murió en Madrid el 1 de julio de 1626 en la calle del León. Tuvo cinco hijas. De una de ellas, Isabel Lucía, fué madrina Marcela de Vega Carpio, la hija de Lope (Sor Marcela de S. Félix) y a otra, M.<sup>a</sup> Lucía, la bautizó el propio Lope.

Estrenó de éste: *La dama boba*, *El desconfiado*, *El Príncipe de la Paz* y *Lucero de la Noche*, auto; *La casa del Pecado* y *La Fe*, autos.

LUCÍA DE SALCEDO Y OLEA., Llamada por Lope *la Loca*. Casada con Jerónimo Ugarte. Estuvo con éste en la compañía de Alonso de Riquelme y luego en ésta (la de Hernán Sánchez). Antigua querida de Lope, a la cual alude en carta al Duque de Sessa (6 agosto 1616) desde Valencia:

“Ayer llegó aquí *la Loca*, que ha venido con Sánchez y toda la compañía con el Conde [de Lemos] desde Barcelona en las galeras; en mar y tierra los ha oído las comedias que tenían, algunas de las cuales me ha celebrado apasionadamente; no hay otras nuevas que dar a V. Ex.<sup>a</sup>, pues llegarán primero que yo. *La Loca* ha venido a verme, y dice que escriba a V. Ex.<sup>a</sup> que aquí tiene una esclava: así lo hago y le suplico crea que no fué causa de mi jornada [sí lo fué, y el pretexto, ir a ver a su hijo *Fernando*, fraile descalzo con nombre de Vicente Pellicer] pues ha un mes que estoy aquí y ella en Barcelona.”

[Según me comunica mi buen amigo don Joaquín Entrambasaguas, hay vehementes sospechas de que *la Loca* era madre de Fernando, el hijo de Lope, y se reunieron allí padre e hijo para ver a la Salcedo. Por eso no fué a buscarla a Barcelona. Además la Salcedo —y el final de la carta lo indica— tuvo también que ver —y no platónicamente— con el Duque de Sessa. Era como aquella *Flora* que era amiga del Duque y de Lope por temporadas.

El Fernando no hay que confundirlo con otro hijo de Lope, fraile también, pero trinitario, que se llamó fray Alejandro de la Madre de Dios y decía misa en las Trinitarias cuando ya Lope la decía también y estaba allí Sor Marcela. La madre de este Alejandro no sé quién sería. Era más joven que Fernando. Acaso la Jerónima de Burgos; pero nada sé con certeza.

Fernando por su parte era hijo de una cómica que pudo y debió de ser *la Loca*, según sospecho.]

De los otros representantes se sabe menos.

BENITO: Benito de Castro. Estuvo en las compañías de Diego López de Alcaraz



Es una preciosa comedia de costumbres, de las mejores de Lope, de acción clara y no enrevesada, de factura impecable, de ambiente madrileño, alegre y sin desenvoltura. Pone en parangón dos tipos de mujer: la coquetuela y gastadora, frívola y enfatuada de su belleza, que trae al retortero a cuantos galanes la ven, y les saca lindamente los dineros en regalos, trajes y joyas, y la seria y enamorada de veras, capaz de dejar perder una fortuna antes que casarse a disgusto, y que ayuda económicamente al infeliz caballero indiano desplumado por la otra, con lo cual siembra en la buena tierra, que en su día ha de fructificar hasta ver conseguida su boda con el galán, ricamente heredado en Lima, mientras que la frívola y bella enemiga va recibiendo desprecios y más desprecios, teniendo que resignarse al casamiento con un soldado, más amigo de los dineros que de las galanterías.

Perfectamente delineado está el carácter del caballero indiano, que llega a dar a la dama casquivana el único doblón que le regala un su amigo, cuando ya la miseria ha llamado a sus puertas y lo ha hecho "túmulo de bayeta", en fuerza de vestir pobremente. Noble hasta la abnegación es el amigo de este indiano, que por él surca el mar y va a Lima a cobrar y arreglar la herencia de su amigo. Y entre los per-

y Alonso de Riquelme. Figura en los repartos de las siguientes comedias de Lope: *La buena guarda*, *El bastardo Mudarra* y *La dama boba*.

EUGENIA: Eugenia de Villegas, mujer de Antonio Ramos.

VALDIVIESO: Juan de Valdivielso acaso, vecino de Madrid. Estuvo en las compañías de Juan de Tapia, Melchor de León y Diego Vallejo.

PLAZA: F.<sup>co</sup> Muñoz de la Plaza. Estuvo en la compañía de Alonso de Villalba.

ESCRUELA: Juan de Escorigüela, representante, natural de Tronchón, Aragón. Estaba casado con Jerónima de la Sierra. En 1623 andaba en la compañía de Antonio de Prado. En su testamento de 26 de diciembre de 1641 dejó por albacea a su marido, y por heredera a Dorotea de Sierra, hija de su primer matrimonio.

Los demás no los identifica Rennert, ni yo he dado con ellos.

El autor de comedias, director de esta compañía, según Rennert, era:

HERNÁN SÁNCHEZ DE VARGAS: Famosísimo y amigo de Lope. Estuvo en la compañía de Diego de Santander, en Sevilla. (Corpus de 1596.) Parece que escribió entonces *San Leoncio*, auto representado allí. Luego en la de Alonso Riquelme y luego dirigió ya compañía. Vivía en la calle de las Huertas. Representó en Madrid autos a medias con Riquelme. Recorrió muchos lugares de España: Sevilla, Valencia, Córdoba, Parla (Madrid), Villarrubia de Ocaña, Cifuentes, Navalcarnero, etc... Casó dos veces: con Polonia Pérez, cómica, y con Francisca Rodríguez, cómica. En Valencia estuvo la compañía cuando Lope: esto demuestra que la Lucía era *la Loca* y los demás cómicos quienes dice. Estrenó y representó de Lope *La hermosa Ester*, pero no se indica ninguna más. Venió sus casas de la calle de las Huertas (dos pares). En una tuvo de inquilino a Pacheco de Narváez, el esgrimidor enemigo de Quevedo. Murió en la cárcel de Madrid en 18 de noviembre de 1644. Se enterró en la Capilla de la Novena. Se ignoran las causas de su prisión. Sánchez era muy amigo de Luis Vélez de Guevara, y por esta razón se negó una vez Lope a escribirle una comedia.

sonajes secundarios descuella el gracioso Galindo, criado de corte leído y sabihondo, sin que sea estudiante.

Tiene esta obra noticias del más subido interés para el conocimiento de las costumbres madrileñas a principios del siglo xvii. Anotemos la sátira con ocasión de los trajes modernos y costosos, que daban de lado a las telas y paños españoles (págs. 398-431); la donosa manera de llamar a la calle Mayor de Madrid el “paso honroso”, por el peligro que los galanes corren al encontrarse en ella a las damas y tenerlas que regalar en las tiendas (pág. 413); la diferencia con que los galanes viejos y los nuevos en la corte sufrían los ataques de las pedigrüeñas en la calle (pág. 415); o los diferentes paseos y sitios de esparcimiento de la corte, el Prado, la Tela, la Casa de Campo, el Palacio, entonces en construcción (pág. 433); la vida difícil y penosa de la mujer casada, con tener muchos hijos y poca hacienda (pág. 414); la sátira de los coches (pág. 402) y las diversas clases que se veían por las calles madrileñas; hasta se ven pasar las cargas de riquezas traídas de las Indias, con las jaulas de los papagayos colocadas encima (página 431), y se enumeran los platos que constituían una buena merienda (pág. 422).

Siendo el ambiente de la comedia casa de damas y su asunto principal amores y porfías, se ven mentadas algunas supersticiones, como las de poner “habas, pan, dinero y carbón” (pág. 423), o la costumbre de usar puños azules bien largos, para conseguir ser amada (pág. 425).

No faltan algunas alusiones literarias: tales la graciosa burla de las licencias poéticas (pág. 397); las censura de los críticos severos que cuando se ponen “a escribir sólo un renglón — sale con más necedades — que letras” (pág. 401); la hábil intercalación de versos de romances del Cid, al juzgar la conducta de la dama frívola (pág. 412); la lista de libros fingidos en son de burla, que el gracioso expone al caballero militar (pág. 412); el viejo cuentecillo del estudiante a quien su padre mandaba que comiera lo más barato, y que compraba perdices porque un par tenía menos precio que una vaca (pág. 406).

Son preciosos los dos sonetos intercalados en esta comedia: a la necesidad (pág. 410), y a un diamante (pág. 413). Es hábil el juego de palabras a base de “tope” (“merendar hasta el tope”) (pág. 422), y el discreteo inicial sobre si es mejor amar a una sola mujer, o preferir los amoríos y diversiones con muchas (pág. 396); o la escena en que la dama frívola va despachando el correo de sus pretendientes (página 400); o el pasaje en que se juega la palabra “prudencia” en los gastos con el nombre “Prudencia” de la dama casquivana (pág. 405), cuya definición es bastante completa (pág. 404); o la linda manera de rechazar la petición de la dama (pág. 413).

Y abundan las comparaciones felices y originales, más que en otras

obras del Fénix: el amor con la cárcel (pág. 396); la cruz del matrimonio con las de las Ordenes Militares, del Toisón, de San Antón el Tao (1) (pág. 398); los coches en venta con los amigos leales, porque traen cédulas que dicen lo mismo por delante que por detrás (pág. 403); el rico empobrecido con la fuente seca (pág. 409); el dinero con salud (pág. 410); el tiempo con un capitán que asalta la fortaleza que representa la mujer hermosa (pág. 410).

En las líneas generales del asunto y en la manera de tratarlo, recuerda esta comedia a la del mismo Lope titulada *Quien todo lo quiere...*, impresa en este mismo volumen.

## XII.—La Serrana de Tormes.

“Comedia antigua” reza en la portada, según la edición en la *Parte XVI* de las comedias de Lope (2), Madrid, 1621, y en la dedicatoria al hijo del Duque de Sesa, don Antonio de Córdoba Cardona y Aragón,

(1) Sobre esta Orden véase Juan Baltazar de Abissino, *Fundación, vida y regla de la grande Orden militar y monástica de los caballeros y monjes del glorioso P. S. Antón Abad, en la Etiopía*. Valencia. Juan Vicente Franco, 1609, 24 fols. 4.º

(2) *Decima sexta Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica Quibusdam enim canibz sic innatum est, et non pro fesitate, sed pro consuetu dine latrent. Seneca de Rem. Fort. Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda) 1621. *Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez Mercader de libros.*

4.º: 6 hojas prels. y 284 numerads; signaturas A-Nn, todas de a ocho hojas, menos la última que tiene cuatro.

Port.: v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Títulos de las comedias.—1. El premio de la hermosura. Al Conde de Olivares (fol. 1).—2. Adonis y Venus: tragedia. Al Duque de Pastrana, don Rodrigo de Silva (fol. 21 v.).—3. Los Prados de León. Al Duque de Huéscar, don Fernando Jacinto de Toledo (fol. 40 v.).—4. Mirad a quien alabáis. A doña María de Noroña (fol. 65).—5. Las mujeres sin hombres. A la señora Marcia Leonarda (fol. 87).—6. La Fábula de Perseo: tragicomedia. A Antonio Domingo de Bobadilla. Veinticuatro de Sevilla (fol. 108 v.).—7. El Laberinto de Creta: tragicomedia. A la señora Tisbe Fénix (fol. 133 v.).—8. *La Serrana de Tormes*. Al Conde de Cabra, don Antonio de Córdoba Cardona y Aragón (fol. 155 v.).—9. Las grandezas de Alejandro: tragicomedia. Al Duque de Alba (fol. 185).—10. La Filisarda. A don Juan Antonio de Vera y Zúñiga (fol. 211).—11. La inocente Laura. A don Diego Ximénez de Vargas (fol. 233 v.).—12. Lo fingido verdadero: tragicomedia. Al R. P. Fr. Gabriel Téllez (fol. 259 v.).

*Uuelta*: Suma de privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: 4 mrs. pliego: tiene 72 y medio; Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna): Madrid, 13 de diciembre de 1621.

*Hoja 3.ª*: Aprobación del maestro Vicente Espinel. Madrid, 24 de septiembre de 1620.—“Prólogo dialogístico. El teatro y Un Forastero.”—Texto.

La edición de 1622, también por la viuda de Alonso Martín, tiene las mismas comedias y difiere muy poco de la primera.

conde de Cabra, dice el autor que *La Serrana de Tormes* es comedia “en que probé la pluma en el principio de mis estudios”. Esta indicación parece que podrá llevar a fijar la fecha hacia 1580 ó 1582, época en que Lope andaba por las aulas complutenses. Pero leyendo la comedia con atención se ve que debió de retocarla luego, dadas las claras y transparentes alusiones autobiográficas de época más moderna, que se ven en la comedia.

Sitúase la acción del primer acto en Toledo, donde se supone estudiante al protagonista Alejandro, que ya estaba ejercitado en escribir versos (pág. 437), y se le traslada luego a Salamanca. En esta sabia ciudad tratan los amigos de distraer la melancolía en que el recuerdo de su amada toledana le traía sumido, y lo quieren llevar a visitar a una hermosa dama, llamada Narcisa, de quien, por alabarla, le dicen que “canta y tañe por extremo, — y es sevillana”. A lo cual responde Alejandro: “Éso basta. — y más si es de cierta casta, — en cuya nieve me quedo.” Clara alusión a Camila Lucinda y al principio de sus amores con ella, que debió de ser por los años finales del siglo XVI. Todavía en otra escena (pág. 461) se complace el poeta en presentar al vivo la riña de la amante toledana (Diana) y de la andaluza (Narcisa); de esta escena son los versos que siguen:

“DIANA. Diga, señor: ¿la señora  
es mujer de todo gusto?  
ALEJ. Vine a templar mi disgusto.  
DIANA. ¿Y fué la primera agora?  
ALEJ. Otra sin ésta he venido.  
DIANA. ¿Quién duda que os quiere bien?  
ALEJ. Bien me quiere.  
DIANA. ¿Y vos también  
le estaréis agradecido?  
Guardaos, que alguna de aquéstras,  
y más de pico andaluz,  
por cofrade de su luz  
os pondrá algún monte a cuestas;  
que os dejarán sus locuras,  
si dais en seguir su antojo,  
como rocín flaco y flojo  
y lleno de mataduras.”

No creemos aventurado suponer que estas alusiones se refieren a la época del matrimonio de Lope con doña Juana Guardo, 1598, ya que poco después empieza sus relaciones con Micaela Luján. Sobre todo, las apuntamos, ya que han pasado hasta ahora desapercibidas para los biógrafos del Fénix.

El asunto es sencillo: para evitar un desafío, un padre manda a su hijo a estudiar desde Toledo a Salamanca, y la novia de éste, a fin de no



casarse con otro que su familia le busca, huye disfrazada de hombre, se alista en una compañía de soldados, con los cuales vive por los montes de Salamanca, hasta que el Capitán intenta forzarla, y protegida por unos carboneros, vive con ellos, como si fuera serrana. Mientras tanto, el estudiante, para alegrar un poco su melancolía, es llevado a visitar a una dama cortesana. La supuesta serrana va a buscarlo, y lo ve, sin darse a conocer; entra a su servicio, y atormentada por los celos, huye. El la busca; hiere al carbonero que la protegía; se ve a punto de morir en la cárcel, de la cual le saca la astucia de la propia enamorada, ayudada por los estudiantes amigos.

La factura de esta comedia, dividida sólo en tres actos; la versificación, la soltura en casi todos los pasajes, tampoco le dan aire de ser tan antigua como para creerla de la época juvenil de Lope. Lo probable es que, escrita, en efecto, en sus años de estudiante, la retocara y arreglara al darla a la publicidad en 1621. No cabe duda que reflejan la realidad inmediata las escenas animadas de la vida escolar: aquellas correrías nocturnas a pintar el *Íctor* del amigo opositor, donde de paso se hurtan castañas y vino, se da vaya a los representantes de comedias, se cantan músicas a las cortesanas amigas (págs. 467-468); aquellas burlas de los escolares a los lugareños (pág. 470); aquellos latines fáciles que el gracioso Tarreño, capigorrón del protagonista, intercala a todo pasto en la conversación, sea con quien sea, hasta llegar a enamorar a la criada, hablando medio en latín (págs. 455 y 465); aquel burdo artificio para arrancar a un preso de manos de los carboneros, disfrazándose los estudiantes de viejas y de alguaciles, con lo cual logran su intento y sacan algún dinero a los infelices palurdos (página 476); aquel desafío entre un caballero y un estudiante, en que éste quiere mostrarse graduado en la facultad de honor (pág. 437), pasajes son todos que recuerdan la vida en los centros universitarios del siglo XVI, aunque no debe olvidarse la fuerte tradición literaria que desde Juan del Encina venía ejerciendo influjo sobre cuantos escritores trataban de asuntos relacionados con estudiantes y gentes del campo.

Se lee con agrado esta comedia de costumbres escolares y campesinas, vistas éstas a través de libros como la *Diana* de Montemayor y la *Arcadia* de Sannázaro. Y choca un poco el contraste entre ciertos pasajes con resabios de erotismo juvenil, inflamados y ardientes, como el sostenido por el estudiante y su novia (pág. 447); o como las furiosas exclamaciones de Diana cuando sabe que su amado está en brazos de Narcisa (pág. 469), con otros de extremada crudeza y realismo, como cuando los soldados discuten si Diana, alistada recientemente, es hombre o mujer (pág. 451); o el que relata su intento de violación (pág. 453); o el de la boda, tal como la veía un carbonero (pág. 456); o la descripción de una cortesana (pág. 458). Lo mismo que contrasta

el tipo caballeresco y animado del protagonista estudiante, enamorado algo más constante que el autor, y el delicado carácter de Diana, capaz de arrostrar tales peligros como supone vivir entre soldados y entre villanos carboneros, por no casarse a disgusto y esperar ocasión de unirse con su amado, con el tipo tosco y basto del carbonero Elenco, prendado de la fingida serrana (págs. 463-464).

No son las reminiscencias literarias de las églogas de Encina y de los autos pastoriles las únicas en esta comedia. La doncellita toledana retraída y con tendencias al monjío leía la primera parte de la *Diana* de Montemayor y el *Cancionero* (pág. 445), libros gratos, por tanto, al escritor; y las lamentaciones de Bernardo por su desgracia al saber que no lo quieren por esposo de Diana, recuerdan en una mezcla extraña la *Celestina* y fray Luis de León (pág. 446).

Aunque hay algún pasaje de versos duros, no dejan de verse otros típicos de Lope; por ejemplo, la octava real en que se cuenta lo difícil que es guardar a una mujer (pág. 439), parecido en su estructura y en sus ideas a algún soneto de Lope; el diálogo vivo, rápido, cortado en cada verso, tan característico del Fénix (pág. 441); el soneto que cuenta los efectos del tiempo (pág. 453); la bella descripción de una serrana (pág. 455); el habilísimo diálogo entre la supuesta serrana y el estudiante (pág. 461); las maldiciones de un carbonero, en que se mezcla la cita burlesca de varias supersticiones (pág. 457), y el donoso pasaje, digno del mejor entremés, en que se ven los carboneros metidos a jueces, a la buena de Dios y sin más ley que su buen o mal juicio (página 472).

Notemos, por fin, que las serranas van a Salamanca a vender “doce huevos, para duelos y quebrantos” (pág. 460), frase que aclara un famoso pasaje cervantino, según notó doña María Goyri de Menéndez Pidal. Cfr. Rodríguez Marín, *El Quijote*, ed. de 1928, vol. VII, pág. 99.

### XIII.—Las sierras de Guadalupe.

Se cita esta comedia de Lope en el *Catálogo del Theatro Hespañol* de don Vicente García de la Huerta, y formaba parte del tomo 131 de Osuna, hoy perdido. Está suelta en el Museo Británico, y hay copia en la Biblioteca de Parma: de esta última hemos tomado el texto que reproducimos, según la transcripción hecha por el erudito italiano Res-tori para la Real Academia Española.

No hay ninguna alusión que permita rastrear la fecha. Es una comedia de enredo, muy embrollada en la acción: se basa en la confusión a que da lugar el hecho de enviar dos damas distintas cartas con letra de una sola, pues la otra no sabía escribir, a sus amantes, y el hecho de cambiarse mutuamente los nombres dos caballeros, fugitivos por lances

amorosos. Todos se reúnen en una finca de la sierra de Guadalupe, y cuesta gran trabajo desenredar tan enrevesada maraña.

La parte amorosa y de celos, dudas y sospechas, nada tiene de particular sobre las comedias de esta clase, aunque de vez en cuando se vea la mano de Lope en tal cual frase galante o figura poética de buen gusto: nótese el pasaje vivo y rápido de una riña nocturna entre caballeros (pág. 485), o la pintura de una poética reja donde se dan cita dos amantes (pág. 504). Pero lo mejor de la obra son los pasajes que se refieren a la vida campestre, y las escenas de villanos, criados y pastores. Es bellísima la descripción de la fértil tierra de Guadalupe (pág. 485) o de la vida apacible en el campo (pág. 487); y descuella un romancillo, donde dialogan un fugitivo caballero y la dueña de la casa de campo (pág. 488), así como la tranquila conversación basada en cantar la placidez de la vida campesina en un romance esmaltado de bellas imágenes (págs. 493-95).

También son pasajes de gracia y frescura, no exentos de picardía y malicia villanesca, los que sacan a escena a los criados de la casa de campo (pág. 486), donde se ve el amor a lo rústico, que termina en matrimonio obligado, no sin que haya que vencer la resistencia del padre de la moza con las súplicas de todos los señores (pág. 508).

#### XIV.—El silencio agradecido.

Sin indicación de autor, figura esta comedia en la *Parte XXXI de Diferentes autores*, Barcelona, 1638, de las llamadas *extravagantes* (1). Según La Barrera (2), “en un catálogo manuscrito de la colección de Gámez se atribuye a Lope, y lo mismo en el índice de Casal”. Münch-Bellinghausen sospechó que fuese obra de Francisco Toribio Ximénez, quien recopiló las comedias, en la *Parte XXXI de Diferentes autores* (3). Los bibliógrafos, pues, han dudado de la atribución a Lope de esta comedia.

La atenta lectura de la obra, en el único texto conservado (4), que tiene alguna laguna, parece inclinar el ánimo a atribuírsela a Lope de Vega.

(1) *Parte treinta y una de las mejores comedias...* Recogidas por el doctor Francisco Toribio Ximénez. Y a la fin va la comedia de Santa Madona... y conquista de Barcelona. En Barcelona, Jaime Romeu, 1638, 4 hs. + 277 fols.

Es de las llamadas *Partes extravagantes*, que formaban 44 vols. y parece que seguía a las 25 partes de Lope.

(2) *Catálogo*, págs. 583 y 685.

(3) Rennert y Castro, *Vida*, pág. 519.

(4) Hemos utilizado fotocopia del ejemplar que guarda el Museo Británico, núm. 35.177 (7).



La acción es clara y bien desempeñada: Rosimunda, casada por poder con el Príncipe de Bretaña, enfermo de muerte, se prenda de Marcelo, gentilhombre de la copa de su esposo. Lucha en su alma el dolor con la pasión amorosa; a instigaciones de su deuda y secretaria Teodora, destierra a Marcelo, intenta darle muerte, y siempre se arrepiente de sus decisiones. Al fin se inclina a concederle sus favores, pero quiere probar hasta qué punto sabrá guardar su secreto. Y cuando se certifica de la lealtad de Marcelo, español, de la casa navarra de Beamonte y de Guevara, cede a su pasión en premio del *Silencio agradecido*, quien a su vez la prueba también, exigiéndola que le abrace en público, que le entregue el anillo del reino y que lo nombre por general en sus ejércitos. Marcelo vence a los enemigos de Rosimunda, y, muerto el Príncipe, llega a ser esposo de la Reina viuda, a la vez que tiene noticias de haber heredado el condado de Lerín, en Navarra.

El argumento es audaz y se presta al desarrollo de un buen carácter femenino, como lo es el de Rosimunda, que no desdice de los buenos tipos de mujer creados por el Fénix. También está pintado de mano maestra el personaje Marcelo, suma y cumbre de la caballería y lealtad española, cuyas bellas cualidades se cantan con entusiasmo (página 518), hasta llegar a la afirmación de que en España nacen los hombres más valientes de Europa (pág. 535). Recuerda bastante este Marcelo al conde Henrique de la comedia editada en este mismo tomo, *Quien más no puede...*, entre otros varios tipos de Lope que pudieran citarse.

La riqueza y variedad de la versificación es otro argumento a favor de la atribución a Lope. Es suelta y fácil, como en las buenas obras del Fénix; abunda en redondillas, quintillas y décimas, viéndose más de un pasaje en verso suelto, y siendo de notar dos romances estupendos: uno, cuando Rosimunda cuenta la fábula de haber dado muerte al Delfín de Francia, para probar la fidelidad y secreto de Marcelo al mandarle enterrar la caja que parecía contener el cadáver (pág. 531); otro la invitación a la guerra (pág. 543). Y no falta el soneto, tan frecuente en todas las comedias de Lope, impecable de forma, dedicado a la ingratitud de la mujer mudable (pág. 538).

Otros pequeños detalles parecen confirmar la atribución lopesca: la alusión a los caballos del Sol (pág. 518), repetida hasta la saciedad en las obras indubitables del Fénix; la cita del imaginario lugar de Bel-flor (pág. 533) donde sitúa parte de la acción de su comedia *La Resistencia honrada o Condesa Matilde*; la canción que los músicos entonan mientras dos enamorados se arrullan en un jardín (pág. 543), escena apacible que contrasta con la guerra que viene amenazando, y que recuerda aquella otra de la misma *Condesa Matilde*, cuando la esposa enamorada se dedica a labrar la ropa de su marido, en tranquilo retiro,



y llegan sus servidores con el cuerpo inerte de su esposo, muerto en la batalla (1); la comparación de la espada con la lengua (pág. 531), feliz como tantas de Lope; la visita de Rosimunda a la cárcel, donde Lope se plagia a sí mismo (pág. 536), y en la cual se ve una alusión literaria, característica suya: un poeta se queja de que otro le hurta versos suyos, y el acusado se exculpa diciendo (pág. 537):

“Señora, este hombre es tan vano,  
que hurtarle sus versos llama  
decir cristal, oro, fama,  
sol, margen, marfil, Silvano,  
ámbar, pancaya, coral,  
perlas, nácares, aromas,  
que es poesía con redomas  
y rétulo en cada cual.

A Vuestra Alteza suplico  
que, pues es común la lengua,  
no se me atribuya a mengua  
lo que de la lengua aplico.”

Ciertos recursos escénicos empleados en la obra revelan en su autor un avezado dramaturgo: así, por ejemplo, las repetidas alusiones a “lo del arca y el rosal”, o sea al gran secreto que Marcelo ha de guardar, y que nadie ni nada, aun las mayores amenazas, la prisión, la muerte cercana, logran arrancarle (pág. 537); o las tres condiciones que el enamorado exige de la Princesa, antes de acceder a su pretensión, de gran efecto teatral al conseguirlas (pág. 541); o la desenvoltura y facilidad con que Rosimunda declara su pasión, bien a la criada (página 515), bien al propio Marcelo (pág. 545). No es de creer que pasajes tan bellos, tan teatrales como los citados, y muchos más, fueran debidos a la pluma de un autor oscuro y desconocido como el Francisco Toribio Ximénez, colector del tomo XXXI de *Diferentes autores*.

El tipo del gracioso Chacón, criado de Marcelo, es digno hermano de tantos otros salidos de la fantasía de Lope: sólo uno de ellos podría decir la maravillosa sátira de “lo que puede un papel” (pág. 526); a Lope se le ocurriría la regocijada escena de hacer cortar la lengua al criado, para que no pueda hablar lo que ha visto del amo, y que se olvida con las glorias de su obligada mudez para dar lugar a situaciones muy del gusto popular (págs. 545 y 549).

En resumen, pues, creemos obra de Lope esta comedia, y pensamos que fué escrita en el último tercio de su vida.

---

(1) Véase la pág. 223 de este mismo volumen.

## XV.—El soldado amante.

Se conserva esta comedia en la *Parte XVII de Comedias de Lope*, impresa por vez primera en 1621 (1), y hemos seguido el texto de la edición de 1622, por la viuda de Fernando Correa, Madrid, anotando las variantes en aquella de 1621. Aunque impresa este año, con dedicatória a doña Ana de Tapia, hija del famoso secretario Pedro de Tapia, la obra es más antigua, ya que figura en la lista de la primera edición del *Peregrino en su patria*, 1604; consta además, por una copia manuscrita de Parma, que la representó Osorio, autor antiguo y famoso, lo que permite situarla en la última década del siglo XVI; y el propio Lope, en *El Peregrino*, refiere que la representó Alcaraz, “único representante y de sutil ingenio”, cómico que ya actuaba en 1596, y que dirigía una de las ocho compañías autorizadas en 1603.

Es comedia de enredo, basada en el equívoco fundamental a que se presta el hecho de andar un Príncipe disfrazado de jardinero, de forma que hace dudar a la Reina, de quien se enamora, de si es villano o es Príncipe. Son los personajes principales la Reina, belicosa y valiente, que ella misma dirige sus ejércitos y se precia de no sentir los efectos de amor; y un Príncipe, su enemigo, invasor de su tierra, cuyo ejército saquea las casas de la infeliz ciudad vecina, y que se enamora de la mujer pintada en un cuadro, que cierto soldado lleva del pillaje, y que resulta ser la propia Reina. La acción se desliza con cierta naturalidad, una vez convenido el auditorio en admitir la inverosímil situación de no conocer al Príncipe disfrazado de jardinero.

Hay que notar una escena admirable en el acto segundo: el diálogo vivo y rápido, típico de Lope, mantenido en un jardín, de noche, de modo que la oscuridad no permite distinguir más que los bultos informes, entre la Reina y el Príncipe, que se declara “el soldado amante”. Interrumpido un momento, por apartarse el Príncipe huyendo, vuelve a oírse su voz, precisamente cuando los nobles del séquito de la Reina lo buscan, y sostiene la conversación contestando a la dama como si fuera su eco (págs. 572-574).

También demuestran gran soltura en el manejo de la técnica teatral las escenas militares después del regreso (pág. 559) y el motín de la soldadesca por no saber dónde se hallaba el Príncipe (pág. 580).

La versificación es variada, como de Lope, y merecen anotarse dos pasajes en versos sueltos esdrújulos, poco frecuentes en el Fénix (páginas 576, 582); el romance en que se anuncia la llegada de Clarinar-

---

(1) Véase la descripción bibliográfica de este volumen atrás, al tratar de la comedia *Quien más no puede...*, pág. XXIII.

te con su armada (pág. 557); un soneto precioso al poder del tiempo (pág. 571); unas octavas reales dedicadas a un retrato, que recuerdan la factura de muchos sonetos del mismo autor (pág. 561); la descripción del saqueo (pág. 566); el juego de palabras tomando como base las cartas de la baraja (pág. 565); los discreteos de la conversación entre el Príncipe y la Reina, que no lo conoce (pág. 578).

El afán de mostrar erudición mitológica es causa de la impropiedad de que ciertos personajes, como hortelanos y jardineros (pág. 566), anden a cada paso haciendo alusiones a asuntos de historia y mitología clásicas (no pueden faltar las repetidas citas de Faetonte, pág. 567). También es característico de Lope el pintar con excesiva desenvoltura algunos tipos de mujer, como el de la hija del jardinero (pág. 569).

Es curioso el pasaje donde se resumen las costumbres de los enamorados y se anota una especie de lista de obsequios que se hacían a las novias (pág. 570).

Falta en esta comedia el personaje del gracioso.

## XVI.—La sortija del olvido.

Aparece mencionada en la lista de la segunda edición de *El Peregrino* (1618) con el título *La sortija del olvidado*, y se imprimió en la *Parte XII*, Madrid, 1619 (1), texto por el cual la reproducimos. Hay

(1) *Dozena parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. A Don Lorenzo de Cardenas Conde de la Puebla, quarto nieto de Don Alonso de Cardenas, Gran Maestre de Santiago. Año* (escudo del Mecenaz: dos lobos pasantes, uno sobre el otro y orla con castillos y leones alternados) *1619. Con privilegio. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.*

4.º: 4 hojas prels. y 280 fols.

Port. A la vuelta: "Tabla de las comedias que se contienen en esta dozena parte." Ello dirá, fol. 1; *La sortija del olvido*, fol. 25 v.; Los enemigos en casa, fol. 47; La cortesía de España, fol. 70; Al pasar del arroyo, fol. 95; Los hidalgos del aldea, fol. 118; El Marqués de Mantua, fol. 141; Las flores de don Juan y rico y pobre trocados, fol. 165; Lo que hay que fiar del mundo, fol. 188; La firmeza en la desdicha, fol. 213 v.; La desdichada Estefanía, fol. 240 v.; Fuente Ovejuna, fol. 262 v.

*Hoja 2.º*: Fe de erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618. Murcia de la Llana. Tassa (4 mrs. pliego: 71 pliegos = 284 mrs.): Madrid, 22 de diciembre de 1618.—*Vuelta*: Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del privilegio (por diez años, a Lope): San Lorenzo el Real, 6 de octubre de 1618.—*Hoja 3.º*: Dedicatoria de Lope (elogios generales sin fecha).—*Vuelta*: Otra dedicatoria en verso de Lope: firma en ambas.—*Hoja 1.º*: "El Teatro" (prólogo).

Esta tirada u otra exactamente igual se repitió en el mismo año sin más diferencia que suprimir en la portada el escudo del Conde de la Puebla por otro del impresor, con el Sagitario y la leyenda en torno de la figura: (*Salubris sagitta a Deo missa.*)

Pueden verse ejemplares de las dos tiradas en la Biblioteca Nacional de Madrid, R. 13,863 y 14 105.

también una copia manuscrita en Parma. Debió de ser compuesta entre 1604 y 1618, fechas de las dos ediciones de *El Peregrino*.

Se basa esta comedia de costumbres cortesanas en el medio de que se valen una hermana del Rey y su amante para evitar que ella se case con quien el Rey determina, y es hacerle perder el sentido por medio de una sortija mágica. Cada vez que el Rey se pone la sortija, queda sin memoria y ordena cosas disparatadas, llegando a punto de querer dar muerte a su propia amada. Por feliz casualidad el gracioso bufón descubre el secreto de la sortija.

Sin ser de las mejores obras del Fénix, se lee con agrado, a pesar de que los caracteres están algo desdibujados, salvo el del gracioso Lirano, y el del ambicioso, sin ley y sin freno, Adriano, que sólo va a lograr su propósito.

Intercala dos bellos sonetos: uno en que pondera el interés del amor (pág. 591), y otro en que se enumeran las dificultades para guardar a una mujer doncella, si no es casándola (pág. 595). Una canción de celos (pág. 592), el uso de refranes muy bien aplicados (pág. 608), y cierto cuentecillo, en que el gracioso refiere su original medio para cazar leones con rodela y martillo (pág. 592), indican la afición de Lope a los elementos de carácter popular.

Son ingeniosas las comparaciones de la mujer a una fortaleza asediada (pág. 594), y la del Amor y la Fortuna (pág. 603). Gran fuerza lírica tienen las lamentaciones de Lisarda, recluída en el campo (página 599). Y aguda y fina sal muestra casi siempre el gracioso, el bufón Lirano; véase, por ejemplo, el pasaje en que refiere los encantos de las fregonas (pág. 600), las escenas en que le ofrece el Rey, y luego le niega, unos ducados mandados en albricias de cierta nueva (pág. 606), y el final del acto segundo (pág. 614), burlesca invocación a la musa, para escribir un soneto en el papel de la libranza, que ha quedado sin firmar.

## XVII.—El sufrimiento de honor.

Figura esta comedia como de Lope en la *Parte XXXII de diferentes autores*, o *extravagantes* (1). El texto ha llegado con tales faltas y de tal forma estragado que hace dudar de la atribución al Fénix. La versificación sólo en pasajes muy escasos tiene la fluidez propia del poeta; hay muchos versos mal medidos; no escasean los ripios más

---

(1) Zaragoza. Diego Dormer, 1640. Hay ejemplar en el Museo Británico, 30.688 (15), de donde tomamos el texto reproducido. Ya nota Rennert que las supuestas ediciones sueltas del British Museum y de Ilchester no son más que trozos de este tomo de *Diferentes autores*.



burdos. Sólo emplea redondillas, alguna vez quintillas, una romance y otra verso suelto (cuya reconstrucción nos ofrece muchas dudas); el soneto (pág. 646) es francamente malo.

Por el asunto tampoco esta obra encaja dentro del temperamento de Lope, poco amigo de los desenlaces trágicos, que sólo se encuentran en unas cuantas obras de su extensísimo repertorio (1). Aquí se trata de una tragedia, a la que da lugar un adulterio: el marido ofendido, que mientras está en el cautiverio se ve suplantado por el amigo bajo cuya guarda dejó a la mujer, vuelve de la cautividad y vive desconocido, como criado medio loco, en su propia casa, y prepara tranquilamente la venganza: al amigo lo mata en una supuesta pendencia a que lo lleva; a la mujer la ahoga en escena, y tras larga súplica denegada. Y luego aparece en su verdadero ser, y como si nada supiera de lo ocurrido.

Hay pasajes que recuerdan otros semejantes de Lope: el juego de palabras a base de las cuerdas de la guitarra y de las notas musicales (pág. 637); el desenfadado diálogo, que refleja la vida libre de damas cortesanas y de galanes, con sus tintes rufianescos (pág. 633); la residencia que la mujer adúltera se toma a sí propia de sus acciones, como en un examen de conciencia (pág. 649), y, sobre todo, la escena en que los amigos del adúltero se dan cuenta de que está de verdad muerto (pág. 651).

La falta, además, del gracioso, haría que, de ser de Lope la comedia, hubiera que llevarla a la primera época de su producción dramática.

### XVIII.—Tanto hagas cuanto pagues.

Cítala como de Lope el *Catálogo del Theatro Hespañol* de don Vicente García de la Huerta, y suelta se conserva en la Biblioteca Real de Munich. Gracias a la gentil amabilidad de nuestro buen amigo y compañero, el erudito hispanófilo doctor Hans Brein, bibliotecario de Munich, hemos podido utilizar una copia fotográfica de esta edición suelta (2), que hemos reproducido en la nuestra (A).

Pero en el tomo III de las *Comedias* de Moreto, según la reimpression de Madrid, por Antonio de Zafra (1681) (3), y con el título de *La traición vengada*, aparece el mismo texto de la comedia que nos

(1) Cfr. Hurtado y Palencia, *Historia de la literatura española*, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, 1925, pág. 646.

(2) También está suelta en el Museo Británico y en Parma, según Rennert, *Vida*, pág. 520.

(3) 4 hojas + 412 págs. en 4.<sup>o</sup> Parece reimpression de la de Valencia, por Benito Macé, 1676, en 4.<sup>o</sup>, 485 págs. En las tres partes de la ed. de Macé, 1676 y 1703, no figura.

ocupa, lo cual ha ocasionado la duda acerca de su atribución. Por añadidura, corre suelta atribuída a Jacinto Cordero y con el título de *No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague*, según Rennert, quien añade (1) que Chorley se inclinaba a atribuírla a Lope; que Hartzenbusch la creía obra de Rojas Zorrilla, pero que Cotarelo no la incluye entre las de este autor, ni aun como apócrifa o dudosa; y que Schäffer (II, 169) la atribuye a Moreto, pero cree que bien puede ser refundición de una de igual título de Lope.

La solución de la duda está en un dato que el propio Rennert aduce, aunque sin sacar las debidas conclusiones. Dice que esta comedia fué representada por Tomás Fernández antes del 18 de noviembre de 1625 (2). Como Moreto nació el año 1618, mal puede ser obra suya. Lo que sí pudo hacer Moreto es apropiársela, andando el tiempo, como hizo, con *El satisfacer callando*, y arreglarla un poco para darla como suya, él o sus editores. Las variantes que hemos anotado (B) en nuestra edición son muy ligeras, y en algunos pocos pasajes se limitan a suprimir versos del texto antiguo.

Si, pues, el texto es de Lope, como parece, hay que convenir en que es una de las buenas obras dramáticas del Fénix. Tragedia podría llamarse, y tragedia de honor y celos, que no desdice de las mejores calderonianas. El extremo punto de honor se junta en un caballero con el amor hacia la mujer de su enemigo, preferido de la dama que lo toma por esposo, y vencido por las armas del marido. Durante seis años, que el marido huye de la justicia en Flandes, él sigue pretendiendo los favores de la dama, con pretexto de enamorar a su hermana, y acariciando la idea de venganza; y cuando el marido vuelve a Madrid quiere por todos los medios matarlo; convencido de que su honor está vengado con haber peleado, según opinión de los más expertos militares, quiere darse a sí propio la satisfacción que la gente no necesitaría, y con ocasión de una mascarada se disfraza y abofetea a su contrario. Este, loco por no conocer a su ofensor, a consulta con el famoso don Lope de Figueroa, sale a la mascarada y mata a una máscara cualquiera: resulta ser su propio enemigo.

Son personajes muy bien delineados el del marido don Diego, a quien todas las apariencias llevan a dudar de su esposa y que se convence de su inocencia cuando ella se niega altiva a darle satisfacciones de su conducta; el peligro del honor perdido atormenta el alma del noble caballero, que se atreve a desafiar al propio don Lope de Figueroa, bellísima escena que cierra el acto segundo. Movido más por la terquedad que por el honor, parece el atrabiliario don Félix capaz de

---

(1) *Vida*, pág. 520.

(2) Véase *Modern Language Review*, III, 54, y Restori, *Una collezione*, pág. 15.

hacer más de una cosa impropia de caballeros con tal de satisfacer su mezquina pasión de venganza. Noble y generoso se muestra don Lope de Figueroa, el glorioso militar que vuelve de Lepanto y que cuenta en extensa relación el discurso de la famosa batalla (pág. 659). Bellísima figura de mujer es Beatriz, que no habla cuando todas las apariencias la condenan, segura en su propia altivez de que una mujer principal no puede obrar nada malo contra su marido. Hasta los graciosos —hay dos criados en esta comedia con este papel— son mesurados en sus donaires, salvo algún pasaje no muy limpio y algo vinoso.

Notemos el interés de algunos pasajes, como el que da idea de las Vísperas solemnes de San Martín, el día de su fiesta (1), punto de reunión del Madrid elegante (pág. 656); la hermosa descripción psicológica de la mujer, con que termina el acto primero, y que Moreto la suprimió (pág. 667); la sentida lamentación de don Diego, cuando cree convencerse de la infidelidad de su esposa (pág. 667); la descripción del vuelo de un halcón (pág. 667); el diálogo entre don Lope de Figueroa y don Diego de Vargas, con que termina el acto segundo (pág. 675); la visión de la taberna y de las tretas de los taberneros, según el gracioso (pág. 679); la pintura de una mascarada en la corte (pág. 684).

### XIX.—El testigo contra sí.

Figura esta comedia en la *Parte VI* de las de Lope, editada en 1615 y en 1616 (2); la reproducimos en esta segunda impresión, por ser más completa (A), anotando las variantes de la primera (B).

Mencionada en la segunda edición de *El Peregrino en su patria* (1618), parece que debió de ser escrita entre 1605 y 1606, pues hay en ella dos alusiones a la corte en Valladolid: una vez se dice que el Consejo Real está en esta ciudad (pág. 697) y otra vez un pretendiente va de la corte a la ciudad castellana dicha (pág. 710). Además se hace gran lisonja al Duque de Lerma, con ocasión de admirar su casa en Madrid (pág. 704). Si, pues, en 1604, que se publica *El Peregrino*, no la había escrito, y en 1606 la corte vuelve a Madrid, ha de situarse entre estos dos años la fecha de redacción de la comedia (3).

Por otra parte, se ve una alusión al *Quijote* (pág. 690): hablando de personas de gustos diferentes, que se han juntado, dice: “como San-

(1) Se alude a un cantor famoso llamado el Capón: véase los Papeles de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, año 1634, fol. 153.

(2) Véase la descripción bibliográfica de este volumen atrás, pág. xxxvi.

(3) Cfr. M. A. Buchanan, *Modern Language Notes*, 1909, pág. 203 (citado por Reinert).



cho y su rocín". Este dato permitirá fijar la fecha de la comedia después de enero de 1605.

La comedia es de enredo, y parece que quiere traslucir ciertos recuerdos autobiográficos en las andanzas del protagonista Lisardo, que huye de Madrid por no querer casarse con Estela, a quien supone en tratos con otro hombre, y que se ve perseguido judicialmente por el hermano de ella. Parecen pasajes paralelos con algunos de la huida de Fernando en *La Dorothea*, y creo que los biógrafos de Lope deben tenerlos presentes.

Como se trata de dos matrimonios entre hermanos, abundan los enredos, a base de suponer muerto a Lisardo. Este, por evitar el casamiento de Estela, de quien, a pesar de todo, sigue enamorado, urde tramas y más tramas con que dilata la ejecución; hasta que, movido por celos, declara como testigo contra sí propio en pleito puesto por un amante desdeñado de Estela.

Señalemos como aciertos en la factura de la obra el final del acto primero, rápida pelea entre los dos caballeros enemigos, en que cae mortalmente herido Lisardo, y el final del acto segundo, de gran efecto teatral, cuando al apasionado amor de Estela a Lisardo, a quien creía muerto, responde el galán con fría reserva.

Como detalles de interés pueden citarse los diálogos entre damas tapadas y galanes enamorados, por la calle de Francos, de Sevilla (página 689), de valor para el conocimiento de las costumbres; la escena carcelaria de Sevilla (pág. 692); la sátira de la Curia y de sus procedimientos dilatorios (pág. 707); la lista de comidas y platos exquisitos (pág. 713); la vida ordinaria de lacayos y criados, de las festivas escenas en que el mozo se finge amo y viceversa (pág. 706); la burlesca exhibición de joyas indianas, ofrecidas a una señora (página 711); los juramentos del falso Capitán, graciosa parodia de los caballerescos (pág. 721); la pelea de dos mujeres celosas (pág. 723); la descripción de la casa de una dama rica (pág. 696).

Hay una preciosa alusión al madrigal famoso de Cetina a unos ojos claros, serenos, habilísimamente intercalada (pág. 707). Destaca un hermoso soneto en que Estela canta la constancia de su amor (pág. 702); un romance, en que Lisardo cuenta el suceso de sus amores, donde puede sospecharse tinte autobiográfico (pág. 694). Y no falta algún pasaje de subido color, tan frecuentes en Lope (pág. 698).

## XX.—El tirano castigado.

Figura en la lista de *El Peregrino en su patria*, primera edición de 1604 y segunda edición de 1618, y se imprimió en la *Parte IV de Co-*



*medias de Lope* (1). Debe ser comedia de las primeras de Lope, a juzgar por el barullo de la acción y los enrevesados lances de su desarrollo. El *tirano* es un hijo natural que se apodera por la fuerza del reino de su padre, que enamora a su madrastra, que se concierta con los moros, pero se ve al fin *castigado*, aunque para ello ha sido preciso que no muera Floriseo, arrojado al mar, que se dice cautivo de los moros; que allí coincida en la cautividad su amada Arminda, que ves-

(1) *Doce Comedias de Lope de Vega Carpio familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Cuarta parte. Dirigidas a Don Lays Fernandez de Cordona, Cardenal y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de Vaena, Marques de Poza, Conde de Cebra, Conde de Palamos, Conde de Oliueto, Vizconde de Iznajar, Señor de las Baronías de Velpuche, Liñala y Calongc. Gran Almirante de Napoles. Año (escudo del impresor) 1614. Con privilegio. En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. A costa de Miguel de Silos, librero. Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.*

4.<sup>ta</sup>: 4 hojas prels. y 236 numeradas (pero son 322, por los muchos errores); signaturas A-Aa-Ss.—Port.; v. en bl.; Titulos de las comedias que van en esta quarta parte; Tasa, a petición de Gaspar de Porres (3 ½ mrs. cada pliego): Madrid, 14 de marzo de 1614; Erratas (no hay): Madrid. 11 de marzo de 1614; Aprob. de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614; Aprob. de Fr. Juan Bautista, trinitario, calle de Atocha: 20 de diciembre de 1613; Privilegio por diez años a Gaspar de Porres: Madrid, 5 de febrero de 1614; Dedicatoria de Porres al Duque de Sessa: A los lectores. Texto. Contiene: Laura perseguida, fol. 1; El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón, folio 29; El asalto de Matrique, por el Principe de Parma, fol. 53; Peribáñez y el Comendador de Ocaña, fol. 72; El genoués liberal, fol. 102; Los torneos de Aragón, fol. 130; La boda entre dos maridos, fol. 157; El amigo por fuerza, fol. 177; El galán Castrucho, fol. 189; Los embustes de Zelauro, fol. 216; La fe rompida, fol. 243; *El tirano castigado*, fol. 272.

El tomo parece que se imprimió de acuerdo con Lope, a juzgar por el prólogo del cómico Porres, que afirma haber tenido los originales.

La segunda edición de este tomo es:

*Doce Comedias de Lope de Vega Carpio familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Cuarta parte. Dirigidas a Don Lays Fernández de Córdoba... (como en la de Madrid) Año (escudo del impresor) 1614. Con licencia del Ordinario. En Barcelona, en casa Sebastian de Cormellas, al Call. A costa de Juan de Bonilla, Mercader de libros.*

4.<sup>ta</sup>: 4 hojas prels. y 312 foliadas. Port.; v. en bl.: Titulos de las comedias; a la vuelta la Tasa; en la hoja 3.<sup>a</sup> las dos aprobaciones de Madrid y en el verso otra de Barcelona (por el obispo), de 26 de abril de 1614, y en la hoja 4.<sup>a</sup> la dedicatoria de Porres y la advertencia a los lectores. El texto, el mismo. Todas las comedias empiezan plana, y ésta es impar.

En el ejemplar que hemos podido ver de este volumen (Biblioteca Nacional de Madrid. Ti-9 14) no consta *El Tirano castigado*, y parece completo el tomo.

La tercera impresión es la que sigue:

*Doce Comedias de Lope de Vega Carpio. Familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Cuarta parte. Dirigida a Don Lays Fernandez de Cordona... (como en las anteriores) Año (escudo del impresor) 1624. Con licencia. En Pamplona, por Juan de Oteyza, Impresor del Reyno de Navarra.*

tida de hombre había salido en su busca; que el Rey moro dé la libertad a Floriseo por haberlo salvado de la muerte en un caballo desbocado; que se levanten en armas los villanos montañeses en defensa de la madrastra, y saquen de su prisión al padre destronado. Y todo desarrollado con la mayor confusión y embrollo.

Falta el personaje del gracioso.

Como en las obras más flojas de Lope no faltan destellos de su genio, vemos en esta comedia algún pasaje de interés: la boda de unos villanos, donde se intercala una preciosa canción popular (pág. 746), la graciosa treta de que la Duquesa se vale para entrar al castillo, y la conversación del villano, que expone sus peleas con un hijo, monaguillo (pág. 751); un soneto en que se anuncian los castigos que tendrá el hijo desobediente (pág. 746); la descripción de una cacería (página 737) (1).

Diamante es autor de otra comedia del mismo título, en la *Parte XXXVI de escogidas* (2), que nada tiene que ver con la de Lope.

\* \* \*

Antes de dar fin a esta breve noticia de las comedias contenidas en el volumen noveno de la edición académica, creo un deber de justicia expresar mi agradecimiento al joven doctor por la Universidad de Madrid, don Joaquín de Entrambasaguas y Peña, mi buen amigo y discípulo, por la eficaz ayuda que me ha prestado con toda solicitud en el cotejo de los textos y en la corrección de las pruebas de muchas de las comedias.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

---

(1) Sobre esta obra puede verse una nota de A. R. Marsh, en *Studies and Notes in Philology and Literature*, de Boston, vol. II.

(2) *Parte treinta y seis. Comedias escritas por los mejores ingenios de España*. Madrid, Joseph Fernández de Buendía, 1671. 4 hs., 507 págs. La de Diamante es la tercera del tomo.



## ÍNDICE DEL TOMO IX

---

	PAGES.
100.—Púsoseme el sol, salióme la luna.....	1
101.—Querer más y sufrir menos.....	39
102.—Quien bien ama tarde olvida.....	71
103.—Quien más no puede.....	112
104.—Quien todo lo quiere.....	157
105.—Resistencia honrada y Condesa Matilde (La).....	180
106.—Sastre del Campillo (El).....	229
107.—Satisfacer callando y Princesa de los Montes (El).....	205
108.—Secretario de sí mismo (El).....	303
109.—Selva confusa (La).....	344
170.—Sembrar en buena tierra (El).....	395
171.—Serrana de Tormes (La).....	430
172.—Sierras de Guadalupe (Las).....	479
173.—Silencio agradecido (El).....	513
174.—Soldado amante (El).....	552
175.—Sortija del olvido (La).....	590
176.—Sufrimiento de honor (El).....	625
177.—Tanto hagas cuanto pagues.....	655
178.—Testigo contra sí (El).....	687
179.—Tirano castigado (El).....	727





# PÚSOSEME EL SOL, SALIÓME LA LUNA

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO<sup>(1)</sup>

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Un Músico.	ALCINA, villana.	[SALUCIO,	{ villanos.]
LESBIA, dama.	EMO y LIPÍO, criados.	[ANFRISO,	
NATALIO, caballero.	Un Fraile del Carmen descalzo.	[LA VIRGEN María.]	
FIDELFO, caballero.	Un ABAD.	[ANGEL.]	
ZURDO, gracioso.	[CLARINDO,	[LUNA.]	
TEODORA, dama.	[ERGASTO,	[SOL.]	

### JORNADA PRIMERA

(Sale LESBIA, dama, paseándose, y un Músico canta.)

MÚSICO. Tu honesto tálamo envidien,  
casadilla venturosa,  
las tórtolas en sus nidos  
y en sus lechos las palomas.  
Eternidades te enlacen  
en los brazos que te adoran,  
estuinada como ajena,  
gran ventura en mujer propia.  
Esto Clarindo cantaba  
A Natalio y a Teodora,  
que elogios dulces merecen  
almas que así se conforman.

LESBIA.

¡Donosos disparates y locuras!  
No cantéis más.

MÚSICO.

La paz de dos casados  
te he referido aquí.

LESBIA.

¿Paz aseguras  
en amor que arde en celos y cuidados?

(1) Tachado el nombre de Lope de Vega y sustituido por el de "Andrés de Claramonte", en letra del siglo XVII.

Impreso: Parte XXIX, Huesca, 1634. Ms.: 16986 de la Bib. Nac. de Madrid.

Atomos de oro al sol cantar procuras,  
conformidad en vientos encontrados,  
arena al mar, estrellas a los cielos:  
que es lo mismo cantar amor sin celos.

Músico.

Eso es querer negar la simpatía  
y recíproco amor de las esencias,  
que todo en pura unión se engendra y cría,  
que estas son sus divinas excelencias:  
la celeste y dulcísima armonía  
que ve el tiempo mover inteligencias,  
espíritu es de amor; que si él faltara,  
su eterno movimiento se acabara.

En tal conformidad amor encierra  
los más discordes elementos...

LESBIA.

Calla;  
que amor todo es envidia, todo es guerra;  
que sus efetos son viva batalla.

Músico.

Esos monstruos tal vez amor destierra  
en Natalio y Teodora, y así se halla  
ahora en dulce paz.

LESBIA.

¡Es imposible!

Músico.

¡Terrible estás!

LESBIA.

Tú necio y insufrible (1).

¡Salte fuera! ¡Qué lógico ignorante!

(*Íase el Músico.*)

Rabiando quedo. ¿Qué es aquesto, cielos, que de estos en amor tal paz se cante cuando rabiando (2) estoy de envidia y celos? ¡Oh, Natalio cruel! ¡Oh, falso amante! ¡Oh, bárbara ocasión de mis desvelos! ¡Tu paz perturbe amor; tu envidia crezca, y Teodora te olvide y te aborrezca!

¡Que bien casados vivan, y que viva muriendo yo de verlos bien casados!... ¡Mi loco amor mis celos aperciba, demonios de su infierno desatados! Ya mi venganza en su inquietud estriba; ¡Despierten los que viven descuidados!

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO.

Natalio viene a verte.

LESBIA.

¡Amor lo ordena!

Entre el fiero instrumento de mi pena.

NATALIO.

Parecerá extrañeza, Lesbia hermosa, esta visita mía.

LESBIA.

Y tan extraña;

que pudiera, Natalio, estar quejosa de tí, puesto que amor me desengaña.

NATALIO.

El puro rosicler de virgen rosa, que en escogida púrpura se baña no sale tan gentil.

LESBIA.

Esos favores

guarda a tu sol, que es vida de las flores.

¿Vienes deprisa?

NATALIO.

Nunca un buen casado (dame licencia, Lesbia, que lo diga), despacio puede estar, si enamorado

tiene cielo a quien ver y alma a quien siga; que como es verdadero su cuidado tanto una breve ausencia le fatiga.

LESBIA.

Dícenme que es un ángel tu Teodora.

NATALIO.

Es después de tu sol purpúrea aurora de proporción gentil. Haz, Lesbia mía, una forma bellísima en tu idea de propio y justo amor, que aquesto cría en ajena beldad imagen fea. Su rostro es en dulcísima armonía un milagro de amor, en quien se vea (1) que tan divino y singular conceto ser sólo pudo de tal causa efeto.

Es airosa, gentil, grave, dispuesta, amorosa, discreta y recatada, cuerda, apacible, sobre todo, honesta, alta elección en la mujer casada. En corta copia mi Teodora es ésta, con pinceles del alma retratada, mujer siendo elección del cielo justo cortada a la medida de mi gusto.

LESBIA.

Quien le tuvo tan bueno razón era que en tan dichosa prenda se empleara, ya que el cielo no quiso que yo fuera la que en su nombre de tu amor gozara.

NATALIO.

¡Adiós! ¿Qué le diré? Porque me espera.

LESBIA.

Que a verla iré por sólo ver su cara.

NATALIO.

Pues viéndola dirás que no hay marido más bien ganado, ni más bien perdido.

(*Íase.*)

LESBIA.

Diré que no hay amante más ingrato ni más cruel marido (¡ah, fieros celos!) En tanto agravio de vengarme trato. Dadme vuestros rigores y desvelos; turbar quiero su paz (2), si amores trato, y no dulce armonía de los cielos; que en los casados confusión y guerra, es el mayor castigo de la tierra.

(1) Ms.: "¡Insufrible estás!"

Tú necio y muy temible."

(2) Ms.: "muriendo".

(1) Ms.: "Porque se vea."

(2) Ms.: "La paz".

Yo haré que mueras, bárbaro Natalio,  
celoso de Teodora, y ella sea (1)  
otra lasciva diosa del Cidalio,  
otra Rodope vil, otra Medea;  
amor será en los dos monstruo tesalio  
que yerbas busque y que conjuras vea;  
campo será tu lecho de desvelos  
porque sepas, cruel, lo que son celos.

(Salen FIDELFO y ZURDO, gracioso.)

ZURDO. Ya tiene Alcina el papel.

FIDELFO. ¿Qué importa, si los remedios  
son en amor imposibles?

ZURDO. ¿Qué imposibles no vencieron  
amor y necesidad,  
ayudados del ingenio?  
¿No es imposible mayor  
hacer de un necio un discreto?  
Pues ya se ha visto, con ser  
cosa imposible, en un necio,  
y más cuando es mal nacido,  
poderoso y con dinero,  
que suelta las necesidades  
armadas de atrevimiento.  
Jerjes un monte allanó  
en una tarde; Pompeyo  
hizo al inundante Nilo  
torcer su camino eterno;  
Tifis leyes puso al mar  
inexorable y soberbio.

FIDELFO. Comparados con Teodora  
no son imposibles esos.

ZURDO. ¿No es Teodora una mujer?

FIDELFO. No, que es un ángel.

ZURDO. Cayendo.  
será demonio también.

FIDELFO. Ya los demonios cayeron  
y ella es ángel que está en gracia,  
porque cuando considero  
a Teodora bien casada  
y honesta con tanto extremo,  
si en presencia la enamoro,  
en ausencia la respeto:  
que en una mujer honrada  
es el honor limpio espejo,  
y viéndose amor en él,  
como se juzga tan feo,  
enmudece y tiembla, y yo  
por esta causa enmudezco  
y tiemblo también, turbado,

cuando en su rostro me veo,  
porque en el cristal del rostro  
se conocen los defectos.

ZURDO. Mira que está Lesbia aquí  
y que nos ha estado oyendo.

FIDELFO. ¿Quién es esta Lesbia?

ZURDO. Es  
el milagro de estos tiempos,  
el monstruo de Alejandría,  
la sirena de los puertos  
y la mujer, finalmente,  
de los hombres cautiverio:  
que a su casa te he traído  
a divertirme, y entiendo  
que has de olvidar a Teodora.

FIDELFO. No podré, si todo aquello  
que enamoraré o mirare  
no viniere a ser lo mismo  
que Teodora, porque en ella  
amor mi remedio ha puesto.

ZURDO. Vesla allí con atención.  
Repara en ella.

FIDELFO. No tengo  
libertad para miralla.

ZURDO. Lesbia, este ilustre mancebo,  
en quien la primera aurora  
de su abril florido y tierno,  
baña en mariposas de oro  
los perfiles del cabello,  
por lisonjas de tu fama  
viene a ti a cobrar (1) el seso,  
porque amor en hermosura  
sus aforismos ha puesto.  
Encántale en tus palabras;  
fúrtale en tus ojos bellos,  
para que vean los suyos  
dulce paz y blando sueño.

LESBIA. Aunque apenas he entendido  
así en mal formados ecos  
las querellas lastimosas  
de este ilustre caballero,  
me pesa que así a mi casa  
venga por remedio, viendo  
que amor le libra en la causa  
que produce estos efectos.

FIDELFO. Lesbia divina, si sabes  
enajenar pensamientos  
y envanecer voluntades,  
libradas en embelecocos,  
dame remedio, señora;

(1) Ms.: "y a ella sea".

(1) Ms.: "buscar".



favoréceme, que muero  
a manos de un imposible  
y a rigores del infierno.  
Si amor con amor se cura,  
y con soberano imperio  
tus ojos son dos tiranos  
del amor, templá con ellos  
mis amorosas locuras,  
en cuyas cárceles preso  
tendrá libertad el alma,  
que muere en tales desprecios.

LESBIA. No podrás sanar de amor  
si no olvidares primero,  
que en amor el olvidar  
es el más sano consejo.

FIDELFO. ¡Ay, Lesbia, ay, señora mía!  
Eso es lo que yo pretendo;  
que es el remedio olvidar  
y olvidóseme el remedio.

ZURDO. Del soberano Aristarco  
de Menfis hijo es Fídelfo,  
que a Alejandría (1) le traen  
amorosos desconciertos.

Amaba en Menfis a un monstruo...

FIDELFO. Di que amaba en ella a un cielo,  
a un sol con rayos hermosos  
de cristal y rayos negros,  
que de las almas que abrasan  
rayos de carbón se han hecho.  
Casóse con un tirano  
que por martirio aborrezco  
y por amante dichoso,  
pues gana lo que yo pierdo.  
Día a día ha, Lesbia, un año  
que la sirvo y la pretendo,  
siendo con ella Alejandro,  
siendo Midas, siendo Creso,  
ya ejecutando imposibles,  
ya rigores disponiendo,  
ya temerosas ternezas,  
ya músicas, ya pascos.  
Como inexpugnable roca  
que impelida de los vientos  
trueca en átomos de vidrio  
gigantes de espuma crespos,  
valiente se ha resistido  
a mis amorosos ruegos,  
lágrimas, promesas, llantos  
y locos ofrecimientos;  
porque una mujer si da

en ser honrada es lo mesmo  
que el sol que de cerca abrasa  
y parece bien de lejos.

LESBIA. ¿Quién es?

FIDELFO. Teodora se llama.

LESBIA. ¿Qué dices?

FIDELFO. Que este desvelo  
de mi loca fantasía  
se llama así.

LESBIA. ¿Hay tal suceso?  
Si este imposible te allano,  
¿qué me darás?

FIDELFO. Pon a precio  
de imposibles. Por servirte,  
abrasado en sus sabeos  
holocaustos, te daré  
al pájaro que en naciendo  
parece rosa con alma,  
parece flor con aliento.

LESBIA. Como me des la palabra  
de ser mío, te prometo  
su ingratitude en tus manos,  
su tiranía en tu pecho.

FIDELFO. Digo mil veces que soy  
tuyo; ponme, Lesbia, un hierro  
que publique esta verdad  
y que afirme este concierto.

LESBIA. ¡Dame esa mano!

FIDELFO. Y el alma  
con ella, si alguna tengo.

ZURDO. ¡Qué presto celos y agravios  
se conciertan!

LESBIA. ¡Esto es hecho!  
¿Olvidarásla?

FIDELFO. Gozada.

LESBIA. ¿Y ahora?

FIDELFO. No, que no puedo;  
que es el remedio olvidar  
y olvidóseme el remedio.

(*l'anse, y sale TEODORA, bizarra, y ALCINA, villana, con unas flores y entre ellas un billete escondido.*)

ALCINA. Estas hurté en el jardín (1),  
aunque más viva se hallara  
el azucena en tu cara  
y en tus manos el jazmín.  
Las maravillas, en fin,  
de que quisiste pedillas  
se han puesto tan amarillas

(1) Ms.: "que Alejandría".

(1) Ms.: "corté en el jardín".

que no medrarán jamás,  
pues ven que donde tú estás  
no importan las maravillas.

TEODORA. En la manga las pondré,  
(*Méte las en la manga.*)

para que en ella las vea  
Natalio, y la abeja sea  
cuando en mis brazos esté.  
Las primicias de una fe  
en ternísimos amores  
piden frutos superiores,  
y cuando con él estoy  
el alma, Alcina, le doy,  
que no gasto el tiempo en flores.

¿Quién no envidia mi ventura?  
¿Hay suerte más venturosa  
que ser de Natalio esposa,  
y estar de su amor segura? (1)

ALCINA. Fidelfo turbar procura  
tu paz.

TEODORA. Que olvides te pido  
el nombre que has referido;  
y esto, Alcina, no te asombre,  
pues presumo aun con el nombre  
que se ofende mi marido.

ALCINA. Esos escrúpulos son  
para mi aldea; aunque allá  
licencia tal vez se da  
a alguna conversación.

TEODORA. La fama está en la opinión  
y el honor está en la fama;  
que la que buena se llama,  
buena fama ha de tener,  
porque a una honesta mujer  
la imaginación la infama.

De la manga sacaré  
las flores que tú me diste;  
mas, ¿qué es esto, ¡ay de mí, triste!,  
que dentro de ellas hallé?

ALCINA. Un papel, señora, fué  
que corté por azucena.

TEODORA. Flor es de fragancia llena;  
pero rasgalla es mejor;  
que tan olorosa flor  
para deshojada es buena.

¡Vete, villana, de aquí,  
y en mi casa no estés más!

¡Vete luego! ¿No te vas?

ALCINA. Mi señor viene; ¡ay de mí!

(*Sale NATALIO.*)

NATALIO. ¡Dulce prenda! ¿Vos así,  
con Alcina descompuesta?  
¿Qué novedad es aquesta?  
¿Y quién rasgó este papel?

TEODORA. Yo, señor; y a Alcina en él (1)  
así le doy la respuesta.

La cuenta en él me traía  
de lo mal que me ha servido,  
y por eso le he rotpido,  
porque engañarme quería;  
y parecióme osadía  
en la pretensión que vi,  
que estando vos vivo así,  
a quien siempre me remito,  
que la cuenta por escrito,  
señor, me la diese a mí.

Con ella hacerla podéis,  
que yo a enojo me provocho,  
aunque pienso que muy poco  
o que nada le debéis.

NATALIO. Si de eso gusto tenéis  
dalde lo que os ha pedido  
por el papel.

ALCINA. Lo que pido,  
no es milagro que lo hiciera  
mi señora, si creyera  
lo bien que yo la he servido.

A las reinas darse pueden  
los papeles cuando son,  
señor, de cuenta y razón,  
sin que disgustadas queden.

TEODORA. Por tales cuentas suceden  
en las cuentas mil errores,  
que suele haber contadores  
tan falsos y lisonjeros  
que multiplicando ceros  
hacen las cuentas mayores.

ALCINA. (A esta arrogante mujer,  
enfadosa y presumida,  
aunque me cueste la vida  
por Fidelfo he de vencer.)

(*Vase ALCINA.*)

TEODORA. Los papeles recoger  
puedes, y hacerlos sumar  
a quien más sepa contar;

(1) Los dos versos últimos, según el Ms.; el impreso dice:

"que soy de Natalio esposa  
y estoy de su amor segura."

(1) Ms.: "y Alcina en él".

que yo, como aquí se ve,  
sólo de esta suerte sé  
partir y multiplicar.

NATALIO.

A un tiempo, mi Teodora,  
tu ingenio y tu belleza me enamora.  
Dame esas manos bellas,  
que con rayos de dedos son estrellas.

TEODORA.

¿Quiéresme mucho?

NATALIO.

Fuera  
corto mi amor, si aquí lo encareciera.  
Tanto, en fin, vengo a amarte (1)  
que quererlo decir será agraviarte.

TEODORA.

Y yo, esposo, te adoro  
al paso que lo dudo y que lo ignoro;  
que imposible es decirlo  
de la suerte, mi bien, que sé sentillo.

ZURDO.

(Dentro.) ¡Muera el villano, muera!

(Sale FIDELFO.)

FIDELFO.

¡Socorredme, por Dios!

NATALIO.

¿Qué es esto?

FIDELFO.

Ahí fuera

mucha gente me sigue:  
que a un hombre solo multitud persigue.  
Permitidme, señores,  
que me pueda esconder de estos rigores.

ZURDO.

(Dentro.) Si se esconde en el cielo,  
ha de morir.

FIDELFO.

¡Ay, Dios!

NATALIO.

Pierde el recelo,

que eso no corresponde  
al valor natural. Aquí te esconde,  
que voy a detenellos.

(Pase.)

TEODORA.

¡Dueño del alma, no riñáis con ellos!  
¡Mirad que sois mi vida,  
y que seréis riñendo mi homicida!

FIDELFO.

(Quiero lograr mi intento.  
Dame, tirano amor, atrevimiento,  
pues esta ocasión gana  
hoy la industria (1) de Lesbia soberana.)

¡Teodora divina!

Premia mi afición,  
que esta es invención  
de amor peregrina.  
Vencerte imagina  
mi loco deseo.

TEODORA. ¿Qué es esto que veo?

FIDELFO. Tu Fídelfo soy,  
que a tus pies estoy  
y el favor no creo.

Dame aquesa mano  
de cristal hermoso.

TEODORA. Llamaré a mi esposo.

FIDELFO. ¡Llamarle es en vano!  
La ocasión que gano  
lograr piensa amor.

TEODORA. ¡Amante traidor!  
Si él se fué de aquí,  
advierte que en mí  
se quedó su honor,

Vete, que daré  
voces que te mate.

FIDELFO. Sea en mí granate  
si diamante fué  
su espada; pondré  
fin a mis porfías  
y las ansias mías  
así acabarán (2),  
pues muriendo están  
de amor tantos días.

Resuelto en morir  
vengo a tu presencia,  
que es en tal violencia  
flaco el resistir.  
Morir es vivir  
sin tantos recelos,  
que es mejor, ¡ay ciclos!,  
en tantos amores  
morir de rigores

(1) Ms.: "tanto vengo, en fin, a amarte".

(1) Ms.: "y la industria".

(2) Ms.: "acabaré".

que morir de celos.

¡Natalio, aquí estoy!

El castigo es poco  
matarme por loco,  
pues amante soy.

TEODORA. Muriendo me voy,  
que aunque es ilustrarse  
oyendo enfirenarse,  
no es prudencia mucha,  
porque está el que escucha  
cerca de ablandarse.

(Vase TEODORA.)

FIDELFO. ¡Oye! ¡Escucha! ¡Espera!  
Si triunfas de mí,  
dime, ¿por qué así  
permities que muera?  
¿Vió la Libia fiera  
más cruel y airada?  
Como estatua helada (1)  
mi llanto desprecia:  
ya esto es ser necia,  
más que ser honrada.

(Salen NATALIO, ZURDO y otros.)

NATALIO. Ya estos hidalgos están,  
caballero, apaciguados.

ZURDO. Con términos tan honrados,  
¿qué resistencias pondrán?

Yo que soy el ofendido  
la mano por vos le doy.

FIDELFO. Digo que su amigo soy,  
puesto que haberme escondido  
no fué temor, antes fué  
generosa bazarria,  
pues sólo hallar pretendía  
la ocasión que se me fué  
asida por los cabellos.

ZURDO. Si esa ocasión se perdió,  
yo sabré buscarla.

FIDELFO. Y yo.

NATALIO. ¿Cuando venimos a hacellos (2)  
amigos, vuelven a hacer  
nueva pendencia?

FIDELFO. Señor,  
disgustos que causa amor  
apacibles suelen ser.  
No os espantéis, que reñimos  
por celos.

ZURDO.

Y es tal, por Dios,  
que aquí los tendrá de vos,  
pues de los que aquí venimos  
los tiene sin ocasión.

NATALIO. No me espanto; que los celos,  
aunque engañan como cielos,  
infiernos del alma son.

ZURDO. (¿Cómo te ha ido?)

FIDELFO. ¡Iame ido  
muy mal.

ZURDO. ¿Oyóte?

FIDELFO. Algo oyó.

ZURDO. Pues, señor, si te escuchó,  
tú serás correspondido.

Alcluya cantar quiero  
al caso. Voime a vestir,  
que con Lesbia he de venir  
transformado en escudero.)

FIDELFO. Ya es hora que me despida.  
¡Adiós!

NATALIO. ¡Adiós!

ZURDO. Ven, que es hora.

FIDELFO. ¡Amor! ¡Goce yo a Teodora  
y luego pierda la vida!

(Vanse todos y queda NATALIO.)

NATALIO.

¡Cuán bienaventurado  
puede llamarse el hombre que en paz vive,  
contento y bien casado,  
pues el premio mayor que se recibe  
del brazo santo y justo,  
después del cielo, es la mujer a gusto!

Yo solo venturoso  
gozo mujer a gusto, honesta y bella,  
y en tálamo amoroso  
gozo de mi Teodora, hermosa estrella,  
y ocupo en lazo estrecho  
la mesa en paz y en dulce amor el lecho.

(Sale TEODORA.)

TEODORA.

¿Fuéronse?

NATALIO.

Sí, y amigos.

TEODORA.

Antes pienso que van en más pendencia  
y son más enemigos.

NATALIO.

Disparates de amor les dan licencia.

(1) Ms.: "Como estás tú helada."

(2) Texto: "hezellos".



TEODORA.

Antes, si se la dieran,  
disparates de amor, Natalio, fueran.

(Sale ALCINA.)

ALCINA.

Lesbia pide licencia  
para besar tus pies.

TEODORA.

[Que] No te vea,  
que temo su presencia.

NATALIO.

¡Que así mi grande amor premiado sca!  
¡Fálteme el cielo!...

TEODORA.

¡Tente!

NATALIO.

Si otra mujer amare, eternamente...

TEODORA.

¡Amigo, esposo, aguarda!  
¿Vas enojado?

NATALIO.

¿Yo contigo enojos?  
Sólo amor me acobarda  
cuando me aparto de tus bellos ojos.

TEODORA.

¿No crees que te adoro?

NATALIO.

Tu mucho amor y honestidad no ignoro.

(Vase NATALIO, y sale LESBIA y ZURDO, y FIDELFO,  
de escudero.)

LESBIA. Después, Teodora divina,  
que miro tu gran belleza,  
no culpo a los que la alaban  
por mucho que la encarezcan.  
Boca es del alba, sin duda,  
la tuya, donde entre estrellas (1)  
y celajes de rubies  
parece que el sol despierta.

TEODORA. Detente, Lesbia, que vienes  
como hermosa lisonjera.

LESBIA. Hasta verte, Lesbia he sido,  
mas ya de hoy más no soy Lesbia (2)

Dame licencia, Teodora,  
que a mi posada me vuelva (1),  
a llorar forzosos males  
y a sentir forzosas penas.  
¿Yo te doy celos? ¿Yo soy  
tan cruel, que haga que tengas  
disgusto? Si abren mi casa,  
el sol no me ha visto apenas;  
si los tienes de mi esposo,  
pasados disgustos deja.  
Yo le adoro, y él me adora,  
y es fuerza que te aborrezca;  
sino es, Lesbia, que me engañe  
que amor habla en muchas lenguas.

TEODORA.

LESBIA. ¡Ay, Teodora! Otro es mi mal;  
otra mi desdicha. ¡Afuera  
os salid!

FIDELFO.

[Ap.] ¡Circe hermosa!  
A esta que es helada piedra,  
transforma en mujer y un alma,  
porque escuche y porque sienta.

LESBIA.

Vete, que yo la pondré  
tan tratable, afable y tierna  
que la que ahora es diamante,  
parezca en tus brazos cera.  
Dale los polvos a Alcina (2),  
para que luego los vierta  
en su cama; que con ellos  
yo haré que fuego se encienda  
del infierno. Y vos jamás  
os apartéis de su puerta.

(Vanse los dos y LESBIA llora.)

¡Ay de mí!

TEODORA.

¡No desperdicies  
así a racimos las perlas!  
Siéntate, Lesbia; no llores  
y tus desdichas me cuenta.

LESBIA.

Teodora, tu honestidad  
perdone. ¡Dame licencia!  
Yo, señora, soy mujer  
no bizarra, ni discreta  
como tú, que a intentos locos  
sabes hacer resistencia.  
Enamoréme de un hombre:  
¡grande infamia, vil bajeza  
en una honesta mujer  
y en una casta doncella!  
Resistíme generosa;

(1) Ms.: "entre perlas".

(2) Ms.: "mas ya de hoy no soy Lesbia".

(1) Ms.: "que yo a mi casa me vuelva".

(2) Ms.: "dale los polvos Alcina".

probé olvidar, mas no hay yerbas  
 contra finezas de amor  
 en Tesalia ni en Bohemia.  
 Declaréle mis cuidados  
 y en la noche muda y negra  
 le ofrecí mil ocasiones,  
 que como ingrato desprecia.  
 Viendo, pues, su repugnancia,  
 corrida de sus respuestas,  
 un día le apreté tanto  
 que me dijo: ¿cómo intentas  
 imposibles, cuando el alma  
 está encarcelada y presa  
 en un fuerte de jazmines  
 de rosas y de azucenas?  
 Yo celosa y necia entonces,  
 que toda celosa es necia,  
 enlazándole (1) en los brazos,  
 le apreté con tal fiereza  
 que me dijo que eres tú (2)  
 por quien sin seso y paciencia  
 moría en ciegos temores,  
 penaba en locas ausencias  
 y que amar a otra mujer  
 en tan fuerte ocasión era  
 prender puñados de luz,  
 contar diluvios de arena.  
 Y como preñada nube,  
 que con llantos de centellas  
 aborta rayos de fuego  
 con quien la máquina tiembla,  
 se desasió de mis brazos,  
 a quien seguí descompuesta,  
 que una mujer es demonio  
 cuando los celos la aprietan,  
 y diciéndole otras veces  
 tu honestidad y prudencia  
 y cómo a tu esposo adoras,  
 respondió que de tus rejas (3)  
 ha de ser Isis egipcio  
 cuando tú Anaxarte seas.  
 Y así, Teodora divina,  
 vengo a pedirte resuelta  
 con lágrimas amorosas,  
 que de mí lástima tengas,  
 haciendo por mí una cosa,  
 sin que tú crédito pierdas,  
 pues a la espalda del sol

no hay secreto que se sepa.  
 Tú has de enviar a llamar  
 a Fidelio, cuando duerma  
 tu esposo y por el jardín  
 le has de dar secreta puerta,  
 que en la sombra de la noche  
 fiada, puedes tenerla  
 abierta, y yo desmintiendo  
 la voz con dulces ternezas,  
 engañándole en tu nombre  
 le gozaré, cuando él piensa  
 que está en sus brazos Teodora.

Y así de dos locos templas  
 los resueltos albedríos,  
 las voluntades resueltas.

TEODORA. Bien parece que estás loca,  
 pues semejantes bajezas  
 te has atrevido a decirme.  
 ¡Vete de mi casa, fiera!

LESBIA. No me iré, mas de tus ojos  
 verás que me llevan muerta:  
 que este puñal dará fin  
 a mis temerosas penas.

TEODORA. ¡Tente, mujer, o demonio!

LESBIA. Pues que remedio me niegas  
 de todas suertes, ingrata,  
 deja que en morir le tenga,  
 ya que no le tengo en ti (1),  
 pues te ha faltado clemencia.

TEODORA. ¡Ay Dios!

LESBIA. ¿Qué dices?

TEODORA. Que haré  
 eso que me pides.

LESBIA. Deja  
 que en digno agradecimiento  
 bese la dichosa tierra  
 que están pisando tus pies.

TEODORA. Lesbia, si mi honor celebras,  
 no me le quites, por Dios.

LESBIA. ¿Qué honor pierdes, si en ausencia  
 del sol verse es imposible?,  
 y no viéndose la ofensa,  
 ¿cómo puede ser agravio?

TEODORA. ¿Y si Natalio despierta?

LESBIA. Estos polvos verterás,  
 Teodora, en su cabecera,  
 que infundan sueño. Un papel  
 le escribe.

TEODORA. ¿Qué dices, Lesbia?  
 ¿Yo, papel?

(1) Ms.: enlazándome".

(2) Ms.: "eras tú".

(3) Ms.: "de tus quejas".

(1) Ms.: "Tenga en ti."

LESBIA. Sí, tú papel.  
 TEODORA. ¿De mi mano y de mi letra  
 a otro hombre? ¿Es justa cosa?  
 Para que Fidelfo venga,  
 basta enviarle a llamar (1).

(Sale ZURDO.)

ZURDO. Hachas hay. ¿Mandas que encienda?  
 TEODORA. No enciendan, porque en mi casa  
 la señora Lesbia queda  
 esta noche.

LESBIA. Haced que luego  
 todos a casa se vuelvan  
 y haced que entre luego Ostilo.  
 ZURDO. (En qué punto está tu empresa?)  
 LESBIA. Ya la simple palomilla  
 cayó en la red y ya es muerta  
 la honestidad de Teodora.

ZURDO. ¿Ya murió? *Requiem eternam.*  
 LESBIA. Llama a Fidelfo.

ZURDO. Yo (2) voy  
 por las albricias.

(Vase.)

TEODORA. Cubierta  
 quiero que estés esta noche,  
 sin que Natalio te vea,  
 porque se logre mejor  
 tu intento.

LESBIA. Es traza discreta.

(Sale FIDELFO.)

FIDELFO. ¿Qué manda vuestra merced?  
 (¡Ay soberana belleza!)

LESBIA. Este es el que ha de llevar  
 el recado; porque crea  
 que es verdad, tú se le da.

TEODORA. Decid que sin que le vea  
 cielo y tierra, a media noche  
 Fidelfo a la puerta venga  
 del jardín, donde le aguardo.

FIDELFO. Dame en su nombre esa bella  
 mano, y haz cuenta que en mí  
 Fidelfo propio la besa.

(Bésala.)

TEODORA. ¡Levanta!

FIDELFO. ¡Ay, mano divina!

TEODORA. Cuando una mujer comienza

a ser liviana, a estos daños  
 abierta la puerta deja.  
 ¿Ya consiento que me bese  
 la mano, el hombre que lleva  
 el recado, a quien el sol  
 tocaba con reverencia?

FIDELFO. (El alma te debo, ¡oh, noche,  
 de los engaños maestra!  
 Ofrecer pienso a tus aras  
 mis grillos y mis cadenas.)

(Vase FIDELFO.)

ALCINA. Mi señor viene.  
 TEODORA. Tú, Alcina,  
 a tu aposento la lleva.  
 Yo haré que nos acostemos  
 y que nos traigan la cena  
 a la cama.

LESBIA. Con los polvos  
 harás que luego se duerma.  
 TEODORA. Aunque la culpa es tan poca,  
 a verle voy con vergüenza;  
 mas no es mucho, que el pecado  
 es áspid de la conciencia.

(Vase.)

LESBIA. Ahora verás si en paz  
 vives.

ALCINA. Ya en la cama quedan  
 los polvos puestos.

LESBIA. Ya puedo  
 referirte aquel emblema  
 de Siques (1) y de Cupido  
 y Venus. Estame atenta,  
 porque a propósito viene.

ALCINA.

¿Qué hay que mujeres no emprendan?

LESBIA.

Venus alguna tarde, amor dormido  
 en los regazos de unas ninfas, flores  
 que de la dura ley de sus amores  
 plantas así se hubieron reducido.

y viendo la ocasión que ha pretendido,  
 quiso vengar rigores con rigores:  
 y quitándole el iris de colores  
 flechándole gentil, le dejó herido;

mas recordando el golpe alborotado  
 “¡Ay, que me ha muerto!” dijo el niño bello,  
 y previniendo el arco, no le ha hallado,

(1) Ms.: “hasta envíale a llamar”.

(2) Ms.: “Ya voy”.

(1) Ms.: “Psiquis.”

y Venus, muerta de placer de vello,  
dijo: "Rapaz, no duerma descuidado  
quien tantas muertes da y se alaba dello" (1).

ALCINA. Bien lo has traído.

LESBIA. Quien da  
celos, no es razón que duerma.  
Sientan los dos mis agravios  
y mis desatinos sientan.

ALCINA. Del enemigo de casa  
¿quién puede librarse?

LESBIA. Aprieta  
va la noche con pies de oro,  
pisando montes de estrellas.

ALCINA. Todo fuera honor el mundo  
si en él criados no hubiera  
ni terceras engañosas.

LESBIA. ¡Celos con celos se vengan!

(*¡Anse, y sale TEODORA, con un candelero y vela.*)

TEODORA. Si lo mismo que el obrar  
viene a ser el consentir  
lo mismo es querer decir,  
si se llega a ejecutar;  
y así yo vengo a pecar,  
si no obrando, consintiendo,  
y tanto mal voy haciendo  
consintiendo como obrando,  
pues pecando y no pecando  
a Dios y a mi esposo ofendo.

Al jardín quiero bajar,  
por esta falsa escalera.

(*Dice dentro NATALIO.*)

NATALIO. ¡No bajes! Detente. ¡Espera!

TEODORA. A Natalio siento hablar:  
quiero volver y mirar,  
si ha recordado o dormido.  
Está soñando; esto ha sido;  
bajar quiero; mas la puerta

(*De arriba baja un Cristo a la puerta y luego sube.*)

se ha cerrado estando abierta  
con un cuadro que ha caído.

Quiero llegar y quitalle,  
mas ¡ay de mí! Cristo está  
crucificado y dirá  
que vuelvo a crucificalle.  
Quiero volverme y dejalle;

mas la lumbre se me ha muerto  
y con la puerta no acierto.

(*Sale LESBIA.*)

LESBIA. ¡Teodora, mira que es hora!

TEODORA. ¿Quién es?

LESBIA. Lesbia soy, Teodora.

TEODORA. Ya cesó nuestro concierto.

LESBIA. Baja, que Fídelfo espera;  
pues tienes en ansia igual  
escalera principal,  
deja la falsa escalera.

TEODORA. Antes lo más propio es  
la falsa, pues voy a hacer  
falsedades de mujer.

¡Oh, qué mal me persuades!,  
pues para hacer falsedades  
puerta falsa es menester.

(*Sale FIDELFO.*)

FIDELFO. Alcina me abrió la puerta  
y amor aquí me ha traído.

TEODORA. Parece que oigo ruido.  
Si es Natalio que despierta...

FIDELFO. Es, Teodora, un alma muerta  
que en pena viene buscando  
tu gloria.

TEODORA. ¡Ya estoy temblando!  
¡Ven, Lesbia!

LESBIA. Ya voy tras ti.

TEODORA. No me dejes sola aquí,  
Fídelfo, baja callando.

(*¡Anse TEODORA y FIDELFO.*)

LESBIA. ¡Cayó en el saco la necia!  
Lindamente me he vengado  
de este puntual casado  
que me ofende y me desprecia.  
Mataráse, si es Lucrecia;  
dará a las canas espumas  
finos diamantes en sumas  
y vivirán desde entonces  
con su espíritu los broncees,  
con su memoria las plumas.

Quiero ver cómo resiste  
tan poderosa ocasión,  
aunque en la resolución  
de Fídelfo el bien consiste  
y tal furia amor reviste  
en la más cuerda mujer  
que un demonio viene a ser

(1) Ms.: "no duermas descuidado,  
que en tantas muertes da..."



tal vez, si un angel ha sido,  
y al paso que amó al marido  
le comienza aborrecer.

(*Entran TEODORA y FIDELFO.*)

TEODORA. ¡Déjame, monstruo enemigo!

FIDELFO. Después de haberte gozado  
estoy más enamorado,  
más te adoro y más te sigo.

¡Dame ese pecho amoroso! (1)

TEODORA. ¡Vete con Dios! ¡Déjame!

Mira que voces daré  
y recordará mi esposo.

FIDELFO. Toda la dificultad  
está en el principio puesta;  
ya te he visto descompuesta,  
ya faltó tu honestidad,

ya me abrazaste y me diste  
el alma, aunque envuelta (2) en llan-

TEODORA. No me des, Fidelfo, espanto [to.  
con el pecado que hiciste.

¡Vete con Dios! ¡Vete presto!  
¡Vete!

LESBIA. ¿Qué es esto, Teodora?

TEODORA. Ah, bárbara engañadora,  
que en tal peligro me has puesto!

¿En qué, cruel, te ofendí?

Y dime, ¿en qué te ha ofendido  
un inocente marido

que está sin honra por ti?

LESBIA. Ofendísteme (3) en vivir  
bien casados, cuando muero  
de celos, y veros quiero  
también a los dos morir;

y quiero que no se alabe

Natalio de venturoso,

sino que viva celoso;

que si amor vengarse sabe

esta es envidia de honrada,

y esto viene, en fin, a ser

venganza de una mujer

celosa y desesperada.

TEODORA. ¡Bien has mostrado quién eres!

LESBIA. Sabrás que son, aunque llores,  
los enemigos mayores  
mujeres de las mujeres.

¡Ven, Fidelfo!

FIDELFO. ¿Cómo puedo?

TEODORA. ¡Vete, por amor de mí!

FIDELFO. Voime, Teodora, aunque en ti  
con nuevas ternezas quedo.

(*Vanse y queda TEODORA.*)

TEODORA. ¡Buena, honor, he quedado!

¡Infame y en pecado!

¡Burlado y ofendido

tan honrado marido

y en lenguas de la gente!

¡Láminas de mi afrenta eterna-

Todo es horror y enojos [mente!

donde vuelvo los ojos.

Si miro al cielo, el cielo

corre a su rostro el velo,

y si miro a la tierra

en ella mi pecado me da guerra;

mas el sol no ha de verme

que entre safiros duerme:

pues si está mi pecado

tan secreto y callado,

¿quién dél dará noticia

si ninguno lo vió?

(*Suena música, y va pasando de una parte a otra  
el Sol, y dice una voz.*)

Voz. ¡El Sol de justicia!

Yo soy el que al cielo

y a la tierra alumbra,

aunque así eclipsado

me tienen tus culpas.

Entre cinco mil

rayos que me ilustran,

cinco manifiestan

mi clemencia mucha.

Esta has irritado,

casada perjura,

burlando a tu esposo

y en sueño sepultas.

Nada de mis rayos

remoto se juzga,

porque están en ellos

todas las criaturas.

Tu pecado he visto,

aunque sombra buscas;

¡diligencia necia,

bárbara disculpa!

A oscuras pecaste

y así es cosa justa

que mi sol se ponga

y te deje a oscuras.

(*Cúbrese.*)

(1) Ms.: "vuelve ese rostro amoroso".

(2) Ms.: "vuelta".

(3) Ms.: "ofendistisme".

TEODORA. Púsoseme el Sol  
que clemencia anuncia.  
Grande es mi pecado,  
pues en cruz se juzga.  
Si es la cruz el blanco  
donde se asegura  
la misericordia  
que el rigor perturba,  
¿cómo en ella a mí  
rigor me pronuncia  
de ausencia de Dios  
que no hay quien la sufra? (1)  
Y pues Dios me deja,  
siendo prenda suya,  
¿dónde iré sin Dios  
que viva segura?  
Despojarme quiero  
y salir desnuda,  
sin llevar testigos  
de mi desventura.

(Vase desnudando.)

Queden mis vestidos  
y mi infamia cubran;  
que si van conmigo  
harán de mí burla.  
Púsoseme el sol  
y la noche oscura  
para condenarme  
con sombras me ofusca.  
Voy desesperada...  
mas, ¿qué luz divulgan  
las sombras que al cielo  
en montes sepultan?

(Pasa la Luna de la misma suerte que pasó el Sol,  
y dice otra voz.)

Voz. Si se puso el Sol  
ya sale la Luna,  
para consolarte,  
si consuelo buscas.  
Yo, Teodora, soy,  
aunque con luz suya,  
la madre del Sol  
que con plantas puras (2)  
montes de luz piso,  
que cielos dibujan.  
No te desesperes  
que paz te pronuncia

la esperanza vuestra,  
la vida y dulzura.  
Sígueme y confía  
en mí, que segura  
te pondré en los montes,  
donde en tiernas lluvias  
ríos de cristales  
sean tus aguas turbias (1).  
¡Sígueme!

(Va pasando.)

TEODORA. ¡Ay, señora!  
¡Ay, luciente y pura  
estrella del mar!  
Deja, pues me alumbra  
que diga contenta  
cuando más confusa:  
¡Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna,  
ventura fué grande  
ver la noche oscura!

~~~~~

## JORNADA SEGUNDA

(Sale NATALIO medio desnudo, con espada, broquel  
y linterna.)

NATALIO.

¿Teodora levantada  
de mi cama a deshora  
sin sentillo? ¿Teodora  
desnuda, y de mis brazos apartada,  
y aquella parte helada  
del lecho, que inviolable y casto ha sido?  
¿La tortolilla simple sin el nido  
a hurto de su esposo?  
Mas si dejase, ¡ay Dios, de ser dichoso!...  
Que el más cuerdo marido  
cuidadoso y honrado,  
puede ser, mientras duerme, desdichado:  
que al hombre no disculpa aun en el sueño (2)  
del defeto y descuido más pequeño.  
Mas parece locura,  
pudiendo ser engaño,  
ser profeta del daño

(1) Ms.: "arroyos de cristales  
si hoy son aguas turbias".

(2) Este verso, según el ms.: el impreso dice  
erróneamente: "que al hombre no disculpa desen-  
gaño..."

(1) Ms.: "le sufra".

(2) Ms.: "pulcras".

que mujer tan honesta me asegura.  
 ¡Extraña desventura!  
 ¡Que aun el honor no deja permitido (1)  
 a un honrado marido  
 discurrir en su agravio,  
 sino que recatado, cuerdo y sabio,  
 viéndolo por los ojos  
 ha de pensar que es sueño o son antojos,  
 y debe castigarlo  
 en llegando no más de a imaginarlo! (2)  
 ¡Dura ley, caso atroz, bárbaro abuso!  
 ¡Maldito sea el autor que tal ley puso!

Ya que mi sueño ha sido  
 tan profundo y pesado  
 y todo está callado  
 y en las perlas del alba el sol dormido,  
 recatado marido  
 quiero ser, y avisada centinela  
 del honor que sin causa me desvela,  
 y ver dónde a tal hora  
 desnuda, y sin mi lado, está Teodora:  
 si la buena resbala,  
 ¿qué cuidado al honor dará la mala?  
 ¡Mas, ¡ay!, que en un chapín he tropezado  
 villano precursor de mi cuidado!

Más adelante veo  
 su ropa sin decoro;  
 y entre los fluecos de oro,  
 más adelante el bárbaro manteo;  
 otro chapín está más adelante...  
 Suceso semejante,  
 ¿quién ha visto jamás, ni quién ha sido  
 tan modesto marido,  
 que a la tierra no espante?  
 Allí el jubón diviso:  
 parece que la capa echarme quiso.  
 ¡Desdichado de mí! ¡Si verdad fuera!...  
 Mas, ¿qué en tal confusión el alma espera?  
 Quiero entrar a saber y ver si topa  
 esta infamia en la fama, o en la ropa.

(Lleva los vestidos, vase y salen EMO y LIPIO.)

EMO.

Dé aquí sin que nos vea  
 callando ver podremos  
 sus locuras y extremos.

LIPIO.

¿Quién hay que de mujer virtudes crea?

(1) Ms.: "que aunque el honor no deje permitido".

(2) Ms.: "de imaginarlo".

EMO.

¡Que tuviese alma fea  
 tan hermosa mujer!

LIPIO.

Salir, amigo,

la vi por el postigo  
 a la luz de la luna, que excedía  
 en claridad al día.  
 ¿Y a quién llevó consigo?

LIPIO.

A nadie; que salieron  
 por el postigo, que primero abrieron  
 dos hombres, que llevaban  
 dos mujeres que vi que acompañaban,  
 y ella sola después, porque te asombre,  
 en hábito salió vestida de hombre.

(Sale NATALIO, con los vestidos.)

EMO.

Ya viene.

NATALIO.

Del honor que se ha anegado  
 estos son los despojos que he sacado.  
 ¡Villano sobre escrito,  
 y túnica vistosa  
 de la culebra hermosa,  
 que quiso desnudalla el apetito!  
 Testigos del delito  
 quiso dejarme en ellos,  
 ¡oh, monstruos del honor! ¡Adornos bellos  
 del más fiero animal que al mundo admira  
 y plumas del pavón, en quien se mira  
 la más loca hermosura  
 que jamás pudo ver mortal criatura!  
 Vosotros, causa sois de tantos males,  
 si el hombre se redime en los sayales,  
 si es linco (1) el desengaño  
 que las paredes pasa,  
 no he dejado en mi casa  
 el lugar más oculto y más extraño.  
 Ajenos de mi daño  
 y en profundo letargo sepultados,  
 he visto los criados,  
 y en el jardín (2), abiertas  
 las cautelosas profanadas puertas,  
 causa desta ruina,  
 hallé a los hortelanos y no a Alcina.

(1) Impreso: "lance".

(2) Ms.: "y de el jardín".

Mis desdichas son ciertas,  
pues hablan los criados y las puertas (1).  
Ya en el número entré de los maridos  
desdichados, celosos y ofendidos.

Mas... ¿posible es que Teodora  
conmigo ha sido cruel?

Mas del rasgado papel  
veo el desengaño ahora.

¡Ah, honestidad burladora!

¡Ah, fementida azucena,  
de rabia y tósigo llena  
cuando al sol ámbar exhala!

Si Teodora ha sido mala,  
no puede haber mujer buena.

¿Qué contiene este papel  
que dejó con sangre escrito?

En la confusión imito

el gigante de Babel,

cuatro versos hay en él

y por firma "tu Teodora".

¿Tantas dudas? Vea ahora

el alma lo que concibe

y pues con su sangre escribe

no es posible que es traidora (2).

"Púsoseme el Sol,

salióme la Luna,

¿quién creyera, Natalio,

tan gran ventura?

Tu Teodora." Del papel

saco mayor confusión;

ya puedo con más razón

decirte lo que tú en él,

púsoseme el sol infiel (3)

y con luz más importuna

puesto, salióme la luna

en las mudanzas mujer,

pues que no pudo tener,

puesto el sol, firmeza alguna.

Quiero a mi gente llamar,

para encargarles mi afrenta:

que si al pueblo no se cuenta

no es tan preciso el pesar (4).

Disimular y callar

es el medio más discreto,

hasta tanto que en secreto

vea si esta ingratitud

de Teodora fué virtud

o ha sido poco respeto.

Aunque para mí ésta ha sido  
soberana vocación,

porque tanta perfección

no puede haberse fingido;

mas dejar a su marido

una mujer en tal pena

es acción que la condena,

no es acto que a ley se iguala.

Si Teodora ha sido mala,

no puede haber mujer buena.

LIPIO.

Ya podemos llegar.

EMO.

Lipio, no digas

que la viste salir.

LIPIO.

Bien me aconsejas.

NATALIO.

Ya, amor, mis confianzas enemigas

hoy me condenan a perpetuas quejas.

¡Hola, gente, criados!

EMO.

No prosigas,

que pendientes están nuestras orejas

de tu voz. ¿Qué nos mandas?

NATALIO.

¡Enemigos,

todos de mis agravios sois testigos!

¡Dejadme! Mas, ¡volved!

EMO.

Señor, ¿qué tienes?

NATALIO.

¡Idos de mi presencia, desleales!

EMO.

Ya nos vamos.

NATALIO.

¡Aguarda!

EMO.

¿Qué previenes  
para el rigor, que de tu acuerdo sales?

NATALIO.

¡Tiranos homicidas de mis bienes

y fieros instrumentos de mis males!

No me matéis, dejadme, y de mis ojos

me quitad estos bárbaros despojos.

(1) Este verso falta en el texto impreso.

(2) Ms.: "que traidora".

(3) Ms.: "son infiel".

(4) Ms.: "esperar".



EMO.

¿No nos llamaste tú?

NATALIO.

Pues ya os despedido  
y callando os encargo mis cuidados;  
que los que en mis agravios se han dormido,  
también en cometellos son culpados.

Mas si en su lado se durmió el marido,  
¿por qué no han de dormirse los criados?  
¡Ah, honor, joya del alma más preciosa!  
¿Quién se confía de mujer hermosa?

Prevenidme caballos (1), porque quiero  
los llanos penetrar, medir los montes;  
buscadme el hipogrifo más ligero (2)  
que imite al sol (3) con pasos de horizontes.  
Buscando el seso, como Astolfo muero,  
y vosotros seréis Belerofontes.  
Mas, ¡ay!, que si el Pegaso mi mal siente  
satírico ha de ser y maldiciente.

(*Vanse, y salen ZURDO y ALCINA, de camino.*)

ALCINA. Ya cerca de Recia estamos,  
aldea donde nací.

ZURDO. Pues homenajes de ramos  
nos hace esta selva aquí,  
y tan fatigados vamos,  
en la margen nos sentemos  
deste arroyo, que el cristal  
serpientes hacer le vemos.

ALCINA. Aquí con amor igual  
las tórtolas initemos,  
pues de casa me salí  
temiendo a Teodora y quiso  
amor darme dueño en ti.

ZURDO. Supo el rapaz lo que hizo  
y en Recia tendrás en mí  
un esclavo.

ALCINA. Allí serás  
como de mi hacienda poca,  
dueño del alma, que es más.

ZURDO. Vengados de aquella loca,  
sin entenderlo jamás  
quedamos.

ALCINA. ¡Que se supiera  
su liviandad por el mundo  
por más venganza quisiera!

ZURDO. En agradarte me fundo

y quiero questa ribera  
en sus márgenes la cuente (1),  
quedando en ellas escrita.

ALCINA. Como en bronce eternamente.  
Profanallo no permita  
la margen desta corriente.

(*Hace que escribe en los árboles con la daga.*)

ZURDO. En varias partes he escrito:  
"adúltera fué Teodora".

ALCINA. Publiquemos su delito  
por Egipto.

ZURDO. Falta ahora,  
si en la venganza te imito,  
escribirlo en las cortezas  
destos troncos con mi daga,  
porque queden sus torpezas  
eternas.

ALCINA. El tiempo estraga  
expugnables fortalezas.

ZURDO. Ya escrito en los olmos queda.

ALCINA. Siéntate, mi bien, un poco.

ZURDO. Sí haré, Alcina, porque pueda  
decir que por ti estoy loco  
esta gigante alameda.

ALCINA. ¿Parécote bien?

ZURDO. Aquí  
de tu rostro he de pintarte  
como parecen en mí  
tus gracias.

ALCINA. Y yo escucharte.

ZURDO. ¿Diré de los ojos?

ALCINA. Sí.

ZURDO. ¿Y de la nariz?

ALCINA. No quiero  
que más en eso prosigas.

ZURDO. Soy amante verdadero.

ALCINA. Sólo quiero que me digas,  
puesto que saberlo espero,  
y nunca me lo has contado,  
tu nombre, que no lo sé.

ZURDO. Si lo hubieras preguntado  
antes, como de mi fe,  
las muestras te hubiera dado.  
¿Cómo se llama el que está  
manco en la mano derecha?

ALCINA. ¿Zurdo!

ZURDO. Con él diste ya.

ALCINA. ¿Zurdo te llaman? Sospecha  
mala tu nombre me da,

(1) Ms.: "prevénganme caballos".

(2) Impreso: "el hipogrifo buscadme más ligero".

(3) Ms.: "a el Sol".

(1) Texto: "cuenten".

que un hombre tan entendido  
se llame Zurdo.

ZURDO. En el nombre  
sólo la zurdez ha sido;  
que hay muchos, y no te asombre,  
presumidos que han nacido  
con almas zurdas.

ALCINA. En ti  
el nombre es grosero y zurdo,  
afrentoso para mí;  
pues siendo esposa de un zurdo  
dirán que también lo fui;  
que cuando te diga amores  
te he de llamar, Zurdo mío!...  
¿Quién vió desdichas mayores?

ZURDO. De tus disgustos me río;  
zurdos hay grandes señores  
en Armenia.

ALCINA. ¿Zurdos?

ZURDO. Sí.

ALCINA. Aun si Calvo te llamaras  
no fuera tan malo en ti.

ZURDO. ¿Yo calvo? Que me encalvaras,  
llamándome Calvo aquí.

Calvo acá, Calvo acullá.

ALCINA. ¿Y es mejor llamarte Zurdo?

ZURDO. Si que más oculto está  
el defeto.

ALCINA. Aquí me aturdo,  
¿defeto le llamas ya?

ZURDO. No estés, mi zurda, afligida;  
que zurdos son cuantos ves  
que viven en esta vida  
con acciones al revés,  
sin ver que hay razón perdida.

Zurdo es el loco marido  
que vive por su mujer;  
zurdo el necio presumido;  
zurdo el que se quiere hacer,  
sin méritos, bien nacido;

zurdo es el hombre adamado;  
zurdo, el hombre mentiroso;  
zurdo, el necio confiado;  
zurdo, el mancebo brioso  
que con vieja está casado;

zurdos de las ciencias son  
los legos, y los bonetes  
que no han abierto a Catón:  
zurdos son los alcabuetes,  
del honor y la opinión:

zurda es la casada vil

que el matrimonio carnero  
le come con peregil;  
y el cristiano caballero  
que vive como gentil.

(Ella recostada se duerme.)

Zurdas son ya las mujeres,  
los sastres y los poetas,  
los cultos, si ejemplos quieres  
de personas imperfectas,  
Venús, Juno, Baco y Ceres...

Yo creo que duerme ya.  
Levantarme con silencio  
quiero; y, pues dormida está,  
en despertando un Magencio  
en mis engaños verá.

Gozada y burlada queda;  
que la que engañó a Teodora  
esto es bien que le suceda.  
de los zurdos podrá ahora  
quejarse en esta alameda.

Cerca de aquí está un convento  
de Eliotas. Deste daño  
en él redimirme intento,  
haciendo un embuste extraño  
y un notable fingimiento,

pues darles pienso a entender  
que un gran caballero soy,  
que eliota quiero ser.

Galardón de zurdo doy,  
pues me dejo la mujer

a oscuras, a quien dirán  
con los demás condenados:  
*ite maledite...*

(Vase y recuerda ella.)

ALCINA. ¿Están

los ejemplos acabados  
o comenzándose van,

mi bien? Pero no está aquí...  
si está en el arroyo... ¡No!  
¡Esposo zurdo, ay de mí!  
El me engañó y me burló;  
fui mujer y zurda fui.

A voces quiero llamalle;  
mas, ¿será bien que las dé,  
llamando a un zurdo? Dejalle  
quiero; que quien zurdo fué  
con tal presencia y tal talle  
no puede hacer cosa buena.  
Dejarle quiero burlada,  
pues de desengaños llena,

estar con Zurdo casada  
fuera para mí más pena.

En mi aldea pienso hacer  
penitencia de un pecado,  
al humano parecer  
tan zurdo y tan mal pensado;  
mas pequé como mujer.

¿Qué más esperar podía  
de un zurdo? ¡Mil rayos den  
en toda la zurdería!  
¡Las que a zurdos queréis bien  
notad bien la historia mía!

*(Vase, y sale TEODORA, en hábito de hombre.)*

TEODORA. Cuando llega una mujer  
a perder su honestidad  
cualquiera ofensa o maldad  
en su daño vendrá a hacer.  
Yo, que apenas dejo ver  
mi rostro al sol ni a la gente,  
en traje tan indecente  
de mí misma muestras doy.  
Pero, ¿qué mucho, si estoy  
tan mudada y diferente?

Intratables montes sigo,  
huyendo de mi pecado,  
como aquel que acobardado  
escapa de su enemigo;  
mas si le traigo conmigo (1),  
¿cómo puedo dél aquí  
apartarme huyendo así?  
Que de monstruo tan terrible  
apartarme es imposible,  
si no me aparto de mí.

¡Válgame Dios! ¡Que turbara  
mi quietud y mi sosiego  
un monstruo y tan poco fuego  
mi honestidad abrasara!...  
¿Con qué ojos, con qué cara  
miro al cielo sin ninguna  
luz del sol, que en oportuna  
acción ponerse le vi?  
¿Y qué fuera, ¡ay Dios!, si allí  
no me saliera la luna?

En los montes viviré  
que no saben mi pecado;  
mas nada al cielo hay callado.  
¿Qué es esto que aquí se ve?  
"Teodora adúltera fué",  
dicen los árboles ya.

¡Válgame Dios! Que aun acá (1)  
mi pecado no se ignora.  
"Adúltera fué Teodora"  
en la arena escrito está.

Huir de mí misma quiero,  
que el mayor contrario soy  
que tengo. Mirando estoy  
el triunfo más verdadero.  
Este es convento y espero  
en él admitida (2) ser;  
sin dejarme conocer,  
con nuevo espíritu y nombre  
hacer penitencia de hombre,  
si pequé como mujer.

Así, Luna soberana,  
pienso ver de vuestro Sol  
el prometido arbol  
en apacible mañana;  
que, si llorando se gana,  
yo haré que tales estén  
mis ojos, que lluvias den  
al alma que se desagua,  
pues dicen quel sol y el agua  
parecen juntos muy bien.

¡Notable imposible emprendo!  
Este es convento.

*(Toca la campanilla, y sale un FRAILE del Carmelo descalzo.)*

MONJE. ¡Dco gracias!

TEODORA. Por siempre, padre bendito.

MONJE. ¿Quién a tales horas llama,  
interrumpiendo (3) el silencio  
que todos los padres guardan?

TEODORA. Un mísero, que a Belén  
de Babilonia se escapa.  
Vuestra reverencia diga  
al padre Abad que le aguarda  
un afligido mancebo.

MONJE. Será imposible que salga,  
porque a estas horas, señor,  
cerrar las puertas nos manda (4)  
del convento.

TEODORA. ¿Pues por qué?

MONJE. Porque de los montes bajan  
con la sombra de la noche  
fieras que nos despedazan

(1) Ms.: "que acá".

(2) Los dos textos dicen "admirado"; parece que:  
debe leerse "admitida", por el contexto.

(3) Impreso: "interrompiendo".

(4) Ms.: "mandan".

(1) Ms.: "consigo".

sin podernos resistir,  
porque acá no usamos armas;  
y así, antes que anochezca,  
a la aldea más cercana  
de aquí se vaya esta noche  
y vuelva por la mañana.

TEODORA. Padre, no me iré de aquí  
si no me oye dos palabras  
el padre Abad.

MONJE. ¿Y las fieras?

TEODORA. Otras hay en mis entrañas  
más terribles y crues.  
¡Padre, vaya! ¡Padre, vaya! (1)  
¡Vaya, por amor de Dios!

MONJE. Temo enojarle.

TEODORA. Esto haga  
por caridad.

MONJE. Ya voy.

(Vase.)

TEODORA. Diga  
que aquí un pecador le aguarda,  
que sube a Jerusalén  
de los llanos de Samaria.  
¡Las que virtuosas sois,  
las que vivís bien casadas,  
tomad escarmiento en mí  
y mirad cómo se paga  
la ofensa de un buen marido!

(Salen el ABAD y el MONJE.)

ABAD. ¡Deo gracias!

TEODORA. ¡Gloriosas canas!  
¡Grave y divina presencia!  
Padre, a su túnica parda  
vengo a ampararme del mundo,  
bestia de siete gargantas.  
Soberana vocación  
es la mía; Dios me llama;  
a su cielo, padre, vengo.  
Las puertas del cielo me abra;  
servir a los padres quiero;  
haga cuenta que en la casa  
un can doméstico soy,  
contento con las migajas  
de las mesas del convento

(1) El ms. dice:

"Otras traigo en mis entrañas,  
y hallando otra fiera en mí  
me volverá las espaldas;  
y así no me tengo de ir.  
Padre, vaya!..."

con servir; que esto me basta.

ABAD. Levante, hermano, del suelo.

TEODORA. No haré, si no me levanta  
vuestra caridad por hijo.

ABAD. Son negocios que se tratan  
estos con mayor estudio  
y con mayor vigilancia;  
porque los preceptos son  
de nuestro gran Patriarca  
y sagrado padre Elías  
muy rigurosos, por tantas  
penitencias y peligros (1)  
que los religiosos guardan.  
Si de nuestra religión  
institución soberana  
no fuera, en nuestra clausura  
esta noche le hospedara;  
que es imposible que hombre  
seglar, voto que se guarda,  
de noche se quede en ella  
por quien Egipto nos llama  
los Eliotas muy fuertes.

TEODORA. ¡Padre nuestro, de sus plantas  
no me he de apartar. Perdone!

ABAD. Suelto, hermano.

TEODORA. Que se vaya  
no quiero.

ABAD. ¿Hay tal tentación?  
¡Suelta la túnica, aparta!

TEODORA. ¿Tal crueldad usa conmigo?

ABAD. Cierre esa puerta. ¡Deo gracias!  
Si es demonio... cierre, padre!

(Vanse los padres.)

TEODORA. Aquí me ha de dar el alba  
desta suerte; aunque las fieras  
desciendan de las montañas,  
unas armadas de conchas  
y otras de sangrientas garras.

(Vase, y salen LESBIA y FIDELFO.)

LESBIA.

¿Que al fin te vas?

FIDELFO.

Deseseporado y loco,  
a buscarla por montes desiguales,  
porque todo remedio, Lesbia, es poco  
en tantas penas y tan grandes males.  
A furias del infierno me provoco,

(1) Ms.: "preceptos".



si tales son las furias infernales:  
mas si el infierno del amor se ha hecho,  
mayores son las que infundió en mi pecho.

Nunca, Lesbia enemiga, me pusieras  
a Teodora en las manos; nunca, ingrata,  
tan fiero engaño por mi mal hicieras,  
si es tan fuerte remedio el que me mata.

LESBIA.

¿Tal galardón me das?

FIDELFO.

¿Tal premio esperas?

LESBIA.

¿Finos diamantes son cándida plata?

FIDELFO.

Puesto que la traición se estrema, es esto  
la paga de un traidor.

LESBIA.

¡Gentil respuesta!

FIDELFO.

Eres mala mujer, pues me has quitado  
de ver la más honesta y la más buena,  
que el placer que me diste fué soñado,  
para darme después despierta pena.  
Más la quisiera ver no siendo amado  
que gozada, viviendo della ajena.

LESBIA.

¿Tan mala soy?

FIDELFO.

Ninguna a ti se iguala  
y en ti verás cuál es la mujer mala.

(*Vase.*)

LESBIA. ¡Este medio ofrece siempre  
amor por los beneficios!  
Mas yo sola quise ver  
logrado el intento mío.  
A Natalio quise bien;  
fué enojado conmigo  
a Menfis, de donde el fiero (1),  
casado a mis ojos vino;  
mas pues Teodora se fué,  
ha de ser Natalio mío.  
Estos sus criados son.

(1) En el impreso este verso es: "a Menfis, donde fiero".

(*Salen Emo y LIPIO.*)

¿Qué hace Natalio?

EMO. El juicio ha perdido, y sin hablar,  
suspense a cuanto decimos,  
se entenece.

LESBIA. ¿Y qué hace ahora?

EMO. Que vengamos a vestirlo  
aguarda. ¿Quiéresle ver?

LESBIA. Después que se haya vestido  
le quiero hablar.

EMO. Pues ya sale.

LESBIA. Si sale, yo me retiro.

(*Vase, y sale NATALIO, vistiéndose.*)

EMO. Señor, puesto que es el llanto  
de las desdichas alivio,  
no ha de ser tan riguroso  
que acaba cuando es continuo.  
Ponte el sombrero y la capa.

LIPIO. Ya le tenemos vestido;  
ahora le divirtamos.

EMO. Bien dices, en este sitio,  
señor, infinitas veces  
me acuerdo de haberte visto  
en los brazos de Teodora.

NATALIO. ¡No me matéis, enemigos!  
que son contentos pasados  
de la memoria martirios.  
¡Dejadme solo, dejadme  
dar voces!

EMO. Acabó en gritos  
su silencio.

NATALIO. ¿Aquí os estáis?  
¡Dejadme entre mis suspiros!  
Dejadme, volved, cantad  
los versos que hizo Clarindo  
al papel que ayer me dieron.

LIPIO. Serás luego obedecido.  
Ya, señor, los instrumentos  
tenemos ya apercibidos (1),  
Deja que a templarlos vamos (2).

(*Siéntase NATALIO.*)

NATALIO. Si el templar disgusto ha sido,  
templad aquí, pues sabéis  
que son mayores los míos.

(*Cantan.*)

"La religiosa casada,

(1) Ms.: "tenemos apercibidos".

(2) Ms.: "vayan".

para vivir más segura  
de las lisonjas del tiempo  
santas soledades busca;  
y pártese el alma amable  
si hay en dos casados una  
y así escribe con su sangre,  
si es tanta la sangre suya:

*Púsoseme el Sol,  
salióme la Luna;  
quién creyera, Natalio,  
tan gran ventura."*

NATALIO. ¡Quién pensara ver, Teodora,  
sin ti noche tan oscura!

EMO. Señor, vuélvete a sentar  
que hablas con el viento a oscuras.

*(Sale Uno, con un papel.)*

UNO. ¿Sois Natalio?

NATALIO. Tal estoy  
después que el alma perdí,  
que apenas yo sabré aquí  
decir si Natalio soy.

UNO. Si lo sois, hablar quisiera  
con vos a solas.

NATALIO. ¿Hablar  
conmigo?

UNO. Dénnos lugar.

NATALIO. ¡Hola! ¡Salios allá fuera!

*(Vanse los criados.)*

¿Qué queréis?

UNO. Este papel  
traigo de Teodora bella.

NATALIO. ¿Cuándo estuviste con ella?

UNO. Abrildo y sabréislo dél.

NATALIO. Aquí hay un reglón no más  
de su letra para mí.

UNO. ¿Cómo dice?

*(Vase.)*

NATALIO. Dice así:

*[Lee NATALIO.]*

"Hoy Natalio me verás,  
tu Teodora." ¿Dónde está  
no escribe, y saberlo quiero  
de vos? Fuése... ¡Ah, caballero,  
caballero... fuése ya!

EMO. Natalio llama.

*(Salen los criados.)*

NATALIO. Llamad  
al hombre que aquí quedó.

EMO. No salió por aquí; no  
le he visto.

NATALIO. ¡Voces le dad!

LIPIO. ¡Caballero! Son al viento.

NATALIO. ¡Aprestad presto los pies!  
¡Corred!

EMO. Que un loco haga tres,  
no es mucho, si no hace ciento.

*(Vanse los criados.)*

NATALIO. ¿Hay nueva más venturosa?  
Aunque el papel toco y veo,  
no lo creo, no lo creo,  
que hoy a mi Teodora hermosa  
he de ver. ¡Sin seso estoy!  
"Hoy Natalio me verás",  
me dice. No quiero más  
sino verla y morir hoy.

*(Canta el Músico dentro.)*

MÚSICO. "La hermosa casadilla  
que a media noche se fué  
de los brazos de su esposo  
como liviana mujer..."

NATALIO. ¿Quién tales locuras canta?

*(Sale LESBIA.)*

LESBIA. Yo las canto.

NATALIO. Tú has de ser  
la causa de mi mal siempre.  
LESBIA. Si, que está en tu mal mi bien.  
Mi intento es que de este agravio  
te vengues, si a Troya ves  
dormir en pardas cenizas  
por un agravio o desdén.  
Ten valor, si eres marido;  
ten honra, si quieres bien:  
yo te adoro, ella te huye;  
tu mal busca y yo tu bien.  
Mira a quién debes, ingrato,  
amar y corresponder.

NATALIO. ¿Yo he de agraviar a mi esposa?

¿Yo a mi Teodora ofender?

¿Yo enlazarme en otro cuello?

¡Rayos caigan sobre aquel  
que me dividió del suyo!

¡Seguro jamás esté

en los campos, por do fuere!

¡Fieras le maten! ¡Amén!

O en el aire o en el agua.

ave airada, o voraz pez!

LESBIA. Pues ya, ingrato, que me apuras

te quiero dar a entender  
quién es Teodora.

( *Aparece TEODORA en su traje.*)

TEODORA. Teodora  
te dirá, esposo, quién es  
algún día, y a esta fiera  
por fiera la llevaré  
a los montes.

LESBIA. ¡ Muerta soy !

TEODORA. Ya, esposo, te viene a ver.

( *Uelán, llevándola asida.*)

NATALIO. ¡ Aguarda, esposa, señora !  
¿ Tan presto te escondes ? Ven  
a consolar a este triste,  
si quieres que vivo esté.

( *Vase, y sale ZURDO, de fraile lego, y trae en el  
seno y mangas pan y queso, tocino y una bota.*)

ZURDO. Con nombre de caballero  
en el Monasterio estoy,  
donde me finjo que soy  
un santo, siendo embustero;  
porque les doy a entender  
que no duermo, ni que como,  
y de cuando en cuando tomo,  
hartándome de beber;  
y que me vean algunos  
bobos (1), que piensan que son  
éxtasis de la oración  
o arrobos de los ayunos;  
y el Santo Zurdo me dicen,  
sin que éstos echen de ver  
que un zurdo no puede ser  
Santo, aunque le canonicen.

( *V'a sacando y come y bebe.*)

Este es mi cilicio y son  
aquestas mis disciplinas:  
quiero a estas carnes malinas  
con queso, pan y jamón  
castigar, mientras están  
en silencio los hermanos:  
que azotes tan inhumanos  
así a mis tripas se dan.  
¡ Así, jumento, es razón  
que os trate, fray Zurdo ! ¡ Así  
me lo pagaréis a mí  
con azotes de jamón  
y con cilicio de vino !

¿ Aún estáis (1) rebelde y fiero ?  
Otro cili[ci]azo espero  
echaros; que así imagino  
domaros.

( *Salen los dos frailes.*)

MONJE. Padre, aquí está  
azotándose el hermano.

ABAD. ¡ Es un santo !

MONJE. Caso es llano  
que luego se arrobará.

ZURDO. ¡ Si me ha visto... ! Esconder quiero  
el cilicio y disciplina.

MONJE. Con qué modestia divina,  
aunque turbado y severo,  
escondió los instrumentos  
de su martirio.

ABAD. ¡ Es varón  
ejemplar ! Padre, no son  
para todos los momentos  
las penitencias.

ZURDO. Estragos  
estos del demonio son,  
y así en cualquier ocasión  
me parecen bien los tragos.

ABAD. Padre, en virtud de obediencia  
vaya a comer.

ZURDO. ¿ Yo comer ?  
Bástame, padre, beber  
la mina (2) de penitencia.

ABAD. No se azote más.

ZURDO. Hará  
fray Zurdo lo que le manda;  
mas si el cuerpo se desmanda  
unos traguillos habrá,  
que aún quedan en el cilicio.

( *Vase.*)

MONJE. Es un varón ejemplar.

ABAD. Hasta en esto quiere dar  
de que es caballero indicio.

Al fin, padre, recibí  
aquel moço que ha ocho días,  
que con llantos y porfías  
de rodillas puesto vi,

dese convento a la puerta,  
sin temor, siempre aguardando  
las fieras, en esto dando  
señal de que ha sido cierta  
y santa su vocación.

(1) Impreso: "que me vean algunos  
lobos..."

(1) Ms.: "Aunque estáis".

(2) Ms.: "misa".

En nuestro convento ha entrado  
y ahora he determinado  
probarle en esta ocasión

tan peligrosa, como es  
ésta de pedir el pan  
por las cras, donde están  
en escuadrón descortés  
hombres y mujeres juntos,  
a donde con pensamientos  
se enflaquecen por momentos  
y el pecar se hace por puntos.

(Sale TEODORA, *d\* fraile.*)

TEODORA. Deme vuestra caridad  
a besar sus santos pies.

MONJE. En el rostro un ángel es.

ABAD. Si es del alma la humildad,  
padre, ahora lo veremos.  
¡Levante, hermano Teodoro!

TEODORA. Dame esas manos que adoro.

ABAD. Los brazos sí le daremos.  
Tome, hermano, el jumentillo  
aperciba, y a pedir  
el pan que ha visto salir  
de los rigores del trillo.

Imite como en la espiga  
se profana su tesoro  
y ellos con tanto decoro  
salen de tanta fatiga

a darle vida y sustento;  
así, hermano, debe hacer  
el buen religioso, y ser  
en obras y pensamiento  
oro puro y trigo puro.  
No tengo más que decir.  
Mozo es y sale a pedir.

TEODORA. Con Dios, padre, voy seguro.  
¡Benedicite!

ABAD. El Señor  
le bendiga y haga un santo.

TEODORA. ¡Sólo puede hacer Dios tanto (1),  
que soy muy gran pecador!

(*Vanse, y salen ALCINA, CLORINDO (2) y ERGASTO, SALUCIO y ANFRISO, villanos, y cante uno.*)

(*Canta.*)

“Cuando la segaderuela  
con los segadores anda,

las espigas de oro  
en sus manos blancas  
parecen de plata.”

(*Sale LE-BIA.*)

LE-BIA. Impensadamente aquí  
entre estos montes me veo,  
a donde conozco y creo  
que a una (1) inocente ofendi.

Por los aires me ha traído,  
Teodora, de los cabellos,  
desvaneciéndose en ellos,  
porque quise a su marido.

Descubríle mi maldad  
y sin decirme do estoy (2).  
ciega por los montes voy,  
confusa en la soledad.

Sedienta vengo y cansada.  
Este es el Nilo; en él quiero  
mitigar la sed. Yo muero  
justamente castigada.

(*Entrase.*)

CLARINDO. ¡Cosa extraña! Un cocodrilo  
en el Nilo se tragó  
una mujer que llegó  
a beber.

SALUCIO. ¡Beba en el Nilo  
un mal casado!

ALCINA. ¡Mujer  
miserable y desdichada!

CLORINDO. Si hay tanta mujer sobrada  
falta ninguna ha de hacer.

ALCINA. ¿Eso dices?

CLORINDO. Esto digo.

¿Qué más abundancia quieres  
de necios y de mujeres?

ALCINA. Es de sí mismo enemigo  
quien las quiere mal.

CLORINDO. ¡Malditas sean todas!

ALCINA. Tú lo seas y ellas no.

CLORINDO. Viejas y feas,  
pues son, Alcina, infinitas.

¡Caigan con mi maldición  
en un tormento cruel!

SALUCIO. Clorindo, ¿monje es aquél?

CLORINDO. Aquestos bigardos son  
más dignos de estar así.

(1) Ms.: “Bien me puede hacer Dios santo.”

(2) Texto: CLARINDO: pero siempre dice después  
CLORINDO,

(1) Ms.: “que una”.

(2) Ms.: “Descubríle mi maldad,  
y sin decir donde estoy.”



SALUCIO. ¿Quieres que al Nilo le echemos?

CLORINDO. ¡Muera el bigardo!

SALUCIO. Cantemos  
y vaya al Nilo de aquí.

(Sale TEODORA, de fraile.)

TEODORA. ¡Alabado sea el Señor!

CLORINDO. ¿Irá al cocodrilo?

SALUCIO. ¡Vaya!

ALCINA. No, que es huído el frailecillo.  
Crueldad es darle sin causa  
la muerte.

CLORINDO. ¿Ya eres piadosa?

ALCINA. ¿Pues cuándo yo he sido ingrata?

TEODORA. Porque es justa la obediencia,  
hermanos, venir me manda  
a pedir su caridad.

CLORINDO. Pues el padre nos la haga.

TEODORA. ¿En qué?

CLORINDO. En traernos del Nilo  
este cantarillo de agua.

TEODORA. Sea muy enhorabuena.

ALCINA. ¡Con qué humildad, con qué gracia  
dijo de sí el frailecillo!  
Ya le voy rindiendo el alma.

TEODORA. Téngame allá el jumentillo.

(Vase TEODORA.)

ALCINA. ¡No vayas, detente, aguarda!

SALUCIO. Sin temor llega a la orilla  
y bendiciendo las aguas,  
por ellas el cocodrilo  
sale a postrarse a sus plantas.

CLORINDO. ¡Bravo prodigio!

ALCINA. ¡Admirable!

SALUCIO. Sobre la escamosa espalda  
se ha puesto el fraile de pies,  
y con humildad le pasa  
de esotra parte del río.

ALCINA. Santo parece, que en andas  
por márgenes de cristal  
le llevan.

CLORINDO. Ya en la otra banda  
se encubre.

ALCINA. ¡Es santo varón!

SALUCIO. Cuando venga en vez de vaya  
himnos dulces le cantemos  
y gloriosas alabanzas.

CLORINDO. Por los religiosos Dios  
en él vuela.

SALUCIO. Son el arca

que abrasó los sacerdotes,  
porque quisieron tocarla.

ALCINA. Ya vuelve, y vuelve con él  
la mujer!

SALUCIO. ¡Grandeza extraña!

ALCINA. Ya estoy perdida por él,  
que un fuego mortal me abrasa.

(Salen TEODORA y LESBIA.)

LESBIA. Dame a besar esos pies.

TEODORA. A Dios le debes las gracias  
deste suceso, que a mí,  
mujer, no me debes nada;  
aunque de lo que me debes  
es infinita la paga.  
Dios para hacer penitencia  
te ha traído a esta montaña.  
Llora en ella tu desdicha,  
pues a una honesta casada  
adúltera hiciste ser  
por una torpe venganza.

LESBIA. ¿Quién eres, varón divino,  
que del infierno me sacas?

TEODORA. Un ofendido de ti  
que de ti se desagracia  
haciéndote bien.

LESBIA. Confieso  
que soy la mujer más mala  
del mundo, y prometo a Dios,  
padre, de no hablar palabra  
hasta que a Teodora vea  
de su culpa perdonada,  
penetrando de los montes  
las más ocultas entrañas (1).

(Vase.)

TEODORA. ¡Vete con Dios! Y tú, horrenda  
bestia, las entrañas rasga  
y muere, porque no ofendas  
a la gente.

ALCINA. ¿A quién no espantará  
tan milagrosos sucesos?

CLORINDO. Envuelto en su sangre nada  
el cocodrilo, cubriendo  
el sol con lluvias de escamas.

TEODORA. Ya, hermanos, les traigo aquí  
el agua.

CLORINDO. Denos sus plantas,  
pues que vemos que así Dios  
a los humildes levanta.

(1) Ms.: "montañas".

TEODORA. A Dios se ha de dar la gloria.

CLORINDO. Padre nuestro, aquesta parva  
que así en mariposas de oro  
a los cielos se levanta,  
desde hoy es suya; al convento  
la lleve toda.

TEODORA. La carga  
de mi jumentillo sobra,  
hermanos.

ALCINA. Pues cuando salga  
por azucenas y rosas  
el fragante sol mañana,  
del monte más rubio y bello  
que de mi cosecha se haga  
la llevará; pues la noche,  
vestida de nubes pardas,  
sobre los hombros que fingen  
gigantes que al mundo espantan,  
viene. A cenar con nosotros  
venga, y la mullida cama  
sobre las crespas gavillas  
le haremos. (Enamorada  
y perdida estoy por él.)

TEODORA. A mí por rezar me falta  
parte de mis devociones  
y los que la regla guardan  
del gran celador Elias,  
sólo legumbres amargas  
una vez al día comen;  
y así, cenando, quebrara  
el precepto. Yo haré aquí  
después cama destas pajas.

CLORINDO. ¡Alto! Pues vamos nosotros  
a cenar y acostar. Canta  
tú, Alcina, y responderemos.

ALCINA. (En el sayal dejó el alma,  
que es el frailecillo bello  
como un oro; mas cobralla  
pienso, cuando duerman todos;  
porque en el alma más casta  
la mujer es como aceite,  
que, en llegando, deja mancha.)

(*Vase y queda TEODORA.*)

TEODORA. Lisonjas del sueño son  
estas gavillas que guardan  
granos de rubies sangrientos  
en conchas de limpio nácar.  
¡Oh, noche negra! En tu manto  
se confía mi esperanza  
para que me ausente libre  
de seguras acechanzas.

(*Sale ALCINA.*)

ALCINA. (Ya quedan todos durmiendo,  
y loca y desatinada  
vengo a emprender imposibles.  
¡Bien veo que amor es rabia!  
Sepultado está en silencio  
el mundo y, mal dibujada,  
la noche no ha descubierto  
sus epicielos de plata.  
Imagen es esta noche  
de aquella que vió engañada  
Teodora en su casto honor;  
que la noche es puerta falsa  
de adulterios y traición,  
que al pecho más noble infama.  
Cerca estoy de dar con él.)  
¡Deo gracias, padre!

TEODORA. ¿Quién llama?

ALCINA. Una mujer afligida.

TEODORA. ¡Válgame Dios!

ALCINA. ¿Qué? ¿Te espanta  
de una mujer?

TEODORA. De una sierpe  
llena de veneno y rabia,  
de un rinoceronte indio  
ni de un león me espantara;  
mas me espanta una mujer (1)  
resuelta y determinada,  
porque es más fiera que monstruo,  
sierpe, tigre y león de Albania.

ALCINA. ¿Eso dices?

TEODORA. Esto digo.

ALCINA. Entre mis brazos descansa,  
pues no hay nadie que nos vea.

TEODORA. Aparta, enemiga, aparta,  
que a estas horas salir puede  
el sol y volver la espalda  
al pecador que le ofende  
y no habrá luna que salga.

ALCINA. ¿Tan buena ocasión desprecias?  
¡Dame esas manos que abrasan,  
siendo de nieve!

TEODORA. En las tuyas  
te quiero dejar la capa;  
que si es toro el apetito  
en ella los golpes haga.

(*Deja la capa y vase.*)

ALCINA. ¡Espera, enemigo, espera!

¿Hay tal desprecio? ¿Hay tal rabia?

(1) El impreso: "y de una mujer me espanta".

Ya es odio mi loco amor  
y mi deseo es venganza.  
Dar voces quiero, diciendo  
a la gente de mi casa  
que este ingrato me engañó,  
castigando su arrogancia;  
que así mi delito encubro.  
Y pues me siento preñada  
del Zurdo, que me burló,  
le doy crédito a mi fama.  
¿Salúelo, Anfriso, Clorindo!  
¿Labradores! ¿Ah de casa! (1)

(*Salen todos.*)

CLORINDO. ¿Qué tienes? ¿De qué das voces?

ALCINA. ¡Ya es veneno en mí la infamia!  
El fraile, el santo fingido,  
el que aquí durmiendo estaba,  
me engañó. Poniendo el fiero  
las manos en mi garganta  
y sus labios en mi boca,  
mi honestidad limpia y casta  
profanó, y ésta en señal  
me dejó. Mirad si es causa  
de dar voces.

CLORINDO. ¡Muera el fiero,  
si en los abismos se escapa!

SALUCIO. ¿Hay tal maldad? ¿Quién tal obra  
creyera de sus palabras?

CLORINDO. ¡Muera este santo fingido  
que a las doncellas engaña!

ALCINA. (Aún más adelante pienso  
pasar con esta venganza:  
que una mujer es demonio,  
si la desprecian y agravian.)

### JORNADA TERCERA

(*Salen ZURDO y TEODORA.*)

TEODORA. Zurdo, no quieras hacer  
como el hipócrita triste  
del Evangelio; antes viste  
tu espíritu de placer.

Unge tu cabeza cuando  
ayunas, y así sería  
bien que desahipocresía  
con que te vas condenando  
te desnudes. Mira, hermano,  
que a ti te engañas no más.

y, pues no ayunas jamás,  
no, cual hipócrita vano,  
des a la gente a entender  
ser santo. Enmienda tu vida  
que tu santidad fingida  
un infierno viene a ser  
cubierta de ciclo.

ZURDO.

¡Hermano

fray Eunuco o fray Capón!  
Que estos sarandajas son  
del mundo loco y liviano.

¿El a San Zurdo se atreve?  
¿Hay tan gran profanidad?  
¿Cómo así? En mi santidad  
un fray Tiple su voz mueve?

Mas sin duda que es legión  
de Satanases capados,  
pues dicen que desbarbados  
todos los demonios son.

¿Yo hipócrita? ¿Yo, que ay o  
todos los días y estoy  
hasta que azotes me doy  
sin apiadarme en ninguno?

¿Yo, que perpetuo cilicio  
traigo sobre el corazón,  
cuyas fieras cerdas son  
tragos de mi sacrificio?

Ya me aburro y me confundo.  
¿Sacrilega lengua en mí?  
Vuelvan por su santo aquí  
todos los zurdos del mundo.

¡Jesus, Jesus! Más valiera,  
pues me ha dicho que es su hermana  
Teodora, que de liviana  
y fácil la reprendiera,  
pues que sabemos que fué  
adúltera.

TEODORA.

(Siempre aquí  
es mi culpa contra mí  
y en el rostro se me ve;  
que es limpio cristal, en que  
se mira patente y clara,  
que en mirándome a la cara  
se ve el delito más bien.)

Cese su injusta querella.  
Yo confieso que mi hermana  
fué, como dice, liviana:  
mas tan trocada ha de vella (1)  
de la culpa que la da.

(1) Ms.: "¡Ah de la casa!"

(1) El ms. está falto del principio de esta jornada hasta este verso.

que la que fué sin decoro  
Teodora, sin ser Teodoro,  
un nuevo Teodoro es ya.

Y ahora, para que vea  
que es su santidad fingida,  
saque toda esa comida  
de las mangas, con que afea  
nuestra santa religión.

*«De rabanos, pan y queso, tocino y bota, con  
otras cosas de comer.»*

ABAD. ¡Deo gracias, que me profana!  
TEODORA. ¡Con buenos azotes gana  
el cielo! Mas la ración  
de casa no es tan cumplida  
como aquesta. ¿Qué le ha hecho  
este cilicio en el pecho,  
que es varón de ejemplar vida?

ABD. La sacolina es apetito;  
el rabanito y el queso  
el mundo traen en peso;  
el pan siempre fué bendito;  
la aceituna siempre fué  
discreta y apetitosa:  
el jamón es santa cosa,  
y lo demás que aquí ve.

Dios lo crió para el hombre;  
el vino del ciclo vino;  
y, si esta vida es camino  
de la eterna, no se asombre  
que de bota me prevenga  
para caminar por él (1).

*(Salen el ABAD y MONJE.)*

MONJE. Padre, Teodoro es aquí.

ABD. ¡Camine! ¡No se detenga!

ABD. ¡Deo gracias! ¿Qué es esto?  
TEODORA. Son  
prevenciones de Teodoro,  
que con tan poco decoro  
profana la religión.

Esto en las mangas traía,  
y como de un mes acá  
espíritu Dios me da  
de sagrada profecía,  
sabiendo tan gran maldad,  
vine a hacer esta experiencia.  
Una grande penitencia  
le dé su paternidad;  
aunque yo con el cilicio

mis carnes apretaré  
por él, y azotes haré  
mi digno y piadoso oficio,

hasta que peinadas canas  
publiquen sus perfecciones,  
porque todos los capones  
son calabazas romanas.

ABAD. ¡Oh varón perfecto y santo!

¡Sólo él descubrir pudiera  
tal engaño, tal quimera!

¡Lleven de aquí monstruo tanto  
que mirallo desatina!

ZURDO. ¡Que en las mangas le cupiera  
tal pan y tal rabanera!

Mas enfermo de la orina  
el padre debe de ser.

¿Esta es agua? ¿Hay desatino  
mayor? Vino es. ¿Y que vino  
se atreva un monje a beber

fuera de su refectorio? (1)

¡Gran pecado, gran pecado!

¡Este que bebí engañado,  
pagaré en el purgatorio  
con mis lágrimas!

*(Llévalo todo y vase.)*

ABAD. ¿Es esta

su vida contemplativa  
y aquella humildad altiva,  
y compostura modesta

que en todas las ocasiones  
de casa finge Teodoro?

Teodoro, ¡qué mal el oro  
dió muestra en sus perfecciones

de la virtud! Como un mes  
en tierra lo que le echaren

de las sobras que dejaren  
los padres: a quien después  
darán una disciplina  
cada día.

TEODORA. Yo confieso  
mi pecado: y al proceso,  
padre, que Dios me fulmina  
de la penitencia estoy  
contento y agradecido;  
por el regalo le pido  
los pies: confieso que soy  
el más malo de la tierra.

ABAD. ¡Levante!

(1) Ms.: "con él."

(1) Ms.: "refectorio."



Ya es odio mi loco amor  
y mi deseo es venganza.  
Dar voces quiero, diciendo  
a la gente de mi casa  
que este ingrato me engañó,  
castigando su arrogancia;  
que así mi delito encubro.  
Y pues me siento preñada  
del Zurdo, que me burló,  
le doy crédito a mi fama.  
¿Salucio, Anfriso, Clorindo!  
¿Labradores! ¡Ah de casa! (1)

(*Salen todos.*)

CLORINDO. ¿Qué tienes? ¿De qué das voces?

ALCINA. ¡Ya es veneno en mí la infamia!  
El fraile, el santo fingido,  
el que aquí durmiendo estaba,  
me engañó. Poniendo el fiero  
las manos en mi garganta  
y sus labios en mi boca,  
mi honestidad limpia y casta  
profanó, y ésta en señal  
me dejó. Mirad si es causa  
de dar voces.

CLORINDO. ¡Muera el fiero,  
si en los abismos se escapa!

SALUCIO. ¿Hay tal maldad? ¿Quién tal obra  
creyera de sus palabras?

CLORINDO. ¡Muera este santo fingido  
que a las doncellas engaña!

ALCINA. (Aún más adelante pienso  
pasar con esta venganza:  
que una mujer es demonio,  
si la desprecian y agravian.)

### JORNADA TERCERA

(*Salen ZURDO y TEODORA.*)

TEODORA. Zurdo, no quieras hacer  
como el hipócrita triste  
del Evangelio; antes viste  
tu espíritu de placer.

Unge tu cabeza cuando  
ayunas, y así sería  
bien que desa hipocresía  
con que te vas condenando  
te desnudes. Mira, hermano,  
que a ti te engañas no más,

y, pues no ayunas jamás,  
no, cual hipócrita vano,  
des a la gente a entender  
ser santo. Enmienda tu vida;  
que tu santidad fingida  
un infierno viene a ser  
cubierta de cielo.

ZURDO.

¡Hermano

fray Eunuco o fray Capón!  
Que estos sarandajas son  
del mundo loco y liviano.

¿El a San Zurdo se atreve?  
¿Hay tan gran profanidad?  
¿Cómo así? En mi santidad  
un fray Tiple su voz mueve?

Mas sin duda que es legión  
de Satanases capados,  
pues dicen que desbarbados  
todos los demonios son.

¿Yo hipócrita? ¿Yo, que ayuno  
todos los días y estoy  
hasta que azotes me doy  
sin apiadarme en ninguno?

¿Yo, que perpetuo cilicio  
traigo sobre el corazón,  
cuyas fieras cerdas son  
tragos de mi sacrificio?

Ya me aburro y me confundo.  
¿Sacrilega lengua en mí?  
Vuelvan por su santo aquí  
todos los zurdos del mundo.

¡Jesus, Jesus! Más valiera,  
pues me ha dicho que es su hermana  
Teodora, que de liviana  
y fácil la reprendiera,  
pues que sabemos que fué  
adúltera.

TEODORA.

(Siempre aquí

es mi culpa contra mí  
y en el rostro se me ve:

que es limpio cristal, en quien  
se mira patente y clara,  
que en mirándome a la cara  
se ve el delito más bien.)

Cese su injusta querella.  
Yo confieso que mi hermana  
fué, como dice, liviana;  
mas tan trocada ha de vella (1)  
de la culpa que la da,

(1) Ms.: "¡Ah de la casa!"

(1) El ms. está falto del principio de esta jornada hasta este verso.

que la que fué sin decoro  
Teodora, sin ser Teodoro,  
un nuevo Teodoro es ya.

Y ahora, para que vea  
que es su santidad fingida,  
saque toda esa comida  
de las mangas, con que afea  
nuestra santa religión.

*«Sácale rábanos, pan y queso, tocino y hots con  
otras cosas de comer.»*

ZURDO. ¡Deogracias, que me profana!

TEODORA. ¡Con buenos azotes gana  
el cielo! Mas la ración  
de casa no es tan cumplida  
como aquesta. ¿Qué le ha hecho  
este cilicio en el pecho,  
que es varón de ejemplar vida?

ZURDO. La sardina es apetito;  
el rabanito y el queso  
el mundo traen en peso;  
el pan siempre fué bendito;  
la aceituna siempre fué  
discreta y apetitosa;  
el jamón es santa cosa,  
y lo demás que aquí ve.

Dios lo crió para el hombre:  
el vino del cielo vino;  
y, si esta vida es camino  
de la eterna, no se asombre  
que de hots me prevenga  
para caminar por él (1).

*(Salen el ABAD y MONJE.)*

MONJE. Padre, Teodoro es aquél.

ABAD. ¡Camine! ¡No se detenga!

¡Deogracias! ¿Qué es esto?

ZURDO. Son

prevenciones de Teodoro,  
que con tan poco decoro  
profana la religión.

Esto en las mangas traía,  
y como de un mes acá  
espíritu Dios me da  
de sagrada profecía,  
sabiendo tan gran maldad,  
vine a hacer esta experiencia.  
Una grande penitencia  
le dé su paternidad;  
aunque yo con el cilicio

mis carnes apretaré  
por él, y azotes haré  
mi digno y piadoso oficio.

hasta que peinadas canas  
publiquen sus perfecciones,  
porque todos los capones  
son calabazas romanas.

ABAD. ¡Oh varón perfecto y santo!

¡Sólo él descubrir pudiera  
tal engaño, tal quimera!

¡Lleven de aquí monstruo tanto  
que mirallo desatina!

ZURDO. ¡Que en las mangas le cubiera  
tal pan y tal rabanera!  
Mas enfermo de la orina  
el padre debe de ser.

¿Esta es agua? ¿Hay desatino  
mayor? Vino es. ¿Y que vino  
se atreva un monje a beber  
fuera de su refectorio? (1)  
¡Gran pecado, gran pecado!  
¡Este que bebí engañado,  
pagaré en el purgatorio  
con mis lágrimas!

*«Llévalo todo y vase.»*

ABAD. ¿Es esta

su vida contemplativa  
y aquella humildad altiva.  
y compostura modesta  
que en todas las ocasiones  
de casa finge Teodoro?

Teodoro, ¡qué mal el oro  
dió muestra en sus perfecciones  
de la virtud! Como un mes  
en tierra lo que le echaren  
de las sobras que dejaren  
los padres; a quien después  
darán una disciplina  
cada día.

TEODORA. Yo confieso  
mi pecado; y al proceso,  
padre, que Dios me fulmina  
de la penitencia estoy  
contento y agradecido;  
por el regalo le pido  
los pies; confieso que soy  
el más malo de la tierra.

ABAD. ¡Levante!

(1) Ms.: "con él."

(1) Ms.: "refectorio."

(Sale ZURDO.)

ZURDO. En cobro dejé  
la legumbre que llevé.

(Sale ALCINA con un niño envuelto en la capa blanca  
de TRODOKA y los villanos.)

ALCINA. ¡Castígnese así al que yerra!

ZURDO. ¡Esta es Alcina, y aquí  
se descubre mi maraña!

ALCINA. ¡Monstruo soy desta montaña!

ZURDO. Mas quiero esconderme así.

ALCINA. ¿Adónde está el padre Abad?

ABAD. Yo soy.

ZURDO. No la crea nada,  
porque viene endemoniada.

ALCINA. Oiga, padre, la maldad  
más grande que ha sucedido  
en religiosos jamás.

ZURDO. (Zurdo, en tentación estás,  
si Alcina te ha conocido.)

ALCINA. Yo soy, padre Abad,  
la que en estos montes  
fui (1) entre las zagalas  
fiera de los hombres;  
mas esta virtud  
y estas perfecciones  
sacrilego pudo  
profanar un monje.  
Llegó, padre, al fin,  
cuando eran los montes  
océanos de oro  
en mares conformes;  
aunque profanados  
de las corvas hoces,  
quisiera que fueran  
diluvios entonces.  
Zagales me siguen  
en coros acordes,  
suspendiendo el aire  
sus canoras voces.  
Mis ojuelos negros  
parecían soles,  
dando a vidrios causa  
de sus deshonores.  
Cuando al mar bajaba  
con plantas veloces  
el sol, alumbrando  
nuestros horizontes,  
hacíamos bailes,  
juegos y invenciones,

hasta que el cansancio  
nos daba sin orden,  
cama en las gavillas,  
silencio en las trojes.  
Así descuidada,  
durmiendo una noche,  
estaba yo, padre,  
libre de traiciones,  
cuando mi sosiego  
y paz interrumpe (1)  
una voz confusa  
con halagos torpes.  
Recordé alterada  
y quise dar voces;  
mas a la garganta  
las manos me pone:  
quise defenderme,  
valerosa y noble,  
mas son muy valientes  
las resoluciones.  
Fuime retirando  
a un pradillo, a donde  
redimirme pienso  
de mis deshonores.

Mas como las yerbas  
el llanto recogen  
y del alba estaban  
mojadas entonces,  
resbalé y caí  
y del fiero golpe  
me hice un cardenal  
tan grande y disforme  
que a los nueve meses  
parí este chicote.  
Conózcale el padre;  
aunque nada importe  
que él no le conozca,  
si a Dios no conoce.  
Envuelto le trae  
su blanco capote,  
porque de una vez  
sus dos prendas cobre,  
y porque el delito  
ninguno le ignore,  
sepan todos que es  
éste que se encoge,  
éste regular,  
éste que con nombre  
de santo fingido  
hace estas traiciones

(1) Ms.: "soy."

(1) Ms.: "interrumpe."

El padre le críe;  
que yo, sola y pobre,  
haré que mis ojos  
mares se transformen.  
¡Lisonjera causa  
para mis errores!  
Mas si ellos la dieron  
ellos se la lloren,  
y ellos dellos mismos  
la venganza tomen.

(Da el niño a TEODORA.)

ABAD. Mujer, ¿es esto verdad?

CLORINDO. Nosotros testigos fuimos  
del caso, porque anduvimos  
después que tan gran maldad  
cometió, y llorando hallamos  
a Alcina con su capote.

TEODORA. El mundo las faltas note  
como en otras las miramos  
de una mujer, cuando es mala;  
mas vengan persecuciones,  
que Dios en las aflicciones  
me engrandece y me regala.

ZURDO. ¡Vuelvo en mí! Lo que hice yo  
le echa al pobre desbarbado...  
¡Ah, mujeres!

ABAD. ¿Que un pecado  
tan inorme cometió?  
¿Qué dice desto?

TEODORA. Que soy  
quien cometió por Alcina,  
quitando al Sol la cortina,  
las culpas por quien estoy  
de aquesta suerte llorando,  
por no ver dél luz ninguna,  
aunque me salió la Luna  
que es la que me está alumbrando.

Y tú, maldita mujer,  
por quien en esta ocasión  
la prueba de Salomón  
prudente quisiera hacer,  
¿cómo es posible que así  
arrojes al que formaste  
en tus entrañas? ¿Hallaste  
fiera que se iguale a ti?

¿Hay fiera tan inhumana  
que niegue lo que parió?  
¿Qué Medea te engendró?  
¿Qué Hipermestra torpe y vana?

Saturno debes de ser,  
¡monstruo de naturaleza!

mas eres en la hereza  
mujer, y mala mujer.

¿Qué infierno, di, te ha engendra-  
do? ¿No bastaba en tal pesar [do]  
quererme hacer pecar,  
sino echarme tu pecado?

ALCINA. ¿Pues qué quería? ¿Que yo  
el hijuelo le criara  
y que mi caudal gastara?  
¡Malos años! Pues pecó,  
sepa el mundo su pecado;  
que aun el niño está corrido  
sólo por haber nacido  
de un padre tan desalmado.

TEODORA. ¡Vamos, serranos, de aquí!  
¡Monstruo de aquestas montañas!  
¿La prenda de tus entrañas  
te puedes dejar así?

ALCINA. Su padre le amparará,  
que aunque es malo, al fin es padre.

TEODORA. Como es ángel, mejor madre  
dirás que el cielo le da.

Yo le ampararé, cruel,  
por ti.

ALCINA. Quien hizo el cohombro  
es bien que le lleve al hombro,  
que bien parece con él.

SALUCIO. ¿Esa limosna cogió,  
padres, el monje en las parvas;  
no es eunuco, aunque sin barbas!

ALCINA. ¡Por mi mal lo supe yo!

(*Vanse ALCINA y villanos.*)

ABAD. ¿Que tan inorme maldad  
cometiese un religioso!  
Que salga luego es forzoso  
de nuestra comunidad,  
y no diga que de Elías  
es hijo monje tan malo.

TEODORA. Perder tan alto regalo  
lloraré noches y días.

ABAD. La capa blanca y capilla  
y escapulario le quiten;

(*Quítanselo.*)

que estas prendas no permiten  
alma que el vicio amancilla.

Baje del Carmen a Ebrón  
el que en las maldades crece;  
que ser hijo no merece  
de tan santa religión.

(*Vase.*)



MONJE. ¿Que era su virtud fingida?  
 ¿Que era su apariencia engaños,  
 hipócrita de los años,  
 y la penitente vida?  
 ¿Quién pensara igual maldad?  
 ¿Pero qué más clara prueba,  
 pues el testimonio lleva  
 de su poca santidad?

No hay disculpa que le cuadre:  
 mire que tan malo ha sido,  
 que aun el niño está corrido  
 de tener tan torpe padre.

La tierra de promisión  
 pierda el que al becerro ofrece;  
 que ser hijo no merece  
 de tan santa religión.

(*Íase.*)

ZURDO. No me reprehenda ahora  
 el padre, calvo de cara;  
 ¿mas qué mucho que imitara  
 así a su hermana Teodora?

Vaya el fingido capón,  
 que gallo al mundo parece;  
 que ser hijo no merece  
 de tan santa religión.

(*Íase, y queda TEODORA con el niño.*)

TEODORA.

¡A ti, Señor, clamé de los profundos!  
 Escucha la voz mía,  
 pues eres en dos mundos  
 dueño del día eterno, y breve día,  
 donde el Sol que me asombra,  
 dilatado a tus pies sirve de alfombra.

No te llamo por mí, que mi pecado,  
 soberano Dios mío,  
 de Sión me ha sacado  
 a llorar en las lágrimas del río  
 mi cautiverio triste.  
 que un pecador en Babilonia asiste.

Por este ángel te llamo, que he querido,  
 si esa voz me socorre,  
 ser como el retraído  
 que, asaltado y cerrado en una torre,  
 con un niño pretende  
 aplacar la justicia que le ofende.

¡Inocente criatura,  
 desamparada del calor materno,  
 que en aquesta espesura  
 os halláis sin amparo y sin gobierno!  
 ¿Qué puedo hacer de vos, si mis delitos

miro en la tierra y en el cielo escritos?  
 ¿Dónde irán mis gemidos?

(*Con música aparece Nuestra Señora.*)

MARÍA.

A mí, que soy la Madre de afligidos.  
 De mí te acuerda en este desconsuelo,  
 cuando a Herodes (1) huía  
 con el autor del cielo,  
 amorosa mitad del alma mía,  
 llevándole en pañales  
 por montes desiguales  
 afligida y cansada.

TEODORA.

¿Quién, Señora, se vió tan consolada?

MARÍA. Dame el niño y llega el pecho,  
 para que le infunda el mío  
 el soberano rocío  
 con que quede satisfecho.

Mi hijo podrás llamalle  
 como tuyo, pues desde hoy  
 leche, Teodora, te doy,  
 para que puedas crialle.

TEODORA. ¿Qué más el niño desca,  
 si vos tal favor le dais,  
 para que hecho Dios se vea? (2)  
 Y si vos le alimentáis,  
 ¿quién hay que tal dicha crea?

¡Válgame Dios, qué favor!

¡Qué regalo! ¡Qué ventura!

¡Qué extrañas muestras de amor,  
 que merezca la criatura  
 el sustento del Criador!

MARÍA. Queda en paz, amiga mía.

TEODORA. ¿A la mayor pecadora  
 tal favor?

MARÍA. El niño cría:  
 entre estos montes, Teodora,  
 ha de hacerte compañía.

TEODORA. En mi destierro confuso  
 será el ángel que me valga.

MARÍA. Así el cielo lo dispuso,  
 hasta que la Luna salga,  
 con el Sol que se te puso.

(*Cúbrese todo con música y sale huyendo LESBIA, vestida de pieles, y NATALIO tras ella, y ella se vaya.*)

NATALIO. ¡Aguarda, monstruo espantable,  
 que es tu resistencia poca

(1) Ms.: "de Herodes".

(2) Ms.: "le vea".

a la furia de mis brazos!  
 Pero vete, esfinge hermosa,  
 que entre escamas y entre pieles  
 el acento humano formas  
 para engañar en el Nilo  
 a los míseros que gozas.  
 Vete.

(Salen EMO y LIPIO.)

EMO. ¿Mataste la fiera?

NATALIO. Era una esfinge engañosa  
 y ha sido milagro, amigos,  
 escaparme de sus roscas.

LIPIO. No puede ser; que esa es sierpe  
 que viste escamas y conchas  
 y no pieles, y ésta el rostro  
 de rubia melena adorna  
 y va de pieles vestida.

NATALIO. ¿Dónde se escondió?

EMO. Esas rocas  
 tan fatigadas de encinas  
 la encubrieron. Ya es forzosa  
 causa el dejarla, y un rato  
 puedes hurtarte a la sombra (1)  
 desos álamos gigantes  
 al sol.

(Vanse los criados.)

NATALIO. No hallo gusto en cosa;  
 todo es eterno disgusto,  
 todo es eterna discordia.  
 En la soledad descanso  
 solamente, y pues ahora  
 me han dejado mis criados,  
 quiero ocupar la memoria  
 con mis locos pensamientos  
 y mis esperanzas locas.  
 ¡Ay, prenda del alma mía!  
 ¡Ay, simple paloma hermosa!  
 ¿Es posible que dos años  
 de tu Natalio te escondas?  
 ¿Dos años solo me dejas?  
 ¿Que en dos años no conozcas  
 el nido donde estuve  
 en conformidad dichosa?  
 Pero pues de él no te acuerdas,  
 sin duda en otro reposas.  
 Mas no puede ser; que fuiste  
 entre apacibles lisonjas  
 ave de cándidas plumas

(1) Ms.: "puedes sentarte a la sombra".

que en las márgenes retoza  
 deste arroyo limpio y claro,  
 y en amistad tan forzosa  
 envidia de amor tirano  
 nos dividió desta forma.  
 ¿Pero qué es esto que veo?

(Lee.)

"*Adúltera fué Teodora*",  
 dice esta verde corteza  
 y lo mismo dice esotra.  
 ¡Válgame Dios! ¡Muerto soy!  
 Muy pública es mi deshonra,  
 pues con almas vegetales (1)  
 hasta los troncos me informan.  
 ¡Ah, casada fementida,  
 no ya paloma amorosa!  
 ¡Cuerva ingrata, sí, vestida  
 del color de mis congojas (2)!  
 ¿De qué agravios, mano ingrata,  
 te vengas de aquesta forma?  
 Que son venganzas cobardes  
 las que a la espalda se toman.  
 Escribieras en mi pecho  
 y no en las cortezas toscas  
 destos árboles, que así  
 el desdichado me nombran.  
 No ha de quedar en la selva  
 tronco, a quien fuego no ponga (3),  
 rama que no despedace  
 y mi venganza conozca.  
 ¡Caed, bárbaros testigos  
 de mi afrenta!

(Derriba ramas y dice dentro FIDELFO.)

FIDELFO. ¡Mirad, hola!

¿Quién con espadas y voces  
 nuestro silencio alborota?

UNO. Ladrones serán sin duda.

NATALIO. Pues estoy de aquesta forma,  
 llamar quiero a mis criados,  
 que poco una espada corta  
 contra tantos enemigos;  
 y quiero que reconozcan  
 en los troncos mis desdichas,  
 aunque ellos no las ignoran.  
 ¡Malhaya amor, si él ha sido  
 ocasión de mi deshonra!

(1) Ms.: "vegetales."

(2) Ms.: "deshonras."

(3) Textos: "pongan".

(*Úase, y sale FIDELFO y UNO.*)

(*Dentro.*)

UNO. Un hombre es que acuchillando  
va los árboles.

FIDELFO. ; Qué loca  
acción! Hombre, di, ¿qué haces?

(*Dice dentro NATALIO.*)

NATALIO. Castigo a los que me enojan.

(*Dentro.*)

UNO. Entróse, no perdonando  
los árboles que destroza,  
por lo intrincado del valle.

FIDELFO. Pues es la distancia poca,  
seguilde.

(*Dentro.*)

UNO. Y será, señor,  
imitándole en las obras.

(*Úanse, y queda FIDELFO.*)

FIDELFO.

; Dichosas soledades,  
lisonjeros alivios de mis penas!  
En vosotras descanso solamente;  
vosotras con purísimas verdades  
para agravios de amor sois las más buenas;  
que en vosotras más bien el alma siente.  
; Oh! ; Quién eternamente  
os gozara en mental filosofía!  
Que es necia del amor la compañía.  
A Menfis voy forzado  
de un padre que me lleva a verme muerto.  
; Desdichado de mí que amor me tiene  
a fieras de imposibles condenados,  
cuando es el modo del remedio incierto! (1)  
; Oh, dichoso quien viene  
para que el alma pene!  
¿Dónde de mi dolor puedo quejarme  
sin que un necio pretenda consolarme?  
Mas ; cielos! ; Quién ha puesto  
en este tronco el nombre de Teodora  
con tan vil epíteto en su pureza?

(1) Ms.: "de un padre que me lleva a ver mi  
qué desdichada suerte! [muerte,  
Desdichado de mí que amor me riñe  
es esta en que me veo lastimado  
de fieras de imposibles condenado  
cuando es el modo del remedio incierto  
sin duda que estoy muerto.  
ah, dichoso quien viene."

Amor sería trágico y funesto (1);  
que la virtud con lengua vil desdora  
ejecutando el gusto (2) y la torpeza.  
; Ay, divina belleza!  
Arbol, te he de enlazar, pues como Apolo,  
busco mujer y encuentro un árbol solo.

Hoy amante aborrecido  
mi triunfo te pienso hacer:  
que árbol Teodora ha de haber  
como árbol Dafnes ha habido.

Mas gente viene. Si son  
mis criados... Esconderme  
quiero dellos, por poderme  
ganar en esta ocasión.

(*Apártase y sale TEODORA.*)

TEODOR. Mirándoos, limpio cristal,  
tan claro y tan transparente  
veo el ejemplo presente  
de mi bien y de mi mal.  
Vuestro curso es natural,  
pero tal el mío ha sido  
que accidentes (3) ha tenido  
de una absoluta potencia.  
pues tomó tanta licencia  
para mi honor ofendido.

Letras, ¿qué es lo que queréis,  
cuando muerta me dejáis?  
Mucho en mi daño apretáis;  
después que muerta me véis  
mi pecado me ponéis  
donde yo le pueda ver;  
sin duda debéis de ser  
las letras de Baltasar,  
pues que me queréis matar  
cuando yo os llegue a leer.

Lloren mis ojos mi culpa  
y así alcanzará perdón,  
que una firme contrición  
será en mis males disculpa;  
pero si el llorar no culpa  
y así he de tener descargo,  
si ha sido tan grave el cargo,  
¿quién pudiera en mis enojos  
dar el alma por los ojos  
a fruto que es tan amargo?

Salgan del mar de mi pecho  
en rotas y abiertas venas

(1) Ms.: "amor ser ni trágico y funesto".

(2) Ms.: "es cuando el gusto".

(3) Textos: "accidente".

lágrimas que lloran penas  
vertidas en mi provecho.  
Quede mi Dios satisfecho;  
mas si de fruto no fueron  
lágrimas que no pudieron  
tanta dureza ablandar  
yo las volveré a la mar,  
pues que de la mar salieron.

(*Aparece un ANGEL en un árbol.*)

ANGEL. ¡Teodora!

TEODORA. ¡Ay Dios! ¿Quién me llama?

ANGEL. Yo soy; mira al monte ahora.

(*Lec.*)

TEODORA. "Justa y santa fué Teodora."  
También el monte me infama,  
que inmensas mis culpas fueron.

ANGEL. Dios te justifica en él.

TEODORA. ¿Quién le ha movido?

ANGEL. Con él

lágrimas, ¿qué no pudieron?

TEODORA. ¡Ay, venturoso llorar!

¿Qué bronce no habéis vencido?

ANGEL. Tus lágrimas han podido

tanta dureza ablandar.

Dios, sin que escusa te valga,  
que vuelvas manda al convento.

TEODORA. ¿Recibiránme?

ANGEL. Al momento,  
porque en él el Sol te salga.

(*Cúbrese el Angel con música.*)

FIDELFO. ¿Es sueño o es ilusión  
de mi loca fantasía?  
Sin duda el cielo me envía  
tan venturosa ocasión.

TEODORA. ¿Hay más soberana impresa?  
¡Oh, venturosa Teodora!  
Vamos al convento ahora.

FIDELFO. ¿Cómo, si te tengo presa?

TEODORA. ¡Ay de mí! ¿Quién eres, hombre?

FIDELFO. Fídelfo soy, ¡desdichado!

TEODORA. ¿La imagen de mi pecado  
quieres que otra vez me asombre?

¡Déjame! Mira que soy  
ya de Dios y que El me guarda.

FIDELFO. Nunca el amor acobarda  
cuando tan resuelto estoy.

TEODORA. Furor del infierno es ese.

FIDELFO. Del infierno es mi pesar  
y a Menfis te he de llevar,

Teodora, aunque al mundo pese.

TEODORA. Teme a Dios.

FIDELFO. Demonio soy.

TEODORA. ¿Eso dices?

FIDELFO. Esto digo.

(*Aparece un ANGEL con una espada y dale con ella a FIDELFO.*)

ANGEL. Teodora, no hay enemigo  
valiente donde yo estoy.

FIDELFO. ¡Yo soy muerto!

(*Cae en el suelo.*)

ANGEL. Ya el gigante  
te postré. ¡Ven!

TEODORA. Israel (1)  
el triunfo alabe y por él  
himnos y versos te cante.

ANGEL. Llevarte quiero a la puerta  
del convento, y a tal hora  
la he de hallar con el aurora  
en campos de plata abierta (2).

TEODORA. ¡Paraninfo soberano!  
mi gloria es obedecerte.  
Mas ¿cómo he de ir?

ANGEL. Desta suerte:  
dame, Teodora, la mano,

(*Vuelan las dos y salen los criados de NATALIO.*)

LIPIO. Por la intrincada espesura  
no podremos dar con él.  
Emo, ¿no es Fídelfo aquél  
que al monstruo alcanzar procura  
arrastrando?

EMO. Este es sin duda,  
que el monstruo le dió la muerte  
y le sigue desta suerte  
que ves.

LIPIO. Uno al monstruo acuda.

EMO. Y otro a su remedio.

LIPIO. Yo  
sigo a la fiera.

(*Íase.*)

EMO. ¿Qué es esto?

(*Hable FIDELFO por señas.*)

mi señor, que así te ha puesto?  
¿No puedes hablarme? ¿No?  
¿Estás herido? ¿No sabes

(1) Ms.: "Ismael."

(2) Ms.: "cuando amanezca la aurora  
la hallará Teodora abierta  
en campos de plata abierta."



quién te derribó en el suelo?  
 ¿Del cielo? ¿Cayó del cielo  
 algún rayo? ¿Antes que acabes  
 quieres llegar a un convento  
 que está muy cerca de aquí?  
 ¿Sí? Pues susténtate en mí.  
 ¿Qué temes mirando al viento?  
 ¿Ves alguna cosa? ¿No?  
 Sin duda que alguna hiena  
 de las que pare en su arena (1)  
 el Nilo, le enmudeció;  
 que hombre no las ve jamás  
 que la habla no pierda así.  
 Ninguno viene tras ti;  
 no vuelvas el rostro atrás.  
 Hora ha pasado por él,  
 sin duda; aunque amor, si dura,  
 suele volverse locura  
 y éstos son efectos dél.

(*Llévale y cantan dentro y salen los frailes.*)  
 (Cantan.)

¡Venerables padres,  
 pues piadosos sois,  
 abríde las puertas  
 al santo varón!  
 ABAD. Voces soberanas,  
 que en acorde voz  
 suspende en los aires  
 vuestra admiración:  
 ¿Quién es este justo  
 para honrarle yo?  
 (Cantan.)

El primero que entre  
 por las puertas hoy.  
 ABAD. ¡Padres!  
 MONJE. ¡Padre nuestro!  
 ABAD. Ay, mis padres; son (2)  
 las voces del cielo.  
 MONJE. Tras su admiración  
 salí de mi celda.  
 ZURDO. Y yo en el rigor  
 de mis disciplinas  
 dejé la oración  
 tras ellas suspenso.  
 ABAD. Pues ya sale el Sol,  
 voy a abrir las puertas.  
 Entre este Hilarión,

este Onofre o Pablo.  
 MONJE. Pues le envía Dios  
 tal será su vida  
 y su perfección.  
 ABAD. Avise a los padres.  
 MONJE. Todos al rumor  
 celeste salieron  
 a los claustros.  
 ZURDO. Voy,  
 padre, a abrir las puertas (1).  
 ABAD. Vaya, que es razón  
 que un santo a otro santo  
 reciba.  
 ZURDO. Yo soy,  
 padre, el brazo zurdo  
 de la religión,  
 y siéndolo es fuerza  
 ser gran pecador.

(*L'ase.*)

ABAD. ¡Grande es la virtud  
 y la perfección  
 deste santo lego!  
 MONJE. Admirado estoy  
 de su santidad.  
 ABAD. Nuestra religión  
 no ha visto en sus claustros  
 templanza mayor.  
 MONJE. La porción de un día  
 en él es porción  
 de un mes.  
 ABAD. Sus ayunos  
 me ponen temor.

(*Salv ZURDO.*)

ZURDO. Pienso que las voces  
 fueron ilusión.  
 ABAD. ¿Cómo?  
 ZURDO. Fué el primero  
 que, abriendo, llegó  
 el monje que infama  
 nuestra profesión,  
 el que a las doncellas  
 las quita el honor  
 y el inobediente.  
 ABAD. ¿Quién?  
 ZURDO. ¡Perdido soy!  
 ¡Triste! ¡A casa vuelve! (2)  
 Estas señas son

(1) Ms.: "sin duda alguna sirena  
 de las que para en su arena."  
 (2) "Ay, mis padres, oyó".

(1) Ms.: "padre, abrir las puertas."  
 (2) Ms.: "si éste a casa vuelve".

las de fray Teodoro.)

ABAD. ¿Qué dice?

ZURDO. Que entró  
y ante sus pies llega  
con poco temor  
de Dios y del mundo.

ABAD. ¿Hay disolución  
que a aquesta se iguale? (1)

(Sale TEODORA.)

ZURDO. Padre, yo me voy.

TEODORA. Padre, a vuestros pies  
el pródigo vuelve  
tan rico que apenas  
podréis conocerle.  
Desde que dejó  
vuestro santo albergue  
sus ojos han sido  
dos diluvios siempre.  
Sólo, padre, os pido  
la cama en que duermen  
los perros, que ser  
pretende su huésped,  
como de sus sobras  
migajas le diesen,  
que es plato de Dios  
y es Omnipotente.  
Si este nombre de hijo,  
padre, os entenece,  
aunque ingrato y malo  
hijo es el que viene.  
Admitidle en casa  
para que os celebre,  
perdonando grato,  
pues que humilde vuelve.  
Y si no por mí,  
vuestro nieto es ese,  
que dejo a las puertas;  
que no quiero que entre  
hasta que yo alcance  
perdón y mercedes.  
¡Por aquesé ángel,  
por ese inocente!

ABAD. Al hijo por su inocencia  
admitille es caso justo;  
pero un padre tan injusto  
será admitillo indecencia.

Entre el niño; él salga luego  
de nuestra limpia clausura,  
que está con él mal segura,

porque el sucio es como el fuego.

TEODORA. ¡Señor, rogadle por mí!

ABAD. ¡Salga luego!

TEODORA. ¡Padre mío!

ZURDO. ¿Hay tan grande desvarío?

TEODORA. No me he de apartar de aquí.

ZURDO. ¡Qué hipocresía fingida!

TEODORA. ¡Padre, enternecelde vos!

MONJE. Ahora, por amor de Dios,  
que a este hermano no despida:  
que me enternezco infinito;  
su humildad me ha enternecido.

ABAD. ¿Qué impulso al alma ha venido?  
Ahora, padre, yo le admito;  
mas ha de ser en la huerta  
en una celdilla pobre  
que está allí.

TEODORA. Básteme y sobre.

ABAD. Y siempre ha de estar abierta.  
Y al servicio ha de acudir  
de un hidalgo, que un criado  
trajo (1) mudo y maltratado.  
El niño conmigo ha de ir.

TEODORA. Hijo de obediencia he sido:  
yo voy.

ABAD. Vaya y obedezca,  
y al ángel se lo agradezca,  
que por padrino ha traído.

(Vanse y queda ZURDO.)

ZURDO. Perdido soy, si éste queda (2)  
en el convento este día:  
¿no valga la zurdería  
para que arrojarle pueda  
dél otra vez? Un papel  
para Alcina he de notar,  
y se le he de hacer firmar,  
engañándole con él.

Saldrá el capón ignorante  
de casa desta manera:  
sólo un zurdo dar pudiera  
en engaño semejante.

(Vase y salen NATALIO y criados.)

EMO. Estos los álamos (3) son,  
láminas de tu cuidado.

LIPIO. Gracias a Dios que has hallado  
las hermanas de Faetón.

(1) Ms.: "trujo".

(2) Ms.: "si esta queda".

(3) Ms.: "árbores".

(1) Ms.: "que aquesta se iguale".

EMO. Todo el día y más, ¡ya rabio! (1),  
nos haces, señor, correr.

NATALIO. Pues muy poco es menester  
para alcanzar un agravio.  
No sé cómo se ha escondido  
este tonto. En lo que veis  
mis desventuras veréis  
donde, a pesar del olvido,  
quiere Dios que sean eternas  
en las cortezas escritas.

LIPIO. ¿Por qué verlas solicitas?  
Contra razón (2) te gobiernas;  
si luego te ha de pesar,  
no las busques, que el honor  
no tiene tanto valor  
cuando se llega a apurar (3).

Quisiera vello y no vello  
y no sé cómo escusallo,  
que es forzoso imaginallo  
y será fuerza el creello:  
mas es imposible ahora  
dejarlo de ver.

EMO. Allí  
está el monte y dice así:  
"Santa y justa fué Teodora."

NATALIO. ¡Pluguiera a Dios que lo fuera!  
Mas "adúltera" dirá.

EMO. Lo que he dicho escrito está,  
y esto es cosa verdadera.

NATALIO. "Santa y justa fué Teodora."

EMO. Así dice.

NATALIO. Aunque lo veo,  
no lo creo, no lo creo.

EMO. Acércate más ahora.

NATALIO. "Santa y justa fué Teodora";  
que mi vista se engañó.

EMO. Ya el desengaño llegó  
a sacarte esa duda.  
¿Estás contento?

NATALIO. Otro soy,  
como aquel que halló afligido  
el honor que había perdido.  
¡Letras, mil gracias os doy!  
¡Ay, santa y divina esposa!  
¿Quién supiera dónde estás?

(Dice una voz dentro.)

Voz. La luz sigue y la verás.

LIPIO. Una estrella luminosa  
dice que vayas tras ella  
y con luciente arrebol.

NATALIO. Voy, que si Teodora es sol,  
su paje ha de ser estrella.

(Vanse y salen los frailes.)

ZURDO. Cerrada la puerta está.

ABAD. Llegad sin hacer ruido.

MONJE. Pienso que nos ha sentido.

ABAD. No importa; ¿qué hace?

ZURDO. Estará  
como otras veces, comiendo.

ABAD. Pues id cubiertos así.

(Dice dentro TEODORA.)

TEODORA. Padre soberano, aquí  
mi paciencia os encomiendo.

ZURDO. Retírense por si sale;  
que yo aquí me he de esconder,  
donde le veré comer.

ABAD. ¿Hay sol que a la luz iguale  
que yo aquí me he de esconder,

MONJE. Suspenso y confuso estoy.

ZURDO. Mis engaños se ven hoy (1).

ABAD. Sin duda es cielo la tierra.

(Tírase una cortina y aparece TEODORA de rodillas y  
arriba el SOL y la LUNA, sonando música.)

LUNA. Ya el Sol que te dejó a oscuras  
sale de clemencia lleno.

SOL. Si riguroso me puse,  
glorioso al tálamo vengo.  
Sube a sus brazos, amiga,  
porque aunque estaban abiertos,  
como venían clavados  
no pudo darte con ellos  
tiernos brazos, como ahora,  
el Sol de justicia lleno.

(Va subiendo TEODORA.)

El Sol y la Luna a honrarte,  
esposa, salen a un tiempo.

TEODORA. Pues si los dos juntos salen,  
gloriosa decirles puedo:  
"sin ponerse el sol  
salióme la luna  
porque no pudiera  
ver la noche oscura."

(Está arriba entre el SOL y la LUNA.)

(1) Ms.: "todo el día y poco sabio".

(2) Ms.: "con otra razón".

(3) Ms.: "llega apurar".

(1) Impreso: "se ve hoy".

LUNA. Sube, sube a recibir  
de tus trabajos el premio.

TEODORA. Entre la Luna y el Sol  
pequeña estrella parezco;  
aunque me ilumino tanto  
bañada en los rayos vuestros.  
¡Hijas de Jerusalén,  
cantad en divinos versos  
la gala al esposo mío!  
Ved que en su tálamo muero.

SOL. ¡Abrázame!

TEODORA. En vuestras manos  
el espíritu encomiendo.

(Muere de rodillas.)

ABAD. ¡Ay, míseros de nosotros,  
que hicimos solos desprecios  
del santo, del varón justo!

ZURDO. ¡Pobre Zurdo! ¿En qué te has pues-  
Avergonzado y corrido [to?  
estoy.

MONJE. A verlo lleguemos.

ABAD. En el aire está.

ZURDO. Hoy, San Zurdo,  
se descubre tu embeleco.

(Salen los Villanos.)

FLORINDO. ¿Qué es lo que intentas, Alcina?  
(Vase.)

ALCINA. Ahora sabréis mi intento (1).  
Padre Abad, este papel,  
habitando en los desiertos,  
Teodoro conmigo hizo (2),  
después de mil juramentos,  
y así vengo a que le mande (3)  
cumplillo.

(Lee.)

ABAD. Dice: "Confieso  
llanamente ser esposo  
de Alcina, mi esposa, atento  
de que le di la palabra."  
Este es diabólico enredo.

ALCINA. Suya es la firma.

ZURDO. ¡Es verdad!

ALCINA. ¿Dónde está?

ABAD. Mírale muerto  
entre la Luna y el Sol.

(1) Ms.: "su intento."

(2) Ms.: "Teodora a Alcina le hizo."

(3) Ms.: "Y así pide que le mande."

ALCINA. ¡Válgame Dios!

ABAD. El que vemos  
es él; no pudo ser malo (1)  
el que tuvo fin tan bueno.

(Sale NATALIO y sus criados.)

EMO. Aquí se escondió la luz  
y aquí ha de estar.

NATALIO. ¡Ya la veo!  
¡Ay, santa y casta mujer!  
Cuando he merecido veros,  
muerta os hallo. ¡Ay, mi Teodora!

ABAD. ¿Qué prodigios son aquéstos?  
¿Que es mujer?

NATALIO. Y esposa mía.

ABAD. ¿Pues cómo, enemiga, has hecho  
un desacierto tan grande?

ALCINA. Amor fué causa de hacello,  
que por tirana venganza,  
le quise infamar diciendo  
que era suyo el niño.

ABAD. ¡Oh, mala mujer!

MONJE. ¡Oh, ingrata!

ALCINA. Mis yerros confieso y digo  
fué padre del niño (2)...

ZURDO. ¡Aquí entro  
yo!

ALCINA. Un traidor, que se llama  
Zurdo.

ABAD. ¿Zurdo?

ZURDO. Yo confieso (3)  
mi maldad. Yo, padre, soy  
aquel alevoso izquierdo  
que así infamaba a Teodora.

(Salen FIDELFO y criados.)

FIDELFO. ¿Quién me levanta del lecho  
donde mudo y muerto estaba?

MONJE. Padre, el mudo caballero  
es éste.

FIDELFO. Teodora es ésta.  
Dios quiso tener suspensos  
mis labios, porque callara

(1) Ms.: "no puede ser malo".

(2) Impreso: "que fué padre del niño".

(3) Ms.:

"MONJE. Oh, ingrata!  
Estos son, padre, sus yerros,  
porque fué padre del niño  
a quien se lanzó.

ALCINA. Un traidor que se llama Zurdo.  
ZURDO. Yo confieso."



tan milagroso suceso.  
¡Ay, casta y santa mujer!  
Mientras viviere prometo  
hacer penitencia.

(*Salen LIPIO y LESBIA.*)

LIPIO. Ya  
al monstruo preso traemos, [re.  
y es Lesbia, aunque hablar no quie-  
FIDELFO. Tú, Lesbia, este bien le has hecho  
a Teodora, pues por ti  
goza los empíreos reinos.  
LESBIA. Ahora sí, daré voces  
llorando mi desconcierto,  
pues que veo, mujer santa,  
que estás gozando del cielo.  
LUNA. Hasta entregarla a su esposo  
con ella asistido habemos.  
¡Natalio, a Teodora abraza!

NATALIO. Seré en este monasterio (1)  
mármol de su sepultura.  
FIDELFO. Y yo pienso hacer lo mismo.  
ZURDO. Y yo, en mudas soledades (2),  
de ser Zurdo me arrepiento.  
NATALIO. ¡Desdichado venturoso  
soy!  
ABAD. A la iglesia llevemos  
el cuerpo.  
NATALIO. Dejad que diga,  
pues ya sin alma me veo:  
*"Púsoseme el Sol,  
salióme la luna;  
mía es la desgracia,  
suya es la ventura."*

FIN

(1) Ms.: "monesterio".

(2) Ms.: "muchas soledades".

# QUERER MAS Y SUFRIR MENOS

## COMEDIA FAMOSA<sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON DIEGO DE CASTRO.  
DON JUAN DE RIBERA.  
DOÑA LEONOR.

DOÑA ANA, *su prima*.  
JACINTA.  
LOPE, *criado*.

DON LUIS, *padre de DOÑA ANA*.  
CÉSAR.

### JORNADA PRIMERA

(*Salen DON DIEGO y DON JUAN.*)

D. DIEGO. Hable, don Juan, el acero,  
supuesto que vos calláis;  
que de ese silencio infiero  
que a pelear me sacáis,  
y satisfaceros quiero.

Ya no estamos en lugar,  
don Juan, de gastar razones,  
y así podréis excusar  
el pedir satisfacciones,  
cuando no las pienso dar.

He conocido el intento.

D. JUAN. Sí, don Diego, a eso venís;  
pero decir lo que siento  
quiero, si cortés me oís.

D. DIEGO. Ya os escucho.

D. JUAN. Estad atento.

Ya sabéis que en cierta calle,  
(no es menester que os la nombre,  
que yo sé que la podréis  
conocer por mis informes,  
y es bien pasarla en silencio,  
por los troncos que nos oyen,  
que escuchan mudos a veces  
lo que publican (2) a voces),  
sirvo a una dama, don Diego.  
Claro está que quien esconde

aun el nombre de la calle,  
el suyo es bien que perdone.  
Ayer pasando por ella...  
(perdonad si descompono  
el rostro mi sentimiento,  
la cólera mis acciones,  
que la que guardan mis venas  
caliente púrpura noble,  
por dar socorro a la vida  
al corazón se recoge,  
y siente tanto mi honor  
que su alimento le roben,  
que viste el rostro de luto,  
robándole sus colores).  
Pasaba ayer, como os digo,  
acompañado de un hombre,  
noble por su nacimiento,  
y por sus términos noble.  
¿Quién pensara, quién temiera  
entre aquestas condiciones  
villana correspondencia,  
trato fementido y doble?  
En fin, pasaba con vos,  
porque abreviemos razones,  
mi enemigo desde allí,  
mi más amigo hasta entonces.  
Parámonos en la calle;  
y en uno de sus balcones,  
el más dichoso, pues fué  
ecliptica de dos soles,  
salió la dama que os digo...  
(A buen seguro que os sobre

(1) Parte XXIX, Huesca, 1634.

(2) Texto: "publian".

noticia ya de la dama  
 y de la calle.) Quitóse  
 del balcón a breves lances,  
 porque la acción no se note,  
 correspondiendo primero  
 cortes es adoraciones.  
 Dejó caer un listón  
 al entrarse, porque cobre  
 el alma nuevos cuidados,  
 o por descuido cayóse.  
 En fin, salió de su mano.  
 hermosa región donde  
 quiere el hado que animado  
 copos de nieve se formen,  
 y va midiendo por puntos  
 la distancia que interpone  
 el tiempo a su precipicio,  
 lisonjeras dilaciones,  
 a cuya erudita forma  
 los efectos corresponden  
 de cometa, que a mi pecho  
 dirige sus impresiones.  
 Vos os hallasteis más cerca,  
 o porque el viento retoce  
 con el listón, disponiendo  
 que a vuestro lado se arroje,  
 o por ser ventura mía,  
 que la que tiene este nombre  
 para apartarse de mí  
 no ha menester ocasiones.  
 Vos le tomasteis, don Diego;  
 yo cauto, confuso, inmóvil,  
 que de vuestra cortesía  
 fiara empeños mayores,  
 quise pedirle, y la lengua,  
 sin dar lugar a que forme  
 articulados acentos,  
 cedió a la vergüenza, helóse.  
 ¡Oh, qué bien vuestra malicia,  
 reparó en mis suspensiones!  
 Pero fuisteis mudo mármol,  
 como me visteis de bronce.  
 Y no contento con eso,  
 adulterando favores  
 hechos a mí, le habéis puesto  
 en el puño del estoque.  
 Esta es mi queja, don Diego;  
 este el agravio que pone  
 espuelas a mi venganza,  
 y éstas vuestras sinrazones.

D. DIEGO. Señor don Juan de Ribera:  
 vos habláis como enojado,

y advertid que lo conozco,  
 pues os he sufrido tanto,  
 que, ¡vive Dios!, que me anima  
 corazón tan alentado,  
 que a no ser amigo vuestro  
 os hiciera más pedazos  
 que hay piedras en este suelo.  
 Sí, ¡por Dios! Pero volvamos  
 a vuestra satisfacción;  
 que pues me habéis hecho el cargo  
 de palabra, quiero ser  
 tan retórico, que hablando  
 os deje muy satisfecho,  
 os envíe despicado,  
 y yo lo quede también;  
 aunque estuviera excusado,  
 para reñir con la lengua,  
 haberme sacado al campo.  
 Por esa calle que vos  
 decís que nos paseamos  
 juntos los dos, y es así,  
 tantas veces he pasado  
 solo por ella; y ¡por Dios!  
 que esa dama me ha mirado  
 y la he mirado también;  
 y aun ayer a vuestro lado  
 quizá me miraba a mí,  
 que si formábamos ambos  
 objeto a su vista hermosa,  
 bien pude ser yo mirado  
 con más favorable aspecto,  
 si ya no por confiado  
 os prometéis el favor,  
 y os asignáis el agravio.

D. JUAN. ¡Si ha dos años que la sirvo,  
 y por ventura premiado!

D. DIEGO. Mientes (*Aparte*). villano. Mirad,  
 don Juan, que lo habéis soñado,  
 porque sirviéndola vos,  
 ¿cómo pudiera ignorarlo  
 yo, que de noche y de día  
 de vuestro lado no falto?  
 Que cuando yo lo supiera  
 te ahogara entre mis brazos (*Ap.*).  
 ¡Os sirviera como amigo,  
 y excusara el disgustaros!

D. JUAN. (*Aparte*). Aunque ofende la opinión  
 de Leonor con este engaño,  
 poco importa, pues así  
 a don Diego disuado,  
 y prosiguiendo mi amor,  
 dándole después la mano

de esposo, su honor defendiendo  
y su opinión satisfago.—

Don Diego, mucho me debe.

D. DIEGO. Y a mí más, pues su recato  
me hace escuchar vilezas (*Aparte.*)  
y no castigar agravios.  
¿Mucho os debe?

D. JUAN. Sí, por Dios.

D. DIEGO. Pues ya me voy enfadando,  
y ¡vive Dios!, que sospecho (*Ap.*)  
que se te va concertando  
que todo cuanto te debe  
te pague yo de contado.  
¡Prudencia, amor! Don Juan, eso  
es hablar; vamos al caso.  
Bien sabéis, señor don Juan,  
que siempre os he respetado  
como a mi deudo y amigo,  
como a mi mayor hermano,  
y con tanta cortesía,  
que ni vos podéis quejaros,  
ni sospecho que hallaréis  
testigos de lo contrario.  
En la calle, en vuestra casa,  
en el templo y en el campo,  
dándoos el lado mejor;  
que hay enfadosos que han dado  
en decir que hay distinción  
entre amigos en el lado,  
negándole [a] la amistad  
jurisdicción de igualarlos.  
Yo en todas las ocasiones,  
don Juan, lo he hecho, aceptando  
para con todos el gusto,  
para con vos el cuidado,  
sin que hayan faltado en mí  
la cortesía, que en cuanto  
tiene lugar, os prometo  
que tiene mucho de agrado.  
Esto es en cuanto a tenerla  
de mi parte, que en llegando  
a conocer que mi amigo  
quiere ser el respetado,  
el preferido, el señor,  
y adondequiera que estamos,  
excusando ser cortés,  
se atreve desvergonzado,  
¡vive Dios!, que en mi opinión  
tiene tanto de villano  
el que lo sufre encogido  
como esotro en ser sobrado.  
Esto digo porque vos,

estando juntos, y estando  
en presencia de esa dama,  
queréis ser el mayorazgo  
de su favor, si lo fué,  
que yo no me persuado  
a que cayese el listón  
impelido del cuidado.

Pero no niego por eso,  
don Juan, que es justo estimarlo;  
que hasta ser prenda suya  
y haber estado en sus manos.  
Mas si yo sé, y es así,  
que vos no la habéis hablado  
en público ni en secreto,  
ni aun os debe su recato  
un lícito galanteo,  
¿no veis, don Juan, que llamaros  
galán suyo no es razón,  
y que son intentos vanos?  
¿Qué recaudos la habéis hecho?  
¿Qué tercera o qué criado  
os trae y lleva papeles?  
¿Qué música ha profanado  
el silencio en las tinieblas?  
¿A cuál reja de su cuarto  
la hablasteis alguna noche?  
¿Qué favores, qué retrato  
suyo guardáis en el pecho?  
¿O cuántas veces, hurtando  
al tiempo un breve descuido,  
la habéis besado la mano?  
Pues si nada de esto ha sido,  
¿como vos la amáis, premiando  
obligaciones de idea,  
no podré yo haberla amado?  
Y supuesto que el listón  
solicitaba, ultrajado  
del viento, el piadoso asilo  
del más diligente brazo,  
¿no veis que fuera rigor  
de quien se mira adorado  
llegara a besar la tierra,  
o querrán que divulgando  
mi descuido, lo escribiera,  
formando letras y rasgos  
que cternizaran mi afrenta  
en el elemento vago?  
¡Pluguiera al cielo, don Juan,  
que yo no me hubiera hallado  
donde le viera caer,  
o que yo tan apartado  
hubiera andado de vos,



que pudiérais tomarlo,  
como no lo viera yo,  
y gozarle muchos años!  
Pero ya yo le tomé;  
ya le han visto; ya le traigo  
en el puño del estoque,  
de donde no he de quitarlo,  
ni aun burlando, porque yo  
soy tan torpe en estos casos,  
que nudos que dió el honor  
no acertaré a desatarlos.

D. JUAN. Pues, don Diego, ¡vive el cielo!  
que he de ver si sois tan bravo  
como os pinta vuestra lengua.

(*Sacan las espadas.*)

D. DIEGO. Pesaráme maltrataros;  
pero mal podré ofenderos,  
que sois un león.

D. JUAN. Un rayo  
obra con menos presteza  
que ese acero en ese brazo.  
Teneos, don Diego; no más,  
que os estoy aficionado.  
¡Válgame el cielo! ¡Caí!

(*Cae DON JUAN.*)

D. DIEGO. Pues, amigo, levantaos,  
que yo no os quiero ofender.

D. JUAN. Dejad que paguen mis brazos  
a vuestra amistad tributo.

D. DIEGO. Herido estáis en la mano.

D. JUAN. No es nada.

D. DIEGO. ¡Viven los ciclos,  
que quisiera estar pasado  
antes que veros herido!

D. JUAN. ¡Jesús, don Diego! Entre hermanos  
hay disgustos. ¡Ya pasó!  
Guárdeos el cielo mil años,  
que esto es una niñería.

D. DIEGO. Y yo en todo desdichado.  
Venid, don Juan, donde os curen,  
para que sanemos ambos.

D. JUAN. (Yo sanaré cuando halle  
ocasión para mataros.)

(*Vanse.*)

(*Salen LEONOR y ANA.*)

LEONOR. No ha de poder tu porfía  
disuadir tu pensamiento.

ANA. Gobiérne el entendimiento;  
no reiné amor, prima mía.

Mira que es ciega locura  
que a una imprudente pasión  
se sujete la razón  
y se rinda la hermosura.

Amar para divertirse,  
sin otro algún interés,  
aun eso parece que es  
cosa que puede sufrirse.

Pero en llegando a pasión,  
traen tanto riesgo consigo,  
que es mirar a un enemigo  
y entregarse a su pasión.

Si estás tan enamorada,  
vete a la mano, Leonor.

LEONOR. ¿Quién te ha dicho que el amor  
tiene fuerza reservada?

Al menos conmigo es  
violentamente tirano,  
y queriendo ir a la mano,  
me ha de hacer ir a los pies.

Mas como a la mano fuera  
de don Diego, bien sé yo  
que ni él dijera que no  
ni me lo contradijera.

ANA. ¡Jesús, que perdida estás!

LEONOR. Sólo digo lo que siento.

ANA. ¿Pues no ha de haber sufrimiento?

LEONOR. ¿Qué quieres? No puedo más.

ANA. Olvidale.

LEONOR. Bien, por cierto;  
de ti me quiero réir.

ANA. ¡Celos! No hay sino morir,  
que es predicar en desierto.

LEONOR. Tus consejos agradezco,  
doña Ana, como es razón;  
mas no son de mi opinión,  
y así no los obedezco.

Mas fuera ingrato desdén  
no dejarlos de estimar;  
que tú no has de descartar  
cosa que no me esté bien.

¿No es lícito que yo ame?

ANA. Conforme fuere el amor.

LEONOR. Dime, que aspire a mi honor;  
¡bien fuera que amor infame  
cupiera en una mujer  
de mis partes!

ANA. ¿Eso dices,

Leonor? No te escandalices;  
¿puede ser?

LEONOR. No puede ser.  
En mujeres principales

no cabe mancha, ni puede,  
porque su valor excede  
y vence pasiones tales.

Podrás a la más honrada  
ver procurada; es afrenta,  
pero mancha a quien lo intenta;  
la honra no pierde nada.

Que cuando ese intento tome  
quien procuró deslucilla,  
es color de cochinilla,  
y las manchas se las come.

ANA. ¿Y qué disculpa tendrá  
la que estima y favorece  
hombre que no la merece?

LEONOR. Desdicha grande será.

ANA. Y locura. Por aquí (*Aparte.*)  
me guían amor y celos.

LEONOR. Castigo es de que los cielos  
quisieron librarme a mí.

ANA. ¿Quién hay que a ti te merezca?  
Así templaré su fuego. (*Aparte.*)

LEONOR. ¿Y quién merece a don Diego?

ANA. Déjame que te encarezca  
su valor, su proceder,  
su gala y su bazaría.

LEONOR. Pues oye, por vida mía,  
que hay muy bien que encarecer,  
y que no haciéndolo así,  
hemos de reñir las dos.

ANA. ¡Malos celos te dé Dios, (*Aparte.*)  
como me los da a mí!

Yo, prima, tu gusto sigo.  
Digo que alabarle es justo;  
pero, ¡Jesús, qué mal gusto!  
Mucho has perdido conmigo.

¡Qué envidia tengo, Leonor!  
¡De celos estoy perdida!

LEONOR. Prima, prima, por tu vida,  
que no le tengas amor.

¿Has visto qué necio es?,  
¿qué mal talle?, ¿qué mal brío?,  
¿qué desgraciado?, ¿qué frío?  
Muy largos tiene los pies.

¿Pues el rostro? Es un salvaje,  
y aun a Sevilla ha venido  
fama de que es mal nacido.

ANA. No le hago yo tanto ultraje.

Tan de veras lo encarece  
tu amor, que me haces hablar.

LEONOR. ¿Pues puédole yo alabar  
como don Diego merece?

¿Quién tiene su bazaría?

Fuera de toda pasión,  
¿la gala, la discreción,  
no están en él a porfía?

¿Quién hay que en valor le igua-  
¿De qué voluntad no es dueño? [le?  
¿Y quién de cualquier empeño  
tan airosamente sale?

En lucimiento, en festejo,  
¿ves tú quien puede igualarlo?  
¿Quién hace mal a un caballo  
con tan airoso despejo?

Su nobleza, ya la ves;  
Castro le llama la fama,  
y no sólo se lo llama,  
sino que en todo lo es.

Porque, prima, en mi opinión,  
la nobleza procurada,  
tanto y más que la heredada,  
es digna de estimación.

Y vemos con mil varones  
la nobleza deslucida,  
si el que nació noble olvida  
todas sus obligaciones.

ANA. ¿Pues ahora no dijiste  
que no se mancha el honor,  
por ser de fino color?

LEONOR. ¡Oh, qué bien que lo entendiste!

Mancha que echó el interés  
en lo que afean presume,  
esa el honor lo consume,  
y aun él queda tal después  
que la malicia destierra,  
que más hermoso parece:  
lo mismo al sol le acontece  
con vapores de la tierra.

Pero si es raza o polilla  
que nace en el mismo paño,  
queda la señal del daño,  
sin que honor pueda encubrilla.

Sólo queda por consuelo  
si descubrió buena hilaza;  
pero lo que es en la raza,  
no vuelve a nacer el pelo.

Pero a escribirle un papel  
voy, si licencia me das,  
y perdona.

ANA. En mí tendrás  
quien haga gustosa y fiel  
oficio de secretario,

con tu gusto y tu licencia.

LEONOR. Aunque su ingenio y prudencia  
fueran lo más necesario

para obligar y vencer,  
como yo te lo confieso,  
considera que no es eso,  
prima, lo que he menester.

Que otros papeles ha visto  
toscos, y en viendo este bueno,  
conocerá que es ajeno  
y dirá que le conquisto

con fuerza y pluma prestada.

ANA. Bien es que así me concluyas.

LEONOR. Aunque en envidiar las tuyas,  
quedara yo disculpada.

ANA. ¿Donaire?

LEONOR. No, por mi vida.

ANA. Basta la burla. Leonor.

LEONOR. Yo voy muriendo de amor.

(*Asc.*)

ANA. De celos quedo perdida.

Ama mi prima, y yo muero  
por el mismo que ella estima;  
ama a don Diego mi prima,  
yo a don Diego adoro y quiero.

¿Qué remedio me asegura  
este temor a mi trato?

Ha sido el honor ingrato,  
y dicha que es tan segura.

Pero Leonor no presuma  
que sola se ha apasionado,  
que yo también he fiado  
mi atrevimiento a mi pluma:  
y aunque es engañar, en suma,

y en mi honor, aun por escrito,  
la liviandad es delito,  
ardides son en rigor,  
con quien batallas de amor  
la victoria solicito.

No puede mi honor culpar  
de todo punto el amor,  
que no ha de querer mi honor  
que yo me deje ultrajar:  
los celos me han de ayudar.

y los cielos, que los cielos  
no ignoran los desconsuelos  
que me causa su rigor.  
Quizá serán del honor  
antídoto honor y celos.

¿Pero no es Lope, el criado  
de don Diego? ¿Bien venido,  
Lope amigo! ¿Gran contento  
me has dado!

(Sale LOPE.)

LOPE.

¿Yo, en qué?

ANA.

En venir.

LOPE.

¿En qué te puedo servir?

ANA.

¿Llamóte mi pensamiento?

LOPE.

Si acaso estabas pensando  
en que se pasa la hora  
de manducar, sí, señora;  
porque yo vengo buscando  
a mi amo con cuidado.

ANA.

¿Cuidado, Lope? ¿Y cuál es?

LOPE.

¿Es poco, si son las tres,  
y no se ha desayunado?

Mal haya el fiero inventor  
que en este mundo introdujo  
el cenar siempre a lo brujo  
y comer a lo señor.

Las tripas tenía de roble,  
y de metal tresdoblado.

ANA.

Dices bien.

LOPE.

¿Quién ha quedado  
por cenar tarde más noble?

¿No es disparate, no es yerro  
andarse hechos picazas  
por las calles y las plazas  
con el estómago en cerro?

¿Hay criatura más perfeta  
que el sol? ¿Hay ojos, hay cara  
más resplandeciente y clara,  
aunque lo juzgue un poeta,

que a los ojos de su dama  
les da las luces a pares,  
y los rayos a millares,  
y rutilantes los llama?

Pues él se sube, cual vemos,  
al más alto mirador,  
con todo su resplandor,  
a vernos cuando comemos.

Y partiendo su jornada,  
a mediodía les da,  
caminando como va,  
a sus caballos cebada.

Mas causado de aguardar  
a estos necios, y enfadado,  
se va sin comer bocado  
a las Indias a cenar.

ANA.

Muy bien alabas así  
a tu amo.

LOPE

Soy su criado.

ANA.

¿Y tú, dónde lo has dejado?

LOPE.

En la calle lo perdí,

ANA. que con don Juan le dejé,  
y tampoco hallo a don Juan.  
Ya, Lope, en casa estarán,  
y puede ser que te esté  
aguardando. ¡Vete luego!  
Y de suerte que le lea  
adonde nadie le vea,  
que le des éste te ruego.  
Haz, Lope, como discreto,  
que es cosa muy importante;  
y acuérdate este diamante  
el cuidado y el secreto.

LOPE. Dente los cielos, amén,  
ventura, contento y vida;  
¿cómo has de ser mal servida,  
si sabes mandar tan bien?

ANA. Lo que te suplico más  
es el secreto.

LOPE. ¿Eso dudas?  
Si así los diamantes mudas,  
¿a quién no enmudecerás?  
¿Diré que tú me lo has dado?

ANA. ¡Calla! ¡Sí!—Prima, ¿tan presto?

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Mientras más cuidado he puesto  
luce más mal el cuidado.  
Léele; pero bien sé  
que no te ha de contentar.  
¿Lope?

LOPE. Bien puedes mandar.

LEONOR. Como sola te dejé,  
anduve breve, que estaba  
con cuidado; no escribiera  
tan aprisa, si supiera  
que Lope te acompañaba.  
¿Dónde queda tu señor?  
¿No le has visto?

LOPE. ¿Dónde está?

LOPE. En algún cabo estará.

LEONOR. Donaire tienes y humor.

LOPE. Amor sí tengo en las piernas  
y por Dios que lo gastara,  
si por moneda pasara,  
en bodegas y tabernas.

LEONOR. Si pasara, como dices,  
poco te hubiera quedado.

LOPE. En viendo aquél acabado,  
gastara de las narices.

ANA. ¡Ah, infame! (*Aparte.*)

(ANA, leyendo, mira a LEONOR.)

LEONOR. ¿No aciertas, Ana?

ANA. ¡A ver! ¿Cómo dice aquí?

LEONOR. Muestra. "Que el alma te di..."  
Claro está.

ANA. ¿Que eres liviana! (*Ap.*)  
(*Leyendo.*)

LEONOR. ...“y aguardo que la recibas”.  
¿Eso no aciertas? Turbada  
estás.

ANA. Prima, no me agrada  
que tan resuelta le escribas.

LEONOR. ¿Cómo esos límites pasa  
la pluma!

ANA. ¡Rabio de celos! (*Aparte.*)  
En vano publicó hicio  
si se me quema la casa.

LEONOR. ¿Está bueno?

ANA. Está extremado  
y muy discreto.

LEONOR. Eso no.

ANA. Aquello borrara yo,  
que es favor muy declarado.

LEONOR. Prima, el hablar por escrito  
tiene toda esa licencia;  
decírselo en su presencia  
fuera más grave delito.  
Porque de hablar a escribir  
una palabra liviana,  
si no lo sabes, doña Ana,  
mucho es lo que va a decir.  
Cuanto hablamos, el sentido,  
oyéndolo, lo apercibe;  
pero aquello que se escribe  
no sabe de ello el oído.  
Y aunque nos puede acusar  
la vista que está presente,  
es sentido más prudente  
y sabe disimular.

ANA. Antes, prima, lo que hablamos  
sólo dura mientras suena;  
y lo que la pluma ordena,  
en parte lo eternizamos.  
Y es bien que el que escribe ad-  
antes que escriba su culpa; [vierta,  
porque cualquiera disculpa  
cierra, en firmando, la puerta.

LEONOR. Es el oído fiscal;  
es tribunal la razón;  
en hablando una pasión,  
se sabe en el tribunal.  
Al instante pide vara  
la vergüenza a los señores,



y ejecuta en los colores,  
sacándolos a la cara.

Y es menor culpa la escrita  
para que el Fiscal no acuse,  
y la vergüenza le excuse  
o la pena se remita.

Lope, ¿ya has dado en callar?  
¿Qué dices? ¿Qué te parece  
de estas cosas?

LOPE. Me enmudece,  
señora, el veros hablar.

LEONOR. ¿Así habladoras nos llamas?

LOPE. Sólo deseo saber  
si el grado de Bachiller  
se suele dar a las damas.

ANA. ¿Qué dices?

LOPE. Hablo de veras.

LEONOR. ¿Estás loco? ¿Las mujeres,  
cómo han de ser bachilleres?

LOPE. No, mas serán bachilleras.

Si estudia en algarabía  
mil concetos una dama,  
toda la noche en la cama  
la estudia para otro día.

Y si se ofrece visita  
o alguna conversación,  
arguye de oposición,  
y suelta la taravita.

Sin que en toda la cuadrilla,  
de casa o fuera de casa,  
pueda hacer nadie una basa (1),  
porque es ella la malilla.

¿A ésta estarále muy mal  
el grado que yo le di?

LEONOR. Como el de bufón a ti,  
tan friático y sin sal,  
que hablas siempre mil desgracias,  
como esa que has dicho ahora.

LOPE. ¿Pues parécete, señora,  
que está la sal para gracias?

Decir verdad es pecado,  
y de mucha gravedad,  
y es en parte necesidad,  
porque queda desairado  
quien en decirla se encarga;  
porque es tan mala comida,  
que está sin sal desabrida,  
y, en teniendo sal, amarga.

LEONOR. Dices bien, que para ti  
lo bufón no tiene miel.

Vete, y dale este papel,  
Lope, a tu señor, y di  
que a lo que en él le suplico,  
(que es que mañana me vea),  
no falte.

LOPE. Que lo desea  
mi dueño, te certifico.

ANA. Y el mío.

LOPE. No está olvidado.

ANA. Porque puede ser que importe.

LOPE. Aunque va pagado el porte,  
yo le daré con cuidado.

(*Vanse.*)

(*Salen DON LUIS, padre de DOÑA ANA, y CÉSAR,  
de camino.*)

DON LUIS.

Bien deseado, César, habéis sido.

CÉSAR.

Tanto, señor, me honráis, que, así lo siento,  
con más priesa quisiera haber venido.

DON LUIS.

Nueva os quisiera dar de más contento.

CÉSAR.

¿Qué hay de nuevo, señor?

DON LUIS.

Haime pedido  
doña Ana que dilate el casamiento.

CÉSAR.

¿Dilaciones ahora?

DON LUIS.

Ten paciencia.

CÉSAR.

Antes me volveré, con tu licencia.

DON LUIS.

Vete en buen hora, César, si te agrada;  
pero, si quieres, háblala primero;  
quizá de tu tardanza está enfadada

CÉSAR.

Daño mayor de su mudanza infiero.

DON LUIS.

No hay mujer que no quiera ser rogada;  
persuádela tú.

CÉSAR.

De celos muero:

(1) *Sic*, por "baza".

tendrásla ya casada.

DON LUIS.

¡Vive el cielo,  
que ofende a mi valor tanto recelo!  
¿Así faltan los hombres de mis prendas  
a las palabras que una vez han dado?  
Que nací con valor quiero que entiendas,  
y que me precio más de ser honrado.  
Promesas, ambiciones y haciendas  
no me pudieran, César, ver trocado;  
que el hombre que es honrado y nació noble  
no puede sujetarse a trato doble.

No está casada, no, como sospecha  
en vano tu temor; que antes doña Ana  
segura vive de amorosa flecha;  
la calle olvida, y aun a la ventana;  
que de la honestidad tanto a la estrecha  
prudente ley su condición allana,  
que ignoran su memoria y su deseo  
las encendidas teas de Himeneo.

Y no pienses que es esto despedirte;  
que quien ha tanto tiempo que te espera,  
amor te tiene y gusta de servirte;  
que a saber lo contrario, lo dijera;  
mas yo te estimo, y puedes persuadirte,  
que aquesto basta para que ella quiera  
que se sujete en todo a mi albedrío,  
que es gusto suyo obedecer el mío.

Mas no será razón que se violenta  
su voluntad; ¿qué importa la tardanza?  
Si la esperanza se animaba ausente,  
mayor será presente la esperanza;  
dejémonos llevar de su corriente,  
que el sufrimiento cuanto quiere alcanza,  
y, cuanto es de mi parte, está seguro  
que tu gusto deseo y le procuro.

CÉSAR.

No os espantéis, señor, que así me aflija  
ni condenéis mi justo sentimiento,  
si cansado de ausencia tan prolija,  
me esperaba más áspero tormento;  
yo me intenté casar con vuestra hija;  
acetastis los dos mi casamiento;  
con que me embarqué yo, sin que se entienda,  
a cobrar en las Indias mi hacienda.

Velas al viento di, no reparando  
en la dificultad ni en la distancia,  
que mal pudiera reparar amando.  
Surqué espumas expuesto a su inconstancia;  
ni me ofendió el concierto, aunque aspirando  
fué menos al amor que a la ganancia,

porque como de amor estaba loco,  
darla quisiera (a) un mundo, (1) y fuera poco.

Trabajos ni peligros, al tornarme,  
no los sentí, y así no te los cuento,  
que como fuese en orden acercarme,  
me recreaba el más furioso viento.  
Sin duda la fortuna dió en guardarme,  
adivinando mi mayor tormento,  
que a estar cierta en España mi ventura,  
la onda fuera menor mi sepultura.

Cincuenta y seis mil pesos traigo en barras,  
sin cien marcos de plata bien labrados,  
dos zarcillos de perlas, por bizarras  
estimadas en mucho, no apreciados.  
No de menos estima son las arras:  
en tejos de oro cuatro mil ducados,  
y una cadena de diamantes bella,  
que al Zodíaco emula en tanta estrella.

Paños y sedas traigo, de la Aurora  
hurtos que en forma hermosa, si diversa,  
teje el Indio sutil, borda y colora,  
mejor que el Tirio, Babilonio y Persa.  
Dueño fueras de todo, ella señora,  
si no me fuera la fortuna adversa,  
y de una voluntad y amor constantes  
más que oro, aljófar, perlas y diamantes.

D. LUIS. Dame los brazos y advierte,  
César, en mi regocijo,  
que te quiero como a hijo  
y que sintiera el perderte.

Cien mil ducados y más (*Aparte.*)  
vale lo que ha referido.

CÉSAR. Al menos, agradecido  
y obligado me hallarás.

Con tu gusto y tu licencia  
veré a doña Ana, señor;  
quizá hallará en su amor  
el mío correspondencia.

D. LUIS. Yo agradezco por doña Ana  
el mucho honor que la das;  
mas hoy, César, no podrás  
verla; verásla mañana.  
¿Es largo el plazo?

CÉSAR. No es  
para quien de amor ignora,  
pero para mí una hora  
es un siglo.

D. LUIS. Temple, pues,  
la esperanza esa pasión,

(1) Parece que debe suprimirse "a" y quedar:  
"darla quisiera un mundo".

que es razón que se aperciba  
y con gusto te reciba.

CÉSAR. Obedecerte es razón.

Quédate adiós, que a pedir  
voy al sol que a media noche  
en el Oriente su coche  
haga la sombras huir.

(*Asc.*)

D. LUIS. Yo de tu hacienda y caudal  
voy al momento a informarla.  
¡Qué bien hice en no casarla!  
¡Ah, buen corazón leal!  
¡No es nada; cien mil ducados!  
¡Mas qué hará de no querer!  
Carroza y coche ha de haber  
y más de treinta criados.  
No habrá cosa que no mande,  
y aun no me tendrá contento;  
¡bueno es eso!; es casamiento  
para una hija de un Grande.

(*Asc.*)

(*Salen DON DIEGO y LOPE.*)

LOPE. ¿Qué? ¿En eso vino a parar  
el andar tan aturdido?

D. DIEGO. Sí, Lope.

LOPE. ¿Y qué? ¿Está herido?

D. DIEGO. Claro está que lo ha de estar.

¡Si soy desgraciado yo!

LOPE. ¡Vive Dios, que eres cruel!  
¿No es más desgraciado él,  
que está herido y tú no?

A una mujer y a un barbado  
les dió cierta enfermedad,  
y de harta gravedad,  
pues que los puso en cuidado.

Siempre que el doctor venía,  
cada cual le preguntaba  
por el otro, y que ya estaba  
algo mejor le decía.

En fin, ella se murió,  
y el tal señor dió en decir:  
"Ella se quiso morir,  
que más malo estaba yo."

Aplico: Al que de una mano  
pienso que manco le dejás,  
está alegre, y tú te quejas,  
que escapaste bueno y sano.

Yo, al menos, siempre quisiera,  
si va a decir la verdad,  
quejarme por amistad,

y que al otro le doliera.

Del mal el menos, señor.

D. DIEGO. Aquí no viene el refrán.

LOPE. Tenga la herida don Juan,  
y nosotros el dolor.

D. DIEGO. Mayor daño me prevengo  
de haber a don Juan herido.

LOPE. ¿Cómo?

D. DIEGO. ¡Muy bien he cumplido  
con la obligación que tengo!

Pues, como sabes, dejé  
por mis pleitos a Castilla,  
y apenas pisé a Sevilla,  
cuando en su casa hallé  
más regalo que pudiera  
en la propia que nació.  
¿Qué podrá decir de mí  
don Alonso de Ribera?

LOPE. ¿Pues sabe que tú le heriste  
su padre?

D. DIEGO. No lo sabrá,  
ni don Juan se lo dirá,  
que en eso el valor consiste.

¿Pero no he de estar corrido,  
si a su amistad y buen trato  
he correspondido ingrato  
y soy desagradecido?

¿Qué tengo yo que perder?

¡Vive Dios, que he de ausentarme  
de Sevilla y embarcarme!

LOPE. Ya te holgaras de poder!

¿Pero cómo no me dices  
de los papeles? Por Dios,  
que vienen de dos en dos,  
como frailes o perdices.

¡Dos papeles en un día  
de dos damas! ¿Qué tenemos?  
¿Hay éxtasis? ¿Hay extremos?

D. DIEGO. No basta ser cosa mía.

¿Cómo me puede faltar,  
si de la fortuna es gusto,  
en mis contentos disgusto,  
y en mis empeños azar?

Leonor me escribe aparentes  
lisonjas, fingiendo engaños,  
y doña Ana desengaños  
conocidos y evidentes.

Lo que me dice doña Ana  
verás en este papel:

¡Vive Dios, que fué por él  
el listón por la ventana!

Léelo tú, que podrás;

que yo ni puedo ni leo.  
Ya me ves que soy el reo;  
tú el secretario serás.

Notifica la sentencia,  
pues me condenan los cielos  
al remo vil de unos celos,  
o al destierro de una ausencia.

(LOPE lee el papel.)

LOPE.

*"No me mueve pasión, si deja de serlo, la lástima de ver tantas finezas burladas. Doña Leonor quiere bien a don Juan, mi primo, como lo dirá el tiempo y su cuidado. Y sea mi premio de este aviso el secreto. Adiós.—Doña ANA."*

D. DIEGO. ¿Quieres más, Lope?

LOPE. Ni aun tanto;  
pero aunque lo leo aquí,  
yo no lo creo.

D. DIEGO. Yo sí,  
que es mujer, y no me espanto.

LOPE. Yo confieso que es mujer;  
mas tiene doña Leonor  
tanta prudencia y valor,  
que no lo puedo creer.

¡Vive Dios, que en el recato  
con que doña Ana me dió  
este recado, vi yo  
los dobleces de su trato.  
¡Que me maten, si no creo  
que es invención de doña Ana!

D. DIEGO. Esa es malicia villana,  
cuando el desengaño veo:  
¿qué la pudiera obligar,  
sino el sentir mi desprecio?

LOPE. La envidia.

D. DIEGO. ¿Estás loco, necio?  
¿Qué tengo yo que envidiar?

Ni hay razón para que arguya  
que es de doña Ana invención.

LOPE. ¿Y no puede ser pasión?

D. DIEGO. No es sino malicia tuya.

Ya dirás que es el amor  
quien le dita lo que escribe,  
sin reparar en que vive  
como esclava de su honor.

Que tiene tal compostura  
doña Ana y es tan esquiva,  
que su recato cautiva  
no menos que su hermosura.

Porque la que siendo hermosa  
apenas se deja ver,  
su recato viene a ser  
las espinas de la rosa;  
y la hermosura, el asco  
comprado con interés  
del cuidado, néctar es,  
y dulce ambrosía al deseo.

LOPE. Dices bien, mas de agua mansa  
me libre el cielo.

D. DIEGO. Y a mí  
de tu malicia y de ti.

LOPE. Pues, señor, ¿a quien no cansa  
una dama enjerta en duende,  
sin dejarse ver ni hablar?  
¿Qué busca sino engañar  
quien esconde lo que vende?

Yo me he de casar en Francia,  
¡vive Dios!

D. DIEGO. Serás discreto.

LOPE. Así ve un hombre, en efeto,  
su pérdida o su ganancia.

Habla, visita, entretiene,  
danza con ella solaz,  
dale a su salvo la paz  
y ve lo que le conviene.

Que todo lo demás es  
casarse a Dios y a ventura;  
no tiene cosa segura  
quien no casa a lo francés.

Andará un don estafermo  
toda la noche y el día  
anhelando celosía  
por una dama del yermo;

y si detrás ve algún bulto,  
dice, entre tierno y turbado,  
más de un requiebro rezado.  
medio hereje y medio culto;

y tanto se desatina,  
que alguna vez enamora,  
pensando que es la señora  
la moza de la cocina.

La dama por quien suspira,  
por inventarle su antojo,  
enseña apenas un ojo,  
que él llama sol, y es mentira.

Que al pobre que brujulea,  
si la piensa más hermosa  
su deseo que una diosa,  
en mirando, es necia y fea.

Yo no quiero enamorar  
a quien con recato y miedo



por favor me enseñe un dedo:  
si me tengo de casar,

a Francia, ¡viven los cielos!

De lo demás no me trates.

D. DIEGO. Mátame con disparates,  
cuando me abraso de celos.

Vamos, celos, a inquirir  
en nuestro daño testigos;  
porque quien tiene enemigos,  
no le conviene dormir.

(*Éanse, y sale DOÑA ANA.*)

ANA. No puedo negarte, amor,  
que tienes dominio en mí,  
mas no porque me perdi  
quieras tratarme peor.  
Esto pasa de rigor,  
y será bien que te pares,  
primero que te declares,  
en que me es forzoso hacer,  
para hacerte a ti un placer,  
a mi honor muchos pesares.

Voluntad, ¿adónde vas  
precipitando a tu dueño?  
Siguiéndote me despeño;  
pues no caminemos más.  
¡Honor, volvamos atrás!  
Oiganos a la razón,  
que es amor una pasión:  
pues poderosa ha de ser  
una pasión a vencer  
el valor y la opinión.

Pasión es fuerza que influye  
con soberano poder;  
¿cómo me puedo oponer  
a la inclemencia que incluye?  
Tal vez el enfermo huye  
la purga que le provoca  
luego que el labio la toca:  
mas como sanar procura,  
se anima, y el vaso apura  
sin quitarle de la boca.

Yo así, que enferma y doliente  
de achaque de amor me siento,  
me arrojo al atrevimiento  
y mi honor no lo consiente;  
mas temo que el accidente  
ha de aumentar la dolencia.  
Honor, no hay sino paciencia,  
determinarse y vivir,  
o dejémonos morir,  
si os parece más prudencia.

Mas ya estoy deprimada,  
y lo más que puedo hacer,  
aunque mucho poner,  
es proceder recatada.  
Será píldora dorada  
que ocultando su intención  
con aparente invención,  
para confitar el gusto  
le dará a mi amor un dolo  
cuando haga operación.

¿Jacinta?

(*Sale JACINTA.*)

JACINTA. ¿Señora, ¿ah?

ANA. Toma un manto.

JACINTA. ¿La señora?

ANA. Luego.

Búscame, amiga, a mi Diego;  
ya sabes cuánto te he  
mi amor. Dile que te avía  
doña Leonor.

JACINTA. Ya con  
tu amor mi pecho.

ANA. Así que  
el tuyo lo que desea.

JACINTA. Dilo presto.

ANA. Que la ve  
por el jardín a las once.

JACINTA. Señora, a servirte voy.

(*Éase.*)

ANA. En su casa le hallar  
mi Jacinta; tú verás  
las albricias que te da  
Leonor, tu enemiga;  
aunque es la guerra queigo  
con el amor, no contie  
Prima, tu Troya se al  
que tienes dentro de  
a tu mayor enemigo.

## JORNADA SEGUNDA

(*Sale DOÑA ANA.*)

ANA. ¡Loca esperanza, que el cielo  
del pensamiento ignora!  
Mirad bien cómo voláis  
que os acercáis mucho al dolor,  
que os precipite recelo,  
si no el fuego que os consume  
en la mitad de la esfera.

nuestra propia pesadumbre,  
que no es bien a tanta cumbre  
volar con alas de cera.

Haber, no fuera mejor  
que a don Diego llamara  
y mi amor le declarara,  
puesto que le tengo amor,  
y no ofender a Leonor,  
ocasionando a don Diego  
celos que aviven su fuego,  
y con fingido ademán  
tráele engañado a don Juan  
sin juicio y sin sosiego.

A don Diego persuadi  
que su Leonor le entretiene  
y el amor que ella le tiene  
me tenga don Diego a mí:  
a don Juan a entender di,  
por un recado fingido,  
que de Leonor es querido,  
y que le atormentan celos  
a él, por necios desvelos  
y [a] mí, celos y olvido.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¡Siempre has de estar retirada  
en tu cuarto! ¡Qué tristeza!  
Con razón naturaleza  
estará de ti agraviada.

Que aunque lugar de virtud  
tiene la quietud, tal vez  
hermosura y altivez  
arguyen ingratitud.

Ese modo de negarse  
para con otras se queda;  
¿qué pasión hay que no pueda  
conmigo comunicarse?

Tu prima soy, y tu amiga,  
que es parentesco mayor.  
¡Habla!

Mi pena, Leonor,  
imposible es que la diga.

Perdona, que yo quisiera  
que fuera comunicable;  
mas no quiere amor que hable,  
sino que callando muera.

Y si esta pena, este daño  
callando he de remediar,  
dejaré, prima, llorar,  
que así mi esperanza engaño.

Ahora que habías de estar  
con mas gusto y más placer,

tristeza das a entender,  
vislumbres de algún pesar.

Cuando César ha venido  
tan rico, y tu padre trata  
de que compre con su plata  
título de tu marido,

te extrañas y te retiras.  
Dime, prima, la ocasión:  
descanse tu corazón  
conmigo.

ANA.

¡Ay, Leonor!

LEONOR.

¿Suspiras?

¿Luego sin ti lo ha tratado?

ANA.

De mi padre son codicias.

(Sale JACINTA.)

JACINTA.

Si puedo pedirte albricias,  
en casa entra el desposado.

ANA.

¡Qué enfado!

JACINTA.

Y don Juan con él,

tu primo.

ANA.

Albricias te diera  
porque hicieses que se fuera.

LEONOR.

No estés, Ana, tan cruel.

ANA.

¿Qué cruel? Yo no le quiero  
ver ni oír.

LEONOR.

Esa sería  
muy linda descortesía:  
advierte que es caballero  
César, y que ha sido gusto  
de tu padre, en fin...

ANA.

No es  
gusto lo que es interés,  
antes es rigor injusto.

Diles que no estoy en casa,  
y no creas (1) si lo dices.

¡Ay, amores infelices! (Aparte.)

JACINTA.

Ya no es tiempo, porque pasa  
el corredor, y podrán  
haberte oído.

ANA.

Yo soy  
desdichada.

LEONOR.

Yo me voy.

(Sale.)

ANA.

¿Con que me viene don Juan?

¿Oyes, Jacinta? ¿A don Diego  
no hablaste ayer?

JACINTA.

No le hallé.

ANA.

Pues presto despacharé.  
Acuérdate que has de ir luego.

(1) Sic; ¿será "yerras"?

por favor me enseñe un dedo:  
si me tengo de casar,

a Francia, ¡viven los cielos!

De lo demás no me trates.

D. DIEGO. Mátame con disparates,  
cuando me abraso de celos.

Vamos, celos, a inquirir  
en nuestro daño testigos;  
porque quien tiene enemigos,  
no le conviene dormir.

(*Íanse, y sale DOÑA ANA.*)

ANA. No puedo negarte, amor,  
que tienes dominio en mí,  
mas no porque me perdi  
quieras tratarme peor.  
Esto pasa de rigor,  
y será bien que te pares,  
primero que te declares,  
en que me es forzoso hacer,  
para hacerte a ti un placer,  
a mi honor muchos pesares.

Voluntad, ¿adónde vas  
precipitando a tu dueño?  
Siguiéndote me despeño;  
pues no caminemos más.  
¡Honor, volvamos atrás!  
Oigamos a la razón,  
que es amor una pasión:  
pues poderosa ha de ser  
una pasión a vencer  
el valor y la opinión.

Pasión es fuerza que influye  
con soberano poder;  
¿cómo me puedo oponer  
a la inclemencia que incluye?  
Tal vez el enfermo huye  
la purga que le provoca  
luego que el labio la toca:  
mas como sanar procura,  
se anima, y el vaso apura  
sin quitarle de la boca.

Yo así, que enferma y doliente  
de achaque de amor me siento,  
me arrojo al atrevimiento  
y mi honor no lo consiente;  
mas temo que el accidente  
ha de aumentar la dolencia.  
Honor, no hay sino paciencia,  
determinarse y vivir,  
o dejémonos morir,  
si os parece más prudencia.

Mas ya estoy determinada,  
y lo más que puedo hacer,  
aunque mucho prometer,  
es proceder recatada.

Será píldora dorada,  
que ocultando su intención  
con aparente invención,  
para confitar el gusto,  
le dará a mi amor un susto  
cuando haga operación.

¿Jacinta?

(*Sale JACINTA.*)

JACINTA. ¿Señora mía?

ANA. Toma un manto.

JACINTA. ¿Luego?

ANA. Luego.

Búscame, amiga, a don Diego;  
ya sabes cuánto te fia  
mi amor. Dile que te envía  
doña Leonor.

JACINTA. Ya conoce  
tu amor mi pecho.

ANA. Así goce  
el tuyo lo que desca.

JACINTA. Dilo presto.

ANA. Que la vea  
por el jardín a las doce.

JACINTA. Señora, a servirte voy.

(*Íase.*)

ANA. En su casa le hallarás,  
mi Jacinta; tú verás  
las albricias que te doy.  
Leonor, tu enemiga soy,  
aunque es la guerra que sigo  
con el amor, no contigo.  
Prima, tu Troya se abrasa,  
que tienes dentro de casa  
a tu mayor enemigo.

## JORNADA SEGUNDA

(*Sale DOÑA ANA.*)

ANA. ¡Loca esperanza, que el vuelo  
del pensamiento igualáis!  
Mirad bien cómo voláis,  
que os acercáis mucho al cielo;  
que os precipite recelo,  
si no el fuego que os espera  
en la mitad de la esfera,

vuestra propia pesadumbre,  
que no es bien a tanta cumbre  
volar con alas de cera.

Honor, no fuera mejor  
quien a don Diego llamara  
y mi amor le declarara,  
puesto que le tengo amor,  
y no ofender a Leonor,  
ocasionando a don Diego  
celos que aviven su fuego,  
y con fingido ademán  
trac engañado a don Juan  
sin juicio y sin sosiego.

A don Diego persuadí  
que su Leonor le entretiene  
y el amor que ella le tiene  
me tenga don Diego a mí;  
a don Juan a entender di,  
por un recado fingido,  
que de Leonor es querido,  
y que le atormentan celos  
a él, por necios desvelos  
y [a] mí, celos y olvido.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¡Siempre has de estar retirada  
en tu cuarto! ¡Qué tristeza!  
Con razón naturaleza  
estará de ti agraviada.

Que aunque lugar de virtud  
tiene la quietud, tal vez  
hermosura y alíve  
arguyen ingratitud.

Ese modo de negarse  
para con otras se queda;  
¿qué pasión hay que no pueda  
conmigo comunicarse?

Tu prima soy, y tu amiga,  
que es parentesco mayor.  
¡Habla!

ANA. Mi pena, Leonor,  
imposible es que la diga.

Perdona, que yo quisiera  
que fuera comunicable;  
mas no quiere amor que hable,  
sino que callando muera.

Y si esta pena, este daño  
callando he de remediar,  
déjame, prima, llorar,  
que así mi esperanza engaño.

LEONOR. Ahora que habías de estar  
con más gusto y más placer,

tristeza das a entender.  
vislumbres de algún pesar.

Cuando César ha venido  
tan rico, y tu padre trata  
de que compre con su plata  
título de tu marido,  
te extrañas y te retiras.  
Dime, prima, la ocasión;  
descanse tu corazón  
conmigo.

ANA. ¡Ay, Leonor!

LEONOR. ¿Suspiras?

¿Luego sin ti lo ha tratado?

ANA. De mi padre son codicias.

(Sale JACINTA.)

JACINTA. Si puedo pedirte albricias,  
en casa entra el desposado.

ANA. ¡Qué enfado!

JACINTA. Y don Juan con él,  
tu primo.

ANA. Albricias te diera  
porque hicieses que se fuera.

LEONOR. No estés, Ana, tan cruel.

ANA. ¿Qué cruel? Yo no le quicra  
ver ni oír.

LEONOR. Esa sería  
muy linda descortesía:  
advierte que es caballero  
César, y que ha sido gusto  
de tu padre, en fin...

ANA. No es  
gusto lo que es interés,  
antes es rigor injusto.

Diles que no estoy en casa,  
y no creas (1) si lo dices.

¡Ay, amores infelices! (*Aparte.*)

JACINTA. Ya no es tiempo, porque pasa  
el corredor, y podrán  
haberte oído.

ANA. Yo soy  
desdichada.

LEONOR. Yo me voy.

(*Vase.*)

ANA. ¿Con que me viene don Juan?  
¿Oyes, Jacinta? ¿A don Diego  
no hablaste ayer?

JACINTA. No le hallé.

ANA. Pues presto despacharé.  
Acuérdame que has de ir luego.

(1) Sic; ¿será "yerras"?



mira la burla y se ciega,  
 y con el puño partido  
 peina la tierra y da al viento  
 globos de polvos, que vistos  
 desde fuera, juzgará  
 quien los niegue torbellinos,  
 o que es humo de su fuego,  
 o que es de su fuego aviso?  
 ¿Y parado, haciendo alarde  
 de su enojo y de su brío,  
 se está sin mover un paso  
 entre sus agravios misinos,  
 que parece que los llama  
 uno a uno al desafío,  
 o que no acierta a salir  
 ni apartarse de aquel sitio,  
 porque sus mismos agravios  
 le sirven de laberinto?  
 Pues así me hallé, Leonor,  
 acosado y combatido  
 de una impensada sospecha,  
 de una traición de un amigo,  
 de una fineza burlada,  
 de un agravio conocido,  
 de un amor mal satisfecho,  
 de muchos claros indicios,  
 de una lealtad sospechosa,  
 de un asombro, de un prodigio  
 de falsedad, de un engaño  
 y de un valor ofendido.  
 Porque cuando vi a don Juan,  
 el color todo perdido,  
 la vista toda turbada,  
 la voz publicando bríos,  
 ; con qué rabia te lo cuento !,  
 ; con qué pena te lo digo !,  
 ; con mil nudos que embarazan  
 las palabras que organizo !  
 Porque ha sido de la lengua  
 el corazón ofendido,  
 parece que a las palabras  
 les quiere cortar el hilo.  
 Muy bien hiciste en amarle;  
 cuerda tu elección ha sido;  
 sólo culpo tu traición,  
 sólo el engaño abomino.  
 En fin, ¿es don Juan tu amante?  
 Verdad es; él me lo ha dicho,  
 mis dudas lo han sospechado,  
 mis evidencias lo han visto.  
 Ya no lo puedes negar,  
 comprobado está el delito,

testigos sobran al cargo,  
 y al descargo no hay testigos.  
 ; Lástima tuvo de mí  
 quien me avisó por escrito !  
 ; Tan público es ya mi agravio !  
 Si piensas que sólo han sido  
 sospechas, no son sospechas;  
 indicios, no son indicios;  
 celos son averiguados,  
 agravios son conocidos.  
 Todos saben mi deshonra;  
 claro está que yo habré sido  
 el postrero que lo sabe.

LEONOR. Basta, basta, que harto has dicho.

(Sale JACINTA.)

JACINTA. Señora, señora.

LEONOR. ¿Qué hay?

JACINTA. Al corredor ha salido  
 doña Ana.

LEONOR. No entrará acá,  
 que está enojada conmigo.

JACINTA. Ya se va.

LEONOR. Pues salte tú,  
 porque estés con el aviso,  
 y ponte con tu labor  
 en ese corredorillo,  
 de manera que sentada  
 estés mirando el postigo.  
 (No es bien mostrarme enojada  
 cuando tan ciego le miro,  
 que ni advierte (1) lo que habla,  
 ni mira que habla conmigo.)  
 ; Basta, mi bien ! ; Bueno está,  
 mis ojos ! ; que aunque imagino  
 que son fingidos tus celos,  
 aun fingidos no permito  
 que los mire nuestro amor,  
 porque son el basilisco  
 que le inficiona y le mata ;  
 y sabes tan bien fingirlos,  
 que parece que es verdad,  
 y que todo lo que has dicho  
 ha pasado por los dos ;  
 pero yo no lo he sabido.

D. DIEGO. No son fingidos, Leonor ;  
 yo no engaño, yo no finjo ;  
 de lo que he visto me quejo ;  
 lo que me han dicho te digo.  
 No inhabilites mis celos

(1) Texto: "advierito".

con la fuerza de tu hechizo,  
ni te libres del descanso,  
tapándote los oídos.

LEONOR. Ya es vileza el sufrimiento, (*Ap.*)  
ya el callar es desatino,  
y es confesando la culpa  
acreditar los indicios.  
Voyme, por no responderle;  
temo que vuelva mi tío.  
¡Adiós!

D. DIEGO. ¿Te vas?

LEONOR. Sí, don Diego.

D. DIEGO. ¡Tente, aguarda! Si el juicio  
pretendes, Leonor, quitarme,  
presto le verás perdido.

LEONOR. Don Diego, tú te le quitas.

D. DIEGO. ¡Pues no bastaba ofendido,  
sino también despreciado!  
¡Ah, Leonor, mentira ha sido  
tu amor, sueño mi esperanza!  
¡Ya está visto, ya está visto!  
Cuando lágrimas me anegan,  
cuando me ahogan suspiros,  
cuando me cercan agravios  
y cuando apenas respiro,  
combatido y acosado,  
violentado y oprimido  
de la pasión que me ciega,  
del enojo a que me rindo,  
sin satisfacer mis quejas,  
sin disculpar tu albedrío,  
sin asegurar mis miedos,  
sin declarar tus desinios,  
te vas, Leonor, y me dejas  
helado; mas no me admiro,  
que viendo que sufro tanto,  
por mármol me habrás tenido.

LEONOR. No te está mal que me vaya;  
yo sé que enirme te obligo.  
Déjame y no me detengas.

D. DIEGO. ¡Leonor, Leonor! Lo que ha sido  
grosería, no lo hagas  
fineza, que es desatino.  
Salgamos ya de una vez  
de tan ciego laberinto.  
No me propongas enimas,  
que cuando más las descifro,  
a mi vida y a mi honra  
amenazan más peligros.  
¡Acaba! ¡Mátame! Haz  
lo que quisieres, o dilo;  
que por vida de los dos,

que sin hacerlo o decirlo,  
no has de salir, y ¡por vida  
de don Juan!, mira que he dicho  
mucho, y que estás obligada,  
en fe de amante, a cumplirlo.

LEONOR. ¡Qué cansado está don Diego,  
qué grosero y qué prolijo, (*Ap.*)  
que ni yo quiero a don Juan  
ni en mi vida le he querido!  
Ni sé qué celos son éstos,  
porque si don Juan ha sido  
mi amante, ni yo lo sé,  
ni a mí don Juan me lo ha dicho.  
Corrida y confusa estoy;  
¿qué he de hacer? Pues si permito  
contra mi propio decoro  
agravios tan conocidos,  
mi propio decoro ofiendo,  
y entre miedos y suspiros  
la reputación se traga  
y el valor queda corrido.  
Ni me estimará después  
quien ha de ser mi marido,  
si escrupuliza mi honor  
y yo no le escrupulizo.  
Y cuando no haya de serlo,  
por lo menos, si con bríos  
me ve defenderle ahora,  
conocerá que le estimo.  
Y le está a mi honor más bien  
un enojo que un cariño,  
una amenaza que un ruego,  
un desprecio que un peligro,  
un rigor que una sospecha,  
un castigo que un aviso  
y que una satisfacción,  
un ceño, un fiero, un retiro.  
Pues disimulen ahora  
el amor y los sentidos;  
que he de hacer que de estos celos  
me venguen los celos mismos.)  
¡Esto ha de ser! Vos, señor  
don Diego, estáis persuadido  
a unos celos, y no hay celos;  
a un agravio, y no lo ha sido.  
Poco cuerdo habéis andado;  
poco amante, poco fino.  
No es disculpa estar celoso;  
no la quiero, no la admito.  
Si porque habéis visto en mí  
que a quereros bien me inclino,  
y que atropellando riesgos

imposibles facilito;  
 si confiado en algunas  
 finezas que en mí habéis visto,  
 os juzgáis idolatrado  
 y os imagináis temido;  
 si olvidado de quien soy,  
 o acaso poco advertido  
 en el honor que profeso,  
 en los empeños que rijo,  
 desvanecéis presunciones,  
 lleváis errado el camino  
 de obligar y de agradar;  
 que desaires nunca han sido  
 a la voluntad sobornos,  
 antes traen siempre consigo  
 un desagrado que obliga  
 a desprecios y a castigo.  
 Las mujeres principales,  
 y que como yo han nacido  
 con tantas obligaciones,  
 no engañamos, no fingimos.  
 Si os han parecido mal  
 desaires que en mí habéis visto,  
 gracias a Dios que tenéis  
 lugar para arrepentiros.  
 Antes, en cuanto es de parte  
 de mi agrado, os certifico  
 que para ese fin, don Diego,  
 estáis muy en los principios.  
 Y advertid, señor don Diego,  
 para que mudéis de estilo,  
 que hasta ahora sola yo  
 soy dueño de mi albedrío.  
 Y creed que habéis estado  
 aquesta vez tan prolijo,  
 que me pesara, por Dios,  
 de teneros por marido.

D. DIEGO. ¿Hay más pesares? ¿Hay más  
 disgusto? ¿Hay más abismos?  
 de azares y de cuidados?  
 Parece que de sus quicios  
 se desliza todo el cielo  
 y sobre mí se ha caído,  
 o que gusta la fortuna  
 de verme a sus pies rendido.  
 ¿Estas eran las finezas?  
 ¡Ah, Leonor! ¿A esto han venido  
 los favores que me has hecho,  
 las ternezas que me has dicho?  
 ¿Quien tiene amor siente tanto  
 que la celen? ¿Quien ha sido  
 tuyo, pierde en un instante

lo que ganó en tantos siglos?  
 Tirana, que te levantas  
 contra la fe que publico:  
 si era tu intención matarme,  
 matárasme en los principios.  
 ¿Para qué has alimentado  
 la vida, el gusto, el alivio,  
 si ha de venir a parar  
 todo junto en el martirio?  
 Esposa...

LEONOR. No soy tu esposa.

D. DIEGO. ¡Dueño ingrato, dueño mío!  
 Vuelva yo a verme en tu gracia.

LEONOR. ¿Yo tu dueño?

D. DIEGO. ¿No lo he sido?

LEONOR. Ya es otro tiempo.

D. DIEGO. ¿Por qué,  
 si en fe de ser tuyo vivo?  
 ¿Y tu palabra?

LEONOR. ¿Y mi agravio?

D. DIEGO. ¿Y tu amor?

LEONOR. Está ofendido.

D. DIEGO. (Quisiera desenojarla (*Aparte.*)  
 con este agrado fingido,  
 que puede no tener parte  
 en la culpa que me han dicho;  
 que después es fácil cosa,  
 si mis celos averiguo,  
 no verla en mi vida más).—  
 Mira que es mucho castigo,  
 porque te adoro, matarme.  
 ¡Ay, mi bien!

LEONOR. ¡Qué desatino!  
 ¡Déjame, por Dios, don Diego!  
 (Lástima es verle afligido. (*Ap.*)  
 Estoy por darle a entender,  
 así al descuido, que finjo  
 este enojo que he mostrado,  
 y que en mi pecho está vivo  
 su amor. Mas no, que es perderme,  
 y mi intento no consigo.  
 Pene y lamente mi enojo,  
 mientras yo le solemnizo;  
 que así su amor ocasiono,  
 su atrevimiento castigo,  
 sus escarmientos prevengo  
 y sus respetos aviso.)  
 ¿Queréis hacerme un placer?

D. DIEGO. ¿Puedo?

LEONOR. Sí, don Diego, en iros;  
 que es tarde, y podrá venir  
 algún criado, o mi tío.

Y no le puede estar bien,  
ya lo véis, al honor nio  
ni al vuestro, que aquí nos hallen.  
Mirad que es grande el peligro.  
Noble sois y cuerdo sois.  
y yo mujer. Harto he dicho.

D. DIEGO. ¿Estáis ya desenojada?

LEONOR. Ningún enojo he tenido.

D. DIEGO. ¿Puedo llamarme tu esclavo?

LEONOR. Mi señor.

D. DIEGO. ¿Y tu marido?

LEONOR. ¿Ahora salís con eso?  
Sed más cortés, os suplico,  
y no os faltéis avisado,  
¡ues os sobráis entendido.

D. DIEGO. Deja que bese una mano.

LEONOR. ¡Qué atrevimiento!

D. DIEGO. Atrevido  
soy, Leonor, porque te adoro.

LEONOR. Esto es querer que mi tío  
entienda que...

D. DIEGO. Ya la hubiera  
besado, y me hubiera ido.

LEONOR. Pues no he de darla.

D. DIEGO. ¿Por qué?

LEONOR. Porque...

D. DIEGO. No lo pienses, dilo.

LEONOR. Porque no tengo licencia,  
si a don Juan no se la pido.

D. DIEGO. No me atormentes, Leonor,  
repitiendo mis delitos;  
del amor nacen los celos.

LEONOR. Y de la ofensa el olvido.

D. DIEGO. Perdón merecen mis culpas,  
pues que estoy arrepentido.  
Basta, que en verte enojada  
me pierdo y atemorizo.  
Que aun a mayores ofensas  
fuera bastante castigo  
un amago de tu enojo.

LEONOR. Hasta ahora, sólo has visto  
el amago.

D. DIEGO. ¿Luego piensas  
enojarte más? Yo rindo  
toda mi vida a tu enojo.

LEONOR. Yo el rendimiento desisto.

D. DIEGO. ¿Que, en fin, podrás olvidarme?

LEONOR. Haz cuenta que ya he podido.

D. DIEGO. ¿Olvidarme?

LEONOR. Sí, olvidarte.

D. DIEGO. Eres mujer, no me admiro.  
Y tu amor no ha sido amor,

entretcnimiento ha sido.

LEONOR. ¡Bien se ha visto!

D. DIEGO. Y bien se ve,

pues porque te comunico  
un escrúpulo, un recelo,  
una queja, unos indicios,  
tú te enojas, yo te halago;  
tú riñes, yo te acaricio;  
tú te alborotas, yo callo;  
tú me ultrajas, yo me río;  
puesto que fuera vileza  
en un hombre bien nacido  
pasar por alto sospechas  
y escucharlo y no sentirlo,  
fuera infamia en el honor,  
y en el amor sambenito;  
y que una satisfacción  
deshace agravios creídos.  
Pues si yo me satisfago,  
y yo reporto tus bríos,  
yo soy quien te quiere más,  
y tú quien no me ha querido.

LEONOR. Más te he querido que a mí.

D. DIEGO. ¿Más que a ti? Pues ¿qué se hizo  
tu amor?

LEONOR. Helóse, y quedó  
como piedra endurecido.  
¿Viste un arroyo de plata,  
que elevado y suspendido  
del murmúreo de su aljófár,  
del contento de su vidrio,  
capillas formando a coros,  
en cuyo ronco sonido,  
los músicos son guijuelas.  
los maestros pardos riscos.  
ministriles son las aves,  
que alternando villancicos,  
cantan la gala a las flores,  
mientras el arroyo mismo  
plata les ofrece y perlas,  
tan liberal y tan rico,  
que son en ellas adornos  
los que en él son desperdicios,  
y que a vista de la aurora  
llegó el cierzo helado y frío,  
y embargándole el cristal,  
le hizo prisión de sí mismo,  
y transformando el arroyo  
su ser en otro distinto,  
lo que fué risas es hielo,  
lo que fué perlas, granizo?  
Pues de esa suerte mi amor



blando, manso, cortés, limpio,  
 todo era risas y flores,  
 todo favores y alivios;  
 pero el frío de un desaire,  
 la sinrazón de un delito  
 y el rigor de una sospecha  
 mal fundada en sus principios,  
 convirtió el amor en odio,  
 la obligación en desvío,  
 las finezas en desprecio,  
 y en escarmientos y avisos  
 lo licencioso y lo fácil;  
 que olvidar es el castigo  
 más prudente en el amor,  
 cuando no es agradecido.

D. DIEGO. En efeto, ¿fué tu amor  
 pequeño arroyo?

LEONOR. Fué un río  
 tan caudaloso y tan claro,  
 que nunca el amor ha visto  
 querer más.

D. DIEGO. Y sufrir menos.

LEONOR. Harto, don Diego, he sufrido.

D. DIEGO. En fin, me vuelvo, Leonor,  
 despreciado y ofendido  
 de tu amor.

LEONOR. Mirad que es tarde.

D. DIEGO. Bien veo, Leonor, que incito  
 tu enojo estándome aquí;  
 pero no me determino  
 a dejarte; que tus ojos,  
 aunque enojados, son grillos  
 que me aprisionan el alma  
 y me tienen impedido.  
 Ya te dejo, ya me voy;  
 mas sabe que muerto o vivo,  
 quejoso o desengañado,  
 despreciado o admitido,  
 he de ser tuyo, a pesar  
 del mundo, cuando a impedirlo  
 se me oponga, y a pesar  
 de los desengaños míos,  
 y he de procurar de nuevo,  
 aunque intente desatinos,  
 que tu amor y mi esperanza  
 vuelvan a su ser antiguo.

(Vasc.)

LEONOR. ¡Triste va, cuidado lleva!  
 Mis demasías han sido  
 sinrazones. ¡Ya me pesa!  
 Estoy por llamarle a gritos.

¡Oh, qué sobrada y que necia  
 he andado! ¡Ya me lastimo,  
 si no ha de volver a verme!  
 ¿Si ha de mirar vengativo  
 otros ojos? ¿Si, agraviado,  
 aborrecerá los míos?  
 ¿O si será tan constante,  
 o tan firme como dijo?  
 Rabio, muero, peno, temo,  
 arrepiento, desconfío,  
 pierdo la vida, reviento,  
 lloro, padezco, suspiro  
 desdeñes y sinrazones.  
 ¿Quién ha visto, quién ha visto  
 querer más y sufrir menos,  
 siendo el amor tan sufrido?

### JORNADA TERCERA

(Salen DON JUAN y CÉSAR.)

CÉSAR.

Esto es, don Juan amigo, lo que siento,  
 más que la dilación del casamiento.  
 Y aunque Ana es vuestra prima,  
 tanto el alma os estima,  
 que os hablo de esta suerte.  
 Más se siente un desprecio que la muerte.

DON JUAN.

¿Pues qué dice doña Ana?

CÉSAR.

Ya sabéis que los dos esta mañana  
 entramos, pues que vos me acompañastis  
 hasta el estrado mismo, y me dejastis:  
 tan cortés anduvistis  
 con ella, y a Leonor entretuvistis.  
 En todo estuve y todo lo agradezco  
 como amigo, y ofrezco  
 seros siempre un Acates.

DON JUAN.

Cercenemos

prosa, y no nos tratemos,  
 si os preciáis de mi amigo verdadero,  
 con tantos cumplimientos. Como quiero  
 tanto a Leonor, aunque ella me aborrece,  
 y sé que favorece  
 a mi competidor, quise, animado,  
 viendo ocasión de hablarla en mi cuidado,  
 acompañar a César, que a mi prima  
 para su esposa estima;

pero salió mi diligencia vana,  
pues por las sinrazones de doña Ana  
quedó, abreviando César la visita,  
mi esperanza marchita.  
En fin, César, amigo...

CÉSAR.

En fin, no quiere  
casarse.

DON JUAN.

Así lo dice.

CÉSAR.

Bien se infiere  
que si amor me tuviera,  
con gusto y con amor me recibiera.  
Mas, ¿qué gusto y qué boda me apercibe  
quien cuando me recibe  
teme, llora, suspira y se entristece?

DON JUAN.

Pues, en fin, ¿qué os parece?

CÉSAR.

Que mi recelo es cierto;  
y es posible que a vos se os ha encubierto  
en tanto tiempo como yo he faltado,  
que es don Diego de Castro su cuidado.

DON JUAN.

¡Don Diego!

CÉSAR.

Sí, don Juan.

DON JUAN.

(A Dios pluguiera  
que verdadera tu sospecha fuera,  
pues casada doña Ana con don Diego,  
ella tuviera honor y yo sosiego;  
mis celos menos susto;  
Leonor menos rigor y yo más gusto.)  
Mas, ¿cómo lo supistis?

CÉSAR.

Al cuidado  
no hay secreto ni caso reservado.  
Tres días ha que vine y no he salido  
en público hasta hoy, porque he querido  
examinar su trato;  
con prudencia y recato,  
centinela dos noches de su casa,  
he acechado a quien pasa,  
sin perdonar ruido mis desvelos,  
que son Argos los celos.

DON JUAN.

(Y aun por eso mi prima me pedía  
que pasase su calle cada día,  
como nuestra amistad la aseguraba,  
que jamás de su lado me apartaba.)

CÉSAR.

Estuve antes de anoche, como digo;  
y en fin, veo que llegan al postigo  
dos hombres que, embozados,  
ocupan del postigo los dos lados.

DON JUAN.

¿Entraron?

CÉSAR.

No, don Juan; pero estuvieron  
hablando en una reja, hasta que dieron  
las tres de la mañana;  
fuéronse, en fin, hablando de doña Ana.  
Pude acercarme, que iba disfrazado,  
y conocí muy bien que era el criado  
de don Diego el que hacía  
espaldas; ved el otro quién sería.  
Y no entendáis que la sospecha es vana,  
porque hoy a un criado de doña Ana  
vi en la calle con él y que le hablaba,  
que quizá otra visita concertaba.

DON JUAN.

Corrido estoy de oídos y admirado.

CÉSAR.

Hoy de nuevo también se ha confirmado,  
porque en su misma puerta y en su calle  
acabé de topalle;  
pasaba yo cuando de allá salía,  
y hablarle fué forzosa cortesía.

DON JUAN.

¿Que, en fin, de allá salió? (¡Mas qué tal fuera  
que don Diego saliera  
de verse con Leonor, cuando empeñado  
estoy de declararme mi cuidado!  
¡Mas qué vanos recelos!  
Busco al amor y encuentro con los celos.)  
¡Don César!

CÉSAR.

¿Qué decís?

DON JUAN.

Que con cuidado  
me tiene, amigo, cuanto (1) os he escuchado:

(1) Texto: "quando".

creedme que desco  
veros con todo gusto.

CÉSAR.

Bien lo creo.

Mas, ¿por qué lo decís?

DON JUAN.

Si entendería (*Ap.*)

don Diego, que el listón que le pedía  
se le pedí por prenda de doña Ana,  
que también ocupaba la ventana  
con Leonor? No lo dudo.

CÉSAR.

¿En qué pensáis, don Juan?

DON JUAN.

Digo que pudo,  
con esa aprehensión y esos antojos,  
entraros el engaño por los ojos.

CÉSAR.

¿Dejan de ser indicios?

DON JUAN.

¿Quién lo niega?

Mas si de indicios no pasó, no llega  
a ser verdad, ni debe ser tenido  
por cierto lo que pudo ser fingido;  
que a lo representado  
bástale ser espuela del cuidado,  
verdugo de la idea,  
sin que creído enteramente sea;  
que aun en lo que asistimos  
hay engaño tal vez. El trueno oímos,  
el relámpago vemos,  
y el rayo no cayó donde entendemos;  
que en los arduos empeños  
aumentan el mal los más pequeños  
átomos y los bultos más distantes  
representan gigantes.

CÉSAR.

¡El juicio me quita!

DON JUAN.

Pues hoy hemos de hacer otra visita.

CÉSAR.

Si es gusto vuestro, hágase al momento.  
Pero, ¿a quién?

DON JUAN.

A mi prima.

CÉSAR.

¿Con qué intento  
cuando estoy, como veis, desesperado?

DON JUAN.

Quiero ver al descuido su cuidado.  
Juntos hemos de entrar; no estéis extraño.  
Veamos el amor o el desengaño.  
A mí me importa, amigo; yo os lo ruego.

CÉSAR.

Pues si a vos os importa, vamos luego.  
(Sabrá doña Ana que pensando muero.)

DON JUAN.

(Sabrá Leonor que por sus ojos muero.)

(*Íanse, y salen LEONOR y ANA.*)

LEONOR. Cuidadosa me dejaste (1)  
como enojada te fuiste;  
pero ni razón tuviste,  
ni sé por qué te enojaste;  
porque te quiero de suerte,  
que me ofendes en pensar  
que yo pudiese hablar  
palabra con que ofenderte.

Antes quien te ofende a ti,  
a mí me ofende en mis ojos.

ANA. Hasta verte, los enojos  
pudieron durar en mí;  
porque en llegando a mirarme  
en el cristal de tu cara,  
aunque enojada llegara,  
es fuerza desengañarme.  
Que si no lo hiciera así  
mirándome en tal cristal,  
fuera parecerme mal  
mi propia imagen a mí.

LEONOR. Ya, después de agradecidas,  
de tus lisonjas me quejo;  
que compararme al espejo (2)  
es decir que son fingidas  
mis acciones, pues en él  
lo son.

ANA. Eso contradigo,  
porque antes es el amigo  
más verdadero y fiel;  
que aunque es con todos cortés  
y a todos nos lisonjea,  
no hace hermosa a la que es fea,

(1) Texto: "me ha dejado".

(2) Texto: "el espejo".

ni finge lo que no es.

Y si serena el semblante  
del que airado en él se mira,  
es que reporta su ira,  
mirando su semejante.

Lo mismo me sucedió  
ahora contigo, y fué,  
al punto que te miré,  
vide en tu cara otra yo.

Y en viéndole, es clara cosa  
que me desenojaría,  
si como espejo, por mía,  
y si tuya, por hermosa.

LEONOR. ¡Basta! Que estáis lisonjera.  
Quiero darte mil abrazos,  
porque respondan los brazos  
a lo que yo no pudiera.

ANA. Tanto hay, que lo haré en ti,  
que corta, Leonor, he andado.

LEONOR. Aprieta, que el desposado  
no tendrá celos de mí.

ANA. ¡Ay, prima, no me le nombres,  
por Dios!...

LEONOR. Luego no le quieres.

ANA. ¡Que se casen las mujeres  
siendo tan malos los hombres!

LEONOR. ¿Qué? ¿Tan mal te pareció?

ANA. ¡Tan mal! Parecióme tal,  
que no pudo ser más mal.  
¿No le hablaste?

LEONOR. Como entró  
don Juan, que le acompañaba,  
y quizá por dar lugar,  
solos os quiso dejar,  
y se fué donde yo estaba  
ocupada en mi labor,  
y yo a la sala no entré,  
solamente le hablé  
al pasar el corredor.

ANA. ¿Y qué te pareció?

LEONOR. ¿A mí?  
Así, así me pareció.

(Entra DON LUIS.)

D. LUIS. Doña Ana, ¿estás sola?

ANA. No,  
señor, mi prima está aquí.

LEONOR. Si sola la has menester,  
haz cuenta que ya lo está.

(Vase.)

D. LUIS. ¿Vino el desposado ya?

ANA. ¿Quién?

D. LUIS. César. Quisiera saber  
tu gusto y tu pensamiento  
y tratar lo que convenga  
porque deseo que tenga  
efeto este casamiento.

Que a ti te estará muy bien,  
bien te lo dice mi gusto,  
pues tus aumentos es justo  
que tanto gusto me den.

Que yo vengo en ello es llano,  
pues aumentas mi nobleza  
si empleando tu belleza  
le das de esposa la mano.

Y más cuando es el caudal  
tan valiente de su parte,  
que pudiera disculparte  
cuando no fuera tu igual.

Es la nobleza un joya  
tal, que no tiene valor,  
pero viene a ser mayor  
si la riqueza la apoya,  
porque sin ella, abatida  
y despreciada estará;  
que entre la pobreza está  
la nobleza deslucida.

Yo soy pobre, ya se sabe;  
César, rico y caballero;  
su linaje, aunque extranjero,  
tan calificado y grave,

que hallarás que en esta parte  
tanta nobleza le sobre,  
que aunque César fuera pobre  
te estuviera bien casarte.

Y así, hija, yo que soy  
tu padre, y tu bien procuro,  
en siendo, que le aseguro  
si tal marido te doy...

¿Lloras? ¿Por qué no respondes?  
¿Quieres que el alma se aflija?  
¿Qué dices?

ANA. Que soy tu hija.

D. LUIS. Mal a mi amor correspondes.

¿No se ha de tomar estado?  
¿No es ya tiempo? ¿No es razón?  
¿Si me falta sujeción,  
en buena razón de estado  
que te cases, pues en ti  
mis esperanzas libró  
el cielo? ¿No te pidió  
César? ¿No dimos el sí?  
¿No se embarcó? ¿No ha traído



más riqueza que esperaba?  
Sentías que se tardaba,  
y lloras ya que ha venido.

¿Qué es lo que te desagrada?  
Tu padre soy, no lo ignoras.  
¡Habla claro! ¿Por qué lloras?

ANA. Porque nací desdichada.

D. LUIS. ¿Desdicha es que te pretenda  
ennoblecen y casar  
con quien puede levantar  
mi linaje con su hacienda?

Más desdicha viene a ser,  
hija, en el tiempo presente  
que seas desobediente;  
porque en llegando a perder  
el respeto y el temor  
a quien honrarte procura,  
ha de ser muy gran ventura  
que no pare en deshonor.

¿En qué reparas?

ANA. En nada.

D. LUIS. ¿Qué es lo que temes?

ANA. ¿Qué temo?

Vivir condenada al remo.

D. LUIS. ¿Qué remo?

ANA. De mal casada.

D. LUIS. Pues, ¿por qué?

ANA. No hagas examen

más estrecho, cuando ves  
que este casamiento es  
contra todo mi dictamen.

Perdona, que esto no es  
obedecer; mas no es justo  
que compre yo mi disgusto  
a precio de tu interés.

Antes fuera desvarío  
y poca capacidad  
rendirse la voluntad  
a excusas del albedrío.

Tomar estado es razón,  
y es buena razón de estado,  
pero regido y guiado  
por la propia inclinación.

Mas yo no estoy inclinada,  
y así tus rigores siento,  
porque ni casarme intento  
ni sé si seré casada.

Y no tienes que decirme  
en aqueste caso más,  
porque mandarlo podrás,  
mas no podrás persuadirme.

D. LUIS. ¿Hay resolución tan loca?

¡Vive Dios, que has de casarte,  
villana, o que he de matarte!

A cólera me provoca.

¿El respeto pierde así  
una mozucla atrevida  
a quien le dió ser y vida?  
¡Loco voy, no voy en mí!

(Vase.)

(Salen DON DIEGO y LOPE.)

D. DIEGO. Digo que soy desgraciado.

LOPE. Aunque tú dichoso fueras,  
te pegara yo desdicha.

D. DIEGO. ¿Pues la desdicha se pega?

LOPE. Sí, señor. ¿Ahora lo sabes?

D. DIEGO. Calla, loco.

LOPE. ¿Luego niegas

lo que todo el mundo sabe  
y nos dice la experiencia?

Mas que si yo me embarcara,  
aunque no hubiera tormenta  
en el mundo, que se armaba  
al punto una polvareda,

con que a la vista del puerto  
el navío se hundiera,  
y cuantos iban en él

por mi ocasión perecieran.

Hombre hay que, si cuando sale  
de su casa, ve o encuentra

un zurdo o calvo, se vuelve,  
teniendo por regla cierta

que aquel día no le puede  
suceder cosa a derechas.

Mil ejemplos hallarás.

¿Cuántas veces el que juega  
tiene azar con quien le mira?

¿De un caballo no se cuenta  
que cuantos eran sus amos  
llevaban en la cabeza?

¿Pues qué es esto sino darnos  
a entender que es cosa cierta  
que tienen peste los astros  
y sarna las influencias?

D. DIEGO. ¿Que siempre has de estar de hu-  
Dejémonos de quimeras, [mor!  
y a lo que me importa vamos.

LOPE. Vamos muy enhorabuena.

Mas, ¿dónde está lo que importa?

D. DIEGO. Está en que tú con prudencia...

¡Pero tente, Lope, aguarda!

¿Qué es aquello?

LOPE. Que a la puerta

de Leonor...

D. DIEGO. ¡Hay tal desdicha!

LOPE. ...dos caballeros se apean.

D. DIEGO. ¿Quién son?

LOPE. ¡Lindo preguntar!

Están de aquí media legua,  
¿y quieres que les conozca?  
¿Soy lince?

D. DIEGO. Pues, Lope, vuela,  
y así al descuido procura  
saber quién son; no te vuelvas  
sin saberlo, y si pudieres,  
con quién hablan y a qué entran.

LOPE. ¡Como quien no dice nada!  
Sin duda, señor, que piensas  
que el caballero del Febo  
soy, o Belianís de Grecia,  
pues a tales aventuras  
me envías. ¿No consideras  
que yo no estoy encantado,  
ni esta celada, y si llega  
un revés, me ha de hacer  
águila de dos cabezas?  
Temo mucho un cintarazo.  
¿Dónde te hallaré?

D. DIEGO. A la vuelta  
desta calle.

LOPE. Pues adiós.  
Verás con cuánta destreza  
llego, miro, escucho, atisbo  
hecho mosca, y te doy cuenta.

(*Vanse, y salen LEONOR, ANA, DON JUAN y CÉSAR.*)

ANA. ¡Tal porfía!

D. JUAN. No es porfía,  
sino amor, prima y señora.  
No os parezca demasía  
que os haga quien os adora  
dos visitas en un día.

Templar puede mi tormento  
vuestra memoria, es verdad;  
mas quiere amor mal contento  
que asista la voluntad  
y goce el entendimiento.

Y a vos, hermosa Leonor,  
por amparo y protectora  
de esta vida y de este amor  
os nombra el alma...

LEONOR. No ignora  
mi prima vuestro valor;  
que bien conoce mi prima  
cuánto con serviros gana.

CÉSAR. Mucho ese valor me anima:  
en fin, ¿sois ángel?

D. JUAN. Doña Ana,  
como todos, os estima.

CÉSAR. ¿Es eso así?

ANA. Yo os estimo  
por noble, rico y galán.

CÉSAR. Con ser muy vuestro me animo.

ANA. Y por venir con don Juan,  
amigo vuestro y mi primo.

CÉSAR. Mucho a don Juan agradezco  
que haya venido conmigo,  
pues cuando el alma os ofrezco,  
merezco por ser su amigo  
lo que por mí no merezco.

D. JUAN. No tiene descanso un hora.

LEONOR. Si ama, disculpado está.

D. JUAN. ¿Es disculpa?

LEONOR. ¿Quién lo ignora?

D. JUAN. Luego también lo estará  
quien esos ojos adora.

LEONOR. Nadie os la gana en cortés.  
Si es favor, yo os lo agradezco,  
mas si es lisonja...

D. JUAN. No es,  
sino amor firme, que ofrezco  
con el alma a vuestros pies.

ANA. A mi padre respondí  
lo que de él sabréis.

CÉSAR. Sí haré;  
¿mas no será bien que a mí,  
porque consolado esté,  
me deis vida con un sí?

(*Salen LOPE, y JACINTA teniéndole.*)

LOPE. En efeto le he de hablar,  
porque me importa.

JACINTA. Entra, pues,  
que bien puedes porfiar  
con un necio.

ANA. ¡Hola! ¿Quién es?

LOPE. No es nadie; yo, que a buscar  
vengo a mi amo.

D. JUAN. ¿Pues suele  
estar aquí?

LOPE. No, señor.

CÉSAR. ¿No queréis que me recele  
desto, don Juan?

D. JUAN. Es error  
pensar eso.

LOPE. (Esto me huele  
a chichones.) Como están

dos caballos...  
 CÉSAR. ¡Lindo achaque!  
 LOPE. ...allá fuera en el zaguán...  
 (¡Dios de esta prisión me saque!)  
 LEONOR. *(Ap.)* (Mucho siento que a don Juan  
 viese Lope hablar conmigo.)  
 ANA. *(Ap.)* (Huélgome que entrase acá,  
 porque será buen testigo,  
 y a don Diego contará  
 lo que yo a César le digo.  
 Que aunque no ignora mi intento  
 don Diego, más le aseguro  
 con este desabrimiento,  
 porque verá que procuro  
 divertir el casamiento.  
 Y en la primera ocasión  
 a don Diego determino  
 declararle mi pasión.)  
 CÉSAR. ¡Don Juan!  
 D. JUAN. ¡Amigo!  
 CÉSAR. Este vino  
 a darme más confusión.  
 D. JUAN. Pues disimular importa,  
 don César.  
 LOPE. (Temo una zurra;  
 ya tratan de darme torta.)  
 LEONOR. ¡Qué pena!  
 LOPE. (Hoy me despanzurra  
 don Juan.)  
 LEONOR. Muda estoy y absorta.  
 CÉSAR. En fin, ¿qué me respondéis?  
 ANA. Ya os he dicho que a mi padre  
 respondí; de él lo sabréis.  
*(Vasc.)*  
 CÉSAR. Señor don Juan, bien podéis  
 despediros de Leonor;  
 y vamos, que yo lo quedo  
 de doña Ana y de su amor.  
 LOPE. (Yo me arrugo, y con más miedo  
 que vergüenza...)  
*(Vasc.)*  
 LEONOR. Yo, señor,  
 a mi prima he procurado  
 persuadir, y sabe el cielo  
 que siento tu desagrado.  
 CÉSAR. No hay en esto más consuelo  
 que quedar desengañado;  
 yo lo voy, y agradecido  
 de vos.  
 LEONOR. Siempre desearé

serviros.

*(Vasc.)*

D. JUAN. Yo voy perdido  
 de amor; después os verá.  
 Adiós, mi dueño querido.

*(Vasc.)**(Salen DON DIEGO y LOPE, de noche.)*

D. DIEGO. En fin, ¿hablaba Leonor  
 con don Juan?

LOPE. Como lo cuento,  
 y Ana, su prima, con César.

D. DIEGO. Eso no hace a mis celos;  
 eso otro sí.

LOPE. ¡Brava noche!

D. DIEGO. Buena es para el galanteo.

LOPE. Mejor es para la cama.

D. DIEGO. No me parece que siento  
 ruido, Lope, en el cuarto  
 de Leonor, y mirar quiero  
 si me aguarda en el jardín;  
 que aunque hoy se enojó, no creo  
 que pueda guardar enojos  
 quien tiene amor verdadero.  
 No te apartes de este sitio.

*(Sale DOÑA ANA a la ventana y DON DIEGO va hacia el otro lado.)*

ANA. ¡Lo que ocasiona el silencio!  
 ¡Con cuánta seguridad,  
 si viniese ahora don Diego,  
 pudiera hablarle y abrirle!  
 ¡Tráigale amor! Sólo temo  
 que pueda haberse olvidado  
 del aviso que le dieron  
 mío, en nombre de Leonor.

LOPE. En tardándose, me tiendo,  
 y duermo como un atún  
 hasta el día.

ANA. Gente siento;  
 si es don Diego, él llegará.

D. DIEGO. Vive Dios, que anduve cuerdo  
 en venir; Leonor está  
 aguardándome.

ANA. A buen tiempo  
 salí: ¿es don Diego?

D. DIEGO. ¡Qué dicha!

Sí, yo soy, querido dueño.  
 ANA. (Por mi prima me ha tenido. *(Ap.)*  
 Amor, no perdamos tiempo;  
 yo le he de abrir.)

D. DIEGO.                               ¿He tardado,  
mucho?

ANA.                               Si a responderos  
la paciencia de mi amor,  
los años fueran pequeños  
minutos; mas si responden  
mi esperanza y mis deseos,  
las horas son largos siglos.

D. DIEGO. Aunque burléis, lo agradezco;  
que lisonjas de esos labios  
son dulzuras, cuando menos.

ANA. (Amor ampare mi causa.)  
Ya bajo a abrir, porque tengo  
muchas cosas que deciros.

(*Asc.*)

D. DIEGO. ¿Es ésta verdad o sueño?  
¿No me dijo esta mañana  
mil pesares, mil desprecios?  
Bien dicen que amor es niño:  
fácil flora y calla presto.

(*Sale ANA, como que abre la puerta.*)

ANA.                               ¡Entrad!

D. DIEGO.                               ¡Señora doña Ana!  
(¿Hay tal cosa? ¿Cómo es esto?)

ANA.                               ¿Qué aguardáis? (*Ap.*)

D. DIEGO.                               Voy a avisar  
al criado. ¡Hay tal suceso!  
¡Vive Dios, que estoy por irme!

LOPE.                               ¿Quién va?

D. DIEGO.                               ¡Ay, que vengo muerto!

LOPE.                               Pide a voces confesión.

D. DIEGO. ¡Calla, loco! Yo confieso  
que soy el más desdichado  
del mundo.

LOPE                               Pues yo te absuelvo, (1)  
y vámonos a acostar,  
en penitencia. ¿Fué incierto  
el concierto?

D. DIEGO.                               ¡Muy peor!  
Doña Ana está allí, y no puedo  
dejar de hablarla.

LOPE.                               ¿Y Leonor?

D. DIEGO. No sé, Lope; no lo entiendo.  
No te apartes de aquí un punto,  
y si abrieren, di que quedo  
a la vuelta de la calle  
con un amigo.

LOPE.                               Ya entiendo.

¿Y te avisaré?

D. DIEGO.                               Sí, Lope.

ANA.                               (¡Qué temeridad emprendo!  
Pero el amor me disculpa.)  
¿Venís ya, señor?

D. DIEGO.                               Ya vengo.

ANA.                               ¿Queda avisado el criado?

D. DIEGO. Ya lo está.—Temblando entro.

(*Vanse.*)

LOPE.                               ¡Vive Dios, que esta embustera  
ha de armar algún enredo,  
por donde mi amo olvide  
a Leonor. Este sereno  
me hace mal a los ojos,  
y parece que los tengo  
llenos de tierra; mas ya  
se me ofrece un buen remedio.  
El sereno es un socorro  
de lo alto, y es muy cierto  
que a lo que halle más cerca  
lo cogerá más de lleno;  
luego el que estuviere en pie  
fuerza es que esté más dispuesto  
a recibir la influencia:  
pues ahora bien; yo me tiendo.  
Que puesto que está la tierra  
más distante que el cerebro,  
mejor será recibir  
dos varas de daño menos.

(*Sale LEONOR a la ventana.*)

LEONOR. De mis propias sinrazones  
nace mi desasosiego;  
¡con tanto rigor castiga  
amor a quien le hace fieros!  
Don Diego estará enojado,  
¿quién lo duda? Bien merezco  
que no venga ni me hable;  
que quien con tan poco acuerdo  
usó desprecios, es justo  
que experimente desprecios.  
Yo sola tengo la culpa.

LOPE.                               ¡Hola! Parece que abrieron  
la ventana, o lo he soñado:  
¡sueñecito, no burlemos!

LEONOR. Gente siento, ¡ay, Dios! ¡Si fuese  
don Diego el que miro!

LOPE.                               ¡Ciertos  
son los toros! Leonor es.  
¡Vive Cristo, yo me llevo!  
¡Ce, ce!

LEONOR.                               ¿Es don Diego?

(1) Texto: "asuelvo".



- LOPE. ¿Pues quién ha de ser, sino don Diego?
- LEONOR. ¡Lope, seas bien venido!  
¿Cómo no llega tu dueño?  
Estará muy enojado conmigo.
- LOPE. ¿Pues no tenemos razón?
- LEONOR. Sí, Lope; mas ya a satisfacerle vengo.  
Bien puede llegar.
- LOPE. No puede.
- LEONOR. ¿Por qué no?
- LOPE. Porque le dejo a la vuelta de esta calle con un cierto caballero hablando, y hasta que yo le dé aviso, ten por cierto que no vendrá.
- LEONOR. ¿Tanto importa lo que habla?
- LOPE. Es un mozuelo que puede enfiadar al diablo, y está contándole cuentos toda esta noche. Yo voy a darle aviso.
- (*Íase.*)
- LEONOR. Aquí espero.  
Mucho don Diego me obliga, pues olvidando y sufriendo mis enojos, da a entender la fineza de su pecho.  
Cuerda elección hizo el alma; con justa razón le quiero.  
¡Oh! Lo que obliga el valor!
- (*Sale DON JUAN.*)
- D. JUAN. Sólo el escándalo temo.  
Que aunque con seguridad rondar esta casa puedo, por pariente de doña Ana, mi prima, esta vez más vengo por amante de Leonor.
- LEONOR. ¿Sois vos?
- D. JUAN. Yo soy. (Los requiebros (*Ap.*) de hoy han obrado; ya estaba aguardándome.)
- LEONOR. Acá dentro hablaremos más seguros, si queréis entrar.
- D. JUAN. Sí quiero.
- (¡Hay dicha como la mía!  
Por encogido y por necio no ha sido mía Leonor hasta ahora.)
- (*Asómase LEONOR a la puerta.*)
- LEONOR. ¡Entrad!
- D. JUAN. Ya entro.
- (*Sale DOÑA ANA y DON DIEGO.*)
- ANA. Esta es violencia de amor; que no la juzguéis, os ruego, facilidad.
- D. DIEGO. Yo os estimo ese amor y le agradezco.  
Pero, ¿cómo, si a Leonor...
- ANA. ¡Mi padre, mi padre! ¡Tiemblo! Muerta soy, perdida soy: por quien soy, por lo que os quiero, os pido que os escondáis.  
Yo volveré a veros luego.  
¡Presto! En este camarín; cerrad vos por allá dentro.  
¡Válgame vuestro valor!  
¡Mirad mi peligro!
- D. DIEGO. ¡Cielos!  
¿Es encanto? Ya me escondo.  
¿Volveréis presto?
- (*Íase.*)
- ANA. Al momento.
- (*Sale DON LUIS con una luz.*)
- D. LUIS. Las propias obligaciones, los cuidados, los recelos, son enemigos forzosos y quitan al hombre el sueño.  
Cuidado es tener familia, tener hijas no es el menos.  
Ana, ¿qué hacéis aquí a solas?  
¿No es hora de recogeros?
- ANA. Sí, señor.
- D. LUIS. Venid conmigo; tomad esa luz. ¡Qué presto
- (*Dale la vela, y al tomarla, como turbada, la deja caer.*)
- se os cayó!
- ANA. ¡Soy desdichada!
- D. LUIS. No lo tengáis por agüero.  
Mas al menos reparad, anticipando escarmientos, qué presto se queda a oscuras

quien anda con poco tiento.

(*Vanse.*)

(*Sale LEONOR, defendiéndose de DON JUAN.*)

LEONOR. ¿Hay tan gran descortesía?  
Esto es fuerza.

D. JUAN. Habrá de serlo,  
pues vos queréis que lo sea.

LEONOR. Primero, ¡viven los cielos!,  
(*Súcale LEONOR la espada a DON JUAN.*)

ese pecho y esa vida  
romperá este mismo acero,  
que tal consienta; que soy  
mujer principal, y tengo,  
demás de tener honor,  
valor para defenderlo.

D. JUAN. Pues, Leonor, ¿tú no me abriste?

LEONOR. Es engaño manifiesto,  
y traición; yo abrí la puerta  
para don Diego, que es dueño  
de mi vida y de mi honor.

D. JUAN. Pues, señora, ya estoy dentro.  
No des lugar a violencias,  
admite corteses ruegos;  
solos estamos los dos.

LEONOR. Poco importa que lo estemos.

D. DIEGO. Leonor es ésta, y don Juan  
el que la agravia. Reviento  
por salir.

D. JUAN. ¡Mi bien, Leonor!

LEONOR. Don Juan, don Juan, ya os advierto  
que os tengáis, que he de mataros.

D. JUAN. ¡Cruel estás!

LEONOR. ¡Vos grosero!

D. DIEGO. ¡Con qué valor se defiende!

D. JUAN. Más me matan tus desprecios.

LEONOR. ¿No os vais?

D. JUAN. Estáis enfadada.  
En fin, mi bien, ¿dais en eso?  
Pues veamos cómo viene  
don Diego a favoreceros  
y a libraros de mis brazos.

(*Sale DON DIEGO.*)

D. DIEGO. Yo sé que lo hará don Diego,  
y que no la ofenderá  
el mundo.

LEONOR. ¡Esposo!

D. DIEGO. Bien veo  
tu resistencia, Leonor.  
Pero a vos...

D. JUAN. No alborotemos

la casa, si sois servido.

Don Diego, el amor es ciego.

Yo quise bien a Leonor,  
es verdad; mas tan secreto  
ha sido mi amor en mí;  
aun no ha habido atrevimiento  
para decirlo a ella misma,  
ni yo he creído, os prometo,  
que pasase vuestro amor  
de un lícito galanteo.

D. DIEGO. ¿Pues cómo entrasteis aquí?

LEONOR. Porque yo le abrí, entendiendo  
que érades vos, como estaba  
el criado en el terrero  
y dijo que iba a avisaros.  
Pero a vos, ¿quién os ha puesto  
en el camarín?

D. DIEGO. Después  
prometo satisfaceros.

D. JUAN. Don Diego, mi vida pongo  
a vuestros pies. Sabe el cielo  
que mi ánimo no ha sido  
de agraviaros y ofenderos,  
sino de ser de Leonor  
dueño y esposo, creyendo  
su gusto con libertad,  
y su libertad sin dueño.  
Mas ya que sé que lo sois,  
el parabién del empleo  
os doy, y prometo ser  
vuestro amigo muy de nuevo.  
Y para que conozcáis,  
que estos no son cumplimientos,  
esta noche habéis de darle  
la mano, que yo os prometo  
negociarlo con mi tío.

D. DIEGO. Tanto, don Juan, lo deseo,  
que podréis luego mandarme  
y llamarme esclavo vuestro.

D. JUAN. Yo lo soy, y vuestro amigo.  
No os vais de aquí, que ya vuelvo,  
y habéis de ver esta noche  
las novedades que emprendo.

LEONOR. Ahora, don Juan, tomad  
vuestra espada, que ya tengo  
quien me ampare.

D. JUAN. Vos sabéis  
ofender y defenderos.

(*Vase.*)

LEONOR. ¿No me dirás cómo estabas  
escondido?

D. DIEGO. No lo entiendo.  
Doña Ana me abrió, diciendo  
que tú, mi bien, me aguardabas;  
pero viendo que tardabas  
quise, ofendido, volverme;  
venía su padre, y verme  
pudiera.

LEONOR. Si no te vió,  
ventura fué.

D. DIEGO. En fin, entró,  
y fué forzoso esconderme.

LEONOR. Mi dicha fué que estuvieras  
escondido donde vieses  
mi valor, porque salieses  
de dudas y de quimeras.

D. DIEGO. ¿Y cómo te defendieras  
si yo no me hallara aquí?

LEONOR. ¿Luego no hay valor en mí?

D. DIEGO. ¡Quizá el valor se cansara!

LEONOR. Le matara o me matara,  
antes que ofenderte a ti.

(Salen DON LUIS, DOÑA ANA y DON JUAN.)

D. JUAN. Entrad, señor don Luis.

ANA. Yo soy perdida.

D. LUIS. ¿Qué es esto?

D. JUAN. Esto es que Leonor está  
concertada de secreto  
con don Diego.

D. LUIS. ¿Así se pierde  
el decoro y el respeto  
a esta casa? ¡Vive Dios!...

D. JUAN. Señor don Luis, teneos.  
Ahora es tiempo de mostrar  
la prudencia y el buen seso;  
no deis lugar a pasiones;  
esto no tiene remedio.  
Leonor está bien casada;  
don Diego es gran caballero.

D. LUIS. Bien está. Pero, Leonor,  
¿no fuera bien que primero  
se trataran estas cosas?

LEONOR. Señor, mi culpa confieso.

D. DIEGO. Mucho siento disgustaros.

D. LUIS. Yo os perdono, y agradezco  
a Leonor que sus errores  
tuviesen tan buen acierto.

D. JUAN. Y porque salga mi tío  
de cuidado tan molesto,  
ya que César determina  
volverse a las Indias, quiero  
dar a mi prima la mano

con su gusto. ¿Ana?

ANA. Yo la aceto,  
si mi padre da licencia.

D. LUIS. Ya sabéis que ese concierto  
ha días que se trató,  
y vos, por otros intentos,  
le alterastis.

D. JUAN. Es así;  
mas ya se pasó ese tiempo.

ANA. Yo gano mucho en serviros.

D. JUAN. Yo estoy loco de contento.  
Y porque a nuestra amistad  
demos nudo más estrecho,  
quiero ser vuestro padrino.

(Dan golpes dentro, y sale JACINTA.)

JACINTA. Las puertas están hundiendo  
a golpes.

D. DIEGO. Si es Lope, abridle,  
que ha sido fiel compañero.

(Salen JACINTA, y LOPE.)

LOPE. Vive Dios, que cuando vi  
el alboroto y estruendo,  
y las voces, quise dar  
con las puertas en el suelo,  
que entendí que te mataban;  
¿en efecto, no estás muerto?

D. DIEGO. No, Lope, sino casado.

LOPE. Pues haz cuenta que es lo mismo,  
y será cuenta muy cierta.  
¡Buena es dejarme al sereno  
y entrarse a casar!

D. DIEGO. ¿Qué quieres?

LOPE. Venturoso yo que llego  
tarde al casar.

LEONOR. No tan tarde,  
que Jacinta...

LOPE. ¿En fin, no puedo  
escaparme?

D. DIEGO. No es posible.

LOPE. ¿No? Pues paciencia, y apelo  
para el capuz.

JACINTA. ¡Malos años!

D. LUIS. Venid, porque concertemos  
estas bodas.

D. DIEGO. Esto ha sido  
*Querer más y sufrir menos.*  
Las faltas disimuladas  
de este amante atrevimiento  
de aquel que desca serviros,  
que esto le basta por premio.

FIN.

COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>  
DE  
QUIEN BIEN AMA TARDE OLVIDA  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

|                                    |                         |                        |
|------------------------------------|-------------------------|------------------------|
| LUDOVICO, <i>Conde de Nola.</i>    | El PRÍNCIPE DE SALERNO. | ELVIRA.                |
| ALBERTO, <i>Príncipe de Capua.</i> | ALJARDE, <i>moro.</i>   | AURORA, <i>dama.</i>   |
| ALMIRANTE, <i>viejo.</i>           | Un PATRÓN.              | TECLA, <i>criada.</i>  |
| El REY.                            | Un PORTERO.             | BORDÓN, <i>criado.</i> |

---

ACTO PRIMERO

*(Salen LUDOVICO, Conde de Nola; ALBERTO, Príncipe de Capua, y BORDÓN, su criado.)*

ALBERTO. Ya es razón que me digáis,  
Conde, lo que me queréis;  
que tan confuso miráis,  
tan turbado respondéis  
y tan sin aliento habláis,  
que a no ser tan fiel amigo  
como sois, imaginara  
que queréis reñir conmigo.

LUDOVICO. Si el alma tal intentara,  
fuera mi muerte el castigo,  
pues la vida que poseo  
sólo, Príncipe, la estimo  
porque en serviros la empleo.

ALBERTO. Cuando yo más os animo (2),  
salís con nuevo rodeo.

Dejad ese cumplimiento,  
Conde Ludovico, aparte;  
decid vuestro pensamiento,  
dadme en vuestra pena parte,  
declaradme vuestro intento.

Abrid con seguridad  
vuestro pecho, confiado  
en nuestra grande amistad.

LUDOVICO. Pues que me habéis animado,

príncipe Alberto, escuchad.

Entre amorosos engaños,  
dentro en mi pecho nacidos,  
y engañando desengaños  
vivo, presos los sentidos  
entre la flor de mis años.

Y es (1) mi amorosa pasión  
tal, que robando la vida  
suspende mi corazón,  
pues con el alma rendida  
y con inmensa afición

adoro a Elvira, y en ella  
contemplo una tigre airada,  
si bien una imagen bella,  
que a su deidad consagrada  
tiene la mayor estrella.

Razón la di de mi amor,  
y mi afición despreciando,  
prueba el alma su rigor  
cuando está sacrificando  
víctimas a su favor.

Y sé yo que, a mi despecho,  
este fiero cocodrilo  
dueño del alma os ha hecho,  
dando a mis ojos un Nilo,  
como un volcán (2) a mi pecho.

Sois amado de quien soy  
en extremo aborrecido,  
y cuando al alma le doy,

(1) A: Parte XXII, Zaragoza, 1630; B. ms. 15702  
de la Biblioteca Nacional de Madrid.

(2) A: "Cuando a lo propio me animo".

(1) B: "Es".

(2) B: "cuando un volcán".



sepulta en eterno (1) olvido  
lo que padeciendo estoy.

Vos, Príncipe, me habéis dado  
razón de vuestro cuidado,  
y de que estimáis a Aurora,  
que al propio sol enamora,  
en su hermosa luz bañado (2).

Y pues paga vuestro amor,  
y es prima Aurora del Rey,  
mostrad a Elvira rigor,  
cumplid de amistad la ley,  
y despreciad su favor.

Desengañad a mi Elvira,  
Príncipe amigo, y el alma  
que adorándola suspira  
trocará (3) en viento la calma  
y en dulce vida la ira.

Y a vuestra grande amistad,  
honrada con laurel (4) sacro,  
en prueba de esta verdad  
erigiré (5) un simulacro,  
émulo a la eternidad.

ALBERTO. Digo que tenéis razón,  
y es justo que os dé cuidado  
tan mal fundada afición;  
demás (6) que he desengañado  
a Elvira en otra ocasión.

Pero yo os juro por Dios  
que si volvemos los dos  
a hablar otra vez aquí,  
que ella me aborrezca a mí  
y que os quiera bien a vos.

Porque desengaño tal,  
y tan resuelto desdén,  
no le verá el mundo igual.

LUDOVICO. Ya tengo (7) cierto mi bien.

BORDÓN. Y yo más cierto tu mal.

ALBERTO. ¿Mi mal? ¿Pues por qué razón?

BORDÓN. Por un consejo o conseja  
que tengo en cierta instrucción,  
que me dió una astuta vieja,  
a quien tuve yo afición.

No le desprecies por ser  
de vieja, y no de hombre grave,

este sutil (1) parecer,  
que una destas viejas sabe  
más que el propio Lucifer.

ALBERTO. Dilo.

BORDÓN. Empezaré el papel  
que encomendé a la memoria,  
hasta que tope con él.

LUDOVICO. Di, pues.

BORDÓN. Vayan con la historia,  
que así dice el arancel:

No sigas al que va huyendo,  
ni des la muerte al rendido,  
ni te canses pretendiendo,  
ni imagines que hay olvido  
en quien estás ofendiendo;

ni confíes en tus pies,  
ni en el más tranzado arnés  
si a sacar la espada vas;  
ni pidas celos jamás,  
ni a noble honrado los des,  
ni en amorosa conquista  
digas lo que el pecho labra,  
ni desmientas a tu vista,  
ni des crédito a palabra  
de astrólogo ni alquinista (2);

ni pleitees con juez,  
des del rey la libertad,  
que es dar cuatro mil por mil;  
ni fíes en amistad  
de escribano o alguacil,

ni por una incierta gloria  
desprecies lo necesario,  
ni uses mal de la victoria,  
ni mientas muy de ordinario  
si te falta la memoria,

ni pleitees con juez,  
ni te alabes de homicidio (3),  
ni contrates con doblez,  
ni te hagas cuervo de Ovidio  
si te alcanza la vejez,

ni pierdas buena ocasión  
en venganza o afición,  
ni a mujer secreto fíes,  
ni si apostares por fíes,  
ni fuerces tu inclinación,

ni creas la que te llora,  
ni quieras vidas saber,  
ni envidies al que atesora,

(1) B: "estremo".

(2) B: "al mismo sol enamora  
en su hermosura dañado".

(3) B: "trocaré".

(4) B: "del laurel".

(5) B: "eligiré".

(6) B: "y más".

(7) B: "Yo tengo."

(1) A: "es de sutil".

(2) A: "o elquimista".

(3) B: "homicida".

ni desprecies la mujer  
que sabes tú que te adora.

LUDOVICO. ¡Ay, Bordón, que al alma mía,  
mata de Elvira el rigor!

BORDÓN. Porfíe vue señoría (1),  
que la victoria de amor  
sólo estriba en la porfía.

Y así como la salud  
al físico está sujeta,  
al morir la juventud,  
a la pobreza el poeta,  
a la envidia la virtud,  
los sucesos a los hados,  
el más leal a un traidor,  
a los años los estados,  
a una vil lengua el honor,  
la justicia a los letrados,  
a suerte la valentía,

a pesares la alegría,  
y al sabio cualquier planeta,  
así el amor se sujeta  
a una constante porfía.

LUDOVICO. Grande filósofo es  
vuestro español.

ALBERTO. Es leal,  
como entendido.

BORDÓN. Los pies  
te beso por merced tal;  
yo, señor, soy cordobés,  
y madre que leche dió  
a Séneca y a Lucano,  
a sus pechos me crió.

LUDOVICO. ¿Que eres, Bordón, castellano?

BORDÓN. (2) Y andaluz.

ALBERTO. Précieole yo  
mucho, Conde, por discreto,  
y porque es hombre de humor,  
y hace burlas, os prometo,  
sutiles, y en el valor  
es valiente, y es secreto.

LUDOVICO. Notable es el español.

BORDÓN. Aquí Aurora, mi señora,  
viene.

ALBERTO. Tú de su arrebol  
has sido el lucero ahora,  
si no aurora de su sol.

Idos con Dios, Conde amigo,  
y vedme en otra ocasión;

que viene el norte a quien sigo,  
y el secreto y la afición  
nunca admitieron testigo.

¡Adiós, adiós!

LUDOVICO. El os dé  
dicha, como para mí  
la deseo.

ALBERTO. Cumpliré,  
Conde, lo que os ofrecí;  
a Elvira claro hablaré.

Por vida de Aurora os juro  
que la desengañe tanto,  
que estéis de su amor seguro.

LUDOVICO. Tal dicha os dé el cielo santo  
como para mí procuro.

(Vase, y salen AURORA, dama, y TECLA, criada  
suya.) (1)

TECLA. Aquí está el príncipe Alberto.

AURORA. Pues a buena ocasión salgo.

TECLA. Y está con él el hidalgo  
español; mi bien es cierto.

ALBERTO. Ausente de tu hermosura  
sin luz estuve hasta ahora,  
porque faltando la Aurora  
todo ha de ser noche obscura.

Con la Aurora está la rosa  
de olor y hermosura llena,  
y con ella la azucena  
más cándida y más hermosa.

Con ella afrenta el clavel  
al rubí más encendido;  
con ella sube atrevido  
el pámpano en el laurel.

Con ella como a su centro  
corre el arroyuelo al mar,  
y con ella del azahar  
sale el olor al encuentro (2).

Y el alma de quien ausente  
estaba de vos ahora,  
por imitar al Aurora  
ríe y llora juntamente.

Y retratando a porfía  
mi alma su amanecer,  
riendo está de placer  
y llorando de alegría.

AURORA. Notable encarecimiento  
de los efectos de amor.

ALBERTO. Quilatado su valor

(1) A: "V. señoría".

(2) B: Sigue hablando Ludovico.

(1) B: ("Vase, y salen TECLA y AURORA.")

(2) A: "corre olor sutil de encuentro".

excede al entendimiento.

Que es mi amor apreciativo,  
cuanto tierno, y deste modo  
de la afición él es todo.

(Dice aparte.) (1)

AURORA. Justamente por ti vivo.  
¡Qué discreto! ¡Qué galán!  
Eres, por ser milagroso,  
del amor centro dichoso,  
del corazón piedra imán.

ALBERTO. Besarte quiero los pies  
por tal merced y favor.

AURORA. ¡Príncipe Alberto, señor!

ALBERTO. Suplicote me lo des.

AURORA. Presto el cielo soberano,  
premiando tu amor y fe,  
te dará, Alberto, no el pie,  
sino de Aurora la mano.

ALBERTO. Hermosa Aurora, mi amor  
que al veloz tiempo importuna,  
de la inconstante fortuna  
teme el mudable rigor.

Porque bienes dilatados  
a quien desdichas alcanza,  
disminuyen la esperanza  
y acrecientan los cuidados.

AURORA. Está mi amor más seguro  
que excelsa roca en la tierra,  
que árbol frondoso en la sierra,  
que verde yedra en el muro.

Y es mi amor tan sin segundo,  
que más me alegra y ufana  
ser princesa capuana  
que reina de todo el mundo.

Olvida, Alberto, recelos,  
pues el alma te ofrecí.

ALBERTO. ¿Que tanto bien merecí,  
justos y piadosos cielos?

¡Dichoso mil veces yo!

BORDÓN. Y yo dos mil desdichado,  
que aun a mirarme no ha alzado  
los ojos.

TECLA. ¿No lo ve?

BORDÓN. No,

que no es posible que vea  
quien tal ingratitud ve.

TECLA. Pues si apenas quién es sé,  
ni sé para qué se emplea  
en quereme, ¿no hago bien?

BORDÓN. Para matrimonio santo,  
Tecla, te adoro, y me espanto  
que me trates con desdén.

Que aunque sirvo poco ha (1)  
al Príncipe, mi señor,  
me tiene notable amor.

TECLA. El pelo lo dice ya.

Dime cómo es tu apellido.

BORDÓN. Bordón.

TECLA. No tengo afición (2),  
porque nombre de Bordón  
no es bueno para marido.

BORDÓN. ¿Pues por qué razón es malo?

TECLA. Porque es negocio importuno  
tu nombre, pues todo es uno  
el ser Bordón y el ser palo.

BORDÓN. También para la vejez  
es importante el bordón.

TECLA. ¿Cierto tiénesme afición?

BORDÓN. Yo me enamoro esta vez.

Oye aparte, y te diré  
lo que te adoro y te quiero.

ALBERTO. Verás, señora, primero  
a un hombre noble sin fe;  
verás la nieve abrasar,  
el fuego al agua ofender (3),  
sujeto el mayor poder,  
tierno el monte (4), seco el mar,  
sin luces el firmamento,  
los elementos sin guerra;  
verás ligera la tierra,  
y verás pesado el viento,  
sin pena al que el mar divide,  
al tiempo volver atrás,  
y al sol obscuro verás,  
primero que yo te olvide.

AURORA. Primero verás, señor...

BORDÓN. Dile que a Su Majestad,  
y dirás mayor verdad,  
que el Rey viene.

ALBERTO. ¡Qué rigor!

AURORA. ¡Mi primo! Príncipe, adiós.  
Ven, Tecla.

(Vanse AURORA y TECLA.) (5)

ALBERTO. Adiós, mi señora.

(1) B: "por acá".

(2) B: "Tenme mi afición."

(3) A: "el fuego helando ofender".

(4) B: "tierno el yerro".

(5) B: ("Vanse las dos.")

(1) Falta esta acotación en B.

Y a se ha anublado mi aurora.  
 BORDÓN. Y aun la aurora de los dos.  
 ALBERTO. ¿Dónde está Su Majestad?  
 Haste engañado, Bordón.  
 Perdí una buena ocasión  
 sólo por tu necedad.  
 ¿Y el Rey?

BORDÓN. V. Excelencia (1) espere,  
 que no es Enrique Tercero  
 rey en manos de fullero,  
 que le saca cuando quiere.

ALBERTO. El Rey es; tiéneme loco  
 de mi amor el dulce centro.

BORDÓN. Sin duda que es rey de encuentro,  
 según viene poco a poco.

(Sale acompañamiento; el ALMIRANTE, viejo, y el  
 REY.) (2)

REY. Al Príncipe buscad luego;  
 decid que tengo que hablalle.

ALMIR. Vuestra Alteza puede honralle,  
 que aquí está Alberto.

ALBERTO. Yo llego.  
 Deme Vuestra Majestad  
 su mano.

REY. Príncipe, primo,  
 aquesa humildad estimo.  
 ¡Levantaos del suelo; alzá!

ALMIR. Almirante, salíos fuera.  
 BORDÓN. Vamos, caballeros.

(Vanse todos; quedan el REY y ALBERTO.) (3)

ALBERTO. Vete, Bordón.

REY. Pues ya estamos  
 solos, el alma quisiera  
 descubrirte, y enseñarte,  
 príncipe Alberto, mi pecho.

ALBERTO. Sobrada merced me has hecho,  
 empezando a declararte.

REY. No es mucho (4), que vales tanto  
 por discreto consejero,  
 que de ti mi bien espero.

ALBERTO. De tanta merced me espanto.

REY. Pretendo fiar de ti  
 un consejo y un secreto.

ALBERTO. A tu gusto estoy sujeto.

REY. Pues escucha atento.

ALBERTO. Di.

REY. Príncipe de Capua, en quien  
 mis esperanzas he puesto,  
 por ser tú sólo entre todos  
 el amparo de mi reino,  
 escucha a tu Rey y mira  
 como noble, como cuerdo,  
 lo dulce del corazón  
 y lo abrasado del pecho.  
 Por asegurar mi estado  
 sobre montes de deseos,  
 a una deidad celestial  
 consagro mis pensamientos.  
 Y siendo fuerza elegir  
 esposa, quiero primero,  
 que me des, Príncipe amigo,  
 como tan sabio, consejo:  
 que bien sabes tú y el mundo,  
 que ha visto tantos sucesos,  
 que no está firme un estado  
 si le faltan herederos.

ALBERTO. (El Rey trata de casarse, (Ap.)  
 y que me ha de elegir creo  
 por Embajador a España.  
 ¡Yo soy dichoso en extremo!)  
 Diga Vuestra Majestad  
 su gusto; que yo le ofrezco,  
 por hacerle, de perder  
 cuanto valgo y cuanto puedo.  
 Si la Infanta de Castilla  
 pretende, y permite el cielo  
 que yo sea embajador,  
 honrar a Nápoles pienso.

REY. De más cerca el sol me abraza,  
 que este Palacio soberbio  
 es su Eclíptica, y en él  
 adoro sus rayos bellos. (Aparte.)

ALBERTO. ¿En el Palacio? (El temor  
 me ha puesto como de hielo.)  
 Perdone tu Majestad  
 porque a preguntar me atrevo  
 quién es a quien tanta dicha  
 le han concedido los cielos.

REY. Es un ángel, es un sol;  
 pero ¿por qué me detengo?  
 Aurora es mi bien, amigo.

ALBERTO. ¿Quién, señor?

REY. Aurora, Alberto.  
 ¿No te parece que el alma

(1) B: "vueselencia".

(2) B: ("Salen el REY, el ALMIRANTE, viejo, y  
 acompañamiento.")

(3) B: ("Vase el ALMIRANTE y demás.")

(4) A: "no es mucha".



en hermoso cielo tengo?  
ALBERTO. (¿Hay hombre más desdichado? (1)  
Subí gallardo y soberbio  
al cielo de los favores,  
y caigo (2) humilde y deshecho.)

REY. ¿No me respondes? (3)

ALBERTO. Señor,  
que me declares espero  
tu pensamiento.

REY. Bien dices;  
a eso voy; escucha atento.  
Es mi prima, y ella hereda  
a Nápoles si yo muero  
sin hijos, y si es mi esposa  
pierdo mil vanos recelos.  
Demás que por su hermosura  
merece el mayor imperio  
de cuantos hoy en el orbe  
registra la luz de Febo.  
Por mi amor y su belleza  
juntar, Príncipe, pretendo  
el oro de mi corona  
al oro de su cabello.  
Dime lo que te parece.

ALBERTO. (Fortuna ingrata, ¿qué es esto?  
¿Qué mudanza tan veloz (*Aparte.*)  
en mis venturas has hecho?  
El Rey a su prima adora  
cuando en el alma la tengo;  
él, amante, la procura  
cuando amando la pretendo.  
El la quiere, yo la sirvo;  
él la estima, yo la precio;  
él la ama, yo la adoro;  
él penando, yo muriendo.  
Y en tan infelice estado  
tengo de darle consejo.

REY. ¿Hay confusión más extraña?)  
¿Qué imaginas?

ALBERTO. Señor, temo  
lo que un filósofo dijo.

REY. ¿Qué dijo?

ALBERTO. Que nunca el cuerdo  
aconsejase en amor,  
amistad, o casamiento:  
en amor, porque no admite  
clara luz el rapaz ciego;  
en amistad, porque hay pocos

amigos del alma buenos;  
y en casarse, porque consta  
de dos ánimos diversos,  
y es casi imposible cosa  
ser iguales en ingenio,  
en calidad y en amor;  
y en faltando en algo desto,  
dudo la paz del casado,  
si bien sé por mil ejemplos  
que no llegan a los reyes  
estos penosos sucesos,  
que son dioses en la tierra (1),  
y como al que está en el cielo  
se han de obedecer callando,  
sin andarles inquiriendo  
las cosas, sino juzgar  
las causas por los efetos,  
que son dioses, como digo,  
y, siéndolo, te prometo...  
(Turbado estoy.)

REY. No prosigas.

¿De qué te turbas, Alberto?  
¿Qué dudas? ¿Qué te acobarda?

ALBERTO. Dame, señor, algún tiempo,  
y te podré responder (2).

REY. No, amigo, no es tiempo de eso.  
Si llevando una embajada  
Pompilio Octavio del pueblo  
romano a Antíoco (3), rey,  
le dijo grave y severo:  
"Yo veré lo que pedís",  
y entonces el noble viejo,  
con un báculo de caña  
hizo un círculo en el suelo,  
diciendo: "No has de salir,  
Rey invicto, deste cerco,  
que primero no respondas  
a lo que tengo propuesto),  
mejor podré yo a un vasallo  
obligarle a que al momento (4)  
me diga aquí lo que pasa.  
No ya consejo pretendo,  
sino saber solamente  
con qué ocasión, con qué intento  
te turbas, cuando te trato  
de Aurora, en quien tengo puestos  
los ojos.

(1) B: "tan desdichado".

(2) B: "ya caigo".

(3) B: "respondéis".

(1) A: "dioses de la tierra".

(2) B: "te podré aconsejar".

(3) B: "Antonino".

(4) B: obligaros al momento".

ALBERTO. Señor, escucha.  
 REY. Di lo que te mando luego (1),  
 so pena de mi desgracia.  
 ALBERTO. (¿Hay más extraño suceso?) (Ap.)  
 Bien sabes que el mundo todo,  
 desde el punto de su centro (2)  
 hasta el cielo, da el amor  
 como tributario feudo,  
 que por eso le llamaron  
 el alma del universo (3),  
 y bien sabes que las fieras (4),  
 árboles, montes y vientos,  
 aves, peces y animales  
 aman todos.  
 REY. Bien entiendo  
 este amor.  
 ALBERTO. Pues si lo entiendes,  
 no te admire que suspenso  
 y turbado te responda.  
 REY. ¿Pues tienes amor?  
 ALBERTO. Sí tengo.  
 REY. ¿A quién, Príncipe?  
 ALBERTO. ¿Señor!  
 REY. Dí, no te turbes; di presto (5)  
 a quien amas.  
 ALBERTO. Las estrellas  
 que Aurora tiene en su cielo  
 en mí influyeron amor;  
 mas no, desdicha influyeron.  
 REY. ¿Así que a mi prima adoras?  
 (En un abismo estoy puesto  
 de confusión. ¿Qué he de hacer?  
 Intento un heroico hecho.  
 Quiero imitar a Alejandro;  
 mi Aurora le dará a Alberto,  
 como Alejandro a Campaspe.) (6)  
 ¿Príncipe?  
 ALBERTO. ¿Señor?  
 REY. (¿Qué intento? (Ap.)  
 Si yo muero por mi prima (7),  
 ¿he de ofrecella? Primero  
 quiero saber en qué punto  
 están sus nobles deseos,  
 y si es amor muy fundado,

- (1) A: "di que te mando luego".  
 (2) B: "punto que fué centro".  
 (3) Estos dos últimos versos faltan en B.  
 (4) A: "bien sabes, Rey, que las fieras".  
 (5) A: "dilo presto"; B: "dime presto".  
 (6) A: "mi prima le dará a Alberto  
 como el otro dió a Campaspe".  
 (7) A: "mi prima que tanto adoro".

casarlos es lo más cierto;  
 y si ha poco que la sirve,  
 que mude de pensamiento.)  
 ¿Adviertes?  
 ALBERTO. ¿Señor?  
 REY. Escucha;  
 dime verdad, que te ofrezco  
 honrarte si me la dices.  
 Por tu vida. ¿ha mucho tiempo  
 que a mi prima sirves? Dilo,  
 y si ofrece a tu amor premio.  
 ALBERTO. (¿Qué le diré, cielo santo?) (Ap.)  
 No, señor; que no me atrevo  
 a declararla (1) mi amor.  
 REY. ¿Luego no sabe tu pecho?  
 ALBERTO. No lo sabe.  
 REY. Pues humilla  
 tus soberbios pensamientos;  
 al cielo de su hermosura,  
 no suban ya tus deseos,  
 que esto te manda mi gusto  
 y esto le importa a mi reino.  
 No trates de Aurora más,  
 borra su imagen del pecho,  
 saca su amor de tu alma  
 en público y en secreto.  
 Y sobre todo te encargo  
 que esté en perpetuo silencio  
 lo que he pasado contigo,  
 pues sólo es testigo el cielo.  
 Y si acaso con los ojos,  
 que es, Príncipe, lo más cierto,  
 le has (2) declarado tu amor  
 con amorosos afectos,  
 no la des razón ahora  
 de la causa ni los medios  
 por que dejas de servilla,  
 que esto importa y esto quiero.  
 ALBERTO. Harélo así.  
 REY. ¿Por mi vida?  
 ALBERTO. Por tu vida lo prometo.  
 REY. Pues a mi cuenta estará  
 de hoy más tu acrecentamiento.  
 Y pues de Túnez el Rey  
 rompió las paces soberbio,  
 y a Tarundante, su hermano (3),  
 general contra mí ha hecho,  
 yo a ti, Príncipe, te hago

- (1) B: "declaralle".  
 (2) B: "la has".  
 (3) B: "y ya Amurates, su hermano".

mi general. Parte luego  
con las cuarenta galeras,  
que hoy han entrado en el puerto.  
De Isela toma diez naves;  
con ellas antes que el cielo  
ilustre otra vez el sol,  
sulca (1) el salado elemento,  
busca al moro y la batalla  
le da al punto.

ALBERTO. Tus pies beso  
por tal merced.

REY. Y otra vez  
vuelvo a encargarte el secreto.  
(Con la ausencia olvidará  
su empezado amor.)

ALBERTO. Los cielos  
te den mil siglos de vida,  
como le importa á tu reino.

(*Fase el REY.*)

Tan desdichado nací,  
que en la más alta ocasión  
que intentó mi pretensión,  
cuando ella (2) subió, caí.  
Puesto en el cielo me ví;  
seguro en él pensé estar;  
pero ya vengo a alcanzar  
que no está sin mal el bien,  
ni está el amor sin desdén,  
ni el contento sin pesar.

La suerte el Rey me ganó;  
yo quedé con el tormento;  
él en menos de un momento  
deseó, llegó y venció.  
¡En feliz hora nació;  
gran dicha el cielo le ha dado!  
Mas yo soy tan desdichado,  
y en tal mal punto nacido,  
que en un momento he perdido  
lo que en un siglo he ganado.

Mas no puedo yo decir  
a Aurora que el Rey mandó  
que la olvidase; no, no (3).  
¿Pues qué puedo hacer? Morir.  
Quiero un papel escribir,  
y, con una enigma, en él  
significar mi amor fiel;  
pues al Rey palabra he dado

de no decir mi cuidado,  
cifre mi pena un papel.

Quédate adiós, prenda amada;  
que entre olas ciento a ciento,  
el turquesado elemento  
me hará sepultura honrada.  
Y plegue a Dios (1) que la armada  
de quien general me ha hecho  
el Rey, aunque a mi despecho,  
de Boreas la fiera boca  
la embista a una parda roca  
tan firme como mi pecho.

(*Fase y sale LUDOVICO.*)

LUDOVICO. De aquí el Príncipe ha salido  
al tiempo que Elvira hermosa  
entraba. Dichoso he sido  
si admite la fe amorosa  
con que tanto la he servido.

Ya la habla. El cielo quiso  
que mis pensamientos fuesen  
a dar a mi amigo aviso.

Pilades y Orestes cesen;  
cesen Eurialo (2) y Niso,  
pues no vió el sol en su esfera (3),  
amistad tan verdadera  
como la de Alberto y mía,  
desde que preside el día  
en signífera (4) carrera.

Ya se despiden. El cielo  
me dé sentencia en favor,  
porque temiendo, recelo  
que al incendio de mi amor  
cubrirá el desdén de hielo.

Y si mi Elvira querida  
se muda, y enternecida  
le da a mi amor esperanza,  
al templo de la mudanza  
ofrecer pienso mi vida.

(*Salen ELVIRA.*)

ELVIRA. (El consejo que me ha dado,  
por ser de enemigo, quiero  
elegir por acertado;  
por quien me añaorece muero,  
y quien me ama está olvidado.  
Pues es cuanto noble rico

(1) B: "surca".

(2) A: "allá".

(3) B: "que la olvidase, si, no".

(1) B: "y ruego a Dios".

(2) B: "Urialo".

(3) A: "pues nació el sol".

(4) B: "en infífera".

el gran conde Ludovico,  
quiero trocar mi rigor  
en favorecido amor.  
Aquí está.)

LUDOVICO. Mi mal publico.

Quiero llegar, y recelo  
su desdén.

ELVIRA. Sin duda alguna  
que le ha vuelto el temor hielo.

LUDOVICO. ¡Favoréceme, fortuna!  
¡Dame ayuda, santo cielo!

¿Cómo está Vueseñoria  
de salud y de desdenes?

ELVIRA. ¡Oh, Conde!, la salud mía  
al alma da parabienes  
de que estima una porfía.

LUDOVICO. ¿Cuándo, Elvira, tu rigor  
mi afición ha de vencer?  
Ya merece algún favor  
de mi porfía el poder  
y de mi pecho el amor.

¿Cuándo el bronce o el diamante  
podrá de tu corazón  
ablandar el mío amante,  
que en desdén, no en afición,  
eres, señora, constante?

ELVIRA. Conde, yo, para probar  
si era vuestro amor fingido,  
fingí querer, fingí amar  
a Alberto. (La excusa ha sido  
como de mujer.)

LUDOVICO. Besar  
lo que pisas es razón.

ELVIRA. Ya vuestro amor ha mostrado  
una constante afición,  
y de hoy más será pagado.

LUDOVICO. Glorias tus desdenes son.

Y así como al navegante (1)  
el puerto le da consuelo,  
así al venturoso amante (2)  
le da vida ver su cielo  
con arco de paz triunfante.

Ya me promete mil glorias  
el iris (3) de tu hermosura,  
y entre amorosas memorias  
mil hazañas me asegura  
y me ofrece mil vitorias.

ELVIRA. A mi padre el Almirante

obligad, y nuestro amor  
será dichoso.

LUDOVICO. (El amante (Ap.)  
que solicita un favor  
le alcanza cuando es constante.)

ELVIRA. Adiós, señor.

LUDOVICO. Ya mi vida  
es tuya.

ELVIRA. Voy obligada.

LUDOVICO. Yo premiado.

ELVIRA. Yo rendida;  
que es mejor amar amada  
que amar siendo aborrecida.

(Vase.)

LUDOVICO. ¿Hay hombre tan venturoso,  
feliz tan afortunado? (1)  
No crió el cielo piadoso  
hombre menos desdichado,  
ni vió amante más dichoso (2).

Voy a buscar a mi amigo,  
y contaréle esta gloria,  
pues del rigor fué testigo.

(Sale BORDÓN.)

BORDÓN. El cielo nos dé vitoria  
de tanto moro enemigo.

LUDOVICO. ¡Oh, Bordón, a buscar voy  
al Príncipe!

BORDÓN. ¡El parabién! (3)

LUDOVICO. ¿De qué? Que ignorante estoy  
de la causa de su bien.

BORDÓN. Contra el moro parte hoy;  
el Rey general le ha hecho,  
según me han dicho, que yo  
no le he visto aún (4).

LUDOVICO. Sospecho  
que a su pesar le nombró,  
que tiene a Aurora en el pecho,  
y su ausencia sentirá.

BORDÓN. Así lo creo, señor.

LUDOVICO. ¿Dónde el Príncipe estará?

BORDÓN. En el Palacio.

LUDOVICO. Su amor  
y ausencia pena me da.  
Voy a verle (5).

(Vase LUDOVICO.)

(1) A: "tan feliz, tan acertado".

(2) B: "tan dichoso".

(3) A: "Es parabién."

(4) B: "aun hoy".

(5) B: "velle".

(1) A: "el navegante".

(2) B: "el verdadero amante".

(3) B: "el pie".



BORDÓN. Dios te guarde.  
 Gran contento me ha causado  
 ir contra el moro cobarde;  
 cuando salga el sol dorado  
 he de ilustrar el alarde,  
 y en la presente ocasión  
 un amarillo listón  
 me dará Tecla, sin duda.  
 Mas ella viene; su ayuda  
 me dé un caballo frisón (1).

(Sale TECLA.)

TECLA. (Aquí el español está.)  
 BORDÓN. (Quiero hacer que no la vi) (2).  
 TECLA. ¡Ah, Bordón!  
 BORDÓN. ¿Dices a mí?  
 TECLA. A ti digo, claro está.  
 BORDÓN. No muy claro, no muy claro.  
 TECLA. ¿Cómo? ¿De qué es la mudanza?  
 BORDÓN. Un soldado mucho alcanza;  
 soy de la milicia el faro.  
 No quiero tratar de glorias  
 del amor; ya habéis sabido (3)  
 que vitorias de Cupido  
 troqué en marciales vitorias.  
 El mar, galeras y guerra  
 son mi dama, amor y galas;  
 ya mis requiebros son balas,  
 que al agua el fuego destierra.  
 La Corte no he de ver más;  
 la guerra pienso seguir,  
 y allí no os podré servir.  
 TECLA. ¿Resuelto, Bordón, estás?  
 Y también resuelta estoy  
 de no mirarte en mi vida,  
 que nunca estuve perdida  
 por ti.

BORDÓN. Creyéndolo voy,  
 que eres ingrata, señora,  
 pues cuando (4) picarte quiero  
 y lagrimitas espero (5),  
 me sales (6) con eso ahora.  
 ¡Para quien ponga su fe  
 en ti! ¿Yo me estoy burlando,  
 y tú verdades hablando?

TECLA. Que también yo me burlé.  
 Toca esos huesos, ingrato.  
 BORDÓN. Carne quiero, huesos no,  
 que nunca fui perro yo.  
 TECLA. Toca, digo.  
 BORDÓN. De eso trato,  
 y de morirme de celos.  
 TECLA. ¿Celos tú? ¿De quién, Bordón?  
 BORDÓN. Celos en mi corazón  
 han derramado los cielos.  
 Pues en esta breve ausencia  
 aquel músico extremado,  
 que lo es del Rey, me ha causado  
 celos.  
 TECLA. Pues, Bordón, paciencia.  
 BORDÓN. Dé tu valor se resista  
 mientras soy del mar delfín;  
 mas temo que sois, en fin,  
 tú Tecla y él organista.  
 TECLA. Yo seré más que una roca  
 constante.  
 BORDÓN. Pues, Tecla mía,  
 mi amor de tu fe confía,  
 pon tu zapato en mi boca.  
 Dame un abrazo.

(Abrázanse.) (1).

TECLA. Dos son.  
 BORDÓN. Cuando tu brazo me enlaza,  
 me pareces calabaza  
 pendiente deste bordón.  
 TECLA. ¿Pues a la guerra se va,  
 y no me pide un favor?  
 BORDÓN. Dame un listón de color,  
 y mi mano te dará  
 por cada palmo diez moros.  
 TECLA. ¿Hay español fanfarrón?  
 BORDÓN. ¿No ves que tray mi nación  
 con las espadas los oros? (2)  
 TECLA. Toma, y de mí no te olvides.  
 BORDÓN. Dame, que eterna estarás  
 en mi memoria.  
 TECLA. Serás,  
 mi bien, español Alcides.  
 BORDÓN. Un bajá pienso vencer  
 y a tus pies le he de rendir.  
 TECLA. Fácil eres en decir.  
 BORDÓN. Como lo eres tú en hacer.

(1) B: "un amante frisón".

(2) A: "no la veo".

(3) B: "del amor; si habéis sabido".

(4) B: "y cuando".

(5) B: "lagrimoncitas espero".

(6) B: "y sales".

(1) Falta en B esta acotación.

(2) A: "No ves que hace mi nación  
 con las espadas los moros?"

Traeréte a tu presencia  
una galera y su carga,  
como tus promesas larga,  
y ancha como tu conciencia;  
una sarta de corales,  
de perlas tres celemines,  
los diamantes que imagines,  
marfil que a tu frente (1) iguales;  
almaizares (2), almalafas,  
albengalas, alcandoras,  
veinte moros, treinta moras (3),  
telas, granas, sinabafas (4),  
un gimio y un avestruz,  
trompas, flautas (5), añafiles,  
ollas, sartenes, candiles,  
higos, pasas, alcucuz (6);  
un perro, un gato, un compás,  
un tordo, un mono, un rocín,  
una ballena, un deliín  
"y trescientas cosas más".

TECLA. Tanto ofreces, que no fio  
de ofrecimientos tan buenos.

BORDÓN. Y eso será lo de menos.

TECLA. Pero de tu amor confío  
que te acordarás de mí;  
y adiós, que me espera Aurora.

(*Vase.*)

BORDÓN. Adiós, Tecla, mi señora.  
En felice hora nació.  
Ya parece que me veo  
al borde de una galera,  
pues que con (7) la espada fiera  
mata moros mi deseo.

(*Salte ALBERTO.*)

ALBERTO. ¿Qué me importa, cielo ingrato,  
parabienes, norabuenas,  
cuando trato de mis penas,  
cuando de mis males trato? (8)

BORDÓN. Este es mi señor.

ALBERTO. ¿Que Alberto  
no ha de gozar de su Aurora,

que ha seis años que la adora,  
y ella le quiere? Estoy muerto.

BORDÓN. El contento le ha sacado  
casi de sí, ¡vive Dios!  
Yo llego. Hoy somos los dos  
tú dichoso y yo (1) premiado.

Mi premio está en la esperanza  
del despacho (2) desta guerra;  
tu dicha, señor, se encierra  
en la amorosa privanza.

Banda bordada ha de haber,  
que cruzada (3) por tu pecho,  
muestre el favor que te ha hecho  
la que ha de ser tu mujer.

Perlas habrá, que cogerlas  
podrá quien las atesora,  
que son las que llora Aurora,  
no lágrimas, sino perlas.

Y por ellas tu jornada  
será feliz, y tu vida;  
tu ausencia será sentida,  
y tu partida llorada.

Será...

ALBERTO. ¿Qué ha de ser, si ya  
no hay Aurora, ni hay amor?  
Todo será en mí dolor,  
y todo pena será.

BORDÓN. ¿Cómo?

ALBERTO. No preguntes nada;  
sólo hay, Bordón, en mí mengua;  
que en el pecho ni en la lengua  
esculpida y pronunciada  
puede estar Aurora más.

Mira si hay hartos dolor.

BORDÓN. ¿Pues cómo es esto, señor?

ALBERTO. Calla, que prolijo estás.

BORDÓN. Y tú necio, que has dejado  
a Elvira, que te adoraba,  
por la que dudosa estaba.  
¡Bien el amor te ha pagado!

Y tiene muy justa queja,  
pues que voluntario fué,  
que sin qué ni para qué  
a Elvira y Aurora deja (4).

En todas hallas (5) mil motas;  
justo será te sujetes,

(1) B: "yo".

(2) A: "despojo".

(3) B: "enrizada".

(4) B: "a Aurora y a Elvira deja".

(5) B: "halla".

(1) B: "que tu frente iguale".

(2) A: "almaizales".

(3) B: "treinta moros, veinte moras".

(4) Tela parecida a la holandá, según el *Diccionario* de la R. Academia. En B: "cinadafas".

(5) B: "flautas, trompas".

(6) A: "alcacuz".

(7) A: "pues con".

(8) Falta en B este verso.

pues que descartas dos síctes,  
a que te entren cuatro sotas.

¡Loco está, váleme Dios! (1)

ALBERTO. Yo parto a morir. Ciudad,  
en quien dejo la mitad  
del alma, guardadla vos (2),

hasta tanto que las nuevas  
de mi muerte a sus oídos  
lleguen, que estarán rendidos  
del Rey a amorosas pruebas.

Y tú, Rey, que esta jornada  
me encargas para mi muerte,  
sucédate desta suerte:

piérdase toda la armada:

y plegue a Dios (3) que las olas  
aneguen, por tus cautelas,  
desde las soberbias velas  
hasta humildes banderolas;

y sean las pardas rocas  
deste mar que tiranizas,  
pira excelsa a mis cenizas (4),  
como a mi cuerpo sus focas;

y entre mis nobles intentos,  
combatidos destos mares,  
den al través mis pesares,  
y al traste mis pensamientos.

(Sale AURORA.) (5)

AURORA. ¡Detente, señor!

ALBERTO. Ya mide  
el mal mi infelice suerte.

AURORA. El alma lágrimas vierte,  
el pecho llamas despide.

La nueva de mi desdicha,  
de mi muerte la sentencia,  
que votaron en mi ausencia,  
me fué en mi presencia dicha.

Ya sé mi mal; ya la fama  
dice que te vas, señor,  
a sepultar de mi amor  
entre las olas la llama.

¿Por qué razón, dime, Alberto  
te partes a esta jornada?

Tú ensangrentarás la espada  
del dolor que ya me ha muerto.

¿No estaba aquí el Almirante?

¿El Conde de Nola es viejo? (1)

El uno es Numa en consejo,  
el otro en fuerzas Atlante.

Sólo tú, por darme pena,  
este cargo has admitido.

ALBERTO. Nunca el mal es prevenido;  
mayor la suerte le ordena  
del que imaginas, señora.

AURORA. Bien veo que al poderoso  
obedecelle es forzoso;  
pero lo que el alma llora  
es el peligro a que vas  
expuesto, Príncipe mío.

ALBERTO. (Haced lágrimas, un río;  
llorad mis desdichas más.

¡Que no he de poder siquiera  
decir lo que me han mandado:  
que dé al olvido el cuidado,  
y en suma, que no la quiera!

No puedo, que lo oírecí  
a mi Rey. ¡Ah, cielo ingrato!  
Sacad del alma el retrato,  
que con el tiempo esculpi.)

AURORA. Señor, ¿de qué tan suspenso  
estás, ya mirando al suelo,  
y ya quejándote al cielo?

ALBERTO. Nada tengo, en nada pienso.  
Vete, Bordón.

BORDÓN. El criado  
como novicio ha de ser,  
y callando obedecer  
cuando está el amo alterado.

(Vase.)

AURORA. Ya estás solo; dime ahora  
quién te turba y te suspende,  
quién mi firme amor ofende,  
quién le alborota.

ALBERTO. ¡Ay, Aurora!

AURORA. Dime luego lo que es esto;  
deja tan dudosas pruebas,  
que si son malas las nuevas,  
aunque tarde, llegan presto.  
Advierte que está mi vida,  
en ocasión tan forzosa,  
fieramente temerosa,  
tristemente suspendida.

Y cuando estoy esperando,  
mi desventura temiendo,  
el alma tengo muriendo,

(1) Falta este verso en B.

(2) B: "guardadla vos".

(3) B: "y ruego a Dios".

(4) Falta en B este verso.

(5) B: ("Vase a entrar y sale AURORA al encuen-  
tro.")

(1) B: "el viejo".

los ojos tengo llorando.

¡Príncipe, mi bien, Alberto!

Preguntando (1) temerosa,  
es la respuesta (2) dudosa,  
sin duda que el mal es cierto.

ALBERTO.

(Ya no puedo resistir.)

Yo soy, señora (3), aquel hombre  
que puse mis tiernos ojos  
en tus dos hermosos soles;  
yo soy el que ha tantos años  
que merecí tus favores,  
adorando tu belleza,  
reverenciando tu nombre;  
yo soy el que por tu causa  
en un torneo una noche  
pasmé el mundo con destreza,  
empresa, galas y mote;  
yo soy el que en una justa  
vencí a trece vencedores,  
y puse a tus pies (4) los premios,  
porque tus plantas los honren;  
yo soy a quien tú mil veces  
ofreciste en tus balcones  
a mis esperanzas premios,  
como a mis galas colores;  
yo soy el que no ha dos horas  
que tuve por flaco el monte  
comparado a mi firmeza,  
mira si te quise entonces;  
yo, Aurora, en fin, soy Alberto,  
a quien hoy los cielos ponen  
por blanco de sus saetas,  
por escudo de sus golpes.  
Ya no es posible quererte;  
la fortuna lo dispone  
de suerte, que mi cabeza  
funesto ciprés adorne.  
Y quizá pondrá en tus sienes  
cercos de oro que coronen  
tus altos merecimientos,  
dignos de eternos blasones.  
No puedo decirte más;  
suplicote me perdonen,  
que lo que es la alma (5) en el cuer-  
po es la palabra en los hombres. [po-  
Dila de no declararte

tan extrañas confusiones,  
que cubren con nubes pardas  
del alma los arreboles;  
y pues el cielo ha querido  
que nuestro amor se malogre,  
advierte, señora mía,  
puesto que mi fe conoces:  
Primero verás trocados  
en tiernas plantas los robles,  
las aguas en vivo fuego,  
en blanda cera los montes,  
los riscos en animales,  
en altas peñas los hombres,  
en humilde tierra el cielo  
y el sol en obscura noche,  
que veas mi amor mudado;  
pues todo el mundo conoce  
que amor como piedra imán,  
sigue escondido su norte.

AURORA.

¡Espera, señor, escucha,  
que esas confusas razones  
de mí tan mal entendidas,  
cuanto dichas de ti a voces,  
suspendiendo mis sentidos  
amorosamente ponen  
duros grillos en mis pies,  
en mis manos blando azogue.  
Dime: ¿cómo puede ser  
que nuestro amor tan conforme,  
sacras estrellas le tuerzan,  
ni humanos medios le borren?  
Seis primaveras ha dado,  
mayo sus pintadas flores,  
a los mansos (1) arroyuelos  
con que sus orillas borden,  
y seis veces doró el sol (2)  
las imágenes disíformes  
que en los celestes zafros  
nuestros sucesos disponen;  
y todo este tiempo ha sido  
engazados (3) eslabones,  
a quien prometió Himeneo (4)  
eternizar nuestros nombres.  
¿Pues cómo en tan breve espacio  
tan bien (5) fundados amores  
casi a la vista del puerto

(1) B: "y juntando".  
(2) B: "esta respuesta".  
(3) B: "señor".  
(4) A: "tres pies".  
(5) B: "es alma".

(1) B: "a los blancos".  
(2) B: "y seis luces de oro el sol".  
(3) Entretejidos.  
(4) B: "Emineo".  
(5) A: "también".



dan en las peñas feroces?  
Declárame aquesta enigma,  
así contento te goces,  
mientras el mar a los ríos (1)  
líquidas perlas arroje (2).

ALBERTO. Lo que preguntas, señora,  
es justa razón que ignores,  
pues puso por medio el cielo  
palabra y obligaciones.  
Sólo diré que cayó  
mi amor, porque al mundo asombre  
del cielo de tu hermosura,  
a imitación de Faetonte.  
Y pues no puedes ser mía,  
yo parto veloz adonde  
me sirvan de sepultura  
las olas del mar salobre.  
Y antes que el sol con su luz  
a nuestro hemisferio torne,  
y ponga perfiles de oro  
por término al horizonte,  
sabrás, sin falta, la causa  
por quien el cielo dispone  
que dividamos un alma  
que estuvo en dos corazones.

AURORA. Pues si el cielo, si la tierra,  
si el poder de humanos dioses,  
que son los reyes, te obligan  
a gobernar escuadrones,  
y te fuerzan a que olvides  
mi amor, y en el mar te ponen  
porque tu inocente muerte  
imite a Belerofonte,  
advierte que antes que olvide  
tus infelices amores,  
verán tractables los riscos,  
hechos jardines los bosques,  
sin clara luz las estrellas,  
sin niebla oscura la noche (3),  
sin tierna materia (4) el vidrio,  
y sin dura forma el bronce.

ALBERTO. Pues aunque no he de gozarte,  
en mí vivirá tu nombre.

AURORA. Y en mí el infinito amor  
que en obligación me pone.

ALBERTO. (1) No hará el tiempo en mi mudan-

AURORA. Ni en mí la fortuna golpe. [za.

ALBERTO. Ni que en mi pecho te olvide.

AURORA. Ni que en mi alma te borre.

## ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE LUDOVICO y el ALMIRANTE.) (2)

LUDOVICO.

Honrásteme, señor, de tal manera,  
en darme por mujer a Elvira hermosa,  
que darte en pago el corazón quisiera;  
pero tiénele ya mi dulce esposa,  
y así el poderlo dar es imposible,  
aunque es esta ocasión más que forzosa.

ALMIRANTE.

Que os pago aqese amor es infalible  
con daros por mujer (3) a Elvira bella,  
pues es del alma parte indivisible.

La mitad de la vida os doy con ella;  
mas puesta, Ludovico, en vuestros brazos,  
antes será ganalla que perdella (4).

LUDOVICO.

Ya muero por gozar de sus abrazos,  
y que mi cuello ciñan sus cabellos  
con rubias trenzas y dorados lazos.

ALMIRANTE.

Alberto, vuestro amigo, os verá en ellos,  
que ya viene triunfando (5) de los moros.

LUDOVICO.

Sus valientes soldados son aquellos.

ALMIRANTE.

Serán innumerables los tesoros,  
que le ha de dar el Rey.

LUDOVICO.

A verle sale (6).

ALMIRANTE.

Ya se escuchan los pífanos sonoros.

(1) A: "riscos".

(2) B: "arroja".

(3) B: interlineado y de otra mano y tinta: "sin blanca nieve los montes".

(4) B: "sin blanca materia".

(1) En B sigue hablando Alberto hasta el fin.

(2) B: ("Salen el ALMIRANTE y el CONDE LUDOVICO").

(3) B: "por esposa".

(4) A: "ganarla que perderla".

(5) B: "triumfante".

(6) B: "a velle sale".

(Sale el REY, y acompañamiento.)

REY.

No hay soldado que al Príncipe se iguale.  
Quiero ver el alarde vitorioso,  
y es justo que en honrarle me señale.

ALMIRANTE.

Ya de nuestro contrato venturoso (1)  
es razón darle al Rey.

LUDOVICO.

Mi casamiento,  
su licencia y favor le hará (2) dichoso.

REY.

De las cajas la voz repite el viento.

(Salen en alarde los que pudieren, y BORDÓN y ALBERTO.) (3)

ALBERTO. Rey de Nápoles invicto,  
a quien el cielo nos guarde  
los años que verá Febo  
el rubio bellón del Aries (4).  
A obedecerte salí  
con tus fuertes capitanes,  
en busca de las galeras  
de tu contrario Amurates (5),  
y con cincuenta bajeles  
partí, señor, como sabes,  
alzando las blancas velas  
y las áncoras tenaces.  
Y apenas el claro Apolo  
con sus rayos celestiales  
coronó catorce veces  
las verdes hojas a Dafne,  
cuando la noche mostró  
de su escuridad señales,  
y entre las lóbregas nubes  
ostentó rojos celajes,  
a este tiempo descubrimos  
con bien concertado alarde  
sesenta enemigas velas  
con mil lunas tremolantes.  
Todas juntas las entenas  
de los árboles se baten (6),

viendo que la noche estorba  
el esperado combate;  
y por no mostrar flaqueza,  
con luces incontratables (sic)  
aseguraban la huida  
los encendidos fanales.  
Y cuando la blanca aurora  
sobre mil olas atlantes (1)  
vestía nevadas perlas,  
para que Tetis ensarte,  
al son de sonoras trompas  
las dos armadas navales,  
si hermosamente parecen,  
animosamente parten.  
A los caballos del mar  
arriman los acicates,  
dando en la veloz carrera  
espuma en lugar de sangre.  
Ya las focas (2) y delfines,  
con los demás animales  
que el gran Neptuno sustenta,  
a ver la batalla salen,  
pareciendo desde lejos,  
entre espumosos cristales,  
cancros (3) del mar las galeras  
y tiburones las naves.  
Juntáronse por los bordes  
los bajeles al instante,  
y los cristianos valientes  
con los morillos cobardes.  
Busqué al general soberbio,  
y él a recibirme sale;  
chocaron los espolones,  
causando temor a Marte.  
Llévele la palamenta  
de un lado, cuando arrogante  
al estanterol salía  
cercado de sus bajaes (4).  
Verde turbante traía,  
y sobre él, como en (5) engaste,  
una hermosa media luna  
formaban veinte diamantes.  
Opuse mis blancas plumas  
a lo verde del turbante;  
mi humildad, a su soberbia;  
mi bandera, a su estandarte;

(1) B: "contento vitorioso".

(2) B: "le hará".

(3) B: ("Sale ALBERTO y alarde de los que pudieren.")

(4) B: "belón de Marte".

(5) B: "Amarates".

(6) B: abaten".

(1) B: "colas adlantes".

(2) B: "los focos".

(3) B: "con ecos".

(4) A: "seis bajaes".

(5) B: "un, engaste".

mi cruz, a su media luna;  
 mi fuerte acero, a su ante;  
 mi peto, a su jacerina,  
 como mi estoque, a su alfanje.  
 Quiso invocar a Mahoma,  
 pero de su nombre infame  
 se quedó la mitad dentro,  
 y entró mi espada a buscallo.  
 En fin, las tablas midió  
 con su cuerpo Tarudante (1),  
 cuando el alma vió confusa  
 los palacios infernales.  
 Tus soldados a este tiempo,  
 por una y por otra parte,  
 moros matan, piernas quiebran,  
 cuellos siegan, brazos parten.  
 No hizo más daño, señor,  
 pestilencia en los mortales,  
 ni Júpiter más estrago  
 en los soberbios gigantes.  
 Vieras las hinchadas olas  
 del siempre salado estanque  
 cuajadas de cuerpos muertos  
 y llenas de tafetanes.  
 Aquí amarillas marlotas,  
 allí verdes capellares,  
 a una parte rojas plumas,  
 a otra, pajizos turbantes.  
 Vieras huir las galeras  
 y las tuyas dando alcance,  
 cuyos remos parecían  
 plumas de nadantes aves.  
 Solas tres de tus contrarios  
 pudieron de mí escaparse,  
 dándoles favor el viento,  
 porque las nuevas llevasen.  
 Tus soldados vuelven ricos  
 de cequíes y balajes (2),  
 trayéndote una galera  
 con joyas inestimables.  
 Y, en fin, tus vasallos dieron  
 noble historia a tus Anales,  
 a ti honor, al mundo miedo,  
 a Dios gloria y al mar sangre.

REY. Alzad, Príncipe, del suelo,  
 pues hoy os aclama el mundo  
 como a Alejandro segundo,  
 planeta del quinto cielo.

Duque de Espoleto, alzad.

(1) A: "Turadante".

(2) A: "uzequies y palajes".

ALBERTO. Beso tus pies, gran señor.

LUDOVICO. ¡Grande merced! (1).

ALMIR. ¡Gran favor!

ALBERTO. Hónrame tu Majestad.

BORDÓN. Es barro (2) lo que le ha dado.

Esto alcanza el que es valiente.

LUDOVICO. La vitoria eternamente  
 gocéis con el nuevo estado.

ALBERTO. Dadme, Conde, vuestros brazos.

LUDOVICO. Ellos y el alma prevengo.

ALBERTO. Más que la vida que tengo  
 estimo vuestros abrazos.

ALMIR. Mil años gocéis la gloria  
 que esta vitoria os ofrece (3).

ALBERTO. Mucho a las vuestras (4) parece.

LUDOVICO. Ella fué una gran vitoria.

ALBERTO. Más es vuestra que no mía,  
 porque cuando peleaba,  
 en vuestro valor pensaba,  
 y así los moros vencía.

BORDÓN. Pues yo sin pensar en él,  
 con la carne que cortaba  
 de los moros que mataba  
 hice una nave pastel.

ALMIR. Ya la Reina, mi señora,  
 sale a dalde el parabién (5).

BORDÓN. ¿Quién es nuestra Reina?

ALBERTO. ¿Quién  
 lo puede ser sino Aurora?

LUDOVICO. Triste está.

ALBERTO. (¿Casada, cielos,  
 es mi esposa?)

(Sale ELVIRA, TECLA y AURORA, y siéntase al lado  
 del REY.) (6)

REY. ¿Dulce esposa?

AURORA. ¿Señor?

REY. Sin vos no reposa  
 el alma.

ALBERTO. (Muero de celos.)

ELVIRA. Si ha dado Su Majestad  
 en mi amado casamiento  
 su noble consentimiento,  
 y su Real voluntad (7).

(1) A: "¡Gran merced!"

(2) B: "Ya es barro."

(3) B: "que tal vitoria merece".

(4) B: "los vuestros".

(5) B: "sale a dalde el parabién".

(6) B: ("Sale AURORA y TECLA y ELVIRA, AURORA  
 se sienta al lado del REY.")

(7) B: "voluntad real".

ALBERTO. Tu Majestad, gran señor,  
los años de su deseo  
goce tan dichoso empleo,  
dando al reino sucesor.

REY. Sois muy leal. (¡Quién pudiera  
verle el corazón ahora!) (Ap.)

ALBERTO. Vivas con mi Rey, señora,  
cuando esté el sol en su esfera,  
y tus estados sujetos (1)  
te ofrezcan mil regocijos,  
y de tus hermosos hijos  
veas generosos nietos.

BORDÓN. Muy mal contenta la deja  
mi amo en esta ocasión,  
pues no querrá sucesión,  
si por ella ha de ser vieja.

AURORA. (Pena en verle me ha causado.)

REY. Viene Alberto vitorioso,  
y es en armas muy dichoso.

ALBERTO. (Como en amor desdichado.)

BORDÓN. Ya está Tecla como Aurora  
en gravedad y mudanza,  
porque la criada danza  
al son que hace la señora.

REY. En premio de su valor  
casar es bien que prevenga  
al Príncipe, y porque tenga  
en quien emplear su amor;  
que aficiones juveniles  
el casamiento asegura,  
y un amor a otro amor cura,  
como la lanza de Aquiles.

Príncipe, ya a vuestro estado  
y a todo mi reino es justo  
que deis con casaros gusto.

ALBERTO. (¿Hay hombre más desdichado?)

BORDÓN. ¿Cuando vienes vencedor  
el Rey tal premio te ofrece?  
Que te castiga parece  
en vez de honrarte, señor.

Si quedara el enemigo  
vencedor de nuestra gente,  
el casarte solamente  
fuera bastante castigo.

ALBERTO. (El cielo mi muerte ordena.)

REY. Elvira, dadle (2) la mano  
al Príncipe.

LUDOVICO. (¿Hay tal pena?)

ELVIRA. ¿Qué haré, triste?

ALMIR. (¿Quién ha visto  
suceso tan desdichado?  
Cuando la palabra he dado,  
la casa el Rey.)

LUDOVICO. (Mal resisto  
la fuerza de mi dolor.)

ALMIR. (Diréle que está casada;  
mas su condición airada  
pone a mi razón temor.)

AURORA. (Ahora llego a padecer  
lo que Alberto ha padecido.)

ELVIRA. (¿Diré que tengo marido?)

ALBERTO. (¿Diré que tengo mujer?)

ELVIRA. (Mas no, que es cruel el Rey.)

ALBERTO. (No, que sus fuerzas le ayudan.)

REY. Entrambos suspensos dudán.  
¿Cómo? ¿No es mi gusto ley?  
¿Qué dudáis, Príncipe, ahora?

LUDOVICO. (¡Ah, Rey, en todo inhumano!)

REY. Dad a Elvira vuestra mano.

ELVIRA. (¡Ay, Ludovico!)

ALBERTO. (¡Ay, Aurora!)

Gano infinito.  
(Danse las manos.)

LUDOVICO. (Los celos  
me acaban.)

ELVIRA. (¡Soy desdichada!)

AURORA. (¿No es bueno que estoy casada  
y tengo de Elvira celos?)

REY. (Mucho han dudado, y muy mal  
el Príncipe ha procedido;  
el castigo prevenido  
será a la merced igual.)

Almirante, pues he dado  
marido a Elvira, el contento  
prevenid y el casamiento.

ALMIR. Mucho tu Alteza me ha honrado.

REY. Háganse las bodas luego.  
(Hasta que estén desposados  
me cercarán mil cuidados.)

ALBERTO. (¡De nieve soy!)

LUDOVICO. (¡Soy de fuego!)

ALBERTO. El remedio será cierto  
si con brevedad le aplico,  
que muere ya Ludovico.

LUDOVICO. ¿Que mi contrario es Alberto?

REY. Vamos, prima.

AURORA. (Voy pensando  
lo que el Príncipe sintió

(1) A: "y tus estados quietos".

(2) B: "dalde".



cuando casada me vió.)

ALBERTO. (Muriendo voy.)

LUDOVICO. (Voy penando.)

REY. (Ya puedo de hoy más temer  
del Príncipe la osadía.)

LUDOVICO. (¡Mal haya el hombre que fía  
en amigo ni en mujer!)

ELVIRA. El Conde queda mortal.

BORDÓN. Tecla, escucha a quien te ama.

TECLA. Ya soy de la Reina dâma;  
habladme con memorial.

(*Vanse todos, y queda LUDOVICO y BORDÓN.*)

BORDÓN. ¿Quién vió mayor gravedad,  
ni quién vió desdén mayor?

LUDOVICO. Ya es patente deshonor  
fundado en falsa amistad  
lo que Alberto contra mí  
hizo en mi prenda querida;  
que yo perdiera la vida  
antes de ofenderle (1) así.

Este es Bordón, su criado.  
Bordón, al Príncipe llama.

BORDÓN. Mal corresponde tu fama  
si a la de Alberto has culpado,  
porque no es burla decir  
un Rey: Aqueste es mi gusto.

LUDOVICO. Obedecerle (2) fué justo;  
pero por él puedes ir,  
y decirle que le espero.

BORDÓN. También el servirte es ley.  
Por Dios, que nos lleva el Rey  
a todos al retortero.

(*Vase.*)

LUDOVICO.

¿Que sea mi enemigo  
el que he tenido por mayor amigo?  
¿Que mi adorada prenda  
Alberto goce y mi amistad ofenda?  
¿Cómo, cielos ingratos,  
sufiris injustamente tales tratos?  
¿Y tú, siempre importuno,  
con tridente feroz, sacro Neptuno,  
pues bonanzas revocas,  
no dieras las galeras a las rocas,  
pues tan diversas veces  
mojan tus olas los celestes ejes? (3)

¡Oh, mar! (1) ¿Cómo no diste  
con tu furia la armada (2) a roca triste,  
y a espumosos cristales  
en vez de su coral, señas navales;  
y la anegada gente,  
a duras peñas lastimosamente?  
¿No arrojaras galeras  
hechas pedazos mil a las riberas,  
y entre arena dorada  
dieras a Alberto sepultura honrada,  
y no gozara ahora  
mi hermosa Elvira a falta de su Aurora?

(*Salen BORDÓN y ALBERTO.*)

BORDÓN. Pienso que de ti quejoso  
está el conde Ludovico.

ALBERTO. Sin duda estará celoso;  
pero ya remedio aplico,  
con que vuelva a ser dichoso.

LUDOVICO. ¿Cómo, Príncipe...?

ALBERTO. Advertid,  
Ludovico, lo que os digo.  
LUDOVICO. Primero, Alberto, me oíd,  
pues de mi amistad testigo  
siempre habéis sido.

ALBERTO. Decid.

LUDOVICO. Mucho me ofende y me admira  
lo que hoy habéis aceptado.  
Sabéis que el alma suspira  
por Elvira, y habéis dado  
la mano de esposo a Elvira.

Si os di razón de mi amor  
y me ofrecisteis (3) no amalla,  
no podéis, sin ser traidor,  
príncipe Alberto, gozalla,  
y hacello es quitar mi honor.

Advertid que estoy casado (4)  
con Elvira de secreto,  
y aunque el Rey os ha obligado,  
es Rey, cruel en efeto,  
y vos amigo culpado.

Y tomar venganza quiero  
puesto en la mano el acero;  
y así, para hacello, os digo  
que fuisteis un falso amigo  
y que en el campo os espero.

ALBERTO. Primero me habéis de oír,

(1) B: "amor".

(2) B: "obedecelle".

(3) A: "los celestes peces".

(1) B: "amor".

(2) B: "con furia alegre armada".

(3) B: "ofrecistes".

(4) B: "soy casado".

antes que salga a campaña.

LUDOVICO. Mal os podéis eximir de una tan infame hazaña, sin matar o sin morir.

ALBERTO. No me da, Conde, cuidado veros tan determinado, que no es buen amigo os digo el que no sufre a su amigo cuando le mira enojado.

Quiero sufriros y daros de vuestro engaño razón sin reñiros ni culparos, que sois hombre con pasión, y pudisteis (1) engañaros.

Primero que di la mano dudé, y enojóse el Rey, y si no la diera, es llano que haciendo su gusto ley fuera del vuestro tirano.

El si con cautela he dado, viendo a mi Rey enojado, y ha sido acertado medio, pues queda, Conde, remedio mientras no estoy desposado.

Y en fin, no es este lugar donde con secreto puedo lo que intento declarar.

LUDOVICO. Corrido, Príncipe, quedo.

ALBERTO. Amor os puede excusar.

Venid ahora conmigo.

LUDOVICO. Está mi remedio cierto.

ALBERTO. De mi amistad sois testigo.

LUDOVICO. Mal hice en dudar de Alberto, porque es un perfecto amigo.

(Vanse.)

BORDÓN. Lleno estoy de confusión viendo inquietud tan notoria. ¡Oh, mal haya la vitoria que a todo ha dado ocasión!

Si el Conde pena ha sentido, muy mal lo habrá remediado, pues mi amo está casado; mas los dos de aquí se han ido, y Tecla viene; en verdad que es esta (2) buena ocasión.

(Sale TECLA.)

TECLA. Aquí está solo Bordón;

(1) A: "podisteis".

(2) B: "esto".

quiero fingir gravedad.

¡Hola, doña Juana! ¡Sola me dejáis, doña María?

¡Hola, oíd, doña Mencía!

¡Hola! ¡A quién digo hola, hola?

¡Qué descuidadas criadas! (1)

¡Hola! ¡No salís ahora?

BORDÓN. No pueden salir, señora, que están todas oleadas.

Mas yo que de entre olas (2) ven- Tecla, a servirte he venido. [go,

TECLA. Villano descomedido (3), vuestro castigo prevengo.

BORDÓN. ¿Pues de qué estáis enojada?

TECLA. ¿Tecla a secas me llamáis?

BORDÓN. Si en el mar os arrojáis, seréis, Tecla, remojada.

Pero las burlas dejemos; dame, señora, la mano.

TECLA. ¿A doña Tecla, villano?

BORDÓN. ¿Doña? ¡Qué lindos extremos!

TECLA. Sin duda sois mal nacido.

BORDÓN. Ya yo me voy enojando.

TECLA. ¡Qué Durandarte durando!

BORDÓN. ¡Qué don el vuestro fruncido!

Será al menos vuestro don primogénito de Italia.

TECLA. ¡Callad, gato, y no de Algalia!

BORDÓN. ¡Callad, dama de algodón!

TECLA. ¡Callad, necio!

BORDÓN. ¡Callad, fea!

TECLA. ¡Bodegón!

BORDÓN. ¡Pieza de arnés!

TECLA. ¡Bordón de rabel francés!

BORDÓN. ¡Tecla de órgano de aldea!

TECLA. A fe que me hacéis reír; no puedo disimular.

BORDÓN. Pues vaya fuera el pesar, la gravedad y el fingir.

¡Toca!

TECLA. ¡Toco!

BORDÓN. Por tu vida, que antes que te dé razón de nuestra navegación que me la des tú cumplida (4) de las mudanzas (5) de Aurora,

(1) B: "qué cuidadosos criados".

(2) B: "que entre olas".

(3) B: "desconocido".

(4) B: "muy cumplida".

(5) B: "de la mudanza".

TECLA. que, en fin, todas sois mujeres.  
(1) Obligóla el Rey, ¿qué quieres?,  
pero día y noche llora.

Deja los duelos ajenos,  
y dime cómo te ha ido.

BORDÓN. Al moro dejé (2) vencido,  
y a todos de envidia llenos.

Un moro (3) que yo embestía  
saltó al mar como un delfín,  
y como era perro, al fin,  
perro de agua parecía.

Iba corriendo ligero,  
y yo volando tras él,  
más ligero que un lebre, l  
más que un Rodamonte fiero.

TECLA. ¿Pues por el mar vas corriendo?  
Sin duda que goza el mundo  
de otro catalán Raimundo.

BORDÓN. Tu mucha ignorancia entiendo.

TECLA. No eres en mentir cursado.

BORDÓN. ¿Esto que te cuento extrañas?  
En ver el mar mis bazañas,  
Tecla, le vieras helado (4).

TECLA. ¿Helado? Es cosa increíble.

BORDÓN. Helóse de verme allí  
con los moros que vencí,  
aunque parece imposible.

Y pues tu ignorancia es mucha,  
de otro caso fui testigo  
en España, y ya le digo;  
atentamente me escucha.

Un galán a cierta dama  
de un balcón a otro balcón  
publicaba (5) su afición,  
y el amor (6) su ardiente llama.

La noche era tenebrosa,  
y aunque razones decían  
él y ella, no se oían.

¿Entiendes la cosicosa? (7)

Pues es que en invierno era,

(1) B:

"TECLA. Que, en fin, todas las mujeres  
se mudan; mas mi señora,  
como es sola sol y aurora,  
forzóla el Rey. No te alteres  
de sus cansados extremos,  
y dime cómo te ha ido."

(2) B: "dejo".

(3) A: "A un moro."

(4) A: "le vieras, Tecla, helado".

(5) B: "declaraba su".

(6) B: "ya elando su".

(7) A: "entiendes que es cosy cosa".

y así como el uno hablaba,  
toda la razón se helaba,  
quedando en el aire entera.

Dieron en el daño luego,  
y el galán, por remedialle,  
mandó encender en la calle  
con mucha leña gran fuego.

Ya las palabras que estaban  
de hielo en la calle fría,  
el fuego las derretía  
y a sus oídos llegaban.

Si esto en España ha pasado,  
¿por qué no pudo quedar  
de verme a mí pelear  
el soberbio mar helado?

TECLA. Digo, español, que me admira.

BORDÓN. La menor duda no admite.

TECLA. Mas, ¿qué quieres? ¿Que acredite  
aquésta la otra mentira?

BORDÓN. Tí eres, en fin, el abismo  
donde la duda se ve.

TECLA. En fin, tu mentira fué  
aforrada de lo mismo.

BORDÓN. Oye, Tecla: los señores  
no valen a sus criados,  
ni a los pobres los letrados,  
ni al humilde los favores,  
ni a la virtud el poder,  
ni al que pide vale dar,  
ni al deber vale el pagar,  
ni premios al pretender,  
ni al honrado la opinión,  
ni vale al galán la dama,  
ni al hombre heroico la fama,  
ni al que es pobre la razón,  
ni a los que entran los que salen,  
ni la fortuna al valiente;  
las mentiras solamente  
unas a otras se valen.

TECLA. Con todo, es gran villanía  
ser un hombre mentiroso.

BORDÓN. Ya es en el mundo forzoso;  
todos mienten, Tecla mía.

Porque en nuestra inclinación  
tal vez mienten las estrellas,  
y mienten muchas doncellas  
cuando dicen que lo son.

También mienten viejos canos  
que se tiñen (1) a porfía,

(1) B: "tienes".

y con mudas (1) y lejía  
mienten cabellos y manos.

Mienten mil dientes postizos,  
tal vez miente un talle bueno,  
miente el día más sereno,  
miente quien refiere (2) hechizos.

Mienten rosadas mejillas  
con invenciones modernas  
y también mienten las piernas  
con fingidas pantorrillas (3).

El galán miente a la dama,  
la falsa destreza miente,  
y los sastres solamente  
son los que tienen la fama.

TECLA. Hoy estás murmurador.

BORDÓN. Pues no soy, por Dios, arroyo (4).

TECLA. Tú vas a dar en el hoyo  
de maldiciente hablador.

Sé en el murmurar avaro.

BORDÓN. ¿Yo murmuro? (5)

TECLA. Y sin medida.

BORDÓN. No he hablado en toda mi vida  
ni más alto ni más claro.

TECLA. Deja equívocos ahora,  
y vamos, que el Conde viene.

BORDÓN. Muy lindo gatazo tiene,  
pues se casó la que adora.

(*Vanse y salen LUDOVICO y ELVIRA.*)

LUDOVICO. Tanto debo a su amistad,  
que encarecello no puedo.

ELVIRA. No he visto mayor lealtad.

LUDOVICO. Corto en el serville (6) quedo,  
si largo en la voluntad.

ELVIRA. Por él he sido dichosa,  
y así me deja obligada.

LUDOVICO. Hizo a mi fe venturosa,  
pues por él, Elvira amada,  
gozo vuestra mano hermosa.

Y como vos en belleza,  
es en amistad milagro  
el Príncipe.

ELVIRA. A su nobleza  
mi buena dicha consagro.

LUDOVICO. Como yo a vos mi firmeza,

que ya las quejas olvido  
del haber dado la mano,  
pues tan venturoso he sido.

ELVIRA. En ser vuestra esposa gano.

LUDOVICO. Y yo en ser vuestro marido.

Pues los ciclos soberanos  
me dejan el alma loca,  
y los sentidos ufanos  
con el coral de una boca  
y la nieve de unas manos.

La plata guarda decoro  
a esa frente, a quien adoro  
con amorosos suspiros;  
a los ojos, los zafiros;  
a los cabellos, el oro (1);  
vuestras mejillas la rosa  
dejan siempre vergonzosa,  
y por venturoso astro  
es el cuello de alabastro,  
del cielo columna hermosa.

ELVIRA. Ya está bien encarecido.

LUDOVICO. Corto, señora, he quedado.

ELVIRA. Perdida estoy.

LUDOVICO. Yo vencido.

ELVIRA. Yo confusa.

LUDOVICO. Yo turbado.

ELVIRA. Yo sujeta.

LUDOVICO. Yo rendido.

Dadme una mano.

ELVIRA. Y con ella  
el alma.

LUDOVICO. Mi dicha asombre.

(*Sale AURORA.*)

AURORA. ¿Qué miro?

LUDOVICO. ¡Ay, Elvira bella!

AURORA. Ni influye el cielo a otro hombre  
con más infelice estrella.

¿Que sea tan desdichado

Alberto, es posible, cielo?

¿Para qué le habéis criado,  
para milagro del suelo,

tan galán y tan honrado,  
si ahora le está afrentando  
la mujer que el Rey le dió,  
cuando su honor aumentando  
los moros vence, y sé yo  
quien le estuviera adorando?

¡Ah, vil mujer, mal resisto

(1) A: "mudar".

(2) B: "creyere".

(3) Faltan en A los cuatro últimos versos.

(4) A: "airoso".

(5) En B, siempre "mormurar".

(6) A: "en serville".

(1) Falta este verso en A.



al enojo que me has dado!

LUDOVICO. El propio cielo conquisto.

AURORA. ¿Y tú eres amigo honrado?

LUDOVICO. ¡La reina! ¿Si nos ha visto? (1)  
Disimula.

ELVIRA. ¡Suerte, Aurora!

AURORA. ¡Oh, Conde! ¿Elvira?

ELVIRA. ¿Señora?

AURORA. Ya le ha salido a la cara  
la vergüenza, y ella ahora  
su propia traición declara.

Pues el Rey os ha casado,  
y a mí me toca el deciros  
cómo en tan dichoso estado,  
Elvira, habéis de regiros.

ELVIRA. Estimo tanto cuidado.

AURORA. Primeramente ha de ser  
obediente la mujer,  
contentando a su marido,  
tener su gusto rendido  
y sujeto a su poder.

Estarle siempre adorando,  
y a lo que guste (2) atendiendo,  
pasiones viejas dejando,  
sus propios gustos venciendo,  
sus apetitos domando.

Y la que hace de otra suerte  
da muestras de mal naída,  
y cuando menos lo advierte,  
a su libertada vida  
le sucede infame muerte.

ELVIRA. (Por mí lo ha dicho, que ignora,  
Conde, que no estoy casada.)

LUDOVICO. (Acertado será agora  
dejarla desengañada.)

Advierte, Reina y señora:

cuando el Rey casar mandó  
a Elvira, tenía yo  
mi casamiento tratado,  
y ya él (3) Almirante hablado,  
que con gusto lo aceptó.

Venimos a dar razón  
y a pedir licencia al Rey,  
y fué en la propia ocasión  
que haciendo su gusto ley  
dió muerte a mi pretensión (4).

Mandó casarla (1), y muriendo,  
Alberto estuvo dudando,  
pero dió el sí, consintiendo,  
el poder del Rey mirando  
y su condición temiendo.

Yo confuso imaginé  
que todo mi bien perdí;  
de su amistad me quejé,  
por infelice me di  
y por muerto me juzgué.

Pero Alberto, que sabía  
de mi afición la porfía,  
a Elvira y al Almirante,  
con ley de amistad constante  
les volvió su noche en día

Diciendo: "Porque confirme  
el mundo amistad tan firme,  
no imagino desposarme,  
y antes pretendo matarme  
que al casamiento rendirme.

Diré al Rey que voy trazando  
para mi boda mil fiestas;  
diré que voy concertando  
galas y cosas como éstas,  
con que lo iré (2) dilatando.

Y después podrá fingir  
Elvira una enfermedad,  
que al Rey pueda divertir."  
Mira si tal amistad  
debo en mármol escribir.

Y finalmente ha dejado  
al Almirante obligado,  
a Elvira a sus pies rendida,  
a la mayor fe vencida  
y a mí a sus plantas postrado.

Y esta la ocasión ha sido  
de que, gallardo y ufano,  
te pareciese atrevido  
dando a mi Elvira la mano,  
que soy, en fin, su marido.

AURORA. En fin, es como de Alberto  
tal amistad.

ELVIRA. Tal hazaña  
fué de mi gloria concierto.

LUDOVICO. Mi nave, en tormenta extraña,  
redujo a seguro puerto.

AURORA. Quiera el cielo que os suceda  
a medida del deseo,

(1) B: "ansi nos ha visto".

(2) B: "a lo que es justo".

(3) B: "y al".

(4) B: "su pretensión".

(1) B: "casalle".

(2) B: "y ansi lo iré".

LUDOVICO. Ya es a mis plantas trofeo  
de la fortuna la rueda.

ELVIRA. Sólo importará el secreto  
para tan dichoso efecto.

AURORA. Quedaos, y como en espejo  
tomad de Alberto consejo,  
que es en extremo discreto.

(*Vase AURORA y sale BORDÓN.*)

LUDOVICO. Vamos, mi bien.

ELVIRA. Vamos, Conde (2).

BORDÓN. ¿Qué es lo que has visto, español?

ELVIRA. Mi fe a tu amor corresponde.

LUDOVICO. Señora, hasta el mismo sol  
de tu hermosura se esconde.

(*Vanse asidos de las manos.*) (3)

BORDÓN. Cornucopia (4) lleva Alberto.  
¿Quién ha visto tal desdicha?  
Ojos, ¿lo que veis es cierto?  
¿Qué importa la marcial dicha,  
si a tu honor Elvira ha muerto?

Yo quiero hacerle saber  
cómo es falsa su mujer;  
pues aquí ahora le espero,  
y en manos está el pandero  
que le sabrá bien tañar.

(*Sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Su Majestad me ha llamado;  
¿qué querrá en tal ocasión?

BORDÓN. Príncipe, para escucharme  
detén el paso veloz.

ALBERTO. El Rey me llama; después  
podrás hablarme, Bordón.

BORDÓN. Primero que el propio Rey (5)  
son las cosas del honor.

ALBERTO. ¿De honor tratas?

BORDÓN. De honor trato.

ALBERTO. ¿Y del mío?

BORDÓN. Sí, señor;  
del tuyo, que a tu grandeza  
hoy la afrenta se atrevió.

ALBERTO. Habla paso (6), que tal caso

que le oigan temiendo estoy  
los cuadros y las paredes.

BORDÓN. Escucha con atención.  
Bien sabes, Príncipe invicto,  
mi secreto y mi valor  
y la lealtad con que sirvo,  
que basta ser español.

ALBERTO. Dime presto mi desdicha,  
sácame de confusión.

BORDÓN. En duda están mis palabras  
y temblando está mi voz.  
A tu esposa he visto ahora  
con el Conde, y ellos dos  
tu honor ofenden; el cielo  
que lo viese permitió.

ALBERTO. Calla, loco; vete, necio,  
que esa es vana presunción.  
(Como ignora mi suceso (1),  
mi deshonor imaginó.)

BORDÓN. ¿Cuando espero que colérico,  
y con semblante feroz,  
con tu brazo y con tu espada  
ofendas al mismo sol,  
me dices que soy un necio?  
Eso y más merezco yo  
por servirte a ti (2).

ALBERTO. ¿Qué dices?

BORDÓN. Que eres un siervo de Dios.  
Digo que hizo grande yerro  
el que con mujer casó  
que tuvo amor a otro hombre.

ALBERTO. Es muy justo aquel amor,  
y tú muy poco entendido.

BORDÓN. Si para vengar tu honor  
eres el signo del toro,  
yo he de ser el de león.  
¿Pero un hombre que es tan noble  
no sintió su deshonor?  
Misterio hay aquí escondido,  
y como soy español,  
vive Dios, que soy un asno.  
Humilde pido perdón  
de mi ignorancia.

ALBERTO. Levanta.

BORDÓN. Muy mal astrólogo soy.

ALBERTO. (Poco se recata el Conde,  
pues como aquéste le vió  
pudiera verle persona  
que fuera mi perdición.

(1) En B, acotación: "*Vase.*"

(2) B: ("*Vanse y sale BORDÓN.*")

(3) B: "vanse".

(4) B: "cornucopia".

(5) B: "el mismo Rey".

(6) B: "habla bajo".

(1) B: "mis sucesos".

(2) B: "así".

Menester es avisalle;  
 ¿pero cuándo tuvo amor  
 cordura ni entendimiento?  
 Detente, imaginación,  
 que vas a dar en el cielo,  
 que al infierno te arrojó,  
 donde padecen tormento  
 el alma y el corazón.)  
 Tristes memorias me matan.

BORDÓN. ¿Que te da pena, señor?

ALBERTO. Que mi amor de tantos años,  
 Bordón, tan mal se logró;  
 que murió ya mi esperanza  
 y acabó mi pretensión,  
 y en el olvido mi Aurora  
 mis memorias enterró.  
 ¿Cómo es posible?

BORDÓN. Su Tecla  
 razón ahora me dió  
 de que se casó forzada,  
 y de que el Rey la obligó.  
 Y dice que de sus ojos  
 el cristalino licor  
 humedece noche y día  
 cama y estrados.

ALBERTO. ¿Quién vió  
 desdicha igual a la mía,  
 ni a quién el cielo crió  
 con tal cuidado en el alma,  
 que hace inmenso mi dolor?  
 ¿Que llora te dijo? ¡Ay, triste!  
 Rayos sus lágrimas son  
 que mi corazón abrasan  
 como a mi pecho su sol (1).  
 Pero al fin está casada  
 con mi Rey, y a mi afición (2)  
 pone espuelas mi deseo  
 cuando enfreno (3) mi valor,  
 porque es Enrique mi Rey,  
 y noble vasallo soy.

BORDÓN. El Rey viene; disimula  
 tu pena.

ALBERTO. Muriendo estoy.

(Sale acompañamiento, LUDOVICO, el ALMIRANTE y  
 el REY.) (4)

REY. ¿Que así me pierde el decoro

Amurates? Si ya ha sido  
 de mis galeras vencido,  
 ¿qué busca en mi tierra el moro?

Sus vasallos ha juntado  
 segunda vez, y animeso  
 en nuestro (1) puerto famoso  
 de Regio ha desembarcado.

Todo su reino en campaña  
 el moro cobarde tiene,  
 y contra Nápoles viene.

ALMIR. Ya es su atrevimiento hazaña.

REY. Colérico e inhumano,  
 pone a la tierra temor,  
 juzgándose vencedor,  
 dando venganza a su hermano.

ALBERTO. A mí me toca esta guerra,  
 si das licencia a mi gloria.

REY. Si el mar os dió la vitoria,  
 os la negará la tierra.

Yo proprio quiero salir;  
 sepa el mundo que mandar  
 supe y sabré pelear.

ALMIR. No lo querrá consentir  
 tu reino.

REY. Aqueste es mi gusto,  
 y vos, Príncipe, entretanto  
 dad al matrimonio santo  
 cumplimiento.

ALBERTO. Será injusto  
 estar mi Rey peleando,  
 y yo casándome aquí;  
 y si a Tarudante di  
 la muerte, el mar humillando,  
 y Amurates bravo y fuerte  
 viene su hermano a vengar,  
 por fuerza le he de buscar,  
 pues soy quien le di la muerte.

Demás que si he de casarme,  
 es bien salir a vencelle,  
 pues con matalle o prendelle  
 mejor podré asegurarme.

Y muy ordinariamente  
 acostumbran las batallas,  
 cuando Reyes van a dallas,  
 suceder infelizmente.

Y así en tu favor arguyo:  
 más fama tu nombre tiene  
 si a un Rey que contra ti viene  
 le vence un vasallo tuyo (2).

(1) A: "como al etiope el sol".

(2) B: "y mi afición".

(3) B: "freno".

(4) ("Salen LUDOVICO, el ALMIRANTE y el REY, leyendo una carta.")

(1) A: "a nuestro".

(2) B: "suyo".

REY. No, Príncipe, que la gloria para mí la quiero yo; que mucha arrogancia os dió esta pasada vitoria.  
Y yo tengo por tan buena (1) la que me habéis ofrecido.

LUDOVICO. De su privanza ha caído mi amigo.

ALBERTO. Mi muerte ordena el Rey.

REY. Y si con fiereza viene a vengar a su hermano, entonces fuisteis (2) mi mano, y yo fui vuestra cabeza, y en ella ha de ejecutar el golpe de su venganza. Y si tanta suerte alcanza vuestra braveza en el mar, y en ello os mostráis valiente, no digáis que las batallas cuando reyes van a dallas suceden infelizmente, que es mostrar vuestro deseo.

ALBERTO. Mire Vuestra Majestad...

REY. ¡Bueno está!

ALBERTO. ¿Señor?

REY. Callad, que ya vuestro pecho veo.

ALMIR. Advierte que un Rey, señor, porque le estorbó la gloria del triunfo de una vitoria un vasallo con valor, una estatua levantó a su nombre, de tal modo, que con esto el reino todo (3) al Rey alabanza dió.  
Y Luis Onceno, rey de Francia, a un embajador alabó de gran valor (4) porque de una y otra ley decía lo que sentía, sin encubrir las verdades. Y así mal te persuades si te parece osadía de Alberto lo que con celo de buen vasallo te ha dicho.

BORDÓN. Gran mal hay.

REY. Lo sobredicho se ha de cumplir, ¡vive el cielo! Sin duda que está quejoso porque le mandé casar.

ALBERTO. No tengo ya que esperar; mi mal es más que forzoso.

REY. Por tener a los soldados de su parte, me impedía la salida, y bien confía que le están aficionados. Pero yo remediaré su soberbia y ambición. Conde, en aquesta ocasión que me sirváis gustaré. Venid vos y el Almirante a mostrar vuestro valor.

LUDOVICO. Hónrasme mucho, señor.

REY. (Y a este Príncipe arrogante, yo le quitaré la vida en volviendo de la guerra.)

ALMIR. (Quien bien aconseja, yerra.)

LUDOVICO. (Su privanza va perdida.)

ALMIR. Yo temo que ha de costalle (1) el seguir su parecer que el moro puede vencer (2).

REY. En volviendo, haré matalle.

(*Vanse, y quedan BORDÓN, LUDOVICO y ALBERTO.*)

BORDÓN. Ya es (3) necedad confiar en su privanza mi amo, que a este Rey, sota le llamo, pues siempre nos trae azar.

ALBERTO. ¡Muero, Conde!

LUDOVICO. En tales hechos se ven, y entre inconvenientes, los corazones valientes y los generosos pechos.

ALBERTO. Mil desventuras aguardo.

LUDOVICO. Que las venzáis es razón con invicto corazón y con ánimo gallardo.

ALBERTO. A Francia quiero partirme, o a España quiero embarcarme.

LUDOVICO. Mirad...

ALBERTO. No hay que aconsejarme, que advertir, ni que decirme: ya estoy resuelto; ya estoy

(1) A. "y os honra por mano ajena".

(2) B. "fuistes".

(3) B. "el pueblo todo".

(4) B. "daba joyas de valor".

(1) B. "ha de pesalle".

(2) A. "que el amor puede vencer".

(3) A. "Y es".



a morir determinado;  
acabe el mar mi cuidado,  
pues tan infelice soy.

BORDÓN. Elvira viene.

LUDOVICO. Permite  
mi gloria el cielo.

ALBERTO. Tú vete,  
hasta que el mar se aquiete (1).

BORDÓN. (2) Jugar quiero al escondite.

(*Vase BORDÓN, y sale ELVIRA.*)

ELVIRA. Mi padre me ha dicho ahora  
que el Rey te manda partir.

LUDOVICO. Di que me manda morir,  
y dirás mejor, señora.

ELVIRA. ¿A quién mi pena no admira?

LUDOVICO. ¿Cómo permiten los cielos  
tal mal, tantos desconsuelos?

ELVIRA. ¡Ay, Ludovico!

LUDOVICO. ¡Ay, Elvira!

Sólo un consuelo me queda,  
pues queda Alberto contigo,  
que es mi alma.

ELVIRA. Tal amigo  
vuestras desdichas hereda.

ALBERTO. Yo no me puedo quedar,  
pues entre soberbias olas,  
las riberas españolas  
pienso que me han de acabar.

Partirme quiero, aunque dejo  
el alma cautiva aquí.

LUDOVICO. Pensadlo (3) bien.

ALBERTO. ¡Ay de mí!

No admite mi mal consejo.

ELVIRA. Pues una y otra partida  
me parte a mí el corazón.

LUDOVICO. ¿Que de un Rey la sinrazón  
tan firme amistad divida?

ELVIRA. ¿Hay tan rigurosa ley?

ALBERTO. Ruego al cielo que ese moro  
vengue en ti lo que aquí lloro (4).  
Tente, lengua, que es mi Rey.

Y por justa cuenta hallo  
que aunque sea mi homicida  
el Rey, es suya mi vida,  
que en fin, soy leal vasallo.

ELVIRA. Esta ausencia voy temiendo.

LUDOVICO. Mi muerte está amenazando.

ELVIRA. Vamos; quedaré llorando.

LUDOVICO. Vamos; partiré muriendo.

(*Vanse LUDOVICO, y ELVIRA.*)

ALBERTO. Adiós, muros invencibles  
de mi dulce patria amada,  
por quien emprendió mi espada  
infinitos imposibles.

Quédate en paz, Rey cruel;  
gana al moro la vitoria,  
dando a tu casa más gloria,  
dando a tus sienes laurel.

Queda adiós, prenda querida,  
de la hermosura milagro,  
a cuya deidad consagro  
pecho, alma, cuerpo y vida.

Y si del mar el contraste  
diere a mi memoria olvido,  
acuérdate de que he sido,  
Aurora, el que tú adoraste.

(*Diciendo la última copla, va saliendo AURORA, y dice:*) (1)

AURORA. Detente, que el Almirante  
tu desdicha me ha contado,  
y cómo el Rey, enojado,  
mostró tu Luna menguante.

En el alma lo he sentido,  
no tengo que encarecerte;  
pero advierte (2)  
que cuando el Rey te ha ofendido,  
a mí me ha dado la muerte.

El Rey te aborrece, Alberto,  
sólo porque me has amado,  
y pues por mí te ha humillado,  
que he de levantarte es cierto.

Cobra, Príncipe, esperanza;  
pierde el temor y el recelo,  
que en el suelo (3)  
ha puesto el tiempo mudanza,  
como justicia en el cielo.

ALBERTO. Señora, en pena tan grave  
tu presencia ser intenta  
San Telmo de mi tormenta  
y rémora (4) de mi nave.

Dime cómo me consuelas

(1) A: "se quite".

(2) Falta en A la indicación de persona que habla.

(3) B: "pensadlo".

(4) Falta en B este verso.

(1) B: ("*Va saliendo AURORA, y dice.*")

(2) B: "pero, mi Príncipe, advierte".

(3) B: "pues has visto que en el suelo".

(4) A: "remera".

tú que la muerte me diste,  
tú, tú fuiste  
la que llena de cautelas  
estas palabras dijiste:  
"Está mi amor más seguro  
que excelsa roca en la tierra,  
que árbol frondoso en la sierra,  
que verde yedra en el muro."  
¡Ah, que roca, árbol y yedra  
se secó, y se marchitó (1),  
se ablandó,  
que escribió en cera y no en piedra  
quien de una mujer fió.

Al fin del Rey obligada,  
de sus palabras vencida,  
a su corona rendida,  
y a ser Reina aficionada.

"Quisiste de ti apartarme  
obligándome a partirme  
porque afirmé  
que tú quisiste matarme  
cuando yo quise morirme." (2)

Pero yo fio en los cielos  
que harán por mí la venganza  
de la pasada mudanza  
y de los presentes celos.

Mas por no verla me voy  
del mar a la agua ligera.

AURORA. Oye, espera,  
y ya que muriendo estoy,  
lo que digo considera.

Confieso que me he rendido  
al Rey y que me ha obligado;  
pero mira ya mi estado,  
mi nobleza y mi marido.

Mas sólo quiero rogarte,  
por nuestra afición pasada,  
¡ay, desdichada! (3),  
que dejes el embarcarte  
hasta ver esta jornada (4).

ALBERTO. Harélo, aunque dé la vida  
a tu obediencia, señora.

AURORA. ¡Ay, Alberto!

ALBERTO. ¡Ay, triste Aurora,  
casada y arrepentida!

AURORA. Mi pecho al Rey se ha humillado  
y a su voluntad rendido,  
y ha podido  
despreciar al adorado,  
y darse al aborrecido.

Y así no quiero más verte,  
ni en mi presencia mirarte;  
ya bien puedes embarcarte,  
aunque me pesa el perderte.

Vete, y como caballero  
mi pecho estina, señor;  
que es valor  
aborrecer lo que quiero

ALBERTO. Quiero embarcado perder  
la vida.

AURORA. Más apacible  
conmigo solías estar.  
Alberto, detente un poco.

ALBERTO. ¿Qué tengo ya que esperar?  
Suéltame, que no estoy loco  
y al Rey he de respetar.

Más quiero perder mi vida  
que ofender al Rey.

AURORA. Detén  
sólo por hoy tu partida.  
Mira que te quiero bien:  
"Quien bien ama, tarde olvida."

ALBERTO. ¡Ay, bellissima señora!  
Ya conozco el amor fuerte  
que en tu noble pecho mora;  
pero dame muerte el verte  
en brazos del que te adora.  
y así parto. Que homicida  
sea de mi vida el mar.  
Tú causas mi despedida,  
mas no te podré olvidar:  
"Quien bien ama, tarde olvida."  
(Vase AURORA y sale BORDÓN.)

BORDÓN. De ver que embarcarte quieres  
pierde Aurora la paciencia.

ALBERTO. Bordón, mi dolor no alteres:  
que es piedra toque la ausencia  
del amor en las mujeres.

Ven, que esta ausencia es fingida.  
BORDÓN. Ya he vuelto a resucitar  
de mi amor, Tecla querida.  
Segura puedes estar  
que quien ama, tarde olvida.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

CASTILLO.

(1) A: "Se secó, se marchitó".

(2) Este pasaje así en B. A dice:

"obligándome a partirme  
quisiste de ti apartarme  
por matarme,  
cuando yo quise morirme."

(3) B: "ay, Aurora desdichada".

(4) Desde aquí el manuscrito de B varía sustancialmente en la forma siguiente:

"ALBERTO. Perdona, que es imposible  
el poderme detener.

AURORA. ¿Connmigo estás tan terrible?

sólo por guardar mi honor.

ALBERTO. No hay palabras que decirte;  
en mi estarás estimada  
para quererte olvidada  
y eterna para servirte.

Procurarás olvidarme;  
yo haré lo propio contigo,  
si te obligo;  
de tu bien manda avisarme.

AURORA. Lo propio, señor, te digo.

ALBERTO. ¡Ay, Aurora! ¿Quién creyera?

AURORA. ¡Ay, Alberto! ¿Quién pensara?

ALBERTO. Que yo de ti me olvidara.

AURORA. Y que yo sin ti viviera.

ALBERTO. Penando estoy.

AURORA. Yo llorando.

ALBERTO. Yo mi desdicha sintiendo.

AURORA. Yo sufriendo.

ALBERTO. Yo parto, Aurora, acabando.

AURORA. Yo quedo, Alberto, muriendo.

### ACTO TERCERO (1)

(Sale ALBERTO solo.) (2)

ALBERTO.

Soberbio mar, ahora  
fío otra vez mi vida  
de tus olas y frágiles cristales;  
tu arena el alma adora,  
pues siempre agradecida  
fueron vitorias de tu amor señales.  
Tres armadas navales  
pusieron en mi frente,  
si de oro no corona,  
de laurel, que pregona  
mi nombre desde Oriente (3) hasta Poniente.  
Y así vuelvo rendido  
de obligación, cuando favor te pido.

Tus riscos de agua humilla,  
porque pueda mi nave  
tocar veloz riberas españolas;  
ofrece a sesga quilla  
lo que a volante ave  
concede el viento en sus regiones solas;  
humilla (4) hinchadas olas  
majestuosamente,

dando a cerúleas focas  
albergue entre las rocas,  
causando paces el feroz (1) tridente,  
y daráte, ¡oh, Neptuno!,  
segunda Ninfa de celosa Juno.

Y tú, Patria querida,  
de mí siempre estimada,  
goza mil años mi adorada prenda,  
y a tus plantas rendida  
veas la fiera armada,  
sin que humano poder tu muro ofenda;  
vitorias mil emprenda  
tu Rey con lauro y gloria,  
a cuyos pies los moros  
cervices y tesoros  
rendidos den, y triunfos a su historia,  
y a mí entre tanta pena,  
túmulo erija la nación ajena.

(Sale un MARINERO.) (2)

PATRÓN.

¿Cuándo Vuestra Excelencia  
querrá (3) embarcarse?

ALBERTO.

Luego,  
que no tardará mucho mi criado.  
Tened, Patrón, paciencia,  
pues la tiene mi fuego.

PATRÓN.

Todo está, gran señor, aparejado (4).

(Sale BORDÓN.) (5)

ALBERTO.

Bordón viene alterado;  
¿qué le habrá sucedido?

BORDÓN.

Señor, en tantos males,  
dan los nobles señales  
de su heroico valor, nunca vencido.

ALBERTO.

Dime tu sentimiento;  
no me suspendas más.

(1) B: "Jornada tercera."

(2) B: ("Sale ALBERTO y BORDÓN.")

(3) B: "de oriente".

(4) B: "allana".

(1) B: "al feroz".

(2) B: "patrón".

(3) B: "quiere".

(4) B: "Todo está aparejado."

(5) B: "Fabio", y así lo sigue llamando en toda la escena.

BORDÓN.

Escucha atento.

Salió nuestro rey Enrique,  
tan bravo como infeliz,  
contra el moro al mismo tiempo  
que el alba quiso reír.  
Tomé lugar en el muro,  
donde atentamente vi  
el ejército lucido  
vistosamente salir.  
De allí vi cómo animoso,  
con esfuerzo varonil,  
daba a los aires mil truenos  
cuando fuego al serpentín.  
Los alféreces gallardos  
retrataban al abril  
con los varios tafetanes  
que al aire (1) suelen herir.  
Los soldados animosos,  
aunque partían sin ti,  
en braveza eran leones,  
en número treinta mil.  
En los petos y en las golas  
vieras los rayos lucir  
del sol, como cuando al campo  
cubren de vario matiz  
y los briosos (2) caballos,  
que con arrogante ardid  
lo que hay de la cincha (3) al suelo  
quieren bizarros medir (4).  
En un alazán brioso  
a tu amigo conocí,  
al gran (5) conde Ludovico,  
que es de Italia nuevo Cid.  
No vió más galán soldado  
el que veloz y sutil  
ilustra los doce signos  
en el campo de zafir.  
Y el Almirante, aunque viejo,  
vuelto a la edad juvenil,  
promete con sangre mora.  
volver clavel el jazmín (6).  
¿Pero para qué te canso?  
Todo el ejército vi  
salir triunfante a vencer,

cuando salía a morir.  
Bajé del muro a servirte,  
y al momento apercibí  
todo cuanto me mandaste  
para podernos partir.  
Y cuando el sol en el cielo  
era del mundo zafir (1),  
y yo tus cofres cargaba (2)  
para traerlos aquí,  
oigo lastimosas quejas  
por la ciudad discurrir,  
y preguntando la causa,  
lo que pudo ser temí.  
Dicen que el Rey es vencido,  
y que queda el moro vil  
tiñendo las blancas flores  
con su sangre carmesí.  
A este tiempo los soldados  
que vi parecer jardín,  
vi entrar huyendo confusos,  
y la desgracia creí.  
La braveza vi trocada  
en flaqueza femenil,  
las cajas en roncas voces  
y en triste (3) llanto el clarín.  
Ea, Alberto generoso,  
ya puedes apercibir,  
para librar a tu Patria,  
el valor que miro en ti.  
Deja las soberbias olas  
de zafiros y marfil,  
y de ver surcando mares  
el contrapuesto nadir (4)  
Mira de tu noble sangre  
el encendido rubí;  
vuelve por tu patria, a quien  
el moro ha de destruir.  
Sólo te ofrezco, señor,  
que daré a mi vida fin,  
muriendo a tu noble lado,  
que hidalgo español nací (5).

ALBERTO.

Bordón, ¿mi Rey es muerto?  
¿Su ejército vencido  
huyendo va del moro infamemente?

(1) A: "el aire".  
(2) B: "furiosos".  
(3) B: "concha".  
(4) A: "midir".  
(5) B: "el gran".  
(6) A: "volver el clavel jazmín".

(1) A: "era en el mundo cenit".  
(2) B: "y tres baúles cargaba".  
(3) B: "entre este".  
(4) A: "cenid".  
(5) B: "pues en tu casa nací".



¿No soy el propio (1) Alberto,  
que bravo y atrevido,  
de Tarudante sujeté la frente?  
Moro, espera, detente,  
que aún no tengo (2) esperanza  
de ver seguro el ciclo;  
no hay lugar en el suelo  
que te esconda, morillo, de mi lanza.  
Mira que parto airado;  
vuelve huyendo veloz al mar salado.

Patrón, partir no puedo;  
dad al viento las velas,  
que a mí me está llamando el fiero moro.

PATRÓN.

Beso tus pies.

(Vase.)

ALBERTO.

Yo quedo  
desatando pihuelas (3)  
de agravios, porque a Nápoles adoro.  
Justo es guardar decoro  
a la Patria querida,  
que en su defensa espero  
rendir al duro acero,  
si no mi firme amor, mi frágil vida.  
Ya parto; moro, espera,  
que furia soy contra tu gente fiera.

(*Éanse, y salen LUDOVICO, el ALMIRANTE y el PRÍNCIPE DE SALERNO.*) (4)

ALMIRANTE.

Ya no es tiempo, señores, de hacer llantos,  
cuando al moro miráis bravo y pujante  
amenazar hasta los ciclos santos (5),  
con voz blasfema y ánimo arrogante.  
Ya pisa estrellas entre azules mantos  
Enrique, vuestro Rey, y no es bastante  
para volvelle a dar su amada vida,  
sangre del alma, en agua convertida.

Defender es razón la Patria amada,  
vengando a nuestro Rey.

PRÍNCIPE. (6)

¡Ah, triste Enrique!

(1) B: "el mismo".

(2) A: "aunque tengo".

(3) Texto: "piguclas".

(4) B: ("*Éase y salen algunos caballeros, LUDOVICO y el ALMIRANTE.*")

(5) B: "cielos altos".

(6) En B habla el mismo ALMIRANTE.

su tierna flor, tan sin razón cortada,  
llore tu reino, y la venganza aplique.

LUDOVICO.

De la tórrida zona hasta la helada  
crija templos, mil aras dedique.  
¡Ah, muerte triste! ¡Ah, venganza fiera!  
El que baña de luz la quinta esfera.

ALMIRANTE.

Si de Alberto tomaras el consejo,  
infausto Rey, no viera mal logrado  
tu reino todo el cristalino espejo,  
que en tanta mocedad mira quebrado.

LUDOVICO.

De la fortuna con razón me quejo,  
pues queda el reino sin tan gran soldado  
como el príncipe Alberto.

(*Salen BORDÓN y el PRÍNCIPE ALBERTO.*)

ALBERTO.

No, no queda,  
que cerca está quien defenderlo pueda.

ALMIRANTE.

¡Oh, generoso Príncipe!

PRÍNCIPE.

¡Oh, valiente,  
siempre temor del bárbaro arrogante!

LUDOVICO.

Hoy de ti necesita nuestra gente.

ALMIRANTE.

Hoy has de ser de aqueste reino (1) Atlante.  
Si vencedor Cipión, Numa prudente  
te aclame el mundo (2) cuando ya triunfante  
ciñas tus sienes de laureles sacros,  
levantando a tu nombre simulacros.

ALBERTO.

¿Dónde está tal valor y tal prudencia?  
No tengo que ofrecer sino la vida.

ALMIRANTE.

A todos da valor Vuestra Excelencia.

ALBERTO.

¡Patria, que estás de un bárbaro oprimida!  
Perdona, madre, la intentada ausencia,

(1) B: "de nuestro Rey".

(2) B: "el pueblo".

pues vuelvo con el alma arrepentida  
a morir o vencer determinado.

PRÍNCIPE.

La Reina viene (1).

ALBERTO.

El sol está eclipsado.

(Sale la REINA AURORA, vestida de viuda.) (2)

AURORA.

¿El Príncipe está aquí? ¿No habéis partido  
a España aún?

ALBERTO.

El ciclo soberano  
guió las tristes nuevas a mi oído,  
y supe la vitoria del tirano;  
entendí que tu ejército vencido,  
muerto mi Rey, quedaba el moro ufano;  
y del marino dios las aguas santas  
de plata dieron grillos a mis plantas.

Y así volví, como leal vasallo,  
a tiempo que los bárbaros feroces  
cerca de tu ciudad, señora, hallo  
dando a la tierra miedo, al cielo (3) voces.  
Para poder entrar piqué el caballo,  
a quien el viento dió plumas veloces;  
tan cerca vienen ya, que nuestros muros,  
aunque fuertes estén, no están seguros (4).

AURORA.

No admite dilación nuestra defensa.  
Ocupad todos ya vuestros lugares,  
y de mi pecho oíd la pena inmensa,  
que ablanda montes y suspende mares.  
De mi Enrique advertid la infausta ofensa,  
y aunque visteis su muerte y mis pesares,  
oídla ahora, que en mi lengua escrita,  
a llanto mueve y a venganza incita.

Primeramente su dichoso abuelo  
reduzca cada cual a su memoria,  
que puso en paz (5) al que pisamos suelo,  
dando fama a su nombre, al mundo gloria.  
Al padre de mi Enrique quiso el cielo  
en todas sus empresas dar vitoria,  
y al sucesor de los que debéis tanto  
ha muerto un moro, dando al reino espanto.

Si los ojos ponéis en su persona,  
acordaos que fué Marte y fué Narciso,  
y de la fría a la abrasada zona,  
obró su mano cuanto el alma quiso.  
Píncel valiente no pintó corona,  
ni grabó fiel buril en mármol liso  
tal majestad, a quien rindió decoro  
el mar en perlas y la tierra en oro.

Contempladle en lo verde de sus años,  
a un overo galán (1) picar brioso,  
y haciendo frente (2) a bárbaros extraños,  
acometer valiente y animoso;  
y cuando, sin temer marciales daños,  
va más feroz (3) y menos venturoso  
pasar (4) su frente una enemiga lanza,  
¿no os mueve lo que digo a la venganza?

Consideradle (5) herido, juntamente  
medir su cuerpo triste el suelo duro (6)  
y pisado del bárbaro insolente,  
dejar mi claro sol su reino oscuro.  
Dispóngase a vengarle el que es valiente,  
que a sus sienes mil lauros aseguro,  
y a su nombre la fama ofrece templo;  
pero mirad si os moverá un ejemplo.

Por dar satisfacción del fin (7) violento  
del noble Julio César, un romano  
entró al Senado y les mostró sangriento  
el vestido del César por su mano;  
y todos juntos con gallardo intento,  
desde el mozo valiente al viejo anciano,  
ofrecieron vengándole sus vidas,  
que tanto puede ver de un Rey heridas.

No en toga (8) imperial sangre vertida  
os muestro, no, sino al gallardo Enrique:  
miradle libre de la humana vida.

(Descubre el REY herido y muerto.)

a cuya fama el mundo altar dedique:  
ya os pide por la boca de la herida  
que todo el reino su poder publique,  
para vengar su muerte desdichada.  
Dejad el llanto y empuñad la espada.

¿Tiernas lágrimas vierten vuestros ojos

(1) B: "y le verá galán".

(2) B: "fuente".

(3) B: "vemos feroz".

(4) B: "pisar".

(5) B: "consideralde".

(6) B: Interlineado y de otra mano:  
"hecho al pecho real su fuerte muro".

(7) A: "al fin".

(8) B: "toca".

(1) B: "la Reina sale".

(2) B: ("Sale AURORA, de viuda.")

(3) B: "al viento".

(4) B: "están".

(5) B: "puso paz".

cuando abrasadas llamas dan los míos?  
 ¿Cuando fuego derraman mis enojos,  
 pretenden apagarlo vuestros ríos?  
 ¿Campos están con vuestra sangre rojos  
 y la terneza ha de humillar los bríos?  
 Mezclad siquiera entre dolores tantos  
 las fieras armas con los tiernos llantos (1).

¿Ahora es tiempo de mostrar flaqueza,  
 cuando al moro miráis vibrar (2) la lanza?  
 Descubrid la animosa fortaleza,  
 la tímida encubrid desconfianza;  
 esa tierna piedad (3) volved fiereza,  
 esa vil compasión tornad venganza (4).  
 Los fríos pechos con mi voz enciendo:  
 partid a vencer y quedará muriendo.

ALMIRANTE.

Mal Vuestra Alteza lo que ha visto entiende,  
 que el agua triste que en los ojos mira  
 las fraguas de los pechos nos enciende,  
 y cada cual a la venganza aspira.

ALBERTO.

Mi espada sola con valor pretende  
 vencer al moro que a tu reino admira.

PRÍNCIPE.

Sólo te ofrezco yo mi barba cana.

LUDOVICO.

Y yo el luciente acero volver grana.

PRÍNCIPE. (5)

¡Gran valor de mujer!

ALMIRANTE.

Si Enrique muerto  
 es suyo el reino, defender su estado  
 es acción natural.

AURORA.

¡Príncipe Alberto,  
 pues prudencia y valor habéis mostrado,  
 y sois tan valeroso cuanto experto,  
 con parecer de los que aquí he juntado,  
 mi general seréis.

ALMIRANTE.

Vitorias tantas

premios con gran razón.

ALBERTO.

Beso tus plantas.

(Dice de adentro ALIARDE, moro.) (1)

ALIARDE.

He de entrar aunque el orbe me lo impida.

PORTERO.

Imposible será.

ALIARDE.

¡Quita, cristiano!

(Sale ALIARDE.)

AURORA.

¿Qué alboroto es aquél?

ALIARDE.

Es mi venida,  
 que azote soy del cielo soberano.

ALMIRANTE.

¡Qué arrogante rapaz!

BORDÓN.

No vi en mi vida  
 otro cachorro parecer alano  
 sino aqueste (2) gozquejo.

ALIARDE.

Dame asiento,  
 o tomarélo yo.

ALBERTO.

¿Que tal consiento?

AURORA.

Siéntate, moro, y dime a lo que vienes,  
 de tu vana arrogancia haciendo alarde,  
 que aunque cercada la ciudad me tienes,  
 verás el fuego que en mi pecho arde.

ALIARDE.

Yo, Reina, soy quien no temió desdenes  
 de fortuna; que, en fin, soy Aliarde,  
 hijo del Rey de Túnez.

BORDÓN.

Ya hablas mucho.

ALIARDE.

A lo que vengo advierte.

(1) B: ("Sale ALIARDE, moro, y dice dentro.")

(2) B: "si no es este".

(1) A: "fieros llantos".

(2) A: "bibar"; B: "bribar".

(3) A: "tierna edad".

(4) B: "a su vil compasión tomad venganza".

(5) En B, sigue LUDOVICO.

AURORA.

Ya te escucho.

ALJARDE. ¡Reina de la gran ciudad,  
a quien la hermosa sirena  
dió nombre, cuando en el mar  
precipitó su belleza!  
Cuando Carlos, vuestro Rey,  
hermano del que en la esfera  
celeste reverenciáis  
por santo pisando estrellas,  
venció a nuestras medias lunas  
con pujanza y con soberbia,  
que así lo ordenó Mahoma,  
nuestro adorado profeta,  
entonces hizo a mi agüelo (1)  
que rindiese (2) a vuestra tierra,  
si afrentosamente parias (3),  
infamemente obediencia.  
Murió mi agüelo (4), y mi padre  
andando en civiles guerras,  
pagó el tributo hasta tanto  
que en paz su reino gobierna.  
Parecióle infame hazaña  
pagarlo más, y así intenta,  
negándole, dar al mar  
sus vencedoras galeras.  
A Tarudante, mi tío,  
nombrando general dellas,  
mandó que de vuestro reino  
destruyese las riberas.  
Pero nuestro gran Mahoma,  
aquel que el cielo y la tierra  
compiten sobre su cuerpo,  
y así está en el aire en Meca,  
ordenó que Tarudante,  
perdiendo su armada, muera  
a manos del general (5),  
que gobernaba la vuestra.  
Un Príncipe dicen que es  
con más poder que prudencia,  
con menos valor que suerte,  
y con más dicha que fuerzas.  
Pero séase quien fuere,  
si él en la batalla fiera  
se hallara como su Rey,  
sus venturas fenecieran.

(1) B: "abuelo".

(2) B: "viniese".

(3) B: "y afrentosamente hacía".

(4) B: "abuelo".

(5) A: "de un general".

Quedó cerrado entre holandas,  
pisando alfombras y telas (1)  
sin salir a la campaña.  
Pluguiera a Alá que saliera;  
mas no me parto tan presto,  
que primero su cabeza  
en la punta de mi lanza  
ha de aumentar mis empresas.  
Pero dejando esto aparte,  
a lo que he venido, Reina,  
es a decirte que mires  
rendidas todas tus fuerzas;  
tu ciudad tienes cercada,  
pocos soldados en ella,  
y con los moros que traigo  
hay diez para cada almena.  
Verás tu tierra robada,  
y la gente que gobiernas,  
a la vista de tus ojos,  
lastimosamente presa;  
verás servir a mis moros  
de despojos tus riquezas,  
los tiernos niños sin vida  
y sin honor las doncellas;  
las canas de tus ancianos  
de sangre y lágrimas llenas,  
tus matronas despreciadas,  
profanadas tus iglesias,  
tus capitanes vencidos,  
y toda tu gente muerta,  
aumentar (2) al mar el agua  
con la sangre de sus venas.  
Vuelve, vuelve sobre ti;  
postra, postra tus banderas  
a las plantas de mi padre,  
que hallarás clemencia en ellas.  
Yo te ofrezco, si lo haces,  
que entre mis mujeres bellas  
seas la más estimada  
en mi estado y en mi mesa.  
Las conchas del mar cerradas  
te rendirán blancas perlas;  
los montes, plata bruñida;  
oro luciente sus venas;  
Ceilán, preciosos diamantes;  
las Indias, costosas perlas;  
aljófár, Constantinopla;  
Tiro, grana (3); Milán, telas.

(1) B: "alfombras inglesas".

(2) B: "y aumentar".

(3) B: "granas".



Todo el orbe será tuyo,  
 que a mi poca edad respetan  
 el Artico y el Antártico,  
 y cuando peleo tiemblan.  
 Y si, mal aconsejada,  
 tienes en poco mis fuerzas,  
 tene, teme tu desdicha;  
 llora, llora tu tragedia,  
 que a mis plantas he de ver  
 de tus grandes las cabezas,  
 y tus altos chapiteles  
 he de medir con la tierra.  
 Mira lo que te está bien,  
 y dame presto respuesta,  
 que soy mozo (1), y enojado  
 haré temblar las estrellas.

AURORA. Tus razones arrogantes,  
 moro, me tienen suspensa,  
 que atención di a tus palabras,  
 como oídos a tu lengua;  
 pero yo en breves razones  
 te pienso dar la respuesta;  
 atentamente me escucha,  
 y humillarás tu soberbia.  
 Aliarde, si has vencido,  
 como tú dices, mis fuerzas,  
 yo haré que las dejes libres,  
 o pierdas la vida en ellas.  
 Si tengo pocos soldados  
 que defiendan mis almenas,  
 para vencer a los tuyos  
 bastantes son mis doncellas.  
 Las canas de mis ancianos,  
 de sangre y lágrimas llenas,  
 son, moro, las barbaínas  
 que mi consejo sustentan.  
 El despreciar mis matronas  
 y profanar mis iglesias,  
 castigue el cielo con rayos,  
 pues contra el cielo es la ofensa.  
 A las plantas de tu padre  
 quieres que pida clemencia;  
 primero a sus pies pondré  
 ignominiosas cadenas.  
 El oro, perlas y plata,  
 con las granas y las telas,  
 guarda para tu rescate,  
 y aún será poca riqueza.  
 Si mis altos chapiteles

has de medir con la tierra,  
 mi razón ha de esconder  
 en los abismos tus tiendas.  
 Y advierte que están muy altas  
 de mis grandes (1) las cabezas,  
 y rapaces como tú  
 aun a sus plantas no llegan.  
 Mira lo que te está bien  
 y no me vuelvas respuesta,  
 que soy mujer, y enojada  
 haré temblar las estrellas.

ALBERTO. A lo que contra mí ha dicho,  
 si me concedes licencia,  
 responderé.

AURORA. Yo la doy.

ALMIR. Responde, y tu valor muestra.

ALBERTO. Yo soy, soberbio Aliarde,  
 el Príncipe a quien tu lengua  
 infamemente amenaza  
 y vanamente desprecia.  
 Yo a tu tío di la muerte,  
 y es esta la espada, mesma  
 que para salir la vida  
 le abrió en su pecho una puerta,  
 y hará en el tuyo a su tiempo  
 tantas, que tu padre vea  
 que lisonjera la fama  
 tu nombre en vano celebra,  
 y a sus pies he de ponerte,  
 porque las canas que peina  
 sobre tu cuerpo derrame,  
 esparciendo al aire quejas.  
 Y a no ser embajador,  
 yo te ofrezco que midieras,  
 Aliarde, la distancia  
 que hay desta sala a tus tiendas.  
 Salte de la ciudad luego,  
 y vete de mi presencia,  
 porque matar a un rapaz  
 poco mis glorias aumenta.

ALIARDE. Cristiano, tus amenazas  
 ni me perturban ni alteran;  
 en la campaña te aguardo.

ALBERTO. En la campaña me espera.

ALIARDE. Y tú, Reina mal lograda,  
 presto verás tu belleza  
 vencida de mi poder  
 y a mi voluntad sujeta.

AURORA. Habla menos y obra más,

(1) B: "moro".

(1) B: "en mis grandes".

que tu arrogante fiereza  
han de humillar mis soldados  
antes que a tus naves vuelvas.

ALVARDE. Apercebid vuestros cuellos  
a cimitarras sangrientas,  
que a daros batalla parto.

AURORA. ¡Teme, moro!

ALVARDE. ¡Tiembra, Reina!

(Vase.)

ALMIR. ¡Aceros tiene el morillo!

PRÍNCIPE. ¡Bravo salió en su caballo! (1)

BORDÓN. El viento puede alcanzallo.  
Por Dios, que vuela el morcillo.

AURORA. Ordenad lo necesario  
a la defensa forzosa,  
que es la ocasión peligrosa  
y poderoso el contrario.

ALBERTO. Del Príncipe de Salerno  
es la presencia importante;  
salga con el Almirante,  
haciendo su nombre eterno,  
y animen a los soldados  
mientras mis armas prevengo.  
Ve, Bordón, por ellas.

BORDÓN. Vengo,  
y voy con los pies alados.

(Vase.)

PRÍNCIPE. Vamos, Almirante.

ALMIR. El cielo  
nos dé vitoria.

LUDOVICO. Yo voy  
a armarne.

(Vanse y quedan solos AURORA y ALBERTO.)

ALBERTO. (Dichoso soy;  
mas la mudanza recelo.  
Solo todos me han dejado.  
¿Podré mostrarme atrevido?  
El color tengo perdido.  
el pecho tengo alterado.)

AURORA. (El Príncipe quiere hablarme.)

ALBERTO. (Yo llego; válgame amor.)  
Señora, de tu valor  
humilde quiero fiarme.  
Solos estamos aquí;  
claro puedo hablarte ahora (2);  
bien sabes, hermosa Aurora,

lo que te adoré y servi.  
Bien sabes que te perdí  
cuando el Rey, aficionado,  
en ti puso su cuidado,  
y porque mi amor alabes,  
que me embarcaba bien sabes,  
amante y desconfiado.

Cuando te dejé penando,  
partí, señora, muriendo,  
a los aires encendiendo  
y a las peñas ablandando.  
Las olas acrecentando  
del mar pensaba no verte;  
a mi desdichada suerte  
tuve por desconocida,  
y despreciando la vida  
llamé mil veces la muerte.

Mas ya vuelvo a descubrirte  
mi valor para obligarte,  
que mi espada ha de librarte  
y mi pecho ha de servirte.  
El alma vuelvo a rendirte;  
torna a conocer ahora  
mi fe constante, señora,  
que en mi pecho tu amor reina;  
mas ¡ay!, que hablo con la Reina (1).  
y pensé hablar con Aurora.

Perdona, señora mía,  
pues me confieso atrevido,  
humilde y reconocido;  
veo que a Aurora quería,  
pero ya eres sol del día  
y tienes en tu cabeza  
oro que te da grandeza,  
cuyo poder obedezco,  
pues vasallo no merezco  
tu reino ni tu belleza (2).

AURORA. Levanta del suelo, Alberto,  
y advierte que no es bastante  
para mostrarte arrogante  
el gozar un reino incierto;  
mas cuando lágrimas vierto  
por el difunto marido,  
y ves mi reino (3) oprimido,  
¿tratas, Príncipe, de amores?  
Vence a moros vencedores,  
no galán, sino atrevido.

Mi general te he nombrado;

(1) Este verso falta en A.

(2) A: "hablar".

(1) B: "pero contéplote reina", de otra mano.

(2) A: "ni tu corona".

(3) B: "y de mi reino".

parte a defender mi tierra,  
 más valeroso en la guerra  
 y menos enamorado.  
 Muéstrate feroz soldado;  
 los pensamientos levanta,  
 que tu flaqueza me encanta  
 el alma que atenta mira,  
 como tu afición me admira  
 y tu terneza me espanta.

Cuando el moro está cercando  
 tu patria bravo y valiente,  
 y tan afrentosamente  
 mi corona amenazando,  
 ¿estás de amores tratando  
 y rendido al niño ciego?  
 Parte al campo, parte luego,  
 muda en acero las galas,  
 vuelve suspiros en balas,  
 trueca ternezas en fuego.

ALBERTO. ¿Tal me dices cuando intento  
 vender al moro mi vida?  
 Dime que tu fe rompida  
 será de amor escarmiento.  
 Tus palabras llevó el viento,  
 tus promesas la fortuna;  
 pero yo seré columna,  
 y diré que la mujer,  
 cuando se ve con poder,  
 se muda más que la luna.

¡Ay, Aurora!, ¿quién dijera  
 que tu afición se mudara?  
 ¿Quién en tu pecho dudara?  
 ¿Quién en tu amor no creyera?  
 Mas quien en mujer espera  
 pone en el aire su asiento,  
 en el mar su pensamiento,  
 en muerto Rey su privanza,  
 en la espuma su esperanza  
 y su ventura en el viento.

Pero ya me parto al moro  
 para morir o matarle.

AURORA. (Mal hice; quiero animalle,  
 pues le estimo y pues le adoro.)  
 Príncipe, el real decoro  
 es bien que encubra el amor.  
 Mostrad en todo valor,  
 que en vos mi esperanza tengo,  
 y mil glorias os prevengo  
 como volváis vencedor.

Que el amoroso cuidado  
 de nuestra afición primera

el alma le considera,  
 aun viéndole mal logrado (1).  
 Pero mirad con cuidado  
 que fui siempre agradecida,  
 que fué mía vuestra vida,  
 y que os amé mucho es cierto.

ALBERTO. ¿Y me has olvidado?

AURORA. Alberto,  
 quien bien ama, tarde olvida.

(Vase.)

ALBERTO. ¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?  
 ¿Hay tal gloria? ¿Hay tal contento?  
 Con esto mi pensamiento  
 mil vitorias me asegura.

¿Quién tanto bien me ha causado?  
 El moro que ha muerto al Rey;  
 ¿y será (2) matalle ley,  
 pues él la vida me ha dado?

¡Oh, quién pudiera, Amnrates,  
 dejar tu gente vencida,  
 y concederte la vida  
 entre los fieros combates!

(Sale BORDÓN.) (3)

BORDÓN. Aquí las armas están.

ALBERTO. Quita, Bordón, no las quiero;  
 que mis dichas, no el acero,  
 la vitoria me darán.

Amigo, ya soy dichoso;  
 Bordón, gozaré mi cielo;  
 Bordón, ningún mal recelo;  
 Bordón, ya soy venturoso;

Bordón, toma aqueste anillo;  
 Bordón, gloria es mi afición.

BORDÓN. ¡Bueno está, que de Bordón  
 me has hecho tu bordoncillo!

ALBERTO. Todo mi mal feneció;  
 Bordón, mi dicha ha llegado.

BORDÓN. Ya está bien bordoneado,  
 ¡cuerpo de quien me parió!

ALBERTO. De los hechos soberanos  
 del macedonio Filipo,  
 tan solamente anticipo  
 temer a los espartanos;  
 porque entre muchos soldados  
 unos valientes traían,  
 que a los contrarios vencían,

(1) B: "aunque le ve mal logrado".

(2) B: "no será".

(3) B: ("Entra BORDÓN.")

y eran los enamorados.

A éstos Filipo temía (1),  
y así, moros vencedores,  
temed, temed los rigores  
deste pecho (2) que amor guía.

Rendidme, fieros paganos,  
vuestras grandiosas proezas;  
a mis pies vuestras cabezas,  
vuestro valor a mis manos.

Que os he de quitar la vida  
por mi hermoso serafín,  
que me amó mucho, y en fin,  
quien bien ama, tarde olvida.

(Vase.)

BORDÓN. ¡Jesús! ¿Qué le ha sucedido,  
que tan contento le hallé,  
y con tal gusto se fué?  
Su afición la causa ha sido.

De los amantes la vida  
en sí la pelota encierra,  
pues en un palmo de tierra  
está ganada o perdida.

Ya se embarcaba muriendo,  
ya está sus dichas cantando;  
antes le dejé llorando,  
y hállole ahora (3) riendo.

Y es su afición tan sutil,  
que en el variar (4) se emplea,  
porque es como taracea,  
ya ébano, ya marfil.

(Sale TECLA.)

TECLA. ¿Cuándo ha de llegar el día,  
que viva sin sobresaltos?

BORDÓN. Si el corazón te da saltos,  
es de gusto, Tecla mía.

No temas aquesta guerra.

TECLA. Con gran causa temo yo,  
que como allá el mar se heló,  
podrá ablandarse la tierra.

Siempre en ausencias porfías,  
dando pena a mi afición.

BORDÓN. En siendo un hombre Bordón,  
todo ha de ser romerías.

TECLA. Pero ya me maravillo  
de lo que miro en tu dedo.

BORDÓN. Hánmele dado.

TECLA. No puedo  
creer que tienes anillo,  
porque el dar ya no está vivo.

BORDÓN. Ya sé por qué lo has dudado;  
los señores han quitado  
al declinar el dativo.

Y así te habrá parecido  
que es al uso desigual.

TECLA. El Príncipe es liberal,  
como rico y bien nacido.

BORDÓN. Es un muy gran caballero.

TECLA. Cierto que tengo temor,  
que no te maten, señor.

BORDÓN. Ese temor ya es agüero.

TECLA. Como yo te quiero bien,  
temo...

BORDÓN. No temas ahora,  
aunque el prevenir la hora  
será prudencia también.

Que los que van a la guerra  
su vida tienen jugada  
a una bala o a una espada,  
y así quien confía, yerra.

Y por lo que puede ser,  
por si me hacen de corona,  
de mis bienes y persona  
testamento quiero hacer.

TECLA. Harás muy rebién, Bordón,  
pues el morir no se excusa.

BORDÓN. Aunque el prestar no se usa,  
préstame un rato atención;

que quien moneda no acuña,  
poco tiene que mandar,  
y así yo empiezo a ordenar  
mi testamento en la uña.

Yo mando primeramente  
en mi muerte repentina,  
mi corazón a un gallina  
y mi destreza a un valiente.

Mando a un ladrón mis cautelas,  
mi vida al que está penando,  
y a una mujer vieja mando  
todos mis dientes y muelas.

Mando mis ojos honestos  
a los poco recatados;  
mi estómago, a los letrados,  
pues siempre van indigestos.

Mi anillo, que no acreditas,  
mando al médico mejor,  
pues miramos al peor

(1) B: "y este Filipo tenía".

(2) B: "desta mano".

(3) B: "hállole agora".

(4) B: "bacear".



con anillo y sin visitas.

Mando mi ingenio sutil  
a un amante casquivano,  
mi conciencia a un escribano,  
mi lealtad a un alguacil.

A un esgrimidor mis tretas,  
mi sombrero a un descortés,  
mis venas mando y mis pies  
a los hermanos poetas.

A un ginovés mi tesoro,  
mi sutileza a un fullero,  
mi palabra a un caballero,  
mi espada al cuerpo de un moro.

Mi voz a una melindrosa,  
mi paciencia al que pleitea,  
mi desventura a una fea,  
mi buena suerte a una hermosa.

Mi copete a la ocasión,  
mi memoria a un recitante,  
mi nariz a un elefante,  
y a ti, Tecla, este Bordón.

TECLA. Tu nombre en todo trabaja.

BORDÓN. Por eso tanto le precio,  
que es mi nombre como necio,  
que en cualquier parte se encaja.

Pero por la vida o muerte,  
quiero quedemos casados.  
Dame la mano.

TECLA. Extremados  
son tus gustos.

BORDÓN. Grande suerte.

Ya eres mi mujer; yo quiero  
ordenar, Tecla, y perdona,  
lo que harás de tu persona  
si me matan o me muero.

No te cases; viuda queda,  
que la viuda está sabido  
que en muriéndose el marido  
todos los gustos hereda.

Exequias (1) a mi afición,  
porque a tu gusto (2) aproveche,  
haz con un capón de leche.

TECLA. No como bien el capón.

BORDÓN. Para viuda (3) es sabroso;  
no tiene su gusto igual;  
que un capón es sustancial  
y no nada peligroso.

Demás que a una viuda bella

le quedan en la posada  
el respeto de casada  
y el melindre de doncella.

Ya tocan a acometer.

Tecla, adiós, dame tus brazos.

TECLA. ¡Ay, qué penosos abrazos!

BORDÓN. Mira que eres mi mujer.

Y si no me fuere bien  
en la batalla este día,  
dirás por el alma mía:

*Requiescat in pace Amen* (1).

(*Vanse; salen AURORA y ELVIRA.*) (2)

AURORA.

Ya, Elvira, los acentos  
de la batalla dan voz a los vientos;  
ya lastimosamente  
a morir o vencer salió mi gente;  
ya en varios horizontes  
dan sangre a llanos y temor a montes;  
hoy mi reino y mi vida  
están, dudoso él, ella perdida.

Dad, ciclos soberanos,  
fuego a los pechos, fuerzas a las manos.  
Volved, prendas sagradas,  
montes los brazos, rayos las espadas.  
Defended, cielo santo,  
al que siempre del bárbaro fué espanto,  
pues el Príncipe amante  
es de mi reino generoso Atlante.

Guardad, guardad su vida  
por la Patria mil veces ofrecida.  
Cuando está peleando,  
estoy sufriendo yo y estoy penando (3).

¿No es mejor que a mi gente  
infunda corazón y ánimo aumente  
con mi presencia fiera,  
y que si Alberto muere también muera?

Salir quiero a campaña;  
será de mi valor heroica hazaña.

Denme un caballo luego,  
que contra el moro imitaré (4) al griego,  
aumentando mi gloria.

(*Dicen dentro:*)

¡Por Nápoles está ya la victoria!

(1) B: "requiem eternam amen".

(2) B: ("Vanse, y salen acuchillándose un rato, haciendo la guerra, entrando y saliendo, y sale AURORA y ELVIRA.")

(3) B: "estoy llorando".

(4) B: "imitará".

(1) B: "obsequias en".

(2) B: "porque tu gusto".

(4) B: "Para una viuda."

¡Victoria!

ELVIRA.

¡Tente! ¡Espera!

¿No oyes la voz que el corazón altera?

¡Nápoles ha vencido!

AURORA.

¡Dichosa soy, si desdichada he sido!

(*Tocan dentro, y dicen:*)

¡Alberto viva! ¡Viva!

AURORA.

¡Su nombre en mármol la fortuna escriba!

Todo mi desconsuelo

en dulces nuevas ha trocado el cielo,

mis penas en contentos,

mi guerra en paz, en gloria mis tormentos.

Tan solamente queda

que ser esposa de mi Alberto pueda.

(*Sale el ALMIRANTE.*)

ALMIRANTE.

¿Cómo tan descuidada,

señora, estás, cuando tu gente airada

baña con la victoria?

Al Príncipe de Capua da la gloria,

y tu reino le ofrece,

que el cetro en las mujeres aborrece.

Ya todos rey le aclaman,

y defensor de Nápoles le llaman.

(*Dicen de adentro todos:*) (1)

DENTRO.

¡Nuestro Rey viva! ¡Viva!

ALBERTO.

Señores, esta gloria es excesiva.

Aquí está nuestra Reina.

DENTRO.

El que sabe vencer es el que reina.

(*Sale el PRÍNCIPE DE SALERNO.*)

PRÍNCIPE.

Ya todo va perdido.

Reina, el que es vencedor, queda vencido;

tu infame pueblo mira.

AURORA.

¿Eso os altera así y eso os admira?

Oid lo que he pensado,

bastante a remediar vuestro cuidado.

(*Habla la REINA de secreto con el PRÍNCIPE DE SALERNO y el ALMIRANTE.*) (1)

ELVIRA.

Grande confusión veo,

impidiendo a mis glorias el deseo;

que un pueblo conmovido

caballo desbocado siempre ha sido,

que rigurosamente

sin freno corre, atropellando gente.

ALMIRANTE.

Es admirable medio.

AURORA.

Partid luego.

PRÍNCIPE.

Será eficaz remedio.

AURORA.

Sossegad mis vasallos.

ALMIRANTE.

Bien pienso que podemos aplacallos.

PRÍNCIPE.

¿Qué prudencia, Almirante!

ALMIRANTE.

A todo el mundo su valor espante.

(*Vanse los dos.*) (2)

¿Cómo es posible ahora

atajar este daño, gran señora?

AURORA.

Lo que aquí ha sucedido,

hermosa Elvira, mi remedio ha sido,

pues quedará mi estado

con Rey, y tendré yo lo deseado. (3).

(1) B: ("*Habla la PRINCESA, el ALMIRANTE, el PRÍNCIPE al oído.*")

(2) Falta en B esta acotación.

(3) El ms. de B, desde aquí varía por completo, y dice:

con rey, y tendré lo deseado.

¿Adónde está Ludovico?

(*Sale LUDOVICO.*)

LUDOVICO. Aquí estoy, señora mía,

a quien suplico que premies

quien con tanta bizarria

ha defendido tu reino.

AURORA. Serle quiero agradecida

(1) B: "todos".

## ELVIRA.

De todo tu contento  
es tu virtud, señora, el fundamento;  
demás que serán mías  
tus dichas, tus contentos y alegrías.

LUDOVICO. Fuera de que tal valor  
y virtudes le acreditan  
el Príncipe, y es mi amigo  
vida de mi propia vida.

ALMIR. Todos a su esfuerzo deben  
obligaciones divinas,  
que agradecer es virtud  
las mercedes recibidas.

ELVIRA. Es digno del laurel sacro.

ALBERTO. Si vos, bellísima Elvira,  
acreditáis mi valor,  
¿quién habrá quien me compita?  
A todos daré mis brazos  
con amorosas caricias,  
dando a Dios por todo gloria,  
que tantos bienes me envía.

AURORA. Primero serán los míos,  
que es bien que de ellos reciba  
tal favor quien con los suyos  
reinos cobra y vidas libra.

ALBERTO. ¿Tanto favor, bella Aurora?  
Yo entendí que me tenías  
condenado a eterno olvido.

AURORA. "Quien bien ama, tarde olvida."  
Y pues, como veis, vasallos,  
su valor y sangre altiva,  
para gobernar y honraros  
y defender vuestras vidas,  
si me concedéis licencia  
que por esposo lo elija,  
lo haré.

ALMIR. Escogiste, señora,  
lo que todos te suplican.

AURORA. La mano de esposa os doy,  
y la suya de rodillas  
besad, vasallos leales.

TODOS. ¡Mil años Alberto viva!

Añadido en otra hoja después del fin:

ALBERTO. Si dais licencia, señora,  
pues Elvira ha tantos días  
que injustamente encarece  
deste bien por mis desdichas,  
se casará con el Conde,  
cuyo amor y fe divina  
en bronce eterno los hombres  
con pluma inmortal escriban.

AURORA. Por ser vuestro gusto, Alberto,  
le tengo yo, y en un día  
celebrar su boda quiero  
con honra igual a la mía.  
Por ahora en vuestro cuarto  
os estaréis unos días  
en tanto que al rev difunto  
hago las honras debidas;

(Sale TECLA.)

TECLA.

En alarde triunfante  
tu gente llega.

AURORA.

Llegará arrogante.

(Salen todos los que puedan, como en alarde.)

ALBERTO. ¡Alta y soberana Reina!  
Tus gentes nunca vencidas  
mientras fuí tu capitán,  
hoy tu memoria eternizan.  
De los moros que en campaña,  
bravo Amurates traía,  
no quedan ya doce vivos,  
que esto pudo tu justicia.

despacharéis como Rey,  
que galas, boda, alegrías,  
no ha de haber hasta que cumpla  
con mi rey.

LUDOVICO. ¡Mujer divina!

(Sale BORDÓN y TECLA.)

BORDÓN. ¡Huélgoime del buen suceso!  
Ya tendrán fin mis desdichas.  
¡Oh, cómo ensancha el ser rey!  
Señora, pues eternizas  
famas inmortales de hombres,  
pon en mi humildad la vista  
y hazme algo de no nada,  
que algo seré si me miras.

AURORA. Alza, Bordón, que pues eres  
español, quiero que rijas  
con el título de alcaide  
cuatro villas.

BORDÓN. ¡Por tu vida,  
dadme, reina furibunda  
las manos de mantequilla;  
daré mil besos en ellas.

AURORA. ¡Alza!

BORDÓN. También te suplica  
mi amor que me des a Tecla.  
AURORA. ¿Aún tienes memorias vivas  
de su amor?

BORDÓN. Reina y señora,  
"Quien bien ama, tarde olvida."

AURORA. Si ella quiere, dello gusto.

TECLA. El verle honrado me obliga  
a darle mano de esposa.

BORDÓN. ¡Toca, mi alcaidesa linda!

ALMIR. Marche a descansar la gente,  
dando fin con que se diga  
entre amantes verdaderos:

"Quien bien ama, tarde olvida."

FIN.

La Virgen fué concebida sin pecado original.

Del arrogante Aliarde  
esta es la cabeza misma,  
y la vida de mi Rey  
costó de un reino las vidas.  
Tus soldados con pasión  
quieren que mi frente ciña  
el oro de tu corona  
sin mirar que es injusticia.  
Pero primero verás  
mi noble sangre vertida  
que tu corona en mis sienes,  
que a esto la nobleza obliga.  
Yo a tus plantas la rindiera  
cuando fuera propia mía,  
porque los nobles, señora,  
que bien aman, tarde olvidan.

ALMIR. Vuestra Majestad ahora  
sa intento a su pueblo diga,  
porque quede en paz el reino.

AURORA. Quiero ser agradecida.  
Si alterados mis vasallos  
quieren que varón los rija,  
y a la sangre de sus reyes  
la fidelidad olvidan,  
es muy grande sinrazón;  
y pues el Príncipe imita  
sus claros antecesores  
en consejo y en milicia,  
y no admite como noble  
la majestad ofrecida,  
quiero yo mandar mi reino;

si hay quien me lo contradiga,  
hable en mi presencia luego.  
“¡Viva, viva el Rey!”, repita.  
¿Todos calláis? Pues ahora  
que me veo obedecida  
le doy la mano de esposa,  
porque todo el mundo diga  
que la mujer principal  
que bien ama, tarde olvida.

ALBERTO. A tanto amor y merced  
es razón que el alma rinda  
perpetuo agradecimiento.

LUDOVICO. Goces mil años tu dicha.

AURORA. Dadle, conde Ludovico,  
de esposo la mano a Elvira.

LUDOVICO. Beso tus reales pies.

ELVIRA. En ellos pongo mi vida.

BORDÓN. Y a mí, señora, que traigo  
esta honrada cabecita  
de aquel rapaz arrogante,  
¿no me darás con que viva?

AURORA. Pide a tu gusto, Bordón.

BORDÓN. Sólo, señora, querría  
de renta cien mil ducados,  
y ser de Tecla organista.

AURORA. Lo último te concedo.

ALBERTO. Y dando fin se confirma  
que verdad dijo el que dijo:  
“Quien bien ama, tarde olvida.”

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE “QUIEN BIEN AMA  
TARDE OLVIDA”.



# QUIEN MAS NO PUEDE...

COMEDIA DE ESTE AÑO DE 1616 (1)

## COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A

DOÑA ANA MARÍA MARGARITA ROIG, MARQUESA DE VILLAÇOR

Cuando me atrevi a dirigir a su señoría Ilustrísima de mi señora doña Francisca Salvador la primera comedia desta décimaséptima parte, quedé disculpado para este atrevimiento, y no me quedó, a mi parecer, alguno que pudiese intentar que lo pareciese, a quien de su generoso valor y gran entendimiento tiene noticia. Hay dos maneras de ofrecer los frutos del ingenio: la una, para servir a quien se envían, con celebrar su nombre; y la otra para honrar con él lo mismo que se ofrece. Esta última le toca a esta comedia, por la grandeza de V. Señoría y la humildad del ofrecimiento; mas por lo menos tiene los deseos mi voluntad, como padrinos de mi ignorancia, que no hay atrevimiento que no abonen, ni corto ofrecimiento que no disculpen. Escriben las antiguas fábulas que la culebra presentó al principio de la primavera una rosa a Júpiter; cuyas purpúreas hojas aún no habían perdido los aljófares, que llamaren los poetas lágrimas del alba, y que teniéndose por servido de su buen ánimo, pues faltándole manos para mayores cosas, se valió del deseo, le dió la ciencia de que los egipcios la hicieron simbolo, y así dije en mi *Angélica*:

Seréis Júpiter vos que por la rosa  
a la culebra dió ciencia famosa.

Astuta la llamó Aristóteles; pero las divinas leyes la alaban de prudente. La elocuencia, en fin, significada por el caduseo (*sic*) de Mercurio, recibida de la mano de quien también pudiera dármela, y la heredó con tan alta imitación de sus Ilustrísimos padres, haciendo verdad la fábula, ¿dónde mejor pudiera emplearse que en alabanzas de tan generoso sujeto? Pero si mi incapacidad no deja a mis ojos recibir tanta luz, V. Señoría reciba esta sola rosa de las espinas de mi mal cultivado ingenio, en tanto que a mayores cosas me da lugar el tiempo, con protestación de ofrecer el de mi vida a su servicio, y de su Ilustrísima casa. Guarde Dios a V. Señoría muchos años,

(1) A: Parte XVII, Madrid, 1621.

B: Parte XVII, Madrid, 1622.

C: Ms. autógrafo de Lope en la biblioteca de mister John Murray, de Londres.

La fecha la indica el manuscrito autógrafo. En éste falta la dedicatoria que luego figura en los impresos.

para que la vaya continuando en el lustre y grandeza con que la hereda.

Capellán de I. S.  
LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA (1)

|                        |                                     |
|------------------------|-------------------------------------|
| REY RAMIRO.            | REY ORDOÑO.                         |
| El Conde HENRIQUE (2). | NUÑO LAYNEZ.                        |
| NUÑO, su criado.       | DOÑA BLANCA.                        |
| DON BELTRÁN.           | DON IÑIGO.                          |
| DOÑA ELVIRA, infanta.  | DON ARIAS.                          |
| LUCINDA, criada.       | LISIS, RISELO y MENANDRO, villanos. |
| CELIO.                 | DOÑA ESTELA.                        |
| [BERMÚDEZ, villano.]   |                                     |

### REPRESENTOLA PEDRO CEBRIAN

(1) En C. al fol. 1 vto. consta, sin indicación alguna, este reparto:

|                  |                  |
|------------------|------------------|
| RISELO.....      | Vicente.         |
| ISIS.....        | Cuadrado.        |
| MENANDRO.....    | Lorenzo.         |
| CELIO.....       | Vicente.         |
| DON IÑIGO.....   | Cuadrado.        |
| DON SANCHE.....  | Mateo.           |
| LAYNEZ.....      | Jordán.          |
| DON ARIAS.....   | Jerónimo.        |
| DON BELTRÁN..... | Escorigüela.     |
| LUCINDA.....     | Señora Catalina. |
| DOÑA ESTELA..... | Señora Gerónima. |

Al final del fol. 18 del primer acto consta el siguiente reparto:

### PERSONAS DEL PRIMERO ACTO

|                                     |                       |
|-------------------------------------|-----------------------|
| RAMIRO, rey de Navarra.....         | Zancado.              |
| DON BELTRÁN, criado suyo..          | Bernardino.           |
| El CONDE HENRIQUE.....              | Cristóbal.            |
| NUÑO, criado del CONDE.....         | Ossorio.              |
| DOÑA ELVIRA, infanta.....           | Ana.                  |
| LUCINDA, doncella suya.....         | Francisca.            |
| ORDOÑO, rey de León.....            | P.º Cebrián.          |
| LAYNEZ, criado del Rey.....         | Cuevas.               |
| IÑIGO, criado del CONDE.....        | El que baila, Alonso. |
| DOÑA BLANCA, hermana del CONDE..... | Maritardia.           |

(2) B: "Enriquez". C: siempre "Henrique".

ACTO PRIMERO

[Autógrafo, fol. 1.]

REY (1) RAMIRO DE NAVARRA, el CONDE HENRIQUE, Nuño, escudero (2), y DON BELTRÁN, criado del REY.)

HENRIQ. ¿Qué mayor atrevimiento?

RAMIRO. Siempre fué atrevido amor.  
Bravamente su rigor (3)  
arrastra el entendimiento.

HENRIQ. Ya de aconsejarte dejo.

RAMIRO. Menandro discretamente  
dijo que amor solamente  
era incapaz de consejo;  
y tuvo mucha razón,  
siendo ejemplo el desatino  
con que hice este camino.

HENRIQ. Por eso dijo (4) Platón  
que daba amor confianza  
para todo atrevimiento.

RAMIRO. Fundé mil torres de viento  
en una flaca esperanza.

[Autógrafo, fol. 1 v.]

BELTRÁN. Vapor Apuleyo llama  
al principio del amor,  
cuya costumbre, señor,  
vuelve en incendio su llama.

Extrañas desdichas son,  
que siendo igual a quien quieres (5),  
pues Rey de Navarra eres,  
y ella Infanta de León,  
y entrambos libres, no pueda  
este amor hallar lugar,  
con que se pueda templar.

RAMIRO. No hay mal que a mí mal exceda.

La enemistad que tenemos  
el Rey de León y yo  
esta desdicha causó.

HENRIQ. Bien pudiera en dos extremos  
ser medio Elvira, y traer  
como paloma la paz.

RAMIRO. Está Ordoño pertinaz;  
pero, ¿cómo puede hacer  
más venganza, Conde, en mí,  
que con tener tan hermosa  
hermana, que está envidiosa

naturaleza de sí?

Allá el Petrarca decía  
que cuando a Laura formó  
rasgó el papel, porque vio  
que a sí mismo se vencía.

[Autógrafo, fol. 2.]

De Navarra vine a vella,  
presumiendo hallar templanza  
en vella; ¡ay, vana esperanza;  
matóme el vella tan bella.

Conozco que estoy aquí  
con peligro (1) de prisión  
con muerte, mas la razón  
ya no tiene imperio en mí.

BELTRÁN (2) Pues, señor, advierte y mira  
que en hombres de tu valor  
es la obligación mayor.  
Conquista seguro a Elvira (3),  
que bien pienso que podrás  
desde tu tierra...

RAMIRO. ¿Yo?

BELTRÁN. Sí.

RAMIRO. ¿Cómo, Beltrán?

BELTRÁN. ¡Oye!

RAMIRO. Di

morir (4) y acertarás,  
BELTRÁN. Si le diesen a entender  
a Elvira que tú la quieres,  
y que a tantos la prefieres  
para tu esposa y mujer,  
claro está que con más gusto  
ser Reina en Navarra (5) intente,  
que al Rey, su hermano, obediente,  
ayudando a su disgusto.

Con esto y tus (6) cartas creo  
que, ofreciéndose ocasión,

[Autógrafo, fol. 2 v.]

salga Elvira de León,  
y tú cumplas tu deseo.

RAMIRO. Sospecho que dices bien;  
que si el nombre de marido  
a tantas engaño ha sido,  
aunque remedio también,

(1) A y B: ("Sale el REY.")

(2) A y B: "Su criado."

(3) A y B: "furor".

(4) A y B: "dice".

(5) A: "quien eres".

(1) A y B: "A peligro."  
(2) C: "Henr.", por confusión, a juzgar por el contexto.

(3) A y B: "con que está segura Elvira".

(4) B: "a morir".

(5) A: "reina de Navarra".

(6) B: "sus".

donde se añade el reinar (1)  
podrá, don Beltrán, vencer  
la más prudente mujer.

BELTRÁN. Si das a ejemplos lugar,  
mira al robador Teseo,  
con la gallarda Ariana,  
y con Elena greciana  
el bello pastor Ideo;  
con mil engaños sutiles,  
Artemisa y Telamón (2);  
mira a Medea y Jásón,  
mira a Briseyda y Aquiles.

Opinión hay que Rodrigo  
a la Caba prometió  
casarse: no lo cumplió,  
de que nació su castigo.

Sepa Elvira que ha de ser  
reina y tu mujer, que creo  
que anticipe tu deseo (3).

RAMIRO. Tomemos el parecer  
del Conde.

HENRIQ. El Conde, señor,

[Autógrafo, fol. 3.]

sólo le tiene en tu gusto.

RAMIRO. En fin, es santo y es justo.

HENRIQ. No hay cosa injusta (4) en amor.

RAMIRO. Pues, Conde, tú has de quedar (5)  
en León, que de ti fío  
el gusto y remedio mío.

HENRIQ. ¿Por dónde tengo de entrar  
al Rey, siendo tu vasallo?

RAMIRO. Decir que un agravio te hice,  
porque no se (6) escandalice,  
y que a merced de un caballo  
pudiste salir, Henrique,  
de Navarra huyendo.

HENRIQ. Bien.

RAMIRO. Porque [a] ampararte también  
piadoso Ordoño se aplique,  
dirás que servirle quieres;  
pues si en su servicio estás,  
claro está que hablar podrás  
la Infanta cuando quisierés.

Darásla a entender mi amor,

mi celo, mi pensamiento,  
el bien de su casamiento  
tan igual a su valor,  
y que no es razón que sea  
la enemistad de su hermano  
ocasión que salga en vano  
lo que mi reino desea,

[Autógrafo, fol. 3 v.]

y al suyo le está también,  
que es la paz que al fin (1) se hará.

HENRIQ. Servirte aliento me da,  
aunque mil muertes me den.

Escribe, porque ella crea  
lo que dices, que yo haré  
que el Rey crédito me de  
luego que a sus pies me vea.

RAMIRO. ¿Tienes algún escudero,  
de quien fiarte?

HENRIQ. Aquí está.  
¡Nuño, llega!

NUÑO. A Nuño da  
los pies.

RAMIRO. Abrazarte quiero.  
¿De dónde eres?

NUÑO. De Tudela.

RAMIRO. ¿Casado?

NUÑO. Discreto soy.

RAMIRO. No lo entiendo.

NUÑO. Solo estoy,  
y ando de mezcla a cautela.

Llevar mi honor cada día  
por dondequiera conmigo  
alabo, estimo y bendigo;  
que un astrólogo decía

que cuando suele el varón  
prevalecer, sale al padre  
el hijo, y si no, a la madre;  
y si la constelación  
del cielo más fuerza tiene,  
imita su diferencia:

[Autógrafo, fol. 4.]

que si a tener influencia  
sobre los caballos viene (2):  
caballo parece el hombre,  
y si jumento, jumento,  
que en rostro y entendimiento  
sólo en diferente el nombre (3),

(1) A y B: "el deseo de reinar".

(2) A y B: "Telamón".

(3) A y B: "su deseo".

(4) A y B: "no hay cosa justa".

(5) A y B: "pues donde tú has de quedar".

(6) B: "ee".

(1) B: "en fin".

(2) A y B: "viene".

(3) A: "hombre".

¿No has visto un hombre que tiene el talle a una rana igual?  
Pues la impresión celestial a dalle esta forma viene.

Y así yo, con el recelo que un signo me ponga así (1), huyo de que influya en mí (2) el Capricornio del cielo.

RAMIRO. Yo he conocido tu humor (3), tu sutileza y ingenio, y esa manera de genio (4) es propia a engaños de amor (5).

Al que (6) se ha de hacer a Elvira ha de ayudar (7) tu secreto.

NUÑO. Fidelidad te prometo.

RAMIRO. Nuño, lo que importa mira.

NUÑO. Seré un perro, un elefante, que no hay más que encarecer.

RAMIRO. Bien te puedes prometer satisfacción semejante.

[Autógrafo, fol. 4 v.]

¿Qué calidad?

NUÑO. Pobre y rota.

RAMIRO. ¿Qué padres?

NUÑO. Brujulearon ser caballeros, y hallaron (8) una temeraria sota.

RAMIRO. ¿Cómo sota?

NUÑO. La pobreza, de mil linajes azar (9).

RAMIRO. Vasallos te pienso dar con título de nobleza.

NUÑO. ¡Válgame Dios!

RAMIRO. Y aún es poco.

NUÑO. Notable cosa sería ver a Nuño señoría, cosa que me vuelva loco (10).

RAMIRO. Conde, yo quiero partirme; escribidme cómo entráis

en lo que tratar pensáis (1); que si gusta de admitirme, ordenaré que a la raya quinientos hombres estén; iré con ellos también cuando importare que vaya.

Mas primero será bien daros cartas de mi mano.

HENRIQ. Sin ellas tengo por llano que hartó crédito me den; porque no hay mujer, señor, de tan prudente sosiego que no dé crédito luego a casamientos (2) y amor.

[Autógrafo, fol. 5.]

RAMIRO. Venid a verme partir.

(Vase el REY.) (3)

HENRIQ. ¡Nuño!

NUÑO. ¡Señor!

HENRIQ. Esto es hecho.

NUÑO. ¡Hazaña heroica! Sospecho que se nos (4) ha de lucir.

Mas si título me veo, cosa que Dios puede hacer, una casa he de poner que exceda al mismo desco.

Cien pajes, treinta lacayos, caballos cuarenta pares, nacarados, verdemares, rojos, celestes y bayos.

Lo que es caza, mil rocines, perros de Irlanda, polacos, alanos, sabuesos, bracos, gozques, galgos y mastines.

Por lo que es volatería, buitres, lechuzas, torzuelos, cernícalos y mochuelos; siete gansos, y una harpía;

leones en el zaguán de linda casta africana; tigre, si no fuere hircana no piense comer mi pan.

Con esto pienso tener un serrallo de fregonas.

(1) A y B: "escribidme cómo os va, en lo que tratado está".

(2) A y B: "casamiento".

(3) Falta en C esta acotación.

(4) A y B: "que así nos".

(1) A y B: "de un signo me pongo así".

(2) A: "huigo de instruya en mí"; B: "huigo de que influya en mí".

(3) A y B: "ya conozco tu primor".

(4) A y B: "manera de premio".

(5) A y B: "es propia en cosas de amor".

(6) A y B: "el que".

(7) A y B: "acudir".

(8) A y B: "ser caballos y sacaron".

(9) A y B: "de mi linaje sacar".

(10) A: "vuelve loco".



HENRIQ. ¿Desvarías? (1)

NUÑO. Bien abonas  
la calidad del placer.

[Autógrafo, fol. 5 v.]

Vamos, que es tener en poco  
un bien jamás merecido,  
cuando al que (2) le ha recibido  
no le mata o vuelve loco.

\*(Entren la INFANTA (3) DOÑA ELVIRA, y LUCINDA,  
criada suya.)

LUCINDA. ¿Qué te parece, señora,  
de aqueste nuevo ejercicio?

ELVIRA. Que da la nobleza indicio  
del gran valor que atesora.

Como trata el Rey mi hermano  
de emprender aquesta guerra,  
no hay hidalgo en Corte, en sierra,  
humilde y tosco villano,  
adonde no resplandezcan  
las armas.

LUCINDA. ¡Notable ha estado  
la plaza!

ELVIRA. ¡Bien la han honrado! (4)  
No hay laurel que no merezcan.

Bizarro salió el Guzmán;  
bravo caballo y jaez;  
llevóse el premio esta vez  
de gentilhomme y galán.

No fué Mendo de Quiñones  
menos galán, de encarnado.

LUCINDA. Bien a don Sancho de Prado  
le estaban tantos blasones.

ELVIRA. Tiene, en fin, sangre real.

[Autógrafo, fol. 6.]

LUCINDA. Nuño Láinez ya es viejo.

ELVIRA. Bueno está para el consejo;  
don Bustos no tiene igual.

Gallardo Suero Manrique (5).

LUCINDA. Salió de blanco y morado.

ELVIRA. Ese (6) dicen que ha igualado

la fama del conde Henrique.

LUCINDA. ¿Quién es Henrique?

ELVIRA. Un navarro  
con quien en toda ocasión  
presume comparación  
el más gallardo y bizarro.

LUCINDA. ¿Hasle visto?

ELVIRA. Yo, jamás;  
pero es notable su fama:  
en fin, el galán le llama (1).

LUCINDA. ¿No más de galán?

ELVIRA. No más.

LUCINDA. Mejor dijera el discreto.

ELVIRA. También lo debe de ser,  
porque bien pueden caber  
dos gracias en un sujeto.

LUCINDA. El alma es notable cosa.

ELVIRA. Sí, mas si es desaseada,  
todo cuanto dice enfada,  
pues una mujer hermosa  
medianamente entendida,  
más agrada que una fea  
discreta.

LUCINDA. Cuando lo sea,  
si sabe, será admitida (2).

[Autógrafo, fol. 6 v.]

ELVIRA. Ayer el Rey, mi señor,  
dijo, y es cosa muy clara,  
que quien tiene buena cara  
lleva cartas de favor.

El conde Henrique es galán,  
que así la fama le llama;  
se llama así, que esta fama  
a los caballeros dan.

Porque nunca oí decir  
el Conde, el Duque, el Marqués  
es gran letrado.

LUCINDA. Así es.

ELVIRA. Pues lo que suele lucir  
en señores, es la gala,  
la valentía y el dar.

LUCINDA. El dar se suele olvidar.

(REV ORDOÑO (3) y NUÑO LAYNEZ.)

ORDOÑO. Ninguno a don Sancho iguala.

LAYNEZ. Yo pienso que Vuestra Alteza  
quiere hacerle general.

(1) A y B: "se llama".

(2) A y B: "si sabe ser admitida".

(3) A y B: ("Sale el REV...")

(1) A y B: "Desvarios".

(2) A y B: "el que".

(3) A y B: ("Fanse y sale la INFANTA"), etc.

Marca los con asterisco los fragmentos que parecen haber sido escritos en una sola sentada, a juzgar por las señales del ms. autógrafo.

(4) A y B: "que bien la plaza han honrado", y sigue hablando Lucinda.

(5) A y B: "Gallardo fué don Manrique".

(6) B: "Este".

ELVIRA. ¿Quién, señor, no tiene igual?  
ORDOÑO. ¡Oh, Elvira! Tu gentileza.  
ELVIRA. Galán vienes de mirar  
tantos galanes.  
ORDOÑO. No creo  
que tiene mayor deseo.

(CELIO, criado.) (1)

CELIO. Aquí acaba de llegar  
un caballero bizarro  
que quiere besar tus pies.  
ORDOÑO. ¿Y no te ha dicho quién es?  
CELIO. Sólo dice que es navarro.  
ORDOÑO. ¿Navarro a mí?  
LAYNEZ. ¿Si ha sabido  
Ramiro que mueves gente

[Autógrafo, fol. 7.]

contra él?  
ORDOÑO. ¿Pues qué hay que intente?  
LAYNEZ. Desafiarte, atrevido.  
ORDOÑO. No es hombre de ese valor.  
Di que entre.

CELIO. Voy.  
ELVIRA. ¿Que es Ramiro  
tan cobarde?  
ORDOÑO. Yo le miro (2)  
con este enojo y rigor.

(El Conde HENRIQUE y NUÑO.) (3)

CELIO. Licencia tenéis (4) de entrar.  
HENRIQ. Deme los pies Vuestra Alteza.  
ORDOÑO. ¿Quién sois y a qué habéis venido?  
Que es cosa nueva en mi tierra  
que vasallo de Ramiro  
donde vos estáis se vea.  
¿Es suya aquesta embajada?  
¿Sabe la gente de guerra  
que estoy armando en León?  
HENRIQ. Ni es suya, ni yo la diera;  
de paz vengo, y de mi parte  
aquella grandeza vuestra  
me ampare contra Ramiro.  
ORDOÑO. Vuestra gallarda presencia  
merece todo favor,  
cuando otra cosa no hubiera.

HENRIQ. ¿Puedo hablar?  
ORDOÑO. Sólo está aquí  
mi hermana.  
HENRIQ. A vuestra grandeza  
pide perdón mi ignorancia,  
aunque sol que está en su fuerza (1)  
si bien extiende sus rayos,  
su rostro a los ojos niega.

[Autógrafo, fol. 7 v.]

ELVIRA. Vuestro valor, caballero,  
en ninguna cosa yerra  
sino en pedirme perdón.  
HENRIQ. Dichoso soy en que tenga  
tal testigo mi desdicha,  
y también para que sea  
buen tercero con el Rey  
en mi amparo Vuestra Alteza.  
ELVIRA. ¡Gallardo talle!

LUCINDA. ¡Famoso!  
HENRIQ. A la piedad que profesan  
los reyes pido, señor,  
para mi historia licencia.  
Yo me llamo el conde Henrique.  
Pienso que este nombre llega  
a más apartados reinos (2).  
ORDOÑO. Y de suerte que le tiemblan  
en el África los moros,  
si los de España le precian.

LUCIN. (3) Agora me dad los brazos.  
¿Que este es Henrique?  
ELVIRA. ¿Pudiera  
ser otro con este talle?  
LUCINDA. No fué esta vez lisonjera  
la fama.

HENRIQ. Proseguiré,  
señor, con licencia vuestra.  
ORDOÑO. Con mucho gusto os escucho.  
HENRIQ. Ya después que en las fronteras  
de los moros de Aragón

[Autógrafo, fol. 8.]

dieron mis hazañas muestra  
del heredado valor,  
antes que la primavera  
de mi edad sobre mis labios  
pintase su roja selva (4):

(1) A y B: "Sale CELIO solo."

(2) A y B: "Ya le miro".

(3) A y B: "Sale el conde HENRIQUE y NUÑO,  
criado, de camino."

(4) A y B: "tienes".

(1) A y B: "aunque el sol que está en su esfera".

(2) A y B: "a los apartados reinos".

(3) Impreso, por error. "Nu".

(4) A y B: "sus flores pusiera apenas".

después que en los Pirineos  
 los lirios de las banderas  
 blancas pudieran (1) crecer,  
 con la sangre de mis venas,  
 y después que en las orillas  
 del Ebro, a su costa della (2),  
 saqué a Ramiro en mis brazos,  
 con mil heridas y flechas,  
 que eran tantas que los dos,  
 él conmigo, yo con ellas,  
 él la fruta parecía  
 y yo el espín que la lleva,  
 para pagarme intentaba,  
 interponiendo sus fuerzas,  
 que diese una hermana mía  
 a un hombre de bajas prendas;  
 ella más que el sol hermosa (3),  
 y, si no fuera soberbia,  
 tan antigua como el sol  
 en nacimiento y limpieza (4).  
 Resistióse con mi amparo;  
 que si no se resistiera,  
 perdiendo mi madre honor  
 diera a otro padre sospecha (5).

[Autógrafo, fol. 8 v.]

Enojóse mucho el Rey,  
 que amaba a Rosardo Bela (6),  
 y el poderoso que ama  
 es como el sol en su esfera,  
 que hasta su corona de oro  
 alza de la humilde tierra  
 con su actividad divina  
 los vapores que calienta;  
 aunque es verdad que a los rayos  
 parecen cuando los deja,  
 en el caer y el ruido (7),  
 que al fin son cosas violentas.  
 Llamóme Ramiro un día.  
 Temí, y el pecho a cautela  
 armé de un peto, aunque al Rey  
 no busca el noble defensas;  
 mas como puede el poder  
 atropellar la inocencia,  
 poner en duda la vida

es lealtad, pero muy necia.  
 Entré y díjome: "Si yo  
 puedo honrar a quien yo quiera,  
 ¿qué tiene, Conde, Rosardo (1),  
 en que igualaros no pueda?"  
 "¿Por qué no le dais a Blanca?"  
 Respondí: "Porque lo sea;  
 que si se mancha, no es justo  
 volverla de blanca en negra." (2)  
 "Rosardo es mejor que vos",

[Autógrafo, fol. 9.]

dijo el Rey. Yo, sin prudencia,  
 dije: "No será en mi sangre,  
 sino en la que tengo vuestra."  
 Mal respondí; pero en fin,  
 tal vez la humildad se ciega  
 con la fuerza del agravio,  
 y como siempre la lengua  
 está sobre agua, resbala,  
 porque a estar en parte seca  
 no tuviéramos disculpa  
 de muchas necias respuestas (3).  
 Alzó la mano Ramiro,  
 opuse mi brazo a ella;  
 pero alcanzóme a los ojos  
 porque no viese mi afrenta:  
 que es tal la de un bofetón,  
 que quiso naturaleza  
 que no viesen las mejillas,  
 porque no pudiesen verla.  
 Yo entonces, desatinado,  
 saco (4) la espada. No creas  
 que para el Rey la saqué,  
 que, en efecto, traición fuera,  
 sino que, como poniendo  
 fuego a la pólvora presta  
 vemos que por otra parte  
 sale la bala ligera,  
 así cuando puso el Rey  
 la mano en mi rostro vuela

[Autógrafo, fol. 9 v.]

por la vaina de la espada (5)  
 la cuchilla, de honor llena.  
 "Prendelde", dijo; y Rosardo

(1) A y B: "pudieron".

(2) A y B: "dellas".

(3) A y B: "mas que el cielo hermosa".

(4) A y B: "nobleza".

(5) A y B: "diera otro padre sospechas".

(6) A y B: "a Rosarda bella".

(7) A y B: "a caer con el ruido".

(1) A y B: "que tiene el conde Rosardo".

(2) A y B: "volvella de blanca negra".

(3) A y B: "No tuviera más disculpa  
 de algunas palabras necias."

(4) A y B: "saqué".

(5) A y B: "mi espada".

furioso a prenderme llega,  
pero con una estocada  
dejé vengada mi afrenta.  
El poder produce efectos  
como causa, y pues a ella  
no hay llegar, basta que un hombre  
mate lo que está más cerca.  
Cómo salí de palacio  
y de Pamplona, pudiera,  
aunque era sola una espada,  
dar a mil plumas materia.  
Yo vengo, famoso Ordoño,  
a ampararme a tu grandeza.  
Aguila goda naciste;  
corona de oro y de perlas  
ciñe (1) tus invictas sienas,  
desde Pelayo y Fruela  
por rey de León y Asturias.  
En tu servicio me emplea,  
ampárame con tus alas,  
y verás de qué manera  
corta una espada ofendida  
y un agraviado se vengá.

ORDOÑO. Conde, aunque escuchar debía  
vuestra historia con pesar,  
por lo que es ventura mía,

[Autógrafo, fol. 10.]

es imposible negar  
que he recibido alegría.

Discreto sois; bien sabéis  
que un rey no puede agraviaros;  
si a Rosardo muerto habéis,  
que es el que pudo enojaros (2),  
¿qué satisfacción queréis?

Ello fué por mi ventura,  
y así tendréis esta tierra,  
casa y voluntad segura.

HENRIQ. Serviros en esta guerra  
es lo que el Conde procura.

Y si tengo algún valor  
mostraré al mundo, señor,  
contra el enemigo vuestro.

ORDOÑO. Solos deseos (3) le muestro  
para ponerle (4) temor.

Cuando mi león armado  
salga, Henríque, en campo de oro,

llevaros pienso a mi lado.

HENRIQ. No iguala el mayor tesoro  
a la lealtad de un criado.

¡Mil veces me dad los pies!

ORDOÑO. Con los brazos os recibo  
por mi vasallo.

HENRIQ. Interés  
de premio tan excesivo,  
honra de mi afrenta es.

Mi desdicha fué mi dicha,  
y agravio ha sido mi honor.

ORDOÑO. Vamos, que la historia dicha,

[Autógrafo, fol. 10 v.]

pues solicita mi amor,  
no ha de llamarse desdicha.  
De que fué para mi bien  
voy seguro.

HENRIQ. Y yo de quien  
nació de sangre real.

\*(Con reverencias se van el REY, INFANTA y criados;  
queda el CONDE con NUÑO.) (1)

NUÑO. ¡Vive Dios, que has hecho mal!

HENRIQ. Y yo lo pienso también.

NUÑO. ¿Esto no güele a traición?

HENRIQ. No, que lo manda mi Rey,  
y es forzosa obligación.  
Su gusto es ley; de la ley  
es el alma la razón.

Yo cumplo con lo que debo.

NUÑO. No me atreveré a jurallo.

HENRIQ. Alguna sospecha llevo.

NUÑO. Que al mal se obligue el vasallo,  
Conde, es aforismo nuevo.

HENRIQ. Nuño, por bien o por mal,  
cumplir del Rey es mejor  
el gusto; que, en duda igual,  
si en León fuere traidor,  
seré en Navarra leal (2).

Quédate a ver por aquí  
lo que se dice de mí.

(Váyase.) (3)

[Autógrafo, fol. 11.]

NUÑO. Mientras no saben tu engaño,  
a Ramiro vendrá el daño.

(1) A y B: "ciñen".

(2) A y B: "que es lo que pudo enojaros".

(3) A y B: "sólo deseos".

(4) A y B: "ponelle".

(1) A y B: "Íanse todos, que el CONDE y NUÑO solos."

(2) A y B: "en Navarra soy leal".

(3) A y B: "Vase."



(*Entren ELVIRA y LUCINDA.*)

ELVIRA. ¿Es este el hidalgo?

LUCINDA. Sí.

¡Ah, gentil hombre!

NUÑO. ¿Yo fuera

el dichoso...?

LUCINDA. ¿Sois criado

del Conde?

NUÑO. Y que ser pudiera

por antiguo jubilado (1),

si el servir premio tuviera.

LUCINDA. Mi señora os quiere hablar.

NUÑO. Los pies le voy a besar.

ELVIRA. ¡Levantaos! La mano os doy.

LUCINDA. Humor tienes (2).

NUÑO. Sano estoy;

bien me puedo pasear.

Mas, por Dios, que es bendición

la condición de los Reyes,

que dar la mano es razón,

porque por ella las leyes

cohardes y necias son.

Mienten cuantos cortesanos (3)

no buscan términos llanos,

en obligación ninguna,

pues sin besar mano alguna

a todos besan las manos.

Es mentir, no es saludar,

pues nadie el besar la impide (4);

mas pienso que por no dar,

aunque el otro (5) se la pide,

no dan la mano a besar.

Aquí sí que besa y toca

tal mano mi boca vil,

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

pues, en efecto, mi boca

engustó vuestro marfil,

que es marfil cristal de roca.

ELVIRA. Alegre sois.

NUÑO. Si soñara

que estaba en el paraíso,

claro está que me alegrara,

o como enfermo Narciso,

de una fuente pura y clara,

que su ardiente fantasía

le retrata en su cristal.

ELVIRA. Hablar a el Conde (1) querría,  
porque desventura (2) igual  
enternecerme porfia.

NUÑO. Con haber aquí llegado  
su desdicha se acabó.

ELVIRA. ¿Es casado?

NUÑO. No es casado.

ELVIRA. ¿Pues por qué no se casó?

NUÑO. Nunca se lo he preguntado.

Pero si en uso estuviera (3)

que una ropería hubiera

de mujeres a escoger,

ninguno en buscar mujer

cobarde ni esquivo fuera.

Cuál a la tienda llegara (4)

y una flaca se probara;

cuál una gorda, una chica;

cuál se vistiera una rica,

y una pobre tripulara.

¡Oh! Lo que fuera de ver

vestirse tanta mujer:

[*Autógrafo, fol. 12.*]

morenas, blancas, trigeñas,

pedir doncellas y aun dueñas (5)

hombres de poco poder.

Mas ley santa y natural

que se vista sola una,

o le venga bien o mal,

hace que en probar fortuna

se temple (6) el más liberal.

ELVIRA. ¿Querrá casarse en León?

NUÑO. Ya será forzosa ley,

pues con aquesta ocasión

queda en servicio del Rey,

y si hay en quién, ya es razón (7).

ELVIRA. El Rey me manda enviar

por su hermana.

NUÑO. El español

distrito puede envidiar

a Estela y Blanca, y vos, Sol,

tendréis signos en que andar.

ELVIRA. Por el Conde su hermosura

(1) A y B: "por antiguo más premiado".

(2) A y B: "tenéis".

(3) A y B: "castellanos".

(4) B: "impida".

(5) A y B: "al otro".

(1) A y B: "del Conde".

(2) A y B: "de ventura".

(3) A y B: "si en esto estuviera".

(4) A y B: "Cuál una fea llevara".

(5) A y B: "morenas, blancas y negras,  
cuñados, hijos y suegras".

(6) B: "temple".

(7) A y B: "con quien, es razón".

se conoce.

NUÑO. Blanca es blanca,  
que excede a la nieve pura,  
y ser con ella tan franca  
naturaleza procura,

que siendo monte de nieve  
a nacer en él se atreve  
el rosal de sus mejillas;  
que hacer tales maravillas  
a tal blancura se debe.

[Autógrafo, fol. 12 v.]

Estela es mujer tan bella,  
que una letra, sola una,  
le ha faltado para estrella;  
pero nació para luna,  
y hiciera mal en tenella.

ELVIRA. Por Blanca quiero enviar.

NUÑO. Bien será, porque en su casa  
alguna es fuerza quedar.

ELVIR (1) Si el Conde en León se casa,  
mucho pienso al Conde honrar.

NUÑO. Casalde de vuestra mano.

ELVIRA. Pensaré quién le merezca.

NUÑO. A no ser caso tan llano,  
aunque a vos no lo parezca,  
respeto de vuestro hermano,  
que habéis, señora, de ser  
del Rey de Navarra esposa  
y aquestas paces hacer,  
yo sé una mano dichosa  
que os pudiera merecer.

ELVIRA. ¿Adónde está?

NUÑO. Yo sé dónde.

ELVIRA. ¿Quién, por mi vida?

NUÑO. ¿No oís?

El consonante responde.

ELVIRA. ¿El Conde?

NUÑO. Vos lo decís.

ELVIRA. Quien casare con el Conde,  
bien puede dejar de ser  
del rey Ramiro mujer (2).

NUÑO. Diréle tanto favor.

ELVIRA. Dile que tiene valor  
que le puede merecer.

(Váyase.) (3)

[Autógrafo, fol. 13.]

NUÑO. Las dos líneas españolas

cerque tu corona bella (1).

(1 la criada.) (2)

¿Oiga sarcé dos parolas!

LUCINDA. Diga.

NUÑO. Yo tengo con ella  
cuatro secretos a solas.

LUCINDA. Si son cosas de tu dueño,  
perderé esta noche el sueño.

NUÑO. ¿Qué ventana?

LUCINDA. Un lienzo habrá.

NUÑO. ¿Grande?

LUCINDA. Pequeño será.

NUÑO. No le pongáis muy pequeño.  
¿Qué hora?

LUCINDA. Ven a las dos.

NUÑO. ¿Señas?

LUCINDA. Dilas.

NUÑO. Cualque tos.

LUCINDA. ¿Tu nombre?

NUÑO. Nuño, y tu esclavo.

¿Y el tuyo?

LUCINDA. Lucinda.

NUÑO. ¡Bravo!

LUCINDA. Voyme.

NUÑO. Vete.

LUCINDA. ¡Adiós!

NUÑO. ¡Adiós!

\*(Váyanse y entren BLANCA (3), y el REY RAMIRO.)

RAMIRO. Esto habemos concertado,  
y queda Henrique en León.

BLANCA. Amor es todo invención.

RAMIRO. No hay en el mundo cuidado  
que mate como el de amor.

BLANCA. Hasta agora no lo sé.

RAMIRO. Pues yo, Blanca, te diré  
las señas de su rigor.

Es amor un accidente  
sobre lo más natural,  
porque amar lo que es igual  
se sigue naturalmente.

Es una pena agradable

[Autógrafo, fol. 13 v.]

y es un gustoso dolor,

un apacible rigor

y un veneno saludable.

Es una dulce pasión,

(1) En A y B, Elvira habla en el verso siguiente.

(2) A y B: "del rey navarro mujer".

(3) A y B: "vase".

(1) A y B: "cerquen tu corona bellas".

(2) Falta esta acotación en A y B.

(3) A y B: "Vanse y sale".

de los sentidos empleo,  
donde es tirano el desco  
y es esclava la razón.

Es un campo de batalla  
que no puede resistirse,  
pues viendo el alma rendirse  
el entendimiento calla.

Es un insaciable exceso (1),  
hidrópico de hermosura,  
y una engañada locura,  
que piensa que tiene seso.

Es una varia inquietud  
en la mayor gravedad (2),  
y una grave enfermedad,  
con aparente salud.

Es un desvanecimiento  
de la dulce fantasía,  
de la esperanza porfía  
y engaño del sufrimiento.

Es un perczoso modo  
de no mudar voluntad,  
y una loca ceguedad  
que piensa que lo ve todo.

Es un ser que no es en sí,  
y de otro recibe acción,  
y es una imaginación  
que se sustenta de sí.

Es un desmayo que es fuerza (3)

[Autógrafo, fol. 14.]

y es una flaqueza fuerte,  
es fuerte como la muerte,  
y es una muerte sin fuerza.

BLANCA. ¿Eso es amor?

RAMIRO. Esto es,  
pintado en cifra, el amor.

BLANCA. ¿No hay en el alma valor?  
¿No son sus (4) potencias tres?

¿No tiene el cuerpo sentidos?

¿No ven otras cosas bellas?

RAMIRO. ¿Qué podrán, vencidas ellas? (5)

¿Qué podrán, ellos dormidos?

¿No has oído que solia (6)  
mudar Circe en piedra un hombre?,  
pues a amor daba este nombre  
la antigua filosofía.

(1) A y B: "es un excesivo exceso".

(2) A y B: "de la mayor gravedad".

(3) A y B: "que fuerza".

(4) A y B: "tus".

(5) A y B: "¿Qué podrán, vencidos dellas?"

(6) A y B: "sabía".

Tal estoy, Blanca, sin mí  
por Elvira, y tal estoy,  
que no parezco quien soy  
ni creo que soy quien fui.

BLANCA. ¿Lástima os tengo, señor!

RAMIRO. Tenla a cualquiera que ama.

BLANCA. ¿Luego puedo a cierta dama  
tenerla mucho mayor?

RAMIRO. ¿Por qué?

BLANCA. Porque os quiere bien.

RAMIRO. ¿Blanca, Blanca, desengaña  
esa mujer!

BLANCA. ¿Cosa extraña,  
y desdichada también!

¿Pero qué se os da que os quiera?

RAMIRO. Ser quien sabes; que en saber  
que no la puedo querer  
me pesa de que me quiera.

[Autógrafo, fol. 14 v.]

(DON IÑIGO, criado del CONDE.) (1)

IÑIGO.

¡Oh, qué poco caminan los caballos  
cuando alcanzan sus alas los deseos!  
V[uestra] Alteza me dé sus pies.

RAMIRO.

Don Iñigo,

dónde bueno tan presto?

IÑIGO.

A darte parte (2)  
de cómo queda el Conde con Ordoño.

RAMIRO.

¿El Conde con el Rey?

IÑIGO.

Con tal afecto (3),  
con voz tan viva y con acciones tales  
representó tu agravio, que halló crédito  
en el alma del Rey y de la Corte.  
Todos le quieren bien, y el Rey le fía  
sus mayores secretos, y la Infanta  
le favorece ya por cosa tuya;  
el Rey trata de guerras y de ejército;  
el odio contra ti crece y su agravio (4);

(1) A y B: ("Sale DON IÑIGO"), etc.

(2) A y B:

"¿dónde tan presto?

IÑIGO. A darte parte vengo."

(3) A y B: "efeto".

(4) A y B: "y dicen contra ti crece su agravio".

por Blanca vengo yo, que doña Elvira  
la pide al Conde (1), y esto es ya forzoso,  
para mayores fuerzas del engaño.

RAMIRO.

No hay hombre como el Conde. ¡Caso extraño!  
Venció su diligencia mi esperanza;  
quien tiene ingenio un imposible alcanza.

IÑIGO.

Blanca, a León has de ir.

BLANCA.

¿Yo? ¿Cómo puedo?

RAMIRO.

Mandándotelo yo y gustando el Conde.

BLANCA.

Tú mismo a lo que mandas te responde.

RAMIRO.

Pues yo respondo que camines luego.  
Haz, Blanca hermosa, aquesto que te ruego;  
la vida de tu Rey (2) dice que partas.  
Tú ven, Iñigo amigo, por las cartas,

[*Autógrafo, fol. 15.*]

que Blanca hará mi gusto.

BLANCA.

Haré tu gusto.

RAMIRO.

Lo más injusto en la obediencia es justo.

(BLANCA, sola.) (3)

BLANCA.

En vano os levantastes, pensamiento,  
guiado (4) de mi dulce fantasía,  
pues en la cera de tan vil porfía  
plumas fingió mi loco atrevimiento.

Ninguno edificó sin fundamento  
que tuviese más dicha que la mía,  
pues la vana esperanza que tenía  
cayó del sol, y la detuvo el viento.

Amaba al Rey, y de mi amor me espanto;  
tiene otro gusto el Rey; amor, ¡paciencia!  
Tratad de ausencia y suspended el llanto.

Ausencia es la más justa diligencia,  
si se puede esperar, amando tanto,  
un grande olvido de una breve ausencia (1).

(Entre el CONDE, y NUÑO.) (2)

NUÑO.

En todo siento peligro.

HENRIQ.

Pues ¿qué haré si amor me tiene (3),  
y el amor del Rey le digo?  
En vez de corresponderle,  
¿no ves que podría ser  
que la Infanta me tuviese  
por ingrato, y que al engaño  
le diésemos fin tan breve?  
Para llevarla a Navarra  
es forzoso y conveniente (4)  
no hablar del amor del Rey,  
porque si Elvira lo entiende,  
no ha de salir de León.

NUÑO.

¡Désdicha notable!

HENRIQ.

¡Fuerte!

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

¿Tú no dices que te dice (5)  
Lucinda sus accidentes  
desde la noche del lienzo?

NUÑO.

Conde, la Infanta te quiere.  
¿Qué sirve andar por las ramas?  
Por Dios, que estuvo presente  
a cuanto los dos hablamos,  
siendo el lienzo el alcagüete.  
Suelen los que representan,  
que no saben los papeles,  
tener detrás del anejo,  
como los órganos, fuelles;  
Lucinda representaba  
la comedia diferente  
del amor que doña Elvira  
al Conde navarro tiene (6);  
como el papel ignoraba,  
no osaba favorecerte;  
mas la Infanta que leía  
toda la historia presente,  
detrás del lienzo apuntaba  
por lo escrito, cuantas veces  
Lucinda erraba el papel.

HENRIQ.

¡Que de engaños que se ofrecen

(1) A y B: "el Conde".

(2) A y B: "la orden de tu Rey".

(3) A y B: "*Vanse IÑIGO y el REY y queda*  
BLANCA."

(4) A y B: "criado".

(1) A y B: "una grande ausencia".

(2) A y B: ("*Asc. Sale el CONDE NUÑO.*")

(3) A y B: "¿Qué haremos, si amor me tiene?"

(4) C: "y conviniente".

(5) A y B: "le dice".

(6) A y B: "al Conde en Navarra tiene".



de un engaño, a quien le trata!  
 Nuño. Cumple tú con lo que debes,  
 que es decir que el Rey la adora  
 y ser su esposo promete.  
 Entienda (1) que ha de ser Reina,  
 y venga lo que viniere.

HENRIQ. ¡Bien dices (2) mi obligación!

[Autógrafo, fol. 16.]

Es lo que él mandó; mas tenme  
 por más desdichado, Nuño,  
 de lo que a ti te parece.

Nuño. ¿Por qué, señor?

HENRIQ. Pues que ya  
 tomaste de los que suelen  
 representar el ejemplo,  
 seguirle quiero.

Nuño. ¿Qué sientes? (3)

HENRIQ. ¿No has visto el galán que llega  
 por el amigo o pariente  
 a la dama en la comedia,  
 y en viéndola se enloquece?  
 Pues de hablar la Infanta, Nuño,  
 eso mismo me sucede (4).  
 ¡Perdido estoy!

Nuño. Buenas noches.

HENRIQ. Malas las espero siempre.

Nuño. Ahora bien, ¿qué harás?

HENRIQ. Sufrir,  
 poniendo montes de nieve  
 sobre el fuego que me abrasa:  
 porque, Nuño, aunque me viese  
 en la rueda de Ixión  
 dar vueltas eternamente,  
 y de Sísifo el peñasco  
 llevar sobre el hombro débil,  
 o asido de las cadenas  
 del que hurtó la luz celeste,  
 que aquel (5) águila voraz  
 de mi sangre se sustente,  
 o a los pozos infernales (6)

(1) A y B: "entiende".

(2) A y B:  
 "Bien cumplí mi obligación  
 lo que le mandó, mas tenme."

(3) A y B:  
 "Porque, señor?

HENRIQUE. No has visto al galán que lleva  
 a ver amigo o pariente  
 la dama de la comedia..."

(4) A y B: "se me ofrece".

(5) A y B: "aquella".

(6) A y B: "y las olas infernales".

llevar el agua del Lethe,  
 o tener siempre a la boca  
 los cristales transparentes,

[Autógrafo, fol. 16 v.]

y pendientes las manzanas  
 de las ramas siempre verdes,  
 que por Tántalo de amor  
 divinamente me viene,  
 que quitase al Rey su gusto  
 ni mi lealtad ofendiese (1).  
 ¡Tristes horas se te esperan!  
 No las quiero más alegres  
 que cumplir mi obligación,  
 y haga amor lo que quisiere.

(Doña ELVIRA y LUCINDA.) (2)

ELVIRA. ¡Henrique!

HENRIQ. ¡Señora mía!

ELVIRA. ¿Qué hay de Blanca?

HENRIQ. Que ya viene

a servirlos, y me ha escrito  
 que los pies por ella os bese.

ELVIRA. Deseo su compañía.

HENRIQ. Hacéis vos tantas mercedes (3),  
 que con palabras, señora,  
 no pueden encarecerse;  
 pero pues da la ocasión (4)  
 los cabellos de la frente,  
 aquí aparte os retirad.

ELVIRA. ¡Ay, Dios, si mi dicha fuese (Ap.)  
 tan grande que me pagases,  
 Conde, el amor que me debes! (5)

(Hablan aparte ELVIRA y HENRIQUE.) (6)

HENRIQUE.

Hermosa Elvira, si me dais palabra  
 de guardarme un secreto (7), pues primero  
 de vos le quiero que los labios abra (8).  
 sabréis la obligación de un caballero,  
 y sabréis la ventura que os espera,  
 y la que yo también por vos espero (9).

(1) A y B: "ni mi lealtad le ofendiese".

(2) A y B: ("Sale Doña ELVIRA"), etc.

(3) A y B: "Haréisme tantas mercedes."

(4) A y B: "mas pues me da la ocasión".

(5) A y B: "el grande amor que me debes".

(6) Falta esta acotación en C.

(7) A y B: "de guardarme secreto".

(8) A y B: "mis labios abra".

(9) A y B:

"Que si cumplir con su lealtad espera,  
 no menos que de vos remedio espero."

ELVIRA.

[Autógrafo, fol. 17.]

(Enrique está turbado; la primera señal de amor; que pague me prometo el que pluguiera a Dios que le debiera.)

Conde, yo juro de guardar secreto, por la vida del Rey y por la mía.

HENRIQUE.

El tiempo mismo esté a los dos sujeto (1).

Ramiro os vió, señora, el claro día de las fiestas que hizo vuestro hermano (2) a los dichosos años que cumplía;

que disfrazado, aunque guardado en vano, amor le halló, le hirió, le dió la muerte, con cinco flechas de esa hermosa mano.

No fué de ausencia la defensa fuerte; allá pensó morir y volvió a veros, y tuvo en veros venturosa suerte,

viendo tan imposible el mercederos, por el odio cruel de Ordoño airado, y temiendo en pedir os ofenderos,

trató que me fingiese yo agraviado, y que sirviendo al Rey, señora, os diga que para serlo suya os ha buscado.

Si un rey, un reino y tanta fe os obliga, porque yo os llevaré secretamente hasta Navarra, aunque él y el mundo os siga.

De aqueste casamiento claramente (3) nacerá de los príncipes cristianos la paz, que el cielo un siglo y mil aumente; envidiarán los bravos castellanos

[Autógrafo, fol. 17 v.]

la paz de los navarros y leoneses, y juntos temblarán sus fuertes manos;

tendréis la vecindad de los franceses para vuestro favor, y finalmente...

ELVIRA.

Finalmente, era bien que enmudecieseis.

¿Tú me dices a mí tan libremente que quiera bien otro hombre? (4) ¿Tú villano,

amándote yo a ti tan tiernamente?

Primero que el navarro, el castellano (1), el portugués, ni cuantos tienen vida lleguen a sólo imaginar mi mano, se verá de los quicios desahogada adonde estriba el arco de diamante, la cúpula de estrellas guarnecida; primero juntos uno y otro Atlante, y el tiempo más veloz que el pensamiento verá de su reloj roto el volante,

que otro humano mortal merecimiento le tenga de llegar adonde Henrique, puesto que ingrato (2) a mi amoroso intento.

HENRIQUE.

Señora, permitidme que os suplique... (3)

ELVIRA.

¡Déjame, necio!

HENRIQUE.

¡Oídmme, oíd, señora (4), si no queréis que todo se publique (5).

ELVIRA.

¿Qué me puedes decir?

HENRIQUE.

Cuando yo agora a deciros llegué tal desatino, fué con temor del alma que os adora; parecióme que fué mejor camino

[Autógrafo, fol. 18.]

para saber de vos esa firmeza, por hallarme de vos, mi bien, indigno (6); mas ya que sé que puedo a mi tristeza dar tan alegre fin, vos sois mi esposa.

ELVIRA.

Esa corona quiero en mi cabeza (7).

Iré a Navarra, iré por la arenosa Libia, y adonde el sol no es conocido estamparé su nieve rigurosa (8), porque el Olimpo, aquel jamás vencido de la región del aire, es fácil senda

(1) A y B: "pues teniendo de vos tan buen secreto".

(2) A y B:

"Ramiro es vuestro desde el claro día de las justas que hizo vuestro hermano."

(3) A y B: "y que sirviendo al Rey, daros intente parte de amor tan bien imaginado, pues deste casamiento claramente".

(4) A y B: "bien a otro hombre".

(1) A y B: "acordándote yo tan tiernamente?

Primero que en Navarra el castellano".

(2) A y B: "pues que es ingrato".

(3) A y B: "permitid que yo os suplique".

(4) A y B: "Oíd, oíd, señora."

(5) A y B: "todo lo publique".

(6) A y B: "de vos, señora, indigno".

(7) A y B: "Esa corona quiere mi cabeza."

(8) A y B: "Su arena rigurosa."

para un amor que no consiente olvido;  
que más quiero con vos que el sol me ofenda  
en una aldea, en un lugar desierto,  
que el reino que del mar al mar se extienda (1).

HENRIQUE.

¿Que conmigo vendréis?

ELVIRA.

Estad muy cierto;  
luego, Conde, que vos me deis aviso.

HENRIQUE.

¿Qué puedo yo perder mil veces muerto?

ELVIRA.

Adiós, esposo, adiós.

HENRIQUE.

¡Cuán de improviso (2)

(*Váyanse las dos.*) (3)

viene cualquiera mal!

Nuño.

Pues, ¿qué tenemos?

HENRIQUE.

De mi desdicha el término preciso.

Nuño.

¿Qué dice Elvira, pues?

HENRIQUE.

Tantos extremos  
en nombrándole al Rey. ¿No viste? (4)

Nuño.

Vilos.

HENRIQUE.

Mas la industria, que ciega Polifemos,  
me enseñó que, trocando los estilos,  
dijese que era yo quien la adoraba (5);  
que también en Navarra nacen Nilos.

Ella, que ser mi esposa descaba,  
gustosa concertó nuestra partida,

(1) A y B: "que no que de mi amor el Rey se encienda".

(2) A y B: "¿Qué de improviso."

(3) A y B: "*Vase ELVIRA.*"

(4) A y B:  
Nuño. ¿Qué dice Elvira?

HENR. Ha hecho mil extremos  
en nombrándole el Rey. ¿Vístelos?

(5) A y B: "quien lo ordenaba".

[Autógrafo, fol. 18 v.]

que en avisarla yo se dilataba;  
burlada, en fin, mas no de ser querida,  
irá a Navarra, adonde el Rey la goce,  
y adonde pierda yo también la vida.

Nuño.

¿Amor que la esperanza desconoce,  
¿cómo puede durar?

HENRIQUE.

El amor mío  
por inmortal sin ella se conoce (1).

Nuño.

¿Algún remedio habrá!

HENRIQUE.

¡Morir confío!

FIN DEL PRIMERO ACTO DE "QUIEN MÁS  
NO PUEDE..." (2)

## SEGUNDO ACTO

DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..." (3).

[Autógrafo, fol. 1.]

(Doña Blanca de camino y don Iñigo y criados.) (4)

IÑIGO. De las quejas con razón  
no es exceso el sentimiento (5).

BLANCA. ¿Es (6) este el recibimiento

(1) A y B: "por inmortal se estima y se conoce".

(2) "Esta comedia es muy buena, mas no para estos tiempos; para los pasados sí, porque tiene muchas endechas y muchas cosas que no dejarán pasar en estos tiempos. El cuento es bueno para volverle a escribir en versos a la moda. Y por ser verdad lo firmé de mi mano y letra en París a 19 del mes de Abril del año del Señor de 1669. = CRISTÓBAL GÓRRIZ."

(3) En C, trae este reparto:

### PERSONAS DEL 2.º ACTO

|                       |                                                |
|-----------------------|------------------------------------------------|
| Doña Blanca.          | REY RAMIRO.                                    |
| DON IÑIGO.            | DON BELTRÁN.                                   |
| CILIO. (Antonio.)     | DON ARIAS. (Antonio.)                          |
| LAYNEZ.               | LISIS. (Francisca o Ana Nuñez.)                |
| REY ORDOÑO.           |                                                |
| DON SANCHO. (Cuevas.) | RISELO. (Cuevas o Bernardino.)                 |
| LUCINDA.              |                                                |
| EL CONDE HENRIQUE.    | MEXANDRO. (El que baila, que no sé el nombre.) |
| Doña ELVIRA.          |                                                |
| Nuño.                 |                                                |

(4) A y B: "*Sale Doña Blanca y don Iñigo, de camino, y acompañamiento.*"

(5) A y B: "nos exceptó el sentimiento".

(6) A y B: "Este es."

que me esperaba en León?

El Rey hallará disculpa  
como señor soberano,  
pero no el Conde, mi hermano,  
que al Conde el amor le culpa.

IÑIGO. Y la justa obligación.

BLANCA. Y la Infanta que ha enviado  
por mí, ¡qué bien ha mostrado  
en honrarme su afición!

IÑIGO. De todos quejarte puedes  
con razón.

BLANCA. Quien llega así,  
¿qué puede esperar aquí (1)  
sino agravios por mercedes?

IÑIGO. Corrido estoy.

BLANCA. Yo de suerte,  
que volverme determino.

IÑIGO. El Rey viene de camino;  
que está disculpado advierte.

(El REY ORDOÑO, vestido de caza; DON SANCHE, caba-  
llero, y LAYNEZ.) (2)

ORDOÑO.

[Autógrafo, fol. 1 v.]

¿Sin avisar, y con tan poca gente?

SANCHE.

Así dicen que viene doña Blanca.

BLANCA.

Ya está, señor, a vuestros pies.

ORDOÑO.

Señora

¿tan grande agravio?

BLANCA.

Por salir huyendo

del cuidado y poder del rey Ramiro,  
en las manos me puse del secreto.

ORDOÑO.

Que estoy corrido os juro, aunque os prome-  
[to (3)]  
que lo estoy mucho más de vuestro hermano;  
que yo ha que falto de León tres días,  
codicioso de dar la muerte a un oso,  
cuya grandeza fué destas montañas (4)

temor y admiración.

BLANCA.

De Vuestra Alteza  
no formo queja yo, que no era justo (1);  
del Conde sí, pues no me ha visto el Conde.

ORDOÑO.

¡Hola! Llamad al Conde; que no creo  
que sepa el Conde cómo habéis venido.

BLANCA.

Yo pensé que me hubiera recibido  
a la raya (2) del reino de Navarra.

ORDOÑO.

¡Qué hermosa!

LAYNEZ.

¡Qué gallarda! (3)

SANCHE.

¡Qué bizarra!

ORDOÑO.

¡Digna es de un Rey! (4)

LAYNEZ.

Al Conde se parece.

ORDOÑO.

¡Por Dios, don Sancho (5), que es hermosa  
[dama!]

IÑIGO.

El Rey habla de ti.

ORDOÑO.

No sé quien llama  
bien de naturaleza (6) la hermosura,  
pues en ésta parece don del cielo.

SANCHE.

Los del alma, señor, llaman sus bienes,  
que la hermosura al cuerpo pertenece.

ORDOÑO.

Sí; pero en ella el cuerpo alma parece,

[Autógrafo, fol. 2.]

pues si se viera el alma, no pudiera  
tener más hermosura, y en los cuerpos

(1) A y B: "esperar de ti".

(2) A y B: "Sale el REY ORDOÑO, de camino, y  
DON SANCHE y LAYNEZ."

(3) A y B: "os juro y os prometo".

(4) A y B: "fué en estas montañas".

(1) A y B: "quejas yo, porque no es justo".

(2) A y B: "en la raya".

(3) A y B: "¡Qué hermosa!—LAY. ¡Gallarda!"

(4) A y B: "de un reino".

(5) A y B: "¡Por Dios, Sancho."

(6) A y B: "a la".



que son tan cristalinos, la hermosura del alma resplandece, como vemos una luz en un vidrio.

SANCIO.

Vuestra Alteza se ha dejado llevar de su belleza.

(CELIO, *criado*.) (1)

CELIO.

El Conde no parece, ni le han visto en palacio después que te partiste.

(*Vase*.) (2)

ORDOÑO.

No debe de estar bueno. Bien merece (3), Blanca, que le disculpes. Vayan luego, y diganle a mi hermana que tenemos la más hermosa güéspeda del mundo, pues que del mundo puede ser señora.

BLANCA.

Puesto que lo encarezca Vuestra Alteza, el camino agradezco solamente, pues cuantos nacen son del mundo güéspedes.

ORDOÑO.

Si, pero dije yo la más hermosa.

BLANCA.

Mejor, señor, para mi hermana Estela viniera este favor.

ORDOÑO.

Dudo que sea tan bella como vos, y gran ventura será traerla para honrar mi casa de dos soles, dos lunas, dos estrellas; que si en el cielo suele haber dos soles, digo que vuestros ojos lo parecen, cuando le sigue alguna nube espléndida, en cuyo espejo él mismo le retrata;

[*Autógrafo, fol. 2 v.*]

así con vos y Estela sucediera, que vos el sol y ella el retrato fuera.

(LUCINDA y CELIO.) (1)

CELIO.

Turbado de las nuevas que me han dado,

no me atrevo a decir lo que me dicen, pero aquí traigo quien por mí lo diga.

ORDOÑO.

¿Cómo, Celio, turbado tú, y por lengua de lo que te enmudece, lo que sabes? Una criada de la Infanta...

CELIO.

El caso suspende todo humano atrevimiento (1).

ORDOÑO.

¿Qué es aquesto, Lucinda?

LUCINDA.

Habrá dos días que entrando Emilia (2) a despertar la Infanta.

ORDOÑO.

¡Presto! (3), que aumentas las desdichas mías.

LUCINDA.

Corriendo la cortina...

ORDOÑO.

¿Qué te espanta?

LUCINDA.

Cual suele hallar, señor, las plumas frías quien del nido esperaba copia tanta, cuando los pajarillos alzan vuelo, así la cama halló.

ORDOÑO.

¿Qué escucho? ¡Ay, cielo!

LUCINDA.

Buscó todas las partes que eran dignas de su grandeza y no la halló.

ORDOÑO.

¿Qué dices?

LUCINDA.

Miró otra vez la cama y las cortinas, hasta alfombras, estrados y tapices (4).

(1) A y B:

"ORDOÑO. Celio turbado y tú con lengua agora di lo que te enmudece y lo que sabes.

CELIO. Una criada de la Infanta acaso...

ORDOÑO. ¿Qué es aquesto, Lucinda?"

(2) A y B: "Elvira".

(3) A y B: "puesto que".

(4) Estos dos versos últimos están tachados en el manuscrito C.

(1) A y B: "Sale CELIO, *criado*."

(2) En C falta esta acotación.

(3) A y B: "Bien parece."

(4) A y B: "Sale LUCINDA y CELIO, *criados*."

ORDOÑO.

¿Y agora dónde está?

LUCINDA.

Pues, ¿no imaginas uno de dos sucesos infelices?

ORDOÑO.

¿Cómo, Lucinda?

LUCINDA.

Que es robada o muerta.

ORDOÑO.

Para robarla, ¿dónde hallaron puerta? (1)

SANCHO.

¿Eso dices, señor?

ORDOÑO.

¡Mi honor socorre!

SANCHO.

Acrisio, que le tuvo por tesoro,

[Autógrafo, fol. 3.]

cerró a su hija en una excelsa (2) torre, que Júpiter violó con lluvias (3) de oro. El oro no hay escrito que no borre (4), edad a que (5) no venza su decoro, puerta que no entre, porque de una suerte tiene licencia el oro que la muerte.

ORDOÑO.

Si ha sido amor, ¿qué puerta halló (6) cerrada?

SANCHO.

Espíritu llamar al amor puedes (7), a quien cerrar la puerta importa nada, que es forma que penetra las paredes.

ORDOÑO.

¿Era del Conde doña Elvira amada?

¡Habla! ¡Que muda para siempre quedas en esa suspensión!

(1) En A y B sólo habla ORD. en estos dos versos.

(2) A y B: "escura".

(3) A y B: "llaves".

(4) A y B: "lo borre".

(5) A y B: "larga edad que".

(6) A y B: "halla".

(7) A y B: "Espíritu es amor, decirlo puedes." Y falta además indicación de los personajes que hablan.

LUCINDA.

Señor, el Conde

la amaba.

ORDOÑO.

¿Y ella a él también? ¡Responde!

LUCINDA.

También, señor.

ORDOÑO.

Pues ¡alto! El Conde falta, él la lleva a Navarra. ¡Oh, infame Henrí! ¿Esta fué tu lealtad? [que! (1)]

BLANCA.

Señor, no es justo que con información que no es bastante des crédito tan presto a tus antojos.

ORDOÑO.

Es como haberlo visto por los ojos. ¿A un Rey? ¿A mí, traidor? ¿Al amor mío, al cielo, al juramento al ser tu amparo? ¿A tantos agraviaste? ¡Vive el cielo, que ha de teñir tu infame sangre el suelo! (2)

LAYNEZ.

Ir a Navarra el Conde es imposible por la ofensa del Rey.

ORDOÑO.

Así lo entiendo.

[Autógrafo, fol. 3 v.]

El va a Castilla. Parte, Sancho, al punto con ducientos soldados, que discurran por varias partes el camino todo, y si no pareciere, al rey Alfonso dirás que no le admita ni reciba, o romperé las amistades luego, y entraré por su tierra a sangre y fuego.

(1) Este pasaje lo traen así A y B:

"...para siempre quedas.

LUCINDA. Señor, él la adoraba.

ORDOÑO. ¿Y ella al Conde?

LUCINDA. Yo pienso que también.

ORDOÑO. También responde.

Pues ¡alto! El Conde falta, el Conde es ido. El la llevó a Navarra. ¡Oh, infame Enrí! [que!]

(2) A y B:

"¿A el Rey? ¿A mí, traidor; a el honor mío, al cielo, al juramento a ser tu amparo? ¿A mí tantos agravios? ¡Vive el cielo, que ha de teñir tu infame el suelo!"

SANCHE.

Tú verás, gran señor, mi diligencia.

(*L'asc.*) (1)

ORDOÑO.

Vos, Blanca, y vuestra gente, perdonadme, estaréis en prisión, seréis resguardo (2) del robo de la Infanta, hermana mía, y agradeced a la hermosura vuestra no dar de mis enojos otra muestra; que, ¡vive Dios!, que otro menor (3) sagrado no os defendiera de mi pecho airado.

BLANCA.

Señor, pues yo nací para desdichas, y no es aquesta la primera dellas, no me quiero quejar de mis estrellas. Rey sois; yo soy mujer; vos sois piadoso, y yo inocente: haced el gusto vuestro.

ORDOÑO.

Bien pudo el Conde proceder conmigo, como mi voluntad le merecía (4); porque si bueno a bueno me pidiera mi hermana, con el reino se la diera.

BLANCA.

Yerrois fueron de amor.

ORDOÑO.

Pues ángel eres, y yo quien, siendo Rey, padece injuria (5), detén la espada al golpe de mi furia.

[*Autógrafo, fol. 4.*]

\*(El CONDE HENRIQUE, la INFANTA DOÑA ELVIRA y NUÑO, en hábito de villanos, y ella con una banda.) (6)

ELVIRA. Mayor mal pudiera ser.

HENRIQ. Yo pensé que tu caída hoy me costara la vida.

NUÑO. ¿No has visto, Conde, caer

una estrella (1) por el cielo? Pues así me pareció.

ELVIRA. Fué cometa que encendió mi amor y murió en tñ hielo (2).

HENRIQ. De tibio amante me infamas; pero no tienes razón.

ELVIRA. ¿Pues no es aquesta ocasión para saber si me amas?

HENRIQ. Por ir fuera de camino se ha faltado a tu regalo (3).

ELVIRA. Con los del amor no igualo cuantos sin él imagino.

HENRIQ. Bien fuera que te sangraras; pero fuera conocida, y aventuraras mi vida, y perderme aventuraras.

ELVIRA. No me quieres entender.

NUÑO. No hablemos de ir a poblado, que de no haberte sangrado menos se puede perder.

[*Autógrafo, fol. 4 v.*]

Fuera de sola sangría en un campo en tal lugar no se pudiera alegrar.

ELVIRA. ¿Pues quién te pide alegría?

¿Debo yo de pretender que por cosas semejantes me dé el Conde oro y diamantes? (4)

NUÑO. No los habrás menester; pero está en uso entre reyes y señores que aquel día se celebre la sangría (5) con oro.

ELVIRA. ¡Qué extrañas leyes! (6)

NUÑO. En Bártulo, ni en Jasón, no sé que se pueda hallar ley de alegrar sangre y dar joyas.

HENRIQ. Antes es razón (7).

NUÑO. Si la sangre de aquel día,

(1) Falta la acotación en C.

(2) A y B:

"gente, aunque inocentes, estaréis en prisión por el resguardo".

(3) A y B: "mejor".

(4) A y B: "lo merecía".

(5) A y B: "y yo que, siendo Rey, padezco injuria".

(6) A y B: "*L'asc y sale el CONDE y DOÑA ELVIRA y NUÑO, en hábito de villanos, y ELVIRA con una banda.*"

(1) A y B: "astilla".

(2) A y B: "en tu cielo".

(3) A y B: "te ha faltado tu regalo".

(4) A y B: "oro o diamantes".

(5) A y B: "su sangría".

(6) Falta en B la palabra "leyes".

(7) A y B:

"ley de alegrar el sangrar con joyas.

ENRIQUE. Tienes razón."

Y sigue hablando Enrique, en lugar de Nuño.

que es quien la salud altera,  
es la mala, ya está fuera (1),  
no ha menester alegría.

Pues si la que queda es buena,  
la buena alegre se está;  
mas si el que las joyas da  
es fuerza quedar con pena,  
este llamo yo el sangrado,  
pues la bolsa se sangró,

[Autógrafo, fol. 5.]

que no al que por mala dió  
la sangre que le han sacado (2).

ELVIRA.

El sangrarme y alegrarme,  
como Nuño dice aquí,  
no me han dado causa a mí,  
Henrique, para quejarme.

Salí de León contigo,  
mas no salí de León,  
pues en aquesta ocasión  
le traigo en rigor conmigo (3).

No envidio mayor tesoro  
que las mismas prendas mías,  
que no están mis alegrías  
en los diamantes y el oro.

Ni el caer pena me dió,  
que de más alto caí,  
dejando de ser quien fui,  
cuando tu amor me engañó.

Pues más estimo contigo  
este vil traje villano  
que el reino del Rey mi hermano  
y el navarro su enemigo.

Siento, y con mucha razón (4),  
que una mano no me has dado,  
ni aun una palabra hablado (5)  
con señales de afición.

Siempre del camino oí  
que es tercero de amistades;  
pero en ti de enemistades,

[Autógrafo, fol. 5 v.]

pues que te apartas de mí.  
Y con ver (6) que nada intentas,

aunque te soy desigual,  
si te he parecido mal,  
puede ser (1) que te arrepientas.

No te quiero arrepentido,  
si ya tus ojos lo están,  
que quien es tibio galán,  
¿qué será después marido?

Cuando estos valles pintados  
de varias y hermosas flores  
están provocando amores  
a los peñascos helados;

cuando en amorosos lazos (2)  
los pajarillos traviesos  
con los picos piden besos  
y con las alas abrazos,  
y porque los solemnicen  
los aires tanto se encienden,  
que parece que se entienden  
los requiebros que se dicen;

cuando las aguas, de amores  
libres, porque son heladas,  
en espejos transformadas  
hacen Narcisos las flores;

tú sólo, más insensible  
que valles, aves y fuentes (3),  
no ves, ni piensas, ni sientes  
un bien de amor tan posible.

[Autógrafo, fol. 6.]

¿Qué montes te dan enojos?  
¿Qué mares has de pasar?  
¿Entre unos brazos hay mar,  
y montes entre unos ojos?

¿Aguardas que yo te hable?  
¿Quieres que te ruegue yo?

HENRIQ.

¡No, Elvira; señora, no!

ELVIRA.

¡Suspiró! ¡Cosa (4) notable!

¿Hásete acaso acordado  
alguna promesa? ¿Has hecho  
algún voto? Mas sospecho  
que debes de ser casado (5).

Si es así, ¿qué habrá (6) perdi-  
Déjame en questo monte; [do?  
cerca está Navarra. Ponte

(1) A y B: "y está fuera".

(2) A y B:

"que la bolsa le sangró,  
que no al que por mal le dió  
su sangre, que le ha faltado"

(3) A y B: "te traigo, Henrique, conmigo".

(4) A y B: "siento con mucha razón".

(5) A y B: "ni una palabra has hablado".

(6) A y B: "Y por ver."

(1) A y B: "podrá ser".

(2) A y B: "brazos".

(3) A y B: "que aves, valles y fuentes".

(4) A y B: "caso".

(5) A y B: "que alguna promesa has hecho,  
o algún voto? Mas sospecho  
que debes de estar casado".

(6) A y B: "habrás".



en salvo.

HENRIQ. ¡Pierdo el sentido!

ELVIRA. En traje villano estoy;  
aquí quiero ser villana.

HENRIQ. ¡Oh, lealtad! ¡Fuerza inhumana!  
Alma de diamante soy.

ELVIRA. ¿Cómo es eso de lealtad?

¡Habla, Conde, habla conmigo!

HENRIQ. Nuño, señora, es testigo  
de que mi amor es verdad;  
desde el día que te vi  
te adoro; que mi recato (1)  
no es tibieza o ser ingrato  
a lo que has hecho por mí,

[Autógrafo, fol. 6 v.]

sino que aqueste respeto  
nace de ser mi señora,  
y no mi mujer, que agora  
ya se descubre (2) el secreto.

Ramiro es mi Rey, y en ti  
tiene puesto el pensamiento (3);  
él hizo este fingimiento,  
y yo el instrumento fui.

No pensé yo que te amara;  
pero, ¿cuál hombre te viera  
que de ti se defendiera  
y con libertad quedara?

Y más amado de ti  
con el extremo que veo:  
la privación y el deseo  
han hecho una Troya en mí.

Todo me abraso y consumo,  
cuanto (4) me voy acercando;  
mi vida se va acabando,  
pero en morir me resumo.

¡Qué fortuna desigual!  
¡Qué desdichados amores!  
¡que otros mueran por traidores  
y yo muera por leal!

ELVIRA. ¿Cómo, Henrique? ¿Cómo es eso?

¿Al Rey me llevas tú a mí?

¿Al Rey voy?

HENRIQ. Señora, sí.

ELVIRA. Pienso que has perdido el seso.

Si el nombre de tu mujer  
me ha sacado de León,

[Autógrafo, fol. 7.]

que basta a ser posesión (1),  
aunque no ha llegado a ser,

¿tú mismo llevarme intentas  
al Rey? ¿Y tienes honor?

¿Y más confesando amor,  
con que dos veces te afrentas?

¡Vuelve en ti, Henrique; estás lo-  
¡Pídeme perdón! [co!]

HENRIQ. Señora,

yo debo tener agora  
mi vida y honor en poco  
respeto de mi lealtad;  
ni soy (2) yo vuestro marido,  
pues digo que lo he fingido.

ELVIRA. ¿Y tu amor?

HENRIQ. Ese (3) es verdad:

pero en resistir soy palma.

ELVIRA. Pues créeme que el amor  
es el verdadero honor,  
porque es afrentar el alma.

Quando esta noche te vi  
salir de aquesta cabaña,  
que nos dió en esta (4) montaña  
casa a mí, lugar (5) a ti,

y me acordé de la historia  
de Angélica y de Medoro,  
que me guardabas decoro  
dije a mi necia memoria.

bien que temiendo en secreto (6)  
algunas dificultades,  
pues nunca en las soledades  
se guarda tanto respeto.

[Autógrafo, fol. 7 v.]

Mas pues ya te has declarado,  
también me declaro yo:  
quien su mujer me llamó  
a mi honor (7) está obligado.

Bien puedes, Conde, matarme,  
pero no saldré de aquí (8):

(1) A y B:

"Si en nombre de tu mujer  
me has sacado de León,  
que basta ser posesión."

(2) A y B: "no soy".

(3) A y B: "Eso."

(4) A y B: "dió a questa".

(5) A y B: "y lugar".

(6) A y B: "bien que temiendo el secreto".

(7) A y B: "a su honor".

(8) A y B: "pero no saldré de aquí".

(1) A y B: "que el tener yo este recato".

(2) A y B: "ya te descubro".

(3) A y B: "tiene puesto el pie a mi intento".

(4) A y B: "cuando".

que no siendo para ti  
no hay que tratar de llevarme.

(*Entrese.*) (1)

HENRIQ. ¡Señora, señora!

NUÑO. Fuése.

HENRIQ. Nuño, ¿qué haré? (2)

NUÑO. ¡Qué sé yo!

Pero pues ya sucedió  
tal a mí me sucediese:  
quererla y ser su marido.

HENRIQ. ¿Y el Rey?

NUÑO. Decirle el suceso.

Entra; que llora en exceso,  
y con razón lo ha sentido.

Mira que la culpa fuiste (3)  
de que te amase con nombre  
de ser tu mujer (4).

HENRIQ. Soy hombre,  
y nadie amando resiste.

NUÑO. Pues, ¿qué fuerza te ha de hacer?

HENRIQ. ¡Ah, Nuño! Que tú no sabes  
qué pueden quejas suaves  
y lágrimas de mujer.

NUÑO. El que por ellas se mueve  
no piensa en que (5) es su costum-  
que lloran sin pesadumbre, [bre,  
como cuando el cielo llueve;  
y aun él permite, a su ruego,

[*Autógrafo, fol. 8.]*

lloren tanto y sin enojos,  
que tienen fuego en los ojos,  
y el agua templá aquel fuego.

HENRIQ. Lágrimas hay sin tristeza.

NUÑO. Son la caña de pescar  
con que viven en el mar  
de nuestra humana flaqueza,  
las que a perdersnos incitan  
y agraviados nos aplacan,  
las que las bolsas nos sacan (6),

las que el dinero nos quitan.

Mas ni en nacer ni en llorar  
son las mujeres iguales,  
porque lágrimas reales  
no nacen para engañar.

Cuando yo era tierno amante  
cierta ninfa me engañó,  
y una noche que lloró  
se fué con un estudiante.

¿Entiendes esto? Ya es ido.  
¡Señor! ¡Ah, señor! ¿Adónde  
te fuiste? Durmiósc el Conde,  
ninguno le haga ruido (1).

¡Ah, señor!

HENRIQ. ¿Quién está aquí?

NUÑO. Nuño soy; ¿no me conoces?

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

HENRIQ. ¿Sabes quién da aquellas voces?

NUÑO. La Infanta.

HENRIQ. ¡Triste de mí!

NUÑO. Ve, por Dios, a consolalla.

HENRIQ. Temo, Nuño.

NUÑO. Pues, ¿qué haremos?

HENRIQ. Tú templarás sus extremos  
con hablalla y con rogalla,  
y yo entre tanto entraré  
en Navarra, y lo que pasa  
diré al Rey.

NUÑO. ¿En esta casa  
quieres que seguro esté?

HENRIQ. Sí estarás; que deste monte  
se cubre, y no hay aspereza  
mayor por naturaleza  
en todo aqueste horizonte.

Mi vuelta será muy breve.  
¡Nuño amigo, adiós, adiós!

NUÑO. ¿Que nos dejas a los dos  
en dos (2) gigantes de nieve?

Mas si pregunta por ti,  
¿qué le diré?

HENRIQ. Que a buscar  
fuí más secreto lugar (3),  
y que acaso me perdí,  
y cómo si estoy perdido... (4)

NUÑO. Ella ha dado en que es mujer  
del Conde.

(1) A y B: "¡ase."

(2) A y B: "¿Qué haré, Nuño."

(3) A y B: "Mira que culpado fuiste."

(4) A y B: "de tu mujer".

(5) A y B: "no piensa que".

(6) A y B:

"de nuestra humana flaqueza;  
las que el amor acompañan,  
las que a perdersnos incitan,  
las que el dinero nos quitan,  
las que mejor nos engañan...  
Mas ni en nacer", etc.

(1) A y B: "nadie le haga ruido".

(2) A y B: "con dos".

(3) A y B: "fuimos secreto lugar".

(4) A y B: "y cómo que estoy perdido".

HENRIQ. No puede ser,  
porque es el Rey su marido.

[Autógrafo, fol. 9.]

\*(Entre el REY (1) RAMIRO, DON BELTRÁN y DON ARIAS.)

BELTRÁN. ¡Notable fuerza de amor!

RAMIRO. Que simbolizan es cierto  
el ser potencias posibles  
amor y el entendimiento;  
que respeto de las cosas,  
inteligibles, las vemos  
en potencia, pues ninguna  
al principio entiende, siendo  
blanca tabla en que después  
escribe lo que entendemos,  
cuando de potencia al acto  
se va él mismo reduciendo.

BELTRÁN. Será un cierto padecer  
nuestro entender, según eso.

RAMIRO. Lo mismo sucede a amor;  
así va amor recibiendo (2)  
las semejanzas, Beltrán,  
de las cosas que sabemos.

ARIAS. ¡Extraña filosofía  
es la de amor!

RAMIRO. Yo sospecho  
que en su lógica, don Arias (3),  
hay silogismos tan buenos.  
y tales contradictorias,  
que aquel soberano ingenio  
de Aristóteles se hallara  
en sus laberintos ciego.

BELTRÁN. ¡Notable es la fantasía

[Autógrafo, fol. 9 v.]

para amor! (4)

RAMIRO. Fué justo acuerdo  
del cielo que la tuviesen (5)  
los animales perfectos.  
Sin el sentido común  
la imaginación tenemos,  
que conserva las especies  
de lo que los ojos vieron.  
Pero a veces que en Elvira,  
Beltrán, imagino y pienso,

la imaginación maldigo,  
la fantasía aborrezco;  
que aunque me deleita (1) ver  
eso mismo que no veo,  
no sufro bien que me mate  
tan cerca, estando tan lejos.

BELTRÁN. ¿Qué escribe el Conde?

RAMIRO. Que van  
perdidos mis pensamientos,  
porque parece imposible  
la empresa de mi deseo;  
pero mientras más espira  
la esperanza, más aumento  
recibe este necio amor  
que a mis imposibles tengo (2).

BELTRÁN. No es necio, ni es imposible,  
pues antes es digno efecto  
de tu (3) entendimiento ilustre,  
de tu (4) heroico nacimiento;  
en las personas reales  
no ha de ser amor plebeyo.

[Autógrafo, fol. 10.]

sino raro y peregrino  
laberinto, encantamiento,  
y como el amor de Psiques  
que a oscuras durmió gran tiempo  
con el niño amor, su esposo.

RAMIRO. No lo refiere Apuleyo  
con mejor aplicación (5).  
Que valiera más que un reino  
este diamante quisiera.

BELTRÁN. Los pies mil veces te beso.

(El CONDE HENRIQUE.) (6)

HENRIQ. No llega con otra salva  
quien no viene muy contento.  
Aquí tienes, gran señor (7),  
al Conde.

RAMIRO. ¡Válgame el cielo!

¿Qué hay de mis sucesos, Conde?

HENRIQ. Ni bueno ni mal suceso.

(1) A y B: "dilata".

(2) A y B: "que mil imposibles tengo".

(3) A y B: "de un".

(4) A y B: "de un".

(5) A y B: "con mayor explicación".

(6) A y B: "Dáscele y sale el CONDE HENRIQUE."

(7) A y B:

"No llego con otra salva,  
pues no llego muy contento.  
Aquí tenéis, gran señor."

(1) A y B: "Válgase, y sale el Rey."

(2) A: "así va a morir recibiendo".

(3) A y B: "que en mis amores, don Arias".

(4) A y B: "del amor".

(5) A y B: "lo tuviesen".

Por no perdidos (1), no malo;  
por no ganados (2), no bueno.  
Dije a la Infanta tu amor;  
castigó mi atrevimiento  
con esconderse unos días;  
parecióme mejor medio  
decirla que la engañaba  
por saber su pensamiento,  
y que si la mereciera (3),  
la hiciera (4) mi esposa, y dueño  
de mi estado.

RAMIRO. ¡Mal hiciste!

HENRIQ. Pues no fué posible menos  
para poderla engañar.

[Autógrafo, fol. 10 v.]

RAMIRO. ¿Pues llegó el engaño a efeto? (5)

HENRIQ. En hábito labrador  
junto a Navarra la tengo (6).

RAMIRO. ¿Pues por qué no la trajiste?

HENRIQ. Porque en viendo descubierto  
el engaño, ha hecho cosas  
de notable sentimiento:  
hasta saber si tú gustas  
de quererla, no me atrevo.

RAMIRO. Mal medio tomaste, Conde;  
pero, en efeto (7), ya es hecho.  
Más tienes de gentilhombre,  
Henrique, que de discreto;  
más te quisiera en el campo  
de veras, o en un torneo  
de burlas, que en mis amores,  
mis gustos o mis consejos.

Si tú presente y galán  
le decías: "Yo os pretendo" (8)  
a una mujer, ¿no está claro  
que había de querer luego  
lo presente y no lo ausente?  
Pues lo que promete el cielo  
mil veces no lo estimamos  
no más de porque está lejos.

HENRIQ. Señor, porque vi tu amor  
tan determinado y ciego,  
quise de cualquiera suerte

darte gusto.

RAMIRO. ¡Mal has hecho!

[Autógrafo, fol. 11.]

¿Mujer que te quiere trács  
para hacer mi casamiento?

Más tienes de gentilhombre,  
Henrique, que de discreto.

HENRIQ. Señor, ¿qué importa el engaño,  
pues que yo la reverencio  
como a mi Reina y señora?

¿Cuántos casamientos vemos  
en el mundo por engaños,  
y donde no vale el ruego  
valerse de las industrias?  
Pues sé yo muy bien que en viendo  
esa presencia real,

ese generoso pecho,  
te ha de amar como es razón.

RAMIRO. ¿Y será muy buen acuerdo (1)  
que un hombre como yo soy,  
para dar reina a mi reino,  
a que se olvide de ti  
esté esperando muy necio?  
Más tienes de gentilhombre,  
Henrique, que de discreto.  
Vete, Henrique, a ese lugar,  
donde la dejas, haciendo  
diligencias (2) de traerla,  
que yo no quiero ni puedo.  
Y, venido a esta ciudad,  
lo que importa trataremos.

[Autógrafo, fol. 11 v.]

HENRIQ. ¡Esto medra quien bien sirve:  
erré; castigóme el cielo!

(Váyase.) (3)

BELTRÁN.

Señor, mucho me pesa que dejases (4)  
ir aqueste (5) traidor sin gran castigo,  
y que tu claro ingenio perturbases  
con el dolor.

RAMIRO.

¿Pues qué hay, Beltrán amigo?

BELTRÁN.

Este, sin reparar que a Elvira amases,

(1) A y B: "perdido".

(2) A y B: "ganado".

(3) A y B: "merecía".

(4) A y B: "la haría".

(5) A y B: "pues lleva el engaño efeto?"

(6) A y B: "la dejo".

(7) A y B: "mas, en efeto".

(8) A y B: "Yo os prometo."

(1) A y B: "¿Y será acertado acuerdo."

(2) A y B: "diligencia".

(3) A y B: "Vase HENRIQUE."

(4) A y B: "que le dejes".

(5) A y B: "aquesse".



le dijo amores y la trae consigo,  
donde, ya en posesión de su deseo,  
quiso probar el tuyo.

RAMIRO.

Así lo creo (1).

BELTRÁN.

Él vino sólo a ver tu sentimiento,  
y porque se la dices te ha contado  
que no quiso admitir tu casamiento,  
y que en esas montañas se ha quedado,  
para que tú con este descontento (2)  
desistas del intento comenzado,  
y él la lleve a su tierra, y dé a su casa  
sangre real.

RAMIRO.

La indignación me abrasa.  
¿No podrán alcanzarle?

BELTRÁN.

Es imposible  
saber por dónde va, ni es acertado,  
pues en esa montaña inaccesible  
deja la Infanta.

RAMIRO.

El Conde me ha engañado.

BELTRÁN.

Ni la (3) traerá a Navarra.

RAMIRO.

¡Qué terrible  
suceso y confusión!

BELTRÁN.

Tengo pensado  
que la lleve (4) a Castilla.

RAMIRO.

¿Qué venganza  
le queda de un traidor a mi esperanza?

BELTRÁN.

[Autógrafo, fol. 10.]

Quitarle sus estados, y a su hermana (5).

ARIAS.

Ese (1), Beltrán, no es término de noble,  
porque si el Conde erró, y es cosa llana,  
no fué por ser traidor, ni es trato doble (2).  
La sangre de Aragón y de Viana  
es más firme en lealtad que palma y roble;  
yo lo sustentaré (3).

RAMIRO.

¡Callad, villano!

ARIAS.

Yo soy, señor, del Conde primo hermano (4).

RAMIRO.

Salid al punto luego (5) de la sala,  
y agradeced que os queda la cabeza.

ARIAS.

El Conde es noble y al mejor iguala,  
y ahora está enojado Vuestra Alteza.

(Váyase.)

BELTRÁN.

Don Arias, atrevido, me señala;  
mas respondió tu voz, cuya grandeza  
fuerza a callar.

RAMIRO.

Esos estados luego  
al Conde le quitad o poned fuego (6).

Su hermana Estela a vuestra casa vaya  
y allí esté presa.

BELTRÁN.

Vos veréis muy presto  
cómo no pasa Henrique de la raya,  
y que a su casamiento va dispuesto.

RAMIRO.

¡Que tal maldad entre los nobles haya!  
Henrique mi remedio ha descompuesto.  
Perdí la paz, el gusto, el reino, a Elvira.  
¡Flechas de amor se vuelven rayos de ira!

\*(Váyanse y entren LISIS, villana; RISELO, su padre,  
MENANDRO, villano y NUÑO, y DOÑA ELVIRA.) (7)

(1) A y B: "Eso."

(2) A y B: "ni trato doble".

(3) A y B: "y lo sustentaré".

(4) A y B: "Yo soy del conde Enrique primo hermano."

(5) A y B: "Salid en hora mala."

(6) A y B: "y poned fuego".

(7) A y B: ("Váanse.—Sale LISIS, RISELO, su padre, MENANDRO, villanos, DOÑA ELVIRA y NUÑO.")

(1) A y B truncan el pasaje así:  
"con el dolor."

RAM. Así lo creo y digo.

BELTR. El vino a sólo ver tu sentimiento."

(2) A y B: "para que con aqueste descontento".

(3) A y B: "No la."

(4) A y B: "lleva".

(5) A y B: "quitate sus estados a su hermana".

[Autógrafo, fol. 12 v.]

LISIS. Será notable crueldad  
el dejarnos desta suerte.  
ELVIRA. Yo solicito mi muerte;  
sin honra estoy. ¡Perdonad!  
NÚÑO. Si vuelves a la ciudad,  
tenla por cosa segura.  
ELVIRA. Pues esto mismo procura  
mi pecho en vuestros engaños.  
RISELO. Ten lástima de tus años.  
NÚÑO. Y de tu rara hermosura.  
ELVIRA. Henrique me deja a mí,  
y desta suerte se va.  
NÚÑO. Advierte que cerca está,  
y que luego (1) viene aquí.  
LISIS. Si no la tienes de ti,  
ten lástima del dolor  
que a todos deja tu amor.  
RISELO. ¿Qué te falta en este monte,  
en cuyo hermoso horizonte  
sirve de sol tu valor?

Mira que en tan pocos días  
estos pastores te adoran,  
y que por tu ausencia lloran  
sus valles y praderías;  
aquí fuentecillas frías (2)  
te ofrecen puro coral  
en márgenes (3) de cristal

[Autógrafo, fol. 13.]

de los claveles que bañan,  
y las aves te acompañan  
como al aurora oriental.

La vid al olmo abrazada,  
que fué de Hércules trofeo,  
y desde el laurel febeo  
hasta la adelfa encarnada (4),  
cuando pasas descuidada (5)  
a tus blancos pies se humillan;  
las aves se maravillan,  
y aunque tus desdichas lloran,  
agradables te enamoran (6)  
y lisonjeras te chillan.

Estas sierpes (7) de cristal

que estos arroyos rodean  
vivir por (1) verte desean,  
que no por hacerte mal;  
con música natural  
parece que te detienen;  
mientras tus amores vienen,  
hasta los aires templados  
con silbos enamorados  
te regalan y entretienen.

¿Por qué te ofendes a ti  
y de tu dueño te alejas?

LISIS. ¡Deja, señora, tus quejas!  
¡Detente! ¡Siéntate aquí!

[Autógrafo, fol. 13 v.]

MENAN. ¿Qué te excusas? Hazlo así;  
ansí goces de tu esposo.

NÚÑO. Señora, este campo hermoso  
te provoca (2) un verde asiento.

LISIS. ¡Pastores, contad un cuento!  
¡Canta (3), Menandro famoso!

MENAN. Va de historias.

NÚÑO. Ya imaginan  
divertirte.

ELVIRA. No podrán.

MENAN. Hará (4) un año este San Juan  
que unos pies me desatinan.

Yo de veros ignorante (5),  
que nunca los escribí,  
este soneto pedí  
a cierto mozo estudiante:

Belisa, por tus pies andan perdidos  
más poetas que bancos, aunque hay tantos,  
que tus paños lavando entre unos cantos  
escoreció su nieve a los tendidos.

Virgilio no los tiene tan medidos;  
las musas hacen con la envidia espantos;  
pues no (6) hay picos de rosca en Todos Santos  
como sus dedos blancos y bruñidos.

[Autógrafo, fol. 14.]

Andar en puntos nunca lo recelas,  
que no llegan a cuatro tus pies bellos,  
ni por calzar con pena te desvelas.

Que es tanta la belleza que hay en ellos,

(1) A y B: "presto".

(2) A y B: "y que fuentecillas frías".

(3) A y B: "de márgenes".

(4) A y B: "la rosa encarnada".

(5) A y B: "desvelada".

(6) A y B: "y con suspiros te adoran,  
que envidiosas te enamoran".

(7) A y B: "fuentes".

(1) A y B: "crecer por".

(2) A y B: "te procura".

(3) A y B: "vaya".

(4) A y B: "Habrás."

(5) A y B: "ignorantes".

(6) A: "mas no".

que pueden ser zarcillos sus chinelas  
con ligas de cristal pendientes dellos.

NUÑO. ¡Bendiga Dios el poeta  
que tal-soneto escribió!

MENAN. ¿No te agrada mucho?

NUÑO. No;  
que herejes hay desta seta.  
¡Pobres mujeres, en fin!  
¿Todas han de ser coral (1),  
ébano, marfil, cristal,  
rosa, clavel y jazmín?

Yo vi un poeta denantes,  
destos cerrados de poros,  
que a unos montes hizo moros  
y a unas nubes sus turbantes.

Ello está todo perdido  
por hablar en jerigonza.  
¡Pardiez! Más vale una onza  
de castellano entendido,

que cuantas cecas y mecas  
las musas pueden andar (2).  
MENAN. Bien te sabe el murmurar;  
algo en malicioso pecas.

[Autógrafo, fol. 11 v.]

En fin, el papel le di;  
preguntóme si era yo  
el que el papel escribió.

NUÑO. ¿Y dijístele (3) que sí?

MENAN. ¿Pienas que soy como algunos  
que venden obras ajenas?

NUÑO. ¿En qué pararon tus penas (4),  
que amantes (5) son importunos?

MENAN. En que le dije (6) a desprecio  
quien el papel escribió,  
y en que (7) dél se enamoró,  
y me dejó (8) para necio.

NUÑO. Ahora bien, decir querría  
una historia yo también;  
mas temo que no me den  
lugar las líneas del día.

LISIS. Dile hasta donde lleguemos.

(1) A y B:

"Hombres, mujeres, en fin,  
todos han de ser coral."

(2) A y B: "pueden hallar".

(3) A y B: "¿Y le dijiste?"

(4) A y B: "las penas".

(5) A y B: "amores".

(6) A y B: "diese".

(7) A y B: "y que".

(8) A y B: "y dejóme".

NUÑO. Huyó de ser enfadoso.

RISELO. No enfada un cuento gracioso (1).

NUÑO. ¿Tendréis paciencia?

LISIS. Sí haremos.

NUÑO. En la ciudad de Vitoria  
quise una dama; prendóse  
de otro; dejóme y casóse,  
y aquí se acaba la historia.

LISIS. ¿No es más larga?

NUÑO. No era más (2).

[Autógrafo, fol. 15.]

MENAN. Pues tú mismo te responde.

NUÑO. ¡Ay, señora, el Conde!

ELVIRA. ¿El Conde?

RISELO. (3) Ahora despierta estás.

(El CONDE HENRIQUE.) (4)

HENRIQUE.

Si alguna vez, Infanta, mis tristezas  
pudieron competir con las pasadas,  
agora se ha (5) de ver en las firmezas,  
que están para matarme (6) conjuradas.  
Pensé que de Alejandro las grandezas  
no estaban en los Reyes acabadas,  
mas aunque Apeles con Ramiro he sido,  
su fama despreció el amor vencido.

Pensé yo que del Betis al Hidaspes (7)  
fuera famoso el Rey; pero celoso  
(no todos saben dar bellas Campaspes) (8)  
que te llevase me mandó furioso (9);  
rompió la fama pórpidos y jaspes  
prevenida de un ínclito coloso (10).  
El quedó despechado (11) y yo sin vida;  
tú mal burlada, pero bien querida.

La sentencia salió que yo muriese,  
y que el Rey, doña Elvira, te gozase (12);  
que te llevase yo porque él te viese,  
y te perdiese yo porque él te amase.

(1) A y B: "Tendréisme por enfadoso.

Ris. No enfada el tiempo un gracioso."

(2) A y B: "¿Pues no es más larga?

NUÑ. No es más."

(3) B: "RAM."

(4) A y B: ("Sale el CONDE. HENRIQUE.")

(5) A y B: "se han".

(6) A y B: "para mi muerte".

(7) A y B: "a el Ydaspe".

(8) A y B: "Campaspe".

(9) A y B: "mandó dudoso".

(10) A y B: "de un caso lastimoso".

(11) A y B: "El queda despicado."

(12) A y B: "y que el Rey de Navarra te gozase".

Vamos, primero que mi vida cese,  
y mi lealtad de lo posible pase;  
pues en esta postrera diligencia

[Autógrafo, fol. 15 v.]

apura su valor (1) mi resistencia.

ELVIRA.

Henrique, yo te dije habrá tres días (2)  
que yo era (3) tu mujer, y que era en vano,  
aunque dejarme aquí y allí podías (4),  
querer llevarme a otro hombre de tu mano.  
¿Por qué tratas tan mal las prendas mías?  
¿Por qué eres tan ingrato y inhumano (5)  
conmigo, con mi honor y con el cielo,  
a quien de tu rigor (6) injusto apelo?

Esto dije, esto digo y esto siento,  
y deste intento no podrán mudarme  
si me viese en el toro de Agrigento (7)  
y Dionisio viniera a atormentarme.  
No infames mi primero pensamiento (8),  
ni pagues tanto amor con despreciarme;  
tuya soy y seré, que viva o muera.

(Vase.) (9)

HENRIQUE.

¡Detente! ¡Escucha! ¡Mira! ¡Advierte! ¡Es-  
Id, pastores, tras ella. ¡Ve, Riselo, [pera!  
persuádela tú con esas canas!  
¡Lisis, dile que vaya!

LISIS.

Yo recelo  
que nuestras diligencias serán vanas.

HENRIQUE.

¡Corre, Menandro, así te guarde el cielo!

Nuño.

Los montes de Castilla, Henrique, allanas;  
en un pequeño vidrio el mar recoges,  
y en red sutil el vago viento coges.

(1) A y B: "ampara tu valor".

(2) A y B: "Ya yo te dije aquí que habrá tres días."

(3) A y B: "que era yo".

(4) A y B: "podrías".

(5) A y B: "e inhumano".

(6) A y B: "aquí de tu rigor".

(7) A y B: "en el potro del tormento".

(8) A y B: "movimiento".

(9) Falta la acotación en C.

HENRIQUE.

Pues, Nuño, ¿qué haré yo de su hermosura,  
triste, rendido, loco, enamorado?

[Autógrafo, fol. 16.]

¿Casaréme con ella, por ventura,  
y perderé mi honor, vida (1) y estado?  
¿Qué haré?, que muero en tanta desventura,  
que soy todo imposibles.

Nuño.

Que casado

con la Infanta, a Castilla el paso vuelvas  
y al último remedio te resuelvas (2).

Porque si una mujer dice que quiere  
echarse, Conde, de un tejado abajo,  
no hay hombre cuerdo que (3) vencerla espere,  
sino rogar a Dios por el más bajo.  
Esto de nones bravamente adquiere;  
persuadirlas es bárbaro trabajo,  
de ciento y dos que pongan a tormento (4),  
por no decir verdad niegan las ciento (5).

Una que echó en un pozo su marido (6)  
con los dedos formaba las tijeras,  
dando a entender que muerta había vencido.

HENRIQUE.

El muerto seré yo (7).

Nuño.

¡Vamos! ¿Qué esperas?

(DON ARIAS.) (8)

ARIAS.

Yo pienso que las señas que he traído,  
si no me engaño (9), salen verdaderas.  
¿Es el Conde?

HENRIQUE.

¿Quién es?

ARIAS.

Don Arias.

(1) A y B: "mi vida, honor".

(2) A y B:

"con la Infanta te vuelvas a Castilla.

ENR. Que tu consejo me espanta y maravilla.

Nuño. Porque si una mujer..."

(3) A y B: "Necio es el hombre que."

(4) A y B: "al tormento".

(5) A y B: "negarán ciento".

(6) A y B: "una se echó en un pozo, a su ma-  
rido".

(7) A y B: "Es él, muerto soy."

(8) A y B: "Sale DON ARIAS."

(9) A y B: "engañan".



HENRIQUE.

¡Primo!

ARIAS.

Más que al vivir (1) haberte hallado estimo.

Del palacio de Ramiro,  
Henrique, saliste apenas,  
dejando al Rey enojado  
de tu error (2). no de tu ofensa,  
cuando uno destes que (3) al lado  
de los príncipes no dejan,

[Autógrafo, fol. 16 v.]

con envidia o con lisonjas  
que haya lealtad que lo sea,  
dijo que fuiste traidor,  
y que trayendo a la Reina  
en la raya de Navarra,  
te desposaste con ella.  
Creyólo el Rey, que en los grandes  
es propia naturaleza,  
de dos mil informaciones,  
dar crédito a la primera.  
Mandó seguirte; era tarde;  
y aquel traidor (4) le aconseja  
que tus estados te quite  
y prenda a tu hermana Estela.  
Ellos (5) quedan confiscados.  
y ella, aunque inocente, presa.

HENRIQ. ¿Qué es esta fortuna mía?  
Pienso que agora comienzas.  
Bien dijo un sabio, don Arias,  
que el primer mal no se tema,  
sino los que ha de traer.  
Mas ¿quién es la infame lengua  
de este testimonio autora?

ARIAS. Esto no es justo que sepas.  
que el honrado amigo, Conde,  
castiga al que habló en ausencia,  
pero no dice quién es,  
como algunos que se precian (6),  
sin volver por el amigo,

[Autógrafo, fol. 17.]

de sólo contar la ofensa.  
Dime dónde (7) está la Infanta,

y procuremos traerla,  
porque conste tu lealtad.  
HENRIQ. Un loco imposible intentas;  
que muerta podrás llevarla,  
pero no de otra manera.

ARIAS. ¿Está en aquesta cabaña?

HENRIQ. Pues ¿qué es lo que quieres?

ARIAS. Verla  
y persuadirla.

HENRIQ. Es en vano.

ARIAS. ¿Qué se pierde en probar?

HENRIQ. Prueba;

(Entrese DON ARIAS.) (1)

que yo entretanto daré  
principio a mi muerte fiera  
¡Nuño!

NUÑO. ¡Señor!

HENRIQ. Dile a Elvira  
que ya su venganza es cierta:  
que dos hermanas que tengo  
quedan de dos Reyes presas,  
mis estados confiscados,  
y yo sin honra y sin ella;  
que me han dado por traidor,  
y ella sabe mi inocencia:  
que perdí mi Rey, mi patria,  
mi casa, mi honor, mi hacienda.  
y pues que sola la vida,  
que ya es lo menos, me queda,  
yo me voy por esos montes  
con ánimo de perderla,  
porque yo no puedo más  
hacer por mí ni por ella,  
por mi Rey, por mi lealtad,

[Autógrafo, fol. 17 v.]

por mi amor, por mi firmeza (2);  
porque, en fin, quien más no puede...  
¿Qué dices?

NUÑO.

HENRIQ. Morir se deja.

NUÑO. Así el proverbio lo dice,  
pero hayle de dos maneras:  
una entre la gente grave  
que la primera se cuenta,  
en que, a quien no puede más.(3),  
que se muera le aconseja;  
otra es término vulgar,

(1) A y B: "el vivir".

(2) A y B: "de tu honor".

(3) A y B: "de los que".

(4) A y B: "ya que el traidor".

(5) A y B: "Estos".

(6) A y B: "como alguno que se precia".

(7) A y B: "adónde".

(1) A y B: "¡ase!".

(2) C: "por firmeza".

(3) A y B: "ésta por más gravedad".

que dice que cuando llega  
un hombre a no poder más,  
que con su mujer se acuesta.  
Y pues la Infanta está aquí,  
escoge la mejor (1) dellas,  
que la elección de los hombres  
es acto de gran prudencia (2),  
y diga el Rey enojado,  
en Navarra o en Sansueña:  
"Ese hombre no pudo (3) más,  
pues con su mujer se acuesta."  
HENRÍQ. ¿Nuño, este es tiempo de burlas? (4)  
NUÑO. Yo, señor, hablo de veras.  
Si es la Infanta tu mujer,  
y estás casado con ella,  
¿por qué dejarte morir?  
Es cosa que no se cuenta (5)

[Autógrafo, fol. 18.]

de ningún hombre cristiano,  
ni tan fácil te parezca,  
que, ¡vive Dios!, que en dos días  
que andes en aquestas tierras,  
descas comer bellotas,  
y por vivir comas hierbas.  
¿No sabes la fabulilla  
que aquel filósofo cuenta?  
HENRÍQ. ¡Déjame, Nuño!

NUÑO. Un caduco  
viejo, con años ochenta,  
traía leña de un monte,  
Conde, a la ciudad de Atenas.  
Como era tanto el trabajo,  
rogaba a la muerte fiera  
que le llevase, diciendo:  
"¡Ven, muerte! Muerte, ¿no lle-  
Oyóle la muerte un día. [gas?"  
y con la armadura seca  
se puso al viejo delante.  
habló en los huesos sin lengua:  
"Dime qué quieres", le dijo:  
y el viejo, temblando en verla:  
"Que me ayudes a cargar,  
le dijo, aquel haz de leña" (6).

Sabrosa cosa es vivir,  
aunque trabajos excedan.  
Ven a comer, acostarte (1),  
pues tienes mujer y mesa,

[Autógrafo, fol. 18 v.]

Conde, que quien más no puede,  
si es loco, morir se deja,  
y si es cuerdo, está muy llano  
que con su mujer se acuesta.  
HENRÍQ. Si un Alcaide está cercado,  
Nuño, las llaves no entrega;  
antes se deja morir,  
como el ejemplo lo enseña  
de aquel niño de Numancia;  
un blanco (2) armiño se entrega  
en manos del cazador,  
por no manchar (3) su limpieza;  
un hombre honrado no vuelve  
las espaldas en la guerra (4),  
porque, en fin, "quien más no puede,  
si es noble, morir se deja".  
NUÑO. Un colérico decía  
que cartas y barbas hechas  
comprara de buena gana,  
y vidas decir pudiera,  
por haber una no más,  
y no venderse en la tienda (5).  
Perdona, que es necedad.  
HENRÍQ. ¿Qué más vida que perderla?  
Adiós, Elvira: adiós, Arias.

(Vase.) (6)

NUÑO. ¡De aquesta vez se despeña!  
¡Bien hayan algunos hombres  
que tienen mujeres feas,  
y que por no poder más  
con sus vecinas se acuestan!

FIN DEL SEGUNDO ACTO DE "QUIEN MÁS  
NO PUEDE..."

(1) A y B: "lo mejor".  
(2) Faltan los dos versos últimos en A y B.  
(3) A y B: "puede".  
(4) A y B: "¿Es este tiempo de burlas?"  
(5) A y B: "¿Por qué dejarse morir?"  
Vive Dios, que no se cuenta."  
(6) A y B: "este hacecillo de leña".

(1) A y B: "o a acostarte".  
(2) A y B: "y un blanco".  
(3) A y B: "por no perder".  
(4) A y B: "a la guerra".  
(5) A y B: "en la sierra".  
(6) Falta la acotación en C.

## TERCERO ACTO

DE "QUIEN MÁS NO PUEDE..." (1)

[Autógrafo, fol. 13.]

(BLANCA, y ORDOÑO, y DON SANCIO.) (2)

BLANCA. Yo te he dicho la verdad.

ORDOÑO. ¿Que Ramiro fué el autor,  
por tener a Elvira amor,  
de su injusta deslealtad?BLANCA. El Rey dió la traza, y yo  
de todo he sido testigo;  
sospecho que ser tú amigo  
más que el amor te engañó.ORDOÑO. Antes mi enemigo fiero,  
pues quiriendo hacerme Tiro  
me quita (3) el honor, Ramiro,  
de que la venganza espero.BLANCA. Mi hermano el Conde tenía  
obligación, pues es ley  
de obedecer (4) a su Rey.

ORDOÑO. No en casos (5) de alevosía.

BLANCA. Quien sirve no considera  
más que de su dueño el gusto,  
o sea justo o injusto,  
de cosas del cielo afuera.

[Autógrafo, fol. 1 v.]

ORDOÑO. Si contra el cielo se va  
en lo que se ofende al cielo,  
por ninguna ley del suelo  
disculpado el Conde está.

¿Sancho?

SANCIO. ¿Señor?

ORDOÑO. Esa gente  
hoy ha de marchar.SANCIO. A punto  
está el ejército junto.

ORDOÑO. Bien es que vengar (6) intente

(1) Según C: "Personas que hallan en el tercero  
acto:

|                      |                 |
|----------------------|-----------------|
| BLANCA.              | DON ARIAS.      |
| DON SANCIO.          | DON BELTRÁN.    |
| REY ORDOÑO.          | NUÑO.           |
| CONDE HENRIQUE.      | LAYNEZ.         |
| REY RAMIRO.          | MENANDRO.       |
| ESTELA. (Francisca.) | LEILA, tullana. |
| DOÑA ELVIRA.         |                 |

(2) A y B: ("Salen BLANCA, ORDOÑO y SANCIO.")

(3) A y B: "quitó".

(4) A y B: "ley  
obedecer".

(5) A y B: "cosas".

(6) A y B: "venganza".

mi honor.

SANCIO. Vuestra Alteza crea

que con justicia y razón  
ha de alcanzar su león  
la venganza (1) que desea,  
y que el dorado que está  
lleno de claras estrellas,  
no ha de dar más luz con ellas  
que el de sus banderas da.

El ánimo y bizarría  
con que tus soldados van,  
muestra bien el capitán  
que los disciplina y guía.

Hoy tu montaña fiel  
honra el valor español;  
las armas vuelven al sol  
más luz que reciben dél.

Las lanzas parecen selvas,  
las plumas, verdes jardines (2),

[Autógrafo, fol. 2.]

y que dicen los clarines  
que alegre y vengado vuelvas.

ORDOÑO. Blanca, el amor que te tengo (3)  
tanto a tu hermano disculpa,  
que a darle toda la culpa (4)  
a su Rey injusto vengo.

Palabra te doy de ser  
piadoso con él, por ti.

BLANCA. Señor, pues me honras así (5),  
una merced me has de hacer.

ORDOÑO. Pide, Blanca, lo que fuere  
de tu gusto.

BLANCA. ¿Gran señor!

(Ilncase de rodillas.) (6)

Confíada (7) en tu valor,  
no hay bien que de ti no espere.

ORDOÑO. Alzate, Blanca, del suelo.

BLANCA. Contigo me has de llevar,  
si quieres, señor, honrar  
mi sangre y mi justo celo (8).

ORDOÑO. ¿Eso a quién está mejor?  
Así porque en esta ausencia (9)

(1) A y B: "vitoria".

(2) A y B: "bellos jardines".

(3) A: "que tengo".

(4) A: "que le dió toda la culpa".

(5) A y B: "Puesto que me honras así."

(6) Falta la acotación en C.

(7) A y B: "confiado".

(8) A y B: "mi sangre, mi justo celo".

(9) A y B: "aunque por aquesta ausencia".

me faltará la paciencia  
y me sobrará el amor.  
Como por llevar conmigo  
un soldado, si tú vas,  
que con sus ojos no más  
podrá vencer mi enemigo (1).

BLANCA. ;Dios te guarde!  
ORDOÑO. Marchen luego  
y defiéndase Navarra,  
pues siendo Palas bizarra,  
llevas de Venus el fuego.

[Autógrafo, fol. 2 v.]

*\*(Vanse. Entre el CONDE y NUÑO; él descompuesto.  
NUÑO tiniéndole: MENANDRO con un plato de biz-  
cochos y LISIS con un vidrio.) (2)*

HENRIQ. ;No queréis dejarme?  
NUÑO. ;Tente un poco! ;Espera!  
Mira que te acabas.

HENRIQ. Pues eso desea  
el alma, a quien causa  
vida tan molesta.

NUÑO. ;Conde y señor mío! (3)  
Razón es que adviertas  
que pierdes el alma.

LISIS. Señor, ;por qué intentas  
lo que las naciones  
bárbaras no hicieran?  
Come, que no quita  
que tus males sientas.

NUÑO. Sí, señor, por Dios;  
que a un hombre que llevan  
a quitar la vida,  
la noche antes cena;  
al que (4) está expirando  
con el pisto (5) prueban  
darle algún aliento.

HENRIQ. ;Batalla de fieras,  
demonios vestidos,  
fementidas lenguas,  
viva mi lealtad,  
y mi vida muera!  
Que quien más no puede,

morir se deja.  
NUÑO. ;La tema en que ha dado!  
MENAN. ;Es notable tema!  
LISIS. Desta vez se muere.  
NUÑO. ;Qué cosa tan necia!  
Muestra esos bizcochos.  
Conde, ;qué aprovecha  
quitarte la vida?  
Toma, come, prueba,  
y sorbe un traguito (1),  
que es por excelencia.  
HENRIQ. ;Quiéresme (2) dejar?  
;Vive Dios, que sean  
tus carnes sustento,  
y que coma dellas!

(Agárralo.) (3)

NUÑO. ;Ay, que me ha mordido!  
;Ay, que me desuella!  
;Deténle. Menandro!  
MENAN. ;Señor, no le muerdas,  
que es Nuño, señor!  
HENRIQ. ;Aunque Elvira sea!  
Beberé su sangre  
si otra vez me ruega.

[Autógrafo, fol. 3.]

;Viva mi lealtad,  
y mi vida muera;  
que quien más no puede,  
morir se deja!  
NUÑO. Comer tienes, pues.  
;Oh, qué linda flema!  
;Peor es llevarle  
por bien! Come, meta;  
pruebe deste vino,  
que vino a esta tierra,  
desde Rivadavia,  
por fruta gallega.  
;Ea!, ;qué me mira?  
HENRIQ. ;Qué te miro? ;Afuera,  
que quiero quitarte  
mil vidas que tengas!  
Bárbaro, ;no sabes  
que por obediencia  
hice aquel engaño  
que tanto me cuesta?  
;No sabes que amando (4)

(1) A y B: "que con tus ojos no más  
podré vencer tu enemigo".

(2) A y B: ("Vanse. Sale el CONDE descompues-  
to, y viéncle teniendo MENANDRO, con un plato de  
bizcochos y LISIS con un vidrio y vino, y NUÑO.")  
En C escribió "Julio" y luego puso "Nuño".

(3) A y B: ";Come, señor mío!"

(4) A y B: "el que".

(5) A y B: "con el pecho".

(1) A y B: "y bebe este trago". C, "tragito".

(2) A y B: "queréisme".

(3) Falta la acotación en C.

(4) A y B: "que amaba".



a la Infanta bella,  
y, siendo querido,  
fué tal mi firmeza,  
que estas altas rocas,  
admiradas della,  
me llaman diamante,  
y a sus jaspes (1) cera?  
Pues ¿cómo me dices  
que coma, que beba,  
que viva, que hable,  
que calle y que duerma? (2)  
¡Viva mi lealtad  
y mi vida muera;  
que quien más no puede,  
morir se deja!

Núño.

Señor, razón tienes;  
nadie te la niega;  
que mueras es justo.  
¡Muere, date prisa!  
Pero si es tan larga  
la jornada, alienta,  
y come un bocado.  
¡Come ya! No seas  
como un caballero  
que dió en esa (3) tema,  
y de no comer  
juró, si no fuera  
que Adán lo mandase;  
entonces ordena  
que de Adán se vista  
con barba y pellejas  
un criado suyo,  
que por la flaqueza  
de una mujer suya  
era de Cervera.

[Autógrafo, fol. 3 v.]

Este cornucopia  
se asomó una siesta,  
vestido de Adán,  
por una alta reja,  
y dijo al enfermo:  
"Come, don Esteban,  
que Adán te lo manda."  
Alzó la cabeza  
el enfermo y dijo:  
"Mientes, Juan de Vergas,

porque el padre Adán  
nunca fué corneta."  
HENRIQ. ¡Ay, mal empleadas  
locas obediencias,  
servicios sin dicha,  
que al dueño destierran!  
¡Falsas esperanzas  
que el viento las lleva,  
porque aran el mar  
y el arena (1) siembran!  
Vida aborrecida,  
digamos endechas,  
pues los cisnes cantan  
poco antes que mueran,  
¡Adiós, dulce Elvira,  
adiós, verde selva,  
arroyuelos mansos,  
verdes alamedas,  
peñas de Navarra  
que en esta frontera  
parecéis gigantes  
vestidos de yedra,  
riscos que pintados  
de piel de culebra,  
fuera tenéis aves,  
dentro tenéis fieras.  
Yo muero sin culpa,  
por traidor me entrega  
Ramiro a la muerte.  
¡Injusta sentencia!  
¡Viva mi lealtad,  
y mi vida muera;  
que quien más no puede,  
morir se deja!

(DON ARIAS y DOÑA ELVIRA.) (2)

ELVIRA. Ya te quiero obedecer.  
ARIAS. Yo sé que cuando le veas  
si es que su vida desees,  
pues eso llaman querer,  
te ha de lastimar el pecho.

ELVIRA. ¿No es éste?

ARIAS. El mismo.

ELVIRA. ¡Ay de mí!

¡Conde!

HENRIQ. ¿Es doña Elvira?

ELVIRA. Si.

HENRIQ. Que ya estoy muerto sospecho.

ELVIRA. ¿Por qué te quitas la vida?

(1) A y B: "y sus jaspes".

(2) En A y B la conjunción "y" entre cada proposición.

(3) A y B: "esta".

(1) A y B: "y la arena".

(2) A y B: "Salen don", etc.

HENRIQ. Porque viva mi lealtad.  
ELVIRA. ¿Qué? ¿Resuelves tu crueldad  
a ser tu propio (1) homicida?

[Autógrafo, fol. 4.]

HENRIQ. Eso no puedo excusarlo.  
ELVIRA. ¿Y si voy contigo al Rey?  
HENRIQ. Cumpliré entonces la ley  
de bueno y leal vasallo.  
ELVIRA. Pues vamos juntos los dos.  
HENRIQ. Echarme a tus plantas quiero.  
ELVIRA. ¿Pero has de comer primero? (2)  
HENRIQ. Engaño es éste, ¡por Dios!

Con don Arias lo has trazado.

ARIAS. Conde, el amor te engañó,  
que lo que he trazado yo  
es tu honor, vida y estado.  
Ya la Infanta quiere ser,  
viendo que te das (3) la muerte,  
del Rey.

HENRIQ. Pues si es desafortunada,  
¡hola! ¡Dadme de comer!

NUÑO. ¡Vive Dios, que estoy ahora  
por no dárselo!

ELVIRA. ¡Llegad!  
¡Come!

HENRIQ. ¿Qué? ¿Tienes piedad  
de mis desdichas, señora?

ELVIRA. Porque no pierdas la vida  
quiero entregarme a un tirano.  
¡Come!

HENRIQ. Por ser de tu mano,  
y es tu mano mi homicida.

NUÑO. ¿Mas que no deja ninguno?  
Pues éste me zampo yo.

HENRIQ. Beber querría.

NUÑO. Eso no,  
porque si hay veneno alguno,

[Autógrafo, fol. 4 v.]

quiero hacer salva primero.

LISIS. Enredos no han (4) de faltar.

NUÑO. (5) Ello está como ha de estar.

MENAN. Pasólo de cuero a cuero.

(1) A y B: "tu mismo".

(2) A y B:

"echarme quiero a tus pies.

ELV. ¿Pero has de comer después?"

(3) A y B: "te dan".

(4) A y B: "entre dos".

(5) En A y B falta la indicación de persona que habla.

ARIAS. Ahora podemos ir  
donde el Rey sepa que has sido  
leal.

HENRIQ. Por eso he querido  
morir, que es menos morir.

ARIAS. Vamos, pues.

ELVIRA. Bien sé que yo  
tendré veneno en Ramiro.

NUÑO. Comió, en fin; mas ¿qué me admiro,  
si mujer se lo mandó?

Que mejor alcanzarán  
que coma un alma sujeta  
que Juan de Vergas corneta,  
vestido de padre Adán.

\*(Váyanse, y entren RAMIRO y ESTELA, hermana tercera  
del CONDE.) (1)

ESTELA. Si es venganza, no es razón  
tomarla de una mujer,  
que no puede ser tener  
en dos partes afición.

RAMIRO. Antes, Estela, que yo  
te vieses (2), adoraba a Elvira;  
tú juzga, tú propia mira (3)  
qué pago Elvira me dió.

La deslealtad de tu hermano,  
porque te puse en prisión,

[Autógrafo, fol. 5.]

y tu belleza, en razón  
pusieron mi amor tirano.

Libróse mi voluntad  
en tus ojos.

ESTELA. La libranza  
debe de ser tu venganza.

RAMIRO. Amor es, que no es crueldad.

ESTELA. Vuestra alteza no es posible  
que mi calidad ignore,  
pues, ¿qué premio habrá que dore  
desdicha tan invencible  
como admitir sus deseos?

RAMIRO. Si amor tuviera razón,  
no fueran, como lo son,  
tantos sus (4) locos deseos.

Menos fueran los que van  
en sus triunfos con cadenas,  
y las historias que llenas

(1) A y B: "Váanse y salen RAMIRO y ESTELA,  
hermana del CONDE."

(2) A y B: "te viera".

(3) A y B: "ahora tú propia mira".

(4) A y B: "tanto sus".

de sus tragedias están.

Por eso le pintan (1) ciego,  
niño y desnudo.

ESTELA.

Yo soy  
sangre vuestra; cierta estoy  
que daréis paso (2) a mi ruego:

las tierras habéis (3) quitado  
al Conde; Blanca, por vos,  
vive en León, y las dos,  
perdido algún alto estado.

No permitáis que se diga  
que en mujeres os vengáis,  
pues defender profesáis (4)

[Autógrafo, fol. 5 v.]

a lo que su honor obliga.

(DON ARIAS *entre.*) (5)

ARIAS.

Vuestra Alteza me dé sus pies.

RAMIRO.

Don Arias,

¿de dónde bueno?

ARIAS.

De buscar al Conde,  
discurriendo ese monte en partes varias,  
no porque piensen que de vos se esconde (6),  
que han sido tantas cosas necesarias,  
que la dificultad misma responde.  
La Reina trae; cumple (7), bien nacido,  
lo que os debe y os tiene prometido.

(El CONDE y la INFANTA y NUÑO.) (8)

HENRIQUE.

A pesar de traidores, que os han dado  
tales consejos contra mi inocencia,  
a vuestros pies me humillo, confiado  
en que revocaréis tan cruel sentencia,  
y aunque traigo el padrino disfrazado,  
será más poderosa su presencia  
que todos los contrarios que he tenido.

(1) A y B: "lo pintan".

(2) A y B: "pago".

(3) A y B: "las tierras que habéis".

(4) A y B: "pues de vengar profesáis".

(5) A y B: ("Sale DON ARIAS.")

(6) A: "asconde".

(7) A y B: "la Reina tras él, cumple".

(8) A y B: ("Salen el CONDE y la INFANTA y NUÑO, acompañamiento, BERMÚDEZ, villano.")

ELVIRA.

Nunca, señor, el Conde os ha ofendido.

RAMIRO.

¿Pues es aquesta bella labradora  
la Infanta de León?

ELVIRA.

¡Cuán justamente (1)  
me desconoce Vuestra Alteza agora!

RAMIRO.

Este traje es de vos muy diferente.

ELVIRA.

Por la lealtad del Conde, que os adora,  
y por su vida, me tenéis presente,  
estimad este noble caballero,  
que os ha servido hasta morir.

HENRIQUE.

¡Yo muero!  
¿Cuál hombre vino a tan cruel estado?

RAMIRO.

No merecen del Conde los errores,

[Autógrafo, fol. 6.]

aunque haya sido tan leal criado (2),  
darle perdón, que al fin (3) os dijo amores;  
que si por engañaros fué culpado,  
los daños que resultan son mayores.

ELVIRA.

¿Luego el traerme a vos, señor, no abona (4)  
el valor y lealtad de su persona?

RAMIRO.

Eso es sin duda; pero no deshace  
de lo que digo el grave atrevimiento,  
pues a mi calidad no satisface (5),  
ni al honor de tan alto casamiento.

HENRIQUE.

De mala información mi culpa nace,  
y en mi desdicha tiene (6) el fundamento;  
pero si os ofendi por daros gusto,  
que me quitéis la vida será justo.

(1) A y B: "¡Qué injustamente."

(2) A y B: "tan leal y honrado".

(3) A y B: "que en fin".

(4) A y B: "señor, me abona".

(5) A y B: "ni a la lealtad debida satisface".

(6) A y B: "tuvo".

RAMIRO

Conde, yo estoy de vos muy ofendido,  
y a no mirar a vuestra hermana Estela,  
y al padrino que, en fin, habéis traído,  
pagárades aquí tanta cautela.

ESTELA.

Mirad, señor, que el Conde os ha servido.

HENRIQUE (1).

Una cosa a lo menos me consuela:  
que pudo errar, señor, mi atrevimiento,  
mas no mi voluntad y honrado intento.

RAMIRO.

Conde, en el ciclo pasan esas leyes,  
porque penetra Dios las intenciones,  
que servicios errados con los reyes (2)  
difícilmente dan satisfacciones.

HENRIQUE.

¡Pluguiera a Dios que con humildes bueyes  
o con herrados toscos azadones  
rompiera yo la tierra, y no viniera  
a ver palacios ni a vivir (3) su esfera!

[Autógrafo, fol. 6 v.]

(DON BELTRÁN.) (4)

BELTRÁN.

¡Bien descuidado estás! Bien me parece  
que la conversación pase adelante,  
cuando el Rey de León tan cerca ofrece,  
vengativo, furioso y arrogante,  
un campo que a los ojos resplandece  
del sol, vuelto en espejo de diamante,  
y en tal orden caballos y peones,  
como si en tabla de ajedrez los pones.

Ondeando las hélicas banderas,  
trepan el aire los leones de oro,  
que al aire vagabundo (5) haciendo esferas,  
muestran valor (6) y militar decoro;  
ya pasan de Navarra las fronteras,  
que respetaba de Aragón el moro:  
y aun dicen que a quitarte la corona,

jura de no parar hasta (1) Pamplona.  
¡Soldados! ¡El leonés?

BELTRÁN.

Y tan bizarros,  
que dicen por ganar con ellas (2) famas  
que han de llevar [a] Asturias los navarros (3),  
atados con las ligas de sus damas,  
y cargar los bagajes y los carros (4),  
de niños y mujeres.

HENRIQUE.

¿Por qué infamas,  
Beltrán, nuestra nación? ¿No ves, no entiendes  
que el navarro valor, cobarde, ofendes?  
¿Ya se te han olvidado las conquistas  
celebradas de reyes y monarcas,

[Autógrafo, fol. 7.]

del valor de sus Iñigos (5) y Aristas,  
y el de sus nobles y ínclitos Abarcas?  
Esos leones y banderas vistas,  
que a tu helado temor parecen (6) Parcas,  
si el Rey me da las tuyas, a sus ojos  
traeré dentro de un hora por despojos (7).

Y a ti, que hablaste (8) mal de mis lealtades,  
te desafío y reto, mientras salgo  
a defender sus villas y ciudades,  
que yo por treinta lisonjeros valgo.

RAMIRO.

¿Que lleguen a este punto tus maldades?

BELTRÁN.

¿Quieres dejarme responder?

HENRIQUE.

¿Qué hidalgo  
dijera lo que tú del honor mío?  
Por villano te reto y desafío.

RAMIRO.

Pues delante de mí muestras la (9) espada,  
descíñetela luego.

(1) A y B: "de no volver hasta".

(2) A y B: "con ellos".

(3) A y B: "las navarras".

(4) A y B: "y cargados también marciales carros".

(5) A y B: "Zúñigas".

(6) A y B: "a tu poco valor parecen".

(7) A y B: "dentro de un día los despojos".

(8) A y B: "y porque hablaste".

(9) C: "muestra".

(1) A y B: "Ela".

(2) A y B: "en los reyes".

(3) A y B: "y a vivir".

(4) A y B: "Sale DON BELTRÁN."

(5) A y B: "vagamundo".

(6) A y B: "muestran amor".



HENRIQUE.

A mi Rey debo  
rendirla.

RAMIRO.

¡Ah de la guarda! (1).

HENRIQUE.

Tan honrada,  
nadie la ciñe en cuanto mira Febo.  
Bien puedes estimarla, si te agrada;  
no es el valor de sus aceros nuevo,  
que no va tan doncella como alguna,  
que tiene por pretina la Fortuna.

BELTRÁN.

Con tu licencia, aceto el desafío  
para esta tarde.

HENRIQUE.

¡Bien, Beltrán cobarde!  
porque será tan tarde, que yo fío  
que le venga muy bien para esta tarde.

RAMIRO.

No lo dirás por el castigo mío,  
pues no es razón que a dilatarlo aguarde.

[Autógrafo, fol. 7 v.]

¡Hola! Llevalde al rey Ordoño preso,  
si la paz de la guerra estriba en eso.

Decilde cómo queda aquí su hermana,  
con el honor debido a su persona.

HENRIQUE.

¡Bien pagas mis trabajos! ¡Bien humana (2)  
piedad tantos servicios galardona!  
Pues no puede haber fuerza tan tirana (3),  
que mi lealtad les quite la corona,  
¡mal haya, amén, quien hizo que aquel día (4)  
no me matase, como yo quería!

Halló Licinio sogá, halló veneno  
Bruto, puñal Otón, hierro Adriano,  
fuego Asdrubal y un río airado Epheno (5);  
Dido el acero del cruel Troyano,  
áspid Cleopatra halló, cordel Labieno (6);  
armas Catón, sangrías Floriano.  
Pues, siendo así, su ejemplo me aconseja,

(1) A y B: "guarda, aguarda".

(2) A y B: "¡Bien la humana!"

(3) A y B: "Pues que no puede hacer fuerza ti rana."

(4) A y B: "quien hizo, aqueste día".

(5) A y B: "y airado dios Liceno".

(6) A y B: "Sabino."

que "quien no puede más, morir se deja".

¡Mal hayan los servicios que te he hecho,  
mal hayan los trabajos que he pasado (1),  
poniendo al moro aragonés el pecho,  
cuatro veces rendido y despojado!  
En mi caballo te saqué, a despecho  
de un escuadrón de bárbaros armado;  
pero ¿por qué de ti mi amor se queja?,  
que "quien no puede más, morir se deja".

No quiero yo de ti mayor venganza,

[Autógrafo, fol. 8.]

que verme muerto a mí, cuyo famoso  
nombre pudiera darte confianza  
de volver desta guerra victorioso;  
quien no estima la vida y muerte alcanza,  
no es desdichado; luego soy dichoso.  
Elvira, adiós. De nadie tengo queja,  
que "quien no puede más, morir se deja".

(Llévanle.)

ESTELA.

¿En quién cupiera la crueldad que has hecho?

RAMIRO.

Estela, no es crueldad, sino justicia.

ESTELA.

Mi hermano te ha servido, y por tu gusto  
trujo la (2) Infanta que en tu casa tienes.

RAMIRO.

Si la trujo (3) de allá como marido,  
¿parécete que estoy tan bien servido? (4).

ELVIRA.

El nombre sólo tiene el conde Henrique,  
que a ti, ni a mí, tirano, nos ofende;  
y cuando el Conde mi marido fuera,  
mejor que tú merece aqueste título.  
Y él merece la muerte, pues guardando  
lealtad tan necia, se ofreció a la muerte,  
ven, Estela, conmigo, que en la tierra (5)  
adonde ya los hombres son mujeres,  
nos volveremos las mujeres hombres.

RAMIRO.

Detente, que no es bien que así me nombres,

(1) A y B: "y los trabajos que por ti he pasado"

(2) A y B: "trajo a la".

(3) A y B: "trajo".

(4) A y B: "estoy muy bien servido".

(5) A y B: "en la sierra".

o pensaré que el traje da licencia.

ELVIRA.

Este rústico traje de villana

[*Autógrafo, fol. 8 v.*]

lo traigo yo por ti.

RAMIRO.

Detente y mira (1)

cuán mal parecerá que yo no (2) te honre,  
y sirva en mi ciudad, puesto que hermana  
de mi enemigo.

ELVIRA.

¿Qué honra hacerme puedes,  
tratando al Conde así?

[*Váyase DOÑA ELVIRA.*] (3)

RAMIRO.

Mirad, hidalgos,  
si vuelve por el Conde. ¡Sed testigos  
de la traición de Henrique!

ESTELA.

¿Pues no quieres  
que vuelvan por un hombre las mujeres  
que tanto ha padecido por honrado?  
¿Adónde has visto tú que haya llegado  
a dejarse morir por no ofenderte  
un hombre a quien ingrato das la muerte?

[*Váyase ESTELA.*] (4)

RAMIRO.

Id con ellas, don Arias, que no es justo  
que salgan de mi casa deste modo.

ARIAS.

Como has gustado de regirte en todo  
por don Beltrán, un hombre que te engaña  
con lisonjas tan llenas de tu daño,  
hasta en las cosas de honra estás confuso.  
¿Es buena estimación la que hoy has hecho  
de una hermana de un rey?

RAMIRO.

¡Volvéisme loco!

BELTRÁN.

¡Don Arias!

ARIAS.

¿Qué me quieres?

BELTRÁN.

¡Poco a poco!

ARIAS.

Mira que el Conde te ha desafiado;  
y que supuesto que al Rey le llevan preso,  
yo voy en él (1), y el Conde en mí ha quedado;

[*Autógrafo, fol. 9.*]

su sangre tengo y (2) su valor profeso.  
Sal esta tarde, que hallarás armado  
al Conde en ese campo.

RAMIRO.

¿Hay tal exceso?

¡Prendelde!

ARIAS.

No querrán (3).

[*Vase.*]

RAMIRO.

¿Beltrán, por dicha  
me ha venido por ti tanta desdicha?

BELTRÁN.

Cúlpame (4) agora a mí, que te he servido  
con el amor que todo el mundo sabe.

RAMIRO.

Pues ¿qué he de hacer, confuso y oprimido,  
más que en la fiera tempestad la nave?

BELTRÁN.

Mover partido al Rey.

RAMIRO.

¿Pues qué partido?

BELTRÁN.

Que el casamiento de la Infanta acabe  
estas guerras en paz.

RAMIRO.

¿Y será justo,  
Beltrán, casarme yo con tal disgusto? (5)

(1) A y B: "yo quedo en él".

(2) A y B: "Su sangre soy yo".

(3) En C, tachado desde "Hay" hasta "querrán";  
pero hace falta para la rima.

(4) A y B: "Cúlpasme."

(5) A y B: "casarme yo, Beltrán, contra mi  
gusto."

(1) A y B: "por ti lo traigo. R. Tente y mira,  
Elvira".

(2) A y B: "parecerá de que no".

(3) A y B: ("*Vase.*")

(4) A y B: ("*Vase.*")

BELTRÁN.

Si se deja morir quien más no puede,  
menos harás casándote.

RAMIRO.

Sospecho  
que es menos mal, y que al morir excede.  
Quiero decir (1), casado a mi despecho.

BELTRÁN.

Señor, el remediar lo que sucede  
es de hombres de valor.

RAMIRO.

Doilo por hecho;  
al Rey escribiré que nos juntemos,  
donde, sin armas, de la paz tratemos;  
mas dime, ¿quién irá con la embajada?

BELTRÁN.

El Condestable, u otro caballero,  
que yo esta tarde he de sacar la espada.

RAMIRO.

Ser tu padrino, si salieres, quiero.

BELTRÁN.

[*Autógrafo, fol. 9 v.*]

Concierta aquestas vistas, pues te agrada (2),  
la paz y el casamiento.

RAMIRO.

Así lo espero,  
pero tengo el quedar por cosa llana  
en paz con él y en guerra con su hermana.

\*(REY ORDOÑO, SANCIO y soldados.) (3)

ORDOÑO. Todo el enojo perdiera  
de que me faltase Blanca (4)  
en esta ocasión, don Sancho.

SANCIO. Señor, no pienso que falta,  
sino que en bizarro traje,  
y en soldado transformada (5)  
dicen que hoy quiso salir

(1) A y B: "Quiero morir."

(2) A y B: "Concierta con aquéstos, pues te aguardo."

(3) A y B: ("*Vanse: salen ORDOÑO*"), etc.

(4) A y B:  
"de que me faltara Blanca  
en esta ocasión."

SANCIO. No falta,  
sino que".

(5) A y B: "en soldado transformado".

por esos montes a caza.

ORDOÑO. ¡Que Blanca no agradeciese  
mi amor! Pero mi venganza  
será cierta, si lo es  
que Ramiro de Navarra  
a Henrique preso me envía.

SANCIO. Ya llegan, señor, las guardas.

(*El CONDE, preso, y soldados.*) (1)

HENRIQ. Aquí, generoso Ordoño,  
en estas manos atadas  
te traigo un reino vencido,  
pues mi defensa le falta.  
Haz cuenta que sus castillos,  
villas, ciudades, murallas,

[*Autógrafo, fol. 10.*]

torres y campos (2) te envía  
el que hoy me rinde a tus armas.  
No es arrogancia, leonés,  
aunque parezca arrogancia;  
otro Sergio soy, aquel (3)  
que, después de heridas tantas,  
venció más altas vitorias  
que tiene lenguas la fama;  
y a Cipión el Africano  
miras, que si aquél ensalzan,  
porque su padre libró,  
a mí por librar mi patria;  
otro Curio soy (4) que puedo  
sacar a Pirro de Italia,  
porque si libre estuviera  
te sacara de Navarra;  
el romano, que atrevido  
se echó a caballo en las llamas,  
yo soy, pues dándole el mío,  
saqué al Rey (5) de la batalla;  
yo soy Licinio (6), el que tuvo  
por inauditas hazañas,  
más coronas que cabellos,  
pues aun la envidia me alaba (7);  
yo aquél leal Zinegiro (8),

(1) A y B: ("*Sale el CONDE, atadas las manos, y NUÑO y criados.*")

(2) A y B: "campo".

(3) A y B: "soy, que aquel".

(4) A y B: "otro Aquiles soy".

(5) A y B: "saqué el Rey".

(6) A y B: "Hiziano".

(7) A y B: "me amaba". Los diez y seis versos anteriores están tachados en C.

(8) A y B: "yo soy Alcino sincero".

que, las dos manos cortadas,  
pudo con los dientes solos

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

tener la nave contraria (1),  
pues atadas, que es lo mismo  
que cortadas, mi honor basta  
a detener mi fortuna  
con los dientes de mi fama.  
Mas no digo bien, que soy,  
rendido a miseria tanta,  
Casio, aquel tres veces Cónsul,  
y la cabeza cortada;  
Claudio, el que venció Anibal,  
que por envidia le matan;  
Mitridates, Rey de Ponto,  
después de vencida el Asia;  
Pompeyo, aquel vitorioso  
de España, Armenia y Albania,  
muerto en Egipto y vencido (2)  
en los campos de Farsalia;  
y otro Belisario soy (3),  
a quien Justiniano manda  
sacar los ojos, después  
de tan ilustres hazañas,  
pues como él pidió limosna  
a la gente que pasaba,  
quitándome mis Estados,  
la (4) pedirán mis hermanas.  
Estas te encomiendo, Rey:  
vuelve por Estela y Blanca,  
por las lágrimas siquiera

[*Autógrafo, fol. 11.*]

que ves bañando mi cara;  
que llorar un hombre fuerte  
las mismas piedras (5) ablanda,  
cuanto más a los que saben  
que es la fortuna tan varia.  
pues preguntando a Chilón (6),  
sabio que Atenas alaba,  
que hace Júpiter agora (7),  
respondió el sabio: "Levanta  
las cosas que están humildes,

- (1) A y B: "con rabia".  
(2) A y B: "Egipto, vencido."  
(3) A y B: "Belisardo soy."  
(4) A y B: "le".  
(5) A y B: "peñas".  
(6) A y B: "Solón."  
(7) A y B: "que Atenas amaba,  
qué hará Júpiter ahora".

y baja las que están altas."

ORDOÑO. A compasión me has movido  
y aun a lágrimas; que tanta  
es la fuerza del valor  
y de la piedad humana.  
Desatalde aquellas manos,  
porque no han de estar atadas  
manos que dan vida a un rey  
y libertad a su patria.  
Desatalde, porque vean,  
los que esta tragedia aguardan,  
que manos que ató (1) la invidia  
hoy la virtud (2) las desata.  
Toda tu historia (3) he sabido,

[*Autógrafo, fol. 11 v.*]

y de tu lealtad la causa,  
la ingratitud de Ramiro  
y el desprecio de la Infanta.  
Dalde, don Sancho, el bastón  
de general, con que vaya  
a tomar de un hombre ingrato (4)  
por propia mano venganza.  
Gué mi gente el mejor  
hombre que ha ceñido espada,  
pues es tal, que vida y honra  
en los enemigos halla.  
HENRIQ. Agradezco, invicto Rey,  
las dos rodillas postradas  
a la imagen de Alejandro,  
tal merced, piedad tan rara;  
porque aunque Ramiro sea  
de condición tan ingrata,  
no ha de decirse en el mundo  
que tomé contra él las armas.  
El que tiene este bastón  
es hombre que solo basta  
para más valientes campos  
que César puso en Tesalia.  
SANCHO. Bésoos las manos, Henrique;  
pero mejor se empleaba (5)

[*Autógrafo, fol. 11 bis.*]

en vuestras hazañas.  
ORDOÑO. Conde;  
cuando un vasallo se agravia

- (1) C, por error: "que atado".  
(2) A y B: "la verdad".  
(3) A y B: "la historia".  
(4) A y B: "a tomar de su enemigo".  
(5) A y B: "Bésoos las manos, señor,  
pero mejor se empleara."



- y se desnaturaliza,  
va a servir donde le pagan.  
Haz esto, y sírvenme a mí.
- HENRIQ. Señor, ¿para qué te cansas?  
Mi valor no se deshace,  
que es carácter en el alma;  
antes, pues me das licencia,  
te suplico que me hagas  
merced de dejarme ir  
a buscar mis dos hermanas,  
que temo alguna desdicha  
de las que la guerra causa.
- ORDOÑO. Ve, Conde, en buen hora y vuelve,  
que tú tendrás en mi casa  
el lugar que antes tenías,  
y en Asturias y en montañas  
más tierras que el Rey te quita,  
y así desde hoy te llama  
Conde de Valencia, villa  
junto a León, a quien baña  
Ezla (1), celebrado río.
- HENRIQ. Con la boca las estampas  
de tus pies haré mayores.
- ORDOÑO. Parte, Conde, y busca a Blanca.
- NUÑO. ¿Podréte yo hablar agora  
dos minutos de palabra? (2)
- [Autógrafo, fol. 11 bis, r.]
- HENRIQ. ¡Ay, Nuño, vente conmigo!
- NUÑO. En tus desdichas no habla  
mi lengua, sino mi llanto.
- HENRIQ. Pues habla, que ya se acaban (3).

(Váyanse los dos. LAYNEZ entre.) (4)

- LAYNEZ. A un navarro caballero  
tomé, señor, esta carta,  
que no le dejé llegar,  
porque he visto mil desgracias  
en la guerra, por tener  
del contrario confianza.
- ORDOÑO. Bien hicistes; verla quiero.
- SANCHO. Presumo, señor, que trata  
de paz.
- ORDOÑO. No me pesaría,

(1) A y B: "Esla".

(2) A y B: "palabras".

(3) A y B:

"NUÑO. En tus desdichas no baste  
mi lengua. sólo mi llanto.  
sin hablar, las acompaña."

(4) A y B: ("Váanse los dos y sale LAYNEZ con  
una carta.")

- si ha de ser la paz mi hermana.
- SANCHO. En fin, Laynez, el Rey  
la fuerza que trujo ablanda (1).
- LAYNEZ. Si Ramiro tiene a Elvira,  
ya no puede haber venganza,  
y será prudencia justa  
trocar en bodas las armas.
- SANCHO. Vos habláis con el acuerdo  
que merecen vuestras canas,  
pero los mozos, Laynez,  
quisieran (2) verse en campaña.
- LAYNEZ. Callad, que también los mozos  
huelgan de (3) fiestas y galas,  
más que de romper paveses.

[Autógrafo, fol. 12.]

- ORDOÑO. Lo mismo dice la carta.  
El tiene, en efeto, a Elvira.  
Si es ya su mujer mi hermana,  
a las paces nos juntemos.  
¡Hola! A la ribera marcha  
deste caudaloso río.
- SANCHO. ¿Finalmente, ya no tratas  
de venganza?
- ORDOÑO. En estas cosas  
la mayor (4) es no tomarla.

\*(BLANCA, en hábito de soldado, con espada  
y daga.) (5)

- BLANCA. Malas nuevas he tenido,  
si no es que miente la fama,  
de que Ramiro disfama  
a quien tan bien le ha servido.  
Cuando a ser agradecido  
estaba tan obligado,  
este galardón le ha dado  
que siempre halló mayor dicha  
una lisonja bien dicha  
que un corazón declarado.
- Yo, puesto que el afición (6)  
del Rey de León me inclina,  
temiendo a lo que camina  
la mucha conversación,  
dejo su fuerte escuadrón  
y voy mi sangre buscando,

(1) A y B: "la fuerza que trajo a Blanca".

(2) C: "quisiera".

(3) A y B: "gustan de".

(4) A y B: "la mejor".

(5) A y B: ("Váanse. Sale BLANCA"), etc.

(6) A y B: "Yo pienso que la afición."

[Autógrafo, fol. 12 v.]

que el mayor valor, amando,  
es huir, porque el honor (1)  
le defendemos mejor  
huyendo que no esperarlo.

Con esta (2) transformación  
ganó fama soberana  
la Varona castellana  
en los campos de Aragón.  
Si Ordoño, rey de León,  
tratare (3), en mi amor verdad,  
mirará mi calidad,  
y si no, sabrá mejor  
que hay manos en el honor  
para atar la voluntad.

(*Entran ESTELA y DOÑA ELVIRA, en hábito de soldados, con sus dagas y espadas.*) (4)

ESTELA. Pienso que no vamos bien.

ELVIRA. ¿Cuándo solas, y mujeres  
lo fueron?

ESTELA. En fin, ¿le quieres?

ELVIRA. Y él me quiere a mí también.

ESTELA. Luego, aunque el Rey te quisiese,  
¿no piensas dejar al Conde?

ELVIRA. Amor por mí te responde.

BLANCA. ¿Cosa que esta gente fuese  
del ejército navarro?

ESTELA. Ten ánimo, hermosa Elvira,

[Autógrafo, fol. 13.]

que allí se acerca y nos mira  
cierto soldado bizarro.

BLANCA. Oigo decir, que el reñir  
está en el acometer,  
que pone el dar que temer  
en contingencia de huir (5).

Si le pongo a mi enemigo  
miedo con ver mi valor,  
¿qué podrá hacer con temor?

¿Quién va? ¡Ah, soldados! ¿Qué  
¿Quién lo pregunta? [digo?

ESTELA.

(1) A y B: "que el mayor amor amando  
es vía, porque el honor".

(2) A y B: "En esta."

(3) A y B: "Ordoño, rey de León.  
tratará."

(4) A y B: ("*Salen ESTELA y DOÑA ELVIRA, en hábito de soldados.*")

(5) A y B: "Oigo decir que el temor  
está en el acometer,  
que pudo el Duque poner  
en contingencia su honor."

BLANCA.

Por Dios,

que no me han tenido miedo.  
¿Quién va?, les digo.

ESTELA.

¡Hable quedo!

BLANCA.

Quedo dijo, y vienen dos;  
ya tomara por partido  
el no haberles dicho nada;  
mas quiero sacar la espada.

ESTELA.

Consejo, Elvira, te pido,  
porque si aquéste no huye,  
las dos habemos de huir.

BLANCA.

¿Pasan o quieren reñir?

ESTELA.

Bueno, la paz se concluye,  
pues éste nos da a escoger;  
¿de dónde es, señor soldado? (1).

BLANCA.

De Navarra.

ESTELA.

¡Bien llegado!

La espada puede poner  
en su negra galería,

[Autógrafo, fol. 13 v.]

y abrazarnos a los dos.

BLANCA.

¿Son navarros?

ESTELA.

Sí, por Dios.

BLANCA.

¿Es Estela? (2).

ESTELA.

¡Blanca mía!

BLANCA.

¿Qué es esto?

ESTELA.

Lo mismo digo.

BLANCA.

¿Quién es aqueste soldado?

ESTELA.

Un amigo que ha jurado  
ser siempre del Conde amigo.

BLANCA.

Pues déjamele abrazar.

ELVIRA.

La Infanta soy, Blanca hermosa.

BLANCA.

Y el retrato de la diosa  
a quien daba Roma altar  
con el nombre de constancia.

ELVIRA.

Ya que nos juntó en fortuna  
tan triste, si hay buena alguna,  
el cielo, en tanta distancia,  
tratemos de dar la vida  
al Conde.

ESTELA.

¿Cómo será?

Porque presumo que ya  
tu hermano fué su homicida.

ELVIRA.

No lo creas, pues aquí  
los Reyes se han de juntar.

(*Nuño entre.*)

NUÑO.

Por aquí le pienso hallar.

(1) A y B: "¿de dónde, seor soldado".

(2) A y B: "Estela"!

BLANCA. Nuño es éste.  
 ESTELA. ¿Nuño?  
 BLANCA. Sí.  
 ESTELA. ¡Deténgase, caballero,  
 y dese luego a prisión!  
 NUÑO. Soldados navarros son;  
 preso o muerto soy; ¿qué espero?  
 [Autógrafo, fol. 14.]  
 BLANCA. ¿Huyes, gallina? ¡Detente! (1).  
 NUÑO. No es huir tener que hacer,  
 ni me puedo detener,  
 así Dios su vida aumente.  
 Miren que voy muy de prisa.  
 BLANCA. ¿Vive el Conde, o muerto es?  
 NUÑO. Vive, porque el Rey leonés (2)  
 tiene la misma divisa.  
 ESTELA. ¿Cómo?  
 NUÑO. Dicen que el león  
 perdona siempre al rendido,  
 y él muestra bien que lo ha sido,  
 pues en aquesta ocasión  
 le hizo Conde de Valencia,  
 y quiso su general (3);  
 pero él con valor real,  
 hizo a todo (4) resistencia,  
 y esto es lo que hay;  
 y pues para más no es,  
 del campo y septiembre a tres...  
 BLANCA. ¡Tenle!  
 ESTELA. ¡Sacúdele!  
 NUÑO. ¡Ay! (5)  
 BLANCA. ¡Suelta la espada!  
 NUÑO. A ninguno  
 la diera.  
 ESTELA. ¡Suelte! (6)  
 NUÑO. Si haré.  
 Grullo (7) me vuelvo.  
 ESTELA. ¿Por qué?  
 NUÑO. Porque son tres para uno.  
 ESTELA. ¿No nos conoces, gallina?

(1) A y B: "¿Oh, vil gallina, detente!"

(2) En C está roto el papel por el final en los seis versos siguientes.

(3) A y B: "y eligió su general".

(4) A y B: "todos".

(5) A y B:

"BLANCA. Tente.

ESTELA. ¡Sacúdele!

NUÑO. ¡Ay, ay, ay!"

(6) A y B: "Suelta."

(7) A y B: "grillo".

NUÑO. ¿Quién?  
 BLANCA. Blanca.  
 ELVIRA. Elvira.  
 ESTELA. Estela.  
 NUÑO. ¡Bueno! ¡Oh, qué linda novela!  
 ESTELA. Algún enredo imagina.  
 NUÑO. Pues si no las conociera,  
 ¿no ven que a las tres matara?  
 Conocílas en la cara,  
 y conociera cualquiera (1),  
 porque tal desbarbamiento (2)  
 que pudieran afilar,  
 como piedras de amolar,  
 desde un cuchillo hasta ciento,  
 no fuera fisionomía (3)  
 de varones.  
 ESTELA. ¡Linda traza!  
 ELVIRA. Famosamente disfraza.  
 NUÑO. ¿El qué?  
 ELVIRA. La gallinería.  
 Ahora bien, ¿a quién buscabas?  
 (Cajas.)  
 NUÑO. A don Arias.  
 ESTELA. Cajas suenan.  
 ELVIRA. No te apartes de nosotras (4).  
 NUÑO. Pienso que los Reyes llegan.  
 (Cajas, y alarde de navarros, por una parte, muy galanes, y el REY RAMIRO, y por la otra, los leoneses, SANCIO y el REY ORDOÑO.) (5)  
 RAMIRO. Por principio destas paces  
 y para fin destas guerras  
 a tu Alteza doy los brazos.  
 ORDOÑO. Yo los doy a Vuestra Alteza.  
 [Autógrafo, fol. 15.]  
 RAMIRO. Por donde tuviera (6) fin,  
 nuestra plática comienza,  
 y así lo más está dicho,  
 con que gustéis de que sea  
 reina de Navarra Elvira.  
 ORDOÑO. Elvira, Ramiro, venga,  
 pues ha de traer la oliva

(1) A y B: "y conociera a cualquiera".

(2) Roto en C en los seis versos siguientes.

(3) A y B: "fisionomía".

(4) A y B: "nosotros".

(5) A y B: ("Sale caja y alarde de soldados navarros por una parte, muy galanes, y el REY RAMIRO; y por la otra los señores DON SANCIO y ORDOÑO, rey, y acompañamiento.")

(6) A y B: "tuviere".

de las (1) tempestades nuestras,  
arco (2) celestial de paz.

(*Tocan cajas.*)

RAMIRO. ¿Más cajas?

ORDOÑO. ¿Qué gente es esta?

(*Don BELTRÁN.*) (3)

BELTRÁN. En presencia de dos reyes,  
uno Alejandro, otro César,  
de Cipión y de Anibal,  
del griego Aquiles y Eneas,  
un caballero navarro  
a sustentar campo llega  
al conde Henrique de Luna,  
que ya llamáis (4) de Valencia.  
Aquí me ha desafiado,  
y aquí verán las estrellas  
cómo agora el sol (5), que estoy  
sólo esperando que venga.

(*Don ARIAS.*) (6)

ARIAS. Si vendrá, Beltrán. ¡Aguarda!  
Yo soy don Henrique. ¡Espera!

[*Autógrafo, fol. 15 v.*]

(*El CONDE entre.*) (7)

HENRIQ. No soy sino yo, don, Arias;  
que quiso el cielo que tenga,  
vida, y que cobre mi honor.

BELTRÁN. ¿Dos venís desa manera,  
o sabéis que solo basto?

HENRIQ. No hay aquí, Beltrán, quien venga,  
sino sólo el conde Henrique.

RAMIRO. Rey, cuando paz se concierta,  
no comencemos por armas.

ORDOÑO. Ramiro, Henrique se queja  
con razón; déle Beltrán (8)  
satisfacción con que pueda  
cobrar su honor, y hagan paces.

RAMIRO. Beltrán, o salva o condena  
lo que dijiste del Conde.

(1) A y B: "pues ella ha de ser la oliva  
destas".

(2) A y B: "y arco".

(3) A y B: ("*Sale DON BELTRÁN.*")

(4) A y B: "llamas".

(5) A y B: "como parto el sol".

(6) A y B: ("*Sale DON ARIAS.*")

(7) A y B: ("*Sale el CONDE DON HENRIQUE.*")

(8) A y B: "dale a Beltrán".

BELTRÁN. ¡Mal hacen (1) los que mal piensan!  
Digo que dije que Henrique  
trujo la Infanta a una sierra  
de Navarra con traición,  
y que es justo, pues ya es Reina,  
y se ha visto la verdad,  
que al Rey, al Conde y a ella  
pida (2) perdón de rodillas.

HENRIQ. ¿Conoces, Rey, mi inocencia?

[*Autógrafo, fol. 16.*]

RAMIRO. Sí, Henrique, y te doy mis brazos;  
pero una (3) sospecha queda.

HENRIQ. ¿Cómo?

RAMIRO. No parece Elvira.

HENRIQ. ¿Tú no quedaste con ella?

RAMIRO. Fuése, y sin duda (4) a buscarte.

NUÑO. Si yo hiciese que parezca,  
¿qué me darán?

HENRIQ. Nuño amigo,  
seis mil ducados de renta.

NUÑO. ¿Seis mil? Bueno, acepto tres,  
porque esto de las promesas  
es como tela quemada,  
que se va en humo la seda.

(*Estén (5) las tres con tres bandas en los rostros, y  
Nuño quite el rebozo a ELVIRA.*)

NUÑO. Esta es la Infanta.

RAMIRO. ¡Señora!

ORDOÑO. ¡Hermana!

ELVIRA. Ya que me fuerza  
la suerte a ser vuestra esposa (6),  
digo, señor, que soy vuestra.

RAMIRO. ¿Fuerza decís? (7) Eso no;  
pero porque la inocencia  
del Conde tenga su premio (8)  
le suplico al Rey que sea  
servido que sea mujer (9)

(1) A y B: "Mal hayan."

(2) A y B: "pido".

(3) A y B: "mas una".

(4) A y B: "Fuése, sin duda."

(5) A y B: "Están."

(6) A y B:

"RAMIRO. Señora.

ORDOÑO. ¡Es mi hermana!

Ya que es fuerza

Ramiro, a ser vuestra esposa."

(7) A y B: "dijiste".

(8) A y B: "pero porque su inocencia  
del Conde se pruebe bien".

(9) A y B: "servido sea su mujer".



de Henrique, y que él (1) la merez-  
[ca.]

[Autógrafo, fol. 16 v.]

ORDOÑO. ¿Dáissela vos?

RAMIRO. Por pagarle  
con tal joya tantas (2) deudas.

ORDOÑO. Pues, ¡alto!, dense las manos.  
Y pues que ya el Conde llega  
a ser mi cuñado, es bien  
que Blanca, su hermana, sea  
mi esposa y Reina en León.

SANCIO. Señor, no hay quien della sepa.

NUÑO. Sí hay; mas, ¿qué me han de  
[dar? (3).]

ORDOÑO. Diez mil ducados de renta.

NUÑO. ¡Muchas rentas vienen juntas!  
Parece fin de comedia.

(Quítale el rebozo a BLANCA.) (4)

NUÑO. ¿Es esta (5) Blanca?

ORDOÑO. Ella es.

BLANCA. Y dichosa en que me quiera  
tan gran señor por esclava.

RAMIRO. ¡Ah, si (6) supieras de Estela,  
Nuño, qué reina a Navarra  
tan a mi gusto le dieras!

NUÑO. ¿Qué me darán?

RAMIRO. ¡Nuño, pide!

NUÑO. Armas no más, y nobleza,  
tres coronas sobre plata,  
pues os he dado tres reinas.

[Autógrafo, fol. 17.]

RAMIRO. Que me place, y cuatro villas.

NUÑO. Vive Dios, que si tuviera  
las cosas que así (1) me han dado  
que fuera un Midas de hacienda.  
Ahora bien, voy al retablo:

RAMIRO. Salga Estela.

(Desembócela.) (2)

ESTELA. Soy Estela,  
para serviros, señor.

RAMIRO. Aquesta es la Reina vuestra:  
vasallos, besad sus manos (3).

HENRIQ. Aquí la comedia cesa  
llamada *Quien más no puede*,  
que si acaso no os contenta,  
quien más no puede serviros (4),  
paciencia, morir se deja.

"Dne. vos et A."

"Loado sea el S.<sup>mo</sup> Sacramento.

En Madrid a primero de setiembre de 1616.

LOPE DE VEGA CARPIO."

(1) A y B: "y él".

(2) A y B: "tales".

(3) A y B: "¿qué me darán?"

(4) A y B: ("*Descubre a BLANCA.*")

(5) A y B: "¿No es ésta?"

(6) A y B: "¡Oh, sí!"

(1) A y B: "aquí".

(2) A y B: ("*Descubre a ESTELA.*")

(3) A y B: "besad los pies".

(4) A y B: "señores".

# QUIEN TODO LO QUIERE...

## COMEDIA FAMOSA<sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

### PERSONAS<sup>(2)</sup>:

DON JUAN.  
DON FERNANDO.  
DON PEDRO.  
FABIO.

FABRICIO.  
BERNAL, *gracioso*.  
DOÑA ANA.  
OTAVIA.

JULIA.  
LEONARDO.  
GINÉS (3).  
[CELIA].

### ACTO PRIMERO

(Salen DON FERNANDO y DON JUAN, y BERNAL, *gracioso*.)

D. FERN. Vos no queréis darme a mí parte de vuestra tristeza, y yo a vos con más fineza, don Juan, os la doy así.  
Traté casar a mi hermana fuera de Madrid, con quien estaba a los dos tan bien, que, sin arrogancia vana, no hay hombre más bien nacido ni más rico en igualdad de mi hacienda y calidad; y al partir, que hoy ha partido, le prendieron porque ha dado

palabra a cierta mujer, que aunque niega, puede ser que en su honor esté culpado.

Veis aquí, pues, la ocasión de mi tristeza, que os muestra, cuando negáis de la vuestra a mi amistad la razón, la causa de mis enojos, y que la tendré bastante para que de aquí adelante, aunque viese en vuestros ojos escrito cualquier pesar, no me atreveré a enfadaros.

D. JUAN. Por querer desengañaros también os quise escuchar.  
Bien sabéis la diferencia que hay de la melancolía a la tristeza; la mía tiene esa misma licencia.

Que como es enfermedad, que nace de algún humor, manda en mí con más rigor, que mi propia voluntad.

¿Veis aquí cómo no estoy en lo que decís culpado? Del casamiento tratado mil parabienes os (1) doy.

Que no será la prisión tan fuerte como pensáis, si en los engaños miráis, que tan ordinarios son.

(1) A, Parte XXII, Madrid, 1635. B, Ms. número 16.798. de la Biblioteca Nacional de Madrid.

(2) El ms. núm. 16.798 tiene el siguiente reparto:

|                      |           |
|----------------------|-----------|
| "DON JUAN.           | Pedro M.  |
| DON FERNANDO.        | Rueda.    |
| DON PEDRO.           | León.     |
| SISBERTO.            |           |
| BERNAL.              | Osorio.   |
| OCTAVIA.             | Vicenta.  |
| JULIA.               | Catalina. |
| INÉS.                | Antonia.  |
| D. <sup>a</sup> ANA. | Jaciata.  |
| Falta LEONARDO.      |           |
| FABIO.               |           |
| SISBERTO.            |           |
| D. PEDRO."           |           |

(3) Texto: "Inés", pero en la comedia. "Ginés".

(1) A: "hoy".

Si fué alguna voluntad,  
sin culpa es justo que sea.  
D. FERN. Lo que serviros desca  
mi fe, mi amor y amistad,  
habéis, don Juan, conocido.  
¡Dios os guarde!  
D. JUAN. ¿De esa suerte  
os vais?  
D. FERN. Quien mi enojo advierte  
y me desprecia ofendido,  
¿qué es lo que quiere de mí?  
D. JUAN. ¡Oídmeme!  
D. FERN. ¡Dejadme!

(Vase.)

D. JUAN. ¡El cielo  
me falte!  
BERNAL. Fuése y recelo  
que labró de jaspe en ti  
el alma, con que gobiernas  
esa dura condición  
y rebelde corazón  
a tantas palabras tiernas.  
D. JUAN. ¿Qué le tengo de decir  
de mis tristezas, Bernal,  
si no hay causa?  
BERNAL. ¿Hay cosa igual?  
Mas, ¿que quieres encubrir  
lo que es más claro que el día?  
D. JUAN. A Fernando dije yo  
la verdad.  
BERNAL. La verdad, no.  
D. JUAN. ¿Luego no es melancolía?  
BERNAL. Tu misma definición  
te contradice, pues tienes  
causa de que a estarlo vienes,  
y entonces tristezas son.  
D. JUAN. Pintó un sabio a los criados  
con dos alas en los pies,  
y sin lengua.  
BERNAL. Justo es  
ser ligeros y callados.  
Pero otro sabio pintó  
los amos con cuatro manos,  
y sin ojos.  
D. JUAN. ¡Cuentos vanos!  
BERNAL. Antes muy bien lo pensó.  
Muchas manos obligados  
para dar han de tener;  
ojos no, para no ver  
las faltas de los criados.

(Sale DOÑA ANA y CELIA.)

ANA. ¡Señor don Juan!  
D. JUAN. ¿Quién es?  
ANA. Yo,  
que a todo lo que ha tratado  
mi hermano con vos he estado  
atenta y triste, y me dió  
mayor pena que él llevó (1).  
D. JUAN. Señora, mi voluntad  
no ha ofendido su amistad;  
que aunque dicen que el discreto  
se conoce en el secreto,  
fuera en mi amor deslealtad.  
ANA. Esta vez habéis de ser  
necio por mí, pues le han dado  
este nombre al que ha fiado  
su secreto de mujer.  
Lo que no alcanzó a saber  
aquí Fernando de vos  
me habéis de decir.  
D. JUAN. ¡Por Dios,  
que es resolución notable!  
ANA. ¡Hablad! ¿Qué dudáis?  
D. JUAN. ¿Que hable?  
ANA. Sepamos lo que es los dos;  
que puesto que soy mujer,  
sabré serviros mejor  
que mi hermano.  
D. JUAN. Ese es rigor.  
ANA. No hay rigor; esto ha de ser.  
BERNAL. Bien te puedes atrever;  
que tanta resolución  
no ha sido sin ocasión.  
D. JUAN. Pues, señora, estad atenta;  
que quien lo que vos intenta  
debe de tener razón.

Tiene Madrid, ya corte de hermosura,  
como de Reyes, una dama hermosa,  
por quien las voluntades más seguras  
amor condena a cárcel rigurosa;  
sale una luz de sus estrellas puras,  
norte de un cielo, que de nieve y rosa  
formó su autor, que abrasa a quien la mira,  
por quien de mil amores flechas tira.

Todas las gracias, por estar en ella,  
parece que le dan atropelladas,  
cual vemos de una fuente clara y bella  
surtir al aire por las encontradas;  
mas en tanto de su luz, su ingenio y della

(1) A: "que llevó".

del tuyo pueden ser consideradas,  
destruye con terribles condiciones,  
fundada en arrogantes opiniones.

Hablarle en coches, galas y criadas,  
servirse a lo divino de rodillas,  
sentarse en una calle de almohadas,  
eterno verdugado y lechuguillas,  
las paredes en ámbar engastadas,  
huír el aire de sufrir pastillas  
a los campos, por verse entre las flores,  
que olores naturales son mejores.

es contar a la mar menuda arena,  
ni menos ver la gran bachillería  
con que abona los versos, y condena  
la música, destreza y valentía:  
con esto crece mi amorosa pena,  
siendo imposible a la pobreza mía  
acudir a sus cosas; que la adoro,  
y la quisiera dar montañas de oro.

Anoche dió en loar cierto vestido  
que vió a una dama, y yo con mil colores  
no le ofrecí, porque en nobleza he sido  
dichoso, no en dineros ni en amores.  
Con estos pensamientos no he dormido,  
Juanelo de artificios de mayores  
ruedas de mi confuso entendimiento:  
tal es de mi tristeza el fundamento.

ANA. Mucha honra me habéis hecho  
en haberme confiado  
la causa deste cuidado.

D. JUAN. Si os abriera todo el pecho  
no viérades más en él  
que por esta relación.

ANA. Ya me corre obligación,  
no sólo de ser fiel  
en guardaros el secreto,  
mas de ayudaros a todo.

D. JUAN. ¿Pues vos a mí? ¿De qué modo?

ANA. Por cierto extraño sujeto  
para un hombre como vos.

D. JUAN. Amé, sin saber que amaba.

ANA. La hermosura os disculpaba.

D. JUAN. Esa es notable, por Dios.

ANA. No sé yo por qué rodeo  
os pudiera preguntar  
si es materia de casar,  
o algún amoroso empleo.

D. JUAN. Ya me lo habéis preguntado,  
y creed que en la verdad  
de su limpia honestidad  
aún la envidia no ha tocado.

Mas con gustos tan injustos  
como hay en esta mujer,  
casado podría tener  
más pesadumbres que gustos.

Porque casada una destas  
que en dama bizarra toca,  
mata a un marido por loca,  
como otras por deshonestas.

Y aunque hay mil que a sus ma-  
nunca intentan ofender, [ridos  
es gran desdicha tener  
la deshonra en los vestidos.

ANA.

Vos habláis como discreto.  
Comprad, don Juan, esa gala,  
y perdonad, que no iguala  
a la intención el efeto.

Bien valen estos diamantes  
quinientos escudos.

D. JUAN.

Fuera  
locura, que yo quisiera  
tomar prendas semejantes  
para lo que ya sabéis.

ANA.

D. JUAN.

¿No sois, don Juan, caballero?

ANA.

Sí.  
Pues prestároslos quiero,  
que vos me los volveréis.

D. JUAN.

Con condición que en teniendo  
el dinero, os le traeré  
con ganancia.

ANA.

Eso no sé,  
que es oficio que no entiendo,  
aunque en Madrid tan usado.  
Id con Dios; no me halle aquí  
don Fernando.

D. JUAN.

Siempre fuí  
dichoso en ser desdichado.

BERNAL.

D. JUAN.

¿Qué es esto?

BERNAL.

¿Pues sólo yo?  
¿No fuera mejor querer  
esta divina mujer?

D. JUAN.

BERNAL.

No, Bernal.

D. JUAN.

Pues, ¿por qué no?  
Porque la tiene casada  
Fernando, y yo soy su amigo.

BERNAL.

D. JUAN.

Ya no hay amigos.

Yo sigo  
la ley de amistad honrada,  
aunque pierda mi remedio.  
Soy pobre; hacer no es razón  
a su hermano esta traición.

BERNAL.

Si hay mujeres de por medio,



puesto que a tus pensamientos  
con verdad me persuades,  
yo he visto pocas lealtades  
y muchos atrevimientos.

(*Vanse.*)

CELIA. Triste estás.

ANA. Estoy sin mí.

CELIA. Déjalo, no te puedes quejar.

ANA. Y haré bien por dar lugar  
para quejarme de mí.

CELIA. Si no sabe que le quieres,  
no tiene culpa.

ANA. Es verdad:  
amor es enfermedad  
y locura en las mujeres.

¿Qué mal hace la mujer  
que de sus ojos se fía,  
de un día tras otro día,  
y de un ver tras otro ver!

CELIA. ¿Pues cómo no te ha querido  
don Juan, estando obligado?

ANA. Porque estaba enamorado,  
y es hombre, y hombre entendido.

Y yo digo que en mujer  
el trato enamora y mata;  
que lo que mucho se trata,  
mucho se viene a querer.

CELIA. Casarás-te, y tu marido  
será el remedio mejor  
para quitarte el amor.

(*Sale DON FERNANDO.*)

D. FERN. Vengo enojado y corrido.

ANA. ¿Es don Fernando?

D. FERN. Yo soy.

ANA. ¿De qué tan triste?

D. FERN. De ver  
que ya tenga otra mujer (1)  
el marido que te doy.

ANA. ¿Perdió el pleito?

D. FERN. No; mas creo  
que si es noble la que pide,  
para mucho tiempo impide  
tu remedio y mi deseo.

ANA. ¿No hay remedio para mí  
fuera de ese caballero?

D. FERN. Fué lo que traté primero,  
y lo mejor para ti.

ANA. Caballeros hay honrados;  
Madrid está llena (1) dellos.

D. FERN. ¿Tengo de andarme tras ellos  
con tu dote y mis cuidados,  
informándome de quién  
no juega ni tiene amor?

ANA. ¿Y casaré-me mejor  
sin saber con quién también,  
que puede salir después  
un majadero cansado?

¿Piensas que tomar estado  
comprar tus caballos es,  
que si uno no es a tu gusto  
engañas a otro con él?  
¿Podré deshacerme dél  
si es caballo a mi disgusto?

D. FERN. Pluguiera a Dios que se usara  
que como suele tener  
mil coches para vender  
puerta de Guadalajara,

con dos cédulas que entiende  
el lector más ignorante,  
una atrás, otra adelante,  
que dicen: "Este se vende",

que a la mujer que en su casa  
ya puede ser de provecho  
la pusieran en el pecho  
y en la espalda: "Esta se casa."

ANA. Ahora sí que al marido  
das oficio de tirar,  
si la carga del casar  
en coche la has convertido.

D. FERN. No digo mal, pues ya tiene  
tantos coches como casas  
Madrid; mas pues no te casas,  
ni tu desposado viene,

aplicate a un monasterio.

ANA. ¿Seglar o monja?

D. FERN. Seglar,  
que aún no me atrevo a pensar  
que tenga en tu gusto imperio.

ANA. Encomendaré-lo a Dios.

D. FERN. ¿Burlas conmigo? ¿A qué efecto?

ANA. No burlas; que eres discreto,  
y un alma somos los dos.

(*Vanse, y salen OTAVIA, dama; DON PEDRO, LEONARDO y FABIO, caballeros.*)

OTAVIA. Es muy gallardo el soneto.

D. PEDRO. Si para vos se escribiera;

(1) B: "tiene", de letra y tinta diferente del resto del manuscrito.

(1) B: "lleno".

y fuera mucho mejor  
si vuestra rara belleza  
le hubiera dado el sujeto.  
OTAVIA. Ya confieso que me pesa  
de haberos dado ocasión  
para darme celos.  
LEONARDO. Llevan  
los versos un grande estilo,  
extranjero a nuestra lengua;  
juzgue quien sabe.  
D. PEDRO. Está bien.  
¿Qué os pareció la tragedia?  
OTAVIA. Aquel Piramo a mi gusto  
pudiera mover las piedras;  
¡qué amorosos pensamientos!  
¡Qué canciones! ¡Qué excelencias  
de ornamentos de palabras!  
FABIO. ¿Quién hay que ahora se atreva  
a escribirlas en España?  
OTAVIA. Muchos, Fabio, con su pena (1);  
mas yo sé muy bien que todos  
dar en el blanco descan.  
D. PEDRO. En eso a todas las artes  
se aventajan los poetas:  
si muere un enfermo, nunca  
con el médico le entierran;  
si pierde el pleito el letrado,  
el dueño pierde la hacienda (2).  
¿Qué labrador ha buscado  
al astrólogo que yerra,  
aunque por los almanaques  
sembrase dos mil hanegas?  
¿Qué cosmógrafo castigan  
porque diga que la Persia  
cae doce leguas de Flandes  
y diez y nueve de Illescas?  
Pero un poeta que escribe  
comedias, tanto desea  
agradar a quien las oye,  
que es lástima y aun vergüenza  
no perdonalle si al blanco  
tal vez no acierta la flecha.  
OTAVIA. Dice don Pedro muy bien.  
D. PEDRO. Cuando las comedias vengan  
de año a año como flota,  
pese a tal darles carena.

(1) Así en B. En A sólo habla Otavia.

(2) B Añade estos dos versos, de otra mano y tinta:

"Si el juez castiga al reo  
de ningún modo le pesa."

Pero a quien da cada día  
partos del ingenio...  
OTAVIA. Espera,  
que tampoco a esos ni a esotros  
les vamos a sacar prendas.  
No pongáis límite al gusto,  
que ya en la corte se huelgan  
más con las comedias malas  
que con las que salen buenas.  
En las malas hablan todos,  
silban, gritan, y aun las dueñas  
con su poquito de llave  
se meten a ser discretas.  
Pero esta conversación  
no lo parece.  
FABIO. Pues venga  
el soneto.  
OTAVIA. Ni el soneto;  
porque ya don Pedro piensa  
que es de materia celosa.  
LEONARDO. ¿Qué quieres que te entretenga?  
OTAVIA. El que dijere mejor  
una cosa, a que parezcan  
los celos, que no esté dicha,  
tiene esta cinta por prenda.  
LEONARDO. Yo digo que son los celos  
arte de amar.  
OTAVIA. Eso prueba.  
LEONARDO. Porque lo que enseña amor  
en dos mil años lo enseña,  
y los celos en un hora.  
OTAVIA. ¡Buena aplicación!  
LEONARDO. Es nueva.  
FABIO. Yo digo que son un rayo  
que con violencia penetra,  
pues abrasa el corazón  
sin lastimar la corteza.  
OTAVIA. ¿Cómo?  
FABIO. Veréis un celoso  
picado de la sospecha,  
que por de fuera se ríe  
y por de dentro se quema.  
OTAVIA. Dices bien. Don Pedro diga.  
D. PEDRO. Don Pedro callar quisiera,  
que sólo de hablar en celos  
desmaya el alma y la lengua.  
Yo digo que celos son  
una fábula o emblema  
de aquel ciego que llevaba  
el manco y tullido a cuestas.  
El ciego es amor...

OTAVIA. ¡Qué bien!

D. PEDRO. A cuestras los celos lleva  
porque los sufre, y los celos  
el camino a amor enseñan.

OTAVIA. Tuya es la cinta.

LEONARDO. ¡Perdimos!

(Sale GINÉS, *vejete*.) (1)

GINÉS. Vuesarcé oiga unas nuevas.

OTAVIA. ¿Cómo?

GINÉS. Hizo amor un milagro

OTAVIA. Es dios: el milagro cuenta.

GINÉS. Don Juan...

OTAVIA. ¿Qué don Juan? ¡Decid!

GINÉS. ¿Ya vuesarcé no se acuerda  
de aquel pobre caballero  
que el otro día en la iglesia  
le bebió dos dedos de agua  
a la pila, porque en ella  
metió vuesarcé un dedo,  
y sauced dijo: "Pudiera  
en una taza del Prado  
hacerse mayor fineza?"

OTAVIA. Sí, sí, don Juan; aquel pobre  
que nuestra calle pasca,  
y ha venido acá dos noches  
con su poquito de felpa,  
zapatos blancos, valona  
de Flandes, pajizas medias,  
y por ligas dos antojos  
de caballo en dos rosetas.

GINÉS. El mismo.

OTAVIA. Cuenta el milagro,

GINÉS. Una famosa cadena  
envía, y para un vestido  
diez y seis varas de tela  
con excelentes recados.

OTAVIA. ¿Aquél? Mirad bien las señas;  
si se ha hallado algún tesoro...

GINÉS. En este lugar pasean  
muchos sin ser de la llave  
que tienen llave maestra.

OTAVIA. Miedo me ponéis. Decid  
que entfe, que en su gentileza  
se ve bien que es hombre noble.

GINÉS. Ya la ablanda la manteca.

(Sale BERNAL.)

BERNAL. Don Juan, mi señor, señora...

GINÉS. No tiene el mozo mal arte.

BERNAL. Me mandó que de su parte  
venga a besaros agora  
las uñas de pies y manos.

GINÉS. ¿Es mi señora, por dicha,  
cernícalo?

OTAVIA. ¡Qué desdicha  
esta destos cortesanos!

BERNAL. ¿Cuál es humildad mayor.  
besar todo un pie o no más  
de una uña?

OTAVIA. Tú sabrás,  
amigo, lo que es mejor.

BERNAL. Besadas las uñas, pues.

GINÉS. ¿Otra vez?

OTAVIA. Dejalde ya.

BERNAL. Que por humildad está  
siempre a vuestros pies.

GINÉS. ¿Más pies?

BERNAL. Dice que os oyó alabar  
cierta tela y la compró,  
que por ventura la halló  
acabada de llegar  
en cas de su mercader.

GINÉS. ¿Mercader tiene?

BERNAL. ¿No son  
de todos?

GINÉS. ¡Buena razón!

BERNAL. ¿Pues qué mejor puede ser?

¿El Rey no es mi Rey?

GINÉS. ¡Muy bien!

BERNAL. Pues así como yo quiera  
un mercader, sea cualquiera,  
es mi mercader también.

Y a vuesa merced suplico  
que se vaya el escudero,  
que es un poco palabrero  
y me da enfado su pico.

Allí fuera está un criado  
con la tela, y para hechura  
del vestido.

GINÉS. ¡Qué locura!

BERNAL. Señora, yo estoy turbado;  
váyase o íreme yo.

GINÉS. Yo me iré.

BERNAL. ¡Aquesta cadena...

GINÉS. ¿Es fina?

BERNAL. ¿Volvió? Y tan buena  
que en veinticuatro tocó.

(1) Lo mismo en B, aunque en el reparto lo llama GINÉS, y reparte el papel a una mujer. Pero enmiendas posteriores han tratado de arreglar en el ms. de B este papel para criada. Como son enmiendas de letra del siglo XVIII, no las tenemos en cuenta.

GINÉS. ¿De Córdoba a Sevilla?  
 BERNAL. ¡Del diablo!  
 GINÉS. Muestre el olor.  
 Bien, a fe.  
 OTAVIA. ¿Vuestro señor  
 es de aquí, o es de Castilla?  
 BERNAL. Es Montañés y Acevedo.  
 GINÉS. Muy rico debe de ser.  
 BERNAL. Largo tiene de comer;  
 esto aseguráros puedo.  
 OTAVIA. ¿Cómo?  
 BERNAL. No puede alcanzallo.  
 OTAVIA. ¿Eso es largo?  
 BERNAL. ¿Pues qué más?  
 OTAVIA. Ahora bien; allá dirás  
 lo que agradecida callo.  
 Entrega la tela, pues,  
 que yo tomo la cadena.  
 (*Vase BERNAL.*)  
 Pues bien, ¿de qué es tanta pena?  
 D. PEDRO. ¿De qué? ¿Pues tú no lo ves?  
 OTAVIA. Esta cadena me envía  
 un necio de mis amantes;  
 tómala tú para guantes  
 si te enfada por no mía.  
 D. PEDRO. ¡Déjame!  
 OTAVIA. ¡Póntela aquí,  
 porque lleves ahorcados  
 mis celos.  
 D. PEDRO. De mis cuidados  
 (*Pónesela.*)  
 piensas olvidarme así?  
 Yo te la quiero feriar  
 por otra de cien diamantes.  
 OTAVIA. ¡Buen cambio!  
 D. PEDRO. Nunca te espantes  
 de ver a un celoso dar.  
 Vamos, señores, de aquí.  
 LEONARDO. ¿No vais con gusto?  
 D. PEDRO. Sí estoy.  
 (*Vanse, y salen BERNAL y GINÉS.*)  
 BERNAL. Sin la cadena me voy.  
 GINÉS. De eso ¿qué se me da a mí?  
 BERNAL. ¡Mandáis algo?  
 GINÉS. ¡Dios os guarde!  
 BERNAL. ¡Extremada sequedad!  
 GINÉS. Adonde no hay voluntad  
 no hay término que se guarde.

Mi ama ha puesto los ojos  
 en don Pedro.  
 BERNAL. ¿Y no es mejor  
 mi amo?  
 GINÉS. No es por amor,  
 que no la mueven antojos,  
 sino por su gran riqueza;  
 que le querría pescar  
 por marido.  
 BERNAL. ¿Y puede hallar  
 tal ingenio, tal nobleza?  
 GINÉS. Hermano, todo eso es viento,  
 fundado en hombre tan pobre,  
 por más gracia que le sobre,  
 nobleza y entendimiento.  
 Quiere Otavia coche y dueñas,  
 escuderos y criadas.  
 BERNAL. Locuras son, aunque honradas,  
 y que muestran por las señas  
 que aquella rara hermosura  
 rige un alma desigual.  
 GINÉS. Ella es mujer principal  
 y esta vanidad procura.  
 Y yo, que nací también  
 de nobles padres, Bernal,  
 siempre aborrezco hacer mal  
 y siempre intento hacer bien.  
 Por aquesto os desengañó,  
 para que al señor don Juan  
 digáis que estas cosas van  
 en aumento de su daño.  
 Que no gaste lo que puede  
 en vos y en sí, que le tengo  
 lástima.  
 BERNAL. ¡A buen puerto vengo  
 para que pagado quede  
 mi dueño de tanto amor!  
 GINÉS. Yo os he dicho la verdad.  
 BERNAL. Viniera aquesta piedad  
 dos horas antes mejor;  
 pero, dados los regalos,  
 dicen cortesanos viejos  
 que es como darle consejos  
 a quien han dado de palos.  
 ¿No le podríais pedir  
 siquiera aquella cadena?  
 GINÉS. Ya sirve a prisión ajena.  
 BERNAL. ¿Qué es lo que queréis decir?  
 GINÉS. Que a don Pedro se la dió,  
 y que al cuello se la puso.  
 BERNAL. De oiros estoy confuso.



GINÉS. Adiós, que hago falta yo.

(*Asc.*)

BERNAL. ¡Que esto intente! ¡Que esto si-  
Salir quiero desta casa, [ga!  
y saber... Pero allí pasa:  
bien será que se lo diga.  
¡Ah, señor, señor!

(*Sale DON JUAN.*)

D. JUAN. Ya espero  
tus voces. ¿Qué haces aquí?  
¿Diste aquello?

BERNAL. Señor, sí.

D. JUAN. ¿Y qué dijo?

BERNAL. Al escudero  
remitió tu memorial.

D. JUAN. ¿Qué dices?

BERNAL. Y él me ha contado  
que todo lo que le has dado  
lo has empleado muy mal.

D. JUAN. ¿Por qué?

BERNAL. Porque esta mujer  
a un cierto don Pedro adora,  
de quien quiere serlo ahora,  
y con tal mal proceder,  
que tu cadena le dió  
y la lleva al cuello puesta.

D. JUAN. ¿Dásme veneno, o respuesta?

BERNAL. Ésto el viejo me contó;  
y dice que de piedad  
de imaginar tu pobreza.  
Ya le dije tu nobleza,  
tu sangre y tu calidad;  
mas su desvanecimiento,  
coches, dueñas y criadas,  
no mira en almas honradas  
ni estima tu entendimiento.

D. JUAN. ¿Quejaréme aquí de mí?  
Sí, pues la culpa he tenido,  
que habiéndola conocido,  
el alma, Bernal, la di.  
¿Que traten a un hombre así  
locuras de quien ayer,  
si no me mostró querer,  
no me mostró despreciar?  
Mas, ¿qué se puede esperar  
de una mujer tan mujer?

No me pesa del empleo  
destas joyas, que al fin son  
dinero, aunque en ocasión  
que como sabes me veo,

despreciar mi buen desco-  
siento, y que dé mi cadena  
si por pobre me condena.  
Dore el alma a sus cuidados,  
que es darme celos dorados  
nueva manera de pena.

Pobre soy, señora Otavia;  
pero soy tan bien nacido,  
que bastaba mi apellido,  
si como hermosa sois sabia:  
vuestro término se agravía  
dando lo que os dan así;  
pero yo la causa fui.  
Castigo del cielo fué,  
pues a un serafín quité  
lo que a un demonio le di.

BERNAL. ¡Quedo, señor! Vive Dios,  
que es don Pedro el que pasea.

D. JUAN. De vista le conocía.

BERNAL. ¿Qué quieres hacer?

D. JUAN. Que sepa  
que soy don Juan de Acevedo.

(*Salen DON PEDRO y LEONARDO.*)

D. PEDRO. Pienso que casarse intenta,  
y aunque es mujer principal,  
su vanidad y soberbia  
me desagradan, Leonardo.

D. JUAN. V[uesa merced dé licencia  
que le diga dos palabras.

D. PEDRO. Aquí, Leonardo, me espera.

D. JUAN. ¿Conóceme?

D. PEDRO. Sí, de vista.

D. JUAN. ¿No sabe quién soy?

D. PEDRO. Quisiera,  
porque estimo a quien conozco.

D. JUAN. Puesto que ignorancia sea,  
informarle [he] de mis partes,  
pues no le va nada en ellas.  
Soy un caballero honrado,  
es la montaña mi tierra,  
vine a pleitos a la Corte,  
vi cierta dama una fiesta  
en la Merced, que me hizo  
más de la que yo quisiera.  
Oíle alabar un día  
la novedad de una tela;  
enviésela galán,  
y necio decir pudiera;  
y porque para la hechura  
a persona de sus prendas

no era bien darle dineros,  
compré esa misma cadena.  
Supe que a v[uesa] merced  
se la dió, no sé si crea  
que fué liviandad de entrambos;  
pero porque no lo sea  
v[uesa] merced me la dé.

D. PEDRO. Excusadas estuvieran  
algunas destas palabras,  
no usadas en esta tierra,  
donde también hay hidalgos.  
Pero porque no parezca  
que no habemos aprendido  
con qué término se deba  
responder a quien lo es tanto  
los que nos preciamos della,  
la cadena volveré  
a quien me dió la cadena,  
que a v[uesa] merced no es justo,  
y pidiéndosela a ella  
la tendrá v[uesa] merced.

D. JUAN. No quiero que se la vuelva  
cuando me la puede dar,  
y yo tan presto tenerla.

D. PEDRO. ¿Luego quitármela tengo?

D. JUAN. Digo yo que será fuerza.

D. PEDRO. Al espejo de su rostro  
me la puse: está bien puesta,  
y sin él no acertaré.

D. JUAN. Pues para que espejo tenga,  
mírese en aquesta espada.

D. PEDRO. ¿Para qué, si tengo aquesta?

BERNAL. ¡Oh, perros! ¿A mi señor?

LEONARDO. ¡Animo, don Pedro, y mueran!

D. JUAN. ¡Menos palabras, villanos!

(Retíralos.)

D. PEDRO. ¡Ay!

BERNAL. ¿De eso poco se queja?

D. JUAN. ¡Quedo. Bernal, qué sospecho  
que ha menester la cadena  
para curarse la herida!

BERNAL. Cayó; la gente se llega.

D. JUAN. Echa por aquí, Bernal,  
que por Otavía me pesa.

BERNAL. ¿No has reñido con razón?

D. JUAN. Sí.

BERNAL. Pues camina y no temas.

(Vanse, y salen CELIA y DOÑA ANA.)

ANA.

Mi mal por puntos crece

CELIA.

Jamás he visto amor sin esperanza.

ANA.

Alguna luz ofrece  
esperar de los males la mudanza,  
que nadie desconfía  
sin esperar algún dichoso día.

Puesta la sogá al cuello  
sustenta la esperanza al condenado,  
y erizado el cabello  
mira si tiene algún amigo al lado,  
si se quiebra, o se enreda,  
o pasa el Rey, donde mirarle pueda.

Así yo estoy agora  
pensando que podrá morirse Otavía,  
a quien don Juan adora,  
o que no la querrá si ella le agravia:  
que nadie fué tan loco,  
que si padece mucho espere poco.

(Salen DON JUAN y BERNAL.)

DON JUAN.

Pregunta si está en casa.

BERNAL.

Doña Ana nos ha visto.

DON JUAN.

Pues entremos,  
y sepa lo que pasa,  
que así con el peligro cumpliremos.

ANA.

Señor don Juan, ¿qué es esto?  
¿Cómo tan alterado y descompuesto?

DON JUAN.

Llegué, señora mía,  
después de dar aquel presente a Otavía,  
como quien presumía  
que era vanagloriosa, pero sabia,  
y hallo que mi presente  
en otro amor me trata como ausente.

Llego a don Pedro, un mozo  
destos a quien ilustra la riqueza,  
que con aplauso y gozo  
triunfaba de mi amor y mi pobreza.  
Habléle, respondiome,  
sacó la espada, heríle y conocióme.

Es fuerza que me ausente.  
Señora, esto decid a don Fernando.

ANA.

Mi hermano está presente.

(Sale DON FERNANDO.)

DON FERNANDO.

Por todo este lugar os voy buscando.

DON JUAN.

¿Sabéis lo que ha pasado?

DON FERNANDO.

Todo, como pasó, me lo han contado.

No excusáis ausentaros  
por deudas, por justicia, aunque no puedo  
dejar de confesaros  
que está bien hecho y que contento quedo,  
porque sepan los hombres  
que no están las riquezas en los nombres.

Vos no tendréis dineros;  
voy a sacarlos.

DON JUAN.

No sé qué os responda.

ANA.

Yo sé qué responderos,  
pues es mejor que aquí don Juan se esconda.

DON FERNANDO.

De ninguna manera;  
que mejor se negocia desde afuera.

DON JUAN.

En Nápoles la bella  
vive un Regente, de mi padre hermano;  
si voy, Fernando a ella,  
como a sobrino me dará la mano;  
y es rico; de manera  
que ha de favorecerme aunque no quiera.

DON FERNANDO.

El gran Duque de Osuna  
rige aquel Reino agora; si el de Uceda  
os diese carta alguna,  
no tiene el mundo quien honraros pueda  
como este generoso  
Príncipe, en tierra y mar siempre dichoso.

DON JUAN.

¿Tenéis con Su Excelencia  
del de Uceda, Fernando, quien le obligue?

DON FERNANDO.

Y asiste a su presencia  
y dondequiera le acompaña y sigue.

A la carta me ofrezco.

DON JUAN.

Pues no quiero más bien si la merezco.

DON FERNANDO.

Ven, hermana, y contemos  
este dinero.

ANA.

¿Que aún no puedo hablalle! (1)

(Vase.)

DON JUAN.

Seguros estaremos.

BERNAL.

Haz que cierren las puertas de la calle.

DON FERNANDO.

Todo estará cerrado;  
no hay cosa que te pueda dar cuidado.

(Vase.)

D. JUAN. ¡Extraños sucesos míos!  
Mas ¿por cuál hombre pasaron  
que no fuera yo? ¿Qué haré  
confuso en desdichas tantas?

BERNAL. Paréceme que de aquí  
se fué llorando doña Ana.

D. JUAN. Yo la vi llorando perlas  
de la manera que el alba  
asoma los tiernos ojos  
por las celestes ventanas,  
ensartando puro aljófar  
en las azules pestañas,  
con que se abren los pimpollos  
de las azucenas blancas,  
de las rojas maravillas  
y de las rosas de nácar.  
¡Ay, Dios! ¿Si mi ausencia siento?

BERNAL. No dudes cosa tan clara;  
mas no quieres entender,  
porque sabes que no pagas.

D. JUAN. No puedo, Bernal, no puedo,  
que tengo cautiva el alma;  
tanto más a Otavía quiero  
cuanto más sé que me agravía.  
Porque como amor es niño,  
donde le castigan ama;  
que aunque quiere a quien le besa,  
más quiere a quien mal le trata.

(1) Texto: "hablarle".

(Sale CELIA con una bolsa y caja.)

CELIA. Don Fernando, mi señor,  
vuestro amigo, que esto basta,  
me dió esta bolsa de escudos  
y mi señora esta caja,  
sin que él la viese, en que van  
sus joyas.

D. JUAN. ¿Cómo?

CELIA. Estimaldas,  
que es lo mejor de su dote,  
y que me dijo turbada,  
con temor de don Fernando:  
"Celia, di que no se parta  
sin que yo le vuelva a ver."

D. JUAN. Celia, la congoja es tanta  
del peligro en que me veo,  
que aun la respuesta me ataja.  
Los dineros de Fernando  
tomo a cambio de dos almas;  
no las joyas, que no es justo,  
de mi señora doña Ana.  
Y di que las que tomé  
tendrán su debida paga,  
si Dios quisiere, algún día,  
y que condición hidalga  
nunca, sin pagar la una,  
tomó dos cosas prestadas.

CELIA. ¡Vete con Dios, Celia, y di  
que fuera loca arrogancia  
verla un hombre que a otra adora!

Pues, ¿qué importa si ella os ama?

D. JUAN. ¡Celia, no más! Que Fernando  
de no la querer es causa;  
El la casa con su igual,  
es mi amigo y es su hermana.

CELIA. A esto vine; perdonadme.

(Vase.)

D. JUAN. Tan dichosa el cielo os haga  
como yo soy desdichado.

BERNAL. ¿Por qué dejaste [la] caja?

D. JUAN. Porque soy, Bernal, quien soy;  
que de una mujer honrada  
una obligación tras otra  
podrán engañarme el alma.  
¡Vamos a Italia, Bernal!

BERNAL. ¿En fin, nos vamos a Italia?

D. JUAN. ¡Adiós, España querida!

BERNAL. ¡Adiós, fregonas de España!

SEGUNDA JORNADA (1)

(Salen DON JUAN y BERNAL, de camino.)

D. JUAN. Belleza Nápoles tiene.

BERNAL. No hay duda, sino que admira  
a quien la contempla y mira.  
señor, si con gusto viene.

Pero si verdad te digo,  
aquel Madrid...

D. JUAN. ¡Calla, loco!

Déjame olvidar un poco  
del mal que traigo conmigo.

BERNAL. ¿Ni la tierra ni la mar  
te olviden desta mujer?

D. JUAN. Lo que yo no puedo hacer  
no lo quieras tú intentar.

BERNAL. Allá un poeta español  
dijo que el mejor vencer  
al amor era querer,  
y esto es más claro que el sol.

Porque si el que quiso quiere  
no querer, vencer podrá;  
pero ¿cómo olvidará  
mientras más amor adquiere?

D. JUAN. No quiero en Otavia yo  
la condición desigual,  
que fuera quererla mal,  
pues tanto mal me causó.

Quiero la gracia y belleza  
y entendimiento divino.

BERNAL. Otavia es un desatino.

D. JUAN. ¿De quién?

BERNAL. De naturaleza.

D. JUAN. Bien dices, Bernal; yo quiero  
que me enseñes a olvidar.

BERNAL. Pues yo te quiero enseñar.

D. JUAN. Comienza, pues.

BERNAL. Lo primero  
has de pensar que es muy fea.

D. JUAN. ¿Pues podré mentirme a mí,  
que tan hermosa la vi?

BERNAL. Piensa que es, aunque no sea.

D. JUAN. Pienso que es fea.

BERNAL. También  
que es sucia, que es desigual,  
y que a ti te quiere mal  
y a otros muchos quiere bien;  
que es loca y desvanecida  
por coches, dueñas, criados,

(1) El texto así, aunque antes dijo "Acto primero".



versos, músicas, estrados  
y ser de todos querida;  
que la tela nos pesó  
cantando como sirena;  
que a don Pedro la cadena  
injustamente le dió;  
que de España nos ha echado.

D. JUAN. Ya es ese mucho pensar,  
y si tengo de olvidar  
no he de pensar lo pasado.  
Mal me aconsejas. ¿Qué haré,  
cielo, en esta tierra extraña  
dejando el alma en España?  
¡Qué necio estás!

BERNAL. Ya lo sé.

D. JUAN. Cuando todo ha sucedido  
de la manera que ves,  
¿es justo que triste estés?

D. JUAN. Hallo amor y busco olvido.

BERNAL. Vienes a Nápoles bella  
libre de necios cuidados,  
y hallas con cien mil ducados  
un tío que vive en ella;  
tienes su mesa y su casa  
y una prima como un oro,  
que con tal honra y decoro  
mil almas de amor abrasa;  
besaste al Duque los pies  
con las cartas que traías,  
dando indicios en dos días  
de lo que has de hacer después,  
¿y estás triste?

D. JUAN. ¿Qué he de hacer?

BERNAL. Fabricio es éste.

D. JUAN. ¡Ay, amor!

(Sale FABRICIO.)

FABRICIO. El Regente, mi señor,  
que agora viene de ver  
al Virrey, con mucho gusto  
te quiere hablar.

D. JUAN. ¡Plega Dios  
que sea para los dos  
buena nueva!

(Vase DON JUAN.)

FABRICIO. ¿Qué disgusto  
tiene don Juan? ¿No le agrada  
Nápoles, Bernal?

BERNAL. Si hiciera,  
si con libertad viniera;

mas deja el alma empeñada.  
FABRICIO. Efetos son de su edad.  
Tan triste está, que el Regente  
ya lo conoce, y lo siente.  
Pero tiene esta ciudad  
tales entretenimientos,  
que olvidará presto a España.

BERNAL. Son una guerra en campaña  
don Juan y sus pensamientos.

FABRICIO. Así vine yo de allá;  
ya yo no tengo memoria  
de España, ni de mi historia.

BERNAL. Agora, Fabricio, está  
su corte la más lucida  
del mundo, y aquel lugar,  
el mejor para pasar  
alegremente la vida.

FABRICIO. Mientras viene tu señor,  
dime de Madrid.

BERNAL. Quisiera  
que sus pinceles me diera  
el más célebre pintor.

La conveniencia que en Madrid se advierte,  
para que sea Corte al Rey de España,  
creciendo van sus fábricas de suerte  
y de cualquiera duda desengaña.  
No le importa a Madrid ser plaza fuerte;  
no le cercan almenas, ni le baña  
soberbio mar, que sólo un río pequeño  
es de los bosques apacible dueño.

Las casas que se labran ya son tantas,  
que en tanta multitud están vacías;  
erigen templos religiones santas,  
y todo de limosnas y obras pías.  
Bellos jardines con diversas plantas  
suelen amanecer todos los días.  
De suerte que a Madrid dirá cualquiera  
que se vino a vivir la Primavera.

Decirte de las fuentes que fabrica  
Madrid en tantas calles, mi rudeza  
condena su artificio, porque implica  
contradicción, y hablar de su belleza.  
En esta, pues, ya máquina tan rica  
vive Felipo, pues, vive la Alteza  
de Sus Altezas, y una prenda vive  
que a dar a don Juan muerte se apercibe.

FABIO. Basta, que has hecho, Bernal,  
milagros en mi memoria,  
resucitando la historia  
de su fábrica real.  
Mas tu señor viene aquí;

después te hablaré despacio.

*(Vase, y sale DON JUAN.)*

D. JUAN. Vamos, Bernal, a Palacio.

BERNAL. ¿Hay nuevas de gusto?

D. JUAN. Si.

BERNAL. ¿Cómo?

D. JUAN. Díceme el Regente que me da una compañía el Duque, y el mismo día puedo conducir la gente, porque la manda embarcar.

BERNAL. Dame, Capitán, los pies.

D. JUAN. Yo te pienso honrar después, si Dios nos vuelve del mar.

BERNAL. Sirve al Virrey, que en el mundo nadie honra más los soldados.

D. JUAN. Hoy sepulto mis cuidados, Bernal, en el mar profundo.  
¡No más Otavia!

BERNAL. ¿Si habrá muerto don Pedro?

D. JUAN. No sé; desgracia forzosa fué; España se acabó ya.

Sola una carta deseo de don Fernando Manuel.

BERNAL. La vida tienes por él.

D. JUAN. ¡Qué rico, qué hermoso empleo fuera, Bernal, en su hermana!

Mas quiere la lealtad que se debe a la amistad que no imagine en doña Ana.

BERNAL. Pues a fe que se lo debes.

D. JUAN. No seré ingrato, si puedo, a ley de noble Acevedo.

BERNAL. ¡Con qué palabras tan breves te obligó cuando partiste!

D. JUAN. Dejemos, Bernal, pasiones y hablemos de galcones, en quien ya mi honor consiste.

Sirvamos al Rey, que el mar agora es nuestro Madrid.

BERNAL. Yo pelearé como un Cid; eso todo es comenzar,

que no me turban turbantes de turcos, ¡viven los cielos!

D. JUAN. Pues a mí unos turcos celos son a turbarme bastantes.

Ven a palacio, Bernal; besaré al Virrey la mano.

BERNAL. ¡Dè todo el mar Oceano llegues a ser general!

*(Vanse, y salen DON FERNANDO y DOÑA ANA.)*

D. FERN. Hoy he visto muy galán a don Pedro.

ANA. ¡Cosa extraña! Bien estuviera en España, y no en Italia don Juan.

D. FERN. Si lo hubiera adivinado no le dejara partir.

ANA. Ya este caso, con vivir don Pedro, está remediado.

D. FERN. Eso es por lo que toca a la justicia y parientes; pero no a los accidentes del amor que le provoca; porque quiere tanto a Otavia como esta carta refiere, con saber que no le quiere.

ANA. Mucho su valor agravia; que don Juan es caballero de tales partes, que diera causa de amarle a quien fuera mujer.

D. FERN. Remediarlo espero si me cuesta hacienda y vida.

ANA. ¿Qué remedio puede haber para dejar de querer quien despreciado no olvida?

D. FERN. Sólo con entretener de don Pedro el casamiento viendo el desvanecimiento desta gallarda mujer;

porque ella no tiene amor a nadie, a lo que sospecho.

ANA. Muy necio discurso has hecho.

D. FERN. ¿Qué dices?

ANA. ¿Pues no es mejor que se case y que la olvide, si es fuerza, en siendo casada? Pues vuelto desta jornada toda su esperanza impide.

D. FERN. Doña Ana, no es amistad de un amigo bien nacido, estando don Juan perdido, forzalle la voluntad.

El servicio que yo puedo hacer por él es hacer que halle libre esta mujer y que la sirva sin miedo,

y escucha el modo en que quiero  
que nos ayudes.

ANA. ¿Yo? ¿En qué?

D. FERN. Don Pedro ha poco que fué,  
como sabes, caballero,  
porque en aqueste lugar,  
ricos de hacienda en sus tratos,  
hay caballeros beatos  
que están por canonizar.

Otavia, desvanecida,  
mira sólo a la riqueza;  
pero riqueza y nobleza  
será mejor admitida.

Yo tengo seis mil ducados  
de renta, con ser Manuel,  
que puedo mejores que él  
tener algunos criados.

Quiero fingir que la quiero  
y que pretendo casarme;  
presumo que ha de estimarme,  
más rico y más caballero,

por lo que es desvanecida;  
con esto le entretendré  
hasta que don Juan esté  
donde el casamiento impida.

Y así tengo prevenido  
que vayas a visitar  
hoy a Otavia, y a tratar  
mi casamiento fingido.

ANA. ¿Yo?

D. FERN. Tú, pues.

ANA. ¿Estás en ti?

D. FERN. Hermana, esto es amistad.  
¿Qué pierde tu calidad  
en hacer esto por mí?

Pues venido aquí don Juan,  
fingiré que estoy celoso  
de un hombre tan valeroso  
tan discreto y tan galán;  
y retirado a mi casa  
la empresa le dejaré.

ANA. Aún responderte no sé.

D. FERN. Doña Ana, don Juan se abrasa  
de amores desta mujer.  
¡Haz esto, por vida mía!  
¡Toma el coche!

ANA. No querría,  
Fernando, echarte a perder,  
si no lo acierto a fingir  
como tu cuidado espera.

D. FERN. Eres la mujer primera

que tiene miedo al mentir.

Ve, y si me vieres pasar,  
llámame.

ANA. Yo voy.

D. FERN. Advierte  
que lo encamines de suerte  
que Otavia me pueda amar.

ANA. Creo que te ha parecido  
bien, y que a don Juan y a mí  
nos quieres burlar así,  
y hacer verdad lo fingido.

D. FERN. Tú sabes mejor que yo  
si quiero a don Juan.

ANA. Si harás;  
pero yo le quiero más.

D. FERN. ¿Qué dices?

ANA. Que temo un no,  
si quiere a don Pedro bien.

D. FERN. Yo conozco sus mudanzas;  
dale tú mis esperanzas,  
que ella me querrá también.

(*Vanse, y salen OTAVIA y DON PEDRO.*)

OTAVIA. Mil parabienes os doy.

D. PEDRO. ¿Qué mayores que teneros  
por espejo, cuando salgo,  
señora, a la luz del cielo?  
Vengo a besaros las manos  
del favor que me habéis hecho  
con papeles y regalos.

OTAVIA. Corrida estoy en extremo  
de que no pude serviros;  
pero no lo está el deseo.

D. PEDRO. De don Juan, ¿qué habéis sabido?

OTAVIA. Nunca ausentes os den celos;  
demás que bien sabéis vos  
que siempre estuvo más lejos  
de mis ojos que está agora.

D. PEDRO. El es noble caballero,  
y me pesa que esté ausente,  
pues tuve de mi suceso  
la culpa yo.

OTAVIA. Con razón  
por noble os estimo y quiero:  
sentaos, que aún estáis sin fuerzas.

D. PEDRO. Fuerzas, mi señora, tengo,  
que os tengo en el alma a vos.

OTAVIA. Cuanto decís os merezco,  
y no puedo encarecer  
lo que me huelgo de veros.

D. PEDRO. ¿Qué haré, ya que de mí mal

no tuve más sentimiento  
que imaginar que os perdía?  
OTAVIA. Galán venis y discreto.  
Con la falta de la sangre  
estará el entendimiento,  
por lo débil, más sutil.

D. PEDRO. No hablemos, señora, en esto,  
porque es hablar en don Juan.

OTAVIA. Ya os he dicho que estéis cierto,  
no de que no le he querido,  
mas de que ya le aborrezco.

(Sale GINÉS.)

GINÉS. De un coche he visto apear  
a una dama.

OTAVIA. ¿En casa?

GINÉS. Pienso

que ha entrado.

D. PEDRO. Mejor visita,  
Otavia, dejaros quiero.  
Dadme licencia.

OTAVIA. Por Dios,  
que convalecéis, don Pedro,  
de todo lo que imagino.

D. PEDRO. ¿Yo?

OTAVIA. Sí, pues os vais tan presto,  
que los celos de don Juan  
no han sido buenos terceros  
de mi amor en vuestro mal.

D. PEDRO. ¿Cuándo son buenos los celos?

(Salen DOÑA ANA y CELIA, con mantos.)

ANA. Juzgaréis a novedad,  
señora, el venir a veros.

OTAVIA. Sólo de vista os conozco.

ANA. Vecinas fuimos un tiempo.

OTAVIA. Ya sé quién sois, y los brazos  
os pido.

ANA. Tenedme, os ruego,  
por muy vuestra servidora.

OTAVIA. Tomad, mi señora, asiento.

ANA. Querría en secreto hablaros.

OTAVIA. Perdonad, señor don Pedro.

ANA. ¿Es don Pedro, cierto herido,  
Otavia, este caballero?

OTAVIA. El mismo es.

ANA. Pues no os vais,  
que antes de hallaros me huelgo,  
señor, en esta ocasión;  
de vuestra salud me alegro  
y os doy muchos parabienes.

D. PEDRO. Cuando sólo para veros  
hubiera convalecido,  
agradeciera a los cielos  
más que ya para vivir  
la vida y salud que tengo.

ANA. Por el nombre os conocía,  
y sin encarecimiento,  
tenía desta ocasión  
deseos por un deseo.

OTAVIA. Basta, señora doña Ana,  
que os decís los dos requiebros;  
¡ea, yo seré testigo!

D. PEDRO. Dicen muchos, y lo creo,  
que los que luego se aman  
cuando se ven tienen hecho  
infinitos años antes  
con las estrellas concierto.  
Esto digo por mi parte,  
que aún no os he visto y ya os quiero.

ANA. Responda Otavia por mí.

OTAVIA. Lo que yo responder puedo  
es que no pase adelante  
este amor o cumplimento,  
porque me digáis la causa  
que os trujo, aunque la agradezco,  
a hacerme tanta merced.

ANA. A serviros, por lo menos.

Ya sabéis que don Fernando  
Manuel, mi hermano, es mancebo.

OTAVIA. Ya sé que no se ha casado.

ANA. A tratar su casamiento  
vengo con vos.

OTAVIA. ¿Pues conozco  
el venturoso sujeto,  
por dicha, yo? ¿Es deuda mía?

ANA. Y sin encarecimiento,  
la cosa que más queréis.

OTAVIA. ¿Cómo?

ANA. Vos misma.

OTAVIA. ¿Teneos!  
Que el señor don Pedro tiene  
ese mismo pensamiento.

D. PEDRO. Por mí, señora, no importa,  
que la que presente veo  
me pone mayor codicia.

OTAVIA. ¡Qué presto vengaís los celos!

D. PEDRO. No, por Dios, sino que miro  
en esta dama el empleo  
mayor que pueden tener  
mis honrados pensamientos.

ANA. Todas estas son venganzas.



OTAVIA. Yo por tales las entiendo.

D. PEDRO. Y yo entiendo que es verdad lo que digo y lo que siento.

ANA. Mi hermano pasa, llámale; mas aunque lo es, os prometo que no le quisiera yo si estuviera en vuestro pecho, porque si bien no es tan rico, que tiene esta noche ciertos seis mil ducados de renta, son bienes libres, no pienso que hay tan mala condición.

OTAVIA. ¿Pues qué tiene?

ANA. Es muy soberbio, desapacible, enfadoso, con su poquito de necio.

OTAVIA. ¡Qué buena casamentera!

ANA. Con sus faltas os le vendo. ¿Pues qué diréis, si por dicha viene de perder? No creo que hay áspid como su lengua.

OTAVIA. En mi vida vi tan nuevo modo de casar.

D. PEDRO. Será por falso encarecimiento.

ANA. En materia de mujeres de haber visto no me acuerdo una que le quiera bien, de tantas como hay.

OTAVIA. Confieso que ni venís a casalle,

(*Levántase.*)

ni parece hermano vuestro.

¡Oíd, aparte!

ANA. ¡Decid!

OTAVIA. Responded, que ya le quiero con las faltas que decís; que dellas, doña Ana, entiendo que aunque venís a tratalle, no os agrada el casamiento. Si es soberbio, yo le haré humilde con blandos ruegos; si es necio, más vale así que bachiller de conectos; que hay en la corte unos hombres que, por hablar a lo nuevo, mudan la sustancia en paja y lo castellano en griego; si juega, yo le tendré con tanto entretenimiento,

que se le olvide el jugar.

ANA. De vuestro gusto lo creo; ¿pero esto de las mujeres?

OTAVIA. Tenga yo el honor que debo a quien soy, mi coche y galas, que allá nos entenderemos (1).

ANA. Con esa respuesta voy.

OTAVIA. Que veáis mi casa quiero y me llevéis un regalo.

(*Váanse.*)

ANA. Id delante, que ya entro.

¿Queréis que os diga dos cosas, señor don Pedro?

D. PEDRO. Si fueran.

las que yo pienso, tuvieran precio de almas generosas.

ANA. Lo primero es ser hermosas las partes de Otavia, y tales, que las juzgo celestiales.

La segunda, que os prometo que no he visto en un sujeto mudanzas tan desiguales.

D. PEDRO. Pues ¿qué responde?

ANA. Que aceta el casamiento.

D. PEDRO. Dejad

que al sol de vuestra beldad ricas albricias prometa.

Otavia ha sido discreta

en querer a vuestro hermano,

y yo dichoso, pues gano

adonde ella me perdió

la esperanza que me dió de merecer vuestra mano.

Después que me hirió por ella un caballero que vos

no conoceréis, por Dios,

que he dado en aborrecella.

No vuela la ardiente estrella

del aire por la región

con más leve presunción

que el final principio alcanza,

que el amor y la mudanza

en su fácil condición.

Aunque pensar que ha de haber

quien merezca más que hablar,

es contar la arena al mar

y el aire en redes coger.

Tal modo de entretener

(1) A: "entretendremos".

no se ha visto, ni más dura  
condición en tal blandura;  
mas fué del cielo invención,  
pues cura su condición  
cuantos mata su hermosura.

¿Si por vuestro me queréis...?

ANA. ¡Tened, no paséis de ahí,  
que no tengo cosa en mí  
porque adelante paséis!  
Mas si obligarme tenéis  
por esperanza, servid  
a Otavia; pero advertid  
que es con tanta honestidad,  
que no tengo voluntad,  
ni pensamiento en Madrid.  
Prometo agradecimiento  
al amor que me mostráis,  
y esto basta, si estorbáis  
de mi hermano el casamiento;  
no por el merecimiento  
de Otavia, mas por mi gusto,  
que el casamiento es muy justo;  
mas basta a un hombre discreto  
decir que en este secreto  
ciño todo mi disgusto.

(*Íase.*)

DON PEDRO.

Un sabio llamó ley a la hermosura,  
por mostrar que obediencia se le debe:  
así la voluntad engaña y mueve  
aquella de las almas lumbre pura.

Si reverencia tu valor procura,  
¿qué más ejemplo que tu gloria pruebe,  
pues a huir, no a resistir, se atreve  
el que abrasarse de tu sol procura?

Yo te despreciaré, si te he querido,  
cruel Otavia, pues tu amor traslado  
donde no me veré favorecido:

porque más quiero ser, desengañado,  
de una firme mujer aborrecido,  
que de una libre condición amado.

(*Íase.*)

(*Toquen cajas; salen DON JUAN y BERNAL, de soldados, y otros.*)

D. JUAN. Breve ha sido la jornada,  
pero alegre y venturosa.

BERNAL. La mar ha estado gloriosa,  
toda de plata enlosada.

El viento, como si fuera

ya con las velas casado,  
pacífico y enseñado  
a oír su arrogancia fiera.  
D. JUAN. No falta quien escribió,  
cansado de navegar,  
Bernal, que era libre el mar,  
porque nunca se casó.

BERNAL. Pues Bernal no se ha turbado  
de turbantes, ¡vive Dios!,  
que ha teñido a más de dos  
las tocas de colorado.

¡Qué bravos hombrazos son  
los turcos! ¡Quién viera aquí  
los cortesanos que vi  
con tanta murmuración!

Tornéme loco de ver  
gobernar desde la corte  
guerras del sur y del norte  
entre una y otra mujer.

D. JUAN. Bernal, hombres hay ahora  
como en los tiempos pasados;  
el no ser tan bien premiados  
algo su valor desdora.

Pero no se puede más;  
ya he comenzado a servir,  
y la guerra he de seguir  
sin volver un paso atrás.

Que de aqueste buen suceso  
he quedado tan picado,  
que España se me ha olvidado,  
y aun Otavia, te confieso.

Ya de la escuela de amor  
paso arrepentido en parte  
a la palestra de Marte;  
requiebros trueco a furor.

Allá fuí tenido en poco  
y aquí me veo estimado.

(*Entre FABIO.*)

FABIO. Hoy me dicen que ha llegado,  
y estoy de contento loco.

Entre aquesta soldadesca (1),  
que agora sale del mar,  
será bueno preguntar:  
que con victoria tan fresca  
todas vienen como al sol  
suelen las aves al alba  
hacer a Nápoles salva.

D. JUAN. ¿Es aquel hombre español?

(1) Texto: "soldadecza".

BERNAL. Español y forastero:  
él te mira y reconoce.

D. JUAN. Parece que me conoce  
y yo conocerle quiero.  
¿No es éste Fabio, el que entraba  
en casa de Otavia?

BERNAL. El es.

FABIO. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Fabio!

FABIO. En esos pies.

D. JUAN. ¡Brazos hay! ¡Detente, acaba!

FABIO. Apenas de España llego,  
cuando pregunto por ti.

D. JUAN. ¿Y qué te han dicho de mí?

FABIO. Tu valor, responden luego,  
y esta victoria del mar  
contra turcos y enemigos  
de España.

D. JUAN. ¿Y nuestros amigos?

FABIO. Hay mucho que te contar.

D. JUAN. ¿Vivió don Pedro?

FABIO. Vivió.

D. JUAN. ¿Luego ya estará casado?

FABIO. ¿Casado?

D. JUAN. ¿Quién lo ha estorbado,  
si en la posesión quedó?

FABIO. Esto sólo no quisiera  
decirte.

D. JUAN. Ya no podrás  
excusarlo, pues que más  
en la privación me altera.

FABIO. Tu don Fernando Manuel  
está medio concertado  
con Otavia, o ya casado.

D. JUAN. ¿Qué dices?

FABIO. Que lo sé dél,  
de Otavia, y de sus parientes,  
y de su casa.

D. JUAN. Bernal,  
¿pasas por esto?

BERNAL. ¿Es tal  
la amistad de los ausentes?  
¿Pero qué es esto? Ya está  
mi amo con estas nuevas  
suspense. ¿De qué te elevas?  
¿Resneita Otavia ya?  
¿Vuclven los celos a hacer  
mayor la imagen de amor?  
¿Qué tienes? ¡Habla, señor!

D. JUAN. ¿Puede ser? No puede ser.  
¿Fernando, el mayor amigo,

con Otavia? No hay verdad  
en el mundo.

BERNAL. Ni amistad  
en la Corte firme, digo.

D. JUAN. ¿Don Fernando con Otavia?  
Mal hice en rogarle yo  
que la viese; ¡bien la vió!  
¿Que tanta amistad se agravia?  
¿Que tanta verdad se ofende?  
¿Que tanto amor se desprecia?

BERNAL. No hay, señor, cosa más necia  
(perdóneme quien me entiende)  
que fiar mujer ninguna  
del amigo más leal;  
que nuestro mal natural  
más incita y importuna  
adonde hay más privación.

D. JUAN. ¡Qué presto pagué la gloria  
desta famosa victoria!  
¿Hay tal maldad? ¿Tal traición?  
¡Qué poco que dura el bien  
en un hombre desdichado!

BERNAL. ¿No puede haberse engañado  
Fabio?

D. JUAN. Bien dices también.

BERNAL. ¿No sabes tú que en la corte  
no es menester más de echar  
alguna nueva a volar  
destas que vienen sin porte?  
Por Dios, que muestres valor;  
que ya a la casa has llegado  
de tu tío, y a un soldado  
infaman penas de amor.  
Muestra, señor, alegría;  
honra tu sangre, pues vienes  
victorioso.

D. JUAN. Razón tienes;  
forzar el alma querría.  
Pasen, señores soldados,  
en orden. ¡Toca, atambor!  
Celos bastardos de amor,  
¿qué me queréis tan airados?  
¡Qué bien conmigo os halláis,  
aunque yo tan mal me hallé,  
pues en España os dejé  
y en Italia me buscáis!

(*Loquén y sale FABRICIO.*)

FABRICIO. Detén, capitán valiente,  
aunque victorioso pasas,  
la música militar

de los pífanos y cajas.  
De las armas, de las plumas (1)  
muda las colores varias  
en negro luto, que viste  
de lágrimas esta casa.  
Murió tu gallarda prima,  
murió la vida que daba  
vida a tu tío.

D. JUAN. ; Ay, Fabricio!  
; Murió la divina Juana?

FABRICIO. Pasó, en fin, a mejor vida,  
y fué la tristeza tanta  
de su padre, que en tres días  
siguió sus tiernas pisadas:  
también murió.

BERNAL. ; Qué tres nuevas!  
Agora digo que hagas  
mil sentimientos, que es cosa  
que a un mármol rompiera el alma.

D. JUAN. Ya, ¿qué puedo pretender  
sin este amparo en Italia,  
muerto mi tío? Mejor  
será que me vuelva a España.  
Marcha a palacio; no entremos  
en casa tan desdichada.

FABRICIO. No lo es mucho para vos,  
porque ya su dueño os llama;  
y pues de dos malas nuevas  
os truje tan tristes cartas,  
dadme albricias de otras dos.

D. JUAN. ; Albricias en penas tantas?

FABRICIO. Diez mil ducados de renta  
os deja el Regente, y pasan  
de diez mil, a lo que pienso.

BERNAL. ; Qué temeraria desgracia!

D. JUAN. Fabricio, si bien los hombres  
debemos sentir con alma  
las muertes de nuestros deudos,  
también es justo dar gracias  
del bien que nos hace el cielo.

BERNAL. ; Y cómo, señor? Levanta  
los ojos, y di muy tierno:  
“¿Qué gracias o qué alabanzas  
os dará este pecador?”  
Vive el cielo, que me baila  
el contento, y que los ojos  
se me salen de la cara.  
; Diez mil? No sé cómo puedo  
sufrirlo.

FABRICIO. ; Si acaso aguardas  
más nuevas tras estas nuevas?  
El Virrey de honrarte trata  
de un hábito de Santiago;  
ya está la carta en España,  
y se espera la respuesta.

D. JUAN. Fabricio, tanto te alargas,  
que aunque te pienso pagar  
has de hacer corta la paga.  
Dos mil ducados te mando.

BERNAL. Y a Bernal, señor, ¿qué mandas?

D. JUAN. No mando de lo que es tuyo.

BERNAL. Con linda gracia te escapas.  
Si es mío yo te lo vuelvo:  
dame agora.

D. JUAN. Cuando vayas  
a España, con mil escudos  
quiero que salgas de Italia.  
Doy ciento a cada soldado,  
y doy cincuenta a la caja.

BERNAL. Todos te besan los pies.

D. JUAN. Fabio, aquella nueva extraña  
no quiero que pague el porte.

FABIO. Si tu pena imaginara,  
no hubiera sido tan necio.

D. JUAN. Toça, y a palacio marcha  
a besar la mano al Duque.

BERNAL. Con los diez mil no hay Otavia.

D. JUAN. Hay diez mil penas con ella,  
y más cuando vuelva a España.

### TERCERA JORNADA

(Salen DON JUAN y BERNAL, de camino, con hábito.)

D. JUAN. Por engañar quien me engaña  
voy, a lo que ves, dispuesto.

BERNAL. ; Quién pensara que tan presto  
diéramos la vuelta a España!

D. JUAN. ; Ah, España! ; Cuán de otra suer-  
pensé yo volver a ti! [te

BERNAL. ; Dulce España, para mí  
no hay mayor gloria que verte!

D. JUAN. Haz que no pase criado,  
Bernal, de aqueste lugar.

BERNAL. ; Luego no piensas entrar  
en Madrid acompañado?

D. JUAN. En traje pobre pretendo,  
sólo contigo, saber  
cómo me puede ofender  
quien ya con pensarlo ofendo.

(1) B: “de las armas y las plumas”.



Todo me pienso mudar,  
hasta quedar satisfecho,  
que aun el hábito del pecho  
no quiero a Madrid llevar.

Así disfrazado iré  
fingiendo que pobre estoy.

BERNAL. Ya lo saben desde hoy,  
que a todos se lo avisé.

D. JUAN. Nadie quiero que lo entienda.

BERNAL. El fingirte pobre ahora  
algo tu valor desdora.

D. JUAN. ¿Qué puede haber que me ofenda,  
si en queriendo declararme  
nadie lo puede estorbar?

BERNAL. Siento el volverme a quitar  
con lo que has querido honrarme;  
que aquel gusto de llegar  
de camino bien tratado  
y bizarro, el que ha faltado  
muchos días del lugar,

con su poquito de oro,  
su cadenita y sus plumas,  
señor mío, no presumas  
que es de pequeño decoro.

No hay hombre en toda una casa,  
no hay fregona, no hay mujer  
que no se huelgue de ver  
y de saber lo que pasa.

Mas si llega con pobreza,  
todas las verás huír,  
o salir a recibir  
con mucho enfado y tristeza.

¿Por qué piensas que en llamando  
algún pobre cuando pasa,  
los perros de aquella casa  
le están mordiendo y ladrando?

Porque el traje les incita  
en que le ven, presumiendo  
que lo que viene pidiendo  
de su sustento los quita.

Cuando llega un hombre honrado  
de camino, pobre y roto,  
causa este mismo alboroto,  
y no hay fregona o criado  
que no piense que ha venido  
a quitarles el sustento.

D. JUAN. Donde hay amor hay contento,  
bien vestido o mal vestido.

Por lo menos probaremos  
quién nos le tiene y quién no.  
Si ya la gente llegó,

esto ordena, y caminemos  
sin que entiendan mi partida.

BERNAL. Si pobre me vuelvo a ver  
pensaré que no he de ser  
otra vez rico en mi vida.

D. JUAN. ¡Hola!

CRiado. ¡Señor!

D. JUAN. Advertid  
lo que os dijere Bernal.

BERNAL. ¡Quién entrara, pesiatal,  
echando juncia en Madrid!

(*Vanse, y salen OTAVIA y DON FERNANDO.*)

OTAVIA. Cansada estoy, don Fernando,  
de ver vuestras dilaciones.

D. FERN. Señora, mis pretensiones  
mi gusto van dilatando.

OTAVIA. Si me dijéades (1) cuando  
tratasteis el casamiento  
la dilación de este intento,  
no os diera tanto lugar;  
que de la opinión vulgar  
temiera el atrevimiento.

No me dijo vuestra hermana  
sin causa la condición  
que tenéis.

D. FERN. Mi dilación  
tiene causa justa y llana.

OTAVIA. Traerme de hoy a mañana  
no es hecho de caballero.

D. FERN. Si desengañaros quiero,  
señora, ¿qué me daréis?

OTAVIA. ¿Desengaños proponéis  
cuando remedios espero?

Pierdo a don Pedro por vos,  
y agora salís, ingrato,  
a usar conmigo este trato?

D. FERN. Hanme dicho que los dos  
habláis secreto, y por Dios,  
que por mi honor me retiro.

OTAVIA. ¿Yo le hablo ni le miro  
desde que entrastes aquí?

D. FERN. Con este azar para mí,  
loco de celos suspiro.

Dejadme informar mejor:  
por dicha me han engañado.

OTAVIA. Hombre que antes de casado  
entra con ese temor,  
ni ha tenido honor, ni amor,

(1) A: "dexárades".

ni es bueno para marido.  
Vos debéis de haber fingido  
este engaño con intento  
de estorbar mi casamiento.  
D. FERN. Yo he dicho lo que he sentido;  
y así podréis disponer.  
Otavia, de vuestro gusto,  
que al alma veréis al justo,  
pero no para mujer.  
No podéis queja tener  
que una mano os he tocado,  
ni aun vuestros ojos mirado  
menos que con gran decoro.  
Así de un amigo adoro  
la ausencia que habéis causado.

Sin esto, he tenido miedo  
de que se queje don Juan,  
que siendo vuestro galán,  
temer sus acceros puedo.  
Libre quedáis, y yo quedo  
obligado a vuestro honor  
para ser su defensor.  
Ni quedáis vos ofendida,  
que yo sé que en vuestra vida  
tuvistes a nadie amor.

OTAVIA. ¿Hay tal crueldad? ¿Tal hazaña,  
tan vil, en un caballero?  
¿Qué pretendo ya? ¿Qué espero,  
si me ofende y desengaña?  
Resolución tan extraña  
más es que resolución  
desvergüenza con traición.  
Pero, ¿por qué me desvelo,  
si veo que quiere el cielo  
castigar mi presunción?

(Sale GINÉS.)

GINÉS. De un hombre soy estafeta,  
que apenas su nombre sé.  
vestido de no sé qué,  
que debió de ser bayeta.

Su poquito de criado  
trae el tal, menos o más,  
que a estar el amo detrás  
no se lo hubiera llamado.

Que vienen tales los dos,  
que fuera el mozo bastante,  
como viniera delante,  
a ser el amo, por Dios.

A vuesancé quiere hablar.

OTAVIA. Limosna debe de ser,

y guerráme entretener:  
es uso deste lugar,  
donde andan mil deste modo,  
que cuentan sus nacimientos,  
y después de dos mil cuentos  
viene a resolverse todo  
en que limosna les den,  
cansando para pedir  
lo que pudieran decir  
luego que pobres los ven.

Pues estoy muy propia ahora  
para que un pobre me cuente  
que fué de Adán descendiente.

GINÉS. ¿Despediréle, señora,  
si ahora tan triste os veis?

OTAVIA. Abrilde, que si es tan pobre  
podrá ser que mi honor cobre.

GINÉS. ¿Qué honor?

OTAVIA. Después lo sabréis.

(Sale DON JUAN, vestido de bayeta vieja, y BERNAL,  
peor.)

DON JUAN.

Puesto que de atrevido sea culpado  
quien siempre fué de vos aborrecido,  
merezca vuestros pies por desdichado  
cuando de vuestra dicha causa ha sido.  
Don Juan soy. ¿Qué miráis?

OTAVIA.

¿Cómo has entrado  
en mi casa, don Juan, tan atrevido?

DON JUAN.

La amistad me obligó de vuestro esposo,  
aunque menos amigo que dichoso.

OTAVIA.

¿Esposo yo? ¿Dónde has, don Juan, estado  
que te han dicho mi falso casamiento?

DON JUAN.

En Italia, señora, fuí soldado,  
con poca dicha y mucho atrevimiento.  
Sabed que don Fernando me ha contado  
lo que he temido, de que os doy contento  
el parabién.

OTAVIA.

Hoy es, don Juan, el día  
que me desengañó su alevosía.

DON JUAN.

¿Luego no estáis casada?

OTAVIA.

He presumido  
que fué desde el principio fingimiento,  
pues sólo don Fernando ha pretendido  
estorbar de don Pedro el casamiento.

DON JUAN.

(¡Cielos! Si don Fernando no ha tenido [*Alp.*]  
contra mi amor tan falso pensamiento,  
¿de qué me quejo yo?)

OTAVIA.

¿Qué estás dudando?

DON JUAN.

Lo que pudo mover a don Fernando.

OTAVIA.

¿Tú conócesle bien?

DON JUAN.

Poco, señora;  
pero, en fin, le conozco.

OTAVIA.

Pobre vienes.

DON JUAN.

Otros mayores bienes atesora  
el alma, porque son secretos bienes;  
para verte no más los dejo ahora.  
Pobre estoy.

OTAVIA.

Si tú quieres, aquí tienes,  
don Juan, dos ricas joyas de diamantes,  
que son para ocasiones semejantes.

Mátame un hombre, pues soldado eres.

DON JUAN.

Por interés no matan los soldados.

OTAVIA.

¿Qué no harán por vengarse las mujeres?

DON JUAN.

¿Y los hombres también necesitados?  
Yo soy noble y soy pobre; si tú quieres,  
presto te sacaré de esos cuidados  
sólo con ser mi esposa, aunque me mandes  
que le vaya a matar desde aquí a Flandes.

OTAVIA.

Don Juan, yo he conocido tu nobleza,  
pero tengo un humor desvanecido,  
que aborrecer me obliga la pobreza,  
ni es para este lugar pobre marido,

porque para dolerte la cabeza,  
páreceme discreto y bien nacido,  
y yo con toda la arrogancia mía  
profeso honor con alta valentía.

Si quieres los diamantes que te ofrezco,  
mátame a don Fernando, que quererte  
tan pobre como estás, no lo apetezco.

DON JUAN.

¡Gran mal es la pobreza!

OTAVIA.

Es triste suerte.

DON JUAN.

¿Por pobre, Otavia, en fin, no te merezco?  
Tienes razón, y de mi traje advierte  
que no me ha visto amigo que me hable.

OTAVIA.

Tal vienes, que es disculpa razonable.

DON JUAN.

Pasa de largo el que otra vez solía  
hablarme lisonjero, imaginando  
que mi necesidad le obligaría.

OTAVIA.

Yo estoy a los que culpas disculpando.  
¡Vete con Dios!

DON JUAN.

Permite, Otavia mía,  
que vuelva a verte.

OTAVIA.

¡Vuelve!

DON JUAN.

Dime cuándo.

OTAVIA.

Sea de noche, porque no te vean  
entrar tan pobre algunos que pasean.

(*Asc.*)

BERNAL.

¿Qué te parece?

DON JUAN.

¿Qué ha de parecerme?

BERNAL.

Mira qué es la pobreza.

DON JUAN.

¡Ejemplo extraño!  
Mas cuando fuera en mí tan verdadera,

con este buen suceso la sufriera.

BERNAL.

¿Pues cuál es buen suceso?

DON JUAN.

Haber fingido

don Fernando casarse con Otavia,  
por quitar a don Pedro el casamiento.

Vamos a verle, que el recebimiento  
dirá si su amistad es verdadera.

BERNAL.

Temo, señor, que ni aun hablarte quiera,  
viendo lo que hacen tus amigos todos,  
pues todos pasan de diversos modos  
sin quererte mirar, y el que te habla  
está temiendo que le pidas algo.  
Mas ¿qué me dices de la bella Otavia?

DON JUAN.

Cuando allí me apartó, darme quería  
dos joyas, porque diese a don Fernando  
la muerte; ¡ansí se atreve a la pobreza  
la venganza!

BERNAL.

Sin duda está corrida.

DON JUAN.

Desengañóme, al fin, de no quererme.

BERNAL.

Donde no hay interés, el amor duerme.

DON JUAN.

No me parece ya tan bella Otavia.

BERNAL.

Es como tienes ya tanto dinero.

DON JUAN.

Dices verdad.

BERNAL.

¡Sí, a fe de caballero!

(*Vanse, y salen DON FERNANDO y DOÑA ANA.*)

D. FERN. Ya queda desengañada.

ANA. No habiéndola de querer,  
no era bien hecho tener  
a una mujer engañada.

D. FERN. El no haberme respondido  
jamás don Juan de Acevedo,  
doña Ana, me ha puesto miedo.

ANA. Notable descuido ha sido.

D. FERN. Descuido no puede ser;

mayor desgracia imagino,  
pues con el Marqués no vino,  
que llegó a Madrid ayer  
con algunos capitanes  
y soldados de valor,  
que aumenta más mi temor.  
Todos pasean galanes,  
pero don Juan no parece.

ANA. ¿Temes que es muerto?

D. FERN. ¿Y no es justo?

ANA. No anticipes el disgusto  
que el temor al alma ofrece.

D. FERN. Si contra los dos navios  
de Argel viniendo se halló,  
ten por cierto que murió.

ANA. ¡Tened paciencia, ojos míos;  
tiempo os queda, si es verdad,  
para llorar y sentir!

(*Sale CELIA.*)

CELIA. ¿Cómo te podré decir  
tal nueva y tal novedad?

Don Juan está aquí, señor.

D. FERN. ¿Qué dices?

(*Salen DON JUAN y BERNAL.*)

D. JUAN. Dame tus brazos.

D. FERN. ¿Es don Juan? Con mil abrazos  
prendas de un eterno amor.

ANA. Dádmelos también a mí.

D. JUAN. Y con mil almas a vos.

D. FERN. ¿Qué traje es éste?

D. JUAN. Por Dios,  
que de vergüenza me vi  
determinado a no veros.

BERNAL. Dalde los pies a Bernal.

D. FERN. ¡Válate Dios!

BERNAL. Vengo tal,  
que no me llevo a ofenderos.

ANA. Bernal, ¿qué es esto?

BERNAL. La guerra;

porque veáis lo que pasa  
el que sale de su casa,  
sus amigos y su tierra.

D. FERN. ¿Soldado y lloras, Bernal?

BERNAL. No lloro, que lo fingí,  
que aunque venimos así  
debajo el sayal hay al.

CELIA. ¿Y cómo?

BERNAL. Pues no muy cómo.

CELIA. Si come, ¿cómo será?



BERNAL. También Bernal comerá,  
y después se sabrá cómo.

D. FERN. Pensé que en estos navíos  
de Argel, que embistió el Marqués,  
eras muerto.

D. JUAN. Y que me des  
para los sucesos míos  
atención te pido.

D. FERN. Di.

D. JUAN. Los de Italia no diré,  
por no cansarte.

D. FERN. Estaré  
como un mármol.

D. JUAN. Pasó así.

Llegamos a Barcelona  
con las galeras de Italia  
para socorrer a Ibiza,  
que así al Marqués se lo manda  
el Católico Filipo;  
y estando medio aprestadas  
con salvas de artillería,  
vuela por el mar la fama  
que dos navíos de Argel  
pierden el respeto a España.  
Parte en su busca el Marqués,  
y habiéndoles dado caza,  
bogando treinta y dos millas  
las turcas naves alcanza.  
Con toda la artillería  
les hizo una ilustre salva,  
y ellos, no menos corteses,  
la suya al Marqués disparan.  
Vístese de humo el viento,  
y las tronadoras balas  
hacen que el mar imagine  
que es tempestad en bonanza.  
Pero viendo el poco efecto,  
y que si de aquella calma  
refrescaba el viento, el turco  
volvería las espaldas,  
las galeras pone en orden,  
y desta suerte les habla:  
"¡Generosos españoles!  
Bien sé que la empresa es varia,  
que en dos tan altos navíos  
es desigual la ventaja,  
no siendo vosotros mismos  
los que hacéis tales hazañas,  
que las fáciles no son  
materia de vuestras armas.  
Embistamos valerosos,

que la fiera capitana  
de Argel es ésta; tomemos  
deste cosario venganza."  
Esto diciendo, la chusma  
anima, y hiriendo el agua  
a las puertas de las naves  
llaman las pintadas palas.  
Tras la capitana embiste  
con la *Patrona* gallarda  
don Gabriel de Chaves, honra  
de su apellido y su patria.  
Y don Francisco Mejía,  
con la galera *Santa Ana*,  
sangre del Bazán ilustre  
y del Marqués de la Guardia.  
Luego el capitán Jorquera  
la galera *Santa Bárbara*  
llena de rayos y truenos,  
no como suele abogada;  
y dándoles fuertemente  
tiros y mosquetes, carga  
de los valientes navíos  
recibieron otra tanta.  
Los turcos, desesperados,  
de manera peleaban  
que parece que ponían  
en duda nuestra esperanza;  
mas por la mura de proa,  
que halló desembarazada,  
de tal manera la embiste  
la galera capitana,  
que pudo subir la gente,  
y a españolas cuchilladas  
rindió la soberbia turca,  
que era la mejor del Asia.  
Querer pintar al Marqués  
con la rodela embrazada,  
la espada bañada en sangre  
y en honra ilustre la cara,  
es querer con pincel toso  
pintar la estrella bizarra,  
que tiene por rayos plumas  
y por resplandor las armas.  
Hallamos setenta muertos,  
que los cautivos no pasan  
de sesenta, aunque Levantes,  
que así los valientes llaman.  
Fueron a embestir el otro,  
y la pólvora faltaba.  
aunque el Duque de Alcalá  
hizo cuanto pudo en darla.

Con viento fresco el navio,  
hecho pedazos, se escapa,  
pero a pocos pasos pierde  
de salvarse la esperanza;  
porque haciendo un remolino,  
rotas las velas y jarcias,  
se fué a pique y vió la arena  
desde la quilla a la gavia.  
Sangrienta fué la victoria;  
pero ser victoria basta  
quitándole un monstruo a Argel,  
terror de Italia y de España.

D. FERN. Huelgo de haberos oído  
y mucho más de que estéis,  
don Juan, adonde seréis  
de aquesta casa servido.  
¿Venís pobre?

D. JUAN. En tanto extremo,  
que los que me han visto ya  
huyen de mí.

D. FERN. ¿Bien está!

D. JUAN. Salir por las calles tucó.

D. FERN. Yo tengo seis mil ducados;  
los tres serán para vos.

D. JUAN. ¿Mil años os guarde Dios;  
no es justo daros cuidados!

Yo me vuelvo a la montaña,  
no he querido más de veros.

D. FERN. Nunca pensé mereceros  
una ofensa tan extraña.

¡Hola! Llama al sastre luego.  
Saquen dos o tres vestidos  
a don Juan.

D. JUAN. (No son fingidos  
los abrazos donde llego.)

D. FERN. Apercebid luego un cuarto.  
Cuélguese de lo mejor  
de mi casa.

BERNAL. Y yo, señor,  
que vengo como el lagarto  
de San Ginés, ¿no tendré  
cualque ropilla y calzón?

D. FERN. Bernal, en esta ocasión  
padre de entrambos seré:  
hágante luego librea.

BERNAL. ¡Vivas más, pues es tan justo,  
que mujer propia a disgusto,  
y tanta tu vida sea,  
que te vuelvan a nacer  
dos o tres veces los dientes!

D. FERN. Entre tantos accidentes,

don Juan, me admiro de ver  
que no me hayáis preguntado  
por don Pedro y por Olavia.

D. JUAN. No fuera pregunta sabia  
después de haberos hallado.

De don Pedro ya sabia  
que de la herida sanó,  
que Fabio me lo contó  
cuando de Italia venía.

De Otavia no hay que saber;  
que tengo miedo advertid  
de una mujer de Madrid,  
aunque principal mujer.

Casada estará.

D. FERN. No está,  
que yo sé quién lo estorbó,  
si es que en aquesto os sirvió.

D. JUAN. ¿Que puedo quererla ya?

D. FERN. ¿Cómo no? Poncos galán,  
y pretended, que aquí estoy.

D. JUAN. Con vuestra licencia voy,  
que unos hidalgos están  
esperando en la posada,  
sólo a despedirme dellos;  
que haber venido con ellos  
es correspondencia honrada.

D. FERN. Id en buen hora y volved.

D. JUAN. (Qué bien mi engaño se entabla.)

(Vase.)

BERNAL. ¿Vuesa merced no me habla?

CELIA. ¿Qué manda vuesa merced?

BERNAL. Estoy roto, estoy perdido,  
y para amor desigual.

CELIA. Más vale roto Bernal  
que el hombre más bien vestido.  
En esta casa no reina  
el interés.

BERNAL. ¿Sea bendito  
el venturoso distrito  
donde el amor vive y reina!

(Vase.)

D. FERN. Id, hermana, a aderezar  
adonde don Juan esté.

ANA. Alabo que se le dé  
en nuestra casa lugar;  
pero casarle. ¿a qué efecto?  
¿Quieres que si sale mal  
te ponga la culpa?

D. FERN. Es tal

este mi amoroso afecto,  
que sólo por darle gusto  
no habrá cosa que no intente.  
Voy a sacar diligente  
sus vestidos.

ANA. Eso es justo,  
pero no casar a un hombre  
cuando él está descuidado.  
D. FERN. Mal sabes de amigo honrado  
a cuánto se extiende el nombre.

(*Íase.*)

ANA. Celia, ¿qué dices de mí?  
CELIA. Que viene a buena ocasión  
don Juan.

ANA. Para más pasión,  
pues no viene para mí.

CELIA. Declara tu pensamiento;  
sabe ser mujer, enreda,  
para que todo suceda  
prósperamente a tu intento.

Dile a don Juan la razón  
que tienes de estar quejosa,  
pues ya, señora, no hay cosa  
que estorbe tu pretensión.

Porque este que te pasea,  
este don Pedro, está loco;  
aunque estime a Otavia en poco,  
ya sé que a Otavia desea.

ANA. Celia, yo me determino  
a declararme con él,  
que no ha de ser tan cruel  
la fuerza de mi destino.

Diréle mi voluntad,  
que un hombre dentro en mi casa  
mucho hará si no traspasa  
las leyes del amistad.

(*Íanse, y salen DON PEDRO y OTAVIA.*)

DON PEDRO.

Estoy maravillado  
que me llames a mí. ¿Yo papel tuyo?

OTAVIA.

Dicenme que has tratado  
casarte con doña Ana, de qué arguyo  
que nunca me has tenido  
aquel amor a mi lealtad debido.

DON PEDRO.

¿Tú lealtad? ¿Estás loca?  
¿Lealtad sabes tener, ni amor, Otavia?

OTAVIA.

Si el desprecio provoca  
a la más cuerda, más leal y sabia,  
bien lo dirá mi ruego.  
pues a quererte despreciada llevo.

DON PEDRO.

¿No estabas ya casada  
con don Fernando?

OTAVIA.

Así pensé que fuera;  
pero fui desdichada  
para la dicha que por ti me espera,  
pues hoy quieren los cielos  
que me deje Fernando por tus celos.  
Si tú con las plumitas  
y la capa con oro rebozado  
mi marido me quitas,  
¿a qué deuda me quedas obligado?

DON PEDRO.

Otro galán sería;  
que yo quiero otra dama, Otavia mía.

OTAVIA.

¿Qué dices? Que no creo  
que sabes quien soy yo.

DON PEDRO.

Mas tú no sabes  
lo que adoro y deseo,  
y lo que pueden unos ojos graves:  
que los que a todos miran  
a los que obligan más menos admiran.

(*Íase.*)

OTAVIA.

Quien por la sombra la verdad desprecia,  
y a la espuma del mar la mano ofrece:  
quien por mirar al sol se desvanece  
y entre galanes quiere ser Lucrecia;  
quien la ambición y la arrogancia precia,  
sabiendo que la luna mengua y crece,  
mayor castigo con razón merece,  
pues quiso loca y la dejaron necia.

Yo desprecie de lo que hoy contenta  
a quien agora a mí me ha despreciado,  
porque del bien perdido me arrepienta.

Que en la mujer para tomar estado  
también es la mejor la primer venta,  
si no ha de hallar después lo que ha dejado.

(Sale GINÉS.)

GINÉS. Señora, ¿con qué palabras  
podré decirte un suceso  
tan extraño?

OTAVIA. ¿Qué hay? Decid.

GINÉS. Aquel don Juan de Acevedo  
sin duda es encantador:  
¿no le has visto a lo escudero  
dando conceptos al alma  
y rota bayeta al cuerpo?  
Pues a la puerta ha llegado  
con un hábito en los pechos,  
dos lacayos, ocho pajes,  
un overo, cabos negros.  
Probar quiso a vuesañecé,  
porque dice que un su dendo  
le dejó diez mil de renta  
por más forzoso heredero;  
y aun un título en Italia,  
y que servicios que ha hecho  
al Rey y al Duque de Osuna  
le han dado el lagarto en premio.  
¿Subirá?

OTAVIA. ¿Qué me decís?

GINÉS. Que lo he visto y no lo creo.

OTAVIA. Suba presto.

GINÉS. El viene ya.

(Entren DON JUAN, muy galán, con hábito de Santiago, y BERNAL, galán, con plumas y cadenas.)

D. JUAN. Así engaña el pensamiento  
de quien ama firme ausente,  
donde no está satisfecho;  
así se prueba el amor  
donde hay agradecimiento.  
¡Tales son los desengaños!

OTAVIA. Pues, señor don Juan, ¿qué es esto?

D. JUAN. ¿No os dije yo muchas veces  
de mi noble nacimiento  
todas estas esperanzas?

OTAVIA. Que me arrepiento confieso  
de no haberos estimado.  
¡Qué lindo sois, qué bien hecho!  
El no reparar en vos  
fué causa de no quereros,  
aunque, si os digo verdad,  
más fueron malos consejos:  
que yo siempre os he querido  
para mi señor y dueño,  
pero por veros tan pobre  
se detuvo mi deseo.

D. JUAN. ¡Qué bien os está la cruz!  
Por el crédito que pierdo,  
después que me vi tan roto,  
me puse a queste remiendo.

OTAVIA. ¡Jesús, qué galán estáis!  
¿Quién es ese caballero  
que viene con vos? No sé  
dónde le he visto.

BERNAL. Aquí dentro;  
don Bernal Hernández soy,  
y aunque sin hábito vengo,  
basta que a mi padre oí  
jurar por el de San Pedro.

OTAVIA. ¡Válate Dios, por Bernal!  
¡Dame los brazos!

BERNAL. Bien puedo.  
que ya no os podré manchar  
como es el vestido nuevo.

GINÉS. ¿Qué galán venís, Bernal!

BERNAL. ¿Tenéis ya muchos dineros?

GINÉS. No faltan, gracias 'a Dios.

GINÉS. ¿Y queréis prestarme dellos?

BERNAL. ¡Setentón, no me da gusto!

OTAVIA. ¡Ay, mi don Juan de los cielos!  
¡Quién te tuviera obligado!  
¡Quién de su amor satisfecho!  
¡Quién dado todas sus joyas!  
¡Quién su casa en tiempo adverso!  
Ya, ¿quién duda que el estado  
te ha mudado el pensamiento?  
Ya no me tendrás amor.

D. JUAN. Porque veas el que tengo,  
y que el amor cuando es firme,  
no sabe vengarse, hoy quiero  
que nos casemos los dos.

OTAVIA. ¿Qué dices, don Juan?

D. JUAN. Que vengo  
incitado de mi amor  
y olvidado de mis celos.  
Mas con una condición,  
que de otra suerte no puedo.

OTAVIA. No hay imposible en el mundo  
que lo pueda ser, si vengo  
a merecer ser tu esclava.

D. JUAN. Sabiendo que era mi deudo  
hoy don Fernando Manuel  
di lugar a su deseo  
y me aposenté en su casa:  
por mis celos, y por esto  
quiero desposarme allí.  
Ponte gallarda y tratemos



en su casa aquesta noche,  
 Otavia, nuestros conciertos.  
 OTAVIA. Eso me viene tan bien,  
 que me parto desde luego.  
 D. JUAN. Lleva tus deudos.  
 OTAVIA. Sí haré.  
 D. JUAN. Pues parte y guárdete el cielo.  
 OTAVIA. Voy al punto. ¡Adiós, mi bien!

(*Íase.*)

BERNAL. Pues, señor, ¿qué dices desto?  
 D. JUAN. Que aquesta es la diferencia,  
 como lo muestra mi ejemplo  
 de tener o no tener.  
 Sígueme, que voy dispuesto  
 a intentar dos desatinos.  
 BERNAL. ¿De qué suerte?  
 D. JUAN. Estame atento  
 y sabrás por el camino  
 qué es honra en hombre discreto.

(*Íanse.*)

(*Salen DON FERNANDO y su hermana DOÑA ANA.*)

DON FERNANDO.

Esto me cuentan muchos que lo han visto.

ANA.

¿Don Juan tan rico? No me satisfago  
 sin verlo con mis ojos. Mal resisto  
 por diligencias que con ellos hago.

DON FERNANDO.

Si es hombre de algún crédito Doristo,  
 él dice que el lagarto de Santiago  
 le cruza el pecho, y que galán pasca  
 con pajes y lacayos de librea.

ANA.

¿En qué calle le vió?

DON FERNANDO.

Por la de Otavia.

ANA.

Ya me pesa de verle en este estado.

DON FERNANDO.

Porque siendo mujer tan noble y sabia,  
 que le parece bien he sospechado.

ANA.

Mucho don Juan su pensamiento agravia,  
 con presunción de caballero honrado.

DON FERNANDO.

¡Qué poca inclinación a Otavia muestras!

ANA.

No se conforman las estrellas nuestras.

(*Salen DON JUAN y BERNAL.*)

D. JUAN. Aquí está.

BERNAL. Llego contento.

D. JUAN. Dadme, Fernando, los brazos.

D. FERN. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Con nuevos lazos  
 de amor y agradecimiento.

D. FERN. En parte el miraros siento  
 en estado, aunque os ofenda,  
 que nuestra amistad defienda,  
 pues no siendo pobre ya,  
 perdida la causa está  
 de serviros con mi hacienda.

Yo perdí grande ocasión  
 de mostrar mi voluntad:  
 si fué probar mi amistad,  
 no me deis satisfacción.  
 Pero estas quejas no son

parte a negaros que os den  
 mis brazos el parabién,  
 si bien mi amistad es tal,  
 que me ha sucedido mal  
 por veros en tanto bien.

D. JUAN. Don Fernando, están mis cosas  
 en el estado que veis,  
 y la causa que tenéis  
 de esas quejas amorosas.  
 No son pruebas sospechosas  
 las que de vuestra verdad  
 pudo tener mi amistad  
 en tantas obligaciones,  
 sino fuertes ocasiones  
 de mi necia voluntad.

Cuando en Italia me vi  
 rico, dije suspirando:  
 Si fuera pobre Fernando,  
 ¡qué amigo tuviera en mí!  
 Luego a serviros parti,  
 y partir entre los dos  
 la hacienda que quiso Dios  
 darme, porque no tuviera  
 intento, si no viniera  
 para gozarlo con vos.

Y así la vuestra y la mía  
 una son, y con razón,

pues tengo satisfacción  
del amor que os merecía.  
En pobre traje venía  
sólo a inquirir, sólo a ver,  
y he venido a conocer  
que en el mundo y su opinión  
ya no hay más estimación  
que tener o no tener.

ANA. Bien os habéis disculpado  
con mi hermano, no conmigo.

D. JUAN. Dadme, señora, el castigo  
de todo el yerro pasado.

(Sale CELIA.)

CELIA. De un coche se han apeado  
Otavia y dos caballeros.

ANA. ¿Pues Otavia viene a veros?

D. JUAN. Tened paciencia, por Dios,  
porque tenemos los dos  
que tratar sin ofenderos.

(Salen todos, y OTAVIA, muy bizarra.)

OTAVIA. Ya nos están esperando.

D. PEDRO. Pues te casas y me dejas,  
ruégale, Otavia, a don Juan  
que con Fernando interceda  
para que me dé a su hermana.

OTAVIA. Yo lo haré cuando me vea  
dueño de su voluntad.  
¿Qué suspensión es aquesta?

LEONARDO. No salen a recibirte.

OTAVIA. ¿Cómo? ¿Doña Ana suspensa?  
¿Triste don Juan? ¿Don Fernando  
puesta la vista en la tierra?  
¿Bernal mirando las nubes  
y melancólica Celia?  
¿Qué es esto, señor don Juan?

D. JUAN. Muy enhorabuena vengan,  
señores, a ser testigos.

OTAVIA. Eso sí, que estaba muerta.

D. PEDRO. Don Juan, no son las heridas  
de las honradas pendencias  
para más que mientras duran;  
vuestra venida me alegra,  
y más vuestro casamiento.

Dadme los brazos.

D. JUAN. Quisiera  
tener mil almas que dades  
por tan honrada nobleza,  
que dais envidia a la mía,  
pues hoy la vence la vuestra.  
Y con tan buenos testigos,  
sabed, que doña Ana bella  
es mi mujer, si Fernando  
permite que yo le deba  
esta amistad entre tantas,  
porque Otavia, si se acuerda,  
no ha estimado mi persona,  
y viene a estimar mi hacienda.

D. FERN. Yo por mi parte, don Juan,  
os la doy.

OTAVIA. ¿Qué traza es esta  
de engañar tan bajamente  
a una mujer de mis prendas?

ANA. ¿Quedo, Otavia! Que las mías  
sólo es justo que merezcan  
las de don Juan.

OTAVIA. Pues, Fernando,  
¿así en tu casa me dejas?  
Cúmpleme tú la palabra.

D. FERN. Mejor don Pedro pudiera,  
que primero te la dió.

D. PEDRO. ¿Cómo queréis que yo pueda  
serlo entre tantos maridos  
y que todos vivos quedan?

D. FERN. Quien todo lo quiere, Otavia,  
bien es que todo lo pierda.

OTAVIA. ¡Sois hombres!

D. FERN. Tú respondiste  
cuerdamente: eres discreta.

GINÉS. Bernal, ¿casaisos también,  
hoy que a mi ama la dejan?

BERNAL. Mas pensé que eran badanas:  
¿no veis que es mi esposa Celia?

OTAVIA. ¿Qué castigo a mi locura!

D. JUAN. Aquí acaba la comedia  
escrita para servirlos.  
Perdonad las faltas nuestras.

FIN

COMEDIA FAMOSA  
DE LA  
RESISTENCIA HONRADA Y CONDESA MATILDE  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO <sup>(1)</sup>

MADAMA FLORIS.

ENRIQUE.

RUPERTO.

CLARINO.

LUIS, *rey de Francia.*

CONDE GESUALDO.

ARDENIO (3).

CLARINO (2).

MATILDE, *condesa.*

BORBÓN, *almirante.*

DON DIONÍS.

DON TIBALTE.

VALDOVINO.

*Dos EMBAJADORES.*

ROSELA.

[LAUJINO.]

[VALGRIS.]

[SEVERINO.]

[VIEJO.]

[SOLDADO.]

[DUQUE.]

JORNADA PRIMERA

(Sale MADAMA FLORIS y RUPERTO, rompiendo un papel.)

RUPERTO. ¡No la rasgues!

FLORIS. Ya está hecho,

y, ¡vive Dios!, que quisiera  
que el papel que has visto fuera...

RUPERTO. ¡Tente!

FLORIS. Del príncipe el pecho,

RUPERTO. (4) ¡Oh, qué celosa locura!

Déjame, pues juntaré  
los pedazos.

FLORIS. ¿Para qué?

RUPERTO. Para darle sepultura.

FLORIS. No los juntes, que es hacer

su culpa más conocida;  
que una necedad rompida,  
juntarla es volverla a hacer.

Deja un poco al aire holgarse;  
pues ya está el papel rotpido,  
será reino dividido  
y no podrá conservarse.

RUPERTO. ¿Qué te dijo?

FLORIS. Que venía

la Condesa de Belflor,  
cuya hermosura y valor  
fama en el mundo tenía

de más rara y milagrosa,  
aquí a casarse a París,  
cuya boda en San Dionís  
había de ser famosa:

que le diese las colores  
que se había de vestir,  
porque quería salir  
muy galán de mis favores;  
y que de las que le diese  
un vestido me enviaria,  
para que yo el mismo día  
de sus colores saliese.

¡Lindo, a fe, gran cortesano!

¿La dama de más primor,  
la Condesa de Belflor,  
de su letra y en mi mano?

¿Y luego querer salir  
a su boda, muy galán?

RUPERTO. Cosas enojo te dan  
que harán a un muerto reír.

FLORIS. Bien se ve que muerto estás,  
porque los necios lo son;  
que un cuerdo, en esta ocasión,  
no se reirá (1) jamás.

RUPERTO. Argumentos persuades  
con muy contrarios efetos,

(1) A: Parte II, Madrid. 1610.—B: Parte II, Barcelona, 1611.

(2) A: "Ardiuio".

(3) A: "Caurino".

(4) Falta en A la indicación de la persona que habla.

(1) Sic. ¿sería "riyera"?

porque es muy de los discretos reirse de necesidades.

Porque como un mal pintor no ríe de su pintura, porque como es propia hechura, la tiene aquel propio amor,

así un necio no se ríe de la necedad que hace, que si es hijo el que le nace, quiere también que se críe.

FLORIS. No estoy para argumentar. ¡Déjame aquí, majadero!

RUPERTO. Responde.

FLORIS. Tampoco quiero. Di lo que has visto pasar.

RUPERTO. Mataráme, ¡vive Dios!, si esa respuesta le llevo.

FLORIS. Pues venga otro paje nuevo y terná que matar dos.

RUPERTO. ¡Brava estás de pensamientos! Vóime, y aún será forzoso; que concertar a un celoso es juntar los elementos.

FLORIS.

Aunque conozco la bajeza mía, Delfín de Francia, y tu grandeza veo, y es tanta la distancia, que no creo que hay más de donde nace al fin del día.

Amor, si mi humildad y cortesía de manera despeña mi deseo, que ni alma tengo, ni corazón poseo (*sic*), pues sólo vive en mí mi fantasía,

quien sabe que es celoso pensamiento, disculparáme que parezca ingrata (1); quien no, mis males llamará fingidos.

Celos son el primero movimiento, que como aquél los celos arrebató, así aquéste se lleva los sentidos.

(Entra ENRIQUE.) (2)

ENRIQUE. Es tu término de suerte, que sin poder remediallo, dejo a tu puerta el caballo y de día vengo a verte.

¿Quién duda que ya estarán satisfechas tus locuras?

FLORIS. ¿Pues no, si salir procuras a estas fiestas galán?

Sal, pues, que yo en eso iundo el enojo de mi empresa, que en verdad que la Condesa es la más bella del mundo.

¿Pues a mi papel así?

¿A mi tanta libertad?

Yo me iré de la ciudad, vete a las fiestas sin mí.

Yo tengo culpa, en efeto, que en gozando una mujer, allí le viene a perder (1) el hombre todo el respeto.

Mas luego mi fe te empeño, que es como ropa traída, que a dos días de vestida, nunca más la dobla el dueño.

Vaya luego Vuestra Alteza y vistase muy galán, pues tal ocasión le dan las prendas de esa belleza.

Que yo allá en mi pobre granja pienso estarme estos dos días y hacer de unas viñas mías abrir aliende una zanja.

Seré en tanto, en mi dehesa, villana con un gañán (2), que es Vuestra Alteza galán de la señora Condesa.

Que allá podrá, en mis terrones, escribirme con cualquiera, que calza saco y que cuera, que plumas y que botones.

Y con esto, Vuestra Alteza vea si manda otra cosa.

ENRIQUE. ¡Qué pensión tan rigurosa del censo de la belleza!

Vuelve, ingrata, que a no estar tan satisfecha de mí, ni me trataras así, ni amor te diera lugar.

Como me has visto en la liga vaste despacio a cogerme; que sabes que has de tenerme seguro, si amor me liga.

¿Agora, Floris, te vas a tu granja con tu hacienda? Luego en tener esta prenda, no va más, ni importa más.

Ahora tratas de vella,

(1) B: "Disculparme que no parezca ingrata".

(2) Falta en A esta acotación.

(1) A: "allí se viene a perder".

(2) A: "galán".



porque trato de la Corte;  
no hay cosa que el amor corte  
que celos sepa cosella.

Si son ciertos, no lo sé;  
pero son tan ciertos tiros,  
que me cuestan mil suspiros  
hasta empuñarte la fe.

¿Yo bodas, mi bien, sin ti?  
¿Yo escribí por ofenderte?

FLORIS. ¿Luego escribir de esa suerte,  
no es hacer burla de mí?

ENRIQUE. Si mi padre dendo tiene  
con el Conde, y en su casa,  
por honrarle más, le casa,  
y esta noche el Conde viene,  
¿qué ofensa te puede hacer  
en pedirte una color,  
para servirte mejor?

FLORIS. No lo quieres entender.

Eso de que la Condesa  
es la más bella del mundo,  
es en que mi enojo fundo.

ENRIQUE. De haberlo escrito me pesa.

FLORIS. Si no quiere un oficial  
que digan que otro es mejor,  
un platero, un escultor,  
o algún arte liberal;

si cuando lee el papel,  
se corre el más vil poeta,  
que alguien diga y se entremeta  
que otro escribe mejor que él;

bien sabes que la atropella  
el que dice a una mujer  
que acaba entonces de ver  
la mujer más linda y bella.

Estoy con los perros bien,  
que en extremo son celosos,  
si sus dueños amorosos  
lo están en otros también.

Yo soy temeraria en esto;  
quien me ha de querer a mí,  
aun no ha de quererse a sí,  
porque aún tengo celos desto.

Y aquesta es resolución;  
Vuestra Alteza se ha de ir  
de París y no asistir  
a verse en otra ocasión,

o yo me iré donde apenas  
tengan nuevas de mi nombre.

ENRIQUE. ¿Desventurado del hombre  
que os está oyendo, sirenas!

Si en esto resuelta estás,  
luego de París saldré,  
aunque mi padre yo sé  
que no me ha de hablar jamás.

Y porque entiendas que entiendo  
qué es amor y qué es disgusto,  
no volveré sin tu gusto,  
pues con mi gusto te ofendo.

Parte, Ruperto, y al punto  
haz que me tenga Clarino  
aderezo de camino  
y lo necesario junto;

que a los bosques partiré.

RUPERTO. ¿Que no ves las fiestas?

ENRIQUE. No.

FLORIS. Agora conozco yo  
que es verdadera tu fe.

ENRIQUE. ¿Hay más en qué te servir?  
¡Habla!, que lo haré también.

FLORIS. No, mis dulces ojos, ven,  
que quiero verte partir.

(*Vanse, y sale el REY LUIS, y el ALMIRANTE y dos  
EMBAJADORES ingleses.*)

EMBAJADOR. (1)

En esto el Rey se cansa; yo he venido  
desde allá disculpado con el cargo  
porque el embajador nunca lo ha sido.

LUIS.

No me pone Eduardo justo cargo,  
ni procura la paz de nuestra tierra,  
que es su disgusto y nuestro cuento largo.

EMBAJADOR.

Si no te agrada, rómpase la guerra,  
pues que ya de la tuya y tu corona  
la paz por tantos años se destierra.

LUIS.

Yo estimaba su gracia y su persona;  
pero también, milor, es cosa fuerte  
que quiera el Rey quedarse con Bayona.

Que me la vuelva, Embajador, advierte:  
donde no, Inglaterra, no lo dudes,  
verá otra vez a César.

EMBAJADOR 2.º

Verná a verte.

Mas cuando de propósito no dudes,  
serás, como fué César, resistido.

(1) Texto: "REY LUIS".

si no es que con mayor ventura acudes.

Eduardo, mi rey, está ofendido;  
Bayona, con presidio y bien guardada;  
y yo, señor, mi comisión cumplido.

LUIS.

Parte, que por la cruz de aquesta espada,  
que yo cobre a Bayona antes que venga  
por encero otra vez la escarcha helada.

Que aunque esta barba tanta nieve tenga,  
tengo de fuego el corazón bizarro.

EMBAJADOR. 1.º

¡El cielo te prospere y te mantenga!

LUIS.

¿Qué te parece del inglés desgarro.  
buen monsieur de Borbón? (1).

ALMIRANTE.

¡Que esto dijera  
de su Bayona el español navarro!

La sangre ¡por tu vida! se me altera  
cuando veo que en Francia los ingleses  
blasonan del arnés de esta manera.

LUIS.

Junta de acero tus lúcidos arneses,  
Borbón, en tanto que el inglés (2) blasona,  
y pon en campo armado mis franceses,  
que yo sabré si es suya o no Bayona.  
Y esto, apenas las bodas sean pasadas,  
cuando pueden saber que se pregona.

ALMIRANTE.

Dejando aquí las armas enojadas,  
¿qué honras piensas prevenir al Conde,  
que están las nuevas sangres alteradas?

LUIS.

Lo que con ser mi deudo corresponde  
y las que hiciera, si al Delfin casara:  
esto a los mozos título responde.

Y tú, porque yo estoy cansado, ampara  
al Conde, con salir en nombre mío  
a recebille, y este amor declara.

Que por cierta locura y desvarío  
no hablo a Enrique agora, que me causa  
verle tan arrogante de su brío.

ALMIRANTE.

Déjame el cargo; olvídate y descansa.  
que yo pondré en ejecución tu gusto.

LUIS.

Querría ver si en mi desgracia atausa,  
que aunque es mi luz, Borbón, me da disgusto.

(*Salen el Conde GESUALDO, con ~~al~~ de camino, DON  
DIONÍS, DON TIBALTE, VALDOVINO; por otra parte  
la CONDESA MATILDE.*)

GESUALDO. Sea Vuestra Señoría  
mil veces enhorabuena,  
bien venida en este día,  
que es, como fin de mi pena,  
principio de mi alegría.

MATILDE. Otras tantas lo seáis vos,  
y si juntarnos los dos  
tanta norabuena tiene,  
¿quién duda que es porque viene  
de la voluntad de Dios?

GESUALDO. Sin El no hay cosa en la tierra  
que pueda tener valor.  
quien piensa que acierta, yerra;  
así tiene paz amor.  
porque de otra suerte es guerra.

No quisiera aquí dejaros;  
pero quieren abrazaros  
mis primos, y también veros  
todos estos caballeros  
que vienen a acompañaros.

(*Abrázanla.*)

¡Lleguen Vuestras Señorías!  
¿Hay hombre más venturoso?  
¡Oh, bien esperados días,  
fin alegre, fin dichoso  
de las esperanzas mías!

Bien puede un hombre tener  
de renta un millón o dos,  
por herencia o por saber:  
pero la buena mujer  
viene de mano de Dios.

Así me ha venido a mí,  
para mi gloria, Matilde,  
de que siempre indigno fui:  
discreta, hermosa y humilde,  
que estas gracias tiene en sí.

DIONÍS. Yo, mi señora, estoy bueno,  
y que pues vos lo venís,  
estoy de mil bienes lleno.

GESUALDO. Es mi primo don Dionís,  
de lisonjas siempre ajeno.

Créale vuestra señoría  
cuanto diga en su alabanza,  
que es mi sangre.

(1) B: "Barbón".

(2) A: "ingleses".

MATILDE. Y hoy en día,  
por lo que de vos alcanza,  
le doy lugar en la mía.  
A los demás caballeros  
vos podréis satisfacer.

TIBALTE. Y vos podréis responder  
que vos sola podéis ser  
quien puede satisfaceros.

VALDOV. Yo digo que si dichoso  
hay algún hombre en el suelo,  
es el Conde vuestro esposo.

GESUALDO. Tenéis razón, porque el cielo  
me ha dado un bien prodigioso.

TIBALTE. El Almirante está aquí.

(*Entra el ALMIRANTE.*)

ALMIR. ¿Piensan vuestras señorías  
hacer su entrada sin mí?

GESUALDO. ¿Tantas honras?

ALMIR. Eran mías,  
y así a buscarlas salí.  
Y, fuera de ser mi gusto,  
me manda el Rey en su nombre  
visitaros; que el disgusto  
de la edad, que acaba al hombre,  
le impide lo que es tan justo.  
Dice que él aquí viniera  
si con salud se sintiera;  
mas por mí os pide perdón.

GESUALDO. Señor mosiur de Borbón,  
¿vos me habláis de esa manera?  
Su hechura soy; tú mereces,  
Matilde, por justa ley  
los favores que hoy me ofreces.

MATILDE. Yo beso los pies del rey  
y vuestras manos mil veces.

GESUALDO. Dádselas al Almirante,  
y pasemos adelante.

ALMIR. Yo las tomo y las adoro.  
¿Qué os parece?

DIONÍS. Que en tal oro  
se engasta bien tal diamante.

(*Entra ENRIQUE, RUPERTO y CLARINO.*)

ENRIQUE. Quitá, ¡pese a mi linaje!,  
esas espuelas, Clarino.

RUPERTO. ¿Qué? ¿Se volvió del camino?

ENRIQUE. ¿Es Ruperto? Llama un paje.

RUPERTO. Bien bastaremos los dos,  
si has llegado de secreto;  
mas di, señor, ¿a qué efeto

te vuelves?

ENRIQUE. ¡Bueno, por Dios!

Entendí, Ruperto amigo,  
que aquel mandarme partir  
era un celoso fingir  
para burlarse conmigo.

Y que al pasar por sus rejas  
algún ángel semejante  
se me pusiera delante,  
a la espada de sus quejas,  
que me mandara volver  
de esta mi grande obediencia;  
pero supo su paciencia  
más que mi posta correr.

Dejóme y salí, en efeto,  
de París; pero a la noche  
apenas su negro coche  
sacó el silencio quieto,  
apenas vi sus caballos  
vertiendo espumas de olvido,  
con perezoso ruido  
al torpe sueño sacallos,  
apenas luna miré,  
apenas estrellas vi,  
cuando a la tienda volví  
y en palacio puse el pie.

Parte y mira si han llegado  
los novios.

RUPERTO. Bien, a fe mía,  
por discreto te tenía;  
pero aquí lo has confirmado.

Mas guárdate, no lo entienda  
madama Floris.

ENRIQUE. No hará;  
que recogida estará,  
como sabes, en su hacienda.

RUPERTO. Yo voy.

ENRIQUE. Tú, Clarino, en tanto,  
dame una capa y sombrero.

CLARINO. ¿De gala?

ENRIQUE. Oro y plumas quiero.  
¡Oh, noche! ¡Oh, silencio santo!  
¡Bueno es que deje de ver  
la fiesta, aunque sea embozado!  
que no he de estar tan atado  
al gusto de una mujer.

Salte el cordero en el sembrado verde  
que le veda el pastor; lo que le priva  
el médico al enfermo, porque viva,  
eso apetece, aunque la vida pierda.

Al animal atado el perro muerde;

la presa el agua con furor derriba;  
rompe la condición del padre esquivo  
el hijo, aunque el castigo se le acuerde.

Desobedece a veces el vasallo  
al señor, si le aprieta; y los recelos  
más de ordinario a las mujeres ciegan;

des hace el freno el rígido caballo;  
amor la privación, y así los celos  
suelen ir a buscar lo que les niegas.

(Sale CLARINO, con capa y sombrero.)

CLARINO. Aquí tienes el sombrero  
y capa.

ENRIQUE. Muéstrala, pues  
desigual voy de los pies;  
mas disfrazarme no quiero.  
Que es tarde, y para disfraz  
lo desigual es mejor.  
¡Ah, celos, guerra de amor!  
¡Oh, amor, de los celos paz!

(Sale RUPERTO solo.)

RUPERTO. Llega, si por dicha quieres  
ver la del cielo en la tierra,  
serenísimo Delfin,  
del gran palacio a las puertas.  
Verás que en aqueste punto  
Madama Matilde llega  
con el conde Iesualdo,  
honra de la Lis francesa.  
El como un sol, que entre todos  
sus rayos morados muestra,  
y ella como blanca luna  
en la noche más serena.  
La confusión de los coches  
apenas mirarlos dejan,  
y la nobleza de Francia,  
que todos vienen con ella.  
Galán, mosiur de Borbón.  
la sube por la escalera  
de la blanca mano asida,  
que otra tanta nieve aprieta.  
Conocé a Tibalte Adonis,  
a Roger de la Rochela,  
a su primo don Dionís,  
que iba a su mano derecha.  
A la lumbre de las hachas  
se escondieron las estrellas,  
o porque vieron los ojos  
de la divina Condesa.  
La noche parece día;

unos salen, otros entran,  
unos preguntan por él,  
otros preguntan por ella;  
cuál dice que se empleara  
mucho mejor en su Alteza,  
que siendo Delfin, el vulgo  
quiere igualarte con ella.  
Yo te digo que si el cielo  
y la gran naturaleza,  
que es su instrumento divino  
y de sus obras maestra,  
han hecho en mortaja de ángel  
alguna mortal belleza,  
es la condesa Matilde.

ENRIQUE. ¡Válame Dios! ¿Que es tan bella?

RUPERTO. ¡Oh, Enrico, honor y esperanza  
del mundo! Hablando de veras,  
Floris es cosa de burlas.

ENRIQUE. ¡Oh, maldiga Dios tu lengua!  
¿Qué tiene el cielo criado,  
fuera de él mismo, que sea  
para comparar con Floris?

RUPERTO. Si es tan bella, obedecella,  
y volvamos a los bosques  
hasta que a Belflor se vuelva  
el Conde con su mujer.

ENRIQUE. Primero veré la fiesta.  
Ve adelante, que el amor  
no recibe en esto ofensa.

RUPERTO. ¿Pues qué es aquesto que haces?

ENRIQUE. Furia de mi sangre nueva.

(Vanse.)

(Salen el REY LUIS, la CONDESA MATILDE, el CONDE GESUALDO, el ALMIRANTE BORBÓN, TIBALTE, DIONÍS, VALDOVINO.)

LUIS. Tomad vos esta almohada  
y el Conde tome esta silla.

MATILDE. Tu favor me maravilla,  
por tu hechura soy honrada.

GESUALDO. Vuestra Majestad me mande  
estar en pie.

LUIS. Ya es forzoso,  
que con las leyes de esposo  
se juntan las de ser grande.

Aquí hablaremos los tres.

MATILDE. A mí me estará mejor  
recebir este favor,  
pues me siento a vuestros pies.

Mas menos humilde soy  
que los pies en que lo fundo,



pues tiene debajo el mundo,  
diré que sobre él estoy.

LUIS. Estaréis con más razón,  
como del mundo corona,  
porque la honesta matrona  
es corona del varón;  
y estad segura de mí,  
que rindiera a vuestra frente  
la mía, si todo Oriente,  
si el mundo encerrara en mí.

MATILDE. El se os rinda como Francia.

LUIS. ¿Qué es, Conde, lo que escucháis?

GESUALDO. Que los requiebros me hurtáis  
por escuchar mi inocencia (*sic*).  
Que un gran señor como vos  
fuera más galán padrino  
con ese ingenio divino  
que os dió por milagro Dios.  
Mas es a razón igual,  
y en cortesía también,  
oír a quien habla bien  
que hablar a quien oiga mal.

LUIS. Los viejos de esto servimos;  
somos galanes de lengua  
con que doramos la mengua  
que de la edad recibimos.  
Los mozos, los cortesanos  
a veces hablan de ocio,  
mas remiten su negocio  
a la práctica de manos.

ALMIR. No será mala la fiesta,  
que es a la usanza de España.

DIONÍS. Si de luces se acompaña  
bien va de galas compuesta.  
Dadme a mí lo blanco y verde,  
por vida del rey.

ALMIR. Tomaldo,  
aunque el conde Gesualdo  
nunca esas colores pierde.

DIONÍS. Verde ya es cosa sabida  
cuán mal al Conde le alcanza,  
que es baldía la esperanza  
en quien la tiene cumplida;  
Pues blanco, por castidad,  
es en boda impertinente.

ALMIR. Como el Conde se contente  
esas colores tomad.

TIBALTE. Yo con sólo naranjado  
y plata estaré contento,  
porque traigo un pensamiento  
corrido y desesperado.

Si ésta me dejan, yo voy  
con diez a la encamisada.

VALDOV. Con mi color encarnada  
y azul satisfecho estoy.

DIONÍS. ¿Tan cruel celo tenéis?

VALDOV. Rabio de puro pesar  
de querer averiguar  
a cuál quieren entre seis.

DIONÍS. ¿De eso perdéis el sentido?  
Dejad tan locos cuidados,  
que donde hay tantos llamados  
vos seréis el escogido.

(*Entra ENRIQUE, embocado.*)

ENRIQUE. Con algún atrevimiento  
hasta la sala me entré,  
bien que en virtud de la fe  
de mi honrado nacimiento.  
¡Buena está, por Dios, la sala!  
Hoy todo el oro se apura;  
bien parece la hermosura,  
notablemente la gala;  
pero he sido desdichado,  
que el Rey de hablar no cesa;  
me ha encubierto la Condesa  
del modo que está sentado.  
¡Oh, si dejasen de hablar!  
¡Oh, si ya se despidiesen!,  
¡Oh, si el Conde le pidiese  
licencia para cenar!  
¡Es imposible! En rigor  
pasarán seis horas grandes,  
que en un viejo no hay más Flandes  
que hablar de bodas y amor.  
Alaban esta mujer,  
y yo, por la privación,  
más que por otra razón,  
la vengo esta noche a ver.  
El lugar que Floris vive,  
confieso, que en verle quito;  
solamente al apetito,  
le doy lo que le prohíbe.  
Desde aquí podré mirar,  
sin ser notado, mejor:  
quien sabe lo que es amor  
comienceme a disculpar.

(*Entra FLORIS en hábito de paje, con espada, rebozada.*)

FLORIS. No le parezca mi intento,  
en materia de querer,  
para celos de mujer

peregrino atrevimiento.

Esto, en fin, intento yo,  
que por ser maravillosas  
se suelen contar las cosas,  
que siendo fáciles, no.

Quise cenar, no podía;  
quise escribir, no escribí;  
quise hacer labor y vi  
que en ella me suspendía.

Abrí mi reja, miré,  
vi el negro silencio roto  
con las hachas y alboroto;  
entristecíme y cerré;

quiseme acostar, no pude;  
desnudéme, y la ocasión  
hizo una mujer varón,  
para que nadie lo dude;

avisóme la sospecha;  
seguíla, trújome aquí;  
¿si este es el Príncipe? Sí.  
¿Ser paje cómo aprovecha! (1)

Cielo en verano nublado,  
nube con aire de fiera,  
arco entre el cielo y la tierra,  
pólvora con fuego echado,  
cometa en aire encendido,  
letras hechas en arena,  
noche en octubre serena,  
hebrero del sol vestido,  
tranquila mar de Levante,  
que los de tierra aseguran:  
lo mismo son, y esto duran  
las palabras del amante.

¿Quién va allá?

ENRIQUE. ¿Quién sois o cómo?

FLORIS. ¿Eso a mí me preguntáis?  
¿Yo que de ver que aquí estáis  
esta pesadumbre tomo?

ENRIQUE. ¿Vos conmigo? ¿Pues por qué?  
¿Conocéisme?

FLORIS. Sí, por Dios.

ENRIQUE. ¿Vos, de qué?

FLORIS. De que sois vos  
quien da palabras sin fe.

ENRIQUE. Por otro me habéis tenido;  
id en buen hora, galán.

FLORIS. Buenas sé yo que serán  
las que habéis aquí tenido.

Mas los nobles caballeros,

¿cómo tan grande bajeza  
contra su misma nobleza  
y sus honrados aceros,  
cuando la palabra dada  
no cumplen?

ENRIQUE. Yo he conocido  
que engañado habéis venido,  
y haréisme tentar la espada;  
si por otro me tuvistes  
excusad de darme enojos.

FLORIS. Que yo he visto aquesos ojos  
más alegres y más tristes.

ENRIQUE. Si algún caballero o dama  
desea saber quién soy,  
yo os lo diré, mi fe os doy,  
que no soy hombre de fama.

Decidle que un escudero  
se entró rebozado así  
a pedir limosna aquí.

FLORIS. ¿Qué bien!

ENRIQUE. ¿Ya sois majadero!

FLORIS. ¿Y había de dar acaso  
la limosna la Condesa?

ENRIQUE. Cesa de hablar, necio, cesa!

FLORIS. ¿Cómo que cese? ¡Hablad paso!

ENRIQUE. ¡Oh, pesar del mal nacido,  
que a tal fuerza mi valor!

LUIS. ¿Qué es eso?

FLORIS. Huír es mejor.

ALMIR. ¿Qué es lo que has hecho, atrevido?

TIBALTE. Metió mano.

LUIS. ¿Mano aquí?

¡Matalde!

ENRIQUE. El Príncipe soy.

LUIS. ¡Mucra, mejor!

ENRIQUE. Aquí estoy.

LUIS. ¡Traidor!, ¿delante de mí?

¿Qué es lo que quisiste hacer?

ENRIQUE. Embozado quise estar.  
vínome un hombre a matar;  
procuréme defender.

LUIS. ¡Eso es embuste y malicia!  
Da la espada al Almirante.

ENRIQUE. A mi amigo semejante  
es razón, honra y justicia.

ALMIR. Para guardalla la tomo,  
y por tal prenda la beso.

LUIS. Tomalda como de preso,  
¿agora salvas al tomo?

¡Vaya a una torre!

ENRIQUE. Yo iré.

(1) A: "ser paje poco aprovecha".

LUIS. Llevalde luego, Almirante.

Vaya la guarda delante.

ENRIQUE. Perdón te pido, si erré.

(*Vanse el ALMIRANTE y ENRIQUE.*)

LUIS. ¡Oh, qué gentil humildad!

MATILDE. Péame de haber yo sido  
causa de haber recibido  
enojo tu Majestad.

LUIS. ¿No veis, Condesa, no veis?  
Este loco es el culpado;  
él sólo la causa ha dado  
del alboroto que veis.

Id en buena hora esta noche,  
y perdonad, que vais sola.

TIBALTE. Coche de los novios. ¡hola!

Coche de los Condes, ¡coche!

GESUALDO. ¿Cuándo Vuestra Majestad  
quiere que sea la misa?

LUIS. Pues no es negocio de prisa,  
a las nueve os levantad.

LUIS.

¡Furiosa guerra, del entendimiento!  
Gran pensión de su gusto es su cuidado;  
es un hijo atrevido a un padre honrado;  
mayor es su pesar que su contento.

Como va la barquilla con el viento,  
así camina el padre atribulado,  
cuando de la razón va desviado  
y no sale a su propio pensamiento.

Prueba el águila al sol sus hijos nuevos  
y si miran de Oriente el claro templo  
ampara el nido en que los ha tenido.

¡Oh, vida desigual de los mancebos!  
Mas, pues nos dan las aves este ejemplo,  
yo he de probarle o le echaré del nido.

(*Sale el ALMIRANTE.*)

ALMIR. Ya queda preso en la torre.

LUIS. ¿Qué habrá hecho de locuras  
pintando sus desventuras (1),  
y que nadie le socorre?

ALMIR. No es esto hacer buen oficio  
por lo que al Delfín me toca;  
pero no ha abierto la boca  
ni dado de enojo indicio.

LUIS. Salir quiere por humilde,  
¿sabéis vos la ocasión?

ALMIR. Contrarios dice que son.

Y ahora salió Matilde,  
y con tantos embozados,  
y alguno de ellos sería.

LUIS. Vos y yo, ¡por vida mía!  
habemos de ir disfrazados:

lo uno, a gozar la fiesta;  
lo otro, a ver quién serán  
los que rebozados van.

ALMIR. ¡Gran salud y bien dispuesta!  
Entra, y daránle sombrero,  
capa y espada.

LUIS. Este amor  
de hijo me da valor  
cuando ya caduco y muero.

(*Vanse y sale FLORIS.*)

FLORIS. ¿A quién sino sólo a mí  
tal desgracia sucediera?

¿Y que no me conociera  
cuando más señas le di?

Púsole el Rey en prisión,  
y por aquí le he seguido,  
laso y fuera de sentido,  
de cólera y compasión.

¡Ay, mi bien, que preso estás,  
que he dado causa a tu daño!  
Bien dicen que de un engaño  
vienen resultando más.

¿Pero cómo te disculpo,  
amante desobediente?

Tu prisión es justamente,  
y justamente te culpo.

Amor, que tu cielo vió  
la traición que me hiciste,  
y así el daño que tuviste  
trazó, quiso y permitió;

miró la fe de los dos;  
castigóte a toda ley,  
porque no se prende un rey  
sin gran voluntad de Dios.

Esta es la torre en que está;  
¡buenas estaciones ando!,  
mas vame un ciego guiando,  
¿qué otra luz darme podrá?

¿Qué haré, que por verle muero?  
Quiero una piedra tirar  
a esta reja, y ver si hablar  
puedo a un paje o escudero.

¡Cosa que aquí no la halle!  
¡Ah, caso jamás pensado!

¿Pues cómo que a un desdichado

(1) A: "sus dos venturas".

falten piedras en la calle?

Pero con palabras locas  
quíselas para tirar,  
que a ser para tropezar  
no se me ofrecieran pocas.

Halléla, tiré, acerté;  
parece que dice así:  
que vine, que vi y vencí.

PAJE. ¿Quién es, amigo?

FLORIS. ;Ce, ce!

Decid al Delfín, amigo,  
que meter no me han dejado,  
de Floris dar un recado.

PAJE. Esperad, que ya lo digo.

FLORIS. ¡Ah, lo que sabe el honor!

;Vérse una mujer así!

;Ah, noche, lo que hay en ti,  
con tu manto (1) encubridor!

PAJE. ¿Qué sabes?

FLORIS. Volved allá  
y decid que aquí se asome,  
para que el recado tome.

PAJE. Si es ella misma, vendrá [asombre,

FLORIS. ¿Hay tal gusto? Aunque esto  
;oh, cuánta es la descreencia  
de hacer esta diligencia  
una mujer por un hombre!

;Que forme el hombre disgusto  
de hacer venir y volver!

;Que agora he echado de ver  
que este andar aumenta el gusto!

(Sale el PRÍNCIPE ENRIQUE.)

ENRIQUE. Si oigo tu voz, saldré,  
aunque no vea tu luz.

FLORIS. ¿Miedo tienes a arcabuz?  
Todo está falto de fe,

ENRIQUE. Los cielos me son testigos  
que te hablo con vergüenza;  
habla, afréntame, comienza  
o trae tú los enemigos;  
que como el ave al reclamo,  
a tu dulce voz caeré (2).

FLORIS. Ya tus humildades sé,  
tu bajo término infamo.

;Ese es el bosque y la ausencia?

;Oh, qué cortesano amante!

;Oh, qué firme! ;Oh, qué constante

de lo que jura en presencia!

;De qué sirve que nos cuenten  
los Píramos fabulosos,  
habiendo acá mil famosos  
que sus vitorias afrenten?

Juró Leandro pasar  
a Hero el estrecho fiero,  
y aquel francés caballero (1)  
muchos años no hablar;

rey hubo que prometió  
a la que hablaba tanto,  
dar la cabeza de un Santo,  
y la dió, porque juró.

Tú sí que les excediste,  
que hoy saliste y hoy lloraste,  
y no volver me juraste  
sin mi gusto, y hoy volviste.

(Fisgando.)

"Si en eso resuelta estás,  
"luego de París saldré,  
"aunque mi padre yo sé  
"que no me ha de hablar jamás.

"Y porque entiendas que entiendo  
"qué es amor y qué es disgusto,  
"no volveré sin tu gusto,  
"pues con mi gusto te ofendo.

"Parte, Ruperto, y al punto  
"haz que me tenga Clarino  
"aderezo de camino  
"y lo necesario junto."

A Vuestra Alteza le ruego  
me diga si era el pedir  
aderezo para ir  
o para volverse luego.

ENRIQUE. ;Oh, qué temeraria estás!

FLORIS. Ya apuras mucho el delito.  
Téngole en el alma escrito;  
espera, que aún falta más.

Diga cómo está en prisión.  
ENRIQUE. Ahora bien, yo te he dejado,  
sin haberme disculpado,  
hablar, por ver tu pasión.

FLORIS. ¿Luego hay disculpa?

ENRIQUE. ¿Pues no?

Sabe que esta tarde fui  
a los bosques.

FLORIS. Ya te vi,  
que eso te mandaba yo.

ENRIQUE. Andando en traje villano

(1) A: "mano".

(2) Texto: "cairé".

(1) A: "de aquel francés caballero".



con el arcabuz al hombro,  
dos guardas, con grande asombro,  
con otros dos a la mano,  
me llegaron a prender,  
y sin éstos, otros doce  
y tantos, que así te goce,  
no me pude defender.

Que puesto que les decía  
que era el Príncipe, apuntaban,  
y el fuego al grano aplicaban,  
jurándome que mentía.

Vinieron a dar aviso  
al Rey; supo que era yo  
y a esta torre me mandó  
me trujesen de improviso.

Que estima en tanto su caza,  
que con este ejemplo quiere  
que nadie perdón espere  
y a los demás amenaza.

Así vine a mi pesar,  
así tu gusto rompí,  
porque yo ofenderte a ti,  
antes me deje matar.

Antes con gusto excesivo  
pedí mi muerte y enojos,  
por no ofender esos ojos  
que son la vida que vivo.

Así estoy preso, mi bien,  
por villano y por la caza.  
FLORIS. No ha sido mala la traza  
y la disculpa también.

Pues, perro, si yo fui aquel  
que a la sala entró a buscarte  
y que quiso ocasión darte  
a que riñeses con él...

Si dije que conocía  
tus ojos y te pedí  
la palabra, ¿cómo a mí  
me enseñan esa osadía?

¿No me viste con vestido  
de hombre?

ENRIQUE. Y dime, señora,  
¿estás de esa suerte ahora?

FLORIS. Así a buscarte he venido.

ENRIQUE. ¿Pues cómo te podré ver  
(pesar del Rey y su nombre)  
una vez en forma de hombre,  
de cuantas te vi mujer?

¿Que tú entraste y que te hablé?  
¿Que tú me hablaste y tú fuiste  
la que la ocasión me diste,

y que la espada saqué?

No ha de pasar sin que sea  
celebrada, ¡vive Dios!,  
la paz luego entre los dos.

FLORIS. Eso de paz, no lo crea.

Que yo no he de entrar allá,  
ni sus guardas me han de ver.

ENRIQUE. Pues licencia he de tener,  
que Borbón se partió ya.

Espera, que ya diciendo  
y daré de puñaladas  
a las guardas.

FLORIS. ¡Ya me agradas!

(*Quítase de la ventana* ENRIQUE.)

Ven, que perdonarte entiendo.

Mas, ¡ay de mí!, que airado  
él no siendo obedecido  
y tras lo que ha sucedido  
será el delito doblado.

¿En qué me traes, amor?

Celos, ¿en qué me traéis?

¿Qué os ha hecho o qué tenéis  
la Condesa de Belflor?

¿Qué tiene aquesta mujer?

¿Sabe de mercedes parte?

ENRIQUE. Eso quiero preguntarte;  
eso deseo saber.

Mas, abrázame primero.

FLORIS. Con bajar te has disculpado.

ENRIQUE. ¡Bizarro traje!, ¡extremado!,  
darte cien abrazos quiero.

FLORIS. Perdonará Vuestra Alteza  
aquí los noventa y nueve.

ENRIQUE. Quien paga mal lo que debe,  
aun en dar muestra perezca.

Por tu vida, que estás bella;  
¿qué amazona se te iguala?  
que en brío, hermosura y gala  
puedes competir con ella.

FLORIS. Grandes, con hachas y ruido  
vienen.

ENRIQUE. ¿Dónde me irá, pues?

FLORIS. Bueno, la Condesa es;  
a mirarla habrá salido.  
¡Huye!

ENRIQUE. No puedo, que están  
cuatro guardas donde estoy,  
a mirarme, si me voy,  
y luego voces darán.  
Vendrán mil hombres tras mí

FLORIS. y sabrá el caso mi padre.  
Pues algo ha de haber que cuádre,  
que no has de quedar aquí.

ENRIQUE. Floris, a fe de quien soy,  
de estar cerrados los ojos,  
para no te dar enojos,  
si con verla te los doy.

Mas, por mi fe, que no puedo  
quitarme de aquí; ¿no basta  
esta palabra?

FLORIS. No gasta  
ya tus palabras ni miedo;  
del que le rompe una vez  
nadie se debe fiar,  
que lo volverá a quebrar.

ENRIQUE. ¿Tan lejos está el juez  
de mi vida?

FLORIS. ¿Que no cesa  
mi pena!

ENRIQUE. ¿Pues en qué estás?

FLORIS. No, no, que los abrirás  
en llegando la Condesa.

ENRIQUE. Pues árame un lienzo en ellos.

FLORIS. Que me place, que ya llega.

ENRIQUE. ¡Qué gentil gallina ciega!  
¿Mas qué Cupido sin ellos?

*(Entran la CONDESA MATILDE, el CONDE GESUALDO,  
DON DIONÍS, TIBALTE, VALDOVINO; el REY, detrás;  
el ALMIRANTE, RUPERTO, con una linterna en la  
mano, y CLARINO, con hacha.)*

LUIS.

¿Posible es, Almirante, que ahora llegan?

ALMIRANTE.

Llevaron a doña Alda a su posada,  
hízoles apear y detuviéronse.  
Gente hay aquí.

FLORIS.

Huir conviene, ¡ah, cielos!

*(Vase.)*

LUIS.

¡Muestra esa luz!

RUPERTO.

Un hombre con un paño,  
que parece que juega sobre apuesta.

ALMIRANTE.

Otro se huyó de aquí.

LUIS.

Pues, Borbón, síguele.

ALMIRANTE.

Yo voy tras él.

LUIS.

¡Cielos! ¿Qué es esto?

ENRIQUE.

¿Sois alguaciles? ¿Sois la ronda acaso?  
Pasa adelante, porque soy el Príncipe.

LUIS.

Villano, loco, bárbaro, atrevido,  
si no lo confesaras con la boca,  
creerlo de mí mismo no pudiera,  
ni fuera de la torre, ni en los tuyos.  
Un lienzo atado; ¿qué haces de esta suerte?

ENRIQUE.

Más debieras culpar tus demasías,  
que de mi muerte habrán de ser la causa,  
y si quieres saber cuál es más cuerdo,  
mira que en forma de justicia vienes,  
perdiendo de tu ser con invenciones,  
a buscar los rincones de palacio.

LUIS.

¿El Rey no es la justicia?

ENRIQUE.

Hay diferencia  
del Rey a la justicia y sus ministros.  
Justicia es el Consejo de los reyes,  
sonlo sus Capitanes generales,  
sus varas, sus alcaldes y otros muchos;  
mas no ha de ser el Rey ninguno de éstos,  
mayormente en los casos más humildes.

LUIS.

¿Si yo vengo a buscar tus enemigos? (1).

ENRIQUE.

Harto bien los buscaste, si prendiéndome,  
me deja el Almirante a buen recaudo,  
y llegando a la puerta de esta torre,  
me cogen entre seis y me derriban,  
y con aqueste lienzo están mis ojos;  
que a no llegar del Conde aquellas hachas,  
me hubieran muerto.

LUIS.

Válgame los cielos!

(1) Texto: "sus enemigos".

ALMIRANTE.

Si son así los enemigos tuyos,  
no hay mucho que temer.

LUIS.

¿De qué manera?

ALMIRANTE.

Esta dama escondida hallé en el muro,  
vestida de hombre, con espada y daga.

LUIS.

¡Ah, traidor! ¿Tus erredos son aquéstos?  
¿Contigo estaba?

ENRIQUE.

¿Cómo que conmigo?

Ni en mi vida la vi.

RUPERTO.

Floris es ésta,

¿no la conoces?

ENRIQUE.

¿Yo?, de ningún modo.

LUIS.

¿Quién sois vos?

FLORIS.

Una dama de esta Corte.

LUIS.

¿Qué calidad?

FLORIS.

Primero saber quiero  
la tuya, que si el hombre, al dar la espada,  
se informa si es hidalgo a quien la rinde,  
la mujer, al decir quién es, se debe  
informar de quién es el que lo pide.

LUIS.

Yo soy el Rey.

FLORIS.

No puedo ser más noble,  
yo soy del Conde de Abspurg su noble hija;  
que no se casó el Conde, como sabes.

LUIS.

¿Pues una mujer noble así se viste?

FLORIS.

Amor, ¿qué no podrá?

LUIS.

¿Tanto amor puede?

FLORIS.

Olvídate, señor, de aquesas canas  
y trae a la memoria el bozo negro;  
verás qué puede amor.

LUIS.

¿Amas al Príncipe?

FLORIS.

No le conozco.

LUIS.

¿Pues a quién buscabas?

FLORIS.

Dama he sido del conde Gesualdo,  
y viéndole casar aquesta noche  
salí llorando a verle en este traje.

LUIS.

Id al Conde, Borbón, y si por dicha  
no estuviere acostado con su esposa,  
decid que aquí se llegue con una hacha.

RUPERTO.

Clarino, este negocio va perdido.

ALMIRANTE.

Yo voy.

ENRIQUE.

Mejor, señor, nacido hubieras  
para ministro de justicia humilde,  
que para el ser de la justicia misma.  
Deja esa dama, que esas son quimeras,  
pues cuando hubiera sido cosa mía  
no era ser desleal a tu corona (1),  
ni tan desobediente a tus preceptos (2).

LUIS.

¿Cómo que no era ser desobediente?

ENRIQUE.

Cuantos nacieron tienen mocedades.

LUIS.

Cuantos nacieron de quién nacen miran.

ENRIQUE.

Ninguno nace viejo cuando nace.

LUIS.

Con sus obligaciones nacen todos.

ENRIQUE.

Y para dar al tiempo lo que es suyo.

(1) A: "su corona".

(2) A: "sus preceptos".

LUIS.

Quien tiene mal principio, mal fin tiene.

ENRIQUE.

Nerón tuvo también buenos principios.

LUIS.

Así vendré yo a ser como fué Francia.

ENRIQUE.

No soy tirano yo, que soy tu hechura.

(Entre el ALMIRANTE.)

ALMIRANTE.

Gesualdo está aquí.

ENRIQUE.

Yo sé que el Conde  
dirá lo que es verdad.

LUIS.

Conde Gesualdo.

¿es tuya aquesta dama y la has tratado  
hasta que te casaste con Matilde?

GESUALDO.

Pienso, señor, que no la vi en mi vida.

ENRIQUE.

Conde, decid verdad, no neguéis, Conde;  
si lo dejáis agora de vergüenza,  
mirad que piensa el Rey que es cosa mía.

GESUALDO.

Si eso es así diré verdad en todo:  
señor, si las flaquezas de los mozos  
hasta el efeto de tomar estado  
perdón merccen, yo traté esta dama;  
pero ella sabe que a Matilde adoro,  
y que desde que trato el casamiento  
no he entrado por las puertas de su casa.

LUIS.

Conde, los hombres nobles, los que obliga  
la sangre paternal, la virtud propia,  
ya que una vez yerran y pretenden  
que la disculpa de los verdes años  
para el error pasado tenga fuerza  
deben mirar que no valdrá adelante,  
pues desde que el mancebo toma estado  
ya no corre por leyes de mancebo.  
Matilde es bella, es cuerda, es virtuosa;  
ya es tiempo que a estas cosas deis de mano,  
lo que espero de vuestro entendimiento.

GESUALDO.

Yo hago en vuestras manos, señor ínclito,  
pleito homenaje de, en mi vida toda,  
no volver a tratar con esta dama.

LUIS.

Pues alto cuanto se trate de esta suerte;  
que ésta dama en prisión esté unos días,  
y el Príncipe a la guerra parta luego,  
por mi persona, donde esté a la orden  
de mosiur de Borbón.

RUPERTO.

¡Perdidos somos!

LUIS.

Id en buen hora, Conde, y a Matilde  
decid que me perdone esta tardanza.

GESUALDO.

Guárdete el cielo.

LUIS.

Mete en esa torre,  
Ruperto, aquesta dama.

FLORIS.

A ti mismo,  
señor, apelo de este agravio.

LUIS.

Calla,  
que quiero hacer que el Conde te remedie.

ENRIQUE.

¡Ay, Floris, ten paciencia!

FLORIS.

Y tú, memoria,  
que ésta, por ti, no es cárcel, sino gloria.

(Vanse.)

## SEGUNDA JORNADA

(Salen DON DIONÍS y VALDOVINO.)

DIONÍS,

¿Que el Rey murió, en efeto, Valdovino? (1).

VALDOVINO.

En esta breve ausencia que habéis hecho  
veréis la vuelta que el cruel destino  
ha dado a Francia, con feroz despecho.

(1) A: "Valdoino."



Rodrigo, que a menor imperio vino,  
porque de Enrique la gobierna el pecho,  
ni que muriendo el rey Luis, no queda  
su mismo brazo que regirla pueda.

Pero como en la muerte de los reyes  
se sigue en todo general mudanza  
y en tanto variar tiene con leyes,  
y queda el bien con menos confianza;  
desde el villano que gobierna buyes  
hasta el que pone sobre el ristre lanza,  
están pensando entre esperanza y miedo  
a qué se inclina aquel feroz denuedo.

Múdanse los oficios, y comienza  
la privanza y la envidia larga historia,  
no porque al Rey ningún efecto venza,  
que cierto es digno de su misma gloria,  
cubre al mancebo una real vergüenza  
que admira a quien le mira, y la memoria  
que tiene de pagar los beneficios  
de su pecho y clemencia ha dado indicios.

Vino luego del cerco de Bayona,  
donde París le recibió contenta,  
alzando por su vida y su persona  
el estandarte en una plaza atenta;  
diéronle el cetro, llaves y corona,  
y apenas lo ha tomado cuando intenta  
volver a la conquista comenzada,  
y contra Inglaterra alzar la espada.

DIONÍS.

¡Viva mil años el famoso Enrique,  
tan natural retrato de su abuelo,  
para que las vitorias amplifique,  
que se han ganado con la lis del cielo!

VALDOVINO.

¡Que tal valor agora signifique,  
en todos pone general consuelo,  
que puesto que los reyes son espejo,  
mejor se ven los rostros en el vicjo.

DIONÍS.

No haber llegado, ya volverse, es cosa  
que promete gallardas esperanzas.

VALDOVINO.

Ya le parece mal la vida ociosa,  
sólo trata de espadas y de lanzas;  
tampoco en el bien público reposa  
por sosegar desdenes y mudanzas  
que el claro sol le halló vestido un día.

DIONÍS.

¡Qué gloriosa ha de ser su monarquía!

VALDOVINO.

El Rey sale.

DIONÍS.

Yo estaba de camino  
para Belflor; mirad si mandáis algo.

(Sale el REY, ALMIRANTE y TIBALTE.)

VALDOVINO.

Encomendadme al Conde.

REY.

Es desatino,  
que no presumo lo que puedo y valgo;  
ir, Borbón, en persona determino.  
Mañana de París marchando salgo,  
que habiendo dado en el gobierno traza,  
es justo resistir al que amenaza.

ALMIRANTE.

Cuando tan experimentado y viejo (sic)  
el que reina, señor, cuanto más mozo,  
el que es leal le debe dar consejo,  
desde las canas hasta el rubio bozo:  
de encarecer tu pensamiento dejo,  
sabe Dios lo que de él me alegro y gozo;  
que nunca la lisonja halló en mi pecho  
la puerta de la casa del provecho.

Y así digo que alguno te dijera  
que tu persona en esto se quietara,  
que en el puesto que estoy mandar quisiera,  
sin que otro superior se lo estorbara,  
que bastara que un hombre, cual yo, fuera,  
y que el Rey en su casa gobernara;  
pero yo, que tu bien y el común miro,  
no a mi provecho, que al de Francia aspiro.

Pues dejas quien asiste a tu gobierno,  
parte, famoso Enrique, tú en persona,  
a destruir al enemigo interno,  
que en nuestro deshonor tiene a Bayona.  
Tranza el arnés y pon el brazo tierno  
a la túnica fuerte de Belona:  
que el Rey en el ejército parece  
lo que el sol en el cielo resplandece.

Yo sacaré, no menos que esta tarde,  
de franceses lucidos borgoñones  
tu gente al campo, en dilatado alarde,  
tremolando banderas y pendones,  
ahí pondrá, señor, al más cobarde  
ver que entre sus lucidos escuadrones  
vaya con su bastón el César nuevo,  
tierno Alejandro y Scipión mancebo.

REY.

Pariente, si cual vos los hombres fueran,  
que están junto a los reyes noche y día,  
y que así las verdades les dijeran,  
¡qué pocos yerros en el reino habría!  
No pienso que más ágiles se alteran,  
al son de la trompeta y chirinía,  
con los armados dueños los bridones,  
que yo con vuestras fáciles razones.

Veré el alarde, y no habrá visto Delio  
del Pirineo el blanco extremo helado  
cuando yo, como Emilio, el monte Celio  
pase estas sierras con mi campo armado;  
oíré misa, y al último Evangelio  
el pergamino romperán templado  
las cajas a marchar (1), por más que viva  
en sangre juvenil Venus lasciva.

(Entra RUPERTO.)

RUPERTO. Darte quieren memoriales  
tres o cuatro pobres.

REY. Vengan;  
de ningún modo detengan,  
Ruperto, personas tales.

VIEJO. Retrato del gran Luis,  
y esperanza de que a tanto  
has de llegar como el Santo.  
¡Ten piedad!

REY. ¿Qué me pedís?

VIEJO. De ese pleito, el fin, no más.

REY. ¡Id con Dios!

VIEJO. ¡Dios te prospere!

SOLDADO. No hay otro bien en que espere,  
si hoy, como dicen, te vas.

REY. ¿Arcabuzazo te han dado  
en Bayona?

SOLDADO. Sí, señor.

REY. ¿Mancebo estás?

SOLDADO. No en valor.

REY. Dénle aquí el sueldo doblado.

(Sale FLORIS en hábito de peregrina, con toca de plata  
en el rostro.)

FLORIS. Suplico a tu Majestad  
lea este papel.

REY. Sí haré.

ALMIR. No es mala la moza, a fe.

TIBALTE. ¡Qué peregrina beldad!

VALDOV. ¡Ah, señora peregrina!

FLORIS. ¡Ah, señores cortesanos!

VALDOV. ¡Podemos tocar las manos,  
que vendréis medio divina?

FLORIS. No soy Rosario tocado  
en reliquias, por su vida.

REY. ¡Qué peregrina escogida!

ALMIR. ¿Qué hay del papel?

REY. Extremado.

ALMIR. ¿Cómo?

REY. Escucha, que es notable.  
Veamos si tú lo entiendes.

ALMIR. En esto tu ingenio ofendes,  
que es, sin lisonja, admirable.

(Lee.)

REY. "La peregrina de uno dice que ha-  
biéndolo sido en todas sus estacio-  
nes y estados, de dos años a esta  
parte, agora que le ha mudado su  
dueño, vive olvidada y desconoci-  
da: suplica a Vuestra Majestad le  
haga limosna de sí mismo, que en  
ello recibirá lo que solía ser suyo."

ALMIR. ¿Hay más discreto papel?

REY. ¿Cuya sois que así os maltrata?

ALMIR. Quítese el velo de plata;  
dirálo el rostro por él.

FLORIS. Hablad y tened la mano;  
que descubrir sin querer  
la más humilde mujer  
no es término cortesano.

Y los que andamos perdidos  
en la peregrinación  
traemos este bordón  
para perros y atrevidos.

ALMIR. Todo lo soy, que en leal  
vuestro perro quiero ser,  
y atrevido, sólo en ver  
ese rostro celestial.

FLORIS. Dejad que hable el Rey, que ya  
tiene edad para sin ayo.

REY. De aquesos ojos un rayo  
dentro del alma me da;

no sé qué he sentido en ellos;  
mas decidme, sol divino,  
¿quién ha sido el peregrino  
que vos llamáis dueño de ellos?

Que como ya con ninguno  
guarda lealtad amor loco,  
en ese tiempo no es poco (1)

(1) A: "marchas".

(1) B: "en ese tiempo no poco".

ser peregrina de uno.

Y no entiendo que es, por Dios, hombre principal y honrado, pues porque mudó de estado, mudó de lealtad con vos.

Hay en esto mil engaños: mas si agravio no lo impide, crueldad es que un hombre olvide obligación de dos años.

FLORIS. Yo he sido tan peregrina de uno solo, que jamás quise ni menos ni más, cosa más ni menos digna.

Y dejando otra malicia podréis, señor, entender que la debe de tener, pues vengo a pedir justicia.

El hombre es muy poderoso, y por experiencia sé que en lo que es palabra y fe es en extremo dudoso.

Dejóme y fuése, y, por Dios, que heredado está ya tal, que es menester memorial como para hablar con vos.

Que es a vos tan semejante, en cuanto os ha sucedido, que su retrato habéis sido.

REY. ¡Buena es aqueste, Almirante!

Con todo esto me contento, que digáis que puedo yo dar ese hombre.

FLORIS. ¿Pues no?

REY. Pues, ¡alto!, yo soy contento; que no ha de quebrar por mí.

FLORIS. Aquí, para entre los dos, muy bien podréis, señor, vos daros a vos.

REY. ¿Cómo así?

Extrañas sois las mujeres; ¡válame Dios (1), ciego estoy!, o eres Floris o no soy el Rey de Francia.

FLORIS. Sí, eres.

(Descúbrese.)

REY. ¡Floris!

FLORIS. ¡Olvidado mío!

REY. ¿Pues así me has agraviado?

FLORIS. Que muda el mudar estado el imperio y señorío.

REY. Esa ley no comprende mi amor.

FLORIS. Si ha comprendido el testimonio tu olvido de que mi lealtad se ofende.

Dejásteme presa allí.

REY. Dejé contigo mi gente.

FLORIS. Presto se olvida un ausente.

REY. No fué esa ley para mí; y si agora no estuviera de partida, como estoy, vieras, a fe de quien soy, cómo te amara y sirviera.

FLORIS. ¿Pues cómo de ayer venido hoy te vas?

REY. Así me importa; pero la jornada es corta.

FLORIS. No es corta a quien me olvidó (1).

Mas, pues a la guerra vas y acompañarte podré, llévame; como yo iré, llevarás un paje más.

REY. ¿Que irás así?

FLORIS. Sí, señor.

REY. Pues, ¡alto!, sáquente galas.

FLORIS. Hoy truenco flechas en balas, y por Marte, al niño amor.

Tú verás mi bazarra, otro Héctor quiero ser; vamos, que para vencer bastan tus ojos, luz mía.

Seré un Héctor si me armas.

ALMIR. Tener silencio procura.

REY. Camina, que tu hermosura más vencerá que mis armas.

(Salen el Conde y don Dionís.)

CONDE.

Admirado me deja, primo, la relación del nuevo Enrique.

DON DIONÍS.

Tan de veras se aleja de cuanto indicios tiernos signifique, que hasta la blanca cama, por ser regalo, pienso que desama.

Ayer, con grave traza, en la insigne París, por triunfo, arcos,

(1) B: "válame Dios".

(1) Debe faltar algún verso.

más rica que la plaza  
de la ciudad famosa de San Marcos,  
entró lleno de galas  
del palacio de Carlos a las salas;  
y hoy, ceñida la espada,  
y sobre el cuello la acerada gola,  
entre su gente armada,  
escucha el arcabuz y la pistola,  
y haciendo de ella alarde,  
dice que ya para marchar es tarde.

En un bridón de Frisa,  
armado el fuerte pecho, fraje y anca  
con la antigua divisa,  
sobre las armas, de la banda blanca,  
aplicando la espuela,  
saca la lanza de la cuja y vuela.

Admiranse los hombres;  
da amor al propio y al extraño miedo;  
dále al vulgo mil nombres:  
cuál le llama Luis y cuál Godredo;  
cuál, viendo gloria tanta.  
dicen que ha de ganar la Casa Santa.

Borbón, el Almirante,  
va por su General y otros mosiures:  
el de Brava, el de Anglante,  
de Bocaguisa, Ruiseñor y Plures  
le van acompañando,  
de quien ya Ingalaterra está temblando.

CONDE.

¡Oh, famosa señora!  
¡Oh, Matilde, mi bien, esposa cara!  
Agora es tiempo, agora,  
puesto que pierdo de mirar la cara  
más bella de la tierra,  
que licencia me des para la guerra.

Bien sé que es fuerte caso  
que tan recién casada sola os deje,  
y que el obscuro ocaso  
de aquesta ausencia de rigor me aleje  
cuando apenas la frente  
habéis visto del sol por el Oriente.

Pero si toda Francia,  
si todos sus valientes caballeros,  
con debida arrogancia,  
ofrecen, relumbrando los aceros,  
a su Rey las espadas,  
¿por qué estarán las nuestras envainadas?

Ha de marchar Godofre,  
Angelberto y Honofre,  
que todos son casados y aman todos,  
¿y yo en Belflor metido,

como conejo tímido escondido?

¿Han de llevar de plumas  
coronados los fuertes morriones,  
y como el mar espumas,  
ver sus bravatas, furias y blasones,  
y yo en esta ribera  
con un pardo gabán y una montera?

¿Ha de regir un freno  
del caballo español, cuando le argenta  
de blanca espuma lleno,  
de furia, que la cincha le revienta,  
y yo en aquestos prados,  
ver que roban la yerba sus ganados?

¿Han de tirar la bala  
al pecho inglés detrás de la trinchera (1),  
acometiendo en ala

a matar al contrario en la pelea,  
y yo la flecha al gamo,  
cogiendo la perdiz con el reclamo?

¿Faltará quien murmure?  
Pues si no lo pensáis, mi bien, pensaldo,  
mientras la empresa dure,  
y que digan que el conde Gesualdo,  
muy cobarde, reposa  
entre los brazos de su amada esposa.

Y plega a Dios no diga  
que está haciendo labor con sus criadas,  
cuando a su Rey le obliga  
la furia de las bárbaras espadas;  
que no hay hombre tan bueno,  
de quien la envidia guarde su veneno.

¡Ay, honra!

MATILDE.

¡Paso, paso!

No os allijáis, mi bien. ¿Qué enojo es ese?  
Salga mi lengua al paso  
y ese discurso helicoso cese;  
que para ser tan sabio  
hacéis a mi valor notable agravio.

¿Qué lágrimas, amigo,  
habéis visto en mis ojos, que estas suelen  
ser del alma testigo,  
que más afirma lo que en ellas duelen  
de ausencia los tormentos,  
para hablarme con tantos sentimientos?

¿Qué armas escondidas  
tengo desde que supe la jornada  
o qué espadas rompidas?  
¿Qué puerta de la casa bien cerrada?

(1) B: "trinchera".



¿Qué caballo mi mano  
de las camas del freno tiene en mano?

¿Cuál noche en vuestros brazos,  
bañándoos con mil lágrimas la cara,  
con estrechos abrazos  
pedí que la partida se quedara  
por esta vez, jurando  
dejaros otra y no quedar llorando?

¿Qué indicios os he dado  
de algún mal parto en la partida vuestra?  
¿Qué terceros he echado?  
¿En qué cena o comida he dado muestra,  
con llorosa presencia,  
de que si os vais me moriré de ausencia?

Partid, Conde, en buen hora,  
y ¡ojalá que tuviera aquí dos hijos!,  
que en la ocasión de agora  
teniendo edad, con nuevos regocijos,  
al Rey también los diera,  
y yo, si fuera justo, también fuera.

No soy de las mujeres,  
que si os armo con estos dedos tiernos  
que ponen alfileres  
en mis tocas, hebillas pone y pernos,  
en vuestras armas, Conde;  
que esto a quien soy, y no a llorar, responde.

Aquel espejo grande,  
en que me toco, para armar es bueno,  
¿queréis que traerle mande  
mientras pedís las armas? Porque el freno  
puesto terná el caballo.  
Id, que del Rey sois deudo y sois vasallo.

CONDE.

¿Por qué celebra el mundo  
Semíramis, Cenobias y Camilas,  
y con valor profundo,  
Matilde, las deshaces y aniquilas,  
¡en tu valor se advierte  
que fué posible hallarse mujer fuerte?

Primo Dionís, ¿qué siente  
ese pecho de ver esta matrona,  
esta serena frente  
digna del verde lauro que corona  
las sienas imperiales,  
Aquiles, Darios, Pirros y Aníbal?

DON DIONÍS.

Estoy, Conde, de suerte  
que a no la conocer, que lo fingía (1)  
temiera; pero advierte

del divino valor con que porfía  
a que tome la espada.

CONDE.

Dame esos brazos, ¡ah, Matilde amada!,  
y pues me das licencia,  
a que con tanta honra en este caso  
no falte mi presencia,  
importa que a París alargue el paso,  
pues ya su rey se parte.  
Dame y toma del alma media parte;  
que en lo demás que toca  
a tu casa bien saben tu gobierno,  
y en tu valor mi boca  
no dice cosa, por el cielo eterno.

MATILDE.

Ahora bien; no lo digas,  
que mucho más callar con él me obligas.  
Vamos, porque es ya tarde.

CONDE.

Quede contigo el ángel de tu guarda.

MATILDE.

El mismo a ti te guarde.

DON DIONÍS.

¡Oh, qué mujer tenéis, primo!

CONDE.

¡Gallarda,

pero parto con celos.

MATILDE.

Que así se vaya y que me deje, ¡ah, cielos!

(Caja, bandera, gente; FLORIS, con un escudo de paje;  
ALMIRANTE, con bastón; el REY, con gola.)

REY. ¡Bizarro, por vida mía!  
¡Gallarda gente, Borbón!

ALMIR. Francia estos árboles cría.

REY. Y yo espero en su sazón  
coger su fruto algún día.

ALMIR. Todo lo que ves se alista.

REY. Alegra el alma y la vista  
ver su número en exceso  
y en señal de buen suceso  
de la presente conquista.

ALMIR. Ellos la llevan igual,  
como son de buena ley.

REY. De llevar tal general.

ALMIR. Más de servir hoy al Rey.

REY. Quien ama no sirve mal.

ALMIR. Alejandro así vencía,  
porque era en extremo amado

(1) A: "que la fingía".

- de la gente que usaba.
- REY. Amor de rey al soldado  
bizarros aceros cria.
- ALMIR. Todos me juran a fe  
de francés, y por la vida  
no volver atrás el pie.
- REY. ¿Qué linda gente!
- ALMIR. Escogida.
- REY. Primo, esperad, bajaré.
- ALMIR. Bien puedes, pues desde arriba  
no has visto el paje que sigo.
- REY. ¿Así gallardo, así viva!  
Por este paje lo digo.
- FLORIS. ¿Su calidad?
- ALMIR. ¿Qué es?
- FLORIS. Me derriba.
- ALMIR. ¿Por qué?
- FLORIS. Porque desde alto  
era muy a plomo el salto.
- ALMIR. Hoy andas gallardo en todo.
- FLORIS. Cumpló, señor, de este modo  
mil cosas de que estoy falto.
- ALMIR. Basta el valor que se encierra  
en ti.
- FLORIS. Quien dice que no  
para ir a la guerra, yerra;  
qué los que son como yo  
no suelen dar para guerra.
- REY. ¿El Rey!
- REY. ¡Oh, Borbón amigo!
- ALMIR. Tu esclavo soy.
- REY. ¡Oh, famosos  
franceses! Dios me es testigo  
que los más dificultosos  
hechos emprender me obligo!
- REY. ¡Oh, Valdovino y Tibalte,  
de esta joya rico esmalte!
- REY. ¡Oh, Clarino!, ¡oh, buen Ruperto!,  
para el buen suceso, es cierto,  
¿qué puede haber que me falte?
- FLORIS. ¡Oh, Floris!
- FLORIS. ¿Acabara yo  
para mañana de verme!
- REY. Siempre el cuidado te vió,  
porque nunca el alma duerme,  
que siempre el alma veló.
- FLORIS. Estáis muy galán soldado.
- REY. Razonable estoy de todo.
- FLORIS. Bravas galas has sacado.
- FLORIS. ¿No ves qué bien me acomodo  
a las armas que me han dado?
- REY. Ese es gran peso, así vivas;  
que con armas defensivas  
nunca yo te pensé ver,  
que las solías tener  
por todo extremo ofensivas.
- FLORIS. No sé si ofendo o desfiendo;  
sé que te vengo a servir.
- REY. Y yo, que pagarte entiendo.
- (Sale el Conde y Dionís.)
- CONDE. Bizarra cosa es oír  
de las cajas el estruendo.
- DIONÍS. Con tal gana las oís,  
con qué bizarro valor  
quieren salir de París.
- CONDE. Aquí tienes, gran señor,  
al Conde y a don Dionís.
- REY. ¡Jesús, Conde, sea en buenhora!  
¿Cómo queda la Condesa?
- CONDE. Vuestra humilde servidora  
rogando a Dios que esta empresa  
venza el Rey y Francia agora.
- REY. ¿A qué venís por acá,  
que ya yo estoy de partida?
- CONDE. Mas buen despacho tendrá.  
Vengo a ofreceros la vida,  
que es la que mi sangre os da.
- REY. Dejad, Conde, cumplimientos;  
conozco vuestro favor.
- CONDE. En mis palabras e intentos  
no hay cumplimientos, señor,  
sino honrados pensamientos.
- REY. Yo vengo con voz expresa  
de servir en esta empresa.
- CONDE. Créolo; ya lo sabía;  
mas no habéis, por vida mía,  
de dejar a la Condesa.
- REY. Señor, Vuestra Majestad,  
no podía esta vez tener  
el freno a mi voluntad.
- CONDE. Borbón, ¿aquesto ha de ser?
- REY. Como es la verdad verdad.
- ALMIR. Pues Gesualdo ha venido.  
¿quién duda que habrá tenido,  
para emprender la jornada,  
con su mujer y su espada  
resolución y ruido?
- CONDE. No hay replicarle, que es hombre  
del valor que ya tú sabes.
- REY. Poco te ofrezco en mi nombre;  
pero entre personas graves  
quiero que Dionís se nombre.

Puedes hacerle merced,  
que a servirte también viene.  
REY. Que lo he estimado, creed.  
Y a la gente que se ordene:  
el campo en orden poned.  
No hay sino marchar, ¡adiós,  
París, que volver a vos  
Dios lo puede hacer!

ALMIR. Si hará.

REY. ¡Floris!

FLORIS. ¡Señor!

REY. ¿Quién dirá  
que a guerra vamos los dos?

(*Éanse y sale, la CONDESA y ROSELA.*)

ROSELA. ¿A quién no dará espanto,  
pues es cosa nunca oída,  
verte alegre a la partida  
y después deshecha en llanto?

Deja de bañar el lienzo,  
que parece que le lavas.

MATILDE. ¡Ay, Rosela, que no acabas  
de ver que a llorar comienzo!

El no llorar, cuando ya  
partió el Conde, mi señor,  
era del alma un dolor  
que la sangre me le da.

Pero este llanto de ahora,  
cuando ya no está en presencia,  
a los ojos de su ausencia  
dásele el alma que adora.

Y como si es detenida  
más furiosa el alma vuela,  
así mi llanto, Rosela,  
sale con mayor corrida.

Y como donde hay dolor  
y en el abrir hay pereza,  
acude naturaleza  
con mayor sobra de humor;

así yo, que he detenido  
la furia de ver su ausencia,  
rompo con mayor violencia  
por el lugar resistido.

¡Ay, Gesualdo! ¡Ay, mi bien!  
De cuatro días casado,  
¿posible es que habéis mostrado  
conmigo tanto desdén?

Tan cansado estáis de mí,  
sin duda claro se ve,  
que no es guerra a la que fué,  
sino la que yo le di.

¡Cuánta diferencia alcanza

desde el amor al desdén,  
y de poseer el bien  
a tenelle en esperanza!

¿Qué presto no se la damos,  
mudanza en sus pareceres?  
¿Qué tenemos las mujeres  
que así a los hombres cansamos?

Sin duda alguna que siento  
que el hombre en esta ocasión  
cobra alguna imperfección  
de nuestro conocimiento;

y como entonces mostramos  
nosotras el amor junto,  
puede ser que en aquel punto  
otra perfección (1) cobramos.

Tan bien se aprueba y conforma  
con esto, que la mujer  
suele al hombre parecer  
cual la materia a la forma.

No sé si en esa flaqueza,  
de amar y no ser amadas  
nos ha dejado agraviadas,  
sin razón, naturaleza.

ROSELA. Señora, si desvaneces  
tu entendimiento en quimeras,  
mezclando burlas a veras  
del bien o mal que padeces,

vendrás a perder el seso,  
que es principio de locura  
cuando una persona apura  
lo imposible de un suceso.

Que el cielo del Conde sabe  
que no fué falta de amor  
sino gran fuerza de honor,  
en una ocasión tan grave.

Tú también culpa tuviste,  
que es, proponiéndote el caso,  
ni le detuviste (2) el paso  
ni mostraste el rostro triste.

La guerra es breve y segura,  
Enrique en persona va;  
presto el Conde volverá  
a gozar de tu hermosura.

MATILDE. Plega a Dios, que sabe bien  
cuánto su peligro siento;  
que es muy bravo el pensamiento,  
y amigo de honor también.

Temo (3) una bala, una flecha,

(1) B: "perfección".

(2) A y B: "si le detuviste el paso".

(3) A: "tomo".

una desgracia y azar.

ROSELA. Siempre el temer y el amar  
vive en una casa estrecha.

Mas quiera Dios, mi señora,  
que vuelva a su patrio suelo  
con salud.

MATILDE. A la del cielo  
lo encomienda de hora en hora.

(Entra LAUJINO.)

LAUJINO. Todo el fuerte está cerrado,  
sin que quede puerta en él,  
en el patio, ni el vergel.

MATILDE. Mucho contento me has dado.

LAUJINO. Las llaves son éstas.

MATILDE. Muestra;  
que yo las quiero guardar.

ROSELA. ¿Que ya no hay salir ni entrar?  
¿Qué vida ha de ser la nuestra?

MATILDE. ¿Mandaste decir las misas  
por el Conde, mi señor?

LAUJINO. Hago yo con mucho amor  
las cosas que tú me avisas;  
y más tocando a salud  
y vida del Conde agora;  
que le he criado, señora,  
y conozco su virtud.

ROSELA. Llorad vos también un poco,  
que eso habemos menester.

LAUJINO. Hasta el cielo ha de llover  
de tristeza.

ROSELA. ¡Callad, loco!

(Entra ARDENIO.)

ARDENIO. ¡Dame albricias!

MATILDE. ¿Yo? ¿De qué?

ARDENIO. Quebrando queda el aldaba  
del fuerte...

MATILDE. ¡Prosigue! Acaba:  
que estoy entre miedo y fe.

ARDENIO. El Conde, mi señor.

MATILDE. ¡Bueno!  
Tome esas llaves cualquiera;  
y a fe que a abrirle saliera;  
pero esta humildad condeno,  
no entienda flaqueza en mí.

LAUJINO. Voy volando.

ARDENIO. Yo también.

MATILDE. ¡Jesús, que el Conde, mi bien,  
Rosela amiga, está aquí!

¡Oh, buen Rey, discreto y sabio!  
No le ha consentido ir.

ROSELA. Si verdad se ha de decir,

hiciérate mucho agravio.

Siempre, señora, pensé  
que el Rey no consentiría  
que fuese.

MATILDE. ¡Ay, Rosela mía,  
que estoy entre miedo y fe!

(Entra el Conde GESUALDO.)

CONDE. Cuando tus antepasados  
ganaron este castillo  
o por puerta, o por portillo,  
o a escala vista arrojados,

no es posible que costó  
a nadie tanta paciencia  
de sufrir tu resistencia,  
como agora tuve yo;

que descaba tus brazos,  
tanto, que me maravillo  
que mi fuego a este castillo  
no le volase en pedazos.

Ya combatirle quería,  
ya le asestaba los tiros  
el alma de mis suspiros  
que envuelta en ellos salía,

ya mis soldados deseos  
querían en su conquista,  
combatille a escala vista  
para ganar más trofeos.

MATILDE. ¡Qué gallarda entrada hacéis!,  
¡qué estudiada la trujistes!;  
¡Jesús, que bravo salistes!,  
¡Jesús, qué tierno volvéis!

Si esos no son nuevos modos,  
¿cómo venís de esa guerra?  
Hasta en vuestra propia tierra  
nos la queréis dar a todos.

¿Queda Bayona ganada?  
¿Qué me traéis del despojo?

CONDE. ¡Basta!, que os ha dado enojo  
ser tan breve la jornada.

Pues sabed, señora mía,  
que el campo marcha y que voy  
con él, a fe de quien soy,  
que el volver no es cobardía.

El Rey, un poco apartado  
del ejército, esta noche  
viene aquí cerca en un coche  
a ser vuestro convidado

.....(1)  
y a ver esta fortaleza.

(1) Falta un verso.



MATILDE. ¡Jesús!, ¿en tanta pobreza?  
 Pena por tus ojos vino;  
 mas si no se ha de excusar,  
 en lo que importa repara,  
 que el huésped jura en la cara  
 si puede o no puede entrar.  
 Yo voy a hacer prevenir  
 el aposento.

CONDE. Camina.  
 ¿qué condición peregrina!  
 ¿Qué extraño hacer y decir!  
 Caminad, Laujino (1), vos,  
 y avisad toda esa gente.  
 LAUJINO. ¿Qué cosa es un Rey pariente!  
 ¿Extraño favor, por Dios!

(Salen el REY, FLORIS, TIBALTE, DON DIONÍS, VALDO-  
 VINO y ALMIRANTE.)

REY.  
 No vi en mi vida tan gallardo fuerte,  
 que foso, barbacana, puente y muro  
 una joya, señor, parece de oro.

DIONÍS.  
 Aquí está el Conde.

CONDE.  
 Si esta fuerza fuera  
 el mundo todo, la rindiera el dueño  
 a vuestros pies invictos.

REY.  
 ¡Alzaos, Conde!

ALMIRANTE.  
 La Condesa a besar vuestros pies sale.

MATILDE.  
 Seáis, señor, mil veces bienvenido  
 a honrar nuestra humildad con tu grandeza.

REY.  
 Matilde, la humildad siempre está honrada  
 de sangre, de valor y de hermosura.  
 Traigan sillas aquí; tráigamos sillas,  
 que no quiero que estéis en almohada,  
 sino cerca e igual de mi persona.

CONDE.  
 Ya están sillas aquí.

REY.  
 ¡Sentaos, Condesa!

¡Borbón!

ALMIRANTE.  
 ¡Señor!

REY.  
 Notable mujer.

ALMIRANTE.  
 Brava.  
 ¿Nunca tu Majestad visto la había?

REY.  
 Nunca, por Dios.

ALMIRANTE.  
 Pues es de Francia el fénix.

REY.  
 Poncos a las espaldas de esta silla,  
 ¡válgame Dios, qué hermosura!

ALMIRANTE.  
 ¡Grande!

REY.  
 Floris, salte allá fuera.

FLORIS.  
 Ya te entiendo.  
 ¡Oh, cómo el alma nunca miente! ¡Oh, cielos!  
 ¡Y cómo se cumplió lo que temía!

REY.  
 ¡Tibalte! (1).

TIBALTE.  
 ¡Señor!

REY.  
 Id y haced de suerte,  
 que aunque quiera no entre aqueste paje.

TIBALTE.  
 Harélo así.)

REY.  
 Gallardo es el castillo,  
 madama, en mi fe.

MATILDE.  
 El y sus dueños  
 han estado y están para servirlos.

REY.  
 Sentaos, Condesa, ¡ay, primo, que me pierdo!

ALMIRANTE.  
 ¡Jesús!, ¿qué dices?

REY.  
 Lo que oyes.

(1) Texto: "Laurino".

(1) A. "Tibal".

ALMIRANTE.

Mira  
que es el Conde tu huésped y tu sangre.

REY.

¿Para qué tiene el Conde, si es mi huésped,  
en su casa, Almirante, basilisco?)  
¿Bellor, madama, dónde cae?

MATILDE.

Un tiro  
de piedra puede estar de este castillo;  
no le vió, por ser tarde, Vuestra Alteza,  
que ya el sol declinaba cuando vino,  
y aunque fuera de día era imposible,  
porque le cubren todo huertas y árboles.

REY.

¿Tiene gran vecindad?

MATILDE.

Poca y lucida.

REY.

(Borbón, este negocio va perdido.  
No quieras más de que me esfuerzo y bajo  
los ojos a la tierra, como César,  
cuando a Cleopatra visitó en Egipto,  
y me los arrebató y vuelve al cielo  
de los suyos, de suerte, que me tiembla  
la sangre en cuantas venas tengo.

ALMIRANTE.

¡Oh, cielos,  
cuánto fuera mejor no haber venido!)

REY.

¿Hay caza en este bosque?

MATILDE.

Anda espantada  
de aquestos labradores convecinos.

REY.

¿No hay penas?

MATILDE.

Graves.

REY.

¿Mas qué sirven penas.  
si la caza es sabrosa y si se alcanza?  
¿Cuánto hay de aquí a París?

MATILDE.

Habrà tres leguas.

CONDE.

¿Quiere cenar Su Majestad?

REY.

¡Oh, Conde!,  
¿no sabéis que es de San Dionís la víspera?  
Hoy hago colación.

CONDE.

Matilde, tráiganla.

REY.

No os levantéis y oíd, que por mi vida,  
que si se sirve más que una conserva,  
de entrarme [he] en mi aposento y no tomarla.

MATILDE.

Tráiganla sola si de aquesto gustas.

CONDE.

Es Enrique, Matilde, un santo.

MATILDE.

Créolo.

CONDE.

¿Qué ejemplo, caballeros, en rey mozo!

REY.

(Esto es fuego, Borbón.

ALMIRANTE.

Señor, si el daño  
ha llegado a este punto, no te aflijas;  
pretende, sirve, pide.

REY.

Dios te guarde.

ALMIRANTE.

Bien sé que lo contrario fuera justo,  
y que es, señor, mal hecho lo que intentas,  
siendo tu sangre el Conde y hoy su huésped;  
mas en amar no hay ley que se parezca  
a la necesidad de no guardalla.)

(La mesa con servicio y conserva.)

CONDE.

Ya está aquí la conserva, que nos tratas  
como a pobres.

REY.

Pues, ¡alto!, aquí me siento.

CONDE.

¿Qué llaneza tan grande!

REY.

Vos, señora,  
no os levantéis; estaos así sentada.

MATILDE.

Yo pensé que cenabas, y aunque juntos  
llegaron el aviso y tu persona,  
caza te diera el monte y pesca el río,  
y cuando les faltara la engendrara  
la voluntad del Conde y mi deseo.

REY.

Dejaré de cenar por escucharte.

FLORIS.

(Y yo cenaré lágrimas y celos.)

REY.

¿Quién ha dejado entrar aquí este paje?

ALMIRANTE.

Salte, Floro, allá fuera.

FLORIS.

Poco importa,  
que ya lo estoy de mí.

ALMIRANTE.

Calla, ignorante.

REY.

Sentaos aquí, Condesa, por mi vida;  
llegalde aquella silla, caballeros.

MATILDE.

Aquí estoy bien.

REY.

Llegad junto a la mesa.

DIONÍS.

(No me contentan, primo, los favores.

CONDE.

Esto es bondad del Rey.

DIONÍS.

El Rey es mozo.

Matilde hermosa.

CONDE.

Sí, pero es Matilde.)

REY.

Por mi vida, Condesa, que reciba  
este favor de vos; cenad conmigo,  
que juro que estas verdes ensaladas  
muestran bien el buen gusto de su dueño.

MATILDE.

Señor, yo nunca ceno sin el Conde.

REY.

Cene el Conde también.

ALMIRANTE.

(¡Bueno va esto!)

CONDE.

Yo he de cenar con estos caballeros.

REY.

Pues dad licencia a la Condesa.

CONDE.

Es tanta la merced, gran señor, que de rodillas  
puede cenar con vos.

REY.

Sentaos, Condesa.

Denme a beber.

ALMIRANTE.

Id, Conde, por el agua.

CONDE.

Yo voy, pues lo mandáis.

REY.

(¡Qué bien hiciste!)

Señora, muchos días han pasado  
que deseaba ver vuestra hermosura;  
¡cuán por mí mal la vi!

MATILDE.

Estas hierbas cría  
esta tierra, señor.

ALMIRANTE.

(La razón trueca.)

REY.

Y como es cierto que estas hierbas cría,  
y a fe que no son poco ponzoñosas.

DIONÍS.

(¡Conde!

CONDE.

¿Qué quieres?

DIONÍS.

Oye, por tu vida;  
este negocio está ya declarado.  
Yo he visto al Rey perdido, y por sin duda  
tengo que por gozar de la Condesa  
te han de matar.

CONDE.

¿Qué dices, primo?

DIONÍS.

Digo

que está el Rey tan turbado, que no hay ciego  
que no vea que el Rey tu esposa adora;  
créeme y dale en esa copa...

CONDE.

¿Cómo?

DIONÍS.

La contrahierba de tu honra y muerte;  
tu sangre soy; en lo que digo advierte.

CONDE. Yo tengo buena mujer,  
cuando el Rey intente tal;  
yo tengo sangre leal  
donde la debo tener.

Esta que mi pecho cría,  
hará, como estando en mí,  
que esa, que ha faltado en ti,  
no pienso que es sangre mía.

Retírate y no me hables.

DIONÍS. Creo que anduve atrevido;  
amigo fui, pero han sido  
mis experiencias notables.

REY. ¡Qué buen agua!

MATILDE. Aquí en el muro  
la vierte una hermosa fuente.

REY. ¿Bebéis vino?

MATILDE. Esta corriente  
me lo ofrece fresco y puro.

REY. ¿Que en eso me parecéis?  
Dadle a beber.

ALMIR. Ya está aquí.

MATILDE. ¡Jesús, Borbón!, ¿vos a mí?

REY. Tomaldo, no os levantéis,  
tomaldo (1).

MATILDE. Pues de rodillas.

REY. Bebed.

MATILDE. Creed que me pesa.

REY. Desviad de aquí la mesa.

ALMIR. (Hoy se han de ver maravillas.)

REY. Idos todos a cenar,  
que yo aquí me entretendré (2)  
con Matilde.

DIONÍS. ¡Bueno, a fe!

ALMIR. ¡Ea, pues, no hay que aguardar!

¡Alto, a cenar, caballeros!

CONDE. Yo aquí me quiero esconder

para ver si puedo ver  
algo con mis celos fieros.

REY.

Matilde, como las leyes  
de amor funden en disculpa,  
se esfuerza y es menor culpa  
admitir el de los reyes.

Y como a la guerra voy,  
tan aprisa como ves,  
que en la furia soy francés  
y en el agravio rey soy,  
no puedo, haciendo el oficio  
de galán y cortesano,  
dar a los ojos la mano,  
para dar del alma indicio.

No puedo con grandes fiestas,  
ni con papeles, mostrar  
que en un hora de mirar  
el alma y vida me cuestas.

Yo me voy, y tan resuelta  
el alma para servirte,  
que una mano he de pedirte  
en prendas hasta la vuelta.

¡Dámela, por vida mía!

MATILDE. ¿Es posible que tal soy?

¿Qué ocasión, señor, te doy  
para tan gran osadía?

¿Y es posible que si he sido  
por mí misma desdichada,  
no merezco ser honrada  
en virtud de mi marido?

Si es aquesto entretener  
una mujer, norabuena.

CONDE. (¿Tiene el infierno más pena  
como esto que vengo a ver?)

REY. No, Matilde, no va en ti,  
ni en mí, ni en el Conde: amor  
tiene culpa de ese error.

MATILDE. ¿Tú enamorado de mí?

¿Pues cómo?

REY. Porque miré.

MATILDE. ¿Qué miraste?

REY. Tu hermosura.

CONDE. ¡Eso no, que si eso dura,  
la vida perder podré.)

¿Quiere Vuestra Majestad  
descansar?

REY. ¿Habéis cenado?

CONDE. Sí, señor.

REY. No estoy cansado,  
sino es de la voluntad.

ALMIR. Bravos regalos ha habido.

¿Cómo no cenastes, Conde?

(1) B: "tomadlo", las dos veces.

(2) B: "entreterné".



CONDE. Tuve que hacer.  
 REY. (Mal se esconde amor.) ¡Ah! ¿Cómo?  
 CONDE. (1) ¡Estoy perdido!  
 ALMIR. ¿Quiérese luego acostar tu Majestad?  
 REY. No querría.  
 ALMIR. Pues juguemos hasta el día.  
 VALDOV. Dados hay.  
 REY. Mostrad.  
 ALMIR. ¿Azar?  
 REY. Ése es el que eché, Borbón. Paradme todos.  
 CONDE. No juego.  
 (¡Oh, primo, que estuve ciego a la luz de tu razón!  
 DIONÍS. Pues qué, ¿hay algo?  
 CONDE. Con mis ojos pedirle una mano vi.  
 DIONÍS. Cuanto a su honor me atreví, no fueron vanos antojos.  
 No hay peligro en la Condesa, porque es una firme torre; sólo el de tu vida corre, de que en extremo me pesa.)  
 REY. Más, a diez.  
 ALMIR. Estos escudos.  
 REY. Topo.  
 CONDE. (¿Pues qué me aconsejas?  
 DIONÍS. Que des a los ciclos quejas, que no descansan los mudos.  
 CONDE. ¡Y quíerame remediar!)  
 REY. No he visto suerte tan buena. Más, a ocho.  
 ALMIR. Esta cadena.  
 REY. Digo.  
 ALMIR. Que no, no hay azar.  
 ¡Gallarda suerte, por Dios!  
 No sé en qué soy desdichado.  
 REY. Una cadena he ganado;  
 Condesa, ponéosla vos.  
 MATILDE. Beso a Vuestra Majestad los pies.  
 REY. Mayor es la mía.  
 DIONÍS. (Mira, Conde, si porfia.)  
 REY. ¡Ah, Conde!  
 CONDE. ¡Señor!  
 REY. Tomad.  
 CONDE. (Barato?)

REY. (¿Pues no, Borbón?  
 Hoy aquí he de volver a gozar esta mujer.  
 ALMIR. ¿Pues cómo o con qué ocasión?  
 REY. Vos diréis que enfermo estoy, y luego yo y Valdovino (1) nos pondremos en camino.)  
 Condesa, a acostar me voy, que tengo de madrugar.  
 ALMIR. ¡Alto de aquí, caballeros!  
 MATILDE. Pues no he de volver a veros, la mano os quiero besar.  
 REY. No tratéis de eso, Condesa.  
 CONDE. Pues, señora, ¿cómo ha ido?  
 MATILDE. Gran merced he recibido.  
 CONDE. ¡Gentil cadena; bien pesa!  
 MATILDE. Más pesa que vos pensáis.  
 CONDE. El peso no importa nada, porque no hay cosa pesada, si vos con vos la pesáis.  
 Ni me puede dar pesar cosa tan segura en vos, barato nos dió a los dos, que caro me ha de costar.  
 MATILDE. ¿Qué dices?  
 CONDE. Que os acostéis, si sois servida.  
 MATILDE. En buen hora.  
 CONDE. Y aunque madrugue, señora, no quiero que os levantéis.  
 MATILDE. No me levantan a mí los pensamientos dormidos, reyes idos y venidos; sólo vos reináis aquí.  
 Y en aquesto se resuelva quien sabe lo que yo soy.  
 CONDE. ¡Ah, cielo santo! Yo voy donde plega a Dios que vuelva.

(VALGRIS, DUQUE, caja y gente y SEVERINO.)

SEVERINO.

Digo que el campo a toda prisa marcha, que ni la helada escarcha ni la fuerza de Febo os hará perdonar el rey mancebo. Por eso mira bien cómo das traza de resistir la furia, porque para tu injuria te amenaza.  
 Dicese que, muriendo Luis famoso, su padre belicoso,

(1) Texto: "Rey".

(1) Texto: "Valduyno".

con un discurso largo,  
de acabar esta guerra le dió cargo.  
Y que él tiene jurado, sobre un ara,  
de tomar a Bayona,  
si Aquiles en persona la repara.

VALGRIS.

¿Esos aceros, duque Severino,  
y ese valor divino  
muestra el mancebo Enrique?

SEVERINO.

No hay hombre en Francia que por él no aplique  
el diestro puño al de la fuerte espada,  
que en siendo el rey soldado,  
ningún honrado la tendrá envainada.

VALGRIS.

Sea el que fuere Enrique, o fuerte o flaco,  
no es esto que yo saco  
fuerzas de la flaqueza;  
sino reconocer la fortaleza  
de vuestros invencibles corazones,  
que sujetarle esperan,  
y no vencieran tigres ni leones.

Venga el francés soberbio y arrogante,  
armado de diamante,  
con blanca pluma y bandas,  
la valona de puntas y de randas  
suelta sobre la gola, que no creo  
que entrará tan gallardo  
donde le aguardo con mayor deseo.

Ya su lirio conoce nuestra rosa,  
que no es de vergonzosa  
el estar colorada,  
sino de sangre de francés manchada.  
Ni temo su furor, ni edad envidia,  
que la ciudad le aguarda,  
con buena guarda y con gentil presidio.

Repárense los fosos y trincheas,  
y donde acaso veas  
alguna parte flaca,  
repara el muro y el temor aplaca.

SEVERINO.

¿Tienes sustento?

VALGRIS.

Para muchos días.

SEVERINO.

Pues recoged la gente,  
alza el puente y prevenid espías.

(Sale la Condesa y Rosela.)

MATILDE. Y sospecho yo de mí,  
que es cosa contra mi honor.

ROSELA. Celos son hijos de amor.

MATILDE. Eso es ya viejo.

ROSELA. ¡Ay de mí!

Pero no debéis culpar,  
que quien quiere bien los tenga,  
pues no hay cosa que convenga  
como temer con amar.

Alguna ocasión tenéis  
los dos, pues al despediros  
todo ha sido unos suspiros  
con que habláis y enmudecéis.

Toda la noche os oí  
que el Rey estuvo en la fuerza,  
y harto a obligaros se esfuerza,  
mas está fuera de sí.

¿Por qué tú, pues que los cielos  
de tan gran ingenio dotan  
cuando ves que le alborotan  
no le sosiegas (1) los celos?

¿Qué tiene el Conde? ¿Qué ha si-  
la causa de este pesar? [do  
Bien puedes conmigo hablar,  
que nací junto al olvido.

MATILDE. ¡Ay, amiga, quién dijera  
que el Rey...

ROSELA. No me digas más.  
¿Sabe algo el Conde?

MATILDE. Jamás  
le di ocasión, ni pudiera.

Dios sabe que al Conde adoro,  
que es mi señor, que es mi bien,  
y que es mi honra también  
en mí un precioso tesoro.

Y él lo debe de saber,  
que no está de mí celoso,  
pero de un rey poderoso,  
¿cuál hombre no ha de temer?

Porque mi lealtad sabida,  
tan segura le deshonra,  
no terná miedo a su honra,  
pero ternále (2) a su vida.

(Entra ARDENIO.)

ARDENIO. Por Dios, que esta vez, señora,  
me has de dar albricias grandes.

(1) B: "sosiegue".

(2) A: "Ternála".

MATILDE. ¿De qué?  
 ARDENIO. Cuando me las mandes.  
 MATILDE. ¡Habla!  
 ARDENIO. El Conde llega ahora.  
 MATILDE. ¿El Conde? ¡Jesús! ¿Qué es esto?  
 ROSELA. Las piedras en esto caen;  
 celos le llevan y traen.  
 MATILDE. Toma esa llave; abre presto.  
 ¿Hay celos más temerarios?  
 ROSELA. Con ninguno guarda ley.  
 MATILDE. Verná a ver si está aquí el Rey  
 escondido en los almaríos.  
 ¿Cómo verná?  
 ROSELA. Por la posta.

(Entra el REY y VALDOVINO.) (1)

REY. ¿Y es mucho, mi bien, por vos?  
 MATILDE. ¡Conde...! Mas, ¡válame Dios!  
 VALDOV. Que le tuviera de costa  
 el darle vneseñoría  
 un abrazo, o dos, o tres.  
 MATILDE. ¿Quién es?  
 VALDOV. ¡El Rey!  
 MATILDE. ¿El Rey es?  
 Debe de ser fantasía.  
 Aguárdese un poco aquí  
 y entrará en este aposento.  
 REY. ¿A qué ira?  
 VALDOV. No sé su intento.  
 REY. ¡Vergüenza tengo de mí!  
 Mal hemos hecho en dejallo...  
 ¡Oh, amor villano y grosero!  
 Era en ausencia parlero  
 y agora en presencia (2) callo.  
 Venía determinado  
 que luego, en llegando a vella,  
 había de usar con ella  
 bizarría y desenfado;  
 y apenas su rostro vi  
 cuando del cabello al pie  
 temblé, ¡a fe de rey!, temble,  
 y más que a un rayo temí.  
 No se ha visto al condenado  
 así delante el juez,  
 ni el medroso alguna vez  
 con truenos en despoblado,  
 como yo viendo a Matilde,  
 ¡oh, inexpugnable mujer!  
 VALDOV. Pensemos lo que has de hacer,

que estás, para rey, humilde.  
 Si no te quisiere abrir  
 rompamos el aposento.

MATILDE. ¡Ah, caballeros!  
 REY. Ya siento  
 su voz.  
 MATILDE. Prociúrenme oír.

En las casas de los nobles  
 nadie con engaños se entra,  
 y más los reyes, que el rey  
 hace llana su defensa.  
 El que ese nombre ha tomado  
 en otra parte lo sea,  
 que el Rey, mi señor, yo sé  
 que agora queda en la guerra.  
 Ni él dijera que era el Conde,  
 sino el Rey, cuando el Rey fuera,  
 porque era entrar en mi casa  
 entrar en su misma tierra.  
**El famoso y fuerte Enrique,**  
 entre cajas y trompetas,  
 marcha agora con su campo  
 contra el rey de Inglaterra.  
 Glorioso va de sí mismo,  
 y por sus blancas banderas  
**mil lises de oro sembradas**  
 con mil blasones y letras.  
 ¡Mirad cómo puede ser  
 que a engañar mujeres venga  
 quien va a ganar a Bayona  
 contra la soberbia inglesa!  
 Va a su lado mi marido,  
 que al mío (1) gozar pudiera  
 blanca cama y mis regalos,  
 que por su deuda fué deuda.  
 ¿Y había de darle en pago  
 esa deshonra y afrenta,  
 y más siendo de su sangre?  
 Dios me guarde que tal crea.  
 Salga luego del castillo,  
 salga presto, salga fuera,  
 y en disparando una bala,  
 les tirarán una pieza.  
 REY. ¡Extraña mujer, Valduino!  
 Me ha de matar.  
 VALDOV. ¡Huye!  
 REY. Estémonos en Belflor,  
 aquesta pequeña aldea.  
 Desde allí quiero escribirla.

(1) Texto: "Valduyno".

(2) Texto: "ausencia".

(1) Texto: "el mío".

VALDOV. y a toda Francia ofrecerla,  
y si no matar al Conde.  
SÍ, señor; ¡el Conde muera!

## JORNADA TERCERA

(Salen el ALMIRANTE y TIBALTE.)

ALMIR. El Rey se tarda.  
TIBALTE. En extremo.  
ALMIR. Alguna sospecha tomo.  
TIBALTE. ¿Cosa que se entienda?  
ALMIR. ¿Cómo?  
TIBALTE. Al Conde (1) y sus deudos temo.  
ALMIR. Pues tanto se ha detenido,  
señal es que ha negociado.  
TIBALTE. Y pues el tiempo ha ganado (2),  
no habrá la ocasión perdido.  
ALMIR. Del Rey me espanto, que entró  
en el gobierno tan bien (3),  
que prometieron gran bien  
las esperanzas que dió.  
TIBALTE. No por eso se han perdido,  
que sólo se han estragado.  
ALMIR. Cuando yo le vi obstinado,  
dejéle correr corrido;  
que adonde se determina  
un hombre con tal despejo,  
sería darle consejo  
dar al mundo medicina.  
TIBALTE. En fin, que aquesta tardanza  
¿es que la goza en secreto?  
ALMIR. No creyera que este efeto  
alcanzara su esperanza.  
Por un diamante tenía  
a Matilde.  
TIBALTE. Si el diamante  
se labra, la más constante  
se rinde, si le porfia.  
ALMIR. Está el buen Conde sirviendo,  
sin desnudarse las armas,  
a doscientos hombres de armas  
como un Aquiles rigiendo;  
y una mujer, que, en efeto,  
el mundo lo quiso así  
poner nuestra honra en sí,  
gozando al Rey en secreto.

(1) Texto: "Alcayde".

(2) Texto: "y que el tiempo no ha ganado".

(3) Texto: "también".

¿Esto es lo que el Conde precia?  
TIBALTE. Que se parece, imagino,  
a la historia de Tarquino,  
pero ella en nada a Lucrecia  
ALMIR. Así de la guerra fué,  
mas no tan bien negoció.

(Entra el CONDE y DON DIONÍS.)

TIBALTE. ¿El Conde!  
ALMIR. ¿De quién se habló,  
que luego allí no se ve?  
CONDE. ¿Hase levantado el Rey?  
TIBALTE. ¡Oh, señor Conde, no ha estado  
bueno, que anda resfriado.  
Es muy sujeto a la ley  
del fiero Marte, de suerte  
que a las del cielo la iguala.  
ALMIR. Es valor, es honra, es gala  
ser tan sujeto y tan fuerte.  
CONDE. Yo tengo cierta ocasión,  
que gustaré que la entienda,  
y entraré a hablarle en la tienda,  
si dais licencia, Borbón.  
ALMIR. Tened, Conde, el paso atrás,  
que no se entra a hablarle así.  
CONDE. ¿Cómo, Borbón! Pues a mí  
no se me negó jamás.  
ALMIR. Ni fuera justa razón.  
El Rey reposa, dejaldo;  
que bien sabéis, Gesualdo,  
que no es agora ocasión.  
Levantarse ha esta tarde  
el Rey, y hablarle podéis.  
CONDE. Suplícoos que vos entréis.  
Entrad, ¡así Dios os guarde!  
Y si acaso está despierto,  
decidle que estoy aquí.  
ALMIR. Yo sé que duerme, y así  
lo tengo por desconcierto.  
Id, señor, enhorabuena,  
que yo os enviaré a llamar.  
CONDE. No hay aquí más que esperar.  
primo. Mi mujer no es buena.  
DIONÍS. ¿Qué sospechas?  
CONDE. Que en Belflor  
está el Rey con la Condesa.  
DIONÍS. Sospecha infalible es esa.  
¡Muera el Rey! ¡Venga tu honor!  
CONDE. No me espanta el Rey injusto,  
que es hombre, al fin, aunque es Rey,  
y en su poca edad no hay ley



que valga más que su gusto.

Mas de mi fiera mujer,  
que tuve por tan humilde...;  
pero era mujer Matilde,  
harto la disculpa el ser.

Pero ¡cielos!, si me engaño,  
¿qué fuerza en mí se resiste?,  
que este pensamiento triste  
es el autor de mi daño.

¿Mas cómo puedo engañarme,  
Dionís, si el Rey está ausente,  
que en decir que duerme, miente  
Borbón, que es por desvelarme?

¡Vive Dios, que no está Enrique  
debajo de aquella tienda,  
sino con mi propia prenda,  
donde mi persona aplique!

DIONÍS. ¡Ah, infame Rey!, (1)

CONDE. ¡Pese al Rey y a ti también!  
Pésame de querer bien,

por quien tal deshonra paso.  
Mujer que de su marido  
se despide secamente,  
que a mil peligros ausente  
está en la gloria ofrecido;

mujer que le da licencia  
y una lágrima no llora,  
es falsa, es fiera, es traidora,  
es adúltera en ausencia.

Venga el Rey, que ¡vive Dios!,  
que verná en hora tan mala,  
que has de tirarle una bala,  
y yo, con la tuya, dos.

Y luego con estos dientes  
matar la que está en sus brazos  
y enviarla hecha pedazos  
a sus infames parientes.

Y esto era de importancia,  
si Francia engañada estuvo,  
porque vea qué fruto tuvo  
el claro ejemplo de Francia.

DIONÍS. Retírate, que la furia  
da voces con la pasión,  
y eso es llamar a Borbón  
por testigo de tu injuria.

No te entienda, aunque más prive,  
que será mayor deshonra,  
porque el que vive sin honra,  
mientras no lo entiende, vive.

Pero si sabe que sabes

que estás sin ella, ese día  
la pierdes.

CONDE. ¡Ay, honra mía,  
que di a una mujer tus llaves!

ALMIR. Estas voces y esta rabia  
no me agradan en el Conde,  
que al que es honrado se esconde  
mal que su mujer le agravia.

¡Ah, mancebo rey de Francia!  
TIBALTE. Siempre en esas más y menos;  
que yo juro que mil buenos  
viven con harta ignorancia.

(Sale RUPERTO y luego el REY.)

RUPERTO. (1) Oíd, señor Almirante,  
al oído.

ALMIR. ¡Oh, buen Ruperto!

TIBALTE. (¿Pajes del Rey?)

ALMIR. ¿Cierto?

RUPERTO. Cierto,  
y no hay ninguno delante.

ALMIR. Tíbalte, toda la gente  
de la tienda retirad.

TIBALTE. Harélo.

RUPERTO. ¡Señor, llegad!

REY. En buen hora estéis, pariente.

ALMIR. ¡Oh, mi Rey y mi señor!  
¿Cómo os ha ido?

REY. Muy mal.

ALMIR. Aquí llegó el Conde, y tal,  
que va llorando su honor.  
Y que como entró en la tienda,  
de vuestra ausencia he pensado  
que ya se la habéis quitado.

REY. Pues es razón que se entienda.

Dadme una ropa y traed  
aguamanos, y entretanto  
fingiré que me levanto.

RUPERTO. Aquí está ropa.

REY. Poned.

Y trae paño y agua, y llama  
al Conde.

RUPERTO. Yo voy.

ALMIR. Aquí  
tienes fuente y agua.

REY. Así,

di que salgo de la cama,  
y a fe, que si en el infierno  
las hay como la he tenido,

(1) Falta la indicación de persona que habla.

(1) Falta una palabra.

que es justamente temido,  
Borbón, su tormento eterno.

ALMIR. ¿No la has gozado?

REY. ¿Qué es eso?

ALMIR. ¿Mandóse negar?

REY. Bien creo

que sabes de mi desco  
que te dijera el suceso.

No es mujer.

ALMIR. ¿Pues qué?

REY. ¡Serpiente!

(Entra el Conde y don Dionís.)

ALMIR. ¿No habló?

REY. Quisome matar.

ALMIR. ¿Pues qué hiciste?

REY. Porfiar.

ALMIR. ¡El Conde!

REY. Llega esa fuente.

CONDE. Déme los pies Vuestra Alteza.

REY. Eso no, entre amigos llanos.

CONDE. Pues desocupad las manos.

REY. Cubrid, Conde, la cabeza.

CONDE. El Almirante me dijo  
que andáis desasosegado.

REY. Creo que estoy resfriado;  
aunque no es mal, es prolijo.

ALMIR. Aunque dicho se lo hubiera,  
no le respondiera así.

CONDE. Las armas lo harán.

REY. No fuí

tan tierno cuando lo era.

Y más ahora robusto,

¿pero qué es lo que queréis?

CONDE. Vestíos y lo sabréis,

que creo os ha de dar gusto.

Primo, ¿qué os parece de esto?

DIONÍS. Que fué ilusión del demonio, (Ap.)  
y que un falso testimonio,

Conde, se levanta presto.

CONDE. (¡Jesús, lo que he blasfemado (Ap.)  
de aquel ángel de mi esposa!

DIONÍS. Es, ¡vive Dios!, valerosa;

de ofenderla me ha pesado.)

CONDE. ¿Que aquí estaba el Rey?

DIONÍS. ¿Pues no?

Infaliblemente veo  
que se levanta.

CONDE. Eso creo.

DIONÍS. ¿Qué penitencia haré yo,

que, por Dios, que estoy corrido  
de hacer a Matilde injuria?

Pero, perdona, que es furia  
la sangre en honor perdido.

CONDE. Dionís, el perdón acorta;

deja salva y humildad,

que ello no sea verdad,

es lo que agora importa.

El Rey está ya vestido  
y con botas, que es señal

que ha de salir al real

o al asalto prevenido.

¿Puédote hablar?

REY. Bien podéis.

CONDE. (1) Cierta inglés, hombre seguro,  
por cierta parte del muro  
rompió ocho codos o seis.

Dice que quiere llevarme,  
cuando tú el asalto des.

REY. ¿Entrará un caballo?

CONDE. Pues.

REY. Hablalde y volved a hablarme.

CONDE. Voy.

REY. ¡Almirante!

ALMIR. ¡Señor!

REY. Mirad qué os quiero decir:  
hoy el Conde ha de morir.

ALMIR. ¿El Conde? ¡Es fiero rigor!

REY. Borbón, cuando el Rey ya tiene  
un caso determinado,  
que le replique el criado  
no es cosa que le convenga.

ALMIR. Si el que está cerca del Rey  
no le va a la mano a la ira,  
al mismo trata mentira  
y a Dios no guarda su ley.

REY. ¡Predicadme, por mi vida!...

ALMIR. No es cosa que suelo hacer.

¿pero por una mujer,  
ayer vista y hoy querida,  
quitar la vida a un pariente  
como el Conde?...

REY. ¡Pese al hombre.  
al parentesco y al nombre!

¿Esto mi furor consiente?

ALMIR. Señor, gozar la mujer  
ya lo había consentido;  
pero matar al marido  
no es cosa que puedo hacer.

REY. ¿No mató David a Urías?

(1) Falta indicación de persona.

ALMIR. ¿Soy yo más santo, Borbón?  
 ¿Y ternás tú devoción  
 para llorar tantos días?  
 Si en eso tus manos dan (1),  
 no te faltarán un Natán.  
 REY. Ahora bien, el campo mueve,  
 que hoy quiero dar un asalto.  
 ALMIR. Allí seré yo el primero.  
 REY. No faltarán un caballero.  
 ALMIR. Yo en estos asaltos falto.  
 REY. ¡Valdovino!  
 VALDOV. ¡Gran señor!  
 REY. Oye bien.  
 VALDOV. Beso tus pies.  
 ALMIR. Ese sí, que es magancés,  
 que es buco para traidor.

(*Vanse y sale VALGRIS, y SEVERINO y soldados.*)

VALGRIS.

No es tan bravo el león como le pintan,  
 menos bravo el francés se nos presenta.

SEVERINO.

Siempre todas las cosas se despintan (2),  
 que la fama vulgar hablando aumenta.

VALGRIS.

Parece que al ejército le quintan (3),  
 si no es que acaso el encubrillo intenta,  
 y de mí parecer, nobles ingleses,  
 salgamos de tropel a los franceses.

Ellos están, cual veis, desordenados;  
 démosles un rocío, y no del cielo,  
 que por el campo están desalojados,  
 las armas esparcidas por el suelo;  
 bisoños son los más de los soldados,  
 y ya en la barba no se muestra pelo,  
 y apenas oirán nuestros mosquetes  
 cuando irán más ligeros que jinetes.

Servirá de espantar al enemigo  
 y acobardalle para todo encuentro,  
 fuera de darle ahora este castigo,  
 viendo las gentes que tenemos dentro,  
 mitor (4), tú parecer aprucho y sigo;  
 ya me parece que los rompo y entro.  
 Pues, ¡alto!, ¡al arma!, ¡Inglaterra viva!

Todos.

¡Viva!

VALGRIS.

¡Abre esa puerta presto o la derriba!

(*Salga el ALMIRANTE con espada desenvainada, y TIBALTE y DIONÍS.*)

ALMIRANTE.

¿Hay tal atrevimiento? ¿Hay furia tanta?  
 Ponte a caballo. ¡Al arma! ¡Sube, corre!  
 ¿Adónde vais, soldados? ¿Qué os espanta?

TIBALTE.

Como enjambre han salido de esta torre.  
 Ya está a caballo el Rey, y ya levanta  
 la espada y el ejército socorre.

DIONÍS.

¡Acudid, gran señor!

ALMIRANTE.

Dionís, ¿qué es eso?

DIONÍS.

Que el Rey no escapará de muerto o preso.

ALMIRANTE.

¿Cómo?

DIONÍS.

Que en medio (de) un escuadrón de ingleses,  
 que con pistolas a caballo en tropa,  
 acudieron a ochenta o cien franceses.  
 entra furioso y rompe lo que topa,  
 atruena, y los cañones milaneses,  
 y desde el muro arrojan pez y estopa;  
 tal aquí se retira y tal se acerca,  
 hay peligro en el campo y en la cerca.  
 El conde Gesualdo le ha seguido  
 y a libralle se entró por la batalla.

ALMIRANTE.

¡Ah, buen Conde leal, que vas perdido!  
 Pero vamos a ver cómo se halla.

DIONÍS.

Leal el Conde, por extremo ha sido,  
 que aunque le agravia el Rey, su ofensa calla;  
 mas hace bien, que causa poca pena  
 si el hombre es bueno y la mujer es buena.

(*Saca una carta de la faltriquera.*)

Denantes vino al campo un mensajero  
 de Matilde, con ésta para el Conde;  
 no se la quiero dar, abrirla quiero;  
 veremos si la ha escrito o qué responde.

(*Lee.*)

“¡Conde! Si sois honrado caballero,

(1) Falta un verbo.

(2) Texto: “se le pintan”.

(3) Texto: “quitan”.

(4) A: “mitor”. B: “mitro”.

*aunque la guerra a serlo corresponde,  
veníos a vuestra casa, que os importa,  
que no estoy buena, y honra y vida es corta."*

El Rey, sin duda, por aquesta carta  
se ve que en su propósito porfía.

CONDE.

¡Subid presto, señor! ¡Aparta, aparta!

REY.

Yo me acordaré, Conde, de este día.

DIONÍS.

¡Hunillesete Grecia, Roma, Esparta,  
famoso Conde! ¡Extraña valentía!

Al Rey saca del campo en su caballo  
y él viene a pie. ¡Qué amigo! ¡Qué vasallo!

*(El Rey con un pedazo de lanza.)*

Ya se apea en la tienda.

REY.

Conde amigo,  
notable obligación me queda.

CONDE.

Creo  
que sois, señor, de mi lealtad testigo,  
que sólo agradecéis mi buen deseo:  
Dionís, llega una silla.

REY.

El enemigo  
halló en nuestro descuido su trofeo,  
aunque no lo ha comprado muy barato.  
Buen Conde, no seré con vos ingrato,  
que ya el caballo muerto, allí, sin duda,  
el fiero inglés me hiciera mil pedazos  
si no llegara vuestra fuerte ayuda.

CONDE.

Dadme, señor, los pies.

REY.

Tomad los brazos.

*(Entran el ALMIRANTE, VALDOVINO y TIBALTE.)*

ALMIRANTE.

Huyó la gente de valor desnuda  
a puras cuchilladas y picazos.

REY.

¡Oh, Almirante!

ALMIRANTE.

¡Oh, señor!

REY.

¿Qué hay?

ALMIRANTE.

No hay persona  
que esté fuera del muro de Bayona.

REY.

Espantarnos quisieron.

ALMIRANTE.

Sus espías  
les avisaron del descuido nuestro.

REY.

¡Cuán cerca estuve de acabar mis días!

ALMIRANTE.

*(Es el Conde, señor, pariente vuestro.)*

REY.

Hoy pretendo que cesen mis porfías;  
no muera el Conde.

ALMIRANTE.

Al de Maganza diestro,  
le da ese aviso.

REY.

Escucha, Valdovino,  
que ya no muera el Conde determino.

VALDOVINO.

No muera el Conde, pues que no te agrada.)

REY.

¡Borbón!

ALMIRANTE.

¡Señor!

REY.

Aquesta gente inglesa  
ha gastado en aquesta rociada  
pólvora y munición.

ALMIRANTE.

Verdad es esa.

REY.

Ha entrado rota, herida y maltratada;  
agora que descansa es alta empresa  
dar un asalto a la ciudad.

ALMIRANTE.

¿Qué acuerdo  
de capitán tan valeroso y cuerdo!  
Cuando la gente inglesa está cansada,



y a la ciudad herida se retira,  
la nuestra en orden y a caballo armada  
cómo se escapa blasfemando, mira.  
No salgas de la tienda, si te agrada,  
que estás cansado y lo pasado admira,  
y tentar el discreto no debería  
la fortuna dos veces en un día.

Yo haré la arremetida, y de manera  
que de ella tengas presto buenas nuevas.

REY.

¿Y si del pelear el son me altera?

ALMIRANTE.

Imagina que has hecho heroicas pruebas.

REY.

Parte, Borbón, y en la canalla fiera  
haz lo que a Patria y Rey y a ti te debas.

ALMIRANTE.

Tú verás si te sirvo.

REY.

(Corresponde  
a ti mismo, Borbón, guardar el Conde.)

¡Ea, franceses fuertes, que es el día  
de mostrar el valor de aqueos pechos!

CONDE.

Seguro puedes ir de parte mía  
contra sus armas, fuerzas y pertrechos.

VALDOVINO.

Hoy verás la francesa gallardía.

DIONÍS.

A morir o vencer vamos derechos.

TIBALTE.

El cielo nos prometa la vitoria.

ALMIRANTE.

Si nos la da, darémosle la gloria.

(*Fanse.*)

REY. ¡Casos pasan, por mi vida,  
sucedidos de tal suerte!

¡Ay, dura, hermosa homicida,  
que parece que la muerte  
está de verme aborrida!

Advierte que tu marido,  
má que tú, piadoso ha sido,  
pues que la vida me ha dado,  
y tú me has muerto y dejado  
en las manos del olvido.

Dióme su propio caballo  
y del peligro sacó,  
sin otras cosas que callo,  
en que a mí mismo mostró  
la lealtad de buen vasallo,

en que se ha visto que estriba  
solamente que el Rey viva;  
y tú sola en que el Rey muera,  
que sólo el ver que te quiera  
te obliga a ser vengativa.

¡Ay de mí!, ¿qué estoy diciendo?  
Porque si el Conde es leal,  
soy yo, pues que yo le ofendo,  
el que le ha pagado mal.  
¡Oh, amor, que me estás haciendo

decir locuras, que luego  
conozco que estoy tan ciego,  
para que alabarte puedas  
que voy atado a las ruedas  
de los triunfos de tu fuego!

(*Dentro.*)

REY. ¡Viva Enrique! ¡Francia, Fran-  
cia! Ya suena la fiera guerra,  
de ira, sangre y arrogancia.  
¡Cuánto fuera de importancia  
mi persona en esta tierra!

(*Dentro.*)

REY. ¡Viva, viva Inglaterra!  
Ya no lo puedo sufrir.  
¡Vive Dios, que he de morir  
o que he de ganar la tierra!

(*Entrase y sale el Conde con flechas en el pecho, y  
Dionís.*)

DIONÍS. ¡Animaos, primo, por Dios!  
CONDE. Ya me animo, primo amado.  
DIONÍS. Si no he muerto a vuestro lado  
hoy moriremos los dos.

Que yo volveré y haré  
en los ingleses venganza (1).

CONDE. ¡Qué vana es nuestra esperanza  
y qué cierta en Dios la fe!

¡Qué fuerte y qué sin sospecha  
los nuestros acometí,  
y qué humilde que volví  
derrribado de esta flecha!

DIONÍS. Sentaos, Conde, en esta silla.

CONDE. ¡Ay, primo, ya he descansado

(1) A: "vergüenza".

en haberme confesado!  
DIONÍS. ¿A quién no causa mancilla?

(Sale el REY, ALMIRANTE y VALDOVINO con espadas desnudas.)

REY. ¿El Conde es muerto? ¿Qué di-  
¿El Conde muerto? [ces? (1)]

ALMIR. Hoy expira.

Vuelve y muriendo le mira  
en brazos de don Dionís.

REY. ¡Jesús, Conde, Dios os guarde!

CONDE. ¡Oh, mi Rey, ya moriré  
contento, que os vi y hablé!  
¡Ven, muerte; ya llegas tarde!

Antes de ahora te juro  
que en el alma me pesara.

REY. ¡Nunca el asalto intentará!  
¡nunca me acercara al muro!  
¡nunca cobrara a Bayona!

¡nunca con Ingalaterra  
hubiera rompido guerra!  
¡nunca viniera en persona!  
¡nunca os dejara venir  
del lado de la Condesa!

CONDE. Mirad, señor, que me pesa  
de cso más que de morir.

En mí perdéis un soldado  
leal, os prometo a Dios,  
y que, aunque muero por vos,  
quisiera que a vuestro lado.

REY. Quiero apartarme de aquí.

ALMIR. El Rey se limpia los ojos.

CONDE. Dile que tales enojos  
son muy indignos de mí.

¡Ay, Matilde! Mete, primo,  
la mano en la faltriquera  
derecha, que es tesorera  
de un bien que en el alma estimo.

Y dámele por un rato.

DIONÍS. Será bien que hable con él;  
aquí tienes un papel.

CONDE. Dentro de él hay un retrato.

DIONÍS. Dices bien.

CONDE. ¡Ay, gloria mía!

¡Ay, mi Matilde! ¡Ay, mi esposa!

DIONÍS. Mira que no es justa cosa  
para el trance de este día.

CONDE. ¡Y que no tengo de verte!

REY. ¿Qué es lo que besa, Borbón?

ALMIR. Santa de su devoción,  
como en la vida la muerte.

REY. No entiendo qué puede ser.

ALMIR. De su mujer un retrato.

DIONÍS. ¡Ea, Conde, basta un rato.

CONDE. ¿Pues, primo, no es mi mujer?

DIONÍS. Aunque sca, no conviene  
que más que a Dios adoréis.

CONDE. Suplícoos me la dejéis.

REY. ¡Oh, qué larga vida tiene.

Luego que muera, Almirante,  
el retrato le tomad;  
tenga yo de su beldad  
otro rostro semejante.

Tenga yo de aquella fiera,  
con quien descansar ausente,  
otro retrato presente.

Tomadle luego que muera.

Ya muero por él.

ALMIR. Señor,  
no te fatigues así.

DIONÍS. Conde, haced esto por mí,  
volved por vuestro valor.

Deja el retrato, por Dios,  
y tomad el de la cruz,  
que el Príncipe de la luz  
tuvo por cama por vos.

CONDE. Tomad, primo, enhorabuena,  
que ofenderle no pensé;  
mas llamadme al Rey.

DIONÍS. Sí haré.

Oiga lo que el Conde ordena,  
señor, Vuestra Majestad.

REY. ¿Qué es, Conde, lo que queréis?

CONDE. Buen Enrique, ya sabéis  
mi sangre, amor y lealtad.

Como a deudo solamente  
os encargo mi mujer,  
si se quiere recoger,  
ayudadla honestamente;

si se quisiere casar,  
sin vuestro (1) gusto no sca,  
que yo os hago mi albacea  
y a vos la quiero fiar.

En lo demás de mi hacienda,  
toda se la doy, sacando  
dos cosas que a vos os mando,  
fuera de mi amada prenda:  
la una es aquel caballo

(1) Acaso el verso fuera: "¿Muerto es Conde?  
¿Qué decís?"

(1) B: falta "vuestro".

en que esta tarde os libré,  
 porque os acordéis que fué  
 su dueño vuestro vasallo;  
 la otra es un buen azor  
 que en Bellor os le darán.

REY. Ojos que esto viendo están  
 no digan que hay más dolor.  
 Yo os juro de mirar tanto  
 por la Condesa, pariente,  
 como estando vos presente.

CONDE. Dejad, mi buen Rey, el llanto.

REY. Lo demás de las dos prendas  
 estimo en lo que es razón.

DIONÍS. Primo, en aquesta ocasión,  
 ¿qué es lo que a mí me encomiendas?

CONDE. Que sirvas al Rey, no más,  
 y porque llega la hora...

REY. No he de alegrarme jamás.

CONDE.

Cruz soberana, donde el Verbo humano  
 estuvo por mis culpas crucifijo,  
 donde entre las palabras que le dijo  
 a su Padre divino y soberano,

fué pedirle perdón del más tirano,  
 y en darles penas, áspero y prolijo,  
 con cuya santa absolución bendijo  
 al que clavó su pie, costado y mano.

Para que más se entienda que perdono  
 mis enemigos esta triste historia  
 en mi postrero tránsito refiero.

Cruz de mis deudas, verdadero abono,  
 pues sois llave de cruz, abrid la gloria,  
 que es de la alma (1) centro verdadero.

ALMIR. Hoy muere.

DIONÍS. ; Conde! ; Jesú!  
 ; Gestualdo!

ALMIR. ; Oh, expiró!

REY. ; Quién tiene el retrato?

DIONÍS. Yo.

REY. No es bien que le tengas tú.  
 Yo que he de tener el vivo,  
 de quien ya soy albacea,  
 es bien que aqueste posea.

DIONÍS. Yo le doy.

REY. Yo le recibo.

Ponedle en el inventario  
 y hacedme a mí (2) cargo de él.

DIONÍS. No hay tanto valor en él,

ni es contigo necesario.

REY. Quede el marqués Diatristán  
 por general en Bayona,  
 que a Bellor voy en persona (1)  
 a honrar tan buen capitán.

Vengan conmigo Borbón,  
 don Dionís y Valduino  
 y don Tibalte.

ALMIR. El fué di(g)no  
 de tan alta estimación.

Diganle luego al Marqués  
 el cargo con que aquí queda,  
 y porque llevarse pueda  
 el cuerpo ayudad los tres.

DIONÍS. ; Oh, trágica y triste empresa!

REY. ; Qué buen amigo he perdido!

ALMIR. (¿Tú te vas?)

REY. Todo es fingido,  
 que a gozar voy la Condesa.)

(Sale la CONDESA MATILDE y ROSELA y LAUJINO, su  
 tío.)

MATILDE. ¿Tráis vos vuestra labor?

LAUJINO. Aquí tu almohadilla tienes.

MATILDE. ; Qué ociosa, Rosela, vienes!

ROSELA. Tengo desde hoy un dolor  
 que me parte las dos sienes.

MATILDE. Por mi fe, que has de velar,  
 porque habemos de acabar  
 los anchos de esta camisa.

ROSELA. ¿Para qué con tanta prisa?  
 ¿Vuélveste agora a casar?

MATILDE. Vendrá el Conde, mi señor,  
 y fuera de que el marido  
 es con esta bien servido,  
 conócese en la labor  
 que el tiempo no se ha perdido.

Y la guerra nadie duda  
 que a los más nobles desnuda,  
 ¿qué sé yo como vendrá?  
 Siéntate y prisa te da,  
 y de propósito muda.

ROSELA. Ya, señora, ya comienzo  
 esta vainilla; ya empieza  
 a dolerme la cabeza.

LAUJINO. No me ha dado sólo un lienzo,  
 y cortó ayer media pieza;  
 pues coserme no hay remedio.

ROSELA. ; Callad!

LAUJINO. Si no me remedio

(1) A: "del alma".

(2) B: "haced a mí".

(1) "que a Bellor en persona".

y fuera la ropa envió  
no hay pensar que soy su tío,  
aunque la abriese por medio.

ROSELA. ¿Delante de mi señora,  
sin saber lo que conviene  
y la tristeza que tiene,  
habláis así?

LAUJINO. ¡Mira agora!  
Pues con esto se entretiene.

MATILDE. Déjale, Rosela, hablar,  
que así me suele quitar  
muchas veces la tristeza.

LAUJINO. Luego duele la cabeza  
en comenzando a labrar.

Pues aunque de mí se burla,  
un remedio quiero dalle.

ROSELA. Dile, señora, que calle,  
que crece mucho la burla.

MATILDE. ¡Bueno es el doctor y talle!  
Déjale diga.

LAUJINO. Ha de ser  
cuando quicra amanecer  
dos gargarismos no más,  
y dar dos pasos atrás.

MATILDE. Mudanza debe de ser.

LAUJINO. Luego puesta de rodillas,  
revuelta con dos plumillas  
de las alas de Cupido,  
dos onzas de agua de olvido  
y leche de las Cabrillas.

Bébalo y coma un confite  
hecho de átomos del sol,  
con el humo del crisol  
en que el oro se derrite,  
y ande un poco en caracol.

Y si no se le quitare,  
que se queje del consejo.

ROSELA. Frialdades, en fin, de viejo,  
¡plegue a Dios que en esto pare!

MATILDE. ¡Ay! ¿Qué ha sonado?

ROSELA. Un espejo.  
MATILDE. Idlo a ver.

LAUJINO. Iré volando.

LAUJINO. ¡Triste yo!

LAUJINO. No se cayó.

MATILDE. ¿Pues colgado se quebró?

LAUJINO. Así lo hallé.

MATILDE. ¿Cómo o cuándo  
sin tocarle se rompió?  
¡Jesús, y qué mal agüero!  
Hoy, cuando el alba rompía,

soñé que a mi puerta había  
un sangriento caballero  
que me hablaba y no podía.

Háblame, que me entristezco.  
LAUJINO. Yo, ¡párdiez!, como me abrocho  
con buen vino y buen bizcocho,  
muy sin enfado amanezco.

Sueño que soy rey o papa  
que a caballo con gualdrapa  
me voy ribera del río;  
que como y bebo y es mío  
quanto hay pintado en un mapa.

MATILDE. ¡Jesús! Otra vez, Rosela,  
¿qué armas sueñan allí?

ROSELA. Agora yo las oí.

LAUJINO. Y yo.

MATILDE. ¿A quién no desvela?  
¿Cerraste?

LAUJINO. Señora, sí.

MATILDE. ¿Quién está fuera en la sala?

LAUJINO. Ardenio.

MATILDE. Llámale acá.

LAUJINO. ¿Ardenio?

MATILDE. ¿Duerme?

LAUJINO. Una bala  
aun no le despertará,  
ni la voz del maestresala.  
¿Ardenio?

ARDENIO. ¿Quién llama?

LAUJINO. Entrad.

MATILDE. Ardenio, ¿has hecho ruido?

(Entra ARDENIO.)

ARDENIO. Antes, señora, he dormido.

MATILDE. ¿Nadie ha entrado?

ARDENIO. No en verdad.

MATILDE. Extraño prodigio ha sido,  
pero escuchad, que ya suena:  
¿Cómo ruido a tal hora?

ROSELA. ¡Ay! El Conde es, mi señora,  
vuelto en sombra y alma en pena.

(Entra el Conde, armado, y en el rostro una toca negra y un pedazo de lanza en la mano.)

MATILDE. ¡Válgane nuestra señora!

ARDENIO. ¡Jesús!

LAUJINO. Mil veces le nombra.

ARDENIO. ¿Qué es esto que nos asombra?

ROSELA. El Conde es.

LAUJINO. ¿El Conde?

ROSELA. Cierto.

LAUJINO. ¡Ay, santo cielo, si es muerto,



que nos viene a ver con sombra!

¿La Condesa?

ROSELA. ¿No la ves?

Está desmayada.

LAUJINO. Llama

algún médico de fama

ARDENIO. ¿Iré a París?

LAUJINO. Parte, pues.

ROSELA. Llevarla quiero a la cama.

LAUJINO. ¡Ah, señora!

ROSELA. No hay hablar.

LAUJINO. La gente voy a llamar  
del castillo: que soy muerto.

ROSELA. Que lo es el Conde es cierto,  
o que acaba de expirar.

(*Métela en brazos; salen FLORIS y RUPERTO.*)

FLORIS. ¿Esta carta, en fin, te ha dado?

RUPERTO. Floris, esta orden tengo,  
y de parte del Rey vengo  
sólo a darte ese recado.  
El fué, cual ves, con el Conde  
a Belflor.

FLORIS. Es muy piadoso,  
y, como Rey, generoso.  
a sus deudos corresponde.

A Gesualdo debía  
esta honra que le hace;  
bien finge, que de amor nace  
lo que es fina alevosía.

Dícenme que es su albacea,  
y que queda en su poder  
esta gallarda mujer,  
moza, viuda y en aldea.

RUPERTO. No tomes de eso molestia.

FLORIS. Perdón (1) el muerto, Ruperto,  
que, en verdad, a no ser muerto  
dijera que era una bestia.

¿Qué bien se ha trazado el robo!

El fué bien aconsejado,  
hermosamente ha entregado  
la oveja al hambriento lobo.

¿Quién duda que el alcahuete  
de Borbón anduvo aquí?

RUPERTO. No hables, Floris, así;  
lee primero el billete.

FLORIS. ¿Qué puede escribir?

RUPERTO. No sé.

FLORIS. Oye, ¿hay cosa semejante?  
La firma dice "Almirante".

RUPERTO. Es que por su mano fué.

(*Lee.*)

"El Rey me mandó, partiéndose,  
que te escribiese, que le conviene,  
por atajar murmuraciones, que no  
le hables; por esto dice que escojas  
casarte con Clarino, criado de su  
cámara, o meterte en un monesterio."

FLORIS. ¡Oh, qué linda necesidad!

RUPERTO. Pues, en verdad que Clarino  
era de tus prendas di(g)no.

FLORIS. ¡Ah, paje de majestad!

Afuera, que no son cosas  
para poderse sufrir.

Hoy, Ruperto, has de morir.

RUPERTO. Detén tus manos hermosas.

FLORIS. ¿Cómo detente? (1)

RUPERTO. ¿Estás loca?

FLORIS. ¡Perro alcahuete, aquí mueres!

Escoge qué muerte quieres:

¿cuchillo, cordel o toca?

RUPERTO. ¿Hásme hallado en adulterio?

FLORIS. ¡Basta! Tú lo has de pagar.

RUPERTO. Pues déjame confesar,  
que aquí cerca hay monesterio (2).

FLORIS. Iráste y no volverás.

¿Piensas ese engaño hacerme?

RUPERTO. Por mi fe, de detenerme  
cuanto confiese, no más.

FLORIS. No habrá fraile que te absuelva.

RUPERTO. ¿Por qué? ¿Soy yo renegado?

FLORIS. Porque estás descomulgado.

RUPERTO. Pues no bastará que vuelva.

FLORIS. Descomulgado no es nada.

RUPERTO. Por eso enirme prosigo,  
porque si hablas conmigo  
estarás descomulgada.

Mas no sé cómo incurri  
en esta descomuni6n.

FLORIS. Sí, porque hurtaste un cord6n  
a la Condesa.

RUPERTO. Es así.

Pero, por mi fe, que al cura  
de la parroquia lo he dado,  
y ya se le ha vuelto. Aspado  
he de morir si esto dura.

FLORIS. ¿Hay más claro desconcierto,

(1) Texto: "¿cómo tente?"

(2) B: "que aquí cerca hay un monesterio".

(1) B: "Perd6neme".

que siendo el Rey mi galán  
se haya vuelto sacristán  
y vaya a enterrar un muerto?

Ven acá, Ruperto, di,  
¿estaba ordenado el rey?

RUPERTO. ¿Pues no?

FLORIS. ¿Luego en Francia es ley  
que se ordene el Rey así?

RUPERTO. Digo que dices razones  
que un niño no las dijera.  
¿Sin órdenes no pudiera  
curar de los lamparones?

FLORIS. Tienes razón.

RUPERTO. ¡Dolor fiero!

FLORIS. Yo también quiero curar.  
¡Muestra!

RUPERTO. ¿Quieres comenzar  
en mí como mal barbero?

FLORIS. Aguarda.

RUPERTO. No tengo nada,  
por Dios.

FLORIS. Un bulto hay aquí.

RUPERTO. ¿No ves que es la nuez?

FLORIS. ¡Ah! ¿Sí?

RUPERTO. Floris, suelta, si te agrada.

FLORIS. ¿Cómo? ¡Mataréte a coces!

RUPERTO. Creo que huir es mejor.

FLORIS. Yo te seguiré, traidor,  
dando por los campos voces.

(*Vanse y entra el Conde, armado, en hombros de TRIBALTE: VALDOVINO, DIONÍS, ALMIRANTE y el REY detrás.*)

REY. ¿Y sabe ya la Condesa  
todo el suceso?

ALMIR. Ya sabe  
el fin de esta triste empresa.

REY. ¿Llora? (1)

ALMIR. Es en extremo grave;  
pero en el alma le pesa.

REY. Pienso que es piedra tan dura,  
que en aquesta desventura  
no la obligaré a llorar.  
El cuerpo podréis llevar  
a su antigua sepultura;

(*Metén al CONDE.*)

que me dicen que este fuerte  
tiene la iglesia en que está.  
No baje; de aquesta suerte

vea el cuerpo, que será  
renovar su triste muerte.

Ponedle en el medio de ella,  
en tanto que le enterramos.  
Ya sale.

ALMIR.

REY. Muero por vella;  
hoy su fuerza conquistamos,  
que ya no hay alcaide de ella.

(*Sale la CONDESA de luto.*)

MATILDE. Si mis sentidos ajenos,  
gran señor, mirando vas,  
y mis ojos de agua llenos,  
advierte que siento más  
en tanto que hablaré menos.

Más merece de amor palma,  
a quien el dolor en calma (1)  
a más razón corresponde,  
muerto mi señor el Conde,  
que fué de este cuerpo el alma.

Aguardábale, triunfando  
entrar por aqueste fuerte,  
no en hombros, muerto, sonando  
roncas cajas de mi muerte  
y su bandera arrastrando.

Aguardábale en mis brazos,  
esperando sus abrazos,  
no pasado de una flecha,  
a tiempo que no aprovecha  
ser leona en sus pedazos.

Mas ya que este sacrificio  
me le ha quitado del suelo,  
para quitarme el juicio,  
sólo me queda un consuelo:  
que haya muerto en tu servicio.

Pero no me satisfizo  
la flecha que la deshizo (2)  
su vida. ¡Pluguiera a Dios  
que nos matara a los dos,  
como la de amor lo hizo!

REY. Condesa, ¡es tan justo llanto!  
Yo no os puedo aconsejar  
que dejéis de llorar tanto,  
y porque se sabe cuánto  
descansa el alma en llorar.

Vos perdiste vuestro esposo  
galán, discreto y hermoso;  
yo perdí el mayor amigo,

(1) A: "Flora".

(1) Texto: "en alma".

(2) A: "la cruel flecha que hizo".

pero tras de aquesto os digo  
que es el consuelo forzoso.

Llegadnos sillas aquí,  
que tengo que hablar con vos  
de lo que él me dijo a mí.  
Borbón, quedaos aquí vos.  
¡Sentaos!

MATILDE. Yo estoy bien así.

REY. No hay que replicar en eso.

(*Siéntase.*)

Condesa, el triste suceso  
del Conde, vuestro marido,  
no es para ser referido,  
que es para quitar el seso.

Sólo quiero que advirtáis  
que me hizo su albacea,  
y que en mi poder estáis.

MATILDE. Y aun es razón que así sea,  
que vos me honráis y amparáis.

REY. Díjome que si queréis  
recogeros os ayude,  
cosa que hacer no debéis;  
que no hay en que agora estéis  
triste, que el tiempo no mude.

Si os quisiéredes casar,  
dijo que fuese a mi gusto,  
y esto os quiero aconsejar,  
porque parece más justo  
y en esto os puedo amparar.

MATILDE. Señor, ¿cuando a mi marido  
me traéis muerto y sangriento  
me tratáis de casamiento?

REY. No, Condesa; aquesto ha sido  
deciros su testamento.

Sólo os pido, porque aquí  
muy triste os ha de poner  
ver al Conde muerto así,  
y porque os he de tener  
conmigo y cerca de mí,

que en habiéndolo enterrado,  
a mi palacio os vengáis,  
que conmigo (1) y a mi lado  
más segura en todo estáis,  
y yo con menos cuidado;

que esto de ser albacea,  
quieren las leyes que sea  
con gran cuidado y amor.

MATILDE. No permitas, gran señor,

que así en la corte me vea.

Tras eso, no sois casado;  
yo soy viuda y vos soltero;  
¿qué dirán a vuestro lado?  
Que por lo que al Conde quiero  
os guardo con gran cuidado.

Y creed que no serán  
las niñas de aquestos ojos  
más miradas.

MATILDE. Mal podrán  
las mías estos enojos  
llorar bien si con vos van.  
Mirad, señor, que no es justo.

REY. Yo soy albacea y rey;  
no me deis ese disgusto,  
que fuera de aquesto es ley;  
lo habéis de hacer por mi gusto.

Y ¿qué os cansáis? Que os adoro,  
y con aqueste retrato  
he venido, como un moro,  
si no es ser al cielo ingrato  
no estimar tan gran tesoro.  
¡Ea, aquí no hay ya marido!

(*Levántase.*)

MATILDE. ¿Con esa resolución?...

ALMIR. ¡Ah, señor!

REY. ¡Calla, Borbón,  
que soy rey y estoy perdido!

MATILDE. Señor, si como Daciano,  
a un martillo con la mano  
mi cuerpo y vida pusieses,  
no hayas miedo que tuvieses  
lo que pretendes en vano.

Y eso, Enrique, no es amor,  
pues, ayer muerto mi esposo,  
me hablas con tal rigor;  
¿qué premio tan generoso  
querer quitarle el honor!

ALMIR. Señor, advierte que sea  
tu amor de hombre racional,  
que es esto cosa muy fea.

REY. ¿Llevarla es hacerlo mal,  
si soy, Borbón, su albacea?

MATILDE. Si tú das en ser furioso,  
yo también lo soy, y digo  
que tu poder ni castigo  
me apartarán de mi esposo.

REY. ¡Mi mala suerte maldigo!

Pues un remedio ha de haber:  
yo te quiero por mujer.

MATILDE. Tampoco, que es muy temprano.

(1) B: "conmigo".

ALMIR. Ese es negocio inhumano;  
reina de Francia has de ser.

MATILDE. Como el Rey me espere un año,  
y en él no me haga daño,  
eso mi fe le promete.

REY. Condesa, esperaré siete,  
y otros siete si hay engaño.

Digo, mi bien, que seré  
en el tierno amor Jacob,  
un David en Betsabé,  
una paciencia de Job.

ALMIR. Y un rey de Francia en la fe.  
¿Qué aguardas de tu ventura?

MATILDE. ¡Basta! Lo hecho está hecho.

REY. Jura y no seas perjura.

MATILDE. ¡Por el amor que en mi pecho  
tengo al Conde!

REY. ¡Infame, jura!  
¡Oh, pese al Conde!

MATILDE. Señor,  
tampoco has de decir mal  
del Conde.

REY. ¡Qué extraño amor!  
¿Fue más de un noble leal?

MATILDE. Tuvo un divino valor.  
¿Esto sufro, airados cielos?  
¡Oh, amor, todo eres locura!

ALMIR. Deja ya de llorar duelos.

REY. ¿Que hasta en una sepultura  
hable amor en que da celos?

(Entra FLORIS, loca, y RUPERTO.)

RUPERTO. No entres, que esa porfía  
pasa de locura ya.

FLORIS. Todos estamos acá,  
a la fe, señora tía.  
No os están mal, por mi fe,  
las hopalandas de luto.

MATILDE. ¿Qué es esto?

FLORIS. Si es verde el fruto,  
¿qué importa que negro esté?

REY. Ruperto, ¿es Floris?

RUPERTO. La propia,  
que tu papel le ha quitado  
el seso.

MATILDE. En tanto cuidado,  
locos, Rey, es cosa impropia.  
No entre aquesa gente aquí  
o dame licencia.

REY. El loco  
se irá.

FLORIS. No, vengo a estar poco,  
que hay mucha desdicha en mí.  
¿Sois vos Matilde?

MATILDE. Yo soy.

FLORIS. ¡Cuánto mal me habéis costado!

REY. Mejor estuviera atado.

FLORIS. ¡Harto del alma lo estoy!

MATILDE. Lleven este hombre de aquí.

FLORIS. No soy hombre, soy mujer,  
y que lo pensaba ser  
del Rey, que ya reina en ti.

MATILDE. ¡Jesús, qué extraño portento!

REY. Llevadla de aquí, Borbón.

FLORIS. Ya con la buena ocasión  
trataréis del casamiento.

¡Ea, ya os podéis casar,  
si están hechos los conciertos!  
Porque quien entierra muertos  
también puede disponer.

Ninguna cosa se esconde,  
que todo es público a Dios;  
él sabe que entre los dos  
le distes la muerte al Conde.

¡Ea, no os podéis casar!  
Clandestino es este trato;  
apelo de vos, ingrato,  
apelar y repelar.

REY. ¡Asilde!

FLORIS. ¡Apelo al Sofí,  
al gran Turco y al Soldán!

RUPERTO. Muy bien la despacharán.

ALMIR. ¡Ea, Floris, vuélve en ti!

Ya este amor es acabado.  
El Rey te dará remedio.

FLORIS. No estando vos de por medio,  
señor alcahuete honrado.

Idos y dejadme aquí.  
que ya os conozco, ladrón;  
para el Rey fuistes Borbón,  
pero borrón para mí.

REY. ¡Hola, llevadla o matadla! (sic)  
¿Veis la pena que recibo?

FLORIS. Matadme, que por Dios vivo,  
que será mayor piedad.

REY. ¡Ea, llevadla!

FLORIS. Ya voy  
adonde la vida acabe.

ALMIR. ¡Extraño amor!

MATILDE. ¡Caso grave!

¡Confusa en extremo estoy!  
No tengáis, señora, pena,



que siempre aquesta mujer  
fué loca.

MATILDE. Mi amor y ser  
afrenta, culpa y condena.  
Si ésta, perdiéndote vivo,  
ha dado en tal desconcierto,  
yo, que pierdo al Conde muerto,  
¿cómo me consuelo y vivo?

[REY.] En ésta es más justa ley,  
que perdiendo un rey, agora  
no halle un conde, y vos, señora,  
perdáis conde y halléis rey.  
Yo la haré curar, y os juro  
de darle honrado remedio,  
si amor lo consiente, en medio  
de celos, un mal tan duro.

MATILDE. Creceréis mi obligación,  
que es, en efeto, mujer.

(Entra CLARINO con cartas.)

DIONÍS. El muestra en su gran placer  
cuán buenas las nuevas son.

CLARINO. Dame albricias.

REY. [¡Oh, Clarino],  
las nuevas te las darán.  
¿Son del marqués Diatristán?

CLARINO. Del mismo.

REY. Ya lo adivino.

(Carta.)

*“En partiendo tu persona  
de este campo y su jornada,  
cuatro asaltos di a Bayona,  
injustamente usurpada  
del inglés a tu corona.  
A partido se me dan  
y con sus armas se van.  
Esta tarde entrar espero.  
De este tu campo, y de encro  
siete. El Marqués Diatristán.”*

REY. Mil ducados te den luego,

Clarino.

CLARINO. ¡El cielo te guarde!

REY. ¿Que la entraba aquella tarde?

CLARINO. O si no a sangre y a fuego.

REY. ¡Bizarra nueva!

ALMIR. El Marqués  
es un gallardo soldado,  
puesto que envidia (1) me ha dado.  
Besad, mosiures, los pies  
a Matilde, porque es ya  
la Reina vuestra señora.

DIONÍS. Esa es mejor nueva ahora.  
Gran reina, los pies nos da.

REY. Y porque en su casamiento  
siempre han sido justas leyes  
hacer mercedes los reyes,  
de hacéros las soy contento.  
Hago Duque de Calés  
a don Dionís, y de Andino  
hago Conde a Valdovino;  
Tibalte, de Orlán marqués.  
Doile a mi primo Borbón  
a Marsella y Mompeller,  
y a vos mi reino y mi ser,  
soberana perfección.  
Reina de Francia os he hecho,  
y esto no lo agradezcáis,  
sino a saber que moráis  
en la mitad de mi pecho.

MATILDE. El año, señor, cumplido  
la merced recibiré;  
que entretanto cumpliré  
las honras de mi marido.

REY. Seréis de mí acompañada.

MATILDE. Honráis un vasallo honrado.

REY. Vamos.

ALMIR. Aquí da, senado,  
fin *La resistencia honrada*.

FINIS

(1) B: “invidia”.

# EL SASTRE DEL CAMPILLO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO

HABLAN EN ELA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON MARTÍN DE LARA.  
REY ALFONSO, niño.  
NUÑO ALMEGIR.  
RODRIGO.  
El REY DE LEÓN.  
FERNÁN RUIZ DE CASTRO.

ELVIRA, villana.  
BLANCA.  
SOLDADOS.  
Un PORQUERO.  
Un ALCALDE.

Un VENTERO.  
Una SOBRINA del VENTERO.  
FORTÚN.  
[Tres VILLANOS.]  
[GIL POLO.]

### ACTO PRIMERO

(Sale DON MANRIQUE DE LARA, huyendo con el REY niño en los brazos, y armado, y botas y espuelas, y no hace más de pasar por el tablado al son de cajas.)

MANRIQ. ¡Muera yo, como os libréis,  
Alfonso, rey de Castilla!

(Tase.)

(Salen tras él NUÑO ALMEGIR, y RODRIGO teniéndole.)

RODRIGO. Será hallarle maravilla.

NUÑO. ¿Qué dices?

RODRIGO. Que no os canséis,  
que don Manrique de Lara,  
mi señor, tomó el camino  
del bosque.

NUÑO. Yo determino  
buscalte.

RODRIGO. Prueba es bien clara,  
Nuño Almegir, que seguís  
la voz del Rey de León;  
que particular pasión,  
que es la que aquí descubris,  
contra mi señor, no fuera  
bastante a seguirle agora,  
cuando ya Castilla llora  
la desventura que espera,  
si el niño Rey —; nunca el cielo

lo permita! — entra en poder  
de su tío.

NUÑO.

Yo he de ver  
si acaso le encubre el suelo,  
y le tengo de buscar.

Manrique se cubre en vano.  
RODRIGO. Vos sois noble y castellano.  
¿Queréisle acaso entregar  
al Rey de León?

NUÑO.

Yá llega

el Rey.

RODRIGO. Que vuestra lealtad  
la ofenda una enemistad!  
¡Tanto la venganza os ciega!  
¿Y no hay un rayo traidor  
que os quite el mal pensamiento?

(Sale el REY DE LEÓN y FERNÁN RUIZ DE CASTRO, y acompañamiento.)

FERNÁN. Señor, burló vuestro intento.  
Con causa estáis ofendido;  
sólo el de Lara quebró  
la fe y palabra que os dimos;  
daros al Rey pretendimos  
en Soria; el Reino llegó.  
como sabéis, a entregalle;  
sólo os engañó Manrique.  
Tan grande hazaña publique (Ap.)  
el mundo que debe honralle.

Sin (1) esta ocasión yo fuera  
monarca gentil, le alzara  
sacras efigies.

REY.                     ; Que Lara,  
el castellano, no quiera  
mi amistad! Pues, ¿qué pretende  
incitando mi rigor?  
¿Quiere acaso ser tutor  
del Rey, que así le defiende?

Por conocelle y honralle  
su amistad solicitaba  
cuando el engaño trazaba;  
la vida habrá de costalle  
su feroz atrevimiento,  
y de mí no está segura  
Castilla.

FERNÁN.           En vuestra cordura  
libra Castilla su aumento,  
porque siendo el niño Rey  
sobrino vuestro está llano  
que el imperio castellano  
tendrá en vos, por justa ley,  
amparo y defensa honrosa.

REY.               Fernán Ruiz de Castro, el hecho  
me deja mal satisfecho,  
y con alma sospechosa;  
de que vuestro parecer  
distes en la alevosía,  
quebrastes la pleitesía,  
claro se deja entender;  
porque vive entre los dos  
amistad, que ha de llegar  
a dendo, ¿querréisle dar  
vuestra hija?

FERNÁN.                     ; Vive Dios,  
que la pasión os engaña,  
señor, en pensar de mí,  
que la palabra que os di,  
pudiera hallarse en España  
hidalgo que os la cumpliera  
más bien. Manrique es mi amigo  
y por sus prendas me obligo,  
como ya Castilla espera,  
por contratos que hemos hecho,  
darle a mi hija, es verdad;  
pero si fué deslealtad  
la suya, estad satisfecho,  
Fernando, rey de León,  
que a Lara os he de entregar,

porque es justo aventurar  
la vida por la opinión.

Y pleito homenaje os hago,  
de mi verdad satisfecho,  
por la cruz que honra mi pecho  
del Apóstol Santiago,  
que del maestre primero  
que tuvo esta religión,  
fuí a recibir en León,  
que, si en la empresa no muero,  
de hacer que en vuestro poder  
quede Manrique sujeto.  
Un imposible prometo,  
por no dejarme ofender  
de una sospechosa afrenta (Ap.)  
contra mi honor.

REY.                     Yo lo entiendo  
así, pero más pretendo  
de quien ofenderme intenta.

Para poderle obligar  
a que parezca Manrique,  
si es caballero, publique  
desafío singular  
un rey de armas. La estacada  
dirá, si fuere vencido,  
la culpa que ha cometido,  
y la verá castigada  
el mundo, con escarmiento  
de Castilla.

FERNÁN.                     ¿Y quién, señor,  
tendrá tan alto valor  
y bizarro atrevimiento  
que cuerpo a cuerpo se atreva  
con Manrique a pelear?

REY.               Quien sabe a su patria honrar,  
quien tantos trofeos lleva  
de los moros andaluces,  
cubriendo el bárbaro suelo  
de más cabezas, que al cielo  
adornan flamantes luces;  
quien con armas de Castilla  
al rey de Córdoba, ufano  
en sus victorias, que en vano  
daba la vuelta a Sevilla,  
le venció con el mayor  
estrageo que ha visto España,  
tinta en sangre la campaña,  
que aun pone agora temor  
el lugar de Sietevedos,  
donde fué la lid sangrienta;  
quien los blasones sustenta

(1) (Sic.) "¿Si en esta."

con los bizarros soldados  
de Avila, pues ellos solos  
tantas victorias les dieron,  
que dilatar merecieron  
su nombre en entrambos polos;

Fernán Ruiz de Castro, a quien  
Italia rinde laureles,  
que en buriles y pinceles  
pudiera ocupar más bien  
que entre hazañas españolas  
memorias tuyas, la fama  
que en los que a su templo llama,  
desde las esferas olas,  
al indio mar.

FERNÁN. ¿Qué decís,  
señor?

REY. Que yo de mi parte,  
Castro, castellano Marte  
os señalo.

FERNÁN. ¿No advertís  
que ya estas canas no son  
para que en palenque aguarde  
hazaña honrosa, y que tarde  
vuelve a cobrar la opinión  
quien la ve una vez perdida?

REY. Los hechos que a la memoria  
os truje, ¿no os dan la gloria,  
Castro, de la edad florida?

Con la nieve de esas canas  
ganáis victorias recientes,  
trofeos tenéis presentes,  
y son diligencias vanas  
las excusas que ponéis.  
Con Manrique habéis de entrar  
en campo, y me habéis de dar  
su cabeza, si queréis  
que no abraza a sangre y fuego  
los lugares más seguros  
de Castilla.

FERNÁN. No en sus muros  
encerrados, como el griego,  
los temerosos troyanos  
su tragedia aguardarán;  
que a recibiros saldrán  
al campo los castellanos.

Y a no pensar que venís  
para ser padre y tutor  
del niño rey, ni el temor  
de los fuegos que decís  
que mi patria han de abrasar,  
cuando a las puertas os vieran,

sus corazones rindieran  
para dejar de guardar

su Rey, para osar morir  
entre abrasadores fuegos;  
porque los ejemplos griegos  
ni los que puede fingir  
la fama, no es arrogancia,  
temblarán cuando se vea  
que es la más humilde aldea  
otra segunda Numancia.

REY. ¿Soberbio estáis! (Si el amor  
de su hija no templara (*Ap.*)  
mi enojo, aquí le mandara  
degollar.) Vuestro valor  
conozco, y esto ha de ser.

FERNÁN. ¿Y qué ha de ser?

REY. Que por mí  
retéis (1) a Lara.

FERNÁN. Eso sí,  
mas no permitáis poner  
los pendones del León  
sobre muros castellanos  
que hay en las almenas, manos,  
y en las piedras, corazón.  
Mandaré fijar carteles  
por Castilla, y retaré  
a Manrique.

REY. Y yo os haré  
mercedes.

FERNÁN. Serán crueles,  
si proceden de vitoria,  
tan en daño general  
de Castilla.

REY. (Si es igual  
mi fortuna, nueva gloria  
espero en dichas de amor.  
A Blanca, prenda dichosa  
de Fernán Ruiz, alba hermosa,  
con castellano esplendor,  
pude ver. Ganó trofeos;  
de una libre majestad  
animó la voluntad  
y despertó los deseos.

A Manrique la ofreció  
por esposa, y a mi suerte,  
a los dos traza la muerte.  
Amor tu poder venció;  
pues si éstos en la estacada  
mueren, que son las columnas

(1) Texto: "restéis".



de Castilla, mis fortunas  
verá mi frente bañadas  
del castellano laurel,  
y con fuerza o con amor  
seré de Blanca señor,  
aunque en opinión cruel.)  
¿Adónde me he de alojar  
esta noche?

FERNÁN. En el Campillo,  
señor.

REY. Pues sois el caudillo  
castellano, haced guardar  
las órdenes que les deis;  
que a vuestra prudencia fio  
el mayor cuidado mío.

FERNÁN. Y vos servido seréis,  
no con el fausto y grandeza  
que se os debe, porque yo  
con el orden que llegó  
de esperar a Vuestra Alteza  
en Soria, a paso ligero  
con mi casa caminé;  
a recebiros llegué  
al Campillo, donde espero  
que mi casa habéis de honrar.

REY. En ella estaré con gusto,  
y agradezco, como es justo,  
el cuidado. (¿Qué lugar,  
de cuantos la fama escribe,  
por ilustre y generoso,  
será más noble y dichoso  
que éste donde Blanca vive?)

Con mano piadosa y franca  
compiten poder y amor,  
ser de Castilla señor  
y verme en brazos de Blanca.)

(*Asc.*)

FERNÁN. ¿Con qué imposible pretendo  
templar la furia, leonés,  
siendo mi propio interés  
lo mismo con que me ofendo?  
Si reto a Manrique, estoy  
libre de la pleitesía;  
mas con nueva afrenta mía  
ingrato a mi Patria soy.  
¿Qué he de hacer, cielos airados?  
Haced en trance tan fuerte  
última línea a la muerte  
de tan opuestos cuidados.

NUÑO. Tengo cierta diferencia

con Manrique, y si se encubre  
donde tinieblas descubre  
el Indio por su influencia,  
donde el Norte helado arroja  
rayos de hielo y de nieve,  
o donde las aguas bebe  
Libia al mar ardiente roja,  
le he de buscar por serviros,  
aunque la vida aventure;  
que es razón que se asegure  
vuestro honor.

FERNÁN. Quiero advertiros  
que a Manrique el castellano  
busco. Si hacer me queréis  
favor, buscalde, y seréis  
mi amigo, pero villano.

(*Asc.*)

NUÑO. Reprendió mi atrevimiento  
con esto que me ha advertido,  
porque un hombre bien nacido  
el ser traidor es portento.  
No pienso pasar de aquí,  
ni dar traza de buscalde,  
que aunque viniera a enconralle,  
huyera dél y de mí.

(*Sale DON MANRIQUE con un mal vestido pardo, y se  
broquel, y tijeras de sastre, montera y polainas.*)

MANRIQ. Parece que el mismo cielo  
para encubrirme se muda,  
y su manto se desnuda,  
porque me sirva de velo.  
Si cuando quiere matar  
a un rey prodigios envía,  
cuando le guarda y le cría  
prodigios ha de enseñar.

Y así como guardo aquí  
vida de un rey mal segura,  
por imitar su ventura  
hace prodigios en mí.

RODRIGO. Si me toman juramento,  
y no es menester tomalle,  
digo que es la cara y talle  
de mi señor. Con mi intento  
he de salir preguntando  
a aquel villano si es él.

NUÑO. ¿Dónde vas?

RODRIGO. Ya sois cruel,  
por lo que estáis enfadando  
al mundo. Quiero saber

de aquel villano si ha visto  
a mi señor.

MANRIQ. Mal resisto,  
ciclos, el gusto de ver  
mi criado.

RODRIGO. La que ciño  
me ha de abrir camino llano.  
¿Vistes, buen hombre, un gitano  
que lleva hurtado un niño?

MANRIQ. ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Cuerpo de Cristo,  
disimula!

MANRIQ. ¿Es Nuño aquél?

RODRIGO. Y tu enemigo cruel.

MANRIQ. Hablaréle, pues me ha visto.

RODRIGO. ¿Quieres descubrirte?

MANRIQ. Sí.

RODRIGO. ¡Ah, muy gentil Galalón!

MANRIQ. Vanos tus recelos son.

RODRIGO. A buscarte viene aquí  
para venderte.

MANRIQ. ¿No ves  
que el que es noble es imposible  
ser traidor?

RODRIGO. ¡Y que es posible  
que en esa locura des!

MANRIQ. ¡Desvía!

RODRIGO. Allá darás rayo.

MANRIQ. No cabe en él trato doble.

RODRIGO. Pues dime, ¿no puede un noble  
hacer de su capa un sayo?

Judas, ¿no llegó a vender  
al mismo que le crió?

MANRIQ. ¿Y era Judas noble?

RODRIGO. No;  
pero bien lo pudo ser.

¿Luego porque sea bermejo  
ha de ser luego judío?

Yo tuve bermejo un tío  
y salió cristiano viejo.

MANRIQ. ¡Nuño!

NUÑO. ¡Manrique!

RODRIGO. Los dos  
disputan de cortesía.

MANRIQ. (1) ¿Por qué os disfrazáis?

RODRIGO. Sabía  
que le andáis buscando vos.

MANRIQ. ¡Quita, necio! La fortuna  
me trae de suerte, que quiero

saber si sois caballero.

RODRIGO. Desde que andaba en la cuna  
tiene opinión de jinete.

NUÑO. ¿Por qué esa salva me hacéis?

MANRIQ. Por la queja que tenéis  
de mí, que agravios promete  
en vuestra imaginación.

Si me venís a buscar  
ocasión hay de tomar  
honrada satisfacción.

Si yo os llevo a reformar  
en la guerra, por soldado  
reformado, y a mi lado  
pudiera Alejandro estar.

Mis discursos satisface  
cuando os dejé reformado,  
y honras os hice, soldado,  
más que capitán os hice.

Si demás desto, en el pecho  
os queda alguna rencilla (1),  
por hidalgo de Castilla,  
de que ya estoy satisfecho,  
pues la soledad convida  
a vuestra satisfacción,  
no perdáis esta ocasión.

NUÑO. Aún no aborrezco la vida,

Manrique, para arrojarme  
a perdella en vuestras manos.  
Son vuestros recelos vanos,  
cuando os busco para honrarne.

Una vida y una espada  
puedo ofreceros, señor:  
déjelas vuestro valor,  
una rica y otra honrada,

que, por vida de mi Rey,  
de morir [he] a vuestro lado.

MANRIQ. El que la vida ha jurado  
del Rey, por cristiana ley  
debe morir por guardalla.

NUÑO. Y espero dichosos plazos,  
Manrique.

MANRIQ. ¡Dadme esos brazos,  
donde la virtud se halla!

Tan constante asombro fuera  
y prodigio que criara  
ciudad que reyes ampara,  
quien por su Rey no muriera.

Por vos, don Nuño, ha de ser  
nuestra patria y nombre eterno.  
Nuestro Rey, infante tierno,

(1) Parece que debe hablar Nuño.

(1) Texto: "rensilla".

teme el soberbio poder  
 con asechanzas mortales  
 del Rey de León, su tío;  
 del cielo y de vos lo fio;  
 vasallos somos leales  
 de un Rey, en cuya inocencia  
 vive abreviada la vida.  
 Alta empresa nos convida;  
 denos favor su presencia  
 para osar morir guardando  
 su inocente vida.

NUÑO. El modo  
 para imitaros en todo.  
 Manrique, estoy deseando.

MANRIQ. Oí prodigios iguales  
 al peligro en que nos vemos.

RODRIGO. Relacionaza tenemos;  
 pues doblemos los puntales.

MANRIQ. El bravo Rey de León,  
 sabe Dios sus pensamientos,  
 con celo de la quietud,  
 con voz del común provecho,  
 como sabéis, ha venido  
 a Castilla, pretendiendo  
 ser tutor del mismo Rey,  
 alegando el parentesco.  
 Quiere llevarle a León.  
 ; Bien estuviera el cordero  
 en su poder ! ; Oh, ambiciones,  
 quién bastara a conoceros !  
 Con escuadrones armados  
 entró en Castilla, pidiendo  
 con fuerza lo que era gracia.  
 Recibieronle los pueblos  
 con grande amor, engañados  
 de la quietud y sosiego  
 que esperan gozar, sin ver  
 que ponen su patria a riesgo  
 mañana. ; Qué breve plazo  
 para tan tristes sucesos !  
 Castilla había de entregar  
 al Rey, con el juramento  
 de fe inviolable, a su tío,  
 que armado, como resuelto,  
 iba caminando a Soria,  
 donde el infeliz decreto  
 la ejecución esperaba;  
 mas como suelen los ciclos  
 burlar esperanzas locas  
 con humanos instrumentos,  
 cuando ya los ricos hombres

de Castilla, los Consejos,  
 las Ordenes militares,  
 los nobles ayuntamientos  
 desterraban a su Rey,  
 ofrecí a la muerte el pecho  
 por librarle. ; Digna hazaña  
 de justo agradecimiento !  
 Hoy entraba en el Campillo,  
 que es ese lugar soberbio,  
 siguiéndole el de León,  
 más por guardallo que vello,  
 cuando a la margen de un puente  
 que sólo puede el invierno  
 autorizar un arroyo,  
 pasando, al verla, soberbio,  
 para esta hazaña inmortal,  
 armado como resuelto,  
 cogí a mi Rey en los brazos,  
 hecho Atlante de aquel cielo,  
 y en un bridón audaluz,  
 que la obediencia del freno  
 aun estorballe no pudo  
 las injurias que hizo al viento,  
 saqué al Rey de aquel peligro,  
 buscando lo más secreto  
 deste bosque, en cuya margen  
 por sus laberintos bellos  
 dejé el pegaso español;  
 y encomendando a los cielos  
 la vida que defendía,  
 penetré los verdes senos  
 de enlazados olmos, cuando  
 escuché turbados ecos  
 de una voz que se quejaba  
 en los últimos acentos.  
 Por mi Rey temí el peligro;  
 pero el niño, conociendo  
 mis dudas, "lleguemos", dijo:  
 soberano es el aliento  
 de los reyes, que en su infancia  
 les tiene respeto el miedo !  
 A breves pasos hallamos  
 el original sangriento  
 de la voz: un hombre estaba  
 vistiendo el oculto suelo  
 de púrpura, en copia tanta,  
 que pudiera ser el cuerpo  
 bajel en golfos de sangre,  
 donde se anegaba el mismo.  
 No queda el simple villano  
 que pisa el áspid, cubierto

de grama y flores, tan mudo,  
 tan turbado, tan suspenso,  
 como yo, viendo el peligro  
 mayor que escuchan los cielos;  
 revuelto en su misma sangre  
 vi un villano que fué espejo  
 donde pude ver mi imagen,  
 donde vi mi rostro impreso,  
 que aunque la naturaleza  
 se deleita con ejemplos  
 de semejanzas tan vivas,  
 y para adorno más bello  
 copia, tal vez, y no inventa,  
 temí el trágico portento,  
 sin darle licencia al alma  
 para autorizar agüeros.  
 Vencido de la piedad  
 llegué al villano, que envuelto  
 en sangre y bascas, pedía  
 de sus culpas venia al cielo.  
 Preguntéle la ocasión  
 de su muerte, y, despidiendo  
 con alternados desmayos  
 el alma entre cada acento,  
 me dijo que unos villanos  
 del Campillo le salieron  
 a matar, siendo la causa  
 envidia y rabiosos celos,  
 porque trataba casarse  
 con una mujer, que el cielo  
 dió partes, siendo villana,  
 para mayores deseos;  
 que era sastre en el Campillo  
 y que, a pesar de los deudos  
 de Elvira, los dos se hablaban  
 con recíprocos afectos.  
 Sacáronle en fe de amigos  
 a este bosque, ¡infame hecho!;  
 pero muy propio en villanos,  
 y antes que le diesen tiempo  
 para llamarlos traidores,  
 le atravesaron el pecho  
 con tres mortales heridas;  
 si bien, furioso y resuelto  
 de que el morir y vengarse  
 fuese en un instante mismo,  
 cerró con los homicidas,  
 que ya, vencidos del miedo  
 de su delito, trataban  
 de retirarse huyendo.  
 Vengó su muerte en los dos

tan fácilmente, que al suelo  
 dieron en presencia suya,  
 armas, voces, sangre y cuerpos.  
 Retiróse desangrado  
 a morir, mas encubierto  
 donde confesarse a Dios  
 era el último remedio.  
 Dijo, y expiró en mis brazos.  
 Mirad qué extraño suceso,  
 y más extraño, pues fué  
 su fiera muerte instrumento  
 eno que alenté mi venganza.  
 Pues viendo con tanto extremo  
 mi semejanza en su rostro,  
 quise que el villano muerto  
 me prestase sus delitos.  
 Pues conocido por ellos,  
 es fuerza que habían de ser  
 los que me buscasen menos,  
 con la villana justicia  
 del Campillo, defendiendo  
 mi vida de los peligros  
 del Rey de León, que, ciego  
 de su ambición, es forzoso  
 que en el uno y otro reino  
 me buscase por Manrique.  
 Con este dichoso acuerdo  
 tomé su mismo vestido;  
 y porque, hallándole muerto,  
 se divulgase en Castilla  
 que los leoneses soberbios  
 me habían quitado la vida,  
 le puse el dorado peto,  
 transformándole de suerte  
 en mi imagen, que yo mismo  
 mirándole me engañaba.  
 Y, pues, ha querido el cielo,  
 Nuño Ahnegir, que lleguéis  
 a remediar tan a tiempo  
 a Castilla y vuestro Rey;  
 seréis el dichoso templo  
 de su ilustre vida, en tanto  
 que yo, disfrazado, puedo  
 del enemigo común  
 reconocer los intentos.  
 San Esteban de Gormaz (1),  
 cuyos capiteles vemos  
 que dan nobleza a sus muros  
 con vanaglorias de eternos,

(1) Texto: "Gormas".



será su templo y sagrado (1);  
 que los cristales revueltos  
 de ese despeñado río  
 se muestran menos soberbios  
 donde hace punta el bosque,  
 dilatando y descubriendo  
 en limpio vado su arena.  
 Y así, despreciando el riesgo,  
 pasaréis en mi caballo  
 al Rey, por quien os ofrezco  
 ricas mercedes, don Nuño,  
 e inmortales privilegios.

*(Saca al REY niño en los brazos, que está entre ramas.)*

Señor Rey, esta mudanza  
 de amparo, bien sabe el cielo  
 que es por libraros la vida,  
 por conservaros el reino.  
 A un hidalgo de Castilla,  
 niño Alfonso, os encomiendo:  
 bien sé que os dará lealtades  
 porque vos le deis esfuerzos.  
 Que si os lleva un castellano,  
 y vos le miráis, es cierto  
 que iréis despidiendo rayos  
 a los enemigos pechos.  
 Nuño, besalde la mano  
 al Rey que juráis por dueño;  
 sin ceremonias reales,  
 porque no las pide el tiempo.  
 Recebilde en vuestros brazos,  
 que en ellos estriba el premio  
 de la virtud y el valor.  
 Y con prisa y con silencio  
 acometamos al río.  
 Justos y piadosos ciclos,  
 no permitáis que el león  
 venga a ser injusto dueño  
 de Castilla, de quien tiemblan  
 los más rebeldes imperios  
 de Europa; y si permitís  
 que a mi Rey llegue a ofenderlo  
 el ambicioso Fernando,  
 permitid que pueda vello  
 el castellano Manrique,  
 que yo os hago juramento  
 por vuestras sagradas luces,  
 de hacer viles menosprecios  
 de mi vida en su defensa,  
 y hacer rojos monumentos

estos campos donde el sol,  
 el mundo, la fama, el tiempo,  
 la admiración, la memoria,  
 la envidia, el valor y el miedo  
 en las futuras edades  
 honren en prosas y en versos;  
 las hazañas deste brazo  
 y la lealtad deste pecho.

NUÑO. Pues con tan buenas liciones  
 ¿quién ha de temer el riesgo,  
 guardando a su Rey la vida?

MANRIQ. Claro señor, yo os prometo  
 que antes que abra las puertas  
 San Esteban, de ofreceros  
 mi vida y persona, Alfonso.

NUÑO. Niño Rey, si os pone el cielo  
 en peligro, habéis de ver  
 quién es el que toma el peso  
 de vuestra vida en sus hombros.

MANRIQ. Don Nuño, ¡prisa y silencio!

*(Vanse todos y queda RODRIGO.)*

RODRIGO. ¿No parecen tropelías?  
 Pues ya yo me iba durmiendo,  
 que lo que desvela a todos  
 suele a mí causarme sueño.  
 ¡Brava lealtad, grande amor  
 de su Rey! Que en todo el cuento  
 no se acordase de Blanca,  
 siendo el ídolo más bello  
 que su entendimiento adora,  
 y cuando ya los conciertos  
 de su boda abrevian plazos  
 para ejecutar descos.  
 Pero con tantos peligros  
 de su vida, donde el suegro  
 es su mayor enemigo,  
 ¿cómo ha de tener efeto  
 el verse Manrique y Blanca?  
 Pero mi sutil ingenio  
 es el azogue que junta  
 estos metales diversos.  
 En el Campillo está Blanca;  
 avisaréla el suceso  
 de Manrique, porque puedan  
 verse con mejor consejo,  
 y tratar de sus haciendas;  
 y nos dará por lo menos  
 para acertar a huir  
 joyas de que hacer dineros:  
 que esto de arrojar un hombre

(1) Texto: "sangrado".

por países de venteros  
sin blanca, es de San Antonio,  
que halla despensa en los cuervos.

(Sale MANRIQUE solo.)

MANRIQ. Como nadie busca a Nuño  
logrará el dichoso efeto  
mi industria.

RODRIGO. Voila a llamar.

MANRIQ. ¿Dónde vas?

RODRIGO. Aquí me llevo.

MANRIQ. ¿A qué?

RODRIGO. ¡Donosa pregunta!

A desocupar el cuerpo,  
y que aquel pradico verde  
pierda el olor de cantueso,  
dándole a entender que soy  
hombre, y que tengo excremento;  
que están muy faltos (1) los pra-  
de los que deja el invierno [dos  
bañados de ámbar y almíscle,  
como si hay prados coletos  
y como si a los pastores,  
cuyo ordinario sustento  
es la leche, no les diese  
sobre el pradico más fresco  
cámaras a cada paso.

MANRIQ. No te detengas.

RODRIGO. Ya vuelvo.

(Íase.)

MANRIQ. Todo el esfuerzo y valor  
de mi pecho he menester  
contra el injusto poder,  
contra el tirano rigor  
del monstruo que me persigue,  
pues cuando más me defiende,  
en mi propio ser me ofende,  
y transformado me sigue;  
pero ya conozco aquí,  
Fortuna, que haciendo estás  
ensayos en los demás  
para ejecutar en mí;  
que esta dilación ligera  
de agravios que me apercibes,  
por descanso los recibes  
para acometer más fiera.

(Salen dos VILLANOS con espadas y broqueles, y acometen a MANRIQUE.)

VILL. 1.º Primos, aquí está el villano.

VILL. 2.º ¡Muera, pues!

MANRIQ. Ya descansó  
Fortuna, y acometió  
con rigor más inhumano.

(Metén mano.)

VILL. 1.º ¡Vive Dios, que has de pagar  
las dos vidas que has quitado  
con la tuya!

(Sale Gil Polo con espada y broquel y pónese al lado de MANRIQUE.)

GIL. A mi cuñado  
nadie se atreva a llegar.

VILL. 2.º El Alcalde lo mandó.

MANRIQ. Ya no fuerais menester,  
cuñado.

VILL. 1.º Dejaos prender,  
Juan Prieto, que aquí estoy yo.

MANRIQ. Hecho pedazos primero.

VILL. 2.º El sastre es un Satanás.

GIL. El prendelle es por demás,  
aunque venga el mundo entero.

VILL. 1.º Pues, Gil Polo, si ha matado  
a dos hombres del lugar,  
¿por qué no le han de ahorcar?  
GIL. Porque ha de ser mi cuñado:  
mi hermana le quiere bien,  
y aun más adelante...

VILL. 2.º ¿Es barro  
lo que le dió Juan Chaparro?

GIL. ¿Qué la dió?

VILL. 2.º Miraldo bien.

GIL. Esas son bellaquerías  
del barbero, y juro a Dios  
que se han de casar los dos.

VILL. 1.º ¡Ah, Gil Polo!, no en mis días,  
que le he de ver pernear.

VILL. 2.º Asaetado ha de ser,  
¡par Dios!

MANRIQ. Llegadme a prender.

VILL. 1.º Juntaremos el lugar;  
veremos a ver si os vale  
el cuñado rabitieso.

GIL. Pues bien sabéis vos si empieço.

VILL. 1.º No hay Locifer que le iguale.

Vámonos a hacer tocar  
las campanas.

VILL. 2.º Desta hecha  
veremos si os aprovecha  
ser el sastre del lugar.

(Íanse los dos.)

(1) Texto: "falsos".

MANRIQ. Cuando juzgo menos fieros  
los villanos enemigos  
los hallo mudos testigos  
de mi muerte. ¡Oh, lisonjeros  
alivios de falsas glorias!  
¡Qué presto os habéis cansado!

GIL. ¿Agora os turbáis, cuñado?  
Si os afligen las memorias  
de mi hermana Elvira, aquí  
vendrá para irse con vos.

MANRIQ. ¿Es de veras?

GIL. Sí, par Dios.

MANRIQ. (Esto me faltaba a mí.)

GIL. Como salistes huyendo,  
salió también desalada  
tras vos; allí está parada  
junto al río.

MANRIQ. Estoy temiendo  
que la justicia no llegue.

GIL. Pues no tardará mi hermana  
porque tiene buena gana  
de irse con vos, aunque niegue  
la patria en que se ha criado;  
y al fin, mejor es sacalla  
de donde han de mormuralla.  
Oficio tenéis honrado  
con que ganar de comer,  
como dejéis de mentir;  
pero quiéroos advertir  
que si llegáis a tener  
hijos, que son mis sobrinos,  
y que les habéis de dar  
estudio.

MANRIQ. Denos lugar  
el cielo. (¿Por qué caminos  
tan intrincados y oscuros  
se despeña mi opinión?  
¡Ciegos laberintos son  
cerrados y mal seguros.  
¿Qué he de hacer, cielos piado-  
Ya tenéis aquí mi hermana. [sos?])

GIL. (Con pensión (1) de una villana  
scrán peligros forzosos  
en los que he de tropezar;  
llevarla es perder la vida,  
dejarla sola y perdida,  
cuando ella espera gozar  
el justo dueño que adora,  
es contra toda piedad.)

(1) Texto: "Compensión".

(Sale ELVIRA, villana.)

ELVIRA. Juan mío, esta soledad  
conoce bien quien te llora  
por muerto, aunque mis venturas  
te dan por casos extraños  
la vida.

MANRIQ. (¡Qué desencantos  
de que no hay glorias seguras!)

ELVIRA. Dame los brazos, bien mío;  
deja de estar menos cuerdo.

MANRIQ. (Memorias del bien que pierdo  
cuando firmezas la envío,  
no os venguéis de Blanca ausente  
en mi triste corazón.)  
Tuyos estos brazos son.  
Elvira; que la inclemente  
fortuna no es poderosa  
para quitarme el amor.

GIL. Aunque pierda la labor  
de las parvas, es forzosa  
la diligencia. Esperad,  
que no está un cuarto de legua  
aparejada mi yegua  
tordilla, pues en verdad  
que muerto por ella andaba  
el cura.

MANRIQ. ¿Vale un cortijo?

GIL. En más la estimo que un hijo.  
Por mayo me la feríaba  
a dos berracos, y al buey  
pinto. Es un torbellino  
caminando.

MANRIQ. Peregrino  
es el villano.

GIL. Ni al Rey  
se la diera como a vos.  
Elvira, cuando camines,  
ásete (1) bien a las clines.

ELVIRA. Voy a las ancas.

GIL. Par Dios,  
que es verdad.  
(Vase.)

ELVIRA. Mientras mi hermano  
trae la yegua nos sentemos  
junto al bosque.

MANRIQ. (¡Con qué extremos  
se burla el amor villano  
de la fe sencilla y pura

(1) Texto: "hazete".

ELVIRA. de una mujer desdichada!)  
Más mi destierro me agrada  
que la vida más segura.

En tu dulce compañía,  
mi Juan, las penas mayores  
las juzgo tempranas flores,  
pompa desta selva fria..

No hay bien, ni regalo igual  
al verte; que el bien mayor  
viene a ser copia en rigor  
que le da tu original.

Tuya es mi vida, y tan tuya,  
que, ofendida en mi tormento,  
le dan tus ojos aliento  
para que en tus brazos huya.

MANRIQ. ¡Cuándo te podré pagar  
tantas finzas, mi Elvira!

(Salen BLANCA y RODRIGO.)

BLANCA. Y por extraño me admira.

RODRIGO. En este mismo lugar

le dejé. Válgame el santo  
del montante, que te vuelvas  
te ruego.

BLANCA. ¿Por qué, Rodrigo?

RODRIGO. Está ocupada la tienda  
y no hay adonde sentarnos.

BLANCA. ¡Cielos! ¿No es mujer aquella?  
Rodrigo, ¿quién puede ser?

RODRIGO. Debe de ser la maesa.

BLANCA. Heredó con el disfraz  
de villano las ofensas  
de mi honor. ¡Oh, falso amante,  
oh, prado; oh, fuentes; oh, selvas,  
yo os haré sentir mis males,  
porque entre tantas ofensas  
os diga el alma mía...! [fía!

RODRIGO. ¡Malhaya la mujer que en sastres

MANRIQ. ¡Cielos!, mi muerte descubro.

Blanca me ha visto, y sin ella  
es imposible que viva.

¡Cielos!, ¿quién pudo traella,  
para vengarse, engañada?)

Elvira, gente se acerca,  
y si me ven es forzoso  
que me maten o me prendan.  
Vete a esperar a tu hermano;  
que en trayéndome la yegua  
saldré del bosque.

ELVIRA. Los cielos  
te guarden y te defiendan.

(Vase.)

BLANCA. Dirás que no eres villano.

RODRIGO. Par Dios, que si agora niegas;  
mas, ¿qué puede hacer un sastre?

MANRIQ. ¿Pues tú también me condenas?

BLANCA. Porque echas de ver que siempre  
tiene la razón gran fuerza.  
¿A mis ojos este agravio,  
villano Maurique?

MANRIQ. Espera,  
señora.

BLANCA. Venganza pido  
a los cielos y a la tierra,  
de un traidor que me ha ofendido  
en el alma.

MANRIQ. ¡Que no quieras  
escuchar disculpas mías!

BLANCA. Cuando en el poder te veas  
del Rey de León, entonces,  
dando venganza a mis penas  
con tu muerte daré oídos  
a tu falsa voz.

RODRIGO. ¡Ciruelas!

¡Mujer y celosa! ¡Avispas!

MANRIQ. ¿Qué muerte habrá que yo sienta  
como el perderte, mi bien?  
Pero advierte...

BLANCA. No hay que advierta,  
¡villano en alma y vestido!

¿A mis ojos esta afrenta  
y habías de quedar con vida?

MANRIQ. Digo, que es justo que muera,  
mas no a las manos del Rey,  
a tus bellas manos sea,  
Blanca mía; que si llego  
a poder del Rey, es fuerza,  
que ha de saber donde está  
el niño Alfonso, y entregas  
a tu señor natural

a quien quitarle desea  
el reino. Pues eres noble,  
tantas desdichas te duelan  
como a Castilla amenazan,  
si me descubres.

BLANCA. ¿Qué piensas?

¿Que a mi venganza le importa  
que desdichas encarezcas?

(Aparte.)

La mayor hazaña emprendo,  
que en españolas y griegas  
tragedias, ha visto el mundo:



¡Leoneses, en esta selva  
se encubre vuestro enemigo!

MANRIQ. Mira que el alma despeñas  
en la traición más cruel  
que ha visto el mundo, y que afren-  
el gran blasón de los Castros, [tas  
que porque jamás pudieran  
descubrirme ni obligarme  
a entregar al Rey ordena  
el cielo el suceso extraño  
de un villano.

RODRIGO. Larga cuenta  
le he dado por el camino.

MANRIQ. Pues para que me parezca  
como en el nombre en el traje  
hasta la dorada espuela  
le puse; esta selva mide  
arinado y muerto. No ofendas  
a los ciclos que me amparan,  
y darme vida desean,  
para librar a mi Rey.

BLANCA. A una mujer ya resuelta  
en la venganza que busca,  
poco sirven y aprovechan  
ruegos humildes. El mundo  
ha de ocupar pluma y lengua,  
con esta hazaña. ¡Ah, leoneses!,  
si la ambición os despierta,  
¿qué aguardáis? Verás, villano,  
cómo mis celos se vengan.

RODRIGO. Tijeretas dice, y es  
porque ve que él trae tijeras.

(Sale el REY, FERNÁN RUIZ y soldados.)

REY. ¿Qué es esto, Blanca? ¿En el cam-  
dando voces descompuestas? [po  
Sepa yo la causa luego.

BLANCA. ¡Fernando!

MANRIQ. ¡Ah, furiosa hembra!  
Florinda, Cava, en España,  
viva de hoy más con vergüenza,  
y olvido de tus crueldades,  
pues tú la has vencido en ellas.

BLANCA. ¡Fernando, rey de León,  
que de la sangre te precias  
del noble rey Recaredo,  
y al dichoso Alfonso heredas!  
Si presumes de piadoso,  
si de cristiano te precias,  
¿cómo crueldades permites?  
¿Cómo permites ofensas?

A don Manrique de Lara,  
columna de la nobleza  
de Castilla, a quien el mundo  
por sus hazañas celebra,  
por su valor acredita  
y por su virtud respeta;  
a quien mi padre obligado  
por tan conocidas prendas,  
me prometió por esposa,  
le han muerto con manos fieras  
tus atrevidos soldados,  
porque tus órdenes llevan.  
¿De qué tirano Dionisio  
tan fiera crueldad se cuenta?  
Este bosque en sangre tinto,  
porque son fuentes sus venas,  
mi difunto esposo esconde (1),  
quizá porque no parezca  
a la luz del sol mi agravio,  
y tu crueldad no se entienda.  
¿Hubo desdicha mayor?  
¿Qué dices, Blanca?

FERNÁN.

BLANCA. Que lleva  
sangriento fruto este bosque,  
y yo lágrimas y penas.

MANRIQ. (¿Hubo en romanas matronas  
tan valerosa cautela  
para librar a su Patria?  
Lo que le has dado te deba  
para pagarte en memorias  
que las juzgue el tiempo eternas.  
¡Oh, milagro de lealtad!  
¡Oh, prodigio de belleza!)

REY. (Para pretender a Blanca (Ap.)  
son las más dichosas nuevas  
que pudo esperar mi amor.)  
Si de su muerte me pesa,  
mi sentimiento lo diga  
y la venganza que espera  
hacer mi rigor; y en tanto,  
a la usanza de la guerra,  
por general castellano  
arrastrando las banderas  
y destempladas las cajas,  
hagan, con pompa funesta,  
como a mi persona misma,  
a Manrique las obsequias.

(I'asc.)

FERNÁN. Perdió Castilla su amparo,

(1) Texto: "esconden".

pues si esperanza le queda  
en mis hombros, el dolor  
hará que presto la pierda.

(*Pase.*)

MANRIQ. Deja que a tus pies me arroje.

BLANCA. Detente, para que adviertas  
que no estoy vengada yo,  
que la piadosa clemencia  
que viste, fué con mi Patria;  
y porque juzgué a hajeza  
que otras manos te mataran,  
que es infame quien se venga  
con brazo ajeno.

MANRIQ. Pues dame  
la muerte agora.

BLANCA. ¿Quién era  
la villana?

RODRIGO. ¡Allí la duele!

MANRIQ. Engañada en la apariencia  
entendió que yo...

BLANCA. No quiero  
satisfacción; ya me pesa  
de habértelo preguntado.

MANRIQ. Mira que es bien que lo sepas,  
para que el rigor olvides.

BLANCA. No quiero saberlo.

MANRIQ. Entiendan  
estas plantas mi verdad.

BLANCA. Eso sí; díselo a ellas.

MANRIQ. Plantas deste verde bosque,  
decidle a Blanca que crea...

BLANCA. No quiero que me lo diga.

RODRIGO. Pero de oílo te huelgas.

BLANCA. Villano, la vida gozas,  
pero no me la agradezcas  
porque en hallando ocasión,  
has de ver que menosprecias  
una tigre, que le roban  
los hijos; una sirena,  
que para matar encanta  
entre mortajas de peñas.

MANRIQ. ¿Qué? ¿Te vas?

BLANCA. ¿Pues qué querías?

MANRIQ. Pedirte que no te fueras  
hasta matarme.

BLANCA. Ese gusto  
no quiero yo que le tengas,  
si es que la muerte te agrada,  
hasta saber que te pesa  
de morir.

MANRIQ. Pues vete en paz.

BLANCA. Y a la villana grosera  
yo la haré que me conozca.

MANRIQ. ¿No te vas?

BLANCA. ¿Es mucha priesa  
la que tienes? ; Ah, Rodrigo,  
dale, sin que yo lo vea,  
estas joyas a Manrique.

RODRIGO. Cayó el pecador (*sic*) de perlas;  
le daré yo los diamantes.

BLANCA. Voime, y no esperes clemencia  
de mi rigor.

MANRIQ. ¿Pues qué, Blanca?

BLANCA. Venganzas solas.

MANRIQ. ; Pluguiera  
al cielo, y fuera mi vida  
el dichoso aumento dellas!

BLANCA. ¿Sientes mi ausencia?

MANRIQ. Es mi muerte.

BLANCA. Pues voime, porque lo sientas.

MANRIQ. (¡ Oh, quién sus manos besara!)

BLANCA. (¡ Quién abrazarle pudiera!)

## ACTO SEGUNDO

(*Salen DON MANRIQUE y RODRIGO.*)

MANRIQUE.

Rodrigo, buena ventura.

RODRIGO.

No la tenga jamás quien la sustenta.

MANRIQUE.

¿ Por qué?

RODRIGO.

Porque el ventero  
es de los Reyes Magos despensero.

MANRIQUE.

Declárate, Rodrigo.

RODRIGO.

Es mágico el ventero, yo lo digo.  
No hay animal, es cosa peregrina,  
que no mude su forma en la cocina;  
y, como si tuvieran  
almas que asegurar cuando se mueran,  
se mudan de tal suerte,  
que se mejoran todos en la muerte.  
Porque el pollino que la muerte espera,  
es, en llegando al asador, ternera;  
pues el podenco, pajas,

después que a ese monte se ha hecho rajas,  
salteador de conejos,  
tomando a la vez nuevos consejos,  
el ventero bendito  
le hace las obsequias de cabrito.  
Mas ¿qué no hará un hebreo?

MANRIQUE.

¿Qué dices?

RODRIGO.

Que es judío.

MANRIQUE.

No lo creo.

RODRIGO.

Yo sí, pues siendo cabra  
la que da a todos sin hablar palabra,  
se pone el tal ventero  
a celebrar la fiesta del cordero.  
Después de una ensalada  
me pusieron un plato de lebrada  
habrá seis noches, miento,  
cuando fué el día que hizo mucho viento,  
que yo perdí el camino  
y llegando a la puente del molino,  
sin importar mis voces,  
me dieron seis gitanos dos mil coces.

MANRIQUE.

¿Qué bien sabes de cuenta!

RODRIGO.

Pues ese mismo día en esta venta,  
a mí y a un camarada  
nos dió el bendito huésped la gatada:  
sacó la olla potente  
con los ventosos nabos y el caliente  
ajo (¿qué linda pieza,  
pues nunca ha escaementado en su cabeza!)  
berenjenas baratas,  
con casi el apellido de zocatas;  
el tocino y repollo,  
que se podía comer al pic del rollo:  
y cuatro o seis pimientos  
que en el picar jugaban a los cientos.

MANRIQUE.

Tu relación me agrada.

RODRIGO.

Esta es la discreción de mi lebrada,  
que tanto me desvela.

MANRIQUE.

¿Pues no comiste bien?

RODRIGO.

A tentejuela;

mas picóse el ventero,  
sin qué, ni para qué; de donde infiero  
que aquella liebre, hecha ya a otras mañás,  
me está maullando agora en las entrañas.  
Cayóseme en el suelo  
una posta de carne, y con desvelo  
natural y ordinario,  
dije de presto: ¡Zape! El temerario  
ventero, a quien admira  
su prevención, me dijo envuelto en ira:  
"En mi casa no hay gato,  
y ¡voto a Dios!, que es liebre la del plato."  
Concebí fullería,  
y díjele al ventero chirimía:  
"Gato mal puede habello,  
si acabamos nosotros de comello."

MANRIQUE.

De humor gracioso vienes,  
y confieso, Rodrigo, que entretienes  
tan nuevas penas mías.

RODRIGO.

¿Pues siempre has de gastar melancolías?  
¿Ya no está el Rey seguro  
en el castillo de Gormaz? (1)

MANRIQUE.

El muro

su defensa previene;  
pero es muy poca guarda la que tiene.

RODRIGO.

Guardaránle los cielos.

MANRIQUE.

Con mortales congojas y desvelos  
me sigue la fortuna,  
tan fiera, tan cruel, tan importuna,  
que forman sus mudanzas  
peligros de las mismas esperanzas.

RODRIGO.

Así te desvaneces,  
sin comer, ni dormir; tú mismo ofreces  
la vida.

MANRIQUE.

Vete un poco.

(1) Texto: "Gormas."

Quizá podré dormir, si duerme un loco,  
que sin alma y sin seso  
vive en fortunas tan opuestas preso.  
Pero mira, Rodrigo,  
que nadie ha de saber que vas conmigo,  
que me encontraste acaso.

RODRIGO.

Paréceme muy bien: por todo paso;  
muy conformes estamos.  
¿Mas quién ha de pagar lo que comamos?

MANRIQUE.

Eso está por mi cuenta.

RODRIGO.

Pues ya piso con ánimo la venta.

*(Vase RODRIGO y échase a dormir MANRIQUE y salen SOLDADOS LEONESES, los que pudieren, y un PORQUERO.)*

PORQUERO.

Si no prometen nada  
no lo quiero decir.

MANRIQUE.

¿Qué gente armada  
es esta? ¿Son leoneses?  
Bien lo muestra la enseña en los paveses,  
El traje me asegura,  
demás que la llorada muerte dura  
del Manrique fingido  
toda seguridad me ha prometido.

SOLDADO 1.º

¿Quién será poderoso a que se explique?

PORQUERO.

Ya sé que buscan todos a Manrique,  
el bravo castellano.

MANRIQUE.

¡Cielos! ¿Qué escucho?

SOLDADO 2.º

Loco está el villano.

SOLDADO 1.º

Si ya Manrique es muerto,  
¿quién le había de buscar?

PORQUERO.

Hagan concierto

conmigo, y ¿qué le digo  
adónde está Manrique?

MANRIQUE.

¡Cielo, amigo,  
qué desdicha tan nueva!  
Será imposible que el valor le deba  
defensas a mi espada;  
que hay una escuadra por mi daño armada.  
¿Cómo es posible, bárbaro villano,  
que seas traidor naciendo castellano?

SOLDADO 2.º

Es quimera imposible.

PORQUERO.

Pues, escuchen, verán cómo es posible.  
Han de saber primero  
que soy, hablando con perdón, porquero.  
Mis cochinos llevaba  
al bosque del Campillo, y yo, que estaba  
vareando bellota,  
he aquí que mi ganado se alborota,  
y luego un hombre herido  
llegó, dando traspies a lo escondido  
del bosque: cayó al punto,  
que poco le faltó para difunto.  
Y en esto un hombre armado,  
con un sayo de hierro muy dorado,  
llegó al hombre que digo  
con un niño en los brazos. ¿Van conmigo?

SOLDADO 1.º

Prosigue.

MANRIQUE.

(¡Oh soberano  
cielo!, pues permitiste que un villano  
verme entonces pudiera,  
sin duda quieres que a sus manos muera.)

PORQUERO.

Al fin con el cuidado pude muy bien oílo (1),  
era el difunto el sastre del Campillo;  
porque antes que muriera  
se lo dijo al armado, y cual si fuera  
salteador atrevido,  
al pobre sastre le quitó el vestido.  
Pero dejóle armado  
de las conchas de hierro, y con cuidado  
cogió al garrido infante,  
y sacóle del bosque; y al instante  
llegó a abrazar a un hombre,  
a quien llamaban Nuño (no se asombré  
nadie, y guarden secreto).

(1) Sic.



El hombre, pues, mirando con respeto al otro le decía:

“Don Manrique de Lara, hazaña es mía librar al Rey”; y luego

Nuño cogió el chicote, y como un fuego se metió por el río,

en un caballo que, si fuera mío,

sin que mi amo lo viera,

vendiera los cochinos y me fuera.

¿Podrán crecer ahora

que está Manrique vivo?

SOLDADO 2.º

Y que mejora  
tu aviso nuestra suerte; mas, ¿dónde está?

PORQUERO.

No hay más. A un hombre fuerte,  
de quien cuentan los moros y no acaban,  
prendelle así pensaban.

Aseguren las puertas.

SOLDADO 1.º

Dices muy bien.

SOLDADO 2.º

Tendrás albricias ciertas.

SOLDADO 1.º

Diez hombres no sobramos,  
Fortún.

SOLDADO 2.º

Para prendelle no bastamos,  
para matarle, sí; pero no es justo  
quitarle al Rey de su prisión el gusto.  
Demás que, si viniese a nuestras manos,  
nos han de dar su Rey los castellanos  
y el nuestro entonces, viéndose ofendido,  
se vengará en Manrique.

SOLDADO 1.º

Hoy ha venido  
a cazar a estos bosques.

SOLDADO 2.º

Dicha fuera,  
que por nosotros la prisión se hiciera.

MANRIQUE.

(Mejor diréis mi muerte;  
que desdicha en mi defensa advierte  
si aquí me acometéis.)

(Salen los villanos y el ALCALDE y el VENTERO.)

VENTERO.

A la justicia  
negarle la verdad fuera malicia,  
y que a delito pasa:  
el sastre del Campillo está en mi casa.  
Demás que no me obligo  
a ser su encubridor, porque es amigo.  
¿Debo más que entregallo?

ALCALDE.

¿Pues cómo hemos de hacer para agarrallo?

VENTERO.

Venle allí reposando.

MANRIQUE.

(Impensadas desdichas, ¿hasta cuándo  
tendréis tan adquirida  
jurisdicción en mi cansada vida?  
¿Qué aguardo que no escojo  
medio el más fuerte, y a morir me arrojo  
mientras mi ya confusa injusta muerte,  
mi fingido sosiego les advierte?)

SOLDADO 2.º

La puerta está cerrada.

PORQUERO.

Pues vele: allí está echado, camarada.

SOLDADO 1.º

No hay ventura que a la nuestra iguale (1);  
la industria en el peligro a veces vale  
más que el valor.

SOLDADO 2.º

Pidamos  
favor a estos villanos.

PORQUERO.

¡Par Dios, vamos!

MANRIQUE.

Un bizarro corazón  
en tan bravas acechanzas,  
deje la cobarde industria  
y válgase de las armas,  
mientras no llega la muerte.

VENTERO.

Aquí es menester la maña

(1) Texto: “nuestra se iguale”.

más que las fuerzas. ¿Qué hay, huésped?  
¿No comereinos?

MANRIQUE.

Ya pasa  
de hora; pongan la mesa.

VENTERO.

¡Sobrina!

SOBRINA.

(Dentro.)

¡Tío!

VENTERO.

Comamos.

SOBRINA.

Sosiegue el buche.

VENTERO.

¡Ah, respondona!

SOBRINA.

Si acaban  
de echar agora las berzas.

(Sale RODRIGO.)

RODRIGO. ¡Tiene razón la muchacha!  
(Soldados, y la justicia,  
y mi amo sobre ascuas,  
y yo en ayunas, ¡jeringa!)

VENTERO. Mira que tienes en casa  
a mi grande amigo, el sastre  
del Campillo.

RODRIGO. Las entrañas  
le estoy paseando al huésped.

(Sale la SOBRINA.)

SOBRINA. Tío, no le cuente nada  
del gasto, porque me corte  
el sayuelo.

VENTERO. ¡Eso te mata!  
¡Trae de comer, bachillera!

SOLD. 1.º Esto conviene al servicio  
del Rey.

ALCALDE. ¡Donosa demanda!  
Par diez, que viene borracho  
quien los indirgó esta vara;  
sepan que nunca se bulle  
jamás a humo de pajas.  
Su prendimiento me toca,  
soldados, que aquella cara  
es cara de sastre.

PORQUERO. Alcalde,

con miramiento a las barbas  
que me están oyendo, miente,  
y a que es Manrique de Lara  
le apostaré yo un cochino  
contra un hijo suyo.

SOLD. 2.º

Extraña

confusión (1).

VENTERO. Yo daré la mejor traza  
para conocer quién es;  
y luego lleve la carga  
cuya fuere: a esta muchacha  
la compré ayer en la feria,  
que me la dieron barata,  
una poca de rajuela,  
muy buena, que es de las Navas.

RODRIGO. ¿La de Tolosa, o la otra?

MANRIQ. ¿Pues qué es menester?

VENTERO. Que rabia

porque le hagan un sayuelo.  
Yo había de ir a vuestra casa,  
y por estas pesadumbres  
que habéis tenido, aguardaba  
a que me girase el tiempo;  
pues ya venistes, cortalda.

RODRIGO. ¡Las narices!

VENTERO. El sayuelo,

porque ella a ratos en casa  
le podrá coser de espacio.

MANRIQ. Yo lo haré; traigan la raja.

SOBRINA. Y yo bailaré a sus bodas.  
Juan Prieto.

(I'ase.)

RODRIGO. La confianza  
con que lize el buen señor  
en compendiosas palabras,  
"traigan la raja", y traída,  
¿qué has de hacer?

MANRIQ. ¡Rodrigo, calla!

VENTERO. Fácil está el desengaño:  
si le corta, cosa es clara  
que es Juan Prieto; y si no sabe,  
será Manrique de Lara.

ALCALDE. El barbero del Campillo  
no dijera más bravata:  
resurrección se ha tomado.

SOLD. 1.º Ella es admirable traza.

(Sale la SOBRINA con la raja.)

SOBRINA. Aquí está, lo que le ruego

(1) Sic. (Faltan palabras.)

es que salga muy plegada  
la pretina; y los braones  
quiero que lleven pestañas,  
con sus vivos.

RODRIGO. ¿Y difuntos?

MANRIQ. Está muy bien. ¿Es de la ancha?

SOBRINA. Sí.

MANRIQ. Pues en nombre de Dios.

RODRIGO. Mira que no es esa raja  
la que has de tomar.

MANRIQ. ¿Pues cuál?

RODRIGO. La de una encina.

VENTERO. ¿No falta  
más que tomar la medida?

MANRIQ. Cosas de poca importancia:  
yo sin medida las corto.

RODRIGO. Al huésped podían tomalla  
con la raja susodicha.

*(Trazando y cortando.)*

MANRIQ. Mira, bellissima Blanca,  
en qué peligros me ha puesto  
tu amor; que sólo aguardaba  
las sombras que sobre el mundo  
confusamente desata  
la noche, para ir a verte,  
para quitarte del alma  
las viles sospechas tuyas.  
¡Ah, malhaya la villana  
que te dió ocasión de celos!  
¿Yo he de permitir mudanza  
en la fe con que te adoro?  
Vieras primero bañadas  
estas rústicas paredes  
de mi sangre; y si es venganza  
la que tus celos desean  
presto habrán de ejecutalla  
tantos ministros crueles,  
como ya mi muerte aguardan.  
Estos, aunque son villanos,  
vienen con la ilustre marca:  
de la justicia a mi Rey,  
contemplo en aquella vara  
del villano Alcalde, y pienso  
que mil veces me dejara  
quitar la vida primero  
que le tocase a la capa.

SOBRINA. ¿Qué aguarda? ¿Para un sayuelo  
se está dos horas?

RODRIGO. Hermana,  
¿no ha de tantear primero

lo que ha de hacer? Dios te valga,  
porque santos que hayan sido  
sastres, es cosa excusada  
pensar que yo he de topallos.

VENTERO. Mas, ¿que echa a perder la raja?

RODRIGO. Demonios somos, los sastres:  
cortando está una gualdrapa  
para un mico.

VENTERO. No es Juan Prieto,  
porque ha dado muy bellacas  
muestras de sastrer.

SOLD. 2.º Es Manrique,  
¿vive Dios! ¿Están tomadas  
todas las puertas?

SOLD. 1.º Y en todas  
puestos soldados de guarda.

MANRIQ. Ya llegó el último plazo:  
valor y industria me valgan.  
Señores soldados, oigan:  
(Notable hazaña emprendo.) (Ap.)  
Adviertan que yo (1)  
soy don Manrique de Lara.  
si por soldados leoneses  
tenéis valor, y las gracias  
y premios de mi prisión  
queréis ganar, con palabras,  
o con obras reducid  
a estos hombres que se vayan,  
pues no soy el que ellos buscan;  
que luego, solo y sin armas,  
para que estéis más seguros,  
os cumpliré la palabra  
de ir preso a los pies del Rey.

SOLD. 1.º Sólo pudiera esta, hazaña  
ser vuestra, claro Manrique;  
ansí estorbaréis las llamas  
abrasadoras que encienden  
la ambición y la privanza.  
Con el debido respeto  
iremos haciendo guarda,  
Manrique, a vuestra persona;  
que el Rey a breve distancia  
le hemos de hallar, que ha salido  
hoy a divertirse a caza.  
Corte ha hecho del Campillo,  
si ya no es su plaza de armas,  
que allí ha de estar hasta tanto  
que con sus designios salga.  
Lo que toca a los villanos

(1) (Faltan palabras.)

no verán nuestras espadas  
desnudas, cuando visiten  
esa vecina campaña  
huyendo.

MANRIQ. Quizá los ruegos  
bastarán.

SOLD. 2.º ¿Y si no bastan?

MANRIQ. Disculpa tendréis entonces.

SOLD. 2.º Para tratar esta causa,  
Alcalde, con más acuerdo  
será menester que salga  
vuestra gente de la venta,  
y vos.

ALCALDE. De muy buena gana;  
pero adviértanlo primero,  
que porque yo no pensara  
que era el sastre, echó a perder  
el sayo.

SOBRINA. ¡Y que mala pascua  
tenga, y sea la primera!

VENTERO. Si no le ahorcáis mañana,  
sea quien fuere, no sois hombre.

ALCALDE. ¡Par Dios, que ya tengo en agua  
los lazos escorridizos.

SOBRINA. Pague primero la raja,  
tío.

VENTERO. ¿No basta ahorcarle?  
Si yo lo viera, bastara.

*(Vanse todos y quedan MANRIQUE y RODRIGO.)*

MANRIQ. Esto es hecho, agora el cielo,  
si mi vida no le causa,  
con nuevo aliento divino  
supla las fuerzas humanas.

RODRIGO. En esto paró la fiesta.  
¡Pardiez, que se han vuelto cabras  
los señores caperuzas!  
Mi amo tienta la espada  
y previene el broquelillo:

*(Ruido de espadas dentro.)*

aquí tendemos la raspa.  
¡Vive Dios!, que se demuda  
y cuando él pone la cara  
de color de peregil,  
cierto está el arroz en casa.  
Quiero, por si lloviznare (1),  
subirme a aquella ventana.

MANRIQ. ¿Dónde vas?

RODRIGO. A darte cuenta  
de lo que en el bosque pasa.

MANRIQ. Ya te entiendo.

RODRIGO. Harto más bien  
me entiendo yo.

*(Salen los SOLDADOS, con rodela y espadas.)*

SOLD. 1.º La campaña  
midieron como unas liebres.

SOLD. 2.º ¡Vamos, Manrique de Lara!

MANRIQ. ¿Qué es vamos? ¿Y qué es Manri-  
[que?

Juan Prieto soy de la Mancha,  
y sastre.

SOLD. 1.º ¿No eres Manrique?

MANRIQ. ¿Qué Manrique, ni qué haza?  
Quise tomar ese nombre  
por saber que me buscaba  
el Alcalde de mi pueblo;  
y por no dalles venganza  
en la horca a mis contrarios  
me he valido de la traza  
que han visto; que a la justicia  
debe siempre respetalla  
el que fuere hombre de bien.  
Ya se fué, y ellos se vayan;  
que ya me parecen pocos  
como los villanos faltan;  
que con ese intento quise  
dividillos, y esto basta  
para soldados que tienen  
buen entendimiento.

SOLD. 1.º ¿Engañas  
gente simple por ventura?  
Cumple mejor la palabra  
que me diste, si no quieres  
obligarme.

MANRIQ. Muchas gastan  
para la prisa que tengo.  
Desocupen la posada,  
sin voces, o, ¡vive Cristo!,  
que han de saltar por las bardas  
de la venta, si me enoja.

*(Asómase arriba RODRIGO.)*

RODRIGO. Miren que tiene mal alma;  
váyanse y créanme.

SOLD. 2.º En vano,  
si todo el valor de España  
se juntara en tu defensa,  
te ha de librar de las armas

(1) Texto: "lloviznare".



de León, o seas villano  
o Manrique.

MANRIQ. A cuchilladas  
sabréis que soy en desdichas,  
si os diere gusto el contallas.  
para vosotros Juan Prieto,  
y Manrique para Blanca.

(*Dales muchas cuchilladas, y retiranse los SOLDADOS.*)

SOLD. 2.º No hay acosado león  
más feroz en las montañas  
de Masilia.

SOLD. 1.º Al bosque, amigos,  
que es rayo que se desata.

RODRIGO. ¡Qué lindas manos de sastre!  
Las hechuras no le pagan.  
Yo le hecho lo que Santelmo  
que después que la borrasca  
se aparece, y es un santo.

(*Sale el REY y FERNÁN RUIZ.*)

REY. ¿Qué voces y estruendo de armas  
suenan en el bosque?

FERNÁN. Yo voy,  
señor, a saber la causa.

(*Vase.*)

RODRIGO. Plaza de podencos llevan  
los soldaditos; ahulagas  
les puso el miedo en la cola.  
Bajemos a dar las gracias  
a Dios por este suceso  
y porque lleven mañana  
al templo un sastre de cera;  
aunque bien pudieran darla,  
entre todos, que bien saben,  
disfrazando la demanda,  
pedir para candelilla  
dos veces en una casa.

(*Íase y sale DON MANRIQUE, alborotado.*)

MANRIQ. En mayor peligro estoy;  
¡cielos!, mi muerte es la caza  
que busca el Rey; ya me ha visto;  
mas puede alentarse el alma  
porque el Rey no me conoce.

REY. ¿Qué hombre es éste, con la espada  
desnuda y en mi presencia?  
¿Busca ejemplo a la desgracia  
del muerto Sancho en Zamora?  
Si en villano se disfraza

otro segundo Vellido,  
pagaráme la asechanza (1)  
con la vida.

MANRIQ. (Mientras dudo,  
pongo a riesgo mi esperanza.  
Los cielos vayan conmigo.)  
Fernando, cuyas hazañas  
el mundo que ya...

REY. Sosiega.

MANRIQ. ¡Oh, Majestad soberana  
la de un Rey! Más que el peligro  
me turba el velle la cara.  
Señor, yo soy un villano  
de ese pueblo; mis desgracias  
llaman a voces la muerte  
que espero: di a una villana  
palabra de ser su esposo,  
y como solicitaban  
otros villanos del pueblo,  
aunque en mi agravio, la causa,  
quiere también Elvira  
(que así la moza se llama),  
sacáronme al campo ayer,  
porque a sus traidoras armas  
diese la inocente vida;  
pero yo, que la guardaba  
por ser Elvira su dueño,  
saqué, gran señor, la espada.  
supliendo con el peligro  
la nobleza que me falta.  
Maté a dos y retirando  
los demás di a la campaña  
veloces pies. La justicia  
con los villanos trabaja  
más en quitarme la vida  
que en sus rústicas labranzas.  
Y así con miedo y amor  
vengo donde vive el alma,  
porque es Elvira su centro;  
que un hombre tal vez se ampara  
del mismo lugar, adonde  
cometió el delito y halla  
en el peligro remedio.  
Y cierta tengo la gracia,  
pues he merecido veros:  
así vuestras esperanzas  
de ver en vuestro poder  
a Alfonso las veáis logradas.  
señor, como yo desco.

(1) Texto: "acechança".

REY. El justo perdón que aguardas  
merece tu honesto amor;  
libre estás.

MANRIQ. Cante la fama  
vuestros hechos.

REY. Tus delitos  
perdono, para que vayas  
a ver tu esposa.

MANRIQ. ¿Y si vuelven  
los villanos?

REY. Bien guardada  
está con esta señal  
tu vida.

*Vase y dale un anillo.*

MANRIQ. Celosa Blanca,  
tú eres la buscada Elvira,  
a ti van encaminadas  
mis esperanzas dichosas,  
que tú eres de quien hablaba  
el Rey, disirazando el nombre  
con metáfora villana,  
porque eres el centro mío  
donde mis penas descansan.

*(Sale FERNÁN RUIZ.)*

FERNÁN. ¿Si ha dado la vuelta el Rey?

MANRIQ. Ninguna dicha les falta  
a mis venturas, señor.

FERNÁN. ¿Quién es?

MANRIQ. Aún no acabas  
de conocer a Manrique,  
que la peregrina traza  
del villano muerto ha sido  
el seguro que me guarda.

FERNÁN. ¿Más os valiera no verme!  
¿Tanto ya mi vida os cansa,  
Manrique, que así queréis  
quitármela en la estacada?

MANRIQ. ¿Qué decís?

FERNÁN. Digo que al Rey,  
por librarme de la infamia  
que impuso de alevosía,  
le di segura palabra,  
haciendo pleito homenaje  
a la castellana usanza  
de darle vuestra persona  
o llamaros a batalla  
cuerpo a cuerpo en el palenque;  
que, por librar nuestra patria  
de las armas de León,

hice al Rey la temeraria  
promesa de entrar en campo  
con vos, y en esta batalla  
he de morir o entregaros.

MANRIQ. ¿Cuando el niño Rey se ampara  
de nuestro valor, y está...?

FERNÁN. No me digais dónde; basta  
saber que vos le guardáis  
porque yo, cuando me agravian  
las leyes del homenaje,  
no soy hombre de importancia  
para guardalle la vida.  
Y así, si queréis guardalla,  
quitádmela a mi primero,  
que por la imagen sagrada  
del Salvador de los hombres  
de ofrecer a vuestras plantas  
mi cabeza en el palenque  
para que podáis cortarla,  
por hombre inútil, por hombre  
cuya vitoriosa espada  
la oprime una pleitesía  
para no amparar su patria.

MANRIQ. ¿Yo en campo con vos, señor?  
Pues si en la mayor infamia  
de cobarde y de alevoso  
cayera, no viera España  
tan injusto atrevimiento.

FERNÁN. Pues tratad de iros a Francia,  
porque aquí no estáis seguro  
de mí.

MANRIQ. Yo haré que me valgan  
los disfraces para andar  
seguro.

FERNÁN. Andá enhoramala,  
y encubrid vuestros designios,  
no los fiéis de quien trata  
de prenderos y entregaros.

MANRIQ. Cuando ese trance llegara,  
sois quien sois.

FERNÁN. No os fiéis deso,  
ni engañéis vuestra esperanza  
fiado en lo que os estimo,  
que he de cumplir mi palabra,  
¡vive Dios!

MANRIQ. Pues, ¡juro a Dios!,  
que vos ni el mundo no bastan  
a prenderme.

FERNÁN. Pues guardaos.

MANRIQ. Conmigo llevo la guarda.

FERNÁN. Tengo espías.

MANRIQ. Tengo amigos.  
 FERNÁN. Yo tengo valor.  
 MANRIQ. Yo espada.  
 FERNÁN. Soy quien España conoce.  
 MANRIQ. A mí [me] conoce España.  
 FERNÁN. Para buscaros soy Castro.  
 MANRIQ. Para guardarme soy Lara.  
*(Tanse, y sale RODRIGO.)*  
 RODRIGO. ¿Puede haber mayor locura?  
 Mi amo está endemoniado.  
 ¿Que ande un hombre aperreado  
 por no dar una criatura?  
 Por no parecerme yo  
 a un sastre una hora no más,  
 entregara a Barrabás  
 la madre que me parió.  
 Blanca es ésta. ¡Qué afligida  
 viene la pobre señora!  
*(Sale BLANCA.)*  
 BLANCA. ¿Rodrigo?  
 RODRIGO. ¿Estarás agora  
 contenta?  
 BLANCA. Pierdo la vida.  
 Ya, Rodrigo, no hay más bien,  
 ni puedo tener reposo  
 en ausencia de mi esposo.  
 RODRIGO. ¿Pues para qué fué el desdén?  
 La villana viene allí.  
 BLANCA. Y ¡que la abraze mal fuego!  
 Yo me voy; volveré luego.  
 No quiero que me halle aquí,  
 pues ya quedan malogradas  
 mis esperanzas.  
 RODRIGO. Ya viene.  
 BLANCA. Yo la temo.  
 RODRIGO. Talle trae  
 de andar contigo a puñadas.  
*(Sale ELVIRA.)*  
 ELVIRA. ¡Señora!, si ayer perdí  
 el respeto a tu persona,  
 mis ignorancias perdona,  
 porque no te conocí.  
 Tú sola en Castilla puedes  
 remediar mi vida agora;  
 que, al fin, naciste, señora,  
 sólo para hacer mercedes.  
 BLANCA. Mucho siento tu pasión  
 y que rogaré por ti

en cuanto pueda.  
 ELVIRA. ¡Ay de mí!  
 que no cabe el corazón  
 en mi pecho! ¡Que a tan duras  
 penas rendirse es forzoso!  
 Cuando esperaba mi esposo  
 sombra de la noche oscura,  
 para que, seguro amor,  
 pudiese (1) tejer mis brazos  
 a su cuello amantes lazos,  
 fué la desdicha mayor.  
 BLANCA. (Aunque estoy rabiando en celos,  
 ya me ha movido a piedad.)  
 ELVIRA. Cobró fuerzas la crueldad  
 en los villanos desvelos.  
 Esperóle la justicia  
 al paso, encubierta y muda,  
 siendo en la canalla ruda  
 más que gobierno, malicia.  
 Y cuando, como otras veces,  
 mi esposo se defendía,  
 y el brazo y la espada hacía  
 de su justa causa jueces,  
 en una acequia que lava  
 esos sagrados laureles  
 cayó, y en manos crueles  
 de quien su mano esperaba.  
 Tantos villanos cargaron  
 sobre él, que si un monte fuera  
 su pesadumbre rindiera.  
 Al fin las manos le ataron,  
 y le traen preso al lugar  
 que a todos da compasión:  
 que es el Alcalde un Nerón,  
 y jura que le ha de ahorcar.  
 RODRIGO. El Rey viene.  
 ELVIRA. ¡Habla al Rey!  
 Darás la vida a mi esposo,  
 porque un delito amoroso  
 le disculpa toda ley.  
 BLANCA. Digo que haré por su vida  
 como si la mía fuera.  
 ELVIRA. El premio del cielo espera  
 y de un alma agradecida.  
 BLANCA. Entretanto aquí te queda:  
 que hablar a mi padre quiero.  
 ¡Aguarda!  
 ELVIRA. La muerte espero,  
 si no hay quien libralle pueda.

(1) ¿Pudiesen?

(*Vanse, y sale el REY, FERNÁN RUIZ y SOLDADOS.*)

REY. ¡Vive Dios, que he de abrasar  
a Castilla si no quiere  
entregarme al Rey!

(*Dentro.*)

VILLANO. Hoy muere  
el valentón del lugar.

REY. Castro, ¿qué es eso? Mirad.

RODRIGO. ¡Ay de mí! Este es mi señor.

FERNÁN. ¿Hubo desdicha mayor?

ALCALDE. ¿Qué reacio estáis! ¡Andad!

FERNÁN. ¡Malhaya la pleitesía!  
¡Ah, juramento cruel!  
¡Aguardad!

ALCALDE. Tirad con él,  
que se nos acaba el día,  
y ha de pernear primero  
que se ponga el sol.

FERNÁN. El Rey  
os llama.

ALCALDE. Cumpra la ley,  
si ha de ser Rey justiciero.

FERNÁN. (Al Rey le quiero entregar  
por cumplir el juramento;  
que después me dará aliento  
el cielo para guardar  
su vida.)

MANRIQ. ¿Pues dónde llego  
para que espere favor  
de la fortuna envidiosa?

Si Castro dice quién soy...

¡Ejemplo a desdichas doy!

REY. ¿Qué hombre es ése?

ALCALDE. La rabiosa  
pestilencia del lugar.

REY. ¿Este no es aquel villano  
del bosque?

ALCALDE. No tengo a mano  
palabras con qué explicar  
las insolencias que ha hecho.

FERNÁN. Este es Manrique, señor,  
que el vestido y el temor  
le disfrazan.

ALCALDE. El derecho  
de la justicia os suplico  
que guardéis.

REY. ¡Castro, mirad!

FERNÁN. Esta es, señor, la verdad.

REY. Quedaréis privado y rico  
en mi privanza y valor;

MANRIQ. yo os alzo el pleito homenaje.  
(Cielos!, ¿hubo en el linaje  
de agravios otro mayor?  
Castro me vende.)

REY. Advertid  
que no le habéis conocido.

ALCALDE. ¡Par Dios, que es Rey muy sofrido!

VILLANO. Sus maldades le decid.

ALCALDE. ¿Qué hay que decir? ¿En la cara  
no se le ha echado ver?  
Justicia tengo de her  
o arrebócese la vara.

REY. Confuso estoy. Si éste fuera  
don Manrique, no me hablara  
en el bosque, no contara  
sus delitos, no pidiera  
perdón para asegurar  
su vida de los villanos,  
temiendo caer en sus manos.  
Castro se pudo engañar.

(*Sale ELVIRA.*)

ELVIRA. Pues habéis hecho al Campillo  
corte vuestra, no malogre  
vuestro favor mis desdichas.  
Templad, señor, los rigores  
de esos villanos; mirad  
con piadosa vista a un hombre  
que ha de ser mi esposo, y temo  
que a vuestros ojos le ahorquen:  
piedad y clemencia os pido.

REY. Levanta. ¿Cómo es tu nombre?

ELVIRA. Es Elvira.

REY. ¡Vive Dios!

que es el villano del bosque.

Castro, engañaros pudistes.

¿Puede haber más confusiones?

Llamad a Blanca.

RODRIGO. Yo voy  
por ella.

(*Vase.*)

REY. Haré que se informe  
el alma de la verdad,  
con la cautela que esconde  
mi vengativo furor.  
En estos breves renglones,  
un soldado castellano  
me dice que viene el orden  
de ganar a San Esteban.  
Lealdos.



FERNÁN. ¡Jamás se logre  
la traición del vil soldado!)  
REY. ¡Oh, si viese mis leones  
San Esteban de Gormaz (1)  
en sus murallas y torres!  
MANRIQ. (¿Qué dijo de San Esteban  
el Rey? Porque como esconden  
al niño Alfonso sus muros,  
tiemblo en oyendo su nombre.)

(FERNÁN lee:)

FERNÁN. *"Si vuestra Alteza envía cien hom-  
bres a San Esteban, le entregaré  
la fuerza, dándome por nombre el  
capitán que viniere, León, tres  
veces. El puente del río rompieron  
los castellanos, y será fuerza pa-  
sar el vado que se descubre a la  
punta que hace un valle, enfrente  
de unos sauces, que yo desde el  
muro les haré señas con hachas de  
fuego, y ganada la fuerza será cier-  
to entregarse a Vuestra Alteza el  
niño Rey y sujetar a Castilla, ad-  
virtiéndole que si ésta fuera traición  
sacara poco fruto de matarle cien  
hombres con engaño. Que Dios a  
Vuestra Alteza..."*

*Fortún Ximeno."*

MANRIQ. ¿Hubo traición semejante?  
Rastrillo (2), puente y cien hombres  
pude escuchar; ¿qué será?  
REY. Vuestro valor os escoge,  
Castro, para esta facción;  
vos habéis de ir en mi nombre  
a ganar aquella fuerza.  
(Si es traición, Castilla llora  
la muerte de su caudillo,  
pues es fuerza que se arroje  
a matarle, y yo no pierdo  
ningún capitán.)

FERNÁN. No apoyes,  
señor, en tan viejos años  
hecho tan grande.

REY. La noche  
y la obediencia os espera,  
que el mundo, Castro, os conoce.

(Sale BLANCA y RODRIGO.)

BLANCA. ¿Señor, qué mandas?

REY. Ya he visto  
que a tus honestos favores  
los merece, Blanca hermosa,  
quien de mi rigor se esconde;  
Manrique sólo merece  
tus brazos, y es bien se logre  
tu amor con mi desengaño,  
y que por ti le perdone  
cualquier delito, demás,  
que siendo Manrique un hombre  
a quien encargó mi hermano  
su hijo juzgo a desorden.  
Mucho el desengaño puede  
por tan ciegas ambiciones,  
turbar la paz de Castilla  
y así vuelvo mis leones  
a su centro, y me retiro;  
y porque Manrique goce  
el fruto de mi venida  
y me tenga obligaciones  
tan conocidas, pretendo  
que contigo se despose  
en mi presencia. ¡Manrique,  
llega! ¿Y tú que respondes,  
Blanca?

MANRIQ. Su inocencia engaña.

¿Hubo cautelas mayores  
en la ambición, ni en los celos?

BLANCA. (¿Pues tan grandes prevenciones  
de Castilla, tantos gastos  
como ya el mundo conoce,  
tantas pruebas de mi amor  
se desvanecen y rompen  
tan fácilmente? ¡Eso no!  
Este es lazo que me pone  
para matar a Manrique.)  
Señor, en vuestras razones  
pudierais tomar ejemplo,  
y, pues, decís que a los nobles  
de Castilla los honráis,  
no merece disfavores  
vuestros, mi padre, señor,  
con tan viles intenciones  
de casarme desta suerte  
con un villano tan torpe.  
Y si esto acaso es venganza  
de que no le corresponde  
mi amor a tu Alteza, piense  
que le llamarán los hombres

(1) Texto: "Gormas.

(2) Texto: "rastrillo".

Rey injusto; y yo, entretanto  
que el alma los lazos rompe  
del cuerpo, en que vive asida,  
daré lágrimas y voces  
como furiosa leona,  
sobre el túmulo que asconde  
mi difunto esposo.

RODRIGO. ¡Bien!

REY. Castro, si son ilusiones  
vuestras, poco fruto esperan.

RODRIGO. ¡Ah, gran mujer! Escapóse.

REY. Ven acá; ¿cómo te llamas?

MANRIQ. ¿Yo? Juan Prieto.

REY. En ese bosque  
no me hablaste?

MANRIQ. Sí, señor,  
y me hiciste mil favores.

REY. ¿Que es señal para que vivas  
seguro?

MANRIQ. No la conocen:  
esta sortija me diste.

REY. Vete en paz, y a que me enoje  
no deis vosotros lugar.  
Casalde luego, y en dote  
doy a Elvira mil ducados.

ELVIRA. El reino mil años goces.

ALCALDE. Todos iremos contentos,  
como su merced perdone.

ELVIRA. Juan mío, ¿que estás ya libre  
para que tus brazos goce?

MANRIQ. Mía es la ventura, Elvira.

BLANCA. ¡Ay, cielos! ¿Son ilusiones?  
¿Casarse quiere Manrique  
con la villana?

REY. La noche,  
Castro, se viene acercando.

(*Íasc.*)

FERNÁN. Ya sé mis obligaciones,  
¡Manrique, esta hazaña es vuestra!

(*Íasc.*)

MANRIQ. ¡Vamos, mi bien, no malogre  
el tiempo las dichas mías.

ELVIRA. Vamos, mi Juan.

BLANCA. ¿Qué haces, hombre?  
¿Dónde vas?

MANRIQ. Voy a casarme.

BLANCA. ¿Es de veras?

MANRIQ. Esta noche  
será.

BLANCA. ¿Con quién?

MANRIQ. Con Elvira.

BLANCA. ¿Por qué?

MANRIQ. Porque me conoce  
y me estima.

BLANCA. ¿Más que yo?

MANRIQ. ¿Pues quién sois vos?

BLANCA. ¡Ah, rigores  
de mi estrella! ¿No lo sabes?

MANRIQ. No, por Dios.

BLANCA. ¿Pues qué dispones  
de mi vida?

MANRIQ. ¿Qué sé yo?

BLANCA. ¿Luego no hay obligaciones  
en ti?

MANRIQ. Las que tengo guardo.

BLANCA. Dime, ¿cuáles son?

MANRIQ. Que adore  
a Elvira.

BLANCA. ¿Sabes quién eres?

MANRIQ. Quien soy publica a voces (*sic*)  
mis dichas.

RODRIGO. Tu padre vuelve.

BLANCA. ¡Detente, y dime tu nombre!

MANRIQ. Juan, el sastre del Campillo.

BLANCA. ¡Con esa verdad te logres!

## ACTO TERCERO

(Sale MANRIQUE embozado y con una carta en la mano.)

MANRIQUE.

¿Soldado castellano,  
y traidor a su Rey? Fuera más llano  
al sol de luz vestido,  
de su eclíptica ardiente desasido,  
en fulminados montes  
romper esferas y abrasar factontes  
y en giros desiguales  
volver urnas de fuego estos cristales.  
¡Ah, traidor! Nunca el cielo,  
barriendo sombras del nocturno velo,  
llame a la blanca aurora,  
que su tardanza entre claveles llora,  
primero que en mis brazos  
imites tu papel hecho pedazos!  
¡Cielos!, éste es el río  
donde verá la noche el valor mío.  
A cien hombres conduce  
un capitán leonés, pues si produce  
esta selva confusa

más monstruos que la sangre de Medusa,  
sólo con mi valor y fuerzas solas  
les haré monumentos de las olas,  
mostrando en vez de espumas  
rotos arneses y mojadas plumas.

(Sale FERNÁN RUIZ y SOLDADOS con silencio.)

FERNÁN.

¡Tinieblas vencedoras  
del sol medroso, dilatad las horas,  
porque la muerte mía  
con romano valor la ignore el día!  
¿Dónde estará Manrique,  
para que al muro la traición publique  
del castellano fiero?  
¡Tan grande nazaña de su brazo espero!  
¡Qué sagaz, qué prudente  
anduvo el de León, que la presente  
cautelosa facción sólo la fía  
de un castellano Castro! Bien sabía  
que era echarme prisiones,  
hacerme capitán de sus leones;  
pues cuando él mi valor pregona,  
no le puedo ofender por mi persona.

MANRIQUE.

Tropa de gente llega.  
¿Si es la enemiga, que arrogante y ciega  
viene a buscar el vado?...  
Pero el cristal helado  
hará en lo más profundo  
mi fama eterna, con su muerte, al mundo.  
Con cautela valiente  
los he de conducir al inclemente  
randal, que, aunque yo muera,  
no ha de tocar ninguno a la ribera.  
¡Ah, pastor! ¡Ah, buen hombre!  
¡Decidme, si buscáis piadoso nombre,  
si está el vado aquí junto!  
Yo mismo me respondo y me pregunto.

SOLDADO 1.º

Un hombre busca el vado.

MANRIQUE.

Eso quiero saber. ¿Hacia este lado?  
¿A la mano derecha?  
¿Pues habré de seguir la senda estrecha?  
No se divisa el suelo;  
pero yo acertaré. ¡Páguenoslo el cielo!

SOLDADO 1.º

Ya el hombre se ha informado.

FERNÁN.

Porque yo venga a ser tan desdichado,  
no basta que a la guía  
la despidiese la cautela mía;  
que por ser castellana  
me quiso obedecer de buena gana.  
¡Llamad el hombre, ah, cielos!  
Cerrad el paso a los corrientes hielos,  
no como en el Jordán los vidrios puros  
formen lucientes muros,  
para que pase el capitán hebreo,  
porque imitar desco  
al obstinado (1) Faraón, que anega  
su hueste bruta y ciega  
en falsas ondas, sin que el daño estorbe  
del mar bermejo, que los traga y sorbe.

SOLDADO 1.º

Ya el villano está aquí.

FERNÁN.

Bueno sería  
informarme, soldados, no sea espía.  
Escúchame a esta parte.

SOLDADO 1.º

Aunque el de Castro es castellano Marte  
tan animoso y diestro,  
contra su Rey no hizo bien el nuestro,  
en dalle esta jornada.  
¿Faltaba capitán, de cuya espada  
ha de temblar Castilla?

SOLDADO 1.º

A todos su opinión nos maravilla,  
pero sólo nos toca  
seguir sus pasos y callar la boca.

FERNÁN.

¿Quién eres?

MANRIQUE.

Un villano  
de los campos de Burgos.

FERNÁN.

Está llano,  
pues informado vienes,  
que a esotro margen el pasar previenes.

MANRIQUE.

Eso es lo que pretendo.

(1) Texto: "abstinado".

(¡ Bárbara hazaña, si famosa emprendo! )  
¿ Eres el capitán de aquesta gente?

FERNÁN.

A mi obediencia está.

MANRIQUE.

Roto está el puente;  
si has de pasar el río  
de mí te has de fiar.

FERNÁN.

De ti me fio  
para el hecho más fiero  
que admiró la crueldad con rojo acero.  
¿ Ves esta gente mía?  
La has de anegar en la corriente fría.  
Tu riesgo no te espante,  
que yo también contigo he de ir delante  
para que tengas esperanzas solas  
de escaparte nadando de las olas;  
porque, si amedrentado  
del peligro que ves, muestras el vado  
y se escapa esta gente,  
ha de medir tu frente  
las peinadas arenas,  
mostrando el alma en desangradas venas.

MANRIQUE.

(¿ Hubo mayor portento?  
El me ha estado copiando el pensamiento.  
¿ Este es leonés caudillo?  
Bien puede el tiempo en bronces escribillo.  
Aunque su riesgo solicito ufano  
y en este cristal cano  
los he de sepultar, ¡ viven los cielos!,  
que me da tu valor nobles desvelos;  
a piedad me ha movido  
tan generoso aliento al pecho asido.  
¿ Entre espumas de nieve  
he de llevar a un hombre que se atreve  
a la muerte feroz que solicita?)  
Si es venganza cruel la que acredita  
tu valor, con la muerte  
destos soldados mi obediencia advierte;  
dame esa mano.

FERNÁN.

¡ Toma!

MANRIQUE.

Verás que sé quitar la fama a Roma,  
pues los verán las ondas homicidas  
bebiendo espumas y escupiendo vidas.

FERNÁN.

¡ Oh, bravo castellano!,  
no te dé el mundo nombre de villano.  
Vengarme quiero; pues de ti me fio.

MANRIQUE.

¡ A la playa, soldados!

FERNÁN.

¡ Marcha al río!

(*Vanse y sale arriba FORTÚN con un hacho de fuego,  
y pásase.*)

FORTÚN.

Pues ayuda la noche  
a mi intención su apresurado coche,  
hacer quiero la seña,  
que en mi cautela mi valor enseña,  
con un hacho de fuego,  
astucia, al fin, del cauteloso griego.  
El bosque y río ocupan los soldados,  
más que de aceros de valor armados.  
Salga Castilla del peligro fiero,  
con que levanta su valiente acero  
el leonés, y verá que le he servido,  
pues por mí sus designios ha vencido;  
y en mi pecho publique  
que excedo en el valor a don Manrique  
pues que mi Patria exenta  
queda de la sangrienta  
batalla, que le espera  
y en fortuna tan fiera,  
aunque mi lealtad niego,  
no turbe el niño Rey nuestro sosiego:  
mejor gobernará, por voto mío,  
que no un niño, su tío.  
Esto importa a Castilla, que mil veces  
buscan los cielos de sus causas jueces;  
y, sabiendo que yo la causa he sido,  
es fuerza que se muestre agradecido;  
y mi traición ha de quedar oculta,  
que es secreto, que vivo se sepulta  
en el pecho del Rey. Aquesto es hecho:  
el fuego y la ambición me abrasa el pecho,  
salga esta noche yo con esta hazaña  
y deme nombre de traidor España.

(*Hace señas con el hacho de fuego y salen mojados  
y con espadas y rodela DON MANRIQUE y FERNÁN  
RUIZ.*)

FERNÁN.

¡ Los cielos sean conmigo!



MANRIQUE.

Halló en mis brazos venturoso abrigo;  
la vida tuve a riesgo por libralle.

FERNÁN.

¿Que este valor se halle  
con un villano? ¿Cuando yo pedía  
la muerte al cielo en la corriente fría!  
Hombre, ¿quién te ha obligado  
a piedad tan cruel? Tú le has quitado  
a Castro el castellano  
el blasón de leal.

MANRIQUE.

¡Oh, soberano  
cielo! ¡Prodigios crías  
y los alientas con piedades mías!  
¿Por qué camino extraño  
reparé de Castilla el mayor daño?  
¿Pues haberos librado  
tenéis a mal, cuando quedáis vengado  
de vuestros enemigos?  
¡Quedaos a Dios!

*(Escóndese a un lado.)*

FERNÁN.

Ya son mudos testigos  
de las muertes crueles  
las playas coronadas de laureles.  
Mas porque no se entienda  
que fui la causa, y que su Rey pretenda  
por crimen de traición culpar mi pecho,  
he de abonar el hecho  
con los que reservó la muerte fiera.  
¡Soldados, ya está cerca la ribera!  
¡Mostrad esfuerzo y brío!  
¡De quien sabe vencer no triunfe el río!

*(Vase.)*

MANRIQUE.

El traidor mide el muro.  
¡Qué ufano y qué seguro  
su traición ejecuta! Pero en vano  
el valor castellano  
a empeñarse llegara,  
si salir la dejara  
con tan bárbaro intento:  
sombras me da la noche, y calma el viento.  
Darle quiero la seña  
que a tan fiero delito le despeña:  
“¡León!, ¡León!, ¡León!”

FORTÚN.

Ya es cierta mi ventura:  
la seña que me ha dado me asegura.  
¿Sois capitán valiente  
del escuadrón leonés?

MANRIQUE.

En la corriente  
del engañoso río  
perdí, Fortún, aunque a despecho mío,  
parte de los soldados.

FORTÚN.

Treinta que lleguen de ese esfuerzo armados  
bastan para la hazaña en que me empeño;  
que está la gente sepultada en sueño.

MANRIQUE.

Pues alzad el rastrillo (1) de la puerta.

FORTÚN.

Ya la tenéis abierta,  
y bajo a recebiros.

MANRIQUE.

También quiero advertiros  
que vienen mis soldados  
del peligro cruel desanimados;  
porque los que escaparon de la muerte  
llegan ya de tal suerte  
que han menester aliento.  
Si hay ocasión de armígero instrumento,  
que su temor destierra,  
una caja de guerra  
bajad para animallos.

FORTÚN.

La valerosa empresa ha de alentallos:  
mas voy a obedeceros.

MANRIQUE.

(Hoy pagarás tus pensamientos fieros.)

*(Sale FERNÁN RUIZ y los SOLDADOS mojados y con  
rodela y espadas desnudas.)*

FERNÁN.

¡Ea, soldados fuertes,  
no os turben ya las desdichadas muertes  
de tantos compañeros,  
que a los que me seguí he de ofreceros  
la gloria merecida.

---

(1) Texto: “rastillo”.

SOLDADO 2.º

Poco es por nuestro Rey perder la vida.  
Ya tienes cerca el muro,  
bien descuidado, pero mal seguro.

FERNÁN.

(Oposición contraria  
descubro en esta empresa temeraria.  
Si aquí faltó al oficio  
de capitán, si doy algún indicio  
de cobarde temor, y no me arrojo,  
provoco al Rey a vengativo enojo:  
pues si guardo sus órdenes crueles,  
en bronces, tablas, lienzos y papeles,  
porque el mundo se asombre,  
la fama ha de escribir mi infame nombre.  
Traidor me han de llamar, ¡oh, patria mía!  
¡oh, niño Alfonso!, tu favor me envía.  
Guárdate de tan bárbaros desvelos,  
y yo te he de guardar, ¡viven los cielos!  
Pierda la vida, y el honor guardado;  
pero no la lealtad que te he jurado.)

(Sale FORTÚN a la puerta con la caja.)

FORTÚN.

Aquí tenéis la caja.

MANRIQUE.

(Ella ha de ser quien corte la mortaja  
a los contrarios fieros,  
que para ti no faltarán aceros  
del puñal más honrado  
que vió el valor. ¡Ah, Castro! Ya te he dado,  
porque te envidie España,  
el blasón inmortal de aquesta hazaña.)  
Voy a llamar mi gente.

FORTÚN.

El ciclo os guíe.

MANRIQUE.

¡Capitán valiente!

Ya te abrieron la puerta.

FERNÁN.

Pues ya tenemos la vitoria cierta:  
quiero llegar primero  
para informarme en lo que hacer espero.  
Dime, traidor, villano:  
¿Qué suelo castellano  
te dió la primer cuna?  
¿Siguió tu padre la morisca luna?  
Que no es posible menos,

que también en Castilla hay sarracenos.  
Pueblos tiene Almanzor, donde pudiste  
seguir su ley, pues que traidor naciste.  
¿Qué hacienda, ni qué estado  
tienes que aventurar, viviendo honrado?  
Porque por ley divina y obligación humana,  
convida a un hombre la piedad cristiana  
a defender su Rey; ni ¿qué hombre hubiera,  
aunque en el monte Ródope naciera  
entre peñascos brutos,  
que rompiera las leyes y estatutos,  
con que naturaleza  
nos obliga a guardar nuestra cabeza?  
Pero tú pagarás la infame hazaña  
sin que lo entienda España,  
ni sepa el vulgo vano  
que pudo ser traidor un castellano.  
Silencio honroso en tu castigo adquieres,  
cuando a mis manos mueres;  
porque el cristiano honor tu pecho abierto,  
le pierdes vivo, y te le guardo muerto.

(Dale con la daga y cae dentro.)

MANRIQUE.

¡No ha menester consejo,  
quien es crisol y espejo  
del valor y lealtad! ¡Hazaña es suya!

FERNÁN.

No viva quien destruya  
la lealtad española,  
porque la ha de guardar mi espada sola.

(Pónese a la puerta.)

MANRIQUE.

El Marte castellano  
guarda la puerta con valor cristiano.  
Mas porque no le ofenda  
el soberbio leonés, ni que se entienda  
que suyo el hecho ha sido,  
que no le han de borrar tiempo ni olvido,  
me ha de valer la máquina que emprendo  
con que mi industria y su opinión defiende.  
¡Soldados! Bien podemos  
llegar, que he visto extremos  
que los llamo imposibles,  
no para vuestros brazos invencibles.

SOLDADO 1.º

Castro famoso, advierte  
que burlamos el brazo de la muerte:  
no hay temor que nos venza.

MANRIQUE.

¿A quién, bravos leoneses, no avergüenza  
el vernos engañados?  
Los intentos del Rey dejó burlados  
el castellano fiero;  
mas daros paso, a su pesar, espero.

SOLDADO 2.º

Con valor peregrino  
harán nuestras espadas el camino.

MANRIQUE.

Si eres Fortún Ximeno  
tu dilación condeno:  
mira que viene el día.

FERNÁN.

Fortún Ximeno soy, la sangre mía  
no vive de traiciones,  
antes para domar vuestros leones  
escribí a vuestro Rey con el engaño  
peregrino y extraño,  
pues un soldado mío  
os esperó en el río,  
y fingiendo querer pasar el vado,  
a su cristal turbado  
se arrojó, porque os diera  
la muerte el río.

MANRIQUE.

¡Qué traición tan fiera!

SOLDADO 1.º

Señor, acometamos,  
aunque las vidas al entrar perdamos.

MANRIQUE.

Pues si somos sentidos  
quedaremos perdidos.  
¿Quién más que yo quisiera  
veros ya dentro? ¿pues a quién espera,  
fementido soldado,  
tu bárbara traición, que estás armado,  
guardando el paso con tan loco brío?

FERNÁN.

Al soldado del río,  
y cerraré en viniendo.

MANRIQUE.

Pues quitarte pretendo  
la fama que descas,  
cuando la guarda del infierno seas.

(*Abrázale y quítale de la puerta, y entran los SOLDADOS.*)

¡Entrad, soldados míos!

FERNÁN.

¡Cielos!, ¿adónde están mis fuertes bríos?  
¿Un hombre puede tanto?

SOLDADO 1.º

Dará el valor de Castro al mundo espanto.

SOLDADO 2.º

Ricos premios espere  
del Rey Fernando.

FERNÁN.

Mi esperanza muere;  
que entraron los soldados.

MANRIQUE.

¡Ellos están, por Dios, bien despachados!

(*Toca la caja arrebató.*)

FERNÁN.

¿Qué mágicas encuentro?  
¿Cómo los vende quien los mete dentro?  
Ya han cerrado la puerta.  
¡Airados cielos! Mi desdicha es cierta;  
porque furioso y ciego  
pensará el de León que los entrego  
a quien ha de matarlos.  
¿Por dónde podré entrar para ampararlos?  
Aunque pierda la vida  
buscaré en la muralla defendida  
la más fácil entrada.

(*Úase, y sale al muro NUÑO.*)

NUÑO.

Perdidos somos, y la fuerza entrada.

MANRIQUE.

¡Ah del muro!

NUÑO.

¿Quién es?

MANRIQUE.

¡Oh, Nuño amigo,  
no hay que tener temor al enemigo.

NUÑO.

¿Es Manrique?

MANRIQUE.

Yo soy.

NUÑO.

A sombra vuestra  
crece el valor, la confianza nuestra;  
si hay enemigos voy acometellos.

MANRIQUE.

Pocos leoneses son; dad cuenta dellos.  
¿Está alerta la gente?

NUÑO.

Animosa y valiente  
discorre por las calles y los muros.

MANRIQUE.

¿Todos estáis seguros?  
¿Alfonso, mi señor, está muy bueno?

NUÑO.

Seguro vive y de esperanzas lleno,  
porque el Reino le envía,  
y aquí han de estar al despertar el día,  
que Marte ha de enviarlos,  
diez mil infantes y tres mil caballos,  
todos a vuestras órdenes sujetos,  
que sois su general.

MANRIQUE.

Rompa secretos

la voladora fama,  
que a libertad mi Rey me anima y llama,  
Nuño, a sus coroneles,  
en tiempo tan revuelto a su Rey fieles.  
Decid, de parte mía,  
que marche sin parar la infantería.

NUÑO.

¿Y adónde, gran caudillo  
del castellano Rey?

MANRIQUE.

¡Nuño, al Campillo!

¡Y, adiós!

NUÑO.

¡El cielo os guarde!

¿Quién con tal capitán será cobarde?

(*Vase y sale FERNÁN RUIZ, con rodela y espada.*)

FERNÁN.

¡Imposible es la entrada!

Mas dejaré mi cólera vengada  
en el hombre cruel, que de la puerta  
pudo quitarme. ¡Tu valor despierta,  
que te he de hacer pedazos,  
aunque tengas dos montes en los brazos!

MANRIQUE.

¡Vive Dios, que me importa,  
mientras no se reporta  
defenderme del viejo!

FERNÁN.

Costoso me ha salido ya el consejo:  
no vi pulso más fuerte;  
cada golpe parece que da muerte,  
pues se defiende y acomete fiero.  
¡Hombre!, ¿quién eres?

MANRIQUE.

Obligarte espero  
con mayor cortesía.

FERNÁN.

Tu nombre agora la desdicha mía,  
saber quién es quisiera.

MANRIQUE.

El sastre soy.

FERNÁN.

¡Ah, buen Manrique! ¡Espera!

(*Vanse y sale BLANCA y RODRIGO.*)

RODRIGO. ¿Dónde vienes? ¿Estás loca?

¿Estando tu padre ausente  
das que decir a esta gente?  
Mucho el amor te provoca.

Este jardínillo es  
del alcalde del lugar.  
A Elvira quiere casar,  
que le va por interés;  
porque como la amistad  
con el sastre a deudo pasa,  
hace la boda en su casa.

BLANCA. ¿Hay tan notable maldad?

Pues di: Manrique, ¿qué intenta?

RODRIGO. Gozar tus brazos merece.  
Desde anoche no parece  
por causa tuya se ausenta.

No tengas, Blanca, temor  
que ha de ofender tu desco.

BLANCA. ¡Mi amor hizo buen empleo!

RODRIGO. Paso, que siento rumor  
entre los árboles. ¡Cielos!  
¡El Rey es!

BLANCA. A verme viene.

RODRIGO. Ocasión dichosa tiene.

BLANCA. Pues yo le he de dar desvelos.

RODRIGO. Pues ya nos puede escuchar,  
si hablamos.



BLANCA. Eso pretendo.  
 Respóndeme.  
 RODRIGO. No te entiendo:  
 pero sabréte ayudar.

(Sale el REY de entre unos ramos.)

REY. Como elicie (1) o girasol,  
 que va entre amantes congojas  
 encaminando sus hojas  
 a la vuelta que da el sol,  
 vengo siguiendo los bellos  
 rayos desta blanca aurora,  
 que me ciega y enamora  
 la luz que descubro en ellos.  
 ¡Oh, nunca viera a Castilla,  
 jamás sus puertos pasara,  
 ni nuestra edad celebrara  
 tan hermosa maravilla  
 del pincel de Dios! ¡Ah, leyes  
 de amor, que el mundo igualáis!  
 Decid: ¿por qué no guardáis  
 justo respeto a los reyes?  
 Mas si enmendara el amor  
 sus costumbres imperfectas,  
 fueran sus leyes discretas  
 y cuerdo el legislador.  
 Sin que Blanca pueda verme,  
 quiero gozar su luz pura;  
 que, aun siendo Rey, su hermosura  
 me turba para atreverme.

BLANCA. ¿Reparaste en aquel hombre  
 tan parecido a mi bien?  
 Porque tormentos me den  
 y porque el alma se asombre,  
 que parece, aunque villano,  
 que es retrato de mi esposo,  
 pues no he de tener reposo  
 hasta que le dé la mano.  
 ¿No has visto al villano preso?

RODRIGO. Si quieres que yo me explique  
 es un borrón de Manrique,  
 y es porque está mal impreso.  
 Si el sastre villano fuera  
 maese de campo, y no sastre,  
 no creyera su desastre;  
 que era Manrique dijera.  
 Fáltale el alma bizarra

que tus labios encarecen;  
 que en lo demás se parecen,  
 como un huevo a una guitarra.

BLANCA. Tú me has de echar (1).

RODRIGO. ¿Pues el Rey nos oye?

BLANCA. Sí.

RODRIGO. Digo que en mi vida vi  
 tan extraño parecer  
 de sastre, retrato y fiel;  
 tanto que, en la pena mía,  
 lo que el muerto me debía  
 quiero pedírselo a él.

BLANCA. ¿Qué haré con tantos desvelos  
 como el alma llora y siente?  
 Si viene, celos presente;  
 si ausente, mis desconsuelos.

REY. ¿Hay tan gran fuerza de amor  
 que porque al muerto Manrique  
 se le parezca (2), publique  
 lo que ha de ofender su honor?  
 ¿Y que el ciego dios tirano,  
 tenga tan grande poder,  
 que venga agora a tener  
 celos un rey de un villano?

BLANCA. ¡Qué bien, Rodrigo, fingiste!  
 El Rey está satisfecho.

RODRIGO. Muy bien el papel has hecho.  
 ¿Cuántos ensayos le diste?

(Salen los VILLANOS, ALCALDE, VENTERO, ELVIRA y  
 SOBRINA, de boda.)

ALCALDE. Si no viene el desposado,  
 ¿para qué es tanto roído?  
 ¡Voto al sol!, que es un bellaco,  
 y el alcalde del Campillo  
 tiene la culpa en llamar  
 a tan honrados vecinos,  
 para que nos deje en blanco.  
 En sabiendo un hombre oficio,  
 luego le toma el diablo  
 y piensa que son cochinos  
 los parientes de la novia.

VENTERO. Alcalde, vos sois su tío;  
 ¿mirad por quién lo decís?

ALCALDE. Sí, yo lo soy, ya está dicho.

ELVIRA. ¿Cómo ha de venir mi esposo  
 viendo tantos enemigos  
 como a matarle salistes?

(1) Parece leerse en el texto "elicie"; sospecho que será "helicie", palabra relacionada con la raíz "helios"; no figura en el *Diccionario de la Real Academia*.

(1) Sic. Falta algo para la rima.

(2) Texto: "parezca".

Que aunque su fama acredito  
con su valor, por no veros  
se irá a los remotos Indios.  
Por no culparte me ofendo,  
cielos, que haya dado indicios  
de su poco amor, pues paga  
con tan loca ausencia el mío.

SOBRINA. Prima, ¿no es hombre? ¡Pues, basta!  
Que del que más bien decimos,  
es un traidor y se burla  
de amores encarecidos.

¡Fuego en el mejor de todos!

VENTERO. Sobrina, cerrad el pico,  
y no seáis tan bachillera;  
que por los santos benditos  
que enseñan el orinal,  
que eche la albarda al pollino  
y que os despache a la venta.  
Que si Juan Prieto no quiso  
cortaros bien el sayuelo,  
porque estaba de camino,  
no hemos de perder los otros  
por él, para maldecillos.

(Sale MANRIQUE de villano, con capa y cuello de boda.)

MANRIQ. Como la piedra a su centro  
vuelvo a Blanca. Aquí he sabido  
que está. Mucho amor me debe;  
pues vuelvo al peligro mismo  
de la villana, que espera  
mis brazos, buscando arbitrios  
para asegurarme más.  
O yo perdí los sentidos  
o está junto a Blanca el Rey.

REY. ¿Por qué, dichoso prodigio  
de hermosura, me desdeñas?  
Mira que tu sombra sigo,  
como celestial resulta  
de las luces que conquisto.  
Dame un favor porque viva.

BLANCA. Los que tengo no son míos.  
REY. ¿De quién?

BLANCA. De Maurique muerto.

REY. ¿Y de algún villano vivo?

MANRIQ. (Blanca responde a Fernando,  
¿quién duda que agradecido?  
su amor. Pues, ¡viven los cielos!,  
que ha de ver desprecios míos,  
aunque el gusto se aventure.  
De haberme tardado, pido;  
señores, perdón a todos.

RODRIGO. El sastre viene divino.

ALCALDE. En fin, quien viene no tarda,  
dice el adagio. Cubríos  
y sentaos junto a la novia;  
que ya vendrá mi sobrino  
Gil Polo, que por hermano  
de la novia anda perdido,  
buscando mil zarandajas.

BLANCA. ¡Cielos! ¿Rodrigo, Rodrigo?

RODRIGO. ¡Ea, rodriguear apriesa!  
¿Qué hay que decir? Ya lo he visto.

ELVIRA. ¡Qué inquietos tiene los ojos!;  
pero son de basilisco  
los de Blanca. Estas sospechas  
engendró mi desvario,  
desde que los vi en el bosque;  
mas es loco desatino  
pensar que tan gran señora,  
con pensamientos altivos,  
los ha de humillar a un hombre,  
que por ser mi igual es mío;  
¿mas cómo se miran tanto?)

BLANCA. (Venga del cielo castigo  
sobre un hombre tan cruel.)

REY. Cuanto la escuché, acredito.  
Con los ojos favorece  
al villano, ¿estás conmigo?  
¿Y tan divertida, Blanca?

MANRIQ. ¿Que mi nacimiento mismo,  
que mi nobleza y mi estado,  
cuando mis desprecios miro,  
han de estorbar mi venganza!  
Diera a mis celos alivio,  
si la dejara burlada.

RODRIGO. Aquí entra el hacer mi oficio.  
¿Quieres hablar a Manrique?

BLANCA. La vida me importa.

RODRIGO. ¡Lindo!

Ya hemos perdigado al uno.  
Pues si se cae de sus quicios  
el cielo, no has de mudarte  
de aquí, porque solicito  
con un embuste tu bien.  
¿Y tú, sastre vizcaíno,  
porque cortas en bascuenco,  
quieres que este mismo sitio  
sea el teatro dichoso  
donde represente al vivo  
vuestro amor quejas y agravios?

MANRIQ. Si yo la hablara...

RODRIGO. ¡Quedito!,

y no te bullas de aquí,  
si llueve en vez de granizo  
albardas para esta gente.

(*Vase.*)

ALCALDE. Ya tarda nuestro sobrino.

(*Dentro.*)

RODRIGO. ¡Oh, perro! ¿A lo zaino vienes?  
¡Confesión, que me han herido!  
¡Presto, que estoy boqueando!

ALCALDE. En mi casa es más delito. [bre!  
¡Acodid, que han muerto a un hom-

(*Vase.*)

ELVIRA. ¿En mis bodas este aviso?  
Plega a Dios que por bien sea.

(*Vanse todos.*)

REY. Fingiendo que me retiro  
a informarme del suceso,  
he de advertir, escondido,  
si Blanca le da favores.

(*Escóndese.*)

RODRIGO. ¡Ea, ilustres palominos,  
bien os podéis arrullar!

BLANCA. ¿A qué viniste?

MANRIQ. He venido  
a verte hablar con el Rey.

BLANCA. Yo al desengaño que he visto.

MANRIQ. ¿Qué desengaño?

BLANCA. ¿No vienes  
a casarte?

MANRIQ. Sí.

RODRIGO. Bien dijo.

BLANCA. ¿Con quién ha de ser?

MANRIQ. Contigo.

BLANCA. ¿Conmigo?

MANRIQ. ¿No te merezco?

RODRIGO. No presentemos servicios,  
que hay poco tiempo de audiencia.

BLANCA. Jura que por mí has venido,  
si quieres que yo te crea.

RODRIGO. Vino, juro a Jesucristo,  
en ánima de mi parte.

MANRIQ. Sólo tus ojos divinos  
son imanes de mi alma;  
sólo tu favor conquistó  
a prueba de mis verdades,  
y a fuerza de mis suspiros.

BLANCA. Y sólo tú mereciste  
mi amor, porque sólo aspiro  
al blasón de ser tu esposa.

RODRIGO. Ea, cruzar los bracitos  
y volverse al pueblo.

MANRIQ. El cielo  
alargue tu vida a siglos  
porque goce el bien de verte.

REY. ¡La misma verdad resisto!

ELVIRA. Desmintiendo están mis ojos  
el temor.

RODRIGO. ¡Qué desvarío!

¡Apartad con el diablo!

REY. Buscando estoy el castigo  
que este delito merece.

(*Salen.*)

ELVIRA. Si tuvieras el dominio  
del mundo, te despreciara.

RODRIGO. Perdióse en la cuba el vino.

ALCALDE. Esta es pendencia al revés,  
que se ha escapado el herido.

(*Salen todos.*)

ELVIRA. ¡Invicto Rey de León,  
a quien por años prolijos  
conserva la vida el cielo!  
Si los desengaños míos  
bastan para defenderme  
de un villano fementido,  
de un traidor con alma ingrata,  
de quien puedes ser tú mismo  
testigo fiel en mi abono,  
por tu valor te suplico  
que la merced que me hiciste,  
dada para el dote mío,  
se aplique a mejor estado.  
A un convento determino  
sacrificar mis deseos,  
pues en las glorias del siglo  
descubro invencibles penas,  
hallo mortales peligros.

REY. Dichoso acuerdo has tomado  
de donde nace el castigo  
de la mujer que te ofende  
con otro mayor delito.  
Por parecerse a Manrique,  
le das tus brazos lascivos  
al villano que enamoras:  
pues hoy verás que me rijo  
por tu propia liviandad,

y que me vengo en lo mismo  
que pienso que te doy gusto:  
el villano del Campillo  
ha de ser esposo tuyo,  
si bien los efetos libro  
en la empresa de tu padre,  
y hasta saberla desisto  
de mi celosa venganza.

BLANCA. Quien piensa tener dominio  
en las almas es tirano.  
Tú no has de juzgar delitos  
que no corren por tu cuenta.

(Sale FERNÁN RUIZ.)

FERNÁN. Señor, a pedir castigos  
vengo, por desgracias tuyas,  
que no por descuidos míos.  
Perdí tu gente en la empresa.

REY. ¿Pues cómo volviste vivo?  
Si fueras leones, dejaras  
el muro en tu sangre tinto.  
Bien se ve que fué cautela,  
y que diste al muro aviso  
para matar mis soldados.  
Pero a buen tiempo has venido  
para el castigo que pides,  
pues lo han de contar los siglos.  
Por el mayor en la honra  
castigarte determino  
primero: Blanca cruel,  
rinde los soberbios bríos  
al yugo de este villano,  
que pues con amor lascivo  
su cuello enlazaste, puedes  
dalle mano de marido.  
Dale la mano.

BLANCA. Señor,  
no permitas...

REY. Yo permito  
tu ya merecida afrenta.

FERNÁN. No cabe en el pecho mío  
de placer el alma.

BLANCA. Toma  
la mano, que por destino  
de mi estrella mereciste.

MANRIQ. Por ser de un ángel la estimo:  
tuyo soy.

ELVIRA. A que buen tiempo  
vienen desengaños míos.

REY. Jamás he tenido gusto  
mayor.

MANRIQ. Si premiáis servicios,  
también Manrique os ofrece  
la vida para servirlos.

REY. ¿Qué dices?

MANRIQ. Que soy Manrique,  
a quien de cualquier delito  
diste perdón en el bosque;  
porque el disfraz me ha valido  
del sastre que hallé difunto.

ELVIRA. ¿Qué bien, sin saberlo, elijo  
lo que el cielo me aconseja!

REY. En todo engañado he sido.  
Pagarán Castros y Laras  
con inmortales castigos  
los agravios que me han hecho.  
Cerque mi guarda el Campillo:  
tomen cuatro compañías  
sus calles, que estos delitos  
en cabezas castellanas  
piden brazos vengativos.

FERNÁN. Fuera de vuestra persona,  
que, por ser quien sois, limito  
mi valor para ofenderos,  
no hay a quien el pecho mío  
pueda temer en el mundo,  
y más cuando el riesgo miro  
de la muerte, en que me pone  
la lealtad del Rey que sirvo.  
¡Manrique, la muerte llama  
con más honroso peligro,  
pues muriendo entre soldados  
mejoramos de enemigos;  
y quien a morir se arroja  
al turbio cristal de un río,  
muera entre bravos leoneses!

MANRIQ. Aunque leoneses los pinto,  
por sus pechos inmortales  
han de ver cómo eternizo  
entra las suyas mi muerte.

(Sale SOLDADO 2.º)

SOLD. 2.º ¡Señor, excusa el peligro  
de tu persona marchando!  
Cubren los campos vecinos  
las banderas castellanas;  
diez mil infantes se han visto  
que trae por escolta y guarda  
tres mil caballos.

RODRIGO. ¡Dormíos!

REY. A tan numerosa gente,  
a tan bravos enemigos



no hay que esperar. De la empresa  
y de mi intento desisto,  
y vuestra amistad procuro.  
FERNÁN. Castilla viene a serviros,  
no a ofenderos.

REY. Yo me parto  
contento y agradecido  
del favor que me ofrecéis.  
Goce el reino mi sobrino,

MANRIQ. pues tiene tales vasallos.  
Donde con humilde estilo  
y con tan incultos verços  
quiso el poeta escribiros  
la hazaña en que se eterniza  
nuestro *Sastre del Campillo*.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DEL  
"SASTRE DEL CAMPILLO"



# EL SATISFACER CALLANDO Y PRINCESA DE LOS MONTES

## COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>

DE

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS.  
FADRIQUE.  
MARQUÉS.

AURORA.  
NICOLÍN, *gracioso*.  
El DUQUE DE MONTALTO.

La PRINCESA.  
NEREIDA.  
Un CAPITÁN.

### JORNADA PRIMERA

(*Tocan atabalillos y salen CARLOS y FADRIQUE y AURORA, y el MARQUÉS, y acompañamiento.*)

MARQUÉS. Justamente celebrado (2)  
es tan general contento.

AURORA. En lo visto al pensamiento  
suspende lo imaginado.

Con razón llaman la bella  
a Nápoles.

FADRIQUE. Con razón  
hoy en tu buena opinión  
consiste su buena estrella (3).

CARLOS. Pues tú lo eres, sería  
pequeña hazaña el vencer  
compitiendo.

AURORA. Agradecer  
lisonjas es cortesía.

MARQUÉS. Esta silla Vuestra Alteza  
ocupe, pues le ha tocado  
el dar la que (4) tiene al lado  
y coronar la cabeza

de Carlos o de Fadrique (5),  
sin que fuerza ni razón  
de ninguno a su elección

se contraponga o replique.

Ya Vuestra Alteza ha mirado  
bien la causa que ha tenido  
esta extrañeza.

AURORA.

Y ha sido  
apurada en mi cuidado.

Mas porque ninguno esté  
en duda, en público quiero  
que me la escuchen primero  
y así verán que la sé.

Guillermo, el último rey  
de Nápoles, que en el cielo  
goza glorias al compás  
que en la tierra dejó ejemplos,  
de su esposa, hija del Duque  
de Lorena, le nacieron  
dos hijos, los dos de un parto;  
en cuyo trance, teniendo  
o con malicia cuidado,  
o descuido con extremo (1),  
o porque luchando entonces  
nacieron los dos a un tiempo,  
no echaron de ver cuál era,  
para que fuese heredero,  
el que primero nacía.  
¡Infelice nacimiento!

En esta duda criados.  
con ser tan hermanos, fueron  
en las condiciones varios  
y en los gustos contrapuestos.  
Fadrique en naturaleza

(1) A: Parte VI de comedias escogidas. Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1653. B: Parte XXXVII de *Collección de comedias escogidas*.

(2) A: "celebrando".

(3) B: "hoy con su buena opinión  
compite su buena estrella".

(4) B: "lo que".

(5) A: "de Carlos y de Fadrique".

(1) A: "y descuido en extremo".

áspero, tiene en su pecho  
para añadir a su espada  
tanto brío como acero;  
y así, a la guerra inclinado,  
la ejercita tan soberbio,  
que en su corazón altivo  
el mundo le viene estrecho.  
Y Carlos, diversamente,  
tan divino entendimiento  
tiene, que sabe juntar  
lo apacible y lo severo;  
y así de razón de Estado  
sabe tanto, que al gobierno  
del mundo pudiera dar  
pacíficos documentos.  
Su padre, ya de su edad  
viendo los años postreros,  
repartir quiso en sus hijos  
este apetecible peso  
del cetro y de la corona,  
y a cada uno en su ingenio,  
según las inclinaciones,  
le acomodó los empleos.  
Dióle a Carlos de la paz  
el nunca torcido cetro,  
y a Fadrique de la guerra  
le fió el rígido acero (1).  
Viéndose en aquel estado (2)  
el napolitano reino,  
aunque en lo presente altivo,  
en lo por venir incierto,  
pidió al Rey que para cuando  
cobrase en su vida el censo (3)  
la que a nadie no perdona,  
les señalase heredero.  
El entonces, como vió,  
aunque en estilo diverso,  
para ser rey en cualquiera  
de los dos igual sujeto,

(1) A: "el regido acero".

(2) El pasaje anterior está suprimido en B, que dice solamente:

"o descuido con extremo;  
no conocieron cuál era  
para que fuese heredero  
el que primero nació,  
su felice nacimiento,  
o porque luchando entonces,  
nacieron los dos a un tiempo:  
no echaron de ver cuál era  
el legítimo heredero.  
Viéndose en aquel estado..."

(3) A: "cobrase su vida el censo".

y por no querer, amando  
igualmente a cualquier dellos,  
dejar al uno quejoso,  
dejando al otro contento,  
con el discurso previno (1)  
y ordenó en su testamento  
un modo de disponer  
tan extraño como cuerdo (2).  
Y fué que, después que fuese,  
él a gozar de los cielos,  
a Francia fuesen por mí,  
que tengo igual parentesco  
con los dos, por haber sido  
de los tres común abuelo  
el de Lorena, y con quien  
yo hiciese mi casamiento,  
a ese diesen la corona  
de Nápoles, donde vengo  
para hacer esta elección,  
que a todos tiene suspensos.  
Esto he visto en sus papeles (3).  
¿No es esto, Marqués?

MARQUÉS. Lo mismo  
aunque mejor en tu boca  
perficionado y dispuesto.

FADRIQUE. Carlos, aunque entre los dos  
no hay mayoría, bien puedo  
hablar yo.

CARLOS. El señor más cortés  
nunca ha sido valer menos;  
y así, aunque vean que yo  
el primer lugar te dejo,  
no tendré para el segundo  
menores merecimientos.

FADRIQUE.

Supuesto que es verdad que en ocasiones  
de lograr pretensiones  
con justas esperanzas  
tienen lugar las propias alabanzas,  
por darte en mi favor valientes bríos  
te quiero referir méritos míos.  
Yo en dos lustros y más, que a mis cuidados  
fían estos estados

(1) B acorta el pasaje:

"Cobrase en su vida el censo  
lo que a nadie no perdona,  
le señalase heredero;  
con el discurso previno..."

(2) B: "un modo de proceder  
tan honrado como cuerdo".

(3) A: "en tus papeles".

su opinión, y esta tierra  
 da a mis hombros el peso de la guerra,  
 mostré siempre en mi mano levantada  
 al sol hermoso vencedora espada.  
 Hice con su dichosa fortaleza (1)  
 a Nápoles cabeza  
 de Italia, pues sin bríos (2).  
 atenta siempre a los alientos míos,  
 tiene en sus potentados el acero  
 sólo el lugar que permitillos quiero (3).  
 Eché della en diversas ocasiones  
 extranjeras naciones;  
 contra el turco arrogante  
 defendí las fronteras de Levante.  
 y los puertos que abrigan sus riberas  
 abrasé como rayo en mis galeras.  
 Di con esto a la fama eterna sumas  
 de lenguas y de plumas,  
 porque ligera asombre  
 y admire liberal, dando en mi nombre  
 a España emulación, envidia a Galia,  
 espanto al mundo y opinión a Italia.  
 ¿En quién, pues, empleando tu persona,  
 pondrás (4) esta corona  
 mejor que en estas sienes,  
 viendo que en mí para adornalla tienes  
 en fundada opinión valor entero  
 y en mano fuerte (5) acreditado acero?  
 Haz en mí esta elección, logra esta suerte  
 y para hacella advierte  
 que el que no levantada  
 muestre en la mano vencedora espada,  
 tiene, sin fortaleza,  
 corona mal segura en la cabeza (6).

CARLOS.

Yo, señora, en diez años que he tenido  
 a un gobierno ha sido  
 este reino, y fundado  
 dichosamente en mi razón de estado (7),  
 no he visto que le diesen las mudanzas

del tiempo sino ejemplos y alabanzas.  
 Un caballo que en pelo espuma roja  
 desenfrenado arroja,  
 son armas y blasones (1)  
 de Nápoles, por libre en ocasiones;  
 y yo que las resisto (2) y las condno,  
 a este feroz caballo puse freno;  
 di espada a la justicia, dile peso;  
 contrapuse al exceso  
 de rigores, piedades,  
 contra mentiras esforcé verdades,  
 dando en sus diferencias, advertido,  
 al menos poderoso atento oído.  
 Tras esto, para en cosas superiores,  
 a cuidados mayores  
 apliqué los desvelos,  
 prevenciones fiando a los recelos  
 de papeles, espías y asechanzas  
 ..... (3)  
 Por el mundo esparcí correspondencias  
 con cuyas advertencias  
 la diligencia mía,  
 desde la paz que al mundo prometía (4),  
 tantos avisos en la guerra daba,  
 que yo vencía, aunque otro peleaba.  
 Que un rey en su ciudad, desde su asiento,  
 a puro entendimiento,  
 ser Dios puede en la tierra,  
 pues para ejecuciones de la guerra  
 bien ordenada, nunca le ha faltado  
 a un rey bien entendido un gran soldado (5).  
 ¿En quién, pues, ese asiento soberano  
 puede emplear tu mano  
 como en mí, aunque corrido  
 te diga que renombre he merecido  
 de gran gobernador, de gran prudente?  
 Culpa (6) a la fama, si la fama miente.  
 Haz en mí esta elección, logra esta suerte,  
 y para hacella advierte  
 que en un rey sin cabeza  
 mal tendrá la corona fortaleza,  
 habiendo menester en tu persona

(1) A: "que con dichosa fortaleza".

(2) A: "son bríos".

(3) B: "Sólo el valor que permitirle quiero." Y suprime los versos que siguen, hasta:

"en quien, pues, empleando tu persona".

(4) A: "podrás".

(5) A: "en mano propia".

(6) Faltan en B los seis versos anteriores.

(7) A: "Yo, señora, en dos años que he tenido este reino, fundado dichosamente en su razón de estado."

(1) A: "Un caballo veloz, que espuma arroja, son armas y blasones."

(2) A: "asisto".

(3) Falta un verso en A. En B el pasaje se abreva: desde "puse freno" suprime hasta "Por el mundo esparcí correspondencias".

(4) Falta este verso en B.

(5) Los seis versos anteriores faltan en B.

(6) B: "Culpa."



más cabeza que manos la corona (1).

FADRIQUE.

¿Y yo, aunque tenga la valiente espada  
en la guerra afilada,  
en la paz he perdido  
la acción de ser (2) prudente y entendido?

AURORA.

Antes para [la] bélica porfia  
ingeniosa ha de ser la valentía.

CARLOS.

¿Y yo, aunque tenga entendimiento vivo (3)  
en la paz, discursivo  
en la guerra, he dejado  
la acción de ser valiente y ser soldado?

AURORA.

Antes para la paz más vivamente  
le alienta al entendido el ser valiente (4).

FADRIQUE.

Si yo...

CARLOS.

Si yo...

AURORA.

¿No obliga a más efeto  
el mujeril respeto?

FADRIQUE.

Ya yo sufro.

CARLOS.

Ya callo (5),  
y espero ya de tu sentencia el fallo,  
en quien mi dicha infiero.

FADRIQUE.

Yo con razón a mi favor la espero.

AURORA.

Para emplear el cetro y la corona  
en cualquiera persona  
de los dos imagino,

(1) Los seis versos anteriores faltan en B.

(2) B: "la acción, al ser".

(3) B: "entendimiento altivo".

(4) En B este pareado está cambiado con el anterior:

"Antes, para bélica porfia  
ingeniosa ha de ser la valentía."

Y faltan los versos hasta que Aurora vuelve a hablar:

"Para emplear el cetro y la corona."

(5) A: "Ya yo callo."

aunque es vario el discurso (1) y el camino  
tan igual ser, que con dichosa calma  
tiene suspensa la elección del alma.  
Y así, pues vengo a ver en hombres tales  
sujetos tan iguales,  
libres mis pensamientos,  
dejo de graduar merecimientos (2),  
y al que más se inclinare el gusto mío  
quiero hacerle señor de mi albedrío.  
Este es Carlos, a quien, puesto a mi lado,  
dejaré coronado.  
Llegue.

FADRIQUE.

(¿Soy bronce o hielo?)

CARLOS.

Será lo mismo que llegar al cielo.

FADRIQUE.

Eso fuera si yo lo consintiera,  
teniendo espada al lado. ¡Tente! ¡Espera!  
¡Napolitanos fuertes! No consiento  
en el vil testamento  
que hizo mi padre, y contrapongo, en suma,  
el peso de mi espada al de la pluma  
que le escribió, pues contra injustos labios  
ella da reinos y deshace (3) agravios.  
¿A quién no hay que complique y que no asom-  
que el mérito de un hombre [bre  
a la elección sujeto  
esté de una mujer? En cuyo efeto  
se echa de ver, demás de ser injusto,  
que tiene vil y afeminado gusto (4).  
Las armas han de darme la corona,  
pues mi elección abona  
mi valor, satisfecho  
de que tengo en el brazo y en el pecho (5),  
para no recelar el mismo Marte,  
a la gente de guerra de mi parte.

CARLOS.

Fadrique, en sinrazones te has fundado;  
si la fe que has jurado  
bajamente has rompido,  
¿merecerá ser rey un fementido?  
¿Y el quebrantar (6), con serlo, la obediencia

(1) B: "el impulso".

(2) A: "agradecer merecimientos".

(3) B: "y dél hace".

(4) Los seis versos anteriores faltan en B.

(5) B: "en la mano y en el pecho".

(6) A: "Y el que quebranta."

de un padre, es valerosa diligencia?  
 Pero para que veas, finalmente,  
 que sobre el ser prudente,  
 cuando el ser fuerte importa  
 se esfuerza con valor mi espada corta,  
 contra tu agravio yo seré el primero  
 que dé la mano al vengativo acero.  
 ¡Nápoles, Carlos viva!

(Metén mano.) (1)

TODOS.

¡Viva!

AURORA.

¡Teneos! ¡Ay, suerte esquivá!

FADRIQUE.

¡Nápoles!

AURORA.

¡Tente! ¡Espera!

MARQUÉS.

¡Viva Fadrique!

TODOS.

¡Viva!

FADRIQUE.

¡Y Carlos muera!

AURORA.

Marqués, parte a obligarlos  
 y que muera (2) Fadrique y viva Carlos.

(*Entranse acuchillando y sale el DUQUE vestido de  
 pieles o de villano, con barbas.*) (3)

DUQUE. Incultas esperanzas,  
 que por valles y cumbres  
 lleváis mis pesadumbres  
 y alentáis mis tristezas:  
 cuando en todas (4) contemplo  
 de mi vida un retrato y un ejemplo,  
 pues os parezco tanto,  
 sabed del alma mía  
 que antes con alegría,  
 como ahora con llanto,  
 dichoso amante he sido,  
 y un hombre soy en fiera convertido.  
 Esta es la cárcel dura  
 y éste el tirano hierro

que fué misero encierro (1)  
 de la misma hermosura,  
 pues ya, aunque el sol la dora,  
 sombra de lo que fué parece aho-  
 ¡Ah, cielo soberano! [ra (2).  
 Si apenas los despojos  
 alcanzo con los ojos  
 que alcancé con las manos,  
 ¿cómo entre brasas irías  
 he podido vivir tan largos días?

(*Canta la PRINCESA en lo alto.*) (3)

CANTA. ¡Presentes memorias  
 de bienes pasados,  
 dejadme, pues lloro,  
 aunque veis que canto!  
 Mas no me dejéis,  
 pues sabéis que cuando  
 llorando os despidió  
 con música os llamo.

DUQUE. Todo en llanto me convierto.  
 ¡Ay, dueño de mi cuidado!  
 Con dulzura me has cantado  
 y con ternura me has muerto.

Otro cisne ser espero  
 favorecido de ti,  
 pues que tú cantas por mí  
 y yo por entrambos muero.

Cantando me das lugar  
 seguro para esta seña,  
 que es hacer que desa peña  
 caigan pedazos al mar.

¡Qué seguramente voy  
 siempre a rompella, pues cuando  
 la dejo tierna llorando  
 es cuando golpes la doy!

(*Da con el bastón el DUQUE y sale la PRINCESA en lo  
 alto.*)

PRINCESA. ¡Qué despierto está el oído  
 del que espera con cuidado!

DUQUE. ¡Sol para mí de eclipsado  
 ahora recién nacido!

PRINCESA. Dueño mío, en poca suerte  
 perdona tardos empleos (4).

(1) Falta esta acotación en A.

(2) B: "a que muera".

(3) B: ("Vanse. Sale el DUQUE vestido de pieles.")

(4) B: "en todo".

(1) B: "que fué fúnebre entierro".

(2) B: "pues ya la vista incierta  
 de quien viva lo ve, parece muerta".

(3) Este pasaje, desde que canta la PRINCESA, falta en B, que sólo trae la acotación: ("Sale la PRINCESA en la torre.")

(4) B: "tantos empleos".

¿Cómo estás?

DUQUE. Con mil deseos  
de merecer una muerte.

PRINCESA. ¿Qué dices? ¿Apenas llegas  
cuando saetas me arrojas,  
en tus quejas me congojas  
y en tus lágrimas me ciegas?

Esposo, pues con fe firme  
ves que te pago el amarme,  
si vienes a consolarme,  
¿por qué tratas de afligirme? (1)

DUQUE. Señora, quien tiene loca  
el alma y llena de enojos,  
¿qué puede echar por los ojos?  
¿qué puede echar por la boca?

Si apenas llego a la gloria  
de verte, cuando al instante  
paso el discurso adelante  
y vuelvo atrás la memoria;  
si me acuerdo que a tus bellas  
luces, levantando el suelo  
estuve tan en tu cielo  
que pude alcanzarte estrellas,  
y ahora estoy tal, que en vano  
puedo en las alas del viento  
levantar el pensamiento  
donde levanté la mano (2).

¿qué he de hacer? Pues no piado-  
y firme amor te tuviera (3) [so  
si estando así no estuviera  
de mi fortuna quejoso.

Y tú, en esto rigurosa,  
por lo que a mi pena asida,  
te esperaba agradecida,  
te veo que estás quejosa.

PRINCESA. No estoy, pero a estarlo, siento.  
según tu pesar me aqueja,  
que la causa de mi queja  
fuera en tu agradecimiento;  
pues porque agradezco tanto  
lo que padeces por mí,  
quisiera ocupar en ti  
siempre quejas, siempre llanto;  
quisiera que confiaras  
del tiempo, que aunque contrario  
de los dos, quizá por vario

hará estas tinieblas claras;  
y también quisiera ahora,  
pues te adoro, hacer en mí  
lo que tú no hiciste en ti (1),  
que es consolarte.

DUQUE. ¡Ay, señora!

Mira si soy desdichado,  
pues cuando en mi pecho estás,  
los consuelos que me das  
me dejan desconsolado.

Que entre dos amantes llenos  
de pasión que los desvela,  
señora, quien más consuela  
da indicios de querer menos.

PRINCESA. Engañaste, que el fingir  
consuelo y disimular  
la pena por consolar,  
no es dejarla de sentir,  
y más en quien con pasiones  
tan grandes pasa desvelos  
de tan largos desconsuelos  
y tan prolijas prisiones.

Muda de estilo, por Dios (2),  
y dime, si no te pesa,  
qué hace aquella montañesa,  
común prenda de los dos.

DUQUE. Es un milagroso empleo  
del cielo, por quien le admiro (3).

PRINCESA. Aunque en el alma la miro,  
días ha que no la veo (4).

DUQUE. Como della no he fiado  
ese secreto cobarde  
tantos años, logras tarde  
tu desco y tu cuidado.

(Dentro NICOLÍN, gracioso, villano.)

NICOLÍN. ¡Hola, oao, hola!

PRINCESA. ¡Ay de mí!

¿A quién responden los ecos?  
Escóndete por los huecos  
de esa peña (5).

(1) A: "en mí".

(2) B abrevia este pasaje así:  
"De mi fortuna quejoso."

PRINCESA. Antes agradezco tanto  
lo que padeces por mí,  
que excusar quisiera en ti  
siempre quejas, siempre llanto.  
Muda de estilo, por Dios..."

(3) B: "la admiro".

(4) A: "le veo".

(5) A: "Escóndete entre los huecos  
de esas peñas."

(1) Falta en B esta última redondilla.

(2) Faltan igualmente en B las tres redondillas  
anteriores.

(3) B: "¿qué he de hacer?, pues no amoroso  
ni firme amor te tuviera".

DUQUE.

Harélo así.

*(Escóndese el DUQUE (1) y sale NICOLÍN.)*

NICOLÍN. ¡Hola! ¡Aho! ¡Oye! ¡Espera!

No he de parar hasta ver  
si es la Eco esa mujer (2);  
es hermosa, aunque es parlera.

¡Hola! Por aquí responde.  
¡Hola! Y también por aquí.  
¡Voto al sol, que esté sin mí  
de oílla sin saber dónde!

Cuando llego por buscalla  
a las quiebras destas rocas,  
que pienso que son las bocas  
por donde responde, calla.

¡Hola! ¡Ela! Y cuando estoy  
apartado, sin ver dónde (3).  
¡hola! o ¡cla!, (4) me responde  
a cuantas voces le doy.

¡Hola! ¡Hola!

*(Sale NEREIDA por un monte (5), vestida de pieles, con arco y flechas.)*

NEREIDA. ¿Quién da voces?...

NICOLÍN. ¿Si es ella?

NEREIDA. ...tan atrevidas,  
de los ecos repetidas  
y por los vientos veloces?

NICOLÍN. ¡Ay, Jesús y qué feroz  
baja! No son de un linaje  
lo rústico de su traje  
ni lo (6) brando de su voz.

Huir quiero, mas no puedo.

NEREIDA. ¡Oye! ¡Espera!

NICOLÍN. ¡He de morir!

NEREIDA. No temas.

NICOLÍN. Pues para huir (7)  
me impide mi propio miedo.

NEREIDA. ¿Qué te obligó a la locura  
de las voces? ¡Oye! ¡Espera,  
y mira que no soy fiera!

NICOLÍN. En esta misma hermosura  
tus ojos ánimo dan,  
como espanto tu vestido.  
Pardiobre, que en ti comprido

he visto ahora un refrán:

“Debajo de buena capa  
hay”..., ya me entiendes.

NEREIDA. ¿Quién eres?

NICOLÍN. Un hombre que a las mujeres  
se incrina; que no se escapa  
desta tierna incrinación  
ni aun la misma rustiqueza  
porque con tosca corteza  
cubre humano corazón.

Fuí casado, y tras perder  
un demonio en carne humana,  
digo no les tengo gana  
y siempre apetezco mujer *(sic)*.

Salí, pues, tras una yegua (1)  
desde la cabaña mía,  
y dando voces habría  
andado más de una legua,

cuando llegué entre esas rocas  
tan altas como feroces.

Oí remedar mis voces  
a los huecos de sus bocas.

Acordéme que oí un día  
a quien lo debe saber (2)  
que era el Eco una mujer  
que en las cuevas se escondía.

Díome deseo de vella.

DUQUE. ¡Graciosa simplicidad!

NICOLÍN. Y si va a decir verdad,  
para casarme con ella.

Porque no es para perderse  
una ocasión de tener  
por esposa una mujer  
tan amiga de esconderse,

y que a estar sola se aplica  
y solicita en oyendo  
que la llaman, respondiendo,  
si repite, no replica (3).

Y que al gordo o al delgado  
¡hola, cla! siempre ha sido  
tan cuerda que ha llamado  
al tono que la han llamado.

Y que al oído consejo  
no da, ni pide, ni apura  
secretos, antes procura

(1) B: (“Escóndese y sale.”)

(2) B: “si ésta es Eco, esta mujer”.

(3) A: “apartado, saber dónde”.

(4) B: “ola, ola”.

(5) B: “por el monte”.

(6) B: “y lo”.

(7) B: “Pues, para oír.”

(1) B abrevia el pasaje suprimiendo versos, y dice:

“Eres la misma hermosura.  
Hoy salí tras de una yegua.”

(2) A: “a quien debe de saber”.

(3) Falta en B esta redondilla.



que le hablen desde lejos.

Y que en su respuesta es tan claro el no como el sí, y, al fin, de la que perdí una mujer al revés (1).

Con este cebo hasta aquí, entre locuras feroces, llegué ronco de las voces y de los silbos que di;

pero viendo que bajabas temí mis postreras horas; mas ya tanto me enamoras como entonces me espantabas (2).

Sí, por dicha, la escondida Eco eres tú (3), que, apiadada de mí, quieres ser casada conmigo, tuya es mi vida y mi mano.

NEREIDA. Quieta estoy (4).

No soy yo esa imaginada mujer; mas por si te agrada el ser mío, oye quién soy.

Yo soy, aunque soy mujer, de todas tan diferente, que puedo atrevidamente serlo y dejarlo de ser.

Hija soy destas montañas, y con mi misma (5) fiera conservo la fortaleza que saqué de sus entrañas.

Por estos montes cazando, al mismo viento excediendo, alcanzo un gamo corriendo y mato un ave volando.

En la cumbre y en los llanos, por crueles y ligeras, soy espanto de las fieras; y a mis plantas y a mis manos (6),

después de hacer un bastón pedazos, que un roble (7) es, mato un oso a puntapiés y a puñadas un león.

Y si algún risco, al pasar,

inconvenientes me enseña, a coces rompo una peña y doy con ella en el mar.

A los humanos que miro, las veces que no me escondo, si me hablan, les respondo, y si me siguen, les tiro.

Porque [a] cada vil sospecha (1), que es en mi furia forzosa, de una palabra amorosa respondo con una flecha (2).

Esto soy. Si así te gano la voluntad y doy brío para ser esposo mío, no tiembles, dame la mano. ¿No me quieres?

NICOLÍN. Pardiez, no.

Bella eres; mas tener quiero, aunque sea mujer, que pueda menos que yo.

No quiero esposa valiente: que si la que antes sonaba (3), siendo cobarde, no daba pesadumbres en la frente,

tú, ¿qué hicieras? ; Guarda, fiera!

NEREIDA. Ya por tu donaire estoy bien contigo.

NICOLÍN. Tuyo soy, y ser tu sombra quisiera.

¿Mas no ves un jabalí (4) que corre (5) furiosamente?

NEREIDA. Para ver si soy valiente y ligera, ven tras mí.

NICOLÍN. Sí haré, que no soy cobarde tan del todo.

(Vanse los dos. Salen el DUQUE y la PRINCESA.) (6)

PRINCESA. ¡Ay, prenda mía!

DUQUE. ¿Notaste la gallardía de tu hija?

PRINCESA. ¡Dios la guarde!

Que me deja con temor, viendo el peligro en que va.

DUQUE. Ninguno le temo ya, pues la escapé del mayor,

(1) Igualmente faltan en B las dos redondillas anteriores.

(2) También falta en B esta redondilla.

(3) B: "Eco eres, que."

(4) A: "Quita, estoy."

(5) B: "con su misma".

(6) Falta en B esta redondilla.

(7) B: "roble".

(1) A: "Porque cada vil sospcha."

(2) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

(3) B: "pues si la que antes gozaba".

(4) A: "levalí".

(5) A: "cerré".

(6) B: ("I'anse.")

cuando de tan tierna edad  
la truje en los brazos míos,  
lleno de piadosos bríos  
y de virtuosa piedad,

huyendo de la extrañeza  
de tu padre, a estas montañas,  
que me dieron sus entrañas,  
criándola en su aspeceza.

(Ruido dentro de espadas.) (1)

Mas oye: ¿qué puede ser,  
entre esas peñas tajadas,  
rumor de voces y espadas?

PRINCESA. Todo para mí es temer (2).

DUQUE. ¡Ay de mí! Y es a la espalda  
de este risco, en que (3) volando  
vi a nuestra hija. Rodando  
baja un hombre hasta su falda;  
que le persiguen (4) sospecho.  
Socorreréle.

PRINCESA. ¡Oye! ¡Tente!

DUQUE. La piedad no lo consiente,  
que es generosa en mi pecho (5).

PRINCESA. Y yo entre pena y piedad  
sin corazón he quedado,  
pues los dos me habéis llevado  
cada uno su mitad.

¡Ay, hija mía! ¡Ay, mi esposo!  
¡Qué me costáis de temores!

(Sale el DUQUE, con CARLOS herido.)

DUQUE. ¿Estás herido?

CARLOS. Rigores  
son del tiempo.

DUQUE. Es riguroso.

PRINCESA. Voime muerta de cuidado  
por no ser vista.

(Vase.)

DUQUE. ¿No enseña  
ser grande herida?

CARLOS. Es pequeña,  
porque yo (6) soy desdichado  
y no permite mi suerte  
que tras mi sangre perdida

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores y la acotación.

(2) B: "temor".

(3) B: "en quien".

(4) A: "la persiguen".

(5) B añade la acotación ("Vase").

(6) B: "por yo soy".

perda de una vez la vida  
por darme más de una muerte.

DUQUE. No es en ti honrosa querella  
esa. Anímate a esperalla  
si viene, y no a desafialla,  
que aún es peor que temella.

Y dime, si puede ser (1),  
quién eres, para esperar  
que a lo menos con callar  
te pueda favorecer (2).

CARLOS. Pues tus valientes consuelos  
y tu aspecto, aunque...

..... (3)

y tu calidad desdicen,  
antes de saber quién eres  
quién soy me atrevo a decirte,  
porque pienso que una estrella  
nos influye y nos persigue.

Dos hijos tuvo Guillermo (4),  
de Nápoles rey insigne:

el uno soy yo, a quien llaman  
Carlos, y el otro Fadrique (5).

Nacimos los dos de un parto  
en un punto, y fué posible,  
no sé cómo (6), el haber sido  
él dichoso y yo infelice;

pues habiendo de nombrar  
en Nápoles, donde asiste,  
uno de los dos por rey,

Aurora, que así se dice  
un ángel a quien tocó

este cargo, al elegirme

a mí por rey y su esposo (7)  
mi hermano lo contradice;

yo lo apruebo, y en un punto

desnudando aceros libres,  
queda (8) en Nápoles la tierra

brotando guerras civiles.

Perdiéronse muchas vidas,  
y por los aires sutiles

(1) B suprime las dos redondillas anteriores, y sigue: "Y dime, si puede ser."

(2) A: "te podré satisfacer".

(3) Ilegible el texto.

(4) B suprime los versos anteriores del romance y empieza por "Tuvo dos hijos Guillermo."

(5) B: "Yo soy el uno, a quien llaman Carlos, y al otro Fadrique."

(6) B: "No se conoció."

(7) A: "a mí por su rey y esposo".

(8) B: "entre rigores terribles quedó..."

subieron muchas querellas  
a los celestes confines,  
y vertióse tanta sangre,  
que arroyos que la dividen  
pienso que del mar salado  
las blancas espumas tiñen (1).  
Peleé yo cuanto pude,  
todo cuanto pude hice,  
pero mi hermano, que tiene  
o fortuna más felice  
o más pláticos soldados,  
tuvo el acero más firme (2),  
y yo al cerrar de la noche,  
viéndome vencido (3), vine  
con tan pocos al valerme  
y tantos al perseguirme,  
que con hasta diez no más,  
que me acompañaban, quise,  
aunque vi alteradas ondas  
entre huracanes terribles,  
en un bergantín pequeño (4)  
surqué los mares y diles,  
si no de César la suerte,  
la providencia (5) de Ulises.  
Pasé el golfo de Salerno,  
que cuando enojado gime  
contrarios mares levanta  
y varios vientos resiste  
a la garganta el peligro (6):  
y sin que pudiese asirme  
a las playas calabresas  
por Palinuro (7) infelices.  
Llegué al Faro, cuando estaban  
quizá para no admitirme,  
por encontrar sus corrientes  
bramando Scila y Caribdis.  
Pasé, en fin, a pesar suyo;  
pero ya tan insufribles,  
rompiendo encontrados mares,  
contrarios vientos compiten,  
que sin timón que le baste  
ni pilotos que lo guíen,  
ni quebrantado bajel

estos peñascos embiste,  
donde, milagrosamente,  
tomamos tierra tan firme;  
y mi gente arrepentida (1)  
ya de valerme y seguirme,  
por parecelles que tuve  
culpa en sus naufragios tristes,  
o porque el estado pobre  
es de suyo aborrecible,  
leíles el corazón (2),  
receláme y encogíme,  
y ellos, viéndolo, atrevidos,  
que han de prenderme me dicen  
para llevarme a mi hermano,  
pues su remedio consiste  
en tan villanas traiciones  
y en diligencias tan viles;  
y sin esperar respuesta  
me acometen; yo, que quise  
más el morir animoso  
que acobardado rendirme,  
con sólo dos, que leales  
murieron por asistirme,  
me defendí; mas sin ellos  
hubiera sido imposible,  
y si un ángel entre pieles (3)  
no llegara (conocile  
en que los largos cabellos  
tendía (4) a los aires libres),  
éste en traje de mujer,  
y un villano que le sigue (5),  
con el arco (6) y con la honda  
flechas y cantos despiden  
con tal brío, que aun ahora  
imagino que persiguen  
a mis cobardes contrarios,  
que huyendo se les resisten.  
Yo que entonces más cansado  
y menos ligero, quise

(1) Faltan en B los ocho versos anteriores.

(2) B: "o más prácticos soldados,  
tuvo la espada más firme".

(3) B: "viéndome cercado".

(4) Faltan en B los tres versos anteriores, y el siguiente dice: "Surqué los mares, y dile."

(5) B: "prudencia".

(6) Faltan en B los cuatro versos anteriores.

(7) Así en B; en A, ilegible.

(1) B abrevia el pasaje en esta forma:

"bramando Scila y Caribdis.  
Al fin peligrosamente  
pisamos la tierra firme,  
yo, y mi gente arrepentida".

(2) A: "leíles el corazón"; B: "leíles los corazones".

(3) A: "entre pies"; B: "si un ángel entre unas pieles".

(4) A: "tendría".

(5) B: "ésta, y un tesco villano  
que valeroso la sigue".

(6) B: "ardo".

seguiellos agradecido  
y detenellos humilde,  
en la falda de aquel monte  
tropecé (1), y cayendo vine  
al lugar donde me hallaste;  
donde si ahora me dices  
cómo supiste de mí (2),  
qué desdichas me persiguen,  
qué manos me favorecen,  
no dudaré que me alivien  
los trabajos que me ofenden  
y las penas que me afligen.  
Después de ofrecerte el pecho  
y de besarte la mano,  
en buena correspondencia  
te debo, príncipe Carlos (3),  
fiar los secretos míos (4).  
El Duque soy de Montalto,  
Marqués de Orense y señor  
de tan importante estado  
que si del Rey de Sicilia  
no fuera leal vasallo,  
como le huyo (5) en los montes  
me le opusiera en los campos.  
En el tiempo más florido  
de mis juveniles años  
admitió mis pensamientos  
y agradeció mis cuidados  
la Princesa (6) de Sicilia;  
si adoré sus ojos claros,  
a cuya luz descubría  
de su hermosura milagros,  
siendo dellos admitido,  
siendo dellos adorado,  
dígalo la misma causa,  
pues sus efectos llegaron (7)  
a darme secretamente  
de esposa (8) palabra y mano;  
que nunca en cinco años breves  
me dió los gustos avaros (9).

DUQUE.

- (1) B: "contrarios.  
Yo que agradecido quise  
seguirlos, en aquel risco  
tropecé..."
- (2) B: "después de saber de mí".
- (3) B: "famoso Carlos".
- (4) A: "fiarte secretos míos".
- (5) B: "huu".
- (6) A: "la primera".
- (7) B: "la princesa de Sicilia,  
cuyos efectos llegaron".
- (8) A: "esposo".
- (9) Faltan en B los dos versos anteriores.

Pero como la fortuna,  
para mudar los estados,  
se vale de envidias viles  
y mueve traidores labios,  
súpolo su padre el Rey,  
tan ciegamente indignado,  
que a no tener de su enojo  
quien me avisara el agravio  
que formaba en su opinión,  
en mi cabeza vengado  
hubiera con vil cuchillo  
o con riguroso brazo.  
Pero salí de su corte (1)  
con el (2) peligro, fiando  
a las tinieblas la vida  
y a los temores el paso,  
y dejando a la Princesa  
con la certeza del daño,  
desesperado el remedio  
y temeroso el cuidado,  
y por el camino a trechos  
enviándole a pedazos  
el corazón en suspiros  
y el sentimiento en agravios (3).  
Supe, después de tener  
entre amigos y vasallos  
menos cobarde el peligro  
y más inquieto el trabajo,  
que el Rey en su hermosa hija  
su sangre no derramando,  
porque piadosos consejos  
sus rigores limitaron,  
esta fortaleza, a quien  
ves fundada entre peñascos  
que baten mares soberbios  
y defienden montes altos,  
le dió por cárcel injusta  
en un ángel soberano,  
que en vez de pisar estrellas

- (1) B altera el pasaje:  
"Pero como la fortuna  
para mudar los estados  
se vale de evidencias viles, (sic)  
supo al cabo de ocho años  
decirlo a su padre el rey,  
tan ciegamente indignado  
que a no tener de su enojo  
quien me avisara el agravio  
que formaba de mi amor,  
ya en mí le hubiera vengado.  
Pero salí de tu corte."
- (2) B: "en el".
- (3) En B faltan los ocho versos anteriores.



apenas entran los rayos (1)  
del sol a verse en sus ojos.  
Yo entonces, como a los pasos  
que amor apresura ardiendo  
nunca caminos faltaron,  
vine a vivir a estas cuevas,  
y aunque en tiempo dilatado  
pude disponer el vello  
tras aquel hierro villano,  
pues le impide (2) y no perdona  
el suyo de amor dorado.  
Por esta reja la veo;  
mas es tan incierto el plazo,  
que entre mil siglos de penas  
una esperanza dilato (3).  
Y esto ha veinte años, señor,  
sin que su padre, aun pensando  
que estoy muerto, haya querido  
admitilla y perdonarnos.  
Juzga ahora quién merece  
nombre de más desdichado  
entre los dos, mientras yo  
de vergüenza oprimo el llanto.

CARLOS. Dudosamente lo advierto,  
pero tomarte la mano  
quiero, y dártela de que,  
pues nos parecemos tanto  
en la desdicha, el primero (4)  
que contraste al tiempo (5) vario  
valdrá al otro.

DUQUE. Esa palabra  
doy y tomo. ¿Desmayado  
parece que estás y no  
puede esta herida causarlo?

CARLOS. En este lado estaré  
mal herido, porque ha rato  
que siento la sangre fría.

DUQUE. Hasta el suelo está bañado.  
¡Ánimate!

CARLOS. Aunque me animo...

DUQUE. Y siéntate.

CARLOS. Me desmayo.

DUQUE. A buscar algún remedio  
iré y volveré volando.

(Vase.)

CARLOS. Mientras yo con una muerte  
tantas desdichas acabo.

¡Ay, fortuna! ¡Cuánto siento  
lo que he sido y lo que soy! (1)  
De verme morir estoy,  
aunque alligido, contento;  
pues si el contrapuesto asiento  
siempre en ti se ha de temer,  
menor daño viene a ser,  
por salir quien ha subido  
de cuidado haber caído,  
que estar temiendo el caer.  
¡Valedme, ciclos!

(Salen NEREIDA y NICOLÍN.)

NICOLÍN. A osadas.

NEREIDA. Bien castigados se fueron.

NICOLÍN. Calabazas parecieron  
en sus cascos mis pedradas.  
Más valen piedras que espadas.

CARLOS. ¡Ay, Dios!

NICOLÍN. Escucha: ¿qué oí?

CARLOS. ¡Ay, Dios!

NEREIDA. ¿Son suspiros?

NICOLÍN. Sí.

NEREIDA. Ve llegando. ¿Qué será?

NICOLÍN. ¿Si es la Eco, que estará  
enamorada de mí?

NEREIDA. ¿No es el mancebo (2) gallardo  
a quien valimos? El es.

NICOLÍN. ¿A la muerte no le ves?

NEREIDA. Tén valor.

CARLOS. ¿No me acobardo (3).

No la temo, aunque la aguardo,  
¿Quién eres?

NEREIDA. Quien a vengalla  
te ayudó.

CARLOS. Por alentalla  
y obligarme a no temella  
pienso que vienes a vella.

NEREIDA. No vengo sino a lloralla (4).

y será la vez primera  
que he visto en mis ojos llanto.

CARLOS. No quiero deberte tanto,  
porque pagarte quisiera.

NEREIDA. ¿Dónde estás herido? Espera,

(1) B: "le dió por cárcel injusta  
donde apenas entran rayos".

(2) B: "la impide".

(3) Faltan en B los cuatro versos anteriores.

(4) B: "en las dichas, que el primero".

(5) B: "el tiempo".

(1) B: "en lo que soy".

(2) B: "¿No es mancebo".

(3) Según B. En A: "¿Que es la muerte, no la  
ves?", y falta el verso siguiente.

(4) A: "vengalla".

que ya a prevenir el modo  
de valerte me acomodo.  
¡Ay, triste en mi soledad! (1)  
¿Esto es amor o piedad?  
Mas pienso que es uno todo.  
¿Pero qué haré?

CARLOS. ¿De qué tratas?

NEREIDA. ¿Qué haré entre asperezas tales? (2)

CARLOS. Cuando piadosa me vales,  
¿por qué afligida me matas?

NEREIDA. Son estas peñas ingratas,  
pues no dan yerbas con que  
te cure yo.

NICOLÍN. Pues hallé  
mi yegua, tú en ella irás  
a mi cabaña.

NEREIDA. ¿Podrás  
animarte? (3)

CARLOS. Si podré.

NEREIDA. ¿Qué haré, tiempos inhumanos,  
si el primer hombre que veo  
medido con mi deseo  
no le curáis en mis manos? (4)  
¿Vas bien?

CARLOS. En tus soberanos  
ojos mi esfuerzo asegura  
tu valor y tu hermosura.

NICOLÍN. ¡Cúrele ella!

NEREIDA. ¡Alienta el brío!

NICOLÍN. Que del mancebo yo fio  
que le pague (5) si le cura.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen el MARQUÉS y AURORA.)

AURORA. ¿Y murió Carlos?

MARQUÉS. Yo espero  
que el cielo mejor lo hará;  
mas la relación que da  
de su estado un marinero,  
cuyo veloz bergantín  
lo redimió (6) de la mano  
vencedora de su hermano,  
nos pronostica su fin.

AURORA. ¿Cómo? ¡Ay de mí!

MARQUÉS. De los mismos  
con quien iba acompañado  
fué herido, y precipitado  
de un peñasco en los abismos,  
donde la mucha espesura  
hurtó su cuerpo a los ojos  
para dar a sus despojos  
su defensa o sepultura (1).

AURORA. ¡Ay, Carlos, prenda querida!

¡Ay, dueño de mi albedrío!

Si en ti pierdo un bien tan mío,  
¿para qué quiero la vida?

¡Ah, Fadrique! ¡Ah, fementido,  
ocasión de ofensas tales!

¡Plega a Dios...!

MARQUÉS. Así te vales  
de tu prudencia, que ha sido  
de Nápoles claro espejo.  
Mal previene (2) tu valor  
disimulos al honor  
y silencios al consejo.

AURORA. ¿Enfrenar pueden los labios  
o encubrir los pensamientos  
quien humanos pensamientos  
presta amor tales agravios?

MARQUÉS. Sí podrás, con acordarte (3)  
que es obligatorio y cierto  
que si Carlos fuese muerto  
con Fadrique has de casarte.

Y por esta causa, es bien  
entretener su cuidado,  
ni con favor declarado,  
ni con resuelto desdén.

Pues él se muestra, señora,  
tan rendido a tu hermosura,  
(que ya parece locura),  
y tu pensamiento adora (4).

Que aunque pudiera tirano  
aplicarse a la corona,  
por no perder tu persona  
la pretende de tu mano.

Y pues en esto se advierte  
su fineza, agradecer  
se la debes, hasta ver

(1) B: "en mi libertad".

(2) B: "esperanzas tales".

(3) B: "ayudarme".

(4) A: "no le curasen mis manos".

(5) B: "la pague".

(6) A: "medimio".

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

(2) A: "previne".

(3) B abrevia el pasaje:

"...para qué quiero la vida?"

MOR. Consuélete el acordarte."

(4) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

si es cierta en Carlos la muerte.

Que si es vivo, no lo dudes  
que en Nápoles le verás  
coronado, con no más  
que él parezca y tú le ayudes (1).

AURORA. Pues ya que me das, Marqués,  
consejo, dame favor.

MARQUÉS. Siempre alenté mi valor  
con mi obediencia (2) a tus pies.

AURORA. Tú mismo, con carta mía,  
que busques a Carlos quiero,  
llevándote el marinero (3)  
que dió la nueva por guía.

MARQUÉS. Escribe, que yo apereibo  
al momento mi partida.

AURORA. De ti he fiado la vida.

MARQUÉS. De sólo servirte vivo.

(*Íase el MARQUÉS, y sale FADRIQUE.*) (4)

FADRIQUE.

Aurora soberana,  
con más razón divina, siendo humana,  
que la purpúrea celestial aurora,  
del bello sol triunfante precursora,  
cuando por [los] balcones orientales  
esparce el viento perlas y corales (5);  
pues soy tu amante firme,  
no muestres tu poder en afligirme,  
que nunca hazaña ha sido  
emplear la venganza en un rendido.

AURORA.

¿Qué finezas has hecho  
para obligar mi amor, mover mi pecho,  
Fadrique? ¿Fueron, fueron por ventura  
romper mi fe segura,  
malograr mis intentos,  
dando a tu confianza atrevimientos?  
¿Y cuando el reino, envuelto en alegría,  
mi tálamo dichoso prevenía  
con tu infelice hermano,  
al darle yo la respetada mano,  
con tan injusta guerra  
echalle de mi pecho y de su tierra?  
¿Con esto tu amor firme  
quiso obligarme y pretendió rendirme?

FADRIQUE.

Sí, dulce dueño mío,  
pues cuando la elección del albedrío  
dejó tan sin remedio mi esperanza,  
¿en qué pude poner mi confianza  
sino en mi espada, procurando hacella  
contigo más piadosa que mi estrella?

AURORA.

No, engañoso Fadrique;  
no intentes, no, que a tu aflicción aplique  
de tu ambición el declarado efecto;  
amor del cetro fué, no de mi mano;  
él quizá con tu acero  
vertió su sangre y desterró su hermano.

FADRIQUE.

Si quieres ver en mi verdad prudente  
que es ese engaño, mira si vencido  
Carlos, he pretendido (1),  
supuesto que pudiera fácilmente,  
de Nápoles ponerme la corona;  
luego no aspiro más que a tu persona.

AURORA.

Esta es razón de estado conocida,  
pues como ya no tienes quien te impida (2),  
por no quedar con nombre de tirano,  
quieres legitimarte (3) de mi mano.

FADRIQUE.

Por no premiarlas, niegas mis verdades;  
pero un medio (4) me queda  
con que tu obstinación negar no pueda  
mis finezas, señora, a tus (5) crueldades.

AURORA.

¿Cuál es?

FADRIQUE.

Porque me des tu hermosa mano,  
el primero seré que la corona  
en la cabeza ponga de mi hermano;  
pues reinos tiene el mundo, y en la zona (6)

(1) B abrevia el pasaje suprimiendo los versos entre éstos:

"emplear la venganza en un rendido.  
Y si ver quieres mi verdad patente,  
advierte si, vencido  
Carlos"...

(2) B: "pues si no hay quien te impida".

(3) A: "legitimarme".

(4) A: "un remedio".

(5) A: "o tus".

(6) B: "y en razones".

(1) También falta la redondilla anterior en B.

(2) B: "con tu obediencia".

(3) B: "al marinero".

(4) B: ("*Íase. Sale FADRIQUE.*")

(5) B suprime los cuatro versos anteriores.

más apartada harán mis escuadrones  
que me apelliden rey otras naciones;  
mas otra como tú, divina Aurora,  
a quien el alma adora (1),  
ni el mundo puede dalla,  
ni poderes humanos conquistalla.

AURORA.

Con eso (2), aunque me tienes ofendida,  
causa me das a estar agradecida.  
Mira qué dices.

FADRIQUE.

Muchas veces digo (3)  
que mil vidas daré por la belleza  
que en ti adorada con el alma sigo.

AURORA.

Pues pon esta esperanza en tu firmeza (4),  
que podrá ser, Fadrique, que algún día  
te pida esta (5) palabra.

FADRIQUE.

Tú la fía  
por mí, pues ya soy tuyo, y dame ahora  
tus pies.

AURORA.

Adiós, Fadrique.

FADRIQUE.

Adiós, Aurora.

Alcance yo con voluntad (6) forzada (Ap.)  
desta suerte su mano descada,  
que después con la fuerza (7) de mi mano  
el reino quitarécele a mi hermano.

(Vase.)

AURORA.

Si vive Carlos, desta suerte espero  
hacerle rey primero,  
y después, con Fadrique cautelosa,  
seré (8) de Carlos regalada esposa.

(Vase.)

(1) A: "...harán mis escuadrones  
a quien tan justamente el alma diera".

(2) B: "esto".

(3) "Mira que dices. FADR. Digo."

(4) B: "Pues pon en tu esperanza esta firmeza."

(5) B: "esa".

(6) B: "yo su voluntad".

(7) "las fuerzas".

(8) B: "ser".

(Sale el DUQUE y NEREIDA.) (1)

DUQUE. Nereida, ¿no echas de ver  
que hacen, tras ser novedades,  
tus rústicas libertades  
liviano tu proceder?

¿Ya los dos, ya los tres días  
es posible estar ausente  
de mis ojos?

NEREIDA. Mansamente  
oye las disculpas mías.

Padre, a la caza inclinado (2)  
el gusto, ya por estrella,  
o ya por costumbre en ella,  
tanto divierto el cuidado,  
y tras las fieras de suerte  
me lleva mi poco acuerdo,  
que entre estos bosques me pierdo  
y tardo en volver a verte.

Pero ya en mi enmienda fío  
el merecer tu perdón,  
que diferente ocasión (Ap.)  
me detiene, ¡ay, Carlos mío!

DUQUE. Un perdón y mil perdones  
que mi terneza ha de hablar,  
Nereida, el verte enmendar  
tan rústicas condiciones.

Pero hija, ¿nunca hallaste,  
ni vivo ni muerto viste,  
entre bosques que corriste,  
ni entre cuevas que habitaste  
aquel mancebo gallardo  
que tú valiste, y dejé  
yo herido?

NEREIDA. (Tan bien le hallé  
que en mis entrañas le guardo.)

DUQUE. ¿Qué dices?

NEREIDA. Que aunque di bríos  
a los desvelos, hallar  
no le pude.

DUQUE. No hay que dudar (3);  
muerto está.

NEREIDA. (De amores míos.)

DUQUE. ¡Qué desdicha!

(1) En B falta la acotación.

(2) A: "inclinada".

(3) B:

"DUQUE. ¿Qué dices?"

NER. Por más que vueltas  
di a los desiertos, hallar  
no le pude.

DUQUE. No hay dudar."



NEREIDA. (¡Qué ventura!)

DUQUE. ¡Qué valor tan malogrado!

NEREIDA. Fieras y aves le habrán dado en sus bocas sepultura.

DUQUE. Cuando desmayar le vi, mal herido, aunque volé para buscarle con qué (1) curarle, tarde volví.

... pues ya ni vivo ni muerto le hallé entre las peñas duras, donde ciertas desventuras me prometen fin incierto,

que es donde empleo el rigor de mi ordinario cuidado.

¡Hija mía!

NEREIDA. ¡Padre amado!

DUQUE. Ten cordura (2).

NEREIDA. Tengo amor y tan en el alma toca la gloria de que me acuerda, que el proceder como cuerda pienso que fuera ser loca (3).

(¡Ay, Carlos, tan tuya soy, que hecho brasas el desco, los ratos que no te veo fuera de mi centro estoy!)

(Sale NICOLÍN.)

NICOLÍN. ¿Acá estamos todos? ¿No me oye? ¿Está divertida?

NEREIDA. ¿Y Carlos?

NICOLÍN. Busca su vida en tí, y ayúdole yo.

¿Por dó vas, que con los pies ligeros, de cuando en cuando desapareces?

NEREIDA. Cazando voy que comamos los tres.

NICOLÍN. Come (4) tú y él para dar a los cuerpos más color, porque a mí me está mejor que el comer el ayunar.

Que si hay (5) sólo en mi cabaña la madre de mi mujer y los dos, ¿yo qué me he de hacer con ella? ¡Desdicha extraña!

(1) B: "por ir a buscar con que".

(2) A: "Tener cordura."

(3) Falta en B la redondilla anterior.

(4) B: "Comed."

(5) B: "Pues si hay."

Cuando asestando los tiros de enamorados intentos, os estáis prestando alientos para tragar los suspiros, a oscuras y desvelado, ¿qué haré yo con el sonido de dos sordos al oído, y con una suegra al lado?

Pardiez, si abstinencia mucha no usara, que ya tuviera lo que pienso que quisiera quien a mi lado os escucha, aunque no tiene en su boca sino un ermitaño diente porque es ciego el accidente de una calentura loca.

NEREIDA. Calla; ¿qué dices?

NICOLÍN. Quisiera hablar, pero viene ya (1) tu Carlos. ¡Qué bien le está el gabán y la montera!

NEREIDA. ¡Con qué apacibles enojos viene a verse satisfecho en el cristal de mi pecho, por las niñas de mis ojos!

(Sale CARLOS.) (2)

CARLOS. Mi Nereida, pues estoy sin ti como el cielo santo sin luz clara, ¿por qué tanto estás (3) sin mí?

NICOLÍN. Yo me voy (4), pues me alboroto, y me alegra tanto su amor, que si es que más los miro, después corre peligro mi suegra.

CARLOS.

Yo, mi Nereida, cuando no te veo, entre esas soledades afligido, ciegamente abrasándome el desco estoy como en los aires suspendido; pues como apenas mis venturas creo

(1) B abrevia el pasaje así:

"...¡Desdicha extraña!

NER. Calla, loco!

NIC. Yo quixera hablar, pero viene ya..."

(2) B suprime la redondilla anterior, y en la acotación añade: ("Sale CARLOS con gabán.")

(3) B: "estáis".

(4) A: "Ya me voy."

por ser tales, en ti pienso que han sido, cuando en su ausencia (1) el alma las emplea, hijas del sueño, sombra de la idea.

Y así desvanecido entre favores que me lleva[n] a partes diferentes, marchitando lo fresco de las flores y enturbiando lo claro de las fuentes, a los rayos del sol pido favores para ver desagrávios diferentes, hasta que menos ciega mi esperanza en mi cuidado culpa tu tardanza (2).

NEREIDA. Yo, Carlos, cuando te dejo, deshaciendo amantes lazos, el ser prisión de tus brazos y de tus ojos espejo, y de tu vista me alejo con apacible pesar, y porque le quiero dar vigilante al porvenir, sin lo que cansa el seguir lo que promete el cazar; y también tal vez empleo la ausencia que en mí has culpado por darte con el cuidado viveza para el deseo; que el bien en cualquier empleo se renueva y se remoja, cuando cobrado alborozas, imitando al campo verde, que si a ratos no se pierde, cansadamente se goza.

Demás desto, aunque con llanto, el ausentarme me toca, cuando, al volver, de tu boca sé que tú lo sientes tanto, como el cielo me levanto; y así, enseñada a tener estas glorias con volver a obligarte y merecerte, por sólo volver a verte truco el dejarte de ver (3).

(1) A: "cuando tu ausencia".

(2) La octava real anterior falta en A.

(3) B refunde así este pasaje:

Yo, mi Carlos, cuando te dejo,  
deshaciendo amantes lazos,  
de ser presa de tus brazos  
y de tus ojos espejo,  
es porque le quiero dar,  
vigilante al prevenir,  
sin lo que cansa el seguir,  
lo que promete el cazar.

CARLOS. ¡Bien del alma!

DENTRO. ¡Iza, iza!

CARLOS. De un esquite...

DENTRO. ¡Leva, remo!

CARLOS. Desembarcan.

NEREIDA. Un extremo (1)  
temo en la fortuna mía:  
lo que te importa me advierte.  
¿Quieres retirarte?

CARLOS. Espera,  
que amigos son.

NEREIDA. Más quisiera  
que vinieran a ofenderte  
que a valerte, pues sospecho  
no quieran (2), rompiendo lazos,  
sacarte de entre mis brazos.

CARLOS. ¿Cómo, si estoy en tu pecho?

NEREIDA. Pues no les hables, por no  
desesperar mi esperanza.

CARLOS. Esa es poca confianza  
en lo que te adoro yo (3).

NEREIDA. ¿Pues qué haré cuando me fías (4),  
el ver si me lisonjeas?

CARLOS. Escóndete donde veas,  
Nereida, finezas mías.

NEREIDA. Harélo, y veré después  
si el corazón me ha mentido.

(Escóndese y sale el MARQUÉS y gente.)

CARLOS. Grande causa habrá tenido  
la venida del Marqués (5).

MARQUÉS. ¿Si es él?

CARLOS. Sí, Marqués, yo soy.

MARQUÉS. Señor, ¿que estás vivo? El suelo  
que pisas beso, y al cielo  
mil bendiciones le doy.

CARLOS. Abrazame; tu venida

Demás desto, aunque con llanto,  
el ausentarme me toca,  
cuando, al volver, de tu boca  
sé que tú lo sientes tanto,  
tal gloria siento al volver  
a obligarte y merecerte,  
que quise dejar de verte  
por sólo volverte a ver."

(1) B: "Con extremo."

(2) B: "que querrán".

(3) B suprime la redondilla anterior.

(4) B: "¿Qué haré yo, cuando me fías."

(5) La acotación está en B dividida: "escóndese", después de "mentido". "Sale el Marqués", después de la "venida del Marqués."

a esta parte fué extrañeza.  
 MARQUÉS. ¿Es dichoso Vuestra Alteza?  
 NEREIDA. ¡Ay de mí! ¡Yo soy perdida!,  
 pues siendo Carlos señor  
 tan alto, cierto ha de ser  
 que en él habré de perder,  
 ya que no el alma, el honor;  
 pues ya en lo que miro siento  
 que fué desleal amigo  
 disimulando conmigo  
 su principal nacimiento.)  
 CARLOS. Mucho la debo.  
 MARQUÉS. Es Aurora,  
 como la que el sol envía  
 por precursora del día,  
 de tu dicha precursora (1);  
 adora tu sombra.  
 NEREIDA. ¡Ay, cielos!,  
 ya no faltan sobre daños  
 de acusadores engaños,  
 sino abrasadores celos (2).  
 CARLOS. ¡Ay, Nereida! ¡Ay, mi hermoso  
 cielo del alma adorado!)  
 MARQUÉS. ¿Pues no respondes? Turbado  
 parece que estás, dudoso.  
 Si dice en ese papel  
 quien te influye como estrella  
 que ya de su mano bella  
 te está esperando el laurel,  
 pues con tan grande cuidado  
 te le previno en tu ausencia  
 que con sola tu presencia  
 podrá volverte tu estado (3),  
 ¿En qué reparas? Disponte.  
 NEREIDA. ¡Ay de mí!  
 MARQUÉS. ¿Qué hay que te impida?  
 CARLOS. ¡Ay, mi bien! Debo la vida  
 a las hierbas deste monte.  
 Déboles a estas montañas,  
 con sensibles corazones,  
 darme por habitaciones  
 no menos que en sus entrañas (4).  
 Esto, Marqués...  
 NEREIDA. ¡Muerta soy!)  
 MARQUÉS. Háblame claro.  
 CARLOS. No puedo,  
 porque a mí me tengo miedo.

MARQUÉS. ¡Señor!  
 CARLOS. Y pues tal estoy,  
 déjame un poco, Marqués,  
 mientras yo...  
 MARQUÉS. Tu gusto sigo.  
 CARLOS. Mientras consulto conmigo  
 mi pena, y vuelve después.  
 MARQUÉS. ¡Señor!  
 CARLOS. Ve, que ya le doy  
 prisa al alma.  
 MARQUÉS. Peor que muerto (1)  
 hallo a Carlos, pues es cierto  
 que está loco, y yo lo estoy.  
 NEREIDA. ¡Ay de mí; en tal desventura,  
 con qué vergüenza me veo!  
 CARLOS. Con dos contrarios peleo,  
 mas ya vence esta hermosura,  
 porque las perlas que llora  
 son balas que me dispara.  
 ¡Mi gloria! ¡Mi prenda cara!  
 NEREIDA. ¡Ay, Carlos! ¡Carlos!  
 CARLOS. Señora,  
 ¿por qué, después de mirarme  
 entre ternezas y enojos,  
 al suelo bajas los ojos  
 y lloras para matarme?  
 NEREIDA. Porque tu grandeza admiro,  
 y mi bajeza me advierte  
 que de vista he de perderte  
 cuando tan alto te miro.  
 Y quiero más, obligada  
 de estar menos congojosa,  
 retirarme vergonzosa  
 que morir desengañada (2).  
 Pero tú desta crueldad  
 me librarás (3), a ser hombre  
 de quien yo, como tu nombre (4),  
 supiera tu calidad.  
 Pues mi loco devaneo  
 a tan superior esfera  
 ni aun con la vista subiera,  
 cuanto y más con el deseo;  
 porque si tan alto ser  
 pudiera en ti prevenir,  
 no me atreviera a subir  
 temerosa de caer.  
 Mas tu cauteloso engaño

(1) B: "de tus dichas precursora".

(2) A: "sino abrasados recelos".

(3) B suprime las dos redondillas anteriores.

(4) Esta redondilla también falta en B.

(1) B: "Porque muerto."

(2) B suprime esta redondilla.

(3) B: "excusarás".

(4) A: "como en tu nombre".

fué cruel para que viese  
que yo en un punto cayese  
en la cuenta y en el daño,  
y para que tu caída  
de ti en mí con más rigor  
me dejara sin honor,  
cuando yo te di la vida (1).

CARLOS. ¡Nereida!

NEREIDA. Déjame.

CARLOS. Extraña,  
con poca razón estás;  
quien es tuyo, siendo más  
que pensaste, no te engaña;  
quien te adora no te injuria,  
ni quien te asiste te deja:  
¿por qué sin causa en la queja  
le das efeto a la furia?

¿Por qué culpas el dejarte  
antes de haberte dejado?

NEREIDA. Porque he visto que has dudado  
en el irte o el quedarte.

Y el que con medroso labio  
de los favores y duda  
las ofensas, ya en la duda  
deja lugar al agravio.

CARLOS. Nereida, yo te confieso  
que en mí tan agradecido  
como enamorado ha sido  
esa duda; poco es eso:

pero de las esperanzas  
haciendo dos corazones,  
de mis dos obligaciones  
hice iguales dos balanzas.

Puse en la una la corona  
que obligaba mi cabeza,  
y en la otra la belleza  
que adoraba en tu persona.

Y así, como no las vía,  
aunque las imaginaba,  
cualquiera dellas pesaba,  
pero ninguna caía.

Mas como entonces llegó  
tu luz a mis ojos pura,  
pesó tanto tu hermosura,  
que su balanza cayó.

NEREIDA. ¡Ay, Carlos!, bien castigada  
estoy ya del haber sido  
ligera, pues he venido  
a merecer por pesada.

En fin, Carlos, tan ligeras  
tus firmezas me declaras,  
que para que me estimaras  
fué menester que me vieras,  
con que he podido saber  
de tu trato, a mi pesar,  
que volverás a dudar  
en dejándome de ver.

Y que si entonces, por vella  
empleada en tu persona  
te mostrasen la corona,  
me dejarías por ella (1).

CARLOS. ¡Mira, mi bien! (2)

NEREIDA. Pues si añades  
a tus tratos asperezas,  
ve a gozar de tus altizas  
y deja estas humildades (3).

Vete a ser rey, y mejora  
de gusto, si no de fe,  
en otro amante; ve, ve,  
a ser el sol desa Aurora.

y deja que en la caverna  
más oscura y escondida  
sea yo tu luz perdida,  
para ser tu noche eterna (4).

CARLOS. Eres mi cielo adorado (5),  
y yo, pues arrepentido  
estoy de haberte ofendido,  
merezca (6) el ser perdonado,  
enmendando mi locura  
con despreciar la corona  
de un reino por tu persona,  
de un mundo por tu hermosura.

Entre grandezas que adore  
haya Alejandro segundo (7),  
que sea (8) señor del mundo  
y por muchos mundos lllore.

Y yo entre tiernos despojos  
vea, alegre y satisfecho (9),  
las finezas de tu pecho  
y las luces de tus ojos;  
pues regalos y consuelos,  
que hacer pudieran profundos

(1) Faltan las diez redondillas anteriores en B.

(2) A: "Mira bien."

(3) B: "y deja mis humildades".

(4) Falta en B esta redondilla.

(5) B: "Tú eres mi cielo adorado."

(6) B: "merezco".

(7) A: "¡Ay, Alejandro segundo!"

(8) A: "seas".

(9) A: "ver alegre, satisfecho".

(1) Las tres estrofas anteriores faltan en B.



en el aire muchos mundos,  
y en la tierra muchos cielos,  
no igualaran al estado  
que da en dos amantes justo  
recíproco amor disgusto,  
y fe segura el cuidado (1).

NEREIDA. ¿Podré fiarme de ti,  
cuando conmigo has tenido  
el crédito tan perdido?

CARLOS. Sí, que tienen para mí  
mucho imán tus ojos bellos;  
y si temes (2) que los lazos  
he de romper de tus brazos,  
átame con tus cabellos.

NEREIDA. Cadenas de obligaciones  
son más fuertes; dellas fio.

(Dentro el DUQUE.)

DUQUE. ¡Ah, Nereida!

NEREIDA. ¡Ay, padre mío!

DUQUE. ¡Ah, Nereida!

NEREIDA. ¡En qué me pones!

DUQUE. ¡Nereida!

NEREIDA. El me ha menester,  
pues tanto me llama, mucho.

CARLOS. Tu nombre en el aire escucho:  
si es verdad, ¿qué puede ser?

NEREIDA. ¡Oh, amor de padre! (3). ¿A qué

CARLOS. ¿Qué dices? [obligas?]

NEREIDA. Yo lo veré  
por los aires volveré;  
no me sigas, no me sigas (4).

(Fase.)

CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Sueño? ¿Estoy  
¿Nereida así me ha dejado, [loco?  
que advierto con el cuidado  
y que con el alma toco?

Tras decirme, ¡infeliz hombre!,  
que criada en esta tierra  
era hija desta sierra,  
oigo en los aires su nombre.

Me deja y se va siguiendo  
la voz que la va llamando;  
quise seguilla volando,

pero dejóme muriendo.

Mas ya para ver por dónde  
guía los pasos, me enseña  
aquella cumbre una peña...

(Sube a lo alto y sale NICOLÍN.)

NICOLÍN. A quien la llama responde  
Nereida; ¿hay tal? Por aquí  
corría. ¡Notable exceso!

CARLOS. Ligereza he dado al peso  
de mi sospecha, ¡ay de mí!

(Sale el DUQUE.)

DUQUE. Que este cuidado me aflija  
no es mucho.

NEREIDA. ¡Ah, señor, ¿no esperas?

DUQUE. Como si ahora nacieras  
te pongo en mis brazos, hija.

CARLOS. ¿Qué estoy mirando? Yo debo  
de estar sin mí.

NICOLÍN. ¿Hay cosa igual?

CARLOS. Estoy loco.

NICOLÍN. (1) Pesía tal,  
dos yemas tiene este huevo.

DUQUE. Como vi llegar galeras,  
y gente vi en tierra, anduve  
sin mí, porque miedo tuve  
que tú entre sus manos dieras.

NEREIDA. (2) ¿Qué habrá que yo no te deba?

DUQUE. Gritos te di como loco;  
ven subiendo poco a poco  
a la boca de mi cueva,  
y escúchame.

NEREIDA. Ya te escucho  
y sigo, aunque es tal mi estrella,  
que me matarás, si en ella,  
padre, me detienes mucho.

CARLOS. ¡Bien, por Dios! (3)

DUQUE. ¡Ay, mi ángel bello!  
¿Quién de mis ojos te aparta?

(Fanse.)

NICOLÍN. Aquí cerraron la carta,  
y acullá pondrán el sello.

CARLOS. ¿Qué he visto? ¿Tan ciego y mudo  
me desvaneczo en mis daños,  
que acredito los engaños  
y las evidencias dudo?

¡Oh, quién pudiera volar

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

(2) A: "y si temen".

(3) B: "¡Oh, amado padre!"

(4) A:

"CARLOS. ¿Qué dices?

NEREIDA. Yo volveré  
por los aires; no sigas."

(1) A: "NER."

(2) A: "Níc."

(3) A: "Níc. ¡Por Dios!"

NICOLÍN. para matar y morir! (1)  
Por aquí podrán subir,  
pero no podrán bajar,  
pues van subiendo trepando  
por las peñas (2).

CARLOS. ¿Es posible?

(Baja.) (3)

NICOLÍN. Y el bajar es imposible,  
si no es que bajan rodando.

CARLOS. ¿Dónde voy? ¿Dónde me llevan  
mis pasos tan ciegamente,  
que entre los rayos del sol  
como entre nubes se pierden?  
¿Adónde vi mis desdichas  
tan extrañas, tan crueles,  
tan grandes, que mis cuidados  
con ser míos no las creen?  
Pero, ¿qué es esto? ¿Qué voces  
en el pecho me defienden,  
que muchas veces los ojos  
en lo que acreditan mienten?  
Loco estoy; ¡valedme, cielos! (4)

NICOLÍN. Ahora los vi meterse  
en una cueva tan alta,  
que si la boca le vuelven (5),  
hacia el cielo, ella y la luna  
no dudará que se besen.

CARLOS. ¿Puede ser?

NICOLÍN. ¡ Señor!

CARLOS. Escucha:

¿viste a Nereida?

NICOLÍN. Y de suerte  
la vi...

CARLOS. No me digas más.  
Calla, calla; vete, vete:  
"que ofensas declaradas  
ofenden más oídas que miradas."  
¡ Ah, traidora! ¡ Espera, espera!

¡ Ah, liviana! ¡ Vuelve, vuelve!  
Cuando dejaba el ser Rey  
por no dejarte y por verme  
en tus brazos y en tus ojos  
no menos que eternamente,  
he visto en tus ojos libres  
y en tu corazón aleve (1)  
tan grande traición, tan grande,  
que habiendo sido evidente,  
las ilusiones me engañan  
y las dudas se me atreven.  
¿ Por dónde, por dónde fué?  
Mataréla y mataréme;  
pero dejalla es mejor.

NICOLÍN. Piensa primero, si puedes.

CARLOS. ¿ No he de poder ofendido?  
Mas bien has dicho, pues suele (2)  
haber agravios que atraen  
al mismo peso que ofenden,  
mas no en hombres como yo,  
que luz, ¿ astro? (3) y honor tiene.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. Señor, a tus voces vengo.

CARLOS. Marqués, a buen tiempo vienes.  
Lleva, llévame contigo.  
Vamos, vamos; y si viéres  
que el hechizo destes montes  
como loco me detiene,  
llévame atado, Marqués,  
pues aunque el alma reviente  
en mi pecho, he de partirme,  
para que en ellos se queden  
escondidos mis agravios  
y olvidados mis deleites.  
¡ Ah, Nereida fementida,  
queda en paz!

MARQUÉS. Señor, ¿ qué tienes? (4)

CARLOS. Adiós, adiós.

(Arriba, en lo alto, NEREIDA.)

NEREIDA. Estas voces,  
¿ qué desdichas me prometen? (5)  
Carlos, Carlos, ¿ dónde vas?  
¡ Espera! (6)

(1) A: "¡ Oh, quién tuviera valor  
para matarme o morir!"

(2) B: "por las montañas".

(3) Falta en B la acotación.

(4) B refunde el pasaje así:  
"como entre nubes se pierden?  
Es verdad que me ha ofendido  
un ángel, un cielo breve;  
entre montes hay engaños  
donde sin vergüenza pueden  
desnudarse las verdades  
que huyen de los padres.  
Loco estoy; ¡ valedme, cielos!"

(5) B: "la boca se vuelve".

(1) A: "y tu corazón aleve".

(2) B: "suelen".

(3) Muy dudosa la lectura en A.

(4) A: "queda en paz.  
Adiós, adiós".

(5) B: "deseosas me prometen".

(6) B: "¿ dónde vas? CAR. Tú misma..."

CARLOS. Tí misma puedes,  
 \* pues sin alma me dejaste,  
 escucharte (1) y responderte.  
 ¡Ah, cruel!

NEREIDA. ¡Ah, Carlos mío!  
 Espera, satisfaréte  
 desa culpa que me pones.

CARLOS. No quiero que me avergüences.  
 ¡Calla, calla!

NEREIDA. ¡Espera, espera!

CARLOS. Pues cuando historias revuelven (2)  
 públicas satisfacciones,  
 sabidos agravios crecen.  
 "que ofensas declaradas,  
 ofenden más oídas que miradas".

NEREIDA. Pues espera, y al oído  
 te lo diré.

CARLOS. ¿Que consiente (3)  
 esto mi paciencia? ¡Ah, falsa!  
 Quédate para quien cres.

NEREIDA. Tuya soy. ¡Espera, espera!  
 ¡Espera, o arrojaréme!

CARLOS. No hagas tal, aunque ofendido  
 estoy. ¡Detente, detente,  
 pues nunca agravios de amor  
 piden ofensas de muerte!  
 La tuya me abrasa el alma;  
 quísete bien (4).

NEREIDA. Y me quieres,  
 pues cuando arrojarme quiero  
 con tus voces me detienes.  
 Pero fingiste ofendido  
 para dar con esto afeites (5)  
 al partirte y al dejarme.  
 ¡Esto es, ¡traidor! ¡Vete, vete  
 a ese reino que te espera  
 y a esa Aurora que amanece  
 para ser tuya, y a mí,  
 pues me dejas, no me afrentes!

CARLOS. ¿Eso dices? Ya no falta  
 sino que de mí te quejes,  
 siendo el ofendido yo.  
 ¡Que tus embelecos lleguen

a este extremo!

NEREIDA. Pues escucha,  
 escucha, Carlos, y advierte (1)  
 que si no me das palabra  
 de esperarme, hasta que llegue  
 adonde estás por la espalda  
 desta montaña, que tiene  
 más seguido, más seguro  
 camino, aunque menos breve,  
 me arrojaré desde aquí,  
 donde en mi sangre inocente  
 veas las disculpas mías.  
 ¿Qué dices? ¿Arrojaréme?

CARLOS. Que te espero.

NEREIDA. Voy volando.  
 (I'asc.) \*

CARLOS. ¿Qué haré, cielos? Tanto pueden,  
 entre celos que me abrasan,  
 ternezas que me detienen.

MARQUÉS. Señor, tu valor vencido  
 miro lastimosamente.

NICOLÍN. Quizá aquel hombre sería  
 algún alma o algún duende,  
 y aunque la abrazo, no importa (2).

CARLOS. Ya te he dicho que me lleves  
 atado, Marqués. ¡Ay, cielos! (3)  
 En este villano pueden  
 más mis menguas referidas  
 que en mis ojos evidentes,  
 "que ofensas declaradas,  
 ofenden más oídas que miradas" (4).

(Vanse ambos.)

NICOLÍN. Pardiez, que aunque yo no fuera  
 tan tonto, que entontecerme (5)  
 bastara lo que hacer veo  
 a este virotero alevé.  
 A una olla le comparo (6),  
 adonde mezclados meten  
 gallina, carnero, vaca,  
 pies de puerco y otras veinte  
 zarandajas; así amor  
 mezcla brocados con pieles,

(1) B: "escusarme".

(2) B: "revuelven".

(3) A: "contienda".

(4) B abrevia así:

"adelante de tí Tente, tente.

que tu muerte ver no quiero.

Quísete bien".

(5) B: "por dar honestos afeites".

(1) B: "siendo el ofendido yo.

NER. Pues, Carlos, Carlos, advierte".

(2) B: "ya que el abrazo ni importa".

(3) B: "boy, cielos".

(4) A: "que ofensas, etc."

(5) B: "que a entontecerme".

(6) Desde aquí hasta que dicen dentro "Iza, iza",  
 falta en B.

el faisán con la sardina,  
y con el carbón la nieve.  
Y bien mirado, ¿por qué  
entremetido revuelve  
tan desiguales guisados  
y caldos tan diferentes?  
Por una cosa que está...  
Pero otro lo considere;  
que yo, por no aborrecella,  
la tocaré solamente.

DENTRO. ¡Iza, iza! ¡Boga, boga!

NICOLÍN. Otro torbellino vuelve.

(Sale NEREIDA.)

NEREIDA. ¡Ay, cuitada! ¡Carlos, Carlos!  
Ya en el esqui se mete,  
con la salva que le hacen;  
ya las galeras previenen  
mi desdicha (1). ¡Carlos, Carlos!

(Dentro CARLOS.) (2)

CARLOS. ¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres?

NEREIDA. Que me escuches; que me des  
siquiera un espacio breve,  
Carlos, Carlos, en que puedas (3)  
matarme o satisfacerte.  
¿No me diste la palabra  
de esperarme?

CARLOS. Tanto pueden  
traiciones tuyas.

NEREIDA. ¡Las sombras  
de tus celos mienten, mienten!  
Mira que te engañas, Carlos.  
¡Espera, espera, y daréte  
satisfacción!

CARLOS. No es posible,  
pues ya contra tí revuelven  
hasta los vientos mis voces.

NEREIDA. ¡Ah, traidor! Haré que lleguen  
mis saetas a tu pecho.  
Mas ya las velas que tiendes  
hacen de plomo mis ansias  
y de plumas tus bajeles.  
Mas seguiréte nadando,  
que pues padezco inocente  
y tiene brazos Neptuno,  
no dudaré que me lleven.  
Mas no harán, pues a sus ondas

por mí rigurosamente  
haciendo montes de espumas,  
esos leños no detienen,  
que el alma y honor me llevan;  
antes, del todo crueles,  
viendo mis quejas en sangre,  
les das tus aguas en leche.  
¿Qué haré, pues?

NICOLÍN. Tener paciencia (1).

NEREIDA. ¡Quita! Que tú me aconsejes  
falta no más.

NICOLÍN. ¡Ay de mí!

NEREIDA. ¿Quién entre locos me mete?  
Espera.

NICOLÍN. No quiero (2).

NEREIDA. Amigo,  
sácame piadosamente  
a Carlos del pecho, o deja  
que por los aires me lleven  
estas furias que me incitan,  
estas penas que me vencen (3).  
Montes, a quien di firmezas;  
campos, a quien di laureles;  
peñas, a quien hice bocas;  
fieras, a quien puse leyes,  
oíd todos, sabed todos,  
para que yo me avergüence,  
que una ingratitud me agravia  
y una mudanza me ofende.  
Sabed que me abrasan celos,  
quien de mis ojos ausente  
siendo sol puesto en mis brazos,  
en otra Aurora amanece.  
¡Qué pena, qué rabia, cielos!  
¿No soy yo quien tantas veces  
con tigres y con leones  
teñí las manos crueles? (4)

- (1) B abrevia este pasaje así:  
"de tus celos mienten, mienten.  
Espera, espera, enemigo.  
Mas las velas que tiendes  
hacen de plomo mis ansias  
y de pluma tus bajeles.  
¿Qué he de hacer?"

NIC. Tener paciencia."

(2) A: "No chero."

(3) A: "vienen".

- (4) B abrevia así el pasaje:  
estas penas que me vencen.  
¿Qué pena que a bramidos!  
¿No soy yo quien tantas veces  
con tigres y con leones  
teñí las manos crueles?"

(1) A: "mis desdichas".

(2) Falta en B la acotación.

(3) A: "pueda".



¿Pues qué espero? De mi pecho  
a pedazos sacaré,  
dejando con roja sangre  
teñida la blanca nieve.  
¡Ven!

NICOLÍN. Ya voy; mas ¿dónde vas?

NEREIDA. A que los mares, si sienten (1)  
mi fuego, me den lugar  
a que los pase o los seque.  
¡Ingrato amante! Mujer  
soy ofendida. Prevente,  
que has de pagarme en venganza  
lo que en deshonor me debes.

(*l anse, y salen AURORA y FADRIQUE.*)

AURORA. ¿No es ya voluntad forzada  
la mía?

FADRIQUE. Ni yo he podido,  
por mostrarme más rendido,  
tenerte (2) más obligada.

Castillos, fuerzas, poderes  
deste reino, prenda amada,  
puse en tu nombre, y mi espada  
pondré en tus manos (3), si quieres.

AURORA. Mi obligado corazón  
me dice, en lo que dispone,  
que acierta mucho quien pone  
la fuerza en la obligación.

Y así, porque en esta tierra,  
donde hay varias opiniones,  
se excusen las ocasiones  
que amenazan con la guerra,  
y porque veas que yo,  
en la forma que tú a mí,  
te quiero sólo por ti  
y por la corona no,  
en la cabeza a tu hermano,  
apenas se la pondré,  
¡plega a Dios!, cuando te dé  
a ti la vida y la mano.

FADRIQUE. Y yo si en tu cielo hermoso  
me llevo a ver, habré sido,  
cuanto más favorecido,  
más que mi hermano dichoso (4).

(1) B: "A que los mares se si sienten."

(2) A: "tenerme".

(3) B: "en tu mano".

(4) En lugar de esta redondilla última, B pone estas dos:

"Véale yo coronado (*aparte*)  
una vez, que, aunque engañosa  
venga a ser, seré su esposa,

(*Sale un CAPITÁN.*) (1)

CAPITÁN. El Marqués en dos galeras  
que cortan aguas saladas,  
en los remos reforzadas  
y en los bajeles ligeras (2),

ha llegado, y con él viene  
Carlos, cuya novedad  
de Nápoles la ciudad  
confusa y alegre tiene.

Todos los señores de ella  
le reciben, y le aclama (3),  
todo el pueblo.

AURORA. (¿Quién no ama  
a Carlos?)

FADRIQUE. (Mala es mi estrella,  
pues en sus semblantes veo  
tantas muestras de alegría;  
pero pues mi espada es mía,  
yo lograré mi deseo.) (4)

CAPITÁN. Ya va entrando, prevenido  
de las paces y el concierto  
con su hermano.

FADRIQUE. (Yo soy muerto (5)  
de ver que engañado he sido,  
pues su alborozo en su cara  
tan varios colores muda.) (6)

AURORA. ¡Ay, Carlos mío! Sin duda  
yo muriera si él tardara.

(*Salen CARLOS, el MARQUÉS y acompañamiento.*) (7)

CARLOS. (El disimular agora  
será en mi trato extrañeza.)

AURORA. Venga con bien Vuestra Alteza,

CARLOS. Dadme (8) la mano, señora.

AURORA. Dete el cielo poderoso  
lo que para ti le pido (9).

FADRIQUE. Seas, hermano, bien venido,  
y tú quedarás burlado.

FAD. Apenas de su persona  
seré dueño, aunque de infiel  
me den nombre, cuando a él  
le quitaré la corona.

(1) B: ("*Sale el CAPITÁN primero.*")

(2) A: "y en los celajes ligeras".

(3) A: "le reciben y te aclaman". Aunque falte el pasaje en B, se corrige fácilmente.

(4) Las dos redondillas anteriores faltan en B.

(5) A: "de las paces y el contento".

FAD. ¿Qué haré de vos? Yo soy muerto."

(6) A: "mira".

(7) B no pone "*acompañamiento*".

(8) B: "Dame."

(9) A: "les pido".

pues vienes a ser dichoso.  
 CARLOS. Tú has querido que viniese  
 a serlo con tanto brío.  
 AURORA. (¿El ser rey, no siendo mío,  
 es dicha?)  
 FADRIQUE. (Si no lo fuese...  
 bien dices.)  
 AURORA. (No tengas miedo.)  
 FADRIQUE. (¡Ay, que me engañas!)  
 CARLOS. (¡Oh, amor  
 injusto!)  
 MARQUÉS. Mira, señor,  
 que disimules.  
 CARLOS. No puedo (1).  
 AURORA. Ya que el tiempo con dos haces,  
 dueño de la humana vida,  
 con aplauso nos convida  
 y nos pronostica paces,  
 deciros quiero...  
 (Dentro un CAPITÁN.) (2)  
 CAPITÁN. ¡Apartad!  
 No ofendáis rostro tan bello.  
 FADRIQUE. ¿Son espadas?  
 CARLOS. ¿Qué es aquello?  
 AURORA. Marqués, mirarlo (3); llegad (4).  
 (Sale un CAPITÁN.) (5)  
 CAPITÁN. En una barquilla hecha  
 de pocas tablas, que al dar  
 surcos arando (6) en el mar  
 parece en el viento flechas,  
 llegó una mujer, señores,  
 monstruo (7) de naturaleza,  
 porque con tosca belleza  
 da lisonjeros temores.  
 Y como dando al través  
 con tal furia desembarca,  
 que lo veloz de la barca  
 parece que dió a sus pies (8).  
 Llegó a palacio. El lugar,  
 todo tras ella indeciso,  
 y entre la guarda, que quiso  
 dificultalle el entrar,

de suerte esgrimió un bastón,  
 que fueron, sin duda alguna,  
 como golpes de fortuna  
 los suyos.

CARLOS. Pesados son.  
 CAPITÁN. Hiriéronla (1) en la cabeza.  
 Yo que vi...  
 CARLOS. (¡Desdicha es mía!)  
 CAPITÁN. ...que con la sangre crecía  
 en su rostro la belleza,  
 quise, piadoso, amparalla.  
 Mas ya entra, que no ha sido  
 posible el haber podido  
 detenerla y sosegalla (2).

(Sale NEREIDA, herida en la frente.) (3)

NEREIDA. Gran Fadrique; bella Aurora,  
 y los demás, que suspensa  
 tenéis en mí la esperanza  
 admirándoos la extrañeza:  
 sabed que el príncipe Carlos,  
 cuando del mar la violencia  
 de sus levantadas olas  
 llegaba a las nubes densas,  
 y el viento en favor del agua  
 daba asaltos a la tierra,  
 con su perdido bajel  
 dió al través en unas peñas,  
 donde yo le hallé, obligado (4)  
 a la imposible defensa  
 de diez traidoras espadas,  
 y con piadosa nobleza,  
 no tan sólo le ayudé,  
 pero después que mis flechas  
 gasté en sus contrarios viles,  
 imité su ligereza,  
 y los seguí, desgajando  
 medio roble, con que entera  
 le pude dar la venganza (5)  
 de tan desleal ofensa.  
 Busquéle después y halléle

(1) B: "Hiriéronle."

(2) A: "detenerla y sosegarla".

(3) B: "herida, con un bastón".

(4) B abrevia así:

"...príncipe Carlos  
 de entre las olas soberbias  
 en un perdido bajel  
 dió al través en unas peñas,  
 donde yo le hallé, arrojado".

(5) B: "...su ligereza,  
 y le pude dar venganza".

(1) Faltan en B las dos redondillas anteriores.

(2) La acotación no está en B.

(3) B: "miradlo".

(4) A: "llegaos".

(5) En B: ("Sale el CAPITÁN primero.")

(6) B: "surcos de arado".

(7) B: "monstro".

(8) Falta en B esta redondilla.

tan mal herido, que apenas  
 daba aliento a los suspiros  
 para articular las quejas.  
 Llévle sobre mis brazos,  
 donde con ansiosas penas (1)  
 le dejé, y con tierno llanto  
 busqué por el monte hierbas,  
 bajé del cielo piedad  
 para curalle con ellas (2).  
 Dos veces le di la vida;  
 pluguiera a Dios (3) se la diera  
 sin darle también el alma,  
 porque la lástima engendra  
 piedad; la piedad inclina,  
 manda el gusto, el amor ciega,  
 la soledad da ocasión  
 y la ocasión tiene fuerza.  
 Subí yo las breves gradas  
 desta apacible escalera;  
 ¡quién pensara que rodando  
 bajara después por ella!  
 En fin, pudo tanto en mí  
 —sabe Dios con qué vergüenza (4)  
 lo digo—, que apasionada  
 me dispuse a ser ligera.  
 Quise a Carlos; adoréle,  
 en cuya correspondencia  
 pude fiar confianza,  
 para no tener afrentas.  
 Testigo (5) de nuestras almas  
 fué el cielo y aquellas selvas  
 que nos miraban sin ojos  
 y nos hablaban sin lenguas,  
 y aquellos montes, en quien  
 con ocasión más atenta,  
 como las paredes oyen,  
 pudieran oír las piedras.  
 ¡Qué de veces para oírnos  
 en el aire y en la tierra,  
 se suspendían las aves  
 y se paraban las fieras!  
 Todo en los dos se alegraba,  
 porque daban glorias nuestras  
 un abril a cada planta

y una vida en cada hierba.  
 Cada fuente era un espejo,  
 donde nuestros ojos vieran,  
 como en dos cuerpos un alma,  
 en un cuerpo dos cabezas.  
 Y al dividirnos, haciendo  
 que algunos ratos de ausencia,  
 para ser falta (1) del guto,  
 diesen lugar a la pena.  
 ¡Qué de quejas miró el sol  
 y qué alumbró de sospechas  
 hasta ver que eran las voces  
 de los gustos mensajeras!  
 Seguíanlos los abrazos (2),  
 y a pesar de las tinieblas,  
 en nuestro dichoso albergue  
 nunca fué la noche negra.  
 Así en dos pechos vivía  
 sola (3) un alma, cuando llega  
 el Marqués, y entonces Carlos,  
 que vanidades alienta  
 y atropella obligaciones,  
 las mías perdió. Y si fuera  
 que se fundara en razón  
 el desechar mi belleza  
 por acudir a su estado,  
 ya que no le consintiera  
 el dejarme mansamente,  
 al menos no tan sangrienta  
 me dejara la desdicha  
 y me obligara la queja.  
 Mas porque quiso el traidor,  
 corrido de la vergüenza,  
 dorar sus ingratitudes  
 a costa de mis afrentas,  
 me levanta testimonios,  
 finge agravios (4), firma quejas,  
 con que me dejó (5) burlada,  
 ¡así me dejara muerta,  
 pluviera (6) a Dios! Pues, ¿por qué  
 es cosa justa que tenga,  
 Nápoles, cetro en la mano  
 y corona en la cabeza

- 
- (1) B: "donde con ansiosa pena".  
 (2) B suprime estos dos versos últimos.  
 (3) A: "pluviera Dios". B: "plugiera a Dios".  
 (4) B abrevia:  
     "sin darle también el alma.  
     Sabe Dios con qué vergüenza".  
 (5) B: "Testigos."

- 
- (1) A: "falsa".  
 (2) B suprime parte de este pasaje:  
     "y nos hablaban sin lenguas.  
     Seguíanlos los abrazos".  
 (3) B: "solo".  
 (4) B: "Sin ser agravios."  
 (5) B: "deja".  
 (6) B: "pluguiera".

quien falsas verdades dice,  
 quien viles tratos intenta,  
 quien desmiente a sus palabras,  
 quien desdice sus promesas,  
 quien ingratitudes hace,  
 quien obligaciones ciega (1),  
 y a quien yo llamo traidor?  
 Y en esa (2) campaña puesta  
 defenderé más (3) espadas  
 que doy al cielo querellas,  
 que no merece ser Rey.  
 Y si Nápoles emplea  
 en sus sienes la corona,  
 yo sola, pedazos hecha,  
 la esparciré por el viento (4).  
 Y tú, Aurora, si dispuesta  
 por su amor le das la mano,  
 antes, antes que le veas  
 en tus brazos, de tus ojos,  
 de tu pecho, de tu idea,  
 como víbora pisada,  
 como leona sangrienta,  
 te le sacaré a pedazos,  
 que con la razón, la ofensa (5)  
 tiene invencible el valor  
 y poderosa la fuerza.

FADRIQUE. ¡Gran valor!

CARLOS. ; Gran desventura!

AURORA. Esperad, que la respuesta  
 quiero dar por todos yo,  
 ya con el alma en la lengua.  
 Y pues veis, pues miráis todos (6)  
 con tan segura evidencia  
 el ejemplo que me obliga  
 y el enojo que me ciega;  
 pues cuando en Nápoles yo,  
 con desveladas cautelas,  
 disponía voluntades,  
 inventaba estratagemas (7);  
 cuando a Fadrique (8), estimando  
 tan con el alma mis prendas,

engañaba agradecida  
 y despreciaba soberbia,  
 por sólo ponelle a Carlos  
 la corona en la cabeza  
 de mi mano, para darle  
 después el alma con ella (1),  
 en un monte me ofendía,  
 con mudanza tan ligera,  
 adorando una mujer  
 tan salvaje, aunque tan bella.  
 ¿Qué puedo esperar? Y así,  
 no es mucho que me resuelva  
 en no querer dar la mano,  
 y confiar la firmeza  
 a Carlos, porque mudanzas  
 con ingratitudes mezcla (2);  
 ni a Fadrique, porque implican (3)  
 nuestras dos naturalezas,  
 y por ser hombre, que basta  
 para que, ofendida, tenga  
 escarmiento de quejosa  
 y temores de discreta (4),  
 proponiendo desde aquí  
 que en este reino suceda,  
 no ya el que quisiera yo,  
 sino el que la suerte quiera (5).  
 Remítanse a sus espadas (6),  
 enarbolan sus banderas,  
 den voces a sus amigos,  
 hierva la sangre en sus venas,  
 háganse pedazos todos,  
 y ojalá que hacer pudiera  
 de las dos partes del mundo  
 dos batallas contrapuestas,  
 para que ni un solo hombre (7)  
 quedara, aunque feneciera  
 la generación del mundo,  
 en quien tan mal la conserva.

MARQUÉS. ¡Señora!

AURORA. ; Marqués. Marqués!

Mi resolución es ésta.

MARQUÉS. Este reino ha de perderse.

(1) B suprime los cuatro versos anteriores.

(2) B: "Y en esta."

(3) B: "a más".

(4) Faltan en B los cuatro versos anteriores.

(5) B abrevia así:

"antes, antes que le veas,

te le mataré a tus ojos,

que la razón y la ofensa".

(6) A: "Y pues veis y miráis todos."

(7) Faltan en B los cuatro versos anteriores.

(8) A: "Cuando Fadrique."

(1) Faltan en B los dos versos anteriores.

(2) B abrevia:

"no es mucho que me resuelva

en no dar la mano a Carlos

porque de ingrato se precia".

(3) A: "y a Fadrique, porque implica".

(4) Faltan en B los cuatro versos anteriores.

(5) B: "sino el que la fortuna quiera".

(6) B: "espadadas".

(7) B: "para que ni aun solo hombre".



FADRIQUE. Pues, Carlos, ¡viva quien venza!  
 ¡Guerra, guerra! ¡Al arma toca!  
 CARLOS. ¡Toca al arma! ¡Guerra, guerra!  
 Contrataré mi desdicha.  
 FADRIQUE. Emplearé mi fortaleza.  
 AURORA. Viviré desesperada.  
 NEREIDA. Y yo moriré contenta (1).

### JORNADA TERCERA

(Salen el DUQUE y la PRINCESA.) (2)

PRINCESA. ¡Quién en un estado tal  
 temiera pena importuna!  
 DUQUE. Pocas veces la fortuna  
 es del todo liberal,  
 pues casi siempre mostró,  
 cuando más pródiga está,  
 que da a pensión lo que da  
 o quita de lo que dió.  
 Así en nosotros ha sido,  
 pues antes de habernos dado  
 empleo tan deseado  
 y estado tan merecido,  
 nos quitó una prenda amada,  
 donde perdimos los dos  
 la mitad de un alma (3).  
 PRINCESA. ¡Ay, Dios,  
 qué hija tan desdichada!  
 ¿Y qué? ¿No ha sido posible,  
 buscándola, saber della?  
 DUQUE. No ha sido, porque en su estrella  
 fué la inclinación terrible.  
 Yo anduve, cuando advertí  
 su pérdida, de afligido,  
 por buscarla tan perdido,  
 por hallarla tan sin mí,  
 que las selvas, las montañas  
 atentas a mis pasiones  
 me abrieron sus corazones,  
 me mostraron sus entrañas.  
 No la hallé, y después de estar  
 donde en tus ojos me veo,  
 a quien la busque granjeo  
 con prometer y obligar;  
 pero es vana diligencia (4).

(1) B añade: "Vanse."

(2) B añade: "ya como Reyes".

(3) B: "de una alma".

(4) B suprime la redondilla anterior, y este verso  
 lo trae así:

"mas fué vana diligencia".

PRINCESA. Del todo morir me siento;  
 pues si en mí este sentimiento  
 es grande con tu presencia,  
 ¿qué será de mi cuidado,  
 si es que el ausentarte agora  
 no se excusa? (1)

DUQUE. No, señora,  
 pues Cerdeña está en estado  
 que es cierto el verse perdida  
 si le falta mi persona.

PRINCESA. ¡Qué pesada es la corona,  
 que hace infelice la vida!

(Dentro NICOLÍN.)

NICOLÍN. A los Reyes he de hablar.

OTRO. No le deis.

NICOLÍN. Dejadme.

OTRO. Tente,  
 que es mentecato.

NICOLÍN. Y valiente.  
 Teneos, y dejadme entrar.

DUQUE. Qué es eso?

CRÍADO. Quiere un villano,  
 por lo simple y malicioso,  
 entrar, y al estar furioso  
 remite el ser cortesano.

DUQUE. Déjenle entrar.

CRÍADO. Es rara,  
 por graciosa, su simpleza.

(Sale NICOLÍN.)

NICOLÍN. No me quedara cabeza  
 en pie, ¡par Dios!, si no entrara.

DUQUE. Ya te conozco. ¡Ay de mí!  
 ¡Saltos me da el corazón!

NICOLÍN. Dónde están los Reyes? ¿Son  
 ellos?

CRÍADO. Sí, llega.

NICOLÍN. ¿Sí?

Yo imaginara que no.  
 Ellos son; mucho me espanto;  
 ¿pues por qué los guardan tanto  
 si son hombres como yo?

¿Y por qué, mal informados (2),  
 no llegan a sus oídos  
 los como yo mal vestidos,  
 aunque sean muy honrados?

Aunque entre arados nacido,  
 ..... (3)

(1) B: "escura".

(2) A: "informado".

(3) Falta un verso.

¿no soy yo tan su vasallo  
como el que nació vestido?

¿No es en mí tan colorada  
la sangre que les ofrezco?  
¿Pues por qué yo no merezco,  
ya que no acogida, entrada  
tan buena como el que más,  
siendo la intención tan buena?

DUQUE. Dices bien; ven norabuena,  
que buen ejemplo nos das.

Di: ¿quién eres?

NICOLÍN. Yo, señor, (1)

advirtiéndome cuando araba  
que la tierra me pagaba  
escasamente el sudor,

y viéndome alborozado  
de las cajas y el bullicio (2),  
quise mudar de ejercicio  
para mejorar de estado.

Y así, resuelto de estar  
debajo la labradora,  
fui a pedille (3) que me diera  
recado de pelear.

Trujéronle; yo le tomo (4),  
uno que en otro sentado,  
tanto cuanto más pesado  
más ligero escupe el promo;  
y poniéndome en postura,  
abriendo un ojo, otro ciego (5),  
le pegué a la cola luego (6),  
y dióme con la herradura,  
¡pardíós!, tan grande patada,  
que del trueno me aturdi (7);  
y después cuando me vi (8)  
sin molledo y sin quijada,  
del mosquito u del moscón (9)  
brasfemando, prometía  
que mejor pelearía

con la onda y el bastón.

Dijeron los soldaderos  
no ser uso desta tierra  
haber hombres en la guerra  
paleadores (1) ni pedreros.

Yo entonces, como un león,  
advirtiéndome que de mí  
se reían, vine aquí  
a empuñar dispensación (2)

para poder pelear  
con onda o palo, u del Papa,  
si es que del Rey se me escapa,  
no se me puede escapar (3).

Démela él por su vida.

DUQUE. Sí daré; ¿mas tú...?

NICOLÍN. Es honrado.

DUQUE. ¿No estuviste enamorado  
de una mujer escondida?

NICOLÍN. ¿De la Eco?

DUQUE. ¿De la Eco?

NICOLÍN. Sí, mas cansóme su trato  
y ya otras mujeres trato;  
perdóneme Dios si peco.

¿Pero quién le dió a saber  
eso? Mas no estoy en mí,  
o en otro (4) traje le vi  
abrazando otra mujer.

DUQUE. Oye.

NICOLÍN. Perdone su Alteza.

DUQUE. Llégate, llégate más.  
Di, ¿por ventura, sabrás  
tú de aquella montañesa,  
que por la Eco tuviste  
cuando del monte bajaba?

NICOLÍN. ¿La que su mercé abrazaba,  
que yo le vi? (5)

DUQUE. Pues lo viste,  
della (6) sabrás, porque el día  
postrero que la abracé  
me dejó.

NICOLÍN. ¡Y cómo que sé!,  
pues por helle compañía  
me perdí.

DUQUE. ¿Cómo?

NICOLÍN. Es historia

(1) B suprime el pasaje, enlazando así:

"Tences y dejadme entrar.

(Sale Nicolín, de soldado.)

Dug. Di, ¿qué quieres?

Nic. Yo, señor."

(2) B: "bollicio".

(3) A: "fui, apellidé".

(4) B: "Trajéronme, y yo le tomo".

(5) B: "un ojo abierto, otro ciego".

(6) B: "luego".

(7) "aturdi".

(8) B: "yo luego, cuando no vi".

(9) B: "o el moscón".

(1) A: "peleadores".

(2) B: "a alcanzar dispensación".

(3) B suprime la redondilla anterior.

(4) B: "en otro".

(5) B: "lo vi".

(6) B: "dellas".

muy larga.

PRINCESA. ;Notable mengua!

NICOLÍN. Y no la daré a la lengua,  
como la di a la memoria.

Mas ella y yo...

DUQUE. ;Pena extraña!

NICOLÍN. Hallamos herido un hombre  
que Carlos tiene (1) por nombre:  
curámosle en mi cabaña,  
y enamoróse de Carlos

tanto que yo no podia  
ni denoche ni de día

desasirlos ni apartarlos;

y trás de otras (2) cosas mil

que no sé decir después,

andando a caza los tres (3),

fué el demonio (4) tan sutil,

que porque la vió abrazada

él desde lejos contigo,

dejando de ser su amigo

se fué, y la dejó burlada.

Ella, hecha un barrabás,

me hizo ir con ella; fuí (5);

mas pues ella viene allí,

ella dirá lo demás (6).

(Salen NEREIDA y un CAPITÁN.) (7)

NEREIDA. ;Válgame el cielo! ¿He soñado?

CAPITÁN. En las señas pude ver  
que era esta la mujer  
que mandas con tal cuidado  
buscar, y trájela ahora,  
que siguiéndola venía  
mucha gente.

PRINCESA. ;Ay, hija mía,  
tan desdichada!

DUQUE. Señora,  
disimulad; no se sienta  
desdicha en ella tan loca,  
hasta saber de su boca  
con más secreto su afrenta.

NEREIDA. (¿No es éste mi padre? Temo  
que soñé, o con modo extraño  
es en mis ojos engaño,

(1) B: "tenía".

(2) B: "tras otras".

(3) B: "andando en esto los tres".

(4) B: "demonio".

(5) B: "huí".

(6) B: "pregúntele lo demás".

(7) B: ("Sale el CAPITÁN segundo y NEREIDA.")

o en naturaleza extremo.)

DUQUE. ¿Quién eres...

NEREIDA. (¡Gran semejanza!)

DUQUE. ...tú, que das a tosco traje

una hermosura salvaje,

que da curiosa esperanza?

NEREIDA. (Que es mi padre hace que crea

hasta su voz. ¿Qué he de hacer?

Mas si es Rey, ¿cómo ha de ser

cierto que mi padre sea?)

Yo soy una mujer que en una sierra  
me produjo la tierra,

dando con el rocío

del cielo paz al nacimiento mío.

Y así habiéndome dado,

como al monte y al prado,

ser desigual (1), con desigual ventura

vestí la rustiqueza de hermosura.

Desta suerte nacida y desdichada (2),

fuí de un hombre burlada,

y aborrecí sus nombres,

y viendo en mí valor de muchos hombres,

tantos hombres y más matar quisiera

que dá rayos de luz la cuarta esfera.

Licencia, pues, Su Alteza me conceda

de que ya que no pueda,

hasta estar enseñada,

vestir el peto y esgrimir la espada,

pueda con fuerza doble

flechar el arco y revolver el roble.

Verá si en las mujeres, porque ha sido

no empezado el valor, está escondido.

DUQUE.

Daréte esta licencia; pero quiero (3)

examinar primero

tus partes (4): salios fuera.

(Vanse.) (5)

(1) A: "soy desigual".

(2) B: "De esta suerte he nacido desdichada."

(3) B resume así el pasaje:

"...cuarta esfera.

Y queriendo lograr esta ventura

sin que fuese locura

en el modo aparente,

sabiendo que juntabas tanta gente

para tan gran jornada,

vine determinada

a servirte con plaza de soldado,

y esto tus capitanes me han negado.

Dug. Daréte esa licencia; pero quiero."

(4) B: "tu valor".

(5) En A falta la acotación.

NICOLÍN.

(¡Buena es la moza!)

NEREIDA.

El corazón se altera; amenaza el respeto;  
causa tiene ese efeto;  
¿pero mi padre Rey? Es imposible.

DUQUE.

¿Qué miras?

NEREIDA.

Muerta soy.

DUQUE.

Todo es posible.

¡Nereida!

NEREIDA.

¡Ay, padre!

DUQUE.

¿Quién creyera  
de ti el ser tan ligera? (1)

NEREIDA.

He sido desdichada.

Sé tú piadosa.

PRINCESA.

Y tanto, que abrazada  
te guardo, ¡ay, prenda mía!,  
que en la ciega porfía  
de amor, si no se mira con terneza,  
parece la desdicha ligereza.

NEREIDA. Señor, del príncipe Carlos  
engañada y ofendida,  
como los celos y afeitas  
tanto abrasan, tanto obligan,  
guiada de aquel pastor,  
que mis desdichas sabía,  
salí de entre aquellos montes,  
y en la primera barquilla  
de pescadores que hallé,  
mis pasiones, mis porfías  
pudieron tanto, ayudadas  
de amenazas y caricias,  
que me embarcaron en ella;  
y tal, que apenas podía  
juzgar si era tabla o pluma  
llevada o favorecida

de los vientos por las aguas.  
Dió conmigo en la marina  
de Nápoles, y fué a tiempo  
que pude sola aquel día,  
revolviéndola, dejalla,  
entre dos bandos divisa,  
vomitando sangre y fuego;  
pero escapé, perseguida,  
no sé si del mismo Carlos  
o de Aurora, que quería,  
celosa de sus amores,  
ser cuchillo de mi vida.  
Libréme de su crueldad,  
en mi barca, a quien tenían  
mis leales (1) marineros  
reforzada y prevenida (2),  
y el viento en popa, llegué  
a las costas de Sicilia,  
con la ofensa que lloraba (3)  
y la intención que tenía,  
cuando me puse a tus pies.  
Ahora, pues es mi dicha  
tal que tú me has engendrado,  
esos poderes aplica,  
esos mares alborota  
y esos leños encamina  
donde Carlos satisfaga  
con venganza o con desdicha (4)  
la palabra que me debe  
y la honra (5) que me quita.

DUQUE. Verá Nápoles mi agravio.

PRINCESA. Hasta mi persona misma  
autorizará esta guerra.

(Sale un CAPITÁN.) (6)

CAPITÁN. Señor, el ver con la prisa  
con que una embajada llega  
de Nápoles, nos obliga  
a no dilatar tu aviso.

DUQUE. Entre luego; ser podría  
de Carlos esta embajada.

NEREIDA. (Nueva esperanza me anima.

(Sale el MARQUÉS.)

Este es el mismo Marqués

(1) A: "¿Pero quién creyera  
de ti esta ligereza?"

B: "¿Pero quién creyera  
de ti el ser tan ligera?"

(1) A: "sus leales".

(2) B: "reprimida".

(3) A: "que llevaba".

(4) B: "donde en Carlos satisfaga  
con venganzas o con dichas".

(5) B: "o la honra".

(6) B: ("Sale el CAPITÁN segundo.")



- que dió causa a mi desdicha,  
sacándole de mis brazos.) (1)
- MARQUÉS. Deme la mano y reciba  
esta carta Vuestra Alteza.
- DUQUE. Vuestra persona acredita:  
Marqués, a vos se remite.
- MARQUÉS. El Príncipe que la envía,  
que es Carlos, ha sido siempre  
tan inconstante en la dicha  
que, dejando la campaña,  
él y su gente vencida  
por su hermano, a la ciudad  
de Nápoles se retira.  
Fadrique la cerca (2); Aurora,  
que sus palacios habita,  
pudiendo mediar entre ellos,  
en su obstinación porfia;  
y se hubiera vuelto a Francia,  
a no verse detenida  
por los señores, que tratan  
de obligalla y persuadilla (3).  
Y Carlos, viéndose ahora  
entre valor y mancilla,  
medroso de sus desgracias  
y sabidor de tus dichas,  
pues por la muerte del Rey,  
que está en el cielo, en Sicilia  
os dan a ti y a tu esposa  
la corona, y acreditan  
vuestro casamiento, dando  
libertad a la justicia,  
me envió para acordarte  
que entre unos montes un día  
tú y él os disteis palabra (4)  
de valeros con las vidas  
el uno al otro, si el tiempo  
con mudanzas exquisitas  
trujese (5) las ocasiones  
contrastando las desdichas.
- DUQUE. ¡Basta, Marqués! Ya os entiendo.

(1) Faltan en B los cuatro versos anteriores.  
(2) B: "le cerca".  
(3) Faltan en A los cuatro versos anteriores.  
(4) B resume:

"y Carlos, viéndose ahora  
sabidor de vuestras dichas,  
pues por la muerte del Rey  
heredades a Sicilia,  
me envió para acordaros  
que entre unos montes un día  
os disteis la palabra."

(5) B: "trajese".

- y gusto de que averigüe (1)  
Carlos así, que ser debe  
una palabra cumplida,  
aunque entre montes se dé (2):  
partiré a cumplir la mía,  
donde después será justo  
que otra palabra le pida,  
que dió entre montes también.
- MARQUÉS. (Aquésta es la mujer misma  
que vi con Carlos. No sé  
qué espere destas enigmas.)
- DUQUE. Tú te veras satisfecha.
- PRINCESA. Yo seré tu espada, hija (3).
- DUQUE. Esas naves y galeras  
que estaban apercebidas  
para diversa ocasión,  
por instantes impelidas  
de los vientos por las aguas  
serán aves que los sigan.
- NEREIDA. Y más si en (4) mi nombre llevan  
plumas de esperanzas mías.
- (Vanse.)
- (Sale AURORA.) (5)
- AURORA. Los instrumentos de guerra  
me animan.
- CAPITÁN. Ya esta ciudad (6)  
se pierde, y de tu crueldad  
se queja el cielo a la tierra.  
Pues cuando ves asaltalla  
Fadrique, y por defendella  
ves a Carlos puesto en ella,  
hecho un lienzo de muralla,  
pudiendo hacer que mejore  
de fortuna, con que apenas  
te haya visto en sus almenas  
Fadrique, cuando te adore (7),  
pues no quieres, más piadosa (8)  
con este reino, escoger  
para ser su reina, el ser (9)  
de uno de los dos esposas.  
¡Mira bien!

(1) B: "averigua".  
(2) A: "aunque entre montes sea debe".  
(3) Faltan en B los dos versos anteriores.  
(4) A: "Y más en."  
(5) B: ("Salen AURORA y el CAPITÁN primero.")  
(6) A: "Y esta ciudad."  
(7) A: "le adore". B suprime las dos redondillas  
anteriores.  
(8) A: "no quieres sino piadosa".  
(9) B: "su reina, el ser".

AURORA. En vano estás  
cansándome con cansarte:  
en este reino más parte  
tenga el que pudiera más (1).

El que venciére ha de ser  
de Nápoles heredero,  
porque yo ni al uno quiero,  
ni al otro quiero querer (2).

CAPITÁN. Hasta tu palacio llegan  
ya las armas. ¡Mira, mira,  
que tu valor se retira  
porque tus ojos se ciegan!

Mira el estruendo y el modo  
con que todo se aventura.

AURORA. Pues yo sé que estoy segura,  
lo demás piérdase todo (3).

CAPITÁN. Eres mujer obstinada.

(Vase.) (4)

FADRIQUE. ¡Ríndete!

AURORA. Estoy ofendida.

(Salen FADRIQUE y su gente, retirando a CARLOS.)

CARLOS. Antes perderé la vida.

AURORA. ¡Fadrique, detén la espada!

FADRIQUE. Déjame, pues siempre aspiras,  
siempre a ser, señora, vienes (5)  
rémora que me detienes,  
basilisco que me miras.

¿A quién defiendes? ¿Qué rabias  
son para mí, qué saetas,  
pues con amor me sujetas  
cuando con celos me agravias? (6)

¿Qué me quieres? Cosa es recia  
que favorezcas, señora,  
contra quien tu sombra adora,  
a quien tus soles desprecia.

Y, pues, es así, acabemos  
de hacer con vario cuidado,  
yo extremos de enamorado,  
y tñ de cruel extremos.

Toma; y por ver en la vida  
de los dos suerte trocada,  
a mi vencedora espada

pon en sus manos vencida.

Pon después en su cabeza  
de Nápoles la corona,  
y dale de tu persona  
el alma de tu belleza.

Y entonces, con furia exenta,  
al monte más intrincado  
me iré yo desesperado  
y tú quedarás contenta (1).

AURORA. Gran Fadrique, si has pensado  
que yo detuve tu acero  
porque no lo estimo, y quiero  
a Carlos, haste engañado.

Porque en él han descompuesto  
mi razón sus sinrazones,  
y en ti las obligaciones  
son cadenas que me has puesto.

Y así, aunque su amor en mí  
no acabara todo el ser,  
le dejara de querer  
por no disgustarte a ti.

Que el procurar que no fueras  
con tu hermano tan cruel,  
fué por excusar que en él  
sangre de los tres vertieras (2).

Déjale piadosamente  
preso, y porque esté seguro (3)  
pon a este palacio un muro  
de mi guarda y de tu gente (4),  
para que así no te impida  
la corona que desees  
de rey justo, sin que seas  
riguroso fratricida.

Y si ves que a tu quietud  
yo mi esperanza no aplique,  
deja en mí entonces, Fadrique,  
culpada la ingratitud.

FADRIQUE. Tanto alientas (5) mi esperanza,  
que dejo en ti confiado  
a Carlos aprisionado  
en sola tu confianza.

Y después, para obligarte,  
en tu nombre me pondré  
la corona.

AURORA. Y yo seré,

(1) Falta en B la redondilla anterior.

(2) B: "puedo querer".

(3) Las dos redondillas anteriores faltan en B.

(4) En lugar de esta acotación, B trae: ("Cajas.  
Salen peleando FADRIQUE y CARLOS, y gente de ambas  
partes.")

(5) A: "Aurora, siempre a ser vienes."

(6) Falta en B esta redondilla.

(1) También B suprime las cuatro redondillas pre-  
cedentes.

(2) Las dos redondillas anteriores faltan en B.

(3) A: "y porque estés más seguro".

(4) A: "de mi gente".

(5) B: "alienta".

si no tuya, de tu parte.

(Sale un CAPITÁN.) (1)

CAPITÁN. Señor, una gruesa armada (2) llegando a Nápoles va, que, aunque por tu causa está rendida y no saqueada (3), se alborota si no vienes.

FADRIQUE. Justo será que lo impida. Contigo dejo la vida.

(I'ase.)

AURORA. Muy obligada me tienes.

CARLOS. La inconstancia de mi estrella en tal estado me halla, que, a poder consideralla, acabará de tenella (4); pero tiéneme incapaz, señora.

AURORA. Callando apura tu ordinaria desventura en la guerra y en la paz (5).

CARLOS. Parecerte agradecido me dejas.

AURORA. No es menester, que yo no he querido ser por ti lo que ves que he sido, sino por ver mi opinión honrada.

CARLOS. Y de mí, ¿qué ordenas?

AURORA. Ser hierro de tus cadenas y alcaide de tu prisión por Fadrique.

CARLOS. Y que yo al suelo humilde los ojos baje.

AURORA. Venga tu dama salvaje a favorecerte.

CARLOS. ¡Ay, cielo!

(Sale NICOLÍN, de soldado, ridiculo.)

NICOLÍN. ¡Pardiez, gran soldado soy, pues entre bulla y bullicio, como bruja por resquicio (6)

me he metido (1) donde estoy.

CARLOS. ¿Nicolín?

NICOLÍN. Más abultado tengo el nombre y fanfarrón, pues me llamo Nicolón desde que ha que so soldado (2)

CARLOS. ¿Oye? (3) Di: ¿sabrásme dar cuenta de Nercida?

NICOLÍN. No

muy buena.

CARLOS. ¿Cómo?

NICOLÍN. Voló hacia abajo y dió en el mar. ¿Qué dices?

NICOLÍN. Haste turbado, pues viéndote así vencido, sientes su desdicha.

CARLOS. He sido muchas veces desdichado (4). ¿Cómo fué?

NICOLÍN. ¿Cómo? Subíome (5) a las puntas de estas peñas (6) que dan al mar, y las greñas despedazándose (7), habróme y me dijo (8): "Nicolín (que yo entonces aún no era Nicolón), pues mi postrera hora es ésta, en viendo el fin, vete a Carlos y le di que el hombre que me abrazó era mi padre, y que yo en mi vida le ofendí."

Y en diciendo, ¡cosa brava!, esto, ¡adiós!, se echó a rodar por la peña y vi que al mar hecha pedazos llegaba.

CARLOS. ¡Ay de mí! ¿Y cómo sabía la queja que me obligó?

NICOLÍN. Porque se lo dije yo, que lo vi.

CARLOS. ¡Desdicha es mía! Con sangre quiero llorar (9)

(1) B: "me he zampado".

(2) B: "que soy soldado".

(3) A: "Oyes."

(4) Falta en B la redondilla anterior.

(5) B: "¿Cómo fué? Nic. Escucha: Subíome."

(6) B: "unas peñas".

(7) A: "despezándose".

(8) B: "y dijome".

(9) B suprime las dos redondillas anteriores, y este verso lo trae así:

"Con mi sangre he de llorar."

(1) B: ("Sale el CAPITÁN primero.")

(2) A: "grande armada".

(3) A: "rendida, mas no saqueada".

(4) Faltan en A los dos versos anteriores.

(5) B: "en la guerra, y queda en paz. (I'ase.)" Y suprime lo que sigue, hasta la acotación de: ("Sale NICOLÍN, de soldado.")

(6) A: "pues entre villas bullicio como brujo por esquicio".

tan gran dolor, tan gran daño.  
NICOLÍN. (Qué valido está el engaño,  
pues yo he sabido engañar.)  
¡Mamola!

CARLOS. ¡Ay, mi bien, culpado  
sin razon! ¡Desdicha extraña!  
Qué fácilmente se engaña  
un hombre, si es desdichado.  
¿Qué es esto?

NICOLÍN. Brava grandeza  
viene.

CARLOS. A dejarme corrido.

NICOLÍN. Si desconoce el vestido,  
se engañará (1) en la cabeza.

(Sale AURORA por una puerta y FADRIQUE por otra,  
y NEREIDA vestida de gala, con bastón.) (2)

AURORA. Que a la Princesa reciba  
de Sicilia me ha ordenado  
Fadrique.

NEREIDA. Al velle he quedado  
piadosa, y no vengativa.  
¡Ay, Carlos!

NICOLÍN. Del modo y suerte  
que me mandaste probé  
a Carlos.

NEREIDA. Calla.

NICOLÍN. Sí haré.

Mucho lloraba tu muerte (3).

FADRIQUE.

(Desde que ha que la vi, cuantos discursos  
propongo, me desmienten (4) lo visible.)

AURORA.

(¿No es el de la Princesa el rostro mismo  
de la dama salvaje? ¡Extraña cosa!)

Deme la mano Vuestra Alteza.

NEREIDA.

Deme

Vuestra Alteza la suya.

NICOLÍN.

¡Alza los ojos!

(1) A: "le engañará".

(2) B: ("Queda CARLOS, los ojos bajos, y salen por  
una parte AURORA y por otra parte FADRIQUE, y NE-  
REIDA de gala, con espada y bastón.")

(3) A: "piadosa y no vengativa.

Nic. del modo y suerte que mandas  
le probé a Carlos.

NER. Calla.

Nic. Mucho lloraba tu muerte".

(4) A: "me divierten".

CARLOS.

Si esto sabe imitar naturaleza,  
su ciencia-admiro y sus milagros veo (1).

NEREIDA.

¿No llega a verme Carlos?

CARLOS.

Un vencido  
con poca libertad, mucha vergüenza (2),  
está encogido; pero ya obligado  
llega [a] tus pies.

NICOLÍN.

Pondréme yo a los tuyos (3).

FADRIQUE.

Los reyes de Sicilia con su armada (4),  
dando seguro a Nápoles llegaron.  
A la Princesa recibí en el puerto,  
que para asegurarme la enviaron (5)  
de que entraría tan de paz en Nápoles  
que la pusiesen entre mí y mi hermano,  
dejándonos a entrambos satisfechos,  
donde, para que esté en tales rehenes  
como el sol en los brazos del aurora,  
esté en los tuyos la Princesa.

AURORA.

En ellos  
miraré como el sol sus ojos bellos.

NEREIDA.

Y yo a tu sombra, aunque tu sombra fuera,  
diera más luces que la cuarta esfera.  
Mas, con vuestra licencia, a solas quiero  
dar a Carlos agora una embajada  
que de mis padres traigo.

AURORA.

Ven, Fadrique.

FADRIQUE.

Tu gusto ha de ser ley.

(1) B: "CAR. ¡Jesús!  
Nrc. Mira si es barro tanta alteza."

(2) B suprime este verso.

(3) B: "Llega a tus pies.

CARL. ¡Ay, Dios! ¿Qué siento?

NER. Levanta.

pues me dice que es ella hasta el aliento."

(4) B: "o en su armada".

(5) B: "la enviaban".



AURORA.

¿No has conocido  
que es la mujer salvaje la Princesa?

FADRIQUE.

Quisela conocer; mas no es posible,  
si entre montes nació, ser la heredera  
de Sicilia.

AURORA.

Si adviertes que sus padres  
han estado entre montes tantos años,  
no lo tendrás por imposible.

FADRIQUE.

Es mucha  
tu razón.

AURORA.

Pues, Fadrique, ven y escucha (1).

NEREIDA. Oye, Carlos, mi embajada.

¡Alza los ojos!

CARLOS. No sé

si levantarlos podré,  
que es mi desdicha pesada  
y está en ellos apoyada.  
(¿No es este su rostro hermoso?)

NEREIDA. ¿Parece que vergonzoso  
estás? (2)

CARLOS. Tan infeliz soy,  
que como sin alma estoy,  
entre corrido y dudoso.

Dudoso estoy, pues estar  
sin crearme a mí, y corrido (3)  
de que ante tus pies caído  
no me puedo levantar.

NEREIDA. Quien se ve en bajo lugar  
viendo tan alta la mano

(1) B resume este pasaje así:

“...satisfecho

Y así, señora, a la Princesa traigo,  
como ves, a palacio.

AUR. Soy dichosa  
en que tengamos prenda tan hermosa.

NER. Yo, con vuestra licencia, a solas quiero  
dar a Carlos una embajada  
que de su padre traigo.

AUR. Ven, Fadrique.

FAD. Tu gusto ha de ser ley.  
No hay que replicar.

(*Vanse.*)

Oye, Carlos, mi embajada.”

(2) A. “está”.

(3) A. “a mi corrido”.

que pide con pecho humano,  
no osa mirar, por temer  
que lo humilde ha de perder  
de vista a lo soberano (1).

CARLOS. Esas razones que veo,  
en tu boca te escuché  
otra vez, en cuya fe  
estos imposibles creo.  
¿Tú eres Nereida?

NEREIDA. El deseo  
debe de engañarte ahora.  
Si la princesa Leonora  
soy, ¿qué dices?

CARLOS. Que perdone  
en mis ciegas confusiones  
engaños míos, señora.

NEREIDA. Pero a permitir (2) mi estrella  
que fuera Nereida, di,  
¿qué pretendieras en mí?

CARLOS. Lo que pretendía con ella,  
que fué esforzar la querella  
de su ligera mudanza,  
y con resuelta esperanza  
dejalla, y con cuerdo labio,  
aunque es de fuego el agravio,  
dar al viento la venganza.

Porque yo no la dejé  
por humilde y por villana (3),  
sino porque fué liviana (4)  
y porque traidora fué.  
Y así de mi pecho sé  
que en estado superior  
culpara más su valor,  
pues cuando en más calidad (5),  
fuera mayor su maldad,  
me hiciera agravio mayor.

NEREIDA. ¿Y por qué diste en tenella  
por mudable, por traidora?

CARLOS. Porque lo vi.

NEREIDA. Y como ahora  
dudaste en si yo era ella (6),  
¿no pudo entonces, al vella,  
en tu vista haber engaño?

CARLOS. Nunca a mí me miente el daño,  
y hubo en él otro testigo.

(1) A: “de vista o lo soberano”.

(2) B: “a pretender”.

(3) A: “por humilde, por villana”.

(4) A: “fué tirana”.

(5) A: “pues cuanta más calidad”.

(6) A: “dudaste si yo era ella”.

NEREIDA. ¿Y ese por ella contigo  
no alumbró tu desengaño?  
CARLOS. Quiso, mas es por demás,  
pues como verdad incierta  
fué el decirme que era muerta,  
pudo sello lo demás (1).  
NEREIDA. ¡Ay, Carlos, terrible estás!  
CARLOS. ¡Nereida! Ya no dudando  
estoy, sino en ti mirando  
un milagro.  
NEREIDA. Y otro espero.  
CARLOS. Calla ahora.  
NEREIDA. (2) Y después quiero  
satisfacerte callando.

(Salen FADRIQUE y AURORA.)

FADRIQUE. ¿Es tener celos, Aurora?  
AURORA. Es, Fadrique, hacerme agravios  
el pensar eso de mí;  
pero es bien prender a Carlos,  
porque no es bien tratar bien  
a quien tiene tan mal trato (3).  
FADRIQUE. Haré lo que tú me ordenas.  
AURORA. Vengaréme de un villano  
que con tan poco respeto  
trajo a mis ojos mi daño (4).  
FADRIQUE. Perdóneme Vuestra Alteza,  
y tú, Carlos, cierra el labio  
y ven preso.  
CARLOS. Ya lo estoy.  
FADRIQUE. Con menos brío has de estarlo  
en una torre.  
NEREIDA. Fadrique (5),  
nunca descortesés tratos  
entre pechos bien nacidos  
son sufridos ni logrados.  
Asistiendo a Carlos yo,  
estando conmigo Carlos,  
siendo el prenderle a mis ojos  
sacármele de los brazos,  
es descortesía, es mengua,  
es locura y es agravio (6);  
y mentirá quien me niegue  
esta verdad, si yo salgo,  
mirándola como el sol,

a defenderla en el campo.  
FADRIQUE. Tú, Princesa, eres mujer  
en quien nunca desacatos  
con deshonora ofendieron  
ni con vergüenza (1) obligaron.  
NEREIDA. ¿Qué importa que mujer sea  
si por muchos hombres valgo,  
y depongo los respetos,  
y renuncio los recatos  
que como a mujer me debes? (2)  
AURORA. Calla, Fadrique, que es mengua  
que tu opinión y tu brazo  
con una (3) mujer admitan  
un contrapuesto tan flaco.  
Sin que tenga otra mujer  
el suelo napolitano,  
napolitana o francesa,  
que se oponga al brío hinchado  
desta siciliana, yo,  
aunque en franceses (4) palacios  
ni las armas me instruyeron (5)  
ni los montes me criaron,  
sangre tengo y tengo brío  
para ejercer por milagros (6)  
el valor y la destreza  
con el corazón y el brazo,  
y salir al campo, donde (7)  
pienso dejar castigado  
un pecho tan montañés,  
tan soberbio desacato.  
NEREIDA. Ese desafío aceto  
con tal que salga a tu lado  
Fadrique, y conmigo sola  
podáis pelear entrambos.  
CARLOS. Contra Fadrique y Aurora  
probara (8) también la mano  
yendo a tu lado, Princesa;  
mas son injustos los hados  
y estoy preso.  
FADRIQUE. Para eso  
te daré con pecho franco (9)  
la libertad y la espada.

(1) B: "venganza".

(2) Faltan en A los tres versos anteriores.

(3) A: "en una".

(4) A: "en francés".

(5) A: "infundieron".

(6) A: "milagro".

(7) B: "saldré a la campaña, donde".

(8) B: "probaré".

(9) A: "con peso franco".

(1) B: "lo habrá sido lo demás".

(2) En A sigue hablando CARLOS.

(3) Faltan en A estos dos versos anteriores.

(4) Tampoco trae A los versos últimos.

(5) Los dos versos anteriores faltan en B.

(6) B: "es locura, es agravio".

CARLOS. Yo lo aceto.  
 FADRIQUE. Y yo lo hago (1).  
 CARLOS. Pues ya el campo (2) nos espera.  
 FADRIQUE. Vamos luego.  
 CARLOS. Vamos.  
 FADRIQUE. Vamos.  
 CARLOS. Verás tu hermano quién es.  
 FADRIQUE. Probarás quién es tu hermano.  
 AURORA. ¡Siciliana!  
 NEREIDA. ¡Francesa!  
 AURORA. En la estacada...  
 NEREIDA. En el campo...  
 AURORA. Tú verás si tengo (3) bríos.  
 NEREIDA. Tú verás si tengo manos.

(Sale un CAPITÁN.) (4)

CAPITÁN. Ya los Reyes de Sicilia,  
 temerosos y avisados  
 como por los mismos vientos,  
 entran en vuestro palacio  
 y a vuestra presencia llegan.  
 FADRIQUE. ¡Mal haya tan corto plazo!  
 NEREIDA. ¡Mal haya tan veloz tiempo!  
 AURORA. Forzoso será esperallos.  
 CARLOS. Tiempo nos queda después.  
 FADRIQUE. Con ese acuerdo quedamos.

(Sale el DUQUE y la PRINCESA, y el MARQUÉS y acompañamiento y NICOLÍN.)

NEREIDA. Al mejor tiempo del mundo  
 Vuestras Altezas llegaron.  
 AURORA. Sean mil veces bien venidos.  
 FADRIQUE. Para hacer siglos los años.  
 PRINCESA. Grandes son estas mercedes.

(1) A: "Yo lo aceto. FAD. Yo lo hago."

(2) A: "Pues el campo."

(3) B: "tenga".

(4) B: ("Al entrarse sale el CAPITÁN primero.")

DUQUE. Después de estimallas tanto  
 y abrazar a Carlos, quiero  
 dar a mi hija un abrazo;  
 porque como he sido y soy  
 padre que la quiere (1) tanto,  
 cada vez que vuelvo a vella  
 vuelvo a ponella en mis brazos.  
 NICOLÍN. ¿Ve lo que le dije yo?  
 CARLOS. Y mis venturas alabo;  
 que pues me vi con el Duque  
 entre los mismos peñascos  
 donde Nereida vivía,  
 y es su padre, con su abrazo  
 callando me ha satisfecho.  
 ¡Qué dichoso desengaño!  
 DUQUE. ¡Fadrique, Carlos, Aurora!  
 Fácilmente aseguraros  
 pienso, porque si ha de ser,  
 para verse Rey jurado,  
 uno de los dos esposo  
 de Aurora, yo sé que en vano  
 puede Carlos pretendello;  
 y así, Fadrique, la mano  
 es justo darle y ser rey,  
 pues también sé que esperando  
 le está a Carlos otro reino.

PRINCESA. No lo impidas.

AURORA. Pues es claro  
 que callan, obedecer (2)  
 será lo más acertado.

FADRIQUE. Tuyo soy, y el más dichoso (3).  
 Y yo con darle la mano,  
 que te debo, daré fin  
 al *satisfacer callando*.

FIN

(1) B: "quiero".

(2) A: "que callando se obedece".

(3) A: "Y yo el hombre más dichoso."

COMEDIA FAMOSA  
DEL  
SECRETARIO DE SÍ MISMO  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO <sup>(1)</sup>

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

|                                                                                                                                                                                              |                                                                                                                                                              |                                                                                                                                           |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| FEDERICO, <i>Duque de Milán.</i><br>RODULFO, <i>Duque de Mantua.</i><br>OTAVIA y CELIA, <i>damas.</i><br>PRÍNCIPE DE VISINIANO.<br>CAMILO.<br>FABRICIO.<br>CASANDRA, <i>muger de UBERTO.</i> | UBERTO.<br>GONZALO, <i>lacayo.</i><br>CESARINO, <i>hijo de UBERTO.</i><br>JULIA, <i>criada.</i><br>FEDUARDO.<br>FABIO COLONA.<br>VALERIO, <i>declarante.</i> | BELARDO, LUCINDA y FLORIDANO,<br><i>jardineros.</i><br>CAPITAN ORACIO.<br><i>Tres SOLDADOS y un TAMBOR.</i><br>[CAPITÁN].<br>[ESCRIBANO]. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

ACTO PRIMERO

(*Salen FEDERICO, Duque de Milán, y RODULFO, Duque de Mantua, OTAVIA y CELIA, CAMILO y FABRICIO.*)

FEDERICO. ¿Qué mandáis para Milán?

OTAVIA. Que allá os acordéis de mí.

FEDERICO. Diréis que cuantos se van  
prometen hacerlo así (2).  
cuando obligados están;  
pero que faltan después  
a su palabra.

OTAVIA. Eso es  
adonde falta valor.

FEDERICO. ¡Qué gracia! ¡Muero de amor!  
Voime en fin; dadme esos pies.

OTAVIA. Mas las manos me dad vos  
para besallas.

FEDERICO. ¡Qué agravio!

RODULFO. ¡Qué tiernos estáis los dos!

FEDERICO. ¡Bella dama!

OTAVIA. ¡Viejo sabio!

FEDERICO. Otavía, adiós.

OTAVIA. Duque, adiós.

Vuélvase vueseñoría.

RODULFO. Yo os tengo de acompañar.

OTAVIA. Eso obligarme sería  
a volveros a pagar  
en la misma cortesía.

(*Vanse las damas.*)

RODULFO. ¿Qué os ha parecido Otavía,  
mi hija?

FEDERICO. Tan bella y sabia,  
Duque de Mantua, que creo,  
que aunque alabarla deseo,  
el que la alaba la agravia.

De suerte me ha parecido,  
que a ser libre y ser mancebo  
os la pidiera.

RODULFO. No ha sido  
vuestro pensamiento nuevo,  
si fué en mi pecho nacido.

Que teniendos tanto amor,  
por todo extremo me holgara,  
fuera de vuestro valor  
que el deudo le confirmara,  
para que fuera mayor.

FEDERICO. Si vos, Duque, me tenéis  
el que os tengo en lugar mío,  
otro yo tener podéis.

RODULFO. ¿Otro vos?

FEDERICO. Tal, que confío  
que como a mí le estiméis.

(1) A: Parte VI, Madrid, 1616; B: Parte VI, Madrid, 1615.

(2) B: "ansi".



Yo tengo un hijo.

RODULFO. ¿Vos?

FEDERICO. Sí,  
antes de mi casamiento.

RODULFO. ¿Eso encubristes de mí?

FEDERICO. Guardar su vida es mi intento  
y puedo (1) guardarla así;  
que como nunca he tenido  
sucesión de la Duquesa,  
que la matase he temido,  
porque en extremo le pesa  
de haber tan estéril sido.

Críase junto a Milán;  
pero ni él sabe quién es,  
ni los que con él están.

RODULFO. Bien habéis hecho.

FEDERICO. Después  
todos juntos lo sabrán.

Holgaréme de casalle  
con Otavia.

RODULFO. Y yo de dalle  
marido, que es otro vos.

FEDERICO. Concertémonos los dos,  
y podré a Mantua envialle,  
donde podrá estar seguro  
hasta que herede a Milán.

RODULFO. Yo os hago homenaje, y juro  
de dársela.

CAMILO. (¿En qué estarán?)

FABRICIO. (Entender algo procuro.)

FEDERICO. ¿No es mejor que vos y yo  
lo firmemos?

RODULFO. Soy contento.

FABRICIO. (¿No lo has entendido? (2))

CAMILO. No.

FABRICIO. De Otavia.

CAMILO. ¿Qué?

FABRICIO. Casamiento.

CAMILO. ¿Con quién?

FABRICIO. Eso me faltó.

CAMILO. Oye más cerca.

FABRICIO. No puedo.)

RODULFO. Seguro de todo quedo,  
pero vámoslo a firmar (3).

FABRICIO. Vamos.

CAMILO. No hay más que escuchar,  
si en casarse estriba el miedo.

(Vanse los Duques.)

(1) B: "pienso".

(2) B: "sentido".

(3) B: "pero vamos a firmar".

FABRICIO. Que no entendimos con quién.

CAMILO. Al partirse en esto han dado.

FABRICIO. ¿Que juntos seis días estén  
sin que desto hayan tratado  
y que agora en esto den! (1)

(Sale el PRÍNCIPE DE VISINIANO.)

PRÍNCIPE.

Bien puede este jardín, Otavia ausente,  
sacrificar aromas a los cielos,  
la mosqueta (2) vencer los blancos hielos  
de aquella sierra que relumbra enfrente,  
salir en verdes hojas diligente  
el blanco azar, y en encarnados velos  
coronarse el clavel, y de los celos (3)  
la violeta imitar el accidente (4).

Mas cuando salga Otavia, la mosqueta  
se irá a su frente, y los claveles rojos  
a sus labios que vencen sus colores.

El azar a sus dientes, la violeta  
a sus ojos. Mas, ¡ay, hermosos ojos! (5)  
¿Quién fuera el dueño de tan bellas flores!

CAMILO. ¡Príncipe!

PRÍNCIPE. ¡Camilo amigo!  
¿Fabricio! ¿Partió a Milán  
el Duque?

CAMILO. Di tu enemigo.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

CAMILO. Concertando están...,  
¿mas para qué te lo digo?  
Presto lo sabrás.

PRÍNCIPE. ¡Detente!  
¿Qué conciertan?

CAMILO. Dar a Otavia  
marido.

PRÍNCIPE. ¿Soy yo?

FABRICIO. ¿No siente  
que siempre fortuna agravía  
al más digno pretendiente?

CAMILO. El lo sentía.

PRÍNCIPE. ¡Ay de mí,  
que no soy yo!

FABRICIO. Que no, sí:  
que sí, respondo que no.

PRÍNCIPE. ¿A quién el Duque la dió?

(1) En B falta esta quintilla entera.

(2) B: "las mosquetas".

(3) B: "cielos".

(4) B: "occidente".

(5) B: "ay, dulces despojos".

FABRICIO. ¡Quedo! Otavia viene aquí.

CAMILO. Sólo queremos dejarte (1).

FABRICIO. Bien dices, que a solas puedes de tus agravios quejarte, o ya a lastimarte quedas, o ya quedas a vengarte.

Que amor en la soledad mejor dice lo que siente.

(*Vanse.*)

(*Salen OTAVIA y CELIA.*)

OTAVIA. ¿Ya es público en la ciudad?

CELIA. Ya se dice libremente, si esto, Otavia, es libertad.

OTAVIA. ¿Quién es el que está suspenso el brazo sobre la espada?

CELIA. Si es quien parece, y yo pienso, de una gloria imaginada estará pagando el censo.

OTAVIA. ¿Es aquél napolitano?

CELIA. El que por título tiene Príncipe de Visiniano, que sólo a servirte viene, aunque ya te sirve en vano (2).

Y sin duda que estuvieras muy bien empleada en él.

OTAVIA. En tu engaño perseveras, y celosa, Celia, dél vas inventando quimeras.

Te aseguro que en mi vida supe, Celia, qué es amor.

CELIA. ¿Yo celosa? Estoy corrida que hayas pensado ese error.

OTAVIA. Soy, como deuda, atrevida.

Perdona, prima, y hablemos al Príncipe, que he de ser tercera tuya.

CELIA. No haremos, que su virtud puede hacer un medio a tales extremos.

El te quiere y no le estimas; yo le estimo, y no me quiere; ¿con qué esperanza me animas? ¿Qué quieres, prima, que espere, que en su pensamiento imprimas? Déjale estar.

OTAVIA. Eso no.  
¡Príncipe!

PRÍNCIPE. ¿Quién me llamó?

OTAVIA. Yo os llamo.

PRÍNCIPE. Si ese, yo os llamo, fuera, señora, yo os amo, respondiera el alma al yo; pero ya el contento truceo y la esperanza en azar, su abril en noviembre seco, porque hay de llamar a amar lo que de la voz al eco.

OTAVIA. ¿Dormíades?

PRÍNCIPE. No dormía, antes el alma está en vela, que anda tal mi fantasía, que la esperanza que vuela sirve de perdida espía.

Si es la voluntad ciudad donde reina la razón, sus muros, señora, entrad, porque quiere mi pasión que reine mi voluntad.

¿Mas cómo la estimaréis cuando se dice que os dan, que ya Otavia, lo sabéis (1), un castillo de Milán, que muchos años gocéis?

OTAVIA. Verdad es, que el Duque ha estado con mi padre, y que ha tratado mi casamiento en secreto; que es padre y puede, en efeto, y es dueño y está obligado;

mas no sé que pueda ser del Duque mujer, si tiene ahora el Duque mujer.

PRÍNCIPE. Pues él a tratallo viene, dueño debéis de tener.

Y sea, Otavia el que fuere, cualquiera mi amor agravia, pues no me queda que espere.

OTAVIA. No sé, por vida de Otavia, pero sé que Celia os quiere.

Pagalda tan grande amor; que amar, Príncipe, a quien ama es deuda y es propio honor; porque amar a quien desama siempre fué notable error.

No digo yo que os desamo, pero que no os agradezco ese amor que injusto llamo;

(1) B: "Solos queremos dejarte."

(2) B: "aunque ya lo intenta en vano".

(1) B: "porque vos lo merecéis".

que, en efeto, no merezco ser amada, pues no os amo.

Pero, en fin, si en cortesía puedo pedir que ese amor troquéis en Celia este día, la obligación del favor quedará por cuenta mía.

¿Qué respondéis?

PRÍNCIPE.

Que tuviera por menos mal el que paso, que no ver que la primera causa por quien yo me abraso, venga a servir de tercera.

Si vuestra prima os anima a ser tercera, ¿qué acento hará el alma que os estima, siendo mi amor instrumento, y vos tercera por prima?

¡No más! Hoy es bien que pierda memoria, la confianza, si de algún favor te acuerdas, que mal puede mi esperanza cantar en tan falsas cuerdas.

Cuando cantaban a tres mis potencias, fué pensando que eras la prima, y después que te fuiste destemplando suenan tan mal como ves.

Cinco órdenes de sentidos oyendo, viendo, tocando, vi de tal manera unidos su armonía regalando tus ojos y tus oídos,

que pensé que el instrumento no invidiara aquella Lira que está en el celeste asiento; mas tu falsedad que admira hizo disonar mi intento;

y pues de tu boca oí que a otra quiera, porque a ti amor apenas te toca, yo haré un sello de tu boca que imprima ese intento en mí.

Que pues hasta aquí fué cera, bien se imprimirá cualquiera; pero no harás que se imprima el vano amor de la prima, a quien sirves de tercera.

(Vase.)

OTAVIA.

El se fué.

CELIA.

Ya que de ti

ese desengaño oí, el suyo conquistaré; que aquél no podrá mi fe trocar porfiando en sí (1).

¡Ven! Notarásme un papel; que quiero escribirle en él lo que del alma me debe.

OTAVIA.

El rogar y el amar mueve, y, en fin, no hay hombre cruel que rogando no se ablande, por remontado que ande.

CELIA.

Yo sé que, aunque le replique, hará lo que le suplique, y lo que el amor le mande.

(Vase. Sale CASANDRA y FEDUARDO.)

FEDUAR.

No te canses.

CASANDRA.

Yo descanso.

FEDUAR.

¿Qué me quieres?

CASANDRA.

Que me quieras.

FEDUAR.

¿Son veras o burlas?

CASANDRA.

Veras.

FEDUAR.

De entrambas cosas me canso.

Las burlas, porque no son para cosas de amor buenas; las veras, porque están llenas de infamia de mi opinión.

Es mi padre tu marido; tú estás en lugar de madre; ¿cómo quieres que mi padre pueda ser de ti ofendido?

Y considerar debieras que, siendo noble como eres, nunca las nobles mujeres hacen esas burlas veras.

CASANDRA.

Cuando una noble mujer, Feduardo, hace un error, siempre suele ser de amor, que otro error no puede ser.

Y éste en la que fué primera que amó, y por amar erró, para todas alcanzó, que perdonarse debiera.

Fuera de que tú no estás libre de la culpa mía.

FEDUAR.

¿Cómo que no? ¿Pues podías otro resistirte más?

(1) B: "que a quién no podrá mi fe trocar porfiando en ti".

CASANDRA. ¿Las leyes que obedecemos  
no son justas?

FEDUAR. Son del Rey  
o del César.

CASANDRA. Una ley  
dice, que todos sabemos,  
que quien es causa del daño  
el mismo daño comete:  
tú causas que me inquiete,  
¿luego es tu culpa?

FEDUAR. Es engaño;  
y ahora acabo de ver  
que os dió la naturaleza  
espantosa sutileza.

CASANDRA. Amo, ruego (1) y soy mujer.

FEDUAR. Casandra, a las santas leyes  
los justos sentidos truecas:  
si tú en descarme pecas,  
¿qué culpa tienen los reyes?

Que ellos no dicen por mí  
que soy la causa del daño,  
antes, pues te desengaña,  
está todo el daño en ti.

Un desatinado amor  
condición de hereje tiene,  
y por eso huir conviene,  
no se me pegue su error.

Bien es justo que te deje  
con este amor o locura,  
porque en trocar la escritura  
tiene condición de hereje.

CASANDRA. ¡Oye! Ya que no agradezcas  
mi amor, mi disculpa escucha.

FEDUAR. ¿Luego tu culpa no es mucha,  
aunque disculpa me ofrezcas?

CASANDRA. Yo casé moza con viejo.

FEDUAR. Nadie te pudo forzar.

CASANDRA. No entendí en su casa hallar  
sino sólo aquel espejo.

Hallé tres: tu padre Uberto,  
tú y Cesarino, tu hermano.  
Miréme en Uberto en vano,  
aunque era mi espejo cierto,  
que me hizo como él,  
miréme en tu hermano, y vi  
que no confirmaba en mí,  
ni hallaba mi gusto en él:  
miréme en ti, y en mi vida  
me vi tan propia. Pues di,

¿por qué, si me veo en ti,  
sufres tan mal que te pida  
que en ti permitas mirarme (1),  
y que esa luna de enojos  
temple el cristal de los ojos  
que pudieron retratarme?  
¿Sabes, mi bien, qué imagino? (2)  
Que a estas niñas de sus celos  
les doy con mirarme celos  
en su espejo cristalino.

Y como está cada cual  
en una esfera tan bella,  
teme que la saquen della  
mis ojos, si le hacen mal;  
y no es mucho que este enojo  
les cause mi pretensión,  
porque, como niñas son,  
recela morir de ojo.

¡Llégate acá; no te esquivés!

FEDUAR. ¡Casandra, mira que soy  
tu hijo.

CASANDRA. Por eso estoy  
triste, que de ti me prives.

Bien puede una madre hacer  
a su hijo estos amores.

FEDUAR. Yo los hiciera mayores,  
si justos pudieran ser.

Mas si ofender a un amigo  
es tan gran deslealtad,  
a un padre, ¿habrá igual maldad (3),  
ni más digna de castigo?

¿Quién en el mundo lo ha hecho?

CASANDRA. ¿Quién? Un hijo de un rey sauto.

FEDUAR. ¿Que por tu mal sepas tanto?  
¿Qué furia te mueve el pecho?

Si Absalón hizo esa ofensa  
a su padre, el árbol mira,  
donde colgado suspira.

CASANDRA. Que eres más gallardo piensa.

FEDUAR. Mi padre viene.

CASANDRA. ¡Ay de mí!  
¡Tanto mal en tanto bien!  
Voime, y a morir también,  
pues voy a vivir sin ti.

(Fase CASANDRA.)

FEDUARDO.

El cielo estuvo sobre Atlante fijo;

(1) B: "que en ti quedé por mirarme".

(2) Las tres redondillas siguientes faltan en B.

(3) B: "a su padre habrá igualdad".

(1) B: "como ruego".



alzar un toro, de Milón se cuenta;  
salir en un delfín de una tormenta  
pudo Anfión, y sobre el Aries, Frijó;

Eleno sabio a Troya el fin predijo;  
Erostrato inventó fama y afrenta;  
ganar el mundo el Macedonio intenta;  
llegar, ver y vencer el César dijo.

Igualar las grandezas de Trajano  
será posible a un hombre cuando llega  
a heroico ingenio y valerosa mano;

mas despreciar una mujer que ruega  
es más divino que valor humano:  
que quien niega a mujer, ser hombre niega (1).

(Sale UBERTO.)

UBERTO.

¿Qué haces solo?

FEDUARDO.

Estaba imaginando  
en que los hombres, aunque estudien siempre,  
no saben lo que andando el mundo saben:  
danos ejemplo la pequeña araña:  
teje, y anda, y caminando estudia.

UBERTO.

¿Pues cómo imaginaste esas quimeras?

FEDUARDO.

Por ver que aquí me tienes encerrado  
en los años que ya no lo permiten,  
porque para estudiar letras humanas  
no sé yo qué me quede que no sepa.  
Yo sé Filosofía y Matemática;  
sé la lengua francesa y la española;  
en la latina muchos encarecen  
mi verso y prosa; pues lo que es historias,  
¿qué me preguntarás que no te diga?  
Algo he leído las divinas letras;  
sólo me queda ver alguna parte,  
si no del mundo, de la madre Italia;  
déjame, por lo menos, ver a Roma,  
que es lástima que siempre en Milán viva,  
sin salir una legua de sus muros.

UBERTO.

¿Tienes algún disgusto? ¿Qué has habido  
con tu madrastra?

FEDUARDO.

¿Yo con mi señora

disgusto? Eso es engaño, que te juro  
por Dios y por tu vida, que me quiere  
más que si fuera de su misma sangre  
y más que a ti mil veces.

UBERTO.

¿Pues qué gusto  
te lleva a Roma?

FEDUARDO.

Ver su insigne corte,  
la sagrada presencia del Pontífice,  
la de tantos ilustres cardenales,  
embajadores, caballeros nobles,  
naciones, lenguas, tratos, libros, armas,  
sólo para saber, o por lo menos,  
para gozar lo que he leído en práctica,  
que el ejercicio afina la teórica (1).  
Hijo te queda aquí, y hijo discreto;  
y yo te doy palabra, padre mío,  
de volver a Milán dentro de un año.

UBERTO.

Tu demanda es tan justa que me obliga  
a que te dé licencia. Yo me parto  
a ver al Duque, mi señor, que hoy llega,  
y quiero recibirle como es justo,  
que, como sabes, soy hechura suya.  
¿Quién llevarás contigo?

FEDUARDO.

Irá Gonzalo,  
el lacayo español, que es hombre de hecho,  
y para los peligros importante.

UBERTO.

Mi bendición te alcance.

FEDUARDO.

Dadme, padre,  
esa mano a besar.

UBERTO.

No la alargara,  
sino para entregarte aquesta bolsa  
en que llevar dineros, aunque pocos;  
pero escribe en llegando, que en cualquiera  
banco haré que te den dos mil escudos.

(1) B resume el pasaje así:

"... legua de sus muros.

UB. ¿Pues qué te lleva a Roma?

FED. Ver su corte,  
la sagrada presencia del Pontífice,  
Hijo te queda aquí... etc."

(1) Este soneto falta en B.

FEDUARDO.

¡Guarde el cielo tu vida!

UBERTO.

¡Dios te guarde!

(*Vanse, y salen GONZALO y JULIA.*)

GONZALO. Quitaréla cuanto encierra  
la cenefa de la cara;  
haréla el rostro más listas  
que jergueta o tiritaña.  
Y por vida de, no más,  
que tengo enojo; ¡esto basta!

JULIA. ¿No sabe lo que ha de hacer,  
mi señor limpiaguadrapas?  
Volverme el lienzo y dejar  
para el otro las bravatas,  
que es hombre.

GONZALO. ¡Quedo! ¿Que es hombre?  
Todos los (1) que tienen barbas,  
¿no son hombres, Julia o Julio?  
Que hay barbas de muchas castas:  
barbas tiene una cebolla,  
un nabo, un gallo, una cabra,  
y una mano de carnero  
tiene barbas mal peladas;  
barbas tiene una cometa,  
y mujeres hay barbadas,  
que de lejos se saludan;  
y un sabañón tiene barbas.  
Pero no son hombres estos,  
porque sólo hombres se llaman  
los españoles que tienen  
las barbas dentro del alma.

JULIA. ¡Oh, españoles fanfarrones,  
todos voces y palabras!  
Nidos sois de la soberbia,  
allí le nacen las alas.  
Si se perdiera, en vosotros  
se hallaría la arrogancia:  
¡quién os ve venir perdidos  
a la grandeza de Italia!  
Un alpargate de cuerda,  
una espadilla sin vaina,  
y en medrando, en cuatro días,  
una cuera y unas calzas.  
Decir que sois don Mendoza,  
don Toledo y don Guevara.

GONZALO. Eso diráse por otros;  
que si pobre fuí en España,

más pobre en Italia soy.

(*Ha estado divertido*) (1).

FEDUAR. Bien está así mi jornada.  
Esta es la traza mejor.

GONZALO. ¡Quedo! ¡Mi señor estaba  
divertido aquí!

JULIA. ¡Ay de mí!

FEDUAR. ¿Gonzalo?

GONZALO. ¡Señor!

FEDUAR. Desata  
aquel español overo  
en que suelo andar a caza,  
y ponle el mismo aderezo  
de monte; que hay gran jornada.  
¿Dónde vas?

FEDUAR. A Roma voy.

GONZALO. ¿A Roma? ¿Y quién te acompaña?

FEDUAR. Tú vas, Gonzalo, conmigo,  
que mi señor te lo manda.  
Ensilla, mientras me calzo.  
¡Adiós, Milán; adiós, patria!  
¡Adiós, padre; adiós, hermano!  
¡Adiós, infame madrastra!  
Que eres mujer y soy hombre;  
y aunque tengo confianza  
de mi virtud y nobleza,  
temo tus lágrimas falsas.  
Huír de amor es vencer;  
no seas Fedra, Casandra;  
yo Hipólito; el padre mío  
Theseo y el mar tus ansias.

(*Vase.*)

JULIA. ¿En fin, a Roma te vas?

GONZALO. Sí, Julia.

JULIA. ¡Extraña desgracia!

GONZALO. ¿Lloras?

JULIA. Sí, que una partida  
descubre el amor del alma.

GONZALO. ¿Amor me tienes?

JULIA. Me muero.

GONZALO. ¿Cuando me voy, Julia ingrata?

JULIA. ¿Qué me has de traer de Roma?

GONZALO. Muchas cosas.

JULIA. Dime cuántas.

GONZALO. Unas cuantas con tu amor,  
pues ausencia las remata,  
y unas gracias y perdonos  
de las traiciones pasadas.

(1) A: "les".

(1) (*distráido*).

JULIA. No quiero que eso me digas.  
 GONZALO. ¿Pues qué quieres?  
 JULIA. Que me traigas muchas cosas que hay allí, muchos regalos y galas.  
 GONZALO. Las agujas de Trajano para que cuellos me hagas; seis cardenales de azotes; azúcar, piedra de estatuas; los sonetos de Pasquin, y de Marforio (1) las gracias; los gansos del Capitolio, y de Santángel la guarda; garbanzos de Cicerón y de la mula del Papa dos coces para las sienes; de Virgilio la canasta; las lenguas de sus naciones y de sus coches las lanzas; las mentiras de sus nuevas, y los portes de sus cartas (2) Pero en pago desto, Julia, tenme en tu memoria, y guarda la castidad que me debes siendo, mas no haciendo casta.  
 JULIA. Tú verás, pues vas a Roma, que entre sus mármoles hallas (3) a Julia junto a Lucrecia por firme y por desdichada. ¡Vete, mi bien!  
 GONZALO. Dame prenda.  
 JULIA. Toma este listón de nácar.  
 GONZALO. Tú ¿qué me das?  
 GONZALO. Este lienzo lleno de lágrimas pardas.  
 JULIA. ¿Qué mal teñido salió!  
 GONZALO. ¡Jabónale!  
 JULIA. El llanto basta.  
 GONZALO. ¡Adiós, oro de Milán!  
 JULIA. ¡Adiós, Romana gualdrapa!

(*Vanse, y salen FEDERICO y UBERTO.*)

FEDERICO. Salid fuera todos.  
 UBERTO. Dame otra vez tus pies, señor.  
 FEDERICO. Mis brazos con justo amor,

que es razón que así le llame.  
 UBERTO. ¿Qué miras?  
 FEDERICO. Miro si aquí viene con vos Feduardo.  
 UBERTO. No, señor.  
 FEDERICO. Pues verle aguardo.  
 UBERTO. No está en Milán.  
 FEDERICO. ¿Cómo así?  
 UBERTO. Fuése a Roma.  
 FEDERICO. ¿Pues por qué?  
 UBERTO. Porque licencia pidió para verla, y pensé yo que en el darsela acerté.  
 FEDERICO. ¡Ay de mí, que habéis errado!  
 UBERTO. ¿Errado?  
 FEDERICO. Sí.  
 UBERTO. ¿Pues quién es?  
 FEDERICO. Mi hijo.  
 UBERTO. Señor; ¿no ves que sin culpa me has culpado?  
 Niño me le diste aquí, mas sin decirme quién era.  
 FEDERICO. Pensé yo que lo entendiera quien tanto siente de mí.  
 Uberto, al hombre discreto basta, si tiene valor, darle un secreto el señor, sin que le diga el secreto.  
 Gran enojo me habéis dado.  
 UBERTO. Si nunca jamás le vías, ¿cómo, señor, pretendías, que le entendiese cifrado?  
 Cuando el señor da un papel a un vasallo (1) a guardar, no sólo abrirle ha de osar, para ver lo que hay en él, pero apenas atreverse a jurar que es papel blanco.  
 FEDERICO. Cuando el señor es tan franco, sin leerle ha de entenderse.  
 UBERTO. Diez años ha que no ves a Feduardo. ¿cuál hombre de tu hijo diera nombre, a quién?  
 FEDERICO. Pues mi hijo es.  
 Y pienso que ha de heredarme, porque parir la Duquesa, es una imposible empresa.  
 UBERTO. Ya no quiero disculparme.

(1) B: "y de los portes las cartas".  
 (2) B: "entre sus amores halla".  
 (3) Texto: "Morfoodio", pero debe ser "Morforio", alusión a la estatua antigua que había en la plaza de Pasquino de Roma.

(1) B: "criado".

Pero no te cause pena;  
no irá seis leguas de aquí.

FEDERICO. A la Duquesa temí,  
de envidia (1) y de celos llena,  
y por eso no he querido  
ver mi hijo en tantos años;  
mas ya que sus desengaños  
a este punto me has traído,  
quiera o no quiera, en Milán  
Feduardo ha de vivir;  
como a mí le han de servir.  
¿Es entendido? ¿Es galán?

UBERTO. Señor, agora me acuerdo  
de tu juvenil edad;  
retrata esa majestad,  
es galán, prudente y cuerdo.

FEDERICO. Pues sabed que le he casado  
con la más bella mujer  
que ha visto Italia.

UBERTO. Ha de ser  
gloria y honor de tu estado.  
¿Podré saber dónde?

FEDERICO. Sí,  
que tu lealtad no la agravia  
mi amor. ¿Nunca oíste a Otavia  
decir?

UBERTO. Su alabanza oí (2)  
en mil libros y canciones  
de los poetas modernos;  
tendrá dos grandes gobiernos;  
en alto lugar la pones.

Será, Uberto, Feduardo  
Duque de Mantua y Milán.  
Traedle aquí (3).

UBERTO. Luego irán  
tras él Finco y Ricardo.

FEDERICO. No sino tú mismo, y mira  
que te aguardo, al hacer salva,  
mañana en mi Corte al alba.

UBERTO. ¿Quién en esta edad se mira  
de los sucesos pasados  
de un Primislao, de un Galerio,  
de un Dario, que en tanto imperio  
fueron por industria honrados?

Pues ya me ha pasado a mí  
por el pensamiento un hecho  
digno del valor del pecho

del linaje en que nació.

Por reinar a ningún hombre  
se dió nombre de traidor.)

CESARINO. ¿No fuera razón, señor,  
siquiera por sólo el nombre,  
que partiéndose mi hermano,  
supiera que se partía?

UBERTO. Deje vuestra señoría  
ese estilo humilde y llano,  
y abra los ojos a ver  
otro mundo y otro estado  
para que Dios le ha criado.

CESARINO. ¿Cielos!, ¿qué puede esto ser?  
Señor, levantaos del suelo.

Padre. ¿qué es esto? ¿Qué hacéis?

UBERTO. Dejar el nombre poréis  
por el que os ha dado el cielo.

Que ya no soy vuestro padre.

CESARINO. ¡Ay, señor, no digáis tal!

UBERTO. Hijo fuistes natural  
del Duque, aunque no de madre,  
el que manda que os lo diga,  
porque en Mantua os ha casado.

CESARINO. ¿Burláisos, padre?

UBERTO. Hoy he dado  
fin a la honrosa fatiga  
de criaros en mi casa.  
Venid, besaréis sus pies.

CESARINO. ¿Esto es sueño? Sueño es;  
no es posible que esto pasa.  
Padre y señor, ¿qué decís?  
¿Habéis el seso perdido?

UBERTO. Príncipe, verdad ha sido  
la que de mi boca oís;  
que no es sueño, ni defeto  
de mi seso; en eso estoy.

CESARINO. ¿Que hijo del Duque soy?

UBERTO. Hoy se descifra el secreto.  
Vos os llamáis Feduardo;  
que Feduardo el ausente  
es mi hijo solamente.

CESARINO. ¿Qué me detengo? ¿A qué aguardo?  
Cubríos, Uberto.

UBERTO. ; Bien!

Ved qué grave se pascas.  
¿Qué humilde habrá que lo sea  
en viéndose en tanto bien?

Pues por Dios que el otro es (Ap.)  
hijo del Duque, y él mío;  
mas deste cambio confío

(1) B: "invidia".

(2) B: "...Otavia?"  
UB. Sus alabanzas oí..."

(3) B: "Traelde aquí."



un excesivo (1) interés.

Que mi hijo será, en fin,  
Duque de Mantua y Milán.  
Poncós, señor, galán.  
¿Cómo va en Francia el Delfín?  
Y vamos donde os aguarda.

CESARINO. Llamad guarda.

UBERTO. No conviene.  
Ved la soberbia que tiene (2);  
ya el necio pide la guarda.

CESARINO. Venid, Uberto, a mi lado,  
yo os debo todo este honor.

UBERTO. Bien me lo debéis, señor,  
que, en efeto, os he criado.  
Mirá que al Duque digáis,  
que íbades a Roma vos,  
que yo se lo dije.

CESARINO. ¡Adiós,  
casa humilde!

UBERTO. Y que advirtáis  
que no os llamáis Cesarino.

CESARINO. Ya sé que soy Feduardo.

UBERTO. Vos sois, Príncipe gallardo,  
de la hermosa Otavia digno.  
Con ella en Mantua casáis.

CESARINO. ¿Que es tan hermosa?

UBERTO. Es un cielo.

CESARINO. Que la merezco recelo.  
¿Cómo gente no llamáis? (3)  
Traíganme joyas de precio;  
denme presto de vestir.

UBERTO. (Ya me empiezo a arrepentir,  
que es muy soberbio este necio.)

(*Vanse, y salen FEDUARDO y GONZALO, de camino.*)

GONZALO. ¡Notables grandezas son!

FEDUAR. No es mucho que mayor sea,  
que la que tuve en idea,  
digo, en mi imaginación.  
No sé cuál camino tome;  
un labrador tosco imito.

GONZALO. Busquemos aquel librito  
*De mirabilibus Romae*,  
que él nos servirá de guía.

FEDUAR. ¡Qué edificios! ¡Qué grandezas!  
¡Qué mármoles! ¡Qué bellezas!  
¡Qué imperio! ¡Qué monarquía!

Con razón tan gran ciudad (1)  
cabeza del mundo fué,  
y hoy silla de nuestra fe.  
¡Qué asiento! ¡Qué majestad!

GONZALO. ¡Qué hambre! ¡Qué dilación!  
¡Qué camino! ¡Qué hosterías!  
¿Qué es eso?

FEDUAR. Grandezas mías,  
que siempre flaquezas son.

FEDUAR. ¡Oh, barca ilustre de Pedro,  
portador de almas dichoso!  
¡Oh, monte Libano hermoso,  
ceñido de palma y cedro!

Tú en siete montes fundada,  
¡oh, ciudad santa y divina!,  
eres Roma peregrina,  
en Jerusalén sagrada.

Iglesia al fin militante,  
hasta que llegue aquel día  
que tenga la Monarquía  
la Jerusalén triunfante.

GONZALO. Entre discurso y discurso  
¿no es hora que se aperciba  
cualque cosa manjativa? (2)

FEDUAR. Siempre corres por tu curso;  
¿no tendrás seso una vez?  
¿No verás adónde estás?

GONZALO. No puedo ya suír más  
los golpes del almiraz.

Aquí en Roma hay una gente  
entre muchos bajos tratos  
que pregonan para gatos  
tripas en voz insolente.

Y apenas por la ciudad  
escuchan estos reclamos,  
cuando maullando a sus manos  
atruenan la vecindad.

Yo, pues, que en las casas sien-  
los relojes del comer, [to (3)]  
que almiereces suelen ser,  
a su voz pido sustento.

Deja, por Dios, Feduardo  
de ver grandezas de Roma,  
mientras busco dónde coma.

FEDUAR. ¡Oh, qué español tan gallardo!  
¿Quién entra en esta ciudad,  
que no dé al alma primero  
el sustento que hoy espero,

(1) B: "exclusivo".

(2) B: "la observancia que tiene".

(3) B: "no la amáis".

(1) Texto: "cuydado".

(2) A: "mañativa".

(3) B: "en las mías siento".

mirando su majestad?

Come el alma por los ojos  
de la grandeza que mira.

GONZALO. Tu vano ingenio me admira;  
¿qué miras?

FEDUAR. Estos despojos  
de la romana grandeza,  
baños, termas y teatros,  
colosos, anfiteatros,  
reliquias de aquella alteza.

Lo que en César he leído,  
en Salustio, en Cicerón,  
en Livio, que historias son  
de lo que este imperio ha sido,  
traigo a la memoria ahora.  
¡Oh, quién a Virgilio viera,  
y mil abrazos le diera!  
Tanto mi ingenio le adora.

GONZALO. ¡Oh, quién viera un asador  
con dos piernas de carnero  
entre seis panes y un cuero!

FEDUAR. ¿Pareciérase mejor?

GONZALO. Mas pensé que eran badanas.

FEDUAR. Con qué ingenio soberano  
dijo: *arma virumque cano...*

GONZALO. Deja esas quimeras vanas,  
¡pesar de Roma y de mí!

FEDUAR. Pues aquél gran Cicerón,  
¿no es divino?

GONZALO. Cosas son  
de gran gusto para ti.

Mas para mí no hay regalo  
como el tomo de un jamón.

FEDUAR. ¿Posible es que Cicerón  
se condenase. Gonzalo?

GONZALO. ¿Ahora piensas en eso?

FEDUAR. ¿Pues no es lástima?

GONZALO. ¿De qué?

FEDUAR. De ver que un hombre que fué  
quien tuvo este imperio en peso,  
quien escribió las *Costumbres*,  
la *Virtud*, el *Amistad*,  
pierda aquella claridad  
de las inmortales lumbres.

GONZALO. ¡Lleve el diablo a Cicerón,  
a Virgilio y a Lucano!  
Comamos, que rabio.

FEDUAR. ¡Oh, hermano,  
que has nombrado un gran varón!

Lucano fué aquel sobrino  
de Séneca; entrambos son

de España, y así es razón  
que honres su ingenio divino.

GONZALO. Mas que fueran de Turquía.

FEDUAR. Matólos Nerón tirano.

GONZALO. Hizo muy bien.

FEDUAR. ¿A Lucano?

GONZALO. A Lucano y a Lucía.

No te falta ya, por Dios,  
sino contarme su muerte.

FEDUAR. ¿Qué cédula es ésta? Advierte,  
y lee para los dos.

GONZALO. Yo apostaré que se alquila  
por aposento vacío  
mi estómago, señor mío.

FEDUAR. Calla, y el ingenio afila.

(Lee la cédula.)

*"En estas casas del señor Fabio Colona se ha hallado un mármol, cuya figura no se sabe qué es, por tan antigua; al que la declarara le darán doscientos escudos."*

GONZALO. En esto quisiera yo  
que tu ingenio se empleara.

FEDUAR. Que sale gente repara;  
alguno le declaró.

(Sale FABIO COLONA con acompañamiento, con una figura de mármol con tres letras en la basa, y un sol en la mano derecha, unas alas en la izquierda, y VALERIO, declarante.

FABIO.

Sin duda que es lo que Valerio dice,  
y así es razón que el lauro, premio y honra  
le demos, pues, en fin, ninguno ha dado  
tal interpretación a la figura.

UNO.

Justo es que le honres.

FABIO.

Vespasiano  
traiga el laurel y el dinero.

Aquí está todo.

(En una fuente traen una corona de laurel y una bolsa.)

FABIO.

Toma, Valerio insigne, esta guirnalda  
de laurel vencedor, divinas hojas,  
sangre otro tiempo de la ingrata Daphne,  
tan digna de tus sienes virtuosas.

VALERIO.

¡Oh, gran Fabio Colona, a quien ahora  
fuera el que celebró la sangre ilustre  
de aquel troyano de quien tú la tienes  
para gloria de Italia, y por columna  
de la sede apostólica romana,  
para dejar al mundo en dulces Egiptas,  
otro Cornelio Galo celebrado!

FEDUARDO.

Aunque parezca a un hombre forastero  
licencia hablar en ocasiones tales,  
generoso Colona, que por Plinto  
tienes desta ciudad los siete montes,  
y en vez de chapitel una sirena,  
te suplico me dejes ver el mármol,  
y sepa yo lo que Valerio ha dicho.

FABIO.

Mancebo, en tu presencia y en tu lengua  
se conoce tu sangre, ingenio y méritos:  
tarde has venido, pero no es muy tarde,  
que si mejor el mármol interpretas,  
aún no se ha ido el que tiene el lauro,  
y de la suya pasará a tu frente.

VALERIO.

Aquí estoy yo, mancebo generoso,  
que como venzas, de mi propia mano  
tendrás el premio que gozó la mía.

FEDUARDO.

¿Quién dices que es aqueste blanco mármol?

VALERIO.

¿Sabes que soy Valerio, celebrado  
en toda Italia, por mi prosa y verso?

FEDUARDO.

Huelgo de conocerte.

VALERIO.

¿Has estudiado?

FEDUARDO.

Letras humanas estudié con gusto  
de saber las historias de los hombres,  
y las naturalezas de las cosas.

VALERIO.

Yo digo que es aqueste mármol Venus,  
diosa inmortal, que es la que Tulio llama  
hija del ciclo y del hermoso día;  
el ala que en la mano ves, la enseña  
madre de amor, que así la llama Ovidio;

el sol de la derecha nos declara  
el odio grande que con él tenía,  
porque la descubrió con Marte a solas,  
que en la casa de Marte, con las furias  
la pone Teodoncio: estas prisiones  
que a los pies la acompañan, muestran claro  
que las pone el deleite a los mortales.  
Tal la pinta la misma Astrología,  
si Albumasar y a Guido y otros lees (1).  
No es ésta la que engendra el amor casto  
que dicen los filósofos, y entiende  
de aquellos tres amores Aristóteles,  
útil, honesto, deleitable, y pienso  
que es lo que llama la escritura Astarte  
allá en el cuarto libro de los Reyes,  
que adoró Salomón cuando fué idólatra.  
Muchas dijera más de las que he dicho;  
mas basta confirmarlo con las letras.

FEDUARDO.

¿Qué letras tiene?

VALERIO.

V. D. I., que dicen:  
Venus Diosa Inmortal.

FEDUARDO.

Todo es engaño.

VALERIO.

¿Engaño? ¿De qué suerte?

FEDUARDO.

Estadme atento  
mientras que la verdad del mármol toco.

UNO.

O aqueste es grande ingenio, o está loco (2).

FEDUAR. Este mármol, Fabio ilustre,  
es la verdad soberana,  
de quien, por no ser prolijo,  
no digo sus alabanzas.  
Las alas de aquesta mano  
nos muestran que se levanta  
al cielo porque la oprime  
la tierra en prisiones varias:  
que no hay cosa que los hombres  
opriman con fuerza tanta  
como la verdad divina  
con tantas mentiras falsas:

(1) B: "si Albumasar, Aguido y otros tales".

(2) B: "es grande ingenio, está loco".

la historia con las lisonjas,  
la poesía con las fábulas,  
los pequeños con el miedo,  
los grandes con la arrogancia.  
Y estas son estas prisiones,  
y aquéllas, Fabio, las alas,  
que no porque son de amor  
en su mano las pintaran.  
El sol que está en la derecha  
muestra que ha de ser tan clara  
como los rayos del sol  
la verdad ilustre y santa;  
porque si ésta Venus fuera,  
que al claro sol por su infamia  
aborrece, le tuviera,  
no las manos, en las plantas.  
Y así Aristóteles dice  
que la verdad declarada (1)  
consiste para que sea  
cierta, segura y sin falta  
en la igualdad de las cosas  
que se conforman y igualan  
con el ingenio de aquel  
que las entiende y alcanza,  
bien se ve que esto convino  
con lo que ahora se trata,  
y que veis lo que entendéis,  
pues las letras lo declaran:  
*V. D. I., Veritas Dei*  
*Imago*; la verdad santa  
es Dios, porque es su atributo,  
su imagen y semejanza.  
Sol, alas y virgen presa,  
hasta que el tiempo la saca.

FABIO. Dame esos brazos, mancebo,  
que ser la verdad es llana,  
y mentira quien la niega.

TODOS. ¡Vitor, vitor!

VALERIO. ¡Cosa extraña!

FABIO. Muestra ese lauro, Valerio.

FEDUAR. Eso no, que a mí me agravias.  
Valerio le ha merecido;  
su estudio, gran señor, pagas.  
Ni el dinero ni el laurel  
le has de quitar.

FABIO. Bien declara  
tu grande humildad tu ciencia,  
porque es del cielo palabra.

VALERIO. No es razón que yo le tenga,

pues tú, mancebo, le ganas.

FEDUAR. Deja, Valerio, el laurel,  
FABIO. ¡No te le quites, aguarda,  
que laurel y premio habrá  
para premiar tantas gracias.  
¿De dónde eres?

FEDUAR. De Milán.

FABIO. ¿Tu linaje?

FEDUAR. Sangre honrada.  
De los Ariobistos soy;  
mi padre fué la privanza  
del gran Duque Federico.  
¿Dónde vas?

FABIO. A ver a Italia.

FABIO. ¿Cómo te llamas?

FEDUAR. Feduardo.

FABIO. ¿Conoces mi nombre?

FEDUAR. Basta  
saber que es Fabio Colona.

FABIO. ¿Quieres quedarte en mi casa?

FEDUAR. Hácesme mucha merced.

FABIO. Mi secretario te llama;  
gobernador soy de Roma.

FEDUAR. Eres colona romana.

FABIO. Vamos. Veráte mi padre,  
y haré que te den de plata  
lo mismo que el mármol pesa.

FEDUAR. Tu mismo nombre te alaba.

UNO. ¡Bravo ingenio!

OTRO. ¡Peregrino!

VALERIO. ¡Qué envidia me abrasa el alma!

UNO. ¡El milanés, vitor!

TODOS. ¡Vitor!

GONZALO. ¡Válate Dios por estatua!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

(Salen el DUQUE DE MANTUA y FABRICIO.)

FABRICIO. (1) Darte quiero el parabién  
del casamiento de Otavia.

RODULFO. La elección ha sido sabia,  
y la dilación también.

Ventura tuve, Fabricio,  
en este dichoso empleo.

FABRICIO. Ha sido común deseo,  
y el cielo a todos propicio.

RODULFO. Ya Federico ha llevado

(1) B: "que quien la verdad declara".

(1) A: Falta indicación de la persona que habla.



a Feduardo a Milán.

FABIO. Dícenme que es muy galán,  
y más que galán, letrado.

RODOLFO. Di cortesano también,  
qué en las cartas de su mano  
muestra que es gran cortesano,  
y hombre de letras también.

FABIO. Dejarás en tus estados,  
si es letrado, un gran gobierno.

RODOLFO. Hacen un imperio eterno  
los príncipes enseñados.

Yo, como sé que es tan sabio,  
quiero que lo sea Otavia,  
porque, siendo menos sabia,  
después no se llame a agravio  
y para aquesto he buscado  
en toda Italia un varón  
que tenga justa opinión  
de cortesano y letrado.

FABIO. ¿Hasle hallado?

RODOLFO. En Roma hallé  
un hombre del mismo nombre  
de mi yerno; en fin, un hombre  
como yo le imaginé.

Hízole Fabio Colona  
por su virtud secretario,  
pero fuéme necesario  
interponer la persona  
de Su Santidad a efeto  
de que por algunos días  
me le diese.

FABRICIO. Bien confías  
de un cortesano discreto  
y letrado el noble oficio  
de maestro de tal dama.

RODOLFO. Fué en Roma grande su fama.

FABRICIO. ¿Cómo viene a tu servicio?

RODOLFO. Con nombre de Secretario,  
como Fabio le tenía.

FABRICIO. ¿Y vendrá?

RODOLFO. Este mismo día,  
aunque el tiempo le es contrario.

Este fué el que declaró  
aquel mármol no entendido,  
por quién laureado ha sido.

(Sale CAMILO.)

CAMILLO. El secretario llegó.

RODOLFO. Entre, y bien venido sea.

(Salen FEDUARDO y GONZALO, de librea.)

FEDUAR. El qué serviros desea,

y tanto bien mereció  
de los cielos soberanos,  
pues tal merced suya es,  
hoy, gran Duque, a vuestros pies  
pide que le deis las manos.

RODOLFO. Con los brazos os recibo  
como prenda que deseo,  
porque en vuestro rostro veo  
lo que ya en mi amor escribo.  
¿Cómo venís?

FEDUAR. Como quien  
viene a serviros, señor.

RODOLFO. ¡Bien tallo!

FABRICIO. Muestra valor.

RODOLFO. Luego apuesto le den.

CAMILO. Ya está, señor, prevenido  
cerca del cuarto de Otavia.

RODOLFO. Honrar persona tan sabia  
es a las letras debido.

FABRICIO. Así Alejandro lo hacía  
y Aristóteles honraba,  
César a Virgilio amaba,  
Roma aplauso igual le hacía.

RODOLFO. Llamad a Otavia. Hoy le muestro  
con el favor el placer,  
y es justo que venga a ver  
el discípulo al maestro.

FEDUAR. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Señor!

FEDUAR. Aquí  
conviene que tengas seso.

GONZALO. Todo un Catón tengo impreso  
después que el palacio vi.

No hayas temor que me atreva  
a deslizar el humor.

FEDUAR. Eso, Gonzalo, es mejor.  
aunque en tu humor cosa nueva.

Que tiempo hay de reír  
y tiempo hay de callar (1).

GONZALO. Como yo te vea medrar,  
bien me esforzaré a sufrir.

¡Ah, señor! ¡Cómo es gran cosa  
salir de su tierra un hombre!

FEDUAR. Para ganar fama y nombre  
cuando hay estrella dichosa,  
nadie es perfecto en su tierra;  
que son palabras de Dios.

GONZALO. Bien se dirá por los dos.

(1) B: "que tiempo habrá de reír  
y tiempo habrá de llorar".

si envidia no te hare guerra.

Yo era en España un hidalgo  
pobre; vine a Italia bella  
y de tu lacayo en ella  
a ser caballero salgo;

que la merced que me has hecho  
me alienta a una grande hazaña.

FEDUAR. ¿Tú eras hidalgo en España?

¿Tú eras cosa de provecho?

GONZALO. ¡Oh, qué lindo, vive Dios!

Que tuve oficio de salva  
en casa del Duque de Alba  
y íbamos juntos los dos.

FEDUAR. ¿De Alba el Duque español?

GONZALO. ¿El Alba, al salir del día,  
no es quien va adelante y guía  
los caballitos del sol?

Pues Alba era yo, que en fin  
iba del Duque delante.

FEDUAR. ¿Hay lacayo semejante?

GONZALO. No le des nonbre tan ruin.

FEDUAR. Calla, que otra Alba ha salido,  
a quien pudiera hacer salva  
el Alba del Duque de Alba,  
y aún el Sol.

(Salen OTAVIA y CELIA.)

OTAVIA. ¡Seáis bien venido!

FEDUAR. Aquí, señora, tenéis  
vuestro humilde secretario.

OTAVIA. Mirá que no es necesario  
que tan humilde os mostréis;  
que quien ha de ser maestro,  
como igual se ha de mostrar.

FEDUAR. Si esto sabéis enseñar,  
yo soy discípulo vuestro.

OTAVIA. Los segundos padres son  
los maestros.

FEDUAR. Es verdad.

OTAVIA. Luego con una igualdad  
les debo veneración.

FEDUAR. Quien eso puede entender,  
¿a quién envía a llamar?  
Que mal os podrá enseñar  
quien de vos puede aprender.

OTAVIA. ¿De dónde sois?

FEDUAR. De Milán.

OTAVIA. ¿Eso más?

FEDUAR. Soy muy dichoso.

OTAVIA. Sois donde nació mi esposo,  
y mis esperanzas van.

FEDUAR. Ya he sabido que tenéis  
estado, y pues vuestro soy,  
parabién, señora, os doy;  
muchos años le gocéis.

OTAVIA. ¿Conocistes vos allá  
al hijo del Duque?

FEDUAR. No:

que allá nunca se entendió  
lo que ya se sabe acá.

OTAVIA. ¿Cómo os llamáis?

FEDUAR. Feduardo.

OTAVIA. Hasta el nombre de mi esposo  
tenéis.

FEDUAR. ¿Que soy tan dichoso?

GONZALO. ¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?

Vuestra Excelencia me dé  
sus pies.

FEDUAR. ¡Quita allá, grosero!

OTAVIA. ¿Quién sois?

GONZALO. Soy un caballero;  
dadme a besar todo un pie.

FEDUAR. Señora, es Gonzalo un hombre  
que me sirve y tiene humor.

OTAVIA. Yo le haré merced.

GONZALO. Señor,  
dadme, si es justo, mi nombre.

Di que soy entretenido  
acerca de la persona  
de tu caballo.

FEDUAR. Perdona  
su ignorancia.

GONZALO. Perdón pido.

FEDUAR. (¿No te dije que callaras?)

GONZALO. ¿Qué necio has visto callar?

FEDUAR. ¿Aquí te atreves a hablar,  
y con quien es no reparas?

GONZALO. Si habían de conocerme  
de aquí a dos días, señor,  
¿que sea luego no es mejor?)

OTAVIA. Gonzalo, venid a verme.

GONZALO. Vendré a verte, y a que veas  
esta hechura de tu mano.

OTAVIA. ¿Sois español?

GONZALO. Soy cristiano.

OTAVIA. Quiero que esa carta leas,  
secretario, y que me escribas  
un borrador (1), que es mi esposo  
muy discreto y estudioso,  
y que también te apercibas

(1) B: "una carta".

para la primer lición,  
en descansando.

FEDUAR. Yo haré  
unas muestras de mi fe  
para vuestra discreción.

RODULFO. Hija, bien dices; que es bien  
que descanse del camino  
lo que Alejandro imagino  
que os viene a los dos también.

Lo que él dijo decir quiero,  
dándole una arca de oro:  
sólo puede este tesoro  
guardar los versos de Homero.

Arca de oro es Feduardo,  
Otavia libro famoso,  
y yo Alejandro dichoso,  
que en tal engaste la guardo.

Venid conmigo, que quiero  
de mi mano aposentaros.

FEDUAR. ¿Quién puede, señor, pagaros,  
si vos no lo hacéis primero?

Pero podré responder  
a merced tan singular,  
que si arca puedo imitar,  
la del diluvio ha de ser:

que entre tempestades tantas  
de mi peregrinación,  
vine a estos montes, que son  
adonde tú me levantas.

Y en mí, pues, para que viva  
el sol de tu cielo asoma,  
será Otavia la paloma  
que va por la verde oliva.

RODULFO. ¡Qué bien dicho!

FAERICIO. Con extremo.

RODULFO. Vamos.

FEDUAR. Vuestra hechura soy.

CELIA. ¿Qué dices?

OTAVIA. Contenta estoy (1).

Amo, deseo y no temo.

(*Íanse y quedan solas las damas.*)

CELIA. Vuelve a enseñarme el retrato  
que tu esposo te envió.

OTAVIA. Fué libro que me enseñó  
de amor las cosas que trato.

Que tengo principios ya.

CELIA. ¡Qué poco engaño te hiciera,  
si tu Feduardo fuera

(1) B: "¿Qué dices?"

OF. *Que no me voy.*

como el que de aquí se va!

OTAVIA. Parece que me has mirado  
el alma por el cristal  
del pecho. ¡Ay!, si fuera igual,  
¡qué bien hubiera acertado!

CELIA. Si será, no pongas duda;  
que bien la pintura enseña,  
que no es su gracia pequeña,  
pues habla estando tan muda.

OTAVIA. Celia, yo me contentara,  
aunque bien pintado está,  
que el Feduardo de allá  
al que hemos visto imitara.

No quisiera más ventura  
de que en esta ocasión tal,  
este fuera original  
desta engañosa pintura.

¿Piensas tú que será así?

(*Sale el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. No tengo a poco favor  
que me des lugar, amor,  
para quejarme de ti.

En fin, Otavia...

OTAVIA. Prosigue.

PRÍNCIPE. ¿Qué más que decir, en fin,  
quien ve de un amor el fin,  
pues no hay amor que te obligue?

Con decir "en fin" mostré  
que comenzó tu rigor,  
cuando tuvo fin mi amor,  
y mi esperanza en tu fe.

Con decir fin, he mostrado  
que mi pretensión le tuvo (1),  
y el pensamiento que estuvo (2)  
de tu esperanza colgado.

Con decir fin, di a entender  
que el de mi vida llegó (3),  
porque la pensaba yo  
larga en tu servivio ver.

Con decir fin (4), no hay pasar  
adelante, porque, en fin,  
en llegar cualquiera al fin  
no queda más que contar.

Fin dice siempre el que acaba  
alguna cosa que emprende,  
porque este fin comprende

(1) B: "que del mi vida le tuvo".

(2) Texto: "y el pensamiento que tuvo".

(3) B: "acabó".

(4) B: "En decir fin."

que acaba lo que trataba.

OTAVIA. Príncipe, nadie se queja que no tenga algún quejoso: así en el mundo es forzoso: siempre en ese fin nos deja.

Si vos os quejáis de mí, aquí se queja de vos mi prima, y yo de los dos, que de mí os quejáis así.

Pues yo, que obediencia debo al padre por quien he sido, ni a vos ni a Celia he ofendido.

PRÍNCIPE. Pues quejaréme de nuevo de Celia, del cielo y de vos, de vuestro padre y de mí: de Celia, pues quiere así a quien se pierde por vos; del cielo, porque os ha dado a quien menos os merece; del Duque, porque os ofrece a un hombre de humilde estado: de mí, porque os quiero ajena; de vos, por que me matáis; y de todos, pues os vais a ser de mi Grecia Elena.

Mas querrá el cielo algún día que se venga Agamenón del robo y de la traición que habéis hecho al alma mía.

CELIA. Porque no os quejáis de mí, os quiero satisfacer.

OTAVIA. Yoirme he, por no ofender a quien jamás ofendí.

PRÍNCIPE. Vuelve, que aunque más me ofentanto el bien al mal iguales, [das que más que ofendes regalas.

OTAVIA. Ni aun verme es bien que pretendas.

(Vase.)

CELIA. Déjala, y escucha.

PRÍNCIPE. ¿A quién?

CELIA. A quien te estima.

PRÍNCIPE. El ejemplo, Celia hermosa, que contemplo deste adorado desdén, a suplicarte me obliga que me dejes por ahora (1).

CELIA. ¡Oye!

PRÍNCIPE. Déjame, señora.

¿Qué más quieres que te diga?

(1) B: "de que me dejes ahora".

Pues si me quisieras bien, esta tigre me ablandaras, la rogaras, la obligaras a que templara el desdén.

CELIA. No soy mujer, aunque preciso ser mujer que te he querido, que si merecí tu olvido, mereceré tu (1) desprecio.

No soy menos que quien amas, si menos te he parecido, aunque, pues tan loca he sido, juntamente me desamas.

Y de mis locos intentos, en dejarme y en querella, mas debo culpar mi estrella, que no mis merecimientos.

(Vase CELIA.)

PRÍNCIPE. Comoquiera que me dejes, recibo merced de ti.

(Salen FEDUARDO y GONZALO.)

FEDUAR. ¿No es hermosa?

GONZALO. Señor, sí; pero es menester que alejes el pensamiento de dar en esa contemplación, que hallada la perfección, se sigue al momento amar; al amor sigue el deseo, y el desco al imposible es un infierno terrible.

FEDUAR. Muy filósofo te veo.

¿Dónde, Gonzalo, has leído, que te has hecho gran letrado?

GONZALO. Solo el temor me ha enseñado, que de tu amor ha nacido.

Otavia es bella, señor, tú has de estar siempre con ella; pues una cosa tan bella, ¿qué dudas que engendre amor?

Aquí quiero ahora ver tu alabado entendimiento.

FEDUAR. Mira, Gonzalo, yo siento que soy hombre, y que es mujer.

Pero cuando aquel Poeta al sabio Ulises pintaba, que entre Sirenas pasaba, dijo una cosa discreta.

(1) B: "mi".



Y es que se tapó el oído con cera, y el cuerpo ató a un árbol; y esto creo yo que tiene aqueste sentido.

Cuando un hombre humilde asiste adonde hay desigualdad, con cera de su humildad sus pensamientos resiste.

Cuando cantar y encantar aquesta sirena quiera, será mi humildad la cera, con que me pueda escapar.

¡Quedo! El Príncipe está aquí.

GONZALO. Ya te ha visto.

PRÍNCIPE. ¡Oh, Feduardo!

FEDUAR. Aquí, Príncipe, gallardo, tenéis un esclavo en mí.

PRÍNCIPE. Pluguiera a Dios se trocara la suerte, y tu esclavo fuera.

FEDUAR. ¿Qué tenéis?

PRÍNCIPE. Amo una fiera, que tiene de ángel la cara. No fué aquel monstruo que finge Tebas, de más perfección y mas fiero (1) corazón, que aquesta dorada esfinge.

Pues la enseñas a saber, pues que a hacerlo te provocan (2) cosas que a los hombres tocan, enséñala a ser mujer;

a que tenga amor la enseña, y a que se duela de mí; y si la movieres, di que enterneceste una peña.

(Vase el PRÍNCIPE.)

GONZALO. ¡Mosca lleva!

FEDUAR. Está perdido.

GONZALO. Toma ejemplo.

FEDUAR. Así lo haré.

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Fuése Arnaldo?

FEDUAR. Ya se fué.

OTAVIA. ¿Has, maestro, respondido? (3)

FEDUAR. Aquí ahora lo verás.

OTAVIA. Quedemos solos los dos.

FEDUAR. Vete.

GONZALO. (Voyme, y plega a Dios...)

FEDUAR. (¡Quedo! No me digas más.)

OTAVIA. Lee el papel.

FEDUAR. Así escribo; no sé si te ha de agradar.

(Lee el papel.)

"No puedo significar, mi bien, el bien que recibo..."

OTAVIA. Quita el "mi bien" (1).

FEDUAR. ¿Pues por qué?

OTAVIA. No es honesto.

FEDUAR. Es ya tu esposo.

OTAVIA. Di "Feduardo".

FEDUAR. Es forzoso

que algún favor se le dé, porque pide tus regalos.

OTAVIA. Con marido, por lo menos, son entre (2) los brazos buenos, pero para escritos, malos.

FEDUAR. (¡Qué extraño hablar de mujer! El alma me está temblando; el maestro está enseñando... ¡Ay! No me enseñe a querer.)

OTAVIA. Di adelante.

FEDUAR. "Cuántas veces me escribís, y así os suplico..."

OTAVIA. Prosigue, que no replico, que pensamiento me ofreces.

FEDUAR. Qué de hacerlo no os canséis.

OTAVIA. (Ni yo me canso de verte, secretario de mi muerte.)

FEDUAR. "Pues en efeto sabéis lo que en esto me obligáis..."

OTAVIA. Quita luego el "en efeto", "pues, sabéis", es más discreto.

FEDUAR. Señora, bien enmendáis, pero tiene gracia y mucha, de acompañar la razón.

OTAVIA. Sí, pero es una dicción que advierte a quien mal escucha y no es justo que mi esposo, si hablo, me escuche mal.

FEDUAR. (¡Ay, ingenio celestial! Perderme será forzoso.)

"Los deseos que tenía de veros, no los templó el retrato; antes me dió mucho más el mismo día"...

(1) B: "fino".

(2) B: "Pues a hacerlo te provocan."

(3) B: "¿Hasme a esto respondido?"

(1) A: "quita el "bien".

(2) B: "para".

Pero aquí con tu licencia,  
señora, quiero parar.

OTAVIA. Mas, ¿qué quieres preguntar?  
(¡ Si tiene buena presencia!)

FEDUAR. ¿Que pudieras decir más,  
si fueras mi entendimiento,  
que saber mi pensamiento,  
es señal que en él estás?

OTAVIA. ¿En tu pensamiento estoy?

FEDUAR. ¿Pues no estás si le adivinas?

OTAVIA. Si lo que es justo imaginas,  
¿que mucho si al blanco doy?

FEDUAR. ¿Que es justo?

OTAVIA. Ser natural  
el deseo del saber.

FEDUAR. Deseo el retrato ver  
de un dichoso original.

OTAVIA. ¿Es dichoso el que es mi esposo?

FEDUAR. Eso preguntalo al cielo,  
que cubrió de humano velo  
espíritu tan hermoso.

OTAVIA. ¿Parécete que soy tal,  
que agradaré a quien escribo?

FEDUAR. Si a la merced que recibo  
quieres la respuesta igual,  
atreveréme a decir  
cosa que te espante oílla.

OTAVIA. Si te atreves a decilla,  
maestro, osaréla oír.

FEDUAR. Yo he visto algunas ciudades  
de Italia, y sus hermosuras  
mas lo que suelen pinturas (1),  
diferencia de verdades,

lo que va de las estrellas  
al sol, de la noche al día,  
lo mismo, señora mía,  
sois vos diferente dellas.

Y creed, en prueba desto,  
que en mi vida vi mujer  
que me pudiese mover  
a querella o tarde o presto (2);  
que aunque esto mal dicho sea,  
de alguna me resistí,  
que la vi llorar por mí,  
sin ser necia ni ser fea;

con ver mi intención honesta  
me rogó y me quiso tanto,  
que la cuesto un mar de llanto,

(1) B: "de Italia y su hermosura  
y lo que suelen pintura".

(2) B: "Tan de presto."

y ella esta ausencia me cuesta.

Pero vos la vez primera  
hicistes al corazón  
aquella breve impresión  
que suele el sello en la cera.

De suerte que si por mí  
el aumento juzgo ahora,  
luego que os mire, señora,  
quedará fuera de sí.

No os alteréis, que deciros  
que el alma en veros tembló,  
y que el corazón salió  
por los ojos en suspiros,  
no es ofender el valor  
de que el cielo os asegura,  
mas pintar una hermosura  
con las pinturas de amor.

Las que al rostro os han salido,  
a la vergüenza volved,  
que el hacerme vos merced  
la culpa, Otavia, ha tenido.

OTAVIA. ¿Es posible que en un hombre  
que ha nacido humildemente,  
que aunque eres de noble gente  
no tienen tus padres nombre,  
tal pensamiento ha cabido?

FEDUAR. ¿Tú no ves que el pensamiento  
es del alma un movimiento,  
a sus potencias asido,  
y que el alma no es de acá,  
que tiene por patria el cielo?  
Pero de mi honesto celo  
sin causa os enojo ya;

que si quiere tu hermosura  
saber los efectos que hace,  
para ver si satisface  
el esposo que procura,

y yo te digo por mí  
que en viéndote ha de quererte,  
no es causa para ofenderte.

OTAVIA. Bien dices; créolo así.

FEDUAR. ¿Mandas que lea el papel?

OTAVIA. No, sino que no le leas.

FEDUAR. Pues, ¿qué me mandas?

OTAVIA. Que veas  
el dueño de Otavia y dél.  
Toma este naipe.

FEDUAR. De mano,  
que ganar el mundo puedo.

OTAVIA. ¿Qué miras?

FEDUAR. Suspenso quedo.

OTAVIA. ¿Cómo así?  
 FEDUAR. Tengo un hermano  
 a quien mucho se parece.

OTAVIA. ¿Hermano?  
 FEDUAR. Sí, mi señora;  
 como si le viera ahora,  
 éste a mis ojos le ofrece.

¿Dichoso tú, que naciste  
 para tan alta ventura!

OTAVIA. ¿Tiéndela ya muy segura?

FEDUAR. Sí, Otavia, si él si le diste.

OTAVIA. Dame tú que una persona  
 que yo he visto le igualara,  
 que no sólo le dejara,  
 mas del mundo la corona.

FEDUAR. Sin duda debe de ser  
 aqñeste napolitano  
 Príncipe de Visiniano,  
 a quien debes de querer.  
 Y si es así, bien podrías (1)

de un secretario fiarte.

OTAVIA. No sé cómo acierte a hablarte.

FEDUAR. ¿Qué temes?

OTAVIA. Desdichas mías.

FEDUAR. ¿No te parezco yo fiel?

OTAVIA. Antes me pareces tal,  
 que a ser el Duque tu igual,  
 que bien me empleara en él!

(*Asc.*)

FEDUARDO.

¡Señora!... Fuése, y de vergüenza llena,  
 como suele tal vez purpúrea rosa (2)  
 deshojarse entre cándida azucena.

¿Qué pensaré de aquesto? Otavia hermosa  
 dice que son de amor estos efectos,  
 y hazañas de su mano poderosa;

pero, ¡ay, lengua!, no más, que en los dis-  
 parece mal la injusta confianza. [cretos

Amor es Dios; del cielo son secretos (3).

¿Más cuál humilde tanto bien alcanza,  
 qué sepa gobernarse? ¿O cuándo mira  
 que vuela a tanta gloria su esperanza?

¿Dijo que le agradaba o es mentira?

¿Dijo que en mí bien empleada fuera?

Cuando ama el gusto la razón delira.

Tu humildad, Feduardo, considera;

que, si como señora quiso honrarte,  
 no es bien pensar que cual mujer te quiera.

No pidas para sólo despeñarte  
 el carro de oro al sol que ya el abismo  
 del mar sus ondas abre a sepultarte.

No puede haber más ciego barbarismo  
 que llamándose el Duque de mi nombre  
 imagine que soy el Duque mismo (1).

(*Salen el DUQUE, RODOLFO y FABRICIO.*)

FABRICIO.

¿Qué le piensas responder?

RODOLFO.

Que nombre  
 el día en que su entrada se aperceba.

FABRICIO.

¿Dicen que es Feduardo gentilhombre?

RODOLFO.

Sus retratos lo muestran.

FABRICIO.

Cuando escriba  
 que ya quiere partir, es bien que intentes  
 que Mantua con mil fiestas le reciba.

RODOLFO.

Ya se previenen fiestas diferentes.

FABRICIO.

Aquí está el secretario.

RODOLFO.

¡Oh, Feduardo!,  
 ¿cómo va de escribirse los ausentes?

FEDUARDO.

El de Milán, señor, es tan gallardo  
 que nos hace estudiar cualquier respuesta.

RODOLFO.

La desta carta de tu mano aguardo;  
 responde, y di que la ciudad se apresta  
 para alegrar con fiestas su venida.

FEDUARDO.

Yo voy. (Amor, ¿qué desventura es ésta?

Si ya está Feduardo de partida,  
 ¿qué intento yo con este mismo nombre,  
 pues voy camino de perder la vida?

Pero aunque más el breve fin me asombre

(1) Texto: "podrás".

(2) B: púrpura o rosa".

(3) B: "los secretos".

(1) Faltan en B los cinco tercetos anteriores.

no puedo ya dejar el pensamiento;  
que antes que pueda detenerle un hombre  
suspenderá del cielo el movimiento.)

(*Vase.*)

RODULFO.

En efeto, Fabricio, ¿te parece  
que le acompañe Arnaldo?

FABRICIO.

Es rico el Príncipe,  
y deseoso de agradarte en todo;  
podrá salir lucido con sus deudos,  
y honrar en el camino al desposado.

RODULFO.

El se ofrece, y me huelgo que se ofrezca,  
para decirle, como el Duque escribo,  
que espero en todo el mes a Feduardo (1).

(*Sale el PRÍNCIPE.*)

¡Arnaldo!

PRÍNCIPE.

¡Excelso Duque!

RODULFO.

Yo querría  
daros cuenta del fin de mi esperanza,  
y vos me habéis salido al pensamiento.  
Ya el Duque de Milán, Arnaldo, escribe  
que espera que le avise el desposado,  
para venir a efetuar las bodas.

PRÍNCIPE.

¿Y qué respondéis?

RODULFO.

Que ya le aguardo;  
sólo, Príncipe, quiero suplicaros,  
en mi nombre salgáis a recebille,  
porque con esto nos honréis a entrambos.

PRÍNCIPE.

Diferente propósito me trujo  
a que vuestra excelencia me mandase (2)  
algo de su servicio; porque quiero  
partirme, con licencia suya, a Nápoles;  
y así le ruego que me excuse en esto.

RODULFO.

¿Partiros de mi casa y con tan breve  
resolución, en tiempo semejante?  
Agravio hacéis al grande amor que os tengo.

PRÍNCIPE.

Si amor vuestra excelencia me tuviera,  
no gozara de Otavia Feduardo,  
que soy su igual, y su marido fuera;  
pero pues ya ninguna cosa aguardo  
en vuestra corte, Duque generoso,  
de dar la vuelta a Visiniano tardo.

Gozad del yerno vos y ella el esposo (1),  
tan mal considerado, que sospecho  
que arrepentiros ha de ser forzoso.

RODULFO.

Nadie puede decir que lo que he hecho  
considerado sin prudencia ha sido,  
si no está lleno de su envidia el pecho.

Yo he dado a Otavia tan igual marido  
que ninguno del mundo le igualara,  
y es imposible verme arrepentido.

(*Vase RODULFO.*)

FABRICIO.

¿Así decís a un Príncipe en la cara,  
que ha errado en lo que ya tan hecho tiene?

PRÍNCIPE.

¡Ay, mi Fabricio! En mi dolor repara.

FABRICIO.

¿Cuando a un yerno recebir previene,  
y a vos en esta corte el más gallardo,  
porque le acompañéis, cuando ya viene,  
os da cuenta que espera a Feduardo,  
de Feduardo decís mal?

PRÍNCIPE.

Fabricio,  
¿por qué ha de preferirme un vil bastardo?

FABRICIO.

Callad, que estáis, Arnaldo, sin juicio.  
¿Un hijo natural, un heredero  
de Milán no es su igual?

PRÍNCIPE.

Si he dado indicio  
de que estoy loco, porque a Otavia quiero,  
o porque pierdo a Otavia, ¿quién me culpa?

FABRICIO.

Feduardo es un grande caballero.

Venid, daréis al Duque por disculpa  
esa pasión de amor, y el recebille.

(1) Estos dos últimos versos faltan en B.

(2) B: "mandara".

(1) B: "Gozad del hierro y ella del esposo."



PRÍNCIPE.

Cielo, si tengo amor no tengo culpa.

Dile, Fabricio, que yo iré a serville;  
dile que me señale la partida.

FABRICIO.

Yo pienso a que os perdone reducirle,  
con que vais a Milán.

PRÍNCIPE.

Si tengo vida,

(*Íanse. J. salen UBERTO y CASANDRA.*)

CASANDRA. En tu vida me has de ver,  
Uberto, alegre la cara.

UBERTO. ¿Qué es lo que quieres saber?

CASANDRA. Este secreto.

UBERTO. Repara,  
Casandra, en que eres mujer.

CASANDRA. ¿Ninguna guarda secreto?

UBERTO. Puede ser, pero en efeto,  
yo sé que el que le fió,  
si hasta allí se lo llamó,  
desde allí no fué discreto.

CASANDRA. Si las muchas que han callado  
secretos a sus maridos,  
y las vidas les han dado  
te contase...

UBERTO. A mis oídos  
pocas, Casandra, han llegado.

CASANDRA. Pues el mundo estuvo atento  
a alguna que en un tormento  
con los dientes se cortó  
la lengua.

UBERTO. De otra sé yo  
que muda habló por acento,  
que encargándole un secreto  
que había visto, por contalle,  
siendo muda, habló en efeto.

CASANDRA. Pues bien será que yo calle  
y que tú seas discreto;  
advierte (1) que a ti te engañas,  
que aun hay prenda en mis entrañas  
que pagará mis antojos (2).

UBERTO. Enjuga los bellos ojos,  
que en un mar de perlas bañas;  
suspende el llanto, aunque creo  
que con lágrimas fingidas;  
pero ¡basta!, pues las veo,

para que ésta y muchas vidas  
le sacrifique al deseo.

CASANDRA. ¿Harásme aqueste placer?  
Mil imposibles allanas,  
(¡ Ah, lágrimas de mujer!  
Cuando caéis sobre canas,  
¿qué efeto soléis hacer!

Adoro aquel rostro bello,  
indigno de merecello  
por la distancia que trata  
de aquestas canas de plata  
y el oro de su cabello (1).)

UBERTO. Oye, Casandra.

CASANDRA. En efeto,  
¿me dirás este secreto?

UBERTO. Sí, puesto que es necesidad;  
que quien ama en esta edad,  
¿cómo puede ser discreto?

Cesarino es hijo mío,  
y el del Duque, Feduardo.

CASANDRA. ¿Pues no ha sido desvarío  
lo que intentas?

UBERTO. No, que aguardo  
lo que de mi industria fío,  
que es verle presto señor  
de Milán y Mantua.

CASANDRA. Ha sido  
más ingenio que valor.

UBERTO. ¿Qué imperio no habrá tenido  
algún tirano, o traidor?

CASANDRA. El que fuere conquistado.  
Mas dime: ¿adónde has echado  
al legítimo heredero?

UBERTO. Ahora nuevas espero.

CASANDRA. ¿Muerto le has?

UBERTO. Ni aun lo he pensado,  
ni tengo yo para qué,  
pues ni él ni el Duque han sabido  
lo que sabes y yo sé.

CASANDRA. (¡ Ay, Feduardo querido!  
¿dónde o cómo te hallaré?)

UBERTO. ¿Qué dices?

CASANDRA. Que has hecho bien  
en ensalzar tu linaje,  
de honra y hacienda también.  
Plega a Dios que no se abaje  
adonde la muerte os den.

¿Sabe quién es Cesarino?

UBERTO. Que es hijo del Duque entiende.

(1) A: "Y vete, que a ti te engañas."

(2) B: "en ojos".

(1) Esta quintilla falta en B.

CASANDRA. ¡Ay, mi bien! ¿Por qué camino  
diré que el honor te vende  
éste, de la vida indigno?)

UBERTO. ¡Ven, mi bien! Y pues ya sabes  
que cuanto quieres he hecho,  
vuelve esos ojos suaves  
al alma que de su pecho  
ahora te dió las llaves (1).

CASANDRA. (Yo podré poco, traidor,  
o haré que te den la muerte.)

UBERTO. (Descubrirlo ha sido error;  
pero ¿quién habrá que acierte,  
si tiene canas y amor?)

(Vase, y salen FEDUARDO y GONZALO, con recado de  
escribir, un bufete y dos sillas.)

GONZALO. ¿Estabas loco?

FEDUAR. No sé (2).

MI estrella lo quiere así.

GONZALO. ¿Y Otavia te quiere a ti?

FEDUAR. ¡Ay, triste!, la causa fué.  
Cuantas veces yo le escribo  
a su Feduardo ausente,  
siento que mis ansias siente (3),  
siento que en sus ojos vivo.  
Los ojos de mí no aparta;  
todo, Gonzalo, es mirarme,  
y suspirando, obligarme  
a errar mil veces la carta.  
Con esto tan necio estoy  
que escribo mil disparates.

GONZALO. ¿Pues que has de hacer?

FEDUAR. No lo trates.

GONZALO. ¡Qué buen astrólogo soy!  
¿No te dije que había  
de vencer esta mujer?

FEDUAR. Ya es hecho. ¿Qué puedo hacer?  
¡Desdichada suerte mía!

GONZALO. La cera de la humildad  
con que a Ulises imitabas;  
el árbol en que te atabas,  
¿paró en esta libertad?  
¿Cómo abriste los oídos  
a la voz de la Sirena?

FEDUAR. Engañóme.

GONZALO. Luego ordena  
tu ausencia, o somos perdidos.

FEDUAR. Calla, que presto vendrá  
su esposo, y su ausencia luego  
pondrá templanza a este fuego.

GONZALO. ¿Sabes lo que pienso ya?

FEDUAR. ¿Qué piensas?

GONZALO. Que no entendiste  
el mármol Romano. Advierte,  
y te diré de qué suerte  
le entiendo.

FEDUAR. Di.

GONZALO. Escucha.

FEDUAR. ¡Ay, triste!

GONZALO. A Otavia significó  
el mármol, no por ser dura,  
mas imposible hermosura,  
blanca, pues su blanco erró  
tu pensamiento, en querella;  
aquel sol significaba  
el rayo con que abrasaba  
tu alma, en llegando a vella;  
las alas, que se te iba  
por alto, sin alcanzalla,  
pues su esposo ha de gozalla;  
los grillos, que está cautiva,  
pues en cicto es casada:  
y las letras V. D. I.  
“vanidad de ingenio”.

FEDUAR. Aquí  
viene ya mi prenda amada.  
Muestra la cartera (1) y vete.

GONZALO. Mira lo que haces.

FEDUAR. Ya es tarde.

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. Dile al correo que aguarde,  
y tú llega ese bufete.  
Salios todos afuera.  
Saca el papel.

FEDUAR. Aquí está.

OTAVIA. Escribe.

FEDUAR. Comienzo ya.

OTAVIA. Pues di de aquesta manera:  
“Mi estrella me fuerza”.  
FEDUAR. “Fuerza.”

OTAVIA. “Aunque es injusto.”

FEDUAR. “Es injusto.”

OTAVIA. “A seguir mi gusto.”

FEDUAR. Gusto.”

OTAVIA. “Y tu amor me esfuerza.”

(1) Esta quintilla falta en B.

(2) B: “¿Estás loco?”

FED. No lo sé.”

(3) B: “más ansia siente”.

(1) B: “ese recado”.

FEDUAR. "Esfuerza."  
 OTAVIA. "A quererte tanto."  
 FEDUAR. "Tanto."  
 OTAVIA. "Que si mi igual fueras."  
 FEDUAR. "Fueras."  
 OTAVIA. "Hoy me tuvieras."  
 FEDUAR. "Tuvieras."  
 OTAVIA. "Porque vieras cuanto."  
 FEDUAR. "C cuanto."  
 OTAVIA. "Casada en tus brazos."  
 FEDUAR. "Brazos."  
 OTAVIA. "Esta noche puedo."  
 FEDUAR. "Puedo."  
 OTAVIA. "Hablarle sin miedo."  
 FEDUAR. "Miedo."  
 OTAVIA. "Que en los cortos plazos."  
 FEDUAR. "Plazos."  
 OTAVIA. "Que me da esta ausencia."  
 FEDUAR. "Ausencia."  
 OTAVIA. "Quiero hablarle en fin."  
 FEDUAR. "En fin."  
 OTAVIA. "Ven por el jardín."  
 FEDUAR. "Jardín."  
 OTAVIA. "Que no hay paciencia."  
 FEDUAR. "Paciencia."  
 OTAVIA. "Ni amor cobarde."  
 FEDUAR. "Cobarde."  
 OTAVIA. "Hablares los dos."  
 FEDUAR. "Dos."  
 OTAVIA. "Y quédate adiós."  
 FEDUAR. "Adiós."  
 OTAVIA. "Que te me guarde."  
 FEDUAR. "Me guarde."  
 ¿A quién escribes así?  
 OTAVIA. Espera y te lo diré.  
 FEDUAR. ¿Quién tan venturoso fué,  
 que esto merece de ti?  
 OTAVIA. Cerralde y dadle, y adiós (1).  
 FEDUAR. ¿A quién? Que saberlo aguardo.  
 OTAVIA. ¿Cómo a quién? A Feduardo.  
 FEDUAR. ¿Quién es Feduardo?  
 OTAVIA. Vos.

(Vase.)

FEDUAR. Fuése Otavia vergonzosa  
 y conmigo declarada,  
 que a mujer determinada  
 no hay cosa dificultosa.

Que le cierre y que le dé;  
 si para mí le escribí,

no es mucho dármele a mí  
 abierto, pues que se fué.

"Tomad, señor Feduardo,  
 que Otavia os da este papel."  
 "¿A ver lo que dice en él?"  
 "Esto, si escucháis." "Ya aguardo."

(Lee.)

"Mi estrella me fuerza,  
 aunque es injusto,  
 a seguir mi gusto,  
 y tu amor me esfuerza  
 a quererte tanto,  
 que si mi igual fueras,  
 hoy me tuvieras,  
 porque vieras cuanto,  
 casada en tus brazos.  
 Esta noche puedo  
 hablarle sin miedo,  
 que en los cortos plazos  
 que me da esta ausencia,  
 quiso hablarle, en fin;  
 ven por el jardín,  
 que no hay paciencia,  
 ni amor cobarde.  
 Hablemos los dos,  
 y quédate adiós,  
 que te me guarde."

—Todo el papel he leído.  
 "Vos, Secretario, diréis  
 a Otavia cuánto me veis  
 a su amor agradecido.

Decidla cómo la adoro" (1).  
 —"Yo lo haré." —"Y que dando fin  
 el día, me iré al jardín  
 a hablar, si hablando enamora

las paredes y las yedras,  
 que de mi amor obligadas,  
 ellas están abrazadas,  
 y enternecidas las piedras."

—"Yo lo diré dese modo,  
 pero dar es necesario  
 albricias al Secretario,  
 que es el que lo ordena todo."—

—"Bien dice; advertencia sabia:  
 Secretario, yo os prometo  
 de daros, si llega a efecto..."

—"¿A quién?" —"A la misma Ota-  
 [via.]"

(1) B: "Cerralla y dadla."

(1) B: "que yo la adoro".

(Pase. Salen LUCINDA, BELARDO y CLORIDANO, *jardínicos*.)

BELARDO. En alzando de dolor,  
vengo, Lucinda, pensando,  
que celebrarte cantando  
es indicio de mi amor.

LUCINDA. Ya están de aqueste jardín  
todas las flores atentas;  
Belardo, a ver qué las cuentas.

BELARDO. Ya sabe el blanco jazmín  
que no se iguala a tu frente,  
la rosa a tu boca hermosa,  
ni a tu cabello la rosa  
que siempre mira al Oriente;  
el azucena a tu mano,  
ni a tus ojos la violeta:  
¿pues qué olorosa mosqueta  
a tu aliento?

LUCINDA. Cloridano,  
dile que gasta el jardín,  
que al Duque su hacienda cuesta.

CLORID. Pequeña alabanza es ésta;  
déjale que llegue al fin.

BELARDO. ¿Qué fin le puedo yo dar,  
si no le tiene mi amor?  
Que cantéis será mejor,  
y que ella quiera bailar.

(*Cantan y bailan.*)

Como si sus manos  
pidieran limas,  
toronjil de limones  
coge la niña (1),  
de sus manos bellas  
el amor tira  
cada cinco flechas  
a quien las mira.  
Y si hubiera dioses,  
como es mentira,  
sirvieran de néctar  
y de ambrosía;  
pues para con ellas,  
siendo tan lindas,  
toronjil de limones  
coge la niña.

(*Ruido dentro.*)

BELARDO.

¡Parad! ¿Qué grita es ésta? ¿Qué ruido?

(1) Desde aquí falta en B el resto de la canción.

CLORIDANO.

¿No es dentro del jardín?

LUCINDA.

Ansí parece.

BELARDO.

Un hombre viene aquí.

(*Sale FEDUARDO huyendo.*)

FEDUARDO.

¡Válgame el cielo,  
qué desdichado he sido! ¡Pies, valedme!  
Que no es cordura deshonrar a Otavia,  
pensando que es valor perder la vida.

(*Sale CAMILO y guardas.*)

CAMILO.

¿Quién está aquí?

BELARDO.

Nosotros.

CAMILO.

¿Habéis visto  
un hombre que corrió por estos árboles?

BELARDO.

Esa acequia atraviesa en este punto (1).

CAMILO.

¡Seguidle, pues!

LUCINDA.

¿Qué es esto?

BELARDO.

Estoy difunto.

(*Salen el DUQUE, OTAVIA y FABRICIO.*)

RODULFO.

Di, ¿quién es el traidor?

OTAVIA.

Yo sola estaba.

RODULFO.

El que me trujo aquesta infame nueva  
vió que estabas hablando con un hombre,  
sentada al tronco de este verde sauce.

FABRICIO.

Aquí también están los jardineros.

(1) "Ese hacia aquí atravesó en aqueste punto."



RODULFO.

¿Pasó por aquí un hombre?

LUCINDA.

En este punto  
con la espada en la mano, y tras él iba  
tu guarda.

RODULFO.

¿Cómo niegas? Entraos dentro.

BELARDO.

Ya nos vamos.

LUCINDA.

¿Qué es ésto?

BELARDO.

A lo que entiendo,  
Otavia, viendo al novio tan vecino,  
quiso que hallase fácil el camino.

(*l'anse los jardineros y sale CAMILO.*)

CAMILO.

El hombre no parece, y pues es cierto,  
que ha de ser hombre principal, no importa  
que ahora se te vaya de las manos.

RODULFO.

¿Quién es el hombre, mal nacida hija,  
víbora de la sangre que te he dado?

OTAVIA.

(¡Triste de mí! Si digo el secretario,  
mi honor destruyo: remediarlo quiero (1)  
culpando alguno de los que me sirven.

RODULFO.

¿No hablas?

OTAVIA.

Sí, señor.

RODULFO.

¿Quién era?

OTAVIA.

El Príncipe.

RODULFO.

¿Quién? ¿El de Visiniano?

OTAVIA.

Ese me hablaba.

RODULFO.

Id, Camilo, a mirar (2) si está en su casa.

CAMILO.

Yo voy.

RODULFO.

Llevar (1) la guarda por si importa.

(*l'ase.*)

¿Qué buena cuenta has dado, loca Otavia,  
de tu honra y la mía, pues ahora  
los dos seremos fábula en Italia!  
¿Qué dirán en Milán? ¿Qué dirá el Duque?  
¿Qué dirá Feduardo? ¿Para esto  
hice venir de Roma a Feduardo?  
¿Estas costumbres te enseñó?

OTAVIA.

No creo,  
que hablar honestamente Arnaldo ha sido  
cosa que así merece ser culpada.  
Tú, con menos consejo que debieras,  
has querido, cegándote de cólera,  
publicar lo que no era de importancia.

RODULFO.

Calla, enemiga, esa traidora lengua

(*Sale CAMILO y guarda, y el PRÍNCIPE.*)

CAMILO. Apenas deste jardín  
salí, señor, con la guarda,  
cuando enfrente del terrero,  
que mira a sus torres altas,  
hallé a Arnaldo tan seguro,  
que en diciéndole: "¿Quién pasa?",  
me dijo: "El Príncipe soy."  
Llegué y halléle sin armas,  
porque sólo, como ves,  
trae ceñida la espada  
con esa capa de noche.

RODULFO. ¿Disimulación extraña!  
Quería dar a entender  
que salía de su casa  
a pasear el terrero.

CAMILO. Díjele que le llamabas,  
y sin alterarse un punto  
vino a ver lo que le mandas.

PRÍNCIPE. ¿Pues yo por qué he de alterarme,  
y más cuando tú me llamas?

RODULFO. Traidor Arnaldo, sabiendo  
que tengo a Otavia casada,  
¿para qué la solicitas?  
¿Por qué mi casa quebrantas?  
¿Cómo entraste en mi jardín,

(1) B: "Y mi remedio espero."

(2) B: "y mirad".

(1) B: "Voy. Ro. Y llevad."

y a solas con ella estabas?  
¿Qué respondes?

PRÍNCIPE. Que no entiendo  
si tú entiendes con quién hablas.  
¿Yo solicito tu hija?  
¿Yo he quebrantado tu casa?  
¿Y yo la hablé en tu jardín?

RODULFO. ¿Qué es esto? ;Responde, Otavia!

OTAVIA. Digo, señor...

RODULFO. ¿Qué?

OTAVIA. Que es él  
con quien esta noche hablaba.

RODULFO. Pues, cobarde, di: ¿es deshonra  
el hablar con una dama?

PRÍNCIPE. ¿Yo hablé contigo, señora?

OTAVIA. (Dios sabe si lo negara;  
mas no tengo otro remedio.)

PRÍNCIPE. Pues que tú lo dices, basta;  
mas pluguiera a Dios que fuera  
verdad, y que me costara  
la cabeza.

RODULFO. Ya no importa  
que de remedios te valgas;  
llevalde a una torre vos.  
Y tú, ocasión de mi infamia,  
retírate a tu aposento.

PRÍNCIPE. Señores, no he dado causa  
para que me prenda el Duque;  
pero pues lo dice Otavia,  
digo que yo hablé con ella.

(*Llévanle preso.*)

OTAVIA. ¡Ay, secretario del alma! (1)

### ACTO TERCERO

(*Sale CESARINO, galán, de camino, y el CAPITÁN ORACIO con él, y gente de acompañamiento.*)

CESARINO.

¿Qué es esto, Oracio amigo?

ORACIO.

No lo entiendo.

CESARINO.

¿Desta manera el Duque me recibe?

ORACIO.

No acabo de creer lo que estoy viendo.

CESARINO.

¿Estas fiestas y brazos me aperece?  
Las grandezas que estaba previniendo,  
y que en las cartas últimas me escribe,  
¿son esta soledad y esta tristeza?

ORACIO.

Los súbditos imitan su cabeza.

CESARINO.

A diez leguas de Mantua imaginaba  
que hubiera caballeros, galas, fiestas,  
y que el camino llano lleno estaba  
de fingidos jardines y flores; y  
no sólo el camino que pasaba,  
pero ni las murallas veo compuestas.

ORACIO.

¿Qué murallas? La puerta apenas tiene  
un hombre solo; ni aun a verte viene.

CESARINO.

¿Qué calles son aquestas? ¿Qué ventanas?  
¿Son aquestos los arcos y inscripciones?  
¿Las damas generosas mantuanas,  
que estrellaban las rejas y balcones?  
¿Los vestidos y galas cortesanas?  
¿Las músicas, las danzas (1) y invenciones?  
¿Epithalamios, o emineos diversos,  
en doctas prosas y sonorosos versos?

Pues, ¿qué es aquesto? Hasta el palacio llevo,  
¿y aún no sale un portero a recebirme?  
¿Si es muerta Otavia?

ORACIO.

Pienso que estoy ciego;  
¿qué propósito tiene el mundo firme?

CESARINO.

¡El Duque sale!

ORACIO.

¿Quejaráste luego?

CESARINO.

Antes pienso fingir y persuadirme  
que no supo Rodulfo que venía.

ORACIO.

Eso es negar que hay luz (2) a mediodía.

(1) B: "¡Ay, secretario de mi alma!"

(1) B: "ficciones".

(2) B: "sol".

(Sale RODULFO, Duque de Mantua, y FABRICIO, CAMILO y gente.)

RODULFO.

Vuestra Excelencia bien venido sea.

CESARINO.

Y sea Vuestra Alteza bien hallado.

RODULFO.

¿Cómo ha venido?

CESARINO.

A su servicio vengo.

RODULFO.

¿Tiene salud?

CESARINO.

Señor, para servirlos,  
y antes que os pague en preguntar la vuestra  
dadme licencia en que os pregunte, cómo  
está mi esposa Otavia. ¿No responde?

ORACIO.

¡Grande tristeza muestra!

CESARINO.

¿Qué es aquesto?

ORACIO.

Pregúntale (1) la causa.

CESARINO.

En el semblante,  
y en las acciones, y el silencio he visto  
que soy de otra manera recibido,  
que me dijo mi padre, y estas cartas  
vuestras; y de mi esposa, aún no merezco  
que me digáis si es viva o muerta Otavia.  
¿Caballeros, Otavia es muerta o viva?

RODULFO.

Viva es Otavia, aunque en su honor es muerta.

CESARINO.

¿Muerta Otavia en su honor?

RODULFO.

Si entrando  
en la ciudad no viste en sus vecinos,  
plazas, calles, ventanas, la tristeza,  
el luto y el dolor de la desdicha,  
ahora lo sabrás de mis palabras:  
Otavia, que te amaba y te escribía,  
Otavia, que era luz de aquellos ojos,

y que yo para ti guardaba a Otavia,  
puso los ojos, para afrenta mía,  
en un hombre, aunque igual a su persona,  
contrario de mi gusto y del concierto  
que hicimos yo y tu padre Federico;  
casóse de secreto, y finalmente  
los hallé en un jardín.

CESARINO.

Ahora creo  
que sola en la virtud propia consiste  
la nobleza del hombre verdadera,  
porque ni la riqueza, ni la sangre,  
ni los estados pueden darla. Dime:  
¿piensas que soy, o lo será mi padre,  
tan rudo que te crea esa disculpa?  
Tú has dado esposo a Otavia, arrepentido  
del concierto que hiciste con el Duque,  
pues dices que es igual a su persona.

RODULFO.

Ya temí tus palabras, Feduardo,  
antes de verte; mas para que veas  
que es cierta mi desdicha, y lo que aguardo  
de las que son para el honor tan feas,  
el hombre que te he dicho tan gallardo,  
no porque tú de menos prendas seas,  
niega que ha sido el que con ella estaba,  
supuesto que confiesa que la amaba.

De suerte que no aceta el casamiento,  
y a que le tenga preso me ha obligado.

CESARINO.

¡Extraño fué, por Dios, tu pensamiento!  
¡Costosa industria, Duque, has fabricado!  
Habráte parecido, si tu intento,  
consejo de hombres viles han mudado,  
que no soy digno de gozar tu hija,  
ni de que a Mantua sus estados rija.

Dirás que un hijo natural no es justo  
que herede tu nobleza. Bien has hecho;  
y para remediar este disgusto  
fingió este engaño tu mudable pecho.

¿A qué Rey, a qué César siempre augusto,  
puesto que le viniera el mundo estrecho,  
no sobra para yerno Feduardo,  
no digo natural, sino bastardo?

¿No basta que es mi padre Federico?

¿Yo no heredo a Milán? ¿No fué mi madre  
hija del noble conde Ludovico?

¿Que no tiene mejor sangre mi padre?  
Estas afrentas...

(1) B: "Pregunta qué es."

RODULFO.

¡Oye, te suplico...!

CESARINO.

¿Qué puede haber que a tu disculpa cuadre?  
Estas afrentas, otra vez te digo,  
tendrán del Duque, y aun de mí, castigo.

Soy natural y soy mejor que alguno (1).

RODULFO.

¡Hijo, infórmate bien!

CESARINO.

Fuiste liviano  
en romper la palabra, que ninguno  
que es noble quiebra.

RODULFO.

Voces das (2) en vano.

CESARINO.

Después de ser con cartas importuno,  
escritas de la tuya y de su mano,  
¿casas tu hija, y cuando yo he venido  
dices que tienes preso a su marido?

¡Oh, qué graciosa ley de caballero!  
¡Oh, qué término, digno de quien eres!  
Pero escribir a Federico quiero,  
que venga a castigar estas mujeres.

FABRICIO.

Eso no, Feduardo. ¡Espera!

CESARINO.

Espero:

¿quién eres?

FABRICIO.

Soy tu igual.

CESARINO.

Pues di qué quieres.

FABRICIO.

Si allá mujeres sois, acá muy hombres;  
que no quiero sufrir que así los nombres.

CESARINO.

Lo que hace el Duque digo que es mal hecho.

FABRICIO.

¡Mientes!

CESARINO.

Toma ese guante.

FABRICIO.

Eres bastardo.

ORACIO.

Habláis en vuestra casa.

FABRICIO.

El cielo es techo  
y el campo casa.

ORACIO.

Ven.

(*Vanse los dos.*)

FABRICIO.

Allá te aguardo.

RODULFO.

Déjalos ir, Fabricio. Ensancha el pecho.  
Muy loco es para yerno Feduardo.

FABRICIO.

Yo le castigaré.

RODULFO.

Detente, digo,  
y venga el Duque a darnos el castigo.  
¡Amenazas crueles! Llamad luego  
al secretario.

CAMILO.

Desde aquella noche,  
señor no ha parecido el Secretario,  
y para no causarte pesadumbre  
no te hemos dicho que, entre sus papeles,  
de Otavia se han hallado algunos.

RODULFO.

¡Cielos! ¡Mayor rigor es éste! ¿Qué me dices?

CAMILO.

Lo que todos sospechan, y que el Príncipe  
está libre, y que niega justamente.

RODULFO.

¿Luego fué el agresor deste delito?  
Llamadme a Otavia.

FABRICIO.

Nadie te ha querido

(*Vanse CAMILO.*)

decir esta sospecha; mas sin duda  
el Secretario fué de Otavia amado.

RODULFO.

¡Oh, cuánto puede un grande entendimiento!

(1) Falta este verso en B.

(2) A: "dan".



FABRICIO.

Homero lo mostró pintado a Ulises,  
que con él se libró de tantas cosas  
como se le ofrecieron en veinte años.

RODULFO.

Id, Fabricio, y echad un bando en Mantua,  
que al que me diere al Secretario preso  
le daré veinte mil ducados de oro.

FABRICIO.

Yo voy.

RODULFO.

¿Hay desventura semejante?

(*Asc. y sale CAMILO con OTAVIA.*)

CAMILO.

A Otavia tienes, gran señor, delante.

RODULFO. ¿Era maestro de amor  
el milanés que te di,  
que aprendiste, Otavia, así  
licencia de hacer favor?

¿Era secretario aquél  
de tu flaqueza y deshonra,  
que el secreto de tu honra,  
todo lo pusiste en é?

¿Aprendiste esas liciones  
de aquel filósofo ciego?  
¿No hablast?

OTAVIA. Que a oírte lleo (1),  
señor, tan libres razones.

Con él estuve, es verdad;  
mas sólo hablando con él  
tan castamente, que dél  
aprendiera honestidad.

Neguélo, como te vi  
hablar mal en mi opinión.

RODULFO. Sacadme de la prisión  
a Arnaldo, y traedlo aquí:

(*La CAMILO por él.*)

¡Vete de mis ojos, fiera!

OTAVIA. Tu edad, que debiera ser  
un espejo para ver  
lo que en otro se viera,  
tan ciego, señor, te tiene,  
que no ves que cuanto intentas  
es darne, sin culpa, afrenta.

RODULFO. ¿Qué amor mi brazo detiene

que no la pasó aquel pecho  
para que vierta este día  
la sangre que tiene mía?

OTAVIA. Muy como mancebo has hecho.

RODULFO. ¿No me la quitáis de aquí?

OTAVIA. Tu término desconozco.

RODULFO. Y yo por mi mal conozco  
que engendré una fiera en ti.

(*Asc. OTAVIA. Entra el PRÍNCIPE y CAMILO.*)

PRÍNCIPE. Que estás mejor informado,  
señor, me ha dicho Camilo.

RODULFO. Perdona, Arnaldo, el estilo  
con que tu honor he tentado.

PRÍNCIPE. Disculpa tiene el honor  
de cualquier ira que tenga.

RODULFO. Cuando sus agravios venga (1),  
ni hay respetos, ni hay amor.

Desengañado estoy ya  
de la culpa que te he puesto,  
porque quien la tiene en esto,  
huyendo, Príncipe, va.

¡Pluguiera a Dios que tú fueras,  
y no el hombre vil que ha sido!

PRÍNCIPE. Dícnme que ya ha venido  
Feduardo, o que hoy le esperas.

RODULFO. Vino, y contéle el suceso,  
aunque culpándote a ti.

PRÍNCIPE. ¿Qué le dijiste de mí?

RODULFO. Que estabas, Arnaldo, preso.

Respondíome, que era engaño,  
y que por ser natural  
me valí de industria igual  
para remediar el daño.

Fabricio le desmintió;  
dejó un guante; en campo espera;  
amenazóme, y pudiera  
también castigarle yo.

Pero dice que vendrá  
el Duque a tomar venganza;  
gran parte, Arnaldo, te alcanza;  
mi honor en tu brazo está;

cierta tenemos la guerra:  
tú has de ser mi General,  
que este infame natural  
lo quiere ser de mi tierra.

Forma un campo, y por la palma  
del triunfo al de Mantua venga.

PRÍNCIPE. Ese guante haré que tenga

(1) A: "que a oír lleo".

(1) A: "tengo y vengo".

mano que le sirva de alma,  
si quisiere de hombre a hombre,  
y si no de campo a campo.

RODULFO. Su furia en el alma estampo,  
desde hoy infamo su nombre,  
que hablarle con humildad  
le dió pensamientos vanos;  
que entonces es de villanos  
hablar con más libertad.

PRÍNCIPE. Déjame sacar la gente,  
que tú verás el estrago,  
que en esas soberbias hago.

RODULFO. ¡Oh, quién, Arnaldo valiente  
(según su amor le provoca)  
tuviera una Otavia honrada,  
que dar por prenda a tu espada!

PRÍNCIPE. Toca al arma.

RODULFO. Al arma toca.

(*Íanse. Sale FEDUARDO y GONZALO.*)

FEDUAR. En fin, Gonzalo, volvemos  
a la patria.

GONZALO. Es centro, en fin.

FEDUAR. ¡Ay mi adorado jardín!

GONZALO. Deja esos locos extremos,  
y agradece al generoso  
cielo, que libró tu vida.

FEDUAR. ¿No fuera mejor perdida  
por aquel sujeto hermoso?

GONZALO. No por cierto, que no hay cosa  
más necia que aventurar  
la vida, si ha de quedar  
la virtud sin fama honrosa.

FEDUAR. ¿No era muy honrosa fama  
por dama de tal valor?

GONZALO. Bien estás vivo, señor;  
la vida es notable dama.

FEDUAR. No pensaba yo, Milán,  
verte tan presto.

GONZALO. Ya vemos  
la casa antigua.

FEDUAR. Llámenos.  
¡Qué seguros estarán!

(*Llaman.*)

GONZALO. ¡Ah de casa! (I)

(*JULIA en lo alto.*)

JULIA. ¿Quién nos quiebra  
la puerta tan de mañana?

(I) B: "¡Ah de la casa!"

GONZALO. Los romanos, Julia hermana.

JULIA. ¡Jesús!

GONZALO. ¡Cómo lo celebra!

JULIA. ¿Eres tú, Gonzalo mío?

GONZALO. Yo soy, Julia, y mi señor.

JULIA. A decirlo voy.

GONZALO. ¡Qué amor!

¡Qué cara! ¡Qué talle y brío!

Una como ésta era buena  
para tus melancolías,  
que no esotras fantasías  
de aquella endiosada Elena.

¿Salió el Sol por el Oriente  
como ella en aquel balcón?

(*Sale UBERTO.*)

UBERTO. ¿Quién dices, Julia, que son?

FEDUAR. Los brazos de un hombre ausente.  
Dame, padre de mi vida,  
ese pecho en que empleallos.

UBERTO. ¡Hijo!

FEDUAR. Que quiere pagallos  
el dolor de la partida.

UBERTO. Ya no te juzgaba vivo.

FEDUAR. El corazón te decía  
el peligro que tenía.

UBERTO. (¡Qué pena en verle recibo!  
¡Qué turbación que me ha dado!  
¿Cómo le echaré de aquí?)

GONZALO. ¿No hablas a Gonzalo?

UBERTO. Sí.

FEDUAR. Es un honrado criado.

UBERTO. Merece satisfacción  
del servicio que te ha hecho.  
(Todo se me abrasa el pecho.)  
¿Di, Feduardo, es razón  
no escribir a un padre un hombre  
en tanto tiempo?

FEDUAR. Señor,  
no ha sido falta de amor,  
ni el tuyo ingrato me nombre.  
Sino que hasta ver mi estado,  
o declinar, o subir,  
no te pensaba escribir.  
Ya, en efeto, ha declinado,  
para mi mal de tal suerte,  
que el escribir fué volver.

UBERTO. (El remedio que ha de haber (*Ap.*)  
es hacerle dar la muerte.)  
¿Dónde has estado?

FEDUAR. Señor!  
nunca de Roma salí.

GONZALO. ¿Qué dices?

FEDUAR. ¡Importa así!

UBERTO. Gran ciudad.

FEDUAR. Es la mejor  
que cubre del cielo el manto  
desde el ocaso a Calisto.

UBERTO. Grandes cosas habrás visto  
en aquel imperio santo.

FEDUAR. Mi señora, ¿cómo está?

UBERTO. Buena. (Por mi muerte vino.)

FEDUAR. ¿Y mi hermano Cesarino?

UBERTO. Hay muchas mudanzas ya.

FEDUAR. ¿Cómo, señor?

UBERTO. No es tu hermano  
Cesarino.

FEDUAR. ¿Cómo no?

UBERTO. Como el Duque me lo dió  
en traje tosco y villano,  
porque le criase así,  
yo tu nombre (1) te quité,  
Cesarino le llamé,  
y el suyo te puse a ti.  
Que es hijo de Federico,  
y se llama Feduardo,  
que ver heredar aguardo,  
no sólo estado tan rico,  
pero el de Mantua también,  
que es ido a casarse allá.

FEDUAR. ¿Qué dices?

UBERTO. Que en Mantua está  
¿Pésate de tanto bien?

FEDUAR. Pésame de que no sea  
mi hermano.

UBERTO. Tienes razón.

FEDUAR. En su trato y discreción  
muy bien tanto bien se emplea.

UBERTO. Hijo, yo voy a saber  
del Duque, si habrá llegado;  
que soy ya muy su privado.  
Tú a Casandra podrás ver.  
Y descansa del camino  
(la vida le he de quitar).

FEDUAR. ¿Cómo podré descansar?

UBERTO. (Para mis desdichas vino;  
ellos quitándole la vida,  
queda seguro mi engaño.)

FEDUAR. ¿Hay suceso más extraño?

¡Ay, dulce Otavia querida!  
¿Mi hermano os ha de gozar?  
Digo el que serlo pensé.

GONZALO. ¿Que Cesarino se fué  
con la de Mantua a casar?  
¿Y que no es tu hermano?

FEDUAR. No,  
que él no es eco deste hermano  
y que ya la goza es llano.  
¡Ay, Dios, si a Mantua llegó!  
¡Válgame, Gonzalo, el cielo,  
qué quimeras tan extrañas!

GONZALO. Pues, ¿qué sientes?

FEDUAR. Las entrañas  
me abrasa envidioso celo.  
No siento invidia del bien  
que por tal padre le han dado,  
que en virtuoso y honrado,  
le iguala Uberto también.  
No tengo yo que invidiar  
mejor padre del que tengo,  
lo que en él a invidiar vengo,  
es que a Otavia ha de gozar.

GONZALO. Mi señora viene aquí.  
(Salen CASANDRA y JULIA.)

CASANDRA. ¡Feduardo!

FEDUAR. ¡Madre mía!

JULIA. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Julia!

CASANDRA. Este día,  
mis ojos, en que te vi,  
único lo será en (mis) años;  
celebraré su memoria.

FEDUAR. Verte de mi pena es gloria;  
tú eres bien de tantos daños...

(Hablan.)

JULIA. ¿Cómo por Roma te ha ido?

GONZALO. Muy romo vengo.

JULIA. ¿Has topado  
con Pasquín?

GONZALO. No me ha dejado  
narices.

JULIA. ¿Qué me has traído?

GONZALO. Una maleta de cosas,  
que te han de maravillar,  
y que las han de invidiar.  
Julia, más de dos hermosas.

JULIA. Entremos a verlas.

GONZALO. Vamos.  
¿Podréte abrazar?

(1) B: "y otro nombre".

JULIA. ¿Pues no?  
 ¿Quién llegó, que no abrazó?  
 GONZALO. ¿Y de ausencia, cómo estamos?  
 ¿Qué pesos falsos me has hecho?  
 JULIA. ¿Yo? ¡Plega a Dios...!  
 GONZALO. Bucho está,  
 mi Julia; no pliegues ya.  
 FEDUAR. ¿Qué dices?  
 CASANDRA. Lo que sospecho.

*(I'anse los criados.)*

¿Fuéronse ya los criados?  
 FEDUAR. Sí, bien podemos hablar.  
 CASANDRA. Este hombre te ha de matar.  
 FEDUAR. ¡Oh, caso jamás pensado!  
 Dime, Casandra, ¿por qué?  
 ¿En qué a mi padre ofendí?  
 CASANDRA. No es tu padre.  
 FEDUAR. ¿Cómo así?  
 CASANDRA. El Duque tu padre fué,  
 porque cuando el duque vino  
 de Mantua, lo declaró  
 a Uberto que te crió,  
 y él dió por ti a Cesarino.  
 FEDUAR. ¿Que Cesarino es de Uberto?  
 ¡Valgame el cielo!

CASANDRA. Esto pasa:  
 que te ha criado en su casa  
 con este nombre encubierto;  
 y agora, viendo el estado  
 a que te levanta Dios,  
 os ha trocado a los dos,  
 y a Federico engañado.  
 Codicioso de poner  
 en su sangre este blasón,  
 pues encubrir su traición,  
 con tu muerte (1) habrá de ser.

Mira, amores, por tu vida,  
 que tu vida me obligó  
 a que te dijese yo  
 que quiere ser tu homicida  
 este bárbaro cruel.

FEDUAR. ¿Cómo sabes que yo he sido  
 hijo del Duque?

CASANDRA. He sabido  
 todas estas cosas dél;  
 que no hay hombre tan discreto,  
 si de amor ha dado muestras,  
 que a dos lagrimillas nuestras,

niegue el más grave secreto.

FEDUAR. ¡Triste de mí que nací  
 para verme en tanto mal!

CASANDRA. Tú eres hijo natural  
 del Duque.

FEDUAR. Tarde lo fuí.

Que si ha tomado de Otavia  
 Cesarino posesión,  
 ni quiero vida.

CASANDRA. En traición  
 tan grave el Duque se agravia.

FEDUAR. Casandra, ¿qué me ha valido  
 saber que del Duque soy,  
 cuando en tal estado estoy,  
 que no puedo ser creído?

¿Por dónde daré a entender  
 que ser su hijo es verdad?

CASANDRA. De Uberto la autoridad,  
 de más efeto ha de ser,  
 Mas quíerote aconsejar,  
 mi bien, por lo que te quiero;  
 que de mujer, y primero,  
 mucho suele aprovechar.

La verdad, que es oprimida,  
 vence al tiempo, y con vitoria  
 sale a recebir la gloria  
 de su virtud merecida.

Calla, hasta que esta verdad  
 triunfe del tiempo enemigo,  
 que basta aqueste testigo  
 para darte calidad.

FEDUAR. ¿Que calle?

CASANDRA. Sí, y que te guardes (1)  
 deste, hasta que llegue un día...

*(Suenan cajas dentro y sale UBERTO.)*

UBERTO. ¿No escuchas, Casandra mía,  
 las cajas destos alardes?

¿No sabes lo que ha pasado  
 en Mantua con Cesarino?

¿No sabes cómo ya vino  
 nueva de que le han negado  
 a Otavia el Duque traidor,  
 porque ha fingido que Otavia  
 con un secretario agravia  
 su mal estimado honor?

¿No sabes cómo se parte  
 el Duque a Mantua con gente?  
 ¿No sabes que soy teniente  
 de su bastón y estandarte?

(1) B: "nombre".

(1) B: "y que guardes".



¿No sabes cómo me vengo hoy a despedir de tí?

CASANDRA. Sé que sin dicha nació, pues a verte ausente vengo. Sé que no tendré más vida: sé que sin tus brazos quedo.

UBERTO. Hijo, sólo decir puedo, que me parto en tu venida. Aunque, a buen tiempo has venido, pues quedas para servir a Casandra.

FEDUAR. Antes he de ir contigo. Perdón la pido, y como a madre licencia.

UBERTO. De ninguna suerte puedes ir conmigo, y que te quedes es bien, mientras hago ausencia.

FEDUAR. ¿Quién te ha dado esos consejos? ¿Entre qué bárbaros pasa quedar los mozos en casa y ir a la guerra los viejos?

UBERTO. Hijo, cuando yo pudiera excusar esta jornada, la vuestra por esta espada, como era razón sirviera; mas siendo forzoso ir, no tenéis que replicar.

FEDUAR. ¿En casa me he de quedar?

UBERTO. Sí: que la habéis de regir. ¡Casandra!

CASANDRA. ¡Señor!

UBERTO. Advierte.

*(Hablan los dos aparte.)*

(No salga aquí, y, si me estimas a mí, procura darle la muerte. ¡Sácame de aquesta pena!

CASANDRA. Fía de lo que te adoro.

UBERTO. No tiene el mundo tesoro como una mujer que es buena.)

Hijo, a Casandra he rogado que te dé cuanto quisieres; su hijo y su dueño eres. Dios te ponga en alto estado. (Mas para que caigas dél.) Ahora bien, dadme esos brazos.

FEDUAR. Presto pagas los abrazos.

CASANDRA. ¡Ay, desventura cruel!

FEDUAR. De venir, yo te los di, y ya que te vas los doy.

UBERTO. Adiós.

FEDUAR. A tu lado voy.

UBERTO. No, que has de quedarte aquí.

*(Vase.)*

CASANDRA. El se fué.

FEDUAR. Vaya el villano, donde el primer arcabuz le prive de aquesta luz.

CASANDRA. En fin, que tu falso hermano no goza a Otavia.

FEDUAR. Así es.

CASANDRA. ¿Quién es este Secretario?

FEDUAR. ¡Ay, Casandra, el tiempo vario te dirá quién es después. Amor, que es profundo abismo, le hizo, como él no ve, tan ciego, que él mismo fué secretario de sí mismo. A sí mismo se escribía, su secreto le fiaba, porque él entonces pensaba que otro Feduardo había. Mas esto sabrás después; ¿qué te dijo con secreto?

CASANDRA. Que te matase.

FEDUAR. ¿A qué efeto?

CASANDRA. A efeto deste interés y asegurar tanto engaño (1); que tu muerte es el camino.

FEDUAR. ¿Sabe quién es Cesarino?

CASANDRA. ¡Ese es caso más extraño! Que también vive engañado, y al Duque por padre tiene.

FEDUAR. Casandra, a mí me conviene ser desta guerra soldado. Alistarme quiero en ella, mudando el nombre y guardarme deste infame, hasta vengarme.

CASANDRA. Llévame, mi vida, a ella, porque sirva de testigo con el Duque.

FEDUAR. ¿Podrá ser encubrirse una mujer?

CASANDRA. Yo iré como hombre contigo. Que pues para ti lo fui como amigo, y no mujer, quiero a tu lado perder la vida que te ofrecí.

(1) B: "daño".

FEDUAR. Bien dices. Toma un vestido,  
y tú y yo, y este criado,  
de quien la vida he fiado,  
que es español, y lo ha sido,  
nos podemos alistar.

CASANDRA. A tu lado he de morir;  
pero ¿quíeresme decir  
si te he sabido obligar?

¿Qué es aquello del Abismo  
de amor?

FEDUAR. ¡Celos!

CASANDRA. ¡Soy mujer!

FEDUAR. Conviéneme ahora ser  
Secretario de mí mismo.

(*Vanse. Sale un CAPITÁN y otro que alista, y gente de  
acompañamiento, y ponen un bufete con recado  
de escribir.*)

CAPITÁN. Llegad esa mesa.

ESCRIB. Quiero  
escribir estos soldados.

1.º ¿Hay juego?

TAMBOR. Aquí hay caja y dados.

(*Pónense a jugar los SOLDADOS y el TAMBOR.*)

2.º Yo tomo el dado primero.

CAPITÁN. No queda mozo en Milán  
que no vaya a esta jornada.

ESCRIB. La injuria obliga a la espada.

(*Salc un SOLDADO roto.*)

3.º ¿Quién es aquí el capitán?

CAPITÁN. Yo soy.

3.º Alistarme quiero.

CAPITÁN. ¿El nombre?

1.º Esta suerte paro;  
que perdiese aquel reparo.

¿Qué tiene aqueste dinero?

3.º Yo me llamo.

2.º ¡Azar!

1.º ¡Perdi!

CAPITÁN. Acabad, pues.

3.º Rodamonte.

CAPITÁN. ¿Por qué?

3.º Porque rodé un monte,  
en cuyo extremo nací.

CAPITÁN. Si las obras igualáis  
al nombre, Mantua es ganada.

3.º Mal conocéis esta espada.

ESCRIB. Escrito soldado estáis.

3.º Pues con su licencia voy  
a echar una suerte allí.

SOLD. 1.º ¿Que no hay un diez para mí?  
Al diablo los huesos doy.

2.º Más.

1.º Digo.

3.º ¡Yo topo aquí!

2.º Topé como ha de topar,  
pues allí tiene lugar,  
y no topé sobre mí.

3.º Yo puedo topar, si quiero.

2.º Con un poste, y con el diablo.

2.º ¡Hable más quedo!

3.º ¿Yo hablo  
con él? Que él no es caballero,  
sino él.

TAMBOR. ¿Que a uno salís?

1.º Haz de las suertes que suces.

3.º El no sabe que tres eles (1)  
son menudos de un mentís.

Pues meta mano el gallina.

CAPITÁN. Soldados, ¿dónde estoy yo?

2.º Este pazguato llegó,  
rodilla de la cocina

del Duque, y quiso parar  
por mis hombros.

3.º Yo soy...

CAPITÁN. ¡Quedo!

¡Por vida del Duque!

2.º ¿Puedo  
hablar?

3.º ¿Y yo puedo hablar?

(*Empuñan las espadas.*)

CAPITÁN. No haya más: bueno está así;  
¿aquí empuñan las espadas?

(*Salen FEDUARDO, GONZALO y CASANDRA, en hábito  
de hombre, con daga y espada.*)

CASANDRA. ¿Voy bien?

FEDUAR. Digo que me agradas.

GONZALO. ¿El Capitán está aquí?

FEDUAR. V[uestra] merced nos aliste.

CAPITÁN. Buenos dos mozos.

GONZALO. ¿Y yo  
no soy nadie?

CAPITÁN. ¿Por qué no?

FEDUAR. Calla ya; tu humor resiste.

ESCRIB. ¿Cómo os llamáis?

FEDUAR. Felisardo.

ESCRIB. ¿De dónde sois?

FEDUAR. De Cremona.

(1) B: "él sabe que aquestos eles".

CAPITÁN. El tiene gentil persona.  
 GONZALO. Sí, señor; soy muy gallardo.  
 CAPITÁN. No digo a vos.  
 GONZALO. Pues, ¿a quién?  
 CAPITÁN. A este soldado.  
 ESCRIB. ¿Qué nombre  
 tiene aquese gentil hombre,  
 que viene con vos también?  
 CASANDRA. Yo me llamo Doroteo.  
 CAPITÁN. ¿Qué buen talle!  
 ESCRIB. ¿Gentil brio!  
 GONZALO. ¿Que tan buen talle es el mío?  
 "Todos lo dicen y yo me lo veo."  
 CAPITÁN. No digo a vos.  
 GONZALO. ¿Pues a quién?  
 CAPITÁN. A aqueste galán soldado.  
 ESCRIB. ¿Qué nombre?  
 GONZALO. No lo he pensado.  
 ESCRIB. ¿Eso tenéis más también?  
 ¿Cómo queréis que os aliste?  
 GONZALO. Ponga que Alpiste me llamo.  
 ESCRIB. ¿Es pájaro vuestro amo?  
 GONZALO. Sí, señor, y soy su alpiste.  
 ESCRIB. ¿De qué nación?  
 GONZALO. Española.  
 ESCRIB. ¿Qué lugar?  
 GONZALO. Córdoba.  
 ESCRIB. ¿Bueno!  
 GONZALO. Bravas bestias hay de freno:  
 asnos hay también, mamola.  
 CAPITÁN. ¡Plaza! Su excelencia sale.  
 Dejad el juego.  
 1.º ¿Esto más?

(Salen el DUQUE FEDERICO, UBERTO y gente.)

FEDERICO. Esto, Uberto, le dirás,  
 y que el plazo no señale;  
 que no quiero desafío  
 en que su vida aventure,  
 y estime que le asegure  
 por bien deste estado y mío.  
 Ve delante, y juntamente  
 le di con la brevedad  
 que salgo de la ciudad:  
 vos haced marchar la gente.  
 CASANDRA. (Aqueste es tu padre.  
 FEDUAR. Uberto  
 me ha visto y repara en mí.  
 UBERTO. Feduardo viene aquí.)  
 CASANDRA. ¡Yo soy muerta!  
 FEDUAR. (¡Y yo soy muerto!)

UBERTO. ¡Ah, soldado!  
 FEDUAR. ¿Qué me mandas?  
 UBERTO. Oye aparte.  
 FEDUAR. Ya te escucho.  
 (Aparte los dos.)  
 UBERTO. Aunque te agradezco mucho  
 ver que entre las armas andas,  
 mejor, Feduardo, fuera  
 que con Casandra quedaras.  
 FEDUAR. No es justo que me dejaras  
 donde a una mujer sirviera,  
 hecho como ella, mujer,  
 cuando tú a la guerra vas.  
 (Yo quiero engañarle, mas  
 con la verdad ha de ser.)  
 Fuera de que hay una cosa  
 en que tú me has de ayudar.  
 UBERTO. ¿Cómo?  
 FEDUAR. A Mantua he de heredar,  
 y Otavia ha de ser mi esposa.  
 UBERTO. ¿Qué dices?  
 FEDUAR. Que fui, señor,  
 el secretario que estaba  
 con el Duque, y que ella amaba,  
 y con tu ayuda y favor,  
 pues mi hermano tiene estado,  
 yo tendré a Mantua.  
 UBERTO. ¿Que has sido  
 el secretario atrevido  
 que estas guerras ha causado?  
 FEDUAR. Sí, señor.  
 UBERTO. (¿Si lo diré  
 al Duque?... Pero es error;  
 no descubra su valor,  
 mejor es que en nombre esté  
 de mi hijo, y que, casado  
 con Otavia, a Mantua herede,  
 para que en su estado quede  
 del que le quito, pagado,  
 y será de aquesta suerte  
 más llano el bien que procuro,  
 pues mi conciencia aseguro  
 y libro de dalle muerte.)  
 Ve, Feduardo, a la guerra,  
 que bien parece ese brío  
 de un hombre que es hijo mío.  
 FEDUAR. Tal sangre este pecho encierra.  
 UBERTO. Sólo me parece bien  
 que aquí vayas disfrazado.  
 FEDUAR. Señor, el nombre he mudado.

UBERTO. Has acertado también,  
porque nadie sepa aquí  
que tú el secretario fui.

FEDERICO. Uberto, ¿no te partiste?

UBERTO. A aquel soldado le di  
para Casandra un recado.

FEDERICO. ¿Qué soldado?

FEDUAR. Yo, señor.

FEDERICO. ¡Buen mozo!

UBERTO. Tiene valor.

FEDERICO. De su buen tallo me agrado.

Denle, Uberto, una jineta;  
sírvanme de capitán.

UBERTO. ¡Qué mal mis negocios van!  
Cualquiera sombra me inquieta.

La sangre se ha confrontado,  
que son al fin verdaderas  
las almas; son bachilleras,  
ya deben de haberse hablado.)

Vámonos de aquí, señor.

FEDERICO. ¡Qué gentil mozo!

FEDUAR. Tu hechura  
soy.

FEDERICO. Dios te dé ventura,  
como muestras el valor.

(*Vanse todos. Asómase arriba OTAVIA y CELIA a una  
ventana.*)

CELIA. Desde esta ventana puedes  
mirar, Otavia, el alarde.

OTAVIA. Celia, de lo justo excedes.

CELIA. Sospecho, así Dios te guarde,  
que alegre de verle quedas;  
porque al Príncipe verás  
dejando la fama atrás  
de Alejandro y de Trajano,  
que excede, como el Troyano,  
los hombros de los demás.

OTAVIA. Celia, a quien no tiene gusto,  
el alegría entristece;  
sólo le alegra el disgusto,  
el mal justo le parece,  
y el bien le parece injusto.

Tú, que tienes a quien ver,  
baja a esas rejas a hacer  
ventana franca a tu amante,  
que a darme muerte es bastante  
cualquiera ajeno placer.

CELIA. Aunque te entristezca, llega;  
verás al fuerte escuadrón  
que las banderas despliega,

cubrir de un clarín al son  
la verde yerba a la vega.

Ven, que vienen tremolando  
los tafetanes, y dando,  
como la mar con espumas,  
mil visos las blancas plumas,  
tus libres ojos llamando.

OTAVIA. Déjame, Celia, que muero  
ausente de Feduardo,  
que volver a ver no espero.

CELIA. Mira el Príncipe gallardo,  
que más que a mis ojos quiero.

(*Sale un alarde de soldados con bandera y caja, y a  
la postre FABRICIO, el PRÍNCIPE con bastón, y el  
DUQUE RODULFO.*)

FABRICIO. Otavia está en el balcón,  
pero mirando a traición.

RODULFO. No mirará de otra suerte  
quien a traición dió la muerte  
a su fama y opinión.

PRÍNCIPE. Bella está. ¡por Dios, Otavia,  
aunque esta infamia la agravía;  
saber menos fuera bueno,  
porque yo siempre condeno  
que la mujer pique en sabia.

De parecer he mudado,  
y mi amor en Celia he puesto,  
en su pensamiento honesto  
la fe de que se ha privado.

(*Sale CAMILO.*)

CAMILO. El campo que Mantua mira  
y por donde el Mincio corre,  
el Duque haciendo, de ira,  
de Babilonia otra torre,  
rayos de soberbia tira.

Con su hijo se ha juntado,  
y a poner cerco se apresta.

RODULFO. El Duque viene engañado.

CAMILO. ¿Esta es la amistad propuesta?  
Que la palabra has quebrado  
viene diciendo a su gente.

RODULFO. Antes que batalla intente,  
vuelve, y di que hablarle quiero  
de paz, y que verle espero  
sobre esa famosa puente.

Que venga con gente igual.

CAMILO. Yo parto.

RODULFO. El amor pasado  
(*Vase.*)



me obliga.

PRÍNCIPE. Si de hacer tal  
ha de quedar más airado,  
pienso que lo piensas mal.

RODOLFO. Los romanos que en su tierra  
una guerra proponían,  
si quien los sigue no yerra,  
su protesta<sup>1</sup> hacían  
antes de empezar la guerra.

Yo, imitándolos, daré  
al duque satisfacción;  
después lo que debo haré.  
Marche, Arnaldo, el escuadrón.

*(Vanse marchando los soldados.)*

CELIA. Ya el Duque, Otavia, se fué.

OTAVIA. Vaya, que de su partida,  
Celia, ningún bien aguardo;  
sólo es bien que el cielo pida  
la vida de Feduardo,  
o que me quite la vida.

CELIA. ¿Piensas tú que le han de hablar?

OTAVIA. Si harán, para darme enojos.

CELIA. La mar le sabrá guardar.

OTAVIA. ¿Si le guardarán mis ojos,  
que se han convertido en mar?

*(Vanse y sale gente de guerra, el DUQUE FEDERICO,  
UBERTO, FEDUARDO, CASANDRA, de soldado; un CA-  
PITÁN, CESARINO y GONZALO, todos por su orden.)*

CESARINO.

No hice por tu gusto el desafío,  
ni ellos salieron a pedirme el guante.

FEDERICO.

Quiero que aguardes el castigo mío.

FEDUARDO.

¿En qué piensa parar este arrogante?

CASANDRA.

No es mucho que le dé su engaño el brío.

FEDUARDO.

A Uberto quiero hablar; no estés delante.

CASANDRA.

¿Qué le quieres decir?

FEDUARDO.

Cierto secreto.

CASANDRA.

¿Sabrélo yo?

FEDUARDO.

Después que tenga efeto.

¡Uberto!

UBERTO.

¿Qué me quieres?

FEDUARDO.

Hoy querría  
le Otavia conocer el pensamiento.  
Dame licencia que la suerte mía  
consiste en verla y en saber su intento.

UBERTO.

Mejor será mi propia compañía,  
a cuya sombra, amparo y fingimiento  
podrás hablarla, y verla.

FEDUARDO.

Si tú vienes  
conoceré el amor que a los dos tienes.

UBERTO.

Disfrazado podrás venir conmigo,  
y yo diré que llevo una embajada  
del duque Federico a tu enemigo (1),  
con que tendrás en su palacio entrada

FEDUARDO.

Eres padre, señor; eres amigo,  
que es más que padre. Adiós, Casandra amada.  
¡Gonzalo, ven conmigo!

GONZALO.

¿Dónde vamos?

FEDUARDO.

Donde la fe de una mujer veamos.

*(Vanse FEDUARDO, UBERTO y GONZALO.)*

CASANDRA.

Vuelve, mi bien, que sospechosa quedo  
deste fiero enemigo de tu vida.

CESARINO.

Ya que casarme, gran señor, no puedo  
con Otavia, a su honor tan atrevida,  
si al enemigo en la batalla excedo,  
hazme, señor, de la ciudad vencida;  
yo estaré en Mantua y tú en Milán, en tanto  
que dispone otra cosa el cielo santo.

FEDERICO.

Animoso parece el pensamiento,

(1) B: "duque Federico, su enemigo".

asi le acepte la fortuna varia;  
y pues no puede hacerse el casamiento,  
yo te doy la ciudad, si no es contraria.

(Sale CAMILO.)

CAMILO.

¡Gran Federico, gloria y ornamento  
de Italia! Siendo cosa necesaria,  
para romper la guerra juntamente  
saber la causa al tiempo que se intente,

Rodulfo, mi señor, dice que quiere  
sobre el puente mayor que el Mincio baña,  
de paz hablarte, y si tu gusto fuere.

FEDERICO.

Es de su pecho generosa hazaña.  
Dirásle, caballero, que me espere.

¿Qué gente de su campo le acompaña?

CAMILO.

Su hija, y desarmada alguna gente,  
que junto a la ciudad defiende el puente.

FEDERICO.

Pues dile que ya voy.

CAMILO.

Esto querría.

FEDERICO.

Si fué verdad que Otavia le deshonra...

CESARINO.

Temo que injusta fué la queja mía;  
que no me había de dar mujer sin honra.

FEDERICO.

Hablarle será bien en cortesía.

CESARINO.

Sin duda que fué cierta su deshonra.

FEDERICO.

Marche la gente, porque esté a la mira.

CESARINO.

Toca a marchar.

FEDERICO.

Perdiendo voy la ira.

(Vanse todos. Sale RODULFO, OTAVIA, CELIA y el PRÍNCIPE.)

OTAVIA. ¿Para probar tu opinión  
quieres que pierda la mía?

RODULFO. ¿No te parece razón?

PRÍNCIPE. Ya, Celia, ha llegado el día  
en que te tengo afición.

Y conociendo tu fe,  
y la deslealtad de Otavia,  
aborrécí lo que amé.

CESARINO. Vuelve amor por quien le (1) agra-  
como en tu ejemplo se ve. [vía.

OTAVIA. ¿Qué quieres probar conmigo?

RODULFO. Que mi palabra he guardado,  
dada y jurada a un amigo.

(Sale FABRICIO.)

FABRICIO. De Federico ha llegado  
un embajador conmigo.

RODULFO. Entre, y sepamos qué quiere.

(Salen UBERTO y FEDUARDO detrás, disfrazado con  
una capa con oro y sombrero con plumas, y GON-  
ZALO con él.)

UBERTO. Tu vida el cielo prospere.

RODULFO. ¿Qué quiere el Duque?

UBERTO. No vengo  
por él.

RODULFO. ¿Pues por quién?

UBERTO. Yo tengo  
que hablarte. Nadie se altere.

FEDUAR. ¡Cielos, mi Otavia está aquí!

RODULFO. ¿Es a solas?

UBERTO. Señor, sí.

FEDUAR. ¡Ay, mi Otavia!

OTAVIA. ¿Quién me nombra?

FEDUAR. ¡Fedeuardo!

OTAVIA. ¡Ay, cielo! ¿Es sombra?

FEDUAR. Sombra soy de aquel que fuí.

OTAVIA. Bien mío, ¿cómo has venido?

FEDUAR. Señora, por sólo verte  
me ha hecho amor atrevido.

UBERTO. Para que le des la muerte,  
adonde ves le he traído;  
no es codicia del dinero,  
que soy rico y no lo quiero.

RODULFO. ¿Que es éste aquel Secretario?

UBERTO. Elirme yo es necesario:  
habla, que afuera te espero.

(Vase.)

PRÍNCIPE. Breve la embajada ha sido.  
¿Es aviso que has tenido?

RODULFO. Y tan bueno que ha de ser  
paz de mi estado, y poner  
toda mi gente en olvido.

(1) T: "quien la".

¡Prendedme aqueste villano!

PRÍNCIPE. ¡Date preso!

FEDUAR. ¡Fuí vendido!

GONZALO. ¡Ah, Uberto! ¡Ah, cruel tirano!

RODULFO. ¿A mis ojos te has venido?

FEDUAR. Vi mi señelo en tu mano.

FABRICIO. ¡El Secretario! Por Dios,  
¿Quién te trujo?

FEDUAR. El no lo ser (1).  
porque en sabiéndolo dos  
no puede secreto haber,  
pues esto me trujo a vos.

RODULFO. ¿Quién es este?

GONZALO. Su criado  
soy; Gonzalillo, señor.

RODULFO. Hoy el cielo me ha vengado.

GONZALO. Un padre ha sido traidor  
a un hijo.

CASANDRA. El Duque ha llegado.

(Sale el DUQUE FEDERICO, CESARINO, CASANDRA y  
algunos criados.)

FEDERICO. De paz vengo como ordenas.

RODULFO. Yo también; tiempo ha venido  
que has de ver que me condenas  
sin culpa.

OTAVIA. ¡Ay, mi bien perdido!

CASANDRA. ¡No tengo sangre en las venas!  
¿Estás preso?

FEDUAR. Preso estoy.

CASANDRA. ¿Pues quién te ha vendido?

FEDUAR. Uberto.

GONZALO. Yo también, Casandra, estoy  
preso, y cerca de ser muerto.

CASANDRA. No harás, mientras viva soy.

RODULFO. ¡Noble Duque de Milán,  
un tiempo el mayor amigo  
que tuve! ¡Príncipes nobles,  
que venis con Federico!  
La palabra que di al Duque,  
por mi parte la he cumplido,  
si falto por la de Otavia,  
era mujer, pudo y quiso.  
Si intentas aquestas guerras  
porque desprecié a tu hijo,  
el secretario es aquel  
que eligió por su marido.  
Si Feduardo la quiere,  
no diga que se la quito,  
pues le doy juntos y presos

los que la culpa han tenido.

FEDERICO. ¡Esperad, Duque, por Dios!

Mancebo, ¿dónde te he visto?

FEDUAR. Tu capitán soy, señor.

FEDERICO. Pues ¿quién aquí te ha traído?

FEDUAR. Uberto por un engaño,  
porque de Uberto soy hijo.

CESARINO. Es verdad, hijo es de Uberto,  
por hermano le he tenido.

FEDERICO. ¿Dónde está Uberto?

GONZALO. Aquí viene.

(Sale UBERTO.)

FEDERICO. ¿Cómo a tu hijo has vendido,  
y le trujiste a la muerte?

UBERTO. ¿Yo, señor?

FEDERICO. Tú, pues.

RODULFO. Tú mismo.

FEDUAR. Yo que me fiaba dél,  
por ver a Otavia he venido  
a mi muerte, gran señor:  
un padre vende a su hijo.

FEDERICO. ¡Vive el cielo, que hay engaño!

CASANDRA. Licencia, señores, pido  
para decir la verdad  
y causa que le ha movido.

RODULFO. ¿Quién eres?

CASANDRA. Su mujer soy,  
pero no son hijos míos  
los que ves; otra que tuvo  
parió aquél, que es Cesarino;  
que este ilustre caballero  
que dicen que te ha ofendido,  
con nombre de Secretario  
es quien lo fué de sí mismo.  
Este, Duque, es Feduardo.

FEDERICO. Y éste ¿quién es?

CASANDRA. Cesarino.

FEDERICO. ¿Es esto verdad?

UBERTO. Señor,  
no perdón, la muerte pido.  
¡Hijo!

FEDUAR. ¡Mi padre y señor!

OTAVIA. ¡Esposo amado!

FEDUAR. ¡Amor mío!

RODULFO. ¡Yerno, hijo!

FEDUAR. ¡Padre y suegro!

PRÍNCIPE. ¡Celia mía!

CELIA. ¡Amado primo!

FEDUAR. Truéquese la guerra en paz.

RODULFO. Otavia, muy buen marido

(1) B: "el noble ser".

supiste escoger.  
 OTAVIA. Señor,  
 fué el alma quien me lo dijo.  
 FEDERICO. Fué Cesarino culpado.  
 CESARINO. Señor, inocente he sido,  
 mas cuando culpado fuera  
 deste notable delito,  
 perderte por padre a ti,  
 ¿no fué bastante castigo?  
 RODOLFO. ¡Bien dice; castiga a Uberto.  
 FEDERICO. A Feduardo remito  
 destos el castigo y premio.  
 FEDUAR. Oye, heroico padre mio:  
 porque Uberto me crió,  
 debo ser agradecido.  
 De Milán destierro a Uberto  
 con su hacienda y con su hijo:

¿Casandra, irás con él?  
 CASANDRA. No.  
 FEDUAR. Pues quédate en el oficio  
 de camarera de Otavia.  
 OTAVIA. Por amiga la recibo.  
 FEDUAR. ¿Al Príncipe, qué daremos?  
 PRÍNCIPE. Solamente a Celia os pido.  
 RODOLFO. Tuya es.  
 CELIA. Yo soy su esposa.  
 GONZALO. ¿Ya no es nadie Gonzalillo?  
 FEDUAR. Mi capitán de la guarda.  
 UBERTO. ¡Qué pago tan merecido!  
 FEDUAR. Aquí da fin Feduardo,  
*Secretario de sí mismo.*

FIN DE LA COMEDIA DEL SECRETARIO  
 DE SI MISMO



# LA SELVA CONFUSA

## COMEDIA FAMOSA<sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES<sup>(2)</sup>

|           |                          |          |
|-----------|--------------------------|----------|
| FELIPE.   | MARCIAL, <i>criado</i> . | OTAVIO.  |
| CARLOS.   | CELIA.                   | JACINTA. |
| LEONELO.  | FLORA.                   | OTÓN.    |
| FADRIQUE. | DUQUE DE MANTUA.         |          |

### ACTO PRIMERO

(*Salen FELIPE, CARLOS, LEONELO y FADRIQUE, de caza.*)

FELIPE.

Retírese la gente  
a la florida margen desa fuente,  
y pasemos la siesta  
en el eterno abril desta floresta.

FADRIQUE.

Aquí, que de esmeraldas  
ofrecen estas sombras  
colgaduras al monte, al valle alfombras,  
puedes sentarte, en tanto que amenaza  
el sol con saña ardiente.

FELIPE.

Noble ejercicio es éste de la caza.

(1) A: Parte XXVII, Barcelona, 1633. B: Parte XXIV, Zaragoza, 1633, con el título de *Selvas y bosques de amor*. C: Ms. autógrafo de Calderón, edición de Northup, en "Revue Hispanique", 1909, XXI, 156-158.

(2) Véase el principio de *Selvas y bosques de amor*, según el texto impreso en la parte XXIV:

"Comedia famosa de *Selvas y bosques de amor*, de Lope de Vega Carpio. Las personas que hablan en ella: Fadrique, Felipe, Carlos, Leonelo, El Duque de Mantua, Otón, Otavio, El Duque de Milán, Marcial, Flora, Jacinta, Celia."

CARLOS.

Hace robusto a un príncipe y valiente,  
y al caballo brioso  
le impone de una suerte,  
diestro, galán, y airoso,  
firme en la silla, en los estribos fuerte;  
las fuerzas cría y el temor destierra,  
y es, en efecto, imagen de la guerra.  
Mas, ¿qué venís hablando,  
todo hoy los tres a solas mormurando? (1)

(1) La comedia de Calderón principia de esta suerte:

"FELIPE. Pasemos los rigores de la siesta  
en el eterno abril de la floresta.

FADRIQUE. Aquí que de esmeraldas  
componen estas sombras  
colgaduras al monte, al valle alfombras,  
siendo en tantos colores  
gigante de zafir, pira de flores,  
pues, bello Adlante, hasta los cielos sube  
a convertirse ufano,  
sino en pardo dosel, en verde nube;  
templemos los ardores del verano  
en tanto que amenaza  
el sol con saña ardiente.

FELIPE. ¡Noble ejercicio es éste de la caza!

CARLOS. Hace robusto a un príncipe y valiente,  
y el caballo brioso  
le impone de una suerte  
ágil, galán y airoso;  
firme en la silla, en los estribos fuerte;  
las fuerzas cría y el temor destierra.  
FELIPE. Es, en efecto, imagen de la guerra,

LEONELO.

Ya es tiempo.

FELIPE.

¿Es tiempo, Conde?

CARLOS.

Sí; ¿qué esperas?

que es ver de un fuerte espín el erizado  
cuello, cuando derechas  
de las púas que vibra forma flechas  
siendo en batalla esquivas  
de su misma defensa aljaba viva;  
y cuando más cercado  
en el monte se mira  
de los hambrientos perros acosado,  
la presteza con que a uno y a otro tira,  
reparo haciendo del sutil colmillo  
cuyo marfil de Adonis fué cuchillo,  
y cuando más cobarde se retira.  
Que es de ver un lebrele que fatigado  
más veloz se provoca,  
rendido y no cansado,  
haciéndose mordaza de la boca,  
pues la lengua se muerde  
cuando las presas en el viento pierde  
y al fin que, perseguido,  
repararse pretende,  
aunque seguro mal, bien defendido,  
matizando las flores  
con la sangre y espuma de colores,  
pues por bocas y heridas de una suerte  
derrama copos y corales vierte.

FADRIQUE. ¿A quién no le divierte  
su lucha imaginada?  
¿A quién no da alegría?  
Pero a mí más me agrada  
en el aire veloz la cetrería.  
¿Qué iguala al ver la garza que altanera  
al cielo se levanta  
siendo en conquista tanta  
término fijo de una y otra esfera?  
Que entre el fuego y el viento  
corre, sin alterar el movimiento,  
cuando del aire en la región suprema  
bate las alas que en el fuego quema,  
y cuando más soberbia se remonta  
haciendo de su pluma al aire esmalte.  
¿Qué es ver un generoso girifalte  
nuevamente a la luz restituido  
conducirse atrevido  
a la garza y hacer en su porfía  
noble campaña la estación vacía  
cuando en admiración, grandeza suma,  
abrasada la pluma  
los dos con vuelo ciego  
rayos de pluma son, aves de fuego,  
hasta que al suelo bajan  
abatiendo a la tierra el vuelo altivo  
dos rayos, uno muerto y otro vivo?  
¿Y qué es ver de los vientos superiores

FADRIQUE.

¿Para qué es tiempo ya?

FELIPE.

Para que mueras.

FADRIQUE. Hermano, Carlos, Leonele (1),  
¿qué tirana furia es ésta?  
¿Pues para mí las espadas?  
¿Qué injusta cólera os ciega?  
¿Qué envidioso me persigue,  
para que desta manera  
toméis venganzas (2), no siendo  
vuestro agravio mi inocencia?  
¿En qué os ofende mi vida?  
¿Qué injusta pasión os fuerza? (3)  
FELIPE. Pues has de morir, escucha,  
para que la causa (4) sepas.  
Hijos del duque Fabricio,  
que los estados gobierna (5)  
de Milán, somos, y es bien  
que nuestra distancia adviertas.  
Un mismo padre nos dió  
un ser mismo, aunque en diversas  
madres, con tanta distancia  
como va de mala a buena.  
No es mucho que siendo hermanos,  
yo noble y tú infame seas,  
pues no es mucho que una causa  
tan varios efectos tenga (6).  
Hijo natural del Duque  
eres, que en una francesa

abatida la esfera  
viendo en ella volar la primavera,  
pues aves que la pueblan de colores  
flores de pluma son, aves de flores,  
llenándole confuso  
de alcotanes varios,  
de sacres, gerifaltes y neblías?  
¿Mas qué venís hablando  
todo hoy los tres a solas murmurando?

(1) B y C: "Leonele"; A: "Leonido".

(2) B: "venganza".

(3) B y C: "¿Qué injusto traidor os fuerza?"

(4) B: "las causas"; C: "la cosa".

(5) B: "gobiernan".

(6) C añade:

"Si a los rayos del sol ponen  
blando barro y dura cera,  
verás éste endurecerse,  
verás ablandarse ésta.  
¿Qué mucho, pues, que en los dos  
imprima una causa mesma  
en barro humilde tu infamia  
y en la cera mi nobleza?"

dama te tuvo mi padre,  
sin ser casado con ella.  
Muy noble dicen que fué:  
mas ¿qué importa que lo sea,  
si infames facilidades (1)  
disculpa mal la cabeza,  
antes la condena más (2);  
que la mancha más afea  
que en un paño más humilde  
en una muy rica tela?  
Después de tenerte a ti,  
casó con Julia, marquesa  
de Ferrara, madre mía,  
noble por él y por ella (3).  
El vulgo, siempre inconstante,  
que novedades desca,  
ha dado en quererte tanto  
que es en tu alabanza lenguas,  
y no por grandezas tuyas,  
como porque alguna estrella  
te ayuda, porque algo bueno  
en tu nacimiento tengas.  
Si haces mal a algún caballo  
te aplauden (4) de tal manera,  
que aun hacer mal haces bien (5).  
Si sales a la carrera,  
tú solo eres a sus ojos  
airoso y galán en ella.  
En máscaras y disfraces (6)  
siempre es la mejor tu empresa;  
en las justas (7) y torneos  
tu divisa es la más bella;  
en los festines, tus galas;  
en la corte, tus libreas;  
Admitido de las damas,  
y aún se que alguna desear,  
sabiendo que tengo puestos

(1) B y C: "si facilidad infame".

(2) B y C: "la descubre más".

(3) C añade:

"Murió, en fin, y nuestro padre  
quiere que a la corte vengas  
mudando el rústico ser  
que te dió una pobre aldea.  
Juntos nos hemos criado  
y con la misma grandeza.  
llamándote yo mi hermano  
como si en todo lo fueras."

(4) C: "aplaude".

(5) B y C: "que el hacer mal haces bien".

(6) B y C: "En máscaras disfrazadas."

(7) B: "tú las justas".

los ojos en su belleza.  
Esa sortija en que yo  
estoy esculpido, muestra  
mis celos y mis desdichas;  
yo la di a Jacinta bella (1).  
De todo aquesto ha nacido  
en mí envidia, en ti soberbia:  
¿un soberbio, un envidioso (2),  
adónde quieres que quepan?  
Estrecho es Milán, y el mundo  
es estrecho, y así es fuerza  
que el uno de los dos falte (3)  
y éste quiero que tú seas.  
Nuestro padre está muy viejo,  
y esperar su muerte engendra  
en mí un temor que han de hacerte  
de Milán su Duque.

FADRIQUE.

¡Cesa!

Deja de hablar en mi agravio (4),  
y permítele a mi lengua  
nobles disculpas, si acaso  
la misma voz no las niega (5).  
Hermanos somos, y yo  
concedo la diferencia:  
pero el caballo castizo  
hechura es de quien le engendra.  
No disculpo yo a mi madre,  
que una liviana flaqueza  
tan aborrecible es  
que hasta un hijo la condena (6).  
Pero si, como tú dices,  
fué tan noble, mal conciertan  
nobleza y facilidad;  
no es posible que así sea,  
que si es la unión de dos almas  
matrimonio en la conciencia,  
sólo saben él y el cielo  
si fué casado con ella.

(1) B y C añaden:

"Y a tanto extremo has llegado  
que la fama novelera  
el gallardo milanés  
te llama por excelencia.  
De aqueste aplauso ha nacido."

(2) A: "un soberbio y un envidioso".

(3) A: "de los dos sea".

(4) B y C: "el Duque de Milán."

FAD.

Cesa,

cesa de hablar en mi agravio."

(5) B y C: "no se niega".

(6) B: "que aun un hijo le condena"; C: "que aun un hijo la condena".

Mas viniendo a averiguar  
tu mal nacida sospecha,  
que engendrada de un temor  
es cobardía por fuerza,  
¿qué ambiciones viste en mí  
de adquirir infame hacienda?  
¿Qué Príncipes conjurados  
tengo para mi defensa?  
¿Con quién traté de tu agravio,  
o qué razones soberbias  
has oído en tu desprecio? (1)  
¿Qué armas previne en tu ofensa?  
Todos mis delitos son  
ser bienquisto: ¿quién creyera (2)  
que porque me quieran (3) todos  
un hermano me aborrezca?  
Pero hoy el mundo y tú mismo (4)  
mis desdichas considera,  
pues de los merecimientos  
hago agravios, formo ofensa (5).  
Como hermano te he querido,  
y si hoy el Duque muriera,  
hoy jurara yo el primero  
en tus manos la obediencia.  
Esto he dicho por dejar  
tu presunción satisfecha,  
y por volver por mi honor,  
mi lealtad y mi inocencia (6),  
mas no para que presumas  
que es el temor que me fuerza  
a darte satisfacciones,  
porque no es razón que tema  
a traidores declarados (7):  
antes de agora pudiera,  
pues que de cualquier fiara  
mil vidas si mil tuviera.

- (1) Los tres versos últimos faltan en B.  
(2) A, en lugar de estos tres versos últimos, sólo trae: "ser bienquisto. ¿Quién creyera...?"  
(3) B: "quieren".  
(4) B: "hoy el mundo y tú mismo".  
(5) A: "firmo ofensas".  
(6) B: "mi lealtad e inocencia".  
(7) Los cuatro versos siguientes faltan en B. En C dice:

"traidores tan declarados (\*)  
antes de agora pudiera,  
pues de cualquiera fiara  
mil vidas, si mil tuviera.  
Mirad de quién. ¡Oh, felice  
mil veces aquel que llega."

(\*) "destarados" leyó erróneamente Northup.

¿Para aquesto fué la caza?  
¡Venturoso aquel que llega (1)  
a conocer su enemigo!  
Mas la natural defensa  
me obliga a que de los tres  
como pueda (2) me defienda.  
Tres sois, y para traidores  
sois muy pocos.

CARLOS.  
FELIPE.

¡Muera!  
¡Espera!

¿Qué mayor testigo quieres  
de tu arrogancia y soberbia,  
pues solo y en este monte  
de tres defenderte piensas?  
Pero porque mi intención  
declaradamente veas  
que no es matarte, mas sólo  
asegurar mi sospecha,  
la vida que no te quito  
te doy; no quiero que mueras,  
sino que dentro de un día  
dejes de Milán la tierra.  
Pasa a otros reinos, adonde  
tan grande ventura tengas,  
que vengas a ser señor  
por tus armas y tus letras,  
que yo te doy mi palabra (3)  
de darte ayuda en las guerras,  
darte crédito en las paces,  
y para todas mi hacienda.  
Déjame en Milán seguro.

FADRIQUE. Mejor, Felipe (4), dijeras  
"Parte seguro, que yo  
lo iré, pues que tú lo quedas.  
Mas, ¿quién ha visto que pida  
seguridad tan incierta  
el traidor al que es leal,  
la malicia a la inocencia?  
Yo me iré, no porque pienses  
que ejecuto tu obediencia,  
sino por huir de ti.  
y plegue al cielo que pueda:  
que de un traidor poderoso  
mal se puede hallar defensa (5),  
desde los brazos del sol  
hasta el centro de la tierra.

- (1) B: "¡Oh, feliz aquel que llega."  
(2) C: "como puedo".  
(3) B y C: "que mi palabra te doy".  
(4) B: "Felipe"; C: "Filipo".  
(5) B y C: "mal podré tener defensa".



Mas sólo el que es bien nacido  
quiero que en los dos adviertas:  
yo, que no busco venganzas (1);  
tú, que traiciones intentas (2).  
Un día me das de plazo;  
no le quiero, porque sepas  
que no he de vivir un día  
volviendo atrás la cabeza.  
Porque viviendo contigo  
era ya, Felipe, fuerza (3)  
vivir mirando tus manos,  
morir guardando tu lengua (4).  
Desde aquí me tengo de ir,  
no cargado de riquezas,  
que las del propio valor  
son más estimadas prendas.  
Y tanto, que este vestido  
no he de llevar, porque veas  
que aun el vestido no llevo  
despedido (5) de tu tierra.  
Sólo aquí esta espada elijo  
por mi amparo y mi defensa;  
mas no yendo tú tras mí,  
aun voy seguro sin ella.

(Vase.)

FELIPE. ¡Gran valor muestra! (6)  
CARLOS. No sé  
si en dejarle vivo aciertas.  
LEONELO. A un poderoso señor (7)  
dale muerte y no le ofendas.  
CARLOS. Como un loco va arrojando  
los vestidos por las selvas.  
LEONELO. Así dirá su traición.  
FELIPE. ¡Ay, Carlos! ¡Bien me aconsejas!  
¡Bien me aconsejas, Leonelo! (8)

(1) B: "que yo no busco venganzas".

(2) C añade:

"El que por si mismo es noble  
sólo este nombre merezca,  
que no excede la heredada  
a la adquirida nobleza."

(3) Así en B y C: en A: "era, en Felipe, ya fuerza".

(4) Así en B y C A: "morir mirando tu lengua".

(5) B, "adquirido"; C: "adquirido".

(6) Dele aquí hasta acabar la acotación siguiente,  
falta en B: C sustituye el último verso así:

"¡Adios Jacinta!

CAR. No sé"

(7) C: "Aun, poderoso señor", por error de lectura y puntuación de Northup.

(8) En lugar de este verso, C dice: "No es tarde para matarle."

Seguidme los dos, y muera.

(Vanse, y sale FADRIQUE sin el vestido, con la espada desnuda.) (1)

FADRIQUE. Porque, pasando adelante (2),  
atrás mi valor no vuelva,  
no busco mejor camino  
que el de estas partidas peñas,  
por cuyas cavadas grutas  
el Po despeñado entra.

(Salen los tres.)

FELIPE. ¡Matadle!

FADRIQUE. ¿Ya te arrepientes?  
¿Este instante aún no me dejas  
de vida para quejarme?

FELIPE. Fadrique, tu muerte es cierta.

FADRIQUE. Aún me cerró la fortuna  
camino por donde pueda  
huir: si al río me arrojo,  
¿no es desesperación ésta,  
cuando tan cierto peligro  
dejo por la contingencia?  
Aunque el cuerpo al agua arrojo,  
Jacinta, el alma te queda.  
Dame corriente sepulcro,  
aguas, en las ondas vuestras;  
no viva en la tierra yo,  
y en vuestras espumas muera.

(Vase.)

LEONELO. ¡Qué gran valor ha mostrado! (3)  
CARLOS. ¡Gran resolución es ésta! (4)  
LEONELO. Ya desde aquellos peñascos  
hasta el río se despeña.  
CARLOS. Morirá del golpe.

(1) C: ("Vanse. Sale FADRIQUE.")

(2) Este pasaje lo resume B así:

"Porque, pasando adelante,  
atrás mi valor no vuelva,  
no busco mejor camino  
que el de esta partida Peña,  
por cuya cavada gruta  
el Po, despeñado entra:  
y aunque el cuerpo al agua arrojo,  
Jacinta el alma te queda.  
Dame, corriente, sepulcro,  
fortuna, en las ondas vuestras;  
no viva en la tierra yo,  
y en vuestras espumas muera."

(3) A: "has mostrado".

(4) En lugar de los cuatro versos siguientes, B trae estos dos:

"Morirá de la caída;  
de su desdicha me pesa."

FELIPE. Ya  
de su desdicha me pesa.  
¡Ay, Fadrique, yo te he muerto!  
¿Qué habemos de hacer?

CARLOS. Que sea  
nuestra mentira verdad,  
y la necesidad fuerza.  
Decir al Duque que yendo (1)  
con una veloz carrera  
en un caballo, cayó  
desde aquestas mismas peñas.

FELIPE. La verdad, Carlos, es esa;  
pues corriendo su fortuna,  
hoy mi envidia le despeña.

(*Éanse, y sale MARCIAL, criado.*) (2)

MARCIAL. ¡Oh, -desgraciado mancebo! (3)  
¡Quién en sus brazos te diera  
favor contra la fortuna  
y contra las aguas fuerza!  
Perdona si cuando vi  
a tu pecho las opuestas  
espadas, que dió la envidia,  
no me atreví a tu defensa.  
Sabe el cielo si mi pecho  
escudo a sus golpes fuera;  
mas a golpes de fortuna  
no hiciera yo resistencia.  
Desesperado, a las ondas  
te arrojaste; yo siguiera  
tus pasos; mas no son pasos  
los que vas dando por ellas.  
Este caudaloso río  
divide diversas tierras:  
éstas son del de Milán,  
del Duque de Mantua aquéllas.  
¡Oh, si los cielos piadosos  
darte paso permitieran,  
para que de esotra parte  
vida a lo menos tuvieras! (4)

(1) B y C: "yendo"; A: "huyendo".

(2) B y C: (*Éanse, y sale MARCIAL, criado de FADRIQUE, como que lo ha visto.*)

(3) B: "¡Oh, mancebo generoso." C añade:  
"a cuya noble grandeza  
aún es limitado acento  
la fama, haciéndose lenguas".

(4) B y C añaden:  
"¡Oh, si de los pescadores,  
que en breves vasos navegan  
este piélago, ayudado  
milagrosamente fueras!"

¿Qué he de hacer? ¿Dirle al Duque  
esta traición? Pero cesa,  
lengua, porque del hablar (1)  
resultan mayores penas.

(*Éase, y salen CELIA y FLORA, de caza.*) (2)

CELIA. ¿No te divierte este prado,  
que, matizado de flores,  
en variedad de colores  
es de los cielos traslado?

Di, ¿no te causa alegría? (3)

FLORA. Antes pensar; en su gusto  
aumenta más mi disgusto.

CELIA. ¡Extraña melancolía!

Efetos son de quien ama;  
sin duda que quieres bien.

[Dime, por tu vida, a quién.]

FLORA. Escúchame, pues la fama,

(1) A: "lengua, que del hablar".

(2) B y C: "*vestidas de caza.*"

(3) B, en lugar de este pasaje, dice:

"es un hermoso dechado  
del cielo, porque sus bellas  
plantas forman deleitosas  
un laberinto de rosas  
como en el cielo de estrellas?

¿Aquesta boca, por donde,  
dividiéndose a pedazos,  
el Po, dilata sus brazos,  
y en esas peñas se esconde,  
no te causan alegría?

FLORA. Antes pensar en su gusto  
aumenta más mi disgusto.

CELIA. ¡Extraña melancolía!

Desde la Corte veniste  
a esta selva donde estás,  
para divertirme, y más  
parece que estás más triste.

Efetos son de quien ama;  
sin duda que quieres bien.

Dime, por tu vida, a quién.

FLORA. Escúchame, pues la fama..."

En C el pasaje se amplía un poco más:

CELIA. "¿No te divierte este prado  
que matizado de flores  
en variedad de colores  
es un hermoso dechado  
del cielo, porque sus bellas  
plantas forman deleitosas  
un laberinto de rosas,  
como en el cielo de estrellas?  
¿No te alegran estas fuentes  
dulces por lo lisonjeras,  
suaves por lo parleras  
y ingratas por sus corrientes?  
¿No te da gusto este monte

Celia, que ocupa veloz  
los ecos más escondidos,  
tal vez tocó a mis oídos  
con acentos de su voz;  
porque por diversos modos,  
de enfadosa (1) o lisonjera,  
es la fama pregonera  
espíritu que habla en todos.

A mis oídos llegó  
el nombre de un caballero,  
que decirte que le quiero  
fuera hacerme ofensa, yo.

Mas aunque (2) te lo dijera,  
nada, Celia, aventurara,  
pues lo que a mí me agraviara  
a mí me lo agradeciera (3).

a quien el sol de sus lumbres  
corona las altas cumbres  
términos deste horizonte,  
pues al descubrir su coche  
y al venir la noche fría  
es atalaya del día  
y sepulcro de la noche?

¿Aquesta boca por donde  
dividiéndose a pedazos  
el Po dilata sus brazos  
y en esas peñas se esconde,  
no te causan alegría?

FLORA. Antes pensar en su gusto  
aumenta más mi disgusto.

CELIA. ¡Extraña melancolía!

Desde la corte veniste  
a esta selva donde estás  
para divertirte, y más  
parece que a estar más triste.

Poco, señora, te debo,  
pues tanto de mí has guardado  
este secreto cuidado,  
y a preguntar no me atrevo  
de qué procede el rigor  
que te aflige. Y si no fuera  
atrevimiento, dijera

Flora, que tienes amor;  
que un continuo suspirar,  
un abrasado sentir,  
un siempre mudo decir  
con un parlero callar,

efectos son de quien ama.  
Sin duda que quieres bien;  
dime, por tu vida, a quién.

FLORA. Escúchame, pues la fama..."

(1) B y C: "o enfadosa".

(2) B y C: "Pero aunque."

(3) C añade esta redondilla:

"Al fin su opinión es tal  
que si no le quiero bien,  
Celia, porque no sé a quién,  
sé que no le quiero mal."

Esto basta que te diga;  
ni aun esto pensé decir (1).

CELIA. Sí; pero a tanto sentir,  
¿qué causa, Flora, te obliga?

FLORA. ¡Qué mal mi disgusto ves!

CELIA. Saber lo demás espero.

FLORA. Sabrás que este caballero  
don Fadrique Sforzia es,  
que del Duque de Milán  
es hijo; y de dos que tiene  
al otro el estado viene,  
y aquí mis penas están (2).

Darme estado (3) ha pretendido  
mi padre, y de aquestos dos  
el que yo aborrezco, ¡ay, Dios!,  
me ofrece para marido.

Para cuyo triste efeto,  
o para que muera yo,  
Otón a Milán partió  
con tal recato y secreto.

Dicen que es Filipo un hombre  
cruel, soberbio y tirano,  
y que, al contrario, es su hermano  
de apacible fama y nombre (4).

Mira si causa he tenido,  
Celia, para congojarme:  
quiero a otro sin casarme  
y aborrezco a mi marido.

(Dentro FADRIQUE.)

FADRIQUE. ¡Ay de mí!

FLORA. ¡Infelice suerte! (5)

(1) B y C: "y esto aun no pensé decir".

(2) C añade:

"Porque aunque nombre te dan  
de natural, se casó,  
cuando su madre moría,  
con ella el Duque, y tal día  
legitimado quedó.

Esto a mí me importa poco;  
mas porque mi suerte veas,  
Celia mía, y porque creas  
las desventuras que toco."

(3) B: "esposo".

(4) Esta redondilla falta en B.

(5) B: "infeliz suerte". C cambia la escena de  
esta suerte:

("EL DUQUE DE MATUA, dentro.)

DUQUE. ¡Gran desdicha! ¡Infeliz suerte!

Socorredme, pescadores,  
a quien en tantos rigores  
está bebiendo su muerte.

(Sale alborotado.)

FLORA. ¿Qué es esto?

Allí un hombre agonizando,  
con el agua peleando  
está el bien y la muerte.

Y cuando a hablar se provoca,  
apenas el labio mueve,  
cuando por viento agua bebe,  
que es mordaza de su boca.

CELIA. Ya de una ola arrojado  
en la arena ha parecido,  
de la espuma producido,  
en las ondas engendrado.

FLORA. Y ya nadando en el suelo  
parece que vuelve en sí.

CELIA. ¡Qué gran lástima!

(Sale mojado.)

FADRIQUE. ¡Ay de mí!

FLORA. ¡Qué pena!

FADRIQUE. ¡Válgame el cielo!

FLORA. Mil parabienes le doy

DUQUE. ¡Acudid volando  
con las alas de los remos,  
que en los últimos extremos  
está un hombre agonizando!  
Ayudadle, pues.

FLORA. ¿Qué es esto?  
¿Qué tienes, señor?

DUQUE. ¡Ay, Flora!  
Un hombre se ahogaba ahora,  
y si no le acuden presto  
morirá en las ondas.

(OTAVIO sale.)

OTAVIO. Ya  
dos pescadores llegaron,  
que helado el cuerpo sacaron;  
y, aunque sin sentido está,  
parece que agradecido  
humilde sus plantas toca.

(Sacan dos pescadores a FADRIQUE desnudo y como  
que sale (\*) del agua y échale en el suelo.)

PESCADOR. Ponelde abajo la boca,  
volverá lo que ha bebido.

PESC. 2.º Echalde en aqueste suelo.

FLORA. ¡Qué gran lástima, ay de mí!

DUQUE. Parece que vuelve en sí;  
cubríle.

(Pónenle una capa.)

FADRIQUE. ¡Válgame el cielo!

FLORA. Mil parabienes me doy  
de su vida, porque hacía  
mayor mi melancolía  
su desdicha."

de su vida, porque hacía  
mayor mi melancolía  
su desdicha.

FADRIQUE. ¿Dónde estoy?

¿Qué tierra es esta que veo,  
o qué cielo es el que miro? (1)  
Que pues ángeles admiro,  
con justa causa lo creo (2).

¿Sois al que he de agradecer  
la piedad de haberme dado  
la vida y quien me ha sacado  
aquí?

FLORA. Quien desea saber (3)  
quién eres, y qué importuna  
suerte infeliz te ha traído  
al teatro donde has sido  
tragedia de la fortuna (4)  
o parto del Po.

FADRIQUE. Diré  
mi infeliz suceso cuando  
sepa a quien estoy hablando;  
porque mientras no lo sé  
a decirlo no me atrevo,  
señora, porque no es bien  
que hable sin saber a quién,  
y el decoro que le debo.

FLORA. Duquesa de Mantua soy.  
No te levantes. ¡Responde!

FADRIQUE. Bien dices, que no hay adónde  
mientras que a tus pies estoy;  
mas déjamelos besar.

FLORA. No has de levantarte. Di (5)  
tu nombre y tu patria (6).

FADRIQUE. (Aquí  
quien soy me importa callar.)

(1) C: "¿Qué cielo es este que miro?"

(2) C: "en justa causa lo creo".

(3) Así en B. En A: "la vida, a quien me ha  
sacado aquí." "FLOR. Y quien desea ver." En C: "la  
vida? ¿Quién me ha guiado aquí?" "FLOR. Quien  
desea saber."

(4) C, en lugar de estos dos versos, como sigue:

"ejemplo de la Fortuna.

OTA. (Flora quedaba con él.)

DUG. (Gran ventura fué que a nado  
saliese.)

FLO. Pues has llegado  
airoso, la suerte cruel  
que aquí te trujo...

FAD. Diré..."

(5) B: "si es que este bien merecí".

(6) C: "tu nombre sentado".

(\*) Northup leyó: "como queja del agua".



(Salen el Duque y Octavio.)

OCTAVIO. Flora quedaba con él.

DUQUE. ¡Gran ventura fué que a nado saliese!

FLORA. Pues has llegado, oye su suerte cruel (1).

FADRIQUE. Milán, señora, es mi patria (2), aunque en ella humilde y pobre; mis bienes son mi fortuna y el Desdichado mi nombre; y tanto este nombre ha sido a mis sucesos conforme, que aunque pretendo callarle, mi estado lo dice a voces. Humildes padres me dieron limpio origen, si no noble, en cuyo amparo viví, en tanto que de arboles (3), renovándose en su fuego fénix de sus resplandores, doce veces coronó el sol a los signos doce. Sin padre entonces quedé, heredando (4) sólo entonces un barco, pobre aun de remos (5), de dichas y de favores. Con éste mi padre andaba, entre otros pescadores, que labradores del agua la labran cuando la rompen; pues en mal formados surcos (6), que dejan (si en ella corren) sembrando sutiles redes el fruto en ramas cogen (7). Con él heredé el oficio; ¡mil veces infame el hombre que a sí mismo se sujeta,\* esclavo de lo que come! Avicindado en el agua viví (8) sus ondas veloces

de un leño conductor, alma de un robusto roble (1). Hoy que más sereno el día prometió gustos mayores, fié al agua mis deseos, al viento mis presunciones; mas quien del viento se fía con locas satisfacciones, su misma facilidad, no la de sus cursos llora (2). Al tiempo (3), pues, que este río en sí mismo se recoge (4), dejando llena la arena de conchas y caracoles, un ignorado raudal (5) me arrebató en sus disformes corrientes, sin que los remos resistieran sus rigores. Dejéme llevar del curso, trocado el esfuerzo en voces; mas voces de un desdichado (6) aun el viento no las oye. Arroje al agua el vestido, y de mis humildes dones sólo reservé esta espada, propia inclinación del hombre (7). A discreción de las ondas llegué a unos peñascos, donde en breves pedazos vi dividido (8) el barco pobre. ¡Oh, rigurosa fortuna! ¿qué trofeos te propones? ¿Qué victorias te prometes? ¿Qué alabanzas? ¿Qué blasones? (9) En un rendido te vengas; infame es tu acción, no noble. Mas, ¡ay!, que humildes ruínas ensayo (10) son de tus golpes. Luchando con la corriente quedé vivo barco entonces, haciendo remos los brazos

(1) B: "oirás su suerte cruel".

(2) Desde la acotación anterior hasta este verso, falta en C, que lo ha puesto antes.

(3) Northup leyó: "en areboles", en C.

(4) B: "heredado".

(5) B: "un barco, aun pobre de remos".

(6) C: "sulcos".

(7) Los cuatro últimos versos faltan en B. En C, los dos últimos versos son:

"sembrando engañosas redes,  
escamado el fruto cogen."

(8) B: "bebí".

(1) C: "robre".

(2) Los cuatro últimos versos faltan en B.

(3) B: "Y al tiempo".

(4) B y C: "segunda vez se recoge".

(5) A: "un indigno caudal".

(6) B y C: "del desdichado".

(7) B: "propia condición del noble".

(8) B: "dividiendo".

(9) B: "¿qué adjudicas? ¿Qué blasonas?" C: "¿Te adjudicas qué blasones?"

(10) B y C: "ensayos".

y los ojos dos faroles;  
montes de agua era las ondas (1),  
siendo ya mis miembros topes,  
apenas faldá de uno,  
cuando cumbre de otro monte.  
¡Cuántas veces, ya rendido,  
dejé al agua las acciones (2),  
y el desco de vivir  
me otorgó fuerzas mayores!  
Nadando, pues, en veneno,  
que bien merece este nombre  
quien dió bebida a la muerte (3),  
llegué a esta orilla (4), adonde  
hallé en tu piedad asilo,  
en tu nobleza favores,  
amparo en tus nobles manos  
y vida a tus plantas nobles (5).

FLORA. Con razón me ha enternecido (6)  
tu relación lastimosa.

¡Oh, fortuna rigurosa,  
que con un pobre lo has sido!  
¿Piensas otra vez volver  
a vivir la espuma fiera? (7)

FADRIQUE. No, señora, hasta que adquiriera  
más fuerzas y más poder.

Madre del hombre es la tierra,  
huír el peligro conviene,  
pues el que madre no tiene  
en no asegurarse yerra.

porque, en fin (8), está violento  
y sujeto a una traición.

FLORA. Pues, ¿quién los traidores son

(1) B y C: "olas".

(2) C: "di a la muerte mis acciones".

(3) C: "quien dió, bebida, la muerte".

(4) B: "a nuestra orilla"; C: "a aquesta orilla".

(5) B y C: "en tus plantas nobles".

(6) B y C: "¿A quién no le ha enternecido."

(7) B: "a beber la pena fiera?"—En C se amplía  
el pasaje en esta forma:

"¡Oh, fortuna rigurosa,  
que con un pobre lo has sido!

¡Un barquillo no perdonas!

Mas golpes ejecutados  
en tan humildes estados  
amagos son de coronas.

FADRIQUE. Antes pienso que asigura  
su misma inconstancia así,  
pues quebrando el golpe en mí,  
la corona está segura.

DUQUE. ¿Piensas otra vez volver  
a vivir la espuma fiera?"

(8) B y C: "al fin".

en el río?

FADRIQUE. El agua y viento.

FLORA. ¿Traidores son?

FADRIQUE. ¿Qué mayores  
que los míos, pues se pagan  
de hacer mal, pues cuando halagan  
hacen sus penas mayores? (1)

El día más claro es  
el de mayor tempestad,  
que llaman (2) con amistad  
y se declaran después (3).

DUQUE. O tu término o tu estado  
de suerte me ha enternecido,  
que con piedad me ha movido  
y con valor (4) me ha obligado.

Aquí entre el Po y el Rin ten-  
[go (5),

murados de agua y jazmines,  
unos hermosos jardines,  
donde a divertirme vengo.

Y si en tanto que destierra  
tu pecho el temor que fragua,  
cansado de labrar agua  
quisieres labrar la tierra,

porque más seguro estés,  
en este ameno lugar  
te puedes ahora (6) quedar.

FADRIQUE. Dame, gran señor, tus pies;  
que aquí esperaré que amanse,  
a sombra de tu favor,  
de mí desdicha el rigor (7).

(Vase.)

DUQUE. Llevalde donde descanse.

CELIA. ¿En qué estás imaginando?

¿De qué estás tan divertida?

Ese sentimiento olvida.

FLORA. ¿No sabes que estoy pensando,

(1) B: "que los míos, pues le pagan  
de hacer mal, y cuando lo hagan  
son sus entrañas peores".

C: "que los míos, pues se pagan  
de hacer mal, y cuando halagan  
son sus entrañas peores".

(2) B: "llama".

(3) B y C: "para vengarse después".

(4) B: "con razón".

(5) B: "Porque el río Po lo tengo  
murado de agua y jazmines,  
con unos yermos jardines."

(6) A: "agora".

(7) B y C: "de la fortuna el rigor".

Celia, que no es este hombre,  
como él dice, pescador,  
sino hombre de más honor (1),  
de más calidad y nombre?

En Fadrique hablando estaba  
amor, que en mi pecho ha sido  
antes muerto que nacido,  
cuando la tormenta brava  
puerto en esta orilla halló (2),  
y este hombre desdichado  
el retrato imaginado  
de mi memoria borró.

Y a su presencia mudado (3),  
mil veces me parecía  
que era el mismo que tenía  
en la idea imaginado (4);  
y consultando el rigor  
que en tan grande extremo ves,  
o éste es Fadrique, o es (5)  
a quien yo he tenido amor.

CELIA. ¿Eso dices? Pues es bien  
que acredites tal sospecha.

FLORA. Sí, Celia, pues ya estoy hecha  
a amar sin saber a quién.

CELIA. Tu grande melancolía  
casi en locura ha parado.

FLORA. ¿Tú, Celia, no has reparado  
su lenguaje y cortesía?

¿Tú no advertiste que cuando  
helado y muerto salió,  
lo primero preguntó [do?,  
quién era al que estaba (6) hablan-  
resolviendo el modo en todo (7)  
que al lenguaje le conviene,  
pues el rústico no tiene  
diferencias, que de un modo (8)  
habla siempre.

CELIA. A tu argumento  
está, Flora, respondido:  
un bruto es agradecido;

(1) B: "valor".

(2) C: "puesto en esta orilla halló  
de este hombre desdichado".

(3) B: "Y a su presencia he llegado." Northup  
leyó: "la su presencia", por "y a su presencia".

(4) B y C: "en la idea dibujado".

(5) B: "el mismo Fadrique es"; C: "este es Fa-  
drique, o es".

(6) B: "el que estaba".

(7) B y C: "y esto viendo el modo en todo".

(8) B: "diferencia.—CEL. A tu argumento".

y del agradecimiento  
fué esta pregunta engendada (1).

FLORA. Sí, mas (2) en tan gran tormenta  
no hacer de otra cosa cuenta  
sino de sólo la espada,

no es humilde inclinación  
sino de pecho (3) brioso,  
más noble y más generoso.

CELIA. ¡Oh, qué bárbara opinión! (4)  
¿Qué mucho que se inclinase  
a la espada, que es acción  
propia del hombre?

FLORA. Razón  
tienes en aqueso (5), pase;  
mas la sortija del dedo  
con un extremado engaste...

CELIA. ¡Qué despacio le miraste!  
Ya responderte no puedo (6).

FLORA. ¡Y tan dulces las razones!  
¡Las penas tan declaradas!  
¡Las palabras tan cortadas! (7)  
¡Tan medidas las acciones!

¡Aquel callando decir!  
¡Aquel con valor llorar!  
¡Tan a tiempo el suspirar,  
disimulando (8) el sentir!

Quejarse (9) de la fortuna  
ningún hombre humilde sabe,  
porque en su pecho no cabe  
sino una queja importuna,

(1) A: "fué esta respuesta engendada". B: "fué  
esa pregunta excusada".

(2) B y C: "Sí, pero en."

(3) B: "despecho".

(4) B y C añaden estas dos redondillas:

"pues la inclinación no fué  
de la sangre procedida,  
que es negada o concedida  
de la estrella. ¿No se ve  
al más honroso ejercicio,  
tal vez un pobre inclinado  
como el más noble y honrado  
tal vez entregado al vicio?"

(5) B y C: "aquesto".

(6) B y C añaden:

"Pero disculparlo puedo  
con decir que la compró  
por cosa menos pesada;  
que quien siempre al agua nada  
tales prendas procuró."

(7) A: "trocadas".

(8) Northup leyó en C: "vi simulando".

(9) A: "quejasse".

llorada rústicamente.

CELIA. Con el viento el mar se altera,  
con causa brama una fiera,  
que toda su pena siente;  
el agua a una piedra ablanda (1).

FLORA. ¿No sabes lo que sospecho?

CELIA. ¿Qué?

FLORA. Para rústico pecho  
muy delgada era la holandá.

(*Vanse, y salen CARLOS, FELIPE y LEONELO.*) (2)

FELIPE.

¿Y mi señor el Duque?

FABRICIO.

Cuando advierto (3)  
tu turbación, no sé qué es lo que arguya  
que ha sucedido; que del daño cierto  
e incierto de la causa, estoy dudoso.  
¡Habla; prosigue, pues!

FELIPE.

¡Fadrique es muerto,  
por quitar de la duda el fin penoso!

(1) B y C: "el agua una piedra ablanda".

(2) C: (*Vanse y sale el Duque DE MILÁN, FABRICIO, OTÓN y acompañamiento.*)

FABRICIO.

"Dirásle, Otón, al Duque cuánto estimo  
esta elección que de Filipo ha hecho,  
y que en el alma su memoria imprimo;  
y porque quede en todo satisfecho,  
que con la ejecución del casamiento  
he de decir lo oculto de mi pecho.

No muestro en las palabras el contento  
y Filipo en extremos le mostrara,  
si de la caza el fin siempre sangriento  
para acciones tan propias le dejara.  
En ella ocioso se divierte ahora,  
inadvertido de merced tan rara,  
con Fadrique, su hermano, porque ignora  
la ventura de bien tan soberano.  
Mas en su nombre a la divina Flora.  
¡oh, noble Otón, le besaréis la mano!

OTÓN.

Y ahora en el mío de besar la tuya,  
pues en esta ocasión tanto honor gano,  
esta unión quiera el cielo se concluya.

(*Salen FILIPO, CARLOS y LEONELO.*)

(3) El pasaje que sigue, en tercetos, falta en A y está en B y C. En C dicen este primer verso:

"¡Ay, mi señor el Duque!"

FABRICIO.

¡Ay, Felipe! (1) ¿Tu lengua no callara?  
Dejárame dudar el riguroso  
suceso que temí, pues no hallara (2)  
más tirano rigor imaginado  
ni dolor que más pena me causara.  
¿Cómo murió Fadrique, el desdichado? (3)

FELIPE.

Un caballo corría, que violento  
era en la tierra un hipocrifo alado (4)  
y una águila sin plumas en el viento.  
Aquéste, pues, Fadrique presumía  
fatigar, apurándole el aliento,  
y tan firme la espalda le oprimía,  
que, discurriendo por la verde estancia,  
medio caballo y hombre parecía.  
La presunción, la bárbara arrogancia  
al alta cumbre le subió, de donde  
midió de su eminencia la distancia.  
El Po en sus ondas fúnebres le esconde,  
que aun el cuerpo no goza de la tierra;  
y aquí el silencio a mi dolor responde.

FABRICIO.

¿Qué bien te dan el nombre de la guerra!  
¡Oh, cuánto, caza, a su rigor convienes!  
Mas porque veas lo que el mundo encierra,  
cuando a darme esas tristes nuevas vienes,  
tu pena he de pagarte con contento  
y tus pésames hoy con parabienes.  
El de Mantua me ofrece en casamiento  
para ti su divina Flora. Ingrato,  
¿respondes a su noble ofrecimiento?  
A aquesto vino Otón con tal recato,  
que sin verte hoy a Mantua se volvía.  
Es Flora de beldad (5) vivo retrato,  
donde verás sin sol lucir el día,  
donde vive cifrada la hermosura;  
con ella a amor Apolo desafia.  
Al Duque le dirás la desventura  
de Fadrique, que al alma me ha llegado,  
y que el amor satisfacer procura  
cuando estoy a sus honras obligado.

OTÓN.

Diréle tu desdicha y tu deseo;

(1) C: "Filipo."

(2) C: "pues que no hallara".

(3) C: "¿Cómo murió, Filipo, el desdichado?"

(4) B: "elado".

(5) B: "verdad".



y tanto tu tragedia me ha pesado,  
que no menos dolor en mi alma creo.

FABRICIO.

¡Ay, hijo! Con razón al desdichado  
de tu mismo valor fuiste trofeo.

(*Vase el Duque y Orón.*)

CARLOS. Parece que has sentido (1)  
las nuevas del casamiento.

FELIPE. De Fadrique el fin violento  
causa de mi pena ha sido.

CARLOS. Bien fingiste la caída  
y el llanto a tu falsa fe.

FELIPE. La caída sí lo fué,  
mas la pena no es fingida.

CARLOS. Si tu envidia pretendió  
su muerte, ¿qué estás así?

FELIPE. Yo su ausencia pretendí (2),  
Carlos, que su muerte no.

Nunca pensé yo que hiciera  
tan grande temeridad,  
sino que su voluntad  
el temor obedeciera

y de Milán se ausentara.

Siempre fué nuestro concierto  
tenerle ausente y no muerto,  
porque después yo heredara,

y sin temor libremente  
conmigo en Milán viviera (3),  
donde alma y vida le diera.

CARLOS. Presto un traidor se arrepiente.

Mas volviendo a lo tratado,  
señor, deste casamiento,  
¿qué sientes de Flora?

FELIPE. Siento,

Carlos, un nuevo cuidado;

pero hiélame también

el llegar a imaginar

que me tengo de casar

sin ver primero con quién.

Fuerte cosa es que sin vella  
a ser su esposo me obligo,  
y sin consultar conmigo  
que podré (4) vivir con ella.

(1) Vuelve el texto, según A.

(2) B y C: "Su destierro pretendí."

(3) B y C: "porque después se acabara  
mi temor, y libremente  
conmigo a Milán viviera".

(4) B y C: "si podré".

La resolución ignoro (1),  
y más cuando en mi deseo  
turbados los ojos veo  
de Jacinta, a quien adoro.

(*Sale JACINTA con un lienzo en los ojos, y MAR-  
CIAL.*) (2)

CARLOS. ¿Quién duda que por la muerte  
de Fadrique será el llanto?  
¿Tanto amor le tuvo?

FELIPE. Y tanto  
veneno mi pecho vierte,  
vuelto en fuego por los ojos,  
como lágrimas los suyos.

CARLOS. Bien han mostrado los tuyos  
que son celosos enojos.

Háblala.

FELIPE. No será bien  
que pague en extremo igual  
culpas de quien quiere mal,  
llanto de quien quiso bien.

(*Vanse.*) (3)

JACINTA. Vuelve, Marcial, a decirme  
las nuevas de pena llenas;  
porque ya sólo con penas  
has de poder divertirme.

¿Fadrique se despeñó? (4)

MARCIAL. Cuéntase de muchos modos,  
y aunque así lo dicen todos (5),  
diferente lo vi yo.

JACINTA. Pues, ¿cómo con tristes llantos,  
cuando la nueva me diste,  
desta suerte lo dijiste?

MARCIAL. Por no desmentir a tantos (6).

(1) B y C: "mi resolución ignoro".

(2) C: "con su pañuelo en los ojos". B no tiene  
esta acotación.

(3) B: ("*Vanse los tres; salen JACINTA, con un  
pañuelo en los ojos, y MARCIAL.*") C: ("*Vanse los  
tres.*")

(4) B: "Vuelve, Marcial, a decirme:  
¿Fadrique le despeñó?"

(5) B y C: "aunque así lo dicen todos".

(6) En B faltan los versos que siguen hasta el  
que dice: "El secreto te prometo." En C, este pasaje  
dice así:

"MARCIAL. Por no desmentir a tantos.

Un hombre, señora, había  
con tal opinión y nombre  
de que no era para hombre,  
mas para mujer sería;  
y bien claro lo mostró.

JACINTA. ¿Pues, Fadrique no cayó?

MARCIAL. Déjame, por Dios, señora, si tú no quieres que agora me muera de miedo yo.

JACINTA. El secreto te prometo.

MARCIAL. Es guardar en caso tal joya en caja de cristal guardar en mujer secreto.

Pero, ¿sabes lo que creo?

Que en dama (1) me he transformapues una vez me han rogado [do, lo mismo que yo desco.

Pues si quisieras tener venganza de mi tardanza, fuera la mayor venganza el no quererlo saber.

Sabrás, pues, que las razones deste suceso no oí, porque solamente vi desde lejos las acciones.

Yo, que siempre me anticipo, fuí, donde desenvainadas tenían las cuatro espadas (2), Carlos, Leonelo y Felipo y Fadrique; un poco anduve

pues un día su mujer, como suele suceder, un hijo muerto parió, y no haciendo de esto espantos dijo, como agora puedo: "Sin duda murió de miedo de haber desmentido a tantos."

JACINTA. ¿Pues Fadrique no cayó?

MARCIAL. No me aprietes tanto ahora, si tú no quieres, señora, que muera de miedo yo.

JACINTA. ¿Cómo su desdicha fué?  
¡Fíate, Marcial, de mí!  
¿Corrió?

MARCIAL. No.

JACINTA. ¿No cayó?

MARCIAL. Sí.

JACINTA. ¿Y murió al fin?

MARCIAL. No lo sé.

JACINTA. Su infelice muerte dudas, y cuando mi pensamiento de tan crecido tormento a la contingencia mudas, callas tanto. Si no ha muerto, ¿por qué me quieres negar este gusto de dudar?  
Haz mi cierto llanto incierto: el secreto te prometo."

(1) B y C: "mujer".

(2) B y C: "las tres espadas".

solo, porque se quedaban todos, y viendo que estaban suspensos, también lo estuve.

Mucho hablaron, y después Fadrique se desnudó, y a las ondas se arrojó: aquesta la verdad es.

Sus vestidos (1) por el río luego los tres arrojaron, y aquesta voz publicaron (2) del caballo. Yo confío

que el cielo dará favor a su inocencia en tan graves desdichas. ¿Tú acaso sabes si era él buen nadador? (3)

Que yo no le vi nadar en mi vida, pues con eso pudo, aunque extraño suceso, de esotra parte pasar (4), o por ventura ayudado de algún pescador sería.

JACINTA. ¿Que tan grande tiranía haya un Príncipe engendrado!

Marcial, ¿quién podrá sufrirlo? (5)  
Mi llanto y mi pena crece.

MARCIAL. Calla, que ya me parece que revientas por decillo.

JACINTA. Pues yo, Fadrique, he de ir a saber de ti y buscarte; pasaré de esotra parte (6) y tengo (7) de descubrir si vivo o si muerto estás, ya que en mi dicha se ha hallado (8) el primero bien dudado.  
¿Tú no me acompañarás, para que pase adelante mi intento?

MARCIAL. En cualquier rigor yo buscaré a mi señor.

JACINTA. Y yo buscaré a mi amante.

MARCIAL. ¿Pero tú...?

JACINTA. Nada te oiré.

(1) B: "su vestido".

(2) A: "a cuenta vos publicaron".

(3) B y C: "si él era buen nadador".

(4) B y C: "llegar".

(5) B y C: "¿Quién podrá, Marcial, sufrirlo?"

(6) B: "pasaré desa otra parte".

(7) B y C: "yo tengo".

(8) B: "Ya que en mi suerte he hallado"; C: "ha hallado".

MARCIAL. Ni yo quiero (1) decir nada  
si estáis (2) ya determinada.

JACINTA. ¿Cómo más oculta iré  
a este amoroso suceso?

MARCIAL. ¿Vestirás de hombre?

JACINTA. No;  
no me aplico al traje yo (3),  
que es muy de comedias eso.

MARCIAL. Vístete de labradora (4);  
que encubre mucho su traje,  
mudando sólo el lenguaje.

JACINTA. Aquesta noche a deshora  
saldré. ¡Ay, cielos, lo que intenta  
con amor una mujer!

MARCIAL. Mas si pretendes saber  
mi temor, estáme atenta.

Un cojo a comprar venía  
pan a la plaza, y topó  
a un tuerto, a quien preguntó  
a cómo aquel pan valía.

Había hambre entonces cara,  
y respondió con afán (5)  
diciéndole: "Cada pan  
cuesta un ojo de la cara." (6)

Díjole el cojo importuno:  
"¿Cómo vais (7) tan afanado,  
tuerto, si no habéis comprado  
sino solamente uno?"

El tuerto dijo: "No sé;  
pero, cojo mentecato,  
no compraréis más barato  
si no vais (8) con mejor pie."

Uno y otro se amohinó,  
y andando los dos al morro,  
al pacífico socorro  
un corcovado llegó;

y habiéndose apaciguado  
aquella pendencia brava,  
se halló que cargado estaba  
solamente el corcovado.

Aplico: Felipe es  
cojo que anda sin sosiego,  
y tú el tuerto, y aun el ciego,

pues tu peligro no ves.

Y yo soy en estas fiestas  
medianero entre los dos.

¡Ay, Jacinta! ¡Plegue a Dios  
no saque la carga a cuestras! (1)

JACINTA. Pues que yo tu amparo escojo,  
seguro vas a mi lado.

MARCIAL. Si no me hace corcovado  
algún tuerto o algún cojo (2).

(*Éanse, y sale FADRIQUE, de villano, con azada.*) (3)

FADRIQUE. Siempre inconstante fortuna  
para el curso a un desdichado,  
pues a tan humilde estado  
no se vió bajar ninguna (4),  
si su desdicha importuna (5)  
para humillarme ha de ser,  
¿qué tengo ya que temer?  
Que si tu inconstante guerra  
me ha batido (6) hasta la tierra,  
¿adónde puedo caer? (7)

Regid, humildes descos,  
en el campo, no un bastón,  
sino un rústico azadón,  
que aquestos son mis empleos;  
las flores son mis trofeos,  
sus números mis rigores,  
mis desdichas sus colores;  
y así el azadón desvele,  
que es bastón que regir suele  
a un ejército de flores.

(*Salc FLORA.*) (8)

FLORA. Al azadón arrimado  
se ha quedado divertido,  
y el movimiento y sentido  
tiene a la memoria atado.  
Quiero hablarle. —; Ah, desdichado!  
¿Qué sentimiento penoso  
te tiene (9) en el campo ocioso?

(1) B y C: "yo pienso".

(2) B y C: "estás".

(3) B: "aplico a ese traje yo".

(4) B y C: "Pues ponte de labradora."

(5) B y C: "y encareciendo su afán".

(6) A: "cuesta ojo de la cara".

(7) B: "vas".

(8) B y C: "pues no vais".

(1) B y C: "no saque el ajuar a cuestras".

(2) Esta última redondilla falta en B y C.

(3) B y C: "(Éanse y sale FADRIQUE solo, en hábito de villano, con un azadón.)"

(4) B y C: "no se vió llegar ninguna". En la ed. de C, de Northup, se lee "ninguno", por errata.

(5) B y C: "si tu mudanza".

(6) C: "me ha abatido".

(7) B y C: "¿adónde podrá caer".

(8) C: "(Salc FLORA, sola.)"

(9) B: "detiene".

FADRIQUE. Al nombre no respondí,  
que si en tu boca le oí,  
serlo en ella es ser dichoso.

Gozando venturas tantas  
mal este nombre me toca,  
porque no lo es (1) quien la boca  
pone donde tú las plantas;  
si de oírme no te espantas,  
oye lo que eres agora (2):  
anunciando el sol, la Aurora;  
Venus en la caza eres;  
en aquellos campos, Ceres;  
y en estos jardines, Flora.

Aquesta tierra no tiene  
ya qué cultivar en ella,  
si a verter su copia bella (3)  
Flora entre sus flores viene;  
el viento el curso detiene:  
las aves, el movimiento;  
las fuentes, el dulce asiento (4),  
y el sol templa sus rigores,  
que por diosa de las flores  
todo está a tu voz atento.

FLORA. ¿Te va (5) en la tierra mejor  
que en el agua?

FADRIQUE. No lo sé,  
puesto que en la tierra hallé  
otra tormenta mayor.

FLORA. ¿Tormenta?

FADRIQUE. Y con tal rigor,  
que en mis lágrimas me anego,  
aunque abrasado navego,  
porque en olas de agua allí  
me vi anegado, y aquí  
lo estoy en ondas de fuego.

Allí me dieron desmayos  
agua y viento contra mí,  
y entre fuego y tierra aquí (6)  
me anego bebiendo rayos.  
¿Son de la fortuna ensayos,  
o pruebas del sufrimiento? (7)  
Sin duda viyo violento,  
pues en cualquiera ocasión

siempre mis contrarios son  
agua y tierra, fuego y viento.

FLORA. Tus razones he escuchado  
y presumo que este traje  
buscó prestado el lenguaje  
o es el vestido prestado (1).  
¿Dónde un pescador ha hallado  
esos modos de decir,  
de hablar y de discurrir,  
que en tu entendimiento veo?

FADRIQUE. Pudo darlos el deseo,  
con que te pienso servir.

FLORA. A creer lo que sospecho (2)  
el alma se determina,  
que aquese sayal es mina  
del oro que está en su pecho (3).

FADRIQUE. ¿Quien dejara satisfecho,  
bella Flora, este temor,  
con tener tanto valor  
como en tu sospecha está?  
¿Pero quién, Flora, creerá  
a un humilde pescador?

FLORA. Yo te creeré.

FADRIQUE. Si tú das  
crédito a la humildad mía,  
algún secreto algún día  
del jardinero sabrás,  
que más no te digo más (4).

FLORA. Tus razones considero,  
y por entenderlas quiero  
venir mil veces a oírte.

FADRIQUE. Y yo seré por servirte  
desde hoy tu jardinero (5).

FLORA. ¿Qué sembrarás?

FADRIQUE. Una flor.

FLORA. ¿Cómo se llama?

FADRIQUE. Esperanza.

FLORA. ¿Crece mucho?

FADRIQUE. ¿Quién la alcanza?

FLORA. ¿Y qué fruto lleva?

FADRIQUE. Amor.

FLORA. ¿Quién la alentará?

FADRIQUE. Un favor.

FLORA. ¿Y la aumenta? (6)

(1) B y C: "que no lo es".

(2) B y C: "aora".

(3) A y C: "verte su copia bella".

(4) B y C: "las fuentes, el blando acento,  
las aves, el movimiento".

(5) B y C: "¿Vate."

(6) B y C: "y entre tierra y fuego aquí".

(7) A: "pruebas del sufrimiento?"

(1) B: "si no el vestido prestado". C: "o él es  
vestido prestado".

(2) A: "¿Qué recelo? ¿Qué sospecho?"

(3) B y C: "en el pecho".

(4) C: "no te diré más".

(5) Desde aquí hasta el final de acto falta en C.

(6) B: "¿El la crece?"



FADRIQUE. En él estriba.  
 FLORA. ¿El la alienta? (1)  
 FADRIQUE. El la cultiva.  
 FLORA. ¿Quién la merece?  
 FADRIQUE. No sé.  
 FLORA. ¿Y quién la alcanza?  
 FADRIQUE. La fe.  
 FLORA. ¿Qué flor es?  
 FADRIQUE. La siempreviva.  
 ¿No es buena?  
 FLORA. Tiene belleza.  
 FADRIQUE. ¿Y alégrate?  
 FLORA. Sólo oílla (2),  
 FADRIQUE. ¿Y otra no?  
 FLORA. La maravilla.  
 FADRIQUE. ¿Y qué flor es?  
 FLORA. La firmeza.  
 FADRIQUE. ¿Quién la tiene?  
 FLORA. Quien empieza.  
 FADRIQUE. ¿Cómo?  
 FLORA. Sirviendo con veras.  
 FADRIQUE. Yo las tendré.  
 FLORA. ¿Pues qué esperas?  
 FADRIQUE. Fe fiel.  
 FLORA. Yo firmeza altiva (3).  
 FADRIQUE. ¡Ay, si fueras siempreviva!  
 FLORA. ¡Ay, si maravilla fueras!

## ACTO SEGUNDO

(Salen FLORA y CELIA.)

CELIA. ¿En notable extremo das!  
 ¿En qué su nobleza ves? (4)  
 FLORA. En que acierto que lo es,  
 y yo no sé lo demás (5).  
 CELIA. ¿Un hombre no conocido  
 que muerto el agua arrojó  
 en estas arenas, dió (6)  
 tal hechizo a tu sentido? (7)

- (1) B: "¿El la aumenta?"  
 (2) B: "oír-la".  
 (3) B: "Fe firme. Flo. Yo fuera altiva."  
 (4) B: "tu nobleza ves".  
 (5) Así en B. En A: "yo no lo sé demás": en C: "y yo no lo sé demás".  
 (6) B: "que muerto el agua ha arrojado en esta arena, te ha dado".  
 (7) C añade las cuatro redondillas siguientes, de las cuales la segunda figura también en B:  
 "¿Qué trofeo te asegura su calidad y nobleza?  
 ¿Plegue a Dios que tu tristeza

FLORA. ¡Ay, Celia! Que nunca ha sido (1)  
 tan fácil mi voluntad,  
 que dé con facilidad  
 aquí crédito al oído (2).  
 Las alabanzas oí  
 de ese Fadrique, y mi fe  
 por relación incliné  
 a quien en mi vida vi (3).  
 Y si mi confuso amor  
 a mi concepto conviene,  
 el Desdichado le tiene,  
 pues no le falta el valor.

CELIA.

¿Aquesa es tu locura?

(Sale el DUQUE DE MANTUA, OTÓN y OTAVIO.)

DUQUE.

Bien responde (4)  
 el de Milán, que estima mi deseo.

no haya parado en locura!

Deja el loco pensamiento  
 y advierte que ya ha venido  
 Otón, y que te ha traído  
 nuevas de tu casamiento.

Deja ciegas ilusiones  
 de Fadrique, a quien no viste,  
 y de un hombre a quien oíste  
 dos no rústicas razones.

Pues de Fadrique ya estás,  
 con justa causa olvidada,  
 y luego desengañada  
 del pescador lo estarás."

- (1) B y C: "Celia, Celia, nunca ha sido."  
 (2) B: "aquí crédito, allí oído"; C: "aquí crédito, allí olvido".  
 (3) C añade las siguientes redondillas:

"Imaginé que era un hombre  
 discreto, galán, valiente,  
 cortés, afable, prudente,  
 generoso y gentilhombre;  
 y como le imaginé,  
 desta manera le vi  
 en el pescador, y así  
 a su humildad me incliné;  
 y si en mi concepto a él  
 o a Fadrique hice favor,  
 a éste como a pescador,  
 y como Príncipe a aquél.  
 si el casarme yo sentía  
 era porque en pena brava  
 a Fadrique me inclinaba  
 y a Filippo aborrecía."

- (4) B y C: "En fin, responde."

OTÓN.

Noblemente a tu gusto corresponde,  
agradecido a tan igual empleo (1).

DUQUE.

Flora mía, ¿aquí estás?

FLORA.

Señor, ¿adónde  
puedo mejor, cuando a tus pies me veo?

DUQUE.

Parece que trujo el pensamiento,  
llevada (2) de tu gusto y mi contento.  
Ya estás casada, Flora, y es...

FLORA.

Detenga  
tu lengua agora el pensamiento injusto,  
que para que yo eterno gusto tenga,  
basta saber que ha sido con tu gusto.

DUQUE.

¡Grande obediencia! Al punto se prevenga  
común aplauso a mi grandeza justo (3).

OTÓN.

Con no menor el de Milán viniera (4),  
si una tragedia no le detuviera.

Fué la mayor que el sol resplandeciente  
vió, presidiendo en trono luminoso,  
dende la cuna que le da el Oriente,  
hasta el ocaso que es sepulcro honroso (5).

DUQUE.

¿Y qué fué?

OTÓN.

Que murió infelizmente (6)  
Fadrique, hijo del Duque, que animoso  
de un caballo feroz (7) domaba el brío,  
y desde el monte le despeña al río.

Hecho pedazos en el agua encierra  
su pecho desdichado, que procura  
tiranizar los huesos a la tierra,  
dándole en ondas frías sepultura (8).

DUQUE.

El gusto más cabal más pena encierra;  
¡gusto el pesar (1) a la mayor ventura.  
Ven conmigo, Otón, para que escriba  
el pésame, que es bien que yo reciba.

(*Vanse.*) (2)

FLORA.

Celia, ¿es verdad lo que he oído?  
¿Es verdad lo que he escuchado?  
¿Qué es lo que por mí ha pasado?  
¿Qué es lo que me ha sucedido?  
Estas nuevas me ha traído  
Otón de mi daño incierto.  
Dos penas en él advierto  
cuando sus penas recibo,  
pues trae mi tormento vivo (3)  
y mi pensamiento muerto (4).

CELIA.

Si das en tan gran extremo,  
la imaginación o el llanto  
podrán en tu pecho tanto  
que tu vida o juicio temo.

FLORA.

Celia, en un fuego me quemo  
y en lo que pensando estoy:  
yo misma la llama soy (5),  
porque más mi daño advierta.

CELIA.

A llamar quien te divierta  
con música o juego (6) voy.

(*Vase, y sale FADRIQUE.*) (7)

FLORA.

(Sólo mi tormento olvida,  
noble Desdichado, el verte,  
pues de Fadrique la muerte  
hoy resucita en tu vida.  
Quiero fingirme dormida,

(1) B: "si que el pesar".

(2) B: ("*Vanse el DUQUE, OTÓN y OTAVIO.*") C:  
("*Vanse los tres, y quedan CELIA y FLORA.*")

(3) pues trae mi pesar vivo".

(4) C añade la siguiente décima:

"Y el uno y otro es tan fuerte  
que no sé a los dos rendida  
entre la muerte y la vida  
cuál es la vida o la muerte.  
Si en la de Fadrique advierte  
mi amoroso pensamiento,  
morir en su muerte intento  
o llorando otro rigor,  
porque no es muerte menor  
un forzado casamiento."

(5) B y C: "yo misma la llama doy".

(6) B y C: "juegos".

(7) B: ("*Vase CELIA y sale FADRIQUE, sin verla a  
FLORA.*") C: ("*Vase CELIA y sale FADRIQUE.*")

(1) A: "tan grande empleo".

(2) B y C: "llamada".

(3) B: "a mi grandeza y gusto".

(4) B: "Con entender el de Milán viniera."

(5) B: "hasta el ocaso en el sepulcro undoso".

(6) B y C: "infelizmente".

(7) B y C: "veloz".

(8) B y C: "dándole en ondas fría sepultura".

por notar con atención  
las palabras o la acción  
que tienen tantos enojos,  
pues que dormidos mis ojos (1)  
linceos vigilantes son) (2).

FADRIQUE. ¡Ay, Fadrique desdichado!  
¿A qué término has venido  
de un pobre sayal vestido,  
de un rico sol abrasado?  
¿Qué atrevimiento te ha dado  
tan altivo pensamiento?  
Pues aunque merecimiento  
tienes, ¿quién creará tu honor? (3)  
Pero prueba del valor  
fué siempre el atrevimiento.

Yo me quiero declarar  
diciendo a Flora quién soy  
y por qué causas estoy  
en tan humilde lugar.  
Mas, ¿quién a mí me ha de dar  
crédito? Pero..., ¿qué veo?  
¿O la finge mi deseo,  
o Flora es, porque dormida (4),  
es ya imagen de la vida  
quien de la muerte es trofeo (5).

Un escultor que labró  
una diosa en extremado  
mármol, quedó enamorado  
de lo que él perficionó.  
A Júpiter le pidió  
alma para la escultura (6)  
y él se la dió, ¡gran ventura!,  
y lo mismo imaginara  
si al instante despertara  
con alma tanta hermosura! (7)

(1) B y C: "pues que, fingidos, mis ojos".

(2) B añade la acotación: ("*Fingese dormida.*")

(3) A: "¿quién creyera tu honor?"

(4) B y C: "o Flora es, por quien dormida".

(5) C añade esta décima:

"¿Quién podrá igualarte ahora,  
cuadro en hermosos colores,  
si sobre tus bellas flores  
dormida tienes a Flora?  
¡Aves que duermen el aurora,  
aumentad vuestro placer,  
que si siempre puede ser  
haciendo al día la salva.  
cantad, que pios duermen el alba,  
forzosa es amanecer!"

(6) B: "para su figura"; C: "para la pintura".

(7) Al margen de esta estrofa en el Ms. de C se

¡Ay, Flora! Si tú supieras  
quién soy, aunque te espantaras,  
ni mi llanto despreciaras  
ni de mi amor te ofendieras.  
Fingir pretendo las veras.  
Aquí me quiero ensayar  
cómo tengo de llegar,  
y haciendo cuenta que estoy  
con Flora, decir quién soy,  
pues no me puede escuchar.

"Flora, en viéndote rendí (1)  
mi vida." Mal empezado;  
que claro está que abrasado  
estoy después que te vi (2).  
Por fuerza mal voy ansí,  
pues, aunque fuerza no fuera,  
por voluntad te quisiera;  
porque, a tener libertad,  
hiciera la voluntad  
lo que la fuerza no hiciera.

No te espantes, si te doy  
admiración, que en tal traje  
hable (3) con este lenguaje,  
que, aunque en este estado estoy,  
don Fadrique Esforcia soy,  
que de un monte despeñado  
llegué a tus plantas ahogado,  
y no sé si río pasé,  
puesto que en ellas me hallé  
más que mojado abrasado (4).

¡Bienhaya el traidor hermano  
que tanto mal me causó,  
para que alcanzase yo  
un favor tan soberano!

indica "esta se dice", aunque va encerrada en rayas,  
como otras varias, que habían de suprimirse, sin duda,

(1) A: "Flora, en vida te rendí." C: "en vida te  
rendí".

(2) B: "puesto que te vi".

(3) A: "hable".

(4) B: "más que abrasado, mojado". C añade  
esta décima:

"Tu incredulidad sospecho;  
que como llegué desnudo...  
pero que fuese no dudo,  
porque tú vieras del pecho  
el fuego en que está deshecho.  
Desnudo, Flora, llegué,  
y la causa desto fué  
porque, huyendo de un rigor,  
en las manos de un traidor  
todo el vestido dejé."

Hoy más que he perdido gano (1),  
que en la desdicha que vi  
sólo a Jacinta perdí;  
pero no me causa enojos (2)  
después que en tus bellos ojos  
dos claros jacintos vi.

Mi tragedia te he contado,  
mi historia te he dicho aquí,  
y en haberla dicho así  
parece que he descansado,  
pues con esto me he excusado  
de que tú lo hayas sabido:  
con esto el desdó he rotpido,  
y ya no te lo diré.

FLORA. Ya no tienes para qué:  
todo, Fadrique, lo he oído;  
y no me he maravillado,  
que nada se adelantó (3)  
tu honor para lo que yo  
te tenía imaginado.

FADRIQUE. ¿Qué es, Flora, lo que has soñado?

FLORA. Que eres Fadrique.

FADRIQUE. ¿Ese es  
tu sueño?

FLORA. Que aquí te ves  
por un traidor perseguido (4).

FADRIQUE. ¡Notable tu sueño ha sido!

FLORA. ¡Y que en ese traje estés! (5)

Ya, Fadrique, lo he sabido  
todo; todo lo he escuchado;  
los oídos han velado,  
si los ojos han dormido;  
falso el disimulo ha sido (6).

FADRIQUE. Señora, lo que yo hablaba  
de Fadrique era, y estaba  
divertido en su castigo.

(1) B: "Hoy más que perdido gano."

(2) B y C: "pero ya no causa enojos".

(3) A: "que nadie se adelantó".

(4) B: "desdichado perseguido".

(5) C añade la décima siguiente:

¿Pero el traje qué importaba  
si el alma se descubría  
y diamante parecía  
que engastado en plomo estaba?  
Quien ausente te adoraba  
presente ha venido a verte;  
quien creyó tu infeliz suerte  
mira su dicha crecida:  
y al fin te mira con vida  
quien ha llorado tu muerte."

(6) B: "falso disimulo ha sido".

FLORA. No disimules conmigo. [va? (1)]

FADRIQUE. ¿Quién vió confusión más bra-

Si aquí quien soy la concedo,  
que se sabrá luego es llano  
en Milán, y de mi hermano  
vivir seguro no puedo.  
Acobárdame este miedo;  
pero a Flora no quisiera  
que el negarme yo ofendiera.  
Esto me detiene luego.  
Mas nada concedo o niego (2)  
conirme.)

(Hace que se va.) (3)

FLORA. ¡Fadrique, espera!

FADRIQUE. No soy Fadrique. ¡Ay de mí!

FLORA. Pues pescador.

FADRIQUE. ¿Soilo yo?

FLORA. ¿No eres pescador?

FADRIQUE. Sí y no.

FLORA. ¿Y eres Fadrique?

FADRIQUE. No y sí.

FLORA. ¡Pues, Desdichado, oye!

FADRIQUE. Así  
el mejor nombre has hallado,  
pues sigo lo que he deseado (4).

(Vase FADRIQUE.)

FLORA. ¡Advierte a tanto rigor,  
desdichado pescador,  
o Fadrique desdichado!

(Sale CELIA.)

CELIA. ¿De qué tantas voces das?

FLORA. Tú llegas, Celia, a ocasión  
que de mi imaginación  
hoy el efeto verás.

¿Cuántas veces te decía  
que el fingido pescador  
más calidad, más honor  
y más nobleza tenía?

Pues, Celia, para que estés  
de mi verdad satisfecha  
y acredites mi sospecha,  
don Fadrique Esforcia es.

¿Estás ya desengañada  
de las voces que me cuesta

(1) Falta este verso en A.

(2) B: "concede amigo". A: "concedió niego".

(3) Esta acotación falta en A y en C.

(4) B: "pues soy lo que he deseado". C: "pues  
huyo lo que he deseado".



el que tú lo creas?

CELIA. (Esta ya es locura declarada.  
¿Quién ha de negarlo? ¿Quién ha de ponerse en razón con tal imaginación?)

FLORA. ¿Qué te parece?

CELIA. Muy bien (1).

FLORA. Como ves que ya es verdad y que negarlo no puedes, por fuerza me lo concedes.

CELIA. Pues su mucha calidad ¿cómo pudiera negarte? Mil veces el alma vió que éste era Fadrique.

FLORA. Y yo mil veces quiero abrazarte.

Al Duque quiero decir quién es; porque, claro está, que encubierto se dirá que por mí pudo venir.

CELIA. Dices bien, y se asegura con decirlo tu temor (2).

FLORA. ¿Quién vió ventura mayor?

(Vase.)

CELIA. ¿Y quién vió mayor locura? (3)

(1) B: "Ya es locura declarada, como siempre imaginó.

FLO. ¿Qué te parece?

CEL. Muy bien."

C trae el pasaje así:

"ya es locura declarada.

Como siempre imaginó que era noble, y supo cierto que ya Fadrique era muerto, los dos hombres confundió y hizo uno de los dos, creyéndole a su cuidado que es Fadrique el Desdichado. ¡Loca está! ¡Válgate Dios!

¿Quién ha de negarlo? ¿Quién ha de ponerse en razón con tal imaginación?

FLORA. ¿Qué te parece?

CELIA. Muy bien.

Y si yo se lo negaba era porque te temía, no porque no conocía el valor que oculto estaba.

FLORA. Como ves que ya es verdad."

(2) B: "con aqueso tu temor".

(3) C añade estas dos redondillas:

Al Duque quiero avisar de lo que le ha sucedido, para que le halle advertido cuando le llegare a hablar (1). Mas, ¿qué gente es ésta?

(Salen FELIPE, CARLOS y LEONELO.) (2)

CARLOS. Ahora,

¿qué es lo que piensas hacer, solo y disfrazado?

FELIPE. Ver,

sin que me conozca, a Flora (3); saber si podrá vivir con ella; que la mujer (4) le ha de confirmar el ver, pero elegirla el oír (5).

LEONELO. Dicen que es Flora muy bella.

FELIPE. No es, Leonele, la hermosura lo que más gusto asegura, sino la fuerza de estrella.

¿Qué importa que hermosa sea, si vemos feas queridas y hermosas aborrecidas?

CARLOS. ¿Es más dichosa la fea?

LEONELO. No lo será la que viene aquí.

CARLOS. ¡Qué rara belleza!

FELIPE. Como la grande tristeza de Flora aquí se entretiene, aunque a su gusto no importe, a este efeto se han mudado estas selvas en poblado, esta pobre aldea en corte.

"¿Hay lástima semejante?

¿En esta loca porfía paró tu melancolía?

¿A quién habrá que no espante y no le enternezca verte con tanta hermosura loca? ¿Y a qué llanto no provoca el mirarte desahogada?"

(1) Esta redondilla falta en A. El tercer verso dice en B: "para que allí advertido".

(2) B añade: "de camino".

(3) A: sin que me conozca Flora".

(4) B y C: "que a la mujer".

(5) B añade:

"Ya que Jacinta a mi amor tan mal ha correspondido, poniendo a un tiempo en olvido mis deseos y su honor."

Estrofa que está más adelante en C.

CARLOS. Háblala.  
 FELIPE. La libertad  
 del campo y de forastero  
 da licencia (1) a un caballero  
 para que a vuestra beldad  
 se atreva.  
 CELIA. ¿Qué pretendéis?  
 FELIPE. A hablar al Duque venía  
 desde la corte, y quería,  
 si desto no os ofendéis,  
 preguntaros dónde está.  
 CELIA. En esa apacible casa  
 del calor el rigor pasa,  
 y si queréis ir allá  
 yo os guiaré (2).  
 FELIPE. Si el arrebol  
 de vuestros ojos me guía,  
 siendo rayos la luz mía  
 iré al palacio del sol.  
 No os canséis, que yo sabré  
 ir solo; que no se ignora  
 el camino.  
 CARLOS. Si ésta es Flora,  
 ¿qué te parece?  
 FELIPE. No sé.  
 CARLOS. ¿No es hermosa?  
 FELIPE. Hermosa es.  
 CARLOS. ¿Qué te ofende della?  
 FELIPE. Nada.  
 CARLOS. ¿Pues qué tiene?  
 FELIPE. No me agrada.  
 CARLOS. ¿Por qué?  
 FELIPE. Sabráslo después.  
 CELIA. (A este galán forastero (3),  
 que afición le voy cobrando,  
 quiero divertille hablando,  
 así entretenerle quiero (4),  
 por gozar un día de espacio  
 del campo la libertad,  
 sin la gran puntualidad  
 de la corte y el palacio.)  
 FELIPE. ¿La hermosa Flora no está  
 con él?

CELIA. ¿Pues buscáisla a ella?  
 FELIPE. Dicen que es Flora muy bella  
 y discreta verla.  
 CELIA. (Ya  
 para entretenerle aquí (1)  
 hallé ocasión.) No ignoréis,  
 que yo sé que conocéis  
 a Flora.  
 FELIPE. Nunca la vi.  
 CELIA. Yo sé que ya la habéis visto.  
 FELIPE. ¿Antes de ahora?  
 CELIA. Y después  
 de haber venido.  
 FELIPE. ¡Ella es!  
 ¡Qué mal mi dolor resisto!  
 Si sois sol (2) que al campo dora  
 viendo en vos la primavera,  
 excusado agravio fuera  
 preguntaros si sois Flora.  
 CELIA. ¿Pues soy tan hermosa yo  
 como vos la encarecéis?  
 FELIPE. No, por cierto, y la excedéis.  
 ¿Sois Flora? ¡Decid que no!  
 CELIA. Fuera hacerme ofensa a mí  
 confesarlo, habiendo oído  
 lo que habéis encarecido.  
 FELIPE. ¿No lo sois? Decid que sí.  
 Quien hace la ofensa soy,  
 señora, en haber quedado  
 corto en lo que he imaginado.  
 ¿Carlos?  
 CARLOS. Señor.  
 FELIPE. ¡Muerto estoy! (3)  
 CELIA. En obligación quedara,  
 si fuera Flora, a serviros.  
 FELIPE. Y yo me quedara a oiros  
 si tanto no me importara  
 la brevedad. Guárdeos Dios,  
 que no puedo esperar más.  
 CARLOS. ¿Qué extraño con ella estás!  
 CELIA. Y guárdeos el cielo a vos.  
 ¡Ay, gallardo forastero!  
 ¿Qué es lo que el alma procura?  
 Mas de Flora la locura  
 al Duque avisarle quiero) (4).

(*Asc.*)

(1) B y C: "dan licencia".

(2) B: "seguidme".

(3) Las dos redondillas siguientes faltan en A.

(4) En C dice así:

"Este galán forastero  
 hace en mí un efecto hablando  
 que se va en el alma entrando.  
 Aquí entretenerlo quiero."

(1) B: "para entretenerla aquí".

(2) B: "luz".

(3) Las dos últimas redondillas faltan en B.

(4) Esta redondilla falta en B. En cambio C añade antes de ella esta otra:

CARLOS. Ya se ha ido Flora.  
 FELIPE. Y yo  
 a Milán me he de volver.  
 CARLOS. (1) Ella nos lo dió a entender,  
 pero no se declaró (2).  
 FELIPE. Pues tratemos ahora aquí  
 de lo que habemos de hacer.  
 LEONELO. Yo no sé cómo ha de ser.  
 CARLOS. Lo que me parece a mí  
 es, pues encubrirte esperas (3),  
 y esto será lo mejor,  
 que tú como embajador  
 de parte tuya vinieras.  
 FELIPE. Dices bien; así estaré  
 más seguro y disfrazado;  
 con esto, disimulado,  
 mejor del Duque sabré (4)  
 si es Flora.  
 CARLOS. Pues así sea.

"Por donde pensé entablar  
 se acabó la ficción mía.  
 ¿Qué respeto o cortesía  
 le han suspendido el hablar?"

(1) En B el que habla es LEONELO.

(2) C añade:

"No te vayas, pues, sin vella.

LEONELO. Si te conocen...

FILIPPO. Ya estoy  
 resuelto a decir quién soy,  
 y aun a casarme con ella,  
 ya que Jacinta a mi amor  
 tan mal ha correspondido,  
 poniendo a un tiempo en olvido  
 mis deseos y su honor.  
 ¡Plubiera al cielo supiera  
 dónde se ha ido, Leonele!

LEONELO. ¿Buscábasla?

FILIPPO. Sabe el cielo  
 que vida y alma la diera,  
 que con celosa pasión  
 siempre, Leonele, verás  
 que el amor viene a ser más.

CARLOS. Y menos la estimación.

FILIPPO. Hablemos ahora aquí."

(3) B: "pues que descubrirte esperas"; C: "es, pues descubrirte esperas".

(4) C añade:

"FIL. mejor del Duque sabré.

CARL. De donde saldrá el sí o no,  
 o a Milán te volverás  
 o el concierto efeturás.

FIL. Y descubriréme yo,  
 entonces si es Flora,  
 si es Flora."

FELIPE. ¿Quién vió sucesos mayores?  
 ¿Quién son éstos?

(Salen JACINTA y MARCIAL, de villanos.) (1)

CARLOS. Labradores  
 de aquesta (2) pequeña aldea.  
 LEONELO. Déjalos, y empieza ahora  
 el engaño.

FELIPE. ¿Hay más rigor?  
 ¿Quién de Jacinta el amor  
 pudiera pasar a Flora!

(Vanse.) (3)

MARCIAL. No hay hombre que diga dél;  
 sin duda el Po le sepulta  
 en sus ondas.

JACINTA. El le oculta,  
 cuanto avariento, cruel. [cer? (4)  
 ¿Qué es lo que habemos de ha-

MARCIAL. ¿No sabes qué estoy pensando?

JACINTA. ¿Qué?

MARCIAL. Que le vamos buscando  
 como un hombre a su mujer.

Este tal hombre tenía (5)  
 una mujer que, si hablaba (6),  
 contra todo porfiaba  
 y todo al revés lo hacía.

Ahogóse, sin tener  
 remedio, y los que se hallaron  
 presentes (7) le aconsejaron  
 que buscara a su mujer.

El el trabajo tomó,  
 que hallarla fuera el trabajo:  
 yendo el cuerpo río abajo (8).  
 río arriba le buscó (9).

Y si alguno condenaba  
 por inocencia (10), que es llano,  
 la malicia del villano,  
 esta respuesta le daba:

"No os dé aquesto pesadumbre,  
 que si es muerta, como viva,

(1) B: "vestidos de villanos"; C: "en hábito de villanos".

(2) B: "aquesa".

(3) B: ("Vanse los tres.")

(4) B: "Marcial, ¿qué habemos de hacer."

(5) B y C: "Un hombre pobre tenía."

(6) B: "a una mujer que hablaba".

(7) B: "presente".

(8) B: "y yendo el cuerpo hacia abajo".

(9) B y C: "la buscó".

(10) A: "por mi inocencia".

habrá nadado hacia arriba,  
por ir contra la costumbre." (1)

Así pienso que buscamos  
a Fadrique, pues los dos,  
cual ves debajo de Dios,  
contra la corriente vamos.

Que en tal tiempo no se ha halla-  
puedo jurar con verdad, [do,  
con amor y con lealtad,  
una dama y un criado.

Y tú misma considera,  
si su nombre preguntamos,  
el escándalo que damos;  
y no menos risa fuera  
que, vestidos desta suerte,  
preguntáramos por él.

JACINTA. ¿Hay confusión más cruel?  
En alguna traza advierte.

MARCIAL. Cuando la justicia quiere  
saber quién es algún hombre,  
le prende con otro nombre;  
él entonces se prefiere  
a decir su nombre mismo;  
y esto podemos hacer  
ahora, para tener  
luz en tan obscuro abismo.

Preguntemos por un hombre  
pobre, humilde y desdichado,  
que convenga a nuestro estado,  
y Antón o Gil (2) sea su nombre.

Y responderá cualquiera:  
"Hombre de esas señas no,  
porque uno que aquí aportó  
destas y estas señas era." (3)

Veremos si vienen bien.

JACINTA. Tú lo dices (4); esto hagamos,  
pues así con razón vamos  
y más seguros también (5).

MARCIAL. Gente viene, disimula.

JACINTA. ¡Bestia! ¿Aquello habías de hacer?

MARCIAL. ¡Lleve el diablo la mujer!

JACINTA. ¡O lleve el diablo la mula! (6)

(1) B: "contra su costumbre".

(2) B: "Antón Osil."

(3) B: "destas señas, y estas era".

(4) B: "Tú lo digas."

(5) Los dos últimos versos faltan en B.

(6) C añade esta redondilla:

"MARCIAL. Yo so mula con empacho;  
ya mi tonteda adivino,  
pues en tan largo camino  
no te he dicho si soy macho."

(Salen el Duque, OTÓN y OTAVIO.)

OTAVIO. ¡Gran desdicha fué!

DUQUE. De suerte

me ha enternecido Fadrique,  
que no sé con qué publique  
lo que he sentido su muerte.

OTAVIO. Tú tienes justa razón.

DUQUE. Que no sé si lo sintiera  
más cuando Felipe fuera.

MARCIAL. Llega, que es buena ocasión.

JACINTA. Pues que yo sabré mejor,  
déjame a mí pescudar (1).

¿Por quién he de preguntar?

MARCIAL. Por un hombre pescador (2).

JACINTA. ¿Sabrá decir su merce,  
señor, si acaso ha llegado  
a esta tierra un desdichado,  
que otro nombre no le sé?

Mire: él era pescador,  
y se ha perdido en el río.

DUQUE. ¿Y quién era?

JACINTA. Hermano mío (3).

MARCIAL. Y era mi amo, señor.

Yo también le voy buscando  
con ella, porque cabales  
me debía veinte y un reales (4).

OTAVIO. ¿Y por eso vais llorando?

MARCIAL. ¿Pues si no tengo remedios  
para haberlos de cobrar,  
y me tengo de quedar  
yo sin cuarenta y dos medios?

OTAVIO. ¿Deso lloras? (5)

MARCIAL. ¿Hay quien lleve  
con paciencia tan gran tiro?  
pues si sus cuartillos miro (6),  
ochenta y cuatro me debe.

JACINTA. Mire, señor... (7).

MARCIAL. ¿No son hartos

(1) B: "déjame a mí pescador".

(2) B y C: "Di que un pobre pescador."

(3) En B faltan versos y dice:

"que otro nombre no le sé.

DUQUE. ¿Qué era uno?

JAC. Hermano mío."

C dice: "DUQUE. ¿Qué era vuestro? JAC. Hermano mío."

(4) B: "veinte reales".

(5) B: JAC. Pescando andaba." C: "¿Deso lloráis?"

(6) B: "si los cuartillos miro". Northup leyó en C: "cuartillas".

(7) B: "No pareció." C: "¡Calla, bestia!"



los trabajos que yo os cuento?  
Pues si los miráis, son ciento,  
y sesenta y ocho enartos.

Y como vos los tenéis,  
no sentís mis llantos bravos (1).

JACINTA. ¡Calla!

MARCIAL. Eran sus ochavos  
ducientos y treinta y seis (2).

Y éstos no los perdéis vos,  
por eso no los sentís,  
pues dos mil maravedís  
son, y más setenta y dos (3).

Mis manos no son tan francas  
que me hayan dado más rentas.

JACINTA. ¡Calla ya!

MARCIAL. Son novecientas (4)  
y cuarenta y cuatro blancas.

JACINTA. ¡Deja! ¡Acaba esos cuidados!

MARCIAL. Pues si contáis mis tormentos,  
hallaréis mil y docientos (5)  
y ochenta y ocho cornados,

y en dos años no los gano.

JACINTA. ¿Sabrá su merced decir  
si acaso acertó a venir  
por esta tierra mi hermano? (6)

OTÓN. Señor, yo pienso, sin duda,  
que a quien busca esta mujer  
debe aquel hombre de ser...

JACINTA. (¡El cielo mi intento ayuda!) (Ap.)

OTÓN. ...que salió a este campo ahoga-  
y lo confirma mejor [do (7):  
el trato de pescador (8)  
y el nombre de Desdichado (9).

DUQUE. Dices bien.—Aquí llegó,  
labradora, perseguido,  
sin aliento y sin vestido,  
un hombre, a quien arrojó

ese río airado y fiero,  
vengando en él su porfía,  
y el que pescador vivía  
aquí vive jardinero:

que libre ya del agravio,  
en este oficio se emplea,  
y me holgaré de que sea  
el que tú buscas.—Otavio,  
con ella le buscarás.

Idos, pues, con él los dos.

JACINTA. ¡Guárdete mil años Dios!

MARCIAL. ¡Y dos mil, señor, San Blas! (1)

Jacinta.

JACINTA. ¿Qué?

MARCIAL. ¿Has advertido,

por si acaso fuera él,  
que la fortuna cruel  
en pescador le ha fingido  
y sirve de jardinero,  
porque todo lo concedas  
y a su lado vivir puedas?

JACINTA. Ya todo lo considero.

OTAVIO. ¿No venís?

JACINTA. ¿Hay confusiones

ni laberinto mayor?

Ovidio se ha vuelto amor  
con tantas transformaciones.

(*Vanse y sale CELIA.*) (2)

CELIA. Pues que llego a hablarte, escucha;  
oirás la mayor desdicha  
que jamás ha sido dicha.

DUQUE. Ya conmigo un temor lucha,  
que a sentimiento provoca.  
Habla.

CELIA. Señor...

DUQUE. Dilo, pues;  
no me hagas dudar. ¿Qué es?

CELIA. Flora, señor, está loca.

DUQUE. ¿Qué dices?

CELIA. Lo que has oído.

DUQUE. ¿Quién su locura causó?

CELIA. En este punto perdí  
de todo punto el sentido,  
porque vieras su belleza  
rendida a un notable exceso,  
después de muchos.

(1) B: "Bien se ve que no los ves  
ni sienten mis llantos bravos."

(2) B: "ducientos y treinta y tres". A: "trescientos y treinta y seis".

(3) B: "pues si son maravedís  
seiscientos sesenta y dos".

C: "pues cuatro cientos más  
son y más setenta y dos".

(4) A: "mil y trecientas".

(5) B: "mil y ochocientos". A: "montan dos mil  
y seiscientos".

(6) Esta reñidilla falta en B.

(7) B: "que salió del Po a nado".

(8) A: "el traje de pescador".

(9) B: "y ser hombre desdichado".

(1) Desde aquí hasta la acotación falta en B.

(2) B: ("*Vanse JACINTA, MARCIAL y OTAVIO, y sale  
CELIA, y queda el DUQUE y OTÓN.*")

DUQUE. ¿Que en eso  
ha parado su tristeza?  
CELIA. Ella estaba enamorada  
de Fadrique, eso es verdad,  
o tuvo la voluntad  
a su opinión (1) inclinada.  
Como después se trató  
casar con Felipe, fué  
la causa mayor, porque  
tan gran tristeza la dió.  
Y cuando aquel pescador  
sacaron a la ribera,  
dió en decir entonces que era  
hombre de fama y valor (2).  
Hoy que supo que era muerto  
Fadrique, y que luego vió  
al Desdichado, afirmó  
que era éste Fadrique, cierto (3).  
Haciendo, ¡oh, caso importuno!,  
una por más confusiones  
las dos imaginaciones,  
haciendo de los dos uno (4).  
ha dado (5) en decir que es él  
Fadrique, como lo hiciera  
de otro cualquier que viera.  
DUQUE. ¿Hay desdicha más cruel?  
En este punto llegó  
aquí una humilde mujer,  
que su hermana debe ser,  
y señas y nombre dió.  
Y, por otra parte, Otón  
a Fadrique muerto viera,  
si el río no le escondiera.  
OTÓN. ¡Notable imaginación!

(Sale FLORA.)

FLORA. Mucho me pesa de hallarte,  
señor, con Celia a tu lado,  
pues las nuevas te habrá dado  
que yo sola quise darte.  
Ya te habrá dicho que vienes  
a un bien de que estás ajeno,  
pues vivo en tu tierra y bueno  
a Fadrique Esforcia tienes.

(1) A: "o su opinión".

(2) Las dos últimas redondillas faltan en A.

(3) B y C: "Fadrique y que al otro vió,  
con mil voces afirmó  
que era aquel Fadrique, cierto."

(4) Esta redondilla falta en A.

(5) A: "Ya ha dado."

DUQUE. (¿Quién vió lástima mayor?)  
FLORA. Que es Fadrique afirmar quiero  
el que ahora es jardinero  
y el fingido pescador (1).  
Dame albricias desta dicha,  
que por el don que te oíste  
bien el alma las merces.  
OTÓN. ¡Qué lástima!  
DUQUE. ¡Qué desdicha! (2).  
¿Qué habemos de hacer?  
CELIA. No sé (3),  
porque antes de agora dije  
que no lo era, y contradije (4)  
su pensamiento, tal fué  
la cólera (5) que conmigo  
tomó, que ya por mejor  
tuve seguirle el humor.  
DUQUE. Y ese mismo intento sigo.  
Al pescador buscarás,  
que a esto su salud me obliga,  
y que disimule y siga  
su pensamiento diras.  
Dirásle que diga que es  
Fadrique.  
CELIA. Yo lo haré así.  
(Vase.) (6)  
OTÓN. Mil veces sanar oí (7)  
con esta industria que ves,  
porque un loco se enfierece  
negándole su locura.

(1) Esta redondilla falta en A y en C.

(2) C añade:

FLORA. "En traje está que le encubre;  
mas como entre nubes vi  
los rayos del sol, así  
por el vestido descubre  
el de el alma el resplandor.  
que es Fadrique no lo ignora  
el que es jardinero ahora  
y antes era pescador.

Dame de tanta ventura  
albricias y habla a Fadrique,  
porque tus hechos publique.

OTÓN. ¡Qué lástima!

DUQUE. ¡Qué locura!"

(3) B: "¿Qué de hacer, Celia? CEL. No sé."

(4) A: "porque antes de agora dice  
que no lo era y contradice".  
C: "Porque en denantes la dije."

(5) A: "la locura".

(6) B y C: "(Vase CELIA.)"

(7) B: "señor, oí".

DUQUE. (¡Qué pena!)  
 OTÓN. (¡Qué desventura!)

FLORA. ¿Cómo, señor, no merece  
 respuesta la nueva mía?

DUQUE. Que oculto Fadrique estaba,  
 aunque lo disimulaba,  
 yo, Flora, bien lo sabía.  
 Pero no quise decir  
 su nombre, porque no fuera  
 bien que yo le descubriera  
 queriéndose él encubrir.

FLORA. ¿Pues no fué mucho que yo  
 de sólo que imaginara  
 que era noble adivinara  
 que era Fadrique?

DUQUE. ¿Pues no?

FLORA. El que yo dormía pensaba,  
 y la verdad muy desnuda  
 me dijo entonces.

DUQUE. (Sin duda,  
 Otón, que ella lo soñaba.) (1)

FLORA. El quiso un engaño hacerme;  
 pero, aunque lo parecía,  
 bien sé yo que no dormía.

OTÓN. (El que está loco no duerme;  
 pero al fin, como mortal,  
 se suspende. Esto sería  
 cuando pensó que dormía.)

DUQUE. ¿Quién vió desventura igual?  
 Ella está loca ¡Ya creo  
 mi desdicha!

FLORA. Deste río  
 salió ahogado, muerto y frío,  
 que parece que le veo  
 que como se despeñó...

DUQUE. (Mas, ¿cómo pasa tan presto  
 del uno al otro? ¿Qué es esto?  
 ¿Quién mayor locura vió?  
 Apenas del uno hablaba  
 y, contándonos su historia,  
 se le vino a la memoria  
 que el otro se despeñaba,  
 y juntar los dos procura.)  
 ¿Hay más pena? ¿Hay más rigor?

OTÓN. ¡Qué lástima!

DUQUE. ¡Qué dolor!

OTÓN. ¡Qué tristeza!

(1) Desde aquí, hasta la acotación de "Sale FADRIQUE", falta en B, que, además, por errata, pone *Vase* l'ADRIQUE.

DUQUE. ¡Qué locura!

(Sale FADRIQUE.) (1)

FADRIQUE. (¡Qué confuso pensamiento (*Ap.*)  
 me da uno y otro camino,  
 que si el uno determino  
 el otro seguir intento!  
 Ya Flora me ha conocido,  
 y si aquí me ha descubierto  
 al Duque de Mantua es cierto  
 que mi secreto ha ofendido (2).  
 Pues si mi nombre le digo,  
 si ella (3) no le ha dicho ya,  
 descubierto, claro está,  
 que a desterrarme me obligo (4).  
 Pero, al fin, el menor daño  
 es huir y padecer (5)  
 su ausencia, que no ofender  
 al Duque con tal engaño.  
 En esto me determino.  
 El Duque es éste; yo quiero  
 llegar y decir quién soy,  
 que es, al fin, del mal el menos (6).  
 Señor, si no maravillan  
 por extraños los sucesos (7),  
 y muchos casi imposibles  
 han llegado a verdaderos;  
 si el mayor puede obligarte,  
 escúchame un rato atento.

DUQUE. (De Celia viene advertido.)

OTÓN. Y lo finge por extremo.

FADRIQUE. Sabrás, pues, que soy... (8)

(1) Texto: ("Vase FADRIQUE.")

(2) C añade:

"Y así en confusión tan grave  
 le tengo al Duque engañado,  
 pues lo que le he callado  
 de ajena boca lo sabe."

(3) B: "y ella".

(4) C añade:

"Flora, donde no te vea;  
 porque no podré vivir  
 cerca a quien he de huir  
 y que mi muerte destierra."

(5) B: "es ver y padecer".

(6) B: "pues lo que es del mal el menos"; C:  
 "puesto que es del mal el menos".

(7) B: "por notables los sucesos".

(8) C trae así este pasaje:

"DUQUE. Y lo finge por extremo.

FADRIQUE. Sabrás, pues, que esta corteza  
 un corazón tiene dentro,  
 que decir sin arrogancia

DUQUE. ¡Fadrique!

Esperate, que no quiero  
que pienses que yo he dudado  
el valor que en ti contemplo.

FADRIQUE. (Ya el Duque sabía mi nombre.)  
¿Qué mucho, si considero  
que no hay en mujer valor  
para callar un secreto?  
Si yo quisiera callarle (1),  
¿cómo pudiera? ¿Qué presto  
lo supo!

FLORA. Pues él lo afirma (2),  
aquí verás que no miento.

DUQUE. Dame, Fadrique, tus brazos,  
que a mayor ventura tengo  
haberte en mi tierra hallado  
que si me ofreciera el Reino  
de Nápoles la corona (3).  
¡Qué gran dicha!

FADRIQUE. Sabe el cielo  
con la vergüenza, señor,  
que a besar tus plantas llego;  
pues en ellas...

DUQUE. ¿Eso haces?  
Fadrique, álzate del suelo,  
si no es que quieras también  
mirarme a las tuyas puesto.

FADRIQUE. Si desta suerte, señor,

FLORA. el más generoso puedo.  
(Ya dice a voces quién es;  
aún lo escucho y no lo creo,  
pues con esto mi ventura  
ni la adulo ni la temo.)

FADRIQUE. Invidias de la fortuna  
a este estado me trujeron.  
porque en este traje sea  
de su variedad ejemplo.  
Este rústico buriel,  
que agora me cubre el pecho,  
más al pecho me ajustara  
si fuera bruñido acero;  
aqueste azadón que rijo,  
bastón fuera en algún tiempo  
que en número, no de flores,  
de hombres pusiera gobierno.  
OTÓN. (¡Oh, qué bien se disimula!)

DUQUE. Con saber quién es, confieso  
que me engaña.

OTÓN. Es la verdad.

FLORA. De aquí mi ventura espero.

FADRIQUE. Sabrás que yo soy..."

(1) B: "encubrirle".

(2) B: "Pues él lo dice."

(3) B y C: "su corona".

has de tratarme, no quiero  
ser más de lo que antes era,  
pues de ser Fadrique pierdo (1)  
lo que de servirme gano.  
Criado soy.

DUQUE. Aunque deso  
te valgas, Fadrique, basta  
el agravio que me has hecho  
de haber callado tu nombre,  
estando aquí tanto tiempo.

FADRIQUE. ¿Señor!

DUQUE. Yo te lo perdono (2).

FADRIQUE. ¿Quién vió más feliz suceso? (Ap.)  
Ya el Duque sabe quién soy,  
y no está ofendido desto (3).

DUQUE. Bésale a Flora la mano.

FADRIQUE. Mil veces la tierra lesó  
que para tus pies labré,  
o que me labraron ellos  
para mis manos, pues sólo  
de pisarla, agradeciendo  
el contento de tus plantas,  
brotaba verdes renuevos,  
excusándome el cuidado,  
que más a tus pies les debo,  
que al azadón, que es su noble (4),  
aunque rústico instrumento.

FLORA. ¡Fadrique! Como del sol  
se conocen los reflejos,  
cuando al cristal de una fuente  
baña los rubios cabellos,  
y aunque entre silvestres ojos  
no pierde el valor por eso,

(1) B: "pienso".

(2) A: "estando aquí tanto tiempo;  
pero yo te lo perdono".

C: amplifica el pasaje en esta forma:  
"Sin hacerme otro mayor.

FADRIQUE. (Bien temí su sentimiento.)  
Señor, yo callé quién era...

DUQUE. Yo lo perdono.

FADRIQUE. Temiendo  
el crédito, porque apenas  
de pescador le merezco.  
DUQUE. Pero yo te lo perdono."

(3) B: "dello". C añade:

"OTÓN. (No sé cómo no te ries  
de verle.)

DUQUE. (Ya lo estoy viendo,  
y no sé entre tanto llanto  
cómo la risa detengo.)"

(4) A: "que al azadón le debía".



que de una manera alumbra  
los edificios soberbios,  
que a coronarse de nubes  
suben estrechando el viento,  
como las casas pajizas  
donde el entra por los techos...

DUQUE. ¡Mira qué en juicio le habla!

OTÓN. (Sosegaráse con esto,  
viendo que la aprueban todos (1).  
tan notable pensamiento.

FLORA. ...así por los ojos tú  
descubres el sol del pecho,  
porque hechos fuentes los vi  
de tu resplandor espejos (2).  
No te desprecies del traje,  
que aunque fuera limpio acero  
el sol que le ve no diera  
mayor resplandor por eso.

FADRIQUE. ¡Oh, que bien sabes honrar  
a quien te sirve poniendo  
en nuevas obligaciones!  
No haré del traje desprecio,  
que al fin te serví con él (3).

OTÓN. ¿Qué dices?

DUQUE. Que está fingiendo (4)  
y no sabré (5), Otón, cuál es  
lo fingido o verdadero.)

FLORA. ¡Bien haya el veloz caballo  
que te arrojó (6), pues no siendo  
causa de tu muerte, ha sido  
de nuestros gustos efeto,  
cuando arrojándote el río  
a aquesta orilla...

DUQUE. ;Qué presto  
vuelve a desvariar, Otón!

FADRIQUE. Lo del caballo no entiendo.

FLORA. ¿No te despenó el caballo?

DUQUE. El no está advertido desto,  
y ella en viendo que lo niega (7)  
vuelve a enfurecerse luego.)

FADRIQUE. ¿Caballo?

FLORA. Sí, cuando a caza  
saliste.

FADRIQUE. O yo no me acuerdo,

o no me arrojó caballo  
en mi vida.

DUQUE. ¡Bueno es esto!

Agora ha echado a perder  
todo cuanto tenía hecho.  
Hazle señas de que diga  
que sí.

OTÓN. Ya las hago, y menos  
me entiende.)

DUQUE. ¿Pues un caballo  
no te despenó?

FADRIQUE. Es enredo.  
Verdad es que salí a caza (1),  
y hallé en un monte desierto,  
con máscaras de leales,  
tres traidores encubiertos;  
otorgáronme la vida  
por el ausencia; y huyendo (2)

(1) El pasaje siguiente lo trae así C:

FADRIQUE. Es enredo.

DUQUE. Hazle señas.

FADRIQUE. No aprovecha.

FLORA. Pues, ¿cómo fué tu suceso?

FADRIQUE. Si quieres saberlo, escucha;  
y tú, señor, está atento.

OTÓN. Sin duda quiere enmendarlo.

DUQUE. Y si no lo hace, ¿qué haremos?

FADRIQUE. Yo soy don Fadrique Sforzia,  
del Duque el hijo primero,  
como todos saben.

DUQUE. Ya  
cómo tú lo eres sabemos.

FADRIQUE. Verdad es que salí a caza  
y hallé en un monte desierto,  
con máscaras de leales,  
tres traidores encubiertos.  
No quiero decir quién son,  
mas basta decir que fueron  
aun en la traición piadosos,  
pues que la vida me dieron:  
otorgáronme la vida  
por el ausencia; huyendo  
su traición más que mi muerte,  
el noble partido aceto,  
yo desnudo al río me arrojé  
y hasta aquesta orilla llevo,  
donde hallé en tu estado vida  
y en tus piedadades consuelo.  
Callé mi nombre, por verme  
pobre, desnudo y enfermo,  
aunque en el Desdichado  
te dije el más verdadero,  
esta es la verdad y no...  
no me despené corriendo.

(2) B: "por el ausencia; mas viendo  
su traición y mi muerte".

(1) B: "aprueba todos".

(2) B: "espejo".

(3) A: "te sirve con él".

(4) B: "Que lo estoy viendo."

(5) A: "y no sabe".

(6) C: "que se arrojó".

(7) C: "niegan".

su traición mas que mi muerte,  
el noble partido acepto:  
desnudo al río me arrojo (1).  
no me despoñó corriendo  
caballo, que no llegara  
tan desnudo, pues es cierto  
que desnudo no corriese (2).

DUQUE. (El lo enmendó por extremo.

OTÓN. Advertir de que llegase (3)  
desnudo, es un pensamiento  
extremado.

DUQUE. El pescador  
tiene lindo entendimiento.) (4)

FLORA. ¿Qué enemigos tienes?

FADRIQUE. Nobles,  
y poderosos.

FLORA. ¿Qué fueron  
las causas de perseguirte?

FADRIQUE. Sólo mis merecimientos.

FLORA. ¿Por merecimientos pierdes?

FADRIQUE. Sí, Flora, por ellos pierdo.

FLORA. ¿Pues qué pretendes ganar?

FADRIQUE. Sólo lo que no merezco.

FLORA. ¿Y cómo te va de aquel  
amoroso pensamiento  
de Jacinta?

FADRIQUE. ¿Qué Jacinta?,  
que ya de nada me acuerdo (5).

OTÓN. (6) ¿No la ves qué entretenida  
con él en razón se ha puesto?

DUQUE. Y con las veras que él  
la va a todo respondiendo.

(Salen OTAVIO, JACINTA y MARCIAL.)

OTAVIO. ¿Es aquél el que buscáis?

JACINTA. El es Tirso.

MARCIAL. Yo lo apruebo.

JACINTA. ¡Pardiez, que le hemos hallado!

(1) B: "y arrojéme al río desnudo".

(2) B y C: "no corría".

(3) B: "Enmendar el que llegase": A: "Advertirle que llegase."

(4) C añade:

"OTÓN. (Respóndele.

DUQUE. No sé cómo,  
que de su fingir sospecho,  
y con razón, que es verdad  
todo lo que está diciendo.)"

(5) Estos cuatro últimos versos sólo constan en B.

(6) En A sólo habla el Duque en estos cuatro versos.

Guarde a su merced el cielo.  
(Ay, Fadrique de mi vida!  
¿Es posible que te veo?)

MARCIAL. Calla agora.

JACINTA. No podré,  
que da voces el contento (1).

MARCIAL. Disimula aquí, Jacinta,  
hasta que solo lo hallemos,  
porque delante de tantos  
no se alborote de vernos (2).

JACINTA. Si está en pescador fingido  
y sirve de jardinero,  
como nos lo muestra el traje  
y nosotros lo sabemos,  
cuánto mejor es llegar,  
pues llegamos concediendo  
lo mismo que él ha fingido,  
y haciendo verdad su enredo,  
antes, en esta ocasión,  
le servimos de terceros  
a su engaño.

MARCIAL. Dices bien.

JACINTA. Pues disimula, y lleguemos.  
¡Hermano mío!

MARCIAL. ¿Amo mío! (3)  
¿Es posible que te habemos  
hallado?

JACINTA. Más de un año  
que en tu busca, hermano, vengo.

FADRIQUE. (¿No es Marcial este que miro?  
¿No es Jacinta esta que veo?  
¡Cielos!)

JACINTA. ¿Pues de qué has quedado  
tan embobado y suspenso?

DUQUE. (En aqueste punto, Otón,  
se acabó todo el enredo:  
que aquésta es su hermana, y ya  
está todo descubierto.)

FLORA. ¿Qué loca mujer es ésta  
que así le trata, sabiendo  
ya todos quién es Fadrique?

(1) B: "Mal podré,  
que se esconde mal el fuego."

(2) Los dos últimos versos faltan en A.

(3) En B se desfigura este pasaje así:

"mejor nos será llegar.

MAR. Dices bien; mas disimula,  
que importa.

JAC. Si haré. Lleguemos.  
¡Hermano mío!

MAR. ¿Amo mío!"

DUQUE. Ya Flora a su tema ha vuelto.

FADRIQUE. (Si aquí descubro a Jacinta, y digo quién es, hoy pierdo a Flora, porque no es bien empezar a darla celos; si a Jacinta desconozco (1), su mucha lealtad ofendo, porque al fin me ha hallado vivo (2), aunque me ha buscado muerto. ¿Qué he de hacer?)

JACINTA. No tenga empacho: déme un abrazo.

FLORA. ¿Qué es esto?

DUQUE. ¿Cómo saldremos de aquí?

OTÓN. Esta confusión no entiendo (3).

FLORA. ¿Qué mujer es ésta?

FADRIQUE. Espera, y sabráslo.

FLORA. ¡Dilo presto! (4)

FADRIQUE. (Entre obligación y amor estoy dudando y temiendo; mas venza la obligación, porque es de cobardes pechos rendirse al amor, y hacer de obligaciones desprecio.) Esta, señora, es Jacinta, una dama que sabiendo mi desdicha, me ha buscado, que tanto a su amor le debo (5). Este es un criado mío, aunque lo juzguéis (6) grosero, el más bueno, el más leal; Marcial es su nombre mesmo. Esto es la verdad.

DUQUE. ¡Qué bien lo ha enmendado!

OTÓN. ¡Por extremo!

DUQUE. ¡Qué presto halló la mentira a propósito!

OTÓN. ¡Qué presto!  
El es lindo socarrón (7).

(Sale CELIA.)

CELIA. (En todo el campo no puedo hallar este pescador (1) para decirle el concierto; pero hablando con el Duque está, y con Flora (2); yo creo que otro se lo habrá avisado.)

FLORA. De rabia y de celos muero.

(Sale OTAVIO.) (3)

OTAVIO. Carlos, conde de la Flor, a efectuar los conciertos que hay entre Mantua y Milán del tratado casamiento, en este punto llegó a estas selvas; que sabiendo que aquí estabas, ha venido con poco acompañamiento (4).

DUQUE. Salgamos a recibirlo. Vamos, Flora.

FADRIQUE. Si yo puedo (5) pedirte, señor, tras tantas, aquesta merced te ruego: que así me dejes vivir disfrazado y encubierto mientras mi avara fortuna va mejorando los tiempos. (Defensa al Conde traidor en este traje prevengo.) (6) Esta por mayor merced te suplico.

DUQUE. Y yo la aceto. Trae ese traje.

FADRIQUE. ¡Mil años vivas!

(1) A: "hallar este pescador".  
(2) B: "estoy con Flora; yo creo". A: "está con Flora; yo creo".

(3) Esta acotación falta en A.

(4) B: "a estas selvas ha venido con poco acompañamiento."

(5) B:  
"DUQUE. Aquí acabó nuestro engaño.  
¿Qué habemos de hacer?"

FADR. Si puedo."

(6) A: "en este traje que tengo".

B: "este Conde es el mayor enemigo que yo tengo".

C: "defensa al Conde traidor en este traje prevengo. Este Conde es el mayor enemigo que yo tengo".

(1) Los cuatro versos últimos faltan en A.  
(2) B: "me he hallado vivo".  
(3) B: "Todo en confusión lo veo." C: "Todo confuso lo veo."

(4) C añade:

"OTÓN. (Sin duda quiere enmendarlo; y si no lo hace, ¿qué haremos?)

(5) A: "la debo".

(6) B: "juzgáis".

(7) Northup leyó equivocadamente: "El es lirondo socorron."

DUQUE. Otón, ¿qué es aquesto?  
 Por no hacer que yo le trate  
 en público con respeto (1)  
 hace su enemigo al Conde.

OTÓN. El tiene sutil ingenio.

FADRIQUE. Como hasta aquí has de tratarme,  
 señor, como a jardinero.

DUQUE. Eso en público sí haré,  
 y como amigo en secreto (2).

CELIA. ¡Qué bien finge el picarón! (3)

FLORA. Es justo agradecimiento,  
 Fadrique, el que le debéis  
 a esa dama.

DUQUE. ¡Que tan ciego  
 tenga su discurso Flora,  
 tan falto el entendimiento,  
 que todo lo haya creído!

FADRIQUE. Aunque pienso agradecerlo,  
 una cosa es lo que digo  
 y otra cosa es lo que pienso (4).

JACINTA. ¿Marcial?

MARCIAL. ¿Qué quieres?

JACINTA. No sé.

FLORA. Muero de envidia y de celos.

DUQUE. ¿Cómo te sientes?

FLORA. Mejor,  
 porque un desengaño veo  
 que pudo darme la vida  
 o la muerte.

OTAVIO. Dice esto  
 porque ya a Fadrique ha visto.

DUQUE. ¿Dónde vas?

FADRIQUE. Voite sirviendo (5).

DUQUE. Quédese tu Alteza.

FADRIQUE. Yo  
 soy, señor, tu jardinero:  
 y si así me tratas, faltas  
 a la merced que me has hecho  
 de tratarme como a tal.

DUQUE. Ni la palabra te quiebro,  
 ni falto a lo prometido (1),  
 porque aquí todos sabemos  
 quién eres, porque presentes  
 estuvieron al concierto.

FADRIQUE. Beso mil veces tus pies.

DUQUE. Guárdete, Fadrique, el cielo,  
 que bien tu estado has fingido  
 y tanto, que agora pienso  
 que eres pescador, Fadrique.

FADRIQUE. El tiempo es mejor maestro,  
 y como enseñó a mandar  
 enseñó a servir el tiempo.

DUQUE. ¿No has de pasar de aquí?

FADRIQUE. Porque no me vean me quedo.

DUQUE. Y porque finges tan bien  
 de verte fingir me huelgo.

FADRIQUE. Pues si con esto te agrado  
 volveré a fingir de nuevo (2).

DUQUE. Pues mira que has de fingir.

FADRIQUE. A mí me está bien hacerlo (3).

OTÓN. ¡Qué sosegada está Flora!  
 Costoso ha sido el remedio,  
 porque de curar a un loco  
 enloquecen muchos cuerdos (4).

(*Vanse todos y quedan* JACINTA, MARCIAL y FADRIQUE.) (5)

FADRIQUE. Dame tus brazos, Jacinta,  
 mil veces (6).

(1) En la ed. de Northup, por errata sin duda, se añade aquí este verso:

"Y como amigo en secreto."

(2) Los seis versos últimos faltan en B.

(3) B: "hacello". C añade estos versos:

"CELIA. ¿Qué es, señora, lo que llevas?

FLORA. No sé, Celia, lo que llevo.  
 El alma, te respondiera,  
 si preguntaras qué dejo."

(4) B: "porque han de sanar a un loco,  
 con lo que hacen muchos cuerdos".

(5) B: "*vanse todos*".

(6) B: dame mil veces, Jacinta,  
 tus brazos."

C: "dame, Jacinta, tus brazos  
 mil veces."

(1) B: "Otón, ¿qué dices desto?  
 Guardarse, y porque yo  
 no le trate con respeto."

C: "Otón, ¿qué dices desto?, y como A.

(2) B: "ansí en lo público haré."

(3) B: "Salgamos a recebirle."

(4) C añade en esta forma:

"y otra cosa es la que siento.

FLORA. Pagalda tan gran fineza,  
 pues en tal traje se ha puesto  
 por vos.

FADRIQUE. Yo lo pagaré,  
 que uno pago y otro debo.

FLORA. Agradecédselo mucho.

FADRIQUE. Mucho, Flora, lo agradezco."

(5) B abrevia así este pasaje:

"Muero de rabia y de celos.

Agradecédselo mucho.

DUQUE. ¿Dónde vas?

FAD. Voite sirviendo."



JACINTA. Cuando con ellos (1)  
 pudiera hacerte pedazos  
 los diera, pues cuando vengo (2)  
 atropellando a mi honor,  
 obligación y respeto,  
 enamorado te hallo,  
 y tan rendido te veo,  
 que delante de mis ojos  
 de mí te han pedido celos;  
 por villana me han tenido;  
 villana he de ser, haciendo  
 de suerte que no te crean,  
 pues tan fácilmente puedo (3).

FADRIQUE. ¡Jacinta!

JACINTA. No soy Jacinta,  
 Cintia soy.

(*Vase* JACINTA.) (4)

FADRIQUE. Marcial, ¿qué es esto?

MARCIAL. Jacinta tiene razón.  
 porque ha sido muy mal hecho  
 hallarte desta manera  
 enamorado, viniendo  
 ella a buscarte.

FADRIQUE. ¡Marcial,  
 escúchame!

MARCIAL. No te entiendo.

(*Vase.*) (5)

No soy Marcial, sino Tirso;  
 así disfrazarme quiero (6):  
 el padre fray Tirso soy,  
 pues a predicarte vengo (7).

(1) A: "quedo con celos".

(2) A: "ingrato, pues cuando vengo". Northup lee,  
 erróneamente, en C:

"¿cuándo con celos  
 pudiera hacerte pedazos,  
 ingrato? Pues cuando vengo..."

(3) Los seis versos últimos faltan en B. En cambio,  
 C añade una cuarteta en esta forma:

"de mí te han pedido celos.  
 ¿Que no pudiste sufrir  
 callar quién eras? ¡Tan presto  
 lo dijiste, por mostrar  
 con eso el merecimiento!"  
 Por villana me han tenido."

(4) "Cintia". La acotación falta en A.

(5) Falta la acotación en A.

(6) C: "y si disfrazarme quiero".

(7) Los cuatro versos últimos faltan en B. C añade:

"Había en un día dos bodas

FADRIQUE. ¡Escucha, Jacinta o Cintia!  
 ¡Tirso o Marcial, está atento,  
 que si muerto me buscáis  
 ya me habéis hallado muerto.

(*Vase.*)

## ACTO TERCERO

(*Salen el PRÍNCIPE FELIPE, CARLOS y LEONELO, el DUQUE OTÓN, OTAVIO, CELIA y FLORA.*) (1)

FELIPE.

El Duque de Milán, agradecido  
 al deseo, Gonzaga, que has mostrado  
 de ver (2) con los conciertos convenido  
 al de Milán (3) a tu dichoso estado,  
 hubiera antes de ahora respondido  
 si no hubiera a su gusto (4) dilatado  
 de Fadrique la muerte rigurosa.

DUQUE.

Tragedia ha sido a todos lastimosa.

FELIPE.

Esta me dió (5), de quien sabrás más cierto  
 lo que en este concierto se procura.

(*Dale una carta.*)

CARLOS.

(¿Qué te parece Flora?)

FELIPE.

(*Estoy incierto*

en un comarcano pueblo,  
 y un perro las supo, que era  
 de todas bodas el perro.  
 Vió que en su lugar tardaba  
 la comida, y presumiendo  
 que podía en la otra hallarle  
 y volver después a tiempo,  
 fué donde habían comido;  
 y con más hambre volviendo  
 a la de su pueblo, halló  
 que ya habían hecho lo mismo.  
 Dos bodas tienes delante,  
 escoge lo que es más cierto,  
 no pierdas por codicioso  
 lo que por goloso el perro."

(*Vase.*)

(1) B: ("Salen FELIPE, CARLO, etc.")

(2) B: "haber".

(3) B: "el de Milán".

(4) B: "sus gustos"; C: "su gusto".

(5) A: "Este medio."

si es Flora la que el Duque (1) me asegura,  
que si en lo que la otra (2) dijo advierto,  
es Flora la de menos hermosura.)

DUQUE.

Yo lo veré despacio; hablad ahora,  
mientras que voy a responder con Flora.

(*Vanse el DUQUE, OTÓN y OTAVIO.*) (3)

FELIPE.

Si mi humilde deseo ha merecido,  
por el honor que de serviros gano,  
gloriosamente a aqueos pies (4) rendido,  
admirar fuego y nieve en (5) una mano,  
Flora, bella, la vuestra humilde os pido (6);  
y si digno de bien tan soberano  
me miro a vuestros pies, desde este suelo  
pienso tocar el sol de vuestro cielo,  
aunque quede en mi bárbara osadía  
deshecho al fuego y a la nieve helado (7).

FLORA.

(Este casamentero, Celia mía,  
las reverendas trae (8) de desposado.  
Excusarme de hablar con él querría,  
y un excelente disimulo he hallado.)

FELIPE.

¿Pues no me respondéis?

FLORA.

Hablad con Flora.

FELIPE.

¿Quién es Flora?

FLORA.

La Infanta, mi señora.

CELIA.

¡Señora!

FLORA.

No replique Vuestra Alteza,  
que es bien que logre el alto pensamiento  
de gozar de Milán, honra y grandeza.

CELIA.

Nunca tan grande fué mi atrevimiento.

FLORA.

¿Su fama, su hermosura, su belleza  
no conocéis?

CELIA.

(Vengó mi fingimiento.)

FELIPE.

(Confuso estoy entre una y otra Flora;  
mas es la noche una, otra el aurora.)

¿Carlos?

CARLOS.

¿Señor?

FELIPE.

Leonelo, ¿qué os parece  
como el Duque de Mantua se ha vengado?  
La que (1) no es Flora por mujer me ofrece,  
ofendido de verme disfrazado.

CARLOS.

Un engaño, señor, otro merece (2).

LEONELO.

¿Discreto el Duque por extremo ha andado?

FELIPE.

Quien era vió; disimuló el estilo (3),  
y, engañado, engañóme por el filo.

FLORA.

Hable tu Alteza.

CELIA.

¿Qué es lo que pretendes?

Ya sabes cómo siempre te he servido.  
En dar crédito, Flora, a ti te ofendes,  
a un pensamiento sin traición fingido.

FLORA.

(Engaña, Celia.) (4)

CELIA.

¿Yo?

FLORA.

¿Qué mal me entiendes!

(1) B: "al Duque".

(2) A: "lo que el otro".

(3) B: ("*Vanse el DUQUE y OTAVIO.*")

(4) B: "a vuestros pies".

(5) "fuego envíe en".

(6) B: "¡Oh, Flora celestial, la vuestra os pido!"

(7) B: "helada".

(8) B: "reverendas trae".

(1) B: "Lo que."

(2) B y C: "Un engaño otro engaño se merece."

(3) B: "Quien era vuestro disimuló estilo."

(4) B:

"CEL. ¿Qué es lo que pretendes?"

FLOR. Engañar, Celia."

En C disparatadamente puntuado por Northup.

CARLOS.

Si el Duque no se da por entendido  
no lo estés tú tampoco de su engaño;  
calla hasta uno y otro desengaño,  
y prosigue.

FELIPE.

Eso hago. Flora bella.  
¿De qué sirve encubrir los rayos rojos,  
si de fuego (1) de amor una centella  
átomo es de vuestros dulces ojos? (2)  
La más pura, limpia y clara estrella (3)  
sus luces os ofrece por despojos;  
no los neguéis al que os está mirando (4).

(Sale OTÓN.)

OTÓN.

Su excelencia, señor, queda esperando.

Mas, ¿qué es esto? Felipe es el que veo;  
o confusa mi ciega fantasía (5),  
de la naturaleza varia creo  
que sacó dos estampas en un día.

FELIPE.

Rendido voy a manos de un deseo:  
si es Flora la fingida, será mía.

CARLOS.

Con más industria no disimularas,  
señor, si con la misma Flora hablaras.

(1) B: "si del fuego".

(2) B: "bellos ojos".

(3) B: "La más limpia, pura y clara estrella."

(4) B: "¿Por qué os negáis al que os está adorando?" C amplifica el pasaje en esta forma:

"Sus luces os ofrece por despojos,  
¿por qué a otra luz la vuestra se reduce?  
Que en presencia del sol ninguna luce;  
Flora, ¿no respondéis?"

FLORA.

Responded, Flora.

CELIA.

(¿Por qué ofenderme tu valor procura?)

FLORA.

¿No os ha dicho que es ella? ¿Quién lo ignora?  
¿Su gracia, su donaire, su hermosura?

FELIPE.

Vuestra divina luz el alma adora:  
¿por qué queréis que quiele en noche oscura?  
No los neguéis al que os está mirando.  
¿Quien vuestro claro día está mirando?

(5) B: "o turbada mi misma fantasía".

(Vanse FELIPE y CARLOS.) (1)

OTÓN.

El es; dirélo al Duque, y que ha venido  
como su embajador disimulado.

(Vase.)

FLORA.

Celia, ¿que no me hayas entendido!

CELIA.

Bien un pequeño yerro has castigado;  
mas si en pensarlo sólo te he ofendido...

FLORA.

¿Luego ya lo tuviste imaginado?

CELIA.

Por engaño.

FLORA.

¿Por qué no lo decías  
ahora?

CELIA.

Porque tú...

FLORA.

¿Qué desconfías?

CELIA.

...no te ofendieras más (2).

FLORA.

Si me entendiste,  
lo que yo te mandaba, Celia, hicieras.

CELIA.

¿Vengaráste con esto? ¡Ay de mí triste!

FLORA.

Pues es fácil (3) fingir, ¿no lo fingieras?

CELIA.

¿Yo delante de ti?

FLORA.

Aquí consiste  
mi gusto mayor, Celia; ¿no pudieras  
dármele? Y porque entiendas mi alma ahora,  
yo quiero que tú digas que eres Flora.

CELIA.

Pues dime, Flora: ¿qué consigues deso? (4)

(1) B añade "LEONELO"; C sólo dice "Vanse."

(2) A: "no te ofendiera más".

(3) B: "Pues fácil."

(4) B y C: "Aun eso, bien. Más ¿qué consigues deso?"

FLORA.

Excusarme de hablar embajadores;  
que me ofende el mirarlos te confieso,  
y escuchar por terceros los amores.  
Confieso que perdido tengo el seso  
entre tantas desdichas y rigores.  
Hazte tú Flora mientras lloro, ¡ay, cielos!,  
fuerza de un padre (1) y de un amante celos.

Aqué! mi libertad forzar pretende  
tratando el casamiento que me infama;  
éste mi pecho en fuego y rabia (2) enciende  
viéndole hablar la labradora dama.  
Uno me fuerza, Celia; otro me ofende,  
y entre el rigor, entre la ardiente llama (3),  
helado el cuerpo, el alma ya en los labios,  
suíro rigores y padezco agravios.

CELIA. Ya se vuelve a su locura (4).

(Sale FADRIQUE, solo.) (5)

FADRIQUE. Si se permite a quien muere  
decir, Flora, sus desdichas,  
escúchame (6) atentamente;  
no importa que Celia esté  
a mis razones presente,  
que antes quiero hacer testigos  
de mis males o mis bienes (7).  
Desnudo llegué a esta orilla,  
no te espantes de que empiece  
mi historia; breve será,  
si en penas puedo ser breve;  
hallé en tus manos piedad,  
acogísteme elemente,  
y aquí contento viví,  
viví en tu servicio alegre.  
Afrentado el corazón

(1) B: "rigor de un padre".

(2) B: "en fuego y novia".

(3) B: "y entre el rigor entra la ardiente llama".

(4) A: "Ya vuelve a su locura".

(5) B: ("Sale FADRIQUE.") C: sin acotación.

(6) B: "escuchadme". A añade a este verso otro:  
"para que yo te las diga".

(7) C añade:

"Oye razones de un loco,  
que suele ser cuerdo a veces;  
que el mal, si quita el sentido,  
el sentimiento le vuelve.  
Con lengua torpe y voz muda  
hablarte el alma pretende,  
y aunque sienta cuanto dice,  
no te dirá cuánto siente.  
Desnudo llegué a esta orilla..."

estaba que le cubricen  
un tosco sayal, y el pecho  
quiso romper impaciente  
por los ojos y la lengua  
reventó; disculpa tiene,  
que el fuego, Flora, no es mucho,  
si está encerrado, reviente.  
Salió a la boca en palabras,  
mas como son viento leve,  
el viento al fuego mayor  
en humo y cenizas vuelve.  
Salió a los ojos (¿quién vió  
líquido el fuego?) en ardientes  
lágrimas, lenguas de agua  
que hablar con más alma suelen.  
La sangre, que aunque encubier-  
no es razón que se desprecie. [ta, (1)  
que es la nobleza un tesoro  
que tiene su precio siempre,  
es otra alma, tan alma,  
que glorias sólo apetece:  
ni la finge el que le falta,  
ni la encubre el que la tiene.  
No pude encubirla yo  
forzado, sino prudente,  
y díjete al fin (2) quién era,  
tú sabes si honestamente;  
pues si el que despierto vive  
muerto le juzgan si duerme,  
muerta estabas, porque viva  
no supiera yo atreverme.  
¡Oh, inconstancia (3), siempre insta-  
que aun dormidas las mujeres [ble,  
no saben decir verdad,  
pues hasta en el sueño mienten! (4)  
Desengañada, dijiste  
quién era al Duque (5), y prudente  
me habló, sin que yo le viera  
de mi silencio ofenderse.  
Estando en esto, la nueva,  
¡ay de mí!, llegó...

(1) B abrevia el pasaje:

"Viví en tu servicio alegre.  
La sangre que, aunque encubierta."

(2) B: "y te dije al fin".

(3) A: "inconstancias".

(4) B abrevia también así:

"Tú sabes si honestamente,  
desengañada dijiste."

(5) B: "mi nombre al Duque".



FLORA. ¡Detente,  
que yo diré quién llegó!  
CELIA. Otro nuevo engaño es éste (1).  
FADRIQUE. Déjame hablar.

FLORA. Hasta aquí  
has dicho; deja que empiece  
y diga yo quién llegó,  
pues has dicho cuanto quieres.  
Llegó una villana noble,  
que hablando rústicamente  
por hermano te abrazó.

FADRIQUE. ¡Escucha! ¡Espera!

FLORA. ¿Que espere?  
¿Qué tengo ya que esperar?

FADRIQUE. La sentencia de mi muerte.  
Ese embajador fingido  
que a tratar tu boda viene  
es Filippo, ese es mi hermano;  
y si examinarlo quieres  
míralo en esta sortija

(Enseña la sortija.)

esculpido, que previene  
al cielo para mi bien  
unas señas tan patentes.  
Aquí verás del buril  
lo más primo y excelente,  
porque el más sutil pincel (2)  
sin matices le desmiente.  
Mírale, Celia, que él es.

CELIA. Engañada estuve siempre.  
Ahora creo que es Filippo,  
y aun que tú Fadrique eres.

FADRIQUE. Esta a Jacinta le dió  
el Príncipe.

FLORA. ¿Que no tienes  
vergüenza para nombrarla (3)  
en mi presencia?

FADRIQUE. Si quiere  
decir la lengua verdades (4)  
no te espantes que las cuente,  
porque solos desengaños  
son los que el alma pretende.

FLORA. ¿No vino a buscarte?

FADRIQUE. Sí.  
¿Díjela yo que viniese?

¿Pues por qué te ha de ofender  
una mujer que me quiere?

¿Quiérola yo? ¿Qué razones  
la dije que te ofendiesen?

¡Pluguiera a Dios la quisiera!

Que tanto, Flora, me debes,  
pues, cuando como te quiero  
a Jacinta la quisiera,

¿por tu desprecio dejara  
sus amorosos placeres? (1)

Bien conoces mi razón;  
mas como a Filippo adviertes,  
con mi desprecio, el venir  
disfrazado le agradeces.  
Págale tan gran fineza.

FLORA. ¿Qué mal disculparte entiendes  
echándome a mí la culpa  
que solo, Fadrique, tienes!  
Por ti ha venido Jacinta.

FADRIQUE. Y Filippo, ¿por quién viene?

FLORA. Págala el haberse puesto  
por ti en tan humilde suerte.

FADRIQUE. Agradécele el venir  
hecho embajador por verte.  
Por ti ha venido.

FLORA. Es verdad.

¿Díjele yo que viniese?

Si un hombre me quiere a mí,  
con poca razón te ofende.

¿Quiérole yo? ¿Qué favores  
tiene míos? ¿Que dijese  
que era Celia por no hablarle?  
¿Que todo aquesto me debe? (2)

Todas las mujeres piensan  
que son unas, neciamente,  
pues las que de veras aman  
por las que lo dicen pierden.  
No he de ir a buscarte yo (3),  
aunque por costumbre tienes

(1) B abrevia el pasaje así:

"Una mujer que me quiere.  
Bien conoces mi razón."

(2) A: "debes". B abrevia el pasaje en esta  
forma:

"¿Díjele yo que viniese?  
¿Pues por qué te ha de ofender  
un hombre que a mí me quiere?  
Todas las mujeres piensan..."

(3) B: "y las que de veras aman  
por las que lo dicen pierden.  
No he de irte a buscarte yo".

(1) B y C: "¿Qué enredo mayor es éste?"

(2) B: "¡porque el más veloz pincel".

(3) B: "nombrarle".

(4) A: "verdad".

que tales mujeres te amen,  
que te busquen las mujeres

(*Vase.*) (1)

FADRIQUE. ¡Aguárdate, Flora, espera!  
¡Espera, Flora, detente!  
¡Deténla, Celia!

CELIA. Ya es ida.  
FADRIQUE. Dila que un instante espere.  
CELIA. Diréle al Duque quién son  
todos. Loca quise hacerte,  
Flora: pero yo lo estuve  
en reírme y no creerte (2).

(*Vase.*)

FADRIQUE.

Cuando de mi atrevido pensamiento,  
Jacinta, los rigores imagino,  
menos me atrevo y más me determino,  
que sobra amor y falta atrevimiento.

Desconocido a tu beldad intento  
tirano pago a tu valor divino,  
y, animándole, apenas imagino  
verdugo de mi infamia el sentimiento.  
olvido ingrato, agradecido adoro (3),  
aborrezco cobarde, amo atrevido,  
llamo y huyo (4), quiero y no deseo,  
canto mis penas y mis glorias lloro:  
¿qué mucho muera o viva (5) arrepentido,  
si he de perder la vida o el deseo? (6)

(*Sale el DUQUE y OTAVIO, solos.*)

DUQUE. No se efectuó el concierto,  
que dice el Conde que tiene  
para avisar a Milán  
forzosos inconvenientes.

FADRIQUE. Dame tus pies.

DUQUE. ¿Aquí estás?

FADRIQUE. Y deseoso de verte (7)  
para darte de las bodas  
mil dichosos parabienes.

DUQUE. ¡Guárdete Dios! ¿Cómo va  
del fingimiento?

FADRIQUE. No puede  
irme mal en tu servicio.

DUQUE. ¿Y ya de Flora qué sientes?

FADRIQUE. Que Flora merece mucho,  
pero Felipe merece (1)  
la merced que tú le haces,  
que es generoso y prudente.

DUQUE. No te pregunto qué es  
ni quiero que me aconsejes.

FADRIQUE. Señor, hablar de Felipe  
es honrarme a mí, que excede  
a mi deseo; que él  
a darte contento acierte (2),  
y plega (3) al cielo, señor,  
que te pague las mercedes  
que he recibido en tu casa.

DUQUE. Pues, ¿cómo hablas desa suerte?

FADRIQUE. Bien me acuerdo yo que tú  
me dijiste que fingiese;  
pero como sólo Otavio,  
que siempre estuvo presente,  
nos oye, a hablarte así  
pude, señor, atreverme.

DUQUE. ¡No nos oye otro, villano,  
bárbaro, loco imprudente! (4)  
¿A mí quieres engañarme?

FADRIQUE. ¿Quién engañarte pretende?

DUQUE. Si te dije que fingieras...

FADRIQUE. Yo te pedí que me hicieses  
esa merced de tratarme  
como a jardinero siempre  
porque el Conde en este traje  
ni me hablase ni me viese (5).  
Eso es lo que ha fingido:  
mas como nadie nos viese,  
aquí hablé como a Fadrique (6).

DUQUE. (Otavio, otro loco es éste.)

¿Pues quién eres?

(1) B: "Y al fin, Flora, ¿qué sientes?"

FAD. Que aun ella merece mucho,  
Filipo, señor, merece."

(2) B: "a mi deseo, pues sé  
a darte contento viene".

(3) B y C: "y plegue".

(4) B: "Nos oyó hablarte así,  
pude, señor, atreverme.

DUQUE. Villano, bárbaro, loco,  
necio, atrevido, imprudente."

(5) Los dos últimos versos solamente los trae B.

(6) B: "mas como nadie me viese,  
aquí hablé con Fadrique".

(1) B y C: (*Vase FLORA.*)

(2) B no trae los cuatro versos últimos. A, en el  
cuarto de ellos: "rendirme", en lugar de "reírme".

(3) A: "acero".

(4) A: "llamo y juzgo".

(5) C: "viva o muera".

(6) Este soneto falta en B.

(7) B: "Y deseo de verte."

FADRIQUE. ¿Tú no sabes  
quién soy? Señor, ¡cuántas veces  
oí mi nombre en tu boca  
sólo para engrandecerme!  
¡Qué bien cumples tu palabra!  
¡Bien a encubrirme te ofreces!  
¡Y qué bien por no tratarme  
mal desconocerme quieres! (1)  
Pero aquí solos estamos,  
dime lo que te parece  
de Felipe, que mi hermano  
es muy galán.

DUQUE. (¿Cuánto puede,  
Otavio, lo que en su abono  
la imaginación aprende!  
Sin duda que se ha creído  
que era Fadrique.)

OTAVIO. (De verse  
tan estimado, nació  
un pensamiento tan fuerte.)

FADRIQUE. Pues, señor, ¿no me dirás  
qué causa pudo moverte  
a hablarle de aquesta suerte? (2)

DUQUE. ¡Ya no puedo sufrir más!  
¡Hombre de ese río (3) venido  
y del al campo arrojado,  
de sus ondas engendrado  
y de sus fieras nacido!  
¿Qué hechizo, encanto o veneno  
a aquesta selva trujiste,  
que después que a ella viniste  
todo está de engaños lleno? (4)

Miserable y abatido  
con uno y otro temor,  
tan fingido (5) pescador  
cuanto Fadrique fingido;  
¿quiere matarme tu encanto? (6)

FADRIQUE. Si no entendiera que estás

(1) B: "más desconocerme quieres".

(2) B y C: "de aquella suerte".

(3) A: "del serrio".

(4) C añade esta redondilla; según la ed. de Northup:

"FAD. (Sin duda alguna nos ven.)  
Bien así me satisfaces;  
trátame mal, que bien haces.  
Finge, que finges muy bien."

(5) A: "ya fingido".

(6) B omite tres versos:

"Miserable y abatido,  
¿quiere matarme tu encanto?"

fingiendo, no oyera más  
ni hubiera sufrido tanto.

Pues porque se certifique  
el mundo de mi valor,  
sufro como pescador  
lo que oí como Fadrique (1).

Si jardinero me vías (2)  
y de serlo me sacaste,  
¿por qué tanto me estimaste  
si ya no me conocías?

Trátame como criado,  
que aqueso pretendo yo,  
en público, pero no  
cuando estás tan retirado.

Fadrique aquí soy, y allí  
seré humilde labrador.

OTAVIO. (El se lo creyó, señor.) (3)

DUQUE. (¡El está fuera de sí,  
y aun yo y todo!)

OTAVIO. (Como vió  
que todos se lo decían,  
porque todos lo fingían  
que era Fadrique creyó.)

(Salen JACINTA y MARCIAL.)

JACINTA. ¿Ayudarásme a mentir?

MARCIAL. A todo te ayudaré (4).

JACINTA. Pues así me vengaré.

MARCIAL. Por ti tengo de morir.

JACINTA. ¡Antón, vámonos, acaba,  
a la aldea!

MARCIAL. Presto, vamos  
desta tierra. ¿Qué aguardamos? (5)

FADRIQUE. (¡Esto sólo me faltaba!)

DUQUE. (¡A qué buen tiempo ha llegado  
su hermana, que puede ser  
que acordándole su ser  
vuelva de lo que ha soñado!)

JACINTA. Mira que quedó (6) el pollino  
sólo en casa, sin tener  
qué comer ni qué beber.

MARCIAL. Ni mi prójimo el cochino.

FADRIQUE. ¡Jacinta!

(1) Esta redondilla falta en B.

(2) B: "vayas".

(3) B: "El se lo creya, señor." A: "El solo creyó, señor."

(4) B: "y fácilmente podré".

(5) B y C: "Señor, vamos  
desta tierra. ¿Qué esperamos?"

(6) A: "queda".

JACINTA. ¡Qué bueno es eso!  
 ¿Jacinta yo? Cintia soy.  
 FADRIQUE. Confieso que loco estoy.  
 JACINTA. El tiene perdido el seso.  
 FADRIQUE. ¡Marcial!  
 MARCIAL. ¿Yo Marcial? ¿Hay tal?  
 De otra cara me imagina,  
 porque un hombre tan gallina,  
 ¿cómo puede ser Marcial?  
 JACINTA. Aquesas locuras deja.  
 ¿Tú, señor? ¿De cuándo acá?  
 ¡Vámonos! ¡Acaba ya!  
 DUQUE. Bien Otavio le aconseja (1).  
 FADRIQUE. ¡A cólera me provocho!  
 ¡Vive Dios que estoy sufriendo  
 y callando, porque entiendo  
 que han de decir que estoy loco!  
 JACINTA. Señor, déjele ir a casa,  
 que imaginando aventuras  
 en máquinas y locuras  
 lo más de la vida pasa.  
 Historias habrá leído (2)  
 de muchas caballerías,  
 y con locas fantasías  
 todas se las ha creído (3).  
 No le crea si le dice  
 que es un hombre de opinión,  
 porque su nombre es Antón;  
 DUQUE. ¡Que bien que lo contradice!  
 FADRIQUE. Jacinta, si piensas hoy  
 quitarme fingida el seso,  
 que estoy loco te confieso (4);  
 déjame, pues ya lo estoy.  
 ¿Qué es lo que tu voz procura  
 hablando de aquesa suerte?  
 ¿Buscas, Jacinta, mi muerte?  
 JACINTA. ¿Jacinta yo? ¡Qué locura! (5)  
 FADRIQUE. Marcial, ¿tú eres contra mí?  
 ¿Esto en tus lealtades tengo?  
 MARCIAL. Señor, con quien vengo, vengo.  
 FADRIQUE. (¿No soy yo Fadrique?)  
 MARCIAL. (Sí).  
 FADRIQUE. Dilo a voces: ¿quién soy yo?,  
 ya que abonarme te ofreces.  
 ¿Quién soy?

MARCIAL. Antón me pareces.  
 FADRIQUE. ¿Y no soy Fadrique?  
 MARCIAL. ¡No!  
 FADRIQUE. (Jacinta, si de mi llanto,  
 que tanto el amor agrada,  
 estás acaso obligada,  
 merezca yo favor tanto  
 que le digas quién soy yo  
 al Duque.)  
 JACINTA. (Fadrique eres.)  
 FADRIQUE. Pues ya confesarlo quieres,  
 ¿no soy yo Fadrique?  
 JACINTA. No.  
 FADRIQUE. ¡Viven los ciclos, villanos,  
 que porque se satisfaga  
 mi furor, a los dos haga  
 pedazos con estas manos!  
 OTAVIO. Más se enfurece de ver  
 que le niegan su locura.  
 DUQUE. Quiero hablarle con blandura,  
 y probar si puede ser  
 reducirle.  
 FADRIQUE. ¿Hay confusión  
 mayor que la que en mí lucha?  
 DUQUE. Oye.  
 FADRIQUE. ¿Qué quieres?  
 DUQUE. Escucha:  
 ¿Cuanto mejor será, Antón,  
 que te vuelvas a tu tierra,  
 donde mejor estarás?  
 FADRIQUE. Ya no puedo sufrir más,  
 que un volcán mi pecho (1) encierra.  
 DUQUE. Deja esos discursos, llenos  
 de tan confuso vaivén.  
 JACINTA. Y dice, señor, muy bien.  
 MARCIAL. Haz lo que te ruegan buenos.  
 FADRIQUE. ¡Basta! Yo no soy Fadrique,  
 pues se juntan en mí mal (2)  
 Jacinta, el Duque y Marcial;  
 porque el rigor multiplique,  
 quieren que deje de ser  
 lo que soy; mi mal pretenden,  
 y pues engañarme entienden,  
 por Dios que no lo han de hacer.

(Vase FADRIQUE.)

DUQUE. Casi va desesperado.  
 ¡No le dejéis! ¡Id tras él!

(1) En B faltan los tres últimos versos.  
 (2) C: "había leído".  
 (3) Esta redondilla falta en B.  
 (4) Northup leyó erróneamente: "que estoy loco confieso".  
 (5) B: "¿Yo tu muerte? ¡Qué locura!"

(1) B y C: "el pecho".  
 (2) B: "según tan en mí mal".



No vaya solo.

JACINTA. ¡Ah, cruel.  
bien los celos me has pagado!

(*anse JACINTA y MARCIAL.*) (1)

DUQUE. ¿Quién vió confusión más fie-  
En el alma me ha pesado [ra? (2)  
de haberle (3) desengañado;  
mejor concederle fuera  
su locura; pero a mí  
tan gran cólera (4) me dió  
cómo hablándome llegó  
en negocios, que no vi  
la hora de despedille.

(1) C amplifica el pasaje en esta forma:

"DUQUE. ¡Por Dios!, que me ha enternecido  
su furioso pensamiento.

OTAVIO. ¡Que tuviese el fingimiento  
con tanto afecto creído!

DUQUE. Esta locura no es más  
que creer una aprensión  
que está en la imaginación.

OTAVIO. ¿Y ya de Flora qué harás?

DUQUE. Flora, como no le vea  
ni le hablen dél, sosegada  
está siempre y descansada.  
¡Pero, que una mujer crea  
que esta villana que aquí  
en este punto llegó  
fuese una señora!

OTAVIO. Yo,  
en la ocasión que lo vi  
fácilmente lo creyera.  
¿Quién vió confusión más fiera?  
Haberle desengañado  
mejor concederle fuera  
su locura, pero así  
tan gran cólera me dió  
como hablando me llegó  
en negocios que no vi  
la hora de despedilla.

(*Sále CELIA.*)

CELIA. Pues ya estás hecho a sentir  
lo que te quiero decir,  
señor, no te maravilla:

lo que el alma aseguró  
viene a deshacer ahora,  
nunca fué la loca Flora,  
porque siempre lo fui yo,  
y porque se certifique  
la verdad de un desengaño  
sin locura y sin engaño  
el pescador es Fadrique."

(2) B: "¿Quién tal aprensión creyera?"

(3) B y C: "haberle".

(4) A: "gran locura".

(*Sále CELIA.*)

CELIA. Pues ya estás (1) hecho a sentir,  
lo que te quiero decir,  
señor, no te maraville.

Lo que el alma aseguró (2)  
viene a deshacer ahora (3);  
nunca fué la loca Flora,  
porque siempre lo fui yo.

Y porque se certifique (4)  
la verdad de un desengaño,  
sin locura y sin engaño,  
el pescador es Fadrique.

Mira, señor, si tenía  
razón Flora en porfiar,  
y quisimos condenar  
por locura su porfía (5).

DUQUE. Otavio, ¿qué dices desto?  
¿Por quién esto habrá pasado?

OTAVIO. Flora su mal le ha pegado.

DUQUE. A creer estoy dispuesto  
cuanto me dijeren ya,  
o aquestas selvas umbrosas  
tienen yerbas ponzoñosas (6).  
Apenas aquí se va

Fadrique o el pescador,  
que uno y otro dicen que es,  
y viene Celia después  
con que es él. ¿Hay tal dolor? (7)

CELIA. Esa rústica villana,  
que lo es al parecer,  
es una noble mujer,  
no, como ella dice, hermana (8),  
que a buscarlo vino así.

DUQUE. ¿Quién mayor lástima vió? (9)  
Ella también lo creyó.  
o todos burlan de mí.

Pues tú, Celia, que antes eras

(1) A: "está".

(2) A: "Lo que en el alma aseguro." B no trae  
este verso.

(3) B: "bien es deshacer ahora".

(4) B: "le certifique".

(5) Esta redondilla falta en A.

(6) C: "selvas ponzoñosas".

(7) B: "rigor".

(8) C añade esta redondilla:

"De Fadrique, si no dama  
a quien Fadrique servia;  
él mismo se lo decía  
a Flora, y que ella le amaba."

(9) B: "mayor la estima vió".

quien a Flora aconsejaba  
y quien deso se burlaba.  
has creído tan de veras  
su engaño, el intento muda;  
no muestres facilidad.  
CELIA. Esta es, señor, la verdad.  
DUQUE. Tengo, Otavio, por sin duda  
que este hombre o pescador,  
o Príncipe o jardinero,  
es el mayor hechicero  
y mayor enredador  
que se ha visto.

(Sale FLORA.)

FLORA. Siempre ha sido  
Celia, señor, quien a ti  
te trae las nuevas, y así  
no dudo que habrá traído  
estas que te vengo a dar.  
que es aqueste embajador  
Felipe mismo, señor (1).  
CELIA. ¿Pues quién lo puede dudar,  
cuando Fadrique, su hermano,  
lo asegura?

DUQUE. ¡Vive Dios,  
que ya están locas las dos!)  
OTAVIO. (Que es mal que se pega es llano.)  
DUQUE. Bien fácil fuera creer  
que es, y yo se lo confieso,  
éste Felipe, que eso  
es cosa que puede ser.

Pero querer que yo crea  
que es este hombre encubierto  
Fadrique, que está ya muerto,  
y que esta villana sea  
dama, son cosas terribles;  
y no me atrevo a creer  
lo que ha de suceder (2).  
por no creer imposibles.

FLORA. Señor, ¿de qué estás prolijo?

CELIA. Que de creerme no acabes!

DUQUE. Tú, Celia, ¿de qué lo sabes?

CELIA. De que Fadrique lo dijo.

¿No basta que él lo dijese?

DUQUE. ¡Qué lástima! Otavio, ya  
más loca que Flora está.

Mejor es que lo confiese.  
FLORA. ¿De qué dudas?

(Sale OTÓN.)

OTÓN. Yo quisiera  
hablarte a solas.

DUQUE. Otón,  
no llegarás a ocasión  
en que más gusto tuviera.

OTÓN. ¿Qué es lo que me quieres? Di.  
Espero que tú prosigas,  
que es bien que primero digas  
lo que me quieras a mí;  
y en servirte satisfecho,  
ya de mí no has de saber  
lo que quiero, hasta tener  
lo que me mandarés hecho.

DUQUE. Ya tú sabes que después  
que llegó por maravilla (1)  
un pescador a esta orilla,  
la selva confusa es.

Hubo Fadrique fingido;  
dama que se transformó;  
también Celia lo creyó  
y aun él mismo lo ha creído;  
porque aquí de tal manera  
que era Fadrique afirmaba,  
que yo mil veces dudaba,  
yo mismo, si verdad era (2).

Esto te quiero advertir,  
porque no he hallado medio (3)  
mejor para su remedio:  
has agora de decir,

para seguir las su humor,  
que cuando tú a Milán fuiste  
en él a Felipe viste,  
y que es este embajador;

OTÓN. que esta (4) es la tema en que han  
¿Y es mucha dificultad [dado.  
que yo diga la verdad?  
Si este que está disfrazado  
es Felipe; yo le vi  
en Milán, y por más señas

(1) C: "llegó por gran maravilla".

(2) A: "lo mismo si verdadera". C añade esta  
redondilla:

"Han dado ahora en una cosa  
fácil, mas para mentira  
la fácil lo mismo admira  
que la muy dificultosa."

(3) A: "porque no hallo otro remedio".

(4) C: "esa".

(1) B: "que es..."

DUQ. ¿Hay enredo mayor?

FLOR. Filipo el embajador".

(2) B: "lo que no ha podido ser". C: "lo que  
puede suceder".

cómo cayó entre las peñas  
Fadrique al mismo lo oí:  
no te engañó, Flora, quien  
te lo dijo.

FLORA. Pues su hermano  
que ha de conocerle es llano.

DUQUE. (Finge, que finges muy bien.)

OTÓN. ¡Cómo fingir, vive Dios:  
que es el mismo y que en Milán  
le vi, señor!)

DUQUE. ¡Buenos van  
los engaños!

OTÓN. ¿Y las dos  
se han sosegado?

CELIA. Aun ahora  
pienso que no lo crearás.

DUQUE. ¡Oh, qué bueno va! Di más (1).

OTÓN. Quien les dijo a Celia y Flora  
que era Filipe decía  
bien. Esto es desengañarte,  
y cuando yo vine a hablarte  
a decírtelo venía.

DUQUE. Flora, yo disimulaba  
el enojo que me ha dado  
con venir él disfrazado,  
y porque resuelto estaba  
hasta que él se descubriese  
no darme por entendido,  
que tú no lo estés te pido.

FLORA. Y es muy justo que te pese  
del engaño.

DUQUE. (Dime, Otón:  
¿qué es lo que decir querías?)

OTÓN. ¿Aún todavía porfías  
lo que en aquesta ocasión,  
señor, tú mismo has mandado?)

DUQUE. Ya tu palabra cumpliste  
pues lo que te mandé hiciste.

OTÓN. (Esto es.)

DUQUE. (Ya estás cansado.)

OTÓN. (¿Quién vió enojo más cruel?)

DUQUE. (Mira, Otón, que hablas conmigo.)

OTÓN. (La verdad, señor, te digo.)

DUQUE. (¿Qué?)

OTÓN. (Que, vive Dios, que es él.)

DUQUE. (¿Qué necia fidelidad!)

OTAVIO. (Señor, pues así lo afirma  
y enojado lo confirma,  
sin duda que es la verdad.

DUQUE. ¿También tú, Otavio?

OTAVIO. Razón.

DUQUE. ¡Calla! ¡Todos contra mí!  
En toda mi vida vi  
selva de más confusión (1).

(*Vanse el DUQUE, OTÓN y OTAVIO, y salen FELIPE,  
CARLOS y LEONILLO.*)

FELIPE.

¡Qué bien muestran las flores,  
que a Flora deben sus matices, diosa (2)  
Venus de sus amores,  
más casta y más divina y más hermosa,  
Minerva más discreta,  
Palas más fuerte, Juno más perfeta!

(1) B abrevia este pasaje en la forma siguiente.

DUQUE. "de que Fadrique lo dijo.  
¡Buen testigo!

(*Sale OTAVIO.*)

OTÓN. Yo quisiera  
hablarte a solas.

DUQUE. Otón,  
no llegarás a ocasión,  
en que más gusto tuviera.  
¿Qué es lo que me quieres? Di.

OTÓN. Decirte, Duque y señor,  
ques aqueste embajador  
Filipo, en Milán le vi.

DUQUE. ¿También tú, Otón?

OTÓN. Es razón.

DUQUE. ¡Callad: todos contra mí!  
¡En toda mi vida vi  
selva de más confusión!"

(2) C amplifica el principio de esta escena así:

"No en vano ofrece el viento  
fragancia en variedad de flores bellas,  
a donde el pensamiento  
loco se pierde divertido en ellas;  
si Flora con instinto,  
el artifice es del laberinto,  
el sol desde su esfera  
mil rayos de amorosa luz invia,  
y cuando reberbera,  
parece el campo un sol de argenteria,  
aunque teñido pierde  
el rojo esmalte en la cenefa verde;  
en hebras esparcidos  
los dorados cabellos hermosea  
en su verdor teñidos  
cuando fragante el vaso de Amaltea  
le ofrece por guirnalda  
baños de luz en copia de esmeralda,  
que bien muestran las flores."

B: "Que bien muestran las flores  
que a Flora ven de sus matices diosa."

(1) A: "Oh, qué bueno va demás."

FLORA.

Poco Flora te debe,  
aunque tantos favores oye Flora;  
pues a ofender se atreve  
lo que su nombre ensalza, ¿quién lo ignora?  
Y mal el nombre (1) abona  
quien presente no estima la persona.  
Ya de mí habéis oído (2)  
quién es Flora y que yo Celia me llamo.

FELIPE.

Culpa no, error ha sido.  
Que ni a Celia desprecio (3) ni la infamo,  
que la fama amorosa  
me dijo Flora es la más hermosa (4).

CELIA.

No dudo que sería  
verdad lo que la fama ha publicado;  
pero es gran grosería  
haberlo en mi presencia confirmado;  
mas un hombre tan necio,  
por decir un favor dirá un desprecio (5).

FELIPE.

Señora, no creía (6)  
quién eres, y entendí que verdad era  
lo que el Duque decía.

CELIA.

Quien engañado engaña, ¿por qué espera  
sino mayor engaño?

(1) B: "el hombre".  
(2) B: "Ya de mí habéis sabido" A: "Y de mí habéis oído."

(3) B: "que ni Aulia desprecio".

(4) B: "me dijo que Flora es la más hermosa".

(5) C amplifica el pasaje como sigue:

"Haberlo en mi presencia confirmado,  
y tales caballeros,  
con damas, suelen ser menos groseros.  
Aprended cortesía  
para venir a hablar entre las damas.  
¡Bueno, por vida mía,  
por cortesanos merecéis mil famas,  
mas un hombre tan necio  
por decir un favor dirá un desprecio;  
úsase en vuestra tierra.

FLORA. Con justa causa Flora se ha enojado.  
FILIPO. Quien engañado yerra  
en el engaño la disculpa ha hallado.  
Dijéronme que Flora...

CELIA. Yo no dije quién era antes de ahora.  
FILIPO. Señora, no creía..."

(6) B: "Señora, no entendía."

FELIPE.

(Ya yo estoy descubierto.  
¿Qué haré, Carlos!)

CARLOS.

(Señor, decir tu nombre  
tengo por lo más cierto.)

FELIPE.

(¿Quién hay que de mis penas no se asombre?  
Si me descubro ahora,  
el Duque me ha de hacer casar con Flora (1).  
Ya de quien soy he visto el desengaño.

Flora es a quien, ajeno (2),  
aun con el pensamiento me he inclinado  
de confusiones lleno.  
Antes a Celia le daré mi estado,  
que con Flora me case).

(Salen el DUQUE, OTÓN y OTAVIO.)

DUQUE.

(¿Que tal engaño entre los nobles pase?

Ya creo que es Felipe,  
y de su fingimiento estoy quejoso,  
y [a] hacerle me anticipo  
otro engaño no menos injurioso;  
vengaréme con esto.)

OTÓN.

(Ya sabes que a tu gusto estoy dispuesto.)

DUQUE.

(Diré que esta villana  
rústica, vil, de tan humilde estado,  
del pescador hermana,  
se me quejó de que la había robado,  
y que es como la pinta,  
muy noble, y con el nombre de Jacinta.)

FLORA.

(Mira qué pensativo,  
con tus razones, Celia, le has dejado.)

FELIPE.

(Sin mí, conmigo vivo) (3).

DUQUE.

(A ejecutarlo estoy determinado.)

(1) Los seis versos últimos no constan en B.

(2) B: "Y es Flora a quien ajeno."

(3) B: "Sin mí y conmigo vivo."



FELIPE.

Besarte los pies deja (1).

DUQUE.

De vos, Embajador, tengo una queja.

FELIPE.

Agora se declara.

CARLOS.

Pues quéjate tú antes.

DUQUE.

¿Quién hiciera,

o quién lo imaginara,

que en pecho tan leal traición cupiera? (2)

¿Tal maldad, tal engaño,

sin propio bien y con ajeno daño? (3)

(1) Este pasaje le amplifica C en esta forma:

"OTÓN. ¿Y qué consigues de esto?

DUQUE. Si él vino con intento de engañarme,  
el mío verás presto,  
y saco, por lo menos, el vengarme.

OTÓN. Ella es venganza extraña.

DUQUE. Que se engañe es muy justo quien lo enga-

FLORA. (Mira qué pensativo [ña.  
con tus razones, Celia, le has dejado.)

FILIPO. (Sin mí y conmigo vivo.)

DUQUE. (A ejecutarlo estoy determinado.)

Bella Flora, hija mía,

de mis ojos la luz y la alegría.

FILIPO. Mira cómo pretende  
vengarse el Duque, pues que Flora llama  
a Celia. Mal entiendo  
engañarme, si a Celia sólo ama  
el alma que desea  
ser suya o ya sea Flora o Celia sea.CELIA. ¿Qué hemos de hacer, señora,  
pues como a Flora el Duque a ti te habla?FLORA. Responde como Flora,  
yo callaré, que así mejor se entabla.CELIA. Deje a Flora, señor, vuestra excelencia  
y mire que está el Conde en su presencia.

DUQUE. ¿Otón?

OTÓN. ¿Señor?

DUQUE. Sin duda  
con el mal está Flora y me responde  
Celia.

OTÓN. ¿Qué bien te ayuda!

DUQUE. Ahora empieza mi enojo con el Conde.

FILIPO. Besar tus pies deja..."

(2) B: "que en pecho noble tal traición enfiere".

(3) C intercala aquí los versos siguientes:

"sin propio bien y con ajeno daño.  
¿Y es hazaña más noble  
el engañarme a mí a quien lo hiciera  
decir con trato doble

FELIPE.

Yo soy Felipe, cierto,  
que como Embajador del padre mío  
vine a aqueste concierto.

DUQUE.

Ya lo sé, y de tu nombre desconfío.

¿Una tan gran bajeza,

que escurece tu fama y tu nobleza!

FELIPE.

Si mi nombres sabías,

¿por qué con tal engaño me tratabas?

DUQUE.

¿Aún en eso porfías?

Mas, ¿por qué tú a una dama la sacabas (1)

de su casa? ¿Es ufana

DUQUE. que Celia Flora, y Flora Celia era?  
Con engaños pretendes  
disculparte y con ellos te defiendes;  
pues no podrás.

FILIPO. ¿Qué engaño

puede haber, si ella misma lo confiesa?

FLORA. (Ya llegó el desengaño.)

CELIA. (Aquí nuestra invención y enredo cesa.)

¿Yo pretendí engañarte?

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Dónde?

FILIPO. A Celia me ofreciste ¿en qué parte?

cuando trataba Otón mi casamiento.

¿Por qué a Celia me diste?

DUQUE. ¿Yo a Celia? ¿Hay más confuso pensa-

Esta es mi hija y ésta Flora. [miento?

FILIPO. De nuevo vuelves a engañarme ahora.

DUQUE. Habla, Flora, responde

cómo eres Flora y eres hija mía.

FLORA. ¿Pues ya no sabe el Conde

quién soy?

FILIPO. Sé que eres

Celia.

DUQUE. Y aún porfía.

OTÓN. ¿ya hay más locura?

FILIPO. Tu error con lo que mata me asegura.

Yo soy Filipo cierto,

que como embajador del padre mío

vine a aqueste concierto.

DUQUE. Ya lo sé, y de tu nombre desconfío

una tan gran bajeza

que escurece tu fama y tu nobleza.

FILIPO. Si mi nombre sabías,

¿por qué con tal engaño me tratabas?

DUQUE. ¿Aún, enojo, porfías?

¿Mas por qué tú a una dama la sacabas

de su casa? ¿Es ufana

acción traerla en traje de villana?"

(1) B: "si a casarte venías,

¿por qué a una dama noble la sacabas?"

acción traerla en traje de villana? (1)

Ella es hermosa dama,  
principal, rica, noble y virtuosa,  
y Jacinta se llama.

FELIPE.

¿Jacinta aquí conmigo? ¿Quién vió cosa  
más cruel? ¿Más tirana?

¿Jacinta aquí, y en traje de villana?

Carlos, Carlos, Leonelo,  
¿véis si con nosotros ha venido  
Jacinta a aqueste suelo?

CARLOS.

Si oculta de nosotros la has traído,  
¿para qué lo preguntas?

FELIPE.

¿Quién en el mundo vió más penas juntas?

¿Yo a Jacinta, vestida  
de villana, la tengo aquí conmigo?  
No la vi así en mi vida;  
el cielo sea juez, aquí testigo (2).

CARLOS.

¿Y el Duque adivinaba  
quién era, y que Jacinta se llamaba? (3)

FELIPE.

Señor, aquea dama,  
es verdad que tan noble, caso extraño,

que Jacinta se llama;  
que la quise es verdad; pero es engaño  
decir que la he traído.  
¡Mirad a lo que ya se ha persuadido! (1)

(Sale JACINTA.)

JACINTA. Si siempre ha hallado piedad (2)  
quien en los nobles la busca;  
yo vengo a decir verdades.

FELIPE. (Esta es Jacinta, sin duda.)  
Jacinta mía, ¿qué tiempo,  
qué miserable fortuna

tus cortesanos adornos  
en rústicas ropas muda?  
JACINTA. (Felipe es éste. ¡Ay de mí!  
¿Qué haré? Mas ya me asegura  
el engaño de Fadrique  
que mejor me disimula) (3)

FELIPE. Si de tu rigor, Jacinta,  
pretendes hallar disculpas  
 viniendo a buscarme así,  
mi vida y alma son tuyas.

JACINTA. ¿Qué Jacinta, o qué no nada!  
¡Arre allá!

FELIPE. ¿Qué? ¿A quien procura  
tu vida, así le desprecias?

DUQUE. El se lo creyó, sin duda.  
OTÓN. Aquí verás si es verdad,  
señor, lo que te aseguran  
Celia y Flora; esta es Jacinta.

DUQUE. ¿También das en sus locuras?

FELIPE. Jacinta, Jacinta eres;  
no es tiempo de que te encubras,  
y si tú al Duque lo has dicho,  
¿para qué lo disimulas? (4)

CARLOS. Jacinta, ¿por qué te escondes?

LEONELO. Jacinta, ¿es bien que te encubras?

DUQUE. Todos lo confirman.

JACINTA. ¿Todos?

(1) B: "En mayor confusión estoy metido!"

(2) B: "he hallado piedad". Los dos versos siguientes faltan en B.

(3) Los dos versos últimos faltan en B.

(4) C añade estos versos:

"El por ti me ha dado quejas  
de que ingrato a tu hermosura,  
te desprecio. Esta es mentira;  
que tu rigor es la culpa.  
Dile cómo no has venido  
conmigo; que si me ayudas,  
verán Celia, Flora, el Duque  
mi intención sencilla y pura."

(1) C añade los siguientes versos:

"Ella se me ha quejado  
diciéndome que tú Filipo eras  
y que la has engañado.

FILIPO. Cuando con eso disculparte quieras  
ha de ser sin provecho,  
que yo estoy de mí mismo satisfecho.

DUQUE. Ella es hermosa dama..."

(2) C: "el cielo, siempre juez, aquí es testigo".

(3) Los seis versos últimos faltan en B. En cambio C añade lo siguiente:

"¡Oh, qué bien he vengado  
el engaño que hacerme pretendía!

FLORA. Linda ocasión he hallado,  
Celia, para seguir la invención mía.

CELIA. Apriétale tú ahora,  
ni como Celia bien, ni como Flora.

FLORA. Pues viniendo a casarte  
con Flora, ¿otra mujer traes a sus ojos?

CELIA. ¿En qué puedes fundarte,  
trayendo a Flora, di, tantos enojos?

DUQUE. De Flora el pensamiento  
ofendido o ayudado nuestro intento.

FILIPO. Señor, aquea dama..."

Pues todos el nombre mudan.  
Yo soy Cintia: ¿qué me quieren?  
FELIPE. ¿Qué es lo que, ingrata, procuras  
callando tu mismo nombre?  
DUQUE. ¿Quién vió selva más confusa? (1)  
FLORA. Dama en villana fingida,  
¿por qué aquestas selvas turbas,  
llenándolas con engaños  
de confusiones y dudas?  
Si piensas que con aqueso  
tu facilidad disculpas,  
cuando por aquestos campos,  
liviana a los hombres buscas,  
engañaste, que ya saben  
quién eres tú.

JACINTA. Dama mustia (2).  
no busco los hombres yo;  
mas, ¿quién tendrá más disculpa?  
¿quién los encubre en su casa,  
o quien dicen que los busca?

(*Vase JACINTA.*)

FELIPE. ¡Aguarda, Jacinta, aguarda!  
¡Escucha, Jacinta, escucha! (3)  
Aunque te vistas de viento,  
aunque te calces de pluma,  
te seguiré, ingrata Dafne,  
que entre la verde espesura  
de aquesta selva te escondes

(1) Los ocho versos últimos faltan en B.

(2) C añade:

"JACINTA. Pues dama mustia,  
vivo bote en quien se ponen  
por defuera las unturas,  
¿por qué se mete conmigo  
con esa cara de luna,  
en menguante si la lavan  
y en creciente si la untan?  
Miren el crespo copete  
de trasplantada pelusa  
que está allí como nacido.  
La conciencia la disculpa,  
pues el encubrir las calvas  
diz que es temer las censuras,  
porque ya a las calvinistas  
concilios las descomulgan:  
del Gran Turco diz que tienen  
otras lo que les relumbra;  
mas ella tiene del moro  
Abayaldes la blancura."

(3) Desde aquí hasta la acotación "*Sale MARCIAL*",  
falta en B.

y entre sus matas te ocultas (1).  
¡Síguela, Carlos! ¡Leonelo,  
tenla! ¡Jacinta, no huyas!  
¿Por qué, señor, me detienes?  
¿Por qué mi intento perturbas?

(*Entranse los criados y tiene el DUQUE a FELIPE.*)

DUQUE. Aguarda, Felipe, oye:  
yo quise hacerte esta burla  
por la que tú me habías hecho  
de callar tu nombre.

FELIPE. Excusa  
el detenerme, que voy  
ciego tras tanta hermosura (2).

(*Vase.*)

(1) C: "de aquestas selvas te escondes  
y entre sus matas te ocultas".

(2) C vuelve a amplificar el pasaje en esta forma:

"FELIPE. Plegue al cielo que algún árbol  
detenga la veloz fuga.

DUQUE. Que no es Jacinta.

FELIPE. Si es,

o la natural pintura  
en estampa duplicada  
hizo dos formas en una.  
¿Ella no te lo había dicho?

DUQUE. No había dicho.

FLORA. ¿Qué procuras  
con decir que no es Jacinta?

OTAVIO. Todos, señor, lo aseguran.

CELIA. ¿Por qué, señor, se lo niegas?

DUQUE. ¿Otra?

OTÓN. Con eso le ayudas  
a volver loco.

DUQUE. O lo están  
todos o yo.

FLORA. Escucha, escucha,  
Jacinta. ¡Arboles, poneos  
delante! ¡Cortezas rudas,  
cerralda el paso. ¡Servid  
de estorbos, mirtos y juncias!  
¿Cómo de áspides no silban  
vuestras espinas agudas?  
Resbilde de pomos, rosas  
llamalda con hermosura.  
Bella Dafne destos campos,  
con el amor disimulas  
los defectos de un amante  
si te llama y no te alumbra.  
Si dices que yo te truje  
robada, mal aseguras  
con tu fuga tu verdad,  
mi delito con tu injuria.  
Aguarda, Jacinta, espera,  
que si las alas me ayudan  
del fuego que está en el pecho

DUQUE. ¡Basta! El se lo creyó;  
pegósele la locura.  
¿Qué hechizos, cielos, son éstos?  
CELIA. ¿Quédate ya alguna duda  
de que es Jacinta?  
FLORA. ¿Pues cuándo  
el Duque tuvo ninguna?  
OTÓN. ¿Quién no cree que ésta es Jacinta?  
OTAVIO. ¿Quién niega verdad tan pura?  
DUQUE. Tal estoy, que yo no sé  
salir de esta enigma oscura.  
Ellos me han de hacer creer (1),  
según estoy ciego.

(Sale MARCIAL.)

MARCIAL. Acuda  
vueselencia, si no quiere (2)  
ver la mayor desventura.  
Fadrique, con la porfía...  
DUQUE. ¿Qué Fadrique?  
FLORA. ¿Aqueso dudas?  
CELIA. ¿A Fadrique desconoces?  
DUQUE. ¡Aún me falta esta locura!  
¡Villano, viven los cielos,  
que si la verdad desnuda  
no me dices de quién eres,  
qué haces, qué quieres, qué bus-  
cas (3),  
quién es Cintia y quién Antón,  
que deste acero la punta  
ha de ser llave del pecho  
que estos engaños oculta!  
MARCIAL. Cumplióse mi profecía.  
Yo la diré, si me escuchas,  
tan desnuda, que una Eva (4)  
no haya andado tan desnuda;  
más desnuda que un mentís,  
de quien nada disimula;  
más desnuda que un no quiero  
que un avariento pronuncia;  
más desnuda que mujer  
de talur, y más que una

rayo soy. Jacinta, escucha,  
o con mis voces serán  
cuanto al mismo cielo sulan  
los vientos poblada esfera  
y estas las selvas confusas."

- (1) C: "Ellos me lo harán creer."  
(2) B: "acudan, pues, si no quieren."  
(3) B: "qué haces aquí y qué buscas".  
(4) A: "una alba".

dama, hija de familia (1);  
mira si es desnudez suma.  
DUQUE. ¡Dilo, acaba!  
MARCIAL. Pues detenga  
esa llave, que se excusa (2),  
para un arca cuando guardas  
no tiene la cerradura.  
Este, que aquí es jardinero,  
es Fadrique, esto es sin duda,  
porque huyendo (3) de su hermano,  
que matarle un día procura,  
desnudo se arrojó al agua,  
y tan felizmente (4) surca,  
que a aquesta orilla salió.  
Jacinta es la que le busca  
como Cintia. Yo, Marcial,  
aunque Tirso me presumas.  
Esta es la verdad, señor,  
tersa, clara, limpia y pura.  
Y pues en un cuero está (5),  
claro está que está desnuda.  
Lo que yo vengo a decirte  
es, señor, que al punto acudas  
a Fadrique, porque esta  
loco.

FLORA. ¿Hay mayor desventura?

MARCIAL. Como Cintia le negó (6)  
quién era con tanta furia,  
y tú se lo confirmabas,  
ha dado en esta locura  
de decir que es pescador,  
y que todos dél se burlan  
si le dicen que es Fadrique.

CELIA. ¡Gran lástima!

FLORA. ¡Suerte injusta!

DUQUE.

Otón, ¿qué es lo que veo?  
¡En este punto mi deshonra creo! (7)  
Fadrique está fingido  
en mi casa, y de Flora conocido,  
y en la presencia mía  
favores por instantes le decía.  
Y la infame villana,

- (1) B y C: "familias".  
(2) B: "que me escucha".  
(3) B: "viendo".  
(4) A: "fácilmente".  
(5) B: "Y pues en querer hay está."  
(6) B: "DUQUE. Como Jacinta negó."  
(7) B: "mis desdichas creo".



dama de aquel que la llamaba hermana,  
me dice: "¿Aquesto pasa,  
que los hombres encubre Flora en casa?"  
Impórtale a mi honra  
vengar, casando a Flora, esta deshonra.

CELIA.

¿Por qué te has enojado? (1)  
Porque Fadrique en nada te ha engañado.  
Luego su nombre dijo  
y el de Jacinta a voces.

DUQUE.

¡Yo me aflijo  
con causa, Celia tiera! (2)  
Cuando tú le dijiste que fingiera, [aflige.  
¿por qué no me decías (3) quién era? Esto me

CELIA.

Yo que fingiera nunca se lo dije,  
Que cuando le buscaba,  
él ya contigo descubierto estaba (4).

DUQUE.

¡Mía fué la locura!

OTÓN.

Remedia tu sospecha con cordura;  
que al sabio más le agrada  
el consejo, señor, que no la espada.

DUQUE.

¡Casarélo con Flora!

OTÓN.

Véngate luego, y disimula ahora.

(Sale FADRIQUE, solo.)

FADRIQUE.

Villano es bien me vea,  
pues quieren todos que villano sea.  
Mi venganza es razón que así publique:  
Antón, villano soy, no quiero ser Fadrique (5).  
Mas, ¿qué fortuna alcanza  
a costa de su daño la venganza?

OTÓN.

Allí Fadrique está.

DUQUE.

Yo quiero hablarle  
disimulando enojos,  
si, lenguas de dolor (1), no hablan los ojos.  
¡Fadrique!, que ya puedo  
decir tu nombre sin temor ni miedo,  
deseoso de verte.

FADRIQUE.

Pues, señor, ¿cómo me hablas desa suerte?  
A un rústico villano,  
que la espuma produjo en humor cano (2),  
hablas desa manera?  
Mi humildad, mi bajeza considera.

DUQUE.

Ya no es tiempo, Fadrique, de encubrirte;  
que yo tomo a mi cargo  
ayudarte y servirte,  
y de Felipe ese disgusto largo  
le tengo de acabar con amistades.

FADRIQUE.

A cosas imposibles persuades (3):  
con tus honras me infamo.  
¿Yo Fadrique, señor? Antón me llamo (4).

FLORA.

Pues, Fadrique, ¿qué es eso?

CELIA.

Sin duda que Fadrique perdió el seso.

FADRIQUE.

¿Tirso?

MARCIAL.

Deja, señor, esa porfía.  
¿A Marcial no conoces? ¿Por qué quieres  
encubrirte, señor?

FADRIQUE.

¿Tirso no eres?  
¿En este punto así no te llamabas?

MARCIAL.

Era por el peligro en que tú estabas.  
Mas ya que el Duque su rigor remedia,  
di el nombre; acabaráse la comedia.

(1) B y C: "del dolor".

(2) B: "vano". C añade:

"a esta selva arrojado  
y de marinas fieras engendrado".

(3) C: "me persuades".

(4) Desde aquí hasta la acotación primera, falta en B.

(1) B: "¿De qué te has enojado?" C: "¿Por qué te has alterado?"

(2) B: "con causa: ah, Celia; ah, fiera!"

(3) B y C: "decía".

(4) Estos dos versos últimos faltan en A.

(5) B: "Antón soy, pues no puedo ser Fadrique."

DUQUE.

Eso le aseguraba  
cuando yo las verdades ignoraba,  
y pudo la aprensión de mí porfía  
tanto, que de sí mismo desconfía.

FLORA.

¡Qué grande desventura!

CELIA.

¡Qué lástima!

OTÓN.

¡Qué pena!

DUQUE.

¡Qué locura!

MARCIAL.

¡Ah, si ya se casaran,  
porque tantos enredos se acabaran!

(Salen JACINTA, FELIPE, CARLOS y LEONELO)

JACINTA.

¡Diré al Duque quién eres,  
y que en su estado disfrazarte quieres! (1)

FELIPE.

Detén, Jacinta, la veloz carrera.

FADRIQUE.

¡Cintia, detente! ¡Aguarda! ¡Espera, espera!

MARCIAL.

A una tienen (2) los dos por dos mujeres.

FLORA.

¿Qué pretendes, Fadrique?

JACINTA.

Antón, ¿qué quieres?

FELIPE.

Celia, déjala ahora.

OTÓN.

¿Adónde vas tan arrogante, Flora?

FLORA.

¿Por qué el valor encubres  
en palabras, si en obras se descubre?

CELIA.

Fadrique, ¿por qué niegas  
quién eres, cuando a tanta gloria llegas?

(1) Este verso falta en B. En A: "disfrazado".

(2) B: "vienen".

DUQUE.

Fadrique, yo estoy ya desengañado.

JACINTA.

Fadrique, mis desvelos  
invención son de amor, de furia y celos.  
Señor, la burla baste (1).

FADRIQUE.

Señor, en este instante he despertado.  
La merced que me hacías  
engendró unas confusas fantasías  
de que Fadrique era;  
mas si el pecho su origen considera,  
yo conozco que fui Antón, un hombre  
de bajo estado y con humilde nombre.

FELIPE.

¡Ay, cielo soberano! (2)  
¿Qué veo? ¿No es Fadrique? ¡Hermano, her-  
Yo a tus plantas rendido [mano! (3)  
de mi tirano error perdón te pido.  
Aquí tienes mi vida, que aunque ella eterna  
hoy en albricias de la tuya diera. [fuera,

FADRIQUE.

¿Pues para mí, Felipe, humildad tanta?

MARCIAL.

¡Gracias a Dios!

FADRIQUE.

Del suelo te levanta.

FELIPE.

Perdón te pido a aqueas plantas puesto.

MARCIAL.

¡Cásense ya, porque acabemos (4) presto!

FADRIQUE.

¡Dame, hermano, tus brazos!

FELIPE.

Ya de eterna amistad han de ser lazos.

(1) Los tres versos últimos sólo figura en C.

(2) En B falta el pasaje comprendido entre los versos:

"Ot. ¿Adónde vas tan arrogante, Flora?"

FEL. ¡Ay, cielo soberano!"

(3) B: "¿No es Fadrique el que ves? ¿No es mi hermano?"

(4) B: "alabemos".

DUQUE.

Fadrique, ¿puedo ya, sin que te asombre (1),  
darte los brazos y decir tu nombre?

FADRIQUE.

Y por pagar, señor, lo que te debo,  
para pedir a Flora no me atrevo.

FELIPE.

Y pues Fadrique tan dichoso ha sido,  
a Celia por mujer, señor, te pido.

DUQUE

Yo las doy a las dos.

MARCIAL.

¡Cásense presto!

FADRIQUE.

Humillado a tus pies.

FELIPE.

A tus pies puesto.

¿No es Celia?

FADRIQUE.

Flora es.

MARCIAL.

¿No están casados?

¡Aún no están los enredos acabados!

(1) A: "porque te asombre".

Aquesto ha merecido

el amor con que siempre te he seguido,  
y para esperar esto  
los peligros han sido en que me he puesto (1).

FADRIQUE.

Si yo a Flora he pedido  
ha sido por mostrarme agradecido  
con Flora y con mi hermano:  
doile a Flora a Felipe, a ti la mano.

FELIPE.

Aunque me venza ahora,  
mía será Jacinta, y tuya Flora.

DUQUE.

Mejor será, casados (2).  
dividir en los dos los dos estados:  
Felipe de Milán es heredero,  
y si a Jacinta adora,  
case con ella, y con Fadrique Flora,  
que es la que a Mantua hereda.

MARCIAL.

Porque casados acabar se pueda  
la confusión que en esta selva ha habido,  
de cuyos yerros el perdón os pido (3).

(1) Los cuatro versos anteriores faltan en B.

(2) B: "Cuánto es mejor casados."

(3) En B el último verso lo dice Fadrique.

COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>  
DEL  
SEMBRAR EN BUENA TIERRA <sup>(2)</sup>  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (3)

|                                                                                                                                                                                                     |                                                                                                                                                                      |                                                                                                                |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| DON FÉLIX, <i>galán</i> (4).<br>DOÑA ANA, <i>dama</i> .<br><i>Su hermana</i> .<br>FLORENCIO, <i>galán</i> .<br>GALINDO, <i>lacayo</i> .<br>DON ALONSO, <i>galán</i> .<br>LISARDO, <i>su amigo</i> . | CELIA, <i>dama</i> .<br>ELENA, <i>su criada</i> .<br>DOÑA PRUDENCIA, <i>dama</i> .<br>INÉS, <i>su criada</i> .<br>FELINO (5),<br>PEDRO, <i>criados</i> .<br>ANTONIO, | GONZALO,<br>LISEO, <i>criados</i> .<br>FIDELIO,<br>Un ALGUALIL.<br>Un ESCRIBANO.<br>OCTAVIO, <i>mercader</i> . |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

ACTO PRIMERO

(FLORENCIO (6), DON FÉLIX, GALINDO, *lacayo*.)

FLOREN. Por lo menos soy de quien  
vuestra voluntad se fía.

FÉLIX. No puede un hombre sin guía  
portarse en la corte bien.

FLOREN. Es luz en cosas de amor  
el propio al que es forastero (7),

(1) A: Manuscrito autógrafo de British Museum, Egerton, 547; B: Parte X. Madrid, 1618.

(2) El ms. añade: "En Madrid, de 6 de Enero de 1616."

"Comedia deste año 1616."

(3) Damos el reparto según el impreso. El ms. de Lope da el reparto en cada acto. El del acto primero dice:

"PERSONAS DEL PRIMERO ACTO:

|                                                                                                                                              |                                                                                                                           |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| DON FÉLIX, Ortiz.<br>FLORENCIO, Benito.<br>DOÑA PRUDENCIA, Eugenia.<br>GALINDO, <i>criado</i> , Sánchez.<br>INÉS,<br>CELIA, Lucía.<br>ELENA, | FABIO, Plaza.<br>FELINO, Ramos.<br>DON ALONSO, Valdivieso<br>LISARDO, Herrera.<br>LISEO, Escuela.<br>FIDELIO, ¿Un viejo?" |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

(4) En el original siempre "Felis".

(5) B: FILENO.

(6) B: ("Salgan FLORENCIO.")

(7) B: "extranjero".

como suele al caballero (1)  
prevenir el cazador.

Sólo quisiera que fuera  
vuestra condición de modo  
que lo quisiéades todo.

y el alma libre estuviera;

que parar en una parte  
y asistir de noche y día,  
lo llaman cuitadería.

estos que entienden del arte;

que fuera de lo que gana  
en no estar jamás rendido.  
es estimado y querido

[Autógrafo, fol. 1 v.]

de Inés, de Leonor, de Juana,  
de Francisca y de Isabel,  
si juntas las dice amores,  
pues de saber sus favores,  
todas tienen celos dél;

que viendo querido a un hombre  
de tantas, pensar es justo  
que es único (2) de su gusto.

FÉLIX. Libreme Dios de tal nombre (3).

GALINDO. La verdad, Florencio, siente  
que los que por vino van,

(1) B: "el caballero".

(2) B: "un nido".

(3) B: "hombre".



nunca su dinero dan  
adonde ven poca gente;  
con la prisa (1), los mejores  
se suelen adivinar,  
por eso se ha de comprar  
adonde hay más bebedores.

De que podrás entender,  
si todas juntas las quieres,  
que donde ve más mujeres  
más quiere cualquier mujer.

FÉLIX. Pues yo saco un argumento  
contra vuestra conclusión.

FLOREN. Será frívola objeción  
y de ningún fundamento.

FÉLIX. ¿Cómo es el gusto mejor?  
¿Con el amor o sin él?

FLOREN. Bien claro está que con él.

[Autógrafo, fol. 2.]

FÉLIX. Ya confesáis la mayor.

El amor que es repartido,  
no es amor; luego menor  
será el gusto sin amor,  
pues va en partes dividido.

FLOREN. ¿Qué grosera sutileza!

FÉLIX. O conceder o negar.

FLOREN. Si por tanto variar  
es bella naturaleza,  
necio quien pierde ocasión  
y quiere un gusto estantío,  
donde come con hastío  
siempre una misma afición.

Si te diesen cada día  
una perdiz a comer,  
que no hay más que encarecer  
en lo que es volatería,  
¿vendrías a desear  
un poco de vaca?

FÉLIX. Sí;

pero el amor sabe allí  
mil maneras de guisar.

Y por abreviar distancias  
cree de ejemplos ajenos,  
que es la perdiz lo de menos (2),  
según son las circunstancias.

Turcos a esos hombres llama,  
de tan varios pareceres;

[Autógrafo, fol. 2 v.]

que hombre de muchas mujeres

es un venado en la brama.

FLOREN. Todo aqueso se dirige  
a un pensamiento moral:  
que amor, cuando es natural,  
por ninguna ley se rige.

Y yo tengo para mí  
que nacen tus argumentos  
de que ya tus pensamientos  
tienen su centro.

FÉLIX. Es así.

Yo he venido a este lugar  
desde Lima, ya lo sabes.

FLOREN. Plegue a Dios que en él te acabes  
de limar y de enseñar.

GALINDO. De limar di, solamente,  
que limas sordas de coro  
le sabrán limar el oro  
de las Indias de Occidente.

FÉLIX. Trújome la pretensión  
de un hábito; el padre mío  
sintió mi largo desvío  
con paternal afición;

apriétame que me vuelva,  
y jura no me enviar  
dineros, y, aunque quedar  
sin su favor me resuelva,  
no pienso salir de aquí

[Autógrafo, fol. 3.]

sin llevar lo que deseo.

FLOREN. El hábito que yo veo  
es naturaleza en ti.

Doña Prudencia es agora (1)  
la cruz de tu pretensión.

FÉLIX. ¿Son éstas sus rejas?

FLOREN. Son.

FÉLIX. ¿Oh, cárcel que el alma adora!

GALINDO. Bien dijo cárcel, que aquí  
está el amor por alcaide,  
el desdén, por sotalcaide,  
que siempre (2) al entrar le vi;  
es la obligación grillero,  
sus ojos el alguacil,  
y con su vista sutil,  
son los celos el portero;  
es la sala la asistencia;  
jueces, todo el lugar;  
relator, el murmurar;  
aunque esto pasa en ausencia,

(1) B: "priesa".

(2) B: "que la perdiz es lo menos".

(1) B: "aora".

(2) B: "y siempre".

escribano (1), la memoria;  
procurador, el dinero;  
que sin él no hay prisionero  
que salga con la vitoria.

(Doña PRUDENCIA y INÉS) (2)

PRUDEN. ¿Vino el coche?  
INÉS. Gómez fué  
a esperarle.

PRUDEN. ¡Qué cuidado! (3)  
¿No hallastis (4) otro criado  
que menos pesado esté?

FÉLIX. Si coche esperáis, señora,  
el sol quisiera yo ser,  
[Autógrafo, fol. 3 v.]  
no por sólo amanecer  
en vuestra (5) rosada aurora.

PRUDEN. mas por prestaros el carro  
más seguro que a Factón.  
Basta; que en toda ocasión  
venís, don Félix, bizarro.

Agradézcos (6) el descao  
de suplir la falta mía,  
¡poética cortesía!

FÉLIX. Mil años ha que no os veo.

PRUDEN. ¡Qué buena estuviera yo,  
si dijéades verdades!

FÉLIX. Yo cuento la voluntad  
siempre por siglos.

PRUDEN. Yo no.

FÉLIX. Un instante, un hora es:  
un hora, un día; y un día,  
una semana, y porfía  
amor que se cuenta un mes.

Un mes es mayor que un año,  
y a este paso...

PRUDEN. No paséis  
adelante, que daréis  
en el mayor desengaño:  
que dicen que es el mayor  
la brevedad de la vida.

FÉLIX. No os tengáis por ofendida  
de la cuenta de mi amor.  
¿Adónde vais?

PRUDEN. Ir quería (1)  
al Prado.

FÉLIX. A serlo de flores,  
[Autógrafo, fol. 4.]

Prudencia, cuánto mejores  
en vos el cielo las cría.

PRUDEN. ¿Ya volvéis a ser poeta?  
¡Qué cosa tan enfadosa,  
clavel, jazmín, oro y rosa  
para una mujer discreta!

A los tales se concede,  
porque no tienen qué dar,  
poder desa suerte hablar:  
la pluma da lo (2) que puede.  
Pero un caballero indiano...

GALINDO. Encajó la fullería.

FLOREN. ¿Eso te espanta?

GALINDO. Podría.

FLOREN. Eres necio.

GALINDO. ¿Cómo?

FLOREN. Es llano:

dos cosas no han de espantar  
sin dar en bisoñería:

que el que juega cada día  
tenga siempre que jugar;

y que sepa una mujer  
cómo ha de sacar dinero.

GALINDO. ¿En qué fundas lo postrero?

FLOREN. En que no es mucho aprender  
sola una cosa, pues ellas

no saben más de engañar,  
y si dan en estudiar,

desde que nacen doncellas  
hasta que mueren sin don,

esta ciencia o este vicio

[Autógrafo, fol. 4 v.]

y tienen tanto ejercicio,  
¿sabránla con perfección?

GALINDO. ¡Oh, qué verdad! ¡Vive Dios,  
que ha llegado nuestra edad  
a ser ya gentilidad.

FLOREN. Oye, pues hablan los dos.

No ofendiendo la virtud  
de tantas mujeres buenas,  
en que están mil casas llenas,  
que no es la menor salud,  
digo, que ya las mujeres  
no aman hijos ni maridos.

GALINDO. ¿Pues a quién?

(1) B: "querría".

(2) B: "de lo".

(1) B: "escrivinano".

(2) B: ("Salgan doña PRUDENCIA y INÉS.")

(3) B: "cuydodo".

(4) B: "hallastes".

(5) B: "vuestro".

(6) B: "agradézcoos".

FLOREN. A sus vestidos.

GALINDO. Bien dices; discreto eres.

FLOREN. Antiguamente querían  
su marido y hijos; ya (1)  
sólo en sus galas está  
el amor que los (2) tenían.

Han llegado ya los trajes  
a ser destrucción del mundo.

GALINDO. ¿El se acaba?

FLOREN. Yo me fundo  
en ver tan varios linajes  
de colores diferentes;  
tan extrañas guarniciones,  
que da risa a mil naciones  
que llaman bárbaras gentes;  
a los que en vestir gastamos  
el oro que con sudor  
gana el grande y el menor,

[Autógrafo, fol. 5.]

con que mil veces dejamos  
a nuestros hijos perdidos  
y hacemos dos mil bajezas.

GALINDO. Si ese capítulo empiezas,  
pondránte con los pudridos (3).

Verdad es que oí contar  
que los segovianos paños  
que hasta en los reinos extraños  
se solían estimar,

desafiarse querían  
con estos perpetuanes,  
porque ya no eran galanes  
los que dellos no vestían;

y que estaba aniquilado  
el paño negro o colores  
que ya de nuestros mayores  
fué tanto tiempo estimado.

FLOREN. ¿De qué se piensan vestir  
de aquí a un año?

GALIN. ¡Yo qué sé!

FÉLIX. Digo que yo lo enviaré.

PEUDEN. Pues yo lo voy a escribir.

¡El cielo os guarde!

(*Udyase.*) (4)

FÉLIX. Si vos  
por ángel de guarda estáis.

FLOREN. ¿Qué es lo que los dos tratáis?

FÉLIX. Florencio, amarnos los dos.

FLOREN. ¿Y camina a casamiento  
este amor?

FÉLIX. Pues claro está.

FLOREN. La cruz negociaste ya.

FÉLIX. Si es pesada no la siento.

[Autógrafo, fol. 5 v.]

GALINDO. Cruz de Santiago será:  
que es peregrino un casado  
en flamenco transformado,  
cuando con sus hijos va;  
de Aleántara, porque (1) tiene  
siempre una verde esperanza  
de enviudar, cuando no alcanza  
lo que a su estado conviene;  
el que por dineros deja  
de vivir a su placer  
y tiene vieja mujer,  
es Calatrava la vieja;

de Montesa, si hay sarao,  
pues le vuelven montes luego;  
y si hay celos, que son fuego,  
es de Sant Antón el Tao;

y cuando por el dinero  
es público socarrón,  
no sé si diga Tusón (2),  
pues tray (3) al pecho el carnero.

(*Inés entre.*) (4)

INÉS. Aqueste papel me ha dado  
mi señora.

FÉLIX. Responded,  
que al bien de tanta merced  
queda mi amor obligado,  
y que le pongo obediente  
sobre los ojos y boca.

INÉS. Por lo que a mi dueño toca,  
ya sé que sois diligente,  
¿pero qué diré de mí?

[Autógrafo, fol. 6.]

FÉLIX. Que os daré una gala, Inés.

INÉS. Vuestra esclava soy.

FÉLIX. Después  
volverá Galindo aquí.

(*Uase.*) (5)

(1) B: "su marido y hijos, y ya".

(2) B: "le".

(3) B: "podridos".

(4) En el ms. falta esta acotación.

(1) B: "pues que".

(2) B: "el Tusón".

(3) B: "trac".

(4) B: ("Salga Inés.")

(5) Falta en A esta acotación, que en B está colocada dos versos después.

FLOREN. ¿Qué te escribe?  
FÉLIX. Cierta lista  
de un vestido de color.

FLOREN. ¡Notable cambio es amor!  
GALINDO. Y aquí paga a letra vista.

FLOREN. ¿Qué dice, por Dios?  
FÉLIX. De ti  
me guardo.

FLOREN. ¿En eso reparas?

FÉLIX. Dice decisiete (1) varas.

GALINDO. ¿De alguaciles?

FÉLIX. De tabi,  
trecillas y pasamanos  
gran número.

FLOREN. ¿Si vendrán?  
Mas las manos que tal dan,  
de largas pasan de manos.

FÉLIX. Pues esto es cosa de risa,  
para lo que es un manto.

GALINDO. ¡Brava dama!

FÉLIX. Siempre veo  
salir esta ninfa a misa  
con nuevas galas, Florencio.

FLOREN. Es rica y bizarra dama.

FÉLIX. ¿El nombre?

FLOREN. Celia se llama.  
Dejó su padre Emerencio,  
habrá dos años o tres,  
más de treinta mil ducados,  
y en ella bien empleados,  
pues, fuera de lo que ves,  
es la misma discreción

(CELIA, dama; ELENA, criada, y dos escuderos [LISEO y FIDELIO.]) (2)

CELIA. ¡Gallarda estaba Finea!

[Autógrafo, fol. 6 v.]

ELENA. No piensa Fabio que es fea.

CELIA. Gentil maridaje son,  
por lo diamante y rubí.

ELENA. Bien pintas sus dos colores.

FLOREN. Es de los dotes mejores,  
Celia, que hay ahora aquí.

FÉLIX. ¿Pues cómo no se ha casado?

FLOREN. Tiene cláusula esta hacienda,  
en que a tan hermosa prenda  
le da lugar señalado.

Por fuerza se ha de casar  
con cierto deudo, o perder  
la más parte, que ha de ser  
de lo que se ha de fundar  
una memoria famosa.

FÉLIX. Y ese deudo ¿dónde está,  
que cuidado no le da  
mujer tan rica y hermosa?

FLOREN. Pienso que en Flandes. Ya viene.

FÉLIX. Dios les haga bien casalos;  
que a mí en diversos cuidados  
un dulce amor me entretiene.

(Váyanse.) (1)

ELENA. Mucho ha reparado en ti  
este caballero indiano.

CELIA. Todos reparan en vano,  
pues no hay que esperar de mí.

ELENA. Tiene agradable persona;  
enfrente de casa vive.

CELIA. Pues a tu tierra lo escribe.

[Autógrafo, fol. 7.]

ELENA. ¿Esto te cansa? Perdona.

LISEO. ¿Habrá Elena reparado  
en el gasto y la grandeza  
de este mozo?

FIDELIO. Su riqueza  
es toda (2) un gusto, fundado,  
en parecer caballero.  
Trátase (3) bien; son testigos  
de su gasto (4) sus amigos,  
que hay muchos donde hay dinero.

CELIA. Parece que os concertáis.  
como si pudiera ser  
que yo tuviera poder  
de querer lo que alabáis;  
quitáronme la elección,  
y ha de ser fuerza casarme  
con mi primo.

(DON ALONSO, de camino, LISARDO y FABIO.) (5)

ALONSO. Ni aun quitarme  
las espuelas es razón.

LISARDO. Por las señas, ésta es

(1) B: añade ("DON FÉLIX, FLORENCIO y GALINDO.")

(2) B: "todo".

(3) B: "tratarse".

(4) B: "sus gastos".

(5) B: ("Salgan de camino DON ALONSO, LISARDO y FABIO.")

(1) B: "diez y siete".

(2) B: ("Salgan CELIA, dama, y ELENA, y dos escuderos.")



la casa.  
 ALONSO. Y quien entra en ella  
 debe de ser Celia bella.  
 LISARDO. No hay de qué suspenso estés.  
 Ella es, sin duda.  
 ALONSO. Ha diez años  
 que deste lugar salí:  
 con el alma os conocí,  
 si no hay en el alma engaños.  
 Y llego a vuestra presencia  
 de dos maneras turbado,  
 por novedad desposado  
 [Intégrafo, fol. 7 v.]  
 y extraño por tanta ausencia.  
 CELIA. ¿Es mi primo?  
 ALONSO. Soy, señora,  
 quien por mil obligaciones  
 os ama.  
 CELIA. Vuestras razones  
 ni os muestran amante agora,  
 ni cual decís desposado.  
 Mis brazos os quiero dar,  
 por no dudar de pensar  
 que habéis a Madrid llegado.  
 ALONSO. En tanto bien es forzoso  
 que se anegue, como en mar,  
 el alma.  
 CELIA. A tanto tardar,  
 bien debéis el amoroso  
 término con que llegáis.  
 Mal estamos deste modo.  
 Entrad, pues es vuestro todo  
 cuanto, llegando, miráis.  
 ALONSO. ¿Traeráse mi ropa aquí?  
 CELIA. No podré daros posada  
 hasta que esté desposada.  
 ALONSO. ¿Pues hay que temer de mí?  
 CELIA. De vos no, mas pienso yo  
 que a los dos nos está bien;  
 que aun hay que temer.  
 ALONSO. ¿De quién?  
 CELIA. No sé, pero suele un no  
 llegar más presto que un sí.  
 ALONSO. Entrad, y haré que mi gente  
 aquí cerca me aposente.  
 [Intégrafo, fol. 8.]

CELIA. Creed que lo estáis (1) en mí.

(1) B: "atays".

ALONSO. No hay más bien que desearme.  
 (Entrese.) (1)

LISARDO. ¡Bizarra dama, señor!  
 ALONSO. Aquí se acaba el temor  
 que he tenido de casarme.  
 Adonde nos apeamos  
 pueden la ropa traer.  
 FABIO. ¿Tan poco el tiempo ha de ser?  
 ALONSO. Pero esperad. Juntos vamos,  
 que quiero mudar de traje.  
 FABIO. ¿Qué mandas que se prevenga?  
 ALONSO. Haz, Fabio, que luego venga (2)  
 a saber la casa un paje.

¡Ay, Lisardo, que belleza!  
 LISARDO. Por cierto, con gran razón  
 tu dicha estimas.

ALONSO. No son  
 la sangre ni la riqueza  
 iguales a la (3) hermosura;  
 pero temo algún azar,  
 que hace punto en el pesar  
 la línea (4) de la ventura.

(PRUDENCIA entre.) (5)

PRUDEN. Dame, Inés, esos papeles.  
 INÉS. Bien te puedes alabar,  
 que tienes que despachar.

PRUDEN. Di las locuras que sucles;  
 y advierte que una mujer,  
 que de sí presume un poco,  
 güelga (6) de escuchar un loco,  
 INÉS. Sí, pero puedes hacer

[Antógrafo, fol. 8 v.]

de tantos un espital (7).  
 PRUDEN. ¿Qué quieres? Juego (8) y amor  
 han llegado a gran primor.  
 Este no comienza mal.

(Lca.)

"Envío a vuestra merced esa banda de oro  
 por hacella de mi banda."

(1) B: ("Entranse CELIA y ELENA, queden DON ALONSO, LISARDO y FABIO.")

(2) "Señora, que luego venga."

(3) B: "con la".

(4) B: "raya".

(5) B. ("Láyanse y salga doña PRUDENCIA y INÉS.")

(6) B: "gusta".

(7) B: "hospital".

(8) B: "fuego".

INÉS. Si comienza por envió,  
¿cómo no ha de ser discreto?

PRUDEN. Que éstos lo son te prometo,  
y de los demás me río.  
Vcamos éste.

INÉS. ¿Quién es?

PRUDEN. Pienso que es Riselo.

INÉS. Di.

(Lea.)

PRUDEN. "Ayer hace un mes que os vi."  
La fecha le falta al mes:  
Este me debe de amar  
por meses, y hase cumplido.

INÉS. ¿Rompes?

PRUDEN. No, que le he rompido (1).  
Este puedes escuchar.

(Lea.)  
"Desde la cuna parece que nació con inclinación de quereros."

PRUDEN. No leo más, que cosas tales  
no se merecen leer.

INÉS. ¿Por qué razón?

PRUDEN. Por no ver  
este amador (2) con pañales.  
¿No ves que desde la cuna  
dice que me quiere bien?  
¡Oh, cuántos hombres se ven,  
de baja o alta fortuna,  
que se burlan y hacen risa

[Autógrafo, fol. 9.]

de los que en público escriben,  
y cuando ellos se aperciben,  
sea de espacio u de prisa (3),  
a escribir sólo un renglón (4),  
sale (5) con más necesidades  
que letras!

INÉS. Son calidades  
de ignorancia y presunción.

PRUDEN. ¿Qué gente es ésa que enfrente  
se apea de nuestra casa?

INÉS. Un don Alonso se pasa  
a esa casa con la gente (6),

(1) B: "¿Le rompes? Pr. No: que le he rompido."

(2) B: "amante".

(3) B: "sea despacio, o sea de prisa".

(4) B: "renglón".

(5) B: "salen".

(6) B: "con su gente".

según me dijo un criado;  
primo y aun novio de aquella  
que sueles cansarte de ella.

PRUDEN. ¿Es este el primo soldado  
que de Flandes esperaba?

INÉS. El mismo.

PRUDEN. ¿Que ya llegó?

INÉS. Ya llegó.

PRUDEN. Con razón yo  
de esa (1) mujer me enfadaba.  
Préciase de competir  
conmigo y aun de hablar mal.

INÉS. ¿Mal?

PRUDEN. Muy mal.

INÉS. No digas tal,  
que no puedo presumir  
eso de su entendimiento.

PRUDEN. ¿Qué entendimiento, inorante! (2).

INÉS. ¿Quiéresla mal?

PRUDEN. No te espante,  
que por todo extremo siento  
verla en la iglesia tan vana,

[Autógrafo, fol. 9 v.]

con dos o tres amiguillas,  
fisgar de mis lechuguillas,  
cubrirse y reír sin gana.

Los puños que ayer llevé,  
dijo que celos tenían.

INÉS. ¿Por lo azul le enfadarían  
que en el almidón eché? (3).

PRUDEN. Pues, Inés, como pudiese,  
yo le daría un pesar.

INÉS. Ahora tienes lugar:  
si este su novio te viese...

PRUDEN. ¿Podréle hablar?

INÉS. Yo me ofrezco  
a traértele.

PRUDEN. Ha de ser  
con disculpa.

INÉS. A no tener  
causa, ¿qué premio merezco?

PRUDEN. Pues ¿qué dirás?

INÉS. Que has sabido  
que se casa, y que le quieres  
vender unas joyas (4).

PRUDEN. ¿Eres

(1) B: "desta".

(2) B: "ignorante".

(3) B: "en el almidón lo eché".

(4) B: "una joya".

un águila!

INÉS. De tu nido.

PRUDEN. Parte.

INÉS. Voy.

(*Uáyase y entren DON FÉLIX, GALINDO y FLORENCIO.*) (1)

FÉLIX. Si me he tardado,  
perdona, Galindo, trae  
lo que por aquel papel  
me mandaste que comprase.

(FÉLIXO, criado.) (2)

PRUDEN. ¿Féleno?

FÉLIXO. ¡Señora!

PRUDEN. Toma  
esos recados (3).

FÉLIX. Honraste,  
señora, mi pensamiento (4)  
con el gusto de mandarme;

[*Autógrafo, fol. 10.*]

pero no son estas cosas  
las que quiero que me mandes.  
Amante soy verdadero;  
mándame comprar diamantes;  
emplea mi voluntad  
en lo mejor; no repares  
en mis fuerzas (¿si te enojen? (5),  
yo tengo fuerzas bastantes),  
porque los rayos del sol  
me parece cosa fácil  
para ofrecerte, y la sola  
Fénix que en Arabia nace.

PRUDEN. A lo menos, Félix mío,  
que mío puedo (6) llamarte,  
pues tan grande amor me tienes,  
pues tanta merced me haces,  
si diamantes es agora (7)  
la prueba de los amantes,  
un apretador me venden  
que los tiene razonables.  
¿Quiéresle ver?

FLOREN. Este sí

que es apretador, bastante  
a dar el alma: una bolsa.

PRUDEN. Felino (1), esa caja trae.

GALINDO. Morirá de garrotillo,  
porque no hay cosa que acabe  
más presto al amor (2), que es niño,  
que esto de apretar con dadme.  
Ya la traen.

PRUDEN. Veisle aquí (3).

[*Autógrafo, fol. 10 v.*]

FÉLIX. Bueno y nuevo; ¿cuánto vale?

GALINDO. Yo no he visto apretador  
que así parezca apretante (4).

¡Dios nos saque deste aprieto!

FLOREN. Temiendo estoy que los pague.

PRUDEN. Quinientos escudos piden.

FÉLIX. Toma, Florencio, estas llaves  
y saca esta cantidad  
de donde sabes.

FLOREN. ¿Qué haces?

FÉLIX. Esperarte con el oro.

FLOREN. Di mejor desesperarte.

FÉLIX. Esta tarde, ¿dónde iréis?

PRUDEN. No he de salir esta tarde.

FÉLIX. ¿Por qué?

PRUDEN. Por no tener coche;  
y siento tanto el faltarme,  
que aunque venda cuanto tengo,  
no he de estar sin él el martes.  
FÉLIX. No es difícil el tenerle (5).  
GALINDO. Conforme fuere el comprarle,  
que está la corte de coches  
como el mar con varias naves.  
Hay coches, urcas (6) flamencas,  
coches, galeras reales,  
coches, naves de alto borde,  
coches, pequeños patajes (7),  
coches, ingleses baúles,  
coches, cofres alemanes,

[*Autógrafo, fol. 11.*]

perdidos ya los estribos  
de correr por tantas partes.  
Coche he visto de la muerte,

(1) B: (*"Uáyase y salgan DON FÉLIX, FLOREN-  
CIO y GALINDO."*)

(2) B: (*"Salga FÉLIXO, criado."*)

(3) B: "recados".

(4) B: "mis pensamientos".

(5) B: "Si temiera".

(6) B: "galeas".

(7) B: "patates".

(1) B: "Féleno".

(2) B: "el amor".

(3) B: "Ya le traen. PRUD. Vesla aquí."

(4) B: "apretarte".

(5) B: "tenerse".

(6) B: "hureas".

(7) B: "pataches".

que le tiran, sin tirarle,  
unos caballos de hueso (1)  
con encerados por carne.  
Otros hay tan comedidos,  
que por no poder pararse,  
colorados de vergüenza,  
no hay cuesta donde no paren.  
Hay caballos de ajedrez  
con sarna, como estudiantes,  
y caballos pretendientes,  
que sola esperanza pacen.  
Por uno destos se dijo:  
"caballito, ¿cuánto vales?"  
Porque tener hambre y coche,  
no es coche, sino cochambre.

FÉLIX. Deja esos necios discursos:  
hoy le compro.

PRUDEN. ;Dios te guarde!  
GALINDO. Que le guarde Dios, bien dices,  
si le añades "de comprarle".  
Pero en caso que se compre,  
si a la calle Mayor sales,  
hallarás a vender coches,  
de quien dijo un hombre grave,  
viendo delante y detrás  
las dos cédulas que traen.

[Autógrafo, fol. 11 v.]

que como coches de venta  
habían de ser leales  
los amigos, pues lo mismo  
dicen detrás que delante.

PRUDEN. Bien dices, que éste se vende  
dice por entrambas partes.

(Sale INÉS.) (2)

INÉS. Sola te quisiera hallar.  
PRUDEN. ¿Y qué hay de aquello que sabes?  
INÉS. Que aquel hidalgo está aquí.  
PRUDEN. Un rato puedes dejarme,  
Félix, que está aquí el platero,  
y no quiero que él ni nadie  
presuma (3) que tú me compras  
esta joya.

FÉLIX. Muy bien haces;  
yo voy a buscar el coche.

PRUDEN. Y yo espero que me mandes  
lo que fuere de tu gusto.

FÉLIX. Sólo deseo obligarte.

[Vayanse y entren DON ALONSO y LISARDO.] (2)

LISARDO. Aquí presumo que está.

ALONSO. ¡Gentil talle!

LISARDO. Es una perla.

ALONSO. ¿Pues qué más joya que el verla? (2)

LISARDO. Llegá, que te aguarda ya.

ALONSO. Dadme, señora las manos,  
que si diamantes vendéis  
en ellas los hallaréis  
con engastes soberanos.

Díjome vuestra criada

[Autógrafo, fol. 12]

que sabiendo a lo que vengo  
y que ya mi boda tengo  
prevénida y concertada,  
queréis que unas joyas vca,  
por si las quiero comprar,  
gustando de acomodar  
lo que mi provecho sea (3).

Siendo así (4), yo las veré;  
aunque quien os ve, no creo  
que tenga de otras deseo,  
viendo lo que en vos se ve.

Yo vengo como soldado,  
aunque ya colgué la espada,  
porque de una paz casada  
hice a la guerra sagrado;

pero no tan pobre vengo  
que no las pueda comprar.

PRUDEN. Bien os puedo acomodar  
en estas joyas que tengo.

Quiero deshacerme dellas  
para cierta posesión  
que compro, que otra ocasión  
no me obliga a no tenellas;

porque en gusto y en hechura  
son joyas aventajadas,  
si ser del mío buscadas  
lo que encarezco asegura.

Supe vuestro casamiento,

[Autógrafo, fol. 12 v.]

y ocasión me pareció  
de feríároslas.

(1) B: ("Vayanse DON FÉLIX y GALINDO, y en-  
gan DON ALONSO y LISARDO.")

(2) B: "que verla".

(3) B: "lo que en mi provecho sea".

(4) B: "si es así".

(1) A: "güeso".

(2) Falta esta acotación en A.

(3) B: "presumas".



ALONSO. Si yo  
tuviera merecimiento,  
vuestra voluntad feríara,  
a un alma (1), y por ella diera  
todo lo que ella valiera.

PRUDEN. No compréis cosa tan cara.  
Y para venir casado  
muy tierno me parecéis,  
si no es que en mí os enseñéis  
para no llegar turbado.  
¿Habéis visto a Celia ya?

ALONSO. Sí, señora, ya la vi.

PRUDEN. ¿Pues qué dejáis para mí  
del alma que en ella está?  
Pero como sois soldado  
conquistarlo queréis todo.

ALONSO. Fuérame, señora, el modo  
con que me habéis obligado.  
El alma ya vos sabéis  
que tiene capacidad  
de cualquiera infinidad,  
y que en ella estar podéis,  
aunque Celia viva en ella.

PRUDEN. ¡Alma tenéis descansada!  
Mas yo soy tan recatada  
que no me atreví a ofendella,  
si el amor y el señorío  
no requieren compañía,  
[Autógrafo, fol. 13.]  
ni Celia querrá la mía  
ni la suya el gusto mío.  
Vos tenéis mujer hermosa,  
no tenéis qué desear;  
pero dejemos de hablar  
en tan excusada cosa.  
Y venid donde veréis  
las joyas y este rincón,  
de quien en toda ocasión  
como dueño os serviréis.

ALONSO. Bésoos mil veces las manos  
por tanta merced.

PRUDEN. Entrad.

ALONSO. Con acuerdo y voluntad  
de los cielos soberanos.  
Doña Prudencia os llamáis,  
y es tanta vuestra prudencia,  
que toda estudiada ciencia  
afrentáis y aventajáis.  
Sois una décima musa;

(1) B: "a una alma".

en vuestros labios destila (1)  
la más célebre sibila  
su gracia y su ciencia infusa (2).

(Entrese.) (3)

INÉS. Ya le va poniendo el cebo:  
¿qué dice vuestra merced  
destas cosas?

PRUDEN. Que en la red  
caerá este pájaro nuevo.

(Láyase.) (4)

LISARDO. ¿Y de mí no dice nada?

INÉS. Que entre a ver una espetera,  
diamantes (5) de Talavera,

[Autógrafo, fol. 13 v.]

con más lustre que una espada.

LISARDO. Entro, que si el fondo es tal  
como la bellaquería,  
daré por ella la mía  
y juntaremos caudal;  
pero no estará sin cuyo (6).

INÉS. Ni yo soy de condición  
que antes de la aprobación  
admita un requiebro suyo.

LISARDO. ¿Es Prudencia, su señora,  
aventura o casamiento?

INÉS. Es un cierto encantamento  
que quien más sabe le ignora.

Despejo, belleza, brio,  
gala, limpieza, buen aire,  
papeles, burlas, donaire,  
y a un tiempo calor y frío,  
encanta (7) su condición  
sin haber firmeza en nada.

LISARDO. Es bella (8) para dejada.

INÉS. ¿Dejada?

LISARDO. ¿Pues no es razón?

INÉS. Sólo sé que si a picarse  
de aqueste monstruo del suelo  
llega una vez al anzuelo (9),  
es imposible escaparse.

(1) B: "distila".

(2) B: "la ciencia infusa".

(3) B: ("Láyase DON ALONSO.")

(4) Falta en A esta acotación.

(5) B: "diamante".

(6) B: "cuya".

(7) B: "en canta".

(8) B: "buena".

(9) B: "el anzuelo".

(*Entranse, y salgan DON FÉLIX y GALINDO.*) (1)

FÉLIX.

Con carta de mi padre, ¿qué me falta?

GALINDO.

La gracia no está en ella: en el dinero.

[*Autógrafo, fol. 14.*]

FÉLIX.

Ese al amor divinamente esmalta.

GALINDO.

Es platero famoso.

FÉLIX.

Leerla quiero.

GALINDO.

El corazón de regocijo salta  
al son del oro.

FÉLIX.

Estaba en lo postrero  
lo que trujimos.

GALINDO.

No ha tenido hijo  
tal padre.

FÉLIX.

Escucha, pues.

GALINDO.

¿Qué regocijo!

(*Lca.*) (2)

FÉLIX.

"Tu carta recibí con el contento  
que se conoce del amor de un padre,  
que no tengo otro bien ni otro alimento,  
Félix, después que me faltó tu madre,  
que vayan tus sucesos (3) en aumento;  
para vivir no hay cosa que me cuadre  
de mayor importancia. El cielo quiera  
piadoso hacer que entre tus brazos muera.

Date prisa [a] acabar (4) tus pretensiones,  
huye de los peligros cortesanos,  
que ponen a los pies las ocasiones  
para empeñar el alma con las manos;  
templa (5) con los consejos tus pasiones,

y no hagas elección de mozos vanos;  
busca amigos discretos y leales  
de más edad que tú, no siendo iguales.

Sirvante para ejemplo mil sucesos  
que se suelen seguir de acompañallos (1);  
huye mujeres viles, huye excesos,  
pues que con la virtud podrás templallos (2).  
Sólo agora (3) te llevan tres mil pesos,  
porque vayas con tiento en el gastallos (4),

[*Autógrafo, fol. 14 v.*]

y te mando, so pena de obediencia,  
que gastes tus dineros con prudencia."

¿Hay hijo, ni le ha visto el mundo todo,  
que sea, como yo, tan obediente?  
No gastaré una blanca de otro modo  
ni saldré de tu gusto eternamente;  
yo, padre, con Prudencia me acomodo;  
añá, señor, si te obedezco ausente;  
con Prudencia he gastado mi dinero  
y todo el que me envías gastar quiero.

¿Qué te parece, Galindo?

GALINDO. Que so pena de obediencia,  
te manda que con prudencia  
gastes tu dinero lindo.

Acabóse obedecer.

Lograrme, Galindo, quiero.

FÉLIX. ¿Qué bien gastado dinero (5),  
pues con Prudencia ha de ser!

FÉLIX. ¿Es éste Florencio?

GALINDO. Sí.

(FLORENCIO.) (6)

FLOREN. Ya los quinientos ducados  
quedan en oro contados;  
a Prudencia se los di.

FÉLIX. Ganaste la indulgencia (*sic*)  
del que ayuda a obedecer;  
todo mi gasto ha de ser  
solamente con Prudencia.

Así mi padre lo quiere;  
carta y dinero me envía.

[*Autógrafo, fol. 15.*]

FLOREN. El con prudencia diría,  
de quien la virtud se infiere;

(1) B: ("Vanse y salgan DON FÉLIX y GALINDO.")

(2) B: ("Lea DON FÉLIX.")

(3) B: "negocios".

(4) B: "date prisa a acabar".

(5) B: "Templa."

(1) B: "acompañarlos".

(2) B: "templarlos".

(3) B: "aora".

(4) B: "gastarlos".

(5) B: "gastado de dinero".

(6) B: ("Sale FLORENCIO.")

tú, por donde te está bien  
el equívoco sentido,  
el literal has querido,  
porque es Prudencia también.

FÉLIX. ¿Pues en una carta quieres  
buscar sentido moral?

FLOREN. Díjome que liberal,  
al estilo que lo eres,  
un coche quieres compralle (1).  
¡Vive Dios, que no te entiendo!  
¿Tú coche?

FÉLIX. Y me reprehendo  
que el del sol no puedo dalle (2).

FLOREN. Ahora bien, pues ha de haber  
caballos, Galindo sea  
el uno, pues que desca,  
Félix, echarte a perder.  
Que el otro bien claro está  
que has de ser tú.

FÉLIX. Como sea  
cochero Amor...

GALINDO. ¿Que esto crea  
Florencio?

FLOREN. Y lo he visto ya.  
¿Qué es lo que su padre envía?

GALINDO. Tres mil pesos.

FLOREN. Tres mil sesos (3)  
fuera mejor.

GALINDO. Pues por esos  
ir al matadero un día.  
Tres mil pesos pueden ser  
para sustentar un año

[Autógrafo, fol. 15 v.]

un hombre noble: es engaño,  
que aún no ha de poder comer.  
Pues si los gasta en un día,  
¿qué será dél?

FÉLIX. Mercaderes  
me conocen.

FLOREN. Nunca esperes  
en contingencias.

FÉLIX. Podría  
decirte lo que le dijo  
un ahorcado, en la escalera,  
a un padre, que un hora entera  
iné en darle voces prolijo:

(1) B: "comprarle".

(2) B: "darle".

(3) B: "pesos".

"Padre, pues que yo no sudo,  
no sude su reverencia."

FLOREN. ¡Alto, Gaspar con prudencia!  
Ya no habla; ya soy mudo.

FÉLIX. Yo hago lo que me manda  
mi padre; lograrle quiero.

GALINDO. Un cuento viejo y grosero  
que ha dos mil años que anda.  
me hace decir la ocasión,  
porque es propio y semejante.  
Tenía un hijo (1) estudiante  
a tu traza y condición  
un hidalgo en Salamanca,  
y escribióle que comiese  
lo más barato que hubiese  
en aquella plaza franca.  
Preguntaba qué valía  
una vaca a sus criados,  
y como "veinte ducados"  
el comprador respondía,

[Autógrafo, fol. 16.]

replicaba: "¿Y dos perdices?"  
"Cuatro reales." "Pues comer  
perdices, y obedecer."

FÉLIX. ¡Notables vejeces dices!

FLOREN. No hay cosa vieja si es dicha  
a propósito.

FÉLIX. ¡Paciencia!  
Aquí vengo por el coche.

FLOREN. ¿Pues vende su coche Celia?

FÉLIX. Deshácese del que tiene  
y compra una caja nueva  
para casarse, que ya  
su desposorio celebre,  
porque ha venido su primo.

FLOREN. Llama, que la casa es ésta.

GALINDO. Ya salen a este patín.

FÉLIX. ¡Bella casa!

FLOREN. ¡Y cómo bella!  
Pero mucho más el dueño.

(Saljan CELIA y ELENA.) (2)

FÉLIX. Perdonaréis si mi lengua  
se turbare en vuestra vista.

CELIA. Yo lo estaré de la vuestra,  
si no me habláis sin lisonja:

(1) B: "viejo".

(2) El ms. A sólo dice: ("CELIA y INÉS.") Ha de ser ELENA, criada de CELIA, aunque en el curso del diálogo, por confusión, dice siempre INÉS.

quiero decir con llaneza.  
 FÉLIX. Admirábame la casa;  
 ya me parece pequeña.  
 CELIA. Edificios de Madrid  
 tras sí los ojos se llevan,  
 porque son como unas joyas  
 con tal labor y belleza,  
 [Autógrafo, fol. 16 v.]  
 que llama a los albañiles  
 una mi amiga discreta  
 plateros de yeso.  
 FÉLIX. Bien,  
 que labran por excelencia.  
 CELIA. ¿Qué se ofrece en que serviros?  
 FÉLIX. Después que es justo que venga  
 a daros el parabién,  
 que por muchos años sea,  
 vengo a compraros un coche,  
 que por otra caja nueva  
 me parece que dejáis.  
 CELIA. ¿Habéisle visto?  
 FÉLIX. Una fiesta  
 fuí en él con un deudo vuestro.  
 CELIA. Ya de veros se me acuerda.  
 FÉLIX. Soy un caballero indiano,  
 señora, que poso cerca  
 de vuestra casa.  
 CELIA. Conozco  
 vuestro valor y nobleza.  
 FLOREN. Los terceros siempre son  
 los que esto mejor conciertan.  
 Desvíaos aquí conmigo.  
 CELIA. Huélgome de que le quiera  
 don Félix: ¿es para él?  
 FLOREN. No, por Dios, porque pasea  
 en dos caballos que pueden  
 hacer justa competencia  
 [Autógrafo, fol. 17.]  
 con los del viento en el curso,  
 con los del sol en belleza;  
 quiérellos (1) para una dama  
 con quien matrimonio intenta,  
 que conocéis en el barrio.  
 CELIA. ¿Acaso es doña Prudencia?  
 FLOREN. Presto distes en el blanco.  
 CELIA. En linda red barredera  
 ha dado el pobre galán:  
 cierto que es bella y discreta;

pero es notable invención  
 la que su estilo profesa,  
 si bien os prometo a Dios  
 que no hay cosa que la ofenda  
 más que su mismo despejo.  
 FLOREN. Hartos pesares me cuesta.  
 CELIA. Es lástima que un manco  
 de tan generosas prendas  
 haya tropezado en Scila.  
 FLOREN. Famosamente le pescan  
 cuanto viene de las Indias,  
 pero es tanta la riqueza  
 de su padre que no importa.  
 ELENA. (1) ¡Tu primo!  
 (Don Alonso entre.) (2)  
 ALONSO. ¿Qué gente es ésta?  
 ELENA. Los compradores de un coche.  
 ALONSO. Esto mejor se concierta  
 con los criados de casa.  
 [Autógrafo, fol. 17 v.]  
 GALINDO. Ya güele a novio esta queja.  
 FÉLIX. Pues los vuestros y los míos  
 se verán en la cochera  
 y tratarán del concierto.  
 Voime, con vuestra licencia.  
 (Todos se van.) (3)  
 CELIA. ¿A qué efeto aquestos celos?  
 ¿Piensas que estás en la guerra  
 o en la corte?  
 ALONSO. Yo en mi casa  
 podré hacer costumbres nuevas.  
 CELIA. ¿No has llegado y deste modo  
 a tomar posesión entras?  
 No, don Alonso, no creo  
 que nuestras paces desees;  
 menester has (4) coadjutor;  
 nombra un teniente que tenga  
 estilo para la corte,  
 en tanto que tú le aprendas.  
 ALONSO. Para lo que me conviene,  
 yo le tendré de manera  
 que se olviden los estilos.  
 CELIA. ¿Qué bizarra soldadesca!  
 Mas pacífica soy yo.

(1) En A *Inés*, como advertimos atrás; en B, sin acotación de persona.

(2) B: ("Salgan DON ALONSO y LISARDO.")

(3) B: ("Íyanse GALINDO y DON FÉLIX.")

(4) B: "es".

(1) B: "quíerele".



ALONSO. Perdona, que estas ofensas  
nacen de mi grande amor.  
CELIA. Así es justo que lo crea.  
[Autógrafo, fol. 18.]  
ALONSO. Con esto quiero dejarte.  
LISARDO. Bien enfadada la dejas.  
ALONSO. ¡Qué quieres! Que me ha quitado  
parte del seso Prudencia.

[Váyase. (1)]

ELENA. ¡Buena estás!  
CELIA. ¡Notable novio!  
No hayas miedo tú que sea (2)  
perfecta nuestra amistad;  
los hombres. Inés, quisiera (3)  
a la traza deste indiano:  
blandura, palabras tiernas,  
aquel semblante agradable  
y aquella humildad compuesta.  
Mucho don Alonso es éste.  
ELENA. Y para mí cosa nueva  
que alabes un hombre.

CELIA. Sí,  
mas recíbaseme en cuenta  
que desalabo a mi primo.  
ELENA. Pues ya, señora, paciencia,  
o perder la hacienda toda.  
CELIA. Sin gusto no quiero hacienda,  
que no importan testamentos,  
si en gustos, que hay diferencias,  
lo que conciertan dos padres  
desconciertan las estrellas.

FIN DEL PRIMERO ACTO

## SEGUNDO ACTO

DEL "SEMBRAR EN BUENA TIERRA" (4).

[Sal aa GALINDO y FLORENCIO.]

FLOREN. Güelcome (5) que esté a su costa

(1) B: "Váyase LISARDO y DON ALONSO."

(2) B: "no hayas miedo que tú veas".

(3) B: "Los hombres ya los quisiera." En el original intercala BSSB, por confusión.

(4) El ms. autógrafo da el siguiente reparto:

"PERSONAS DEL II ACTO:

|              |                 |
|--------------|-----------------|
| GALINDO.     | ELENA.          |
| FLOREN.      | DON ALONSO.     |
| LISARDO.     | CELIA.          |
| OTAVIO.      | DON FELIX.      |
| Un FURROCOO. | LISARDO.        |
| Un ALBOQUE.  | DOÑA PRUDENCIA. |

(5) B: "Hácelome"

desengañado.

GALINDO. Es verdad,  
que a tanta necesidad  
ha corrido por la posta.  
FLOREN. Que tendrá consuelo espero,  
si no consuelo, paciencia,  
que ha gastado con Prudencia,  
lindamente su dinero;  
y será bien que le cuadre  
la disculpa que ha tenido,  
si es cuanto mal le ha venido  
obedeciendo a su padre.  
GALINDO. Prudencia no le desecha,  
que, en fin (1), es mujer de bien,  
pero disfraza el desdén  
como el veneno en la flecha (2).

Esperando cada día  
que le viniese dinero,  
vendió el pobre caballero,  
Florencio, cuanto tenía.

Las Indias se han acabado:

[Autógrafo, fol. 1 v.]

ni aun carta habemos tenido (3).  
FLOREN. Su historia se habrá sabido;  
su padre estará enojado:  
aunque es inhumanidad  
no le querer socorrer,  
para que pueda volver.  
GALINDO. Si tanta necesidad  
él le dijese a Prudencia,  
pienso que le remediase,  
mas por mayor que la pase,  
no hay más de hacer resistencia (4).

FLOREN. Yo soy pobre, ya lo ves;  
no puedo, Galindo, más.  
GALINDO. Harto disculpado estás.  
FLOREN. Yo le he dado en sólo un mes  
hasta mis pobres cadenas,  
y cuanto he podido hurtar  
a mis padres.

GALINDO. El prestar  
anda por su culpa en penas.  
Que por dar en no volver  
tiene el crédito perdido,  
y quien no ha restituído,  
purgatorio ha de tener.

(1) B: "que al fin".

(2) B: "Como el veneno en la flecha"

(3) B: "ni aun cartas hemos tenido".

(4) B: "no hay sino hacer resistencia".

FLOREN. Si yo estuviera heredado,  
lo mismo me sucediera  
que al que quiere en la ribera  
sacar algún ahogado:

[Autógrafo, fol. 2.]

que asido Félix a mí,  
nos perdiéramos los dos.

GALINDO. Bien dices.

FLOREN. ¡Pluguiera a Dios  
que me sucediera así!

Dale este solo doblón,  
que hoy a mi madre he pedido,  
y dile que va metido  
dentro del mi corazón.

Di que no le diferencio  
ni a su fineza desdice,  
pues donde "Filipo (1) dice,  
dice "el alma de Florencio".

Y que me venda le di (2),  
cuando quisiese venderme,  
que estoy corrido de verme  
tan pobre, como él a mí;

que se declare a Prudencia,  
pues es mujer principal.

GALINDO. Prudencia entiende su mal,  
y le va dando licencia.

¿No has visto una clara fuente  
correr con diversos caños,  
y que por años o daños  
le ha faltado la corriente?

¿Que cuantos a su frescura  
llegaron, se apartan della,  
y que donde fué tan bella  
es todo cieno y basura?

Pues tal don Félix está.

[Autógrafo, fol. 2 v.]

FLOREN. Comparación extremada.

GALINDO. Pero ya no siente nada,  
que sólo pena le da  
este que ha de ser marido  
de Celia.

FLOREN. Ya sé que ha estado  
de Prudencia enamorado,  
y por lo rico admitido.

GALINDO. ¿Que ha estado? Que agora (3)  
pues por ella no se casa. [está,

FLOREN. ¿Y Celia, cómo lo pasa?

GALINDO. Al paso mismo se va,  
porque no le quiere bien.

FLOREN. Más siento el verle celoso (1)  
que pobre.

GALINDO. Y aun es forzoso  
que él lo sienta más también.

FLOREN. Galindo, los miserables  
amantes habían de ser,  
si me quisieran (2) creer,  
como oficios renunciables.

¿No has visto que un escribano  
tiene sus renunciaciones  
impresas?

GALINDO. De tus razones (3)  
estoy al fin.

FLOREN. Pues es llano.

Cada sábado un amante  
había de renunciar  
su dama en otro lugar,  
por no perder lo importante.

[Autógrafo, fol. 3.]

Quedara el oficio en pie,  
que es la rica libertad.

Dile, en fin, mi voluntad.

GALINDO. Tu voluntad le diré.

FLOREN. ¿Anda bien puesto?

GALINDO. Es bajeza.

A bayeta, en fin, llegó,  
bayeta, que llamo yo,  
sagrado de la pobreza:  
pero limpio y aseado  
de cuello (4), sombrero y pies.

FLOREN. Eso (5) tengo que le des.

GALINDO. Eres caballero honrado.

(Váyase FLORENCIO. Entre DON FÉLIX.) (6)

Las lágrimas en los ojos  
se va Florencio de aquí.

FÉLIX. Ya desde lejos le vi,  
danle en ellos mis enojos.

GALINDO. Con notable sentimiento  
me ha dado aqueste doblón,  
y dentro su corazón.

(1) B: "Felipe."

(2) B: "que venda le di".

(3) B: "aora".

(1) B: "más siento verle celoso".

(2) B: "quisiesen".

(3) B: "de sus razones".

(4) B: "cuellos".

(5) B: "Esto."

(6) B: ("Váyase FLORENCIO muy triste; quede GALINDO, y salga DON FÉLIX vestido de bayeta.")

FÉLIX. Que es fuerza el trocarle (1) siento.  
 Porque corazón que trata  
 tal lealtad y en tal lugar,  
 no se había (2) de trocar  
 por ningún oro ni plata.

Beso el doblón, porque viene  
 con sencillo corazón;  
 en fin, Galindo, un doblón  
 lugar en mi boca tiene.

[Autógrafo, fol. 3 v.]

Yo me acuerdo que algún día  
 no le diera a un escudero,  
 de vergüenza.

GALINDO. Del dinero  
 un filósofo decía  
 que era como la salud:  
 cuando se tiene, arrojada;  
 y cuando falta, estimada.

FÉLIX. Yo estoy con grande inquietud,  
 que como ya a las criadas (3)  
 de Prudencia no les doy,  
 como en su desgracia estoy,  
 son conmigo malcriadas (4).

Ya dicen que está durmiendo,  
 ya que tiene ocupación,  
 ya las visitas que son  
 de alguno, que voy temiendo.

En fin, ya no hay para mí  
 la puerta que haber solía.

GALINDO. Es toda su infantería  
 soldadesca contra ti;  
 son lámparas de escalera  
 los criados del deleite,  
 que en faltándoles aceite  
 no alumbran a los de afuera (5).

FÉLIX. ;Oh, qué bien pintaba un sabio  
 al (6) amor con una vara  
 de oro, y donde el oro para,  
 puesto en remate el agravio.

[Autógrafo, fol. 4.]

No dudes que donde amor  
 con esta vara no alcanza,  
 el agravio y la mudanza  
 entran con todo rigor.

¿A quién a pedir te atreves  
 sobre aqueste diamantillo  
 cien reales?

GALINDO. ;Tiemblo en decillo! (1)

FÉLIX. ¿Qué ha de importar, cuando prue-  
 GALINDO. Este valdrá cuatro escudos. [bes?

FÉLIX. Y aun menos puede valer.

GALINDO. No habemos de perecer,  
 a lo menos, por ser mudos.

Celia, esta rica señora  
 que enfrente de la posada  
 vive...

FÉLIX. No le digas nada;  
 que este su pariente adora  
 a Prudencia, y no querría  
 que supiese cómo estoy.

GALINDO. Déjame negociar hoy.

FÉLIX.

No vayas, por vida mía.

(Íáyase GALINDO.) (2)

Dura necesidad, madre afrentosa  
 de la vergüenza, y vil atrevimiento,  
 escuridad del claro entendimiento,  
 tal vez en los peligros ingeniosa;  
 inventora de máquinas famosa,  
 pensión del generoso nacimiento,  
 consejera del mal, argos del viento,  
 y a la mortal naturaleza odiosa;

[Autógrafo, fol. 4 v.]

vil salteador, que a los caminos sales,  
 los peregrinos matas o (3) detienes  
 y para derribar el honor vales;  
 sola una cosa provechosa tienes:  
 que el hombre que jamás probó los males,  
 es imposible conocer los bienes.

(DON ALONSO y LISARDO.) (4)

LISARDO. Si celos os desconciertan,  
 durarán las dilaciones (5).

ALONSO. Encontradas aficiones,  
 tarde o nunca se conciertan.

FÉLIX. Este es don Alonso, a quien (6)  
 sustituye (7) amor por mí.

(1) B: "decirlo".

(2) B: "aría".

(3) B: "que como ya los criados".

(4) B: "mal criado".

(5) B: "a los de fuera".

(6) B: "el".

(1) B: "decirlo".

(2) B: ("Íáyase GALINDO, queda DON FÉLIX.")

(3) B: "robos y detienes".

(4) B: ("Salgan DON ALONSO y LISARDO.")

(5) B: "discusiones".

(6) B: "en quien".

(7) B: "sustituye".

Quiérome quitar de aquí,  
quiero buscar mi desdén;  
que por ventura en su ausencia  
hallará el lugar pasado  
el dinero que he gastado  
con Prudencia y sin prudencia.

(Váyase DON FLIX.) (1)

ALONSO. Es, Lisardo, gran locura  
concertar dos voluntades,  
a quien con dificultades  
el cielo impedir procura.  
No quiero mal a mi prima,  
agrádame su presencia,  
mas no hay, donde está Prudencia,  
prima que su amor imprima.  
Yo no querría casarme  
ni dejarme de casar,  
y por eso miro el mar  
y no me atrevo a embarcarme.

[Autógrafo, fol. 5.]

Pierdo veinte (2) mil ducados,  
si le digo que no quiero,  
y si me casase espero  
tener veinte (3) mil cuidados.

LISARDO. ¿Pues qué pretendes hacer?

ALONSO. Aguardar que ella se canse,  
que no hay cosa que no amanse  
el tiempo.

LISARDO. No lo ha de hacer,  
porque no ha de perder ella  
lo que tú perder no quieres.  
ALONSO. ¿No ves tú que a las mujeres  
la edad más presto atropella,  
y que el verse cada día  
un día, Lisardo, más,  
las hace volver atrás  
de su loca fantasía?

Es el tiempo un capitán  
que con ejércitos (4) de años  
conquista nuestros engaños  
con pies que callando (5) van.

No lleva trompeta o caja  
porque no le vean venir,  
hasta que llega el vivir

donde la muerte le ataja (1).

Y cuando a la que es más loca  
asalta su brevedad  
con la escala de la edad  
las almenas (2) de la boca,  
y le deja algún portillo,  
imagina que el espejo  
hace mudar del consejo.

[Autógrafo, fol. 5 a.]

LISARDO. Nunca yo me maravillo  
de Cartago ni Sagunto,  
y el romano Anfiteatro (3).  
ni que en el mortal teatro  
hable un príncipe difunto;  
solamente una mujer,  
que fué hermosa y se acabó,  
es el espejo en que yo  
suelo retratados ver  
a Sagunto y a Cartago.

(CELIA y GALINDO.) (4)

CELIA. Mucho me huelgo (5) de verte.

GALINDO. Para honrarme desta suerte,  
no tengo qué darte en pago.

CELIA. Ni le busques para mí,  
como mi propia afición;  
mas busca alguna invención,  
que está don Alonso aquí.

ALONSO. ¿Qué es esto, señora mía?

GALINDO. Sabiendo que mi señora  
las nobles artes adora  
ciertos libros te traía,

que me dicen que ha estudiado  
la Gramática latina.

ALONSO. Mucho a las letras se inclina.

CELIA. Fué de mi padre cuidado.

La Gramática estudié,  
de la Retórica supe.

ALONSO. Güélgome (6) que esto la ocupe,  
aunque yo tan poco sé,  
que partí (7) muchacho a Flandes;

[Autógrafo, fol. 6.]

pero no ignoro el latín.

(1) Esta acotación falta en A.

(2) B: "murallas".

(3) B: "quince".

(4) B: "ejército".

(5) B: "volando".

(1) Esta redondilla falta en B.

(2) B: "murallas".

(3) B: "ni del romano Anfiteatro".

(4) B: ("Salgan CELIA y GALINDO.")

(5) B: "huelgo".

(6) B: "Huélgome."

(7) B: "Pasé."



¿Qué libros traéis, en fin?

GALINDO. Señor, pequeños y grandes.  
Tráigole de astrología  
a Barrucio y a Chiflato,  
y a Chilindro y (1) Berrugato.  
De lo que es filosofía,  
tráigole a Marco Jabón (2),  
alquimista del Sophi (3).

ALONSO. Nunca tales libros vi.

GALINDO. Todos auténticos son,  
y yo conozco estudiantes  
que con libros de este modo  
suspenden el vulgo todo.

ALONSO. El vulgo es rey de inorantes (4).  
Quedad, mi Celia, con Dios,  
que voy esta tarde al Prado.

CELIA. Con vos irá mi cuidado.

ALONSO. Yo quedo por él con vos.

(*Váyase DON ALONSO y LISARDO.*) (5)

CELIA. ¿Qué te parece, Galindo?  
¿No es gran don Alfonso aqueste?

GALINDO. Pienso, señora, que es éste,  
según es de grande y lindo,  
del rey don Alonso el bayle.

CELIA. Dime, Galindo: ¿hay rigor  
en todo el mundo mayor  
que el mío?

GALINDO. No dudes, haile:  
el de don Félix, mi amo,  
pasa del mayor extremo.

CELIA. Yo deseo (6) lo que temo  
[*Autógrafo, fol. 6 v.*]  
y temo lo que desamo.

GALINDO. Don Félix gastó su hacienda  
con una ninfa encantada,  
tan discreta (7) y tan honrada  
que no hay Vargas que la entienda:  
lo que es tomarle (8) una mano,  
el más lindo (9), el más amigo,  
"afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano".

Lo que es dinero contado  
y estas telas recibid;  
"norabuena vengáis, Cid,  
Rodrigo, bien seáis llegado".

Es cosa que hasta el sentido  
me quita, que haya en Prudencia  
de entretener tanta ciencia,  
que traiga un hombre perdido.

Ya viene el tierno papel,  
ya las camisas de holanda,  
ya el lienzo con tanta randa  
o el nombre (1) bordado en él;  
ya las alcorzas de boca,  
ya las pastillas del fuego (2),  
con que tiene (3) a un hombre ciego  
y un alma (4) de amores loca.

Don Félix es la nobleza  
misma. Bien le tiene dados...

CELIA. Di, a ver.

GALINDO. Doce mil ducados  
sin pasar de la corteza.

CELIA. Cortezas hay donde escriben

[*Autógrafo, fol. 7.*]

los amantes cuanto quieren,  
que si por los centros mueren  
por los exteriores viven.

GALINDO. En mi vida, Celia, oí  
tan ingeniosa respuesta.

CELIA. En fin, doce mil le cuesta,  
¿y pide cien reales?

GALINDO. Sí.

CELIA. Yo aborrezco esa mujer,  
por más de treinta razones,  
mas llévale estos doblones  
que me trujeron ayer.

Y déjame el diamantillo,  
que por prenda de tu dueño  
queda más que por empeño;  
pero ésto no has de decillo.

GALINDO. ¡Plega (5) a Dios que vivas más  
que una suegra desabrida!

CELIA. No me des tan larga vida,  
ya que mala me la das.

(*Váyase GALINDO.*) (6)

(1) B: "Chilindro."

(2) B: "Marco Tabón."

(3) B: "Sofi."

(4) B: "ignorante".

(5) B añade: "quédense CELIA y GALINDO".

(6) B: "yo aborrezco".

(7) B: "gallar la".

(8) B: "tocarle".

(9) B: "deudo".

(1) B: "y el nombre".

(2) B: "Pastillas de fuego."

(3) B: "trac".

(4) B: "y una alma".

(5) B: "plegue".

(6) B añade en la acotación: ("quede CELIA y diga.")

Diamante del amante más perdido,  
y aunque perdido bien, mal empleado,  
de más astuta Circe enamorado,  
que dió veneno al corazón dormido.

Pequeño en cantidad habéis nacido,  
más de tan vivas luces adornado,  
que parecéis al niño Amor pintado,  
el fuego en las entrañas escondido.

[Autógrafo, fol. 7 v.]

Servid de pedernal, diamante duro,  
que siendo acero nuestras dos estrellas,  
yesca será mi corazón seguro;

que si es verdad que lo disponen ellas,  
ya vuestra (1) viva luz es fuego puro,  
y saltan en el alma las centellas.

(PRUDENCIA, con manto, INÉS y FLORENCIO.) (2)

FLOREN. Buen encuentro para acaso.

PRUDEN. ¿De suerte que, si no fuera  
acaso, ya no te viera? (3)

FLOREN. Fué acaso, y hallarte (4) al paso.

PRUDEN. Es paso muy peligroso.

FLOREN. Este pedazo de calle  
solía un hombre llamalle,  
por su encuentro "el paso honroso".

Es mar la calle mayor,  
y sus tiendas las sirenas  
que llaman, de engaños llenas,  
al galán que tiene amor.

Pasa acaso y topa aquí  
en estas tiendas su dama;  
él mira o ella le llama;  
ofrece lo que hay allí:

el apretador curioso,  
randas, cambray, medias, seda;  
luego, si empeñado queda,  
bien se llama "el paso honroso".

PRUDEN. Florencio, tu picardía,  
dejando aparte tu talle,  
en esta y en cualquier calle,

[Autógrafo, fol. 8.]

amarte (5) me obligaría.

Puede un gusto socarrón  
llevarme el alma tras sí.

FLOREN. ¿Luego intentas lance en mí  
sobre la misma lición?

No te diera en todo un año  
el aire de un abanillo;  
que intentes, me maravillo,  
engañar al mismo engaño.

Si quieres medias, acaso,  
por medio las tuyas corta (1);  
y si raso azul te importa,  
el cielo es azul y raso;

y si quieres terciopelo  
tres veces me afeitaré,  
y el terciopelo daré,  
que es lo más que yo me pelo.

Si quisieres guarnición,  
la desta espada es de prueba;  
si de pasamanos nueva,  
pásalas por un balcón.

Si quieres apretador,  
debe una deuda y verás  
que no ha de apretarte más  
el corrimiento mayor.

Si guantes de flores mil,  
vete al jardín que quisieres;  
y si primavera quieres,  
sal de hebrero y vete a abril.

Si ligas, que cuestan tanto

[Autógrafo, fol. 8 v.]

que la bolsa se desliga,  
lee el libro de la liga  
de la guerra de Lepanto.

Si espejo, puedes mirarte  
de una fuente en la quietud;  
si tocas, toca un laúd  
o déjame a mí tocarte;

pero pensar con tu ardid  
sacarme nada, Prudencia,  
es como hacer quintescencia  
de un pedernal de Madrid.

PRUDEN. ¿Que respondas dese modo?

¿Hay tan grande bellacón?

FLOREN. Ya sé yo tu condición (2),  
que es de enamorarle todo.

Y cuando tienes un hombre (3)  
muy lleno de necedad,  
ríeste de su verdad,  
y apenas sabes su nombre;

(1) B: "y a vuestra".

(2) B: ("Ídyanse y salgan en la calle Mayor DOÑA PRUDENCIA, y INÉS y FLORENCIO.")

(3) B: "yo no te viera".

(4) B: "acaso el hallarte".

(5) B: "a amarte".

(1) B: "las tuyas, por medio corta".

(2) B: "Ya yo sé tu condición."

(3) B: "tienes a un hombre".

dióte el cielo entendimiento  
inclinado a idolatría;  
demonio es la fantasía;  
que le adoren en su intento.

Circe se retrata en ti,  
porque a los que enamoraba  
en bestias los trasformaba,  
mas no lo dirás de mí.

PRUDEN. ¿Cuánto va que te enamoro?

FLOREN. ¿Cuánto va que no podrás,  
si por los hechizos vas

[Autógrafo, fol. 9.]

hasta el mismo Atlante moro?

PRUDEN. Ahora bien, cómprame aquí  
tan solamente una banda.

FLOREN. ¿La que de Tudescos anda  
con el rey, es buena?

PRUDEN. Sí.

FLOREN. Pues esa misma te doy.

¡Mira qué lindas colores!

PRUDEN. ¿Tú gastas conmigo flores?

FLOREN. ¿Pues no, si Florencio soy?

(DON FÉLIX Y GALINDO.) (1)

FÉLIX. Cincuenta doblones son  
los de la bolsa, Galindo.

GALINDO. Solos cien reales pedí.

FÉLIX. El liberal beneficio,  
siempre del límite (2) excede  
al que viene (3) a recibirlo.  
Tal de Alejandro se cuenta,  
que a quien le pidió en Corinto  
una merced muy pequeña,  
le dió una ciudad y dijo,  
porque el otro replicaba  
que aquel don era excesivo:  
"Yo te doy como Alejandro,  
si tú pides como Tírso."

GALINDO. Más propia fué siempre al hombre,  
como por ejemplos (4) vimos,  
esta virtud liberal,  
y de la mujer el vicio,  
de la codicia avarienta,  
y por eso tanto estimo

[Autógrafo, fol. 9 v.]

el ánimo generoso

de Celia.

FÉLIX. El haber nacido  
los hombres para ganar  
la hacienda con que servimos  
a las mujeres, cuidando  
del sustento y (1) del vestido,  
del gobierno de la casa  
y educación de los hijos,  
las hace tan miserables (2).

GALINDO. Bien dices, que siempre he visto  
con qué miseria se tratan  
si falta el hombre.

FÉLIX. Es lo mismo  
que la forma a la materia.

GALINDO. Luego, cereadas de niños,  
comen en mesillas bajas  
y otras cosas que no digo,  
con que a sus solas se pasan.

FÉLIX. ¿Tomó, en fin (3), el diamantillo?

GALINDO. Dijo que por prenda tuya (4),  
y yo soy mal adivino

si ella no te tiene amor.

FÉLIX. ¿A mí? ¿Por qué?

GALINDO. Porque quiso  
el cielo.

FÉLIX. Sola una vez  
los dos nos habemos visto.

GALINDO. ¡Ven acá! Si juegan dos,  
que eternamente los vimos,  
¿por qué más nos inclinamos  
al uno que al otro?

FÉLIX. Escrito  
dejaron ese secreto  
largamente los antiguos,

[Autógrafo, fol. 10.]

llamándole simpatía,  
que es un concierto divino  
de las conformes estrellas.

GALINDO. ¿No puede haber sucedido  
lo mismo de ti y de Celia?

¡Pluguiera a Dios que su primo  
no estuviera de por medio!

FÉLIX. ¿No es Florencio aquél, Galindo?

GALINDO. Y Prudencia la que está  
mirando los abanillos  
de aquella tienda con él.

(1) B: ("Salgan GALINDO y DON FÉLIX.")

(2) B: "de límite".

(3) B: "al que llega".

(4) B: "ejemplo".

(1) B: "del sustento del vestido".

(2) B: "las hace ser miserables".

(3) B: "al fin".

(4) B: "Tomóle por prenda tuya"

PRUDEN. Florencio, no seas prohojo,  
que no me tengo de ir  
sin que me des lo que pido.

FLOREN. Si yo soy bellaco y pobre  
y ha tanto tiempo que vivo  
entre estas tiendas, Prudencia,  
¿qué pides? (1) ¿Tienes juicio?  
¿Sabes tú cómo son? (2)

PRUDEN. ¿Cómo?

FLOREN. ¿No has visto en los frontispicios  
u torres (3) de las iglesias  
los tordos como racimos,  
y en tocando las campanas,  
espantarse del ruido  
los nuevos, y que los viejos  
se están quedos? Pues lo mismo  
pasa en la calle Mayor,  
donde verás que asistimos

[Autógrafo, fol. 10 v.]

los galanes socarrones  
y los moscateos lindos;  
las damas tocan aquí  
las campanas de sus picos;  
luego se alteran los nuevos  
y sale el dulce chillido  
de la plata, que a las tiendas  
va dando vuelos (4) y brincos;  
pero los tordos que al son  
tienen hechos los oídos,  
en la veleta se están  
más firmes que el edificio.

PRUDEN. No han de valerte esta vez,  
socarrón corporativo,  
las parolas (5) de la corte.

FLOREN. ¿Pues tú te cortas conmigo  
las uñas?

PRUDEN. Dame siquiera,  
mira si mi amor es limpio,  
sólo un rosario de cocos.

FLOREN. Aguárdame, te suplico,  
ensartaré en una cuerda,  
por servirme, cuatro o cinco  
coches de damas muy feas  
que vi en el Prado el domingo:  
serán rosario (6) de cocos.

PRUDEN. No me disgusta el asunto.  
FLOREN. Con ellas (1) podrás hacerlas,  
que todas (2) parecen rosas.

[Autógrafo, fol. 11 r.]

GALINDO. ¡Llega! ¿De qué estás temblando?

FÉLIX. Mucho, Florencio, te envidio  
la ocasión de ser galán.

FLOREN. Aquí tan poco lo he sido,  
que aun no le he dado un rosario  
ni unos guantes de polvillos (3).

PRUDEN. Donde vos estáis, don Félix,  
de ningún galán me sirvo.

FÉLIX. ¡Dichoso el que aquí merece  
ser de vos favorecido!  
Entrad en aquesa tienda  
y emplead deste bolsillo  
cien escudos que hay en él:  
y perdonadme os suplico,  
que hasta que me vengan cartas  
y algunos doblones indios  
no pueda ser más galán.

PRUDEN. Porque veáis que os estimo,  
accto el ofrecimiento.  
Venga Galindo conmigo,  
porque vea lo que compro  
y porque os vuelva el bolsillo

[Váyase.] (4)

INÉS. ¿Y a mí no ha de darme nada (5),  
señor Galindo?

GALINDO. No siso  
estos días, que hay vacante (6);  
pero pues a dar me obligo,  
camine y daré al diablo.

INÉS. Está visasté mohino.

[Autógrafo, fol. 11 v.]

GALINDO. Yo me entiendo, aunque mi amo  
no se entiende.

[Váyase.] (7)

FLOREN. ¿Hay desatino  
como el que has hecho, don Félix?  
¿Hoy apenas has comido,  
y cien escudos arrojas

(1) B: "¿qué me pides?"  
(2) B: "¿sabes cómo somos?"  
(3) B: "o torres".  
(4) B: "vuelcos".  
(5) B: "los parolas".  
(6) B: "rosarios".

(1) B: "con ellos".  
(2) B: "pues todas".  
(3) B: "polvillos".  
(4) B: ("I asc.")  
(5) B: "¿Y él a mí no me da nada?"  
(6) B: "banquete".  
(7) En el ms. original falta esta acotación.



al mar de tus desvaríos? (1).  
 ¿Cien escudos, cuando yo  
 con un doblón he partido  
 la vergüenza entre los dos,  
 de enviallo y recibillo? (2).  
 ¿Adónde los has hallado?  
 ¿No te afrentas de ti mismo,  
 y que una mujer te diga:  
 "Porque veáis que os estimo,  
 aceto el ofrecimiento.  
 Venga Galindo conmigo,  
 porque vea lo que compro  
 y porque os vuelva el bolsillo"?  
 ¿Estás en ti?

FÉLIX. ¿Cuándo más?

¿Pues es, Florencio, delito  
 dar cien escudos a quien  
 he dado cuanto he tenido?  
 Ya de las Indias espero,  
 y que vienen imagino,  
 diez mil pesos ensayados,  
 que para volverme pido  
 a mi padre.

FLOREN. ¡Qué mal tienes  
 ensayados tus sentidos! (3)  
 Lástima, por Dios, te tengo,

[Autógrafo, fol. 12.]

y de ver estoy corrido,  
 que sin tocar una mano (4),  
 como Galindo me ha dicho,  
 las tuyas tan francas tengas.  
 Bien sé que a tu pecho altivo,  
 cien escudos son cien blancas;  
 pero en tiempos (5) que pedillos  
 cuesta tanto ¿es justo dallos?

FÉLIX. Conozco que voy perdido;  
 pero hame dado veneno  
 este dulce basilisco.

FLOREN. Todos los que amáis decís  
 luego que (6) os han dado hechizos,  
 porque con esta disculpa (7)  
 doráis yerros infinitos.  
 Desde la calle Mayor

hasta la tuya, he querido  
 hablarte con libertad.

FÉLIX. Yo estoy en un laberinto  
 donde los hilos se quiebran  
 porque, en efecto, son hilos.  
 Si hay espital de incurables  
 de amor, Florencio, yo asisto  
 a camas cinco, en que estan  
 sin remedio mis sentidos.  
 Pruebo a olvidar y no puedo,  
 porque cuando más porfío,  
 en memorias de diamante  
 rompo remedios de vidrio.

[Autógrafo, fol. 12 v.]

¿Qué haré?

FLOREN. Volverte a las Indias,  
 pues como obediente hijo  
 has gastado con Prudencia  
 tu dinero.

FÉLIX. Si mil siglos  
 vivo, no pienso volver.

(Un ALGUACIL y un ESCRIBANO, y OCTAVIO, mercader.) (1)

Otavio. Aquél es.  
 ALGUACIL. Del mismo estilo  
 que lo dice el mandamiento.  
 Le (2) veréis obedecido.

Otavio. Pues para que no me vea,  
 a esta esquina me retiro.

(Éyase.)

ALGUACIL.

Vuestra merced, señor don Félix, venga  
 preso conmigo.

FÉLIX.

¿Yo? ¿Por qué?

ALGUACIL.

¿De Otavio  
 no se acuerda ya?

FÉLIX.

Término tenga,  
 si él no, la ejecución; que es grande agravio.

ALGUACIL.

Mientras que de fiador no se prevenga,

(1) B: "desatinos".

(2) B: "de enviarlo y recibirlo".

(3) B: "los sentidos".

(4) B: "que sin tocarle una mano".

(5) B: "tiempo".

(6) B: "siempre que".

(7) B: "estas disculpas".

(1) B: ("Salgan OCTAVIO, mercader; un ALGUACIL y ESCRIBANO.")

(2) B: "lo".

no hay que tratar (1).

FLORENCIO

Vos sois prudente y sabio,  
que don Félix no tiene aquí raíces,  
ni aun ramas pienso yo.

FÉLIX.

Ni hojas (2).

FLORENCIO.

Bien dices.

ESCRIBANO (3).

Las hojas bastarán de la escritura.

FLORENCIO.

Queréisme por fiador?

ESCRIBANO (3).

Sois muy bastante;  
pero en quien tiene padres ¿qué asegura?

FLORENCIO.

¡En buen día desdicha semejante!

FÉLIX.

Vamos; que en otra cárcel más oscura  
tengo el alma con grillos de diamante.

(En alto, CELIA.) 4

CELIA.

¡Ah, caballero, escuche!

ALGUACIL.

¿Quién me llama?

ESCRIBANO.

Desde esas rejas una hermosa dama.

CELIA.

¿Por qué le llevan a don Félix preso?

ALGUACIL.

Por una deuda.

CELIA.

¿No es por otra cosa?

[Autógrafo, fol. 13.]

ALGUACIL

Es de tres mil reales.

CELIA.

¡Gran suceso!

¿Así tratáis la sangre generosa?

ALGUACIL.

Que me pesa en los ojos os confieso.

CELIA.

Dejalde libre.

ALGUACIL.

Puesto, dama hermosa,  
que os debo (1) obedecer, la parte aguarda.

CELIA.

Pues si lo pago yo, ¿qué os acobarda?

ALGUACIL.

¿Cuándo?

CELIA.

Luego.

ALGUACIL.

Yo entro.

FÉLIX.

¿Qué es aquesto?

(I'áyanse el ALGUACIL y ESCRIBANO.) (2)

FLORENCIO.

Que Celia, como ves, quiere pagallos (3).

¡Piadosa acción!

FÉLIX.

No sé qué sienta desto (4).

FLORENCIO.

Yo sí, pues sé que te parece en dallos (5).

FÉLIX.

Conozco bien lo que te debo en esto.

FLORENCIO.

Aun bien, que no podrás sacrificarlos (6)  
a Prudencia, cual sueles.

FÉLIX.

Un secreto

quiero decirte.

(1) B: "que os quiera".

(2) Falta esta acotación en A.

(3) B: "pagarlos".

(4) B: "FÉL. Piadosa acción; no sé qué sienta desto."

(5) B: "darlos".

(6) B: "sacrificarlos".

(1) B: "no hay remedio".  
(2) B: "FÉL. Ni en ramas, pienso yo.—FL. Ni hojas. F. Bien dices."

(3) B: "ALGUACIL."

(4) ("Salga CELIA a la ventana.")

FLORENCIO.

No serás discreto.

FÉLIX.

Hoy le envié a pedir solos cien reales sobre un diamante vil, y con Galindo los cien escudos me envió cabales, que al loco gusto de Prudencia rindo.

FLORENCIO.

¿Sabe que tú la quieres?

FÉLIX.

Con señales de celos: no por ser galán y lindo, a la traza de algunos marquesotes más tiesos y emplumados que viroles; mas porque muchas veces las mujeres quieren bien a quien quiere (1) en otra parte.

FLORENCIO.

Envidia natural. ¡Dichoso eres!

(GALINDO.) (2)

GALINDO.

Las nuevas y el bolsillo vengo a darte.

FÉLIX.

¿Qué compró?

GALINDO.

Dos papeles de alfileres, con que, por dicha, quieren hechizarte,

[Autógrafo, fol. 13 v.]

pues ya tendrán su corazón de cera (3).

FLORENCIO.

Harto más blando (4) el de don Félix fuera.

FÉLIX (5).

Ya llevan los ministros el dinero.

GALINDO.

¿Qué dinero, señor?

FÉLIX.

Tres mil reales que Otavio me prestó, cobrador fiero.

GALINDO.

¿Y quién los paga?

FÉLIX.

Celia.

GALINDO.

¿Hay más señales de una piadosa voluntad? ¿Qué espero que no beso mil veces los umbrales desta puerta (1) en que pone sus chapines?

FÉLIX.

¿Principios son de amor temer los fines? (2)

(Entre LISENO.) (3)

LISENO.

Ya me cuesta mil pasos el buscaros (4), a esta calle otras tantas he venido (5).

FÉLIX.

Liseno amigo, en esos brazos caros premio al amor, perdón al error pido.

LISENO.

Una carta de Lima vengo a daros.

FÉLIX.

¿Carta de Lima? Perderé el sentido. ¡Gran ventura, Galindo!

GALINDO.

Tal se estima, que no es posible ya comer sin lima.

LISENO.

Tengo que hacer. Despacio abrid el pliego: dos o tres cartas son.

FÉLIX.

Id en buen hora,

(*Asc.*) (6)

que a besaros las manos iré luego.

¿Qué dirás desta tú, Florencio, agora? (7).

FLORENCIO.

Que gastes loco y que te pierdas ciego;

(1) B: "tierra".

(2) B, sin indicar que es Félix el que habla, "principio".

(3) B: ("*Salga LISENO con unas cartas.*")

(4) B: "hallaros".

(5) B: "a esta calle mil veces he venido".

(6) Falta en A esta acotación.

(7) B: "¿Qué dices desto tú, Florencio, aora?"

(1) B: "estiman a quien quiere".

(2) "Sale Galindo."

(3) B: "con que por dicha quiere enhechizarte pues ya tendrá su corazón de cera".

(4) B: "blando".

(5) Falta en B la indicación de persona que habla.

mas que para pagar a esta señora guardes siquiera cuatro mil reales.

FÉLIX.

Los diez mil pesos le daré cabales.

GALINDO.

Permíteme, señor, antes que leas, besar aquesas cartas y, besadas,

[Autógrafo, fol. 11.]

los ojos encajar en sus obleas:  
¿cómo güelen (1), por Dios, a mareadas.

FÉLIX.

Mejor güelen al oro que desees.

GALINDO.

Salto, bailo, relincho, doy giradas,  
floreas pido, y con las manos solas,  
por no haber (2) piernas, hago cabriolas.

FÉLIX.

No hay firma de mi padre; aquí mi her-  
me escribe. [mana (3)]

FLORENCIO.

¿Pues dice? (4)

FÉLIX.

Desta suerte.

(Lea.) (5)

*"Como sujeta nuestra vida humana,  
nace, hermano don Félix, a la muerte,  
nuestro padre murió."*

GALINDO.

¡Malo!

FÉLIX.

¡Cuán vana (6)

fué mi esperanza!

FLORENCIO.

En polvo se convierte.

(Lea.) (7)

*"Deja la pretensión, que tu presencia*

*importa mucho más, y ten prudencia."*

¡Y cómo si la tengo en este pecho!  
¡Pluguiera a Dios que no tuviera tanta!

FLORENCIO.

Félix, suspende el llanto sin provecho  
y a la partida el ánimo levanta.  
Dineros hallarás.

FÉLIX.

Antes sospecho.

que he de morir al levantar la planta.  
¿Yo mar? ¿Yo Lima? ¿Pues qué mar y Lima  
mayor que el que me anega y me lastima?  
¡Miserio vo, que con haber perdido  
tal padre (1), perderé también mi hacienda!

FLORENCIO.

¡Bravo veneno han dado a tu sentido!

FÉLIX.

Ansí me precipita amor sin rienda.

FLORENCIO.

¿Quieres que yo, de tu amistad vencido,

[Autógrafo, fol. 14 v.]

con tus poderes remediar pretenda  
este suceso tuyo, y pase a Lima?

FÉLIX.

¿Hay tan grande lealtad?

FLORENCIO.

Amor me anima.

FÉLIX.

¿Que pasarás el mar? (2).

FLORENCIO.

Y treinta mares.

FÉLIX.

Pues yo te quiero dar amplios poderes,  
para cobrar mi hacienda.

FLORENCIO.

No repares  
en lo que he de dejar; mi amigo eres.

FÉLIX.

En oro has de traer cuanto cobrares

FLORENCIO.

En plata bastará, si darlo quieres,  
pues ha de hacer más bulto y más ruido.

(1) B: "mis padres".

(2) B: "la mar".

(1) B: "huelen".

(2) B: "hacer".

(3) B: "No hay carta de mi padre aquí, mi her-  
mana."

(4) B: "¿Cómo dice?"

(5) B: ("Lee DON FÉLIX.")

(6) B: "vano".

(7) B: ("Lee DON FÉLIX.")



FÉLIX.

Cuándo te partirás?

FLORENCIO.

Ya estoy partido.

Trátame bien, don Félix, en ausencia  
esta mitad del alma que te he dado.

FÉLIX.

¿Con qué dinero irás?

FLORENCIO.

Píde a Prudencia  
que te le dé, pues es razón, prestado.

FÉLIX.

A Celia es más seguro.

FLORENCIO.

La licencia  
de mis padres me aflige.

FÉLIX.

A mí el cuidado  
de perderte, Florencio de mis ojos.

FLORENCIO.

Y a mí el dejarte a padecer enojos.

FÉLIX.

En llegando a Sevilla, mi Florencio,  
que me escribas muy largo te suplico.

FLORENCIO.

En partidas de amor habla el silencio,  
mejor con él al alma signífico (1).

DON FÉLIX.

¡A qué muerte tan larga me sentencio!

FLORENCIO.

En ocho meses vuelvo a hacerte rico.

DON FÉLIX.

¿Qué te apartó de mí?

FLORENCIO.

No me (2) detengas.

DON FÉLIX.

Pero es mejor, porque más presto vengas.

[Autógrafo, fol. 15.]

(Entren DON ALONSO, CELIA, LISARDO.) (3)

ALONSO. Digo que los vi salir,

(1) B: "con él el alma signífico".

(2) B: "te".

(3) B: ("Llévanse todos y salgan CELIA, ELENA,  
DON ALONSO y LISARDO.")

y todo me lo han contado.

CELIA. Es verdad que lo he pagado.

ALONSO. ¿Pues cómo podré sufrir,  
Celia, tan grande insolencia?  
¿Tú pagas tres mil reales  
por tu gusto? (1).CELIA. A tiempo sales  
con tan baja impertinencia,  
que pienso que has de obligarme  
a decirte mil locuras.ALONSO. ¡Harto bien, prima, procura,  
discreta, desenojarme! (2)CELIA. Gastas mi hacienda muy loco  
con quien sabes, pues es parte  
a que no quieras casarte  
y que me tengas en poco;  
¿y reparas en que yo  
le dé a un pobre caballero  
tres mil reales?ALONSO. No quiero  
que tú los des.

CELIA. ¿Por qué no?

ALONSO. Porque tú no has de mandar  
en esta hacienda.

CELIA. ¿Pues quién?

ALONSO. Yo solamente.

CELIA. ¡Harto bien!

LISARDO. Si yo me atreviera a hablar,  
procurara moderaros.CELIA. No hay que moderar aquí;  
porque a heridas contra mí,  
no quiero ajenos reparos.

[Autógrafo, fol. 15 v.]

Si don Alonso camina  
a casarse con Prudencia,  
y por no pedir licencia  
el matarme determina (3),  
saque la espada, que ya  
no podrá darme veneno.  
¡Vive Dios que estoy ajeno  
de tal maldad!

ALONSO.

LISARDO. Claro está.

Esto es enojo, señor.

ALONSO. Nunca hablara en el dinero.

CELIA. Ya sé que esperas.

ALONSO. ¿Qué espero?

CELIA. Que, viendo tanto rigor,

(1) B: "por un hombre".

(2) B: "desenojarte".

(3) B: "darme muerte determina".

pierda mi hacienda y te diga  
que ya no quiero (1) casarme.  
ALONSO. Mucho quieres obligarme.  
CELIA. Antes mi amor no te obliga.  
ALONSO. Pues hagamos una cosa.  
CELIA. Si es dejarnos de casar,  
no podemos aceptar  
ninguna más provechosa (2).  
ALONSO. ¿Tanto, señora, te enfado?  
CELIA. Eres muy soldado, primo,  
y aunque soldados estimo,  
te quisiera más quebrado.  
ALONSO. No puedo ya ser entero,  
pues me quieres dividir:  
pero podremos partir  
esta hacienda.  
CELIA. ¿Quieres?  
ALONSO. Quiero (3).

[Autógrafo, fol. 10.]

CELIA. (4) Pues sea con bendición  
y hagamos una escritura,  
con que yo quede segura  
y tú, desta partición (5).  
LISARDO. ¿Es posible que intentáis  
tan extraño desatino?  
ALONSO. Que nos importa imagino.  
LISARDO. Mejor es que en paz viváis.  
¿Qué le toca a cada uno?  
ALONSO. Más de quince mil ducados.  
LISARDO. Treinta mil tendréis casados (6).  
CELIA. Penas, sin gusto ninguno.  
ALONSO. Ahora bien, aquesto es hecho;  
voy a buscar (7) un letrado.  
CELIA. Nunca otro gusto me has dado.  
esa prudente señora.  
Y hágate muy buen provecho  
¿Pues tú pones falta en ella?  
CELIA. Antes pretendo querella  
y servilla desde agora (8);  
llévale (9) esta sortija,

no la de aqueste diamante;  
que aunque es pequeño (1), es gigante.  
ALONSO. No hay cosa que no rija, [te].  
Lisardo, por interés.  
¿Barato también me das?  
Quiero tomalle.  
CELIA. Y podrás  
besalla (2) por mí los pies.  
[Autógrafo, fol. 16.]  
ALONSO. A lo menos le diré  
que a la sortija he jugado  
y aqueste premio ganado.  
CELIA. Si es sortija, escucha.  
ALONSO. ¿Qué?  
CELIA. Lleva letra.  
ALONSO. ¿De qué modo?  
CELIA. Suerte me dió libertad;  
sortija es suerte.  
ALONSO. Es verdad.  
CELIA. Pues ésa lo puede todo.

(Váyanse los dos. Entre GALINDO.) (3)

GALINDO. Aguardando (4) a que se fuese,  
mediante puerta, encubierto,  
sospecho que me he comido.  
CELIA. ¿Tapices comes?  
GALINDO. Si tengo  
tal hambre, ¿de qué te espantas?  
Demás que fué dicha el serlo  
de verduras, y comí  
por donde estaba un conejo.  
CELIA. ¿No te di ciertos doblones?  
GALINDO. Con la prudencia se fueron,  
que se gastan los demás,  
que es muy prudente mi dueño.  
CELIA. ¿Luego ya se los pescó?  
GALINDO. Mayor mal, peor suceso  
tenemos agora (5).  
CELIA. ¿Cómo?  
GALINDO. Cuando esperaba contento  
don Félix con estas cartas,  
no menos que diez mil pesos (6),  
por pesos vienen pesares.

(1) B: "no puedo".

(2) B: "tan provechosa".

(3) Alon. ...esta hacienda. ¿Quieres?  
Cel. Quiero."

(4) B: "Alonso."

(5) B: "con que tú quedas segura  
y yo, desta partición".

(6) B: "dobladros".

(7) B: "llamar".

(8) B: "aora".

(9) B: "y llevarle".

(1) B: "que aunque pequeño".

(2). B: "besarle".

(3) B: ("Vanse DON ALONSO y LISARDO; quedan  
CELIA y ELENA y sale GALINDO.")

(4) B: "Esperando."

(5) B: "aora".

(6) B: "Tres mil pesos."

[Autógrafo, fol. 17.]

CELIA. ¿Pesares?  
 GALINDO. Su padre es muerto.  
 CELIA. ¡Gran lástima!  
 GALINDO. No era mucha (1)  
 a tener acá el dinero.  
 CELIA. ¿Luego iráse tu señor?  
 GALINDO. Antes despacha a Florencio  
 con poderes para todo.  
 CELIA. Por las muelas darte quiero (2)  
 un vestido.  
 GALINDO. Mejor fuera  
 que le dieras a mi dueño:  
 que yo comoquiera paso.  
 CELIA. ¿Pues no le tiene?  
 GALINDO. Está hecho  
 un túnulo de bayeta (3).  
 CELIA. Pues, como tengas silencio,  
 yo le enviaré que se vista.  
 GALINDO. Callaré como un discreto.  
 CELIA. Bien dices, que es hablar mucho  
 ejecutoria de necios.  
 GALINDO. Mas, ¿cómo ha de ir a las Indias (4)  
 Florencio, sin plus de argento?  
 CELIA. ¿No irá con seis mil reales?  
 GALINDO. Y aun con cinco, y aun con me-  
 CELIA. Elena, dale a Galindo, [nos (5).  
 mientras el dinero cuento,  
 de merendar hasta el tope.  
 (¡Áyase CELIA.) (6)  
 GALINDO. Tope un ángel con tu cuerpo  
 y tu alma de aquí un siglo  
 tope con el mismo cielo,  
 y no topes en tu vida  
 hablador ni lisonjero.  
 ni hombre a quien le debas nada,  
 ni topes de noche a tiento (7)  
 con la espinilla en un cofre.  
 ELENA. Entra a merendar.  
 GALINDO. Ya entro,  
 que también tú para mí,  
 Elena, sin ser yo griego.

- (1) B: "¡Grande mal!—GA. No era muy grande."  
 (2) "En albricias darte quiero."  
 (3) Estos dos versos faltan en B.  
 (4) B: "La de ir a Indias".  
 (5) En B dice: "y aun con ciento y aun con me-  
 ras": en A parece leerse: "y con cito" o "y comito  
 y aun con menos".  
 (6) B: ("¡Áyase.")  
 (7) B: "de noche tiento".

eres un diamante al tope.  
 ¿Qué me has de dar?  
 ELENA. Poco y bueno:  
 pernil, empanada (1)...  
 GALINDO. ¡Lindo!  
 ELENA. ...accitunas, cardo y queso.  
 GALINDO. ¡Famoso! ¿Y lo colativo?  
 ELENA. De Esquivias.  
 GALINDO. ¡Andallo!  
 ELENA. ¡Entremos!  
 ¿Pero cómo este tu amo  
 no tiene agradecimiento?  
 GALINDO. Calla, Elena, que jamás  
 perdió el fruto, a lo que pienso (2),  
 el que siembra en buena tierra.  
 ELENA. Sois hombres; ninguno creo.

L. D. et M. V. (3)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

## TERCERO ACTO

DEL "SEMBRAR EN BUENA TIERRA" (4).

(Entren DON FÉLIX y GALINDO.) (5).

FÉLIX. Con esta resolución,  
 a Prudencia vengo a hablar.  
 GALINDO. ¿Qué, en fin (6), te quieres casar?  
 FÉLIX. Celos u desdichas (7) son,  
 que ya no los diferencio:  
 tal mi sentimiento está.  
 GALINDO. ¿No aguardarás, pues que ya  
 no puede tardar Florencio,  
 a saber qué hacienda tienes?  
 FÉLIX. Qué se yo si ha de volver  
 con esta flota, o poner

- (1) B: "empanadas".  
 (2) B: "entiendo".  
 (3) "Laus Deo et Mariae Virgini."  
 (4) Reparto de este acto:

"HABLAN EN EL 3.º ACTO:

|                 |                   |
|-----------------|-------------------|
| GALINDO.        | INÉS.             |
| DON FÉLIX.      | FLORENCIO.        |
| DON ALONSO.     | BENITO.           |
| LISARDO.        | PEDRO.            |
| DOÑA PRUDENCIA. | GONZALO.          |
| ELENA.          | ANTONIO.          |
| DOÑA ANA.       | RISELO, criados." |
| CELIA.          |                   |

- (5) B: ("Salgan GALINDO y DON FÉLIX.")  
 (6) B: "En fin."  
 (7) B: "celos o desdichas".

en contingencia mis bienes?  
 GALINDO. Yo sé que viene con ella  
 de cierta mujer honrada.  
 FÉLIX. Si son suertes, todo es nada;  
 no pongas crédito en ella,  
 que te darán el castigo  
 que merecen sus engaños...  
 GALINDO. Yo he visto los desengaños (1)  
 y sus enredos (2) maldigo.  
 [Autógrafo, fol. 1 v.]  
 ¡Quien las ve poner las habas,  
 el pan, dinero y carbón...!  
 FÉLIX. Tretas (3) del demonio son,  
 a quien sirven como esclavas.  
 Mas dejando sus locuras,  
 y venga cuando viniere  
 Florencio, hoy el amor quiere  
 tender las alas seguras,  
 volando por el estado  
 del matrimonio.  
 GALINDO. Es esfera  
 donde descansa.  
 (PRUDENCIA y INÉS.) (4)  
 PRUDEN. Aquí espera.  
 INÉS. Ya vas el color quebrado.  
 PRUDEN. Quiere don Félix hablarme,  
 y pienso que es desafío.  
 FÉLIX. Nunca supo el amor mío,  
 Prudencia, más que matarme.  
 A quien yo desafiara  
 fuera a tu injusto desdén,  
 y matérame tan bien (5),  
 que mi amor no le matara.  
 Dos años que te he servido,  
 quieren hoy su galardón (6),  
 y volver por (7) la opinión,  
 que en escucharme (8) has perdido.  
 Resuélvete a ser tan mía  
 como mi fe (9) te merece,  
 [Autógrafo, fol. 2.]  
 pues quien el alma te ofrece,

(1) B: "sus desengaños".  
 (2) B: "errores".  
 (3) B: "Trazas".  
 (4) B: ("Doña PRUDENCIA y INÉS salgan.")  
 (5) B: "también".  
 (6) B: "hoy quieren el galardón".  
 (7) B: "volviendo por".  
 (8) B: "en quererte yo".  
 (9) B: "como mi amor".

claro está, que se desvía  
 de todo humano interés.  
 PRUDEN. Don Félix, que yo ganara  
 tanto honor, cosa es tan clara  
 que menos el sol lo es:  
 Pero mi hacienda es muy poca,  
 y tú muy gran caballero,  
 tan liberal, que el dinero  
 no para en ti, si no toca.  
 Para tus obligaciones  
 y las de mi casa honrada,  
 toda mi hacendilla es nada,  
 si en otro estado la pones.  
 Está cierto que te estimo (1),  
 que te adoro y que te quiero;  
 pero aqueste caballero,  
 este don Alonso, primo  
 de Celia, a quien tú conoces,  
 desde que vino de Flandes,  
 con diligencias tan grandes  
 que a los dos nos cuestan voces,  
 intenta mi casamiento,  
 y la palabra le he dado,  
 y para tomar estado,  
 es menester fundamento.  
 Celia y él han dividido  
 [Autógrafo, fol. 2 v.]  
 treinta mil ducados ya;  
 pues con quince, claro está  
 que es bueno para marido (2).  
 Tú, Félix, para mi gusto  
 fueras cuanto puede ser;  
 pero yo no soy mujer  
 que he de hacer lo que no es justo.  
 Tú estás en grande pobreza (3),  
 mal puedo yo remediarte;  
 porque en lo que es (4) estimarte  
 por tu talle (5), tu nobleza  
 y entendimiento, a ninguna  
 daré en el mundo ventaja.  
 FÉLIX. Por ti he llegado (6) a tan baja,  
 vil y desigual fortuna;  
 por ti a perder de quien soy:  
 por ti, Prudencia, sin ella.

(1) B: "Imagina que te estimo."  
 (2) Falta en B esta redondilla.  
 (3) B: "con grande pobreza".  
 (4) B: "porque lo que es".  
 (5) B: "por tu sangre".  
 (6) B: "venido".



a estado que (1) me atropella  
tu desprecio; pero doy  
gracias a tu libertad;  
que con este desengaño,  
daré (2) remedio a mi daño  
y fin a mi necesidad.

Lo padecido por ti  
está muy bien empleado,  
más por haber (3) enseñado  
a tomar ejemplo en mí (4),

[Autógrafo, fol. 3.]

que porque ha de dar vitoria  
a tu ingenio y hermosura;  
pues culparán mi locura  
los que supieren mi historia.

Limpiamente he servido,  
con gran respeto y cuidado;  
ser por pobre desechado (5)  
a muchos ha sucedido

hartos mejores que yo.  
Goza dese caballero;  
gran señor es el dinero;  
dile: "Sí", y al amor: "No".

Que si esta noche llegara  
de las Indias un amigo,  
privando interés contigo,  
él perdiera y yo ganara.

PRUDEN. Las haciendas, en la muerte,  
padece diminución;  
las Indias muy lejos son (6).  
Y cuando con buena suerte  
venga Florencio de allá,  
no te han de faltar a ti  
casamientos.

FÉLIX. Es así.

En fin, tú lo quedas ya.

PRUDEN. Don Alonso, mi señor,  
es dueño de aquesta casa.

[Autógrafo, fol. 3 v.]

FÉLIX. Ninguna desdicha pasa  
como el desprecio, el amor.

Que si en los celos es necio,  
en la ausencia desdichado  
y en el olvido engañado,

todo lo tiene el desprecio.

Hoy, por el último día,  
esta sortija te doy:  
porque veas que no estoy  
tan pobre como solía.

No quiero sacar de aquí  
más que el alma.

PRUDEN. Ya no es justo  
que la tome.

FÉLIX. Hazme este gusto.

PRUDEN. ¿Por qué razón?

FÉLIX. ¡Oye!

PRUDEN. Di.

FÉLIX. Cuando sacan un demonio  
siempre le piden señal;  
mi amor lo ha sido, y por tal,  
deja aqueste testimonio (1).

¡Maldiga el cielo mis pies,  
si aquí otra vez se pusieren,  
y mis ojos si te vieren!

PRUDEN. No lo cumplirán (2) después.

FÉLIX. No, Prudencia; pues mi injuria  
bien puede haberte enseñado  
que no hay amor despreciado  
que no se convierta en furia.

[Váyase DON FÉLIX.] (3)

[Autógrafo, fol. 4.]

INÉS. ¿Qué habéis tratado (4) los dos  
que desta suerte se va?

PRUDEN. Lástima Félix me da,  
que le quiero bien, por Dios,  
y lo merece su estilo;  
pero con tanta pobreza,  
no hay talle (5), amor ni nobleza.

(DON ALONSO y LISARDO.) (6)

ALONSO. Esto responde Teófilo.

LISARDO. ¿Aquí está Prudencia?

PRUDEN. Aquí,  
quien tanto te (7) estima, está.

ALONSO. No puedo, Prudencia, ya (8)  
cumplir lo que prometí.

PRUDEN. ¿Qué dices? (9)

(1) B: "nile aqueste testimonio".

(2) B: "cumplirá".

(3) B: ("Váyase DON FÉLIX y GALINDO.")

(4) B: "hablado".

(5) B: "ni hay suero".

(6) ("Salgan LISARDO y DON ALONSO.")

(7) B: "tanto os".

(8) B: "No tiene remedio ya."

(9) B: "¿De qué suerte?"

(1) B: "a tiempo que".

(2) B: "pondré".

(3) B: "liberare".

(4) B: "en ti".

(5) B: "despreciado".

(6) B: "muy lejos las Indias son".

ALONSO.

Habrá ocho meses

que una escritura juramos  
yo y Celia, y determinamos (1)  
por pendencies e intereses,  
que partiendo nuestra hacienda,  
cada uno se casase  
donde quisiese, y buscase  
más a su gusto su prenda.

Ahora, no sé por dónde,  
el testamento mirado  
de quien lo tiene (2) en cuidado,  
para ver si corresponde

la ejecución a lo escrito,  
hallan que está defraudado  
y que no le vió (3) el letrado,

[Autógrafo, fol. 4 v.]

a quien la culpa remito.

Y cierta ley explicaban  
para declararlo todo  
con otra ley, que, a su modo,  
Severina la llamaban (4).

Su padre, a la tal, dejó  
su hacienda; si se casase  
con tal hombre, o si faltase (5),  
que la perdiese. El murió,

y preguntado (6), Prudencia,  
el jurisconsulto advierte  
que no la pierde en su muerte,  
y le adjudica (7) la herencia.

Pero este caso presente  
es diferente, y así,  
yo por ella, ella por mí,  
la perdemos claramente.

Piden, pues, las obras pías  
estos treinta mil ducados;  
yo, siguiendo a los letrados,  
dejo necias fantasías,

y me pretendo casar  
para no perder mi hacienda,  
pues cuando Celia no emprenda  
lo mismo le han de quitar

la suya y dárme la a mí:  
porque dice el testador

[Autógrafo, fol. 5.]

que se me dé de rigor (1)  
si no faltare por mí.

PRUDEN. ¿Hay tan graciosa venida,  
ni deshcho casamiento  
con tan peregrino cuento?

ALONSO. Yo he de pasar mala vida;  
¿pero qué tengo de hacer?  
¿tengo de quedar perdido?

PRUDEN. ¿Cuando el ser tú mi marido  
doy a todos a entender,

me vienes muy majadero  
a decir que has de casarte  
con Celia, porque la parte  
no pierdas de su dinero? (2)

¿Y me cuentas que el letrado  
trujo (3) la ley Severina,  
que este caso determina  
por lo contrario (4) mirado?

¿Y luego también me cuentas  
lo que dijo el testador,  
con que con todo rigor  
a cumplillo te presentas?

¿Hay tal gracia? ¿Hay tal entra-  
¿Pues qué tengo yo que ver [da?  
con el testador, si ayer  
contigo estaba casada

y hoy me vienes a decir  
que tu interés determina  
lo que la ley Severina

[Autógrafo, fol. 5 v.]

quiere enseñarte a mentir? (5)

A la fe que te agradó  
Celia, que te puso el lazo (6)  
con algún azul puñazo  
que hasta los codos sacó.

Y arrepentido de mí  
vuelves (7) a que amor te imprima  
los treinta mil de la prima,  
cuando yo pierdo por ti  
un marido, un caballero,  
que no puedes descalzalle  
ni en la sangre ni en el talle (8).

(1) B: "y nos concertamos".

(2) B: "le tiene".

(3) B: "lo vió".

(4) B: "llamaba".

(5) B: "con tal hombre y si él faltase".

(6) B: "y consutado".

(7) B: "adjudicar".

(1) B: "que se me debe en rigor".

(2) B: "tu dinero".

(3) B: "trajo".

(4) B: "el contrario".

(5) B: "fingir".

(6) B: "al lazo".

(7) B: "vienes".

(8) B: "ni el talle".

Pues queda para grosero,  
que no pienso, aunque a mi amor  
tan mal galardón le das,  
volvete a escuchar jamás  
lo que dice el testador (1).

(*Váyase.*) (2)

LISARDO. Bravamente se ha enojado.

ALONSO. Eso yo me lo sabía;  
pero sobre hacienda mía  
no quiero pleito cansado.

Celia es hermosa y mi prima;  
lo que el pleito ha de comer  
comeré con mi mujer,  
si, como pienso, me estima.

La información en derecho,  
con mil leyes importuna,  
se remita a la tribuna  
y a un sacristán de buen pecho.

[*Autógrafo, fol. 6.*]

Vamos a verla.

LISARDO. Por Díos,  
que andas cuerdo y muy honrado.

ALONSO. Del cielo estaba ordenado  
que nos casemos los dos.

(CELIA y DON FÉLIX.) (3)

FÉLIX. Si venido, Celia, hubiera  
Florencio, mi grande amigo,  
hoy me casara contigo,  
o la razón se atreviera:  
que tantas obligaciones  
y tan piadosos oficios,  
tan notables beneficios  
y en tan grandes ocasiones (4)  
como vas sembrando en mí,  
que no seré tierra ingrata;  
amor con el alma trata,  
que se te paguen así.

CELIA. ¿Yo para qué he menester  
que Florencio haya venido,  
ni sé si hacienda has tenido,  
ni sé si la has de tener?

Hay ricos, cuya opinión  
se acaba en la sepultura;  
la hacienda en ti más segura

es tu talle y discreción.

Si yo en algo te he servido,  
bien sabes que no he pensado  
en las Indias que has dejado,  
sino en estas que has traído.

[*Autógrafo, fol. 6 v.*]

Esta riqueza me agrada,  
en ella mi gusto fundo,  
porque no hay oro en el mundo  
como un alma bien templada.

Tengo quince mil ducados,  
y a ser todos treinta mil  
a tus pies por cosa vil  
los ofreciera arrojados (1).

Las que casan sin su gusto (2),  
es no llegar a saber  
a qué duele (3) amanecer  
al lado de su disgusto.

Más precio yo ver al mío  
darme el (4) sol los buenos días,  
que cuantas mercaderías  
pasan de Sevilla el río  
y vuelve en oro la mar.

FÉLIX. Por no saber si soy pobre  
o rico hasta que me sobre,  
no me atrevo a declarar.

CELIA. Dime tú que en el anzueto  
de Prudencia estás asido,  
con que nunca me has querido,  
y no culpes tu (5) buen celo;  
que aunque es tan poco mi dote,  
bien pudiéramos pasar,  
sin aguardar a que el mar  
se sosiegue o se alborote (6).

[*Autógrafo, fol. 7.*]

¡Ay, don Félix, cómo tengo  
gran lástima de tus años!

FÉLIX. ¿Piensas tú que con engaños  
tu pensamiento entretengo?

Viven tus hermosos ojos,  
que hoy no verla más juré.

CELIA. Deja mis ojos. Si fué  
juramento por enojos,  
nunca estaréis más seguros;

(1) B: "lo que dijo el testador".

(2) B: ("*Váyanse* DOÑA PRUDENCIA y INÉS; *que-*  
*don LISARDO y DON ALONSO.*")

(3) B: ("*Váyase y sale* DON FÉLIX, CELIA, ELE-  
NA y GALINDO.")

(4) B: "en tan buenas ocasiones".

(1) Falta en B esta redondilla.

(2) B: "La que no casa a su gusto."

(3) B: "lo que duele".

(4) B: "dar al".

(5) B: "mi".

(6) B: "se sosiegue o alborote".

pues la antigüedad decía  
que Júpiter se reía  
de los amantes perjuros.

FÉLIX. Terrible (1) estás.

CELIA. Antes tal  
que no quieres entenderme,  
o tu entendimiento duerme  
o es mi desdicha mortal.

FÉLIX. ¿Luego tú das a entender  
que te casarás conmigo?

CELIA. Tú no entiendes lo que digo,  
porque eso debe de ser (2).

FÉLIX. Pues ves aquí dos mil manos.

CELIA. Una sola quiero yo.

FÉLIX. El alma las ofreció.

CELIA. Dejemos concetos (3) vanos,  
pues te doy sola la mía (4),  
y con ella un alma esclava;  
que quien dos mil manos daba,  
dos mil mujeres quería.

ELENA. Tu primo, señora, viene.

[Autógrafo, fol. 7 v.]

CELIA. Vete, Félix, por allí (5).

[Váyase DON FÉLIX. DON ALONSO.] (6)

ALONSO. Después (7) que informado fui,  
prima, que a los dos conviene,  
para no perder la hacienda,  
que ya piden obras pías,  
dejar cansadas porfías (8),  
tomé de mi error enmienda (9),  
y determiné (10) casarme;  
esto vengo a confirmar.

CELIA. ¿Que no te quieres cansar  
de cansarte y de cansarme?  
¿Qué dices?

ALONSO. Que los letrados  
dicen que las obras pías  
tienen justicia.

CELIA. Estos días

(1) B: "cansada".

(2) B: "Eso es lo mismo que digo  
si lo quieres conocer."

(3) B: "conceptos".

(4) B: "Pues te doy aquí la mía."

(5) B: "aquí".

(6) B: ("Váyase DON FÉLIX y GALINDO; salgan  
DON ALONSO y LISARDO.")

(7) B: "luego".

(8) B: "dejar necias fantasías".

(9) B: "la enmienda".

(10) B: "determino".

debéis de andar enojados;  
allá pierdes y aquí cobras;  
a lo menos tus porfías  
no serán las obras pías,  
sino las crueles obras.

¿Qué me quieres? ¿En mi casa  
tu hacienda tienes? ¿Qué esperas?

ALONSO. Celia, deja las quimeras (1),  
porque mi paciencia pasa,  
y resuélvete a querer

ser mía o perder tu hacienda (2).

CELIA. ¿Qué hacienda habrá que pretenda  
con pensión de tu mujer? (3)

ALONSO. No vengo yo muy contrito,

[Autógrafo, fol. 8.]

si va a decir la verdad,  
mas mira que la mitad  
me ha de tocar por lo escrito,  
y que has de quedar perdida.

CELIA. Yo quedaré tan ganada  
como mejor (4) empleada  
y a mejor dueño ofrecida;  
y digo que desde aquí  
es tuya la hacienda toda;  
tú la goza y acomoda  
como cosa para ti.

LISARDO. ¡Señora, señora! Advierte  
que es ya desesperación.

CELIA. ¿Sabes que los gustos son,  
necio, la cosa más fuerte?

¿Pues qué me estás porfiando?

LISARDO. Vete en buen hora.

CELIA. Si haré,  
pues más buenas (5) las tendré  
perdiendo que no ganando.

[Vase.] (6)

ALONSO. ¡Extraña cosa!

LISARDO. ¡Terrible!

ALONSO. ¿Hay tan fiero aborrecer?

LISARDO. Angel es esta mujer,  
que dejar es imposible  
lo que una vez aprehende.

ALONSO. Ella parle dese modo:

(1) B: "esas quimeras".

(2) B: "mi hacienda".

(3) B: "su mujer".

(4) B: "cuanto mejor".

(5) B: "mejores".

(6) B: ("Váyase CELIA y ELENA; queden DON  
ALONSO y GALINDO.")



que yo cargaré con todo,  
pues por su gusto lo vende.

Pienso que esta resistencia  
emprende algún fin secreto.

[Autógrafo, fol. 8 v.]

ALONSO. ¿Qué importa, si surte efecto (1)  
de treinta mil y Prudencia?

[Salgan (2) DON FÉLIX y GALINDO.]

FÉLIX. Ya, en efecto, estoy casado.

GALINDO. No era dote para ti,  
según ayer entendí  
de un mercader, hombre honrado.

FÉLIX. ¿Pues qué?, ¿dice que hay dinero?

GALINDO. Dice que es cosa de espanto.

FÉLIX. El crédito será tanto;  
menos, en sustancia, espero;  
pero yo te constituyo  
juez de esta causa.

GALINDO. Y yo  
digo que Dios no crió  
oro en las Indias, no el tuyo,  
para pagar lo que debes  
a Celía; que si heredas (3)  
un mundo y se le postraras (4),  
eran gratitudes breves.

FÉLIX. ¿Quieres, Galindo, crearme?  
No sé qué trujo en los ojos (5),  
o lo hicieron los enojos,  
que sentí en ellos arderme.

GALINDO. ¿Luego ya la quieres bien?

FÉLIX. De obligado y de ofendido.

GALINDO. El amor se ha convertido  
en la venganza tan bien (6).  
que muchas veces, quien ama

[Autógrafo, fol. 9.]

muda sujeto, y no es necio  
por vengarse de un desprecio  
de quien la deja y desama (7).

¿Pero qué ruido es éste?

FÉLIX. Mulas, acémilas, cargas.  
¿Qué es esto?

(FLORENCIO y tres criados, PEDRO, GONZALO, ANTONIO.) (1)

FLOREN. Dame esos brazos (2)

FÉLIX. ¡Oh fin de mis esperanzas!  
¿Es Florencio?

FLOREN. ¿No me ves?

FÉLIX. Deja que descanse el alma  
en tus brazos, dulce amigo (3).  
después de ausencia tan larga.

FLOREN. Bien lo ha menester la mía.

FÉLIX. ¿Cómo vienes?

FLOREN. Como baja (4)  
el agua a la amada tierra,  
y espera el sol la mañana.  
¿Tú, cómo estás?

FLOREN. Como quien  
camina oscuras montañas (5),  
noche de invierno y perdido.

GALINDO. Dejad que quepa entre tantas  
lisonjas alguna mía (6).

FLOREN. ¡Galindo!

GALINDO. ¡Félix de España,  
Patroclo de Aquiles griego,  
Pilades que a Orestes ama,  
Polinices de Eteocles (7),  
Acates de Eneas!

FLOREN. ¡Basta!

GALINDO. ¡Polux de Castor!

FLOREN. No más.

[Autógrafo, fol. 9 v.]

GALINDO. Mereces más alabanzas  
que todos aquestos juntos.

FLOREN. ¡Bravas historias ensartas!

GALINDO. Soy notable historiador,  
directe cuarenta cargas  
de nietos del rey Miturrio,  
cuando vino de Bretaña.

FÉLIX. ¿Podréte yo preguntar  
si has negociado?

FLOREN. ¿No hablan  
esos criados por mí?

De tu padre son. ¿Qué aguardas?

ANTONIO. Danos a todos los pies.

(1) B: "¡en este efecto".

(2) B: "¡vaya! y salgan GALINDO y DON FÉLIX."

(3) B: "y digo que si heredas".

(4) B: "presturas".

(5) B: "que he visto en sus ojos".

(6) B: "también".

(7) B: "de quien le ofende y desama".

(1) B: ("Salga FLORENCIO, de camino, ANTONIO, PEDRO y GONZALO, criados.")

(2) B: "los brazos".

(3) B: "caro amigo".

(4) B: "vaya".

(5) B: "ascuas, montaña".

(6) B: "alguna lisonja mía".

(7) B: "Polimides de Teocles."

**FLOREN.** 1) Ahora la prueba es clara  
que en entrando en la corte,  
olvidan cuantos la tratan.  
**GALINDO.** Bien dicho! Que del olvido  
vende pública el agua (2).  
**FLOREN.** Antonio, Pedro, Gonzalo,  
cómo dejáis a mi hermana?  
**FÉLIX.** Yo (3) yo responderé.  
reciome que mandabas  
que te trajese (4) tu hacienda,  
como joya más cara.  
¿Hay en ella para ti (5)  
de mi señora, Doña Ana,  
también la traje (6) conmigo.  
**FLOREN.** A mi hermana?

**FLOREN.** A esas criadas  
[Autógrafo, fol. 10.]  
¿d la bajen (7) del coche.  
**FLOREN.** Tantos bienes? ¿Dicha tanta?  
**FLOREN.** Mayor la fué para mí,  
se me ha enamorado el alma.

**FLOREN.** Ana, do camino. (8)  
**FLOREN.** ¿Cuándo llegar a tus brazos? (9)  
**FLOREN.** ¿Puedes, mi querida hermana,  
venir sin tu licencia,  
a jornada tan larga.  
¿Dió temor de tu enojo.  
vienes acompañada  
¿Otro yo, ¿qué más honra?  
¿Qué seguridad más clara?  
¿Has puesto que ei alegría.  
¿Verás con tal bonanza,  
¿pendia (10) el saber las cosas  
¿tengo tan descaídas,  
¿as excuséis de decirme  
¿Hay de hacienda:  
¿deudas y obligaciones,  
¿me aguardan.  
**FLOREN.** ¿Drás, don Félix, pagarlas

con veinte seis (1) mil ducados?  
¿Y cómo?  
**FLOREN.** Pues más te alarga (2).  
**FÉLIX.** ¿Llegarán a treinta mil?  
**FLOREN.** Si llegarán, pues que pasan.  
**FÉLIX.** ¿Cuarenta?  
**FLOREN.** Y más de cincuenta  
**FÉLIX.** ¿Hay ventura tan extraña?

[Autógrafo, fol. 11.]  
**FLOREN.** Tú tienes cien mil ducados.  
**FÉLIX.** ¿Cien mil?  
**FLOREN.** En oro y en plata.  
**GALINDO.** ¿San Blas!  
**FÉLIX.** ¿Qué dices, Galindo?

**GALINDO.** Que hoy mato cuatro mulatas  
a puro bailar con ellas.  
**FLOREN.** Y las mejores esclavas  
de labores (3) y conservas  
que a Portugal dieron fama.  
**FÉLIX.** Huélgome que tanta sea  
la hacienda, porque mi hermana  
tenga el dote que merece.  
Entra, señora, y descansa:  
que mañana mudaremos  
de servicio y de posada.  
**ANA.** Ya sé que estabas muy pobre (4).  
**FÉLIX.** Y muy rico de esperanzas,  
que siempre en este camino  
me ampara (5) un ángel de guarda.  
Aunque me echase a tus pies,  
y te diese cien mil almas,  
no serán. Florencio mío,  
de tu amor bastante paga.  
**FLOREN.** Deja esas cosas y dime  
cómo por acá lo pasas.  
¿Qué hay de Prudencia y de Celia?  
**FÉLIX.** Que ya Prudencia se casa

[Autógrafo, fol. 11.]  
con don Alonso, y que Celia  
será mi mujer.  
**FLOREN.** ¿Y acabas  
contigo de permitir  
esa tan nueva mudanza?  
**FÉLIX.** El sembrar en buena tierra  
¿no es justo, pues no es ingrata

(1) B: "veinte y seis".  
(2) B: "Se alarga".  
(3) B: "de servicio y de conservas".  
(4) B: ("Florencio, doña Ana").  
(5) B: "amparó".  
(6) B: "traí".  
(7) B: "bajen".  
(8) B: "Ana, do camino".  
(9) B: "¿Cuándo llegarás a tus brazos?".  
(10) B: "pendia".

(1) B: "veinte y seis".  
(2) B: "Se alarga".  
(3) B: "de servicio y de conservas".  
(4) B: ("Florencio, doña Ana").  
(5) B: "amparó".

- que se luzga al dueño suyo? (1)  
 FLOREN. Cuando yo no te estimara  
 antes de agora (2), don Félix,  
 agora te diera el alma.  
 FÉLIX. Partieron las dos su hacienda,  
 que porque me estima y ama,  
 Celia pierde lo demás.  
 FLOREN. A tales deudas, tal paga.

(Entre ELENA.) (3)

- ELENA. ¿Está aquí el señor don Félix?  
 ¿Conoces esta criada?  
 FÉLIX. ¡Oh, Elena!  
 ELENA. Apenas te ibas,  
 cuando don Alonso entraba;  
 hale dicho a mi señora (4)  
 que si los dos no se casan  
 perderán toda la hacienda (5)  
 y que él, por su parte aguarda  
 ser su marido y cumplir  
 lo que el testamento manda.  
 Ella, como al fin te adora,  
 valiente y enamorada (6),  
 quince mil ducados pierde  
 y quince mil lauros gana.

[Autógrafo, fol 11 v.]

Dió licencia a la justicia,  
 y don Alonso señala  
 los ministros, que ejecutan  
 rigurosos la cobranza (7).  
 Toda su hacienda saquean (8),  
 no le han dejado en la plata  
 una copa, ni en el oro,  
 con qué cubrir la garganta.  
 Ella está sola y diciendo  
 que le pesa por tu causa,  
 que, en efeto, estás tan pobre;  
 mas que es tan bien empleada (9)  
 la hacienda, por ti perdida,  
 que es el perderla, ganarla (10).

(1) B: "el dueño mío".

(2) B: "aora".

(3) B: "ELENA salga sola."

(4) B: "y le ha dicho a mi señora".

(5) B: "perderá la hacienda toda".

(6) B: "determinada".

(7) B: "rigurosos los ministros  
que ejecuten la cobranza".

(8) B: "toda la casa saquean".

(9) B: "más que está bien empleada".

(10) B: "porque es perderla, ganarla".

- Suplicate que la (1) veas.  
 FÉLIX. Pobre estaba, y a Dios gracias,  
 tengo, Elena, aquesta noche  
 cien mil ducados, que tanta  
 merced recibo (2) del cielo.  
 ELENA. ¿Qué me cuentas? (3)  
 FÉLIX. Lo que pasa.  
 FLOREN. Si no lo crees, Elena,  
 vuelve a mirar esas cajas:  
 doblones son de Sevilla,  
 que en tejos truje a su playa.  
 Su hermana viene conmigo,  
 con mil preciosas alhajas.  
 Y para que Celia crea (4)  
 si en buena tierra sembraba;

[Autógrafo, fol. 12.]

- hoy seré su labrador  
 y llevarásle una sarta  
 de perlas, en vez de trigo,  
 poco menos que avellanas,  
 una cadena bien hecha,  
 de diamantes y esmeraldas (5),  
 dos gargantillas famosas  
 y dos pares de arracadas.  
 No has de decir que lo envía  
 Félix, sino yo, que tanta  
 obligación de su parte  
 sólo con almas se paga.  
 FÉLIX. Bien digo yo que eres yo.  
 FLOREN. Allegando van las cargas (6);  
 ven, Félix, a recibillas (7).  
 FÉLIX. Perder el seso me falta.  
 GALINDO. ¿Qué dice la griega Elena?

(Váyanse los dos.) (8)

- ELENA. Que de suspensa y turbada  
 no he podido responderle (9).  
 GALINDO. No ha sembrado mal tu ama.  
 ELENA. Y tú, ¿no me has de pagar  
 tantas sobras (10) de empanadas,

(1) B: "le".

(2) B: "recibi".

(3) B: "dices".

(4) B: "vea".

(5) B: "cuatro cadenas preciosas  
con diamantes y esmeraldas".

(6) B: "Ya van llegando las cargas".

(7) B: "recebirlas".

(8) B: ("Váyanse FLOR. y DON FÉLIX; quedan  
GALINDO y ELENA.")

(9) B: "responderte".

(10) B: "tanta sobra".

tantos torreznos, Galindo,  
tanto vino y zarandajas  
con que te he dado la vida?

GALINDO. Deja que las cajas salgan,  
que ¡vive Dios! que ha de haber  
para faldellín de grana.

ELENA. ¿Grana?

GALINDO. ¿Pues la grana es barro?

[Autógrafo, fol. 12 v.]

ELENA. ¿En año, Galindo, que andan  
pasamanos y tabies  
sobre carnes galicianas,  
y las bordadas libreas  
sirven de mantas frazadas  
en pobres caballerizas  
a lacayíferas (1) camas,  
me das grana solamente?

GALINDO. ¿Pues qué canal de Bahama  
he pasado con tormenta?  
¿Qué Canaria con bonanza?  
¿Es mío aqueste dinero?

ELENA. Galindo hermano, a quien ama  
nunca le falta que dar.

GALINDO. ¿Dar pesadumbres (2) no basta?  
Pero ven por estas joyas,  
que si aquellas perlas sacan,  
dos han de honrar tus orejas,  
como dos grandes tinajas.  
Pues si los diamantes veo,  
te he de dar una diamanta,  
que el Arco del Duque apenas  
pueda en ladrillo engastarla.

ELENA. Todo lo creo de ti.

GALINDO. Pues dile, Elena, a tu ama  
que quien siembra en buena tierra  
no menos cosecha alcanza.

(PRUDENCIA y RISELO.) (3)

[Autógrafo, fol. 13.]

PRUDEN. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

RISELO. Siempre este crédito tengo  
contigo.

PRUDEN. Yo a pensar vengo  
que te has burlado de mí.

RISELO. Digo que las cargas vi,  
los criados, los lacayos,

con más plumas que seis mayos,  
colores, trenzas y fajas,  
y sobre tercios y cajas,  
mulatas y papagayos.

PRUDEN. ¿Papagayos?

RISELO. ¿Nunca has visto  
las jaulas sobre las cargas?

PRUDEN. Mucho pienso que te alargas.  
¿Qué mal el gusto resisto! (1)  
Hoy unas Indias conquisto,  
hoy es todo para mí,  
hoy el Occidente fui:  
que si don Félix es mío,  
cuanto a decirselo envío  
dilato el tenerlo (2) aquí.

En fin, ¿Flórencio ha traído  
toda esa indiana riqueza?

RISELO. Y una dama, que en belleza  
la mayor riqueza ha sido.

PRUDEN. ¿De dónde o cómo ha venido?

RISELO. Es de don Félix hermana,

[Autógrafo, fol. 13 v.]

que como por la mañana  
sale el sol en cercos (3) de oro,  
la sirve el rico tesoro  
de nubes, de azul y grana.

Madrid no suele espantarse  
si no es con grande ocasión,  
y de tanta ostentación  
yo vi la calle admirarse.  
Al acabar de apearse,  
pregunté qué le traían,  
y uno de los (4) que venían  
entre más nobles criados,  
respondió: "Cien mil ducados."

PRUDEN. ¡Bien hayan los que porfían!

Esos tengo yo, Riselo,  
añadidos a mi hacienda,  
siendo don Félix mi prenda,  
que ya lo permita el cielo.  
Casaréme. ¿qué recelo?  
¿Hay ventura semejante?  
Acierta quien a su amante  
entretiene con prudencia (5),  
que sólo en la resistencia

(1) B: "lacayseras".

(2) B: "pesadumbre".

(3) B: ("¡áyanse y salgan DOÑA PRUDENCIA y  
RISELO, su criado.")

(1) B: "que mal el gozo resiste".

(2) B: "tenerle".

(3) B: "líneas".

(4) B: "y no de los que".

(5) B: "paciencia".



tiene el valor (1) el diamante.

Si yo no fuera quien soy  
ya no tuviera deseo  
don Félix de hacer empleo

[Autógrafo, fol. 14.]

en el alma que le doy.

¡Oh, qué cierta agora estoy  
de la ventura que espero!

Ir a ver su hermana quiero  
y darle la bienvenida.

RISELO. No serás mal acogida  
deste ilustre caballero,

porque yo sé que te adora.

PRUDEN. ¿Y yo no lo sé también,  
si en esta calle le ven  
la escura (2) noche y la aurora,  
cuando el sol los montes dora  
y la luna los platea (3),  
me sigue, busca y desca?  
Ni quejoso ruiñeñor (4),  
ansí con ansias de amor  
selvas y montes recrea (5).

¡Oh, qué ha de hacer si me ve!

¡Oh, lo que (6) me ha de estimar!

Florencio ha pasado el mar,  
Florencio a las Indias fué;  
pero cuando junto esté  
el tesoro que ha traído,  
sin mar, sin Indias, yo he sido  
para don Félix tesoro,  
que no hay como abrazos oro,  
para amor después de olvido.

[Autógrafo, fol. 14 v.]

Un amante despreciado (7)  
pierde el seso de alegría,  
cuando ve que su porfía  
llega al puerto deseado;  
que amor es más estimado  
si fué desagradecido;  
que el verse favorecido  
de quien fué tenido en poco (8)

(1) B: "bella y der".

(2) B: "obscura".

(3) B: "los Planetas".

(4) B: "mi celoso ruiñeñor".

(5) B: "rodea".

(6) B: "o que me".

(7) B: "le-dichado".

(8) B: "que amor fué más estimado  
si fué desfavorecido  
que el verse favorecido  
un amante poco a poco".

enseña el gusto a ser loco,  
y corre más detenido.

(DON ALONSO y LISARDO.) (1)

ALONSO. Con estas nuevas bien puedo  
pedir albricias seguro.

PRUDEN. Siempre serviros procuro.

ALONSO. Decirlas quiero sin miedo;  
ya por vuestro esclavo quedo,  
ya puedo ser vuestro esposo;  
que amor es tan industrioso,  
que me enseñó sin mi daño (2)  
el más dulce (3) desengaño  
y el medio más provechoso.

Celia, por no se casar,  
quiere su parte perder (4),  
con que yo vengo (5) a tener  
lo que (6) puedo desear.  
Dime tal prisa (7) a cobrar,  
que tengo en dinero y prendas  
ya juntas (8) las dos haciendas,  
que son treinta mil ducados:

[Autógrafo, fol. 15.]

buenos para dos casados,  
como no alarguen las riendas.

¡Ea! ¿Qué podéis querer?

Esta es mi mano y mi pecho.

PRUDEN. Lo que conmigo habéis hecho  
me enseña lo que he de hacer:  
que si una noble mujer  
lo que merece no alcanza,  
pasa luego a la venganza,  
y aunque era justo en los dos,  
basta tomarla de vos  
con hacer esta mudanza.

Cuando salistes de aquí  
a buscar una mujer,  
busqué un marido por ver  
si me despreciaba así (9).  
Yo le hallé tal, que de mí  
lástima hubiera tenido  
a haberle (10) por vos perdido

(1) B: ("Salgan DON ALONSO y LISARDO.")

(2) B: "ansí a mi daño".

(3) B: "justo".

(4) B: "su hacienda perder".

(5) B: "venga".

(6) B: "cuanto".

(7) B: "priesa".

(8) B: "juntas ya".

(9) B: "despreciaba así".

(10) B: "haberle".

y en él tan bien empleada.  
que os estoy más obligada  
por no me haber conocido (1).

Yo me casé; ya perdistes  
la ocasión que yo gané.

ALONSO. ¿Señora?

PRUDEN. Ya me casé.

ALONSO. ¿Tan presto?

[Autógrafo, fol. 15 v.]

PRUDEN. Más presto os fuistes,  
y pues la culpa tuvistes,  
y fué la vuestra el dinero,  
por dinero también quiero  
dejaros del mismo estulo;  
que las heridas del filo  
hacen sabroso el acero.

(*Váyase.*) (2)

ALONSO. ¿Qué es esto?

LISARDO. Yo no lo ignoro.

ALONSO. ¿Cómo?

LISARDO. La casa y la calle  
deste indiano de buen talle (3)  
ocupa un rico tesoro,  
y la codicia del oro,  
juntándose a tu desprecio (4),  
hacen (5) que le tenga en precio.

ALONSO. No es la primera mujer;  
puesto que yo vengo a ser (6)  
por ella el último necio:  
que cuando no me casé  
fué por no perder mi hacienda.  
Ya, en fin, del indiano es prenda.

LISARDO. En lo que dice se ve,  
si bien no suele dar fe (7)  
la lengua del corazón.

ALONSO. ¿Tantas las riquezas son?

LISARDO. Una hermana que ha traído,  
la mayor riqueza ha sido.

ALONSO. ¿Por belleza o discreción?

[Autógrafo, fol. 16.]

LISARDO. Por cincuenta mil ducados  
de dote.

ALONSO. Pues esa quiero (1),  
de quien tanta dicha espero,  
y dejar necios cuidados.

LISARDO. Esos son pasos honrados.

ALONSO. A don Félix quiero hablar:  
¿mas cómo tengo de entrar? (2)

LISARDO. Vele a dar el parabién  
del suceso (3).

ALONSO. Dices bien.

LISARDO. Ni hay (4) más bien que desear.

ALONSO. ¿Pues alto! Vámosle a ver.

LISARDO. Si en este lazo te veo  
no hay que pedir al desco,  
qué esperar ni qué temer,  
pues te vienen a traer  
oro, hermosura y honor.

ALONSO. Esc viva y muera amor (5),  
porque en esta competencia,  
perder la misma Prudencia  
es la prudencia mayor.

(DON FÉLIX, DOÑA ANA y FLORENCIO.) (6)

FÉLIX. Como no has visto a Madrid,  
doña Ana, alabas tu tierra.

ANA. Como fué gigante en fama,  
parece enano en presencia.

FLOREN. Mientras que no haya subido (7)  
a aquella trillada cuesta  
de los Olivos del Prado  
y dado vuelta a la Tela;  
mientras legiones de coches  
no ha visto (8) trepar por ella,

[Autógrafo, fol. 16 v.]

mirándose unos a otros  
con figuras tan diversas;  
mientras a sus bellas damas (9),  
con puños como rodela,  
desenvainar de sus ojos  
espadas de tantas tretas;  
mientras que los guantes de ámbar,  
con quien la mano encubierta,

(1) B: "pues esos quiero".

(2) B: "pero cómo podré entrar".

(3) B: "a su hermana—Lis. Dices bien".

(4) B: "No hay."

(5) B: "esos quiero y muera amor".

(6) B: ("*Váyanse, y salgan FLORENCIO, DON FÉLIX  
y DOÑA ANA.*")

(7) B: "hayas subido".

(8) B: "has visto".

(9) B: "mientras que sus bellas damas".

(1) B: "le haber conocido".

(2) B: ("*Váyase DOÑA PRUDENCIA y queden DON  
ALONSO y LISARDO.*")

(3) B: "hidalgo de buen talle".

(4) B: "a su desprecio".

(5) B: "hace".

(6) B: "puesto que yo vengo a ser".

(7) B: "nos sabe dar fé".

- por ventanas de sopillo  
asoma rayos de estrellas;  
mientras que no ve sus galas (1),  
invenciones, diferencias  
y monstruos (2) de novedades,  
no es mucho que se entretenga (3)  
en alabanzas de Lima.
- FÉLIX. Madrid, de vidas y haciendas  
es lima, y lima tan sorda,  
que acaban (4) sin que la sientan.
- ANA. ¿Cuándo iremos a ese Prado? (5)
- FÉLIX. Paréceme que una fiesta,  
donde verás qué salidas  
le dan adorno y belleza;  
otra iremos a Palacio,  
que ya tiene descubierta  
la cortina de la cara,  
[Autógrafo, fol. 17.]  
aunque la tiene imperfecta;  
otra a la Casa del Campo,  
bosques, jardines y güertas (6),  
no olvidando a Manzanares  
las jabonadas riberas,  
que por la falta del río  
descubren islas de arena.  
(Salga GALINDO.) (7)
- GALINDO. Doña Prudencia está aquí.
- FÉLIX. ¿Qué Prudencia?
- GALINDO. ¿Qué respuesta?
- FLOREN. (8) ¿Parécete que en la corte,  
señor, hay (9) muchas Prudencias?
- GALINDO. Pocas o muchas, yo digo,  
con tu licencia, que aquesta  
fué la que...
- FÉLIX. ¡Tente, borracho!
- ANA. Entre; que deseo verla.
- FÉLIX. ¿Haos dicho por el camino  
Florencio mis ansias tiernas?
- ANA. Las tiernas, no.
- FÉLIX. ¿Pues qué dijo?
- FLOREN. Las necias.
- FÉLIX. Serán discretas

(1) B: "no ves sus galas".

(2) B: "monstros".

(3) B: "que te entretengas".

(4) B: "acaba".

(5) B: "iremos al Prado".

(6) B: "huerta".

(7) Falta en A esta anotación.

(8) En el ms. A falta indicación de persona.

(9) B: "hay, señor".

si la ves (1).

(Entre PRUDENCIA.) (2)

- PRUDEN. La obligación  
del señor don Félix fuerza  
mi atrevimiento, y obliga  
a daros la norabuena:  
esos brazos me debéis.
- ANA. Vos me la dais con traerla,  
y ellos a pagar me obligan  
con los réditos la deuda.
- PRUDEN. También al señor Florencio  
[Autógrafo, fol. 17 v.]  
doy el parabién.
- FLOREN. No fuera  
parabién, no siendo vuestro (3).
- GALINDO. Aquí, señor, está Celia.
- FÉLIX. ¿Celia? Di que entre.

(CELIA entre.) (4)

- CELIA. Pensé  
ser en veros la primera,  
y hanme ganado la mano.
- ANA. Mil veces beso las vuestras.  
Deseo me (5) habéis cumplido,  
que os pagara, si pudiera  
con daros todas las Indias.
- CELIA. Ya me ha dado parte dellas (6)
- FLOREN. Florencio, a quien doy mis brazos,  
La voluntad los merezca;  
que están las obras corridas,  
de verme tan corto en ellas.
- ANA. Si Florencio os dió presente,  
yo os quiero dar dos cadenas,  
que valen por el amor  
una infinita riqueza,  
y algunos verdes mayates  
que rematan oro y perlas.
- CELIA. ¿Habránse engastado en vos?
- ELENA. Señora, tu primo llega  
a conocer a don Félix.
- CELIA. ¿Pues qué importa que me vea?

(DON ALONSO y LISARDO.) (7)

ALONSO. Dando el parabién, don Félix,

(1) B: "si las ves".

(2) B: ("Salga con manto DOÑA PRUDENCIA").

(3) B: "a no ser vuestro".

(4) B: ("Salgan CELIA y ELENA, con mantos.")

(5) B: "mi deseo".

(6) B: "parte en ellas".

(7) B: ("Salgan DON ALONSO y LISARDO.")

a vuestra dicha, que tenga

[Autógrafo, fol. 18.]

los sucesos que merece,  
se da (1) a las dichas prendas  
que hoy os vienen de las Indias (2).

FÉLIX. Tomando puerto sus velas  
en la merced que me hacéis,  
seguras y honradas quedan.

ALONSO. A lo menos, si en mi casa,  
la que hoy adorna la vuestra,  
estuviera por su dueño,  
dichosa mi sangre fuera.  
Para cuando acomodéis  
vuestras cosas, se reservan  
estos descos.

FÉLIX. Aumento  
de honor a mi casa diera;  
más fué a las Indias Florencio,  
y trujo de allá mi hacienda,  
y es bien pagarle el viaje,  
y fuera de aquesta deuda,  
el partir con los amigos,  
fué siempre ley de nobleza:  
cien mil ducados (3) se parten  
desta suerte, que cincuenta  
le tocan, porque mi hermana  
la caja en que vayan sea.

FLOREN. Echaréme a vuestros pies.

FÉLIX. Eso fuera si os los diera  
sin pensión de una mujer,  
no lo agradezcáis con ella.

FLOREN. Dádmela sola y veréis

[Autógrafo, fol. 18 v.]

si la estimo.

GALINDO. ¡Calla y pesca!  
que duelos con pan son menos (4).

PRUDEN. ¿Podrá, don Félix, Prudencia,  
ya que has casado a tu hermana,  
suplicarte que merezca  
lo que debes a mi amor?

FÉLIX. A quien pobre me desprecia,  
no es justo quererla rico (1);  
yo he dado la mano a Celia,  
y agora se la confirmo  
de su primo en la presencia.

ALONSO. Según eso, claro está,  
que si Celia ha de ser vuestra  
y de Florencio doña Ana,  
me viene a querer (2) Prudencia,  
y con treinta mil ducados  
yo pienso aplacar su queja.

PRUDEN. La mano os doy con los brazos (3).

GALINDO. Y yo se los doy (4) a Elena,  
porque no se queme Troya,  
pues es Galicia su Grecia.

ELENA. Tuya soy.

FÉLIX. Aquí da fin  
*El sembrar en buena tierra,*  
que si da fruto a su autor,  
dirá que la siembra (5) en buena.  
"En Madrid a 6 de enero de 1616.

LOPE DE VEGA CARPIO.  
(Rubricado.)

FIN DE LA COMEDIA DEL "SEMBRAR  
EN BUENA TIERRA" (6).

(1) B: "estimarla rico".

(2) B: "caber".

(3) B: "con el alma".

(4) B: "se la doy".

(5) B: "sembró".

(6) Según el impreso de B.

[Fol. 10.]

"Esta comedia, intitulada *Sembrar en buena tierra*,  
se podrá representar, reservando a la vista lo que  
fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los  
cantares y entremés.

En Madrid, a 12 de enero 1616.

TOMÁS GRACIÁN DANTISCO.  
(Rubricado.)

(1) B: "se da".

(2) B: "que os vienen hoy de las Indias".

(3) B: "escudos".

(4) B: "son buenos".



# LA SERRANA DE TORMES

## COMEDIA ANTIGUA<sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A

DON ANTONIO DE CORDOVA CARDONA, Y ARAGÓN, CONDE DE CABRA

Las obligaciones a los mercedes, favores y beneficios que he recibido de la liberal mano del Duque, mi señor, padre de V. S., las virtudes que con divino natural habemos conocido sus criados en su educación y crianza, para ejemplo desta más libre edad que las pasadas, no me obligaban a tan humilde reconocimiento, mas a celebrar el nombre de V. S. en heroicos poemas que con dilatado estilo solicitaran aplauso a los dos Polos, si el ingenio hubiera acompañado mis deseos; mas como estoy seguro que éstos serán admitidos de V. S., como quien por todos los años que tiene los conoce, esforcé mi atrevimiento en esta confianza, y hallando *La serrana de Tormes*, comedia en que probé la pluma en el principio de mis estudios, la di a luz en su nombre, que como más necesitada de favor, pedía mayor Mecenaz. Doy a V. S. serranos toscos, si bien fruto de ingenio que lo es tanto, cual suelen alegrar en las soledades arroyos puros y robles ásperos los ojos enseñados a los cultivados jardines de las Cortes, por ofrecer a V. S. con más verdad lo que la naturaleza cría, que lo que el Arte enseña, tan bien pintado del Sanazaro en el prólogo de su *Arcadia*. Dios guarde a V. S. para que le vea España imitador insigne de sus antecesores, que dieron a sus Reyes reinos.

*Capellán de V. S.*

LOPE DE VEGA CARPIO.

### PERSONAS DE ESTA COMEDIA

|                                |                               |
|--------------------------------|-------------------------------|
| ALEJANDRO, <i>estudiante</i> . | LAURENTO, <i>alférez</i> .    |
| BERNARDO, <i>galán</i> .       | FELICIANO.                    |
| GERALDO, <i>tío de DIANA</i> . | LEONARDO.                     |
| DIANA, <i>serrana</i> .        | ROSINDO (2).                  |
| FLORICIO, <i>criado</i> .      | SOLDADOS.                     |
| ANTONIO, <i>tío</i> .          | SERBALDO, <i>estudiante</i> . |
| JULIA, <i>ciñda</i> .          | VELARDO, <i>estudiante</i> .  |

GOMEZIO, *estudiante*.  
MAURICIO, *estudiante*.  
TARREÑO, *capigorrón*.  
BATAVO.  
CHAMIZO, } *pastores*.  
ELENCO, }  
NARCISA, *dama*.

LORENA, *carbonera*.  
OROSELO, *estudiante*.  
RISELO, *estudiante*.  
[REPRESENTANTE.]  
[BAROLO, BRUNO Y CUETO, *carboneros*.]

### ACTO PRIMERO

(Salen ALEJANDRO, *estudiante*, y BERNARDO, *caballero*.)

ALEJANDR. ¿Fuera de la iglesia a mí?  
¿Válame Dios!, ¿qué será?

BERNARDO. ¿Qué alterado venís ya?

ALEJANDR. ¿No estamos bien?

BERNARDO. ¿Dónde?

ALEJANDR. Aquí.

BERNARDO. Para lo que fuere hablar.  
Alejandro, estamos bien.

ALEJANDR. ¿Hemos de reñir también?

BERNARDO. Vos lo podéis excusar.

ALEJANDR. ¿De qué manera?

BERNARDO. Escuchadme.

ALEJANDR. En hora buena advertidme lo que queréis.

BERNARDO. Pues oídme,  
y si hablo mal, perdonadme.  
¿Amáis a Diana?

ALEJANDR. Sí;  
eso no puedo negar.

BERNARDO. ¿Y ella a vos?

ALEJANDR. No puedo hablar  
más que en lo que sé de mí.

BERNARDO. ¿Cuando a servirla venistes  
supistes que yo la amaba?

ALEJANDR. Supe que no se acordaba

(1) A: Parte XVI. Madrid, 1621. B: Parte XVI, Madrid, 1622.

(2) En el reparto, CRISTINO; pero luego, en el texto, siempre ROSINDO.

si por ventura hacisteis.

Supe también que era hermosa,  
que a mi alma y sus despojos  
se lo dijeron los ojos,  
que la tuvieron por diosa.

Y con sólo saber esto  
y algunos (1) que el alma calla,  
luego me dispuse a amalla  
con un pensamiento honesto.

Y supe que a su albedrío  
le dió el cielo libertad,  
que el daros su voluntad  
ni era vuestro ni era mío.

BERNARDO. Y esto que el alma calló,  
¿es, por ventura, saber  
que os había de querer  
la que rendida os miró?

ALEJANDR. Delicados puntos son.  
No amé con más confianza  
que estimar esta esperanza  
por la mejor posesión.

Ya es eso mucho apurar.

BERNARDO. Si a mí me apura un desdén,  
a la causa dél también  
he de apurar y acabar.

Y así pido que me deis,  
ved cuán libremente os trato,  
dos papeles y un retrato  
que de mi mano tenéis.

(Que yo sé bien que la ingrata  
que a mi perdición se anima  
poco mi retrato estima,  
después que en el alma os trata.

Y en mi justicia confío,  
que tan llanamente os muestro:  
yo no os quito lo que es vuestro,  
sino sólo lo que es mío.

Hacedme aqueste placer  
y quedaremos amigos.

ALEJANDR. Hago a los cielos testigos  
que no están en mi poder.

A vos os han engañado,  
que no me conoce apenas,  
y mal da prendas ajenas  
la que las propias no ha dado.

¿Y yo para qué quería  
que ajeno papel me ocupe?,  
que, gracias a Dios, bien supe

escribirlos algún día.

¿Pues vuestro retrato...?  
¿Tan hermoso os parecéis?

BERNARDO. ¿En fin, ¿que no le tenéis  
ni mi enemigo os los dió?

ALEJANDR. ¿Yo retrato? No es donoso!  
Más le estimara tener  
de la más fea mujer  
que del hombre más hermosa.

¿Estaba yo por ventura  
enamorado de vos?

BERNARDO. Cosarios somos los dos;  
poca hacienda se aventura.

Y ese hablar tan atrevido  
con tanta burla y desprecio,  
es con término muy necio,  
y en Toledo mal sufrido.

Pésame que no os saqué  
del claustro; que yo os dijera  
cómo se suele allá fuera  
hablar conmigo.

ALEJANDR. No sé

cómo os responda. Corrido,  
¿dónde queréis que os aguarde?  
Que os tengo por más cobarde;  
que el término necio ha sido.  
¿Seréis hombre?

BERNARDO. ¿Paso! Bueno  
que eso no se me dijera,  
si en el hábito viniera  
de mi profesión ajeno.

Que el ser hombre, ¿pesa tal!,  
no lo impiden al deseo  
la sotana y el manteo,  
cuando está la espada igual.

Este mujeril embargo  
del pecho que es bien nacido,  
¿es más que un hombre vestido  
con un vestido más largo?

El vestido no deshonra,  
que es honra en tantos y mía,  
que entre estas mantillas cría  
muchos Hércules la honra.

Adonde Marte importuno  
hace mayores alardes,  
habrá soldados cobardes,  
pero estudiantes, ninguno.

Todo cuanto arrastra aquí  
es honra, fama y valor,  
y estad cierto que es honor

(1) Así el texto; pero pudiera ser errata por "y algo más".

la facultad que aprendi.

BERNARDO. Yo me huelgo que mostréis esos honrados aceros, porque lleguéis hasta veros donde sufrillos podéis;

que en ánimos semejantes suele la fuerza engañar.

ALEJANDR. ¿Dónde me habéis de aguardar?

BERNARDO. Encima de San Cervantes, porque fuera de Toledo nos entendamos mejor.

ALEJANDR. Ya os digo que aprendo honor y soy idiota del miedo.

Quitaréme la sotana y descubriréme el pecho, y estaréis bien satisfecho si tengo en él a Diana.

Y vos veréis que seglar con la espada me hizo Dios.

BERNARDO. ¡Adiós!

ALEJANDR. El vaya con vos.

BERNARDO. ¡Qué cólera!

ALEJANDR. ¡Qué pesar!

(*Vanse, y entran DIANA, dama, y GERALDO (1), su tío, con unos papeles.*)

GERARDO.

¿Son por ventura los ejemplos éstos, sobrina ingrata, de tu muerto padre?

¿Son los dechados y consejos éstos, Diana loca, de tu ausente madre?

¿Son éstos los propósitos honestos, y aquel valor que de tus dudosos cuadre a la esperanza de tu honrado tío?

¿Éste, el servicio y el regalo mío?

¿Es ésta aquella noble confianza que hice de tu honrado entendimiento?

¿Es éste mi descuido, y la esperanza fundada en tu devoto pensamiento?

¡Ay! Cómo el beneficio y la labranza en tierra de mujer, es darla al viento!

Rinde buen fruto al labrador la oliva. ¡Triste de aquel que la mujer cultiva!

¿Tú eres la monja? ¿Tú la que pedías tan espirituales oratorios?

¿Tú, la que hablarte apenas consentías menos que en torno, red o locutorios?

¿Tú, la que como hipócrita fingías

ayunos y silicios (1) tan notorios?

Mas silicios tan públicos, ¿quién duda que eran sobre el jubón y no desnuda?

Decías que eras huérfana y quisieras, pues no podías con tu igual casarte, servir a Dios, donde mejor pudieras con el divino Esposo regalarte: huérfana sola de virtudes eras, que no de padres, pues que vengo a hallarte, todos estos testigos, que en mi mano juez me han hecho y tu delito llano.

(*Hace que la quiere dar.*)

¿Cúyos son, enemiga, estos papeles?, que, ¡vive Dios!...

DIANA.

¡Detente! ¿Qué es aquesto?

¿Cuándo ponerme tú las manos sueles?

GERARDO.

¿Cuándo las tuyas en tu infamia has puesto?

Hoy tu blandura las hará crueles,

y libre a mí tu pecho deshonesto;

que estos papeles son claro proceso

de mi deshonra y de tu poco seso.

¿A quién amas? ¿Quién es el que te escribe?

DIANA.

Paso, señor, que no me dan tormento;

si amor es caridad, no se prohíbe

para servir a Dios en casamiento.

GERARDO.

¿Casar? No plega a Dios que yo te prive de aquel estado que te da contento,

que si has de ser profana religiosa, mejor serás casada virtuosa.

¿Quién te escribe y pretende?

DIANA.

Un estudiante.

GERARDO.

¿Quién lo dudaba? ¿Y qué profesa?

DIANA.

Leyes.

GERARDO.

¿Qué nacimiento?

DIANA.

A quien yo soy, bastante, que no soy primogénita de reyes.

(1) A: "Gerardo"

(1) (Sic.)

GERARDO.

Siendo tu gusto, llévalo adelante,  
que un labrador que vaya tras los bueyes,  
más para ser marido vale y honra,  
que un Duque para ser galán sin honra.  
¿Es de Toledo?

DIANA.

Sí, señor.

GERARDO.

¿Qué nombre?

DIANA.

Alejandro se llama, hijo de Antandro.

GERARDO.

Conózcole muy bien, y sé que es hombre  
para igualar tus prendas Alejandro.  
Escogiste mancebo gentilhombre,  
y no menos furioso que Leandro.  
¿Ha entrado en esta casa?

DIANA.

Mi delito

no se ha extendido a más que habelle escrito.

GERARDO.

¿Quieres que trate con su padre el caso?

DIANA.

Por ahora es mejor que así lo dejes,  
que ni él me adora ni por él me abraso.

GERARDO.

Esto es porque después no te me quejes.  
Entra en tu cuadra luego (1). Alarga el paso,  
que del peligro yo te haré que alejes  
ojos, cuidados, alma y fantasía.

DIANA.

¡Bien sale por cualquiera colosía!

(Vase DIANA: queda GERARDO solo.)

GERARDO.

El sol quiere cerrar, el viento coge,  
al mar se entrega, ríndese al tirano,  
pólvora guarda, víbora recoge,  
deja por montes el camino llano,  
al aire plumas y papel descoge.  
confía del traidor, ruega al villano,  
nobleza compra y falsa fama adquiere.  
quien guarda la mujer, cuando ella quiere.

(1) A intercala acotación GER.

(Vase; entran ALEJANDRO y FLORICIO, y sale ALEJANDRO en cuerpo.)

ALEJANDR. Ten de la manga, Floricio;  
quitaréme la sotana.

FLORICIO. Como es luna tu Diana,  
hate quitado el juicio.  
¿Tú desafiado? Estoy  
por hacer un gran desprecio.

ALEJANDR. No voy por Diana, necio.

FLORICIO. Pues, ¿por quién?

ALEJANDR. Por mi honra voy,  
que es luna más importante,  
pues ya el mundo no consiente  
que deje de estar creciente,  
aunque en el cielo menguante.

(Desdénase la sotana. Dice FLORICIO.)

FLORICIO. Ya estás en sólo el jubón.

ALEJANDR. Trácame la espada y el jaco.

FLORICIO. A fe que le tiene flaco  
el que cubre el corazón.

ALEJANDR. Cierra, Floricio, la puerta,  
no me vean si alguien pasa.

FLORICIO. No estando tu padre en casa,  
bien puede quedarse abierta.

(Vase FLORICIO por la espada y jaco.)

ALEJANDR. A haceros agravios vengo,  
Diana, en esta ocasión.

pues me cubro el corazón,  
donde tan al vivo os tengo.

¿Qué jaco ni qué defensa  
he menester donde estáis.  
pues con desdenes matáis  
este que matarme piensa?

En fin, os llevo conmigo:  
vos seréis la vencedora.  
si tan rendida os adora  
la espada de mi enemigo.

Y será vuestra la palma;  
que cuando llegue tan fiera,  
volveréis su acero en cera,  
dándole el sol en el alma.

(Sale FLORICIO con espada y jaco.)

FLORICIO. Aqueste es el jaco, ¡toma!

ALEJANDR. ¡Qué buena malla, Floricio!

FLORICIO. Por Dios, con gentil silicio  
Diana tus carnes doma.

Viste.



ALEJANDR. Bien parece un hombre  
con cualquier arma.  
FLORICIO. ¡Muy bien!  
ALEJANDR. No hay gala que esté tan bien.  
FLORICIO. Sin armas no hay gentilhombre.  
¿Qué te has de poner encima?  
ALEJANDR. Cuera de ante me pondré.  
FLORICIO. ¡No llevarás frío, a fe!  
ALEJANDR. Destos hombros me lastima.  
FLORICIO. Tan cargado vas, señor,  
de hierro como de miedo.  
ALEJANDR. Si guardar el pecho puedo,  
¿iré desnudo mejor?

(Sale ANTANDRO, ciego, padre de ALEJANDRO.)

ANTANDRO. ¿Para dónde, gentilhombre,  
son las armas y la espada?  
ALEJANDR. ¿No la dejarás cerrada?  
ANTANDRO. No se espante, no se asombre.  
Bien le viene la sotana:  
para el invierno es muy buena,  
que no hará lodos.  
ALEJANDR. ¡Oh, pena,  
como forzosa, inhumana!  
¿Oh, sujeción paternal!  
ANTANDRO. ¿Qué estás hablando entre ti?  
ALEJANDR. De que me hables así,  
de mí mismo digo mal.  
ANTANDRO. ¿Dónde ibas?  
ALEJANDR. ¿Yo, señor?  
Cierto amigo la (1) vendía  
y probármela quería.  
ANTANDRO. ¡Buen Jasón! ¡Gentil doctor!  
¿De qué tenías dinero?  
ALEJANDR. Mi madre me lo prestaba,  
porque entendió que compraba...  
ANTANDRO. ¿Qué comprabas? ¡Habla, fiero!  
A tu engaño dan alcance  
esos turbados recelos.  
ALEJANDR. Compraba unos tiraquelos  
que se vendían de lance.  
ANTANDRO. Como micntes, vas turbado.  
¿Tu jaco? ¿Qué es esto, perro?  
ALEJANDR. ¿Qué impide un poco de hierro  
a los libros y al cuidado?  
¿No has oído que la lanza  
jamás embota la pluma?  
ANTANDRO. De hízole como espuma

en tu engaño mi esperanza.  
ALEJANDR. ¿Tan mal parece, señor,  
entre los libros colgada  
una rodela y espada,  
siendo todo un mismo honor?  
Una yedra y un laurel,  
y sobre un libro un almete  
es simbolo que promete,  
que las dos son hijas dél.  
Si las letras quieren paz,  
con la milicia se adquiere;  
espada, libro requiere.  
ANTANDRO. ¿Tú con un viejo, rapaz?  
¿Sofisterías a mí?  
¿Con fingidos argumentos  
tus juveniles intentos  
quieres hacer honra aquí?

ALEJANDR. Pues...

ANTANDRO. ¡Calla!

ALEJANDR. Mandas que calle,  
y es la obediencia mi oficio.

ANTANDRO. Cierra la puerta, Floricio.

FLORICIO. ¿Cuál puerta?

ANTANDRO. La de la calle.

(Dale una llave.)

FLORICIO. ¿Llave me das?

ANTANDRO. Cierra, pues,  
y vuélvete aquí la llave.

ALEJANDR. No es este caso tan grave  
como tu condición es.

Que querer comprar un jaco  
no es caso de inquisición.

ANTANDRO. ¡Mal haya mi condición,  
si la vida no te saco!

Pero, ¿con quién has reñido?  
¡Dilo todo! ¡Dilo luego!

Fué por amor, o por juego?

ALEJANDR. Ni juego ni amor ha sido.

Yo, ¿cuándo suelo jugar,  
ni menos tratar de amor?

ANTANDRO. No me lo niegues, traidor,  
que lo quiero remediar.

ALEJANDR. Digo, señor, que no es nada;  
¿gustarías que mintiese?

ANTANDR. ¡Vive Dios que te atravesie,  
si meto mano a mi espada!

(Hace que empuña.)

ALEJANDR. Si es una la sangre nuestra,  
mítame, no importa nada.

(1) A: "le vendía".

(Sale FLORICIO.)

FLORICIO. Ya está la puerta cerrada.

ANTANDRO. ¿Y la llave?

FLORICIO. ¡Toma!

ANTANDRO. ¡Muestra!

Quédate, Floricio, aquí,  
y él váyase a su aposento,  
que yo te daré tormento.

FLORICIO. Pues, ¿por qué, señor, a mí?

ALEJANDR. ¿Hay desdicha que se iguale  
a mi pena injusta y ficra?

¿Como que Bernardo espera,  
y que Alejandro no sale!

¿Qué puede decir de mí,  
después que en vano me aguarde,  
sino que fué de cobarde?)

ANTANDRO. ¿Todavía estás aquí?

¡Vaya a su aposento y calle!

FLORICIO. ¡En buenas manos me deja!

ALEJANDR. ¡Vive Dios!, que a estar sin reja,  
que me arrojara a la calle.

Quiérome entrar a escribir  
la razón porque no voy.

(Vase. Queda FLORICIO y ANTANDRO.)

ANTANDRO. Contigo a solas estoy.  
la verdad me has de decir.

FLORICIO. Si va a decir la verdad,  
contra todo gusto mío  
iba a un cierto desafío,  
y fuera de la ciudad.

ANTANDRO. ¿Con quién?

FLORICIO. Con un caballero.

ANTANDRO. ¿Cómo se llama?

FLORICIO. Bernardo.

ANTANDRO. ¿Es hombre de hecho?

FLORICIO. Gallardo.

ANTANDRO. ¿Qué es gallardo?

FLORICIO. Fuerte y fiero.

ANTANDRO. ¿Por qué fué?

FLORICIO. Por amor fué.

ANTANDRO. ¿De quién?

FLORICIO. De una cierta dama.

ANTANDRO. ¿Quién es?

FLORICIO. Diana se llama.

ANTANDRO. ¿Cúya hija?

FLORICIO. No lo sé.

ANTANDRO. ¿Y dónde era el desafío  
de los dos necios amantes?

FLORICIO. Encima de San Cervantes.

desotra parte del río.

ANTANDRO. ¿Allí le aguarda?

FLORICIO. El día

que allí junto le aguardaba.

ANTANDRO. ¿Y para eso se armaba?

FLORICIO. Señor, sí.

ANTANDRO. Muy bien hacía.

Haz que aquella yegua blanca  
y el macho un esclavo ensille,  
que quiero que se acuchille  
no menos que en Salamanca.

FLORICIO. ¿Luego le quieres llevar?

ANTANDRO. Luego al punto, porque es fuego  
que si no se mata luego,  
tarde se podrá matar.

No digas nada a su madre  
mientras voy a prevenir  
que luego pueda partir.

(Vase; queda FLORICIO.)

FLORICIO. Eres cuerdo, y al fin padre.

Notable desdicha ha sido,  
aunque quizá por mejor,  
que la vida y el honor  
el miedo y duda han perdido.

Que, aunque no salir es culpa,  
a quien disculpa no cuadre,  
es tal la fuerza de un padre,  
que le defiende y disculpa.

(Sale ALEJANDRO y dice como desesperado.)

ALEJANDR. ¡Oh Floricio! ¿Dónde es ido  
mi padre tan enojado,  
que llave a la puerta ha echado?

FLORICIO. Todo tu bien has perdido.

A Salamanca a estudiar  
te lleva dentro de un hora.

ALEJANDR. ¡Triste de mí!

FLORICIO. Pues agora  
su yegua manda ensillar,  
y la mula para ti,  
y que te pongas espuelas  
me dijo.

ALEJANDR. ¡Basta! Pondrélas  
al mal del bien que perdí.

que no es mucho que el dolor,  
y el ánimo apresurado  
acaben vida y cuidado,  
donde se acaba el honor.

¿Hay, dime, ventana en casa  
que alguna reja no tenga?

FLORICIO. ¿Y qué dirá cuando venga,  
y le diga lo que pasa?  
ALEJANDR. ¿No me cuentas ya por muerto?  
Disculparáste conmigo;  
¡hazlo, por Dios! ¡Hazlo, amigo!  
FLORICIO. Es locura y desconcierto:  
que nos podremos matar,  
y ser vistos de la gente,  
que es mayor inconveniente.  
ALEJANDR. ¿Qué al fin me quiere llevar?  
FLORICIO. Ya no hay remedio.  
ALEJANDR. ¿Qué haré?  
FLORICIO. Escribir esto a tu dama.  
ALEJANDR. ¿Y de mi honra y mi fama,  
qué cuenta al mundo daré?  
FLORICIO. Escribe por sí o por no  
antes que tu padre venga  
y a llevarte se prevenga.  
ALEJANDR. El me engendró y me mató.

(*Íanse, sale solo BERNARDO.*)

BERNARDO. Honra, amor, celos y agravio  
me traen a ver mi muerte,  
pues no quiere de otra suerte  
remediarne el tiempo sabio.

Rato ha que sois testigo,  
castillo invencible y alto,  
que a mi palabra no falto  
y que espero a mi enemigo.

De la honra mil recelos,  
de amor la esperanza vana, —  
el agravio de Diana  
y de Alejandro los celos,

todos juntos, que pudiera  
cualquiera sólo por sí,  
me han hecho esperar aquí  
vida alegre o muerte fiera.

Pero el ver que la tardanza  
del contrario la defiende,  
parece que al cielo ofende  
la razón de mi venganza.

Pues, ¿qué es esto, cielo airado,  
cuando eternamente he sido  
de la razón ofendido  
y a la maldad obligado?

Mas, ¿qué mucho que en razón  
dejes, Diana, tu luna  
defienda sin causa alguna  
su lascivo Endimión?

¿Es posible que no viene  
cumpliendo con su arrogancia,

el que tan poca distancia  
del libro a la espada tiene?  
Pero, ¿quién será este viejo  
que viene derecho a mí?

(*Entre ANTANDRO, padre de ALEJANDRO.*)

ANTANDRO. Muy desarmado salí,  
no he traído buen consejo,  
que no viene a este lugar  
descuidado mi enemigo.—  
¡Ah, galán!

BERNARDO. ¿Habláis conmigo?

ANTANDRO. Y a vos os vengo a buscar.

BERNARDO. ¿Vos a mí? ¿Pues a qué efecto?

ANTANDRO. ¿No sois Bernardo?

BERNARDO. Sí soy.

(¿Yo no vine adonde estoy  
por lo más solo y secreto?

¿Quién habrá dicho el suceso?  
Pero si trata de paz,  
yo pienso estar pertinaz  
rogado, oprimido o preso.)

ANTANDR. Sacad, Bernardo, la espada,  
que aquí está vuestro enemigo.

(*Metete mano.*)

BERNARDO. ¿Yo con vos?

ANTANDRO. Sí, vos conmigo;  
¿no es como la vuestra honrada?

BERNARDO. Señor, si en mi vida os vi,  
¿por qué he de reñir con vos,  
si no es que ha de ser con dos?

ANTANDRO. Por el que falta salí:

no puede agora Alejandro  
salir a tan justa empresa,  
que está su persona presa,  
pero por él viene Antandro.

No dudéis que nos matemos,  
si queréis vengaros dél,  
porque os juro que yo y él  
la misma sangre tenemos.

Siempre a la causa se culpa  
de cualquier efecto malo;  
yo que a la causa me igualo  
soy el actor de la culpa.

Por mí vive el que esperáis:  
por eso matadme a mí  
como quien la causa fui  
del agravio que vengáis.

Porque ninguno la arguya  
de cobarde y abatida.

matad, Bernardo, esta vida que dió principio a la suya.

Yo le encerré con prisiones de mi llave y obediencia, satisfaciendo en ausencia entrambas obligaciones.

Como era mi sangre aquélla, sabed que la recogí, porque si se vierte aquí quédase mi sangre en ella.

¿No ha de ser, aunque os provocho, tanta vuestra cortesía?

Si habéis de verter la mía, ¿qué se os da que quede un poco?

¿Quién deja de hacer jamás lo que el amor le aconseja?

Viértase esta sangre vieja y dure la nueva más.

Aquel que mata inclemente por vengarse a su enemigo, que hace un desconcierto digo, porque el muerto ya no siente.

Si vivo y muerto quedase su castigo lloraría, y muerto y vivo vería el que mata al que matase.

Y esto podéis hacer vos, siendo, si yo muero aquí y vive Alejandro allí, haber rendido a los dos.

Veráse en su padre muerto, y vos en su padre a él, y con salir yo por él él cumplirá su concierto.

Que, como digo, yo supe la ocasión y la pendencia, y es mejor que mi experiencia aqueste lugar ocupe.

Quiéroos tratar como hidalgo; que por lo que airado os dijo, aunque es honrado mi hijo, como más honrado salgo.

Ea, pues. ¿Qué estáis en duda? Alzad esa mano airada, que se me queja la espada de que la tengo desnuda.

¿Qué miras?

BERNARDO. Estoy suspenso de tal determinación, y así, con justa razón.

a los dos rendirme pienso.

A él, por hijo dichoso de tal padre como vos, y a vos porque os hizo Dios tan discreto y animoso.

Y esto lo puedo hacer bien sin ofender a mi honor, por agravio de un amor y defensa de un desdén.

Esa sangre recogida, de quien dais tan buena muestra mil años viva en la vuestra, siendo los dos una vida.

(Díase la.)

Esta, señor, es mi espada: vos habéis muy bien reñido, pues ya me tiene rendido la vuestra, en piedad bañada.

De vuestro hijo y de vos soy amigo.

ANTANDRO. Scrá llano concierto con esa mano, pues ésta os doy por los dos.

Que si la mano me dais, la espada entregáis también.

BERNARDO. Negociado habéis más bien, Antandro, que imagináis.

A Diana, si tenía a su amor algún derecho, la despido de mi pecho, y se la diera, a ser mía. El puede casar con ella si no os da a vos pesadumbre, aunque destos ojos lumbre y desta Troya centella.

Que este lazo de amistad hoy mi casamiento ha sido.

ANTANDRO. Tarde la habéis ofrecido, que hoy sale de la ciudad.

BERNARDO. ¿Cómo?

ANTANDRO. Ya está de camino a Salamanca a estudiar, que así se suele estorbar un juvenil desatino.

Vos podéis casar con ella, y aunque con él ir querría, se irá sólo, y este día he de hablar sus tíos della.

Quiero haceros buen tercero, por eso, veníos conmigo,



que, en despachando a quien digo,  
hablar a Geraldo quiero,

con quien en la mocedad  
tuve amistad muy estrecha,  
y la amistad aprovecha  
con más fuerza en esta edad.

BERNARDO. Quiero besaros los pies,  
no los retiréis de mí.

ANILANDRO. ¡Paso! No tratéis así  
a quien ya tan vuestro es;  
que yo os la daré, en efeto,  
y no es pobre de valor,  
que la virtud y el honor  
son los dotes del discreto.

(*Entra, y sale SERALDO (1) y DIANA.*)

DIANA.

¿La ventana me clavás? ¿A qué efeto?

SERALDO.

Porque es ocasionada la ventana  
para regalos de un amor secreto.

DIANA.

¿Que a oscuras he de estar noche y mañana?

SERALDO.

¿A oscuras? Es el sol muy inquieto  
y muy galán a su querida hermana.  
Eres Diana tú, y es su costumbre  
dar a Diana de sus rayos lumbré.

DIANA.

¿Con fábulas me engañas?

SERALDO.

Halo sido  
la esperanza que puse en tu memoria,  
aunque tu seso con tu honor perdido  
son, por mi daño, verdadera historia.

DIANA.

Bien me tienes por falta de sentido  
si al limbo me reduces de tu gloria.

SERALDO.

¿Y no eres loca, si a ti misma ofendes  
y con razones necias te defiendes?

DIANA.

Séralo ya, pues que cerrada quedo;

(1) De de aquí llama SERALDO al Go de DIANA,  
que antes había llamado "GERALDO".

que la pasión no hay seso que no gaste,  
y más que a oscuras sola tendré miedo.

SERALDO.

Sin miedo alguna vez de noche hablaste.

DIANA.

Pues, ¿cómo hacer labor sin lumbré puedo,  
ya que a labor de noche me obligast?

SERALDO.

A la mujer que es virtuosa y casta  
para labrar muy poca luz le basta.

(*Sale JULIA, criada de DIANA, con la escribanía.*)

JULIA.

La escribanía que mandaste traigo.

SERALDO.

¡Oh, Julia amiga, así mil años vivas,  
qué me has hecho placer!

DIANA.

Ahora caigo  
en que también me mandas que no escriba.

SERALDO.

Esta vez de tu pecho desarraigo  
toda ocasión que del honor te priva:  
instrumento de mal y no otra cosa  
son pluma y tinta en la mujer ociosa.

¿Qué libros tienes?

DIANA.

Un fray Luis.

SERALDO.

Es santo,  
santa su lengua, pluma, escrito y vida.  
¿Qué más?

DIANA.

Un Oratorio.

SERALDO.

Ve entre tanto,  
Julia, por ellos.

DIANA.

¡Ay, que soy perdida!

(*Asc.*)

SERALDO.

Leyendo en quien trató del cielo tanto,  
que un alma deja de su amor herida,  
¿a lo humano te trajo la locura?

DIANA.

¿No puede amarse Dios en su criatura?

SERALDO.

¿Que aun para aquesto quieres ser sofista?

DIANA.

Amar a un hombre es pensamiento honesto  
con habla grave y vergonzosa vista  
y al matrimonio el corazón dispuesto.

SERALDO.

¿Quién hay que a tanta obstinación resista  
donde se prueba el hurto manifiesto?

(Sale JULIA con los libros de DIANA.)

JULIA.

¿Los libros son aquestos?

SERALDO.

Muestra.

DIANA.

¡Ay, triste!

SERALDO.

¿El Oratorio y fray Luis dijiste?

(Lee los títulos y dice:)

¡Buena encuadernación! *Primera parte*  
*de la Diana.* ¡Bien, por vida mía!  
¡Qué gentil fray Luis! Quisiera darte  
la culpa que tu culpa merecía.

DIANA.

Déjame ya de mirállos y enojarte,  
que así me los prestó una prima mía.

SERALDO.

Primero ver el Oratorio quiero.

¡Oh, qué espiritual! El *Cancionero*. [llama.

¿Tienes vergüenza? (1)—Mira allí quién

JULIA.

Des hombres son: un viejo y un mancebó.

SERALDO.

¿De que pueden entrar, y entre esa dama.

DIANA.

Más que arrepentimiento, enojo llevo.

(Vase.)

(1) En A repite la indicación de persona SER.

SERALDO.

¡Cuán cara es de guardar mujeril fama,  
que como simple pez acude al cebo!  
En mí los padres grande ejemplo tienen.

JULIA.

Ya entran.

SERALDO.

Entren, que a mal tiempo vienen.

(Sale EL ORATORIO y ANANDRO.)

ANTANDRO.

Guarden los cielos con nestóreos años,  
Seraldo noble, tus honradas canas.

SERALDO.

¡Oh, Antandro mío! ¿Puede ser que veo  
tus perezosos pies por estas puertas?  
¿Qué novedad es ésta?

ANTANDRO.

No te espantes,  
que tarde, caro amigo, las visite,  
pues ya la edad, negocios y familia  
no dan aquel lugar que en años verdes  
los dos gozamos con tan varios gustos.  
Y porque mi venida te suspende  
y en este joven pones ya los ojos,  
dime si le conoces, porque quiere  
ser hoy tu hijo y mío, si tú gustas.

SERALDO.

Conózcole muy bien, y de sus padres  
tengo la relación que de los míos;  
pero advierte aquí aparte dos palabras.

ANTANDRO.

Que me place de oírlas.

BERNARDO.

¡Santo cielo!

¿Qué será lo que hablan y murmuran  
aquestas dos columnas de mi vida,  
sustento universal de mi esperanza?

(Los viejos solos en secreto hablen.)

Ha de romper el viento impetuoso  
la máquina del bien donde me anego  
por este mar de confusión y lágrimas,  
sin que lleguen las áncoras al puerto.  
¿Si le ha dicho que soy algún perdido,

qué bien nacido no podrá negallo?...  
 ¿Si le dice que juego o solicite  
 las mujeres ajenas o las libres?  
 ¿Qué será aquesto?

ANTANDRO.

Pues si aquesto fuera,  
 ¿había yo de hablaros por Bernardo?  
 Antes por sosegalle, aquesta tarde  
 partirá a Salamanca a sus estudios,  
 y no hay cosa que más los interrompa  
 que el casamiento en los primeros años.  
 Quieren las letras solo y libre al hombre,  
 desnudo de negocios y cuidado,  
 que mal estudiará quien le tuviere  
 del cotidiano pan de la familia.  
 Por eso mil filósofos dejaron  
 sus patrimonios y a vivir se fueron  
 a soledades del desierto campo,  
 y alguno se sacó los mismos ojos.

SERALDO.

Quise advertiros desto porque tengo...  
 ¡Llega al oído!

BERNARDO.

¡Oh, mísera esperanza,  
 de dos caducos viejos combatida,  
 te vas al fondo de miseria y pena!  
 ¿Si me engaño este viejo? ¿Si por dicha  
 viene a pedilla para el hijo propio?

ANTANDRO.

Todo eso es causa de que yo lo intente,  
 y digo que haréis cuenta que es mi hijo;  
 fuera de que sus padres son notorios  
 hijosdalgo del valle de Carriedo.

SERALDO.

Pues siendo así, yo soy el venturoso.  
 Entrémonos con él en mi aposento,  
 y pues el cielo, Antandro, a verme viene,  
 agora firmaré las escrituras,  
 y aquesta noche se darán las manos.

ANTANDRO.

Haces, Seraldo, como cuerdo en todo.  
 Diana es pobre y este mozo es rico.  
 Echale el yugo, que una vez echado  
 ¿quién pondremos en razón sus padres.

SERALDO.

De tu mano me viene el ser que tengo.

ANTANDRO.

Bernardo, mal se ha hecho tu negocio;  
 dije tus pensamientos y tus prendas  
 y dice que la tiene prometida;  
 que él quisiera servirte, mas no puede.

BERNARDO.

Pues ábrase la tierra, y en su centro  
 confunda aqueste cuerpo miserable;  
 un villano me pase aqueste pecho,  
 y a mi padre me lleven muerto en brazos.  
 ¡Oh, pesado vivir! ¡Oh, carga inútil!  
 ¡Oh, vergonzosa cárcel de mi alma!  
 ¿Cuándo será que, desatada y libre,  
 de su prisión y pesadumbre escape?  
 Dile que tome, Antandro, aquesta daga;  
 dile que pase las entrañas mías;  
 dile que el corazón lleve a Diana,  
 de su infidelidad justo sepulcro.  
 ¡Cielos, piedad, que muero y enloquezco,  
 que rabio, desespero y me consumo!  
 ¿Pues es posible?

ANTANDRO.

¡Paso, loco, advierte!  
 No más locuras, que Diana es tuya;  
 entra a tratarlo con tu honrado suegro,  
 que ya me ha dado el sí.

BERNARDO.

Dame esos brazos,  
 esos pies, esas piernas, y aun quisiera  
 besarte esas mejillas, llenas de honra.

ANTANDRO.

¡Tente! ¿Estás loco?

BERNARDO.

Y vos, mi amado padre,  
 herrad aqueste rostro con mil eses,  
 que todas digan vuestro dulce nombre.  
 Yo no he de ser, como otros, grave yerno,  
 que no he de ser sino la humilde hechura  
 que hoy sale al mundo de esas manos santas.

ANTANDRO.

¿Santas? ¿Qué dices?

SERALDO.

El placer le ciega,  
 que bien caducas son, flacas y débiles.  
 Vente conmigo a mi escritorio.

BERNARDO.

Vamos,

que quiero hacer en él una escritura  
de esclavitud y sujeción perpetua.

ANTANDRO.

¡Qué loco amor!

SERALDO.

Por esto hemos pasado.

BERNARDO.

Más me mata este bien que el mal pasado.

(*Pausa, y entran DIANA y JULIA.*)

DIANA. ¿Con botas y espuelas dices?

JULIA. A la puerta falsa está,  
porque con lágrimas ya  
su partida solenices.

DIANA. Mira también si te engañas.

JULIA. Digo que a Alejandro he visto.

DIANA. Si a tanto fuego resisto,  
hoy son piedras mis entrañas.  
¿Dónde su padre le envía?

JULIA. A estudiar a Salamanca.

DIANA. Pues hazle esta puerta franca  
y entre a verme el alma mía.

JULIA. ¿Estando tu padre aquí  
y su padre dél también?

DIANA. ¿Qué importa, Julia, que estén,  
si tanto amor está en mí?

JULIA. Pues yo le voy a llamar.

DIANA. Ve, querida amiga, corre,  
que no hay tan fuerte torre  
que un alma pueda guardar.

Entre el rayo que me abrasa  
desde que su cielo vi,  
pues podrá quemarme a mí  
y dejar libre la casa.

(*Salen ALEJANDRO y FLORILIO, su criado de ALE-  
JANDRO, con botas de camino.*)

ALEJANDR. Si para darte razón  
de mi confusa partida,  
en que hoy el alma y la vida  
quieren hacer división,  
por la pena y los enojos  
de mi entendimiento mengua,  
faltara a mi alma lengua,  
mira llorando mis ojos.

Dellos mejor lo sabrás  
si con lágrimas no ciego,  
porque son lenguas de fuego,

que con el agua arden más.

Una sinrazón de un padre  
de tu alma me ha sacado;  
como a niño me han quitado  
de los pechos de su madre.

Arrancáronme de allí  
donde pierda el calor dellos,  
y acíbar quieren ponellos  
para que no vuelva a ti.

No sólo para apartarte  
de mí con tan breve ausencia  
usa de tanta inclemencia,  
pero hoy pretende casarte.

¿A qué piensas que ha venido  
este padre?

DIANA. Ya te aguardo.

ALEJANDR. A que hoy sea Bernardo  
mi veneno y tu marido.

Y con tanto miedo viene,  
que hoy me manda caminar,  
que piensa que he de estorbar  
el pensamiento que tiene.

Por eso tus brazos dame  
y Dios te haga dichosa,  
que presto quedará ociosa  
desta alma esta tierra infame;  
que antes que salga de aquí  
llorarás mi triste muerte.

DIANA. ¿Cómo podré responderte,  
mi bien, sin alma y sin ti?

Vuélveme a dar sentimiento  
y no me dejes el alma  
como reloj que está en calma,  
faltándome el movimiento.

Que en la hora que me dejas  
en ésa siempre estaré,  
por señalar una fe  
con número de mil quejas.

¡Triste yo! Mi flaca vida,  
a quien es la muerte avara,  
sin casamiento acabara  
con el mal de tu partida.

¿Qué sirven tantos contrarios  
si no tienen más firmeza,  
que para tanta flaqueza  
son rigores temerarios?

¿Tú partirme y yo casarme?  
Si la mitad era mía  
de la culpa que tenía,  
pena igual pudieran darme.



Tú partes, y libre vas;  
yo quedo, y casada quedo;  
este es agravio, mas puedo  
penar más, pues amo más.

Cásate, mi bien, también.  
porque ausentes y casados  
el amor y los cuidados  
en igual balanza estén.

ALEJANDR. ¡Calla, que dices locuras!  
Hablemos en lo que importa,  
si en aquesta vida corta  
algún término procuras.

Porque no sólo querria,  
ya que es forzoso el partir,  
que fuese para morir  
una enfermedad la mía.

Muera yo de sólo ausencia;  
no muera, Diana amada,  
del mal de verte casada.  
que es general pestilencia.

Pide término; difiere  
el casamiento, y aguarda,  
que poco el agravio tarda  
adonde la fe no muere.

De aquestos caducos viejos  
no te venzan las porfías,  
que con las lágrimas mías  
derribarás sus consejos.

Que yo volveré, si puedo,  
a cumplirte la palabra.

DIANA. Trágueme el centro y se abra  
si en tal propósito quedo.

FLORICIO. No más hablemos, mi bien.

JULIA. Hablar y servir, Floricio.

(*Aparte DIANA y ALEJANDRO hablen.*)

FLORICIO. Tu silencio es poco indicio.

JULIA. Y diga: ¿vase él también?

FLORICIO. También me voy.

JULIA. ¡Ay, cruel!

A no estar aquí mi ama  
deste suelo hiciera cama  
y me desmayara en él.

¡Tenme, por Dios, en los brazos!

FLORICIO. ¿Haréte aire?

JULIA. Un poquito.

FLORICIO. ¿Mucho pesas!

JULIA. Infinito.

FLORICIO. ¿Si mucho?

JULIA. Haréme pedazos.

ALEJANDR. ¿Qué es eso?

FLORICIO. Ninguna cosa.

ALEJANDR. Ya lo que es me revela.

FLORICIO. Mirábala cierta niela  
de que está muy dolorosa.

ALEJANDR. ¿Tiempo es este de burlar?

FLORICIO. ¡Los viejos salen!

ALEJANDR. ¿Los dos?

FLORICIO. Los dos, pues.

ALEJANDR. ¡Mi gloria, adiós!

DIANA. ¡Adiós!

ALEJANDR. ¿Queréisme abrazar?

DIANA. ¿Por qué no?

FLORICIO. ¿Y tú a mí?

JULIA. También.

DIANA. ¡Qué salen! ¡Ay, suerte impía!

ALEJANDR. ¡Quédate, adiós, alma mía!

(*Vanse ALEJANDRO y FLORICIO; quédanse DIANA y JULIA, y entran SERALDO y ANTANDRO.*)

ANTANDRO. Todo se ha de hacer muy bien.

SERALDO. Aquí está Diana.

ANTANDRO. Hablalda.

SERALDO. ¿No es gallarda?

ANTANDRO. Por extremo.

SERALDO. (1) Que no se me altere temo.

ANTANDRO. Entrad humilde y rogalda.

SERALDO. ¿Hija?

DIANA. ¿Señor?

SERALDO. Cuidadoso  
de tu bien, hoy te ha traído  
Antandro un galán marido,  
rico, hidalgo y virtuoso.

No venimos por el sí,  
sino a solo que le veas,  
que si remedio descas,  
¿cuál mejor?

ANTANDRO. ¡Bueno va así!

DIANA. No me atrevo a responder.  
por tener tu voluntad  
por firme ley.

SERALDO. ¿Qué humildad!

¡Pues, alto! ¿Quiéresle ver?

DIANA. ¿Dónde queda?

SERALDO. En mi aposento.

DIANA. Pues ve y entreténle un poco,  
mientras me visto y me toco.

SERALDO. ¿Qué humildad, qué entendimiento!  
Vamos, que tiene razón.

(1) A falta "Ser."

porque compuesta la vea.

*(Vanse los dos viejos.)*

ANTANDRO. ¡Qué humildad!

DIANA. ¿Qué habrá que sea  
remedio en esta ocasión?

Julia, ya tengo pensado

lo que en esto puede haber.

JULIA. ¿Qué es lo que piensas hacer?

DIANA. ¡Gran maestro es el cuidado!

Desde que intentó mi tío

que no viese sol ni calle,

propuse para dejalle

un notable desvarío.

Sácame aquel ferreruero,

sombrero, daga y espada,

que hallarás allí guardada,

de mi hermano Pinabelo.

JULIA. ¿A qué efecto?

DIANA. No te tardes,  
que es de veras el efecto.

JULIA. Yo voy.

*(Vase JULIA.)*

DIANA. El amor perfecto  
hace fuertes los cobardes.

Pensé remediar mi mal

en hábito varonil

cuando dió aqueste civil

en serme tan criminal.

*(Quítase la saya; queda de hombre.)*

Y así la mitad me puse  
debajo de aquesta saya;  
para que estorbo no haya  
la libertad me propuse.

Y más agora que intento  
con varonil fortaleza

cubrir esta vil flaqueza

de tan loco atrevimiento.

No hay libertad en los hombres  
que un punto de honor les cueste.

*(Sale JULIA con espada, daga y ferreruero; admírase de ella.)*

JULIA. ¡Ay, Jesús! ¿Qué hombre es éste?

DIANA. ¡Calla! Yo soy. No te asombres.

JULIA. ¿Eres tú, señora mía?

DIANA. ¿No lo ves? ¿Dame esa espada!

JULIA. ¿Qué buena estás disfrazada!

DIANA. No soy la que ser solía,  
que esta espada que me ciño  
ha de vencer a la muerte.

JULIA. ¿Cómo te ha hecho tan fuerte  
amor, si dicen que es niño?

DIANA. Es niño muy poderoso.

Dame el sombrero, y adiós!

*(Vase DIANA, queda JULIA, y entran los viejos y BERNARDO.)*

BERNARDO. Llegad primero los dos,

que voy turbado y medroso.

SERALDO. ¿Dónde, Julia, está Diana?

JULIA. De casa, señor, se ha ido.

SERALDO. ¿Cómo de casa? ¿Has perdido  
el seso, infame villana?

JULIA. Digo, señor, que se fué,  
por no dar consentimiento  
a este nuevo casamiento.

SERALDO. ¿Y adónde fué?

JULIA. Yo qué sé.

SERALDO. ¿Cómo no?

BERNARDO. Pues, cielos justos,  
¿por qué quisistes guardar  
tal género de pesar  
en medio de tantos gustos?

Antandro, mirad qué es esto,  
si no queréis que me mate.

ANTANDRO. Debe de ser disparate,  
si no fué melindre honesto:  
en cas de alguna vecina  
se debe de haber entrado.  
¿Que lo has visto y lo has callado?

SERALDO. Ven con nosotros: camina,  
que si no parece luego,  
yo haré que tu alma vaya  
en su busca.

JULIA. ¿Soy su ama?

BERNARDO. ¡Al extremo punto llego!

*(Vanse, y entran LAURENCIO, alférez, y FELICIANO y LEONARDO y ROSINDO, soldados, y dice FELICIANO.)*

FELICIANO.

En fin, señor Alférez, que mañana  
marchar pretende el Capitán.

LAURENCIO.

Sospecho  
que partiremos al romper el alba,  
porque dueientos hombres tiene en lista;  
que cuando dellos los cincuenta falten,  
bien queda una lucida compañía.

LEONARDO.

¿Y adónde marchan?

LAURENCIO.

A Castilla marchan,  
tierra de Salamanca, Béjar y Alba,  
para que por Ciudad Rodrigo entremos  
en Portugal, cuando se dé el aviso.

ROSINDO.

Esa es tierra del cielo, abundantísima  
de pan y vino, carne, fruta y huéspedes:  
no querría salir della en mi vida.

LAURENCIO.

¿Qué bueno sois para lagarto en Nápoles!

ROSINDO.

Mejor que para ser sargento en Flandes.  
Ya he sido piñatero en Alejandria,  
y he tenido en mujeres y en el juego  
toda la dicha que Leonardo sabe.

LEONARDO.

La guerra de Rosindo es muy pacífica:  
jugar socorros y meter la guardia,  
contar raciones, convidar amigos,  
parar un Julio y tresdoblarle presto,  
tener hermosa amiga y buenas armas.

LAURENCIO.

Según eso, ¿en Toledo habrá tenido  
Rosindo esos extremos con extremo?

ROSINDO.

De Francisco Ruiz, único artífice  
en temple y en labor, tengo esta hoja;  
pero desotro, eterno olvido tengo.

(*Salga DIANA de hombre, bizarra.*)

FELICIANO.

¿Quién es este mancebo?

LEONARDO.

¡Bravo talle!

DIANA.

¿Es de vuestras mercedes, por ventura,  
alguno el Capitán?

LAURENCIO.

Cualquiera puede  
por méritos, servicios o persona.  
El no está aquí, pero su alférez basta.

FELICIANO.

Mirad, señor, en qué serviros puedo.

DIANA.

Soy de aquesta ciudad un noble hidalgo,  
inclinado a la guerra desde niño;  
estórbame mis padres este intento,  
y vengo huyendo casi a la partida  
por alistarme y ir al Rey sirviendo.  
Así marcial estrella me ha forzado;  
mas temo, si soy visto o descubierto,  
ser de un caduco viejo detenido,  
que como a vil mujer quiere casarme,  
teniendo, cuando menos, en el pecho  
todo un Marte mayor que un Alejandro

LAURENCIO.

A tan honrado intento, caballero,  
todos acudiremos como es justo.  
Yo tengo un aposento razonable,  
donde podéis estar hasta mañana,  
que mañana sin duda nos partimos.  
Seremos camaradas todos cinco,  
y yo, si vos queréis, de mesa y cama.

DIANA.

Bésoos las manos por merced tan grande.

LAURENCIO.

Pues vamos a alistaros.

DIANA.

Eso os pido,  
que con vuestro favor a nadie temo.

LEONARDO.

(¿Este es mujer?)

ROSINDO.

Parécelo en extremo.)

## ACTO SEGUNDO

(*Salen FELICIANO y ROSINDO.*)

FELICIANO.

Cuatro meses y más que hemos andado  
alojados, Rosindo, por Castilla,  
en este loco pensamiento he dado.

ROSINDO.

Hame causado espanto y maravilla  
que me digas que es hembra aqueste mozo.

FELICIANO.

Si no basta miralla, baste oilla.

¿No ves que apenas la señal del bozo

le adorna el rojo y femenino labio,  
y del Alférez el secreto gozo?

ROSINDO.

Sin duda que es mujer, y como es sabio,  
sacóla de Toledo en traje de hombre,  
temiendo de los padres el agravio.

FELICIANO.

Esto no es nuevo, ni hay de qué os asombre  
ver mujeres amantes de soldados  
con traje militar, espada y nombre.

(Sale LAURENCIO, alférez, con gente.)

LAURENCIO.

¿Están vuestras mercedes alojados?

ROSINDO.

Juntos nos dieron en aquesta sierra  
unos casares viejos derribados.

LAURENCIO.

No hay otro alojamiento en esta tierra;  
que a mí y a don Martín, mi camarada,  
una cabaña de un villano encierra.

FELICIANO.

No hay mal alojamiento ni posada  
para dos que se quieren, que en amantes  
el duro suelo es cama regalada.

LAURENCIO.

Déjense de razones semejantes,  
si los amantes son hombres.

FELICIANO.

No entiendas  
que tus secretos son muy importantes.

Ni del amigo como yo te ofendas;  
que mi capa sabrá cubrir tus cosas  
cuando favor de mi amistad pretendas.

Las manos delicadas y curiosas,  
la bella tez que oscureció la mano,  
y las mejillas de clavel hermosas  
de aqueste disfrazado toledano  
descubren fácilmente que es tu amiga.

LAURENCIO.

Mira bien lo que dices, Feliciano.

FELICIANO.

Laurencio, todo el cielo me maldiga  
si don Martín no es hembra.

LAURENCIO.

Y todo el cielo,  
si yo lo sé, me ofenda y me persiga.

Con llaneza de amigo y puro celo,  
por hombre y por soldado le he traído,  
aunque es verdad que con algún recelo.

Que si en un aposento hemos dormido,  
jamás le vi acostar, porque aguardaba  
que estuviere dormido o divertido.

Y aunque su talle a sospechar me daba  
mil ocasiones que mujer no fuese,  
pero su discreción me aseguraba.

¿Qué dama vió jamás que no sirviese?  
¿Qué socorro cobró que no jugase?  
¿cuáles armas que diestro no esgrimiese?

Mas si es mujer, no es bien que oculto pase.  
Dejadme a mí con él, que si ello es cierto,  
quizá me pagará que me engañase.

FELICIANO.

Procúralo, señor, en campo abierto,  
aunque fuera mejor dentro en la cama;  
mas si es hombre, sería mal concierto.

LAURENCIO.

Mejor es en la parte que se enrama  
más intrincado aqueste monte oscuro,  
por cuya falda el Tormes se derrama.

FELICIANO.

¡Vamos, que viene ya!

LAURENCIO.

Cosa procuro.  
de que pretendo no pequeña gloria  
por el poco peligro que aventuro.

(Vanse, y queda LAURENCIO y sale DIANA.)

DIANA.

¿De manera, señor, que no hay memoria  
de los amigos en saliendo fuera?

LAURENCIO.

Ya me voy prometiendo la vitoria.  
Estoy, por vida vuestra, de manera  
que una cierta mortal melancolía,  
nacida de un secreto bien que espera.  
Que estoy como sin seso todo el día  
en esta confusión que me deshace,  
y desde el alba hasta la noche fría.

DIANA.

¿Pues no podré saber de adónde nace?



LAURENCIO.

Con vuestro entendimiento, que no yerra,  
eternamente cuanto dice y hace,

por el verde pretil de aquesta sierra  
la causa trataré, causa notable,  
que quiere descansar en poca tierra.

DIANA.

Si puede ser el mal comunicable,  
¿quién duda que en el alma disminuye  
gran parte del estado miserable?

Con el amigo fácilmente huye  
del corazón la pena que le ofende.

LAURENCIO.

Eso mismo de vos mi amor arguye.

Y así deciros su dolor pretende,  
porque descanse yo, porque se acabe  
el corazón el fuego que le enciende.

DIANA.

Cuando el dolor de alguna herida es grave  
pone el medicamento en la templanza,  
y así es al alma el buen consejo suave.

Tiene el amigo cierta semejanza  
al alma del amigo como espejo  
que imita al propio, cuanto a ver alcanza.

Si la necesidad de mi consejo,  
siendo tan mozo, a dalle me habilita,  
lo que es amaros en silencio dejo.

Mi alma, al parecer, la vuestra imita,  
en ella se ve el vuestro, y aun en ella,  
como en espejo en quien amor habita.

LAURENCIO.

(Por Dios que es tan discreta como bella;  
de mí me espanto, que con serlo tanto,  
tanto pude (1) tardar en conocella.  
Es, sin dula, mujer.)

DIANA.

Decidme cuánto.

Laurencio amigo, os da el desasosiego,  
pues ya sólo nos vé del cielo el manto.

LAURENCIO.

¡Ay, sol, de cuyos rayos estoy ciego!  
¡Ay, don Martín, martirio de mi alma,  
y de la Troya de mi pecho fuego!

Todo este tiempo que he vivido en calma  
con conocer he vivido muerto.

(1) A. "muerte".

y me ha negado amor la dulce palma.

No me parece extraño desconcierto  
que las sospechas por verdades crea,  
pues ser mujer, aunque secreto, es cierto,  
no hay hombre que lo dude como os vea.  
Si hombre os amé, como del alma amigo,  
bien es que, dama, vuestro amante sea.

DIANA.

¿Estáis loco, Laurencio?

LAURENCIO.

Verdad digo.  
Silencio como firme amor prometo.

DIANA.

A no lo estar os diera igual castigo.

LAURENCIO.

No me encubráis, por Dios, vuestro secreto;  
mirad que puedo aprovechar en algo.

DIANA.

¿Que esto presuma un hombre tan discreto?

Mirad que yo lo soy, y tan hidalgo,  
que a quien os dijo tal diré que miente,  
y mostraré que por diez hombres valgo.

LAURENCIO.

¿Estáis resuelta en esto?

DIANA.

Eternamente  
diré otra cosa, porque yo soy hombre,  
y hombre muy bien nacido y muy valiente.

LAURENCIO.

Pues yo también lo estoy, de que os asombre  
la fuerza que os haré para sabello,  
aunque en esta amistad traidor me nombre.

DIANA.

¡Por esta espada!

LAURENCIO.

¡Paso! Que un cabello  
os puede echar la espada de la mano  
mal gobernada dese brazo bello.

DIANA.

¡Paso, Alférez traidor! ¡Paso, inhumano!  
¡Aquí de Dios, que quiere hacerme fuerza!

LAURENCIO.

Hay mucho espacio deste monte al llano.

DIANA.

¡Que me fuerza, señores, que me fuerza!

LAURENCIO.

¿A los robles llamáis señores? ¡Bueno!

DIANA.

¡Traidor!

LAURENCIO.

Ese traidor mi pecho esfuerza,  
y al apetito de razón ajeno  
no parará, que corre desbocado.

DIANA.

¡Póngale Dios con su justicia freno!

LAURENCIO.

Sólo quiero quedar desengañado.

*(Entren tres villanos carboneros, con bastones, llamados BATAVO, CHAMIZO, ELENCO.)*

BATAVO. Digo que están batallando.

¡Cuerpo del sol, acudí!

CHAMIZO. Eh, Dios ¿que le están forzando?

BATAVO. ¿Luego es hombre?

ELENCO. ¿Hombre?

CHAMIZO. Sí.

ELENCO. Por Dios, que es pecado, Hernando.

CHAMIZO. No son pecado, elefante.

BATAVO. Suelta el muchacho arrogante.

LAURENC. ¡Oh, villanos, que es mujer!

ELENCO. ¿Con bragas lo había de ser?

LAURENC. ¡Que es mujer! ¡Nadie se espante!

CHAMIZO. Pues, borracho, aunque lo fuera,  
¿era bueno destrupalla  
a solas de esa manera?

LAURENC. ¿Queréisme dejar, canalla?

CHAMIZO. ¿Canalla?

BATAVO. ¡Oh, traidor, espera!

LAURENC. Pues, ¿por qué queréis matarme?

DIANA. Algún ángel [a] ayudarme  
trajo aquestos tres aquí.

*(Vase huyendo LAURENCIO.)*

CHAMIZO. ¿Huís, borracho? Eso sí;  
no pienso tras él cansarme.

BATAVO. Allá va cual ciervo herido.

ELENCO. Pardiós que no hay alcanzalle.

CHAMIZO. Decidnos lo que esto ha sido.

DIANA. Tener razonable talle  
y ir por el monte perdido.  
En ángeles transformados

remediastes mis cuidados.

BATAVO. ¿Ángeles dice que fuimos?

ELENCO. ¿Vos no miráis que venimos  
para ángeles muy tiznados?

CHAMIZO. De vos quería saber,  
pues de aquel hombre os libramos  
que tal fuerza os quiso hacer,  
si es que en esto no pecamos,  
si sois hombre o sois mujer,  
que en decírnos la verdad  
ganaréis nuestra amistad  
y en nuestra casa tendréis  
todo el tiempo que querréis  
mesa, cama y voluntad.

Somos ciertos carboneros  
que en este monte habitamos,  
serranos y compañeros;  
carbón a vender llevamos  
y partimos los dineros.  
Si la choza abierta y franca  
no os agrada, una potranca  
os daré para que os vais;  
que desde aquí sólo estáis  
tres leguas de Salamanca.

¿Qué decís?

DIANA.

Estoy de suerte  
que apenas he vuelto en mí  
para que hablaros acierte,  
que ha muy poco que salí  
de mayor mal que la muerte.  
Soy, en efeto, mujer;  
lo demás podéis saber  
despacio en vuestra cabaña,  
que abrasará la montaña  
si aquéste acierta a volver.

que trae una compañía  
de que es alférez valiente.

BATAVO.

Pues como venga de día,  
quizás en ver nuestra gente  
le tomará alferecía.

Mas venid a nuestra choza,  
veréis lo que el monte goza.

DIANA.

Ya voy perdiendo el enojo.

ELENCO.

Echado le llevo el ojo.

¡Voto al sol, que es linda moza!

*(Llévase, y sale ALEJANDRO solo, en hábito de estudiante.)*

ALEJANDRO.

Con el tiempo se pasan horas y años.  
con el tiempo el mayor reino perece,

con el tiempo el ingenio desfallece,  
con el tiempo la guerra y los engaños.

Con el tiempo da el tiempo desengaños;  
la hieldad con el tiempo se envejece;  
con tiempo mengua el mar, con tiempo crece,  
y con el tiempo acaban nuestros daños.

Con tiempo al mar sereno dió fortuna:  
con tiempo cae la máquina más alta,  
y nos da el tiempo sepultura y cuna.

El tiempo seca el campo, y él le esmalta;  
con el tiempo se eclipsan sol y luna,  
y en mí jamás amor con tiempo falta.

(Sale MAURICIO, estudiante, compañero de ALEJANDRO.)

MAURICIO. Anda ya vuestra Diana  
creciendo con tanto exceso,  
que se va del alma el seso.  
¡Oh! ¿Que lloráis de mañana?  
¿Al cabo de tantos días  
no se os olvida Toledo?

ALEJANDR. Olvidarme de mí puedo,  
mas no de las ansias mías.  
Cuando en Toledo amanece  
aquel alma celestial,  
la escuridad de mí mal  
en Salamanca anochece.

Porque la hermosa Diana,  
que darne su luz solía,  
hace allí la noche día  
y aquí noche la mañana.

MAURICIO. Según eso, ya sois vos  
como un estudiante honrado,  
que pensó, de muy letrado,  
que las lunas eran dos.

Que si está más turbia y blanca  
de que digáis tengo miedo  
que la luna de Toledo  
no es esta de Salamanca.

ALEJANDR. ¡Y cómo si lo diré!,  
pues ésta vive en el suelo,  
y ésa en el primero cielo  
con luz hurtada se ve.

Destá su valor se arguya,  
que si tiene por costumbre  
recibir del sol su lumbré,  
ésta al sol le da la suya.

Esta es creciente en mi lloro,  
menguante en el mal presente,  
por eclipsado accidente  
de la hermosura que adoro.

MAURICIO. Ahora creeros quiero,  
porque luna de estudiante  
es de ordinario menguante  
en el seso y el dinero.

Y por esa fe y amor  
más os debe esa Diana  
que aquella hermosa y tirana  
le debe a Montemayor.

Haced un libro como él,  
para que quede memoria  
desa tragedia y historia,  
tierno amor, padre cruel.

Pintad allí al nuevo esposo  
burlado en el mayor bien,  
y ella estorbando también  
el casamiento forzoso.

Y a vos tras ellos sin blanca,  
y de puro amor perdido  
entre dos ríos metido  
de Toledo y Salamanca.

¡Por Dios, buena camarada  
tengo en vos para mi humor!  
¿Para qué ponéis amor  
en una luna eclipsada?

Que entre vos y aquel galán  
ha puesto más tierra en medio  
que hay para vuestro remedio  
desde Salamanca a Orán.

Vamos, ¡pese a tal!, con vos  
a ver una forastera  
como un ángel, que hoy me espera  
y es ropa que hay para dos.

Que por lo que he celebrado  
vuestro talle y discreción,  
de veros tiene afición  
y de serviros cuidado.

Y mostrad más alegría,  
que me dicen en escuelas  
que si es de dolor de muelas  
tan larga melancolía.

Y aun ha habido hombre, por Dios,  
que os tiene por sospechoso.

ALEJANDR. No es sino un mal peligroso,  
que sabéis, Mauricio, vos.

MAURICIO. Que ya no os canséis en vano  
ni me habléis de esa manera.  
Vamos a esta forastera,  
que os curará por la mano.

La llaga untada se aplaca,  
y al que no pide no dan,

y, como dice el refrán,  
clavo con clavo se saca.

Venid y intentad remedio;  
haced como hombre.

ALEJANDR. ¡Oh, Mauricio!

de mi salud es indicio  
ver que estáis vos de por medio.

Vamos, que quiero alegrarme;  
que si dura esta tristeza  
vendrá a ser naturaleza  
y peligrosa a matarme.

¿Es hermosa esta mujer?

MAURICIO. Es razonable.

ALEJANDR. ¿Es común?

MAURICIO. Es entre perdiz y atún.

ALEJANDR. ¡Qué común debe de ser!

MAURICIO. Canta y tañe por extremo,  
y es sevillana.

ALEJANDR. Eso basta,  
y más si es de cierta casta  
en cuya nieve me quemó.

MAURICIO. Antes no es casta, ni sabe  
si eso es vicio o es virtud;  
tomalda para salud  
como primero jarabe.

Que para purgar amor,  
del mismo amor se ha de hacer.

ALEJANDR. Luego, ¿mujer con mujer?

MAURICIO. Así lo dice un doctor.

(Sale TARREÑO, capigorrón, vestido a lo gracioso.)

TARREÑO. *Domines, est hodie edendum?*

¿O fué como ayer, *jéjunia?*

*In perenne*, si hay pecunia,

*¿quid* de la plaza *ferendum?*

Que ya la hambre me arrastra.

y de nuestra chimenea.

¡oh, qué terrible pelca!

*fumus non itur ad astra.*

ALEJANDR. ¡Qué bueno viene Tarreño  
de hambre, elocuencia y talle!

MAURICIO. ¿Tenéis vos algo que dalle?

ALEJANDR. ¿Y puede faltarle un leño?

MAURICIO. ¿No os he dicho que no habléis  
latín, borracho? Tomad.

TARREÑO. La hambre y necesidad  
me obliga al latín que veis.

Piden las tripas sustento,  
y por eso empiezo [a] hablar  
lengua que no sea vulgar.  
y sositégame al momento.

ALEJANDR. ¿Y suélense comedir  
con lengua extraña?

TARREÑO. ¿Pues no?

Presumen que no soy yo  
y déjanme de pedir.

Imagínanse pasando  
a un hombre desconocido,  
y como a recién venido,  
de vergüenza están callando.

MAURICIO. Traed lo que os pareciere  
mientras de lición salimos,  
y pensad que ya venimos  
porque la comida espere.

TARREÑO. Yo lo haré; pero, por dicha,  
no podré carnero hallar,  
pero no podrán faltar  
*adobatus et salchicha.*

(*Úanse, y salen ELENCO y CHAMIZO, carboneros.*)

ELENCO. Mientras llevaste carbón,  
buen Chamizo, a la ciudad,  
me ha dado la voluntad  
mal de muelas y torzón,

de que vi aquel gentilhombre  
que era mujer en la choza,  
ya con hábito de moza  
y cansada de ser hombre.

No es de burlas són, que creo  
que tanta hermosura encierra  
que a la nieve de la sierra  
encenderá su desco.

¡Por Dios, que es bella serrana!,  
y que tengo prenotado  
que a su botín colorado  
vencen sus labios de grana.

Trae un sayuelo pólido.  
sayo de tal perfección,  
que quisiera ser sayón  
para vérmele vestido;

y una cofia en el tranzado  
de aquel cabello lustroso.  
que quisiera ser tiñoso  
por habérmela tocado;

y un delantal (1) que pudiera  
ser, entre nieve y cristal,  
de la luna delantal,  
si la de Valencia fuera.

¡Qué garganta hermosa y clara!  
Si vino tinto bebiera,

(1) A: "delantar".



como por vidro se viera  
hasta que al pecho llegara.

Ella es toda milagrosa.

CHAMIZO. ¡Par Dios!, si así te consumes  
que presumo...

ELENCO. ¿Que presumes?

CHAMIZO. Que ha de ser...

ELENCO. ¡Dilo!

CHAMIZO. Tu esposa.

ELENCO. Quiséralo mi ventura  
y nuestro amigo Batavo;  
que yo sería su esclavo  
en cambio de su hermosura.

Que yo le sirviera a él  
con más paciencia que Job  
lo que dicen de Jacob  
por la divina Raquel.

CHAMIZO. ¡Eh, Dios, que te ha hecho amor  
extremado bachiller!

ELENCO. Oí su historia antiyer  
a un cierto predicador.

No fué grande la ventura  
dél, que la tiene en su casa.

CHAMIZO. Mas si contigo se casa,  
la tuya fué más segura.

Que él no hace más de vella,  
y tú, Elenco, has de gozalla.

ELENCO. Pues si yo la gozo, calla,  
verás cuál ando con ella.

CHAMIZO. No os iré yo a despartir  
si estás tan antojadizo.

ELENCO. En nueve meses, Chamizo,  
tres veces ha de parir.

CHAMIZO. ¿A tres meses? ¿Tú no ves  
que a lo natural repuna?

ELENCO. Cualquiera se pare una;  
¡por Dios, que ha de parir tres!

Vuestra burra, cuando estuvo  
preñada de mi rocín,  
que la burra de Martín  
más poco térmeño tuvo.

CHAMIZO. ¡Calla, insensato! ¿Así eres  
de torpe y rebusto engeño?  
que no tienen un térmeño  
las bestias y las mujeres.

ELENCO. Ella viene, ¡voto a mí!  
y su ama viene con ella.

(Entra DIANA, como serrana, y LORENA, carbonea.)

LORENA. ¿En fin, te holgarás de vella?

DIANA. Dígola, madre, que sí.

Que dicen que Salamanca  
es una rica ciudad,  
y tengo la voluntad  
que el corazón se me arranca;  
porque tengo un deudo en ella  
que me debe la mayor  
deuda.

LORENA. ¿Deuda a ti?

DIANA. De amor,  
y estoy cerca de perdella.

Mas no sé si vaya allá,  
que diz que hay bellaca gente,  
y denda de amor ausente  
tarde y mal se cobrará.

LORENA. ¿Has de andar tú por ventura  
de noche por la ciudad?

DIANA. Antes busca claridad  
quien perdido amor procura.

LORENA. Espérate un poco aquí  
y los huevos juntaré.  
que se han de vender, a fe,  
a cuatro y medio por ti.

Que tu gracia y hermosura  
será como piedra imán.

DIANA. Id con Dios, que ellos tendrán  
en su venta mi ventura.

(Vase, y queda DIANA.)

Cumplídose ha mi deseo  
para ver a mi estudiante;  
aunque falso e inconstante,  
dentro del alma le veo.

Pero ¿dónde le hallaré  
entre tanta multitud,  
si no le saco en virtud  
de los ojos de mi fe?

¡Ay, Alejandro, mi bien!,  
hoy te busca una perdida,  
que en albricias de tu vida  
te dará el alma también.

Mas si le he-de hallar trocado,  
mi muerte voy a buscar.

ELENCO. Pardiez que la voy a hablar,  
mal o bien, libre o turbado.

CHAMIZO. Llega, pues, antes que salga  
Lorena a estorbar tu bien.

ELENCO. Llegá tú.

CHAMIZO. Yo iré también.

ELENCO. ¡Guárdeos Dios, serrana hidalga!

DIANA. ¡Oh, Elenco! (1) ¡Oh, Chamizo!

ELENCO. ¿Amigo te llama a ti? [amigo!]

CHAMIZO. Inclínase más a mí,  
y es porque menos la sigo.

Que eso tiene la mujer  
con quien ella se descuida,  
porque pocas veces cuida  
lo que le ha de suceder.

ELENCO. Yo estoy desde que te vi,  
señora, de mi carbón,  
hechos los ojos doblón  
y el alma maravedí.

Los ojos me vuelves oro  
siempre que en su luz me envuelves  
y el alma hierro me vuelves,  
pues mi propio yerro adoro.

Sabe, Dominga gentil,  
que desde que te vi en la cuesta  
no he tenido día de fiesta  
y de trabajos dos mil.

Tal es la melancolía  
que ese tu rostro me ha dado,  
que ando hasta el alma tiznado  
del humo que no sabía.

Que ha hecho de mi carbón  
amor fragua, y fuego tanto,  
que a no socorrerme el llanto  
derritiera el corazón.

Con el viento de desgracia  
son fuelles temor y olvido,  
y por aquesto te pido  
el hisopo de tu gracia.

No escribe sobre tiznado  
amor, sino en mi fiel  
pecho, que es blanco papel,  
las letras de mi cuidado.

Lee lo demás en él,  
que me enmudece el temor.

DIANA. ¿Que me tienes tanto amor?

ELENCO. Serrana, dígalo él.

Duélate mi sentimiento,  
pues lo causó tu beldad.

DIANA. Voy agora a la ciudad,  
que yo volveré al momento.

(Vase DIANA.)

CHAMIZO. Con la miel nos ha dejado.

ELENCO. Mas con la hiel en la boca.

CHAMIZO. Es presuntuosa y loca;

no querrá galán tiznado

En dondequiera que está  
la nieve excede en pureza.

CHAMIZO. Que el rigor y la belleza  
juntas siempre el cielo da.

ELENCO. ¡Oh, prega a Dios que tropieces  
por el camino que vas,  
y, para que ruedes más,  
en dos manos de almireces!

Pues no te duele el mal niño,  
en ellas pongas los pies,  
y tan gran caída des  
que no pares hasta el río.

Cuando hubiere algún finado  
te mate el aire el candil,  
y si coges perejil  
te de un lagarto un bocado.

Un duende contigo tope,  
y si algo a oscuras buscares,  
metas la mano que echares  
en un cántaro de arrope.

¿Ahorcaréme, Chamizo?

CHAMIZO. No te lo aconsejo, Elenco.

ELENCO. ¿Soy, por dicha, algún podenco?

¿Soy hijo de algún erizo?

Vamos, que quiero seguilla.

CHAMIZO. No la sigas, que es peor.

ELENCO. Mal sabes tú qué es amor.

CHAMIZO. Ando ahora en la cartilla.

(Vanse, y salen ALEJANDRO, MAURICIO y NARCISA dama.)

ALEJANDR. ¿Hasta la calle salís?

Gran muestra de voluntad.

MAURICIO. Lisonja ha sido en verdad.

NARCISA. ¿Yo lisonjera? Mentís.

MAURICIO. ¿Quedo cargado, Alejandro,  
deste mentís?

ALEJANDR. Yo qué sé.

MAURICIO. Que me desagaviaré,  
pues ya no soy tu Leandro;  
si está mi honra cargada,  
procuraréla matar.

ALEJANDR. No puede mujer cargar.

MAURICIO. Mas no hay carga tan pesada.

NARCISA. Sí; mas ¿con qué me promete  
desagaviarse de mí?

Pues cuando le desmentí  
aún no tenía boñete.

¿Trae acaso alguna espada  
por aforro del manteo?

(1) A: "Elena."

MAURICIO. Por Dios, Narcisa, que os veo a perseguirme inclinada.

Contentaos con que habéis hecho siendo el primero en serviros este agravio a mis suspiros y esta deshonra a mi pecho.

Vuestra es ya, Narcisa bella; este galán que se abrasa ya sé que le traje a casa para que me echase della.

Darle gusto he pretendido, y que con él le tengáis, porque los dos os queráis y él me quede agradecido.

Cierto que Alejandro es hombre que lo será para vos; pero fuímoslo los dos, yo en obras y él en el nombre, pues habiéndoos retratado (1) la fama dentro en su pecho, el primitivo derecho de mi fe y amor le ha dado.

Gozaos, que aquése es mi gusto.

ALEJANDR. ¿Habláis de veras, Mauricio?

NARCISA. Dejadle, que habla de vicio.

ALEJANDR. No es vicio hablar con disgusto.

¡Mal haya el amigo, amén, que quiere dama de amigos, aunque presentes testigos la dejen y se la den!

Que aunque se vea glorioso, y al darla no se arrepienta, después que la ve contenta por fuerza ha de andar celoso.

MAURICIO. Si lo estoy, nunca yo medre de que os quiera, y la queráis, que a fe que nunca veáis que su calle desempiedre.

Contra mi amistad hacéis ese argumento conmigo.

ALEJANDR. Querría, pues sois mi amigo, que la sirváis y goceis:

que de mi estudio el cuidado, pues ya vos sabéis cuál es, es el mayor interés de mi pensamiento honrado.

MAURICIO. Es hacerme gran desprecio ese cumplimiento loco, que es tenerme más que en poco

presumir que soy tan necio.

Querelda muy norabuena, sin género de sospecha, que no es Grecia tan estrecha que no haya más de una Elena.

A mí no me ha de faltar con quien pueda entretenerme.

NARCISA. Yo misma quiero ofrecirme y a Mauricio acomodar.

Que aún hay en las tenerías otra vieja Medusea que la mayor Melibea baje del cielo en dos días.

Yo le daré de mi mano conversación como un oro.

MAURICIO. Eres único tesoro del lenguaje cortesano.

De Thais, hermosa y franca, Corinto esté vitoriosa, que de ti, Narcisa hermosa, se preciará Salamanca.

Veamos ese angelillo y arrímese Baldo un poco, que no se ha de volver loco ni de estudiar amarillo.

Démonos los cuatro un verde, que la juventud lozana es lirio por la mañana, que por la noche se pierde.

¿Cuándo la quieres traer para que cenemos juntos? Porque quiero tomar puntos de una lición de querer.

¿Es morenita? ¿Es trigueña? ¿Es blanca? ¿Es descolorida, amorosa, desabrida, juguetona, zahareña?

¿Es discreta o primeriza, de las que llamaba un cura de la primera tonsura?

¿Es alta? ¿Es flaca? ¿Es maciza?

Porque te quiero celosa, si tales sus partes fueren.

NARCISA. Bien dirán los que la vieren (1) que es una Venus hermosa.

Basta que yo te la escoja. Háblame aqueste atronado que te ve desenojado y apenas te desenoja.

(1) A: "retrato".

(1) A: "las vieren".

MAURICIO. ¿A mí, señor mentecato?  
Vuelva el rostro [a] aquesta perla,  
que bien puede agradecerla  
condición, nobleza y trato.  
Abrácenseme aquí luego,  
que éste es mi gusto.

ALEJANDR. Por mí,  
digo mil veces que sí.

NARCISA. Y yo mis brazos te entrego.

ALEJANDR. No es bien el bien sin testigos.

NARCISA. Mirad que estáis en la calle.

ALEJANDR. Quiero el bien comunicalle,  
y más entre mis amigos.

(Salen LORENA y DIANA, con dos cestillos de huevos.)

LORENA. Anda, hija, no te canses.

DIANA. ¡Pardiez, madre, no aprovecha,  
que como no estoy yo hecha  
ya deseo que descanses.

Son estas calles muy luengas  
y mi ventura muy corta.

LORENA. Vender presto nos importa  
para que descanso tengas.

DIANA. Madre, ¿sabe ella, por dicha,  
dónde se suelen juntar  
estos que van a estudiar,  
y el que fué por mi desdicha?

LORENA. Por allí pasé una vez  
y vi esa gente inquieta,  
como tordos en veleta  
y más negros que la pez.

Mas di, ¿para qué pretendes  
ir a ver los escolares?

DIANA. Tengo allá un quitapesares  
entre todos esos duendes.

Ya, ¡pardiez!, madre Lorena,  
si queréis, velle querría.

LORENA. Gastarás en eso el día:  
mas vamos enhorabuena.

Que entre tanta multitud  
serán pretensiones vanas.

MAURICIO. ¡Oh, qué graciosas serranas,  
así me dé Dios salud!

ALEJANDR. La una es bella en extremo.

NARCISA. ¿Qué venden?

ALEJANDR. No lo he mirado.

NARCISA. ¿Es hoy día de mercado?

ALEJANDR. Que habéis de burlarme temo.

NARCISA. ¡Por Dios, que es notable traje!

ALEJANDR. Yo mejor decillo puedo,  
que en el reino de Toledo

usan gorguera y plumaje.

No hay villana ni mozueta  
en cualquier pueblo de fama  
que no traiga como dama  
su copete y arandela.

DIANA. ¡Cielos!, ¿qué sombra es aquí  
que a mis ojos ofrecéis?

Yo os suplico que me deis  
como oráculos respuesta.

Amor, ¿qué dulce ilusión  
es aquesta que me ofrecéis?

¿Cómo en sueños te apareces  
donde vela el corazón?

Pero yo, ¡triste de mí!  
¿qué dudo que aquesto sea?  
Cuando el cuerpo no le vea  
ya con el alma le vi.

Estoy por llamarle a voces  
que ya me mira turbado.

¡Ah, traidor, mal empleado,  
que a tu mujer desconoces!

Bien vi yo que al gran placer  
de venir a ver y hablar,  
menos que tanto pesar  
no pudiera suceder.

Corriera abiertos los brazos  
luego que el alma le vió;  
mas quien a otros les dió  
no merece mis abrazos.

¿Ya, qué le puedo decir,  
si tal ofensa me ha hecho?

ALEJANDR. Si es verdad lo que sospecho,  
desde hoy comienzo a vivir.

Mas, ¡ay, esperanza vana!  
¿Por qué tan grande belleza  
pusistes en la corteza  
de una grosera villana?

¡Oh, milagro del poder  
del artífice del mundo!

¿Qué rostro al suyo segundo  
si no es Dios, pudiera hacer?

Disimular es mejor,  
y hacer esta pena risa,  
porque no entienda Narcisa  
la fe del primer amor.

¿No es hermosa la serrana?

NARCISA. Y aun así me guarde Dios,  
que os parece bien a vos.

ALEJANDR. A lo menos, a Diana.

MAURICIO. ¿Qué digo, buena mujer?



DIANA. ¡Ay, cuánta pena me cuestas!

MAURICIO. ¿Qué es lo que en aquestas cestas traéis...

DIANA. ¡Quedito!

MAURICIO. ...a vender?

LORENA. Pardiez, señor, doce huevos, para duelos y quebrantos.

MAURICIO. ¿Y la muchacha?

LORENA. Otros tantos.

MAURICIO. ¿Son frescos?

LORENA. Todos son nuevos; y aun en verdad que estos dos son del primer maleficio.

MAURICIO. ¿Era polla?

LORENA. A su servicio, que huevo ofrézcole a Dios.

MAURICIO. ¿La muchacha ha puesto ya?

LORENA. Doile a Dios que ha de poner.

MAURICIO. ¿Queréis oírme?

DIANA. A placer.

MAURICIO. ¿No ven que despacio está?

DIANA. Ya solía, y está en otro gallinero.

ALEJANDR. Hablaros a solas quiero, serrana, por vida mía.

¿De dónde sois?

DIANA. De mi tierra.

ALEJANDR. ¿No me diréis lo que os ruego?

DIANA. ¿Qué?

ALEJANDR. ¿El nombre?

DIANA. Llámase fuego.

ALEJANDR. ¿Cómo es así?

DIANA. Es lugar de sierra. Ciertos delitos inormes se le dejaron así.

ALEJANDR. ¿Y vuestro nombre?

DIANA. Eso sí.

ALEJANDR. ¿Cómo?

DIANA. Dominga de Tormes.

ALEJANDR. ¿Naciste en él?

DIANA. Y aún más, que con mis ojos le crío: que yo soy el mismo río porque jamás vuelvo atrás.

ALEJANDR. ¿Es esta buena mujer, que yo soy el mismo río, vuestra madre?

DIANA. Su hija soy, y no soy.

ALEJANDR. ¿Cómo?

DIANA. A eso vos que puede y no puede ser.

ALEJANDR. ¿Tenéis padre?

DIANA. Y aun dos tigo, y este que vive y más quiere, es, con perdón, carbonero.

ALEJANDR. A perder el seso vengo.

¿Queréis que os diga una cosa?

DIANA. ¿Ya, qué me podéis decir que no sea todo fingir?

ALEJANDR. Diré yo que sois hermosa.

DIANA. Eso es mayor fingimiento que sólo es verdad en mí que para morir nació entre desdicha y tormento.

ALEJANDR. De una mujer como vos he estado yo enamorado.

DIANA. Ya decís que habéis estado.

ALEJANDR. Y aun ahora estoy, por Dios. Estad, señora, conmigo, y os digo en esto verdad, aunque de mi voluntad lleve por premio castigo.

Casóse.

DIANA. ¿Fué por su gusto?

ALEJANDR. No sé.

DIANA. ¿Que no lo sabéis?

ALEJANDR. No, a fe.

DIANA. ¿Que, en fin, la queréis?

ALEJANDR. Vínome su talle al justo.

DIANA. Pues, ¿qué es lo que hacéis con aquesta honrada dueña? ¿Nien?

¿No veis que junto a la leña nunca estuvo el fuego bien?

ALEJANDR. Por divertirme he venido a entretenerme a su casa. Porque el fuego que me abras no puede cubrirle olvido.

DIANA. Según eso, la que amáis, también para no morirse, procurará divertirse (1), pues vos divertido andáis.

ALEJANDR. Si en mudártela pareces como en el rostro, ¡ay de mí!

LORENA. Hija, ¿qué hacemos aquí?

¿No ves que te desvaneces?

DIANA. A dos me da por los huevos, y hémonos desconcertado,

(1) A: "procurará de divertirse".

porque le he visto ocupado,  
madre, en pensamientos nuevos.

Debe de hacer del galán  
con las damas cortesanas,  
y burla de las serranas  
que a vender cuidados van.

Madre, vámonos de aquí  
que estoy ya desesperada.  
¡Oh, ciudad triste y cansada,  
nunca yo viniera a ti!

Mejor me estaré en la sierra;  
madre, no me traiga acá;  
¿no le veis?, a dos me da  
y con una me hace guerra.

Pues no habéis de tener dos,  
que una os sobrará, a fe mía,  
y pues no es quien ser solía,  
¡malas Pascuas os dé Dios!

ALEJANDR. ¿Para qué me maldecís?

DIANA. ¿Por qué no me los compráis?

ALEJANDR. ¡Pues alto! ¿A cómo los dáis?

DIANA. ¡Qué fingido que venís!

ALEJANDR. ¿Yo fingido?

DIANA. Vos fingido,  
y me queréis engañar,  
pues que venís a comprar  
después de haberme vendido.

ALEJANDR. ¡Cielos!, ¿no es ésta Diana?

LORENA. Dominga, ¿ves que te espero?

DIANA. Ya voy.

NARCISA. ¡Por Dios, que me muero  
de celos de la serrana,  
que es por extremo graciosa  
y Alejandro está muy tierno!

MAURICIO. Es en Castilla moderno,  
y admírale cualquier cosa.

DIANA. ¿No miráis que estoy de prisa?  
Señor, mi madre me llama;  
mas decidme: aquesta dama,  
¿cómo se llama?

ALEJANDR. Narcisa.

DIANA. ¿Y tenéis vos por posible  
que se enamore de sí?

ALEJANDR. Como yo lo estoy de ti,  
fuera a Narcisa imposible.

Porque en ti, como en cristal,  
veo de un ángel la forma,  
en cuya luz se transforma  
su hermosura celestial;

que eres su pintura en sombra,

y como primera mano  
de aquel rostro soberano.

DIANA. ¿No le ven? Sombra me nombra.

Diga, señor: ¿la señora  
es mujer de todo gusto?

ALEJANDR. Vine a templar mi disgusto.

DIANA. ¿Y fué la primera agora? (1)

ALEJANDR. Otra sin ésta he venido.

DIANA. ¿Quién duda que os quiere bien?

ALEJANDR. Bien me quiere.

DIANA. ¿Y vos también  
le estaréis agradecido?

Guardaos, que alguna de aquéstras,  
y más de pico andaluz,  
por coñrade de su luz  
os pondrá algún monte a cuestras;  
que os dejarán sus locuras,  
si dáis en seguir su antojo,  
como rocín flaco y flojo  
y lleno de mataduras.

Y con esto, adiós quedad;  
otro día nos veremos.

LORENA. ¿No nos vamos?

DIANA. Ya podemos,  
que se acaba el amistad.

Quédese con Dios, señora;  
mil años goce el galán,  
que a fe que son como están  
de iguales prendas agora.

Es buen pez; póngale el cebo.

NARCISA. Vaya con Dios la villana.

DIANA. ¡Poco a poco; menos vana!  
Quiero hablar y no me atrevo.  
¡Ande acá, madre!

MAURICIO. ¡Qué gracia!

DIANA. ¿Qué gracia os parece aquésta?  
Mal sabéis lo que me cuesta  
el ir agora en desgracia.

NARCISA. Idos, que sois muy picuda.

DIANA. Antes ando muy callada.

NARCISA. ¡Qué villana tan taimada!  
Que lo sea pongo en duda.

DIANA. ¡Ande acá, madre! ¿Es delito  
decir que os gocéis los dos?

NARCISA. ¿Que no os queréis ir con Dios?

DIANA. La calle es del Rey; ¿qué os quito?  
Que no es vuestra Salamanca,  
aunque os preciáis de Narcisa,  
que es como decir por risa

(1) A: "y fuíle primera agora".

DIANA. ¡Ay, cuánta pena me cuestas!  
MAURICIO. ¿Qué es lo que en aquestas cestas  
traéis...

DIANA. ¡Quedito!

MAURICIO. ...a vender?

LORENA. Pardiez, señor, doce huevos,  
para duelos y quebrantos.

MAURICIO. ¿Y la muchacha?

LORENA. Otros tantos.

MAURICIO. ¿Son frescos?

LORENA. Todos son nuevos;  
y aun en verdad que estos dos  
son del primer maleficio.

MAURICIO. ¿Era polla?

LORENA. A su servicio,  
que huevo ofrézcole a Dios.

MAURICIO. ¿La muchacha ha puesto ya?

LORENA. Doile a Dios que ha de poner.

MAURICIO. ¿Queréis oírme?

DIANA. A placer.  
¿No ven que despacio está?

MAURICIO. ¿Tenéis gallo?

DIANA. Ya solía,  
y está en otro gallinero.

ALEJANDR. Hablaros a solas quiero,  
serrana, por vida mía.  
¿De dónde sois?

DIANA. De mi tierra.

ALEJANDR. ¿No me diréis lo que os ruego?

DIANA. ¿Qué?

ALEJANDR. ¿El nombre?

DIANA. Llámase fuego.

ALEJANDR. ¿Cómo es así?

DIANA. Es lugar de sierra.  
Ciertos delitos inormes  
se le dejaron así.

ALEJANDR. ¿Y vuestro nombre?

DIANA. Eso sí.

ALEJANDR. ¿Cómo?

DIANA. Dominga de Tormes.

ALEJANDR. ¿Naciste en él?

DIANA. Y aún más,  
que con mis ojos le erio:  
que yo soy el mismo río  
porque jamás vuelvo atrás.

ALEJANDR. ¿Es esta buena mujer,  
que yo soy el mismo río,  
vuestra madre?

DIANA. Su hija soy,  
y no soy.

ALEJANDR. ¿Cómo?

DIANA. A eso voy:  
que puede y no puede ser.

ALEJANDR. ¿Tenéis padre?

DIANA. Y aun dos tengo,  
y este que vive y más quiero  
es, con perdón, carbonero.

ALEJANDR. A perder el seso vengo.

¿Queréis que os diga una cosa?

DIANA. ¿Ya, qué me podéis decir  
que no sea todo fingir?

ALEJANDR. Diré yo que sois hermosa.

DIANA. Eso es mayor fingimiento,  
que sólo es verdad en mí  
que para morir nací  
entre desdicha y tormento.

ALEJANDR. De una mujer como vos  
he estado yo enamorado.

DIANA. Ya decís que habéis estado.

ALEJANDR. Y aun ahora estoy, por Dios.  
Estad, señora, conmigo,  
y os digo en esto verdad,  
aunque de mi voluntad  
lleve por premio castigo.  
Casóse.

DIANA. ¿Fué por su gusto?

ALEJANDR. No sé.

DIANA. ¿Que no lo sabéis?

ALEJANDR. No, a fe.

DIANA. ¿Que, en fin, la queréis?

ALEJANDR. Vínome su talle al justo.

DIANA. Pues, ¿qué es lo que hacéis tam-  
con aquesta honrada dueña? [bién  
¿No veis que junto a la leña  
nunca estuvo el fuego bien?

ALEJANDR. Por divertirme he venido  
a entretenerme a su casa.  
Porque el fuego que me abrasa  
no puede cubrirle olvido.

DIANA. Según eso, la que amáis,  
también para no morirse,  
procurará divertirse (1),  
pues vos divertido andáis.

ALEJANDR. Si en mudártela pareces  
como en el rostro, ¡ay de mí!

LORENA. Hija, ¿qué hacemos aquí?

¿No ves que te desvaneces?

DIANA. A dos me da por los huevos,  
y hémonos desconcertado,

(1) A: "procurará de divertirse".

porque le he visto ocupado,  
madre, en pensamientos nuevos.

Debe de hacer del galán  
con las damas cortesanas,  
y burla de las serranas  
que a vender cuidados van.

Madre, vámonos de aquí  
que estoy ya desesperada.  
¡Oh, ciudad triste y cansada,  
nunca yo viniera a ti!

Mejor me estaré en la sierra;  
madre, no me traiga acá;  
¿no le veis?, a dos me da  
y con una me hace guerra.

Pues no habéis de tener dos,  
que una os sobrará, a fe mía,  
y pues no es quien ser solía,  
¡malas Pascuas os dé Dios!

ALEJANDR. ¿Para qué me maldecís?

DIANA. ¿Por qué no me los compráis?

ALEJANDR. ¡Pues alto! ¿A cómo los dais?

DIANA. ¡Qué fingido que venís!

ALEJANDR. ¿Yo fingido?

DIANA. Vos fingido,  
y me queréis engañar,  
pues que venís a comprar  
después de haberme vendido.

ALEJANDR. ¡Cielos!, ¿no es ésta Diana?

LORENA. Dominga, ¿ves que te espero?

DIANA. Ya voy.

NARCISA. ¡Por Dios, que me muero  
de celos de la serrana,  
que es por extremo graciosa  
y Alejandro está muy tierno!

MAURICIO. Es en Castilla moderno,  
y admírale cualquier cosa.

DIANA. ¿No miráis que estoy de prisa?  
Señor, mi madre me llama;  
mas decidme: aquesta dama,  
¿cómo se llama?

ALEJANDR. Narcisa.

DIANA. ¿Y tenéis vos por posible  
que se enamore de sí?

ALEJANDR. Como yo lo estoy de ti,  
fuera a Narcisa imposible.

Porque en ti, como en cristal,  
veo de un ángel la forma,  
en cuya luz se transforma  
su hermosura celestial;

que cres su pintura en sombra,

y como primera mano  
de aquel rostro soberano.

DIANA. ¿No le ven? Sombra no nombra.

Diga, señor: ¿la señora  
es mujer de todo gusto?

ALEJANDR. Vine a templar mi disgusto.

DIANA. ¿Y fué la primera agora? (1)

ALEJANDR. Otra sin ésta he venido.

DIANA. ¿Quién duda que os quiere bien?

ALEJANDR. Bien me quiere.

DIANA. ¿Y vos también  
le estaréis agradecido?

Guardaos, que alguna de aquéstras,  
y más de pico andaluz,  
por cofrade de su luz  
os pondrá algún monte a cuestras;  
que os dejarán sus locuras,  
si dais en seguir su antojo,  
como rocín flaco y flojo  
y lleno de mataduras.

Y con esto, adiós quedad;  
otro día nos veremos.

LORENA. ¿No nos vamos?

DIANA. Ya podemos,  
que se acaba el amistad.

Quédese con Dios, señora;  
mil años goce el galán,  
que a fe que son como están  
de iguales prendas agora.

Es buen pez; póngale el erbo.

NARCISA. Vaya con Dios la villana.

DIANA. ¡Poco a poco; menos vana!  
Quiero hablar y no me atrevo.  
¡Ande acá, madre!

MAURICIO. ¡Qué gracia!

DIANA. ¿Qué gracia os parece aquésta?  
Mal sabéis lo que me cuesta  
el ir agora en desgracia.

NARCISA. Idos, que sois muy pieuda.

DIANA. Antes ando muy callada.

NARCISA. ¡Qué villana tan taimada!

Que lo sea pongo en duda.

DIANA. ¡Ande acá, madre! ¿Es delito  
decir que os gocéis los dos?

NARCISA. ¿Que no os queréis ir con Dios?

DIANA. La calle es del Rey; ¿qué os quito?

Que no es vuestra Salamanca,  
aunque os preciáis de Narcisa,  
que es como decir por risa

(1) A: "y fuile primera agora".



he recibido para mi servicio.

ELENCO.

¿Ese tenéis en casa? ¡Voto al soto,  
que no se ha de quedar Dominga en ella!

TARREÑO.

¡Suelta, diablo villano, no la ensucies!

ELENCO.

¡Ayuda aquí, Chamizo!

ALEJANDRO.

¡Suelta, bestia!

ELENCO.

¡Dios, que no ha de quedar!

MAURICIO.

¡Suéltala, necio!

TARREÑO.

¡No la bazuques, bestia, tenla recio!

(*Siéntase en el suelo ELENCO y abrázala por los pies*)

ELENCO.

Primero habéis de despedir al mozo.

TARREÑO.

¿Mas que si tomo un palo que la suelta?

CHAMIZO.

Suéltala, Elenco, y vamos; que ella es moza  
que sabrá defenderse.

DIANA.

¡Pues no había!

¿Pensáis que no sé yo filosofía?

ELENCO.

Por vos la suelto; mas mirá, estodiantes,  
que ha de ser mi mujer, y por San Pego,  
que si sé que habláis latin con ella  
que os he de dar en sono del cocote  
con un gerundio de aguijar los bueyes.

MAURICIO.

Las burlas cesen, no alleguemos gente.  
Vayan con Dios, y vos, Dominga, entraos.

DIANA.

Adiós, Lorenzo; adiós, Elenco amigo.

LORENA.

¡Adiós te queda, hija!

CHAMIZO.

¡Adiós, Dominga!

ELENCO.

¡Adiós, esposa!

DIANA.

¡Adiós, señor marido!

ELENCO.

¡Entre gente de picos ha caído!

ALEJANDRO.

¡Oh, inmenso bien! ¡Oh, venturoso lance!  
Si aquésta no es Diana, yo estoy loco;  
o hizo el cielo dos hermosos rostros  
en una estampa, porque en tal belleza  
duplicase el honor naturaleza.  
¡Oh, poderoso amor, haznos conformes!  
¡Oh, serrana bellísima de Tormes!

### ACTO TERCERO

(*Salen DIANA, serrana y TARREÑO, capigorrón.*)

DIANA. ¿No me dirás dónde fué

Alejandro con su amigo?

TARREÑO. ¿Celitos?

DIANA. ¿Celos?

TARREÑO. Ya digo (1)  
que si lo son, no hay por qué.

DIANA. ¿Yo celos de mi señor?

TARREÑO. Sí, porque te quiere bien.

DIANA. Pídemelos tú también.

TARREÑO. Pudiera, pues tengo amor.

Y aun es este amor igual  
y digno de merecerte,  
que no le está bien quererte  
a quien es tu desigual.

Dice Lelio en Cicerón:

*Disparcs mores disparia  
studia sequuntur varia,*  
y tiene mucha razón.

Que la cosa de que amor  
más presto engendrarse pudo,  
es *ipsa similitudo*.

¡Oh, peregrino orador!

¡Ah, Dominga, amiga *eus*! (2)

¿Cómo no ves que te *volo*?

Vuelve y no me digas *nolo*,  
que me *mnero*, *¡vicit Deus*.

(1) B: "Ya te digo."

(2) Sic, por "*eius*".

No te quiero yo mandar,  
sino quiero que me mandes.  
Busque Alejandro otros grandes  
con quien se pueda igualar.

Amor no es imperativo.  
Conjuguemos *amo, amas*,  
y llegaré, si me llamas.  
Dominga, al modo optativo.

*Utinam*, si tú me amases  
o dijese amoré,  
o con futuros de fe  
mi indicativo pagases.

¿Pones en mi amor, en fin,  
tu amor? ¿Qué grave demencia!

DIANA. Yo no entiendo en mi conciencia  
de tu amor en latín.

La fe quiere ser muy clara,  
puro e inocente amor,  
y el que tengo a mi señor  
el argumento declara

que es claro, puro y honesto  
con el celo de su bien.

TARREÑO. Pues ámame a mí también,  
no me dejes *sicut* cesto.

Dominga, deja a mi amor:  
mira que en mi corazón  
siempre hago esta oración:  
*Ego Dominican amo*.

Volvámosla por pasiva  
y dime que soy amado,  
porque la fe que te he dado  
Tarreño *victor* escriba.

Y porque de *victor* dije,  
sosiega el vano temor,  
que Mauricio y tu señor,  
que un amor gobierna y rige,  
son idos con cierta gente  
a rotular a Monzón.

que es de aquesta posición  
dignísimo pretendiente.

Así que no hay que temer  
si no van a descansar  
o [a] algún secreto lugar.

DIANA. ¿Quiéresme hacer un placer?

TARREÑO. ¿Placer? ¿Qué no *faciam tecum*,  
aunque tu amor me desdeñe?  
*Uerit Dominus*, que empeñe  
hasta el propio *Vademecum*.

¿En qué te *possum servire*?

DIANA. En hábito de estudiante

quiero ver aquel mi amor.

TARREÑO. ¿*Vis ad rotulandum* (1) iré?

DIANA. Quiérole ver disfrazado  
y que tú vayas conmigo.

TARREÑO. Iré, Dominga, contigo  
con mi rodela y espada.

Entra, y póndráste un vestido.

DIANA. Vamos, pues, y siguiérolas.

Hijos sois del amor, celos,  
y así no engendráis olvido.

*Quítanse, y salen de la escena vestidos de noche ALEJANDRO, MAURICIO, RISELO, VELARDO y GOMECIO, con rodélas y espadas y guitarras.*

ALEJANDRO.

Por aquí nos iremos haciendo hora,  
mientras se llegan los demás amigos.

¿Hablastes al pintor?

RISELO.

Ya queda hablado;  
la escala y las colores prevenidas.

MAURICIO.

¿Qué haremos, que es temprano?

VELARDO.

¿No daríamos  
en cas de un pastelero con nosotros?

ALEJANDRO.

¿Corréis vos bien?

GOMECIO.

Como un gitano.

ALEJANDRO.

Oidme;

demos primero al tabladillo un tiento;  
pero esperad: Gomecio vaya solo,  
y en un jarro, si a dicha hubiere jarro  
de proporción bastante y estatura,  
corra lo que pudiere, o tinto o blanco,  
porque después traeremos algún dulce,  
o los pasteles que Velardo dice.

GOMECIO.

Toma aquesta guitarra, y si por suerte  
el tabernero llega hacia nosotros,  
perezca el insensato a espaldarazos.

ALEJANDRO.

Guíete Baco, su inventor primero;

(1) B: "rotulandam".

que aunque viniera su Sileno propio  
el precioso licor me diera esfuerzo.

MAURICIO.

Descuidad que le alcance ni le siga:  
puede correr si quiere sobre aquesta,  
asido de una cerda de un caballo.

(Sale SERALDO, estudiando, con un tostador de castañas.)

SERALDO.

Seguidme, pues, si acaso os atreviéredes.  
¿Qué es esto, cielo? ¿He dado en la justicia?

ALEJANDRO.

¿Qué gente? ¿Dónde vas? ¡Hombre, detente!

SERALDO.

¿Es Alejandro?

ALEJANDRO.

El mismo.

SERALDO.

No me habías  
dejado sangre que no fuese hielo.

ALEJANDRO.

¿Adónde vas, Seraldo, con tal prisa?

SERALDO.

Cogile [a] aquella tuerta castañera  
el tostador que veis.

RISELO.

A hermoso tiempo.

Reparte en tanto que Gomecio venga,  
que es ido al tabladillo por sustancia.

SERALDO.

Parad en esa capa.

VELARDO.

Arroja en ésta,  
y tomen poco a poco.

ALEJANDRO.

Dos me bastan.

MAURICIO.

Para Gomecio y para mí he tomado  
por buen agüero el coperado vino.  
Temo, Seraldo amigo, tu venida.

(Sale GOMECIO con un jarro de vino, y tras él el tabernero.)

GOMECIO.

Vuelvete, tabernero montecato,  
que te darán un pan como unas nueces!

TABERNERO.

¡Oh, bellaco ladrón! ¡Justicia!

ALEJANDRO.

¡Dale!

TABERNERO.

¡Ay, que me han muerto!

ALEJANDRO.

Quéjate a la noche.

MAURICIO.

¡Vive Dios, que lo has hecho como un Príncipe!

(Váyase el TABERNERO.)

GOMECIO.

¿Quién trajo las castañas?

SERALDO.

¿Quién? Seraldo.

GOMECIO.

¡Tú habías de ser! ¿Y para mí no hubo?

MAURICIO.

Aquí te tocan tres.

GOMECIO.

Muestra.

MAURICIO.

Bebamos.

(Fase.) (1)

RISELO.

Vaya por orden, en bebiendo el cura.

ALEJANDRO.

No es malo, ¡vive Dios!

GOMECIO.

Es extremado.

RISELO.

Con sed le doy.

MAURICIO.

¿Pensabas que era leche?

(1) Parece que sobra esta acotación.

SERALDO.

Acuérdense, pues, que queda poco.

ALEJANDRO.

¿Adónde iremos un ratillo ahora?

MAURICIO.

A cerrarles vaya a los representantes.

RISELO.

Mauricio dice bien; haya coplita,  
y gáñense esta vez todos sus faltas.

VELARDO.

¿Adónde posan?

SERALDO.

A la puerta estamos;  
en esas dos ventanas los he visto.

ALEJANDRO.

¡Ah, bellaco Pablilio; ah, bellaco!  
No hagas entremeses a lo viejo,  
mira que ya no dices cosa nueva.

MAURICIO.

¡Ah, galán enrizado de copete!  
No te alfeñiques tanto con la dama,  
y enmiéndate de piernas y de prosa.

RISELO.

¡Ah, mi señora doña Nula Hernández!  
¡Por qué no estudia más y yerra menos?  
Calce más justo y traiga buenas medias,  
que las galas alientan las comedias.

VELARDO.

¡Sal acá, viejo! ¡Sal acá, potrilla!

GOMECIO.

Haced buenas comedias, borrachones,  
y enmiéndense de tonos esos músicos

(*Ascénas a la ventana un REPRESENTANTE, con un  
candil.*)

REPRESENTANTE.

¡He de echar una olla de ceniza?

ALEJANDRO.

¡Ah, bellaco barbillas! ¡Tente, aguarda!  
No cierres la ventana. ¡Habla! ¡No te entres!

MAURICIO.

Aquesta queda bien por esta noche.  
Mudemos de servicio.

RISELO.

(*Donde oyeron?*)

MAURICIO.

¿Uno en casa de Narciso?

VELARDO.

Vamos.

Pero estará acostada.

SERALDO.

Pura, ¿qué importa?  
Gomecio, canta; démosle una música,  
y abrirá por lo menos la ventana;  
que aunque es pobre mujer, es cortesana.

(*Entra DIANA y TARREÑO, con un mantelillo.*)

TARREÑO.

Mira que si con ellos encontramos  
no te adelantes ni respondas nada,  
que yo sé el nombre y lo que importa es eso.

DIANA.

No ves que yo no vengo acuchillarlos,  
sino sólo a saber si por ventura  
Alejandro visita alguna dama?

TARREÑO.

Deja, por Dios, de atravesarme el alma  
con decir que Alejandro te da celos.  
Engáñame siquiera con sufrillos,  
que voy hecho de cera a tus desdenes;  
mira que si en el hábito primero  
enamorate mis indignos oculos,  
Agora *pertransierunt usque ad animam*.  
Bella fuiste mujer, bello eres hombre;  
¿cómo es posible que serrana seas,  
que ése no es pie para pisar terrones  
sino pie de la copla más perfeta  
que hizo Garcilaso ni Temístocles?

ALEJANDRO.

Esta es la casa; templa.

MAURICIO.

¡Oh, quién tuviera  
una corneta para dar principio!  
Allá saltó la prima con los diablitos;  
pero era falsa; no se pierde nada.

MAURICIO (*sic*).

Gente viene, Alejandro, por la calle.



ALEJANDRO.

¡Válgamos al camino. ¡Ah gentil(es) hombres!  
¿Quién *victor*?

TARREÑO.

Quien quisieren que lo sea.

RISFLO.

No vale nada eso; diga el nombre.

TARREÑO.

*Victor Monzón*: amigos somos todos;  
¡[uestras] mercedes canten y se huelguen,  
que todos somos de la camarada.

ALEJANDRO.

El Gomecio, vaya una letrilla.

VELARDO.

Y más agora que Narcisa sale.

MAURICIO.

Narcisa está, por Dios, a la ventana.  
Todo el mundo chitón.

GOMECIO.

Vaya la letra.

DIANA.

¡Oh rabia que me abraza y me penetra!

(Canta GOMECIO una letrilla, y luego dicen.)

NARCISA. ¡Por mi fe que cantas bien!

GOMECIO. Vuesa merced me la hace.

NARCISA. La música satisface,  
y la persona también.

GOMECIO. ¡Ojalá cantara yo  
tan bien como sois hermosa!

ALEJANDR. No nos faltaba otra cosa.

GOMECIO. ¿Pues qué? ¿No he de hablarla?

ALEJANDR. ¡No!

¿No sabéis que es cosa mía?

NARCISA. ¿Estaba Alejandro ahí?

ALEJANDR. Aquí estoy fuera de mí  
de una mortal celosía.

DIANA. ¡Oh, traidor! ¿Que celos tienes?

NARCISA. Si vuesa merced viniera  
solo, en verdad que le abriera.

MAURICIO. Haz cuenta que solo vienes.

Vete que yo llevaré  
los amigos a esperarte.

ALEJANDR. He de saber a qué parte.

MAURICIO. Hacia San Francisco iré.

ALEJANDR. Narcisa, mandadme abrir,

que para que pueda veros  
se van estos caballeros.

DIANA. ¿Tal maldad puedo sufrir?

NARCISA. Abre, Dorista (1), esa puerta.

VELARDO. No es, a fe, el de peor talle.

ALEJANDR. Dejando sola [la] calle.

RISFLO. ¡Vámonos!

NARCISA. ¡Tante! ¿Te da el mal?

DIANA. ¿Qué te parece de aquesto?

TARREÑO. Hermana, viene a buscar  
lo que en ti no puede hallar,  
que aquí negociase presto.

DIANA. Dime, ¿ha de dormir aquí?

TARREÑO. ¿Quién lo duda?

DIANA. ¡Cielo santo!,  
¿que no me deshago en llanto  
cuando tal palabra oí?

¿Quién podrá con mi furor  
que no haga un disparate?

TARREÑO. ¡Tente!

DIANA. Deja que me mate,  
ya que me mata el dolor.

TARREÑO. ¿Eres tú la melindrosa,  
que si te hablaba gritabas  
y en tocándote temblabas?  
¿Cómo rabias de celosa?

No hay que creer en mujer,  
porque regala y desama,  
y a veces desama y ama,  
para no darse a entender.

Serrana, así os guarde Dios,  
que nos volvamos a casa,  
que ese fuego que os abraza  
aplacaremos los dos.

Yo os quiero (2), queredme a mí,  
y no sigáis quien os deja.

DIANA. Con esta postrera queja,  
traidor, me aparto de ti.

Si en esto me desconoces  
más que en el mal que me has hecho,  
salga la voz de mi pecho  
y diga quién soy a voces.

¡Villano, Alejandro injusto,  
desconocido, cruel,  
contra el pecho más fiel,  
más puro, inocente y justo!

Yo soy la misma Diana,  
que tu mujer solía ser:

(1) B: "Dorida".

(2) A: "y os quiero".

quizá por ser tu mujer  
ha venido a ser villana.

No soy villana, traidor,  
sino aserrada por medio  
deste dolor sin remedio  
y deste insufrible ardor.

Dejé a mi patria y mi tío  
y aquel mi engañado esposo:  
desvarío fué forzoso  
y ya inútil desvarío.

Vine en traje de soldado  
a buscarte lastimada,  
y después vine a soldada  
de quien la fe me ha quebrado.

Pero ya que estoy aquí,  
sin ser, sin alma y sin nombre,  
¡guarda, que he vuelto a ser hombre  
para vengarme de ti!

Hice bien, si había de ser  
tan insufrible el tormento,  
porque tanto sufrimiento  
matara cualquier mujer.

Esa que estimas agora  
goza, traidor, muchos años,  
porque ha de ser de tus daños  
y de mi venganza autora,  
y quédate en esos brazos,  
que ya de los tuyos huyo,  
hasta que algún rufián suyo  
entre ellos te haga pedazos.

(Vase DIANA furiosa; queda TARREÑO solo.)

TARREÑO. ¡Vive Dios, que estoy helado!  
¡Ah, señora!—Ya se fué.

(Sale ALEJANDRO.)

ALEJANDR. ¡Qué bueno es eso! Saldré,  
aunque pese.

TARREÑO. Ya has tardado,  
que la que dices que ha sido  
tu Diana, ya partió  
como un caballo.

ALEJANDR. ¡Y que yo  
no la hubiese conocido!  
¿Quién la trajo aquí?

TARREÑO. Yo mismo,  
porque ella la quiso así.

ALEJANDR. ¡Abrásete, como a mí,  
todo el fuego del abismo!

¿Por adónde fué, traidor?

TARREÑO. Bien la puedes alcanzar.

ALEJANDR. Ayúdame a buscar;  
mas quédate, que es peor.  
Porque si volviere aquí  
y la trajeren los cielos,  
desengañando sus celos  
digas que a matarme fuí.

(Vase ALEJANDRO.)

TARREÑO. Como es santa la cración  
del *ne nos inducas*, creo  
que sigue a cualquier deseo  
peligrosa tentación.

Bien dicen que al daño esfuerza;  
mas si éste me hubiera dado  
un beneficio curado,  
que le sirviera por fuerza.

(NARCISA a la ventana.)

NARCISA. ¡Ah, gentilhomem! ¿Sois vos  
de Alejandro?

TARREÑO. A su servicio,  
y de su amigo Mauricio:  
de coco sirvo a los dos.

NARCISA. ¿Quién era aquella mujer  
que daba voces aquí?

TARREÑO. Como vos la conocí  
y eso deseo saber.

NARCISA. ¿No dijo que era Diana,  
que su mujer ser solía?

TARREÑO. No entendí lo que decía;  
mas parecióme villana.

Que como estoy descuidado  
el sueño me divirtió.

NARCISA. Ya no lo pienso estar yo  
del sueño de su cuidado.

Y diréisle, amigo mío,  
que no es noble proceder  
obligar a su mujer  
un hombre a tal desvarío.

Que no la traiga perdida  
por el mundo entre soldados,  
y que a los hombres casados  
nunca les doy acogida;  
que él ni cosas suyas más  
no me parezcan aquí.

TARREÑO. Dirélo, señora, así.  
¿Voime?

NARCISA. Vete. ¿No te vas?

TARREÑO. ¿Ya no lo ve?

(Vase TARREÑO.)

NARCISA.

¿Que esto pasa?

¿Alejandro era casado?

Basta lo que me ha burlado;  
no entrará más en mi casa.*(Vase a la ventana y salen EL ENCO y DIANA.)*

DIANA.

Luego que el alba salió,  
Elenco, te conocí.

ELENCO.

Hasta el punto que te vi,  
para mí no amaneció.Mas, ¿en qué me conociste  
estando el carro parado  
y los bueyes por el prado,  
que la primavera viste?Ventura fué que durmiendo  
en noche que te llorase  
tan bello sol despertase  
los ojos que te están viendo.

DIANA.

Vengo de aquel mi señor  
en este traje vestida,  
aventurando la vida  
por lo que toca al honr.Y como tus bueyes vi  
rumiando la hierba al prado,  
en el hosco y el tostado,  
Elenco, te conocí.¿Quién son, dime, los demás  
que están en tu compañía?

ELENCO.

Pregúntalo ahora al día,  
que de su luz lo sabrás.Batavo, tu padre, es uno;  
Chamizo, Lenio y Bartolo  
son los demás, y aquel solo  
que ya se levanta, es Bruno.

DIANA.

¿Y venís de Salamanca?

ELENCO.

En el mercado estovimos,  
y a fe que a buscarte huímos  
antes que vendiese blanca.Pero aquel capigorrón  
de la manchada sotana  
nos echó por la ventana  
a todos tres un jergón.Y tanta prisa nos dió  
que sin verte nos venimos,  
y aunque todos lo sentimos,  
yo fui quien más lo sintió.Huélgame que lo dejases,  
aunque él en dejarte yerra  
y a ser reina de la sierra  
y de aquesta alma tornases.

Matrimonioaré conmigo,

y vuélvete a ser mujer,  
que al servir y obedecer  
ya dan por premio castigo.¿Qué te faltaba en la sierra,  
donde todos te adoramos?

DIANA.

Ahora bien, Elenco, vamos  
donde el tiempo nos destierraEn el monte trataremos  
lo que a los dos esté bien,  
y en el camino también  
cuenta a mi padre daremos  
que sin él y sin Lorena  
no es bien que palabra dé.*(Sale ALEJANDRO.)*ALEJANDR. ¡Cuánto el caminar a pie  
causa a pies no usados pena!Y más yo, que como toro  
agarrochado y herido,  
a buscar agua he venido  
dentro en el fuego que adoro.

¡Oh, bellísima Diana!

¿Por qué no alumbras la tierra  
desde el suelo de la sierra,  
donde eres deidad serrana?Ya el sol que sale de Oriente  
prados y montes descubre,  
mas todavía se encubre  
mi luna en el occidente.Preguntaré por aquí  
si alguien la ha visto pasar.

DIANA.

Señor me viene a buscar;  
él es, sin duda; ¡ay de mí!

¿Qué haremos. Elenco?

ALEJANDR.

¡Ay, cielos

¿No es aquella disfrazada  
mi bella luna, eclipsada  
de la sombra de mis celos?

¡Suelta la prenda, villano!

ELENCO.

Soltalda, estodiamte, vos,  
que es mi mujer.

ALEJANDR.

¡Bien, por Dios!

DIANA.

¿Qué me persigues, tirano?

Vuélvete allá con tu amiga,  
y en mi desdicha me deja.

ALEJANDR.

¿No satisface a tu queja  
esta fineza, enemiga?

DIANA.

¿Qué satisfacción presumes  
que puede enañar mi amor?

ALEJANDR.

Ninguna, si en tus cuerpos  
obstinada te resumes.

Como mozo inadvertido...

ELENCO. ¡Haceos ende.

ALEJANDR. ...entre otros tales,  
con travesuras iguales  
en Salamanca he vivido.

Mas no porque tu afición,  
que tan de veras me enciende,  
pudiese helar...

ELENCO. ¡Idos dende!

ALEJANDR. ...mi abrasado corazón.

¡Mi bien, no te conocí.  
¡Vuelve conmigo!

DIANA. ¿Contigo?

ALEJANDR. ¡Mi alma!

ELENCO. ¡Haceos dende, digo!

ALEJANDR. ¿Que quieres dejarme así,  
Diana mía?

ELENCO. ¡Arre allá!

¡Aunque fuera el hombre un cesto!

ALEJANDR. ¡Qué engañado prosupuesto  
venciendo tu amor está!  
¡Amores míos!

ELENCO. ¡Borracho!

¿Heos de dar con el bastón?

ALEJANDR. ¡Mi cielo, mi corazón!

ELENCO. ¡Tened noramala empacho!

ALEJANDR. Mira que sólo es forzoso  
que te pierdas y me pierdas,  
y que en las mujeres cuerdas  
no es agravio el amoroso.

No es ofensa un accidente.  
y aunque lo fuera, en los dos  
amor es Dios: pues qué, ¿Dios  
castiga quien se arrepiente?

Dame, señora, la mano,  
y volvamos donde veas  
el dulce bien que descas.

ELENCO. ¿Era todo tinto, hermano?

¡Voto al sol, tan por demás  
sin morir uno de dos,  
es querer llevarla vos  
como volver Tajo atrás!

ALEJANDR. ¿Sabes, villano ignorante,  
con quién hablas?

ELENCO. Sé con quién.

ALEJANDR. ¿Y sabes quién es mi bien?

ELENCO. Es a mi bien semejante.

ALEJANDR. ¡Loco, déjame llevalla!

ELENCO. ¿Llevar? ¡Después de mi muerte!  
No la tiréis desa suerte,

que no es vuestra, pues que calla.

(Saca ALEJANDRO una daga y dice.)

ALEJANDR. ¡Con ésta la dejarás!

ELENCO. ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay de mí!

DIANA. ¿Qué has hecho, Alejandro?

ALEJANDR. Así  
conmigo te igualarás.

BATAVO. ¡Aquí de los carboneros!

BRUNO. ¡Muera!

BARTOLO. ¿Qué agravio os hizo?

(Salen CHAMIZO, BARTOLO y BRUNO, CUETO y BATAVO.)

BARTOLO. A Elenco han muerto, Chamizo.

CHAMIZO. ¡Muera!

BARTOLO. ¡Paso!

BATAVO. ¡Muera!

ALEJANDR. ¡Oh, fieros!

BATAVO. No le matéis, que es mal caso.

¡Son, prendelde! ¡Date, perro!

DIANA. ¡El ha sido extraño yerro,  
mal suceso, triste caso!

Volver quiero a la ciudad  
y avisar desto a Mauricio.

(Vase DIANA, y dice CHAMIZO a ALEJANDRO.)

CHAMIZO. ¡Heis hecho buen maleficio!

¡Rinde la espada!

ALEJANDR. Tomad.

CUETO. ¿Irás a Salamanca preso?

BATAVO. ¿Cuál diabros? Vaya al lugar;  
varas hay para juzgar  
y plumas para el proceso.

CHAMIZO. ¿Y si acaso nos envían  
desde allá pesquisidor?

BATAVO. Y aun eso sería mejor,  
si en llevarle no porfían.

Tenelde bien. Miraré  
si es muerto Elenco. ¡Ah, sobrino!  
¿Conocéisme?

ELENCO. Bien atino  
vuestra voz; ponedme en pie

BATAVO. ¡Eh, Dios, que va sangre dél  
como de un novillo nuevo!

BRUNO. ¡Tenelde! ¡Ah, pobre mancebo!

CUETO. ¿Por qué le heriste, cruel?

ALEJANDR. Díome bastante ocasión.

CHAMIZO. Presto llorarás su muerte.

BRUNO. Atalde una cuerda fuerte  
hasta ponelle en prisión.

BARTOLO. Seguras lleva las manos.



¡Vamos!

ALEJANDR. ¡Ay, Diana airada!  
Preso voy y tú vengada,  
pues lo voy entre villanos.

(*Vanse, y salen DIANA, MAURICIO y TARREÑO.*) (1)

MAURICIO. ¿Como picas remediar  
de Alejandro la prisión?

DIANA. El amor me ha de enseñar;  
ya que fuí su perdición,  
su vida espero librar.

MAURICIO. ¿Por qué luego no veniste,  
cuando arrepentido viste  
a Alejandro sin juicio?

DIANA. Porque a los cielos, Mauricio,  
ninguna furia resiste.

Dios sabe si me arrepiento  
de mi prolija venganza  
contra mi propio contento;  
pero tengo a mi esperanza  
igual el atrevimiento.

Yo le daré libertad.

MAURICIO. Si tienes necesidad,  
señora, déste y de mí,  
juntos nos tienes aquí.

DIANA. Hoy se ha de ver tu amistad.

Los dos habéis de ir conmigo.

TARREÑO. Contigo iremos los dos,  
y yo moriré contigo.

DIANA. Libraréis, si quiere Dios,  
un preso hidalgo y amigo.

La traza que he de tener  
después la podréis saber,  
que en el camino hay lugar  
para poderos mostrar  
lo que sabe una mujer.

MAURICIO. Como a libralle te aprestes,  
esta vida en sacrificio  
te doy que a la muerte prestes,  
que hoy resucita Mauricio  
la antigua amistad de Orestes.

TARREÑO. Pues si a libralle te aprestas,  
sacalle del fuego a cuestras  
como Anquises imagino.

DIANA. ¡Ay, celoso desatino,  
cuántas lágrimas me cuestas!

(*Vanse, y salen BATAYO y CHAMIZO con varas de al  
caldes, y CUETO y BRUNO, carboneros.*)

BRUNO. Ya que el convejo os ha dado

las varas para esta audiencia,  
y entre muchos quillotrado.  
tened los dos advertencia  
que todo vaya acertado.

Que si esto en bien se remata  
y alguno con el Rey trata  
que vuestro caletre importe,  
quizá os llevará a la corte  
para alcaldes de poyata.

BATAYO. Dejad todos a mi cargo  
la sentencia deste injusto,  
que de ahorcalle me encargo,  
en justo y en verajusto,  
sin testigo ni descargo.

Decí: ¿no visteis vosotros  
la cuestión? Pues, ¿por qué otros  
mejor la sentenciarán,  
ni qué testigos serán  
más honrados que nosotros?

CHAMIZO. Pardiez, que traigo en la cholla  
ser otro Salamelón  
si el seso no se me abolla,  
y poner ese ladrón  
en un palo y una argolla.

Que Zaragatón no hizo  
lo que piensa hacer Chamizo  
si escompiezo a sentenciale.  
¡Voto al sol, que he de encuballe  
con un gato y un erizo.

¿Quién le guarda?

CUETO. ¿Quién? Bartolo.

CHAMIZO. ¡No le engañe!

CUETO. Basta él solo  
para guardar un príncipe;  
demás que le echó en el cepo.

BRUNO. ¿Echóle el candado?

CUETO. Echólo.

Tray un chuzo, aunque está voto,  
que fué espanto de Tejares,  
y un casco mohoso y roto,  
conque guarda melonares  
desde la cabaña al soto.

CHAMIZO. ¿No le tiene puesto un perro?

CUETO. ¿Para qué? ¿No veis que es yerro  
que andemos tan recelantes?

CHAMIZO. ¡Mal conocéis estodiantes,  
harán un monte de un puerro!  
¿Es de buen hierro y acero  
la cadena?

CUETO. Puede atar

(1) A: "Ladrón."

un diablo.

CHAMIZO. Advertiros quiero  
que se puede rezumar  
por algún resquebradero.

Que éstos hacen que se alteren  
hechos trasgos los que mueren;  
apedrean los sembrados,  
saben conjurar nublados  
y aun llover cuando ellos quieren.

Tienen libros y dibujos,  
crecen y menguan la mar  
sus crecientes y reflujos,  
y aun he oído contar  
que algunos destos son brujos.

Esta vez ha de pagarme  
las veces que por burkarme  
me han hurtado algunas prendas,  
y muchas Carnestolendas  
que han sabido bien tiznarme.

Haz que le saquen acá.  
Bartolo.

BRUNO. Yo voy por él,  
si es hora de audiencia ya.

BATAVO. Póneme aquí un escabel.

CUETO. Siéntese, que puesto está.

BATAVO. En nombre de Dios me sienta  
y de su Madre bendita,  
que aguce mi entendimiento.

CHAMIZO. ¿Dónde está la causa escrita?

BATAVO. ¿Hémosle de dar tormento?

(*Entran BARTOLO y BRUNO, y traen a ALEJANDRO con una cadena, y carboneros con chuzos.*)

BARTOLO. Ya tenéis el preso aquí.

BATAVO. Ponedle bien cara [a] mí.

CHAMIZO. Verá que se hace mostrenco  
habiendo matado a Elenco.

BATAVO. ¿Por qué le mataste, di?

ALEJANDR. No sé qué os diga en que acierte.  
Acabad ya con mi vida  
y dadme presto la muerte.

CHAMIZO. ¡Oh, traidor carbonicida!  
¿Aun aquí te muestras fuerte?

¿Al campo no le salías,  
después de ciertas espías  
a quitalle su mujer?

ALEJANDR. Menos será menester  
para las desdichas mías.

¿No os digo que me matéis,  
pues que su muerte confieso?  
¿Qué más testigos queréis?

¿Qué probanza, que proceso?  
¿Qué esperáis o qué teméis?

No tengo padre o pariente  
que, justa o injustamente,  
mi muerte después os pida.  
Vivir siente ya mi vida,  
que tarde la muerte siente.

CHAMIZO. El está deseporado;  
por esto como por eso,  
merece ser sentenciado.  
Aquí no hay que hacer proceso,  
procurador ni letrado.

Batavo, dad la sentencia,  
o yo, sin vuestra licencia,  
de mi cholla la diré.

BATAVO. Chamizo, yo no la sé;  
descargo en vos mi conciencia.  
pues Dios os dió buen perjeño;  
jodicalde a vuestro modo.

CHAMIZO. ¿Yo lo tengo de hacer todo?  
¿Sus, que en ruin barba me enseño!

Yo mando que en mi pollino  
le lleven hasta el camino  
do el delito cometió,  
y a cuantos fueren les do  
caridad de pan y vino;  
y aun estoy por dar licencia  
para que ganen perdones.

BATAVO. ¿Sos Obispo?

CHAMIZO. En mi conciencia,  
que tenéis dos mil razones,  
que ésta no es más de sentencia.

Mando, pues, que sea ahorcado  
por los pies y asateado,  
y aun era de parecer  
que no le den de comer  
hasta después de finado.

Y mando que sea traído  
a nuestra carnicería,  
donde sea repartido,  
que aun ser cecina podría,  
pues lo es un toro corrido.

Y mando que por sus daños  
cuelguen tripas y redaños  
de una escarpia en algún cesto,  
y que vaya después desto  
a galeras por diez años.

Y, cumplidos, venga aquí  
a serviros de aguador.

BATAVO. ¡Nunca tal serraña vi!

CHAMIZO. ¿Diérala nadie mejor?

ALEJANDR. ¡Por Dios, bueno quedo así!

Con estar tan lastimado,  
a risa me ha provocado.

BRUNO. ¿Cuándo se ha de ejecutar?

BATAVO. Luego.

CHAMIZO. No hay más que aguardar.  
Pásenle por el mercado  
y córtente el brazo izquierdo.

BATAVO. Si el viejo ha de aconsejar,  
la sentencia es de hombre cuerdo;  
mas hase de dilatar  
para más pensado acuerdo.

Que de la ciudad, ¿quién duda  
que algún alguacil acuda  
a saber cómo se hizo?  
Y podría ser, Chamizo...

CHAMIZO. ¿Qué?

BATAVO. Que la fama no es muda.

CHAMIZO. ¡Pardiez, que dice verdad,  
que nos costará dinero  
si acuden de la ciudad!  
Ya no os mato, compañero.  
no es posible; perdonad.

Yo quisiera daros gusto;  
pero debo más, que es justo,  
[a] aquesta gente y a mí.

ALEJANDR. ¡No importa, ya muero aquí  
de celos, rabia y disgusto!

CHAMIZO. Esto está por hoy bien hecho.  
Vamos, que yo de mi mano  
le pondré en un cepo estrecho.

BATAVO. ¡Gran juez!

CUETO. ¡Bravo serrano!

BATAVO. ¡Qué valor!

BRUNO. ¡Notable pecho!

ALEJANDR. ¡Oh, fugitiva Diana,  
mira esta cárcel tirana,  
de mi firmaza crisol!

CHAMIZO. Anda, que yo os voto al sol  
que no lo digáis mañana.

*(Éanse, y sale DIANA en hábito de serrana, y TARREÑO  
capitán, vestido de serrana vieja, con un rebozo  
en las barbas, que fingen la figura de Lorena.)*

DIANA.

Que has de fingir, te digo,  
que eres Lorena, mi fingida madre.

TARREÑO.

¡Qué familiar amigo.

qué amigo, digo yo, qué hermano o padre,  
ni su linaje todo

viniera por librarle deste modo?

¿Vengo bien disfrazado?

Que son estos villanos maliciosos,  
y en viendo por un lado

que soy Tarreño acudirán golosos  
con los palos más gordos  
a mis espaldas como a olivas tordos.

Haz presto que Mauricio  
acuda con su vara y con su engaño  
a su fingido oficio;  
que ha que no me confieso más de un año,  
y esto temo, Diana,  
puesto entre gente rústica y villana.

DIANA.

Pierde esta vez el miedo (1).  
que como disfrazado vas seguro.

TARREÑO.

Mucho, por Dios, lo quedo.  
Mira detrás de aquel fosado muro  
a Alejandro sin seso,  
entre villanos y en la cárcel preso.

DIANA.

Paso, que estás en ella.  
Disimúlate bien.

TARREÑO.

¡Cuántos rodeos  
he hecho por no vella!  
¡Oh, *sancte Petre ad Víncula*, doleos  
deste preso sin culpa,  
que la afición y la amistad disculpa!

*(Sale BARTOLO con un chuzo.)*

BARTOLO.

¿Quién es el atrevido  
que osa llegar aquí?

TARREÑO. (2)

¿De qué estás muda?

DIANA.

Yo soy la que he perdido  
mi bien y mi remedio, y la viuda  
del triste Elenco, muerto  
a manos de un traidor en un desierto.

(1) A: "pierde desta vez el miedo".

(2) Dice Lo., pero debe de ser TARREÑO, que va disfrazado como Lorena.

Vengo, que al fin voy para  
a pedir mi justicia, ¡mi justicia!

BARTOLO.

Esa quieren guardarte,  
y castigar de veras su malicia.  
A muerte le condena  
Chamizo.

TAPREÑO.

¿Dónde está?

BARTOLO.

Preso en cadena.

DIANA.

¿Puedo vello?

BARTOLO.

Bien puedes.

DIANA.

Quisiérale reñir por mi venganza,  
si este bien me concedes.

BARTOLO.

Todo se hará bien; ten esperanza.  
Si así vengarte esperas,  
entra, Dominga, dile cuanto quieras.

DIANA.

Entra, amiga Lorena.

BARTOLO.

¿Lorena era? No la conocía.

DIANA.

Anda con esta pena  
llena de una mortal melancolía.

BARTOLO.

Entra, que aquí te espero.

DIANA.

Dame las limas.

TAPREÑO.

Entra.

DIANA.

¡Oh, santo acero!

BARTOLO.

Dile, por vida tuya,  
cuanto en su injuria del traidor supieres  
que su pecado arguya,  
que en esto sois maestras las mujeres,  
y en diciendo estodiante,

No digas más ni pases adelante,  
porque es echar el sello  
a toda la demás bellaquería.

*Salen MAURICIO con vara de escoba, y el BATAVO y CHAMIZO.*

MAURICIO.

Yo mismo quiero vello.

BATAVO.

Bien dije yo que el alguacil vendría.

CHAMIZO.

Aquí está muy bien preso,  
y hecha averiguación de su proceso.

MAURICIO.

¿Que ya está averiguado?

CHAMIZO.

De verbo a verbo, está todo por letra,  
y muy bien sentenciado.

MAURICIO.

No puede hacerse, por la ley *impetra*,  
*párrafo de ahorcatis*,  
*digestis de villanis engañatis*.

Desto vengo quejoso,  
como pesquisidor de aquesta causa.

BATAVO.

Si os dan el alevoso  
que esta maldad y desvergüenza causa,  
¿estaréis satisfecho?  
Que el escribillo así no fué mal hecho.

MAURICIO.

¿Y quién lo ha escrito todo?

CHAMIZO.

El sacristán, que es hombre muy sesudo,  
y está por tan buen modo,  
según es en los órganos agudo,  
que al Rey ha de enviarse  
y con un carro de carbón llevarse.

MAURICIO.

Llevarélos yo presos  
a la ciudad, y luego harán presente  
del carbón y procesos.

CHAMIZO.

¿A nosotros? ¡Mal año!

MAURICIO.

Buena gente,



si sois hombres de prendas,  
mirad que os costará vuestras haciendas.

Que mal habéis podido  
de vuestra autoridad darle sentencia.

BATAVO.

¿Qué os hemos ofendido,  
si os damos el ladrón?

MAURICIO.

¡Gentil audiencia!

Dadme auxilio al momento.

BATAVO.

¿Tenéisle vos, Chamizo?

MAURICIO.

¡Extraño cuento!

¿Quién son estas serranas  
que salen de la cárcel?

BATAVO.

Es la viuda,

con lágrimas humanas  
y ansias de verse de su bien desnuda.

MAURICIO.

¿Y esta vieja?

BATAVO.

Es Lorena.

MAURICIO.

En los suspiros se le ve la pena.

*(Salen de la prisión ALEJANDRO y DIANA, vestidos de serranas.)*

MAURICIO. Mejor es que no entremos.

Sáquenle, que no quiero visitarle.

BARTOLO. Los dos por él iremos.

MAURICIO. Apercibanme luego en qué llevarle,  
y cuatro arcabuceros.

CHAMIZO. ¿Chuzos os bastarán de carboneros?

MAURICIO. Cualquiera cosa sobra,  
que yo sé que el camino está seguro.

*(Salen corriendo BARTOLO y el capigorrón.)*

TARREÑO.

¡Gentil crédito cobra  
vuestra prisión y guardia!

BATAVO.

Algún conjuro  
apostaré que ha hecho.

CHAMIZO.

¿Qué tenemos?

BARTOLO.

Salióse por el techo.

MAURICIO.

¿Quién?

CHAMIZO.

El preso estodiante,  
que sólo estaba allí este hombre honrado  
que aquí tenéis delante,  
y dice que es del aguacil criado,  
y que a buscallo entraba.

TARREÑO.

Yo le vi que los techos conjuraba,  
y que a ciertas razones  
en lenguas nigrománticas formadas  
se abrieron los tablones,  
los cepos y cadenas derribadas,  
aunque saliendo afuera  
quedóse el techo como de antes era.

CHAMIZO.

Eso yo lo decía.

¡Voto a mí, que era brujo!

MAURICIO.

¿Este cuidado

para prisión de un día  
habéis tenido? Mas, ¿de qué me enfiado?  
Vénganse todos presos;  
llevaránse a la corte los procesos.

BATAVO.

Paréceme más sano,  
ya que esto sucedió desta manera,  
que le untamos la mano,  
que es el dinero sol y el hombre es cera;  
que ir presos es locura  
y dejar nuestra hacienda a la ventura.

CHAMIZO.

¡El diablo acá le trujo!  
¿Qué le podemos dar?

BATAVO.

Treinta ducados.

CHAMIZO.

¿Valía tanto el brujo?

BATAVO.

Prega Dios que los quiera, y aun doblados.

Hablalle voy de oído.

¿Qué os parece del caso sucedido?

MAURICIO.

Por vos hacello quiero,  
que no por el dinero, en mi conciencia.

BATAVO.

Venid por el dinero.

CITAMIZO.

A nosotros nos dimos la sentença.  
¡Ead de brujos tales!

TARREÑO.

¡Bien se ha hecho! ¿Qué dan?

MAURICIO.

Quinientos reales.

*(Vanse todos, y salen ANTANDRO, SERALDO, LAURENCIO y BERNARDO.)*

ANTANDRO.

Ya no es posible errar, si por ventura  
en esta tierra tan remota vive,  
por las señas que della da Laurencio.

SERALDO.

Si nos fuera de menos importancia  
que la vida y la honra aquesta empresa,  
yo pienso que el cansancio me estorbara  
que más por esos montes anduviera,  
inhabitables, solos y desiertos,  
no pisados jamás de humanas plantas.

LAURENCIO.

Lo más difícil rompe la paciencia;  
pues todos la llevamos, no te falte.

BERNARDO.

Nunca las esperanzas he perdido  
que del alferez tengo en esta empresa;  
o quiera el cielo o el amor lo quiera  
que cobre este mi crédito y mi honra.

ANTANDRO.

Desde aquí nos iremos todos juntos  
a ver a mi Alejandro, que sospecho  
que aprovecha muy bien en los estudios,  
y allí descansaremos del trabajo  
y gozaremos la ciudad insigne,  
que a París y Bolonia excede en letras.

SERALDO.

Así le veréis hombre y gran letrado,

que lejos del regalo de los padres  
más a los hijos la virtud se acerca.

BERNARDO.

Las serranas se acercan a nosotros,  
aquí nos apartemos, que, por dicha,  
tendrán de tanta gente miedo.

ANTANDRO.

Llegu a,  
que, por mi vida, que me alegra el traje.

SERALDO.

Entre ellas hay algunas muy hermosas.

LAURENCIO.

Si, pero por extremo zahareñas.

ANTANDRO.

¿Qué pueden ser, nacidas entre peñas?

*(Salen DIANA y ALEJANDRO en hábito de serranas.)*

ALEJANDR. Si yo te debo la vida,  
que estuvo en tan sutil liebra,  
tu lealtad, jamás oída  
a cuantas Roma celebra,  
merece estar preferida.  
Así, a tus hazañas solas  
bandera que hoy enarbolas  
para arrogante divisa.  
Italia, que tantas pisa,  
se rinde a las españolas.

DIANA. Todo ha nacido, mi bien,  
de amor, que no de valor,  
aunque hubo valor también.  
Por eso es justo que a amor  
eternas gracias se den.

Mas, ¡ay! ¿qué es esto?

ALEJANDR. Mas, ¡ay! ¿qué es esto?  
¿Si es justicia? Oh, bien mío!

DIANA. Yo confío  
del cielo, y en él aguardo  
piedad.

ALEJANDR. ¿No es éste Bernardo?

DIANA. Y con tu padre y mi tío.  
¡Tápate!

ALEJANDR. Ya estoy cubierto.

ANTANDRO. Este traje me ha de dar  
ocasión a un desconcierto.  
Cortés las podéis hablar;  
de su aspereza os advierto.

*(ANTANDRO a su hijo.)*

ANTANDRO. ¡Ah, serrana de mis ojos!

descubriris, no os tapéis,  
que dais mayores antojos,  
que mientras cubierta estéis  
se doblarán mis ojos.

(SERALDO a su sobrina.)

SERALDO. Hermosa y bella serrana,  
pues podéis hacer afrenta  
a la mejor ciudadana,  
de un cortesano haced cuenta  
que os tiene por cortesana.

ANTANDRO. ¡Ah, mi vida! ¿no me habláis?

SERALDO. Descubrios; no os cubráis.

ANTANDRO. A mayor desdén se esfuerza.

SERALDO. Pues descubríla por fuerza.

ANTANDRO. Como vos, lo mismo hagáis.

(Descubre ANTANDRO a su hijo y SERALDO a su sobrina.)

ANTANDRO. ¡Cielos!, ¿qué es esto que veo?

SERALDO. ¿Eres Diana, traidora?

ANTANDRO. ¡Alejandro! No lo creo.

DIANA. Soy quien sus desdichas llora.

ALEJANDR. Y yo quien morir deseo.

DIANA. Vesme aquí, tío, a tus pies.

ALEJANDR. Suplicote que me des,  
padre, la muerte.

ANTANDRO. ¿Qué es esto?

¿Quién en tal traje te ha puesto?

ALEJANDR. Muerto lo sabrás después.

ANTANDRO. ¡Dilo, traidor!

ALEJANDR. Preso estando  
por muerte de un labrador  
que a Diana vi forzando,  
en este traje, señor,  
Diana me libró.

ANTANDRO. ¿Cuándo?

ALEJANDR. Ahora, en este momento,  
y temo que como el viento  
la sierra me sigue ya.

ANTANDRO. Seraldo, en peligro está  
tu honor y mi pensamiento.

Aunque ya será locura  
querer quitar a Diana  
el esposo que procura,  
porque soldado y serrana  
puso la vida a ventura.

Poneldos en salvo luego,

que de mi parte os lo ruego,  
si por vuestro amigo valgo.

SERALDO. Sois discreto y sois hidalgo.  
Pero estoy de enojo ciego.

Cásense los dos perdidos  
de hacienda, vida y sentidos,  
sí, por dicha, quiere Antandro.

ANTANDRO. Dale la mano, Alejandro.

LAURENC. Bien parecéis bien nacidos;  
Es muy justo el casamiento.

BERNARDO. Poneldos en salvo ahora.

ALEJANDR. Bien haya tanto tormento,  
pues que me trajo, señora,  
al fin del mayor contento.

(Salen MAURICIO y TARREÑO.)

MAURICIO. ¿Por aquí dices que van?

TARREÑO. No me engaño, que aquí están.

ALEJANDR. ¡Oh, Mauricio! ¡Oh, caro amigo!

MAURICIO. ¿Quién son los que están contigo?

ALEJANDR. Los que la vida me dan:  
el tío de mi serrana  
y mi padre.

MAURICIO. Hablалlos quiero  
en abrazando a Diana.

ANTANDRO. ¿Quién es?

ALEJANDR. Fué mi compañero,  
y a quien has de dar mi hermana.

MAURICIO. ¡Dame esas manos!

ANTANDRO. Los brazos  
como a hijo, y mil abrazos.

MAURICIO. Después sabrás el suceso.

TARREÑO. ¿Y a mí no me alcanza un queso,  
después de hacerme pedazos?

MAURICIO. Tarreño, quinientos reales  
que a los serranos quité,  
son tuyos.

TARREÑO. Pese a mis males,  
luego a mi tierra me iré  
con trompetas y atabales.

ALEJANDR. Los villanos son inormes.  
¿Qué haremos?

ANTANDRO. Todos conformes,  
desta montaña salgamos,  
pues fin con sus bodas damos  
a LA SERRANA DE TORMES.

FIN.

# LAS SIERRAS DE GUADALUPE

## COMEDIA FAMOSA<sup>1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON CARLOS, *caballero*.  
DON JUAN.  
DON LUIS.  
DON ALVARO.  
TORIBIO.

ANTÓN.  
DOÑA CLARA.  
BELTRÁN.  
DOÑA MARÍA DE ZÚÑIGA.

DOÑA MARÍA DE SOSA.  
TIBELSA, *la rufiana*.  
BRITO, *criado*.  
DON PEDRO.

### ACTO PRIMERO

(Salen DOÑA MARÍA DE ZÚÑIGA y DOÑA MARÍA DE SOSA, DON ALVARO y DON LUIS y DOÑA CLARA.)

D. ALV. Vos seáis muy bien venido.

D. LUIS. Para que os pueda servir.

D. ALV. Aunque os salgo a recebir,  
cuando de vos me despido.

D.<sup>a</sup> MAR. Primas, mis brazos os den  
claras muestras de mi amor.

D.<sup>a</sup> M. S. Asegurado el temor,  
se va acrecentando el bien.

D.<sup>a</sup> MAR. Muy bien venida seáis.

D.<sup>a</sup> CLAR. Y vos seáis bien hallada.

D. ALV. Mi hija aquí es celebrada,  
y pésame que vengáis  
a quitarle la opinión  
de gallarda y de hermosa.

D.<sup>a</sup> M. S. Ya la color vergonzosa  
responde a la adulación.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¡Basta, que afrentarnos quieres!

D. LUIS. Las manos, señora, os pido,  
pues en vos he conocido  
el fénix de las mujeres.

D.<sup>a</sup> MAR. A vuestras hermanas, primo,  
esa alabanza debéis.

D. LUIS. Aunque gallardas las veis,  
a vos por sol os estimo,  
de quien son lucero ellas

con menos claro arbol.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Qué poco luciera el sol,  
a ser tales las estrellas!

D. LUIS. No vi belleza mayor.  
¡Animo, pecho cobarde!  
¡Volved en vos! Mas ya es tarde,  
que llegó temprano amor.

¿Pero qué mucho, si vuela,  
que seguro me alcanzara?  
Pero venció cara a cara,  
sin engaño ni cautela.

D.<sup>a</sup> M. S. ¿Cómo es esto? ¿Que hoy os vais?

D.<sup>a</sup> MAR. Es forzoso hacerlo así,  
y es mejor, para que aquí  
con más comodo viváis,  
que esta es casa muy pequeña  
para todos.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Qué caudal  
tiene un alcázar real,  
si la voluntad se enseña?

D. ALV. Sobrino, mi casa os dejo,  
que yo a la sierra me voy.

D. LUIS. (Apenas amante soy  
y ya de ausencia me quejo.)  
¿Pues, con tanta brevedad?

D. ALV. Aguardando esta venida  
me detuve y, por mi vida,  
que ya el campo y la heredad  
me dan voces, y es forzoso  
el partirme.

1) Manuscrito de Parma. copiado por Restori.



D. LUIS. ; Cosa extraña!

D. ALV. Es a esta la montaña  
paraíso delictoso.

Yo os enviaré a llamar  
después, y juntos iremos  
a Guadalupe, y veremos  
el sol y estrellas de mar;  
que cerca como mi hacienda  
entre aquellos rales fríos,  
tan ameros y sombríos,  
por tener quien lo defienda.

D. LUIS. Aquesa palabra os pido.

D. ALV. Venid, que voy [a] aprestar  
mi partida.

D. LUIS. Y yo a quedar  
en dos partes dividido.

(*Vanse todos.*)

D.<sup>a</sup> MAR. Sentaos aquí.

D.<sup>a</sup> CLAR. ; Qué? ; En efeto  
es forzosa la partida?

D.<sup>a</sup> MAR. Está la hacienda perdida,  
y que me pesa os prometo,  
por muchas causas.

D.<sup>a</sup> M. S. ; Paciencia,  
pues en efeto ha de ser!  
Consuelo pensé tener  
con vos para cierta ausencia,  
y me dejáis sin consuelo.

D.<sup>a</sup> CLAR. ; Y yo cómo quedaré?

D.<sup>a</sup> MAR. Ausencias hay, bueno a fe,  
aunque es forzoso desvelo,  
en tal belleza y edad.

D.<sup>a</sup> M. S. La causa ignoras que [ha] habido  
para haber aquí venido.

D.<sup>a</sup> MAR. Si os he de decir verdad,  
sólo sé que vuestro hermano  
un caballero mató  
en Lisboa, y que buscó  
el amparo castellano,  
y a Mérida se ha venido  
con mi padre, que es su tío.

D.<sup>a</sup> CLAR. Encubrirte es desvarío  
todo lo que ha sucedido.

Diselo, doña María.

D.<sup>a</sup> M. S. Tu, Clara, mejor podrás,  
que por el nombre serás  
más clara en la pena mía.

D.<sup>a</sup> CLAR. Pues oye, y si me dejare  
alguna cosa del cuento,  
avisame.

D.<sup>a</sup> M. S. Norabueña.

si acaso no me divierte.

D.<sup>a</sup> CLAR. Casó con Vaseo de Sosa,  
cuyo valor no refiero,  
doña Beatriz, que fue hermana  
de tu padre, noble y cuerdo:  
éstos fueron nuestros padres.  
D.<sup>a</sup> MAR. ; Ignoro yo el parentesco  
que tenéis?

D.<sup>a</sup> M. S. Cuenta, hermana,  
brevemente este suceso.

D.<sup>a</sup> CLAR. Dos años ha, prima mía,  
que nuestros padres murieron,  
y a mi hermano don Luis  
dejaron por heredero,  
que su prudencia y valor  
justamente conocieron.

D.<sup>a</sup> M. S. Cuenta su vida y milagros,  
; Hay tan graciosos rodeos?  
Prima, a mí me pretendía  
en Lisboa un caballero,  
título de ilustre sangre  
y galán con grande estremo,  
valiente como gallardo  
y cortés como discreto,  
respetado de los nobles  
y bienquisto con el pueblo.  
El descuido de sus galas  
daba más lustre al aseo;  
que quien las trae con cuidado,  
si duran más, lucen menos.  
El talle proporcionado,  
y el rostro...

D.<sup>a</sup> CLAR. Hermana, ; qué es eso?  
Si culpas mi dilación,  
ahorra alabanzas.

D.<sup>a</sup> MAR. ; Bueno!  
Dilo, Clara.

D.<sup>a</sup> CLAR. A mí también  
dió en pasearme don Pedro  
Alvarez Pereira, un hombre  
al fin como Dios le ha hecho.  
Mi hermana sabe escribir,  
y yo no; estaban secretos  
entre los cuatro los gustos,  
los pesares y contentos.  
Don Carlos de Portugal,  
que era el celebrado dueño  
de mi hermana, le escribía  
con cautelosos terceros,  
y ella, respondiendo púdosa

de su letra.

D.<sup>a</sup> M. S. Fué el locerío correspondiente de ella, no liviandad.

D.<sup>a</sup> MAR. Yo lo creo.

D.<sup>a</sup> CLAR. Don Pedro me escribió a mí un papel, que fué lo mismo que dárselo a una pintura, porque no luy boirlo. Fué forzoso descubrirme a mi hermana, y con qué miedo, pensando que era yo sola, quien dala consentimiento. Ella me leyó el papel, y al fin de varias conjeturas me resolví a responder.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Y cómo?

D.<sup>a</sup> CLAR. Correspondiendo. Mi hermana escribió por mí, y mi amante, poco cuerdo, comunicó con don Carlos aunque mi nombre encubriendo, mi papel.

D.<sup>a</sup> M. S. Este fué el mal, porque conoció al momento mi letra Carlos, que estaba con recato y con silencio visto otros papeles míos: juzgó por falso mi pedio, viendo que dala esperanzas a otro amor y a otros deseos. El papel lla sin firma, que ya es estilo muy viejo en papeles amorosos, cuando hay horror de por medio. No pudo disimular: mostró el bemo de su incendio, y dijo: "La que escribió este papel es mi rival, es el idolo que adoro, y así desde hoy os advierto que dejéis la pretensión, pues tan favoros me hace." Don Pedro, que es atrevido, respondió también: "No dejé de hacer bien, y divina por los humores respondes. Quien me escribió este papel ha de ser mía."

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Ay, qué errado, y qué ceguedad de amantes!

D.<sup>a</sup> CLAR. Cuando vi-ron más los di-los?

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Y no os nombraron?

D.<sup>a</sup> CLAR. Juro, y airados en el momento, después de como el sol en sus volutas amoros, Acudieron de ambos partes amos, criados, donos, y entre los donos, mi hermano, ignorante del suceso, Don Pedro, a quien el suceso privó del entendimiento, cuando demandó la respuesta dejó el papel en el suelo. Vióle mi hermano y alzóse.

D.<sup>a</sup> MAR. Eso fué peor.

D.<sup>a</sup> M. S. Por ello. Ha sido mucha desgracia, aunque ha sido dicha el coros.

D.<sup>a</sup> CLAR. En fin, como ya mi hermano con más honestos deseos nos queridos, fué imposible dar al engaño remedio. Principó el Virrey a los dos de la cuestión, que temieron sus parientes muchos daños, por ser lo mejor del Reino. Habló a un amigo don Carlos, para que me diese luego un papel; como una noche a dándole satisfacción por una carta mi hermano (que andaba ya con recatos) llegó entonces a la celda, y de la cólera ciega, sacó la espada y matólo.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Qué mámoimas y embellece!

D.<sup>a</sup> CLAR. Huyó, yo sélo, a Castilla, y al punto en su reinamiento me mandó salir. En fin, los dos han quedado presos y engañados, y nosotros con amor y sin remedio.

D.<sup>a</sup> MAR. Digo que es caso notado. Dejad que disponga el tiempo las cosas, que es quien avara los más ocultos secretos.

D.<sup>a</sup> M. S. Si no te fueras ahora, no nor fuera el sentimiento.

D.<sup>a</sup> MAR. No me voy con mucho gusto, si la verdad os confieso.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Hay también algo de amor?

D.<sup>a</sup> MAR. Algo de agradecimiento hay.

D.<sup>a</sup> M. S. Declarémonos, prima, pues te habemos descubierto las dos las almas, y debes más amistad a mi pecho, pues es una nuestra sangre y un mismo nombre tenemos. No encubras nada, María, que en todo sirve intento.

D.<sup>a</sup> MAR. María, aunque fuera cosa de mucha importancia, debo ya declararme contigo. El más noble y el más cuerdo caballero desta tierra pretende mi casamiento; y si te digo verdad, no es amor el que le tengo tan fundado. que me deba quejas ni suspiros tiernos; recibo papeles suyos, respóndole, y con efecto por una reja le hablo de noche.

D.<sup>a</sup> CLAR. Prima, ¿pues eso no es amor?

D.<sup>a</sup> MAR. No, por mi vida; que como son tan honestos sus deseos, correspondo a lo que por noble debo.

D.<sup>a</sup> M. S. Sea lo que tú quisieres, que no es bien que argumentemos sobre lo que es ya sabido; y ya que te vas...

D.<sup>a</sup> MAR. No puedo avisarle, porque yo no he fiado este secreto de criado ni criada, que es necia quien fía dellos; y así, prima, pues que sabes verdades que se encubrieron a todos, aquesta noche has de hurtar un rato al tiempo por mí, aunque vengas cansada.

D.<sup>a</sup> M. S. A cualquier cosa me atrevo por ti.

D.<sup>a</sup> MAR. Don Juan de Castilla a las once, por lo menos, vendrá a verme, y pasará (1)

la espada por esos hierros de aquella reja; responde por mí. Dile que me ausento a mi hacienda por dos meses; que, si es su amor verdadero, procure verme en la sierra. Ya entenderás.

D.<sup>a</sup> M. S. Ya te entiendo.

Déjalo todo a mi cargo.

D.<sup>a</sup> CLAR. Con justa causa me quejo, que en fiarte de mi hermana hiciste de mí desprecio.

D.<sup>a</sup> MAR. No lo creas, doña Clara.

(Salen DON ALVARO, DON LUIS y TORIBIO.)

TORIBIO. Que no vamos le aconsejo, si no quiere destruirse; que allá no hay puerco con puerco, ni cabrito con su madre, y por el curso del tiempo, ya ha mucho que se trocaron los pámpanos en sarmientos.

D. ALV. Toribio, yo parto al punto.

TORIBIO. ¡Guénas mozas!

D. ALV. Aquí os dejo mi casa, sobrino; en ella sois el legítimo dueño. ¡Ven, María!

D.<sup>a</sup> M. S. Antes nos dad los brazos.

TORIBIO. Abrace presto nueva ama, porque nos vamos cada uno despidiendo.

D. LUIS. También vuestros brazos pido, si es que tocarlos merezco: en esta nieve (1) me abraso.

TORIBIO. El portugués está tierno: velas pueden hacer dél.

D. ALV. ¡Adiós, sobrinas!

D. CLAR. El cielo felices años te guarde.

TORIBIO. De aquesta vez las requiebro. Señoras, en güena fe que me voy, y no me quedo por sococientas razones; pero si a Mérida vuelvo, a ella le traeré un panal de miel virgen, que al comello, aunque se precie de limpia,

(1) Texto: "¡pórran".

(1) Texto: "este nieve".

ha de chuparse los dedos;  
y a ella una nata tan blanca  
como su frente y su cuello,  
y aun como sus dientes. Miren,  
por esta cruz que no miento;  
quisiera ser un aquél  
para regalarlas.

D.<sup>a</sup> M. S. ¡Bueno!

D.<sup>a</sup> CLAR. Vuestra voluntad se estima.

TORIBIO. ¿No abrazan?

D.<sup>a</sup> M. S. Sí.

TORIBIO. Pues aprieto.

D.<sup>a</sup> MAR. Lo dicho, dicho.

D.<sup>a</sup> M. S. Sí haré.

TORIBIO. Ya me aguarda mi jumento.

D. ALV. Yo os enviaré a llamar.

D. LUIS. Siglos serán los momentos.  
Ya el sol se puso, invidioso,  
prima, de que salga el vuestro.

D.<sup>a</sup> CLAR. Mucho la mira mi hermano.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Dónde hay sol de rayos negros?

D. LUIS. Hasta el campo iré con vos,  
que en él a mis pensamientos  
desafío a una batalla,  
de que vitoria no espero.

(Salen DON CARLOS y BRITO.)

D. CAR. Mucho debo a tu cuidado.

BRITO. Sólo servirte deseo.

D. CAR. De la prisión me han sacado  
para el glorioso trofeo  
las alas que amor me ha dado.

Brito, la cárcel rompí,  
la muerte a una guardia di,  
porque fué muerto en pensar  
que él me podía guardar,  
si yo no me guardo a mí.

Preso don Pedro quedó,  
y así no habrá competencia  
a mi amor, y si alcanzó  
algún favor esta ausencia,  
mi ventura aseguró.

Dime lo que ha sucedido.

BRITO. En seguimiento he venido  
siempre de doña María  
hasta aquí; ya te escribía,  
cuidadoso y advertido  
desde cualquiera lugar  
donde paraba.

D. CAR. Era dar  
descanso a mi pensamiento.

BRITO. Ya en Mérida están de asiento;  
que se ha querido amparar  
don Luis de un caballero,  
su tío, aunque castellano.

D. CAR. Andar disfrazado quiero,  
por respeto de su hermano,  
a quien aplacar espero.  
¿Sabes la casa?

BRITO. Si sé.

El caballo deja aquí,  
que esta posada tomé  
cerca de la puerta.

D. CAR. Así.

mi desengaño sabré.

BRITO. La noche te da lugar  
para llegar [a] adorar  
las paredes y las rejas.

D. CAR. ¿Qué tristes y justas quejas,  
amigo, le podré dar!

Hacia su casa me guía.

BRITO. Si acaso hacerlo pudieras,  
notable dicha sería.

D. CAR. Entre dos soles me vieras  
dividir la luz del día.

BRITO. Aquesta calle ha de ser;  
proprio es de amar el temer.

D. CAR. Dos hombres delante van.

BRITO. Vete a espacio, y pasarán.

(Salen DON JUAN y BELTRÁN.)

D. JUAN. De noche la vengo a ver,  
ya que no puedo de día.

BELTRÁN. ¿No estás de cazar cansado?  
¿Qué desatino te guía?

D. JUAN. Por dar alivio al cuidado  
busqué el monte y selva fría,  
no para dejar de ver  
la que espero que ha de ser  
mi esposa.

D. CAR. ¡Bravo rigor!

¡Dondequiera reina amor,  
absoluto a su poder!

D. JUAN. ¿Darán las once?

BELTRÁN. Darán  
brevemente, si no han dado.

BRITO. Déjalos, que ellos se irán.

D. CAR. Antes, Brito, se han parado.

BRITO. Y junto a la casa están  
donde vive la que adoras.

D. CAR. Mira si por dicha ignoras  
la casa.



BRITO. El temor me enseña.  
 D. JUAN. Beltrán, quiero hacer la seña,  
 si amor alarga las horas.  
 BRITO. En la misma casa ha hecho  
 señas.  
 D. CAR. Temeroso llego;  
 mayores males sospecho.

(A la ventana doña MARÍA DE SOSA y doña CLARA.)

D.<sup>a</sup> M. S. No le desengañes luego.  
 D. CAR. Ya tengo alrasado el pecho.  
 D.<sup>a</sup> M. S. Si es discreto quiero ver,  
 antes de darle a entender  
 que mi prima se ausentó.  
 D. JUAN. Ya a la ventana salió.  
 D. CAR. ¿Qué es esto?  
 BRITO. ¿Qué puede ser?  
 Llega y oye, si pudieres,  
 que ésta es la casa, sin duda.  
 D. JUAN. Aquí es justo que me esperes.  
 D.<sup>a</sup> CLAR. Habla, hermana, y la voz muda.  
 D. CAR. ¡Ah, inconstancia de mujeres!  
 D. JUAN. ¿Es doña María?  
 D.<sup>a</sup> M. S. Sí.

Llegad, don Juan.  
 D. CAR. ¡Ay de mí!  
 D. JUAN. Entre contentos avaros,  
 los deseos de hablaros,  
 señora, me traen aquí.  
 Dad justo premio a mi fe,  
 pues fué tan grande mi amor  
 desde que a veros llegué,  
 que, a pesar de mi temor,  
 imposibles intenté.

La brevedad del amarnos,  
 mi bien, no debe admiraros,  
 que en un cuerdo corazón  
 no puede haber dilación  
 del quereros [a] admiraros.  
 D. CAR. Pues dice que se rindió  
 muy presto, sin duda alguna  
 que hoy, por mi daño, la vió;  
 ¡ah, imagen de la fortuna,  
 qué presto a hablarle salió!

D.<sup>a</sup> CLAR. Bien habla.  
 D.<sup>a</sup> M. S. Sí, por mi vida.  
 D. JUAN. De la respuesta está asida  
 el alma.  
 D.<sup>a</sup> M. S. Si me escuchara,  
 doña María, quedara  
 de mi cautela ofendida.

Señor don Juan de Castilla,  
 en lo que es razón estimo  
 vuestro amor.

D. JUAN. A vos se humilla.  
 Ya con más veras me animo.  
 D. CAR. Su inconstancia maravilla;  
 yo tengo de ver quién es.  
 D. JUAN. Gente sueña.  
 D.<sup>a</sup> M. S. Pues después  
 saldré.

D. JUAN. Aguardándoos estoy.

(Oufatase las dos.)

D. CAR. ¿Que calle? ¿No ves que soy  
 necio, amante y portugués?  
 ¡Déjame!

BELTRÁN. Dos hombres vienen

D. JUAN. Déjalos pasar.

BELTRÁN. Advierte  
 que las espadas previenen.

D. CAR. Cuando me llama la muerte,  
 ¿qué respetos me detienen?  
 ¡Ah, caballero!

D. JUAN. ¿Quién llama?

D. CAR. Quien en sus celos se inflama,  
 con justa causa ofendido,  
 porque os ha visto, escondido,  
 hablar con su propia dama.

Quién sois deseo saber,  
 y por qué a doña María  
 soberbio osáis pretender,  
 pues ha de ser prenda mía,  
 o la vida he de perder.

D. JUAN. ¡Notable resolución!  
 ¡Qué declarada intención,  
 cuando, sin temer mudanza,  
 paso ya de la esperanza  
 a amagos de posesión!

Por loco dejaros quiero:  
 ignorantemente habláis.

D. CAR. Mirad que soy caballero,  
 y que de la que adoráis  
 he sido amante primero.

D. JUAN. ¿Es doña María?

D. CAR. Sí.

D. JUAN. ¿Qué favor tenéis, decí,  
 de aquestos vuestros amores?

D. CAR. Si firmas son las mayores,  
 muchas tuyas recibí:  
 sus papeles me han traído  
 de Portugal desta suerte,  
 y debo ser preferido.

D. JUAN. Sólo ha de poder mi muerte darle lugar al olvido.

D. CAR. Pues yo os la daré, si puedo.

D. JUAN. Jamás vi la cara al miedo.

BRITO. ¡Esto es hecho!

D. CAR. ¡Loco estoy!

D. JUAN. Por eso castigo os doy, y en la posesión me quedo.

D. CAR. Eso se verá después.

*(Las dos a las ventanas.)*

D.<sup>a</sup> CLAR. Estruendo de espadas es.

D.<sup>a</sup> M. S. Acudid presto.

D. JUAN. ¡Ay de mí!

BRITO. Echa, señor por aquí, pues ya tu peligro ves.

Ventura fué no quitar la silla al caballo.

D. CAR. Hoy medro el desengaño y pesar.

BRITO. ¡Echa por aquí, don Pedro Alvarez!

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Oyes nombrar a don Pedro, hermana?

D.<sup>a</sup> M. S. Sí.

D. CAR. ¿Mi nombre mudas?

BRITO. Aquí, mudándote el nombre, obligo a esta muerte a tu enemigo, y a que no salgan tras ti.

*(Sale DON LUIS con espada y rodela y medio desnudo, y dos CRIADOS con dos hachas.)*

CRIAD. 1.<sup>o</sup> Por allí dos hombres van huyendo.

D.<sup>a</sup> M. S. Tu amante ha sido el que riñó con don Juan.

D. JUAN. ¡Mortalmente estoy herido!  
¡Muerto soy!

D. LUIS. ¡No lo querrán los cielos! ¿Dónde venís?

BELTRÁN. Es muy lejos.

D. LUIS. Si os servís desta casa, aunque no es mía, entrad.

D. JUAN. Pediros debía lo mismo que persuadís.

D. LUIS. Venid en mis brazos.

D. JUAN. ¡Cielos, piedad es fuerza que os pida!

D.<sup>a</sup> CLAR. ¡Qué confusión!

D.<sup>a</sup> M. S. ¡Qué desvelos!

D. JUAN. No sé si siento la herida en el grado que los celos.

*(Llévanle y zanse. Salen ANTON y TERESA.)*

ANTÓN.

¡Qué descuidada vives!

¡Con qué flama regalos aperribes! Date maña, Teresa.

TERESA.

Eso sí, ¡pesa tal!, dale más prisa; márame si os agrada, mas que me he de sentar y no her nada. La casa está barrida.

ANTÓN.

Está bien.

TERESA.

¡Heldo vos, por vuesa vida!

Harta estó de pulillos, migas pueden comer en los ladrillos; y armé también las camas: no falta son que vengan muelas amas.

ANTÓN (1).

Aunque tanto han tardado, a buen tiempo vendrán, que en ese prado tendió el agosto amigo en sus aristas encerrado el trigo; el septiembre ha venido de frutas rodeado; circuido espero ver que octubre de rubio mosto los lagares cubre, con que todo se ocupe.

TERESA.

Fértiles tierras tiene Guadalupe.

ANTÓN.

Adornan estos valles de frutales opimos verdes calles, que entre las ricas fuentes, que despeñan quebradas las corrientes, enseña la granada, por reina de las frutas coronada, el pecho abierto, donde muestra rubies y cristal absconde; el pesado membrillo, que temiendo caer está amarillo, y entre olorosas yerbas, nísperos pardos y maduras servas,

(1) Texto: "Anatón."

y en sarmientos opimos,  
de parras desgajados los racimos.  
Aquí el otoño espera  
competir con la alegre primavera:  
flores brota y produce,  
galán se viste y adornado luce.

TERESA.

Razón tenéis, pardiobre:  
no hay cosa en esta sierra que no sobre.

ANTÓN.

Toribio viene. ¡Espera!

(Sale TORIBIO.)

TORIBIO.

Tío, apartad la vaca (1) de la era,  
que se merienda el trigo.

ANTÓN.

Vengas enhorabuena. ¿Qué hay, amigo?  
¿Viene señor?

TORIBIO.

Ya viene,  
que junto aquella fuente se detiene.

ANTÓN.

Yo voy a reccbillo.

(Vase.)

TORIBIO.

Teresa, me miráis y con capillo.  
¿Tenéis algún herrinche?  
¿Haréis, pardiobre, que de nuevo cinche  
la albarda y que me escurra?  
Que nunca me recibe mal la burra.

TERESA.

Quien tanto se ha tardado,  
ya no tendrá de mí ningún cuidado.

TORIBIO.

Más te quiero, Teresa,  
que el cochino el salvado de la artesa;  
que el burro a la cebada,  
y más que a la cereza sazónada  
el tordo cuando chilla  
y el aire con las alas acuchilla;  
más que el agua el sediento,  
y más que a su dinero el avariento;  
más que al vino el borracho;  
que, en efeto, eres hembra; yo só macho.

(1) Texto: "vaca".

¡Llégate, no seas terca!

TERESA.

Siempre va a la ciudad y nunca merca  
algo con que me pule.

TORIBIO.

¿No te truje en Cuaresma?

TERESA.

¿Qué?

TORIBIO.

Una Bula.

TERESA.

¿Esa es gala?

TORIBIO.

Sí, amiga,  
y provechosa al alma y la barriga.  
Agora mis cuidados  
te han traído botines colorados:  
con el coral se empache  
gargantilla y sortija de azabache,  
porque a mi amor te inclines.

TERESA.

Pues ya te abrazo.

TORIBIO.

¿A mí, o a los botines?

TERESA.

¡Qué necio desvarío!

TORIBIO.

Aunque merezco mucho, desconfío.

TERESA.

¿Hay en esta montaña  
zagal de más ingenio ni más maña,  
de pecho más sincero,  
más retozón y manso que un cordero?

TORIBIO.

¿Cordero he parecido?

Yo creceré, si soy vuestro marido.

TERESA.

¿Qué malicioso eres!  
De llamarte cordero no te alteres,  
que eres manso y hermoso.

TORIBIO.

Pues no soy sino feo y cosquilloso.

(Salen DOÑA ANA y ANTÓN, y DOÑA MARÍA, de la  
bradora.)

ANTÓN. Ya estábamos con cuidado.

D. ALV. Fuerza el detenerme ha sido,  
porque un pariente ha venido,  
a quien estoy obligado.

ANTÓN. A muy buen tiempo llegáis.

TERESA. Vos seáis muy bien venida,  
que, aunque bizarra y pulida,  
bien nuso traje imitáis.

D.<sup>a</sup> MAR. Si en la sierra he de vivir,  
el traje de la ciudad  
no es bueno en la soledad.

D. ALV. Pues cae el sol, quiero ir  
a ver las viñas.

ANTÓN. Yo iré  
con vos.

D. ALV. Vení en buen hora.

TERESA. Yo quedo con mi señora.

TORIBIO. Y yo contigo a la he.

D. ALV. María, adiós.

D.<sup>a</sup> MAR. El te guarde.  
(*Vanse.*)

Entre alegres horizontes  
las sombras de aquestos montes  
hacen más fresca la tarde.

TERESA. Es la sierra deleitosa:  
viviréis contenta en ella,  
y agora será más bella  
con serrana tan hermosa.

TORIBIO. Aquí todo es alegría.  
Allí veréis repastando  
las ovejas y llamando  
con los balidos el día.

Las cabras encaramadas  
por esas peñas están,  
que de abajo no dirán  
son que parecen pintadas.

Allá se oyen relinchar  
las yeguas, correr la cría,  
mugir en la vaquería  
y los mastines ladrar.

Pónese el sol, y en los cerros  
que coronan ese prado  
llama el pastor su ganado  
y responden los cencerros,  
que son rústicas campanas;  
que relox. ¿quién lo inventó?,  
pues quieren que coma yo  
por él, y no por mis ganas.

D.<sup>a</sup> MAR. Es vida gustosa y bella;  
mas gente viene. ¡Callad!

TERESA. Vendráse acá la ciudad.  
porque vos os venís della.

D.<sup>a</sup> MAR. Dos caballos han dejado.  
¡Ay, cielos! ¿Quién puede ser?  
TORIBIO. Echaránlos a pacer;  
harta yerba tiene el prado.

(*Salen CARLOS y BRITO.*)

D. CAR. Deja que las flores,  
que de estos cristales  
fomentan altivas  
zafir y granates,  
entre yerbas verdes,  
para que descansen,  
den a los caballos  
rústico hospedaje;  
mientras yo, ofendido  
de aquella mudable,  
doy llanto a las fuentes,  
suspiros al aire.

BRITO. Mejor fuera. Conde,  
que tú la olvidases;  
si a tres aborrece  
casi a un mismo instante,  
no estará su esposo  
sin celos infames.  
Casarte con miedo  
es delito grande  
contra la nobleza  
que ilustre heredaste.

D. CAR. Por los celos juro  
que he de ver si valen,  
contra amor desnudo,  
armas de diamante.  
Siempre que me vieres  
pensativo, tráeme,  
Brito, a la memoria,  
su trato inconstante:  
si presto no olvido,  
no moriré tarde.

BRITO. Pensemos agora  
cómo has de librarte.  
Estas altas sierras,  
que en piramidales  
puntas a las nubes  
rompen los celajes,  
son de Guadalupe.

D. CAR. Aquí he de quedarme  
por algunos días,  
hasta que se aplaque  
del Virrey la ira;  
que el romper la cárcel,  
matando una guarda,



es negocio grave.  
 BRITO. Pues parte a Madrid,  
 porque en él alcances  
 el perdón del Rey.  
 D. CAR. No puedo apartarme  
 tanto desta sierra.  
 Poco a poco sale  
 el mal que entró presto.  
 BRITO. No es bien replicarte.  
 D. MAR. Nobles son, sin duda;  
 bien lo muestra el talle;  
 mal seguros vienen  
 por algún desastre.  
 D. CAR. Llega aquella quinta,  
 que entre verdes sauces  
 chapiteles muestra  
 que los aventajen.  
 BRITO. Gente hay a la puerta.  
 D. MAR. Yo quiero llegarme;  
 que amparar los nobles  
 deuda es de mis padres.  
 Señor caballero,  
 que los cielos guarden,  
 si vais a la Virgen,  
 el camino errasteis.  
 Detrás de esa sierra,  
 altivo gigante,  
 que nieve se toca  
 y viste jarales,  
 va el camino.  
 D. CAR. Ninfa,  
 que por estos valles  
 ricos vidrios bebes,  
 libre como amable;  
 a quien los claveles,  
 teñidos en sangre  
 los labios remedan,  
 que vierten corales:  
 no sé qué responda,  
 que me dice el traje  
 que sois noble.  
 D. MAR. Yo.  
 digo que acertastes;  
 que también presumo  
 decirme verdades.  
 D. CAR. ¿Quién pudiera a un ángel  
 encubrir, señora,  
 sus bienes o males?  
 Caballero soy  
 de ilustre linaje;  
 tras muchas desdichas,

vengo que me amparen  
 estas altas sierras.  
 TORIBIO. ¡Buen amparo hallastes!  
 D. MAR. Yo os prometo serlo;  
 no temáis que os hallen  
 vuestros enemigos,  
 aunque más se cansen.  
 Tengo en esta sierra  
 hacienda muy grande;  
 los ganados míos  
 esas vegas pacen.  
 Decidme quién sois,  
 y no os acobarden  
 temores ningunos.  
 D. CAR. Agora escuchadme  
 lo que más importa.  
 Tras de muchos lances  
 en que la fortuna  
 procuró mis males,  
 en Mérida anoche  
 llegué a estar, en parte  
 que vi un caballero  
 de los principales  
 hablar con mi dama  
 tan tierno y amante,  
 que los celos míos  
 pudieron cegarme;  
 venció mi razón,  
 dejéle en la calle  
 herido de muerte.  
 Por agora baste.  
 D. MAR. A esta relación  
 sólo es importante  
 mudar el vestido  
 y que estos dos callen.  
 TORIBIO. Aunque yo so bobo,  
 quiero aconsejalle  
 que venga conmigo  
 y habre a vuestro padre  
 de pastor vestido;  
 que yo acreditarle  
 podré con decir,  
 si a los dos os praxe,  
 que sois mi pariente.  
 D. MAR. ¿Remedio admirable!  
 ¿Y sabéis el nombre  
 del que acuchillastes?  
 D. CAR. Don Juan de Castilla.  
 D. MAR. ¿Cómo?  
 D. CAR. No os espante.  
 D. MAR. ¿Vuestra dama quiere?

D. CAR. Ved si os engañastes.  
¿Cómo mis oídos  
pudieron burlarme?  
BRITO. También fui testigo  
de aquestas verdades.  
D.<sup>a</sup> MAR. No hay firmeza en hombres;  
él quiso engañarme.  
TORIBIO. Venid donde luego  
a los dos disfrace.  
D.<sup>a</sup> MAR. Si él a vuestra dama  
pretendió... ¡Mas, baste!  
Despacio hablaremos.  
D. CAR. ¡Belleza admirable!  
BRITO. ¡Si posible fuese  
que te despicase  
esta dama!  
D. CAR. El tiempo  
maravillas hace.  
Bien me ha parecido.  
TERESA. ¿Y él no ha de quedarse  
también en la sierra?  
BRITO. Porque os sirva y ame.  
TERESA. (Mas que los botines  
y los azabaches  
arroje en el río.)  
D.<sup>a</sup> MAR. Camine delante.  
De don Juan traidor  
estoy por vengarme.  
D. CAR. ¡Ah, ingrata María!  
D.<sup>a</sup> MAR. ¡Ay, don Juan mudable!

(*Vanse y sale DON LUIS y DOÑA MARÍA DE SOSA.*)

DON LUIS.

No es la herida mortal, aunque forzoso  
no mudarle de casa algunos días.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Triste pienso que estás.

DON LUIS.

De ti quejoso,  
puedes decir; pues a tu honor debías  
más casto proceder y más honroso.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

¿En qué te ofenden las acciones mías?

DON LUIS.

Ya no puedo callar, sino culparte,  
y así de mi disgusto te doy parte.  
¿Conoces esta letra?

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Sí.

DON LUIS.

Pues mira  
si esto puede escribir quien en nobleza  
ignala al mismo sol.

DOÑA MARÍA DE SOSA.

Mucho me admira  
que mi inocencia juzgues por flaqueza.

DON LUIS.

No des nuevos esfuerzos a la ira;  
tan mal sabes usar de tu belleza,  
que, llena de cautelas y mudanzas,  
dos pechos alimentas de esperanzas.

Cuando sólo a don Pedro hubieras dado  
este papel, no fuera tu imprudencia  
tan grande; pero ¿no he de estar airado,  
si de tu falsedad hice experiencia?  
A don Carlos también has engañado;  
por esto entre los dos fué la pendencia,  
que algo de las razones que dijeron,  
me contaron algunos que lo oyeron.

¿Y agora, necia, quieres que mitigue  
mi furor, si más ciega y atrevida  
obligas a don Pedro que te siga,  
a que don Juan le diese esta herida;  
nombróle su criado, porque obliga  
más mi honor. ¿Qué es aquesto? ¿Ayer venida,  
tuviste a quien hablar por la ventana?  
Monstruo debes de ser, que no mi hermana.

(*Sale CLARA y está oyendo.*)

DOÑA CLARA.

(Aquí sin duda todo lo declara  
María, que su honor precia y estima.)

DOÑA MARÍA DE SOSA.

(Por no infamar también a doña Clara  
y guardar el secreto de mi prima,  
será fuerza sufrir mi suerte avara,  
hasta que el tiempo aclare aquesta eni(g)ma.)  
Hermano, no hay razón que me defienda;  
sólo responda el proponer la enmienda.

Yo espero que has de ver que mis errores  
no son tan grandes como tú imaginas.

DON LUIS.

¿Cómo, María, pueden ser mayores,  
si no es que tu deshonor determinas?

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

No es posible que lo ignores;

tú sí, que eres mi hermana, pues te inclinas  
a conservar tu honor.

Doña CLARA.

¡Qué mal lo entiendes!

DON LUIS.

Tú no, pues que me infamas y te ofendes.

(Sale DON PEDRO, de camino.)

D. PEDRO. Generoso don Luis  
de Sosa. Aquesta licencia  
me ha dado amor, y fiarme  
de vuestra rara nobleza.  
Mi atrevimiento conozco;  
pero mi disculpa es cierta,  
si del fuego que me abrasa  
veis las ocultas centellas.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¡Ay, cielos!

D.<sup>a</sup> M. S. (¡Don Pedro es!)

D. LUIS. ¿Tanto la pasión os ciega,  
que a tan notorio peligro  
osáis llegar a mi puerta?  
Don Pedro, ¿estáis loco?

D. PEDRO. Sí,  
que tan divina belleza  
como miro en vuestra hermana  
quitó al alma las potencias.  
¡Escuchad! ¡No os alteréis!

D. LUIS. ¿Cómo es posible que pueda,  
si tengo en casa el que tiene  
también la posesión vuestra?  
Mirad que os han de matar  
si os conocen.

D. PEDRO. ¿Tal respuesta  
dais a mi fe, que ya dais  
injusto dueño a mi prenda?

D.<sup>a</sup> CLAR. Ved que don Juan de Castilla  
está aquí.

D. PEDRO. ¿Qué importa sepa  
toda la ciudad que soy  
don Pedro Alvarez Pereira?  
Mis pensamientos han sido  
siempre honestos.

D. LUIS. ¿Qué aprovecha,  
si ya agora es imposible  
que dichosos fines tenga?

D. PEDRO. ¿Largo casáis vuestra hermana?

D. LUIS. Agora no hay cosa cierta,  
sino ver que está a la muerte  
un caballero por ella.  
Idos y negad el nombre.

porque todo no se pierda;  
decid que don Carlos sois,  
el Conde de Vidigeira,  
y así podréis encubriros.

D. PEDRO. ¡Cielos! ¿Qué enigmas son éstas?  
Si ese caballero muere  
por su amor, ¿qué importa? Muera  
y dadme a mí vuestra hermana.

D. LUIS. Aguardadme en la ribera  
del río, que yo saldré  
mañana de aquí dos leguas  
y hablaremos más de espacio;  
ved que la casa se altera,  
y han de mataros.

D. PEDRO. ¡Ay, celos,  
ya conozco vuestra fuerza!  
Ansí queda: yo os aguardo.

D. LUIS. Yo cumpliré mi promesa;  
decid que os llamáis don Carlos,  
si alguno a hablaros llega.

D. PEDRO. ¡Ay, dueño del alma mía,  
contigo el alma se queda!

(Vase.)

D. LUIS. ¿Que yo por tu causa sufra  
tan conocidas ofensas?

D.<sup>a</sup> M. S. ¡Hermano!

D. LUIS. No me repliques.

D.<sup>a</sup> CLAR. Ten por mi agora paciencia.

D.<sup>a</sup> M. S. Fiadora soy de las dos  
y me ejecutan por ellas.

## ACTO SEGUNDO

(Salen DON LUIS y DON PEDRO.)

D. PEDRO. Tres días os he aguardado.

D. LUIS. Que tenéis razón os digo.  
don Pedro; vuestro enemigo  
tan poco lugar me ha dado.

Mas ya con un paje mío,  
que esperaseis avisé.

D. PEDRO. En vos de mi mucha fe  
el justo premio confío.

D. LUIS. Deciros mi intento quiero,  
antes que nada digáis.

D. PEDRO. Ya espero que procedáis  
como tan gran caballero

D. LUIS. Mientras mis hermanas son  
por casar en mis porfías,  
están por esposas mías,  
que me tienen en prisión.

Como su padre y marido  
debo mirar por las dos.

D. PEDRO. Obligación es en vos  
el guardarlas advertido.

Mas, si al fin se han de casar,  
¿en qué os ofendo en querer  
vuestra hermana por mujer?

D. LUIS. Mi casa podéis honrar,  
don Pedro, en ser su marido;  
mas no pretende un esposo  
con término cauteloso  
sino claro y comedido.

Pedírmela a mí era bien  
mas no escribirla y reñir.  
dando al pueblo qué decir  
y qué sospechar también.

A quien sois no corresponde  
este conocido error,  
ni mostrar ese favor  
ignorantemente al Conde.

Y después de haber venido  
tras el fuego que os abrasa,  
entrar tan libre en mi casa  
después de haber sucedido  
escándalo semejante.

D. PEDRO. ¡Notable es vuestro rigor!  
¡Qué poco sabéis de amor,  
pues culpáis tanto un amante!

Don Luís, yo pretendí  
casarme (esta es la verdad)  
y saber la voluntad  
de la que mandaba en mí;  
porque hablaros no era justo,  
entre tanta pena mía,  
hasta ver si ella tenía  
de que la pidiese gusto.

Porque si no me quisiera,  
tanto amor en mí se halla,  
que dejara de gozalla  
porque ella no padeciera.

Por esto, al fin, la escribí  
declarándole mi amor;  
respondió, y con el favor  
todo el sentido perdí.

Era el pensamiento honrado,  
y de mi dama también;  
quise hacer mayor el bien  
con verle comunicado.

Conté a Carlos temeroso  
la gloria que poseía,  
que de la ventura mía

quedó loco y envidioso.

El fué el que dió la oca en  
a la pendencia; reñí,  
y diéronnos desde allí  
nuestras casas por prisión.

Por la muerte desgraciada  
de aquel hidalgo salistes  
de Portugal, y trujistes  
con vos a mi prenda amada.

Huyó el Conde, dando muerte  
a una guarda, y su maldad  
me dió a mí la libertad  
para venir desta suerte.

Porque viendo mi obediencia,  
y que el Conde se escapó  
violentamente, me dió  
la libertad Su Excelencia.

A buscaros vengo así;  
digno soy de galardón  
si vengo a pedir perdón  
del error que cometí.

D. LUIS. Don Pedro, vuestra prudencia  
veo; mas ya habéis sabido  
el escándalo que ha habido  
por la pasada pendencia.

D. PEDRO. La cólera me cegó:  
perdonad, por vida mía.

D. LUIS. (Pues ya tiene mejoría,  
no quiero afligirle yo (*Aparte.*),  
sino excusar mayor mal,  
dándole a María.) En fin,  
es justo que se dé fin  
a un caso tan desigual.

Desde aquí soy vuestro amigo.

D. PEDRO. Hoy mi esperanza se allana.

D. LUIS. Y a casaros con mi hermana,  
pues gano en ello, me obligo.

Pero vos no habéis de estar  
en Mérida.

D. PEDRO. Ya profeso  
obedecer.

D. LUIS. El suceso  
tiene alterado el lugar.

En casa estoy de mi tío,  
y él en la montaña está;  
su prudencia nos dará  
el remedio que confío.

Ya me ha enviado a llamar,  
porque la imagen veamos  
de Guadalupe, y nos vamos  
brevemente del lugar.



Id vos agora y decid  
que sois en suceso igual  
don Carlos de Portugal:  
en este punto advertid.

Por la hacienda preguntad  
de don Alvaro, y en ella  
veréis la imagen más bella,  
a quien di mi libertad.

Y pues ya mi amor os muestra  
esta afición amorosa,  
procurad que sea mi esposa,  
mientras yo os llevo la vuestra.

D. PEDRO. Dadme las manos.

D. LUIS. ¡Teneos!

Ya el enojo se ha pasado.

D. PEDRO. Justamente habéis premiado  
mis amorosos deseos.

Al punto quiero partir  
donde tanto bien se espera;  
y pienso, para que os quiera,  
esa dama persuadir  
hasta verla convencida.

D. LUIS. Si así sus favores medro,  
en ello me dais, don Pedro,  
el remedio de mi vida.

Ya os aviso que os llaméis  
don Carlos.

D. PEDRO. Perded cuidado,  
pues obedezco obligado  
todo cuanto me mandéis.

D. LUIS. Mi prima es la que me abrasa  
el corazón.

D. PEDRO. Confiad  
de mi industria y amistad.

D. LUIS. Allí aguardad en su casa.

Partid luego.

D. PEDRO. Ya condeno  
mi temor y su desdén,  
pues espero propio bien,  
cuando voy con nombre ajeno.

*(Vase. Salen CARLOS y BRITO, de villanos.)*

BRITO.

¿Que en tal oficio tu valor se ocupe?

DON CARLOS.

Mandó esta dama que a guardar viniera  
en aquesta ribera,  
vestida de vistosas esmeraldas,  
que guarnece las faldas  
de la sierra feliz de Guadalupe,  
las vacas que entre flores de corales

beben de aqueste arroyo los cristales:  
porque su padre no entendiese el caso,  
este oficio me dió.

BRITO.

Discreto ha sido;  
da lugar al olvido.

DON CARLOS.

¡Bella es esta mujer! Cuando la veo,  
se divierte el deseo,  
volando entra el amor, y paso a paso  
sale de los rendidos corazones.

BRITO.

Mucho en el noble pueden sinrazones.  
¿Qué aguardas? ¿Qué pretendes de Maria,  
pues conoces su término inconstante?

DON CARLOS.

Nunca el perfecto amante,  
amigo Brito, olvida fácilmente.

BRITO.

Es una fácil.

DON CARLOS.

¡Tente!

¡No hables della mal, por vida mía!  
Cuando en noble mujer haya tal mengua,  
cúlpela el alma, pero no la lengua;  
que acción tan baja, vil, enorme y fea  
es decir mal de lo que bien se quiso.

BRITO.

Agradezco tu aviso.  
¡Qué bien que manifiestas tu nobleza!

DON CARLOS.

La divina belleza  
desta mujer los campos hermosea,  
más que el alba, que en púrpura madruga  
y a la estrellada noche el manto arruga.  
Ella ha de ser remedio de los males  
que padezco.

BRITO.

Eso importa, eso conviene.  
Entre jazmines tiene,  
emulando allí el cielo sus pinceles;  
deshojados claveles,  
y perlas guarda en conchas de corales.  
Mas ¿cómo no le has dicho ya quién eres?

DON CARLOS.

No todo ha de decirse a las mujeres;

ni aun mi nombre le he dicho.

BRITO.

Ya lo veo,

y pienso que por eso se ha enojado,  
y el suyo te ha negado.

DON CARLOS.

Ni pregunté que cómo se llamaba.

BRITO.

Necio anduviste. Acaba;  
no seas descortés.

DON CARLOS.

Verla deseo.

BRITO.

Espántome, por Dios, de ver que ignores,  
que es justo que pretendas sus favores.

DON CARLOS.

Despacio el nombre y calidad sabremos.

BRITO.

Has de saber guardar la vaquería.

DON CARLOS.

Mientras que dura el día,  
divértido estaré, viendo que pacen  
estas yerbas que nacen  
del bosque y de la sierra en los extremos;  
pero no sé, si el sol sus hebras moja,  
cómo las llame o cómo las recoja.

(Salen DOÑA MARÍA y ANTÓN.)

ANTÓN.

Fuí a llamar vuestras primas, por mandado  
de vuestro padre, y vi a don Juan herido  
en vuestra casa.

DOÑA MARÍA.

Ha sido

cosa notable.

ANTÓN.

Allá se mormuraba  
que enamorado estaba  
de una de vuestras primas.

DOÑA MARÍA.

Yo he llegado,  
viendo su engaño, al desengaño cierto.  
Pluguiera al cielo que le hubiera muerto.  
¿Quién dicen que le hirió?

ANTÓN.

Ya claramente

saben que don Pedro Alvarez ha sido,  
quien ciego y atrevido,  
así trató a don Juan.

DOÑA MARÍA.

Aunque ha ~~caído~~,  
ya sé que el que he amparado  
don Pedro Alvarez es, y es cosa clara  
que es el que quiere bien a doña Clara.

Si la que habló a don Juan fuera María,  
bien pudiera pensar que deste daño  
era causa un engaño,  
que yo la dije que por mí le hablara (1);  
mas si fué doña Clara  
la que tierra le oyó, la ofensa mía  
está muy cierta, mi rigor se anima:  
ya te olvido, don Juan. Goza a mi prima.  
¿Cuándo vendrá mi primo?

ANTÓN.

Brevemente;  
ya previniendo estaba la partida.

DOÑA MARÍA.

Dale de su venida  
cuenta a mi padre.

ANTÓN.

¡Guárdente los cielos!

(*Asc.*)

DOÑA MARÍA.

Los declarados celos  
en pecho noble, aunque al principio siente  
el alma mil impulsos que desvelan,  
el fuego que encendieron presto hielan.

A don Pedro me inclino, que en él veo  
partes que me provocan a mudanza;  
no por tomar venganza  
de don Juan y mi prima. Verle quiero.  
¡Qué gallardo vaquero!  
Valor descubre entre villano asco.

DON CARLOS.

Mi dueño hermoso mi temor destierra.

DOÑA MARÍA.

¡Manténgaos Dios, vaquero desta sierra!

¿Cómo os halláis, caballero,  
en estos montes que otubre  
viste de nieve, que el aire  
igual en parejas bruñe?

(1) Texto: "la hablara".

¿Es buena vida escuchar  
 cómo los novillos rugen,  
 porque les quitan sus madres  
 el sustento de sus ubres?  
 ¿Cómo se quejan las fuentes  
 que las márgenes escupen  
 aljófár con que fomentan  
 claveles, que el cierzo pudre? (1)  
 ¿Alivianse las memorias  
 que la esperanza consumen?  
 ¿Vanse templando los celos?  
 ¿Hay contrarios que disputen?  
 Comunicad vuestras penas  
 con quien piadosa os escuche,  
 y ya que no os dé remedio,  
 al menos consuelo os busque.  
 ¿Qué más consuelo que el veros,  
 si en vuestros ojos acuden  
 tantos amagos de gloria,  
 porque mis penas anuncie?  
 Si porque os ven solamente  
 están altivas, ilustres,  
 compitiendo con los cielos,  
 las Sierras de Guadalupe;  
 y si más por vuestros ojos  
 que por las celestes luces  
 esmeraldas son sus valles,  
 plata y aljófár sus cumbres;  
 si alegrastis esta vega  
 más que cuando por costumbre  
 lloraba perlas el alba  
 sobre violetas azules;  
 si salen vuestros dos soles  
 con más milagrosas lumbres,  
 encubriendo las estrellas  
 y desterrando las nubes,  
 ¿cómo queréis que no pierda  
 otras memorias comunes  
 y que a solas con la idea  
 en estos montes consulte?  
 Ya para ver vuestro cielo  
 abro los ojos, que tuve  
 cerrados en un engaño,  
 causa de tantos embustes.  
 Bien es que del bien de veros  
 nuevas penas me resulten,  
 porque de memorias necias  
 mis pensamientos descuiden.  
 Con vos estas sierras altas

ásperas tengo por dulce  
 habitación, y estos valles  
 que Amalteá esmalta y pule;  
 aquí las sierpes de Lidia,  
 cuando por la sierra cruceñ,  
 que algunas flores relevan,  
 y otras anegan y hundén,  
 harán que el claro cristal  
 de vuestras fuentes dibuje  
 en la idea, donde amor  
 vuestras fáyceones esculpe;  
 y cuando el alba bostece  
 por celajes, que purpure  
 rayos avaros de luz,  
 que al sol dormido le curten,  
 contemplaré vuestros dientes  
 en el aljófár que sude,  
 sin que por cudicia loca  
 montes de salitre surque;  
 y cuando clavos de hielo  
 pendan destos acébuches,  
 que del Aquilón heridos  
 en vez de quejarse crujen,  
 veré vuestras blancas manos,  
 que, a pesar del sol, presumen  
 conservar contra los rayos  
 azucenas con su lustre.  
 Aquí, sin que los trabajos  
 desta vivienda rehuse,  
 os serviré siempre alegre,  
 si alcanza más quien más sufre.  
 Cuando los fríos de enero  
 me amenacen o me injurien,  
 por vos sufriré las aguas,  
 que despeñadas se enturbien;  
 y cuando los aires fríos  
 aquestas peñas trabuquen,  
 amenazando las fuentes  
 que apresurándose huyen,  
 yo, sin que sus altiveces  
 mis esperanzas perturben,  
 haré que tanta fineza  
 fines dichosos me anuncien,  
 entre silbos de vaqueros,  
 que por esos cerros suben,  
 aire en los desnudos olmos,  
 las tortolillas que arrullen.  
 Y si no pagáis, señora,  
 este amor, para que ilustren  
 mis penas, diré a las ficras  
 y a su excelsa pesadumbre:

(1) Texto: "pudrei".

Sierras venturosas de Guadalupe,  
¿qué es de mi esperanza, que en vos  
[la puse?

D.<sup>a</sup> MAR. Antes que os responda quiero  
que mi honestidad consulte  
la respuesta, que no quiero  
que mis deseos se burlen.  
Dudo que olvidéis tan presto  
la que adorastes, y anublen  
nubes de celos el sol,  
que en vuestras memorias lucen.  
Aquí ha de venir muy presto  
para que otra vez alumbre  
vuestros ojos, porque sea  
ese amor falso y inútil (1).  
Prima mía es vuestra dama.

D. CAR. Jamás, mi señora, supe  
mentir. Las invidias tuyas  
a que la olvide me inducen.  
Si ella tuviera firmeza  
fuera el caso indisoluble  
de mi amor; mas su inconstancia  
es razón que me disculpe.

D.<sup>a</sup> MAR. La experiencia hará que os crea;  
y sabed que no se encubre  
nada; ya sé vuestro nombre  
y vuestro linaje ilustre,  
la pendencia de Lisboa  
y otras cosas, que no cumple  
que os diga agora. El silencio  
es sello de las virtudes.  
Secreto y correspondencia  
tendré cuando se divulgue  
de mi prima y de don Juan,  
porque mi olvido no culpe  
el amor.

D. CAR. Eso es muy cierto.

D.<sup>a</sup> MAR. Primero que se ejecuten  
las venganzas y deseos  
ha de haber verdad que acuse.

D. CAR. En fin, ya sabéis quién soy.

D.<sup>a</sup> MAR. Todo el tiempo lo descubre.

D. CAR. No hay peligro que por vos  
recele (2) ni dificulte.  
Vuestro soy hasta que muera;  
y antes que el traje desnude,

conoceréis mi firmeza.

D.<sup>a</sup> MAR. Todo en vuestro bien redunde.

BRITO. Bien has hecho en olvidar.

Mas oye, que sueña gente.

D. CAR. A la margen de esa fuente  
nos podemos retirar.

D.<sup>a</sup> MAR. Yo quiero esperar aquí.

BRITO. Retirémonos los dos:  
¿no es don Pedro?

D. CAR. ¡Sí, por Dios!  
El sigue a quien yo seguí.  
Escóndete entre las peñas.

(Sale DON PEDRO.)

D. PEDRO. La aspereza del lugar  
me hace el caballo dejar.  
Por aquí, según las señas,  
la quinta tiene de ser  
de don Alvaro, y agora  
de una hermosa labradora  
puedo la verdad saber.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Dios os guarde! ¿Dónde vais?

D. PEDRO. De don Alvaro quería  
llegar a la casería,  
si el camino me enseñáis,  
que pienso que es por aquí.

D.<sup>a</sup> MAR. No vais fuera del camino.

D. PEDRO. De don Luís, su sobrino,  
le traigo nuevas.

D.<sup>a</sup> MAR. Así,  
a mí me las podéis dar,  
que su prima soy.

D. PEDRO. Bien fuera  
que al instante os conociera,  
quien tanto os oyó alabar.  
Dadme las manos.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Teneos!  
Decidme a lo que venís.

D. PEDRO. En esto de don Luís  
os declaro los deseos.

D.<sup>a</sup> MAR. Dais de nobleza señal.

D. PEDRO. Esta humildad no os asombre.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Cómo os llamáis?

D. PEDRO. Es mi nombre  
don Carlos de Portugal.

D.<sup>a</sup> MAR. (Ya los dos competidores  
están en la sierra; ya  
os conozco, y se verá  
presto al fin de los errores  
que ha causado cierto enredo.)  
Venid a la casería.

(1) Texto: "es amor falso y inútil". En la copia revisada por Restori hay esta nota autógrafa: "Sic Forse "ese amor falso y inútil"; ma "inutil", in assonanza u-e non mi par di Lope."

(2) Texto: "recele".



D. PEDRO. Si tan bello sol me guía,  
¿ya cómo perderme puedo?  
Por vos mil venturas medro.

D.<sup>a</sup> MAR. (Cortés me debo mostrar,  
y también por excusar  
que no conozco a don Pedro.)

(*Vanse los dos.*)

D. CAR. ¿Vase con él?

BRITO. Con él fué.

..... (1).

D. CAR. ¡Notable misterio encierra!  
¿Qué puede ser?

BRITO. No lo sé.

D. CAR. ¿No oíste lo que dijeron?

BRITO. ¿Cómo, si contigo estaba?

D. CAR. Apenas un mal se acaba,  
cuando otros muchos vinieron.  
¿Cómo, si sabe quién soy,  
tan descortés me ha dejado,  
y a don Pedro ha acompañado?  
En nuevas sospechas doy.

Predomina sobre mí  
deste don Pedro la estrella.

(*Sale TORIBIO.*)

TORIBIO. Par Dios, tras muesa doncella  
se vendrá la corte aquí.

¡Qué de gente palaciega  
está en la sierra! No hallo  
dónde dejó su caballo.

¿Bajó a pacer a la vega?

D. CAR. Pues, Toribio, ¿dónde vas

TORIBIO. Por un caballo de aquel  
que va con muesa ama.

BRITO. En él

a la jineta entrarás,  
en la casa del placer.

TORIBIO. Y si no le sé llevar,  
entraré en la del pesar,  
pues es forzoso el caer.

D. CAR. ¿Cacé?

TORIBIO. ¿Eso es maravilla?

BRITO. Justamente se acobarda.

TORIBIO. Yo so jinete de albarda,  
síntome en poco, y no en silla.

Medroso voy, a la he.

D. CAR. Yo te quiero acompañar,  
que lo sabré sujetar.

TORIBIO. Y yo miraros sabré.

BRITO. ¿Has de ir a la quinta?

D. CAR. Sí.

TORIBIO. Mas que te han de conocer.

D. CAR. ¿Qué importa? Yo quiero ver  
qué busca don Pedro aquí.

BRITO. Sospechas son excusadas.

D. CAR. Lo que te importa es callar.

TORIBIO. Si no se deja agarrar,  
yo le daré seis pedradas.

D. CAR. Eso no, que es desvario.

BRITO. Con las vacas quedo yo.

D. CAR. Vamos a cogerle.

TORIBIO. ¿So (1),  
caballo de algún judío!

(*Vanse, y sale DON JUAN y DOÑA MARÍA DE SOSA.*)

D.<sup>a</sup> M. S. Por no daros más pesar,  
hallándoos tan mal herido,  
hasta agora no he querido  
estas dudas aclarar:  
ni os he entrado a visitar,  
porque mi hermano pensó  
que he sido la causa yo  
desta desgracia.

D. JUAN. Si fuera  
ansí, gracias le debiera  
a la mano que me hirió.

Dichosa fuera la herida,  
después de trance tan fuerte,  
pues sentir por vos la muerte  
bastara a darme la vida.

D.<sup>a</sup> M. S. Ya es ofensa conocida  
la que a mi prima hacéis;  
y pues tanto la queréis,  
no tratéis de adulaciones.

D. JUAN. Conocer sus sinrazones  
me obligan a lo que veis;  
y el hallar, señora, aquí  
en vos amparo y consuelo,  
convierte en nieve y en hielo  
el fuego que antes sentí.

D.<sup>a</sup> M. S. Yo por mi prima os serví.

D. JUAN. Si mi herida no ignoró  
y ella mi daño causó,  
siquiera por cortesía  
saber cómo estoy debía.

D.<sup>a</sup> M. S. ¿Luego no os ha escrito?

D. JUAN. No.

Siempre conocí tibieza

(1) Falta un verso.

(1) Ms.: "Yo."

en su amor, y he conocido  
que no soy della querido  
como pide mi firmeza.  
¿Qué me importa tu belleza,  
si es sola para perderme?  
Vela el mío, su amor duerme:  
mal a quien soy corresponde. (*Ap.*)

D.<sup>a</sup> M. S. Lo mismo digo del Conde,  
pues que no ha venido a verme.

Más bien don Pedro ha mostrado  
el amor que a Clara tiene,  
que en su seguimiento viene,  
al peligro aventurado.  
Ya don Carlos me ha olvidado,  
y divertirme procuro.

D. JUAN. Jamás he estado seguro  
de que María me quiso.

D.<sup>a</sup> M. S. Contra mi sangre os aviso,  
si con esto os aseguro.

Aquí a mi hermana y a mí  
nos dijo que no os quería  
bien, sino que agradecía  
veros tan rendido así.

D. JUAN. ¿Luego si la olvido aquí,  
disculpa tengo?

D.<sup>a</sup> M. S. No sé.

D. JUAN. Si he visto su poca fe  
y corta correspondencia  
en pocos días de ausencia,  
necio en amarla seré.

D.<sup>a</sup> M. S. Dejaldo.

D. JUAN. Vos lo mandáis,  
aunque causas justas doy.

D.<sup>a</sup> M. S. Agora a su hacienda voy,  
y la hablaré si gustáis.

D. JUAN. No es bien tercera seáis.  
Mal penetráis mi intención.  
Si lenguas los ojos son,  
entendedme con mirar.

D.<sup>a</sup> M. S. (Pienso que me ha de obligar  
a que le tenga afición.)

(*Sale DOÑA CLARA.*)

D.<sup>a</sup> CLAR. Ya mi hermano ha prevenido,  
viendo vuestra mejoría,  
nuestra partida.

D. JUAN. La mía  
en veros ha consistido,  
y con iros la he perdido.

D.<sup>a</sup> M. S. Pues procuradla tener, (*Aparte.*)  
que así nos iréis a ver.

D. JUAN. Esa esperanza me atañe.

D.<sup>a</sup> M. S. (A mí, digo, no a mi prima.)

D. JUAN. (Vuestro soy y lo he de ser.)

(*Sale DON LUIS.*)

D. LUIS. Hablando está con mi hermana  
en secreto; ¡que procure  
mi disgusto y aventura  
su nobleza con una tirana!

D.<sup>a</sup> M. S. (Mi hermano, ¡suerte inhumana!,  
que está de mí sospechoso.)

D. LUIS. El veros tan animoso  
me da gusto, por mi vida.  
(Cuando es fuerza mi partida,  
disimular es forzoso.)

D.<sup>a</sup> M. S. (Mi hermano me mira airado;  
quiero quitarme de aquí.)  
Ved qué me mandáis.

(*Vase.*)

D. JUAN. En mi  
un esclavo habéis comprado.

D. LUIS. (Parece que le ha llevado  
los ojos.)

D. JUAN. (Pues sucedió  
mejor que se imaginó,  
quiero saber con verdad  
el estado y calidad  
del que valiente me hirió;  
de don Luis lo he de saber.)  
Mucho os tengo que decir.

D. LUIS. (¿Mas que me quiere pedir  
a María por mujer?)

D. JUAN. Mi intento no es ofender  
vuestro honor, como el sol bello;  
vuestra amistad echó el sello,  
y suplicaros quería...

D. LUIS. Si es que os case con María,  
no tenéis que tratar dello.

Ya la tengo prometida  
a quien por ella salió  
de Lisboa, y me obligó  
con humildad conocida;  
y ella, aunque os muestra atrevida  
alguna correspondencia,  
le quiere. Dadme licencia,  
y procurad con valor,  
si es labirinto el amor,  
el hilo de oro de ausencia.

(*Vase.*)

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Hay enigma como aquésta?

D. JUAN. Mi hermano se va ofendido.  
¿Aún no he dicho lo que pido;  
y oigo tan mala respuesta?  
¡Vive Dios!, que, si me cuesta  
la vida, he de averiguar  
quién es don Pedro, y buscar  
su muerte y vengarme así;  
que pues la siguió hasta aquí,  
adonde estén le he de hallar.

El me dijo que venía,  
aunque entonces fui engañado  
por los nombres, abrasado  
tras los celos de María.  
Si de la desdicha mía  
alguna piedad enseñas,  
pues pueden mover las peñas  
y sólo pesares medro,  
dime, Clara, de don Pedro  
la calidad y las señas.

D.<sup>a</sup> CLAR. (Este se quiere vengar,  
y pues el caso se absconde  
y no hay peligro del Conde,  
las señas le quiero dar.)  
Bien me pudierais mandar  
en cosas de más cuidado.  
Don Pedro es rico, estimado  
por su valor y cordura;  
tiene en mediana estatura,  
el cuerpo proporcionado;  
rubio y rico es el cabello,  
y es de los ojos airoso;  
rostro no feo ni hermoso,  
si es que os importa sabello;  
éstas son las señas.

D. JUAN. De ello  
pende toda mi ventura.

D.<sup>a</sup> CLAR. (Esté la vida segura  
de mi amante, que se absconde,  
y por ellas busque al Conde,  
que en Lisboa se asegura.)

Ved si otra cosa mandáis.

D. JUAN. Para serviros nací.  
Yo le iré a buscar así.

D.<sup>a</sup> CLAR. Bien informado quedáis.  
Adiós, don Juan.

D. JUAN. Con El vais.  
Mi venganza solicito.

D.<sup>a</sup> CLAR. Así el peligro limito,  
pues que cuando a verle voy,  
por el alma que le doy,  
nombre y facciones le quito.

(*Vanse, y salen don PEDRO y don ALVARO y DOÑA  
MARÍA, ANTÓN y TERESA.*)

D. ALV. Alégrame de que honréis,  
Conde, esta pobre heredad.

D. PEDRO. ¿Qué grandeza de ciudad  
se iguala a la que tenéis?

Aquí a esperar he venido  
vuestro sobrino, que hoy  
viene; mensajero soy;  
tanto honor no he merecido.

D. ALV. ¿Notable es el mensajero!  
Hoy con notable arrebol  
he visto anunciar al sol  
la venida del lucero.

TERESA. Camas no han de faltar,  
según son los convidados (1).

ANTÓN. Tú sientes estos cuidados.

TERESA. Déxamos, no hemos de habrar.

ANTÓN. ¡Calla, con la maldición!  
¡Mala pepita te dé!

TERESA. So mujer y no podré,  
con más que tiene un melón.

D. ALV. Antón, prevéngase todo  
con cuidado.

ANTÓN. El tuyo pierde.

(*Vase.*)

TERESA. Dios de todo me recuerde,  
pues yo soy quien lo acomodo.

(*Vase.*)

D. ALV. Descansad mientras que yo  
a lo necesario acudo.

(*Vase.*)

D. JUAN. ¿Por qué temo? ¿Por qué dudo,  
si ya la ocasión llegó?

Esta es la prenda querida  
de don Luis; ser espero  
su cuidadoso tercero,  
pues él ha de darme vida.

De la pena más cruel  
a daros parte porfío.

(*Sale TORIBIO.*)

TORIBIO. Oye, ¿qué le digo, tío?  
Ya le he traído su aquíl.

D. PEDRO. ¡Dios os guarde!

D.<sup>a</sup> MAR. Que me corra  
haréis si habéis de contallo.

TORIBIO. Por su vida, ¿aquel caballo

(1) Texto: "cervinados".

nació so mona o so zorra?

D. PEDRO. No sé.

TORIBIO. Saberlo quisiera, porque es tan desvergonzado, que aún a hablalle no han llegado cuando vuelve la trasera.

(Llégase el burro de Antón.)

D.<sup>a</sup> MAR. La presunción es gallarda.

TORIBIO. Y trasquilóle el albarda del primero mojicón; él, que el mal término vió, quiso, derrengado ya, decir: "De fuera vendrá...", mas no pudo y rebuznó.

A todos los atropella.

D. PEDRO. Desde agora le condeno.

TORIBIO. Vueso caballo era bueno...

D. PEDRO. ¿Para qué?

TORIBIO. Para doncella, que no dejará par ños, a nadie llegar a sí.

D.<sup>a</sup> MAR. Toribio, vete de aquí.

TORIBIO. ¿Pues dijelo yo por vos?

Y luego dirán que son maliciosos los villanos solamente.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Cuentos vanos!

TORIBIO. Válate la maldición por caballo o por rocín.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Basta ya! ¡Vete en buen hora!

TORIBIO. ¿Habrar quiere la señora a solas? No es a buen fin.

Dirésclo por san pito, al que es perra ceboloso, que ser un hombre chismoso no es demasiado delito.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Qué es lo que quieres decir?

D. PEDRO. Que vuestro primo os adora.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Bien, a fe!

D. PEDRO. Y está, señora, ya condenado a morir, si no le favorecéis.

D.<sup>a</sup> MAR. Bien pudiéades buscar más culto modo de hablar.

D. PEDRO. No es razón que me culpéis.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Dejaldo ya, por mi vida!

D. PEDRO. No disgustaros desco.

D.<sup>a</sup> MAR. Nuestra sangre nuestro empleo será forzoso que impida.

D. PEDRO. ¿Pues esa dispensación no es fácil?

TORIBIO. Esto ha pasado:

(Sale TORIBIO, reventando, y DON CARLOS.)

de la sala me han espialo.

D. CAR. ¡Qué buena conversación!  
¡Qué divertidos están!

D. PEDRO. En que este amor no se impida, señora, me va la vida.

D. CAR. ¡Buenos mis intentos van!

D. PEDRO. Haedme aqueste favor.

D. CAR. (Favores está pidiendo.)

TORIBIO. ¿Entiéndelos bien?

D. CAR. Entiendo lo que basta a mi temor.

(Sale ANTÓN.)

ANTÓN. Ya mi señor os espera.

D. PEDRO. Con vuestra licencia voy.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> MAR. (Ya determinada estoy.)

D. CAR. (El furor el alma altera.)

D.<sup>a</sup> MAR. (En vano engaños intenta encender mi pecho frío en otro fuego amoroso, en otros nuevos peligros; a pesar de otros deseos, me arrojo y me determino en estimar a don Pedro; ya mi libertad le rindo.)  
D. CAR. (Luego me dió el corazón con sus alas este aviso, que reventando en el pecho me alborotó los sentidos. ¡Que en todas las partes halle este hombre por enemigo, y que fáciles le adoren dos mujeres que he querido! ¿Es más noble? ¿Es más galán? ¿Más cortesano? ¿Más rico? ¿Qué estrella le favorece contra mí? ¿Qué adverso sino?)

D.<sup>a</sup> MAR. (A don Pedro Alvarez sólo mi libertad sacrífico. Gente siento. El es. ¡Ay, cielos!, pesaráme si me ha oído. no juzgue por liviandad un amor tan casto y limpio.)

D. CAR. (Corrido estoy. Desde agora de sus ojos me despido; no quiero darle a entender mis celos, que es desatino



que los pida quien no fué  
amado y favorecido.)

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Cómo dejáis el ganado?

D. CAR. Alguno menos perdido  
puede guardarle mejor,  
pues no me hallo a mal gusto.

D.<sup>a</sup> MAR. Parece que venís triste.

TORIBIO. Y yo poquito a poquito  
me escurre, que los chismosos  
siempre temen el castigo.

(*Vase.*)

D. CAR. No será justo negarlo,  
cuando mis ojos lo han dicho.  
Señora, en ninguna parte  
hallo descanso ni alivio.  
Pensé estar en estas sierras  
por algún tiempo escondido,  
mas ya conozco que en ellas  
más me entristezco y aflijo.  
Quiero pasar a Madrid,  
que en la piedad de Filipo  
espero fácil perdón  
de un amoroso delito.  
Mirad si me mandáis algo  
y haced que me dé Toribio  
el caballo que ha guardado  
y me vuelva mi vestido;  
que yo, cuando siglos fueran  
ocho días que aquí os sirvo,  
por no esperar mala paga  
perdonara (1) lo servido.

D. MAR. ¿Pues qué tenéis? No es posible  
que carezca de artificio  
o enojo aquesta mudanza.  
¿Esto es el sufrir de enero  
los rigores y los fríos?  
¿De las despeñadas fuentes  
las ricas sierpes de vidrio?  
Si yo de vos me fiara...  
Ved qué presto habéis mentido.  
Si luego os diera favores,  
cuál quedara el honor mío;  
nunca he sido tan discreta,  
nunca tan prudente he sido.  
¿Qué presto fuistis mudable!  
Pero yo, ¿de qué me admiro?  
No olvidadme a mi prima?  
Yo pensé en algo servirlos;  
mas, pues vos os vais, no importa.

(1) Digo: "perdonará".

(*Sale TORIBIO.*)

¿Toribio?

TORIBIO. ¿Señora?

D.<sup>a</sup> MAR. Amigo,  
dad a aqueste caballero  
sus galas; que nunca he visto  
portugués en lo que trata  
tan inconstante y altivo.  
Toribio. Allí están los zaraguilles,  
y aquel de los abanicos,  
que tiene, si bien me acuerdo,  
dos menores por sus hijos,  
un sayo todo gayado,  
y otras zarandajas.

D.<sup>a</sup> MAR. Digo

que lo traigas y se vaya.

D. CAR. (¿Qué más evidente indicio  
de que a don Pedro se rinde,  
pues mi ausencia no ha sentido?)  
¡Adiós, señora!

D.<sup>a</sup> MAR. El os guarde.

TORIBIO. ¿Daréle la espada y cinto?

D.<sup>a</sup> MAR. Todo, pues.

D. CAR. Todo lo quiero.

TORIBIO. ¿Hay son dársele? (Esto hizo  
el chisme que le conté.)

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Loca quedo!

D. CAR. ¡Pierdo el juicio!

(*Vase.*)

D.<sup>a</sup> MAR. ¿En dos horas tal mudanza?  
¿Es loco este hombre? ¿Qué ha vis-  
Color trujo de celoso, [to:  
pálido y descolorido.  
¿Si por dejarle y venirme  
con el Conde se ha ofendido?  
¡Ay, si se irá! ¡Pero vaya!  
¿Cómo tan presto me rindo?  
Yo quiero hacer que le hurten  
el caballo. ¿Hay desvarío  
semejante? Pero en vano  
le muestro esfuerzo y me animo.

(*Sale DON CARLOS.*)

¡Oh, quién hallara remedio  
para detenerle!

D. CAR. Ha sido

imposible que faltasen:  
ves, porque yo las estimo. [los!

D.<sup>a</sup> MAR. ¿No os vais? ¡Pluguiera a los cielos!

D. CAR. ¿Cómo me pondré en camino

si me faltan las espuelas?

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Las espuelas se han perdido?

(Sale TORIBIO.)

TORIBIO. En el pajar no parecen,  
y él quiere, a lo que imagino,  
no ser maldito del Cid.

D. CAR. ¿De qué modo?

TORIBIO. ¿No es maldito  
quien sin espuelas cabalga?

¿Qué poco que habéis leído!

D.<sup>a</sup> MAR. Sossegad, señor hidalgo,  
y no estéis tan pensativo.  
No debéis de ser verdad.

(Dice dentro.)

D. LUIS. ¿Para!

TORIBIO. ¿Qué es este ruido?

(Sale TERESA.)

TERESA. Tus primas llegan, señora;  
hablando están con su tío.

D.<sup>a</sup> MAR. Ahora si son mis celos.  
Ved, hidalgo, que os aviso,  
que si miráis a mi prima,  
pues sé que la habéis querido,  
parecerán las espuelas,  
aunque todo el edificio  
de la casa se trastorne.

D. CAR. (¿Hay tan grande laberinto?  
Celos me pide, y adora  
a don Pedro.)

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Queréis iros  
al campo?

D. CAR. No, porque tengo  
con vos mi fiero enemigo,  
y quiero ver si le habláis.

D.<sup>a</sup> MAR. Tened cuenta si le miro,  
que yo la terné con vos.

TORIBIO. ¡Ah, señor hidalgo! ¿Ensillo?

D. CAR. No tan presto.

TORIBIO. Pues espero.

(Salen todos.)

D. ALV. ¡Todos sedis bien venidos!

D.<sup>a</sup> MAR. Primas, dadme vuestros brazos.

D. LUIS. Y yo los vuestros os pido.

D. PEDRO. Ya la hablé.

D. LUIS. ¡Guárdete el cielo!

D.<sup>a</sup> MAR. Ya de doña Clara envidia  
la belleza por mis celos.

D.<sup>a</sup> CLAR. En vano el placer resisto

de ver aquí a mi don Pedro,  
aunque con nombre fingido.

D.<sup>a</sup> M. S. Pues ya se desmiente el Conde,  
por ver a don Juan suspiro.

D. PEDRO. ¿Será mía vuestra hermana?

D. LUIS. ¿Eso dudáis?

D. PEDRO. Siempre ha sido  
rubio el tenor del amor.

D. LUIS. Por cumplir lo que os he dicho  
de paciencia al de la pendencia.

D. PEDRO. Si a vuestros pies no me humillo,  
es por no dar qué notar.

D.<sup>a</sup> MAR. Clara, a mirarte me inclino  
con más atención.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Por qué?

D.<sup>a</sup> MAR. Hoy mejor me has parecido  
que otras veces.

D. CAR. ¿Si miró  
agora?

TORIBIO. Mire si ensillo.

D. CAR. Después lo veremos. ¡Calla!

D. LUIS. (Por mi prima estoy perdido.)

D. PEDRO. (Clara me tiene sin alma.)

D.<sup>a</sup> M. S. (Mi dueño será el herido.)

D. ALV. Puestas esperan las mesas.

D. CAR. La libertad les limito  
a los ojos, por no ver  
aquella esfinge de Edipo.

D.<sup>a</sup> MAR. La privación de mujer  
suele engendrar apetito;  
mas no he de mirar al Conde.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¡Ay, don Pedro! ¡Ay, dueño mío!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Ven, Clara!

D. LUIS. ¡Prima, venid!

D. CAR. ¡Con qué cuidados asisto!

D.<sup>a</sup> MAR. Argos me han hecho los celos.

TORIBIO. ¿Vase?

D. CAR. No.

TORIBIO. ¿Luego no ensillo?

## ACTO TERCERO

(Salen TERESA, ANTONIO y TORIBIO.)

ANTONIO. ¡Oh, mala Pascua os dé Dios!

TORIBIO. ¿Tan grande fué el maleficio?  
Par Dios, que os quejáis de vicio.

TERESA. Decid: ¿no somos los dos  
para el santo matrimonio  
iguales?

TORIBIO. ¿No soy igual  
al más ergudo zagal

para todo? ¿Soy dimoño?  
 ¿Qué importa que a ese rincón,  
 si el dios niño nos provoca,  
 alcanzase de su boca  
 de paso aquel sorbitón?

TERESA. Hué sacrilegio.

ANTONIO. No sé  
 cómo la cólera aplaco.  
 Vos sois un gentil bellaco.

TORIBIO. Por su virtud lo seré.

ANTONIO. Y vos...

TORIBIO. Lo que habéis de hacer,  
 pues servistis de testigo,  
 es que las hayáis conmigo,  
 pero no con mi mujer.

ANTONIO. ¿Ya eres su mujer?

TERESA. ¿Pues no!

Para lo que le cumplieré.

ANTONIO. ¿Esto sufro?

TORIBIO. ¿No os altere!

Yo so ella y ella es yo:  
 aquesto es en sorrución.

ANTONIO. Pues, Teresa, si es así,  
 no hay que hablarme desde aquí.  
 ¡Andad con la maldición!

(*Uase.*)

TERESA. Esto es hecho.

TORIBIO. ¿Y cómo que es!

TERESA. Mi padre enojado va.

TORIBIO. El se desenojará  
 cuando le pongáis después  
 un nietecito en los brazos,  
 branco, rubio y colorado;  
 que para un padre enojado  
 éstos son perfetos lazos.

TERESA. ¿Y de aquí a que esté preñada,  
 Toribio, y después parida,  
 qué ha de ser nuesa vida?

TORIBIO. ¿De eso estáis desconsolada?  
 ¿No sabréis adelantar?  
 ¿Tan despacio os habéis de ir?  
 Daos prisa en parir,  
 que yo lo daré a empañar.

TERESA. ¿No será mejor que habremos  
 a estas damas que han venido,  
 y del error cometido  
 el perdón alcanzaremos  
 por ellas?

TORIBIO. Tenéis razón:  
 ya acabaron de cenar.

TERESA. Presto saldrán a tomar  
 el fresco a aqueste balcón.

Hablarlas aquí podemos.  
 Aquesta es doña María.

TORIBIO. Hará de la noche día  
 con más lucientes extremos.

(*Sale DOÑA MARÍA DE SUS.*)

D.<sup>a</sup> M. S. Más aumenta mi tristeza  
 ver con el gusto que están,  
 mi hermano viendo en mi prima  
 una imagen celestial,  
 don Pedro, fingido Conde,  
 viendo a Clara que le da  
 toda el alma por los ojos  
 con (el) agradable mirar.  
 Yo sola, viendo que Carlos  
 fué inconstante y desleal,  
 pues no ha venido a verme,  
 teniendo ya libertad.  
 le olvido, y de nuevo siento  
 esta ausencia de don Juan,  
 que las sinrazones son  
 espuelas para olvidar.  
 Quisiera que con secreto  
 viniera a verme; quizá  
 de todo olvida mi prima,  
 ingrata a su voluntad.

Aqueste papel he escrito;  
 ¿quién se le puede llevar,  
 que con la respuesta venga?

TORIBIO. Llégate, que sabes más,  
 que yo me enturbio de vella

TERESA. Mi señora, perdonad  
 si antes de haberos servido  
 de vos me vengo a amparar  
 Yo, criada en esta sierra,  
 sin empachos de ciudad,  
 quise bien desde chiquita  
 a este pulido zagal.

TORIBIO. Yo la conocí en mantillas,  
 y, por más señas, jamás  
 la vi sin mocos; tenía  
 notable gracia en llorar:  
 atronaba aquestos valles;  
 mi burra dirá su edad,  
 que la sabe.

D.<sup>a</sup> M. S. ¿Y habla acaso?

TORIBIO. No le falta sino hablar.

TERESA. Creció el amor en los dos,  
 por ser el estado igual,

y al fin esta noche hallónos  
mi padre.

D.<sup>a</sup> M. S. ¿De qué os turbáis?

TORIBIO. Hallónos ya tan perdidos,  
que hubimos de confesar  
que éramos, como se dice  
en dueñas, tal para cual.  
Está enojado, y vos sola  
le podéis desenojar.

D.<sup>a</sup> M. S. Eso dejad a mi cargo.

TORIBIO. Los pies le quiero besar.

D.<sup>a</sup> M. S. (No es mala aquesta ocasión.)

Pero por esta amistad,  
otra habéis de hacerme vos.

TORIBIO. No tiene sino mandar.

D.<sup>a</sup> M. S. A Mérida os habéis de ir  
y dar aquéste a don Juan  
de Castilla, que conviene  
el secreto y brevedad.

TORIBIO. ¿No es el que decís un hombre  
muy pulido y muy galán,  
muy rico y emparentado?

D.<sup>a</sup> M. S. Ese mismo.

TORIBIO. ¡Echad acá!

Yo iré a dárselo al momento.

D.<sup>a</sup> M. S. Pues entretanto que vais,  
conmigo estará Teresa,  
que yo la sabré guardar.  
Yo hablaré a su padre presto;  
tendrá todo dulce paz.  
Mirad que me importa mucho  
ese papel que lleváis:  
dádsele en su propia mano.

TORIBIO. Dejaldo, que ello dirá.  
Vos veréis mi diligencia.  
¡Con linda joya topáis!

D.<sup>a</sup> M. S. Pues, Teresa, ven conmigo.  
(Perdone mi calidad:  
que olvidar a quien olvida  
es efeto natural.)

(*Vanse los dos.*)

TORIBIO. Pardiez, no voy muy contento,  
si va a decir la verdad:  
que aún Teresa no está firme,  
y es forzoso recelar.  
Han venido caballeros  
palaciegos y podrán,  
con engaños y invenciones,  
su sencillez engañar.  
¡Oh! ¡Lleve el diablo el papel!

(*Sal. CARLO.*)

D. CAR. Aquéstos celos me traen  
sin mí; que aunque no le mira,  
quizá cautela será;  
ya sé su nombre, que estando  
cenando la oí nombrar;  
doña María se llama,  
como esotra desleal.

TORIBIO. Agora que está casado,  
debo por ella mirar  
más que cuando era soltero.

D. CAR. Toribio, ¿qué hay por acá?

TORIBIO. Y vos, ¿qué es lo que queréis?  
Mirad si voy a ensillar.

D. CAR. No.

TORIBIO. Pues sabed que yo tengo  
poco bien y mucho mal.  
Voy a Mérida.

D. CAR. ¿Y a qué?

TORIBIO. ¡Oh, qué linda necedad!  
¿Queréis que diga que llevo  
este papel a don Juan,  
y que es de doña María?  
Hanme mandado callar,  
y no he de decirlo a nadie.  
(¿De cuál de las dos será?  
Mas de cualquiera [que] sea,  
que le lleve he de estorbar;  
que en una me obligan celos  
y en otra curiosidad.)  
¿Y de eso estás disgustado?  
Yo me voy agora allá,  
y le llevaré por ti.

TORIBIO. Haréisme mucha amistad;  
que yo tengo ya mujer  
y no me picno apartar  
della un punto.

D. CAR. Muestra y calla.

TORIBIO. ¿Y sabéis para quién va? (I)

D. CAR. Sí, que yo soy adivino;  
a don Juan se le ha de dar  
de Castilla con secreto,  
industria y sagacidad.

TORIBIO. Hombre, ¿hablas con el diablo?  
¿Hay tan grande adivinar?  
(Dejar sola mi muchacha,  
estando aquí gente tal?)  
¿Cuándo traeréis la respuesta?

D. CAR. Mañana.

(1) Texto: "yrá".



TORIBIO. Hasta que volváis,  
por doña María, quiero  
esconderme en el pajar.

D. CAR. (Rabio por ver el papel.)  
¿Mas qué? ¿A dormir te vas?

TORIBIO. Entendíome el pensamiento:  
él tiene familiar. (sic)

D. CAR. ¿Quieres que haga que vuelas  
de aquí a tu cama?

TORIBIO. ¡Callad!  
Aunque cojo, patas tengo.  
Vaya conmigo San Blas.

(*Íase.*)

D. CAR. Cuando con don Juan reñí  
me pudo el nombre engañar  
de doña María. ¡Cielos!,  
mis celos se aumentan más;  
de doña María de Sosa,  
acabada de llegar,  
¿cómo pudo ser querido?

(*Sale DOÑA CLARA.*)

D.<sup>a</sup> CLA. ¡Qué poca es mi habilidad!  
Que no sepa yo escribir,  
siquiera por no fiar  
a ninguno mi secreto,  
que culpe mi liviandad!  
Está mi hermana enojada,  
y así escribir no querrá.  
Y a don Pedro aquesta noche,  
si puedo, quisiera hablar,  
para quitarle los celos  
que tuvo en Lisboa.

D. CAR. ¿Habrá  
confusión como la mía?  
Una luz voy a buscar.

D.<sup>a</sup> CLAR. Buen hombre, ¿sois desta casa?

D. CAR. Sí, señora, ¿Qué mandáis?  
(Esta es doña Clara; aquí  
conviene disimular.)

D.<sup>a</sup> CLAR. Por mí quiero, si es posible,  
que una diligencia hagáis.

D. CAR. Fíad de mí, que soy hombre  
de bien, y que sé de mal.

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Conocéis un caballero,  
que vino de la ciudad  
ayer, antes que nosotros?

D. CAR. Muy bien. Decid. No temáis.

D.<sup>a</sup> CLAR. Impórtame con extremo  
ciertas cosas aclarar  
dañosas para mi honor

y contra mi calidad.

En el cuarto de mi prima  
mi hermana y yo hemos de entrar;  
ya yo he entrado en él, y he visto  
segura comodidad:

salen unas rejas bajas  
guarnecidas de arrayhán,  
entre jazmines, que agora  
son estrellas de cristal,  
a una huerta deleitosa,  
donde muestra su beldad  
roja la sangre de Venus,  
a emulación del coral,  
por cuyas bajas paredes  
fácilmente puede entrar,  
donde sepa de mi boca  
su engaño con mi verdad.  
Y yo obligada, por mí  
mis deseos pagarán,  
deseándote el aumento  
de tu hacienda y tu caudal.

Si tienes ovejas, cubran  
esta amena soledad,  
nieve en las cumbres parezcan,  
que derritiéndose va,  
rica laguna en el valle;  
si las plantas cultivar  
quieres, desgaje sus ramas  
el más humilde frutal.

D. CAR. Basta ya, señora mía,  
las bendiciones dejad.

(*Sale DOÑA MARÍA.*)

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Adónde se fué don Pedro,  
que no le he podido hallar?  
¡Aquí hay gente!

D. CAR. Vuestros ruegos,  
¿qué piedra no ablandarán?  
Digo que serviros quiero.

D.<sup>a</sup> CLAR. Y yo te quiero abrazar  
mil veces.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Ay, cielo santo!  
El y doña Clara están  
abrazados! ¡Qué mal hice  
en no dejarle ausentar!

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Harásllo?

D. CAR. ¿Pues no, señora?  
¿No basta que lo pidáis  
con tanta terneza? ¡Cielos,  
estas dudas aclarad!

D.<sup>a</sup> CLAR. Dadme la mano.

D.<sup>a</sup> MAR. Esto es hecho:  
no puedo disimular.

D.<sup>a</sup> CLAR. Pues adiós, que suena gente.

*(Dáscela y vase DOÑA CLARA.)*

D. CAR. Con El, mi señora, vais.—  
Voy a leer el papel.

D.<sup>a</sup> MAR. No hay para qué le leáis;  
basta lo que habéis sabido,  
pues os lo dijeron ya:  
los que firmes se quisieron,  
tárle olvidan, nunca y mal.  
Más vale que hablemos claro.

D. CAR. ¿Qué más claro habéis de hablar?

D.<sup>a</sup> MAR. Id a buscar las espuelas,  
y si las vuestras no halláis,  
yo os las prestaré, y aun alas,  
para que podáis volar.  
¡Basta lo que he sido necia!  
A su curso natural  
vuelvan las cosas; caminen  
ríos y fuentes al mar.  
Vos tenéis a quien querer;  
sus méritos no igualáis.  
Engañado habéis vivido;  
no tenéis que sospechar  
que fuese suyo el papel.

D. CAR. Si tan claramente habláis,  
clara la verdad se ha visto.

D.<sup>a</sup> MAR. Lleno estáis de claridad.

D. CAR. ¿Hay desengaño tan grande?  
Al fin escribe a don Juan;  
ella misma lo confiesa.  
¿Qué respetos miro ya?  
Pues queréis que no le lea,  
haré vuestra voluntad:

*(Arrójale el papel.)*

que no quiero que por mí  
un instante la torzáis.  
Hasta aquí viví engañado,  
y no quiero estarlo más.  
Bastan las informaciones  
con que os puedo condenar.  
Voime a buscar en el mundo  
amor, firmeza, lealtad.  
ya que viviendo entre peñas  
tan fácilmente os mudáis.

*(Vase.)*

D.<sup>a</sup> MAR. Venció, Clara, tu hermosura,  
no tu beldad y firmeza.

*(Salen DON ALVARO, DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA MARÍA DE SOSA y CLARA; dos pajes con velas en sus candeleros.)*

D. PEDRO. Su alegría y su belleza,  
dichoso fin me asegura.

D. ALV. Que os recojáis es razón.  
¿Qué hacéis aquí, María?

D. LUIS. Llamar con su luz al día,  
haciendo oriente el balcón.

D.<sup>a</sup> MAR. (Turbada estoy. ¿Si me oyeron?  
Ya se aumentan mis cuidados;  
¿pero cuándo los culpados  
no dudaron y temieron?)

D. LUIS. Yo os tengo de acompañar.  
Carlos, esperadme aquí.

D.<sup>a</sup> CLAR. (Si aquel recado que di  
se le habrán podido dar?)

D.<sup>a</sup> M. S. (¿Si habrá Toribio partido  
con el papel de don Juan?  
¿Si será cortés galán  
al amor quien le ha debido?)

D. LUIS. ¿Qué amor al mío se iguala?

D. ALV. Excusada cortesía.

D. LUIS. Iré así, por vida mía,  
hasta entrar en esa sala.

D.<sup>a</sup> M. S. (Dudosa voy y sin mí;  
ya mi contento acabó.)  
¿Vas muy alegre?

D.<sup>a</sup> CLAR. ¿Pues no,  
si cobro lo que perdí?

*(Vanse, y queda DON PEDRO y un paje, con una luz.)*

D. PEDRO. Ojos, si perdéis el cielo,  
que en doña Clara adoráis,  
hasta que a verle volváis  
poned la vista en el suelo.

Dad a la confusa idea  
vuestro poder más fiel.  
¿Cuyo será este papel?  
Pero de quien fuere sea.

Leerle animoso quiero.  
Allá fuera os retirad;  
sobre el bufete dejad  
esa luz y candelero.

*(Arrójale el papel.)*

¡Cerrado y sin sobrescrito!  
Ya me da que sospechar;  
pero el temor y el dudar  
a la ejecución remito.

Aquí tengo el desengaño,  
que el caso me certifica:

esta letra pronostica  
o mi contento o mi daño.

¿No es de doña Clara? Sí.  
Dichoso mil veces yo,  
si para mi le escribió  
y me le ha arrojado aquí!

Sin duda es lo que sospecho.

(Lee.)

*"Estas fincas dirán  
lo que en mi alma, don Juan,  
vuestras palabras han hecho."*

¿Cómo es esto? ¿Don Juan dice?  
¿Qué dudo, pues que lo leo?  
¿Qué presto con mi deseo  
mi esperanza satisface!

(Lee.)

*"Pagad como caballero  
la fe que habéis conocido,  
pues por vuestra causa olvido  
a quien estimé primero."*

Verdad dije, no mentí;  
por capítulos le dan:  
el primero es de don Juan  
y el segundo para mí.

(Lee.)

*"Si os aflige mi cuidado,  
que es de los sentidos guerra,  
venid a verme a la Sierra  
encubierto y disfrazado."*

*Daréis fin a la tristeza,  
que en la ausencia se confirma;  
bien conoceréis sin firma,  
que os escribe mi firmeza."*

¿Hay libertad semejante?  
¿Es posible que he venido  
a ver en su amor mi olvido,  
ciego, loco y ignorante?

¿No bastaba lo que vi  
con el Conde? ¿No bastaba  
ver que a los dos engañaba,  
para no buscarla así? (1)

¿Tan presto halló nuevo amor,  
y al Conde y a mí desprecia?  
Sin duda le sobra y precia  
lo que le falta de honor.

¿Esto vengo a pretender?  
¿Esto mi firmeza gana?

¿Una mujer tan liviana  
pretendo para mujer?

En mi dolor inhumano  
de suerte perdido voy,  
que lleno de rabia estoy  
por decirselo a su hermano.

Mas sin duda no lo ignora,  
y también es contra mí;  
lo que entonces no entendí,  
por mi mal lo entiendo ahora.

¿No me dijo que tenía,  
¡cielos, el alma se abrasa!,  
dentro de su misma casa  
el que por su amor moría?

¿No me echó della alterado?  
¿No me dijo que mudara  
el nombre? ¿Más muestra clara  
de que he venido engañado?

Y la misma ingrata bella  
dijo que estaba don Juan  
en casa; aquí me darán  
ocasión para ofendella

sus livianos pareceres,  
para más venganza mía.  
¡Oh, mal haya quien se fía  
en palabras de mujeres!

(*Úase, y salen* BRITO y CARLOS.)

BRITO. ¿Qué es esto, señor?

D. CAR. No sé.

BRITO. ¿Dónde [a] aquestas horas vas?

D. CAR. El galardón de mi fe  
aún más obscuro se ve  
que estos valles en que estás.

Aquestos bosques sombríos  
vestidos de escarcha están,  
..... (1)  
con sus ojos no podrán  
numerar los males míos.

Ya no me espanta en Maria  
la mudanza, ni te asombre  
que a dos a un tiempo quería,  
pues la imita en su porfía  
otra de su mismo nombre.

Apenas en su ribera  
retratara en su cristal  
la celeste vidriera,  
cuando huía de mi mal,  
que aquí no vence el que espera:

(1) Texto: "buscarle aquí".

(1) Falta un verso

mas antes de mi partida  
quitar quisiera la vida  
a don Pedro y a don Juan,  
que entrambos muerte me dan  
cuando mi afición se olvida.  
¡Vive Dios!

BRITO. ¿Esa afición  
quieres que venga a parar  
en la desesperación?  
Si has de olvidar tu pasión,  
el rencor has de olvidar.

D. CAR. ¿Cómo te veniste aquí?  
De la quinta me sali  
loco, apresurado y ciego,  
que jamás descansa el fuego,  
y vive un volcán en mí.

Aquí te vine a buscar  
para decirte mi pena:  
todas saben engañar.

BRITO. Aquí te importa callar.  
Advierte que gente suena.

(Sale DON JUAN, con botas y espuelas.)

D. JUAN. No bien con salud entera,  
aunque en mi agravio animoso,  
vengo de aquesta manera;  
que se consume si espera  
el que es amante celoso.

Noche, en vuestro manto obscuro  
mi pretensión aseguro:  
aquí sin duda estará  
mi enemigo; hoy me dará  
la venganza que procuro.

Mi memoria y fantasía  
jamás olvidan sus señas.  
así me ofreciese el día  
quien me hiciese compañía  
escondido entre las peñas.

¿Si estará don Pedro aquí?

D. CAR. Nombrar mi contrario oí.  
Quién es este hombre he de ver,  
que por dicha podrá ser  
que halle mi venganza así.

¿Quién va allá?

D. JUAN. Pastores son.

BRITO. Hao, no espantes el ganado.

D. CAR. ¡Ah, huego de San Antón!  
A ser su merced ladrón,  
buen mastín, que no ha ladrado.

D. JUAN. Amigos, no os alteréis.

D. CAR. ¿A estas horas, qué queréis?

Huera de camino van:  
decimos lo que buscan.

D. JUAN. Quería que me enseñéis  
de don Alvaro la casa.

D. CAR. Aquí en este valle está,  
por donde este río pasa,  
que cruza esa vega rasa.  
¿Pero qué queréis allá?

Que si venís a buscar  
uno que os oí nombrar,  
yo os le mostraré.

D. JUAN. Ya medro,  
saber que está aquí don Pedro,  
de haberos llegado a habiar.

D. CAR. ¿No es don Pedro un portugués  
caballero el que buscáis?

D. JUAN. Sí, amigo, el mismo.

D. CAR. Pues  
si vuestro enemigo es,  
a muy buen puerto llegáis.

¡Voto al -ol, que es un tacaño!

D. JUAN. ¿También os ha hecho daño?

D. CAR. ¡Muera!

D. JUAN. Si os queréis vengar,  
ponedme vos en lugar  
que satisfaga mi engaño;  
que darle la muerte espero.

D. CAR. A daros gusto me aplico.

D. JUAN. Aunque él sea caballero,  
en efecto es forastero,  
y yo natural y rico,  
y os sabré satisfacer  
lo que prometéis hacer.

D. CAR. No me obliga la ambición.  
Pues que sé vuestra intención,  
la mía habréis de saber.

Yo estaba determinado  
a matarle.

D. JUAN. De esa suerte  
bien nos habemos juntado.

BRITO. Jamás ayuda ha faltado  
para agravio, robo o muerte.

D. CAR. No quiero que le matéis  
vos, sino que me ayudéis  
después.

D. JUAN. La traza es discreta:  
alma tiene esta escopeta,  
con que la suya saquéis.

D. CAR. Aunque yo tenía espada  
ésta será menester;  
que, pues no es pendencia honrada,



sin aventurarse nada  
es dulce cosa el vencer.

D. JUAN. Pues vamos luego, que el día  
destierra la sombra fría.

D. CAR. ¿Quédalos a vos otra?

D. JUAN. No,  
que para tirarle yo  
esa escopeta traía.

D. CAR. Esperad, que quiero hablar  
un poco a mi compañero.

BRITO. ¿Que tengo de hacer?

D. CAR. Callar,  
pues que me puedo vengar,  
y culpo a este caballero;

tú puedes ir a tener  
los caballos prevenidos.  
BRITO. De criados bien nacidos  
es callar y obedecer:  
ruego a Dios que por bien sea.

D. CAR. A esto estoy determinarlo.

BRITO. Pues yo te obedezco.

D. CAR. Ea,  
que ya, pardiobre, desea  
salir el plomo encerrado.

D. JUAN. Dichoso he sido en hallaros.

D. CAR. Y yo más en ayudaros.

D. JUAN. ¿La paga es cierta?

D. CAR. Sí es.  
Vengaos ahora, y después  
Dios sabe quién podrá hablaros.

D. JUAN. Mi ventura el cielo ordena

D. CAR. Ya se divisa la casa.

BRITO. Furioso se desenfrena.

D. CAR. Aquí con la mano ajena  
tengo de sacar la brasa.

*(Vanse, y sale DON ALVARO, DOÑA MARÍA DE SOSA,  
TERESA y ANTÓN.)*

D. ALV. Pues tanto habéis madrugado,  
mucho esta paz os importa.

D.<sup>a</sup> MAR. Si Antón su enojo reporta,  
sacaráme de cuidado,  
para que no quiebre yo  
una palabra que dí.

D. ALV. Tercero tendréis en mí,  
si es que a vuestro gusto importa (1).

ANTÓN. ¿A sagrado os acogéis?

D. ALV. Pues qué es aquesto, sobrina?

TERESA. Si veis que Dios nos inclina

para en uno, ¿qué queréis?

No estéis tan emberrinchado.

D.<sup>a</sup> M. S. Teresa y Toribio son  
amantes; su padre Antón  
dice que los ha hallado  
requebrándose; dijeron  
que estaban casados ya;  
el viejo enojado está,  
y a mí a pedirme vinieron  
que me sirviese de hacer  
las paces, y hacerlas quiero.

*(Asonáse TORIBIO por un agujero.)*

D. ALV. ¿Pues no?

TORIBIO. Por este agujero  
lo puedo escuchar y ver.

D. ALV. Antón, ¿queréis estorbar  
lo que está de Dios? No es justo.

ANTÓN. En todo os he de dar gusto;  
pero habéisme de escuchar.

Quando Teresa escogiese  
(ya que se quiere casar)  
quien la supiese estimar  
y sustentarla supiese,

no tuviera que temer.

TORIBIO. ¿Sustentarla? ¿Quién tal vió?  
¿He de herle papas yo?  
¿Ella no sabe comer?

ANTÓN. Si es níspero, aun sin estar  
maduro, al ocio dispuesto,  
¿qué le ha de dar?

TORIBIO. Ya me he puesto  
entre paja a madurar.

ANTÓN. Es tonto (1), es bruto, y así  
la entrego a un tormento eterno.

TORIBIO. Ya me trata como a yerno,  
pues que dice mal de mí.

D.<sup>a</sup> M. S. Si por ventura tuviera  
para una dicha tan clara,  
pues una tan buena cara  
por yedra del olmo espera,  
partes para merecer  
la prenda que miro aquí,  
¿qué hiciérades vos por mí  
en dársela por mujer?

Porque es necio y animal  
os ruego que en paz estén.

TORIBIO. ¿No pudiera hacerme bien  
la tonta, sin decir mal?

(1) Pasaje alterado y quizá incompleto.

(1) Texto: "et tonto".

D. ALV. ¡Ea, Antón! Ved que lo ruega mi sobrina, y que yo estoy de por medio: en dote os doy esa huerta de la vega.

De sus ignorantes ratos tendréis recompensa así.

D.<sup>a</sup> M. S. ¡Ea, por amor de mí!

TORIBIO. ¡Enternécete, Pilatos!

ANTÓN. ¿Qué os tengo de responder, pues es mi desdicha cierta?

TORIBIO. Diabla, si te dan la huerta, ¿qué aguardas?

ANTÓN. Quiero lo hacer, aunque es afrenta notoria.

D. ALV. Echalda la bendición.

D.<sup>a</sup> M. S. Mucho me obligáis, Antón.

TORIBIO. Aquí gracia, después gloria.

D. ALV. ¿Y Toribio, dónde está?

TORIBIO. En el pajar.

D.<sup>a</sup> M. S. Por mí ha ido fuera de aquí.

TORIBIO. Yo he dormido; aquél adivino va.

D. ALV. Pues venid conmigo, Antón; adiós, sobrina.

D.<sup>a</sup> M. S. El te guarde.

(Vase.)

TORIBIO. ¡Mas qué atado, qué cobarde que me echó la bendición!

No la echó de buena gana.

D.<sup>a</sup> M. S. Mi pecho el dolor confiesa.

TORIBIO. ¡Oh, si llegase Teresa cerca de aquesta ventana!

D.<sup>a</sup> M. S. El pensamiento afligido penas coge y dudas siembra.

TORIBIO. ¡Hao, Teresa; ah, mala hembra! ¿No oís a vuestro marido?

D.<sup>a</sup> M. S. Apenas la luz del día vi, cuando el lecho dejé; vestida a mi hermana hallé, y triste a doña María, y mi pesar aumentaron. Don Juan, mi amor te da priesa.

(Vase.)

TORIBIO. ¡Ah, Teresilla! ¡Ah, Teresa!

TERESA. ¿Desde dónde me llamaron?

TORIBIO. Yo soy. Vuélveme a mirar.

TERESA. ¿Eres Toribio?

TORIBIO. Sí soy.

TERESA. ¿Hacia dónde estás?

TORIBIO. Estoy retraído en el pajar.

Sube, pues que ya eres mía.

TERESA. Que te obedezca es forzoso.

TORIBIO. ¡Oh, pajar el más sabroso que ha habido en la pajaría!

Por esta escalera atajas.

TERESA. Mas que me ringan después.

TORIBIO. Ven, que aunque entre ellas me ves, jamás me dormí en las pajas.

(Salen DON LUIS y DON PEDRO.)

D. LUIS. Vuestras enigmas no entiendo ni vuestros tiernos suspiros, pues cuando quiero serviros os quejáis de que os ofendo.

Si es que arrepentido estás de que con mi hermana os case, no luy por qué adelante pase; bien sabéis lo que ganáis, por quien soy, y por tener tanto valor y hermosura.

D. PEDRO. Si el alma no se asegura, ¿cómo me puedo atrever?

Don Luis, yo estoy perdido; toda la noche he pasado consultando mi cuidado, desvelado y sin sentido.

D. LUIS. Advertid que si son celos, las más veces son engaños.

D. PEDRO. Pluguiera a Dios que mis daños fueran dudosos desvelos.

Don Luis, verdades son, por su misma mano escritas.

(Sale DOÑA CLARA y DOÑA MARÍA.)

D.<sup>a</sup> CLAR. Mal haces si no limitas esa encubierta pasión.

Si es que sientes de don Juan la herida, sano quedaba, y aquí venir deseaba.

D.<sup>a</sup> MAR. Lejos tus sospechas van de adivinar mis enojos.

D.<sup>a</sup> CLAR. También tengo yo cuidado; que esta noche no ha llegado el sueño a ocupar mis ojos.

El bien que en tu casa hallé aguardaba cuidadosa.

D.<sup>a</sup> MAR. Llamarte puedes dichosa.

D.<sup>a</sup> CLAR. Con tu favor lo seré en descubriendo un engaño,

causa desta confusión.

D.<sup>a</sup> MAR. (¡Disimulad, corazón, pues buscasteis vuestro daño!)  
¿Que don Pedro me engañase deste modo? No se irá; vuestra prenda en casa está.  
(No hay pena que no me abrase.)

D.<sup>a</sup> M. S. Prima, ¿qué es lo que has tenido, que tus quejas escuché toda la noche?

D.<sup>a</sup> MAR. No sé,  
"nada noche, y *hija* ha sido".  
(Sale DON ALVARO y ANTÓN.)

D. ALV. Yo quiero ser el padrino, no hay por qué estéis disgustado.

ANTÓN. Quedando por vos honrado, ya mi contento imagino.

D. LUIS. Don Pedro, si temeroso de vuestro honor os casáis, advertid que os obligáis, a pesado y malicioso; y si con vuestra opinión estáis desacreditado, jamás viviréis honrado en vuestra imaginación.  
No os caséis, ni os está bien.  
(Sale BRITO.)

BRITO. Mucho tengo que advertir.  
¿A quién tengo de pedir que los caballos me den?  
No preguntarlo fué error.  
Esta ignorancia me culpa; mas sirvame de disculpa el morir con mi señor cuando fuere monester.  
Quiero retirarme aquí.  
(ToJo en corrillos.)

ANTÓN. Por mandarlo vos, le di a mi hija por mujer.  
(Sale DON JUAN y DON CARLOS, con la escopeta y escpada.)

D. JUAN. Mucha gente hay a la puerta.

D. CAR. Quien determinado viene, como estamos vos y yo, no mira en inconvenientes.  
¿No soy caballero?

D. JUAN. Si,  
generoso descendiente de los Reyes de Castilla.

D. CAR. Todos venimos de Reyes.  
Pues en viéndole tendido llegad a favorecerme, mientras tomo mi rocín, que un compañero le tiene prevenido.

D. JUAN. Eres honrado, que es lo mismo que valiente.

D. CAR. ¡Qué bien dicho!

D. LUIS. Y en efeto, si con varios accidentes procedéis en estos casos, vuestra esperanza sintiere, y buscad en Portugal casamiento competente.

D. PEDRO. Eso será lo mejor.

D. CAR. El que hacia nosotros viene y del otro se apartó, es el que matar pretendes.

D. JUAN. ¿Cuál dices?

D. CAR. Este primero.

D. JUAN. ¿Don Pedro Alvarez es éste?

D. CAR. Sí, y yo le quiero tirar.  
Desviate a un lado.

D. JUAN. ¡Tente!  
No es posible, ¡vive Dios!; que las señas no convienen con las que tiene este hombre,  
..... (1)  
hombre de mediano cuerpo, de rubio cabello.

D. CAR. ¿Vienes a matarle o a impedirme?  
¡Qué tiempo agora se pierde!

D. JUAN. Pecosos de cara; ¡cielos!, contradicen claramente las señas con este hombre.

D. CAR. Casi en cólera me enciendes.

D. JUAN. ¡Hombre, tente, vive el cielo! Que agora que llego a verte con cuidado, al que yo busco por las señas me pareces.  
¿Quién eres, hombre?

D. CAR. ¿Quién soy?  
Dime primero quién eres,

(1) Falta en verso.

que no negaré mi nombre  
por temor, mientras viviere.

D. JUAN. Yo soy don Juan de Castilla:  
de mi apellido se infiere  
mi nobleza, y una noche,  
o engañado o impaciente  
don Pedro Alvarez me hirió;  
píde mi honor que me venga.

D. CAR. Y los celos que me has dado,  
que no me enubra y ausente:  
yo soy quien riñó contigo,  
y el nombre que me enoblece,  
don Carlos de Portugal.  
O te aparta, o mataréte.

D. JUAN. ¡Hombre, detente!

D. ALV. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¿Que yo las armas le diese,  
con que procura matarme  
y atrevido se defiende? (1)

D.<sup>a</sup> M. S. ¡Cielos! ¿Qué voces son éstas?

D. PEDRO. Este es Carlos.

BRITO. Aquí tienes  
a tu lado tu criado.

D. LUIS. Conde, ¿qué alboroto es éste?

D. CAR. Ninguno se llegue a mí,  
que del primero que llegue  
he de hacer que el alma salga  
por donde dos balas entren.  
Yo soy el conde don Carlos,  
que de los soles ardientes  
de doña María de Sosa  
fuí Factón que me encendiese.  
Ella a don Pedro escribió...

D. PEDRO. Engañado estás; advierte  
que yo adoro a doña Clara.

D. LUIS. Ese es engaño patente;  
éste es de doña María,  
que amante te favorece.

D.<sup>a</sup> CLAR. Ella le escribió por mí,  
sin que a Carlos ofendiese,  
porque yo no sé escribir.

ANTÓN. Por si el negocio se enciende  
voy por mi lanzón, que está  
en el pajar.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> MAR. Hoy florecen  
mis esperanzas si es Carlos  
el que adoro tiernamente.

D. CAR. Aún hay en años mayores,  
que es bien que se den a den:  
aquí el secreto perdona,  
que no hay celoso prudente.

D.<sup>a</sup> MAR. Alvaro, a mi vuesa lija  
me dió esperanzas alegres  
queriendo bien a don Pedro.  
Sospechando que tú fueses,  
dije que bien le quería;  
que don Pedro dijo siempre  
que era don Carlos.

D. CAR. ¿Pues cómo  
escribías, imprudente,  
un billete con Toribio  
a don Juan?

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Yo?

D. CAR. ¿Que esto niegues?

D.<sup>a</sup> M. S. Yo soy la que le escribía.

D. PEDRO. Mirad si por dicha es cierto.

D.<sup>a</sup> M. S. Sí, que viéndome olvidada,  
busqué quien correspondiese.

D. ALV. Hijos, todos son engaños,  
y es justo que se remedie  
antes que adelante pasen  
enemistades tan fuertes.  
¿Tú no quieres a don Pedro?

D.<sup>a</sup> CLAR. Tierna y entrañablemente.

D. ALV. ¿Y tú?

D.<sup>a</sup> M. S. A don Juan, que me obliga  
ver que mi honor ofendiese  
el Conde.

D.<sup>a</sup> MAR. Yo adoro a Carlos.

D. ALV. Pues las bodas se celebren.

(Sale TORIBIO medio desnudo, y TERESA llena de pajas,  
y tras ellos ANTÓN, con su lanzón.)

TORIBIO. ¡Ténganse, señores, antes  
que riguroso me espete!

TERESA. ¡Padre, por amor de Dios!

ANTÓN. ¿Antes que a la iglesia os lleven  
las bendiciones, tacaños?

D. ALV. ¡Tente, Antón.

TORIBIO. ¡Abraham, detente!  
¡Hola, adivino! ¿Trujiste  
la respuesta?

D. CAR. Así proceden  
de un engaño otros mayores.  
Ya mi enojo se suspende.

D. ALV. Ea, haced las amistades.

BRITO. Porque en salvo te pusieses

(1) Texto: "defiendo".



te mudé el nombre, y ha sido  
causa deste enredo.

D. ALV.

Apresten,  
después destas amistades,  
en que todos juntamente  
nos vamos a Guadalupe,

adonde casados queden  
tan engañados amantes.

D. CAR.

Y si el perdón se concede,  
aquí sus Sierras se acaben,  
como mi esperanza, verde.

FIN

# LA GRAN COMEDIA<sup>(1)</sup>

## DEL

# SILENCIO AGRADECIDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

ROSIMUNDA.

TEODORA.

AURELINO.

ESTACIO.

CLARIDORO, *príncipe de Bretaña.*

*El DUQUE ALEJANDRO, su hermano.*

PERSEO.

ÍDORO.

LISARDO.

MARCELO.

CHACÓN, *lacayo.*

ALABARDEROS.

CLAVILLA.

[MÚSICO.]

[*El DUQUE DE BORGONA.*]

[ALCAIDE.]

[SOLDADOS.]

[CARCELERO.]

[RELATOP.]

[FABIO.]

[LEONORA.]

[HORTENSIO.]

[CELIO.]

[ANÍBAL.]

### JORNADA PRIMERA

*(Acompañamiento, y detrás ROSIMUNDA, desposada con poder con el PRÍNCIPE DE BRETAÑA. Viene con ella TEODORA, camarera y deuda suya.)*

ROSIMUN. No hay contento en esta vida,  
Teodora, que dure una hora.

TEODORA. Es ave el tiempo, señora;  
pasa con veloz corrida (2).

ROSIMUN. ¡Con qué fiestas y placer  
pensé llegar a Bretaña!

TEODORA. Ese engaño desengaña  
de que no le puede haber.

¿Qué mal dicen que le ha dado  
a tu esposo?

ROSIMUN. Di, Teodora,  
que ese mal me ha dado agora,  
pues a perderle he llegado.

TEODORA. No te aflijas de esa suerte,  
que no será tanto el mal.

ROSIMUN. Será mi desdicha tal,  
que vendré a llorar su muerte.

Cuando vi que no salía  
a recibir su mujer,  
aunque lo soy por poder,  
vi que salir no podía.

Luego la nueva llegó  
de su enfermedad cruel;  
no sé si el enfermo es él:

bien puedo decir que yo.

Dame otro vestido igual  
al luto que he de traer;  
que no es bien entrarle a ver  
con galas en tanto mal.

TEODORA. Si con luto a verle vas,  
darále más pena el verte;  
será agüero de su muerte,  
y acercarásele más.

Mejor es que entres así  
para causarle alegría.

*(Entra AURELINO.)* (1)

AUREL. Que ya tu Alteza venía  
supo el Príncipe por mí,  
y con el grande placer  
se ha vestido y levantado;  
y aunque le ha sido estorbado,  
señora, te viene a ver.

ROSIMUN. Exceso notable ha sido;  
mal consejo y mocedad.

*(Entra el PRÍNCIPE DE BRETAÑA, arrimado a dos caballeros.)*

CLARIDO. Hasta verla me llevad.  
Sólo este remedio os pido;  
que pienso que si a mi mal  
antídoto puede haber,  
sólo su vista ha de ser.  
¡Oh, hermosura celestial!

(1) Parte XXXI de *Diferentes autores*. Barcelona, 1638. (Museo Británico, 31577 (7).)

(2) Texto: "y pasa con veloz corrida".

(1) Texto: "Aureliano."

¡Oh, esposa del alma mía!  
 ROSIMUN. ¡Oh, [mi] Príncipe y señor! (1)  
 Trocado habéis en dolor  
 todo mi bien y alegría.

¿Cómo os hallo de esta suerte?

CLARIDO. La muerte vino a saber  
 que me casé por poder,  
 y es mayor el de la muerte.  
 De envidia de que pudiese  
 un poder juntarme a vos,  
 puso el suyo entre los dos  
 para que divorcio hubiese;  
 mas como no le ha tenido  
 para matarme hasta veros,  
 la envidia de mereceros  
 no puede haberme ofendido;  
 que habiéndoos visto, no creo  
 que este mal podrá matarme,  
 porque es bien que pueda darme  
 vida, que por vos deseo.

ROSIMUN. Muchos años le tengáis  
 para que me hagáis favor;  
 que si yo fuera, señor,  
 el bien que de mí pensáis  
 segura estuviera en mí;  
 mas si la muerte envidiosa  
 de que fuese vuestra esposa  
 quiere trataros así,

trueque el ceto cruel;  
 muera yo, viviendo vos.

CLARIDO. Yo espero, señora, en Dios,  
 que me verá libre dél.

Sólo os pido que entretanto  
 que convalezco del mal,  
 pues es vuestro ingenio tal  
 que da a toda Francia espanto,  
 en mi lugar gobernéis  
 mis estados y mi casa;  
 que si esto adelante pasa  
 dueño como yo seréis.

Porque el hermano que tengo  
 no es legítimo, ni hereda;  
 y vuestro amor me conceda,  
 pues veis del modo que vengo,  
 licencia para volverme.

ROSIMUN. Que hayáis venido me pesa.

CLARIDO. Caballeros, la Princesa,  
 si queréis lisonja hacerme,  
 sea estimada y servida

más que mi propia persona.  
 Mi bien, yo me voy; perdona  
 que por estimar la vida,  
 que por servirte deseo,  
 no me atrevo a detenerme.

ROSIMUN. La merced que habéis de hacerme  
 y os pido el día que os veo,  
 es, Príncipe, que gustéis  
 que os sirva, cure y regale.

CLARIDO. Aunque no habrá quien iguale  
 a los que hacerme podáis,  
 mejor será que atendáis  
 al gobierno de mi estado,  
 si fuera el mal dilatado,  
 y no como vos pensáis.

Caballeros y vasallos,  
 la Princesa obedeced,  
 y vos, señora, tened  
 el cargo de gobernallos.

Todo lo remito a vos.

MARCELO. ¿Qué sientes?

CLARIDO. Nuevo accidente.

MARCELO. Malo el Príncipe se siente.

AUREL. ¿Malo?

MARCELO. Sí.

AUREL. ¡Guárdele Dios!

(*Entrase el PRÍNCIPE, recostado a los hombros de MARCELO, y al otro lado, ESTACIO.*)

ROSIMUN. ¿Qué te dijo aquel en quien  
 se recostaba mi esposo?

AUREL. Que no va bueno.

ROSIMUN. Es forzoso  
 que se guarde y mire bien.

AUREL. Como él se guarde de ti,  
 no es el mal que agora siente  
 tan grande.

ROSIMUN. Si el accidente  
 recibe aumento por mí,  
 fía que no ha de tocarme  
 una mano sin salud.

AUREL. Causa el amor inquietud.

ROSIMUN. Sabré de su amor guardarme.  
 ¿Quién era aquel caballero  
 a quien tanto favor hace?

AUREL. De amor aunque injusto nace;  
 es, señora, un extranjero,  
 todo su gusto y privanza.

ROSIMUN. ¿De qué nación?

AUREL. Español.

ROSIMUN. ¿Qué calidad?

(1) Texto: "¡Oh Príncipe y señor!"

AUREL. La del sol,  
pues como el sujeto alcanza,  
cuando el sol toca en el lodo  
parece que se escurece,  
si da en oro resplandece,  
puesto que es el mismo en todo,  
llegó este caballero  
al oro de Claridoro,  
y reluce sobre el oro.

ROSIMUN. ¿Luego es sol?

AUREL. Sol lisonjero.

ROSIMUN. ¿Qué ingenio?

AUREL. Préciase dél.

ROSIMUN. ¿Qué espada?

AUREL. A un Héctor igual.

ROSIMUN. ¿Estás mal con él?

AUREL. Muy mal.

ROSIMUN. ¿Pues por qué estás mal con él?

AUREL. Porque el Príncipe le estima.

ROSIMUN. Algo de envidia te mueve.

AUREL. Sirvo.

ROSIMUN. Respondiste en breve.

AUREL. Por declararte la estima.

ROSIMUN. Hombre de bien me pareces.

AUREL. ¿En qué lo ves?

ROSIMUN. En decir  
verdad, porque en el servir  
mienten los más muchas veces.

Y así verás apoyada  
de manera la mentira,  
que siempre que el señor mira  
ve la verdad rebozada.

AUREL. No entras mal para regir  
esta casa.

ROSIMUN. Aún entro agora.

AUREL. Merced me has de hacer, señora.

ROSIMUN. El memorial es servir.

Llama todos los criados,  
que los quiero conocer.

AUREL. Gran señora han de tener,  
Rosimunda, estos estados.

Voy a llamarlos.

ROSIMUN. Camina.

(*Íase.*)

TEODORA. Que preguntases me espanto  
por aquel español tanto.

ROSIMUN. Su buena persona inclina.

¿No lleva un árbol la vista  
cuando está verde o en flor?

¿Una tela de color,  
que el oro y la plata alista?

¿Un caballo que se pinta  
de copos de espuma el pecho,  
cuando de las clines hecho  
su dueño el copete encinta?

¿No admira un jardín compuesto,  
un edificio famoso?

Pues mejor un hombre airoso,  
de un talle y rostro honesto.

TEODORA. Nunca te he visto tratar  
de esta materia.

ROSIMUN. ¿Qué quieres?

Tal vez callan las mujeres  
hasta llegarse a casar.

Caséme sin ver mi esposo;  
vine a verle, y vile tal,  
que la violencia del mal  
le obligó a bordón forzoso.

Está como un campo yermo.  
Si hablar verdad es razón,  
yo te juro que el bordón  
me agrada más que el enfermo.

TEODORA. ¿Qué dices?

ROSIMUN. ¿Esto te admira?

TEODORA. ¿Pues no?

ROSIMUN. No, que a la mujer  
licencia le dan de ver,  
mas no de amar lo que mira.

TEODORA. Antes porque della entienden  
que tiene fácil la vista  
no aguardan que se resista;  
que acometa le defienden.

El que sabe que es cobarde  
no se ponga en la ocasión.

ROSIMUN. Yo sé bien mi condición.

TEODORA. ¡Ay, señora, Dios te guarde!

ROSIMUN. Si te dieran a escoger  
la salud o enfermedad,  
¿cuál tomarás? Di verdad.

TEODORA. Salud quisiera tener.

ROSIMUN. Si viven juntos aquí  
dos hombres que los igualo,  
uno bueno y otro malo,  
y que en mi vida los vi,  
¿en que se agravia el honor  
si el que está mejor me agrada?

TEODORA. Eso no le agravia en nada,  
si no llega (1) a ser amor;  
mas es propio en la mujer  
tras agradecer amar,

(1) Texto: "llegue".



que agradarle de mirar  
ya es comenzar a querer.

ROSIMUN. Dejemos filosofías;  
yo soy quien soy.

TEODORA. No te enfades.

ROSIMUN. ¿Que me guarde persuades,  
sabiendo las prendas mías?

TEODORA. Es propio de un instrumento  
roto quedarle el bordón,  
que las demás cuerdas son  
de más fácil fundamento.

Instrumento de amor justo  
era tu esposo.

ROSIMUN. Es verdad.

TEODORA. Rompióle esta enfermedad  
todas las cuerdas del gusto.

Traía el bordón no más  
deste gallardo español,  
que la envidia llama sol,  
y que tío alabando estás.

Conozco tu estimación;  
mas temo en tu casamiento  
que viendo el roto instrumento  
te arrimases al bordón.

ROSIMUN. Otros cuidados mejores,  
Teodora, me da el estado  
que el Príncipe me ha dejado,  
que no quimeras y amores.

Ven. Despacharé mi gente  
que he de regir mientras pasa (1)  
del Príncipe el accidente.

Que cuidados para un hombre  
una mujer rendirán.

TEODORA. ¿Qué hay del español galán?

ROSIMUN. Que es galán y gentil hombre.

(*Canto.*)

(*Queda el Duque ALEJANDRO con un venablo, y PERSEO, cediendo de la escena.*)

PERSEO.

¡Dejo la caza, así te guarde el cielo!  
Verás, duque Alejandro, tu cuinada  
corriendo como el aurora al suelo  
con luz de gloria en luz del sol brillante,  
no tan del arco y [del] pendiente vello  
en los laños de Thebas despojada (2)

(*Que sale el Duque ALEJANDRO con un venablo, y PERSEO, cediendo de la escena.*)

(*Texto: "como", en vez de "y".*)

Diana más hermosa, ni la ha visto  
más bella entre los Elisos Calixto.

Por vida tuya que el venablo arrojes,  
el gabán de la sierra, el toseco traje,  
y del arma de Júpiter despojes  
tu gente, y del bastón al villanaje,  
y con galas que hasta el sol enojos  
de ver que el oro en rayos le aventaje,  
vayas a verla, y rico y gentil hombre  
seas en la grandeza y en el nombre (1).

ALEJANDRO.

¿Que es tan hermosa, Persco, Rosimunda?

PERSEO.

Un ángel, Alejandro, es tu cuinada:  
esta es la primera nueva, y la segunda,  
que pienso que será de ti gozada.  
Porque si no es que amor salud le infunda  
con ver presente ya a su prenda amada,  
la enfermedad presente va tan fuerte,  
que te promete el reino con su muerte.

ALEJANDRO.

¿Luego podré yo heredar?

PERSEO.

Aunque no puedes,  
pierde recelo, Alejandro; ni tu hermana,  
por no heredar mujer; tú que la excedes  
en fuerza, que el poder todo lo allana,  
parte con armas, parte con mercedes,  
gozarás su hermosura soberana,  
y serás con la guerra y con el oro  
lo mismo que en Bretaña Claridoro.

ALEJANDRO.

Persco, el no saber o no atreverse  
hace a los hombres en tan grande hazaña  
con felices principios detenerse  
del valor que los mueve y acompaña.  
Mal puede de mis armas defenderse,  
ni por mujer, ni por varón Bretaña;  
si muere Claridoro, el cielo quiera  
que sin gozar a Rosimunda muera.

Que siendo así, ¿quién puede ser bastante,  
no habiendo sucesor más conveniente,  
a quitarme este reino?

PERSEO.

Es importante  
secretamente prevenir la gente:

(1) Texto: "como", en vez de "y".

habla a Marcelo, aunque el hablar te espante  
ver su privanza y su lealtad presente,  
que no hay hombre que se estime en lo que vale  
al que se pone por el sol que sale.

ALEJANDRO.

Con ese estriba todo el bien, Persco,  
que puedo pretender en esta hazaña,  
si no lo impide contra mi deseo  
este blasón de la lealtad de España.

¡Sierras que agora coronadas veo  
de nieve, adiós! Que presto de Bretaña  
lo pienso estar, si me socorre el cielo,  
y no me falta el español Marcelo.

¡No más, oh, caza, imagen de la muerte!  
¡Sierras, no más! Ya el traje me embaraza.

Hacemos la corona de esta tierra,  
que es la más rica y codiciosa caza.

¡Adiós, arroyos que cruzáis la sierra  
y vais buscando entre las peñas traza  
de llegar a lo llano a hallar descanso!

Mientras que imito vuestro curso (1) manso,

duerma el oso peludo en la más honda  
cueva del monte más desierto y seco;

el colmilludo jabalí se esconda

con el peñasco más oculto y hueco,

ni a mi reseña el cazador responda,

ni por las quiebras deste valle el eco;

duerma la fiera, el agua, el viento:

que un reino es caza de mayor contento.

(Vanse.)

(Salen LISARDO, AURELINO, FIDORO, ESTACIO y MARCELO.)

AURELIN. Conocer os quiere a todos,  
y de su gusto advertiros,  
para mostrar en regiros  
su ingenio de varios modos.

Esto me dice que os diga  
y que aquí juntos estéis;  
y es justo que la obliguéis,  
pues con amor os obliga.

Que, dándole Dios salud  
al Príncipe, estoy seguro  
que tendrá Bretaña un muro  
en su valor y virtud.

LISARDO. Ya Rosimunda nos vió  
servir a la mesa ayer.  
¿Para qué nos quiere ver?

AURELIN. Lo que os digo me mandó.

FIDORO. ¿En ingenio femenil  
pidcs, Lisardo, razón?  
O las gobierna adición,  
o algún vendaval sutil.

Déjala con sus quimeras,  
que es arrogante de sí.

ESTACIO. En mi vida mujer vi  
tan hombre llegada a veras.

Yo os juro que lleva estilo  
de ser con igual hazaña  
Semíramis en Bretaña,  
como la otra del Nilo.

Ella es varonil y fuerte,  
de bravo aspecto y decoro.

¡Plegue a Dios que Claridoro  
no mire a Nino en la muerte;

MARCELO. Hablad bajo, que está aquí  
con su privanza Teodora.

(Entran ROSIMUNDA y TEODORA.)

TEODORA. Esperando están, señora.

ROSIMUN. Yo no, que ya me perdí.  
¿Aurelino?

AURELIN. Ya te aguardan  
los que quieres conocer.

ROSIMUN. De gobierno de mujer  
juraré que se acobardan.

Mal sufre el hombre el imperio  
de quien sule sujetar.

FIDORO. Palabra no sabe hablar  
[que] carezca de misterio (1).

ROSIMUN. ¿Cómo os llamáis vos?

ESTACIO. Señora,  
Estacio.

ROSIMUN. ¿Qué oficio hacéis?

ESTACIO. De camarero.

ROSIMUN. Tendréis  
un poco cuidado agora.  
¿Vos?

LISARDO. Yo, señora, Lisardo.

ROSIMUN. ¿De qué nación?

LISARDO. Soy francés.

ROSIMUN. ¡Levantaos!

LISARDO. Dadme esos pies.

ROSIMUN. No más; el oficio aguardo.

LISARDO. Caballerizo.

ROSIMUN. ¿Está bien!

(1) Texto: "verso".

(1) Suplido el "que" en letra manuscrita de principios del siglo XIX.

¿Vos?

FIDORO. Fidoro me apellido, mayordomo soy, y he sido justicia mayor también.

ROSIMUN. ¿Qué oficio tiene Aurelino?

AURELIN. Capitán soy de la guarda.

TEODORA. De hablar a Marcelo tarda, (*Ap.*) que amor le ataja el camino.

ROSIMUN. (Cómo le preguntaré (*Aparte.*) su nombre a aquel español?) Que como quien mira al sol turba al amor que le dé.  
¡Cruel imaginación me ha dado su rostro y talle!

TEODORA. Teme de llegar a hablalle: (*Apar.*) señales de fuego son.)

ROSIMUN. Vile aquel primero día, (*Aparte.*) que aquesta ciudad llegué; de la vista me agradé que el basilisco encubría.  
Di en imaginar después (1) su persona, y fué de modo que se entró en el alma todo desde el cabello a los pies: pero yo sabré vencerme, que esto es cosa de donaire.  
¡Rompa amor flechas al aire: ninguna pueda ofenderme!  
Tú, que allá estás divertido, ¿cómo te llamas?

MARCELO. Marcelo, que para besar el suelo (2) de esos pies lugar te pido.

ROSIMUN. ¡Levántate!

MARCELO. Yo estoy bien, mientras que me estás hablando.

ROSIMUN. ¡Levántate!

MARCELO. Si en tornando a hablar he de estar tan bien de rodillas, como agora, no me mandes levantar.

ROSIMUN. Aparte te quiero hablar.

MARCELO. Yo obedecerte, señora.

ROSIMUN. ¿Qué nación?

MARCELO. Español soy.

ROSIMUN. ¿Español?

MARCELO. Señora, sí.

ROSIMUN. ¿Y allá son todos así?

MARCELO. No lo sé, dudoso estoy.

ROSIMUN. Yo lo estoy de mí también.

MARCELO. De lo que es gente vulgar dírame el primer lugar los que me quisieran bien.  
Y siendo de los primeros del vulgo, en nombre y honor, fuera el de menos valor de todos los caballeros.

ROSIMUN. Naturaleza en España debe de pintar las gentes con pinceles diferentes.

MARCELO. No he visto más de a Bretaña.  
Hombres hace como soles cuando a otras naciones llega: pero el brío nadie niega, que lo dió a los españoles.

ROSIMUN. ¿Que sois brioso?

MARCELO. No sé.

ROSIMUN. Tú lo dices.

MARCELO. Y lo fío.

ROSIMUN. ¿Y tú, español tienes brío?

MARCELO. Brío español tengo.

ROSIMUN. ¿En qué?

MARCELO. ¿En qué?

ROSIMUN. Saber lo deseo.

MARCELO. En andar, en danzar bien.

ROSIMUN. ¿Que danzas?

MARCELO. Danzo también, y con buen aire torneo.

ROSIMUN. ¿Qué haces más con ese brío?

MARCELO. Mal a un caballo español, que suele parar el sol los suyos a ver el mío.

ROSIMUN. Bien te alabas.

MARCELO. Hablo aquí en honra de mi nación; que aún no he tocado al blasón a que obligado nací.

ROSIMUN. ¿Pues qué blasón tiene España?

MARCELO. Las armas, en que estoy diestro, como mil veces lo muestro con la espada en la campaña.

ROSIMUN. A lo menos ese brío ya se ha mostrado en hablar.

MARCELO. Yo sé mostrarle en obrar cuando importa al honor mío.  
Son de español epítetos el ser valiente y leal, porque es, como en Portugal, que todos nacen discretos.

(1) Texto: "después".

(2) Texto: "ese suelo".

ROSIMUN. ¿De qué parte eres de España?

MARCELO. De Navarra soy, señora.

ROSIMUN. ¿Pues cómo sirves agora a Claridoro en Bretaña?

MARCELO. Cuando estés despacio un día toda mi historia sabrás.

ROSIMUN. (No quisiera saber más de que supieras la mía.

¡Ay, cielo, si me ha entendido!)

MARCELO. ¿Preguntas mi oficio?

ROSIMUN. Sí.

MARCELO. De paje un tiempo serví al Príncipe tu marido.

Y agora, señora soy, como he llegado a más hombre, de la copa gentilhombre, yo solo (1) a beber le doy.

ROSIMUN. Bien el gentilhombre está, en quien tiene tanto brío. ¡Vete con Dios!

MARCELO. No es el mío sino el que España me da.

Y sea burla o favor le estimo como de ti, pues para servir nació ese divino valor.

¡Vamos de aquí, caballeros!

ESTACIO. Larga plática.

MARCELO. Ocasión la he dado con mi nación.

AURELIN. Dondequiera tiene aceros, y tú, estrella de privado.

MARCELO. La merced y el gran favor del Príncipe mi señor le habrá dado algún cuidado.

(*Entranse, haciendo una reverencia a ROSIMUNDA y TEODORA.*)

TEODORA. ¿Qué has hablado?

ROSIMUN. Estoy sin mí.

TEODORA. ¡Notable desgracia!

ROSIMUN. ¡Extraña!

Nunca viniera a Bretaña; pero yo seré quien fui.

Este es un vil escudero, ¿qué daño me puede hacer?

TEODORA. Amor suele acometer siempre envainado el acero, porque no se vea el daño;

mas si te acierta a hablar mira que le ha de sacar, y que ha de hacerte un engaño.

(*Entra CHACÓN, lacayo de MARCELO, con un papel, aprisa.*)

CHACÓN. No le acertaré a topar sino en entrando; ¡ay de mí! La Princesa estaba aquí; necedad ha sido entrar.

ROSIMUN. ¡Hola! Vuelve, espera.

CHACÓN. ¿Yo?

ROSIMUN. ¡Tú! Pues, ¿cómo entraste aquí?

CHACÓN. De mi señor lo aprendí..

ROSIMUN. ¿Qué señor te lo enseñó?

CHACÓN. Marcelo.

ROSIMUN. Sosiega un poco; llégate cerca.

CHACÓN. No puedo, que entre el respeto y el miedo, estoy por volverme loco.

ROSIMUN. ¡Llega, llega!

CHACÓN. [Ya] llegué.

Un paso más.

ROSIMUN. ¡Otro! ¡Llega!

TEODORA. ¿Posible es que estés tan ciega?

ROSIMUN. ¡Llega más!

CHACÓN. Pongo otro pie.

ROSIMUN. Llega hasta mí, y dime cómo tu señor te enseña a entrar de golpe en este lugar donde memoriales tomo.

CHACÓN. El vino soldado aquí; de soldado paje ha sido, y desde paje ha subido a gentilhombre.

ROSIMUN. ¿Es así?

CHACÓN. De la boca vino a ser de la Cámara, y tras esto, ocupa el presente puesto, y da al Príncipe a beber.

ROSIMUN. ¿Eres español?

CHACÓN. Sí soy.

ROSIMUN. ¿Tu nombre?

CHACÓN. Chacón me nombro, y esto no te cause asombro si con el nombre lo doy; porque yo no soy Chacón de aquellos nobles de España, que hay nombres de tiritaña, y de seda y lana son.

(1) Texto: "y yo solo".



La mía es sangre más llana;  
estotra gran cosa hereda;  
la noble es lista de seda,  
que yo soy Chacón de lana.

ROSIMUN. Como quiera que tú seas  
me huelgo de verte aquí.

CHACÓN. Y yo de que allá nací  
para que a tus pies me veas.

ROSIMUN. ¿A Marcelo, en fin, buscabas?

CHACÓN. Un recado le traía,  
con que de pura alegría  
no vi que en la sala estabas.

ROSIMUN. ¿Serán nuevas de su tierra?

CHACÓN. Antes nuevas de su cielo.

ROSIMUN. ¿Que tiene cielo Marcelo?

CHACÓN. Mar y tierra y cielo encierra.

ROSIMUN. ¿Es papel, por vida mía?

CHACÓN. Seré a tu vida fiel  
más que a mi dueño: es papel.

ROSIMUN. Ese papel me confía,  
que quiero ver si es discreto.

CHACÓN. Eso, señora, no es justo.

ROSIMUN. ¡Por mi vida! Hazme ese gusto,  
que volvértelo prometo.

CHACÓN. Si por tu vida me juras  
a cada cosa que quieres  
sin que el daño consideres  
de lo que saber procuras,  
juraré yo por su vida  
a vuestra Alteza importuna  
de no hacer cosa ninguna  
que por la suya me pida.

ROSIMUN. ¡Vete!

CHACÓN. Voime.

ROSIMUN. ¡Ah de la guarda!

CHACÓN. El diablo me trujo acá.

(Entra AURELINO y dos alabarderos.)

ROSIMUN. A aquel hombre que allí va  
tomad un papel que guarda.

AURELIN. Tras él voy.

TEODORA. ¿Estás en ti?

ROSIMUN. No puedo más; pero advierte  
que antes me daré la muerte  
que hacer cosa contra mí.

TEODORA. ¿Pues a qué efecto has querido  
ver este papel?

ROSIMUN. Por ver  
lo que escribe una mujer  
a un hombre favorecido.

TEODORA. Que son celos, no lo dudes.

ROSIMUN. Celos no.

TEODORA. ¿Pues qué?

ROSIMUN. Burlar.

TEODORA. ¿Si no has de entrar a nadar,  
qué importa que te desnudes?

(Entra AURELINO con el papel.)

AURELIN. Ya, señora, le quité  
el papel que me has mandado.

ROSIMUN. ¿Quién era el hombre?

AURELIN. Un criado  
de Marcelo.

ROSIMUN. ¿Al fin se fué?

AURELIN. No me mandaste prendelle.

ROSIMUN. No importa, dame el papel.

Vete, que yo veré en él  
qué castigo debo hacelle.

AURELIN. ¡Con qué notable rigor  
nos comienza a gobernar!

TEODORA. ¿Esto dices que es burlar,  
o son principios de amor?

ROSIMUN. Oye el papel.

TEODORA. No querría  
que supieses de qué parte.

(Lee el papel.)

"Esta noche pueda hablarte,  
Marcelo del alma mía."

ROSIMUN. De su alma dice que es.

TEODORA. Y ella será de la suya.

ROSIMUN. ¡Qué necia estás!

TEODORA. Culpa tuya.  
¿Qué dice más?

ROSIMUN. Oye, pues.

"En las rejas del jardín  
te aguardo a las diez."

TEODORA. ¿Qué quieres?

ROSIMUN. ¡Que así escriben las mujeres!

TEODORA. Si amor tiene honesto el fin,  
¿qué importa que escriban esto?

ROSIMUN. ¿Qué fin honesto?

TEODORA. Casarse.

ROSIMUN. Pues estos dos no han de hablarse,  
ni ver este fin honesto.

TEODORA. ¿Por qué?

ROSIMUN. Porque quiero yo.

TEODORA. ¿Pues entra en el gobernar  
que no se puedan casar?

ROSIMUN. Sí.

TEODORA. ¿Querrásle tú?

ROSIMUN. Yo no.

Mas por si viniere aquí  
muéstrale tu voluntad,  
no parezca libertad  
lo que has visto.

TEODORA. Harélo así.

(*Entran MARCELO y CHACÓN.*)

MARCELO. ¿Mandó Su Alteza quitar  
a ese criado un papel?

ROSIMUN. Y he visto lo que hay en él,  
y lo que os puede culpar.

MARCELO. ¿Luego Su Alteza ha pensado  
que es de alguna dama suya?

ROSIMUN. Cuando del papel lo arguya  
harta ocasión habéis dado.

Y como os tiene afición  
Teodora, díome más pena;  
mas ya vi que es letra ajena.

MARCELO. Tan ajenas letras son.

que vive fuera del muro  
de aquesta ciudad su dueño.

ROSIMUN. A muchas quitáis el sueño,  
y teneisle vos seguro.

MARCELO. Antes soy tan desdichado  
que me tratan con desdén.

ROSIMUN. Pues Teodora os quiere bien.

TEODORA. Ni aun lo tengo imaginado. (*Ap.*)  
Rosimunda desvaría.

MARCELO. A la señora Teodora  
estimaré desde agora  
por tan justa cortesía.

ROSIMUN. Tampoco es ese mi gusto.

MARCELO. En nada a servir te acierto.

ROSIMUN. ¡Qué mal se tiene encubierto  
grande amor o gran disgusto!

Quiérome quitar de aquí;  
habla, Teodora, con él.

(*Vase.*)

MARCELO. ¿Por vos me llevó el papel?

TEODORA. Si, Marcelo.

MARCELO. ¿Cómo así?

TEODORA. Sabe que os tengo afición.

MARCELO. ¿Y no le podré cobrar?

TEODORA. Celos me volvéis a dar.

MARCELO. Más pienso que burlas son.

TEODORA. ¿Burlas, Marcelo?

MARCELO. ¿Pues qué?

TEODORA. ¡Amor!

CHACÓN. ¡Vergonzosa parte!

(*Vase TEODORA.*)

MARCELO. Estoy, villano, por dar  
la muerte.

CHACÓN. A mí, ¿pues por qué?

MARCELO. ¿De qué manera traías  
el papel que te tomó?

CHACÓN. Al capitán lo mandó,  
que tiene pues las espías;  
y en sabiendo que es la hermana  
del Príncipe, tú eres muerto.

MARCELO. ¿Más qué? ¿Se anega en el puerto  
mi larga esperanza vana?

¡Triste de mí, si por dicha  
Rosimunda a entender viene  
que Clavela amor me tiene!

CHACÓN. Antes será por desdicha.

Más quíerote aconsejar  
que amor finjas a Teodora,  
que es alma de su señora,  
y te pondrá en su lugar.

MARCELO. Bien dices; no hay otro medio  
para remediar mi daño.

CHACÓN. Suele un amoroso engaño  
ser de mi daño remedio.

(*Salen el DUQUE ALEJANDRO y PERSEO.*)

ALEJANDRO.

Loco vengo de ver a Rosimunda.

PERSEO.

¿Yo no te dije que era cifra hermosa  
de cuanto puede la naturaleza?

ALEJANDRO.

Estoy fuera de mí con tanto extremo,  
que si mi enfermo hermano la gozara,  
pienso que me matara justa envidia.

PERSEO.

En fin, ¿se aumenta el mal?

ALEJANDRO.

Y de tal suerte,  
que no tiene remedio sin la muerte.

PERSEO.

Aquí está, Duque, el español Marcelo,  
en cuya mano tu remedio estriba,  
si éste quisiere dar remedio al Príncipe.

ALEJANDRO.

Fío de tu amistad, y desconfío  
de su lealtad.

PERSEO.

Pues oye mi consejo.  
Dile tu pretensión, si le hallares;  
di que probar querías [a] su pecho,  
y si tuviere gusto de servirte  
prosigue en dar al Príncipe veneno;  
que los seis Electores del Imperio  
no han dado más reinos y corona.

ALEJANDRO.

¡Oh, Marcelo!

MARCELO.

¡Oh, señor!

ALEJANDRO.

¿Qué hay de mi hermano?

MARCELO.

Mejor se siente.

ALEJANDRO.

Lo contrario dicen.

MARCELO.

Serán los que la muerte le desean.

ALEJANDRO.

Si lo decís por mí, no erráis, Marcelo,  
que es grande el interés que se me sigue:  
ya sé que si yo heredo estos estados,  
que no tengáis envidia a los privados.

MARCELO.

Merced me ha hecho tu excelencia siempre.

ALEJANDRO.

Tú pudieras hacérmela, Marcelo,  
con darme la corona de Bretaña,  
y diérate yo a ti mi hermana propia,  
y el título de Duque que yo tengo.

MARCELO.

¿Yo puedo darte esta corona? ¿Cómo?

ALEJANDRO.

Dando en la copa al Príncipe...

MARCELO.

¡Detente!

que si es probarme, es rigurosa prueba;  
y si es verdad, el pensamiento infame  
indigno de la sangre de Beamonte,  
que me ha dado el navarro Condestable,  
y del nombre español.

ALEJANDRO.

¡Oh, buen hidalgo!

no menos pensé yo de tu nobleza.  
¡Llega, Perseo!

PERSEO.

¿Qué es lo que me mandas?

ALEJANDRO.

Dice Marcelo que dará en la copa  
veneno a Claridoro.

PERSEO.

¿Y tú que dices?

ALEJANDRO.

Que es un villano, y que mi hermano viva,  
y que tomar no quiero su consejo.

PERSEO.

Marcelo, ¿tú aconsejas esto al Duque?

MARCELO.

El Duque dijome que apresurase  
la muerte de su hermano con veneno,  
y viéndome leal se vale agora  
para matarme deste vil engaño:  
si esto queréis, llegad; mi espada es ésta.

(Sacan las espadas.)

PERSEO.

Al Duque? ¡Infame!

ALEJANDRO.

¡Mátale, Perseo!

PERSEO.

¡Muera el traidor!

CLACÓN.

¡Oh, perro! ¿A Marcelo?

(Entran ROSIMUNDA, TEODORA, AURELIO (1) y alabarderos.)

ROSIMUNDA.

¿En la sala desnudas las espadas?  
¡Marcelo y Alejandro!

ALEJANDRO.

Rosimunda,  
perdona; que el honor tiene licencia.

MARCELO.

La natural defensa de la vida,  
señora, me forzó a sacar la espada.

ROSIMUNDA.

¿Qué ha sido la ocasión?

(1) Texto: "Aurelio".

ALEJANDRO.

Diréla en breve.

A Marcelo he rogado que no sirva a cierta dama que a mí me favorece, y él porfía servirla y pasearla; roguéle deste intento desistiese, y respondiome que ella le quería, y le solicitaba (1) con papces, y que a pesar del mundo será suya.

ROSIMUNDA.

¡Prendan al Duque!

ALEJANDRO.

¿A mí?

ROSIMUNDA.

¿De qué te admiras?

Yo soy Príncipe aquí, ninguno piense que por estar enfermo Claridoro no lia de vivir como es razón que viva.

ALEJANDRO.

¡Señora!

ROSIMUNDA.

¡Capitán! En esa torre le pond en prisiones con el cómplice.

ALEJANDRO.

Quiérote obedecer: vamos, Perseo.

PERSEO.

¡Qué mal se te ha cumplido (2) tu deseo!

(Llaman preso al Duque y a Perseo.)

ROSIMUN. En fin, ¿que no te contentas, Marcelo, de la arrogancia con que a ser Luzbel intentas, sino que en igual distancia con tus señores te asientas?

..... (3)

Pues está cierto, Marcelo, que si con soberbio celo de fanfarrón español sabré yo ccharte del cielo.

¿Tú la espada, por mujer, contra el hermano (d)e mi esposo?

TEODORA. ¿Riñesle? (4)

ROSIMUN. ¿Pues puede haber

más rabia que en un celoso ni más amor que en mujer?

MARCELO. ¡Señora!

ROSIMUN. No me repliques.

TEODORA. Pues oye a Teodora.

ROSIMUN. Di, como por él no supliques.

TEODORA. ¿Agrádate este hombre?

ROSIMUN. Sí.

TEODORA. Pues no se lo signifiques.

ROSIMUN. ¿Pues él entiéndelo?

TEODORA. No,

pero vendrálo a entender.

ROSIMUN. ¿Qué remedio tendré yo en cosa que no ha de ser, si la vista me mató?

TEODORA. ¿Que tienes amor?

ROSIMUN. Terrible.

TEODORA. Gozarásle.

ROSIMUN. Es imposible, que soy quien soy.

TEODORA. Pues no esperes, que en queriendo las mujeres es la deshonra invisible.

Quila la ocasión, señora; destiérrale, pues ha dado tan justa ocasión agora; no pierdas tu honor y estado.

ROSIMUN. Bien me aconsejas, Teodora.

¡Animo, vil corazón que quitada la ocasión quedará mi honor sin mengua! Amor detiene la lengua mas pueda más la razón.)

Marcelo, aunque fuera justo darte una afrentosa muerte, porque eres privanza y gusto de mi esposo, de otra suerte templa su amor mi disgusto: sin detenerte un momento, de todos estos estados sal desterrado.

MARCELO. No siento que mis servicios pasados, por tan justo atrevimiento,

lleven este galardón, que es costumbre del servir; siento en aquella ocasión dejar cerca de morir a quien me tiene afición, y así licencia te pido

(1) Texto: "Y que le solicitaba."

(2) Texto: "Qué mal que se te ha cumplido."

(3) Falta un verso.

(4) Texto: "Riñasle?"



para despedirme dél.  
 ROSIMUN. Ya sé lo que te ha querido  
 y qué si te ves con él  
 pondrá tu agravio en olvido.  
 Sal de palacio, Marcelo;  
 sal de aquí, o daré voces.  
 CHACÓN. Que está irriosa recelo.  
 MARCELO. Si del Príncipe conoces,  
 que me tiene por consuelo  
 en mal de tanto rigor,  
 ¿por qué me destierras dél?  
 ¿Celos tienes de mi amor,  
 o para alzarte con él  
 te hace estorbo mi favor? (1)  
 Serás de mí obedecida,  
 (Vanse MARCELO y CHACÓN.)  
 ..... (2)  
 .....  
 sentenciándome a la muerte  
 de aquesta injusta partida.  
 TEODORA. Ya es ido.  
 ROSIMUN. ¿Qué te parece?  
 TEODORA. Que has quedado vitoriosa,  
 y que tu frente merece  
 aquella corona hermosa,  
 que a quien se vence se ofrece.  
 Hércules venció mil fieras,  
 muchas batallas Trajano,  
 Bellerofonte, quimeras;  
 Argos vió por el mar cano  
 las contrapuestas riberas;  
 venció el indio barbarismo  
 Alejandro, y vió el abismo  
 Eneas; mas no alcanzaron  
 las palmas que coronaron  
 al que se vence a sí mismo.  
 ROSIMUN. Ni yo las alcanzaré,  
 pues que a mí no me vencí.  
 TEODORA. ¿No es vencerte?  
 ROSIMUN. No.  
 TEODORA. ¿Por qué?  
 ROSIMUN. Porque al fin me arrepentí  
 al instante que se fué.  
 TEODORA. ¿Luego estás arrepentida?  
 ROSIMUN. ¡Ay, que me lleva la vida!  
 ¡Ay, que soy muerta, Teodora!

TEODORA. Sufre un instante, señora,  
 la fuerza de su partida;  
 haz a tu mal resistencia,  
 porque no atormente tanto:  
 con el curso y la paciencia,  
 de un muerto se olvida el llanto,  
 y amor se pierde en su ausencia.  
 ROSIMUN. No hay remedio; muerta soy.  
 ¡Ah de la guarda!

(AURELINO y guardas salen.)

AURELIN. ¿Qué mandas?  
 ROSIMUN. Traedme aquí donde estoy  
 a Marcelo.  
 AURELIN. Voy.  
 TEODORA. ¿En qué andas  
 con tantas quimeras hoy?  
 ¿Ya se te olvida quién eres?  
 ROSIMUN. En el amor son iguales,  
 si juzgar sus yerros quieres,  
 las mujeres principales  
 y las comunes mujeres.  
 TEODORA. ¿Por qué le vuelves a ver?  
 ROSIMUN. Por vivir.  
 TEODORA. ¿Luego has de hacer  
 algún agravio a tu honor?  
 ROSIMUN. ¿Nunca has visto honesto amor?  
 TEODORA. He visto que eres mujer.  
 ROSIMUN. Yo sabré no más de amar.  
 TEODORA. No harás poco.  
 ROSIMUN. El verdadero  
 amor no suele pasar  
 al deleite.  
 TEODORA. Allá te espero.  
 ¡A fe que te has de anegar!  
 ROSIMUN. Pondré en los ojos mi esposo,  
 mi estado, padres y honor,  
 y será el huir forzoso.  
 TEODORA. Todo esto atropella amor.  
 ROSIMUN. Yo he visto amor virtuoso.  
 TEODORA. Amar con filosofía  
 es ejemplo, mas el día  
 que esos filósofos vanos  
 ven la plática en las manos  
 mucho la virtud se enfía.

(Entra AURELINO y MARCELO, ya de camino, y CHACÓN, con fieltro y botas temerarias.)

AURELIN. Ya viene Marcelo aquí.  
 ROSIMUN. Salte allá fuera, Aurelino.  
 MARCELO. ¿Cómo, señora, me di,

(1) Texto: "firor". Corrección manuscrita: "fa-  
 er".

(2) Faltan dos versos.

has impedido el camino  
que por tu gusto emprendí?

ROSIMUN. Teodora ha llorado tanto,  
que por suspender su llanto  
quiero que en la corte estés.

TEODORA. Beso mil veces tus pies.

CHACÓN. De sus mudanzas me espanto.

ROSIMUN. Vete a quitar las espuelas;  
no digas nada a mi esposo.

MARCELO. Su justa pena recelas;  
voy a mudarme gozoso.  
¿Qué serán tantas cautelas?

CHACÓN. Señor, no te quites nada.

MARCELO. ¿Cómo?

CHACÓN. A enojo menor  
dirá que echarte le agrada,  
y estarnos así es mejor  
para cualquiera jornada.

MARCELO. Vamos, Chacón, que Teodora  
es mi amparo en cuanto pasa.

CHACÓN. Basta, señor, que te adora.

MARCELO. Contar quiero lo que pasa  
a Clavela mi señora.

(*Íanse.*)

TEODORA. ¡Muy buenos andamos hoy!

ROSIMUN. Antes perderé la vida  
que dejar de ser quien soy (1).

¿Qué tiene este hombre, Teodora,  
que le aborrezco en ausencia,  
y en viéndole me enamora?  
¿Qué hechizo tiene en presencia,  
pues ya le aborrezco ahora?

¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?

TEODORA. Alunado amor te ha dado,  
pues mengua y crece tan presto.

¿Mas por qué te da cuidado  
si dices que es tan honesto?

ROSIMUN. Que le había desterrado,  
y a mis ojos le volví.

TEODORA. Si no puede ser gozado  
este vano amor de ti  
sin perder tu honor y estado,  
no te fies de tu honor.

ROSIMUN. ¿Pues podría saber?

TEODORA. ¿Qué hombre, el de más valor,  
guardó secreto a mujer?

¿Ni cuándo lo ha sido amor?

ROSIMUN. ¿Pues qué remedio tendré?

TEODORA. Matarle.

ROSIMUN. ¡No dices mal!

A Marcelo mataré,  
que una mujer principal  
no es justo que en duda esté;  
y pues me ha dado ocasión  
para hacer tan gran traición,  
con justa causa merece  
la muerte.

TEODORA. Eso me parece  
de varonil corazón;  
que en quitándole la vida,  
aunque luego te arrepientas,  
no hayas miedo que te impida  
guardar el honor que intentas.

ROSIMUN. Ya estoy casi arrepentida.  
Mas, ¿cómo será?

TEODORA. Señora,  
yo le escribiré un papel,  
que esta noche a cierta hora  
me hable.

ROSIMUN. Pues dile en él  
que venga tarde, Teodora,  
y enviaré yo capitán  
con cuatro o cinco soldados  
de los que a la ronda van,  
que me quiten los cuidados  
que amor y temor me dan.

TEODORA. Claudio, romano, y que dellos  
tuvo el laurel militar  
sobre los canos cabellos,  
a muchos mandó matar,  
que preguntaban por ellos:  
así pienso que has de ser.

ROSIMUN. Muerto Marcelo, es hacer  
de la espada medicina;  
que también sanó Faustina  
dándole sangre a beber.

## JORNADA SEGUNDA

(MARCELO y CHACÓN, en hábito de noche, con rodela.)

MARCELO. Este papel me escribió.

CHACÓN. ¿Teodora papel te escribe,  
que por ti sin alma vive?

MARCELO. Sin alma pienso que no;  
pero dice el fin de él  
que vida le puedo dar,  
y que aquí la venga a hablar.

CHACÓN. ¡Oh, lo que puede un papel!

(1) Laltan dos versos.

No hay cosa más atrevida  
 en cuanto Dios ha criado.  
 Verás un enamorado  
 perdiendo el seso y la vida,  
 y en dos horas que su dama  
 le tendrá en conversación,  
 no le dirá una razón  
 que manifieste su llama;  
 pero vuelto a su aposento,

en un papel le dirá  
 mil amores, y tendrá  
 de gozalla atrevimiento.

Estará un agraviado  
 hablando como es costumbre  
 en cosas de pesadumbre,  
 necio, encogido y turbado;  
 y en apartándole dél,  
 con mucho valor y brío  
 le escribirá un desafío  
 en dos dedos de papel.

Irá un hombre a pedir,  
 si es de condición honrado,  
 algún dinero prestado,  
 y no lo osará decir;

y en apartándose dél,  
 sin vergüenza de que es mengua,  
 lo que allá calló la lengua  
 dirá en lengua de papel.

¡Valiente cosa, por Dios!

MARCELO. Bien dices, a mucho obliga:  
 no hay cosa que no se diga  
 por papel.

CHACÓN. Y aún más de dos  
 están por él obligados  
 donde no pueden salir.  
 ¿Qué has de hacer aquí?

MARCELO. Fingir  
 nuevo amor, nuevos cuidados;  
 que bien sabes que Clavela,  
 hermana de Claridoro,  
 es el mismo sol que adoro,  
 y cuyo amor me desvela.  
 Pero para contentar  
 esta terrible mujer  
 tengo de fingir querer  
 a Teodora, a mi pesar.

(*Entran AURELINO y tres SOLDADOS con roâclas.*)

AURELINO.

Llamóme la Princesa, como os digo,  
 y dijome que a un hombre que hallaría

debajo del balcón verde, que sale  
 al jardín donde estáis, le diese muerte  
 por castigo de un grande atrevimiento,  
 y así os llamé, y venís por orden suya.

SOLDADO 1.º

Si es por ventura principal ese hombre,  
 ¿no miras que es error?

AURELINO.

Yo sólo debo  
 mirar lo que me manda la Princesa;  
 ya sabéis que es mujer que no consiente  
 que le repliquen en su gusto en nada.

MARCELO.

Luz he visto detrás de aquella reja.  
 Parte, Chacón, y mira por el muro  
 si hay algún hombre.

CHACÓN.

[¡Oh!] ¡Válgame el cielo!

MARCELO.

¿Qué tenemos?

CHACÓN.

Temor te respondiera,  
 si no te conociere por quien eres.

MARCELO.

¿Pues qué hay?

CHACÓN.

Treinta o cuarenta rebozados,  
 que parecen tapices deste muro.

MARCELO.

No me agradan los hombres ni el silencio;  
 y pues eres tan hombre, con los cuatro  
 quiero reñir; los treinta y seis te quedan:  
 da buena cuenta dellos, por tu vida.

CHACÓN.

¿Dícelo porque son cuatro los hombres?  
 Pues, ¡vive Dios!, que no se me hacen uno.

MARCELO.

¡Ah, caballeros! ¿Búscanme por dicha?

AURELINO.

Por su desdicha, hidalgo, le buscamos.  
 ¡Mucra, matalde!

MARCELO.

No es tan fácil eso  
 de hacer como parece.

CHACÓN.

¡Oh, gente infame!

(Acuchillanse.)

¿No fuérades cuarenta como cuatro?

SOLDADO 2.º

¡Ay, que me ha muerto.

SOLDADO 3.º

¿Es hombre o es demonio?

MARCELO.

Las obras os darán el testimonio.

(Entranse acuchillándose.)

(Entran TEODORA y ROSIMUNDA.)

TEODORA. Señora, ¿qué importa el canto después de Marcelo muerto?

ROSIMUN. ¿Teodora, qué? ¿Será cierto?

TEODORA. De tu cordura me espanto.

Ya es cierto: no hay que llorar, ¿qué hermano pierdes? ¿Qué espo-

ROSIMUN. ¿Pues no es caso riguroso [so?] mandar a un hombre matar?

TEODORA. Al cocodrilo retrata esa condición y estilo.

ROSIMUN. ¿Pues qué hace el cocodrilo?

TEODORA. Lloro los hombres que mata.

ROSIMUN. ¡Ay, Dios, que maté mi vida! Teodora, sin vida estoy.

TEODORA. Antes parabién te doy de hallar la prenda perdida.

ROSIMUN. ¿Qué prenda?

TEODORA. Tu mismo honor, que en su muerte resucita.

ROSIMUN. Honor la vida me quita, y el honor me quita amor.

No esperes verme jamás, Teodora, con alegría.

TEODORA. Aún no se ha pasado el día.

ROSIMUN. ¡Alegres horas no más!

Cúbrase de eterno luto mi mal lograda esperanza, pues del tiempo la mudanza se llevó tan verde el fruto.

¡Pluguiera a Dios me faltara la lengua, antes que dijera, "muera Marcelo", y viviera Marcelo, aunque me matara!

Más enamorada estoy, más piadosa y más rendida; ¡costarme tiene la vida!

Loca estoy, no soy quien soy.

¡Ay de mí!, que he dado muerte a quien jamás me ofendió; pues porque me enamoró su sangre inocente vierte.

¿Qué excusa al cielo daré?

Voces quiero dar, Teodora.

TEODORA. Advierte, por Dios, señora, que tu honor la causa fué.

Mira que ya libre estás: da muchas gracias al cielo.

ROSIMUN. Gallardo, hermoso Marcelo, ¿que ya no he de verte más?

¡Marcelo mío divino!

¡Bello español, alma mía!

¡Oh, nunca naciera el día (1) que pensé tal desatino.

¡Maldito sea mi honor!

Vivieras tú y él muriera; pero mataréme. ¡Espera, y conocerás mi amor!

TEODORA. (Loca se vuelve; ¿qué haré?)

ROSIMUN. ¡Oh, maldita consejera, que has hecho que un ángel muera! Mi bien, ¿dónde te hallaré?

¿Que por mí en tus verdes años pierdes la vida, mi bien?

TEODORA. ¿Quieres que te oigan y den en la causa de tus daños?

Tiembla el sentimiento injusto.

ROSIMUN. ¡Oiganme: ya estoy perdida!

TEODORA. ¡Señora!

ROSIMUN. Murió mi vida; llorar y matarme es justo.

Muera, que es razón, culpada quien dió muerte a un inocente.

TEODORA. Mira que ya viene gente de tu llanto provocada.

ROSIMUN. Marcelo fué mi marido, todos dirán que es razón.

TEODORA. Dirán que locuras son, pues ni tu amor ha sabido, antes amaba a Clavela.

ROSIMUN. Con los celos me has templado.

TEODORA. El capitán ha llegado.

ROSIMUN. Prevén alguna cautela.

(Entra AURELINO.)

AURELIN. Lo que me mandaste puse,

(1) Texto: "Nunca naciera el día".



señora, en ejecución,  
y al que estaba en el balcón  
a matarle me dispuse.

ROSIMUN. ¿Matástele?

AURELIN. No me he visto  
más a pique de ser muerto  
ni en batalla en campo abierto (1)  
ni en los muros que conquisto.

De cuatro que acometimos  
quedamos vivos los dos.

ROSIMUN. ¿Luego vive?

AURELIN. Sí, por Dios,  
y aun esto le agradecemos.

A mí me valió la vida,  
Rosimunda, el ir armado.

ROSIMUN. ¿Que dos mató?

AURELIN. Y un soldado  
tiene una mortal herida.

ROSIMUN. ¿Conocístele?

AURELIN. Jurara,  
señora, que era Marcelo  
con la poca luz que el cielo  
daba en su furiosa cara.

Mas la primera persona  
que hoy he visto en el palacio  
es él, y con tanto espacio,  
que su descuido le abona.

Fuera de que me habló bien,  
y el que fué me conoció,  
porque me nombraba yo.

ROSIMUN. No es Marcelo.

AURELIN. ¿Sabes quién?

ROSIMUN. Un caballero extranjero,  
que a su tiempo te diré.

AURELIN. ¿Mandas que otra noche esté  
con más gente en el terrero?

ROSIMUN. Yo avisaré, capitán:  
el silencio os encomiendo.

AURELIN. Sólo servirte pretendo.

ROSIMUN. A los que heridos están  
acudid.

AURELIN. Tu enojo temo.

ROSIMUN. Capitán, bastó buscallo.

AURELIN. Péame de no matalle.

(Vase.)

ROSIMUN. Y yo me huido en extremo.

¿Dame esos brazos, Teodora!

¿Hay tal hombre? ¿Hay tal ventu-

TEODORA. Acabóse la locura. [ra?]

ROSIMUN. Mucho más lo quedo agora.

Ea, no hay más que aguardar;  
Marcelo ha de ser mi dueño.

TEODORA. ¿Dueño? ¿Qué dices?

ROSIMUN. Que sueño  
y que amor me ha de matar.

Pero di, Teodora mía:  
¿no puede tener efecto  
mi gusto, si en el secreto  
el amor sus gustos fía?

¿Yo sola en el mundo soy  
la que no ha de hallar modo?

TEODORA. Si ya está perdido todo,  
escúchame.

ROSIMUN. Atenta estoy.

TEODORA. Prueba de este hombre el secreto  
antes que te arrojes.

ROSIMUN. Bien.

TEODORA. Y satisfecha prevén  
de dar a tu gusto efecto.

Que si va a decir verdad  
sólo te ofendes a ti,  
porque aún no hay esposo aquí,  
ni más que tu calidad.

Desde allá por un poder  
veniste a casarte acá,  
mas el poder faltó ya,  
y de nadie eres mujer.

No te mates más, ni hagas  
más resistencia a tu honor,  
como del justo valor  
deste hombre te satisfagas.

ROSIMUN. Antes que mi honor se arroje  
al mar de tanta deshonra,  
antes que mi sangre y honra  
de su valor se despoje,  
probaré de tal manera  
su lengua, que tú verás,  
que por esto aguardo más  
que ya por mi honor pudiera.

(Entre CLAVELA.)

Mas Clavela viene aquí.  
Disimula.

TEODORA. ¿A qué vendrá?

CLAVELA. En fin, señora, ¿que está  
preso mi hermano por ti?

¿Y el cómplice se pasea  
con libertad en palacio?

ROSIMUN. No he tenido, hermana, espacio  
para que su causa sea.

(1) Texto: "Ni en batalla ni en campo abierto."

A Marcelo desterré,  
cuando a Alejandro prendí:  
si está libre no es por mí,  
que por el Príncipe fué.

Mas vayan luego por él,  
que basta quererlo vos.

CLAVELA. ¡Mil años te guarde Dios!

ROSIMUN. Hoy haré paces con él.

¡Teodora!

TEODORA. ¡Señora!

ROSIMUN. Escucha.

(Entre MARCELO.)

MARCELO. Aquí mi Clavela está.

ROSIMUN. Celos, Clavela, me da.

¿No tengo razón?

TEODORA. Y mucha.

Marcelo ha entrado en la sala.

ROSIMUN. ¡Quién mil abrazos le diera!

TEODORA. El la mira, ella se altera.

ROSIMUN. Y él se enternece y regala.

¡Válgame el cielo! ¡Si es ésta  
la dama de aquel papel?

TEODORA. Mira despacio en él (*sic*),  
que él mismo da la respuesta.

ROSIMUN. ¿Quieres que lo pruebe aquí  
con una invención?

TEODORA. Ya espero.

ROSIMUN. Hablar a Clavela quiero.

TEODORA. Y yo a Marcelo por ti.

ROSIMUN. Porque sé que te has de holgar  
del remedio de Teodora,  
quiero que sepas que ahora...

CLAVELA. Di.

ROSIMUN. ...la acabo de casar.

CLAVELA. Recibo tanto contento,  
que a mí me pueden también  
dar, señora, el parabién  
deste nuevo casamiento.

¿Con quién la casas?

ROSIMUN. Los dos  
están juntos.

CLAVELA. ¿Con Marcelo?

ROSIMUN. Con Marcelo.

CLAVELA. ¡Santo cielo!

ROSIMUN. ¿Pues no es su igual?

CLAVELA. Si, por Dios.

ROSIMUN. (Dejarlos a solas quiero,  
y aquí escuchar escondida.)

TEODORA. Bueno es eso, por mi vida:  
¿vos venistes al terrero?

MARCELO. Si no me echaran de allí  
de vuestro balcón enfrente,  
saliendo por los de Oriente,  
otro sol me hallara a mí.

TEODORA. ¿Pues quién os echó?

MARCELO. Tendreis  
muchos pretensores ya.

TEODORA. Ya mi señora se va.  
Suplícoos me perdonéis.

MARCELO. ¡El cielo os guarde!

ROSIMUN. ¡Teodora!

TEODORA. ¡Señora!

ROSIMUN. Conmigo ven.

TEODORA. ¿Quiérello bien?

ROSIMUN. Y muy bien.

TEODORA. Y aun él pienso que la adora.

ROSIMUN. Díjele que te he casado  
con él.

TEODORA. ¿Qué semblante ha hecho?

ROSIMUN. Lo que de entrambos sospecho.  
ahí quiero ver declarado.

Déjalos solos aquí;  
cúbrete desta antepuerta.

(Pónense a un lado.)

MARCELO. Toda mi ventura es cierta,  
¿podré hablarte?

CLAVELA. ¿Quién?

MARCELO. Yo.

CLAVELA. ¿A mí?

MARCELO. A ti, pues, Clavela, en quien  
todo mi bien puso el cielo.

CLAVELA. Villano, traidor Marcelo.

¿Yo soy ni he sido tu bien?

A lo menos si lo he sido  
tanto más de su mudanza  
se quejará la esperanza  
que de tu amor he tenido.

¡Maldiga, español, el cielo  
el punto que aquí veniste!

(ROSIMUNDA y TEODORA escuchan.)

TEODORA. ¿No escuchas aquello?

ROSIMUN. ¡Ay, triste!

CLAVELA. Déjame, traidor Marcelo.

MARCELO. Señora, ¿quién te ha engañado?

CLAVELA. Suelta el brazo.

MARCELO. ¿Qué habrá sido  
la causa que te ha movido?

CLAVELA. ¿No es causa haberte casado?

ROSIMUN. Declaróse.

MARCELO. ¿Yo, señora?

CLAVELA. ¿Pues quién? ¿Yo debo de ser?

MARCELO. ¿Hay en el mundo mujer que yo quiera?

CLAVELA. Si, a Teodora.

MARCELO. ¿A Teodora?

CLAVELA. Niega, infame, esta verdad, que es tan cierta.

MARCELO. Si es verdad, será encubierta cuando ese nombre la llame.

¿Quién lo ha dicho?

CLAVELA. Rosimunda.

MARCELO. Habránlo tratado allá. Teodora en querer me da, que es en lo que esto se funda.

¿Pero yo consentimiento?

CLAVELA. ¿Qué? ¿No le has dado?

MARCELO. Yo no.

CLAVELA. Rosimunda me engañó.

MARCELO. Que me hayas culpado siento.

Alza los hermosos ojos a mirar aqueste esclavo.

CLAVELA. De darles veneno acabo del vaso de tus enojos.

Dame con que los alegre.

MARCELO. Digo que sus niñas son los dueños desta prisión, y ellos dos cielos alegres [en] donde amanece el sol (1).

TEODORA. ¿Aquello puedes sufrir?

ROSIMUN. Huelgo, Teodora, oír aquel término español.

TEODORA. ¿No te pesa?

ROSIMUN. No me pesa de ver tierno aqueste bravo; antes el estilo alabo, aunque es difícil la empresa.

TEODORA. ¿Que le alabas? ¿Cómo así, si a otra que ama le dice esto?

ROSIMUN. Porque espero que muy presto me dirá lo mismo a mí.

TEODORA. Tienes justa confianza, señora, de tu valor.

ROSIMUN. Yo sé bien que un grande amor todo cuanto quiere alcanza.

MARCELO. Si estás ya desenojada bien puedes darme los brazos.

CLAVELA. Para asirte en nuevos lazos, dulce esposo y prenda amada;

mas dame tu fe primero de aborrecer a Teodora.

MARCELO. Por esos ojos, señora, que la aborrezco y te quiero.

ROSIMUN. Esto no puedo sufrir, que me abrasan vivos celos. ¡Clavela!

CLAVELA. ¡Señora!

MARCELO. ¡Ay, cielos!

ROSIMUN. Has por Alejandro ir, que se ha enojado su hermano.

CLAVELA. Yo misma iré.

ROSIMUN. ¡Parte!

CLAVELA. Voy.

MARCELO. Temblando de verla estoy.

(*Asc.*)

ROSIMUN. ¿Pues cómo, español villano, tú tienes voces y enojos con Clavela?

MARCELO. ¿Yo, señora?

ROSIMUN. ¿No es esto verdad, Teodora?

TEODORA. Visto por mis propios ojos.

MARCELO. Como me vió libre a mí y a su hermano en prisión, sin darle más ocasión dice que ocasión le di, y sobre esto se enojó.

ROSIMUN. ¿Y ese enojo fuera parte, villano, para abrazarte?

MARCELO. ¿Abrazarme?

ROSIMUN. Vilo yo.

TEODORA. ¿Y yo no lo vi también?

TEODORA. Fué porque dije que iría, y que a sus pies me echaría.

ROSIMUN. ¡Bien lo disimulas!

TEODORA. ¡Bien!

ROSIMUN. Marcelo, en tus pensamientos, yo no quiero hablar palabra, porque nunca fuí curiosa de secretos que otras hablan. Clavela es mujer, Marcelo; tú eres caballero y basta, que, como digo, no soy de las que examinan almas. Tengo contigo un secreto en que será de importancia tu favor; escucha atento.

TEODORA. ¡Señora!

ROSIMUN. ¡Teodora, calla!

MARCELO. Fía, Princesa, de un hombre

(1) Texto: "donde amanece el sol".

que fuera de ser de España,  
 es por su padre Beamonte  
 y por su madre Guevara.  
 Que no habrá cosa en el mundo  
 tan dificultosa y rara,  
 como ser traïdor no sea,  
 que por servirte no haga.  
 Traeré vellocinos de oro;  
 libraré de las montañas  
 del mar Andrómedas presas;  
 por yerbas iré a Tesalia;  
 entraré por labirintos;  
 bajaré a las negras aguas,  
 sirviéndome de sibilas  
 el saber que tú lo mandas.  
 Y está cierta de que tenga (1)  
 la lengua como la espada,  
 una en el hacer desnuda,  
 y otra en el callar con vaina.

ROSIMUN. Satisfecha estoy de ti,  
 y con esta confianza  
 sabe, pues sabes quien soy,  
 que yo fui en Borgoña amada  
 de Ludovico, Delfín,  
 que es el Príncipe de Francia,  
 con desatinos de mozo,  
 que amando en nada reparan.  
 Fuí tan honesta, Marcelo,  
 y en el mirar recatada,  
 que eché una llave a mis ojos  
 por tener segura el alma.  
 De suerte que cuando el Duque  
 me dijo que me casaba  
 le obedecí sin disgusto,  
 y vine alegre a Bretaña.  
 El Delfín, como me vió  
 con Claridoro casada  
 y que dejaba en el viento  
 sus deseos y esperanzas,  
 partió de Francia tras mí,  
 y entró secreto en mi casa,  
 que para interés no hay puerta,  
 ni hay en los palacios guarda.  
 Pudo tanto, que una noche,  
 que yo a solas me acostaba  
 con Teodora, que es Teodora  
 mi deuda y mi secretaria,  
 levantando una cortina  
 salió detrás de mi cama,

fundando su atrevimiento  
 en lágrimas y en palabras.  
 Quise dar voces; temí  
 la honra, porque la infamia  
 más consiste en que se entienda  
 que no en que sola se haga.  
 Callé, y roguéle se fuese;  
 mas fué su locura tanta  
 que a mis brazos se atrevió;  
 saquéle entonces la daga,  
 y no imitando a Lucrecia  
 más que en ser honrada y casta,  
 maté al delfín Ludovico  
 de dos o tres puñaladas.  
 Viendo el caso y la desdicha,  
 el cuerpo metí en un arca,  
 y de la alfombra y el suelo  
 lavé la sangre con agua.  
 Lo que pretendo de tí  
 es que, como está cerrada,  
 la saques aquesta noche,  
 y en el jardín desta casa  
 la entierres con gran secreto;  
 y porque hierro ni azada  
 no la descubra jamás,  
 siembra encima de la arca  
 algún rosal u otra flor,  
 pues hay en el huerto tantas,  
 y que por el premio vuelvas  
 mañana en saliendo el alba.

MARCELO. ¿Qué más premio que servirte?

ROSIMUN. Vete, y dame la palabra,  
 como español caballero,  
 como hidalgo de Navarra,  
 de callar aunque te hiciesen  
 pedazos sobre esta causa.

MARCELO. Si en algún tiempo dijere  
 que has muerto al Delfín de Fran-  
 ni que le llevé al jardín, [cia  
 ni el rosal puse en el arca,  
 la nobleza de Beamonte  
 sea mi perpetua infamia.  
 Ladrón sin Guevara sea,  
 y no Ladrón de Guevara.

ROSIMUN. ¿Júraslo como español?

MARCELO. Sin juramento bastaba:  
 que soy un hombre de bien,  
 y de tanta confianza,  
 que antes, señora, que diga  
 io del rosal y del arca,  
 nacerán rosas en Scitia,

(1) Texto: "Y está cierta que tenga."



ave Fénix en Arcadia.

ROSIMUN. Vete y ven dadas las diez.

MARCELO. Yo volveré las diez dadas.

(1<sup>a</sup> asc.)

TEODORA. ¿Qué fábulas son aquéstras?

ROSIMUN. Probar deste hombre el alma.

TEODORA. ¿Pues cuál arca le has de dar?

ROSIMUN. La de mis joyas.

TEODORA. Repara...

ROSIMUN. No hay que reparar, Teodora; más pienso darle si calla.

(Entranse.)

(Entran el DUQUE ALEJANDRO, PERSEO y CLAVELA.)

CLAVELA.

No me espanta el rigor de Rosimunda; tu paciencia me espanta.

ALEJANDRO.

Pues. ¿qué quieres?

¿Qué mal, qué ventura no redunda a quien tienen sujeto las mujeres?

En este gusto el Príncipe se funda (1), sin ver que soy hermano, y que tú eres mujer y hermana suya, y aun sospecho que tiene ya lo que dudamos hecho.

PERSEO.

Como está de salud ya sin remedio, y que se va acabando poco a poco, si no estuviera Rosimunda en medio, y tú, Alejandro, de su amor tan loco, ninguno fuera más honesto medio de cuantos. Duque, en tu remedio toco que en tomando las fuerzas del estado estar de gente y de defensa armado.

Mas tú que das en que ha de ser tu esposa, sin reparar en que tu intento daña aquesta nueva Sofonisba hermosa, serás el fénix desta heroica hazaña. Y ella a tu amor y ruegos desdeñosa quedará por Princesa de Bretaña, y eligiendo un francés, pariente suyo pondrá las plantas en el cielo tuyo.

CLAVELA.

Pues no lo dudes; que el haber casado a su deuda Teodora con Marcelo, debe de ser haber los tres tratado

de hacerle dueño.

ALEJANDRO.

La traición recelo.

¿Pues de eso no me hubieras avisado?

CLAVELA.

Súpelo tarde.

ALEJANDRO.

Pues ayude el cielo nuestra justa intención; que aqueste día tomo las armas en defensa mía.

(Entra AURELINO.)

AURELINO.

Ya como llamas últimas de vela expira entre congojas Claridoro, ya, Alejandro y bellísima Clavela, tenéis Princesa.

CLAVELA.

Su desdicha lloro.

ALEJANDRO.

¿Tan malo está?

AURELINO.

Su presto fin recela, aunque con habla y con real decoro: aquesta lenta enfermedad resume poco a poco el humor, que, en fin, consume.

PERSEO.

¿Qué Princesa tenemos?

AURELINO.

Rosimunda, por testamento y voluntad postrera.

ALEJANDRO.

¿En qué razón tan loco intento funda?

AURELINO.

Sus partes solamente considera.

PERSEO.

Ella será Semiramis segunda.

ALEJANDRO.

No llegará el valor de la primera, que no es razón que callen dos hermanos que desheredan sus injustas manos.

Yo, puesto que legítimo no sea, soy hijo de su padre (y), en más distancia está su esposa por quien ver desea estos estados en poder de Francia.

(1) Texto: "en este gusto el principio se funda."

CLAVELA.

Habla con más cordura.

AURELINO.

Nadie crea,

si lo dices por mí, que la arrogancia  
de Rosimunda sufriré; que quiero  
ser quien tome las armas el primero.

ALEJANDRO.

¡Oh, famoso Aurelino! Si me sigues,  
te daré por mujer mi propia hermana.

AURELINO.

¿Qué puede haber, señor, con que me obligues,  
que iguale a su belleza soberana?  
Ya es tiempo que estos bárbaros castigues,  
su loca furia, su privanza vana;  
levanta gente, y, antes que se entienda,  
toma las fuerzas del estado en prenda.

ALEJANDRO.

Tú, que has sido tan célebre soldado,  
ordenarás lo que mejor convenga,  
que si tomo las fuerzas del estado  
pocas serán las que su dueño tenga.  
Sólo Clavela me ha de dar cuidado.

AURELINO.

Antes Clavela con nosotros venga.

ALEJANDRO.

¿Cómo ha de ser?

CLAVELA.

En traje diferente,  
iré segura entre la misma gente.

ALEJANDRO.

¡Pues, alto! El cielo guíe nuestro intento!  
¿Adónde iremos?

AURELINO.

A Belflor partamos.

Será nuestro primero alojamiento.

ALEJANDRO.

¿Qué leguas puede haber?

AURELINO.

Catorce.

ALEJANDRO.

¡Vamos!

PERSEO.

Ya llevo un envidioso pensamiento

de que éste goce a Clavela.

ALEJANDRO.

Hoy damos  
alto principio a nuestro bien, Clavela.

AURELINO.

¡Llámate Rey!

CLAVELA.

Ponte a caballo y vuela.

(Vanse.)

(Entra MARCELO.)

MARCELO. Vengo confuso de ver  
con secreto tan sutil  
el ánimo varonil  
desta heroica mujer.

Entré en su cuadra a la hora  
ya de los dos concertada,  
adonde una arca cerrada  
me dieron ella y Teodora.

Toméla en hombros; salí  
por una secreta puerta,  
y, haciendo un hoyo en la huerta,  
en él la arca metí (1).

Cavé unos verdes rosales,  
y, sacando dos o tres  
encima, sembré a sus pies  
por secreto y por señales.

Esto le juré tener  
con palabra de hidalgo;  
haciéndome cruces salgo  
de tan notable mujer.

¡Jesús mil veces! ¡Matar  
al heredero de Francia!  
Pero será de importancia,  
aún con la tierra callar.

No nazcan della las cañas  
que dijeron atrevidas  
aquel secreto de Midas.

(Sale CHACÓN.)

CHACÓN. Ya de mí no te acompañas;  
ya no te sirvo; ya soy  
sospechoso a tus secretos.

MARCELO. ¿Qué secretos o qué efetos?  
De todos cuenta te doy.

No tienes de qué quejarte.

CHACÓN. ¿Y anoche dónde estuviste?

MARCELO. ¿Luego acostar no me viste?

(1) Texto: "en el arca la metí".

CHACÓN. Acostar yo a ti? ¿En qué parte?

MARCELO. Fui a acompañar un amigo,  
si va a decir la verdad.

CHACÓN. Logres tan buena amistad,  
pues que ya no voy contigo.

MARCELO. ¿Qué hay en la corte, Chacón?

CHACÓN. Un pregón de harta importancia.

MARCELO. ¿Cómo?

CHACÓN. Que el Delfín de Francia  
falta, dice en el pregón.

Y que dan cien mil ducados  
a quien diere nuevas dél.

MARCELO. ¿Arca y rosas del vergel,  
a mucho estáis obligados!)  
¿Cien mil ducados?

CHACÓN. Y más,  
título de Duque a quien  
le dé vivo o muerto.

MARCELO. ¿Bien,  
tú, Chacón, seguro estás?

CHACÓN. Si vino el pregón dijera,  
o perniles de tocino,  
de lo que es jamón y vino  
mejores nuevas supiera;  
pero desto del Delfín  
no sé palabra, por Dios.

MARCELO. No medraremos los dos  
por este pregón, en fin.

(Salen ESTACIO y LISARDO con alabarderos.)

LISARDO.

¿Está Marcelo aquí?

MARCELO.

Para servirte.

¿Dónde con tantas guardas?

LISARDO.

A prenderte.

Estacio la ocasión podrá decirte.

ESTACIO.

Dicen que has dado a Claridoro muerte.

MARCELO.

¿Es muerto?

ESTACIO.

No.

MARCELO.

Temblaba de oírte (sic).

ESTACIO.

Mas queda en gran peligro.

MARCELO.

¿De qué suerte  
decís que yo le he muerto?

LISARDO.

Con veneno,  
que poco a poco le consume.

MARCELO.

¡Bueno!

¡Oh, envidia cortesana! ¡Qué no puedes!  
¿Quién lo dice?

LISARDO.

No sé, todo redunda  
de la Princesa, y mientras libre quedas (1)  
en aquesta ocasión (2), de Rosimunda,  
no excuses la prisión.

MARCELO.

¡Buenas mercedes!

ESTACIO.

En esta larga enfermedad se funda,  
y en que tratas amores con Clavela.

MARCELO.

¿Pues cómo mis secretos me revela?

¿Ella dice que yo he tratado amores  
con Clavela?

LISARDO.

Y que os vió, jura, abrazados.

MARCELO.

¡Oh, mudable mujer! ¡Cuánto mayores  
pudieran ser sus yerros declarados!

ESTACIO.

Aquí no hay replicar.

MARCELO.

¡Vamos, señores!

Chacón, avisa desto a mis criados.

CHACÓN.

¡Hay tal maldad!

MARCELO.

(No crea aunque [me] obliga,  
que lo del arca y los rosales diga.)

(Entranse.)

(1) Texto: "quedas".

(2) Texto: "de aquesta ocasión".

(*Salen con cajas, y bandera, y gente, PERSEO, ALEJANDRO, AURELINO, general, y CLAVELA, en hábito de hombre.*)

ALEJANDRO.

Pondré fuego a Bretaña, y aun a Francia, Clavela, si defiende a Rosimunda.

CLAVELA.

Que no tendrá valor, si muere el Príncipe, que a estas horas ya debe de ser muerto, para tomar las armas, ni le queda más hombre que a Marcelo.

PERSEO.

Yerro ha sido no haber muerto a Marcelo, que en efeto es hombre que las armas tomar puede, y ejercitado en ellas en España, donde nacen los hombres más valientes de toda Europa.

AURELINO.

No te cause pena, que está ya afeminado con el ocio, y, una vez olvidado el ejercicio, no hayas miedo que salga a la defensa.

CLAVELA.

El castillo es aquí (1).

ALEJANDRO.

¡Fuerte plaza!

¿Qué responde el alcaide?

AURELINO.

Que te acerques.

ALEJANDRO.

Pues haz señal de paz.

AURELINO.

¡Ah del castillo!

(*Sale el ALCAIDE arriba.*)

ALCAIDE.

¿Quién llama con las cajas y trompetas en tierra tan segura de enemigos?

AURELINO.

Yo soy, Alcaide.

ALCAIDE.

¿Quién?

ALEJANDRO.

¿No me conoces?

El Duque soy.

ALCAIDE.

Yo no conozco al Duque.

ALEJANDRO.

¿Pues cómo no conoces a Alejandro, de Claridoro, tu señor, hermano?

ALCAIDE.

Si llamas mi señor a Claridoro, ¿por qué llamas con armas en sus tierras? ¿Levántasle por dicha sus estados?

CLAVELA.

Alcaide honrado, al Príncipe le ha dado veneno Rosimunda, y él la deja por hechizos Princesa de Bretaña. Clavela soy, mi hermano, y Aurelino, y lo noble del reino pretendemos, que herede a Claridoro el que tuviere derecho, dando nuestra causa al Papa, juez neutral y sin pasión. No es justo que tú des esta fuerza a Rosimunda contra razón. Mas pues que ya conoces que habemos de heredarla yo y mi hermano, nos obligas con darnos el castillo, para que cuando Dios nos dé el estado, la primera merced la tuya sea.

ALCAIDE (1).

¿Que Rosimunda es reina de Bretaña?

CLAVELA.

Yo soy Clavela, alcaide, no te mueva verme en hábito igual, por las traiciones de una mujer.

ALCAIDE (1).

Vuestra justicia es clara. Yo levanto el portillo; entrad seguros; poned vuestra bandera en estos muros.

(*Tocan cajas. Entranse.*)

(*Salen un CARCELERO y un ALCAIDE.*)

ALCAIDE. Pon esos estrados bien, que hoy la Princesa visita la cárcel. Aquéllas quita.

CARCEL. Haz que una alfombra me den

ALCAIDE. Esa tiende, y echa encima

(1) Texto: "éste".

(1) Texto: ALEX., corregido ya en letra manuscrita.



verbas y olorosas flores:  
no hay almohadas mejores.  
¡Hola! Esos bancos arrima.

Haya silencio: no salga  
hombre sin oír su nombre.

CARCEL. Antes hoy no ha de haber hombre  
que de ese bien no se valga.

(*Salen un RELATOR, dos alabarderos, ROSIMUNDA y  
TEODORA, y ROSIMUNDA se sienta en una silla so-  
bre dos gradas.*)

ROSIMUN. Llamad los presos, y diga  
las causas el Relator.

A mucho obliga el honor.

TEODORA. A mucho el honor te obliga.

ALCAIDE. Ya están aquí, gran señora,  
los que se han de visitar.

ROSIMUN. Bien pueden, alcaide, entrar.

RELATOR. Estos son Fabio y Leonora.

ROSIMUN. ¿Quién pide?

RELATOR. Ella pide a Fabio.

ROSIMUN. ¿Cómo?

RELATOR. Es su esclava, y pretende  
probar que es libre.

ROSIMUN. Defiende  
del tiempo el mayor agravio,  
que es perder la libertad.  
¿Cómo lo prueba?

RELATOR. Que tiene  
un hijo.

ROSIMUN. A ser libre viene.

FABIO. Gran señora, no es verdad.

ROSIMUN. ¿Cómo? ¿No es el hijo tuyo?

FABIO. No, señora.

ROSIMUN. Pues, Leonora,  
¿por ser tú libre ahora  
el hijo de otro haces suyo?

LEONORA. Señora, sábelo Dios,  
a quien pongo por testigo.

ROSIMUN. Oíd los dos lo que digo,  
pues Dios lo sabe y los dos:  
el niño se ha de vender,  
pues dice que no es su padre  
Fabio, y librese su madre  
con lo que puede valer.

FABIO. Señora, el esclavo es mío,  
y venderle no es razón,  
quien la vió en mi posesión  
ya pierde aquel señorío.

ROSIMUN. No hay que tratar; vendan luego  
el esclavo por rescate

de su madre.

FABIO. No se trate  
por Dios, señora, te ruego,  
de vender el niño.

ROSIMUN. ¿No?  
¿Luego eres su padre?

FABIO. Sí.

ROSIMUN. ¿Por qué me negaste a mí  
lo que vi en tus ojos yo?

FABIO. Para no perder la esclava;  
mas por no verle vender  
todo lo quiero perder.

ROSIMUN. Por darte castigo estaba,  
que de ejemplo te sirviera.  
Ve libre.

FABIO. ¡El cielo te guarde!

ROSIMUN. Llamad presos, que es ya tarde  
para ver quien nunca viera.

(*Sale HORTENSIO.*)

RELATOR. Este es Hortensio.

ROSIMUN. Leed.

RELATOR. Tres hombres Hortensio ha muerto.

ROSIMUN. ¿Cómo?

RELATOR. Es soldado del puerto  
con ventaja y con merced.  
Y estos tres enemigos  
le salieron a matar  
después de paces, y estar  
fiado en que eran amigos.

Vióse de los tres cercado;  
tiró la daga al primero;  
dejóle del golpe fiero  
todo el cuerpo atravesado.

Echó la capa al segundo,  
y de suerte le cegó  
que envuelto en ella le dió,  
con que le sacó del mundo.

Y quedándole el tercero,  
cuerpo a cuerpo le mató.

ROSIMUN. ¿No ha hecho más?

RELATOR. Señora, no.

ROSIMUN. Para la guerra que espero  
te nombro por capitán,  
y mil ducados te den.

HORTEN. Beso tus pies.

TEODORA. Hacéis bien,  
que bien menester serán.

RELATOR. ¡Qué sentencias tan discretas!

ALCAIDE. ¡La defensa es natural!

(*Entran CELIO y ANNIBAL.*)

RELATOR. Aquí Celio y Annibal.

ROSIMUN. ¿Quién son éstos?

RELATOR. Dos poetas  
parecen en tu presencia.

ROSIMUN. ¿Cuál se querella de cuál?

RELATOR. A Celio pide Annibal.

ROSIMUN. ¿Qué pide?

RELATOR. Un hurto.

CELIO. ¡Paciencia!

ROSIMUN. ¿Qué te ha hurtado?

ANNIBAL. Cada día

hurta los versos que hago;  
todos los coge, y en pago  
dice mal de mi poesía.

CELIO. Señora, este hombre es tan vano,  
que hurtarle sus versos llama  
decir cristal, oro, fama,  
sol, margen, marfil, Silvano,  
ámbar, paucaya (1), coral,  
perlas, nácares, aromas,  
que es poesía con redomas,  
y rétulo en cada cual.

A Vuestra Alteza suplico  
que, pues es común la lengua,  
no se me atribuya a mengua  
lo que de la lengua aplico.

ANNIBAL. ¡Vive el cielo, que ha hurtado  
cuanto escribo, y dice mal  
de mis sonetos!

CELIO. No hay tal.

ROSIMUN. ¡Quedo! Que me dais enfado.

ANNIBAL. ¿A qué pena le sujetas?

ROSIMUN. A que os vais sin replicar,  
porque decir mal y hurtar  
es costumbre de poetas.

ANNIBAL. ¡Vive Dios, que te he de hacer  
una sátira!

CELIO. ¿Tú a mí?

(*Íanse riendo.*)

(*Entre MARCELO.*)

RELATOR. Ya viene Marcelo aquí.

ROSIMUN. Su causa puedes leer.

RELATOR. Marcelo está por tu gusto.

ROSIMUN. Por su delito dirás.

MARCELO. ¿Delito?

ROSIMUN. ¿Puede ser más

que ser traidor a un Rey justo?

MARCELO. ¿Yo traidor?

ROSIMUN. ¿No es traición  
darle veneno un copero  
a su señor?

MARCELO. Darte quiero  
de mi honor satisfacción.

ROSIMUN. ¿Qué satisfacción? No sabe  
que es esto verdad Teodora?

MARCELO. ¿Tú sabes esto, señora?

TEODORA. Sé que tu delito es grave.

MARCELO. ¿Luego yo no soy leal?

ROSIMUN. No, sino infame.

MARCELO. (Matarme  
puedes, pero no obligarme  
a decir lo del rosal.)

ROSIMUN. ¿No se tomó juramento  
a Teodora, Relator?

RELATOR. Dijome que era mejor  
que tú propia en tu aposento  
hicieses tu información.

ROSIMUN. ¿Qué información, siendo cierto  
que con veneno le ha muerto?

RELATOR. Siendo cierto, es gran traición.

ROSIMUN. ¡Y cómo si es cierto!

MARCELO. ¿Yo al Príncipe di veneno?

ROSIMUN. A la muerte le condeno:  
él sin duda le mató.

Que el estar con tal flaqueza,  
y morir poco a poco,  
que ya está cuerdo y ya loco,  
y ya con tan gran tristeza,  
son deste veneno efetos.  
Vamos, Teodora, de aquí.

MARCELO. Señora, mira que fui  
leal siempre a tus secretos.

Mira que soy español,  
Beamonte hidalgo y Guevara;  
mira...

ROSIMUN. Si tu culpa es clara  
como los rayos del sol,

¿qué importa que hidalgo seas,  
ni Guevara ni Beamonte?  
Calla, y a morir disponte.

MARCELO. ¡Que de mí esta infamia creas!

ROSIMUN. Español era Belido,  
y de hidalgo se preció,  
y al rey don Sancho mató.

MARCELO. ¡Qué buena paga he tenido  
de servicios que te he hecho!

ROSIMUN. ¿Tú a mí? ¿Cuándo? ¿Es obligarme

(1) Corregido al margen el texto, que dice: "pan-cava".

mi esposo amado quitarme?

MARCELO. ¡De un mármol es tu pecho!

ROSIMUN. ¡Vamos!

MARCELO. ¿Hay desdicha igual?

(Pues no hayan miedo que diga,  
aunque tu crueldad me obliga,  
lo del arca y del rosal.)

(*Vanse todos; queda solo MARCELO.*)

MARCELO.

Soberbia tiene el agua en su elemento;  
el aire que los árboles quebranta,  
la tierra, que bramando se levanta,  
hace temblar su mismo fundamento:

consume el fuego con rigor violento;  
un rayo entre relámpagos espanta;  
y de un toro español la fuerza es tanta,  
que saca una columna de su asiento;

tiembla de aquesta máquina el decoro,  
cuando agua, fuego y viento irreparable  
escurecen del sol los rayos de oro;

pero es mayor rigor incomparable,  
que agua, aire, tierra, fuego, rayo, toro,  
la ingratitud de una mujer mudable.

(*Sale el ALCAIDE.*)

ALCAIDE.

Marcelo, a no tener noticia clara  
de tu valor y nacimiento ilustre  
probara consolarte con razones  
y te esforzara a la vecina muerte;  
pero pienso del ánimo y la sangre  
con que naciste, que era dar consuelo  
en la prisión a Séneca o a Sócrates.  
Aquí te aguarda ya quien te confiese.  
Dios sabe si me pesa. Soy mandado  
de quien tiene poder.

MARCELO.

¡Alcaide notable!

Ya conozco tu celo, y lo agradezco.  
Este es rigor de una mujer francesa,  
colérica, mudable, ingrata, loca,  
que, como Claudio emperador, se olvida  
de una hora a la otra lo que dice y hace.  
El cielo le dará justo castigo,  
a quien mi sangre e inocencia ofrezco.

(*Entra ESTACIO.*)

ESTACIO.

La Reina, alcaide, este papel te envía.

ALCAIDE.

En la boca le pongo y en los ojos.

(*Lea.*)

ESTACIO.

Lee entre tanto que a Marcelo hablo.  
Marcelo amigo, ¿qué desgracia es ésta?

MARCELO.

Nacer para morir, señor Estacio;  
enemigos, envidia, mal consejo,  
gobierno de mujer, ira del cielo  
y desdicha que nace con los hombres.

ALCAIDE.

El papel he leído.

MARCELO.

¿Qué te escribe?

ALCAIDE.

Que te dé libertad y que al momento  
te lleve Estacio a verla; que le importa  
que a Clavela castigues y a Alejandro,  
levantando las armas en su nombre,  
porque las ha tomado contra el Príncipe.

ESTACIO.

Los brazos quiero darte.

ALCAIDE.

Y yo los míos.

MARCELO.

Del cuchillo al bastón. Vamos, Estacio;  
que quien sirve a mujer ha de hacer cuenta  
que ha de tener su vida y su fortuna  
sujeta a las mudanzas de la luna.

### JORNADA TERCERA

(ROSIMUNDA y TEODORA.)

ROSIMUN. Ya mi determinación  
tiene el lugar que te digo;  
ya son contra mí y conmigo  
el amor y la razón.

Aunque sin razón le amé,  
ya con razón debo amalle,  
y las prendas entregalle,  
que por las suyas dudé.

Ya no hay de qué estar dudosa,  
tú verás como hoy ha sido  
el silencio agradecido  
de una lealtad generosa.

Ya vengo determinada  
de fiar mi honor a quien  
calló, Teodora, tan bien,  
viendo a su cuello la espada.

Marcelo, ¡vitor!, no hay más.  
Hoy es mi dueño Marcelo.

TEODORA. Ya no hay que tener recelo,  
bien asegurada estás.

ROSIMUN. Viva o muera Claridoro,  
Marcelo me ha de gozar,  
si supiese aventurar  
mayor reino y más tesoro...

TEODORA. Los términos que ha tenido  
obligan.

ROSIMUN. Hoy en el templo  
de la fama será ejemplo  
del silencio agradecido.

(Entra MARCELO.)

MARCELO. El alcaide me ha mandado,  
señora, que venga a verte,  
cuando en el trance más fuerte  
me vi a morir condenado.

Llevábame a confesar,  
donde ofensa contra ti  
no confesara de mí  
ni en mí se pudiera hallar.

Y llegó a este tiempo Estacio  
con el papel que me dió  
la libertad, con que yo  
la cárcel trueco en Palacio.

Que no sé si todo es uno  
en razón de libertad,  
pues mirando mi lealtad  
no está seguro ninguno.

Tan sin guarda me han dejado,  
que bien me pudiera ir;  
pero nunca sabe huir  
un inocente culpado.

Vesme aquí: dame la muerte,  
que si el cielo algo ignorara,  
aún al cielo negara  
tu crueldad por no ofenderte.

ROSIMUN. Marcelo, ya he conocido  
que eres español navarro,  
más leal y más bizarro,  
que cuantos della han nacido.

No te espante mi rigor,  
antes me espanto de ti,  
que no conozcas de mí  
que todo, todo es amor.

Y pues ya la prueba es tal  
que todo el temor deshace,  
es bien que sepas que nace  
de este amor luego inmortal.

Luego que te vi, Marcelo,  
junto a mi ~~enfermo~~ marido  
dijo al alma: "Este es el ido,  
y esotro es el mar del cielo."

Creila y al mar de amor  
las velas tendí en el viento;  
mas quiso el entendimiento  
la nave cargar de honor (1).

Resistíme a la tormenta,  
que levantaba el amor  
con la carga del honor,  
que de amor vitoria intenta.

Ya te desterraba a España,  
ya te enviaba a llamar,  
ya te mandaba matar,  
del honor injusta hazaña.

Y ya lloraba tu muerte;  
pero, viendo tu defensa  
se quejó amor de la ofensa,  
y me resolví en quererte.

Pero viendo que entregarte  
tanto honor no era razón,  
sin saber tu condición,  
quise primero probarte.

Y para que mejor creas  
que éste fué todo mi fin,  
ve al jardín, que en el jardín  
quiero que al de Francia veas.

Porque quitando el rosal  
mis joyas hallarás dentro,  
que aún podría ser encuentro  
que no te estuviese mal.

Cien mil ducados de precio  
tiene el arca, y no al Delfín.  
Todos, mi Marcelo, a fin  
de agradar a honor tan necio.

Callaste, y así imagino  
callarás en lo demás,  
y que el premio gozarás  
de tanto silencio digno.

Que, muriendo Claridoro  
desta larga enfermedad,  
de Bretaña tu lealtad  
tendrá la corona de oro.

Serás mi esposo, y serás,

(1) Texto: "las naves de honor cargar".



- MARCELO. Marcelo, todo mi bien.  
 (Si esto es verdad, hoy también tu rigor me pagarás.  
 Que aunque tu grande hermosura discreción y majestad, obligan mi voluntad a estimar tanta ventura, tengo de hacerte penar casi de la misma suerte.)
- ROSIMUN. ¿Qué tardas en resolverte?  
 ¿Qué tienes tú que pensar?  
 ¿Eres el qué pierde?
- MARCELO. No, sino el que gano este bien, de que un gran parabién me diera a mí mismo yo (1) si dél estuviera cierto; mas conozco tus mudanzas y sé que a mis esperanzas desde lejos burla el puerto. Yo te conozco, señora, bien a mi costa.
- ROSIMUN. ¿Marcelo!  
 ¿Deja ese vano recelo!  
 ¿Dile la verdad, Teodora!  
 Di lo que sabes de mí.
- TEODORA. Marcelo, todo es verdad; sólo probar tu lealtad se ha pretendido de ti.  
 Tu silencio agradecido lo será con premio tal (2), que compita el ser igual a lo mucho que has sufrido. No dudes; goza tu suerte, este bien, este tesoro, en tanto que a Claridoro cubre los ojos la muerte; que luego serás marido de la Princesa.
- MARCELO. Teodora, temo.
- TEODORA. Confirma, señora, lo que he dicho, y cierto ha sido, dando a Marcelo tus brazos.
- ROSIMUN. Ven, Marcelo.
- MARCELO. ¡Ay, Dios! ¿Qué haré, que del bien que el alma ve me están temblando los brazos?
- TEODORA. Marcelo, pues siempre has sido hombre de tanto valor, sabe también que el amor no pierde por atrevido.  
 ¿Qué estás cobarde? ¿Qué dudas?  
 ¿Quieres que ella llegue a ti?
- MARCELO. Sí, Teodora.
- TEODORA. ¿Cómo?
- MARCELO. Sí.
- TEODORA. ¿Qué bien tu respeto ayudas!  
 ¿Pues ella te ha de abrazar?
- MARCELO. Por tan mudable la tengo, que pienso que si yo vengo primero a querer llegar, entre el amor y los brazos, de quererme arrepentida, me mande quitar la vida, y destos pase a otros lazos.
- TEODORA. ¿Pues eso había de hacer?
- MARCELO. ¿No se le puede acordar, que le queda que probar, y vuelva a hacerme prender?
- TEODORA. Señora, de escarmentado está Marcelo encogido.
- ROSIMUN. Es hombre, y ha conocido que es con tanto extremo amado. Dame cuerda como a pez que está asido en el anzuelo. Yo te abrazaré, Marcelo, por esta primera vez.  
 Tuya soy, tuyos los brazos, tuya el alma.
- MARCELO. ¡Vive Dios!, que sospecho que las dos me cogéis en nuevos lazos.  
 Yo me tengo de vengar. *(Aparte.)*
- ROSIMUN. ¿Lazos, mi bien, amor mío? Presto veréis si os confío del alma el mayor lugar.
- MARCELO. Mil señas he menester para estar de ti seguro.
- ROSIMUN. Amor, que te adoro juro.
- MARCELO. No hay juramento en mujer. Para que crea que es cierto este amor, Princesa mía, hemos de hacer este día entre los dos un concierto.
- ROSIMUN. ¿Y cuál es?
- MARCELO. Para que esté seguro, has de hacer tres cosas.
- ROSIMUN. ¿Serán muy dificultosas?

(1) Texto: "me diera a mí mismo".

(2) Texto: "será con premio tal".

MARCELO. Las que has de hacer te diré.  
La primera, has de abrazarme  
en público, Rosimunda.

ROSIMUN. ¿Qué dices?

MARCELO. La segunda,  
el sello del reino darme.  
La tercera hacerme a mí  
tu capitán general.

ROSIMUN. Las dos me están muy mal.

MARCELO. Pues esto has de hacer por mí.

ROSIMUN. No sé que pueda negarte  
quien te confesó quererte.  
¿Qué puedo errar que no acierte,  
mi bien, después de abrazarte?

Advierte que soy mujer  
que a declarar se comienza,  
..... (1)  
no queda más de perder.

MARCELO. Esto pretendo de ti  
para confianza sola.

TEODORA. Alguna trela española (*Ap.*)  
temo.

MARCELO. Vengaréme ansi.

(*Entra ESTACIO.*)

ESTACIO.

Aunque a tus hermosas manos convenían  
mejor los arcos, Rosimunda bella,  
de la diosa de Arcadia cazadora,  
cuando dejando de ser luna en el cielo  
por su pastor bajaba al monte Latino,  
que no las armas de los hombre dignos,  
pues tan enfermo Claridoro yace,  
que ya pierde la habla y casi expira,  
que las tomes, señora, te conviene  
por la defensa deste reino misero.

ROSIMUNDA.

¿Qué es esto, amigo Estacio? ¿Armas? ¿Qué  
[dices?

ESTACIO.

El Duque, tu cuñado, con su hermana  
Clavela tienen ya cuatro castillos,  
que son toda la fuerza de Bretaña.

(*Salen LISARDO y FIDORO.*)

LISARDO.

¿Está aquí la Princesa?

ROSIMUNDA.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO.

De Alejandro, señora, llegan nuevas,  
que ha desposado su traidora hermana  
con Aurelino, cuya espada, ingenio,  
experiencia y valor han sido parte  
para que se le rindan cuatro fuerzas,  
en que la de Bretaña toda estriba.

MARCELO.

¿Clavela se ha casado?

ROSIMUNDA.

¿Eso preguntas?

MARCELO.

Teme tu daño, que Aurelino es hombre  
que por el interés del casamiento  
pondrá en aprieto tu persona y vida.

ROSIMUNDA.

Débetete de pesar.

MARCELO.

Nunca, señora,  
tuve envidia de nadie.

ROSIMUNDA.

Ahora alguna.

MARCELO.

De que algún hombre fuese vitorioso,  
de que alguno jugase bien las armas,  
o fuese celebrado por las letras,  
de que venciese cuerpo a cuerpo un campo,  
compusiese algún libro, o respondiese  
alguna cosa digna de memoria,  
es verdad que he tenido alguna envidia,  
como tenerla debe un hombre noble,  
que esta envidia es virtud para imitarla,  
y no para dañar al que la tiene;  
mas que a ninguno, aunque acertase mucho,  
que se casase hubiese yo envidiado  
de ninguna manera, por Dios vivo.

ROSIMUNDA.

Ahora, caballeros, aunque piensa  
Alejandro que, muerto Claridoro,  
no le queda a Bretaña más defensa,  
quiero que entienda que en las hebras de oro  
el peine de Semíramis guardado  
defiende agora el femenino decoro.

(1) Falta un verso.

Por no dejar mi esposo (1) no he sacado  
yo misma de Bretaña la bandera,  
de varonil valor el pecho armado.

Pero en lugar del que tener quisiera,  
Capitán general hago a Marcelo,  
a cuyas manos el rebelde muera.

Todos sabéis que su lealtad y celo,  
su espada y experiencia ha merecido  
ser Atlante del peso de mi ciclo.

Y porque su silencio agradecido  
muestre mayor valor en esta hazaña,  
que le sigáis y obedezcáis os pido.

Doy a Marcelo el sello de Bretaña,  
para que ordene a su contento y gusto  
con la lealtad de que se precia España;

y para que veáis que el hecho es justo,  
mirad lo que le amaba Claridoro,  
cuando a la envidia le parezca injusto.

Mas para confirmarle en su decoro,  
a usanza de Borgoña, patria mía,  
y de cuanto gobiernan lises de oro.

Le doy mis brazos, y desde este día  
..... (2)

FIDORO.

Justamente su estado le confía.

ESTACIO.

Sus notables servicios galardona.

LISARDO.

Solo Marcelo merecer pudiera,  
tantas mercedes.

TEODORA.

Su virtud le abona.

MARCELO.

Si con palabras responder pudiera  
tu nombre, gran señora, levantara  
desde mi lengua humilde a la alta esfera.

Mas pues amor en obras se declara,  
y en ellas solas paga quien las debe,  
presto verás, si tu favor me ampara,  
que la fama a su número de nueve  
añade un capitán.

ROSIMUNDA.

¿Estás contento?

¿Qué quieres más en que mi amor te pruebe?

MARCELO.

No dudo ya de tu amoroso intento  
cosa ninguna. Partiré a servirte.

ROSIMUNDA.

Venme primero a ver, mucho amor siento.

FIDORO.

Todos, Marcelo, habemos de seguirte,

MARCELO.

Tan vuestro soy, señores, como he sido.

ROSIMUNDA.

Antes que vayas tengo que decirte...

MARCELO.

Hoy veré mi silencio agradecido.

(*Vanse.*)

(*Salen CLAVELA, de soldado, y AURELINO.*)

AURELIN. Mientras que Marte sangriento  
deja descansar la espada,  
divierte, Clavela amada,  
mi amoroso pensamiento.

Este compuesto jardín  
te da un estrado de flores,  
donde escuchas ruiseñores  
mientras que duerme el clarín.

Cuéntame aquí, por tu vida,  
cómo te va con la guerra.

CLAVELA. Lo que de bizarra encierra  
a seguirla me convida.

No soy la primer mujer  
que lleva en la guerra amor.

AURELIN. ¿Amor tienes?

CLAVELA. El mayor  
que es posible encarecer.

AURELIN. El dueño te preguntara,  
si atrevimiento no fuera.

CLAVELA. Pienso que no le encubriera,  
temiendo que se agraviara.

Pero no quieras saber  
cosas que encubro de mí,  
que no soy quien prometí  
que sería tu mujer.

AURELIN. Desdicha suerte no soy yo  
el dueño del amor tuyo,  
y de mis celos arguyo  
quién los que tengo me dió.

CLAVELA. ¿Sospecharás de Marcelo?

AURELIN. ¡Ojalá sospecha fuera!

CLAVELA. No trates desdicha manera

(1) Texto: "Por no dejar a mi esposo".

(2) Falta un verso.

mi buen pensamiento y celo.

Cantad algo que divierta  
conversación tan cansada.

AURELIN. ¿Cánsaste de verte amada?

CLAVELA. ¡Este instrumento concierta!

AURELIN. Mal podrá ponerle bien,  
imitando este rigor,  
si unas cuerdas son amor,  
y otras cuerdas son desdén.

MÚSICO. No viene tan destemplado  
que amor y desdén parezca.

AURELIN. ¡Canta de amor que enloquezca!

CLAVELA. ¡Canta de ausencia el enuidado;

MÚSICO. "De amor que con celos arde  
Dios me guarde.

Amor y sufrir ausencia  
paciencia.

Los celos son en amor  
lo que es el agua en la fragua,  
que crece el fuego con agua  
y el querer con el rigor;  
de sufrir su loco ardor,  
y de que su iuria aguarde.

AURELIN. Dios me guarde.

MÚSICO. Amar y sufrir ausencia.

CLAVELA. ¡Paciencia!

MÚSICO. ¿Qué paciencia puede haber  
para amar y estar ausente,  
si el ausente espera y siente  
cuanto mal puede temer  
para amar y padecer  
celos y olvido en ausencia?

CLAVELA. ¡Paciencia!

MÚSICO. De amor que con celos arde.

AURELIN. Dios me guarde."

(*Entra ALEJANDRO.*)

ALEJAN. Deja, Aurelino, el jardín,  
deja las flores y rosas,  
deja la música alegre,  
deja las fuentes sonoras,  
deja los amores tiernos,  
deja las palabras locas,  
toma el acerado escudo,  
saca la espada famosa,  
gobierna el caballo fuerte  
nuestras banderas tremola,  
advierte a la diestra gente  
rige la gente bisoña:  
porque el capitán Perseo  
viene de la corte agora,

donde vió que contra mi  
Rosimunda un campo forma;  
Dos mil caballos le cercan  
a cuyos dueños adornan  
blancas y lucidas armas,  
desde la planta a la gola.  
Seis mil infantes bretones  
siguen con galas vistosas  
sesenta banderas blancas,  
que atraviesan cruces rojas.  
General está nombrado;  
¿pero a quién pensáis que nombra?  
Al mismo que ha perseguido  
de Claridoro celosa.  
Ya al español Marcelo,  
de españoles gloria y honra,  
el bastón le dió y los brazos;  
querrá le dar la corona.  
¡Al arma, al arma, Aurelino!  
Salgan las lucidas tropas  
de nuestra gente a su encuentro;  
las cajas los parches rompan.  
Suene por el viento el bronce (1);  
las banderas victoriosas,  
como velas de navíos  
hagan en los aires ondas;  
relinchen nuestros caballos,  
y baste su furia sola  
a que las espaldas vuelvan.

AURELIN. A justa empresa me exhortas,  
a noble hazaña me llamas,  
a ilustre fama provocas,  
Ya me conoce Marcelo;  
Marcelo sabe mis obras,  
y que sé yo castigar  
arrogancias españolas.  
¡Animo, nuevo Alejandro!  
¡Animo, Clavela hermosa!;  
salgámosles al encuentro.

CLAVELA. Si tú las banderas tomas,  
no dudo, fuerte Aurelino,  
que en las murallas las pongas.

ALEJAN. Juntemos la gente.

AURELIN. ¡Vamos!

(*Tocan al arma.*)

CLAVELA. Tuya será la victoria;  
¡ay, Marcelo!, que me llevas  
de tus venturas celosa.

(1) Texto: "suene por el bronce el viento".



¿Quien duda que Rosimunda  
ya te quiere bien y adora,  
y que, Claridoro muerto,  
te entregará la corona?  
Mas yo tomaré las armas,  
y le quitaré la gloria,  
que no hay furia como celos  
ni ofensa como en la honra.

(*l'anse.*)

(*Tocan cajas. Entra CHACÓN.*)

CHACÓN. ¡Esto sólo nos faltaba  
en tantas persecuciones!  
No ha una hora que preso estaba,  
y ya le entrega escuadrones  
y su fuerte brazo alaba.

Allí le sentencia a muerte,  
y aquí le entrega las llaves  
de lo más seguro y fuerte;  
hierros y desdenes graves  
en honra y amor convierte.

¡Oh, mudanzas de mujer!  
Crecientes olas del mar,  
veletas de parecer,  
tornasoles del pesar  
en la mitad del placer.

¿Pero quién me mete a mí  
en sus bajíos y escollos?  
Las altas vivan en sí,  
yo castigaré mis tollos,  
si se burlaren de mí.

Aquí dijo que viniese  
antes que la alba saliese,  
porque menester me había.  
Parece que rompe el día,  
aunque a la noche le pese;  
muy altas van las Cabrillas,  
aunque soy poco estrellero;  
ya con nuevas maravillas  
muestra la aurora al lucero (1)  
las encarnadas mejillas.

Todo se va declarando;  
pero una pequeña puerta  
oigo abrir. ¿Estoy soñando?

(*Salen MARCELO y ROSIMUNDA.*)

Mi amo es, y, entreabierta,  
está con la reina hablando.

¡Ah borracho! ¿En que se ha  
Aquí nos ha de matar. [puesto?

MARCELO. ¡Que amaneciese tan presto!

ROSIMUN. Debí el alba de envidiar  
la gloria en que amor me ha puesto.

MARCELO. Antes, señora, la mía,  
y competencia sería  
que tiene conmigo el sol.

ROSIMUN. ¡Ay, mi adorado español!  
¡Nunca amaneciera el día!

CHACÓN. ¡Cómo que no amaneciera!  
Casamiento hay, ¡vive Dios!

MARCELO. ¡Quién, mi señora, pudiera  
por no apartarse de vos  
cerrar el sol en su esfera!

CHACÓN. ¡Oh, mentecato atezado!  
¿El sol querría cerrar,  
habiéndole Dios mandado  
que alumbrase al mundo?

ROSIMUN. El pensar  
tu ausencia me da cuidado.

MARCELO. Mira, señora, que es tarde (2),  
y he de partir con la gente,  
de quien hice ayer alarde.

ROSIMUN. Moriré, Marcelo ausente.

MARCELO. ¡El cielo, mi bien, te guarde!

ROSIMUN. ¡Ay, Dios! Un hombre está allí;  
¿pues cómo? ¿Gente has traído  
que aquesto entienda de mí?

MARCELO. Chacón, mi señora, ha sido,  
que viene a buscarme aquí.

ROSIMUN. ¿De qué suerte?

MARCELO. Su afición  
le obliga.

ROSIMUN. Pues no es razón,  
que aquesto haya visto y viva;  
mi honor y secreto estriba  
en que des muerte a Chacón.

MARCELO. Mira que es hombre de bien.

ROSIMUN. Marcelo, no hay que tratar;  
haré que muerte le den.

MARCELO. Pues yo le sabré matar,  
y a mí, si quieres, también.

ROSIMUN. Muera luego, ¡adiós!

MARCELO. ¡Adiós!  
Enojada se ha partido.

ROSIMUN. Esto es sólo para vos

(*l'ase.*)

MARCELO. ¿Habrás por dicha entendido  
que es concierto entre los dos?

(1) Texto: "la aurora el lucero".

(2) Texto: "que es ya tarde".

¿Quién va?  
 CHACÓN. Tu lacayo va.  
 MARCELO. El diablo te trujo aquí.  
 CHACÓN. ¿Por qué?  
 MARCELO. Porque vienes ya  
 sentenciado a muerte.  
 CHACÓN. Así  
 alguna joya se da.  
 MARCELO. Vió la Princesa, Chacón,  
 que viste que yo salía  
 de palacio; en conclusion  
 en que te mate porfia.  
 CHACÓN. Cosas de los diablos son.  
 ¿No me mandaste venir?  
 MARCELO. No tan cerca, majadero,  
 que vices la puerta abrir.  
 CHACÓN. Yo vine sólo al terrero.  
 MARCELO. Entierro puedes decir.  
 CHACÓN. ¿Hablas, de veras, señor?  
 MARCELO. Dice que en este secreto  
 estriba todo su honor.  
 CHACÓN. Bien me pagas, te prometo,  
 servicios con tanto amor.  
 Mas será burla.  
 MARCELO. Si fuera  
 burla, no te declarara  
 que es mi esposa, y si dijera  
 que me quiere, no importara,  
 pues te he de matar.  
 CHACÓN. ¿Espera!  
 (*Híncase de rodillas.*)  
 Que ¡vive Dios!, que lo tratas  
 como si fuese chacota.  
 MARCELO. ¡Vuélvete a Dios!  
 CHACÓN. ¿Ya me matas?  
 MARCELO. ¿Qué imagen tienes devota?  
 CHACÓN. Detén las manos ingratas,  
 y una industria te daré,  
 que remedie sin matarme,  
 lo que sin mi culpa fué.  
 MARCELO. Rosimunda ha de mirarme:  
 ¿cómo excusarlo podré?  
 CHACÓN. Ya sé que estará acechando;  
 finge cortarme la lengua,  
 que mal podré yo no hablando  
 decir lo que tiene a mengua.  
 MARCELO. ¿Y has de estar siempre callando?  
 CHACÓN. Sólo contigo hablaré;  
 con los demás seré mudo.  
 MARCELO. ¿Daca la lengua!

CHACÓN. No se  
 si te la fie, que dudo  
 que nunca más la verá.  
 MARCELO. ¡Muestra, necio!  
 CHACÓN. Jura.  
 MARCELO. Jura.  
 CHACÓN. ¿A quién?  
 MARCELO. Por el Rey de España.  
 CHACÓN. ¿Cierto?  
 MARCELO. Muestra.  
 CHACÓN. Ya procuro  
 sacarla.  
 MARCELO. El tardar me daña.  
 CHACÓN. Y a mí el no estar muy seguro.  
 Vesla aquí.  
 MARCELO. Bastante está:  
 haré que la corte ya,  
 por si la Princesa mira.  
 CHACÓN. Ba, ba, ba.  
 MARCELO. ¡Llora, suspira!  
 CHACÓN. ¡Señor!  
 MARCELO. ¿Hablas?  
 CHACÓN. Ba, ba, ba.  
 (*Vanse.*)

(*Sale el DUQUE DE BORGOÑA; él traiga bastón de General con gente.*)

DUQUE.  
 Rendid esas banderas a los muros;  
 que yo vengo de paz.  
 SOLDADO 1.º  
 Ya están rendidas,  
 y la ciudad conoce tus banderas.

DUQUE.  
 Sabiendo el mal estado que tenía  
 la salud de mi yerno Claridoro,  
 y el peligro forzoso de mi hija,  
 vine a poner defensa a su persona.

SOLDADO 2.º  
 Los soldados que ya la ciudad tiene  
 hacen salva a los tuyos.

DUQUE.  
 Gente sale,  
 que el capitán que le encubre (*sic*) acompaña.

(*Entran ESTACIO y un CAPITÁN.*)

ESTACIO.  
 Rosimunda, tu hija y mi señora,

excelso Duque, a recibir me envía  
a tu excelencia con algunos nobles,  
y no viene en persona, ni te muestra  
de tu venida el justo regocijo  
en fiestas que el contento manifiesten,  
porque hoy al alba ha dado a Claridoro  
un accidente, con que ya en sus brazos  
habrá rendida el alma cuando llegues.

DUQUE.

Bastante es la disculpa. Sabe el cielo  
lo que me pesa, aunque por otra parte  
me huelgo hallarme (1) en ocasión tan triste,  
y de tanta importancia a Rosimunda.

ESTACIO.

Por heredera de Bretaña queda;  
pero tienen Clavela y Alejandro  
cuatro fuerzas del reino, y, fuera desto,  
tanta copia de gente, que hoy nos dicen  
quieren ponerla a vista destos muros.  
Mas ya sale a buscarle y detenerle  
el más gallardo joven que ha nacido  
en los famosos límites de España:  
a quien dió ayer el título de Duque,  
del reino el sello, y el bastón que digo.

DUQUE.

Vaya en buena hora, y quedará contento,  
a guardar la ciudad y su persona.  
¡Toca a marchar!

ESTACIO.

Por una puerta sale

(*Toca a marchar.*)

Marcelo con su gente, y tú por otra  
entras con la famosa tuya.

DUQUE.

El cielo  
le dé vitoria al español Marcelo.

(*Entranse.*)

(*Salen PERSEO y AURELINO.*)

PERSEO. Si se hubiera de mirar  
merrecimientos, o fuera,  
Aurelino, el que debiera (2)  
lo que pretendas gozar...  
Y pues te precias de ser  
tan discreto y entendido,

(1) Texto: "Me huelgo en hallarme".

(2) Texto: "dixera", corregido ya de antiguo.

agradece el ser marido  
de tan discreta mujer,  
o deja la pretensión  
del reino, que es arrogancia,  
que estará poca distancia  
de tu engaño y perdición.

No seas Luzbel tan loco,  
que te derribe del cielo,  
o con su espada Marcelo,  
o yo con tenerte en poco,  
que si no te doy favor  
subido habrás por tu mal.

AURELIN. Sabes que soy general.

PERSEO. Sé de Alejandro el temor;  
porque si él valor tuviera,  
¿qué necesidad tenía  
de darte a quien ser debía  
de un rey que la mereciera?

Pero tras ser lo que sabes  
vínole el cobarde bien.

AURELIN. ¿Sabes que soy yo con quien  
tratas de cosas tan graves?

¿Sabes que el darme a Clavela  
de mis méritos nació?

PERSEO. Sé que su hermana te dió  
por tu lisonja o cautela,  
y que si más que gozalla  
pretendes, estoy yo aquí,  
que pretendo el reino.

AURELIN. Di.

Si el ver que mi lengua calla,  
por la ocasión en que estoy,  
¿no te da conocimiento  
de que tengo entendimiento  
y que mayor que tú soy?

¿A qué quieres remitir  
tu intención tan mal guiada?

PERSEO. A esta mano y a esta espada;  
a darte muerte, o morir.

AURELIN. ¡Muera el villano arrogante!  
Que es mucha vergüenza mía  
sufrir su descortesía.

PERSEO. Defenderte es importante;  
pero de palabra no.

(*Sale el DUQUE ALEJANDRO, con bastón, y se pone en medio.*)

ALEJAN. ¿A este tiempo, caballeros?  
¡Basta! ¡Quedo! ¡Menos fieros,  
que estoy de por medio yo!

PERSEO. Si no lo estuvieras...

AURELIN. Bien,  
porque te fuera muy mal.  
ALEJAN. ¿Qué es aquesto, general?  
PERSEO. Yo te lo diré también.  
AURELIN. ¿No tengo yo lengua?  
PERSEO. Sí,  
que es propio a quien faltan manos.  
AURELIN. Y ser libres los villanos  
cuando hay gente, como aquí.  
ALEJAN. ¡Basta ya!  
AURELIN. Tiene intención,  
Perseo, de hacerse Rey.  
ALEJAN. ¿Por qué derecho? ¿Qué ley?  
¿con qué acción, causa y razón?  
PERSEO. Si tú eres tal que le obligas  
a que él también lo pretenda,  
¿qué mucho que yo defienda  
que él lo haga y tú lo digas?  
ALEJAN. Ya me toca defender  
mi parte contra los dos.  
Traidores sois.  
AURELIN. ¿Yo?  
ALEJAN. ¡Por Dios,  
que lo sois, o queréis ser!  
PERSEO. Yo he sido siempre leal.  
AURELIN. Tú sabes si yo lo he sido.

(Entra CLAVELA.)

ALEJAN. Trompetas oigo.  
CLAVELA. Ha venido  
el español General  
con la más bizarra gente  
que el Asia en sus campos vió,  
cuando Alejandro pasó  
en la conquista de Oriente.  
Muy bien hacéis de tener  
desnudas vuestras espadas,  
porque faltará, envainadas,  
lugar de poderlo hacer.  
Vienen dando al viento plumas  
desde las celadas francas,  
que coloradas y blancas  
parecen sangre y espumas.  
Tienden banderas en él  
con mil cifras y mil galas,  
que parecen que son alas  
para que vuelen con él.  
Ya los caballos isleños,  
que de mil bandas coronan,  
en los relinchos pregonan  
la arrogancia de sus dueños.

Todos vienen amenazando (*sic*)  
castigo, muerte o ruína.

ALEJAN. ¡Pues toca al arma!  
PERSEO. Camina,  
que esto era estarme ensayando.  
AURELIN. Agora veréis si he sido  
quien sabe decir y hacer.  
CLAVELA. ¿Qué puede bien suceder  
a un imperio dividido?

(*Vanse.*)

(*Salen MARCELO y soldados.*)

MARCELO.

Tengo a ventura que tan mal se lleven.

LISARDO.

Como sustentan cosa tan injusta  
no es mucho que la paz a los tres falte.

MARCELO.

¿Qué pretende Aurelino?

FIDORO.

Estos estados,  
y por mujer la desleal Clavela.

MARCELO.

¿Pues Perseo qué quiere?

LISARDO.

Como ha visto  
el corazón cobarde de Alejandro,  
también quiere a Clavela, y juntamente  
la corona que el Duque no merece.

FIDORO.

Ni la merece el Duque ni Clavela.

MARCELO.

Rosimunda, señores caballeros,  
es digna del laurel.

LISARDO.

Si se miraran  
los méritos no más...

MARCELO.

Hablemos claro.

LISARDO.

Digo que sólo tú la merecías.

FIDORO.

Pues eso, ¿quién habrá que muerto el Príncipe  
no lo conceda?



MARCELO.

Mucho os agradezco  
la estimación de mi persona, amigos.  
De todos será el reino, ¿mas qué hacemos  
si se nos van agora de las manos  
estos cuatro villanos pretensores?

LISARDO.

Bien dices: que el cogerlos de improviso  
es la mitad del vencimiento.

MARCELO.

¡Al arma!

*(Tocan cajas.)*

FIDORO.

¡Viva Marcelo!

MARCELO.

¡Rosimunda, amigos!

LISARDO.

No conocemos otro Rey.

FIDORO.

¡El cielo

guarde a Marcelo!

TODOS.

¡Viva!

MARCELO.

¿Quién?

TODOS.

¡Marcelo!

*(Batalla dentro, y salen huyendo los tres, de uno  
en uno.)*

ALEJAN. ¡Qué mal el nombre me viene  
de Alejandro desde hoy,  
pues tan presto huyendo voy  
de quien menos fuerzas tiene!

Fiéme de infames pechos;  
pero no es bien que me asombre,  
que me quitasen el nombre,  
pues no lo soy en los hechos.

PERSEO. Dura enemiga fortuna,  
¿de qué sirvió levantarme?  
¿Ah, qué presto derribarme?  
¡Oh, qué mudanza importuna!  
¡Qué villano proceder  
tíene con nuestra esperanza!  
¡Qué fácil es tu mudanza!  
¡Bien te llamaron mujer!

AURELIN. En la primera ocasión

tan mal sucedo, ¿qué es esto?  
Sin ofensa ha descompuesto  
Marcelo tanto escuadrón.

ALEJAN. ¡Oh, fieras guerras civiles!  
Aurelino, ¿qué remedio?

AURELIN. ¡Alejandro, tierra en medio,  
y no ser despojos viles  
del triunfo de un español!

PERSEO. En el fuerte nos haremos  
fuertes.

*(.Il arma.)*

ALEJAN.

Camina y entremos  
antes que se ponga el sol,  
pues se ha puesto para mí  
el de mi esperada gloria.

*(Entrense.)*

DENTRO. ¡Viva Marcelo! ¡Vitoria!

*(Sale MARCELO acuchillando a CLAVELA.)*

MARCELO. ¡Ríndete, cruel!

CLAVELA. ¿Yo a ti?

MARCELO. ¿Pues no tengo yo valor?

CLAVELA. Solías cuando tenías  
amor.

MARCELO. Tú también solías  
tenerme, Clavela, amor.

CLAVELA. Yo te olvidé justamente.

MARCELO. Mientes, que sin causa fué,  
pues yo lealtad te guardé  
hasta la infamia presente.

CLAVELA. ¿No te casaste?

MARCELO. ¿Con quién?

CLAVELA. Con Teodora.

MARCELO. Esa ocasión  
fué prueba de mi afición  
y culpa de tu desdén.

Ya es tarde para abonarte:  
presa has de volver.

CLAVELA. No creas  
que a los pies de quien deseas  
serás a ponerme parte.

Otra Cleopatra seré:

*(.Ase la arma.) (1)*

no has de triunfar de Clavela.

MARCELO. No te faltará cautela:  
pero yo te guardaré.

(1) Esta acotación la añade de letra manuscrita.

(Sale CHACÓN, acuchillando dos o tres soldados.)

CHACÓN.

¡Perros! ¡Viva Marcelo de Beamonte,  
español de la casa de Guevara!

MARCELO.

¡Chacón, tú hablas?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¿Qué es esto?

¿Así cumples conmigo la palabra?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¡Vive Dios!, que si no fueran  
tus servicios tan grandes, que sospecho,  
que te quitara la vida.

CHACÓN.

Advierte,

que un hombre tirando a todas partes  
y con la mucha cólera no puede  
dejar de hablar.

MARCELO.

¡Traidor!

CHACÓN.

Ba, ba, ba, ba.

MARCELO.

¿No ves que está mi honor en lo que hablas?

CHACÓN.

No hablaré más palabra, ¡vive Cristo!

MARCELO.

¿Otra vez?

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

Mal sin remedio.

Clavela, ir tienes a la corte presa.  
que pues por Aurelino me dejaste,  
y con él te has casado por tu gusto,  
de toda obligación exento quedo.

CLAVELA.

Seguiré tu ventura y mi desdicha.

MARCELO.

Tú, Chacón, ve a su lado, y no la pierdas

de vista un punto.

CHACÓN.

Haré lo que mandas.

MARCELO.

¿Vuelves a hablar, traidor?

CHACÓN.

Ba, ba.

MARCELO.

Camina.

CHACÓN.

Vaya vuesa merced.

MARCELO.

¡Terrible empresa!

CHACÓN.

Ba, ba, ba.

MARCELO.

¿Qué le dices?

CHACÓN.

Que va presa.

(Salen el DUQUE DE BORGOÑA, ROSIMUNDA, ESTACIO  
y TEODORA.)

DUQUE.

En ocasión semejante  
sea ayuda, o sea consejo,  
no parece mal un viejo,  
y es un soldado importante.

No te aflija haber perdido  
a Claridoro, tu esposo,  
que un padre aun es provechoso  
a ser en parte marido.

Tu desdicha conocí,  
y así, con presteza extraña,  
puse mi gente en Bretaña  
y estoy a tu lado aquí.

Tú quedas por heredera,  
y no tan sola, que alguno  
te pueda ser importuno,  
como estándolo pudiera.

Dios dé vitoria a Marcelo:  
quedarás sin enemigos.

ROSIMUN.

Yo espero justos castigos,  
y justo premio a su celo.

Acabo de recibir  
para él cartas de España  
de una cosa extraña.

DUQUE.

¿Extraña?

ROSIMUN.

Sí, porque las quise abrir.

DUQUE.

Si es contra ti, remedieemos

cualquier daño.

ROSIMUN. No, señor,  
antes aumenta el valor  
del vasallo que tenemos.  
Llámanle porque ha heredado  
el condado de Lerín.

DUQUE. ¿Que es noble?

ROSIMUN. Es Beaumont, en fin,  
y es Lerín un grande estado.

DUQUE. Pues, hija, en vuestra afición  
como soy viejo he leído,  
que es bueno para marido  
Marcelo en esta ocasión.

Mirad lo que os dice el alma,  
y lo que queréis decir.  
Lo salgo yo a recibir.

TEODORA. Y es más llano que la palma.

Bien puede vuesa excelencia  
tenerse por adevino;  
no pienso que es desatino (1),  
pues que mostró su prudencia.

(Sale LISARDO.)

LISARDO.

Pensé llegar apenas vivo a verte.

ROSIMUNDA.

¿Perdióse nuestra gente?

LISARDO.

No es perdida;  
pero perdióse la lealtad jurada,  
y el traidor español.

ROSIMUNDA.

Lisardo, tente.

¿Marcelo fué traidor?

LISARDO.

Venció Marcelo  
a todos los rebeldes, pero al punto  
que vitorioso se miró, se hizo  
coronar del ejercito contento  
por Príncipe...

ROSIMUNDA.

¿Qué dices?

LISARDO.

...de Bretaña;

y para asegurar lo que pretende  
con el sello del reino que le diste

ha despachado a todos los condados  
cartas y provisiones, y sospecho,  
que a estas horas será señor de todo.

DUQUE.

¿Es este español que me alababas?

ROSIMUNDA.

¡Ay, Teodora!, ¿qué es esto?

TEODORA.

No lo entiendo:  
no en balde te pidió aquellas tres cosas;  
es hombre, hase vengado, que le has hecho  
padecer y sufrir cosas injustas.

ROSIMUNDA.

¡Ay! ¿Qué poco sabemos las mujeres!  
Fiéle el sello, y para ti, Teodora,  
fiéle más.

LISARDO.

Muy lindo lance echaste.

ROSIMUNDA.

¿Pues quién no se engañara en (1) tantas prue-  
¡Triste de mí! ¡Perdida soy! [bas?

LISARDO.

¡Detente!

No hagas sentimiento, que no es justo;  
porque me dijo que si en él te viese,  
te dijese verdad. Marcelo viene  
para rendirte la corona y gloria  
del reino, de sí mismo, y su vitoria.

(Salen ALEJANDRO, PERSEO, AURELINO y FIDORO, CHA-  
CÓN y MARCELO, coronado de laurel, con su bastón.)

MARCELO. Este laurel, Rosimunda,  
sólo de tus pies es digno,  
que, aunque vengo vencedor,  
soy de tu valor vencido.  
Recibe aquestos despojos,  
ves aquí tres enemigos,  
y ves aquí la lealtad,  
que en tantas pruebas has visto.  
Tomar pudiera venganza  
de tu crueldad por los filos,  
mas soy Guevara y Beaumont,  
y tú la luz por quien vivo.  
Dadme vos también los pies,  
Duque de Borgoña invicto,  
y perdonad que primero

(1) Texto: "y no pienso que es destino".

(1) Texto: "con".

no os rindiese estos cautivos.  
El Príncipe, mi señor,  
que Dios tiene, causa ha sido  
de no haber solenizado  
mejor mi humilde servicio.  
De Navarra (1), patria mía,  
soy llamado, y como a hijo.  
Vuelvo a España, si me dais  
licencia.

DUQUE. Si lo sois mío,  
mal podréis dejar, Marcelo,  
la prenda que vuestra ha sido  
antes de ver el valor,  
que de todo el mundo es digno.  
Príncipe sois de Bretaña,  
de Rosimunda marido;  
dadle la mano y los brazos.

MARCELO. ¿Que tanta merced recibo  
de los piadosos cielos?

ROSIMUN. ¡Vuestra soy, Marcelo mío!

MARCELO. Haced, señora, inmercedes,  
dad libertad a cautivos.  
Que es costumbre de los reyes  
para mostrar regocijo.

ROSIMUN. Todos tengan libertad:

goce a Clavela, Aurelino,  
y Alejandro de Teodora.

CHACÓN. Ba, ba, ba.

ROSIMUN. ¿Qué es eso, amigo?

MARCELO. Chacón, señora, a quien yo  
porque me vió, cuando vino  
a buscarme a tu jardín,  
estando hablando contigo,  
corté, como ves, la lengua.

ROSIMUN. ¡Oh, mal haya el honor mío!  
¡Tal pesar en tal placer!  
¡Tal castigo sin delito!  
¿No hubiera remedio alguno?  
¿Los médicos no han sabido  
hierba o piedra que le dé  
lengua, en tantos aforismos?

MARCELO. ¿Qué dieras?

ROSIMUN. Diez mil ducados.

MARCELO. Esos por Chacón te pido.  
¡Habla, Chacón!

CHACÓN. Ba, ba, ba.

MARCELO. Que tú se lo mandes dijo.

ROSIMUN. Habla Chacón.

CHACÓN. Aquí estoy,  
gran Princesa, a tu servicio.

MARCELO. Y aquí, señores, acaba  
*El silencio agradecido.*

(1) Texto: "Narona".



# EL SOLDADO AMANTE

COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A LA

SEÑORA DOÑA ANA DE TAPIA

Hija del Señor Pedro de Tapia, del Consejo supremo de su Majestad.

¿Qué culpa tengo yo deste atrevimiento, si me están solicitando por una parte tantas obligaciones, y por otra tantas virtudes y excelencias, títulos que no me podrá nadie reprehender, si ha sido tan dichoso que haya visto y conocido a v. m.? Había yo determinado que este ofrecimiento fuese una grande obra para que con más ocasión, si mía puede ser, los pudiese celebrar ese divino entendimiento, y sucedeme ahora con esta pequeña fábula, lo que al labrador que, muriéndosele aquel ave que crió para Alejandro, le presentó las plumas. No sé si seré tan dichoso que alcance el mismo premio. Una de las razones que dieron principio a la invención de la Retórica, fué el poder con artificio darse a entender más eficazmente y persuadir con breves palabras las cosas que pedían dilatadas máquinas, así se hallaron las dubitaciones, las reticencias y otras varias figuras, y con decir, como es posible que yo diga, las excelentes gracias de tan peregrino sujeto, su hermosura, su donaire, su despejo, su claro juicio, su heroica sangre, ilustre ascendencia, han dicho sin decirlo lo que quisieron significar, deteniéndose, que no pudieran por ventura dilatándose. Quien quisiere ver una perfecta dama, no busque mayor ejemplo, pues en v. m. ha cifrado el cielo, la naturaleza y la fortuna todas sus dotes, tanto que pudiera decir ahora nuestro poeta español, como entonces por doña María de Cardona:

*Décima moradora del Parnaso.*

Y más adelante:

*Sujeto digno de inmortal corona.*

Las tres Gracias, que con v. m. hicieron el número igual se la pongan en la frente de verde laurel, rosas y jazmines; que yo con mi ignorancia sólo me atrevo a ofrecer estas plumas del ave que criaban mis pensamientos a devoción de su claro nombre, altas virtudes y único entendimiento. Guarde Dios a v. m.

*Su Capellán aficionadísimo.*

LOPE DE VEGA CARPIO.

REY DINACREONTE.  
El PRÍNCIPE CLARINARTE.  
SOLDADOS.  
El CONDE.  
CALIDORO, *criado*.  
La REINA.  
GINEBRA.  
PALADIO (1).  
MAMERINO (2).  
CRINO, *criado*.

BELARDO, *pastor*.  
Una GUARDA.  
PIRENA.  
Un JARDINERO.  
[CLORINDA.]  
[SELENIO.]  
[OLORIO, *soldado*.]  
[LERISO, *soldado*.]  
[LEARDO, *soldado*.]  
[Dos PAJES.]

## ACTO PRIMERO

(Sale el REY DINACREONTE y acompañamiento.)

REY.

Desde esta cuesta miraré el alarde, ya que las plantas en su hierba estampo, por el León que ahora abrasa y arde, cándida más que de la nieve el ampo, y también porque el Príncipe no aguarde con el gallardo suyo en medio el campo; que para los principios de un bisoño, es grande ardor el del estivo otoño.

Por aquí pasará la infantería, pues van por otra parte los caballos, que el planeta que agora ilustra el día, parado como yo, quiero mirallos. ¡Oh, ingrata Rodiana! A la fe mía, por malos consejeros y vasallos presto verás, pues ya mi gente embarco, con la espada al amor en vez del arco.

(1) Texto: "Eladio", pero luego se escribe casi siempre "Paladio".

(2) Texto: "Mambrinos"; después, siempre "Mambrino".

(1) A, Parte XVII, Madrid, 1622; B, Parte XVII, Madrid, 1621.

¿Tan mal te estaba, Reina, el casamiento de un rey como yo soy de Escocia y Dacia? (1)

¿Por qué te ha dado Olanda atrevimiento para querer vivir en mi desgracia?

Presto habrás de llorar tu loco intento, como he llorado yo el perder tu gracia; porque no hay más indómito enemigo, que en la venganza el riguroso amigo.

Irá mi hijo con su armada y flota, y destruirá tu desarmada Olanda, quedando por el mar deshecha y rota la infame que previenes en Gelanda.

Ya el mar sus crespas ondas alborota, y abrir sus senos mi poder le manda; mira cuánto mejor, cruel, te estaba ser mi reina y mujer, y no mi esclava!

(Sale el PRÍNCIPE CLARINARTE, con unos soldados.)

PRÍNCIPE. De alarde tan principal tendrás la satisfacción, que esa su nobleza igual; pero no será razón tenerla del General.

Gente tan vieja habrá dado gran descanso a tu cuidado, y mayor que yo le llevo, inadvertido mancebo, de ayer hombre y de hoy soldado.

Pero si el ser hijo tuyo y que tu sangre merezca arguye valor al suyo, de cuanto a ti me parezca lo que debo restituyo.

Si aquesta fuerza divina al son de Marte me inclina, ramo soy de un tronco tal que ya es en mí natural lo que en otros disciplina.

Cuanto y más que viene a ser de aquesta elección descargo que puede satisfacer, que a un mancebo des el cargo de vencer a una mujer.

Rodiana no te quiso, con mal consejo y aviso; pues no te apasionas más, que presto a Olanda verás como la tierra que piso.

REY. Aunque el paternal amor

carece en esto de ley, no deshace mi temor. que lleves sangre de un rey, sino tu propio valor.

Y es tan grande, Clarinarte, el que llevas de tu parte, y queda con mi deseo, que me parece que veo, Adonis trocado en Marte.

A no ser el padre muerto de la cruel Rodiana con quien tuve hecho concierto, no fuera en su bien liviana, ni yo de mis males cierto.

Vila cuando de casarme pasé a Holanda a concertarme; Volvíme, el concierto hecho; murió el padre, y en mi pecho vive amor para matarme.

Y muéveme [a] hacelle guerra, el saber que Ingalaterra, y que Francia la pretende: tal fuego en el alma enciende tal enemigo en la tierra.

Buena gente y armas llevas, y buen ánimo también, declarado en otras pruebas, yo sé que lo harás muy bien con sólo hacer lo que debas.

Haz de suerte que tu nombre deste mar al Indio asombre, que no es hazaña vencer la fuerza de una mujer, quien se precia de tan hombre.

PRÍNCIPE. Aunque culpen [a] Aureliano, que trajo a los fuertes ojos del vulgo y pueblo romano una mujer por despojos de aquella invencible mano,

yo no me pienso correr de traer una mujer, porque ha de ser como ensayo y trueno que anuncia el rayo, que tras él ha de caer.

Dame, señor, tu licencia: que la ardiente juventud, quiere vencer la experiencia, para mostrar la virtud de su valor en tu ausencia.

Presto verás la fortuna que no ha dejado ninguna,

(1) Texto: "Dalca"; pero ha de rimar con "acia"

a el inglés, ni al español,  
porque en su ausencia del sol,  
se muestra mujer la luna.

REY. No es la tuya luz prestada,  
sino aquella propia mía,  
de tu valor heredada.

PRÍNCIPE. Ya, señor, se alarga el día  
para tan larga jornada.

REY. Quiero, amigo Clarinarte,  
hasta el puerto acompañarte;  
que desde el puerto hasta allá,  
mi alma contigo irá.

PRÍNCIPE. Toca a marchar.

REY. Toca, y parte.

*(Vanse, y sale el Conde y Calidoro, criado.)*

CONDE. ¿Bajará al jardín, en fin?

CALIDORO. Así lo dije Criselo.

CONDE. Hoy compite con el cielo  
la tierra deste jardín;  
que viniendo sus despojos  
a pisar las flores bellas,  
las flores serán estrellas,  
y el sol y la luna sus ojos.

CALIDORO. ¡Qué mala comparación!

CONDE. En efeto, de mis males.

CALIDORO. ¡Qué ojos tan desiguales,  
si el sol y la luna son!

Ya por lo menos has hecho  
tuerta a la reina tu dama,  
y quien de tuerta la infama,  
no tiene a su amor derecho.

CONDE. Loco, si lo comparado  
fuese lo mismo, sería  
como llamar claro el día,  
y al sol obscuro nublado.

Cuanto y más que ¿quién podrá  
ver al sol tan cara a cara?  
Y así a su luz se compara,  
porque igualmente la da.

CALIDORO. ¿Pues no pretendes contar  
a la reina tu pasión,  
que es amor sin galardón  
padecer y no hablar?

Tú, señor, dentro en su casa  
tienes mejor ocasión;  
que es un secreto ladrón  
que las entrañas abrasa.

CONDE. Pues ¿quién habrá que resista  
tanto hielo y tanto fuego?

.....(1)

A Mongibelo parece,  
que entre el hielo brota llamas.

CALIDORO. Pues ¿por qué la adoras y amas?

CONDE. Por lo mucho que merece.

CALIDORO. Pues ¿quien a tantos humilla,  
no despreciará tu amor?

Dile tu pasión, señor:  
que mejor será decilla.

CONDE. Tantos reyes la pretenden,  
a fama de su valor,  
cuantos celos y temor  
mi turbado pecho encienden.

Y como soy su vasallo,  
y un pobre conde en efeto,  
adórola de secreto,  
y públicamente callo.

CALIDORO. Pues dime; ¿qué perderás  
cuando te diga de no?

CONDE. ¿Sabes lo que pierdo yo?  
Amar más y penar más.

Y si halla resistencia,  
mi dolor con solo el ver,  
¿no ves que puedo perder  
mi remedio y su presencia?

Quiero vella y contemplalla,  
pues que no la merecí.

CALIDORO. Pues pena, si es eso así,  
sufre y mira, muere y calla.

Yo soy tu criado, y creo  
que si en secreto la viera,  
aunque humilde, me atreviera  
a decirle mi deseo.

¿Puede a lo menos faltarte  
un justo agradecimiento?

CONDE. Con tu mucho atrevimiento  
me quitas el miedo en parte.

Palabra te doy, que veas  
vencer a esta fe su olvido.

CALIDORO. ¿Qué piensas que dañó a Dido,  
sino ser huésped Eneas?

¿Tú no eres de aquesta fuerza  
huésped, alcaide y señor?

Pues ¿qué te vence el temor,  
donde tanto amor te esfuerza?

CONDE. ¡Paso, amigo Calidoro!  
que la reina viene aquí.

CALIDORO. Habla, engáñate por mí.

(1) Faltan dos versos.

CONDE. Tanto temo cuanto adoro,

(Salen la REINA y GINEBRA, con dos retratos.)

RODIAÑA. Ni el inglés, ni el español.

GINEBRA. Conde, mírala; no creas  
que has de hallar lo que desees,  
si no se te humana el sol;  
que tu valor, ni tu gusto  
no pueden hallar igual.

RODIAÑA. De todos, en general,  
recibo extraño disgusto.

Quiero el español ver (1).

GINEBRA. Este es que tienes delante.

RODIAÑA. Aun pintado es arrogante.

GINEBRA. No tiene mal parecer.

RODIAÑA. Tienen éstos la braveza  
mezclada con la blandura;  
y del hombre la hermosura,  
no es más de la gentileza.

Bien mira.

GINEBRA. Quiso el pintor;  
que eso está muy en su mano.

RODIAÑA. ¿Cómo llaman a éste?

GINEBRA. Albano.

RODIAÑA. En vano, dirás mejor.

GINEBRA. ¿Qué dijeras de aquel viejo  
rey de Escocia enamorado,  
si aquel le vieras pintado  
con su edad y su consejo?

RODIAÑA. Dijera lo que ya dije.  
que es despedirle, corrida  
de ser de un viejo querida.

GINEBRA. No sólo tu amor le aflige.

Dicen que una gruesa armada  
apercebe contra tí.

RODIAÑA. Capitanes tengo aquí  
y, aunque mujer, cño espada:  
Venga; los aceros pruebe:  
que entre las nueve me llama  
a ser décima la fama,  
o última de las nueve.

Mil respetos y recatos  
hacen; ¿qué piensan de mí?

GINEBRA. Señora, el Conde está aquí.

RODIAÑA. Pues esconde los retratos.

CONDE. Ya, reina y señora mía,  
he visto lo que he de ver;  
que mal se puede esconder

el sol en sereno día;

como vos no os escondáis,  
de lo demás no hago caso,  
aunque es mi alma el ocaso,  
escondida me abrasáis.

Padezcan noches de llanto  
mis ojos, perdiendo el veros,  
cuando aqueos dos luceros  
cubran del ausencia el manto;

que en el alma que os adora  
hacéis tan hermoso oriente,  
que ni ausente, ni presente,  
podéis faltarme, señora.

¡Dichosos esos retratos  
de hombres tan venturosos,  
que a vuestros ojos hermosos  
fueron, no viviendo, ingratos!

Que con tal fuerza miráis  
milagrosa y homicida,  
que a los que mueren dais vida,  
y a los que viven, matais.

¡Y más dichoso mil veces,  
quien quiere tal libertad!

RODIAÑA. Con extraña novedad  
anoheces y amaneces.

Ni los retratos ni yo  
nos escondemos de ti (1).  
¡hola! ¡Dáselos ahí!

CONDE. No importa.

RODIAÑA. ¿Cómo que no?

Ya que de mis padres fuiste  
para mí guarda elegido,  
no es bien tenerte escondido  
lo que recelar pudiste.

Oficio de Alcaide es éste.  
Toma; dos reyes te doy;  
mira cuál quieres que hoy  
mi libertad manifieste.

CONDE. Dos reyes me das aquí:  
mal punto para ganar;  
mas, pues no son de un manjar,  
poca esperanza perdí.

Que amor puede entrar adonde  
del juego no faltan leyes,  
aunque en baraja de reyes  
no tiene figura un conde.

Que como ya te declares  
al embite que desean,  
puede ser que encuentros sean.

(1) Texto: "quiero ver el español"; pero ha de rimar el verso con "parecer".

(1) B: "escondimos de ti".



y para mi alma azares.

Que Rey con Rey es encuentro,  
y Conde con Rey azar.

RODIAÑA. ¿Luego no tienes manjar,  
si al juego con Reyes entro?

CONDE. Son mis puntos desiguales,  
señora, de tu valor;  
aunque son, si juega amor,  
todos los naipes iguales.

Y estos dos no han de ganar,  
que el uno solo ha de ser.

RODIAÑA. Entrambos han de perder;  
Reyes quiero descartar.

CONDE. Pues quien de Rey se descarta,  
¿qué esperanza a un Conde deja?

RODIAÑA. ¿De quién tienes esa queja?

CONDE. De que fui tan baja carta.

RODIAÑA. ¿Pues qué quieres tú de mí.

GINEBRA. En fin, Calidoro amigo,  
¿que ya el Conde mi enemigo  
viene a declararse?

CALIDORO. Sí;  
ya te digo que la adora.

GINEBRA. Y que ya mi fe ha deshecho.

CALIDORO. Si hay dos almas en el pecho,  
una puede darte agora;  
pero si no puso Dios  
más de una, juraré,  
que es de la Reina.

GINEBRA. Yo sé  
que al Conde le sobran dos:  
la cruel traidora (1) suya,  
y la que a mí me robó.

CALIDORO. Sola la suya le dió;  
que ya despidió la tuya.

GINEBRA. Despidala norabuena,  
aunque en mala se la dí;  
que pues no se ha vuelto a mí,  
ya debe de andar en pena.  
¡Ah traidor! ¡Ah falso amante!  
¡Ah cruel conde enemigo!

RODIAÑA. Bien merecieras castigo  
a tu culpa semejante:  
¿Estás loco?

CONDE. Si el amor  
mata el alma exteriormente  
del sentido que no siente,  
no puede llamarse error.  
Si tu hermosura me ha muerto,

ella misma me disculpa,  
y mira que es mayor culpa  
castigar mi desconcierto;  
que no amarte era desprecio,  
habiendo tus ojos visto,  
y si humilde los conquistó,  
merezo su gloria en precio:  
porque tal atrevimiento  
en semejantes combates  
descubre bien los quilates  
del oro del pensamiento.

RODIAÑA. No soy yo, Conde, de aquellas,  
que por ganar fama y nombre,  
hacen los ejemplos de hombre.  
que pierde el seso por ellas.

Pues toda su castidad (1)  
fue porque no les agrada,  
porque no hay puerta cerrada,  
si llama la voluntad.

No quiero yo, si me quieres,  
castigar tu pretensión;  
que eres hombre, y hombres son  
los que han de amar las mujeres.

Pero advierte que me quieras  
sin volvérmelo a decir  
que una vez podré sufrir  
lo que en mi honor vituperas.

Que soy mujer y diamante,  
pues tanto Reyes desprecio.

CONDE. Yo, señora, callaré  
como desigual amante.

Y será justo que calle,  
pues satisfecho me dejas;  
que no moverán mis quejas  
a quien no mueve mi talle.

¡Extraño y duro silencio!  
Mas no gemiré a mis males,  
pues ya de los animales  
sin lengua, no diferencio.

Quien te merece, te goce;  
que yo, triste, lloraré  
mi mal empleada fe.

RODIAÑA. (Mal el Conde me conoce).  
Ni me hables, ni me ruegues  
sobre casos semejantes.

(Sale PALADIO.)

PALADIO. Nunca en casos importantes  
a nadie la puerta niegues.

(1) A: "crueldad traidora".

(1) A: "cantidad".

¿Dónde está la Reina?

Aquí.

GINEBRA.

RODIAA. ¡Oh, Capitán!

PALADIO.

¡Oh señora!

¿Cuando toda Holanda llora,  
tal descuido reina en ti?

¿Eres, por dicha, Nerón  
cuando Roma se abrasaba?

RODIAA.

Declárate, pues, acaba.

¿Qué nuevas traes?

PALADIO.

¡Tristes son!

Sabrás, poderosa Infanta,  
cuya vida guarde el cielo,  
que por esa mar de Tile,  
cerca del que cubre el hielo,  
centinelas y atalayas,  
una armada han descubierto.  
cien velas dice que trae,  
artilladas todas ciento,  
de cañones y esmeriles,  
de culebrinas y bresos.  
Sobre la cabeza ilustre  
los faroles descubrieron,  
poblados de gente noble,  
que no de soldados nuevos.  
En la General de todas  
viene un famoso mancebo,  
a quien obedece el mar  
y favorecen los vientos.  
Sobre la cabeza ilustre,  
digna del árbol de Febo,  
un yelmo muestra, que al sol  
le sirve de claro espejo;  
por debajo de la barba  
le ceñía un listón negro  
que sobre la gola cae,  
al fuerte y dorado peto.  
ceñida una rica espada  
que sangre tiene por precio;  
con un bastón en la mano,  
a quien se humilla Proteo.  
Desde la gavia a la banda  
de tafetanes y lienzos,  
mil gallardetes pintados  
vienen trebolando (1) al viento;  
no hay trinquete, ni mesana,  
que no esté cubierta dellos  
con una cifra notable,  
bordada en color de celos:

un fiero león furioso,  
de su corona soberbio,  
de hambrientos ojos y boca,  
alto y verdejoso el cuello,  
a una tierna corderilla  
viene desgarrando el pecho  
porque la trae con las uñas,  
presa humilde a un león tan fiero,  
y entre la sangre que corre,  
brufie de oro sobre negro,  
unas letras esculpidas,  
de su arrogancia concepo:  
"Escocia", dice el león,  
sobre el erizado cerro,  
y "Olanda", la corderilla,  
en medio del pecho fiero.  
Con una salva famosa  
han dado gracias al puerto,  
donde quieren ya surgir  
dando a las ondas los remos  
del Aqueronte furioso  
de tu desdén y desprecio.  
Contra ti su hijo envía,  
pregonando sangre y fuego:  
¡Al arma!, reina gallarda,  
hija de tales abuelos,  
que en estas pequeñas islas  
hicieron famosos hechos;  
porque viene pregonando  
el escocés, y no menos,  
de que has de ser su cautiva,  
y te ha de quitar el reino.

RODIAA.

¿Que viene tan arrogante  
el hijo de aqueso loco?

PALADIO.

Todo el mundo tiene en poco  
que se le ponga delante.

RODIAA.

¿No pudiste resistir  
de nuestro puerto la entrada?

PALADIO.

Fué junto en la fuerte armada  
desembarcar y batir.

Ya tienen tomado el paso.  
dame gente, y detendrélos.

RODIAA.

¡Oh, buen Paladio! Los cielos,  
que de cólera me abraso,  
denme mis armas al punto,  
mi peto, gola y celada,  
que yo detendré esa armada,  
y a todo el infierno junto.

¿Sabe aqueso vejezuelo,  
esc escocés arrogante,  
que puedo yo, como Atlante,

(1) Por "tremolando".

tener en hombros el cielo?

¿Sabe que soy Rodiana,  
hija de Marte y Belona,  
legítima mi corona,  
y no por fuerza tirana?

¿Por qué se pinta león,  
y a mi tierra corderilla,  
como ilaca mujercilla,  
siendo hombre en el corazón?

Conde, advertid esta traza;  
pintad luego en mi bandera  
que a un león una cordera  
con su boca despedaza.

Poned al león rendido,  
y a la cordera, famosa:  
"Rodiana, vitoriosa;  
Dinacreonte (1), vencido."

Y mientras como varón  
me pongo el traje decente,  
prevenid de buena gente  
un grueso y fuerte escuadrón;  
que quiero salir y hacer  
que el de Escocia venga atrás.  
Ven, Ginebra, y me darás  
las armas que he menester.

(*Vanse.*)

CONDE. ¡Gran furor!

PALADIO. Es valerosa.

CONDE. Suspenso estoy.

PALADIO. Yo turbado.

CONDE. ¿Que, en fin ha desembarcado?  
Con arrogancia espantosa.

Dos mil hombres tiene en tierra,  
que pasean por la playa.

CONDE. Pues, ¿quién duda que más haya?

PALADIO. Habrá treinta mil de guerra.

CONDE. Pues, Paladio, desafortuna  
defendamos la ciudad,  
que en tanta riguridad  
será cautiverio o muerte.

Que nos volará una mina  
mientras se toca, y se peina.

PALADIO. Pues vamos a hablar la Reina;  
veamos qué determina.

(*Íase.*)

(*Sale el PRÍNCIPE y MAMBRINOS, y soldados.*)

CLARIN. ¿Qué? ¿Se pone en resistencia

ese pequeño lugar?

MAMBR. Querrá probar su violencia,  
aunque ya se empieza a dar.

Sino que el Alcayde loco,  
tiene tu poder en poco,  
retraído en su castillo.

CLARIN. Pues abrámosle un portillo.  
Toca al arma.

MAMBR. Espera un poco.

CLARIN. ¿No es esta aquella famosa  
huerta y casa de placer  
desta mi enemiga hermosa?

MAMBR. A quien más ha de encender  
a tu soldadesca ociosa.

Es en verano esta casa  
con un pedazo de monte,  
donde la Reina le pasa,  
cuando el padre de Factonte  
el llano encendido abrasa.

Hay muy ricas colgaduras  
de inestimable valor,  
varios lienzos y pinturas;  
finalmente, el que la aguarda (1).

De la presa temeroso,  
de rendirse se acobarda.

CLARIN. ¡Es encuentro milagroso!  
¿Puede mejor combatirse,  
para mi gente gallarda?

Con eso pienso animallos,  
y no sólo aquí llevarlos,  
pero entre el indio y Bramagno,  
como otro Alejandro Magno,  
pasar armas y caballos.

MAMBR. ¿Por adónde ha de batirse?

CLARIN. Por esto bajo a lo alto;  
que mal podrá resistirse,  
de gente y de fe tan falto.

MAMBR. Pues bátase desta banda,  
como tu Alteza lo manda;  
que más breve se negocia,  
¡Soldados! ¡Escocia, Escocia!

CLARIN. Ninguno responda ¡Olanda!

(*Dase la batería, y sale un SOLDADO con unas ropas.*)

SOLDADO.

Por lo que sucediere llevo aquesto.

CLARINARTE.

¿Qué es eso, buen soldado? ¿Hanse rendido?

(1) A: "Y Naeronte".

(1) Pasaje truncado.

SOLDADO.

¡Oh, poderoso y fuerte Clarinarte!  
¿Quién ha de resistir a tu grandeza?  
Lleva entre Scitas tus soldados fieros,  
que no entre estas mujeres desarmadas.  
Batióse el muro deste castillejo  
y a la primera bala abrióse el muro,  
y entraron tus soldados sin defensa,  
y sea buen testigo del estrago  
aquestas colgaduras y estas ropas.

CLARINARTE.

Otras tantas te mando por albricias.  
Ve, guárdalas, y vuelve.

SOLDADO.

El cielo guarde  
desos ilustres años gloria y honra  
de Escocia: es poco, y de la tierra menos.

*(Vase el SOLDADO y salen otros con cierta plata.)*

SOLDADO 1.º

Suelte la plata, digo.

SOLDADO 3.º

¿Cómo suelte?

Primero aquesta vida suelte el alma.

SOLDADO 2.º

Pues partamos.

SOLDADO 2.º

¿Partir? Con esta daga.

CLARINARTE.

Soldados, ¿qué es aquesto?

SOLDADO 2.º

Aquí es un poco.

PRÍNCIPE.

Partid como buenos esa presa,  
pues sois de una nación y sois amigos.  
Todo es de todos.

SOLDADO 3.º

¡Vamos y partamos!

Agradeceldo al Príncipe.

SOLDADO 2.º

No quiero,  
como quien soy, y al filo desta espada.

*(Vanse, y salen otros dos SOLDADOS con una MUJER.)*

SOLDADO 4.º

Pues no puede partirse, échense a suertes.

CLORINDA.

¡Miseria yo, que a suertes he venido!

SOLDADO 5.º

Los dados traigo a punto.

SOLDADO 4.º

Muestra.

SOLDADO 5.º

Juego.

PRÍNCIPE.

¿Tiempo es aqueste de jugar, soldados?

SOLDADO 4.º

¡Soldados, ora bien, o los aceros!  
Vuestra alteza perdone; que esto ha sido  
en la seguridad de la vitoria.

PRÍNCIPE.

¿Quién es esta mujer?

CLORINDA.

Clorinda triste,  
la hija del alcaide desdichado.

SOLDADO 5.º

No se puede partir y echamos suertes.

PRÍNCIPE.

¿En cuánto la estimáis?

SOLDADO 5.º

En cien escudos.

PRÍNCIPE.

Esta cadena vale más, ya es mía.  
Partidla entre los dos, y vos, señora,  
no os pese de tener por dueño a un príncipe.  
Llevádmela a mi tienda luego al punto.

SOLDADO 4.º

Haráse así.

SOLDADO 5.º

¡Ventura habéis tenido!

*(Vanse, y sale SELENIO, con un retrato de la Reina.)*

SELENIO.

¿Que me persigas tanto, dura estrella?  
Estrella, que a no ser del cielo eterno,  
y haber nacido yo cristiano en ella,  
dijera que eras del profundo infierno:  
que cuando todo un fuerte se atropella,  
y aquí y allí, sin orden ni gobierno,  
sacan los soldados tal riqueza *(sic)*,



llore yo su ventura y mi pobreza.

Que cuando el más hisoño va cargado  
de perlas y oro, y una y otra joya,  
como si tuviera el Ilión robado,  
o los templos de Júpiter en Troya,  
saque yo solo un lienzo mal pintado,  
que no hay desde Escocia hasta Saboya,  
hostería tan vil que le tuviese,  
aunque retrato de una reina fuese.

¿Quién eres, bujarrona mal nacida,  
de mis desdichas miserable plaga?  
¿No fueras viva, para que tu vida  
sacara en tal vil vaso con la daga!  
;Habla, mujer común! ;Habla, abatida,  
si no quieres, ladrona, que te haga  
una cruz por la cara; y no te entones,  
que añadiré las de los dos ladrones.

Yo soy soldado. ¿Soy algún belitre  
de los que la comida vil codician,  
de los que alquitrán, pez y salitre  
arrojadizos fuegos artifician?  
¿Cómo es posible que mi seso arbitre,  
cuando los otros en hurtar se envician,  
adonde está la plata y la riqueza,  
si mi estrella me inclina a vil pobreza?

¿No hablas, luterana? ¿No te dueles  
de mis desdichas? ;Vive Dios, taimada,  
que a chamusquina por lo menos hueles;  
si no te cruzo con aquesta espada.  
¿Yo, lienzo? ¿Yo, pintura? Ved qué Apeles,  
que aunque lo fuera lo tuviera en nada.  
Por Dios que, aunque mujer, y no decente,  
que he de cortarle la nariz.

PRÍNCIPE.

;Detente!

SELENIO.

¿Quién es?

PRÍNCIPE.

Tu Rey, Selenio.

SELENIO.

;Oh, señor mío!

PRÍNCIPE.

¿Con quién es el enojo? No le cojas.  
;Déjale estar!

SELENIO.

Ha sido un desvarío.

PRÍNCIPE.

Gustaré de saber con quién te enojas.

SELENIO.

Es todo mal humor que ahora crío.  
de ver que, cuando al Olandés despojas,  
en la riqueza del primero saco  
un solo lienzo de una dama saco.

;Qué pícaro, qué misero bergante,  
no va cargado con vajillas de oro,  
sino soy yo?

PRÍNCIPE.

¿Y el lienzo, no es bastante,  
para decir que tienes un tesoro?

SELENIO.

Un Príncipe a quien eres semejante,  
a tus prendas igual y a tu decoro,  
estimara este lienzo por ser hembra;  
mas no quien coge lino y sangre siembra.

¿Qué me dá a mi que esta sea Medea  
Elena griega, Andrómeda troyana,  
que sea gallarda, o por extremo fea,  
faltándome el comer para mañana?  
Que, ¡vive Dios!, que aunqua tu madre sea,  
o a falta de mujer tu misma hermana,  
que no he de contentarme con miralla.

PRÍNCIPE.

Más habla que imaginas, aunque calla.

;Ay, divina beldad, divinos ojos,  
presos en este misero combate,  
para que, siendo de un cruel despojos,  
un vencedor vencido la rescate!  
En mí que he de temer vuestros enojos,  
es justo que la prenda se remate:  
Yo os compraré, vencida y vencedora,  
por rescatar el alma que os adora.

Selenio (1), el lienzo queda ya por mío;  
pide a mi contador dos mil ducados.

SELENIO (2).

Desde el poío abrasado, al norte frío.  
prospera el alto cielo tus estados.  
Como culpar al cielo es desvarío,  
que a veces en el mal el bien reposa.  
y sin contrario no hay ninguna cosa.  
¿Dos mil ducados vale una borracha?  
O aqueste es gran pintor, o mayor necio.  
Si el contador villano me despacha,  
un título de Conde pongo en precio.  
Mas esto de jugar es mala tacha;

(1) A: "Silenio".

(2) Falta en A la acotación de PRÍNCIPE.

ya parece que todo lo desprecio,  
mas a ocho, ¿es azar? Gane; dobielos,  
¡Oh, cuatro mil ducados de los cielos!

(Vase.)

PRÍNCIPE (2).

¡Retrato, a mi valor cortado el justo!  
Fuego, mortaja, muerte, pena, infierno,  
norte, día, jardín, cordero tierno,  
nublado, noche, furia, león robusto,  
ángel, regalo, bien, descanso, gusto,  
demonio, rabia, mal y llanto eterno,  
trofeo y libertad, reina y gobierno.

Despojos, cárcel y tirano injusto,  
tiempo sereno, mar, bonanza y puerto,  
fortuna y perdición, naufragio y calma,  
placer, seguridad, remedio cierto,  
veneno, árbol sin fruto, antigua palma,  
epítima, sustento, amor incierto:  
o me quita la vida, o dádme el alma.

(Sale MAMBRINO, su criado.)

MAMBR. ¿Quieres que ponga por tierra  
esta fuerza, gran señor,  
o quedará así mejor,  
con buena gente de guerra?

Que no será mal presidio  
para asegurar la entrada.

PRÍNCIPE. La misma Troya abrasada  
y vuelta en ceniza envidio.

Porque no menos ruina  
en ese castillo has hecho,  
que el fiero amor en mi pecho  
y esta pintura divina.

Del mismo fuego salió,  
Mambrino, aquesta centella,  
que, aunque pintada, es tan bella,  
que en lo vivo me tocó.

Esta ha sido la cometa  
de vuestro fuego exhalada,  
que entró por mi alma helada  
en figura de saeta.

Aquesta la hierba ha sido  
con que ha cubierto el amor  
el hierro de su rigor,  
y el fuego de mi sentido.

Cese, por Dios, el remate,  
porque yo no pague acá  
el daño que hacéis allá,  
que puede ser que me mate.

Doleos todos de mí,

si no sabéis lo que pasa:  
que allá le abrasáis su casa  
y el alma me abraza aquí.

MAMBR. ¿Es de veras lo que dices?

PRÍNCIPE. Mambrino, el juicio pierdo.

MAMBR. ¡Tal yerro en hombre tan cuerdo!  
Mucho a quien eres desdices.

¿Agora que tus soldados  
gozan tan ricos despojos,  
humedecees tú los ojos  
por unos ojos pintados?

¿Cuando la guerra que a Marte  
con tal vitoria comienzo,  
te curas con ese lienzo  
heridas que no sacaste?

¿Agora que ya tu espada  
el mundo pudo emprender,  
se ha rendido a una mujer  
de lasciva retratada?

¿Cuando una bala en despojos  
lleva un lienzo de murallas,  
con otros lienzos te hallas,  
amor limpiando (1) los ojos?

¿Agora que empieza a ser  
tu pendón claro entre mil,  
levantas tú el lienzo vil  
de una pintada mujer?

¿Cuando dejo tremolando  
el león de tu bandera,  
aquí de una vil cordera  
le dejas despedazando?

¿Cuando tu fuerte escuadrón,  
engañado Clarinarte,  
te quiere adorar por Marte,  
te vuelves Endimión? (2)

Deja el lienzo y la pintura  
y vuelve a ver tus soldados  
de los despojos cargados  
de su primera ventura:

que no es bien que pueda más  
el gusto que la razón.

PRÍNCIPE. De poco provecho son  
los consejos que me das.

Capitán, no me afemina  
aqueste lienzo que ves,  
aunque de una mujer es,  
si es mujer cosa divina.

No me embotará la espada;

(1) A: "limpiado".

(2) Texto: "Entimión."

que con ella hará que corte desde este polo del Norte hasta la zona abrasada.

Antes me anima y esfuerza, porque con esta pintura corre más firme y segura la calidad de mi fuerza.

Si Alejandro, cuando entrar en la batalla quería una arpa le tañía un músico singular;

yo, Mambrino, que comienzo a entrar en esta conquista, me esforzaré con la vista de aqueste pintado lienzo.

Cuya divina armonía me encenderá de manera que para la muerte fiera camine con alegría.

Palabra no me repliques del Rey mozo o padre viejo; yo no te pido consejo, sino que remedio apliques.

Trácame luego un olandés que mi dolor reconozca y el original conozca de aqueste lienzo que ves.

¡Ea! ¿Qué tardas?

MAMBR. No hay hombre en todo el castillo vivo.

PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿No ha quedado un cautivo que me dijese ese nombre?

Llama a esa gente. Veamos; qué podrá ser conocella.

MAMBR. ¿Quién ha de dar señá della si ayer en Olanda entramos?

¡Ah, soldados!

(Salen dos soldados.)

OLÓ. ¿Qué nos quieres.

fuerte capitán gallardo?

MAMBR. Oíd, Olorio y Leardo.

LEARDO. Mas, ¿qué os piden las mujeres?

CAR. Tenga suerte todo el mundo.

MAMBR. ¿Conocéis este retrato?

OLÓ. ¡A ver!

MAMBR. Mirad sin recato, no tiene en beldad segundo.

[OLÓ.] Esta debe de ser Leda, la que el blanco cisne amó.

MAMBR. Ha mil años que pasó.

OLÓ. La memoria siempre queda.

LEARDO. Esta es, a mi parecer, si lo digo en dos razones, según el rostro y facciones, retrato de una mujer.

MAMBR. ¿Qué bien lo has adivinado!

LEARDO. También puede ser que fuera alguna bodegonera de las del tiempo pasado.

MAMBR. ¡Calla, necio!

LEARDO. ¿No es mujer?

MAMBR. ¿Conocésla tú, Lariso?

LARISO. A ser hombre era Narciso.

MAMBR. ¿Y mujer?

LARISO. Pues ha de ser mujer, digo que es la Caba, o aquella preciosa joya por quien quemaron a Troya. ¡Lo que parece a la Pava!

MAMBR. ¿Qué pava, necio?

LARISO. Una dona de la casa de las damas.

MAMBR. ¿Qué bien un rostro disíamas, digno de palma y corona!

PRÍNCIPE. ¿Pues es virgen?

MAMBR. No sé yo; pero ser reina merece.

LEARDO. ¡Lo que a mi amiga parece, pesar de quien me parió!...

¿Quiéremela dar acaso?

Pondréla a mi cabecera.

PRÍNCIPE. ¿Cesará desa manera este fuego en que me abraso?

¡Salíos allá, majaderos!

LEARDO. Si te habemos dado enfado, el Capitán lo ha causado.

PRÍNCIPE. ¡Qué necios! ¡Qué chocarreros! ¡Vive Dios!, que a todos cinco os cuelgue de aquel ciprés.

LEARDO. ¿Dar bendición con los pies?

¡Dios me libre de tal brinco!

MAMBR. Ninguno de estos lo sabe; no sé qué habemos de hacer.

PRÍNCIPE. Sin duda que no es mujer beldad tan pura y suave.

Mas si es criatura del cielo, ¿cómo la conocerán los que más bajos están de cuanto sustenta el suelo?

Al topo le preguntaste de la hermosura del día.

y del hielo y nieve fría  
a la salamandra hablaste.  
¡Triste de mí! ¡No supiera  
la mano que me tocó!...

MAMBR. Ninguno vivo quedó  
que decirnoslo pudiera.  
Pero guarda la pintura,  
que como la tierra se entre,  
el primero que se encuentre  
nos dirá la verdad para.

PRÍNCIPE.

Arde la tierra con la fuerza osiva,  
Mambrino amigo, y dóblase mi fuego.  
Aquestas peñas deste manso arroyo  
parece que me llama y me convida  
con dulce sombra y regalado sucho,  
que suele suceder a una tristeza.  
Siéntate en las orillas esmaltadas  
deste cristal, que dividido en sierpe,  
regando va las flores deste valle,  
en tanto que yo duermo, si es posible,  
que duerma el cuerpo, cuando el alma vela.

MAMBRINO.

Tu nuevo pensamiento ha sido sueño,  
y puede ser que en él te desvanezca.  
Duerme y sosiega; que si agora duermes,  
seguro quedarás, que no es locura.

PRÍNCIPE.

Entre las peñas siento un cierto aliento  
como de alguno que corrió cansado.  
¿O es de algún animal que aquí se queja?

MAMBRINO.

Mete mano a la espada, y esta rama  
sacude a todas partes, y espantémosle.

PRÍNCIPE.

Dices muy bien, porque decir se pueda  
que en esta primer guerra metí mano.

(Sale BELARDO, pastor, de entre las ramas.)

BELARDO.

Si ensangrientan la espada  
en un villano pobre,  
no es digno de un ilustre caballero.  
Dejad, señor, que viva  
la vida, cuya sangre  
manchara vuestro acero y vuestra honra.  
¡Aquí de vuestras armas!

¡Aquí, de vuestra gente!  
Como hombre, que las suyas  
fueron el azadón y el aguijada,  
guardar quise la vida  
de todos los mortales defendida.

Pero como la muerte  
mejor sigue al contrario que se esconde,  
de aquí me habéis sacado  
con vuestras armas fuertes,  
que injustamente mancha vuestra honra.  
Vuestra grave presencia,  
vuestro sereno rostro  
me dan señales ciertas  
de que aquí en el ejército sois Príncipe,  
y si lo sois, yo espero  
que no habéis de manchar tan limpio acero.

PRÍNCIPE.

Sosíégate, que juro  
por mi real corona,  
de no ofenderte.

BELARDO.

Dame, ilustre Príncipe,  
aquesos pies, tan dignos  
de sujetar, como Alejandro, el mundo.

PRÍNCIPE.

¡Sosíégate, villano!  
Levanta en pie; no temas.  
¿Eres de aquesta huerta jardinero?

BELARDO.

Soilo, y lo fué mi padre,  
que viene por herencia  
la desdicha en nosotros,  
que él murió de improviso  
en la mitad del curso de sus años  
y yo tengo a la boca  
la muerte, que parece que me toca.

Belardo soy, infelice,  
que de la invidia fiera,  
siendo un villano miserable y rústico,  
las flacas manos débiles,  
mis esperanzas frágiles  
arrojaron por este mar.  
Mas ¡ay, corazón tímido!  
Si aquella historia trágica  
no te provoca el ánimo,  
para esperar el golpe detenido  
de muerte tan legítima,  
¿cuándo darás al cielo el alma en víctima?



PRÍNCIPE.

¡Notable y rara cosa!  
Mas escúchame atento.  
¿Conoces este lienzo?

BELARDO.

¡Ah, triste Rodiana! ¡Ah, Reina loca,  
Reina de Olanda, triste y desdichada,  
que nos has destruido  
por despreciar al escocés marido!

PRÍNCIPE.

¿Que aquésta es Rodiana?

BELARDO.

Señor, la Infanta es ésta.

PRÍNCIPE.

¿Qué me dices, Mambrino?

MAMBRINO.

Que ya has hallado a tu deseo el centro.

PRÍNCIPE.

Bien me lo daba el alma;  
que el alma suele ser profeta cierto.  
Yo la veré, Mambrino;  
que este mi gran deseo  
me ha dicho ya la industria.

MAMBRINO.

¿De qué manera piensas?

PRÍNCIPE.

Deste villano tomaré la forma.

MAMBRINO.

Tu locura me espanta;  
llevar quiero las nuevas a la Infanta.

PRÍNCIPE.

Tú lleva ese villano  
adonde bien se aloje,  
y di a los capitanes que en mi tienda  
recogido me dejas.

MAMBRINO.

¡Extraño pensamiento!  
¡Basta!, que amor te ha dado.

PRÍNCIPE.

No repliques.

MAMBRINO.

Creo que más te incito.

PRÍNCIPE.

Vamos, Belardo amigo,

que yo te haré dichoso.

BELARDO.

Esa esperanza a nuestro bien me guía.

MAMBRINO.

¡Ay, mozo loco!

PRÍNCIPE.

¡Ay, Rodiana mía!

## ACTO SEGUNDO

(Sale el PRÍNCIPE, vestido de labrador.)

PRÍNCIPE.

¡Oh, poderoso amor! ¡Inmenso padre  
de cuantas cosas hoy sustenta el cielo!  
¡De quien la tierra, nuestra antigua madre,  
recibe el fruto de que adorna el suelo!  
Mi petición en tus oídos cuadre.  
Abre los ojos a mi humilde celo,  
si ciego vais... ¡Desdichas semejantes!  
¡Y sé duele algún dios de los amantes!...

Vitoria ha sido, y no pequeña, tuya,  
que solamente lo que al alma informa  
dentro en la idea de la forma suya  
me venza tanto como propia forma.  
¿Quieres que de un pintado lienzo arguya  
la belleza de un ángel, que transforma  
mi vida, así que de morir no escapa,  
como quien mira al mundo en corto mapa?

De la grandeza de la Infanta bella  
en poco espacio vi la luz que ofrece;  
que desde el mundo la mayor estrella  
menos a nuestros ojos resplandece.  
Vengo en aqueste traje sólo a vella,  
si ver su luz algún mortal merece,  
dejando el campo, triunfos y vitorias  
sújetas al amor por breves glorias.

Este es el muro que pensé rompelle  
con gruesa munición y gente armada,  
y agora vengo solo a enternecelle  
con lágrimas de un alma enamorada.  
Bien puedo con suspiros encendelle  
y en su dureza abrir piadosa entrada.  
Mas ¿qué aprovecha si ha de ser más duro  
del alma de la Infanta el grueso muro?

(Sale una GUARDA.)

GUARDA.

¿Quién va? ¿Quién es? ¡Deténgase! ¡No pa-  
o pasaránle con aquesta el pecho! [se

PRÍNCIPE.

No puede ser que un fuego en otro abrase.  
Ved si me ha puesto amor en buen estrecho.

GUARDA.

¿Quién es? ¡Habla, villano!

PRÍNCIPE.

Si nombrase

el mismo inf, bien habrías hecho  
la prisión que os librara de la muerte;  
mas ya si estoy rendido, ¿en qué estoy fuerte?

Amigo, soy un pobre jardinero,  
que en el castillo Belmirar vivía,  
y, si es posible, hablar la Reina quiero,  
y contarle del Rey la tiranía;  
porque escapado de su incendio fiero,  
escondido aguardé la luz del día  
para que a boca lo que pasa entienda,  
y de tan gran contrario se defienda.

GUARDA.

Aunque con tristes nuevas, yo presumo,  
porque otras nuevas que su fin y el humo  
no hemos sabido deste joven loco,  
que no serás agradecido poco.

PRÍNCIPE.

En lágrimas amargas me consumo  
y a destilar el alma me provoco,  
cuando su perdición miré tan cierta.

GUARDA.

Vente conmigo y abrirán la puerta.

*(Vanse, y sale la REINA y el CONDE, y PALADIO, y ella en hábito de hombre.)*

RODIAÑA. Contentádome ha el alarde.  
De que no salgo me corro;  
bien es que el favor se aguarde.

CONDE. Pues ¿cuándo vendrá socorro?

RODIAÑA. Aunque venga luego es tarde.

PALADIO. Cree, señora, que ves  
en el muro al escocés.

RODIAÑA. ¿Por qué me llamas, señora?  
¿No soy Scipión agora,  
Aníbal cartaginés?

Al que señora me llame,  
sino capitán famoso,  
¡vive el cielo!, que derrame  
con este bastón furioso  
su vida y su sangre infame.

Hombre soy; no soy mujer;

rayo soy que he de encender  
esta nieve que me encierra,  
y hacer que se abra la tierra,  
adonde me he de esconder.

¿Piensa el rey Dinacreonte,  
cuya fama no es bastante  
a cubrir este horizonte,  
que así se rompe un diamante,  
y así se deshace un monte?

Y ese su atrevido hijuelo,  
que ya piensa por el suelo  
derribar mis tiernas vides,  
¿sabe como soy Alcides,  
y puedo oponerme al cielo?

¡Abrí esas puertas! ¡Salgamos!

Que es infamia y cobardía  
que tan cerca los suframos.

CONDE. ¡General y Reina mía,  
ánimo en varte cobramos!,  
que esas soldadescas galas

nos ponen ánimo y alas,  
que cuando tu escudo vea  
la cabeza de Medea,  
será la imagen de Palas.

Pero, capitán, advierte  
que quiere acuerdo la guerra,  
y que es el contrario fuerte,  
y que el defender la tierra  
no obliga a buscar la muerte.

Déjale que agora vaya  
desfogando por la playa  
su bisoña soldadesca,  
porque la rosa más fresca  
en poco tiempo desmaya;  
que tú verás que reportan  
las fuerzas que el tiempo aplaca,  
y que las tuyas importan,  
que por la parte más flaca  
menos las espadas cortan.

RODIAÑA. ¿No ves, Conde, que ya pisa  
los cuadros de mi jardín?

..... (1)

¿No ves que ya de reposo,  
en mi casa de placer,  
comienza a tomar reposo?

CONDE. ¡Ojalá viniese a ser,  
libre, regalón y ocioso!

Que si esos principios toma,  
bien sabes tú lo que Roma

(1) Faltan versos.

tuvo cerrada a Numancia.  
 RODIANA. El consejo es de importancia;  
 que el tiempo quebranta y doma.

(Sale la GUARDA y el PRÍNCIPE.)

GUARDA. Si nuevas saber descas  
 del combatido castillo,  
 aquí tienes de quien creas  
 que pasaron a cuchillo,  
 y otras hazañas más fieras;  
 que del furor escocés  
 este villano que ves,  
 de tu huerta jardinero,  
 venciendo el viento ligero  
 se ha escapado por los pies.

RODIANA. ¿Dime, amigo! ¿Qué? ¿Tú has si-  
 testigo del triste caso? [do]

PRÍNCIPE. (O para mí mal vencido,  
 deste fuego en que me abraso,  
 vengo a despertar tu olvido.)

Yo he estado a todo presente,  
 y he visto de qué manera  
 va ocupando tu ribera  
 el escocés insolente (1).

De uno y otro galeón,  
 como del Paladión,  
 salían hombres armados:  
 vomitaba el mar soldados,  
 siguiendo el fuerte León.

Digo León al gallardo  
 que llevaba en su bandera,  
 bravo, coronado y pardo,  
 aunque he visto la cordera,  
 y que ha de vencelle aguardo.

Que no es posible que vos,  
 ya que os encontréis los dos,  
 dejéis de dalle la muerte;  
 que no escapa de otra suerte  
 quien se toma con un Dios.

Que quien con mujer hermosa,  
 tal sois vos, alza bandera,  
 al amor ofender osa,  
 pues viniendo en vos pudiera  
 respetaros como a Diosa.

RODIANA. ¿Notable villano!

CONDE. ¿Extraño!

RODIANA. Refiéreme, amigo, el daño  
 que el Rey hizo en mi castillo.

PRÍNCIPE. El quistara resistillo:

pero fué su intento engaño.

que como el hambriento lobo,  
 que ha esperado todo el día  
 detrás del florido escobo  
 a la oscura noche fría  
 para ejecutar su robo,  
 así la gente que vi,  
 llegando juntos allí,  
 en poniendo en tierra el pie,  
 hicieron lo que diré.

RODIANA. Eso aguardo.

PRÍNCIPE. Pasa así.

El escocés arrogante,  
 puesto que tratado humilde,  
 desembarcando en tu tierra,  
 del hinchado mar de Tile (1),  
 poniendo en orden su gente,  
 aunque sin ella los sigue,  
 repartiendo por escuadras  
 los infantes y los rítfres (2)  
 en un caballo africano,  
 pies y cuello como un cisne,  
 cabeza, barriga y lomo  
 más estrellados que tigre,  
 a Belmirar, tu castillo,  
 que con los huertos pensiles,  
 no hembras, que ya no puede,  
 mas con la fama compiten,  
 arribó cuando la noche  
 huye con su negro eclipse,  
 y llora el soldado el Alba,  
 que en Troya dió muerte Aquiles.  
 Miró el sitio hasta que tanto  
 que el sol los dos polos mide,  
 y asestóle de un padrastro  
 cuatro fuertes esmeriles.  
 Tu alcaide y la triste gente,  
 que enseñada a tus jardines  
 a ejercitar el azada,  
 y no la espada que ciñe,  
 no quiso darse a partido,  
 ni fué posible rendirse,  
 para morir con las llaves  
 como en Numancia se dice.  
 Humo, papel, fuego y balas  
 las gruesas bocas despiden:  
 que como a muerte sentencian,  
 también las piezas escriben.

(1) Falta en el texto.

(1) Texto: "Tile".

(2) A: "Ristres".

Anúblase el aire claro,  
el eco en el mar repite  
el son del furioso trueno  
del encendido salitre.  
Dan lugar las fuertes piedras  
a que las balas caminen,  
que al fuego que es lo más fuerte  
la tierra poco resiste.  
Por donde entraron las balas,  
puertas de la muerte triste,  
entra la furiosa gente,  
por más que el Rey se lo impide.  
Matan al mísero alcaide,  
y hasta las mujeres viles,  
no perdonando cabellos  
ni rostros de serafines,  
pasa la gente a cuchillo  
por más que se humilla y rinde:  
que no le importa al tirano  
que la inocencia se humille.  
Tomaron color de rosas  
azucenas (1) y jazmines,  
porque quien agua les daba  
con su sangre los cultive.  
Robaron tus ricos lechos,  
perlas, aljófar, rubíes,  
colgaduras de oro y seda,  
sacándolas como lincees.  
Yo escapé del triste incendio,  
y por unas peñas fuíme,  
trayendo en hombros mi vida,  
como otro Eneas Anquises.  
Dende allí vi que enojado  
el Rey a su gente riñe,  
ahorcando a los culpados  
del saco y presa infelice,  
porque dicen que este mozo,  
aunque el padre aquí le envíe,  
por un retrato te adora  
y por esposa te pide.

RODIANA. ¿A quién no enciende y provoca  
esta lástima notable?

¿Decir que la causa es poca!

CONDE. ¡Ah, castillo miserable!

RODIANA. ¡Toca al arma, al arma toca!

Salgamos contra ese bravo,  
que pienso velle mi esclavo.

PRÍNCIPE. No salgas, que ya lo es  
el que hoy se rinde a tus pies.

PALADIO. Ese buen ánimo alabo;  
pero, gran Reina, procura  
mejor tiempo y coyuntura.

RODIANA. ¿Piensa ese rapaz cobarde,  
que la sangre que en él arde  
ha obligado a la ventura?

También fué de ingenio poco,  
menos tiempo y más bizarr  
en la materia que toco  
el que cayó con el carro  
del padre que fué más loco.

Envíe Dinacreonte  
al nuevo rapaz Factonte  
con el carro de su fuerza;  
que cuando el eje se esfuerza  
verá cayendo Aqueronte.

Y no desculpe el tirano  
la bajeza que procura  
en sangre tan de mi mano,  
con decir que mi pintura  
estima y adora en vano.

Porque a su padre, y a él,  
bárbaro, torpe, infiel,  
la que se peina el cabello,  
espera alargar el cuello  
de una almena en un cordel.

Tú, dichoso jardinero,  
que de la muerte escapaste  
de aqueste tirano fiero,  
y entre todos te libraste  
de su victorioso acero:

toma este anillo en señal  
de que no temo a los hados,  
pues que te doy prenda igual,  
que siempre los desdichados  
damos albricias del mal.

y en la huerta de mi casa,  
mientras esta furia pasa,  
harás el mismo ejercicio.

PRÍNCIPE. Bien das de constante indicio  
con quien tus muros abrasa.

Eres entre muchas una,  
de cuantas fueron, diversa,  
pues no muestras pena alguna,  
y así tratas a la adversa  
como a la buena fortuna.

Serviré en tu casa y huerta  
hasta que tenga por cierta  
la posesión y bonanza,  
tras una viva esperanza  
que agora parece muerta.

(1) A: "de azucenas".



No estimes ese mozoelo,  
pues tuviste tal ventura  
en ser única en el suelo  
qué atreverse a tu hermosura  
fué competir con el cielo.

Y aun éstos no son gigantes,  
sino biseños infantiles  
regidos por un rapaz,  
que ya te pide la paz  
con lágrimas semejantes.

Pues sólo de verte en medio  
del incendio y sangre en calma,  
de aquí conflicto y asedio,  
enfermo queda en el alma  
de un mal de amor sin remedio.

Pues si de verte pintada  
tiene el alma lastimada,  
y la memoria cautiva,  
¿qué hará de verte viva  
y de tal desdén armada?

PALADIO. (1) ¡General! Grande esperanza  
este villano me ha puesto  
con segura confianza,  
que si está [a] amarte dispuesto,  
dispone amor tu venganza.

Déjale correr; espera;  
que si está desta manera,  
presto parará su curso.

RODIANA. Es admirable el discurso  
que la razón considera.

Vamos a ver si los muros  
están de guardas y gentes,  
de velas y hombres seguros;  
bañará su sangre ardiente  
del mar los cristales puros.

CONDE. Presto a ese loco has de ver  
la vil espada volver,  
si dejarle rendir quieres.

RODIANA. ¿Si pensó que eran mujeres  
donde reina una mujer?

(Vanse, y queda el PRÍNCIPE CLARINARTE.)

PRÍNCIPE. Nunca entendí tal, por Dios,  
sino que queriéndos bien,  
pensé que crais ángel vos,  
más que amor y que desdén  
y qué vida entre estos dos.

Yo moriré aborrecido,  
pues si lo que era fingido

me pareció celestial,  
me llevó lo natural  
lo que quedó de sentido.

Padre, ¿qué guerra es aquesta?  
¡Ah, qué engañado me envías!  
¿Por qué el amor te molesta?  
¿Cómo de un mozo te fías  
a quien ya lágrimas cuesta?

¿A un mozo guerra de amor?  
¡Triste padre! ¡Loco error!  
Pues si en ella me perdí,  
y vista el alma le di,  
oprimido vencedor.

¡Oh, Infanta, mucho más bella  
que te imaginaba el alma!  
Rinde, maltrata, atropella,  
vence, triunfa, lleva palma  
del Rey, del Príncipe y della.

sola armada y contra mí,  
matándome de mil modos,  
reina y mujer para todos,  
y hombre y fiera para mí.  
¡Oh, mi anillo celestial!  
Meteros quiero en mi pecho  
para mi bien y mi mal;  
mas, ¡ay!, que seréis deshecho  
del fuego más natural.

Si éste me diera de esposa  
aquella guerrera hermosa,  
trocara la guerra en paz;  
que Adonis será capaz  
y Venus rendida y diosa.

¡Ah de la guarda!

(Sale el JARDINERO.)

JARDIN. ¿Quién llama?

PRÍNCIPE. Dejad la azada, buen hombre,  
que el que agora os llama os ama.

JARDIN. ¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nom-  
[bre?]

PRÍNCIPE. Por Dios, que traéis buen hato.

JARDIN. Que soy labrador de fama.

PRÍNCIPE. Escapé deste rebato  
que en Belmirar sucedió,  
y aquí la Reina me dió  
vuestro propio oficio y trato.

Por eso los brazos dadme,  
y por compañero vuestro,  
vuestro, aunque extraño, llamad-  
que vengo con intención [me; (1)]

(1) Texto: "Leso."

(1) Faltan versos.

de que todo mi provecho  
goceís en esta ocasión.

JARDIN. Tenéis la vista en el pecho,  
y en la lengua el corazón.  
Bien se ve vuestra nobleza,  
y pésame que a pobreza  
y a miseria hayáis venido.  
¿Qué hacienda se os ha perdido?

PRÍNCIPE. Una mediana riqueza,  
viña y tierras de sembrar,  
tierras, dehesas y huertas,  
un robledo, un olivar,  
mil ovejas y unas huertas,  
que estaban junto a la mar.

Algún Rey le bastaría  
esta honrada medianía,  
mas de fortuna los daños  
el trabajo de mil años  
llevó de golpe en un día.

Y esto lo de menos es,  
pues vi una mujer armada,  
pasando el pecho que ves,  
y relumbrando la espada  
del matador escocés;

que esto fué lo que sentí  
de cuanta hacienda perdí.

JARDIN. Tenéis, amigo, razón,  
que hacienda del corazón  
es justo llorarla así.

Mas no humedezcáis los ojos,  
aunque de la prenda amada  
lloréis los muertos despojos,  
que de la fortuna airada  
se templarán los enojos.

Vos me parecéis muy hombre;  
no es bien que nada os asombre,  
pues de todo libre estáis;  
mas bien es que me digáis  
vuestra patria y vuestro nombre.

PRÍNCIPE. El mismo castillo, amigo,  
de ver yo la luz del cielo,  
fué parte, causa y testigo,  
aunque he venido, recelo,  
a manos de mi enemigo.

Allí el sol primero vi,  
y en un lienzo dejo allí,  
aunque dejo mi contento,  
no mi propio nacimiento,  
mas para quien yo nací.

Es mi nombre Rodiano,  
porque nací el mismo día

que de la reina el hermano  
que cubre la tierra fría  
y llora Gelanda en vano.

Lo demás de mi salréis,  
sólo pido que me deis,  
como a noble, acogimiento.

JARDIN. Rodiano, sólo siento  
que no es tal cual merecéis.

Pero tal cual fuere, es vuestro  
que aquesto podéis creer  
de la voluntad que os muestro.

PRÍNCIPE. ¿Tenéis hermana o mujer?

JARDIN. Un mismo estado es el nuestro.

Viudo soy como vos;  
mas tengo, gracias a Dios,  
una zagaleja buena,  
porque es ya ventidolena,  
y es buena edad veintidós.

Aun es bien que la veáis.  
¡Hola, Pirena! ¡Muchacha!

(Sale PIRENA.)

PIRENA. ¿Qué es lo que agora mandáis?

JARDIN. Ved si de venir se empacha.

PIRENA. ¿Huésped tenéis y no habláis?

PRÍNCIPE. ¡Por mi vida, que es hermosa!

JARDIN. Ando agora por casalla,  
que es traviesa y anda ociosa.

PRÍNCIPE. Ya es razón acompañalla.

JARDIN. ¡Hágala Dios venturosa!

Hija, este buen jardinero  
es de hoy más mi compañero.  
¿De qué se ríe?

PIRENA. ¿De qué río? (sic)  
¿No era mejor para mío?

PRÍNCIPE. Si ella quiere, yo la quiero.

JARDIN. ¿Estábades concertados?

PRÍNCIPE. Bastaba, señor, ser prenda  
de unos padres tan honrados.

PIRENA. Padre, yo os gasto la hacienda,  
y os aumento los cuidados.

¿Qué queréis sino ahorrar  
del vestir y del calzar,  
y no poco del comer?

JARDIN. ¿Aún no le acabas de ver  
y ya te quieres casar?

Ahora bien, espacio habrá,  
que estas cosas son dudosas.  
De espacio se tratará.

PIRENA. De espacio van vuestras cosas,  
y el tiempo prisa me da.

¿Para qué queréis que sea  
escándalo de la casa? (1)

PRÍNCIPE. ¿Quién habrá que lo que pasa  
por este Príncipe crea?

JARDIN. Entremos a descansar  
y aderezar de cenar,  
que ha rato que anoheció.

PIRENA. Pues ¿no me caséis... que yo  
quizá me sabré casar.

JARDIN. ¡Anda, loca!

PIRENA. Huésped mío,  
¿parecéos acaso bien?

PRÍNCIPE. Muy bien vuestro talle y brío.

PIRENA. Y a mí ese vuestro también.

JARDIN. Que os heis de juntar confío.

¿Piensas que aquesto te honra?

PIRENA. ¿Y si me caso, es deshonra?

PRÍNCIPE. ¡Ay, Princesa de mi vida!

¿Adónde llevas perdida  
mi vida, crédito y honra?)

(*Vanse, y sale el CONDE y GINEBRA.*)

CONDE. ¿Es posible que porfíes  
con quien no te corresponde?

GINEBRA. ¿Es posible, ingrato Conde,  
que ya de mí fe te ríes?

CONDE. Ginebra, en amor no hay fuerza:  
que es libre la voluntad.

GINEBRA. ¿Que ya a tanta libertad  
tu imposible amor te fuerza?

¿Úsase querermé bien  
para obligarme a quererte,  
y en viéndome desta suerte  
tratarme con tal desdén?

¿Eres tú quien me decía,  
cuando yo engañada estaba,  
que más que a su vida amaba  
cualquiera reliquia mía?

¿Eres tú quien de un cabello  
hacías cadena fuerte,  
que no bastaba la muerte  
desenlazar de tu cuello?

¿Eres tú quien de una flor  
verde esperanza sacaba,  
y marchita la guardaba  
para fruto de valor? (2)

¿Eres tú quien mis colores,  
en honra de tus deseos,

en máscaras y torneos  
celebró por las mejores?

¿Eres tú quien en mi nombre  
por extranjeras campañas,  
con la espada hiciste hazañas,  
no escritas de mortal hombre?

¿No eres tú quien suspirando  
hallaba el sol a mis rejas,  
cuando no escuché tus quejas,  
ni tú imaginabas cuando?

¿Eres tú quien al abismo  
bajabas por tu Ginebra?  
Mas quien su palabra quiebra,  
¿quién será sino tú mismo?

¿En qué has fundado el amor  
que en la Reina has puesto, loco?  
¿No ves que vales muy poco  
para igualar su valor?

Si es codicia de reinar,  
por ahí te has de perder;  
que querer y no poder,  
es morir y porfiar.

Mas Dios me es testigo...

CONDE.

¡Espera!

Que ya sé que Dios lo es  
de aquesto, y de cuanto ves  
que cubre la empírea esfera.

Pero si tu movimiento  
de los cielos no es seguro,  
ni un monte, ni un fuerte muro,  
ni el tiempo, ni el mar, ni el viento,

¿por qué en nuestra condición  
has de hallar seguridad?  
Ya te tuve voluntad,  
si me tuviste afición.

Ahora que en la mudanza  
ves que al mar y al viento sigo,  
haz otro tanto conmigo:  
igualarás mi venganza.

Que no es codicia de reino  
la que a este amor me ha incitado:  
estoy contento en mi estado,  
y pues lo estoy, también reino.

Sino que se mejoró  
el alma de nuevo empleo,  
y así se templó el deseo  
que tu hermosura encendió.

Por lo que al cielo adoramos  
es porque es el sumo bien;  
y así en la tierra también  
lo que es sumo bien buscamos.

(1) Falta un verso.

(2) Texto: "falso".

Si la Reina, en cuanto veo,  
te aventaja por divina,  
Ella solamente es digna  
de merecer mi deseo.

Si en la empresa que he buscado  
me perdiere el ciego amor,  
empresa de tal valor  
basta el haberla intentado.

Y con esto, ve con Dios,  
que solos y en el jardín,  
cuando no es para buen fin,  
parecemos mal los dos.

GINEBRA. ¿Esto se espera de ti?

CONDE. Sin duda que te desamo,  
y a la Reina adoro y amo.

GINEBRA. ¿Eso me respondes?

CONDE. Sí.

GINEBRA. ¿No sabes que soy mujer,  
y en la venganza tan fuerte,  
que te puedo dar la muerte?

CONDE. Así me resuelvo.

GINEBRA. ¿Así?

¿Luego he de morir?

CONDE. ¿Quién duda,  
sino es que otro amor te muda?

GINEBRA. ¿Eso me respondes?

CONDE. Sí.

GINEBRA. Quiéresme dar con tu mano  
la muerte?

CONDE. ¿Yo? ¿Para qué?

GINEBRA. ¿Crees que te mataré?

CONDE. Como aqueste monte es llano.

GINEBRA. ¿Dame esa espada!

CONDE. ¿Y a ti?

Ginebra, ¿sangre en mi espada  
de mujer desesperada?

GINEBRA. ¿Eso me respondes?

CONDE. Sí.

GINEBRA. Pues vete, que aquí me quedo.

CONDE. ¿En el jardín? ¿A qué fin?

¿No ves que es grande el jardín,  
y que a solas tendrás miedo?

GINEBRA. Vete, pues ya me aborreces.

CONDE. Si aquesta noche te quedas  
entre aquestas arboledas,  
mañana sierpe amancebada.

(*Vanse.*)

CONDE.

Con el tiempo el villano a la melena

obliga el toro, que la firme eriza;  
con el tiempo el halcón la pluma enriza,  
y vuela y cruza, y vuelve a mano ajena;

con el tiempo se rinde a la cadena  
el oso y el león, que atemoriza,  
y con el tiempo, el agua ll vediza  
rompe la piedra como blanca arena.

Y, como el tiempo, yo mover no puedo  
un toro, un oso, un león, halcón, o piedra,  
ni puedo hacer que su crueldad os venza.

Y pues con tiempo, aunque sin tiempo, quedo  
desasida del muro, como vedra,  
mi vida acaba, y mi dolor comienza...

(*Entra el OSO y el HALCÓN, armados.*)

PAUSE.

Ya que la noche fría  
tiene en común reposo a los mortales,  
y de tan largo día  
me quiere dar amor a tantos males,  
¡huid, luna y estrellas,  
que no quieren testigos mis querellas!

Debajo deste rayo  
cubro de un peto el corazón estrecho,  
para que el fuerte rayo  
abrase lo más fuerte de mi pecho,  
y el rayo quede sano;  
que para el fuego tal, es muy villano.

Salid dura corteza,  
con cuyo corazón un Rey se guarda;  
que vuestra rustiqueza  
es para mi nobleza muy bastarda;  
que este lucido peto  
es adorno del hombre más perfecto.

He pedido a Fileno,  
aquesta vieja, aunque gentil espada;  
y de esperanzas lleno,  
vengo a ver si la Reina, descuidada  
de tal atrevimiento,  
segura duerme, o vela en su aposento.

GINEBRA.

¡Ay, cielo! ¿Qué es aquesto?  
¿Qué hombre es éste en forma de soldado?  
En confusión me ha puesto.

Si doy voces, la muerte habré llamado;  
si callo, por ventura,  
no dejo reino ni ciudad segura.

¡Ay, Dios! ¿Si me ha sentido?...  
Quiero avisar la Reina de secreto.

(*Vanse GINEBRA.*)



PRÍNCIPE.

Si duermes en tu olvido,  
yo velo en tu memoria, más sujeto  
que está la noche al día.  
¡Despierta a mi dolor, señora mía!  
¡Balcón alto y dichoso,  
más que al salir del sol el rojo oriente,  
bordado y luminoso!  
Salga tu dueño ya del Occidente  
a hacer la noche día.  
¡Despierta [a] mi dolor, señora mía!

Mírame aquí perdido,  
de mi padre enemigo y de mi honra,  
vencedor y vencido;  
soldado victorioso, y con deshonra,  
al tiempo que podía  
ser yo tu esclavo, y tú señora mía.

(Salen RODIANA y GINEBRA.)

RODIANA. ¿Soldado dices, y armado?  
GINEBRA. En este punto le vi.  
PRÍNCIPE. ¡Ay, triste! ¿Y quién anda allí?  
¿Si acaso he sido escuchado?...  
RODIANA. Soldado dentro en la huerta...  
¿Por adónde pudo entrar?  
PRÍNCIPE. Dos mujeres oigo hablar.  
RODIANA. Si ella es mina, yo soy muerta.  
Mas mira que es imposible,  
que está dos leguas de aquí.  
GINEBRA. Digo que otra vez le vi;  
en mi mal todo es posible.  
RODIANA. ¡Triste Reina! ¿Qué haré?  
PRÍNCIPE. La Reina es ésta, por Dios.  
RODIANA. ¡Ay! Demos voces las dos.  
GINEBRA. ¿Quién va?  
PRÍNCIPE. ¿Pensáis que lo sé?  
RODIANA. ¿Qué nombre?  
PRÍNCIPE. Yo no le tengo.  
RODIANA. ¿Pues quién eres?  
PRÍNCIPE. Nadie soy.  
RODIANA. ¿Pues dónde vas?  
PRÍNCIPE. Por mí voy.  
RODIANA. ¿A qué vienes?  
PRÍNCIPE. Por mí vengo.  
RODIANA. ¿Qué traes?  
PRÍNCIPE. Mucho disgusto.  
RODIANA. ¿No tienes nombre?  
PRÍNCIPE. Importante.  
RODIANA. ¿Y cómo?  
PRÍNCIPE. Soldado amante.  
RODIANA. ¿De quién eres?

PRÍNCIPE.

De tu gusto.

RODIANA.

¿Pues amas?

PRÍNCIPE.

Sí.

RODIANA.

¿A quién?

PRÍNCIPE.

A ti.

RODIANA.

¿A mí? ¿Pues quién eres?

PRÍNCIPE.

Yo.

RODIANA.

¿Eres mi enemigo?

PRÍNCIPE.

No.

RODIANA.

¿Soy yo tu enemiga?

PRÍNCIPE.

Sí.

RODIANA.

¿Por dó entraste?

PRÍNCIPE.

Por la puerta.

RODIANA.

¿Conócote yo?

PRÍNCIPE.

Muy bien.

RODIANA.

¿Qué temes?

PRÍNCIPE.

Sólo un desdén.

RODIANA.

¿Dónde vives?

PRÍNCIPE.

En la huerta.

RODIANA.

¿Estás solo?

PRÍNCIPE.

Y no de pena.

RODIANA.

¿Cuándo te irás?

PRÍNCIPE.

Estoy preso.

RODIANA.

¿Qué aguardas?

PRÍNCIPE.

Un buen suceso.

RODIANA.

¿Quién le traza?

PRÍNCIPE.

Amor le ordena.

RODIANA.

GINEBRA, ¿es vivo este hombre?

GINEBRA.

Espíritu podrá ser.

RODIANA.

¿Sabes, aunque soy mujer,  
mi valor, mi fama y nombre?

PRÍNCIPE.

Y aun por haberlo sabido,  
vengo, cual ves, a buscarte.

RODIANA.

¿Y si yo quiero matarte?

PRÍNCIPE.

Mátame; ya estoy rendido.

RODIANA.

Pues mete mano a la espada,  
y mádate aquí conmigo.

PRÍNCIPE.

Huiré luego.

RODIANA.

¿Y si te sigo?

PRÍNCIPE.

Quedarás, Reina, burlada.

RODIANA.

¿Y si yo no voy tras ti?

PRÍNCIPE.

Eso quedo me estará.

RODIANA.

Seguirte quiero.

PRÍNCIPE.

Huiré.

RODIANA.

¿Huyes, traidor?

PRÍNCIPE.

No de ti.

GINEBRA.

Déjale, señora mía,  
no me dejes aquí sola.

RODIANA.

¡Hola! ¡Ah de la guarda! ¡Hola!  
Dejarle (1) fué cobardía.

(1) A: "dejarla".

(Sale el CONDE, CALIDORO y PALADIO.)

CONDE.

¿Cómo en la huerta voces da Su Alteza?

PALADIO.

¿Que a tal hora la Reina daba voces?

CALIDORO.

Bien puede ser que esté en algún peligro la cercada ciudad, invicto Conde.

CONDE.

La obscuridad, ¡oh, Reina!, nos detiene.

¿Adónde estás?

RODIANA.

Aquí, llena de rabia, de mortal ira y de furiosas quejas.

CONDE.

¿Qué has habido, invictísima señora?

¿A tal hora en la huerta? ¿Pues qué es esto?

¿Qué causa ha descompuesto tu persona?

RODIANA.

Ei cetro, la corona de los reyes, la justicia, las leyes, el gobierno, hacen la vida infierno de dolores: todos estos temores han nacido, porque habemos sentido yo y Ginebra, si no es que ya la hebra de la vida corta la endurecida parca fiera, y la muerte me altera, y miedo asombra, una espantable sombra, un hombre armado, que el amante soldado dijo que era.

CONDE.

¿Sombra? ¿De qué manera hablaba?

RODIANA.

¿Y cómo?

Mas cuando vé que tomo yo la espada, dejándome turbada, huyó, y parece que se me desvanece de los ojos.

PALADIO.

Bien pueden ser antojos, como el día en tal melancolía le has pasado.

RODIANA.

Yo le he visto y hablado.

GINEBRA.

Yo, testigo.

CALIDORO.

¿Si es algún enemigo o centinela?

RODIANA.

El ave sólo vuela, que no el hombre.

CONDE.

¿No te dijo su nombre?

RODIANA.

Que me amaba.

CALIDORO.

Pues si no es que se cave a contramina con gruesa y honda mina el lienzo duro de aqueste foso, el muro de la huerta, tengo por cosa cierta que él entrase.

CONDE.

Tienes mucha razón, que es imposible, siendo tu alteza y fortaleza tanta. Quédese aquí la Reina. Buscarémosle.

RODIANA.

Anda, que yo quiero quedar sola, que basta que Ginebra me acompañe.

CONDE.

Eso, señora, no es razón; que puede resultarte de aquesto algún peligro, si es por ventura algún desesperado, que quiere fama a costa de tu vida.

RODIANA.

Si eso quisiera, no me hubiera huido; que cuando ese peligro fuera cierto, ¿qué puedo yo temer mientras la mano puede regir aquesta espada noble? ¡Viven los cielos, Conde, que me atrevo romper sola el ejército enemigo!

CONDE.

¿Eres otra immortal Pantasilca, otra famosa Ebadnes y Semíramis! Quédate sola, pues, valor del mundo; que yo y Paladio, con tu guarda y gente, descubriremos si es verdad o sombra.

PALADIO.

Vamos, que es imposible que se escape. Iremos juntos.

CONDE.

¡Juntos atrás! ¡Hola!

RODIANA.

Ginebra, ¿qué dirás de mi desdicha, si es éste de mi muerte triste agüero?

GINFRA.

Señora, no imagines que esta es sombra;  
hombre es humano; yo le vi sin duda;  
lo que del rostro pudo ver mi miedo,  
aunque no descubrieron las facciones  
con ciegos ojos, sino sólo el bulto.

RODANA.

Cualquiera dellos es bien importante.  
¡Oh, mal soldado amante!, ¿qué me quieres?  
¿No me dirás quién eres claramente,  
para que no atormente el alma mía  
esta melancolía que me acaba?

(Sale el PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE.

Aquí escondido estaba entre estas ramas  
y viendo que me llamas, Reina bella,  
formando esa querella tan incierta  
contra el alma que gusta de adorarte,  
vengo a desengafiarte que soy hombre,  
y que tengo ese nombre que me has dado,  
porque amante soldado es mi apellido.

RODANA.

Si amándome has venido sólo a verme,  
y no piensas hacerme daño alguno,  
no seas importuno en lo que es justo.

PRÍNCIPE.

Yo haré por tu gusto cualquier cosa.  
Mándame, Reina hermosa: que si he sido  
tan loco y atrevido por gozarte,  
que en tan secreta parte y mal segura  
he puesto en ventura el alma y vida,  
no habrá cosa que impida obedecerte.

RODANA.

Pues si es de aquea suerte, yo deseo,  
que ya que no te veo, te tocase.

PRÍNCIPE.

Que a mí me resultase gloria deso,  
diríalo en mi suceso en bien tan alto,  
quedando todo faltar, y yo glorioso;  
mas estoy temeroso que en tocándome,  
asíéndome y llamándome enemigo,  
daría el castigo que merece  
quien al peligro ofrece, que yo sigo,  
la vida al enemigo tan amado.

RODANA.

Pues, amante soldado, ¿si lo juro,  
no quedarás seguro?

PRÍNCIPE.

No, enemiga,  
que la palabra a la mujer no obliga.

RODANA.

¿Quién te dió el nombre de soldado?

PRÍNCIPE.

Hado.

RODANA.

¿Siendo desconocido?

PRÍNCIPE.

Conocido.

RODANA.

¿En el reino que yo resido?

PRÍNCIPE.

He sido.

RODANA.

¿Que tienes algo no prestado?

PRÍNCIPE.

Estado.

RODANA.

¿Que no estás libre o desatado?

PRÍNCIPE.

Atado.

RODANA.

¿El espíritu al cuerpo asido?

PRÍNCIPE.

Asido.

RODANA.

¿Qué buscas si tu bien impido?

PRÍNCIPE.

Pido.

RODANA.

¿Pides sin ser amado?

PRÍNCIPE.

Ser amado.

RODANA.

¿Y quién me ha de obligar a amarte?

PRÍNCIPE.

Marte.

RODANA.

¿Qué Marte? ¿Tu intención es fuerza?

PRÍNCIPE.

Es fuerza.

RODIAÑA.

Aguarda, loco, afuera.

PRÍNCIPE.

Loco fuera.

RODIAÑA.

¿Y quién pudo obligarte a Marte?

PRÍNCIPE.

Amarte.

RODIAÑA.

¿A guerra el amor fuerza?

PRÍNCIPE.

El amor fuerza.

RODIAÑA.

Huyendo va el traidor. ¡Asildo! ¡Muera!

GINEBRA.

No me dirás agora que no es hombre.

*(Sale el Conde y gente.)*

CONDE.

¿Quién hay que no se asombre de escucharte?

¿Por dónde o a qué parte vas corriendo?

RODIAÑA.

¿No oyes el estruendo de las armas  
entre las verdes plantas y laureles?

CONDE.

De todos tus vergeles, Reina hermosa,  
la más pequeña rosa hemos contado;  
pero de ser hallado no hay remedio,  
que está del cielo en medio y le la tierra.

RODIAÑA.

¡Volved! ¡Hacelde guerra! ¡Yo lo he visto!  
¿Es más lo que conquisto que uno solo?

PALADIO.

Hasta que salga Apolo te prometo,  
si no tuviere efecto esta jornada,  
de no envainar la espada. ¡Vamos! ¡Muera!

CONDE.

¡La voz primera, hermanos, a la fuente!

PALADIO.

¡Ven por aquí!

CONDE.

¡Repártase la gente!

*(Vanse, y queda la Reina y GINEBRA.)*

RODIAÑA. ¡Oh, notable confusión!

¿Que a un hombre solo no hallen  
todo un armamento escuadrón? (1)

Ginebra, ¿qué sientes desto?

GINEBRA.

Imaginaba, señora,  
si aqueste Rey que te adora  
en este engaño te ha puesto;  
que si está enfermo del mal  
de ver tu rostro fingido,  
vendrá como ciervo herido  
a buscar el natural.

RODIAÑA.

¿El Rey? ¿Cómo puede ser?

GINEBRA.

De noche y con buena guarda,  
¡qué poco al hombre acobarda  
el valor de una mujer!

Sin duda detrás del muro  
desta huerta que escaló,  
un buen escuadrón dejó  
para acecharte seguro.

RODIAÑA.

Como que tiene razón,  
y ojalá que fuese así,  
que lo que le oí aquí  
me mueve el alma a afición.

¿No ves qué bravo y gallardo  
le pintan sus enemigos?

GINEBRA.

Si amor os hiciese amigos,  
buenas albricias aguardo.

Que la guerra cesaría  
y también la de mis ojos,  
templándose los enojos  
que padece el alma mía.

El traidor Conde te adora  
y, perdida la esperanza,  
era fuerza dar bonanza  
al mal que mi alma llora.

RODIAÑA.

Está cierta que en secreto  
Marinarte me lastima,  
y que su virtud me anima  
a que la paz tenga efecto.

Mas, aunque tan alabado,  
soy yo tan escrupulosa,  
que pienso que es mentirosa  
esta fama que le han dado.

Y si con mis ojos mismos  
lo que me dicen no veo,  
pondré entre nieve el deseo  
que abrasará mil abismos.

GINEBRA.

¿Pues qué remedio imaginas  
para volver?

RODIAÑA.

Disfrazada;

(1) Falta un verso.



que ya estoy determinada.  
 GINEBRA. ¡Gran locura determinas!  
 ¿No ves que serás sentida?  
 RODIANA. ¿Sentida? No puede ser,  
 y en siéndolo, aunque mujer,  
 sabré defender mi vida.  
 GINEBRA. A gran peligro te pones.  
 RODIANA. Esta es mi voluntad,  
 aunque de mi libertad  
 se prueben los corazones.

(Sale el CONDE y PALADIO, CALIDORO y CLARINARTE,  
 y el JARDINERO y PIRENA (1), revueltos a unas man-  
 (tas).)

CONDE.

Si los propuestos medios no son fáciles,  
 por lo menos será forzoso un Hércules,  
 que derribe esta huerta con sus árboles,  
 para que hable aqueste falso espíritu,  
 soldado amante y engañoso príncipe.  
 Hasta sacar del suelo verdes céspedes  
 y desas fuentes deshacer los mármoles,  
 hemos buscado aquesta sombra armífera;  
 mas para hallarla nunca fuimos hábiles.

RODIANA.

¿Es posible que todo aquel estrépito  
 no os dijo dónde o cómo?

CONDE.

Fué tan súbito,  
 que todos los remedios son inútiles;  
 que por servirte fuéramos  
 desde esta helada hasta la zona frígida.

RODIANA.

¿Y que vosotros deis tan de propósito  
 encerraros como pusilánimos  
 y no sintáis a dos ladrones ágiles,  
 más que si fueran árboles y pájaros?

JARDINERO.

Si acaso desta huerta, Reina espléndida,  
 pasearan dos perros el gran círculo,  
 y a cualquiera viento con ladrido horrissono,  
 salieron con los ojos de relámpago,  
 valieran más que el más lucido ejército;  
 mas ¿qué puede hacer el tosco número  
 de un escuadrón de labradores rústicos,  
 para la tierra solamente válidos,  
 a quien el son del más remoto pífano (2)

(1) Texto: "PERINA."

(2) Texto: "pífar"; supongo pífano, por el metro esdrújulo.

ni del cañón la despedida pólvora  
 hará temblar como unas hojas (1) débiles?

PRÍNCIPE.

Durmiendo estaba yo, Reina invictísima,  
 cuando sentí por esos verdes álamos  
 las pisadas de aquece ladrón pérfido,  
 que entre estas viñas y sus verdes pámpanos  
 de un alto se arrojó como un cernícalo;  
 yo, presumiendo que era quiromántico,  
 y que para tal peligro no era tiempo,  
 a sus manos temí como dos áspides,  
 y en la cabeza y ropa y cama púseme,  
 de donde no salí, como galápago,  
 hasta que de tu gente vi el escándalo.

RODIANA.

¿Eres tú aquel vitorioso bárbaro  
 que rendir viste aquel castillo mísero,  
 y me trajiste ayer las nuevas trágicas?

PRÍNCIPE.

Yo soy de aquellos desdichados cómplice.  
 ¿Mandas en qué te sirva?

RODIANA.

¡Hola, Paladio!  
 ¡Y vos, Conde! Llevad la gente bélica  
 a descansar mientras que el son y música  
 de las trompetas escuchéis; que quiero  
 hablar a solas con este jardinero.

CONDE. Haremos todos tu gusto.  
 Salid vosotros también.

PIRENA. Padre, que a solas estén  
 me ha dado mucho disgusto.

JARDIN. ¿De la Reina estás celosa?  
 Anda, que no hay que temer.

PIRENA. ¿Por qué, padre? ¿No es mujer  
 más fácil si más hermosa?

(Íanse todos. Queda la REINA y el PRÍNCIPE.)

RODIANA. ¿Sabes para qué te llamo,  
 y que es negocio de veras?

PRÍNCIPE. Así, señora, supieras  
 lo que yo te adoro y amo.

RODIANA. ¿Dónde mi enemigo estaba?

PRÍNCIPE. Tres millas debe de haber,  
 que hoy le he visto, digo ayer,  
 que ya es hoy y ayer se acaba.

RODIANA. ¿Dónde?

(1) Texto: "unos ojos".

PRÍNCIPE. En su tienda.  
RODIAÑA. ¿Qué hacía?

PRÍNCIPE. Amenazaba su gente,  
porque temerariamente  
tu casa y jardín rompía.

RODIAÑA. ¿Y a quién oíste decir  
que me tuvo algún amor?

PRÍNCIPE. A un buen hombre, labrador,  
que no supiera fingir;

éste guardaba un retrato,  
que el Príncipe le quitó.

RODIAÑA. ¿Qué? ¿De ése se enamoró?

PRÍNCIPE. Soy el mismo, verdad trato.

RODIAÑA. ¿Quién?

PRÍNCIPE. El labrador, señora,

que tu retrato guardaba,

y sé que el Rey te adoraba  
como yo, aunque sólo agora,

porque ternezas decía  
antes que dél me partiese,  
que, aunque como yo te viese,  
poco más decir podría.

Y aun después se murmuraba  
que lloró y que suspiró,

y que [a] su padre escribió  
que vendido y preso estaba,

y que era imposible hacer

guerra contra el alma suya.

Mira si es bien que se arguya  
que te debe de querer.

RODIAÑA. Eres bastante testigo,  
porque tan groseros paños  
no pueden cubrir engaños.

PRÍNCIPE. Realmente que os soy amigo,  
y estoy con pena amorosa  
por extremo aficionado.

RODIAÑA. Digo que eres extremado.

PRÍNCIPE. Y vos extremo de hermosa.

El os ama a toda ley,

aunque parece enemigo;

crece[d]me aquello que os digo  
como palabra de rey

que he dejado por serviros,  
y las nuevas que os he dado,  
perdido todo el ganado,  
y dando al aire suspiros.

RODIAÑA. Pues sábet que por fama  
a ese Rey tengo afición.

PRÍNCIPE. Par Dios, que tenéis razón,  
porque como el alma os ama.

RODIAÑA. Mas como suele mentir

la fama que suena má,  
no me ha de engañar jamás  
el sentido del oír.

Yo lo he remitido al ver;  
en este traje contigo  
he de ver a mi enemigo.

PRÍNCIPE. ¿Qué presto pudiera ser!

RODIAÑA. ¿Es gentilhombre?

PRÍNCIPE. Presumo  
que tiene mi garbo y talle.

¿Mas vos no vais a buscallo?

RODIAÑA. En buscallo me resumo.

PRÍNCIPE. Pues mucho parece a mí.

RODIAÑA. Digo que tenéis donaire.

PRÍNCIPE. Si aquesto echáis por el aire,  
no salgáis, Reina, de aquí.

RODIAÑA. Llevaremos al Real  
algo que poder vender.

PRÍNCIPE. ¿Qué buen engaño ha de ser,  
y fin de todo mi mal!

RODIAÑA. Avísame cuando veas  
apuntar la luz del día.

PRÍNCIPE. ¡Ah, Reina y señora mía!  
Yo soy el que ver deseas.)

### ACTO TERCERO

(Salen el PRÍNCIPE CLARINARTE y la REINA, vestidos  
de labradores.)

PRÍNCIPE. Eres villano perfeto  
y en el donaire tan solo,  
que vences al mismo Apolo  
cuando fué pastor de Admeto.

Y con tanta perfección,  
que no te iguala ninguna,  
pudieras vencer la luna,  
como nuevo Endimión.

Que como en techos dorados  
y en seda y perlas reposas,  
imagina así los dioses  
por dulce amor disfamados.

Si eran así los pastores  
de las edades primeras,  
¿qué mucho que hasta las fieras  
rindiesen de mal de amores?

Agora al interés valgo,  
y del amor me despido,  
viendo villano a Cupido,  
que solía ser hidalgo;

pero ya villano soy  
en hacer que sea villano,

- pues le tendré como hermano,  
si el alma y vida le doy.
- RODIANA. Cuando amor te enseña a ti,  
que las razones te lima,  
¿qué hará si mi pecho anima  
de mi rudeza y de mí?  
A una imaginación  
de un bien jamás conocido,  
enloquecido el sentido  
llevaste mi corazón.
- Mucho peligro aventuro.
- PRÍNCIPE. No llevéis, Reina, temor.  
Cualquier peligro de amor  
de la muerte está seguro.  
¿Qué os pueden a vos hacer  
cuando seáis conocida?
- RODIANA. Quitarme pueden la vida  
como a cobarde mujer.  
Que antes que yo me rindiera  
era mujer y diamante,  
mas perdí por ser amante  
que otro amante me venciera;  
que a llevar yo corazón,  
de que ya tengo tan poco,  
su gente tuviera en poco  
y el más lucido escuadrón.  
Nunca pude conocer  
mi conocida rudeza,  
y ahora en esta flaqueza  
conozco que soy mujer.
- PRÍNCIPE. Así me huelgo de oiros,  
como el propio Rey se holgara,  
a quien le costáis tan cara  
de lágrimas y suspiros.  
Que me resulta ganancia  
por ser hombre, y él también,  
de ver que a quererle bien  
rindáis tan alta arrogancia.  
¿Que, en fin, le amáis?
- RODIANA. Si no miento  
la vista a lo imaginado,  
de mí vendrá a ser amado  
amorosa y tiernamente.  
Salga la imaginación  
de mi alma verdadera,  
y alzaré el amor bandera  
de tu ingeniosa traición.
- PRÍNCIPE. ¿Y si acaso no os agrada  
su talle, su gracia y brío?
- RODIANA. Daré aquel golpe en vacío  
como consonancia errada.

- Mas no es posible que engañe  
la fama en tan corto espacio;  
de su tienda a mi palacio,  
¿qué puede haber que me engañe?
- PRÍNCIPE. Ninguna cosa a los dos  
os tiene en esto engañados,  
y si estáis de amor prendados  
mal puede engañar un Dios.  
Vos ya le habéis visto a él  
en vuestra imaginación,  
con la misma perfección  
que esperan los ojos dél.  
Y él también a vos os vió,  
y os ve agora retratada,  
tan al vivo figurada  
como os estoy viendo yo;  
porque la imaginación  
dicen que suele hacer caso.  
¿Mandas en qué te sirva?
- RODIANA. No le quiero, que me abraso,  
pero téngole afición;  
y cuando al fin no le viera  
ninguna pena tendría.
- PRÍNCIPE. No es posible, a la fe mía,  
que tal crueldad se le hiciera.  
Por fuerza le habéis de ver  
como agora le miráis,  
si no es que le imagináis  
lo que ha de venir a ser.  
Mas mira que cerca estamos  
de su armada y rica tienda,  
y no es bien que nadie entienda  
el intento que llevamos.  
Id vos por aquea parte  
mientras yo por aquí voy.
- RODIANA. ¿Y si contigo no doy,  
adónde tengo de hallarte?
- PRÍNCIPE. (Estábale por decir  
que me buscase en su pecho.)  
Id el camino derecho,  
que yo os tengo de seguir.
- RODIANA. Pues no me dejes.
- PRÍNCIPE. Mal puedo  
dejaros si estáis asida  
al alma, siendo la vida  
en que ya sin alma quedo.
- RODIANA. Vete, serrano, con Dios,  
hasta que te vuelva a ver.
- PRÍNCIPE. Su ayuda habré menester  
para apartarme de vos.  
(*Páanse, y salen cinco Soldados.*)

SOLDADO 1.º

Cuando tales sospechas fuesen ciertas,  
a las naves, amigos, nos volvamos,  
las armas bajas y esperanzas muertas,  
pues debajo la insignia militamos  
de nuestro Rey, legítimo heredero,  
por quien la patria y la vida aventuramos  
si a manos de algún falso consejero,  
por orden de la reina Rodiana  
ha sido muerto, o queda prisionero,  
aunque su muerte misera y temprana  
fuera justo vengar, tiempo nos queda,  
si fuese esta verdad patente y llana;  
que no es bien que quedemos donde pueda  
vender algún tirano nuestras vidas,  
si sus banderas y bastón hereda.

SOLDADO 2.º

Ha hecho tantos fuertes de homicidas (1)  
la misera codicia del Imperio,  
y el oro matador de Craso y Midas,  
que no sería monstruo, ni aun misterio,  
pensar que alguno destos capitanes  
hubiese dado en este vituperio.

He visto muchos yo destos Guzmanes  
que le idolatran en presencia suya,  
y le muerden después como alacranes.

Lo que se determina se concluya;  
que el Príncipe, en efecto, no parece,  
de donde es bien que su prisión se arguya.

El alboroto en nuestro campo crece.  
Sepamos lo demás; que es desatino  
no remediar el daño que se ofrece.

SOLDADO 3.º

Ninguno lo dirá como Mambrino,  
que sabe la verdad de aqueste caso,  
que a tal privanza con su Alteza vino,  
que si le han muerto por traición acaso,  
maldad como ésta no la ha visto el mundo  
desde Calisto al contrapuesto Ocaso.

SOLDADO 4.º

Algún traidor al Magancés segundo,  
puede ser que engañado de la Infanta,  
de cuyos hechos su malicia fundo,  
la fe debida a nuestro Rey quebranta,  
que no es milagro, aunque maldad parece,  
que quepa en escocés infamia tanta.

Su rica tienda es ésta, que guarnece  
este fiero león sobre la punta,  
que ya rendido agora se me ofrece.

Llega, Lariso, y por el Rey pregunta,  
que Mambrino la tiene así cerrada.

SOLDADO 5.º

Pues llegue toda la cuadrilla junta.

SOLDADO 1.º

Poned los arcabuces a la entrada,  
y muera, si del Rey no diere nuevas.

(Dicen de dentro.)

MAMBRINO.

¿Gente dices?

OTRO.

Y viene alborotada.

SOLDADO 2.º

¡Ah de la tienda!

(Adentro.)

Pocas armas llevas,  
si este motín contra tu pecho sale.

MAMBRINO.

¿El peto, qué valdrá, loriga y grevas?

¿Qué resistencia a tanta gente vale?

SOLDADO 3.º

¡Ah de la tienda! ¡Sal, o batirémosla!

SOLDADO 2.º

¿Quieres tú que dispare?

SOLDADO 1.º

¡Apunta!

SOLDADO 4.º

¡Dale!

SOLDADO 2.º

¿La tienda no es del Rey? Pues respetémosla.

SOLDADO 3.º

¡Poned la cuerda al polvorín!

SOLDADO 1.º

¡Dispara!

SOLDADO 4.º

Si no saliese agora, romperémosla.

(Sale MAMBRINO.)

MAMBRINO.

¿Qué es aquesto, soldados? ¿Quién pensara  
que a la tienda del Príncipe viniera

(1) Sic en el texto; será "tantas suertes de homicidas".



el que su sueldo militar gozara?

¿Qué esguizaro, qué ristre se atreviera  
por su estipendio y paga conocido  
a seguir el león de su bandera.

que viniere tan falto de sentido  
a romper su real alojamiento,  
no de su ~~amor~~ mas de interés nacido?

SOLDADO 4.º

Dejen ~~este~~ ese vano parlamento:  
danos a Clarinarte luego, luego,  
o tú y la tienda iréis en polvo al viento.

MAMBRINO.

¡Paso! ¡Escucha!

SOLDADO 1.º

¡No escuches; dale fuego!

SOLDADO 2.º

Sin el Rey no hay disculpa que escuchemos.

MAMBRINO.

¿Qué furor os induce loco y ciego?

SOLDADO 2.º

Danos (1) nuevas del Rey, y callaremos.

SOLDADO 4.º

¿Dónde está el Rey, que no parece?

MAMBRINO.

¡Oídmelo!

SOLDADO 5.º

¡Dadnos a nuestro Rey!

SOLDADO 1.º

¡El Rey queremos!

MAMBRINO.

Yo os quiero dar las nuevas; advertidme.

SOLDADO 2.º

¿Qué nuevas? ¡Habla!

MAMBRINO.

Si no fueren ciertas,  
matadme, hacedme polvos, destruídme.  
Bien habéis visto las hermosas huertas  
que hay desde aquí a la ciudad cercada.

SOLDADO 3.º

¿Y qué importa que deso nos adviertas?

MAMBRINO.

No lo dijera a no importaros nada;  
pero sabed que el Rey en una dellas  
goza de una cautiva regalada.

(1) Texto: "denos".

Es bella entre las que hoy se llaman bellas,  
tanto, que como hechizo le suspende  
desde que nace el sol a las estrellas,  
y pues su ausencia, amigos, os ofende,  
como a soldados que pretenden honra,  
id, aunque deje el fuego que le enciende;  
que bien sé yo que a quien la frente honra  
el laurel vitorioso de la guerra  
el vano amor le infama y le deshonra.  
Pero como es lasciva (1) aquesta tierra,  
y el mozo vitorioso, no os espante,  
que en fin el ocio la virtud destierra.

SOLDADO 4.º

Sin duda de Dorinda (2) es vano amante,  
la que se le vendió por la cadena.

SOLDADO 5.º

¿Paréceos que es satisfacción bastante?

SOLDADO 2.º

No me parece de verdad ajena;  
mas ha de ser satisfacción en parte,  
que nos descuide de pasión y pena.

SOLDADO 1.º

¿Y cuándo nos darás a Clarinarte?

MAMBRINO.

Esta noche sin falta, o cuando el alba  
la estrella anuncie a quien adora Marte.

SOLDADO 3.º

Con esto queda tu persona salva;  
pero si falta de mañana, advierte,  
que haremos guerra lo que agora es salva.

MAMBRINO.

Digo que me condeno a infame muerte  
si no os mostrare al Príncipe mañana,  
o a la sentencia que me deis más fuerte.

SOLDADO 4.º

¡Vamos!, que esto es sin duda verdad llana,  
porque es Dorinda por extremo bella.

SOLDADO 5.º

Es la afición de la razón tirana.

SOLDADO 2.º

¡Qué huélguese, y mil años goce della!

(*Vanse los SOLDADOS y queda MAMBRINO.*)

MAMBR. ¡En que confusión me deja

(1) A: "lasciva".

(2) Antes la llamó "Clarinda."

el motín deste escuadrón,  
y más que la confusión  
es del Príncipe la queja!

¿Es bien que en sus gustos ande  
de su honor y campo ausente,  
para obligar a su gente  
a desvergüenza tan grande?

¿Es esta la fama altiva  
de los capitanes fuertes,  
que antes pasaban mil muertes  
que gozar de una cautiva?

¡Oh, ejemplo de veloz curso,  
que hacen los pocos años,  
que para ver sus engaños  
no hace el alma discurso!

¡Triste de mí! Qué haré?  
Esta palabra que he dado  
a un ejército alterado,  
¿cómo cumplirla podré?

¿Dónde tengo de buscar  
este Príncipe perdido,  
este rapaz atrevido?

¿Adónde le puedo hallar?

¿En qué parte se escondió?

¿Por dónde hallaré camino?

(Sale el PRÍNCIPE CLARINARTE.)

PRÍNCIPE. ¡Ce, Mambrino! ¡Hola, Mambrino!  
¿Estáis solo?

MAMBR. ¿Quién és?

PRÍNCIPE. Yo.

MAMBR. ¿Es el Príncipe?

PRÍNCIPE. Yo mismo.

MAMBR. ¡Oh, pesar de mi linaje!  
Mándame otra vez que baje  
hasta el fuego del abismo:

mándame pasar el mar  
en una tabla rompida,  
quitar a un león la vida,  
y a un tigre el hijo quitar;

mándame traer cautiva  
una sirena, una esfinge,  
como de Tebas se finge,  
o comer un áspid viva,

y no me mandes quedar  
entre esta bisoña gente,  
furiosa, loca, impaciente,  
que me han querido matar.

Ahora se van de aquí  
mil arcabuces y más,  
que no me he visto jamás

como hoy entre ellos me vi.  
Juraban de darme muerte  
si al Príncipe no mostraba,  
que el motín imaginaba  
que alguno quiere venderte.

Piensan que estás en prisión,  
o que ya no tienes vida.

PRÍNCIPE. Bien piensan; que mi homicida  
me la quita, y sin razón.

Ma... ¿cómo se aseguraron?

MAMBR. Di palabra de mostrarte  
mañana, y con esto en parte  
su alteración mitigaron.

¿A qué buen tiempo he venido  
a impedir el alboroto!  
Que ya tu ejército roto  
parece más que vencido.

Unos se quieren volver,  
y otros te quieren dejar.

PRÍNCIPE. Deja, Mambrino, el pesar,  
que me has de hacer un placer.

MAMBR. ¿Luego no tengo de darte  
muy buena reprehensión?

PRÍNCIPE. Y a fe que tienes razón  
y gustara de escucharte;  
mas es imposible agora,  
que me va en esto la vida.

MAMBR. ¿Cómo?

PRÍNCIPE. Aquí está la homicida  
que el alma que abrasa adora;  
que en hábito de villano  
vino a ver nuestro Real,  
y revuelto en un cenital  
el cabello o sol tirano.

La ocasión deste suceso  
sabrás al morir del día.  
que quiero que como espía  
todo mi bien traigas preso.

Y ve, por Dios, entretanto  
que tomo espada y bastón,  
y verás la perfección  
que mueve a la tierra espanto,  
y estoy por decir al cielo,  
si lo que hice te espanta.

MAMBR. ¡Poco menos te levanta,  
no des con todo en el suelo!

Pero a fe que andáis los dos  
en materia de atrevidos  
con menos de dos sentidos  
de los diez que os puso Dios.

Al fin que el oír y el ver

PRÍNCIPE. quede aquí más que el honor.  
¿No ves que vence el amor  
cuantas cosas tienen ser?

Ve, por Dios; no se nos pierda  
esta gentil ocasión.

MAMBR. Aquí de la pretensión  
de tu padre se me acuerda.  
¿Qué engañado vive ahora  
de tu injusto pensamiento!

PRÍNCIPE. ¡Oh, remiso encogimiento  
que todo mi bien desdora!

Llamaré, si no has de ir,  
otro que más me obedezca.

MAMBR. Yo voy, porque no parezca  
que no te quise servir;  
pero considera un poco,  
ya que quedas solo aquí,  
que es bien que vuelvas en ti.

(*Íase MAMBRINO.*)

PRÍNCIPE. Más necio estás que yo loco.

Mi padre propio, sospecho,  
que es a quien debo, y es justo,  
obedecer y dar gusto,  
no me sosegara el pecho.

Hoy, mi villana divina,  
¿qué intento, cautiva, os muestra  
esta alma, que de la vuestra  
ha sido cautiva indigna?

¡Hola, pajes!

PAJE. ¿Señor!

PRÍNCIPE. ¡Hola!

PAJE. ¿Vino ya el Rey?

PAJE 2.º ¡Aquí está!

PRÍNCIPE. Tomad este peto allá;  
no quiero más que la gola.

Dame una espada.

PAJE. ¿Dorada?

¿O cuál quieres? Que no sé  
cuál espada te dará.

PRÍNCIPE. Pues tráeme cualquier espada.

Veréisme diferenciado,  
señora, de lo que fui;  
aunque villano me vi,  
dichoso Rey desdichado.

Si se transforma por ley  
el que ama en lo que adora,  
sed vos villana, señora,  
que yo por vos seré Rey.

Pues vuestro ser he tomado,  
y vos el que yo tenía,

bien arguya, reina mía,  
que estoy en vos transformado.

(*Salen los SOLDADOS.*)

PAJE. Ciñe la espada.

PRÍNCIPE. ¿Quién viene?

PAJE. Mil soldados que desean  
verte.

PRÍNCIPE. Pues entren, y vean  
un cuerpo que alma no tiene.

SOLDADO 1.º

Danos aquestos pies, ilustre Príncipe,  
tan deseado de tus tristes súbditos,  
que ya tu injusta cárcel lamentábamos,  
y aun mayor mal a sospechar veníamos,  
que algún traidor tocado del arsénico  
de la codicia vil, como vil bárbaro  
vendió tu sangre [a] aquesta reina armífera,  
y a venganza colérica y justísima  
más de la media parte de tu ejército,  
adonde ahora estampo los pies, vino,  
y ¡ay del triste Mambrino!, si por dicha  
fueras por su desdicha preso o muerto.

PRÍNCIPE.

Yo estoy muy cierto, hidalgos, de la pena  
que mi muerte o cadena os habrá dado,  
pero sabed que he estado libremente  
gozando alegremente la vitoria  
que de mi honor y gloria y vuestra fama  
del norte al sur derrama la voz suya.  
La pena se concluya, y esos brazos  
me den muchos abrazos; que no es justo  
que ese vuestro disgusto estime en menos.

SOLDADO 2.º

¡Oh, Rey, que a los más buenos aventajas!  
Si a este suelo te bajas, hasta el cielo  
te quiere alzar el suelo que te adora;  
que no te iguala ahora el gran Trajano,  
nunca, Alejandro Magno, ni Leonidas.

SOLDADO 3.º

Quite de nuestras vidas el que puede,  
y si esto nos concede, en ti las pongo.

SOLDADO 4.º

A tus sienes compongo la corona,  
que a la tórrida zona y al oriente  
vaya de gente en gente dilatada.

SOLDADO 5.º

La humildad ensalzada, siempre altiva,

decid todos, soldados, ¡viva! ¡Viva!

*(Sale MAMBRINO con la REINA presa, y los SOLDADOS se quedan a un lado.)*

MAMBR. En medio de tu disgusto,  
para bien de tu alegría.  
tñaigo, señor, esta espía  
en traje tosco y robusto,  
que tu ejército y soldados  
iba poniendo en memoria,  
ociosos con la vitoria,  
dormidos y descuidados.

PRÍNCIPE. Sacadme una silla aquí.  
¡Qué notable atrevimiento!

RODIANA. (Amor, ¿qué es esto? ¿Qué siento?  
¿Duermes? ¿Velo? ¿Estoy en mí?)

PRÍNCIPE. Su injusto intento condeno,  
más la traición que la mano.

SOLDADO. ¡Qué bello rapaz!

PRÍNCIPE. Es llano  
que disirazaba el veneno,  
que así la Reina reserva.  
¿Que no le echase de ver?

MAMBR. Así se suele esconder  
el áspid entre la hierba.  
Síntese Su Alteza.

PRÍNCIPE. (Estoy  
por castigalle y no oille;  
mas mejor será decille  
quién es la Reina y quién soy.)

RODIANA. (Si éste no es aquel villano  
que vino conmigo al Real,  
todo el poder natural  
en aquesta parte es vano,  
porque dos rostros hacer  
tan conformes, habrá sido  
milagro no sucedido  
desde que el mundo dió ser.

¿Pero hacer posible ha sido,  
el cielo con igual mano,  
el rostro de aquel villano  
al Príncipe parecido?

Mas ¿cómo naturaleza  
pudo errar? Mas bien podría;  
que como otros monstruos cría,  
pudo humillar su grandeza;  
y es semejanza tan mala,  
que vengo a determinarme  
de morir y no casarme  
con rey que a un villano iguala.)

PRÍNCIPE. Ya habrás pensado entre ti

la disculpa que has de dar;  
porque tanto murmurar,  
debe de ser contra mí.

RODIANA. No es muy lejos lo que piensa,  
de ser en ofensa tuya.

PRÍNCIPE. De tu desco se arguya,  
que le tiene de mi ofensa.

Mas, ¿qué ofensa podrá hacerme  
vuestra ya cautiva espía,  
estando en la mano mía  
vengarme y satisfacerme?

Apostaré que murmuras  
de mi mal tallo y presencia,  
y que mi fama, en ausencia,  
vencer y infamar procuras.

Dirás que fué injusta ley,  
con ese pecho inhumano,  
que quien parece villano,  
tuviese nombre de Rey.

¿Qué sientes de mí?

RODIANA. Mil cosas,  
que no te sabré decillas.

PRÍNCIPE. ¿Son faltas o maravillas?

RODIANA. Faltas son maravillosas.

PRÍNCIPE. ¿Hasme muy bien contemplado  
desde el cabello hasta el pie?

RODIANA. No eras como yo pensé;  
fuí desta fama engañado.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué a la Reina le dicen?  
¿Qué buena persona tengo?

RODIANA. Ya después que a verte vengo  
mis ojos lo contradicen.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué? ¿Parécote mal?

RODIANA. No me pareces muy bien.

PRÍNCIPE. Luego indigno soy también  
de mi corona real.

RODIANA. No, porque el alma es gobierno  
del cetro de rey que tienes.

PRÍNCIPE. ¿Y a verme el alma no vienes?

RODIANA. Algo en tus obras dicierno.

PRÍNCIPE. En fin, que yo no te agrado?

RODIANA. Muy bien pienso que pudieras,  
si para mí no tuvieras  
cierta manera de eniado.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

RODIANA. He topado un villano,  
y en extremo te parece,  
y rey que un reino obedece  
como señor soberano,  
no sólo ha de ser igual  
al villano que yo vi,



mas ha de tener en sí  
un no sé qué celestial.

PRÍNCIPE. No juzgas como discreto,  
porque el poder soberano  
hizo igual rey y villano  
con diferente sujeto.

Y en las cosas naturales  
ya después que hombres nacimos,  
los que fueron y vivimos,  
somos juntamente iguales.

El Rey tiene diferencia  
al vasallo y al criado,  
el ser de Dios ayudado,  
conforme a su preeminencia:  
pero la justa razón  
de que al Rey diferenciamos,  
cuando en su trono le vemos,  
es nuestra propia intención.

Aquel saber que uno es Rey  
hace que el temor le asombre,  
y que no piense que es hombre  
al que obedece su ley.

El temor en el Rey hace  
tan grande y noble presencia,  
que causa la diferencia  
del que bajamente nace.

Si tú me hubieras mirado  
como a Rey, con el temor  
que suele su resplandor  
dar al vasallo y criado,  
venerable pareciera  
y no villano sujeto,  
porque tu mismo respeto  
temor de rey te pusiera.

Mas como eres enemigo,  
mírasme como a villano,  
y si estuviera en tu mano,  
me dieras igual castigo.

¿Pésame de que haya sido  
contigo tan desgraciado!

RODIAÑA. Pues di: ¿qué hubieras ganado,  
o en lo contrario perdido?

PRÍNCIPE. Quisiérate libentar,  
porque a tu reina (1) te fueras,  
y con ella me pusieras  
en un dichoso lugar.

Lo que si yo ahora hiciera,  
que tan mal te parecí.  
sería decir de mí

mucho más de lo que hubiera.

Y créeme que has hablado  
como hombre atrevido y fuerte,  
y como aquel que a la muerte  
viene ya determinado.

Porque si la Reina fueras  
no tuvieras más crueldad  
ni con mayor libertad  
hablar a otro Rey pudieras.

RODIAÑA. Dejemos de hablar de mí,  
que soy de su casa un paje,  
y aunque de tan buen linaje  
que puedo igualarme a ti.

Mas ¿por qué causa querías  
que [a] la Reina te loase?

PRÍNCIPE. Porque a amarme se inclinase,  
ciega de alabanzas mías.

RODIAÑA. ¿Pues no te basta la palma  
que agora a ganar comienzas  
en que su reino la venzas,  
que quieras vencella el alma?

Eres vencedor indigno,  
como hombre, de lo que es tierra;  
pero no en hacelle guerra  
en lo immortal y divino.

PRÍNCIPE. ¿Si ella me la hace a mí  
en el alma, es mucha palma  
que quiera vencerse el alma,  
después que el alma le di?

RODIAÑA. ¿Luego tú quiéresla bien?

PRÍNCIPE. Por grande extremo la adoro,  
y ausente por ella lloro  
mi desdicha y su desdén.

RODIAÑA. ¿Pues cómo?

PRÍNCIPE. Por un retrato  
que vi, hermoso por extremo.

RODIAÑA. ¿Y piensas vencerla?

PRÍNCIPE. Temo.

RODIAÑA. ¿Qué deseas?

PRÍNCIPE. Vista y trato.

RODIAÑA. Tratada es fea.

PRÍNCIPE. Mentiste.

RODIAÑA. ¿De quién lo sabes?

PRÍNCIPE. De mí.

RODIAÑA. ¿Pues hasla visto?

PRÍNCIPE. No, y sí.

RODIAÑA. ¿Cuándo?

PRÍNCIPE. Cuando tú la viste.

RODIAÑA. ¿Eres tú la sombra?

PRÍNCIPE. El mismo.

RODIAÑA. ¿Tú quién la hablaba?

(1) A: "a tu Reyno".

PRÍNCIPE. Yo propio.

RODIAÑA. ¿Luego, en efecto, fué impropio?

PRÍNCIPE. Pensar que fué del abismo.

RODIAÑA. Tuvieron de ti temor,  
porque a haber adivinado  
que eras amante y soldado,  
alguien te tuviera amor.

PRÍNCIPE. ¿Quién, di?

RODIAÑA. La Reina.

PRÍNCIPE. ¿Es posible?

RODIAÑA. Sin duda,

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

RODIAÑA. Por fama.

PRÍNCIPE. ¿Y que la Reina me ama,  
siendo una roca invencible?

RODIAÑA. Es, sin duda, que te adora.

PRÍNCIPE. Y en viéndome, amigo, di,  
¿dirá tanto mal de mí  
como tú dices agora?

RODIAÑA. No me has parecido mal;  
sino que yo no pensaba  
que un hombre bajo imitaba  
a la persona real.

Y como el villano vi  
que en el camino encontré,  
pesóme cuando te hallé  
que se pareciese a ti.

Mas si me otorgas la vida,  
pienso a la Reina volver  
en poco fuego encender,  
y abrir la pequeña herida.

Diré mil bienes de ti.

PRÍNCIPE. ¿No más! ¡Hola! ¡Dalde paso!

RODIAÑA. ¡Si escapo, notable caso!

PRÍNCIPE. ¡Respetalde como a mí,  
y acompañaalde hasta tanto  
que del ejército salga!

RODIAÑA. ¡Tus altas empresas valga,  
gran señor, el cielo santo!

Y plegue a Dios que en contento,  
gusto, alegría y solaz,  
gocéis los dos de la paz  
en alegre casamiento.

PRÍNCIPE. ¿Eso has hecho? ¡Espera! Toma  
aqueste anillo, que vale  
un reino.

MAMBR. (¡De seso sale!)

PRÍNCIPE. ¿Quieres que conmigo coma?

MAMBR. Será gran desigualdad.

Déjala agora volver:  
que se podrá conocer

su grandeza y majestad.

RODIAÑA. Si das premio al enemigo,  
y más que amigo te amo.  
justa muerte merecía,  
nombre merecía de amigo.

Por la Reina, te lo llamo.

PRÍNCIPE. Y yo mis brazos te doy,  
que a fe que un amigo soy,  
y más que amigo, te amo.

Id todos juntos con él.  
Sólo aquí quede Mambrino.

(Un SOLDADO.)

SOLDADO. ¡Plaza, plaza!

PRÍNCIPE. Hasta el camino  
ninguno se aparte dél.

(Vanse los SOLDADOS y la REINA. Queda el PRÍNCIPE  
y MAMBRINO.)

MAMBR. ¡Bien nuevo suceso ha sido!

PRÍNCIPE. ¿No es, Mambrino, muy hermosa?

MAMBR. Es gallarda y belicosa,  
y de un ingenio arrevido.

PRÍNCIPE. ¿Has visto mejor villano  
en estas islas jamás?

MAMBR. ¿Que buena guerra le das,  
a quien ya le das la mano?

Pues tu padre ya lo sabe.

PRÍNCIPE. ¿Quién se lo ha escrito?

MAMBR. No sé.

PRÍNCIPE. ¿Piensas que temor tendré?

MAMBR. Dicen que apresta una nave.  
Y, viendo tu perdimiento,  
quiere hacer la guerra él.

PRÍNCIPE. ¿Esto mi padre cruel  
tiene a loco pensamiento?

El procurar de una guerra  
tan mal hecha, paz tan noble,  
¿no es ganar la tierra al doble  
más que destruir la tierra?

No tengo padre, ni quiero  
que más se llame este nombre;  
para padre soy muy hombre,  
y grande para heredero.

En esto me determino  
y deste parecer soy.  
Quédate adiós, que me voy,  
para salirle al camino.

(Vase el PRÍNCIPE.)

MAMBR. En la obstinación que anda  
es el consejo excusado.

que mal mandará el criado  
adonde el señor no manda.

Quien a su padre escribió  
todo lo que pasa aquí,  
yo solo fui, que yo fui  
a quien él lo encomendó.

Y aunque deste casamiento  
paz y provecho resulta,  
en todo lo dificulta  
el paternal mandamiento;  
que la quiere para sí  
con un entrañable amor,  
tal que me pone temor  
el pensar que viene aquí.

¡Oh, amor, de quien se pregona  
tan duro estatuto y ley,  
que ni el vasallo a su Rey,  
ni el padre al hijo perdona!

*(Vase, y sale la REINA con SOLDADOS.)*

RODIANA.

La merced recebida como es justo,  
valientes caballeros, agradezco,  
y pues estoy de la ciudad tan cerca,  
volveos a vuestro campo, que podría  
sentiros la ciudad, y dispararos,  
si acaso os sienten, un cañón del muro.

SOLDADO 1.º

Guarda tu vida, labrador hermoso,  
el que tan bello cuerpo y alma noble  
en rústico sayal puso escondido,  
como en la mina suele estar el oro.  
Nosotros nos volvemos al ejército,  
bien confiados de tu fe inviolable,  
que has de igualar el talle con las obras.

RODIANA.

Pues id en paz, amigos, que yo espero  
que han de tener buen fin aquestas paces.

SOLDADO 2.º

Pues vamos, caballeros, y no entremos  
la tierra más adentro; que algún día  
haremos Corte lo que agora es campo,  
la guerra paz, y los contrarios deudos.

RODIANA.

¡El cielo os guarde, compañía gallarda!

SOLDADO 1.º

¡Vaya en la tuya el Ángel de la guarda!

*(Vanse los SOLDADOS y queda la REINA.)*

RODIANA. Quien presto se determina  
muy de espacio se arrepiente,  
quien ve la muerte presente,  
tarde el remedio adivina.

¡Oh, Príncipe sabio y justo,  
galán, fuerte y gentilhombre!  
En toda la tierra el hombre  
que me ha dado solo gusto.

Trátanse ya aquestas paces  
en tu amor y mi desdén.  
¿Darásme, cielo, algún bien,  
de cuantos males me haces?

Herida voy como cierva.  
¡Adiós, loca presunción!  
Que llevo en el corazón  
poca vida y mucha hierba.

*(Sale el PRÍNCIPE en traje de labrador.)*

PRÍNCIPE. Falto vengo del aliento  
y de la vida por ti.  
¿Cómo te has venido así,  
venciendo en el curso al viento?  
¿Hante acaso conocido,  
o el campo no te agradó?

RODIANA. ¿Que no es éste el que vi yo  
del real traje vestido?...

*(¿Que éste el Príncipe no es?...)*

PRÍNCIPE. ¿Qué dices, señora mía?

RODIANA. Que pensando que era espía,  
puse la vida en los pies.

Y ellos me han favorecido  
hasta que en salvo me han puesto.  
¿Qué engaño es éste? ¿Qué es esto?  
¿Que así me ciega el sentido?

Mas no es posible que sea  
el Rey aqueste villano.)

PRÍNCIPE. En dejarte de la mano  
hice una cosa muy fea:

Pero ya, mientras viviere,  
será imposible dejarte.

RODIANA. ¿Que aqueste no es Clarinarte,  
el que yo quiero y me quiere?

¿No es su habla? ¿No es su boca?  
¿No es en todo semejante?

¡Ay, dulce soldado amante!  
Mas ¿qué digo?, que estoy loca.

¿Qué tengo ya que temer?  
Pues de su campo he salido,  
sin que me hayan conocido,  
¿qué me puede suceder?

¿No estoy ya cerca del muro

de mi ciudad populosa?)

PRÍNCIPE. Ya por mi fe, Reina hermosa,  
que estamos en lo seguro.

Decilde agora a ese loco  
que pruebe haceros agravio.

RODIAÑA. (Que éste presume de sabio  
y de que yo sé tan poco.

¿Mas quién duda que no entiende  
que le he conocido ya?)

PRÍNCIPE. (Dudando si soy está,  
el que la adora y la ofende.)

¿Viste al Rey, señora?

RODIAÑA. Vile,

y vi en él tanta grandeza,  
que me parece baja  
que a vencerme se aniquile.

PRÍNCIPE. ¿Satisfízote su talle?

RODIAÑA. De suerte me enamoró,  
que en el punto que le vió  
el alma se obligó a amalle.

Sin ella vengo.

PRÍNCIPE. ¿Sin ella?

No es cosa para crer;  
que luego el cuerpo ha de ser  
muerto, si se aparta della.

Sin duda mucho caminas,  
que no he podido alcanzarte.

RODIAÑA. (¿Que aquí este no es Clarinarte?)

PRÍNCIPE. ¿En qué piensas? ¿Qué imaginas?

RODIAÑA. Tengo una duda, que ha sido  
para más desvanecerme,  
pues velando el alma, duerme  
la memoria en el sentido.

Ven cierta cosa mis ojos  
que no la quieren creer.

PRÍNCIPE. Bien pueden, señora, ser  
imaginados antojos.

La puerta nos han abierto,  
entremos en la ciudad.

RODIAÑA. (Que me engaña la verdad.

¿Si es él? ¿No? ¿Sí?

PRÍNCIPE. Yo soy cierto.

(Vanse, y sale el REY DINACREONTE y SOLDADOS, y  
MAMBRINO.)

REY.

¿Que en tal locura aquel traidor ha dado,  
y que esté en la ciudad con mi enemiga,  
ciego como otro Ulises hechizado,  
en los lascivos brazos de su amiga?  
¿Que deje todo el reino yo, alterado,

sin gobierno que mande o Rey que siga?  
Pues no, traidor; que mi vejez cansada  
aún tiene brios de regir la espada.

¿En efeto, Mambrino, que un retrato  
ha sido de su alma el bebedizo?

MAMBRINO.

Pienso que fué de Rodiana el trato,  
que aqueste engaño por sus manos hizo.

REY.

¡Ay, hijo desleal! ¡Ay, hijo ingrato!  
Mas no te culpo, si éste ha sido hechizo;  
que pensar no es posible que pudieses  
degenerar un punto de quien fueses.

Mas ¿cómo le disculpo, loco y ciego,  
y de su ceguedad tan ciego vivo?  
¡Armese el campo! Marche el campo luego;  
que tengo el hijo y el honor cautivo,  
publíquese la guerra a sangre y fuego,  
y no quede de todos hombre vivo  
de un reino que no tiene más defensa,  
de una sirena que cantó en mi ofensa.

Caminen hombres de armas al galope,  
pasen la lanza de la cuja al ristre;  
la infantería en escuadrón se acope,  
y por sus capitanes se administre;  
no se perdona cosa que se tope,  
todo se mire, tale y se registre.

Ea, Mambrino, la distancia es poca.

MAMBRINO.

Marcha, camina, toca.

REY.

¡Oh, Reina loca!

(Vanse. Sale la REINA y el CONDE y el PRÍNCIPE.)

CONDE. Sentido habemos tu ausencia.

RODIAÑA. En peligro vi mi vida,  
pero fué bien defendida  
de mi buena diligencia.

CONDE. ¿Es bravo campo el contrario?

RODIAÑA. Antes manso me parece,  
pues que ya la paz me ofrece  
y el seguro necesario.

Y pues ya el cielo este día  
tiene de su propia mano,  
prendedme aqueste villano.

PRÍNCIPE. ¿A mí?

RODIAÑA. Sí, que cres espía.

PRÍNCIPE. ¿Yo espía?

RODIAÑA. ¡Tú! ¿Qué te espantas?



Que yo sé bien que por ti  
cerca de morir me vi.  
entre espadas y armas tantas.  
Y en fin, por lo que yo sé,  
me importa darte la muerte.

PRÍNCIPE. ¿Que trates de aquea suerte  
quien te adora con tal fe!  
Si así premias al amigo  
que te adora tan de veras,  
¿qué galardón dar esperas  
al Príncipe tu enemigo?

¿Por qué me mandas matar?  
¿Por qué ensangrentar la mano  
en un grosero villano?

RODANA. Hoy, traidor, has de acabar.  
Yo quiero quedar segura (1)  
de tu traición.

PRÍNCIPE. ¿Yo traición?

RODANA. Hame dado el corazón  
lo que ese tuyo procura.  
Conde, sacad esa espada,  
y de un revés su cabeza  
baje a humillar su baja!

PRÍNCIPE. ¿Que, en fin, mi muerte te agrada?

CONDE. Aunque tan limpios aceros  
se manchan como tiranos,  
que mal cortan en villanos  
espadas de caballeros,  
por mandarlo Vuestra Alteza,  
hinca, traidor, la rodilla.

RODANA. ¿Cielos, si fué maravilla  
de la gran naturaleza!  
Que si éste el Príncipe fuera,  
viendo su muerte tan clara,  
claro está que lo estorbara  
luego su nombre dijera.

Ya vuelvo a la propia duda.

CONDE. Ya, Reina, le quiero herir:  
qué viéndose así morir  
de propósito no muda.

RODANA. ¡Ejecuta!

PRÍNCIPE. ¿Ten la mano!

RODANA. ¿Qué quieres?

PRÍNCIPE. Hablarte quiero.

CONDE. No mandes manchar mi acero  
en el cuello de un tirano.

PRÍNCIPE. ¿Muerte dardarte merece?

RODANA. ¡Dale!

(1) A: "seguro".

CONDE. ¡Desta muere! (1)  
RODANA. ¡Espera!  
que no es bien hecho que muera  
quien al Príncipe parece.  
Sabed que éste es su retrato,  
y por él le doy la vida.

PRÍNCIPE. Ya fuera, dulce homicida,  
al bien que te debo ingrato.  
Yo soy propio y semejante  
al Rey que negando estoy:  
Clarínarte, Reina, soy;  
yo soy el soldado amante;  
tu amor me ha traído así.  
Si mi amistad no te agrada,  
alza, buen Conde, la espada;  
mátame luego.

CONDE. ¿Yo a ti?  
Alza del suelo y de amigo  
me da mil veces tus brazos.

RODANA. Y con más estrechos lazos  
a tu amigo y enemigo.  
¿Has andado bueno?

PRÍNCIPE. Creo  
que sabiendo mi pasión  
has dado tal galardón  
al fuego de mi deseo.  
Aquí, al fin, hacemos paces.

RODANA. Eres mi rey y mi esposo.

PRÍNCIPE. Premia al Conde victorioso,  
hoy que a todos merced haces.

RODANA. Con Ginebra, mi querida,  
le doy la gobernación  
de Gelanda.

CONDE. No es razón,  
que mayor premio te pida:  
si es que le estoy obligado  
por mucho amor a Ginebra.

PRÍNCIPE. Desta paz que se celebra  
quede mi campo avisado.

(Sale CALIDORO.)

CALIDORO.

Apenas, Reina invicta, en el palacio  
la fama suena de que en él reside  
el príncipe famoso Clarínarte,  
cuando otra fama en diferentes voces,  
viene diciendo cómo el Rey su padre  
desembarcado agora en nuestra playa,  
viene, jurando de pasarle el pecho.

(1) A: "de esta muerte".

PRÍNCIPE.

Ya que pasé el estrecho,  
y que mi padre injusto me persigue,  
mas yo haré que su furia se mitigue.  
Venid todos conmigo. Y vos, esposa,  
conmigo no temáis.

RODIAÑA.

Mi bien, ¿quién pueie,  
si tal defensa el cielo me concede,  
y siendo vuestro padre mi enemigo?

CONDE.

¿Hanse de hacer algunas prevenciones?

PRÍNCIPE.

Las armas contra el padre, son razones.

(*Vanse. Sale el REY con todos los SOLDADOS.*)

REY. Plantad el artillería,  
y esas piezas de campaña  
jugarán con fuerza extraña  
guardando la infantería.

Ya todo el lienzo rompió.

MAEBR. ¿Ea, soldados, a él!

REY. Entre el furioso tropel,  
pues tan buena puerta abrió.

(*Sale el PRÍNCIPE y la REINA abrazados.*)

PRÍNCIPE.

¿Por qué no se ha de entrar, fuertes solda-  
si no hay aquí defensa más famosa, [dos,  
si os aguardan los muros derribados,  
mis brazos, mis deseos y mi esposa?  
Vuestros son estos reinos conquistados,  
más que con sangre con la paz dichosa.  
Entrad por sus tesoros excesivos,  
y al Rey llevad aquestos dos cautivos.

Cristiano soy y soy vuestro heredero;  
del Rey soy primogénito, y solía  
ser vuestro capitán, y el que primero  
vuestros gallardos pechos encendía.  
Si junta Escocia aqueste reino entero,  
sin sangre vuestra y sin deshonra mía;  
si he buscado mujer que al Rey amaba,  
¿adónde os lleva aquesta furia brava?

¿No veis que si el Rey tiene mal intento  
ha sido justo darle tal desvío,  
y que fuera acetar el casamiento  
en daño vuestro y en notable mío?  
Yo os doy, señor, en paz, Reina a contento,  
de cuanto cerca el mar helado y frío,  
casada con su igual, y Rey tan vuestro.

SOLDADO 1.º

¡Rey nuestro es Clarinarte!

SOLDADO 2.º

¡Rey es nuestro!

Dinacreonte, desde hoy más perdona  
si las espadas (1) contra ti volvemos,  
pues las sacamos contra su persona,  
que es el mismo que allí presente vemos:  
dale los brazos luego y la corona,  
y por mujer la Reina que queremos,  
o morirás sin duda.

REY.

¿A mí, soldados,  
de tal fuerza y sin razón armados?

SOLDADO 1.º

¡Perdone o muera!

TODOS.

¡Muera o le perdone!

REY.

Pues, ¡alto!. desviad esas espadas,  
para que con mis brazos le corone.

SOLDADO 2.º

Ahora sí que nuestro campo agradas.

REY.

Ya vuestro casamiento es bien que abone  
prendas por fuerza de mi pecho armadas.  
¡Dadme esos brazos!

PRÍNCIPE.

Antes de rodillas  
te besaremos esos pies que humillas.

REY.

Tú eres mi hijo, y Rodiana bella  
mi hija y tu mujer.

RODIAÑA.

Yo soy tu esclava.  
Entra en esta ciudad y reina en ella,  
que para ti tan bien guardada estaba.

REY.

Yo quiero que de hoy más se nombre en ella  
la cabeza del reino.

PRÍNCIPE.

Aquí se acaba.  
con desposorio y fiesta semejante,  
la historia cierta del *Soldado amante*.

(1) A: "espaldas".

COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>  
DE  
LA SORTIJA DEL OLVIDO  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

ARMINDA, *infanta*.  
ADRIANO, *caballero*.  
MENANDRO, *rey*.  
SINIBALDO, *duque*.  
LISARDA, *hija suya*.  
CLAVELA, *criada*.

LIRANO, *músico*.  
CAMILO, *criado del Rey*.  
RUTILIO y FABIO, *criados del duque*.  
ARDENIO, *astrólogo*.  
PINABEL.

ERACLIO.  
El CAPITÁN MARCIO.  
El CONDE ARNALDO.  
FRNEO.  
LISARDO.  
*Algunos Criados*.

ACTO PRIMERO

(*Salen ARMINDA, infanta, y ADRIANO, caballero.*)

ADRIANO. ¿Aspirar a la corona  
no te parece valor?

ARMINDA. Fuera de ser el mayor,  
es digno de tu persona.

ADRIANO. Ya después, señora mía,  
que merecí tu afición,  
tengo esta justa ambición  
de la corona de Hungría;  
que quien tu esposo se llama,  
como entre amantes es ley,  
si no pretende ser Rey,  
su pensamiento disfama.

Tu hermano es Rey.

ARMINDA. No me atrevo  
a que den muerte a mi hermano,  
puesto que entiendo, Adriano,  
que no es pensamiento nuevo;  
que bien sé cuantos ejemplos  
podrás traerme, y que son  
del amor y la ambición  
unas las aras y templos,  
y cuán sangrientos están  
de las espadas amigas.

ADRIANO. Mucho siento que me digas  
que, amando, temor te dan.

Del amor dijo Platón  
que era en extremo atrevido,  
porque el temor no ha tenido  
con amor jurisdicción.

Tú temes, luego no amas.

ARMINDA. No es temor, sino respeto  
de mi sangre, que en efecto  
mi sangre en matarle infamas.

Que si se viene a entender,  
dirá el mundo con razón,  
que todos sus daños son  
por ocasión de mujer.

Si el filósofo pintó  
al amor siempre atrevido,  
harto en amarte lo he sido;  
hermana del Rey soy yo.

Bien pruebo el atrevimiento  
en esta hazaña, Adriano,  
sin dar ayuda a tu mano,  
para un hecho tan sangriento.

Prueba tú, que, sin morir  
mi hermano, puedas reinar,  
que yo te daré lugar.

ADRIANO. Yo reinar y el Rey vivir,  
implican contradicción;  
pero has de entender también  
que codicias de tu bien  
me han puesto en esta traición.

Del amarte me ha nacido  
desear a tu persona.

---

(1) Parte XII, Madrid, 1619.

deste reino la corona,  
para que ayuda te pido;  
que por mí nunca intentara  
ser más de aquello que soy.

ARMINDA. Pues yo más contenta estoy  
contigo, que si reinara.

Por mí no tienes que hacer  
más finezas que verdades.

ADRIANO. ¡Ay, que no te persuades  
a que te puedo perder!

Pues, Arminda, claro está  
que el Rey presto ha de casarte  
con tu igual, pues emplearte  
quiere en los méritos ya  
del Príncipe que se suena.

ARMINDA. Antes mi muerte verás.

ADRIANO. ¿Y qué vida me darás  
cuando te mate la pena?

No es remedio, Arminda bella,  
a la muerte remitir  
aquello que con vivir  
puede tenerse sin ella (1).

Da lugar, ya que la vida  
de tu hermano estimas tanto,  
a que un hechizo o encanto,  
sin veneno, sin bebida  
le prive de la razón,  
y el discurso natural  
por algún tiempo.

ARMINDA. Si es tal,  
que en cualquier justa ocasión  
le deje volver en sí,  
licencia permitiré,  
pero si no, vengaré  
su agravio y mi engaño en ti.

ADRIANO. Si sólo para estorbar  
tu casamiento y mi muerte  
mi pensamiento te advierte  
de lo que quiero intentar,  
bien creerás que será cosa  
con que siempre que tú quieras  
vuelva en sí.

ARMINDA. Mucho me alteras,  
que estoy de ti sospechosa;  
pero, ¿cómo sin bebida  
encanto fabricarás,  
para el discurso no más,  
y que no toque en su vida?

ADRIANO. Vive aquí un hombre extranjero  
en esta ciencia tan raro,  
que es en el nombre más claro  
que Harcalo y Atiro fiero:

que el uno amansaba leones,  
y otro libicas serpientes.  
Este, pues tú no consientes  
venenos ni confesiones,  
hará con solos encantos,  
por el tiempo que quisieres,  
hasta que remedio esperes  
de amor en peligros tantos,  
que el Rey pierda la razón  
y el discurso natural.

ARMINDA. Como no le venga mal.  
que nos obligue a traición  
permíto hasta ver lo que es  
el encanto que propones,  
pues conozco en tus razones  
que no te mueve interés  
del ambición de reinar,  
sino del amor que tienes.

ADRIANO. Todo lo que me previenes  
pienso hacer ejecutar  
con atención a tu gusto,  
que es ley de mi voluntad.

ARMINDA. No parezca libertad  
de que recibo disgusto,  
hablarte en público tanto.  
¡Adiós!

ADRIANO. No tengas temor,  
que en ofensa de tu honor  
se haga el tratado encanto.

(Vase ARMINDA.)

ADRIANO.

Del frigio Mida el inmortal tesoro;  
del lidio Creso. y de Siqueo fenicio,  
el que tuvo el más inclito edificio  
del indio mar al contrapuesto Moro;

La riqueza de Antioco. que de oro  
un ejército armó; ni el alto oficio  
del cetro universal, aunque ejercicio  
de más grandeza y de mayor decoro;  
ni todas las vitorias y despojos,  
que Alejandro ganó, ni el que en Aulide  
pensó vengar de Grecia los enojos.

son interés que con amor se mide,  
amor desnudo, liberal sin ojos,  
que da los reinos y las almas pide.

(1) Texto: "tenerle sin ella".



*(Páase, y sale el Rey MENANDR., de habitó de noche, con dos criados con broqueles, LIRANO y CAMILO.)*

MENANDR. ¿Traes la guitarra?

LIRANO. Y dos,  
pues, para tañer en él,  
traigo también el broquel.

MENANDR. ¿Tañer en él?

LIRANO. ¡Sí, par Dios!

Que tañeré, pues te agradas  
de pensamientos tan ricos,  
en aquesta (1), villancicos,  
y en aqueste, cuchilladas.

MENANDR. ¿Qué te parece, Camilo,  
de nuestro bufón Lirano?

CAMILO. Que en la garganta y la mano  
tendrá siempre un mismo estilo.

Que ha de hacer, si donde ves,  
polvareda se levanta  
como pasos de garganta,  
huyendo pasos de pies.

LIRANO. Hazte gracioso Frión,  
así Dios te de ventura,  
a costa de mi cordura  
con el Rey, sin ocasión.

Mas dé licencia a los dos,  
para que en cuatro porrazos  
nos ensayemos los brazos;  
que yo te prometo a Dios,  
que con ligereza tanta  
haré que los pasos des,  
que no alcancen a tus pies  
los pasos de tu garganta.

CAMILO. Si no te corrieras presto,  
eras notable figura.

LIRANO. Licencia del Rey procura,  
y probémonos en ésto.

MENANDR. ¡Oh, gran falta de graciosos,  
correrse de cualquier mote!

LIRANO. No hay cosa que me alborote,  
señor, destos envidiosos,  
como el hacerme cobarde.

MENANDR. ¿Pues preciaste del valor?

LIRANO. Y de ti abajo, señor,  
que todo el mundo se guarde.  
Porque aquí donde me veis  
maté en Africa un león.

MENANDR. ¿Un león?

CAMILO. Miente el bufón.

LIRANO. ¿Uno es mucho? Y dos y tres.

MENANDR. ¿Cómo?

LIRANO. Con una rodela  
y un martillo.

MENANDR. ¿De qué modo?

LIRANO. Esperaba el golpe todo  
con tal astucia y cantela,  
que cuando en ella tan bien  
las fuertes uñas clavaba,  
por detrás las remachaba  
con el martillo muy bien.

Y luego, soltando el peso,  
a las dos manos atadas  
le daba dos cuchilladas,  
que cortando carne y hueso  
por medio les dividía.

CAMILO. ¡Linda fábula!

MENANDR. De Isopo.

LIRANO. ¡Que siempre con bestias topo!

MENANDR. ¡Silencio, por vida mía!

Que he semido en el balcón  
de unos chapines el ruido.

LIRANO. De los chapines ha sido  
siempre el más alegre son;  
sacando las cantimploras,  
que es el más dulce y suave.

MENANDR. Canta.

LIRANO. ¿Qué?

MENANDR. Una cosa grave,  
que es propio para señoras.

*(LIRANO canta.)*

“Que si no sabéis de celos,  
corazón,  
agora sabréis quién son.”

Si nunca sufrido habéis  
las penas que celos dan,  
cómo vienen, cómo van,  
ni su experiencia tenéis,  
si apenas los conocéis,  
corazón,  
Agora sabréis quién son.

*(LISARDA (1), en alto.)*

LISARDA. ¿Canción de celos a mí?

MENANDR. Lirano cantó a su modo;  
que bien sé que el mundo todo  
nos ha de tener de mí.  
No todos los versos son

(1) Texto: “ajucutos”.

(1) Texto: “Lisardo.”

hijos de mi pensamiento;  
no culpéis mi sentimiento,  
sino la necia canción.

LISARDA. Porque agravio recibía  
Vuestra Alteza en tener celos,  
debiendo a los altos cielos  
tantas gracias, que podría  
darlas de su gran valor  
a cuantas el mundo tiene,  
lo dije yo.

MENANDR. Todo viene  
a ser agravio de amor.  
El dueño de esta canción  
no dijo que los tenía,  
pero que presto sabría  
su corazón lo que son.

De suerte, que temeroso  
aun primero de sabellos  
temblaba de conocellos.

LISARDA. Quien nunca estuvo celoso  
dicen que no tuvo amor;  
yo digo que amor no tuvo  
pecho que celoso estuvo.

MENANDR. Y el pensamiento es mejor;  
que si celos son sospecha  
de ofensa en lo que se ama,  
mayor la hizo a su dama  
cuando su injuria sospecha.

Celos son desconfianza;  
desconfiar bien se ve  
que es porque falta la fe,  
y sin fe no hay esperanza.

Si fe y esperanza falta,  
¿cómo ha de esperar amor?

LISARDA. Faltando competidor  
para persona tan alta,  
en vuestra vida sabrá  
Vuestra Alteza lo que son,  
ni, amando, a su corazón  
esta canción le dirá.

Mas dejemos remitidos  
a otra parte estos cuidados,  
que aun son malos para hablados,  
cuanto más para sufridos.

Y dígame Vuestra Alteza  
cómo le va por allá.

MENANDR. Tan bien como mal me va  
pensando en vuestra belleza.

Bien, por el gusto que siente  
el alma en contemplación  
de tan rara perfección,

Y mal, porque estoy ausente.

LISARDA. ¿Cómo os va con vuestra hermana?  
¿Qué hay de casarla?

MENANDR. No sé;  
sé que a su disgusto fué.

LISARDA. No merece prenda humana.  
No hallará cosa en la tierra  
a sus méritos igual.

MENANDR. En resistirme hace mal,  
pues la paz de tanta guerra  
consiste en su casamiento.  
Pero con esta memoria  
querréis eclipsar la gloria  
y el bien que de hablaros siento.

Porque ya es fuerza tratar  
del vuestro, que ha de quitarme  
la vida.

LISARDA. No es bien culparme  
de lo que os puede culpar.

¿A un Rey quién le puede hacer  
disgusto?

MENANDR. Dadme licencia  
y voréis la resistencia  
de un absoluto poder.

*(Sale el DUQUE SINIBALDO, padre de LISARDA, y dos  
CRIADOS con broqueles y espadas.)*

SINIBALD. Esto os digo que sentí.

RUTILIO. ¿Y que hablaban en la calle?

FABIO. Aquí hay gente.

RUTILIO. Y de buen talle.

SINIBALD. ¿Hablan a las rejas?

FABIO. Sí.

RUTILIO. ¿Qué has de hacer?

SINIBALD. Quiero escuchar.

RUTILIO. No podrás entender bien.

SINIBALD. ¿Responden allá?

RUTILIO. También.

SINIBALD. Pues no tenéis que esperar.  
Sacad las espadas.

RUTILIO. ¡Mueran!

MENANDR. ¿Quién ha de morir, villano?

FABIO. Poned la lengua en las manos.

LIRANO. Señor, ¡si la casa alteran!...  
Mira que pueden matarte.  
¡Traidores, que es el Rey!

SINIBALD. ¿Quién?

LIRANO. ¡El Rey!

SINIBALD. Las armas detén  
en tanto que llevo a darte,  
gran señor, las que en defensa

de mi honor sacado había,  
porque no te conocía.

MENANDR. Nadie puede hacer ofensa  
al honor de aquesta casa.  
¿Quién es?

SINIBALD. El Duque, su dueño.

MENANDR. ¿El Duque? Mi fe os empeño  
de deciros lo que pasa.

Yo pasaba por aquí,  
que de pasear venía,  
y por esta celosía  
unos velos blancos vi.

Qué haciades pregunté,  
y respondió una criada  
tan graciosa y recatada,  
que a escucharla me paré.  
¿De dónde venís así?

SINIBALD. De jugar, señor, venía.

y como en la celosía  
de mi casa hablando vi  
un hombre de vuestro talle,  
pensé que era algún celoso  
de dar a Lisarda esposo  
que viene a rondar la calle.

MENANDR. Así, ¿cómo va el concierto  
del casamiento tratado?

SINIBALD. No está bueno el desposado.

MENANDR. ¿Cómo me habéis encubierto  
que se casa y que ya viene?  
¿No era bien saberlo yo?

SINIBALD. Porque licencia me dió  
vuestro padre, que Dios tiene.

Y nunca yo presumí  
que no os era muy notorio.

MENANDR. ¿Cuándo será el desposorio?

SINIBALD. En viniendo el Conde aquí.

MENANDR. Si yo estuviera casado,  
diérais madrina.

SINIBALD. Y agora  
¿no es la Infanta mi señora  
vuestro más digno cuidado?

Los dos me debéis honrar.

MENANDR. Mejor diréis estimaros.

¿Dónde vais?

SINIBALD. A acompañaros.

MENANDR. No me habéis de acompañar.

SINIBALD. Suplícocos me deis licencia.

MENANDR. No habéis de pasar de aquí.

SINIBALD. Honraréisme mucho así.

LIRANO. Quédese vuestra excelencia,  
que va el Rey a entretenerse

a cierta casa.

SINIBALD. ¿Y sería

inútil la espada mía?

¿No acaba agora de verse?

¿Qué aceros tiene, Lirano,  
en defensa de su honor?

Pues por el Rey mi señor  
mejor obliga la mano.

No estoy tan viejo, ni creo  
que si como mi Rey fué  
otro aquí pusiera el pie,  
con bueno o con mal deseo,  
escapara con la vida.

LIRANO. Créolo de tu virtud:

Sángrese el Duque en salud

CAMILO. La historia queda entendida.

(*Vanse éstos.*)

SINIBALD.

Mis sospechas salieron verdaderas.

RUTILIO.

Bien puede ser que el Rey pasase acaso.

SINIBALD.

Yo sé, Rutilio, lo que el Rey pretende.

Ya tengo yo premisas de su ánimo;  
que fuera de que siento a mis oídos  
hablar en los amores de Lisarda,  
en ocasiones públicas le he visto  
hablarle con los ojos muchas veces,  
parleros mudos de secretos públicos.  
Lleno estoy de pesar: que apenas hallo  
medio que pueda remediarne en esto.  
Miro el poder, la edad y el amor miro,  
tres cosas que no tienen resistencia.  
El muro de mi honor padece asalto:  
pone el poder las máquinas soberbias;  
las escalas la edad ligera sube;  
amor pelea; rendirás el muro,  
que en alcaide mujer no le hay seguro.

RUTILIO.

Pues, ¿qué piensas hacer?

SINIBALD.

Si alguna cosa  
puede excusar estos principios locos,  
que contra mí prometen tales fines,  
es sacar de la corte brevemente  
a Lisarda, y quitarla de sus ojos.

RUTILIO.

¿No ves que amor se incita con la ausencia  
y despierta al poder la resistencia?

SINIBALDO.

No haré yo de manera que él presuma  
que no la verá más, y la esperanza  
por estos días le tendrá suspenso  
que el Conde dilatar su venida.

FABIO.

Bien dices, gran señor, que en desposándose  
la llevará a su tierra, y entre tanto  
aciertas en quitarla de sus ojos.

SINIBALDO.

Parte, Rutilio, y pongan luego un coche.

RUTILIO.

¿Agora, para qué?

SINIBALDO.

Para que luego  
salga Lisarda de la corte.

RUTILIO.

¿Cómo?

SINIBALDO.

Nunca el criado al gusto de su dueño  
pregunte cómo, ni le sea importuno.

RUTILIO.

Yo voy.

SINIBALDO.

En un instante.

FABIO.

¿Dónde piensas

llevar a mi señora?

SINIBALDO.

A ese castillo  
que está tres leguas de la corte, Fabio.

FABIO.

Cosa que el Rey lo tenga por agravio.

SINIBALDO.

Con no mostrar enojo con Lisarda  
ni decirle la causa desta ausencia,  
el Rey tendrá valor y ella paciencia.  
Ve, no se acueste, y dile que la llamo.

FABIO.

No hayas miedo, señor, que esté acostada;

porque quien tiene amor tanto se acuesta,  
y más cuando se entiende que le tiene,  
porque toda la noche se la pasa  
en escuchar lo que se trata en casa.

(Vase.)

SINIBALDO.

Aspides coge, fieras sierpes eria,  
mirando está fogosos basiliscos,  
con la piedra de Sísifo los riesgos  
sube donde jamás ha entrado el día:  
come a la musa entre una y otra arpa,  
trepas los egipcianos obeliscos,  
entre lobos olvida los apriscos,  
y el libre viento encarcelar porfia;  
del griego Ulises vence los engaños,  
necesitado entre parientes pasa,  
que sólo sirven de doblar sus daños.

quien piensa, con ser Arco de su casa,  
después que ya cumplió veinte y dos años,  
guardar una mujer, si no la casa.

(Véase, y salen ADRIANO y ARDENIO.)

ADRIANO. Esto, generoso Ardenio,  
he osado fiar de ti.

ARDENIO. La causa pudiese de mí,  
y el secreto de mi ingenio.

Yo haré que no tenga el Rey  
ni discurso ni memoria.

ADRIANO. Advierte que en esta historia  
llevo la lealtad por ley.

No has de tocar a su vida;  
que si la piensas tocar,  
tanto pretendo olvidar,  
quanto mi lealtad impida.

ARDENIO. Pues esto, ¿qué ingenio fuera  
si la vida le tocara?

ADRIANO. Este pensamiento para  
en que no pueda, aunque quiera,  
casar a la bella Arminda.

ARDENIO. No hay cosa del cielo abajo  
que no se rinda al trabajo  
y a la ciencia no se rinda.

ADRIANO. ¿Qué has menester?

ARDENIO. Solamente  
un anillo del Rey.

ADRIANO. Pides  
un imposible.

ARDENIO. Si mides  
con lo que quieres que intente,  
lo que te pido es muy poco.



ADRIANO. ¿Cómo le podré tomar?  
Porque pedirsele es dar  
en pensamientos de loco.  
El Rey estima un diamante  
que trae siempre consigo.

ARDENIO. Buen remedio.

ADRIANO. Dile...

ARDENIO. Digo  
hacer otro semejante,  
de aquella misma labor  
y con aquel propio esmalte,  
que en ninguna cosa falte.

ADRIANO. ¿Y después?

ARDENIO. Oye un primor.  
Pondré yo en él la virtud (1)  
deste encanto que he de hacer  
sin que se pueda entender  
ni ofendelle la salud.  
Guardado le llevarás,  
y cuando el Rey se levante  
y se lave, aquel diamante  
al descuido tomarás.  
Y, en habiéndose lavado,  
pondrás en la salva aquel  
donde el veneno cruel  
estará oculto y guardado;  
que, siendo muy parecido,  
en el dedo lo pondrá,  
y en el punto quedará  
sin discurso y sin sentido.

ADRIANO. Tu ingenio pruebas en esto.  
¡Valiente industria! Mas mira  
que si acaso no es mentira,  
como otras que tratan desto.  
Oigo decir que el diamante  
no sufre veneno en sí.

ARDENIO. El lo es tanto, fía de mí,  
que no tiene semejante;  
pero no ha de estar en él,  
sino debajo, en lo hueco  
de la piedra.

ADRIANO. Hacer el truco  
topa en parecerse a él.

ARDENIO. Infórmate del platero  
que del anillo fué autor,  
que con el mismo primor  
hará aquél que el verdadero.

ADRIANO. ¿Pues qué le podré decir  
por satisfacerle yo?

ARDENIO. Que el anillo te agradó,  
y que no le has de pedir.

ADRIANO. La traza es maravillosa,  
como ayude la fortuna.

ARDENIO. No puedes hallar ninguna  
tan fácil y provechosa.

ADRIANO. Voime a informar del platero,  
para que busque el diamante.

ARDENIO. El anillo no te espante,  
no es en el mundo el primero.  
Mostró caudales desnuda,  
de necio y de enamorado,  
su mujer bella a un criado,  
poniendo su honra en duda.  
Vióla, en fin, y ella, informada  
de que ya visto la había,  
le llamó y le dijo un día  
que desnudase la espada  
y matase a su marido,  
y con ella se casase,  
para que en Lidia reinase,  
él entonces, atrevido,  
formó un anillo de suerte,  
que entraba cuando quería,  
hasta que, llegando el día,  
dió al Rey de Lidia la muerte.

ADRIANO. Candaules fué muy gran necio  
y muy deshonesto amante,  
pues tesoro semejante  
puso en tan bajo desprecio,  
mostrando con loco amor  
lo que encubrir fuera bien.

ARDENIO. Comunicar quiso el bien,  
pensando hacerle mayor.  
Dente la dicha los cielos  
del que el anillo formó.

ADRIANO. Sólo ese Lidio nació  
en todo el mundo sin celos.

(*Vanse, y salen el Rey y ARMINDA, y criados.*)

MENANDR. Con esta carta me avisa  
tu esposo que vendrá presto.

ARMINDA. Cada vez que tratas desto  
me mueves, señor, a risa.  
¿Cuándo yo te he dicho sí,  
que así le llamas mi esposo?

MENANDR. Hácame tan animoso  
lo que conozco de tí,  
que no es justo que tú salgas,  
Arminda, de mi obediencia,  
aunque de mucha paciencia

(1) Texto: "Pondré yo en la virtud."

para mis cosas te valgas.

Demás, que no sé en qué estriba  
el no te querer casar,  
pues no puedes tú pensar  
que has de subir más arriba.

Si ya no presumes ser  
mujer, por ser tan perfecta,  
de algún celestial planeta,  
o dejar de ser mujer.

ARMINDA. Parece que sospechoso  
de mi pensamiento vienes.

MENANDR. Arminda, misterios tienes,  
y que lo piense es forzoso.

ARMINDA. Pues para que no lo estés,  
digo que me cases luego;  
lo que negaba te ruego  
de rodillas.

MENANDR. ¿Tú a mis pies?

Alzate, que esa humildad  
de tal suerte me asegura,  
que quiero que tu hermosura  
viva, Arminda, en libertad.

De hoy más quede a tu elección  
el cuándo y con quién te cases,  
que no quiero yo que pases  
por mí de tu condición.

ARMINDA. Beso mil veces tus manos;  
tu hermana soy y tu hechura.

MENANDR. Eso no, que tu hermosura  
de los cielos soberanos  
solamente puede ser;

éste es nombre de su autor,  
como le suele el pintor  
en sus pinturas poner.

(Sale LIRANO.)

LIRANO. ¿Está aquí Su Alteza?

CAMILO. Si.

LIRANO. Aparte quisiera hablarte.

MENANDR. ¿Qué es lo que quieres aparte?

LIRANO. Darte parte de que fui  
a dar, señor, tu papel  
a Lisarda, y me lo vuelvo.

MENANDR. Resuelve lo que es.

LIRANO. Resuelvo  
lo que es en volver con él.

MENANDR. Dime, necio, lo que pasa,  
y suspenso no me tengas.  
¿Con mal fuiste y con mal vengas!  
¿No está Lisarda en su casa?

LIRANO. Anoche, invicto Menandro,

que bien te acuerdas que anoche  
la bella Lisarda estaba  
en sus rejas y balcones;  
el Duque sacó la espada,  
como es al honor conforme  
de quien piensa que la ofenden.  
Tú le dijiste razones  
que satisfacer pudieran  
a un Nerón de jaspé o bronce;  
pero él, quedando celoso,  
de que por lo Rey te tomes  
licencia de andar en corso  
por el mar de tus amores,  
tras la barca de su honor,  
pues en Lisarda le pone,  
aunque no le dijo nada,  
que como es viejo conoce  
que en riñendo una mujer  
se arrojará de una torre,  
y que por lo que le orivan  
manos y dedos se corte,  
advirtiendo seis criados  
hizo prevenir un coche...

MENANDR. ¡Válgame Dios!

LIRANO. Valga y lleve,  
como cuando alguno tose.

MENANDR. ¿Estè es tiempo de donaires?

LIRANO. Calla ya, no te congojes;  
pues comiste los principios,  
aguarda un poco los postres.

MENANDR. ¿Llevóla en él?

LIRANO. A un castillo  
que tiene el Duque en el monte,  
hasta el cual hay solamente  
tres leguas desde la corte.  
Dijome cierto escudero,  
de aquestos de chamelote,  
que en rincones de palacio  
ya sirven de Santantones,  
que lloró al salir Lisarda,  
y que en saliendo dió voces  
que turbaron las criadas  
y que espantaron los hombres.  
Corrió el cochero cruel,  
dando el bramador azote  
priesa a los fuertes caballos,  
cuatro valientes frisonos;  
echáronle los estribos  
porque no huyese la noche,  
pensando que el sol salía  
entre las once y las doce.

Yo presumo que el cochero  
ha de ser otro Factonte,  
despeñado de su luz  
por selvas, prados y bosques,  
y presumo...

MENANDR. ¡Calla ya,  
embajador de dolores,  
nuncio de penas y agravios,  
correo de sinrazones,  
posta de malas fortunas,  
que con la maleta corres  
de las cargas de mi muerte!

LIRANO. Por Dios, que es lindo que tomes  
la pesadumbre conmigo.

MENANDR. ¿Con quién quieres que me enoje?

LIRANO. Con nadie, pues tu poder  
a ninguno reconoce;  
sino que por gusto o fuerza  
a ver a Lisarda tornes.

MENANDR. ¿Podré con sola la industria?

LIRANO. Vestidos de cazadores  
la podemos ir a ver,  
que entre las hayas y robles  
tendremos lugar.

MENANDR. Hermana,  
suplicote me perdones,  
que me lleva un pensamiento  
entre sus alas veloces.  
Después hablaré contigo.

ARMINDA. Todas mis obligaciones  
se reducen a tu gusto.

LIRANO. Vestidos de labradores  
iremos los dos contigo.

MENANDR. Amor, si aquí me socorres,  
no digo yo que a tus aras  
daré sabeos olores;  
los ámbares del mar Caspio,  
incienso, gomas, aloes  
y lágrimas olorosas  
de mirra, madre de Adonis,  
con cuantas llevan los prados  
de Pancaya y de Xirofe,  
pero un alma en vivas llamas  
que sobre tus aras goces.

(*Vase, y sale ADRIANO.*)

ADRIANO.

No pensé que tuviera, hermosa Arminda,  
lugar de hablarte. ¿Dónde el Rey se parte?

ARMINDA.

Según he visto aquí sus desatinos,

con Lirano, su músico, y Camilo,  
pienso que amor le lleva a alguna parte  
donde no se promete buen suceso.

ADRIANO.

El nuestro me promete felicísimo  
la ciencia de aquel hombre.

ARMINDA.

¿De qué modo?

ADRIANO.

Con tu licencia, le informé de todo.  
¿Qué dice?

ARMINDA.

Que guardando, como es justo,  
su vida, bella Arminda, hará de suerte  
que pierda la memoria.

ARMINDA.

¿Y es posible?

ADRIANO.

¿No se suele tomar la anacardina  
para tenerla?

ARMINDA.

Si.

ADRIANO.

Pues, ¿por qué dudas  
que habrá hierbas también para quitarla?

ARMINDA.

¿Qué modo tiene en eso?

ADRIANO.

No me dijo,  
ni lo entendiera yo, lo que hacer piensa.  
Basta que sin ofensa de su vida,  
sin dolor, sin trabajo ni otra cosa  
se olvidara de sí.

ARMINDA.

Pues eso basta:  
porque me dijo aquí tan libremente  
que era mi esposo el Rey de Trasilbania,  
que a no le haber con humildad vencido,  
yo estuviera casada y tú ofendido.

ADRIANO.

Presto verás lo que la ciencia puede  
contra el poder, y que la industria es obra,  
y lo que pierde la fortuna cobra.

ARMINDA.

Cuéntame por ajena, ¡oh, mi Adriano!

el día que Menandro tenga seso,  
porque cuanto me ha dicho es cortesía,  
y esta noche al terrero vuelve a hablarme,  
que tengo que contarte y consolarme.

ADRIANO.

Haré tu gusto, generosa Arminda,  
y plega al cielo que mi intento ampare,  
para que en bien nuestra fortuna pare.

*(Vanse, y salen LISARDA y CLAVELA.)*

LISARDA.

¡Asperos montes, donde  
celos me esconden a mi sol ausente,  
y sólo me responde  
el eco triste, a mi dolor presente!  
¿Quién me dará consuelo  
si se conjura en mi dolor el cielo?

¡Claros y mansos ríos,  
que ya lleváis más lágrimas que arenas  
en vuestros fondos fríos!  
¡Criad peñascos, engendrad sirenas,  
que canten dulcemente  
las quejas del amor que un alma siente.

¡Arboles! Yo quisiera  
tener estado que a esa alegre sombra,  
descansada, durmiera.  
Sabed que esto que amor al mundo nombra  
a tal punto me ha traído,  
que aun en sueños no puedo hallar olvido.

No me parece, fieras,  
que fuera de vosotras centro tengo:  
en mis ansias postreras  
a vuestras cuevas solitarias vengo;  
haced presto de suerte,  
que vosotras me deis sepulcro y muerte.

CLAVELA.

Si en el primer encuentro,  
Lisarda, que se muda la fortuna,  
antes de entrar adentro  
apenas haces resistencia alguna,  
para mayor violencia,  
¿dónde hallarás valor? ¿Dónde paciencia?

No es tan grande el estrago  
que ha hecho el tiempo en ti. Menandro vive,  
no te ha dado mal pago.  
¿De qué te espantas que un rigor te prive  
de estar en su presencia?

LISARDA.

No tuvo amor quien no sintió su ausencia.

¡Ay, Clavela, que ignoras  
de qué suerte los hombres por momentos,  
que no digo por horas,  
mudan con la ocasión los pensamientos!  
Dos daños han nacido  
de ausencia siempre.

CLAVELA.

¿Y son?

LISARDA.

Celos y olvido.

*(Salen el REY de cazador, con un arcabuz, y LIRANO y CAMILO, de villanos.)*

LIRANO. Si la pretendes tirar,  
ponte detrás destas ramas.

MENANDR. Si las liebres son mis dichas  
es imposible acertallas.

CLAVELA. Siéntate al pie desta fuente  
a ver cómo corre el agua.

LISARDA. No es mucho que esté de asiento  
quien en los males se para.

MENANDR. ¿Está muy cerca el castillo?

CAMILO. Entre aquellas verdes hayas.

MENANDR. ¿Tiene alguna guarda y gente?

CAMILO. Tiene gente de labranza.

MENANDR. ¿Quedó el duque Sinibaldo  
en la corte?

LIRANO. En ella estaba  
cuando nos partimos della.

LISARDA. Todo, Clavela, me cansa.

CLAVELA. ¿No te alegran estas fuentes,  
que la verde hierba escarchan,  
dividiendo sus cristales  
en limaduras de plata?  
¿No te entretienen, señora,  
sus márgenes esmaltadas  
de jacintos y rubíes  
sobre castas esmeraldas?

LISARDA. ¡Ay, Clavela! Sin Menandro  
ninguna cosa me agrada.

MENANDR. Parece que oí mi nombre.

LIRANO. No es el nombre cosa extraña,  
que si un hombre está durmiendo  
cuando, cansado, descansa,  
y le dicen cien mil cosas,  
ni se mueve ni levanta,  
y en diciéndole su nombre  
despierta y vuelve la cara  
a quien le llama con él.

MENANDR. Con él Lisarda me llama;



que si el deseo no forma  
figuras a la esperanza,  
imágenes al deseo  
y al pensamiento fantasmas,  
aquella es Lisarda, amigos.

LISARDA. ¿Oíste decir Lisarda?

CLAVELA. Sin duda escuché tu nombre.

MENANDR. ¡Ninfa desta sierra helada,  
diosa destos altos montes,  
de cuyos extremos bajan  
copos de plata deshechos,  
a mezclar entre esmeraldas  
el tributo que hoy ofrecen  
a vuestras hermosas plantas!  
Así las ardientes siestas  
halléis templanza en las aguas  
deste río y fresco asiento  
en sus azules pizarras,  
y en el erizado enebro  
defensa contra la escarcha,  
al rayo del claro sol,  
que las urnas de oro baña;  
que me digáis si habéis visto  
bajar a estas fuentes claras  
un ciervo, a quien en el pecho  
puso este arcabuz dos balas?  
Que con el calor que veis  
vengo por estas montañas  
siguiendo sus pies veloces,  
más que del tiempo las alas?

LISARDA. Cazador, que guarde el cielo  
de dar en las fieras bravas  
que en estos bosques habitan  
alrededor desta casa,  
si como buscáis al ciervo  
que lleva por las entrañas  
atravesados los plomos,  
que el ardiente polvo exhala,  
buscáredes una sola  
tortolilla que en las ramas  
destos negros acebuches  
llora el bien de quien la apartan,  
yo os dijera nuevas della;  
y si de su prenda cara  
me las diéades a mí,  
porque ha un siglo que le falta,  
aunque son cortas albricias,  
en un abrazo os pagara,  
que no tengo más que os dar  
después de daros el alma.

MENANDR. Ésa busco, y porque soy

la prenda que dicen que ama,  
los brazos, señora, os pido.

LISARDA. Yo os cumpliré la palabra.

LIRANO. ¿Y a Lirano, mi Claveta,  
no hay siquiera un "Dios te valga"?

CLAVELA. No te había conocido.

LIRANO. ¿Traigo al soslayo la cara  
después que soy cazador?

CLAVELA. ¿Tú cazador?

LIRANO. Sí.

CLAVELA. ¿Qué cazas?

LIRANO. Gente inocente y humilde,  
destas que fríegan y lavan,  
que con una reverencia  
responde a quien las abraza;  
gente que no pide celos,  
ni pidió manto ni saya,  
y que con un buen botín  
de invierno a invierno se pasa:  
gente que cuando jabona  
muestra las ocultas gracias,  
que a veces entre la seda  
cubre enfermedades tantas;  
gente que si la dejáis  
ni os deshonra ni se alaba  
de pesos falsos que os hizo  
cuando era el hombre hambarria.

CLAVELA. No sé cómo el Rey te quiere  
siendo tus gracias heladas  
para enfriar un viudo  
de tres o cuatro semanas.

LIRANO. Tiene mal gusto, ¿qué quieres?  
Pero, en efeto, le agradan  
mi libertad y locura.

MENANDR. ¡Ay, mi Lisarda! ¿Eso pasa?

LISARDA. Digo que ya viene el Conde,  
y que mi padre le aguarda,  
porque, celoso de ti,  
culpa y riñe su tardanza.  
Menandro, si aquí me dejas  
no eres Príncipe, ni tratas  
verdad con una mujer,  
cuya voluntad engañas.  
Mira que viene, señor,  
el Conde ya de Alemania  
a tirar a tus prendas.

MENANDR. Detén la lengua y las ansias,  
que obligan al corazón  
al veneno que me mata,  
y pues Dios los hizo estrellas  
no hagas los ojos nécar,

donde las perlas se engendren,  
que a tu cuello formen (1) sargas.  
Que si el hombre que aborreces  
y tu marido se llama  
viniere a Hungría, yo haré,  
con informaciones falsas,  
que le prendan por espía,  
o que con el Duque trata  
de conspirar contra mí.

CAMILO. Gente de a caballo pasa.

MENANDR. ¿Si es el duque Sinibaldo?

CAMILO. El mismo.

LIRANO. Prevén las armas.

LISARDA. ¡Ay, señor, que es padre, en fin!

MENANDR. Bien dices; entre estas matas  
de arrayanes y lentiscos,  
de romeros y retamas,  
nos podremos esconder.  
Tú, porque no entiendas nada,  
puedes volver al castillo.

LISARDA. Presto, amor, tu bien se acaba.

¡Adiós, Menandro querido!

MENANDR. ¡Adiós, hermosa Lisarda!

CLAVELA. ¡Adiós, Lirano famoso!

LIRANO. ¡Adiós, Clavela del alma!

CLAVELA. Mucho le quiero.

LIRANO. Y yo a ella.

CLAVELA. (Yo miento.)

LIRANO. (Y yo me burlaba.)

## ACTO SEGUNDO

DE "LA SORTIJA DEL OLVIDO".

(Sale el CONDE ARNALDO, de camino, y sus criados,  
y RUTILIO, criado del Duque.)

RUTILIO.

Tiene en este castillo retirada  
el duque Sinibaldo a vuestra esposa,  
porque la confusión le desagrada.

Supo vuestra venida venturosa,  
pero no supo que tan presto fuera.

CONDE.

Nunca quien ama sin el bien reposa.

Quise venir, Rutilio, a la ligera,  
para más brevedad.

RUTILIO.

Teméis, discreto,

lo que una novedad la corte altera.

CONDE.

¿Saben ya que he llegado?

RUTILIO.

Lo os prometo  
que no está el Duque agora sin cuidado.

CONDE.

¿Lisarda tardará?

RUTILIO.

Dama, en efecto.

CONDE.

¿Menandro, cómo está?

RUTILIO.

Muy ocupado  
en casar a su hermana.

CONDE.

¿Es muy hermosa?

RUTILIO.

Hermosa y digna de un real estado.

CONDE.

Merece ser Arminda venturosa,  
según corre la fama de su gracia.

RUTILIO.

Ella ha de ser del Trasilvano esposa,  
aunque de Dinamarca y de Dalmacia  
ha sido con extremo pretendida.

CONDE.

Persigue a la hermosura la desgracia.

RUTILIO.

Ella está de sus bodas desabrida.

CONDE.

Siempre la honestidad las bodas niega;  
después se pasa más alegre vida.  
Pero, ¿qué gente es ésta?

RUTILIO.

El Duque llega.

(Salen el DUQUE SINIBALDO y criados, LISARDA, con  
capotillo y sombrero, CLAVELA y FABIO.)

SINIBALD. Seáis, Conde, bien venido.

CONDE. Dadme, señor, vuestros pies,  
que a vos, pues ya justo es,  
las manos, señora, os pido.

(1) Texto: "forman".

LISARDA. Hablad al Duque, señor,  
que tiempo habrá de serviros.  
CONDE. ¿No os han dicho mis suspiros  
la embajada de mi amor?  
SINIBALDO. No os admire la aspereza,  
fundada en honestidad.  
CONDE. No agravia en mi voluntad  
la recatada belleza.  
SINIBALDO. ¿Cómo habéis venido?  
CONDE. El verme  
en este bien asegura  
que es camino de ventura  
el que aquí pudo traerme.  
Ella, señor, me ha guiado;  
con ella a vos he venido.  
CLAVELA. Extraña, señora, has sido;  
habla bien el desposado.  
LISARDA. ¿Cómo tengo de exceder  
del justo recato honesto?  
CLAVELA. Con imaginar que presto  
serás del Conde mujer.  
LISARDA. ¿Presto, Clavela? No creas  
que en su vida el Conde llegue  
a que esta mano le entregue.  
CLAVELA. Un imposible descas  
en imaginar que el Rey  
será lo que tú adivinas.  
LISARDA. Y tú dos mil, si imaginas  
que amando se guarda ley.

(Salen cuatro arcabuceros, y un CAPITÁN de la guarda.)

CAPITÁN.

Vuestra excelencia, señor Duque, el Conde  
y Lisarda...

SINIBALDO.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

Por mandado

del Rey sean presos.

SINIBALDO.

¿Presos yo y mis hijos?

CAPITÁN.

Esta orden traigo.

SINIBALDO.

¿No sabré la causa?

CAPITÁN.

La causa es grave, y de decirla indigna.

SINIBALDO.

¿Así se prende a un hombre de mis prendas?

CAPITÁN.

Yo traigo veinte lanzas, y otros tantos  
arcabuceros; todo intento es loco,  
y confirmar del Rey tantas sospechas  
como le han puesto informaciones tantas.  
Mirad que no aumentéis estos indicios.

SINIBALDO.

¿Qué indicios?

CAPITÁN.

Yo he de hacer lo que me toca,  
que está más en las manos que en la boca.

SINIBALDO.

El día que mi Rey se dispusiere  
a mi prisión o muerte, aunque sin causa  
no haya miedo que halle resistencia  
en mi lealtad, ni queja en mi obediencia.

CONDE.

Cuando haya el duque Sinibaldo agora  
ofendido a su Rey, que es imposible,  
¿qué debo yo que no le soy sujeto,  
ni en mi vida ha tirado sueldo suyo  
hombre de mi linaje?

CAPITÁN.

Si sois cómplice  
en su delito, ¿no es mayor el vuestro?

CONDE.

¿Dehto contra el Rey un extranjero,  
que en su vida le tuvo en la memoria?

CAPITÁN (1).

Yo no tengo que daros tanta cuenta.  
Los coches os esperan y la gente,  
suplicoos que digáis al Rey las quejas  
que os parecieren justas, porque darlas  
a quien a ejecutar su gusto viene,  
más de cansancio que remedio tiene.

SINIBALDO.

¿Ay Lisarda, que creo, y no me engaño,  
que eres la culpa tú desta desdicha!

LISARDA.

¿Es posible que puedes persuadirte  
a cosas tan extrañas en mi agravio?

(1) Texto: falta indicación de persona que habla.

SINIBALDO.

Yo me entiendo, Lisarda.

CAPITÁN.

¿No partimos?

CONDE.

Señor, ¿qué es esto? ¿A mí, y a ti, Lisarda, prende el Rey desta suerte?

SINIBALDO.

Disimula,  
que yo te contaré lo que sospecho.

CAPITÁN.

¡Hola! ¡Póngase en orden esa gente!

LISARDA.

¡Ay, Clavela, que a tiempo el Rey previene darme remedio!

CLAVELA.

Amor y poder tiene.

*(Fanse todos, y sale ADRIANO.)*

ADRIANO. Si me das favor, Fortuna,  
a tu gran templo consagro  
la tabla deste milagro,  
por quien amor te importuna.

Hazle esta vez amistad,  
pues eres diosa y es dios,  
siquiera porque los dos  
tenéis tal conformidad.

Tú eres ciega y él es ciego;  
tú la mudanza, él mudable;  
tú varia y él variable;  
tú la inquietud y él el fuego.

Tú eres engaño, él cautela;  
tú jugadora, él voltario;  
tú atrevida, él temerario;  
tú tienes alas, y él vucla;

tú eres la misma ocasión;  
amor de ocasiones nace;  
a ti la ocasión te aplace,  
y él inventó la traición.

¡Ay, Fortuna! En esta mía,  
no mires el pensamiento;  
ayuda mi atrevimiento,  
pues en tus alas se fía.

La sortija traigo aquí  
a la del Rey imitada,  
tan perfeta y acabada,  
que puede engañarme a mí.

Si es verdadero el encanto

que en su engaste ha puesto Arde-  
y si de un Fénix ingenio [nio,  
puede presumirse tanto,

hoy queda puesta en olvido,  
de Menandro la memoria,  
y asegurada la gloria  
que tan en duda he tenido.

Camilo es éste, por dicha:  
el Rey se levanta ya.  
¡Oh piedra, en tu asiento está  
mi ventura o mi desdicha!

Edificio semejante,  
firmes esperanzas medra,  
pues no solamente en piedra  
se funda, sino en diamante.

*(Sale CAMILO.)*

¿Camilo?

CAMILO.

¡Fuerte Adriano!

¡Oh, valiente capitán,  
por cuyas glorias están  
sin lustre las de Trajano!

ADRIANO.

¿Levántase el Rey?

CAMILO.

Ya sale

vistiéndose.

ADRIANO.

Si en alguna  
ocasión fuiste, Fortuna,  
la que atrevimiento vale,  
¿qué mayor que éste que intento?

*(Sale el REY MENANDRO vistiéndose, y los criados que puedan, sirviéndole.)*

MENANDR. Estoy con este cuidado.

*(Sale un CRIADO de los que sirven.)*

CRIADO. Aquí Lirano ha llegado.

*(Sale LIRANO.)*

LIRANO. Perdona mi atrevimiento;  
que aunque dejes de vestirme  
este rato escucha aparte.

MENANDR. ¿Hay buenas nuevas?

LIRANO.

Aparte

quiero las nuevas decirte.

MENANDR. ¡Oh, cuánto me maravillo  
que tenga dicha en amor!

LIRANO. Apenas llegó, señor,  
el conde Arnaldo al castillo  
cuando primero que diese  
brazos ni aun mano a Lisarda,  
y triste cuanto gallarda



de tu descuido estuviese,  
llegó Marcio, y a prisión  
hizo rendir a los tres.

MENANDR. ¿Y replicaron?

LIRANO. Después  
que vieron el escuadrón  
de las lanzas y arcabuces,  
callaron y se rindieron.

MENANDR. ¿Salieron luego?

LIRANO. Salieron  
del castillo entre dos luces.

MENANDR. Di, Lirano, que te den  
dos mil ducados.

LIRANO. El cielo  
te dé el imperio del suelo,  
y más que Matusalén  
y que Caleb largos años,  
hombre a quien jamás dolió  
diente, ni muela, ni vió  
envejecidos sus paños.

La cédula te traeré  
para que la firmes luego.

(Váyase.)

MENANDR. ¡Bravamente, niño ciego,  
te tiene el poder en pie!

Dicen que reyes derribas,  
y aunque lo he visto por mí,  
ya digo que un Rey aquí  
te tiene para que vivas.

¿Camilo?

CAMILO. ¡Señor!

MENANDR. Dirás  
que Lisarda se aposente  
con mi hermana humildemente,  
pues ella merece más.

Porque son cortos espacios,  
si a su grandeza te humillas,  
con las siete maravillas  
del mismo sol los palacios.

CAMILO. ¿Pues viene Lisarda aquí?

MENANDR. Y presa, quien almas prende.

CAMILO. ¿Presa? ¿Por qué?

MENANDR. Amor lo entiende,  
¿qué me preguntas a mí?

Di que al duque Sinibaldo  
pongan en la torre. ¡Corre!  
Espera: en la misma torre  
di también que al conde Arnaldo.

CAMILO. Pues, ¿quién es ése?

MENANDR. Un traidor.

CAMILO. ¿Traidor a ti mismo?

MENANDR. A mí.

En toda mi vida vi  
tan necio preguntador.

¡Ámame ya, majadero!

ADRIANO. Contento muestras que estás.

MENANDR. ¡Oh, Adriano, nunca más  
que cuando a Lisarda espero!

Dadme aguamanos, que ya  
me olvidaba de vestir.

y aun pienso que de vivir.

ADRIANO. (Mostrando el cabello está  
la ocasión todo delante.

La salva quiero tomar,  
que si en ella acierta a echar  
la sortija del diamante,  
en ella pondré la mía  
y saldré con mi intención.)

(Lleguen con fuente, y jarro, y toalla, criados, y el  
REY se alce los puños, y quite la sortija, y, en  
viéndosela quitar, le ponga la salvilla delante  
ADRIANO para que la cche.)

MENANDR. Puesta Lisarda en prisión,  
que tantas almas prendía,  
el mundo seguro queda.  
Preso este amor, ya cesó  
su imperio; libre estoy yo;  
ya no hay quien prenderme pueda.

(Quítese la sortija.)

ADRIANO. Pensé, como te quitabas  
el anillo, gran señor,  
que era la prisión de amor,  
y de albricias me lo dabas.

MENANDR. Allá en otro tiempo fueron  
estos anillos prisiones,  
que dellos los eslabones  
de las cadenas se hicieron.

No puedo ese anillo darte  
porque de mi padre fué;  
un caballo te dará  
que pueda envidiarlo Marte.

ADRIANO. Beso tus pies. (Esconder  
quiero la sortija ahora,  
pues tanto precio atesora.)

(Ponga la otra.)

Bien te la puedes poner,  
como digno de tal prenda.

(Póngasela.)

MENANDR. Por más señal de afición,

al dedo del corazón  
mi voluntad la encomienda.

CRIADO. A todos mercedes haces,  
y de Fabio no te acuerdas.

MENANDR. Como de sueño te acuerdas.

CRIADO. Tú como Alejandro naces.

MENANDR. Entre todos los que estáis  
aquí, haced a Felisardo  
que os reparta...

CRIADO. Ya te aguardo.

MENANDR. ¡Eso mismo qué aguardáis.

CRIADO. No has dicho nada.

MENANDR. Decid  
que os dé cinco mil ducados.

CRIADO. Cinco mil años doblados  
vivas. Por letras venid.

ADRIANO. ¿Qué tienes, señor?

MENANDR. No sé;  
cierto baguedo me dió.

ADRIANO. (Ya nuestra sortija obró;  
verdad el encanto fué.)

MENANDR. Parece que adormecida  
siento un poco la cabeza.  
¿Cómo sigue la tristeza  
los placeres de la vida!

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Ya en la torre quedan presos  
el Duque y el conde Arnaldo.

MENANDR. ¿Quién?

CAPITÁN. El duque Sinibaldo.

MENANDR. ¿Nuevos y extraños sucesos!

¿El Duque preso? ¿Que dices?

CAPITÁN. ¿No me mandaste prender  
al Duque?

MENANDR. ¿Yo? ¿Cuándo?

CAPITÁN. Ayer.

MENANDR. ¿Marcio, no me escandalices!

Que no hay hombre en mis estados  
como Sinibaldo.

CAPITÁN. ¿Buena!

Ayer, de cólera lleno  
y no de pocos cuidados  
de tu vida y de tu honor,  
me le mandaste prender.

MENANDR. ¿Yo te vi ni te hablé ayer?

CAPITÁN. Ayer me hablaste, señor,  
y me mandaste que fuese  
al castillo de aquel monte,  
cuando el sol deste horizonte  
partirse a la mar quisiese.

Yo le prendí con Lisarda.

MENANDR. ¿A Lisarda?

CAPITÁN. Señor, sí;  
y juntos los traje aquí  
con cuarenta hombres de guarda;  
que eran veinte arcabuceros  
y veinte lanzas; que fué  
orden tuya.

MENANDR. ¿Que te hablé  
y te vi?

CAPITÁN. Mil caballeros  
estaban, señor, presentes.

MENANDR. Adriano, ¿tú lo viste?

ADRIANO. No, señor.

CAPITÁN. Si no estuviste,  
mil estuvieron.

MENANDR. Tú mientes.

Pero, ¿por qué los has preso?

CAPITÁN. Porque intentan darte muerte.

MENANDR. Justa prisión desa suerte;  
mas no he sabido el suceso.

CAPITÁN. Pues, señor, esto ha pasado.

MENANDR. Tengan presos a los dos,  
que desta traición, por Dios,  
que ninguno me ha informado.  
Adriano, ¿es esto así?

ADRIANO. Marcio dirá la verdad.  
(El encanto fué verdad (*sic*);  
todo se olvida de sí.)

MENANDR. Parte, Marcio, y di que pueda  
Lisarda andar en palacio:  
tenga por cárcel su espacio,  
porque sospecha me queda  
de que no estará culpada.

CAPITÁN. Voy a decillo, señor.  
Cubierto voy de temor  
y toda el alma turbada:  
Mándalos ayer prender  
y hoy niega que lo ha mandado.  
¿Tan presto tan olvidado?

Tiberio debe de ser:  
que como ya muerto hubiese  
su mujer, que le ofendió,  
el día que la mató  
mandó que a comer viniese.

(*Vase.*)

MENANDRO.

¡Caso grave y extraño que intentase  
darme la muerte Sinibaldo!

ADRIANO.

Es cosa indigna de tal Príncipe. Bien sabes lo que contra el poder envidias pueden. Su virtud es un sol, y es imposible que adonde diere el sol no haga sombra: sombra de virtud llaman la envidia.

MENANDRO.

Sin duda que, envidiosos de su gloria, quieren oscurecer su luz; mas creo que no podrán salir con su deseo.

(Sale LIRANO con un papel en una cartera y tinta y pluma.)

LIRANO.

La libranza me dieron del dinero; suplicote, señor, pongas tu firma para que me la pague el tesorero.

MENANDRO.

¿Quién eres?

LIRANO.

¡Bueno es esto! ¿No conoces a Lirano, tu músico?

MENANDRO.

¡Oh, Lirano!

LIRANO.

¡Oh, Lirano! ¿Pues que vengo yo de fuera?

MENANDRO.

¿Qué papel es aquéste?

LIRANO.

La libranza.

MENANDRO.

¿Qué libranza?

LIRANO.

¡Oh, qué lindo! Del dinero.

MENANDRO.

¿Qué dinero? ¿Es acaso tu salario?

LIRANO.

No, sino el rollo que me estire. ¿Agora no me mandaste por aquellas nuevas dos mil ducados?

MENANDRO.

¿Nuevas? ¿De qué fueron?

LIRANO.

Si pruebas mi paciencia, mal la pruebas

en materia, señor, de mi dinero.

¿No te alegraste de que Marcio hubiese preso al Duque, a Lisarda, al conde Arnaldo?

MENANDRO.

¿Así que preso queda Sinibaldo?

LIRANO.

Como si nunca hubieras pretendido estos negros amores me respondes. ¡Negra sea la dicha de Lirano y quien acá le trajo con la cédula! Si por dicha, en razón de burlas quieres dar al maestro cuchillada, mira que no tengo que darte yo dineros; que yo, y cuantos graciosos hoy vivimos andamos por sacarle a quien decimos las gracias y donaires que sabemos, que es la renta y oficio que tenemos. Firma aquesta libranza, y en tu vida has cosa por mí que te pidiere.

MENANDRO.

¿Qué libranza, ignorante?

LIRANO.

¿Qué libranza?

De los dos mil ducados que me diste. ¿Yo te he dado, Lirano, ese dinero de días a esta parte?

LIRANO.

¿Cómo días?

Adriano dirá que no ha un momento.

MENANDRO.

¿Qué dices, Adriano?

ADRIANO.

Que se engaña, que tú no le has mandado tal dinero.

LIRANO.

¡Alto! Los dos, sin duda, os concertastes para desesperarme.

MENANDRO.

¡Acaba, necio!

LIRANO.

¡Firma, por Dios!

MENANDRO.

De aquesta suerte; muestra.

LIRANO.

¿La cédula rasgaste?

MENANDRO.

¿Eso te espanta,  
si tú y el Capitán me volvéis loco  
diciéndome que mando disparates?

LIRANO.

La burla basta, y no que mal me trates.

(Salen dos o tres CRIADOS con otra cédula de tropa,  
y tinta y pluma.)

CRIADO.

Yo pienso que llegamos a buen tiempo,  
que ha firmado a Lirano sus libranzas.  
¡Lirano, amigo mío, buen principio diste  
a nuestra dicha.

LIRANO.

Estaba por deciros  
lo que en el libro de Amadís Agrages:  
porque allá lo veredes, caballeros.

CRIADO.

La cédula es aquésta; firmar puedes (1).

MENANDRO.

¿Qué cédula?

CRIADO.

Cuidados importantes  
te privan de pensar en los menores.  
Libranza es ésta de merced que hiciste  
a los que ves, de cinco mil ducados.

MENANDRO.

¿Estáis de hacerme loco concertados?  
Adriano, ¿qué es esto?

ADRIANO.

Como han visto  
que andas de gusto, piensan, con enredos,  
sacarte el parabién estos ayudas.

MENANDRO.

Pues ya no estoy de burlas, y la sala  
despejen todos juntos noramala.

LIRANO.

Para vosotros hay también culebra.

CRIADO.

Mudó de intento.

CRIADO 2.º

La palabra quiebra.

MENANDRO.

¿Qué será aquesto? Yo, Adrián, no estimo,  
que no debo estimar, plata ni oro;  
estimo que estos necios hagan burla  
de su señor, y si modestia fuera,  
de mi casa al momento los echara,  
o con otro rigor los castigara.

(Sale LISARDA.)

LISARDA.

No pensé que tu rigor  
hubiera a punto llegado  
que no le templara amor;  
pero de un amor templado,  
la consonancia es furor.

Bien en mi padre se muestra  
lo que puede en poderosos  
una información siniestra,  
pues servicios tan famosos  
no valen de parte nuestra.

Que yo esté presa es muy justo,  
pues que lo estoy por tu gusto;  
pero mi padre, señor,  
y con nombre de traidor,  
¿a quién no parece injusto?

Liégate, señor, aparte,  
que quiero de espacio hablarte.

MENANDR. Pues, ¿quién eres tú, que así  
te atreves a hablarme a mi  
libre, en tan pública parte?

LISARDA.

Si disimulas, bien haces.  
Oye aparte y hablaremos,  
que mi crédito deshaces:  
ya preso al Conde tenemos,  
con que tu amor satisfices.

Mas mi padre no es razón,  
a título de traición.

MENANDR. ¿Quién es tu padre?

LISARDA.

¿Qué bien!

¿Estando aparte también  
encubres nuestra invención?

MENANDR. ¿Pues qué invención hay aquí?

LISARDA. ¿Cómo me hablas así?

MENANDR. ¿Quién eres?

LISARDA.

Lisarda soy.

MENANDR. ¡Ah, sí! Qué olvidado estoy,  
pues que no te conocí.

LISARDA. ¿Luego no me has conocido  
después que te estoy hablando?

MENANDR. Estoy algo divertido  
en cosas imaginando  
que me ocupan el sentido.

(1) Texto: "la cédula es ésta, firmar puedes".



En fin, ¿que Lisarda eres?

LISARDA. ¿Toda me turbas!

MENANDR. ¿Qué quieres,  
Lisarda, que haga por ti?

LISARDA. ¿Así te olvidas de mí?  
¿Tú me quieres?

MENANDR. No te alteres;  
que estoy con ciertas pasiones.

LISARDA. ¿No estás bueno?

MENANDR. Bueno estoy.

LISARDA. ¿Qué notables confusiones!  
¿Ya no te acuerdas que hoy  
pusiste al Duque en prisión?

MENANDR. Tienes, Drusila, razón.

LISARDA. ¿Yo soy Drusila?

MENANDR. ¿Qué olvido!  
Arminda, estoy con pasión.

LISARDA. ¿Qué Arminda? ¿Tienes sentido?

MENANDR. ¿Que está tu padre en prisión?  
¡Bien, bien, sí! Lisarda eres:  
¿querrásle dar libertad?

LISARDA. Yo quiero lo que tú quieres;  
que en firmeza y voluntad  
venzo las demás mujeres.  
Al amor que me has tenido,  
agradecida te amé.

MENANDR. ¿Pues cuándo yo te he querido?

LISARDA. ¿Qué buen pago de mi fe!  
¿A tanto amor, tanto olvido?  
¿Eso fué lo que decías  
cuando hacerte prometías  
reina de Hungría?

MENANDR. ¿Estás loca?  
Cierra, Lisarda, la boca,  
que no son palabras mías.  
Ni yo a tu padre prendí,  
ni sé quién es ese Conde,  
ni a ti dos veces te vi.

LISARDA. ¿Qué desatinos responde?  
¿Si está el Rey fuera de sí?  
(1) ¿Luego podréme casar  
con el Conde?

MENANDR. ¿Por que no?

LISARDA. ¿Ni lo quieres estorbar?

MENANDR. ¿Por qué he de estorbarlo yo,  
o qué me puede importar?  
(1) Aquí me han dicho que preso  
está el Duque sin razón,

que yo no he visto el proceso,  
Si es siniestra información,  
¿qué culpa tengo yo deso?

Toma este aquillo, y dirás  
que, en viéndole, no haya más,  
y que a su casa se vaya.

LISARDA. ¿Que no quieres tú que haya  
otro concierto jamás?

MENANDR. ¿Yo, para qué?

LISARDA. ¿Quién se fía  
de amor que promete loco,  
que tenga la pena mía!

ADRIANO. ¡Huélgome, porque algún poco  
cese su melancolía.)

(Tome el anillo LISARDA, y váyase.)

Pero muy mal me estuviera  
si el anillo se perdiera.)  
¡Notable fuerza es la suya!

(Tome otro semblante el REY.)

MENANDR. Presto haré que se concluya  
la causa.

ADRIANO. El furor modera.

MENANDR. ¿Cobraste, Adriano amigo,  
el caballo?

ADRIANO. No, señor,  
que siempre he estado contigo.

MENANDR. ¿Quién está aquí?

LIRANO. ¡Lindo humor,  
tras lo que ha usado conmigo!

MENANDR. ¿Es Lirano?

LIRANO. Ni aun Lirón.

MENANDR. ¿Cobraste ya aquel dinero?

LIRANO. ¡Tomad, si afloja en el son,  
y retozaba el gaitero  
con la moza del mesón!

¿Qué diablos he de cobrar,  
si la libranza rasgaste  
cuando la vine a firmar?

MENANDR. ¿Qué dices?

LIRANO. Que te enojaste.

MENANDR. ¿Quiéresme acaso burlar?

Pues mira que es tu dinero.

LIRANO. ¿Qué niegas? ¿Que no has rasgado  
la cédula?

MENANDR. ¡Majadero,  
ni la he visto ni tocado!

LIRANO. ¡Taño en vos el mi pandero,  
taño en vos, y pienso en al!

ADRIANO. Lirano, un pecho real

(1) Texto repite innecesariamente la indicación de  
persona que habla.

con los cuidados más graves  
los menores, como sabes,  
olvida. No le hables mal (1).

Si no trae otra libranza.

LIRANO. Pues di, señor si agora voy  
y el papel en confianza  
traigo, ¿firmarásle?

MENANDR. ¿Soy  
la firmeza o la mudanza?

Parte, que yo firmaré  
lo que aquí te prometí.

LIRANO. Hago testigos.

MENANDR. Yo sé  
que hoy los cobrarás de mí.

LIRANO. Ponme en la boca ese pie.

(*Íase.*)

MENANDR. ¡Qué burlón es este necio!  
No tiene precio su gusto.

ADRIANO. Ni mi dicha tiene precio,  
pues por amor no es injusto  
lo que mi lealtad desprecio.

(*Sale ARMINDA.*)

ARMINDA. Huélgoine, señor, que esté  
Lisarda donde la veas,  
pues es lo que más desees.

MENANDR. Loco amor la causa fué,  
Arminda, de su prisión.  
A mi casa la he traído  
por sosegar el sentido  
tan rebelde a la razón.  
¿Qué te ha dicho?

ARMINDA. Que agradece  
el remedio y el cuidado.

MENANDR. El poder enamorado  
poco en mostrarlo merece.

Yo no pienso permitir  
que se me case Lisarda.  
Tú la aconseja y la guarda,  
porque me importa el vivir.

Y mi palabra te doy  
de casarte brevemente,  
que ya el Rey mejor se siente.

ARMINDA. Descuidada deso estoy.

MENANDR. Cartas tuve que quería  
partirse tu esposo ya,  
y porque veas que está  
tu voluntad en la mía,

vayan Adriano y criados  
y sepa en qué punto están  
las cosas, y llevarán  
veinte o treinta mil ducados

para el gasto del camino.  
Trátese espléndidamente,  
y cuando el camino intente,  
porque salir determino,

aviseme con persona  
de confianza y cuidado,  
y por el que amor me ha dado,  
Arminda hermana, perdona,

que voy a ver a Lisarda.

ARMINDA. Parte, y verás un retrato  
de Venus.

MENANDR. ¡Pincel ingrato!

ARMINDA. ¿Cómo?

MENANDR. Porque es más gallarda.

(*Íase.*)

ARMINDA. ¿Es ésta aquella sortija  
del olvido que buscaste?

¡Buen sabio, bien le alabaste!

ADRIANO. No hay cosa que no se rija  
por la voluntad del cielo:  
la sortija del olvido  
peregrino efeto ha sido,  
de lo más que sabe el suelo.

Aquí la tuvo, y quedó  
tan olvidado de sí,  
que cuanto trataba aquí  
en un instante negó.

Causárate admiración  
ver en él tanta mudanza,  
que me llevó la esperanza  
a la mayor pretensión.

El estar agora en sí  
nació de que se quitó  
el anillo, y se lo dió  
agora a Lisarda aquí:

que lo llevaba en la mano  
a mostrarla al Capitán  
y a los que de guarda están.

ARMINDA. ¿Luego nuestro intento es llano?

ADRIANO. ¿A qué más pudo llegar  
que a negar que conocía  
a Lisarda?

ARMINDA. No podía  
mejor su intento probar  
la fuerza de la sortija.

ADRIANO. Ella viene algo turbada.

(1) Texto: "mas".

ARMINDA. Sin duda estará olvidada  
y sin razón que la rija  
si la sortija trae puesta.

ADRIANO. Irme quiero.

(*! ase ADRIANO.*)

ARMINDA. Bien será.

(*Sale LISARDA.*)

LISARDA. Ya mi padre libre está.

ARMINDA. La turbación manifiesta  
la manera del mirar.  
¡Lisarda amiga!

LISARDA. ¿Quién es?

ARMINDA. ¡Brava cosa! ¿No lo ves?  
Apenas acierta a hablar.

LISARDA. ¿Es mi criada Clavela?

ARMINDA. Arminda soy.

LISARDA. ¡Oh, señora!

ARMINDA. (Yo acabo de ver agora  
que es encanto, y no es cautela.)  
¿No has visto al Rey?

LISARDA. No le vi.

ARMINDA. A verte y hablarte fué.

LISARDA. Después que a mi padre hablé  
ciertos desmayos sentí  
que me tienen fatigada,  
y es que pensando venía  
que Menandro me tenía  
de su memoria olvidada.

Tanto en aquello pensé,  
que fuera de mí he quedado.

ARMINDA. ¿Mi hermano de ti olvidado?

LISARDA. Ingrato a mis obras fué.

(*Salen CAMILO y el REY.*)

CAMILO. Aquí con Arminda está.

MENANDR. ¡Oh, mi Lisarda!, ¿qué es esto?

¿Tú en mi casa, y yo sin ti?

¿Tú tan cerca, y yo tan lejos?

El sol se puede encubrir

si el rayo de su cabello

ha reducido a esta casa

como a círculo de espejo.

¿Dónde has estado (1) sin mí?

¿Qué has hecho? Que tengo celos  
de pensar que has ido a ver  
aquel venturoso preso.

¿Hasle visto? ¿No me hablas?

LISARDA. ¿Quién es?

MENANDR. ¿Quién es? ¡Esto es bueno!

¿A mí por mí me preguntas?

No haces bien porque sospecho  
que sabes de mí lo más,  
y que sé de mí lo menos.

¿Cómo me miras así?

Mira, Lisarda que pienso,  
que porque he prendido al Conde  
haces ese sentimiento.

¿Al Rey hablas desa suerte?

LISARDA. ¡Ah, si! Perdona, que tengo  
en mil imágenes tristes  
ocupado el pensamiento.

¿Mandas algo en su servicio?

MENANDR. Lisarda, a servirte vengo,  
ya que se ponga a tus pies  
todo el valor de mi reino.  
Mas la tibieza que muestras,  
y el descuido en que te veo  
me ha dado imaginación,  
que no sientes lo que siento.

¿Es muy gentilhombre el Conde?

¿Pésate de haber deshecho

con esta prisión fingida

el tratado casamiento?

Codicia de ver su rostro  
con tu mudanza me has puesto;  
si él me excede en la persona,  
en la voluntad le excedo;  
él no te quiere por dicha.

y yo sin dicha te quiero,

¿Pues qué? ¿No me quieres ya?

LISARDA. ¿Qué dices que no te entiendo?

¿Yo te he querido, señor?

¿Ni he tenido pensamiento

de deshacer por tu causa

el esperado concierto?

¿Qué tiene Menandro, Arminda?

MENANDR. Arminda mía, ¿qué es esto?

¿Cómo me paga Lisarda

con este agradecimiento?

¿Es esto lo que de amarla

con tanta verdad merezco?

Camilo, ¿qué te parece?

CAMILO. Según me han dicho Deifebo,  
Tisandro y Lidio que hoy  
a vuestra Alteza vistieron,  
bien merece estas palabras.

MENANDR. ¿Por qué las merezco, necio?

CAMILO. Porque hablándole Lisarda

(1) Texto: "ha estado".

con mil tiernos sentimientos,  
la trató de tal manera,  
y con desdenes tan fieros,  
que fueron de haber negado  
todo el pasado deseo:  
Dijo que en toda su vida  
le había visto.

MENANDR. ¿Qué es esto?

CAMILO. Pues no sólo paró en esto,  
que para casarse luego  
la dió licencia.

MENANDR. ¿Qué dices?

CAMILO. Con el mismo Conde preso.

MENANDR. ¿Yo licencia de casarse  
con Arnaldo?

CAMILO. Mil la oyeron.

MENANDR. ¡Todos mienten, por Dios vivo!  
¡Todos mienten, vive el cielo!  
¿Hase visto disparate  
como el que me dicen éstos?  
Arminda, pierdo el juicio.

ARMINDA. Toda la ocasión entiendo.

MENANDR. Lisarda, si yo en mi vida  
he dado consentimiento  
para que puedas casarte,  
hasta su profundo centro  
la tierra abierta...

LISARDA. ¿Qué juras?

¿Por qué causa? ¿A qué efeto?

MENANDR. ¡Plega a Dios que de un caballo  
caiga en la carrera al suelo,  
chocando frente por frente  
con otro que llegue al medio!  
¡Plega a Dios que si en batalla  
de mi enemigo al encuentro  
pusiere lanza en el ristre,  
me atraviere al mismo tiempo  
el cuello en que está la vida  
entre la gola y el peto!  
¡Plega a Dios!...

LISARDA. ¡Señor, detente!

¿Para qué me hablas tan recio?  
No soy sorda.

MENANDR. ¿Pues hay áspid  
que lo sea más?

LISARDA. No quiero,  
que haberme traído aquí  
resulte, Menandro, en esto.  
Vuelve a enviarme al castillo.

MENANDR. Pues, mi bien, ¿cómo te veo  
tan presto en tanto rigor,

en tal mudanza tan presto?

LISARDA. ¿Qué rigor, ni qué mudanza?  
Mira que todo es enredo,  
si alguien te ha dicho de mí  
que te quise, ni te quiero.

MENANDR. (1) Lisarda, cese el enojo,  
que si algunos te dijeron,  
que el Rey te daba licencia  
para aqueste casamiento,  
de envidiosos te engañaron.

LISARDA. Arminda, yo te confieso  
que esto de amor de Menandro,  
me parece como sueño,  
mas que yo te haya querido,  
ni tales conciertos hechos,  
¿no imaginas que es locura?

MENANDR. Hago al cielo juramento,  
que de cuantos me han vestido,  
no ha de quedar caballero  
en mi servicio en mi casa,  
ni en mi Corte.

(Sale el duque SINIBALDO.)

SINIBALDO. ¿Tus pies beso,  
invicísimo señor!

Por la merced que me has hecho,  
que bien sé yo que informado  
de la lealtad que profeso,  
heredada como sabes  
de tan ilustres abuelos,  
conocerás que es envidia  
decir que ha sido mi intento,  
el quitarte con Arnaldo  
la vida que te deseo.  
Arnaldo es noble, señor;  
que yo no hiciera mi yerno  
hombre que no te sirviera  
con la vida que te ofrezco.  
Suplicote que le des  
libertad reconociendo  
la deuda de mis servicios,  
que como ves estoy viejo,  
y sólo en casar mi hija  
tengo mi descanso puesto.

MENANDRO.

Pienso que quieren estos necios hombres,  
que tengo en mi servicio, hacer de suerte,  
preciados de tener traidores nombres,  
que pierda el seso, y intentar mi muerte.

(1) Texto: "ARDENIO."



Lisarda, con aquesto no te asombres,  
de que tu agravio mi rigor despierte:  
¿Quién te dió libertad. Duque enemigo,  
cuando es justo, y justísimo el castigo?

¿A mí me lo agradece, que quisiera  
tener agora condición tirana,  
con que sin más información te diera,  
por tu infame traición muerte inhumana?  
¿Quién te sacó de la prisión?

SINIBALDO.

No fuera  
ensangrentar, señor, mi barba cana,  
digna hazaña de un Rey, que al acusado  
tiene siempre un oído reservado,

porque a ninguno, sin que fuese oído,  
pudiesen castigar airados Reyes  
establecieron con acuerdo unido  
los Césares, señor, las santas leyes,  
al tribunal por ellos admitido  
el vil esclavo, y el que guarda bueyes  
alcanza la justicia que perdiera  
por su pobreza, cuando ley no hubiera.

Que es la justicia un ser distributivo,  
que a cada cual le da lo que merece,  
y que con equidad y cetro altivo,  
las leyes de la patria favorece;  
que está a las causas con atento y vivo  
oído, sin pasión a quien guarnece  
la fe, verdad y santidad, la mano  
de Eurípides mostró, sin ser cristiano,

Pues ¿cuánto más un Príncipe que debe  
a su Dios, a su fe, y a las costumbres  
de la patria?

MENANDRO.

Detente, que me mueve  
tu lengua a más notables pesadumbres  
¿Tan bárbaro soy yo?

SINIBALDO.

Si amor te mueve  
para eclipsar las soberanas lumbres  
de la razón, advierte que un Rey justo,  
la ley de la virtud prefiere al gusto.

MENANDRO.

¿Querrán volverme loco? ¿Extraño intento  
¿Quién te dió libertad?

LISARDA.

Tú cres extraño.  
¿No me diste este anillo?

MENANDRO.

Es fingimiento,  
y alguien me le ha tomado por engaño,  
¡hola!

(Sale el CAPITÁN y gente)

CAPITÁN.

¿Señor?

MENANDRO.

Con guardas al momento  
se lleve el Duque a la prisión.

SINIBALDO.

¡Qué daño,  
hija, de tus locuras me ha venido!

(Lleven al DUQUE.)

MENANDRO.

¡Escucha, Capitán! Llegó el oído.  
¿Diste tú libertad al Duque?

CAPITÁN.

Agora  
Lisarda me mostró tu anillo.

MENANDRO.

¡Vete!  
Yo estoy fuera de mí. Dadme señora,  
mi diamante.

LISARDA.

¿Qué fe de tu amor promete?  
Este es tu anillo y sello, a quien desdora  
tu condición.

MENANDRO.

No hay cosa que inquiete  
un ánimo pacífico y seguro,  
como una ingratitud.

LISARDA.

Yo te lo juro.

(En tomando el anillo el Rey se muden entrambos de semblante.)

ARMINDA. ¡Qué extraña mudanza han he-  
¡Oh, Adriano, bien venido! [cho!

(ADRIANO sale.)

ADRIANO. ¿Qué hay de nuevo?

ARMINDA. Ha sucedido...

ADRIANO. Que está olvidada sospecho.

ARMINDA. ..que la sortija tomó,  
porque con ella libraron  
al Duque, y los dos quedaron

como ves.

ADRIANO. Dígelo yo,  
es tan seguro el olvido  
de quien la tiene en la mano,  
como yo ser Adriano.

LISARDA. Parece que he dormido,  
y que de un sueño despierto.

MENANDR. ¿Quién está aquí?

ARMINDA. ¿No nos ves?

ADRIANO. Tres somos, y todos tres  
con diferente concierto.

LISARDA. ¿Dírate la condición  
de aquel pasado desdén?

MENANDR. ¿Desdén yo? ¿Por qué, o con quién?

LISARDA. Con mi amor y obligación.

MENANDR. ¿Amor tú? ¿Para qué? ¿A mí?

ADRIANO. ¿Quieres ejemplo más claro?

LISARDA. ¿Qué bien podré con tu amparo,  
salir con honra de aquí!

¿Mas qué? ¿Me vuelves a dar,  
licencia para casarme?

MENANDR. ¿En qué puedo yo fundarme,  
que te la pueda quitar?

LISARDA. Ya no te puedo sufrir.

MENANDR. Ni tengas salud, Lisarda.

LISARDA. ¡Ah, cielos!

ARMINDA. ¿Espera, aguarda!

MENANDR. ¿Que aguarde? Dejaldla ir.

ARMINDA. ¿Así la desprecias?

MENANDR. Yo  
no sé que la haya estimado.

ADRIANO. ¿Con Lisarda estás airado?

MENANDR. Si ella es necia, ¿por qué no?

ADRIANO. ¿Tengo de ir, como mandaste,  
a Trasilvania? Que ya  
hecha la libranza está  
para el dinero que gaste.

MENANDR. ¿Qué Trasilvania? ¿Qué es esto?  
¿Qué dinero? ¿Estás en ti?

ARMINDA. ¡Bien va sucediendo así!

¡Oh, plega al cielo que presto  
tenga siempre ese diamante!

No hayas miedo que te envíe.

ADRIANO. ¿Quieres que en esto porfie?

ARMINDA. Para qué, si esto es bastante.

Como palabra no duele,  
después de burlas tan frías,  
que a firmarme volvería  
la libranza que rompiste,  
traigo la pluma y papel.

MENANDR. ¿Quién es?

LIRANO. Lirano, señor;  
tu músico y tu ventor,  
y tu escudero fiel.

MENANDR. Lirano, bien seas venido.  
¿Qué hay por acá?

LIRANO. ¿Bueno es esto?  
¿Qué hay por acá? ¿No ves puesto  
este papel en que pido  
una firma?

MENANDR. ¿Para qué?

LIRANO. Para los dos mil ducados.

MENANDR. ¿Qué dura los?

LIRANO. Los soñados;  
que pienso que los tiene.

MENANDR. ¿Cómo traes tú a firmar  
mis cédulas? ¿Quién te dió  
ese oficio?

LIRANO. El diablo y yo.  
¿Vuélvese acaso a burlar?

¿No me mandaste de albricias  
dos mil durados?

MENANDR. ¿Buen loco!

LIRANO. Las burlas bastan un poco.

MENANDR. Con qué frialdades codicias  
pescar dinero, bufón;  
con querer darme a entender  
que yo te he podido hacer  
semejante donación.

Y luego darme la vaya  
del engaño que me hiciste.

LIRANO. Si gustas de verme triste  
y de que al rollo me vaya,  
bien haces; pero troquemos:  
sé tú gracioso y yo Rey,  
que no será justa ley  
que los dos bufonicemos.

MENANDR. Frío vienes como un hielo;  
voy a librarne de ti.

(Fase el REY.)

(Sale LIRANO con el papel y tinta y pluma.)

LIRANO. Con pie derecho y haciendo  
la cruz, señora libranza,  
entro a firmaros, si alcanza  
favor quien entra temiendo.

LIRANO. ¿Qué es esto, Adriano?

ADRIANO. Aquí  
no hay sino tener consuelo.  
Ven, Arminda. Intentarás  
que por cartas desbarate

el casamiento, y no trate  
de Trasilvania jamás.

(*Vanse.*)

ARMINDA. Eso importa, porque así  
queda el Príncipe enojado.

LIRANO. ¿Hay hombre más desdichado?  
Dos mil ducados perdí.

Quien sirve, ¿a qué está sujeto?  
¿Qué he de hacer deste papel?  
Pero quiero hacer en él  
a mi desdicha un soneto.

Musa, en mis dolores fieros  
baja, que comienzo ya;  
pero es mujer, no querrá  
viendo que estoy sin dineros.

### ACTO TERCERO

DE "LA SORTIJA DEL OLVIDO".

(*Salen ARMINDA y ADRIANO.*)

ADRIANO.

Con la carta, señora, que he fingido  
y que ha firmado el Rey, que está olvidado,  
ya queda el Trasilvano despedido,  
porque el concierto de los dos firmado  
da por ninguno, y la palabra dada.

ARMINDA.

¿Que ha llegado Menandro a tal estado?

ADRIANO.

La fabulosa máquina adornada,  
Arminda, de moral filosofía,  
de Ovidio, como sabes, inventada,  
aquel metamorfoseos que fingía,  
no iguala a ver tu hermano transformarse  
en bestia sin razón, en piedra fría;  
que como tanto tiempo sin quitarse  
ha tenido el anillo del olvido,  
apenas tiene ya de qué olvidarse.

Inhábil está ya para marido  
de la sin par bellísima Isabela,  
y para la corona sin sentido.

La fama ya de su desgracia vuela;  
y dicen todos que marido escojas,  
que debes el reinar a mi cautela.

Si me tienes amor, ¿de qué te enojas?  
¿Cuánto será mejor que luego sea?

¿Por qué de tanta gloria me despojas?

Menandro no es posible que se vea.

a su pasado estado reducido;  
¿quién quieres que contigo lo posea?

Arminda, si tu amor he merecido,  
merezca el reino, que es el reino menos  
que ser, como me nombras, tu marido.

Soy, no puedes negarlo, de los buenos,  
si no soy el mejor.

ARMINDA.

¿De qué locuras  
tienes, amor, mis pensamientos llenos?  
Temo que el reino, y no mi bien, procuras.

ADRIANO.

Antes si el reino quiero, es por la fuerza  
con que tus manos gozaré seguras.

ARMINDA.

¡Oh, cuánto amor un desatino esfuerza!  
Digo que el reino gusto que le quites,  
que mucho puede quien el alma fuerza.

ADRIANO.

Ahora, gran señora, que permites  
que quite el cetro al Príncipe engañado,  
quiero, porque mejor lo inhabilites,

hacer que los gobiernos de su estado,  
de la guerra y la paz, de mar y tierra,  
tengan mis deudos, y el mayor soldado  
las fronteras y fuerzas de la guerra,  
con que a su tiempo todos se levanten:  
que quien bien se previene tarde yerra.

ARMINDA.

Por más que el femenil ánimo espanten  
los temores de ver lo que pretendes,  
quiere amor que sus fuerzas se adelanten.

Si como el reino de mi hermano emprendes  
emprendieras del sol el carro de oro,  
defendiera lo mismo que defiendes.

ADRIANO.

Con justa causa su firmeza adoró.

(*Salen MENANDRO, muy embalsado, y CAMILO y el  
CAPITÁN.*)

CAMILO. Aquí está, señor, tu hermana.

MENANDR. ¿Tengo alguna hermana yo?

ARMINDA. ¿De Arminda se te olvidó?

CAMILO. ¡Miseria flaqueza humana!

¿En qué instante, de qué suerte  
para tan grande caída  
mudas una firme vida

y comienzas una muerte?

MENANDR. Mirándote estoy, Arminda.

ARMINDA. ¿No me conoces?

MENANDR. Muy bien.

ADRIANO. ¿Y no a Adriano?

MENANDR. También.

CAMILO. ¿Que tanto la fuerza rinda  
de un mal que nadie le entiende,  
pues a entendimiento igual  
le reduce a tanto mal  
que aun discurrir le defiende!

ADRIANO. Es necesario, señor,  
que pongas en tus fronteras  
para la guerra que esperas  
un nuevo gobernador  
y capitán general.  
y para la mar también  
alguno que entienda bien  
el ejército naval.

Y fuera de eso, en tu corte  
un virrey o presidente.  
hombre estudioso y prudente,  
como a tal oficio importe;  
que te descanse de estar  
llevando el peñasco eterno  
de Sísifo al hombro tierno:  
tal pintan al gobernar.

Y esto, señor, con acuerdo  
de la Infanta, mi señora.

MENANDR. ¿Pues quién te parece agora  
tan bien entendido y cuerdo,  
que ocupe tan gran lugar?

ARMINDA. A mí me parece, hermano,  
que solamente Adriano  
le mereciera ocupar;  
porque concurren en él  
las partes más necesarias.  
Y en las fronteras contrarias  
estará bien Pinabel.

su grande amigo y pariente,  
por capitán general:  
y que en tu armada real,  
con tus banderas y gente,  
asista Heraclio, su primo,  
todos hombres de valor.

MENANDR. Lo que os parece mejor,  
eso apruebo y eso estimo.

Háganse sus provisiones  
y tráiganlas a firmar.

ARMINDA. También te quiero avisar  
de que a peligro te pones

mientras vive Sinibaldo:  
no será matarle yerro  
y condenar a destierro  
a su yerno, el conde Arnaldo;  
que mejor para tu gusto  
quedará sola Lisarda.

MENANDR. Al Capitán de la guarda  
dirás, Camilo, que gusto  
de que Sinibaldo muera;  
que diz que conviene así.

CAMILO. ¿Señor!

ARMINDA. Mira tú por ti.  
No repliques; salte fuera.  
CAMILO. ¿Hay lástima semejante?  
Mas no quiero replicar,  
sino vivir y callar,  
que es a quien sirve importante.

(Vase.)

ADRIANO. Todo me sucede bien;  
él está fuera de sí.

ARMINDA. Haz que a tus deudos y a ti  
estos títulos os den,  
y tomemos posesión.

ADRIANO. Ven conmigo, porque abones  
del Rey las mismas razones  
y firmes la provisión.

(Váyanse, y sale LIRANO.)

LIRANO. ¿Quién pudiera imaginar  
tanto mal y desventura?  
Si el mal de Menandro dura,  
cielos, ¿en qué ha de parar?  
¿Cuál hombre el mundo ha tenido  
tan sabio, cuerdo y prudente,  
ni en el estado presente  
a tanto mal reducido,  
tan olvidado de sí  
que apenas discurso tiene?  
Pero, ¿qué me va ni viene  
destas desdichas a mí?

Mejor será aprovecharme  
de lo que pudiere yirme,  
que es necedad afligirme  
y desatino matarme.

Todos medran; sólo yo  
he dado en sentir su mal.

MENANDR. ¿Quién habla?

LIRANO. ¿Hay fantasma igual?

MENANDR. ¿Es mi hermana?

LIRANO. Señor, no.



MENANDR. Mira bien si eres mi hermana.

LIRANO. Barbado pienso que estoy.

MENANDR. ¿Quién eres?

LIRANO. Lirano soy.

¿Habláste me esta mañana,  
y agora me desconoces?

MENANDR. ¡Oh, Lirano, bien venido!

LIRANO. Nunca, señor, que te pido,  
me escuchas ni me conoces.

MENANDR. Paséate aquí, Lirano,  
conmigo y dime tu vida.

LIRANO. Señor, toda va perdida;  
caduca el estado humano.

El tiempo está ya muy viejo,  
hace cosas de rapaz;  
ni en la guerra ni en la paz  
se puede tomar consejo.

No hay en estos horizontes  
cosa en que firmozas halles,  
los montes se han hecho valles,  
los valles se han hecho montes.

Los animales del suelo  
todos han dado en volar,  
árboles cubren el mar  
y peces nadan el cielo.

Cosas en el mundo topo  
que muestran fines fatales;  
hablan ya los animales,  
como en el tiempo de Isopo.

MENANDR. ¡Válame Dios!

LIRANO. Esto pasa.

MENANDR. ¿Y qué ha sucedido más?

LIRANO. Que voy medrando hacia atrás,  
y soy cangrejo en tu casa.

Han dado en andar sin tocas  
las mujeres.

MENANDR. ¿Cosa extraña!

LIRANO. En mozas la edad engaña;  
mas hay unas viejas locas  
que parecen monas viejas,  
descubriendo unos pescuezos  
que parecen desde lejos  
costurones de pellejas.

Muchas mujeres verás  
que traen con buen semblante  
las narices adelante  
y las espaldas atrás.

MENANDR. Eso es gran bellaquería.

LIRANO. Otras verás, si esto dudas,  
que hasta acostarse desnudas  
no paran en todo el día.

MENANDR. ¿Es posible?

LIRANO. Sí, señor,  
y todas descalzas duermen.

MENANDR. Temo, Lirano, que enfermen.

LIRANO. Así lo dijo un doctor.  
Ha dado en esta ciudad  
en almorzar mucha gente.

MENANDR. ¿Párecete inconveniente,  
o crimen de Majestad?

LIRANO. No, señor; mas, ¿qué razón  
permite que por su engaño  
para el venidero daño  
no se haga prevención?

MENANDR. ¿Qué daño, Lirano amigo?

LIRANO. Hay pronóstico, señor,  
del astrólogo mejor,  
que cualquiera que consigo  
oro trajere en el cuello  
o en las manos morirá,  
y dicen que esto será  
cuando Dios se sirva dello.

MENANDR. ¿Qué me dices?

LIRANO. Lo que escribe  
en su almanac por muy cierto,  
y le verán muchos muerto  
que agora le ven que vive.

MENANDR. Pues, Lirano, yo no quiero  
por traer un poco de oro,  
puesto que causa decoro,  
morir con rigor tan fiero.

Toma, por tu vida, allá  
esta cadena.

LIRANO. Señor,  
tengo al tomarla temor.

MENANDR. A quien quisieres la da,  
y caiga en otro y no en mí  
el pronóstico del sabio.

LIRANO. Véngame todo el agravio,  
señor, por librarte a ti.  
¿Tienes más?

MENANDR. Esta sortija.

LIRANO. ¡Pesí a tal que es de diamante,  
morirás al mismo instante!

MENANDR. No hay cosa que más me aflija.

Toma, Lirano, por Dios.

LIRANO. ¿Cómo la podré tomar?

Mas quíerome aventurar,  
que, en efeto, de los dos  
es más justo que yo muera  
En el lienzo las pondré,  
y envueltas se las daré

a alguno que mal me quiera.

MENANDR. ¡Oh, cómo te has de vengar!

(Váyase el REY trocando de semblante.)

LIRANO. A Creso, siendo vencido,  
dieron oro derretido,  
porque se pudiese hartar.  
Y así dicen que murió  
con lo que más codiciaba:  
en las manos no le hartaba  
y por la boca le hartó.

MENANDR. ¿Es Lirano?

LIRANO. ¿No lo ves?

(Ya en sí.)

MENANDR. ¿Qué haces aquí?

LIRANO. ¿Qué es esto?

¿Ya tan mudado y compuesto?

¿Quién dirá que el mismo es?

Temblando estoy si ha caído  
en que el oro le he quitado.  
Parece que se ha trocado  
de aquel ignorante olvido.

Sin duda, y que aqueste mal  
son lúcidos intervalos,

él manda matarme a palos.

¿Puede haber desdicha igual?

MENANDR. ¿Qué hay de Lisarda, Lirano?

LIRANO. ¿No sabes que se casó  
de desesperada, y dió  
al Conde Arnaldo la mano?

MENANDR. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

LIRANO. Viendo que la aborrecías  
trató casarse estos días.

MENANDR. ¿Casóse?

LIRANO. Creo que sí.

MENANDR. ¿Cómo que sí?

LIRANO. ¡Yo qué sé!

MENANDR. ¿Yo a Lisarda aborrecido?

LIRANO. (El despertó de su olvido,  
y no parece el que fué.)

Señor, no estará casada;  
que se trataba decían.

MENANDR. ¿Cómo casarla podían  
con la voluntad forzada?

¿Dónde está su padre?

LIRANO. Preso,  
y no sé si degollado,  
que dicen que lo has mandado.

MENANDR. ¡Mas que han de quitarme el seso!

¿Yo al Duque? ¿Por qué delito?

LIRANO. Ya de su agravio, señor,

al Papa, al Emperador  
y a otros reyes han escrito;

pero fué tu enfermedad  
de suerte, que esto mandó.

MENANDR. ¿Qué enfermedad? ¿Cuándo yo  
pude mandar 'al crueldad?

¡Hola, gente! ¡Hola, criados!

(Salen CAMILO, FINEO y otros.)

¡Hola!

CAMILO. ¿Qué voces son éstas?

LIRANO. Dadle discretas respuestas  
por los términos pasados,  
que ha vuelto a la majestad  
y prudencia que tenía.

CAMILO. ¿Cierro?

LIRANO. Como es claro el día.

MENANDR. ¿Hay semejante maldad?

¡Pues, hombres desatinados  
sin lealtad, sin fe, sin ley,  
de algún africano Rey,  
de algún bárbaro criados!

¿Qué es aquesto que en mi casa  
pasa con tal desatino?

CAMILO. ¿Pues quién a informarte vino  
que lo que no es justo pasa?

MENANDR. ¿Y es justo darle a entender  
que la aborrezco a Lisarda,  
pues desesperada aguarda  
ser de un extraño mujer,  
si por dicha no lo es ya?

CAMILO. ¿Luego tú no la aborreces?

MENANDR. ¿Que te matase mereces!

¡Villanos! ¿adónde está?

CAMILO. Señor, llena de dolor  
y de muy justa tristeza,  
pues hoy cortan la cabeza  
al que es de su vida autor.

MENANDR. ¿A su padre?

FINEO. ¿Haslo mandado,  
y admiraste desa suerte?

MENANDR. ¿Yo he mandado darle muerte?

FINEO. Tú mismo.

MENANDR. ¿Yo lo he firmado?

CAMILO. ¿Qué firma fué menester  
más que ordenarlo?

MENANDR. ¡Villanos,  
vive el cielo que las manos  
me obligaréis a poner

en vuestra sangre traidora!

LIRANO. Notando estoy lo que pasa.

MENANDR. ¿Quién hay que mande en mi casa con tal desatino agora?

Llamadme a Lisarda luego.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Aquí, gran señor, están el General capitán...

MENANDR. ¿Tenéisme por loco y ciego?

CRIADO. ...de las fronteras de Hungría, y también el de la mar.

(Sale PINABEL y HERACLIO, generales.)

HERACLIO. Danos los pies.

MENANDR. ¿Qué he de dar?  
¿Hay tan grande alevosía?

PINABEL. Tú verás hoy tus fronteras de Pinabel defendidas, y en sus muros extendidas con tal valor tus banderas, que no las ose mirar mil leguas contraria espada.

HERACLIO. Tú verás, señor, tu armada romper tan bizarra el mar donde el Occéano peina por barba corales finos, que hasta los dioses marinos la reconozcan por reina.

MENANDR. ¿Qué es aquesto? ¿Quién os dió villanos, estos oficios?

¿Quién os hizo capitanes?

¿Quién generales os hizo?

Perros, ¿burlaisos de mí?

¿Pensáis que estoy sin sentido?

PINABEL. Señor, legítimamente estos bastones trujimos, que tu segunda persona de tu parte nos lo ha dicho: tu virrey nos los ha dado.

MENANDR. ¿Qué virrey? ¿Qué desatinos son éstos? ¿Qué estáis diciendo?

HERACLIO. Señor, tu firma hemos visto; tus provisiones tenemos; tus cartas obedecemos.

MENANDR. ¿Qué cartas? ¿Qué provisiones? ¿Y qué virrey, enemigos?

HERACLIO. Adriano, gran señor, que es lo mismo que tú mismo.

MENANDR. ¿Adriano? O yo algún tiempo he vivido sin juicio, o me le queréis quitar.

(Saque la espada.)

¿Salid fuera, fementidos,

traidores a vuestro Rey!

PINABEL. ¡Señor, piedad!

CAMILO. A Camilo, señor, no es justo.

LIRANO. A Lirano, gran señor, que te ha servido, ¿por qué le quieres matar?

MENANDR. Si el Duque es muerto y marido de Lisarda el conde Arnaldo, no ha de quedar hombre vivo.

LIRANO. Señor, no estará casada ni el Duque muerto.

MENANDR. Eso digo.

¡Vive Dios, que si lo están, a todos paso a cuchillo!  
¿Quién le ha metido a Adriano en el gobierno conmigo?  
¿Adriano! ¿Un caballero humildemente nacido, que me encomendó mi padre?

LIRANO. Señor, Adriano quiso poner remedio en tus cosas; buen intento habrá tenido; que has estado muy enfermo.

MENANDR. ¿Yo enfermo?

LIRANO. Enfermo de olvido.

MENANDR. ¿Cuándo? ¿O cómo? Mas, seguidme, que si sólo el bien que estimo, que es Lisarda, a quien adoro, por vuestra causa he perdido, como a Roma puso fuego el fiero monstruo su hijo, a la ciudad le pondré.

CAMILO. Yo voy muerto.

LIRANO. Yo perdido.

(Váyanse, y salgan SINIBALDO, LISARDA, el CONDE ARNALDO y el CAPITÁN.)

SINIBALDO. Hija, cesad de llorar, que ya debéis de saber que los fines del placer son principios del pesar: ni queda a quien apelar ni aunque pudiera lo hiciera. Menandro, manda que muera, y, aunque no fuera forzoso, al decreto riguroso justa obediencia le dicra.

Pienso que mal informado de mi servicio y lealtad, de mi fe, de mi verdad,

de mi amor, de mi cuidado,  
que me corten ha mandado  
la cabeza sin oírme;  
que no puedo persuadirme  
que un Rey tan cuerdo y prudente  
quitarme la vida intente,  
por desdichado y por firme.

LISARDA. Señor, quien está de suerte  
de su blandura trocado,  
que de sí mismo olvidado  
en ninguna cosa advierte,  
¿qué mucho que dé la muerte

como a Séneca Nerón,  
a quien con limpia intención  
le ha servido de maestro?

CONDE. Envidias del valor vuestro  
han hecho la información.

Creedme; que gran virtud  
nunca sin envidia estuvo;  
siempre sus pasos detuvo,  
siempre le causó inquietud,  
otros a poca salud

de Menandro lo atribuyen,  
de que mil cosas arguyen.

Dichosos aquellos son,  
que de tanta confusión  
a las soledades huyen.

A mí me ha tenido preso  
con la culpa que sabéis.

CAPITÁN. Señores, ya no tenéis  
lugar para tratar deso,  
allá habrán visto el proceso:  
que aquí juzgáis por injusto.

SINIBALDO. Hija, moriré con gusto,  
si acompañada te dejo;  
que pues ya muero tan viejo  
no me da el morir disgusto.

Por padre al Conde te doy,  
si por marido te queda,  
para que contento pueda  
dar fin a mis años hoy.  
Prisa dan; a morir voy.

Si a estas canas que ensangrienta,  
el Rey con tal vil afrenta  
algún respeto es debido,  
sea tu padre y marido;  
responde que estás contenta;

no muera yo sin saber,  
hija, que quedas casada,  
que aunque vayas desterrada,  
eso me causa placer,

porque no quedes a ver  
el lugar en que vertí  
la sangre que ves por ti;  
que más me ha puesto en prisión,  
que la falsa información,  
la hermosura que hay en ti.

Y tú, Conde, estimar debes  
el dote, pues es mi vida,  
y aunque es hacienda perdida,  
que en la memoria la lleves,  
para que el dolor remueves,  
y que no para hacer venganza.  
Mi lealtad y confianza  
más se esfuerzan en la muerte,  
y no hay venganza más fuerte,  
que la que de Dios se alcanza.

LISARDA. ¿Quién en mal tan inhumano  
tendrá paciencia, señor?

CONDE. ¿Quién para tanto dolor  
tendrá corazón humano?

SINIBALDO. Dale, Lisarda, la mano.

y deme el cuchillo a mí  
la muerte, en dándole el sí.

CAPITÁN. El Rey entró en la prisión.  
Dilaté la ejecución;  
todo será contra mí.

(Sale MENANDRO y CAMILO.)

MENANDR. ¿Qué es esto que estáis trazando?  
¿Qué es esto que estáis haciendo?  
¿Adónde está el capitán?

CAPITÁN. Señor, donde tú me has puesto.  
Puesto que vi de tu mano  
real firmado un decreto,  
para quitar de los hombros  
la cabeza al Duque presto,  
no he podido ejecutar  
lo que me mandas tan presto;  
que es cristiano Sinibaldo,  
y le he de dar algún tiempo.  
Lo más que se ha detenido  
es en hacer testamento  
de sola una prenda suya;  
de lo demás no lo ha hecho.  
Esta es Lisarda, y la deja  
por codicilo postrero,  
voluntad última suya,  
al conde Arnaldo, su yerno.  
Cuando entraste se querían  
dar las manos, y yo luego,  
quitándole la cabeza



- ejecutar tu decreto.  
Perdona la dilación  
o si a servirte no acierto,  
quien la corte a Sinibaldo,  
manda que me corte el cuello.
- MENANDR. Marcio, no sé de qué suerte  
te diga lo que te debo,  
sólo en haber dilatado  
la muerte del Duque preso.  
Duque, todos mis criados  
me dicen que he estado enfermo;  
si esto es verdad, o no,  
vive Dios, que no me acuerdo.  
Que tal decreto haya dado,  
ni tenido pensamiento  
de haceros disgusto alguno,  
esto es error manifiesto.  
Lisarda, no deis la mano;  
que vuestro consentimiento  
pende de mi voluntad.  
Vos, Conde, como extranjero  
no toméis jurisdicción  
en lo mejor de mi reino.  
Salid de la cárcel todos;  
vuestra libertad os dejo;  
que tengo que averiguar  
otros mayores procesos.
- SINIBALDO. ¡ Señor, escucha!
- MENANDR. Ninguno  
replique; que me va en esto  
la honra y la propia vida.
- CONDE. Señor, bien sabes que puedo  
casarme en cualquiera parte.
- MENANDR. Conde, no podréis, ni quiero,  
que en mi tierra, ni en mi sangre  
oséis tratar casamiento.
- LISARDA. Deja que yo me disculpe,  
señor, pues que no me quejo  
de los agravios pasados.
- MENANDR. Lisarda, vendrá su tiempo,  
que se traten estas cosas,  
ahora importa el silencio.  
Id vos, Capitán, al punto,  
y haced que se cierren luego  
las puertas de la ciudad.
- CAPITÁN. Voy a obedecerte.
- MENANDR. ¡ Presto!  
Tú, Camilo, con mi guarda,  
presteza y advertimiento  
asiste a todas las puertas.
- CAMILO. Voy.
- SINIBALDO. ¿Qué es esto?
- LISARDA. No lo entiendo
- MENANDR. Presto veréis, enemigos,  
que tiene cuidado el cielo  
de la vida de los Reyes.  
Vivo estoy; que no estoy muerto.  
(*Váyanse, y salga LIRANO.*)
- LIRANO. Turbado vengo y perdido,  
de ver a Menandro en sí;  
más que en mi vida le vi,  
sabio, cuerdo y advertido.  
Heme puesto a contemplar,  
que luego que me dió el oro,  
volvió a aquel primer decoro,  
y empezó modesto a hablar.  
¡Válame Dios! ¿Qué sería?  
¿Que en aquel oro estuviese,  
que su vida se perdiese?  
No, pues que vive la mía,  
y le traigo yo conmigo  
envuelto en el mismo lienzo.  
(*Salga ADRIANO.*)
- ADRIANO. Ya tus mudanzas comienzo  
a probar tiempo enemigo.  
Todos me dicen que airado  
el Rey me manda buscar.  
¿Si se le olvida olvidar  
a aquel anillo encantado?  
¿Lirano?
- LIRANO. ¿Adriano, amigo?
- ADRIANO. ¿Viste al Rey?
- LIRANO. En este punto.
- ADRIANO. ¿Si está bueno te pregunto?
- LIRANO. Tan bueno que soy testigo  
de efectos de su salud  
y de su ingenio divino.
- ADRIANO. (Sin duda a faltarle vino  
la sortija o la virtud.)  
Dime, Lirano: ¿un diamante  
que el Rey estima hale dado  
a algún alcaide o criado?  
¿Acaso estabas delante,  
cuando habló los Generales  
de la tierra y de la mar?
- LIRANO. Con ellos le he visto hablar,  
y con otros hombres tales;  
pero en las manos no vi,  
que esa sortija tuviese,  
ni que [a] alguno se la diese.
- ADRIANO. ¡Notable ocasión perdi!

LIRANO. ¿Qué te va en que aquel diamante  
tenga o no tenga?

ADRIANO. Es la prenda  
con que a veces encomienda  
algún negocio importante.

Y saberlo me conviene.  
¿A Armiuda podréla hablar?

LIRANO. Sola está.

ADRIANO. Pues quiero entrar.  
(*Vase.*)

LIRANO. Todo a propósito viene:  
por la sortija pregunta,  
turbado y descolorido,  
mis sospechas han crecido;  
ésta a las otras se juntan.

Sacar la sortija quiero,  
y con espacio mirar  
si tiene parte o lugar,  
que encubra en veneno fiero.

Limpio y claro está el diamante,  
que le quitó mi codicia,  
¡Oh, cómo ha sido malicia  
de hombre loco e ignorante!

Mirar el esmalte es bien.

(*Sale el rey MENANDRO.*)

MENANDR. ¿Que está mirando Lirano?

¿Qué es lo que tiene en la mano?

LIRANO. Todo está limpio también.

MENANDR. Después que intento informarme  
desta fiera alevosía,  
ando con pasos de espía,  
no me atrevo a declararme.

Todo lo escucho, y de todo  
voy concibiendo sospecha.

(*Ásele el brazo por un lado.*)

Tente; que ya no aprovecha  
encubrirlo dese modo.

¿Qué es lo que miras aquí?

LIRANO. Dios quiera que la verdad  
descubra a tu Majestad.

MENANDR. ¿Es mi anillo?

LIRANO. Señor, sí.

MENANDR. ¿Quién te le dió?

LIRANO. Estame atento,  
que hay mucho que te decir.  
Tú estabas para morir  
de algún fiero encantamento,  
con que estabas olvidado  
del discurso natural;  
yo, viendo en estado igual

la grandeza de tu estado,  
y que todos procuraban  
aprovechar la ocasión,  
danzar quise al mismo son  
a que los otros danzaban.

Dijete aquí mil locuras,  
entre las cuales conté  
que en un pronóstico hallé,  
tal les dé Dios las venturas,

que los que trajesen oro  
luego habían de morir;  
tú, en oyéndolo decir,  
y aunque valiera un tesoro  
te quitaste esta cadena,  
y esta sortija.

MENANDR. ¿Yo?

LIRANO. Sí.

MENANDR. ¿Eso ha pasado por mí?  
Aun pensarlo me da pena.

LIRANO. Apenas, señor, del dedo  
la sortija te quitaste,  
cuando luego un ser cobraste,  
que me dió respeto y miedo.

Preguntaste por Lisarda,  
y negastes las locuras,  
que hacías estando a oscuras.

MENANDR. Escucharlo me acobarda.

LIRANO. Yo, viéndote así mudado  
de aquel primer desatino,  
en la sortija imagino  
que está algún diablo encantado,  
de que procede este efecto.

MENANDR. Mis brazos te doy, Lirano.  
Mi vida ha estado en tu mano:  
satisfacción te prometo.

LIRANO. Porque esto no venga a ser  
imaginación o enredo:  
probarla quiero en mi dedo,  
yo me la quiero poner:

Si vieres que desatino,  
hazmela luego quitar.

MENANDR. ¡Póntela! Ya empieza a obrar;  
sin duda es veneno fino.

(*LIRANO se transforma.*)

LIRANO. ¿Quién está aquí?

MENANDR. ¿No me ves?

LIRANO. ¿Es Lisarda?

MENANDR. ¡Extraño caso!

¡El Rey soy!

LIRANO. ¡De sed me abraso!

MENANDR. Veneno de áspides es.  
 LIRANO. ¿Estoy vestido o desnudo?  
 ¡Hola! ¡Dadme de vestir!  
 MENANDR. ¿Esto he podido sufrir?  
 ¡Vive el cielo, que lo dudo.  
 Dame el anillo, Lirano.  
 LIRANO. ¿Quién eres?  
 MENANDR. ¿Que así me vi?  
 El no ha de volver en sí,  
 mientras le tiene en la mano.  
 ¡Muestra! ¿Qué sientes ahora?  
*(Vuelva en sí LIRANO.)*  
 LIRANO. ¡Válame Dios!  
 MENANDR. ¿Qué has tenido?  
 LIRANO. ¿Fres tú?  
 MENANDR. ¡Qué extraño olvido!  
 ¡Oh, cuánto, cielos, ignora  
 la vana grandeza humana!  
 Contra la codicia vil  
 ella es industria sutil.  
 La prueba ha quedado llana (1).  
 ¿Cómo estás?  
 LIRANO. Todo alterado.  
 MENANDR. ¡Oh, quién pudiera saber  
 quien me pretende poner  
 en tan miserable estado!  
 LIRANO. Pues esto también lo sé.  
 MENANDR. ¿Cómo?  
 LIRANO. Aquí vino Adriano  
 muy triste de verte sano,  
 y a ver tu hermana se fué.  
 Como dije que tenías  
 seso, luego preguntó  
 si este anillo te vi yo;  
 de que las sospechas mías  
 quedaron más confirmadas.  
 El hizo los generales,  
 y dió otros cargos iguales  
 para fronteras y armadas,  
 en que se ve que quería  
 quitarte el reino.  
 MENANDR. Es verdad;  
 y que es de su deslealtad  
 cómplice la hermana mía.  
*(Sale LISARDA.)*  
 LIRANO. Esta es Lisarda.  
 MENANDR. ¡Oh, Lisarda,  
 a qué buen tiempo has venido;

¿Quieres saber de mi olvido  
 la ocasión? Pues oye, aguarda:  
 En esta sortija está.  
 LISARDA. ¿Quién te lo ha dicho?  
 MENANDR. Lirano;  
 y que Arminda y Adriano  
 me quitan el reino ya.  
 LISARDA. ¿Tu hermana?  
 MENANDR. Sí; que el amor  
 que le tiene he sospechado...  
 LISARDA. ¿Que este anillo está encantado?  
 LIRANO. ¿No probaremos, señor,  
 a quitar este diamante?  
 LISARDA. Con este punzón podréis;  
 quizá el veneno hallaréis,  
 o otra cosa semejante.  
 MENANDR. Saltó la piedra.  
 LISARDA. ¿Qué había?  
 MENANDR. Un papelillo está aquí.  
 LISARDA. Muestra a ver. ¿Son letras?  
 MENANDR. Sí;  
 mas no de la lengua mía.  
 Caracteres son extraños.  
 LISARDA. Sacar el papel podrás,  
 seguro de que jamás  
 sin él te ofendan sus daños;  
 y poniéndote en la mano  
 el anillo, es buen acuerdo  
 fingirte loco.  
 MENANDR. Es muy cuerdo  
 pensamiento. Ve, Lirano,  
 y a los dos juntos me llama,  
 que ya caigo en lo que intentas.  
 Vengar quiero las afrentas  
 de mi vida y de mi fama.  
 LIRANO. Yo voy.  
 MENANDR. ¿Qué te ha parecido  
 del peligro en que me ha puesto  
 un pecho vil, más que honesto,  
 y un ambicioso atrevido?  
 LISARDA. Tiemblo, Menandro, en pensar  
 lo que ha pasado por ti.  
 MENANDR. Y yo mismo, ahora en mí,  
 de que lo pude pasar.  
 Dicen que te aborrecía,  
 luz de mis ojos.  
 LISARDA. De suerte,  
 que, procurando mi muerte,  
 mi casamiento admitía.  
 MENANDR. Si jamás te aborrecí,  
 quítame la vida el cielo.

(1) Texto: "llena".

LISARDA. Yo me vi tan sin consuelo  
cuando tus desdenes vi,  
que no sé cómo la vida  
los pudo hacer resistencia  
pero fué aquella paciencia  
de mi lealtad merecida.

Por ella he venido a verte  
con salud; que si muriera,  
cuando sin salud te viera,  
era más mal que la muerte.  
¿Tienesme amor?

MENANDR. No es posible  
que le pueda haber mayor;  
que para igualar mi amor  
se ha de dar un imposible.

¿Y tú, mi bien, cómo estás  
de pensamientos del Conde?

LISARDA. Si allá el alma te responde,  
no me lo preguntes más.

MENANDR. ¿Pues téngola yo?

LISARDA. ¿Eso dudas?

Almas que dan voluntades  
van vestidas de verdades  
y de artificios desnudas.

¿Qué piensas hacer de mí,  
de mi padre y de su yerno?

MENANDR. ¿Su yerno?

LISARDA. En cuidado eterno  
vivo por él y por ti.

MENANDR. Yo te diré lo que haré:  
darte el yerno de tu padre,  
para que el nombre le cuadre.

LISARDA. Perdóname; mal hablé.

El nombre, señor, le di  
que Sinibaldo le da.

MENANDR. Sí, Lisarda, bien está;  
ya sé lo que tengo en ti.

LISARDA. Cosa que te haya enojado...

MENANDR. No me puedes tú enojar.

Déjame disimular,  
que ya los dos han llegado.

(*Salen ARMINDA, ADRIANO, el DUQUE SINIBALDO, el  
CONDE ARNALDO, acompañándolos y otros criados,  
y el REY muda semblante, fingiendo que está loco,  
y tenga también LIRANO.*)

ARMINDA. Dícenme que me has llamado.

MENANDR. ¿Quién eres?

ARMINDA. Tu hermana soy.

ADRIANO. Y yo también aquí estoy.

MENANDR. ¡Oh, Lirano, fiel criado!

ADRIANO. Señor, ¿ya me desconoces?

Adriano soy.

MENANDR. ¡Ah!, ¿sí?

SINIBALD. Y Sinibaldo está aquí.

MENANDR. Mil años el yerno goces.

CONDE. Da al Conde, señor, tus manos.

MENANDR. ¿Qué Conde?

CONDE. Arnaldo, señor.

ARMINDA. El ha vuelto a su furor.

MENANDR. Sois mis parientes y hermanos.

(*Sale CAMILO.*)

CAMILO. El palacio con tu guarda  
por todo su gran distrito  
queda, invictísimo Rey,  
bien guardado y defendido.  
¿Qué es esto?

LIRANO. Que está sin seso.

CAMILO. ¿Otra vez?

LIRANO. Calla, Camilo;  
que has de ver presto milagros.

(*Sale el CAPITÁN.*)

CAPITÁN. Como mandas, Rey invicto,  
las puertas de la ciudad  
han calado los rastrillos,  
y quedan guardadas todas,  
y, fuera sus gruesos tiros,  
las cuatro, a treinta soldados,  
y las tres a veinte y cinco.  
¿Qué tiene el Rey?

LIRANO. Hale vuelto  
el pasado desatino.

ADRIANO. (Basta, Arminda; que Menandro  
tiene en la mano el anillo.)

ARMINDA. (Acaba esta vez con él,  
y acabe en eterno olvido.)

MENANDR. Grandes, caballeros nobles,  
deudos, parientes y amigos:  
Yo estoy al más triste estado  
que es posible reducido;  
sólo me queda una luz,  
con que mi desdicha he visto,  
que quiera Dios que conozca  
los premios y los castigos.  
En religión quiero entrar,  
de todo el reino desisto;  
mi hermana Arminda le goce,  
que beséis su mano os pido.  
Y porque sola no sea,  
que es dejar guerras, permito  
que la beséis a Adriano,  
vuestro rey y su marido.



- Llegad sillas a los dos.
- ARMINDA. A lágrimas me has movido.
- MENANDR. ¡Siéntate, hermana! ¡Adriano, siéntate!
- ADRIANO. Siéntome indigno.
- MENANDR. Sentaos digo.
- LISARDA. No es razón que repliquéis.
- SINIBALDO. No he tenido día tan triste en mi vida: ahora sí que el cuchillo llega del furor del Rey.
- CONDE. Mayor desdicha imagino.
- MENANDR. Ya, reyes, que estáis sentados, y que en esto habéis cumplido los deseos que tenéis de veros en este sitio, por principio de gobierno habéis de hacer un juicio de la causa que os propongo, del Real Tribunal digno.
- ARMINDA. (Temiendo estoy.
- ADRIANO. Yo temblando.)
- MENANDR. El caso es éste, advertildo: Un Rey tenía una hermana y un vasallo fementido, quisiéronse bien los dos, y porque casarla quiso el Rey con un extranjero, con diabólico artificio le pretendieron quitar su corona y ceptro antiguo, de más de quinientos años conquistado y poseído; pusieron en un diamante unos caracteres indios. Finalmente, unos encantos con que poner en olvido su memoria, de manera que en el discurso era un niño, sin tenerle en sus acciones. Pregunto, reyes: ¿qué estilo se tendrá de castigarlos, que ése ha de ser su castigo?
- ADRIANO. A mí, señor, me parece que pasarlos a cuchillo, porque el delito es muy grave.
- MENANDR. ¿Y a ti, señora?
- ARMINDA. Lo mismo.
- MENANDR. Pues esta espada lo hará, puesto que infaméis sus filos; que el Rey, como gran juez, tiene la vara en los tiros.
- ADRIANO. ¡Piedad, señor!
- ARMINDA. ¡Ten piedad de tu sangre, hermano mío!
- SINIBALDO. Señor, ¿tú has de ser verdugo?
- MENANDR. ¿No lo merece el delito?
- SINIBALDO. Si merece; mas advierte que quedas muy ofendido, pues la gloria del perdón suele quitar el castigo.
- MENANDR. Yo dejo, Duque, en tus manos y pongo en tu libre arbitrio esta causa.
- SINIBALDO. Y yo la juzgo desta suerte.
- MENANDR. Di.
- SINIBALDO. Ya digo: Pon tu hermana en religión, y a Adriano, Rey invicto, destierra de toda Hungría.
- MENANDR. Ahora bien, yo lo confirmo. Y en lo que toca a cumplir la palabra, Duque primo, que di a Lisarda esta tarde, así en cumplirla me afirmo: que si al yerno de su padre, que otro en el mundo no es digno le dije que la daría, ahora digo lo mismo.
- CONDE. Desa manera, yo soy.
- MENANDR. No, sino yo, que he sufrido grandes trabajos por ella, y debo ser preferido, porque, en fin, soy Rey, a un Conde.
- CONDE. Digo, señor, que me rindo.
- SINIBALDO. (1) Y yo que os beso los pies
- MENANDR. Lirano, mi fiel amigo, quisiera poder partir esta corona contigo. Con cincuenta mil ducados de renta de cuatro o cinco ciudades te doy palabra de hacerte príncipe.
- LIRANO. Admito las ciudades y la renta; y para que dé principio mi linaje en mí, da fin *La sortija del olvido*.

COMEDIA FAMOSA  
DEL  
SUFRIMIENTO DE HONOR  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO <sup>(1)</sup>

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

|                    |                         |                       |
|--------------------|-------------------------|-----------------------|
| LESBIO.            | ARSENIO, <i>viejo</i> . | LISÉO, <i>viejo</i> . |
| FENISA.            | LEUCATO.                | Un PAJE.              |
| TEREO SUFRIDO (2). | MESALIO.                | [Un DOCTOR.]          |
| FULVIA.            | LISDAURO.               |                       |

ACTO PRIMERO

(*Salen FENISA y LESBIO.*)

LESBIO. Digo que diera temor  
a quien Arsenio mirara,  
que las canas y su cara  
eran todo de un color.  
Entró todo alborotado,  
colérico, sin sosiego,  
sin sentido, loco y ciego.  
temblando como azogado;  
dentro en laposento entró,  
donde vistiéndose estaba  
Leucato, y con el aldaba  
tras sí la puerta cerró.  
No pudo ser excusada  
su entrada en el aposento,  
que entró furioso y contento,  
empuñándose en la espada.

FENISA. Escúchame, Lesbio. Di:  
¿oíste lo que hablaban?

LESBIO. Sólo entendí que trataban  
de mi señor y de ti.

FENISA. No carece de misterio;  
puesta estoy en confusión.

LESBIO. Sólo entendí una razón  
acerca del cautiverio

de mi señor, y el entrar  
Leucato en aquella casa,  
que ya sabe lo que pasa...

(*Llaman a la puerta.*)

FENISA. A la puerta oigo llamar;  
causado me ha alteración.  
Mira quién es al momento;  
que jamás tuve contento  
que no pagase pensión.

LESBIO. Un cautivo es.

FENISA. Dile que entre.

LESBIO. Entrad, hermano.

(*Entra Tereo Sufrido.*)

SUFRID. Ya entro.  
(No es malo el primer encuentro,  
como con azar no encuentre.  
Mas pues he escapado vivo  
de los tormentos y daños  
en que he vivido diez años,  
que es lo que he estado cautivo,  
de nada hay que recelar.  
Con todo, me he de encubrir;  
limosna quiero pedir,  
para más disimular.)

FENISA. Llegá, hermano; ¿qué queréis?

SUFRID. Vengo de cautividad,  
y pido, por caridad,  
señora, que me ayudéis.

FENISA. ¿Dó habéis estado?

(1) Parte XXXII de *Diferentes autores*. British Museum, 30688(15).

(2) Aquí "Sufrido", pero en el resto de la comedia "Sufrido", salvo en algunas acotaciones.

SUFRID. En Argel,  
y como escapé de infieles  
pido limosna entre fieles,  
hasta saber si soy fiel.

FENISA. ¿Sois, por ventura, casado?

SUFRID. No sé, mi palabra os doy:  
sé que no sé lo que soy,  
pues eso habéis preguntado.

Tal estoy, que mi mujer  
me desconoce y me habla.  
(Mejor mi engaño se entabla;  
así la he de conocer.

O es que vengo muy trocado,  
o la suerte está trocada,  
o está mi mujer mudada,  
o los tiempos se han mudado.)

(Sale ARSENIO, viejo, herido, y LEUCATO con él, con la espada desnuda.)

LEUCATO. ¡Aguarda, viejo atrevido!

ARSENIO. Sin espada estoy, villano;  
que a no faltar de la mano,  
ni tú vivo ni yo herido.

SUFRID. ¡Cielos! ¿Mi padre no es éste,  
y éste Leucato, mi amigo?  
Recelos que andáis conmigo,  
¿qué agüero o prodigio es éste?)

FENISA. ¡Desventurada de mí!  
Meted en paz a los dos.

(Pónense LESBIO y SUFRIDIO entre los dos; LESBIO tiene a LEUCATO y SUFRIDIO a su padre.)

LESBIO. ¡Teneos, Leucato, por Dios!

SUFRID. Señores, quédese aquí.

Tened de curaros cuenta,  
que esa barba honrada cana,  
que tiene el color de grana,  
yo os la sacaré de afrenta.

Haced esto, sin embargo,  
y creed que en vuestra ausencia  
tomo por vos la pendencia.

Andad, que esto está a mi cargo.

ARSENIO. Mi sangre vierto. ¡Ah, deshonra!

SUFRID. De aqueso no se os acuerde,  
que no es sangre que se pierde  
la que se vierte por honra.

Aquesto basta; id con Dios.

ARSENIO. Hacéis de mí parte harto.

SUFRID. Todo aquesto debo a un parto  
de que fuistes parte vos.

(Vase.)

ARSENIO. Castigaré su malicia.

SUFRID. Id conñado, señor,  
que hallaréis procurador  
que siga vuestra justicia.

LEUCATO. ¿Cómo tiene de irse así?

FENISA. Basta, señor, por agora.

LEUCATO. ¿Queréisme dejar, señor?

LESBIO. Bueno está; quédese aquí.

FENISA. Entraos adentro, señor,  
y salí fuera al momento,  
porque corre detrimento  
si esto entienden de mi honor.

(Vanse FENISA y LEUCATO.)

SUFRID. [Ap.] No sé qué diga de aquesto;  
no lo acabo de entender.  
¿Aquésta no es mi mujer  
y éste Leucato? (1) ¿Qué es esto?  
Éste dirá la verdad  
de lo que en aquesto pasa.  
¿Que esté dentro de mi casa  
y no tenga libertad!)  
Hidalgo, si el preguntar  
en honrada cortesía  
no es error, por vida mía,  
que me queráis escuchar.  
¿Por qué ha sido esta pendencia?  
Que aunque me veis en tal traje,  
podrá ser que yo lo ataje.  
Contaldo.

LESBIO. Prestad paciencia,  
que verdad decir prometo,  
porque en la ciudad se sabe;  
que a no saberse, era llave  
y archivo deste secreto.

Sabrás, señor, que ha siete años  
que está preso en cautiverio  
el dueño de aquesta casa,  
como la casa sin dueño.  
Que yendo por capitán  
cuando se embarcó el ejército,  
su mujer le encomendó  
a aquéste que está ahora dentro.  
Encomendóle su honor  
fiado en ser caballero,  
que a veces el hombre lleva  
a su casa el daño y dñelo.  
Pero la conversación.

(1) Texto: "Leucato". Alternan las dos formas en toda la comedia; las hemos dado sólo la de "Leucato".

que es el anzuelo y el cebo  
que a los hombres más cobardes  
les da osado atrevimiento,  
hizo que de lance en lance  
se perdiesen el respeto,  
que fácilmente se olvidan  
ausentes, pobres y muertos.  
Mas el que entrega las llaves  
de su casa está sujeto  
a todas estas desdichas  
de sufrir mucho más que esto.  
Pero, volviendo al principio  
y a la intención de mi cuento,  
el viejo que salió herido  
es el padre de Tereo;  
el cautivo es mi señor,  
que de ofendelle me ofendo:  
tanto, que a haber ocasión  
a Leucato hubiera muerto.  
Al fin, por esta ocasión,  
a las espadas vinieron,  
celoso al fin de la honra  
de su hijo, ausente y preso.

Mas en estas ocasiones  
lo mejor es el silencio,  
que es aumentar la pasión  
y dar viento y leña al fuego.  
[Ap.] (¿Qué proceso, qué sentencia  
es éste? ¿Qué relator,  
qué justicia o inclemencia?  
¿Qué voz de mi deshonor  
para probar mi paciencia?  
¿Qué alegre recibimiento  
es éste, hado cruel?  
¿Ponerme al paso el tormento  
y a la garganta el cordel,  
cuando esperaba el contento!

Ya es el tormento sin tasa  
que el fuego de honor me atiza:  
volar tengo aquesta casa  
por el aire hecha ceniza:  
pase lo que mi alma pasa.

Un ardid he imaginado  
para poder dar remedio  
en cómo quedar vengado,  
y aquéste ha de ser el medio  
para salir del cuidado.)

LESBIO. Parece estáis con pasión.  
¿Puedo la causa saber?

SUFRID. Hame dado alteración  
el cuento desta mujer

por cierta imaginación.

LESBIO. ¿Puédese acaso decir?

SUFRID. Sí, y decillo no es araso;  
pero podéis colegir  
que no os dire todo el caso,  
mas en nada he de mentir,  
y ha de ser, importa, advierto,  
cuento para entre los dos (1),  
y que esto quede encubierto,  
que sólo lo sabe Dios.

LESBIO. Será cual decillo a un muerto.

SUFRID. También me habéis de ayudar,  
que importa para lo que es,  
y nada habéis de arriesgar  
bajo del vuestro interés,  
aunque os lo quiera pagar.

LESBIO. Harélo de voluntad,  
como hacello sea posible.

SUFRID. Sois de todo la mitad,  
que sin vos es imposible.

LESBIO. Decildo, pues.

SUFRID. Escuchad.

A esta ciudad he llegado  
del cautiverio, cual veis,  
de largo tiempo mudado,  
y aunque no me conocéis  
soy de aquí un hidalgo honrado.

Dejé una mujer hermosa  
libre por servir al Rey,  
y agora he visto una cosa  
que es libertad de su ley,  
y doila por sospechosa.

Y como yo estuve atento  
a lo que agora contastes,  
hame dado el pensamiento  
que quien soy imaginastes,  
y me contastes mi cuento.

Y así, hasta estar enterado  
en mi dudoso recelo,  
quiero servir de criado  
aquí, y confío en el cielo  
que os ha de ser bien pagado.

Decid me habéis conocido  
y que soy vuestro pariente.

LESBIO. Haré lo que he prometido.

[Salen FENISA y LEUCATO.]

FENISA. Salid, señor, si queréis (sic),  
antes que esto sea sentido.

(1) Texto: "para el cuento entre los dos".



SUFRID. [Ap.] (Ya la cólera me inflama  
y su veneno se extiende  
por el pecho y se derrama,  
y con su fuego se enciende  
y vuelve en humo su llama.

Crezca mi desasosiego,  
pues crece para su mal;  
tres instrumentos dan fuego:  
leña, eslabón, pedernal;  
tres somos, ardamos luego.

Mas quiero disimular,  
que aquí vale la prudencia;  
porque el sufrir y el callar  
(es prueba de la paciencia.)

FENISA. Dios me dé, hermano, qué os dar (1).

SUFRID. Señora, no os dé cuidado,  
porque conozco de vos,  
en lo que presente he estado,  
que no me daréis por Dios,  
pues sin él os habéis dado.

LESBIO. Señora, hame conocido  
este cautivo al presente,  
y ha venido forajido  
de Argel, y es algo pariente,  
y así a pedir se ha atrevido:  
querría quedarse contigo;  
este don se me conceda.

(Vase.)

FENISA. Quedad en buen hora, amigo.

SUFRID. [Ap.] (No sabes tú quién se queda;  
que llamarásle enemigo.)

FENISA. ¿Dónde cautivaste? (2)

SUFRID. Aquí.

FENISA. ¿Aquí, tan lejos del mar?

¿Estás burlando de mí?

SUFRID. (Ya es demasiado ignorar  
estar cautivo por ti.)

FENISA. ¿Cómo te llamas?

SUFRID. Sufrido.

FENISA. Buen nombre, si hay sufrimiento.

SUFRID. Poco me habéis conocido;  
pues a fe que no ha un momento  
que sufrí.

FENISA. ¿Pues qué has tenido?

SUFRID. Es una fiebre inhumana  
de honor, que a sus manos muero,  
cerca de dar en cuartana;

pero falta aquí un tercero  
que es causa desta terciana.

FENISA. Dime: ¿qué intento trocaste,  
volviendo al pasado cuento,  
que donde estás cautivaste?

SUFRID. Aquí cautivé, no intento.

FENISA. ¿Pues cómo te liberaste? (1)

SUFRID. Cautivo soy, y he de ser.

FENISA. ¿Pues cautivo, y en tu tierra?  
No lo acabo de entender.

SUFRID. Pues ésa es la negra guerra:  
no llegarlo a conocer.

FENISA. Al fin, ¿cautivo has estado?

SUFRID. Y vivo sin libertad.

FENISA. Pues que por ella has pasado,  
¿qué es mayor cautividad?

SUFRID. Ser un hombre mal casado.

FENISA. Esto de ti he de saber,  
que es una cosa curiosa,  
si lo llegas a entender:  
¿qué cosa hay más peligrosa?

SUFRID. Honra que estriba en mujer.

FENISA. Tu término me enamora.  
¿Cuál es el mayor cuidado?

Esto he de saber agora.

SUFRID. ¿Cuál es? El de un hombre honrado  
que paca por esta hora.

FENISA. Dime: ¿acaso conocistes  
de aquesta tierra un cautivo?

SUFRID. Señora, sí, y harto triste  
y afligido.

FENISA. ¿Y está vivo?

Dí, pues dices que le viste.

SUFRID. Vile yo, y esto sé cierto (2),  
y con él comí y bebí,  
y jamás tuvo encubierto  
él su pecho para mí:  
mas sé deciros que es muerto.

Fué tan una nuestra suerte,  
y tan en una los dos,  
que su muerte está en mi muerte;  
y aquesto lo entiende Dios,  
que otro no habrá que lo acierte.

Fuile contino tan fiel,  
y él fué siempre tan mi amigo  
que en nada me encubrí dél.  
Y así, hablando conmigo,  
haz cuenta que hablas con él,

(1) Texto: "que os dé".

(2) Texto: "cautivastes".

(1) Texto: "libraste".

(2) Texto: "esto es cierto".

que si el amigo es verdad  
que es el espejo del hombre,  
en mí claro lo mirad,  
que aunque está borrado el nombre,  
no lo está nuestra amistad.

Al espejo soy igual;  
soy espejo verdadero  
que a tantos golpes de mal,  
en lo claro, de cristal,  
y en los fuertes soy de acero.

FENISA. Así reir me querría;  
rato ha que lo estoy oyendo,  
y todo es filosofía.

SUFRID. [*Ap.*] ¡Pues a fe que, aunque la en-  
que no hallo alguna vía.) [tiendo.

Mas di: ¿por qué has preguntado  
por el cautivo, señora?

FENISA. Porque fué mi aficionado.

SUFRID. Pesado me ha, cierto, agora,  
de haberte la nueva dado,  
porque al fin lo has de sentir.

FENISA. Sí; pero no he de llorar  
si alguno me lo ha (*sic*) de decir,  
yo me quiero consolar,  
todos hemos de morir.

¿Por qué te llamas Sufrido?

SUFRID. Porque tengo ya tan hecho  
todo, el tiempo que he vivido  
a mil fortunas el pecho,  
que de aquí el nombre ha venido.

FENISA. ¿Luego bien habrás sufrido?

SUFRID. ¿No lo has echado de ver?  
El tiempo lo ha de decir;  
que yo bien sé padecer,  
mas no dejarme morir.

FENISA. Lo que del muerto me cuentas  
quiero saber más de asiento.

SUFRID. Bien es sepas lo que intentas;  
mas en contándote el cuento,  
busca quien rece las cuentas.

FENISA. [*Ap.*] (No sé dèste que me crea  
haya memoria de mí...)

SUFRID. [*Ap.*] (Si hay el fin que se desea,  
yo me acordaré de ti,  
cuando en mi reino me vea.)

(*Salen LISEO y FULVIA.*)

LISEO. Enjuga, Fulvia, los ojos,  
que el agua que estás vertiendo  
venganza me está pidiendo  
del menor de tus enojos.

No viertas, que es de consuelo,  
agua con que me amantillas,  
que el nácar de tus mejillas  
plata y oro dan al suelo.

Son perlas, y es demasia,  
y me obligas a recogerlas,  
y vertidas talca perlas,  
bastan a dar perlecia.

Son aljófar del rocío  
cuando cae sobre la rosa,  
que la deja más hermosa  
con su frescor y su irio.

Valas volviendo en cristal  
con sangre de tu aflicción.

FULVIA. Fuera de mi corazón  
vienen a ser cordial;

está [allá] dentro el ardor,  
que ha engendrado este postema;  
del alma salga que quema,  
que es maia, y pide sudor.

Mas la verdad declarada,  
Dios sabe si es mi cuidado,  
porque él vive mal casado,  
o por ser yo mal casada.

Nunca me han visto al balcón  
y, cuando mucho, de prisa  
mal vestida voy a misa  
después de oír su sermón.

No duermo de noche en casa,  
y cuando viene de día,  
lleno de melancolía,  
dándome el gusto por tasa.

De noche estoy puesta en vela  
por ver si lo veo venir,  
mas luego se vuelve a ir,  
dejándome en centinela.

Hame perdido el decoro,  
y cuanto tengo de amor  
tanto tengo de temor:  
mirad si con razón lloro.

Y el tratarme con desdén  
es porque el gusto le obliga  
de una su dama o amiga,  
que dice que quiere bien.

Pero vivo confiada  
sólo, señor, de una cosa:  
que será por más hermosa,  
pero no por más honrada.

No tengo padre que a ti;  
tú me has de favorecer,  
y bastará ser mujer

para dolerte de mí.

Tu hijo es, tú lo engendraste,  
dándomele por tesoro;  
piedra fué engastada en oro,  
mas ha gastado el engaste.

LISEO. Yo el agravio desharé,  
que el castigo al yerro iguala;  
virturé su sangre mala,  
y la mía afinaré.

(Sale PAJE.)

PAJE. Mi señor viene, señora.

LISEO. Ea, muéstrale contento.  
Yo me entro en este aposento,  
y saldré luego a la hora.

(Sale LEUCATO.)

LEUCATO. ¿Quién está aquí fuera? ¿Hola!

FULVIA. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

LEUCATO. ¿Vos no miráis? ¿Pues no veis  
esta casa abierta y sola?

¿Ya yo no os tengo avisada  
que se cierre aquesta puerta?  
Si otra vez la hallo abierta,  
yo la dejaré clavada.

FULVIA. Lo que pedis es muy justo;  
pero yo me enmendaré.

LEUCATO. Si no os enmendáis, pondré...

FULVIA. ¿Señor!

LEUCATO. No vengo de gusto.

FULVIA. Antes como venis déi  
dais a entender que os le estrago.

LEUCATO. ¡Ah, mal haya tanto trago!

FULVIA. ¿Tan amargo es?

LEUCATO. Es de hiel.

Comamos, que traigo el pecho  
hasta la garganta lleno  
de ponzoña y de veneno.

FULVIA. Mejor os haga provecho.

Quitaos la capa.

LEUCATO. Desvía.

FULVIA. ¿Todo ha de ser con desvío?

LEUCATO. ¿Veis que sudo y hace frío  
y andáis porque me reñiré?

Ganas tenéis de enviudar.

FULVIA. Harte viuda a verme vengo,  
pues vivo y presente os tengo  
y sin poderos gozar.

¿Qué más soledad queréis?

¿Que un rato que os veo venir  
ése gastéis en reñir!

LEUCATO. Mucho trabajo tenéis.

(Sale LISEO.)

LISEO. [1p.] (Desde aquí quiero advertir.)

LEUCATO. Yo os quiero desengañar  
que en dándome en enfadar  
hemos de concluir.

Nunca la mujer honrada  
pide cuenta a su marido  
dónde fué o dónde ha de ir (1),  
para vivir bien casada.

Tome lo que dar quisiera,  
sin formar desto querella;  
estése en su casa ella,  
y él vaya por do quisiera.

Decís procuráis mi gusto,  
mas al revés lo mostráis;  
si de mi gusto gustáis,  
gustad de lo que yo gusto.

Que confieso que el desdén  
es una rabia mortal;  
mas fatiga el querer mal  
tanto como el querer bien.

Podéis tener en favor  
el rato que a veros vengo,  
que es buen término que tengo,  
porque no me obligue (2) amor.

LISEO. El amor a mí me obliga,  
y el haber llegado a ver  
que trates a tu mujer  
peor que si fuera amiga.

¿Muy bien los negocios van!  
Di: ¿de dónde has aprendido  
ser de tu amiga marido  
y de tu mujer rufián?

La que tienes abatida  
mercede ser levantada,  
que es mucho sea honrada  
una mujer ofendida.

No procures tu deshonor,  
ni honor procures quitar,  
que es deuda que has de pagar  
y está a peligro tu honra.

Mira qué haces, Leucato,  
que el que juega vive ciego:  
no tengas por bueno el juego  
donde se saca barato.

No vivas tan engañado.

(1) Texto: "donde fué, adonde ha de ir".

(2) Corregido de letra antigua: "obliga".

que con eso no se medra,  
deja donde está la piedra,  
que es de vidrio su tejado.

Que el honor le da la fama  
por un alambique escaso,  
y si se va a pique el vaso  
todo junto se derrama.

Dejóte su mujer buena  
Tercio, puesta (1) en tu guarda;  
mas quien la suya no guarda,  
¿cómo guardará la ajena?

La postrera planta has sido  
del tronco de tu linaje,  
y haces que sus ramas baje  
del ramo donde has nacido.

Eres agora árbol (2) nuevo  
y quisierate doblar,  
para poderte guiar  
cual ternezuelo renuevo.

Que el no remediarse luego  
viene a engendrar la dureza,  
y criada sin corteza  
el árbol sin fruto al fuego.

Entraos agora a comer;  
baste, por amor de mí,

LEUCATO. Y cese el huésped de aquí,  
que yo os la daré a beber.

(Salen FENISA y LESBIO.)

FENISA. ¿Qué es lo que tiene Sufrido?

LESBIO. Señora, ya está mejor;  
es un frenesí de amor  
que le ajena el sentido.

Entre sí suele hablar,  
y a veces, de poco en poco,  
hace extremos como loco.

FENISA. ¿Por qué no le hacéis atar?

LESBIO. No hace extremos de furioso;  
que cuanto más se desgracia  
tiene en cuanto dice gracia,  
y es agradable y gustoso.

Mas ya ha tornado en su acuerdo.

SUFRID. Mi remedio estriba en éso;  
ya he estado un rato sin seso,  
quiero volverme a mi acuerdo.

LESBIO. Sufrido sale, señora.

FENISA. Pues, Sufrido, ¿cómo va?  
¿Cómo estáis? Decid, hablad.

¿Por qué no habláis?

SUFRID. Aún no es hora.

LESBIO. Era oílle pasatiempo.

FENISA. ¿Qué tenéis, por vida mía?

SUFRID. Es cierta melancolía  
de una mudanza de tiempo,  
y nace de un bebedizo  
que un amigo me lo dió;  
pero si le tomé yo.

¿qué hay que culpar al hechizo?

¿Y por qué fué?

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

Por su gusto.

Mal gusto.

Mal entendéis.

Parece que lo sabéis.

Por cierto. ¿Mas fué disgusto?

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

En eso vendrá a parar.

¿Y siénteste algo mejor?

Acordármelo es peor.

FENISA.

Ahora bien, quiero callar.

¿Sabes casa de Leucato?

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

¡Ahí te duele, traidora!

¿Qué dices?

Que sí, señora.

Pues toma aqueste retrato,  
tú que no eres conocido,

y llévaselo a su casa;

y secreto en lo que pasa.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

¿Pues para qué soy sufrido?

A él solo en secreto quiero;

di que me llevas ahí.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

[Ap.] (Bien sé que sabrás callar.)

[Ap.] (Sí, que en ello me va parte.

¿Qué me importa el contestarte

hasta que yo pueda hablar?)

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

SUFRID.

FENISA.

Verte de vuchta querría;  
pues que no muere en mi ausencia  
sé que tiene harta paciencia.

Con todo eso, es más la mía.

Entremos, Lesbio, con esto,

que tengo un poco que hacer,

adonde te he menester.

¡Cuidado!

SUFRID.

Vendré muy presto.

(Íanse, y queda SUFRIDIO con el retrato.)

Solos quedamos, señora,  
y sin que nadie lo sienta  
será bien entrar en cuenta;

(1) Texto: "puesto".

(2) Texto: "amo".



decid: ¿dónde vais ahora?

Decid: ¿qué respuesta espero?

¿Qué os acorta y avergüenza,  
si de vuestra desvergüenza  
me mandáis sea el tercero?

Responded, que soy Sufrido;  
pero podéis responder  
que no es culpa en la mujer  
cuando lo sabe el marido.

Y diréis que no me asombre  
cuando torne en mi deshonra,  
pues dejé el peso de la honra  
entre una mujer y un hombre.

Honra de brazo y espada  
es la que os dejé yo;  
mas la que sangre costó.  
honra es dos veces honrada.

Hubiéradesla tenido  
en lo que yo os la dejé,  
que a más precio la compré  
que vos me la habéis vendido.

¿El color mudáis, decí? (1)  
Temo entre mis desventuras  
seáis estampa de figuras,  
que no parecen en mí.

¿No echa de ver que hacéis mal?  
¡Echad cuidados aparte!  
¿Qué dais traslado a la parte,  
si tiene el original?

Mi honra me habéis de dar;  
esto os advierto y aviso,  
y no hagáis compromiso,  
porque lo habéis de pagar.

Si al entrar el acreedor  
fuera ese rostro honesto  
de humildes tocas compuesto,  
fuera moverme a dolor.

Con aquesto, el falso yerro  
que habéis de darme es tesoro,  
y habéis de volverme el oro,  
aunque lo paguéis por hierro.

Ya veis que vuestra malicia  
a la venganza me ruega;  
mas al que su causa entrega  
dicen que ésta es la justicia.

(Salen LEUCATO y MESALIO.)

LEUCATO. ¡Ah, cautiverio pesado!,  
¿cuándo tienes de acabar?

Vida es grave de llevar  
la de un hombre mal casado.

Por mi Fenisa padezco,  
vivo mártir en su ausencia,  
y ando haciendo penitencia  
por lo que a Fulvia aborrezco.

No me olvidará jamás,  
porque de mi amor recela,  
[y] cuando ella más me cela  
tanto la aborrezco más.

No fuera de tanto enfado  
si hubiera en el matrimonio,  
hasta tomar testimonio,  
un año de noviciado.

Y después que hubiera visto  
la falta uno del otro,  
pasase uno por el otro (sic),  
[o] amiga, queda con Cristo.

Vamos con la religión,  
que es lo de más purgatorio:  
conózcase el refitorio  
antes de la procesión.

No entiendo sus pensamientos,  
que tan a disgusto salen,  
y en verdad que hogaño valen  
baratos los casamientos.

MESALIO. Y aún hay mujer que no halla.  
Yo sé una que, porque cuadre,  
se va arrimada a una madre,  
que busca a quien arrimalla.

LEUCATO. ¿Es la de la Tenería? (1)  
MESALIO. La propia.

LEUCATO. Pues es conseja:  
no la casará la vieja,  
porque ésa es su granjería.

MESALIO. Entre pieles fué a vivir.  
Y su pensamiento alabo,  
porque son pieles que al cabo  
se habrán menester curtir.

Lleva manto de soplillo.  
LEUCATO. ¡Pesar de mí! ¡Aún no es tan malo!

MESALIO. En el verano regalo  
y en el invierno abanillo.

LEUCATO. Al revés las cosas traen.  
MESALIO. Pues qué, ¿espantáis de aquesto,  
si ellas viven con bisiesto?  
Tomaránlas como caen.

LEUCATO. ¿Conoces la del balcón?

(1) Texto, "decid".

(1) Texto: "Frenería"; pero el contexto parece exigir "Tenería."

MESALIO. ¿Aquella larga y angosta  
para un caballo de posta?  
LEUCATO. Mejor es para frisión,  
que tiene muy gran jarrete.  
MESALIO. Dálida al diablo, que es muy larga.  
LEUCATO. Será buena para carga.  
MESALIO. Sufrirá la de un mosquete.

La otra es más blanca y rosa,  
pero tiene su galán,  
de los valientes Guzmán,  
de aquestos de hampa y hoja,

Y presume de arrogante:  
sombbrero, valón calzado,  
de bigote almidonado  
y bravo colete de ante.

Este es el alma y la vida,  
y otro más rubio de boca,  
que la calza y no la toca,  
les da a los dos la comida.

Mantiénelo cual pechero.  
Si de mí quieren amor  
busquen al mantenedor,  
que yo soy aventurero.

LEUCATO. ¡Muy bueno, por vida mía!

MESALIO. Desto poco sabéis vos,  
que coméis a lo de Dios  
con el pan de cada día.

LEUCATO. Ya sé por qué lo decís:  
mas pues mi pecho sabéis,  
importa que lo calléis.

MESALIO. ¿Pues de aqueso me advertís?  
Quedad adiós, que me voy,  
que tengo un poco que hacer.

LEUCATO. ¿Habéis de volverme a ver?

MESALIO. Será sin falta.

LEUCATO. ¿Cuándo?

MESALIO. Hoy.

(Vase.)

LEUCATO. Confuso estoy y dudoso:  
Fenisa se ha descuidado  
y el retrato no ha enviado,  
que desto estoy receloso.

SUFRID. No le hallo en casa. Si ha ido  
a la mía... ¡Malo es esto!  
No sé qué diga de aquesto...

LEUCATO. ¿No es el cautivo Sufrido?

¿Do vas, Sufrido? Detente.

SUFRID. Vengo, señor, tan cansado  
con aquesta cruz cargado,  
que estoy hecho penitente.

LEUCATO. ¿Qué dices?

SUFRID. Verdades puras.

LEUCATO. ¿Penitente eres de cruz?

SUFRID. Y penitente de luz,  
aunque veis que ando a oscuras.

LEUCATO. ¿Esa pequeña figura  
te tiene tan fatigado?

SUFRID. Con lo que más me ha cansado  
es con la mala hechura.

Ya acabé con la estación;  
no puedo dar más un paso,  
que me ha cansado este paso.

LEUCATO. ¿Qué paso?

SUFRID. El de mi pasión.

Bien claro está de entender;  
no puedo más declarar:  
quien cruz quisiere llevar,  
cárguese de una mujer.

LEUCATO. ¿Esta pesa?

SUFRID. ¡Bueno es eso!

Por ser liviana ha de ser,  
que aun pintada, una mujer  
es carga de mucho peso.

LEUCATO. Pues, ¿por qué te has olvidado  
de las albricias? ¿Di, necio?

SUFRID. Porque esto no tiene precio  
para poder ser pagado;  
que si tomara interés

por traerte a la señora,  
quedara sin seso. (Agora,  
que yo cobraré después.

No perdono yo, lo apunto;  
porque me habéis de pagar,  
que lo tengo de cobrar  
esto con lo demás junto.)

LEUCATO. Gusto me da oírte y verte.  
Ven acá: ¿eres mi amigo?

SUFRID. Como tú lo eres conmigo.

LEUCATO. ¿Hasta cuándo?

SUFRID. Hasta la muerte.

LEUCATO. ¿Qué muerte?

SUFRID. La de los dos,  
y tres hemos de acabar,  
y yo he de resucitar.

LEUCATO. ¿Es ánima?

SUFRID. Para vos;

que por ésta que os morís,  
y ella que por vos se muere,  
la ocasión sea la que fuere.

LEUCATO. ¿Y el otro?

SUFRID. Bien advertís.  
Yo moriré, y muerto soy;

pero resucitaré,  
para que pueda dar fe  
de lo que agora no soy.

LEUCATO. [*1p.*] (Yo echo de ver ser así  
como Lesbio me contó,  
que sin juicio le dejó,  
y sin duda es frenesí.

Ahora bien, mi padre traza  
de borrar mi afición  
diciendo le hago traición  
a Tereo, y me amenaza

con decirme que si es vivo  
que cuenta le podré dar.  
Con éste me he de ensayar,  
por ser, como es él, cautivo.)

Advierde lo que te digo.  
Ven acá. Si en amistad,  
fiándote de mi lealtad  
y en ser, como soy, tu amigo,  
me entregarás tu mujer,  
y teniéndole afición  
te viniera a hacer traición,  
¿qué me habías de hacer?

Y esto ha de ser de manera  
cual si fueras el ofendido (*sic*).  
SUFRID. Basta, que ya te he entendido;  
hacélo como si él fuera.

LEUCATO. Finge que cuando llegaste  
a tu padre herido viste  
por mí, pues allí estuviste.

SUFRID. [*1p.*] (¿Si me ha conocido? ; Baste!  
Yo quiero disimular,  
y venga lo que viniere,  
y cuando turbio corriere.)  
Yo...

LEUCATO. Bien puedes comenzar.

SUFRID. Pues presta atento paciencia.  
Pues que ya el tiempo es llegado,  
de lo que te he entregado  
vengo a tomar residencia.

Dime, enemigo traidor,  
bajo, de pecho villano,  
depositario tirano,  
¿adónde has puesto mi honor?

Yo guardo tu confusión,  
pero mal seguro aguarda  
su hacienda a quien hace guarda  
de su tesoro un ladrón.

¿No fuera bien que miraras,  
cuando yo te la entregué,  
que con fiarla te obligué

a que tú me la guardaras?

Mas pues fuiste tan fiel,  
me has de dar, puesto en rigor  
y en justicia, al dañador,  
para que yo cobre dél.

Dame el robado tesoro,  
que estoy de aquesta manera  
cual figura de madera  
que se le ha caído el oro.

Harto estoy desfigurado,  
pues no conoces la pinta  
con la mancha de la tinta  
que en mi nobleza has echado.

Parezco en la forma de hombr  
pintura de mala mano,  
que el conocella es en vano  
sino le escriben el nombre.

Ocasión desta ruina,  
escorpión emponzoñado,  
vibora que me has picado,  
tú has de ser la medicina.

LEUCATO. ¿En que fuerza, para ser  
guardada me la pusiste?  
La fuerza en que me la diste (1)  
¿no fué fuerza de mujer?

Pues no formes de esto ofensa,  
porque quien te la robó,  
flaqueza en la fuerza halló,  
que fué la poca defensa.

No hay enemigo tan fuerte  
que, si resistencia halla,  
no tema dar la batalla,  
donde interviene honra y muerte.

De donde colijo yo  
que en mujeres no hay fiar,  
porque las puede guardar  
sólo aquel que las crió.

SUFRID. Tu respuesta falsa y vana  
no te puede disculpar;  
pues para salir y entrar  
rompiste una barbacana,

que mi parte defendía;  
pero de aquella flaqueza  
nació aquesta fortaleza  
y así aquesta afrenta es mía.

LEUCATO. Muy bueno andas en verdad;  
en nada has estado improprio.

SUFRID. No es mucho siendo tan proprio,  
donde hay tanta impropriedad (2).

(1) Texto: "viste".

(2) Texto: "propiedad".

LEUCATO. Ahora quédese esto aparte;  
tu amigo soy.

SUFRID. Vas errado.  
Después que yo he confesado,  
¿quieres tú reconciliarte?

LEUCATO. Vete, y dirásle a Fenisa  
que esta noche me aguarde.  
¡Y presto, que se hace tarde!

SUFRID. Voime.

LEUCATO. Pues esto le avisa.  
Retrato de la hermosura,  
do mi bien cifrado veo,  
no os medís con el desco  
que en efecto sois pintura.

A Lisdauro le dejé  
que en mi casa me aguardase  
en tanto que yo tornase,  
sin decirle para qué.

Y todo con intención  
que me deje de celar  
Fulvia. Allá quiero tornar (1).  
¡Ah! lo que hace la afición!

## ACTO SEGUNDO

(Salen FULVIA y LISDAURO.)

FULVIA. No puedo creer, señor,  
sino que de mí os burléis,  
y aunque más me lo mostráis  
bien sé que ese no es amor;  
que todo ese fingimiento  
es natural en los hombres.

LISDAURO. Señora, no es bien que nombres  
por fingido mi tormento  
mostrando nueva afición;  
¿en qué has echado de ver  
que no nace de querer  
lo que dice el corazón?

FULVIA. Porque es cosa averiguada  
que cuando tu me quisieras  
más respeto me tuvieras  
en saber que soy honrada.

Sus obras son el amor,  
y las tuyas no la dicen,  
porque del amor desdicen.

LISDAURO. Basta, señora (2), el rigor,  
que haré cuanto tú quisieras (3).

FULVIA. ¿Harás lo que has prometido?

LISDAURO. Señora, sí.

FULVIA. Lo que pido.  
Lisdauro, es que no me quieras.  
Si quisés (sic) que te satisfaga,  
yo te pagaré mejor:  
doite por amor, amor,  
si amor con amor se paga.

LISDAURO. ¿Es en mi pecho inmortal  
el amor, y ese es desdén

FULVIA. Digo que te quiero bien  
como tú me quieres mal.  
¿Qué más quieres que te diga?

Dí, ¿Leucato no es tu amigo?

LISDAURO. No ha de ser sino enemigo,  
siendo ingrata mi enemiga.

FULVIA. Honrame, que soy mujer,  
pero, ¿cómo me has de honrar? (1),  
que quien quiere honra quitar  
poca debe de tener.

Mal, Lisdauro, me conoces;  
mira que tengo marido.

LISDAURO. ¿Fulvia!

FULVIA. ¿Vete! ¿No te has ido?  
Vete, que daré mil voces.

LISDAURO. ¿Tanto mi vida te enfiada?

FULVIA. Vete, y quedaré con gusto.

LISDAURO. Iré, Fulvia, con disgusto,  
como te deje enojada (2).

FULVIA. Vete, que estoy con cuidado,  
no venga en esta ocasión  
Leucato.

(Sale LEUCATO.)

LEUCATO. Hay conversación  
que por ventura he estorbado.  
Iréme.

LISDAURO. ¿Muy bueno fuera!  
Quedaos, Leucato, con Dios.

LEUCATO. Al punto salgo. Aguarda, Lisdauro.

(3) ¿Vos sois la honesta, la casta,  
la que publicáis mi honor,  
la que me vendéis amor?

FULVIA. ¿Señor!

LEUCATO. ¿Muy bueno está! ¿Basta!  
¿Todo aquesto es el llorarme

(1) Texto: "Fulvia hallo quiero tornar."

(2) Texto: "señor".

(3) Texto: "quisieres".

(1) Texto: "me ha de honrar".

(2) Texto: "diré enojada".

(3) Faltan versos.



que no vengo a casa presto?  
¿Qué respuesta dais a aquesto?  
¿Será para asegurarme?

Ya yo he visto el fin aquí  
que tengo de dar de vos.  
No hubiera temor de Dios  
ya que no lo había de mí.

Yo cogeré al enemigo  
que mis deshonra procura,  
que al fin no hay hora segura.  
Dios de mi excusa es testigo.

FULVIA.

LEUCATO.

No me repliques.

FULVIA.

Ya callo.

LEUCATO.

¿Vive Dios, que he de matalle!  
Voy, que hice mal en dejalle.

(1)

FULVIA.

Señor.

LEUCATO.

Dejadme; no hagáis  
que haga algún disparate  
y que no menos os mate.

FULVIA.

¿Señor, matadme y no os vais?

¿Cuánto ha, muerte, que deseo  
tu perezosa venida!

¿No fuera muerte más vida  
de la poca que poseo?

¿Muerte, dó estás? ¿Qué es de ti?  
que a todos haces iguales,  
mas estoy con tantos males  
que no osas llegar a mí.

Imposible es que se muden  
mis penas y mi temor;  
que siempre donde hay dolor  
todos los golpes acuden.

(Salen LISEO, padre, y MESALIO.)

LISEO.

Mesalio. ¿que aquesto pasa?

MESALIO.

Tratóse estando conmigo.

LISEO.

El cielo santo es testigo  
que el corazón se me abrasa.

¿Que a Lisdauro le dió entrada!

MESALIO.

Y todo ha sido invención,  
que él me dijo la ocasión.

LISEO.

¿Bien! A no ser Fulvia honrada...  
¿Fulvia?

FULVIA.

Señor.

LISEO.

¿Qué es aquesto?

¿Siempre os he de hallar llorosa,  
triste, sola y lastimosa?

Acabemos ya con esto.

Venid, que esto se ha de hacer.

(1) Falta verso

que ya el suceso he sabido.

FULVIA.

¿Dónde iré sin mi marido?

LISEO.

Donde él va sin su mujer.

Mas, ¿qué me detengo en esto?

Dejadme, le iré a buscar,  
que le tengo de matar.

FULVIA.

No os vais.

LISEO.

Volveré muy presto;

darle he el pago que merece.

FULVIA.

No, señor, duélaos mi llanto;  
que le adoro y quiero tanto  
cuanto él a mí me aborrece.

LISEO.

Sin remedio lo he de hacer;  
ya os habéis dél condolido.

FULVIA.

Aquesto es el ser marido  
y aquesto es el ser mujer.

Cuerpo sin alma no siente,  
porque es del alma el sentir,  
y así no puedo sufrir  
el dolor cuando él lo siente.

De alma y cuerpo, que son dos,  
hizo uno el Criador;

y así la fuerza de amor  
de dos hizo uno, cual Dios.

LISEO.

Ese rompió el estatuto.

FULVIA.

¿Nunca habéis visto la yedra  
abrazada a una piedra  
y asida a un árbol sin fruto?

A todo aquesto le igualo,  
por mi mal, y el suyo peno;  
yo me acuerdo que era bueno,  
y no es de suyo ser malo.

No era áspero y enfadoso,  
y este mal no lo tenía;  
mal de mala compañía  
es un mal contagioso.

LISEO.

Poned aquesto en olvido,  
que yo pondré en esto traza;  
venid conmigo a mi casa.

FULVIA.

¿Ah, señor! ¿Y mi marido?

¿He de ir sin su licencia?

LISEO.

Haced aquesto que digo;  
con él vais yendo conmigo.

FULVIA.

Vamos. ¿Dios me dé paciencia!

LISEO.

Idle, Mesalio, a buscar,  
que no reposo sin él.

MESALIO.

Señora, id vos con él;  
allá podréis aguardar.

(Sale SUFRIDO y FENISA.)

SUFRIDO.

Esta música disuena,

y está la prima tan alta  
que me ha de hacer caer en falta.

FENISA. Muy buena anda ahora la vena.

¿Qué música es, que al oído  
me causa tanto disgusto?

SUFRID. Para vos sé que es de gusto,  
mas para mí no lo ha sido.

Habéisme hecho tercero,  
siendo oficio de tercera:  
sois falsa prima, y postrera  
de quien fué un tiempo primero.

Y aquesta cuerda no encaja  
para que concierte al son,  
que me habéis hecho bordón  
por ser la cuerda más baja.

Bien se que no llegaréis,  
por ser falsa firme, al punto,  
que en llegando junto al punto  
que me iguala quebraréis.

Poco a poco cantaré  
lo que ha de llorar alguna  
y acabada aquesta luna  
entrará el sol por mi re.

Este canto por bemol  
del sol y de mí caí;  
mas si llevo al punto mi  
tengo de alcanzar el sol.

FENISA. Ahora (1) quédate, y aguarda  
a ver Leucato si viene.

SUFRID. ¿Paréceos que se detiene?

FENISA. Paréceme que ya tarda.

SUFRID. Más se tarda a mí que a vos.

FENISA. ¿Cómo?

SUFRID. ¿Pues eso ignoráis?

Vos a él solo aguardáis,  
y yo os aguardo a los dos.

FENISA. Voime, porque hace sereno.

(*Vase.*)

SUFRID. Pues yo tengo gran dolor,  
y lo muestro en el calor,  
del encendido veneno.

¡Plegue a Dios no salga vana  
mi esperanza, ya que tarda!  
Yo hago muy buena guarda;  
quiero irme a la ventana.

(*Sale LEUCATO y MESALIO.*)

LEUCATO. A las doce he concertado  
que he de hablar a Fenisa;

ya el reloj las dio, y me acosa  
que está en el puesto aplazado.

Que tiene muy gran memoria  
de acudir a mi favor,

y habéis de ser vos, Señor,  
el testigo de mi gloria.

Quiero llamar. ¡Ah, de arriba!

SUFRID. ¿Quién viene?

LEUCATO. ¿Quién vive y muere.

SUFRID. Diga quién es, o qué quiere.

¿O quién va (1).

LEUCATO. ¿Fenisa viva!

SUFRID. El nombre, o fuera, señor.

LEUCATO. Sufrido, de ti me espanto,

¡Leucato!

SUFRID. El nombre del santo,

que ese es el del pecador.

LEUCATO. Asguraos poréis;

deja ya la centinela.

SUFRID. Pues si yo acabo la vela

y a oscuras no quedaréis,

yo solo hago la guarda,

y sólo habéis de entrar vos;

mirad que no entréis los dos.

que a vos solo se os aguarda.

LEUCATO. Entrad adentro a decillo.

Basta la conversación.

SUFRID. Tengo agora comisión

como guarda del castillo.

LEUCATO. ¿Hombre necio!, ¿en qué reparas,

que el día viene llegando.

SUFRID. Pues yo le voy aguardando,

porque nos veamos las caras.

No habrá desto quien me fuerza.

Idos con Dios, que os cansáis;

porque otra vez no digáis

que hullasteis flaca la fuerza.

MESALIO. Bien dice el que la guarda.

LEUCATO. ¡Abre, necio!

SUFRID. ¿Andad con Dios!

Así la guardareis vos

cuando os la dieren en guarda.

LEUCATO. Si en tus manos la cogiera

la hubiera despedazado.

SUFRID. No estáis, por Dios, engañado,

que yo estoy desa manera.

(*Sale FENISA a la ventana.*)

FENISA. Di, ¿con quién estás hablando,

(1) Texto: "agora".

(1) Texto: "viene".

SUFRID. Sufrido? ¿Qué estás diciendo?  
 SEÑORA, aquí estoy sufriendo.  
 LEUCATO. La luz nos viene acercando.  
 FENISA. ¿Es Leucato?  
 LEUCATO. Sí, señora.  
 FENISA. Pues, señor, ¿cómo no entráis?  
 LEUCATO. Muy buen portero dejáis.  
 SUFRID. No hay otro mejor ahora  
 MESALIO. ¡Dichoso el hombre que viene  
 a gozar de tanto bien,  
 y mallaya el hombre, amén,  
 que envidia desto no tiene!  
 FENISA. Baja a abrir.  
 SUFRID. ¿Pódré bajar?  
 FENISA. Sédale el yerro perdonado.  
 LEUCATO. Si para vos se ha apelado,  
 ¿quién le podrá condenar?  
 FENISA. El ser loco le disculpa  
 en lo que con él se pasa.  
 LEUCATO. ¿El no es loco de su casa?  
 Absuélvole a pena y culpa.  
 SUFRID. Entrá, y mirad cómo entráis.  
 LEUCATO. No quiero ya que me habléis.  
 SUFRID. Digo que no tropecéis  
 de manera que caigáis.  
 LEUCATO. ¿Estoy ciego, necio, di?  
 SUFRID. Vos bien pensáis que venís,  
 mas que no me conocéis.  
 LEUCATO. ¿Estás disfrazado?  
 SUFRID. Sí.  
 LEUCATO. No estoy ahora de gracia.  
 SUFRID. Luego estaréis en pecado.  
 LEUCATO. Estoy con vos enojado.  
 SUFRID. Yo estoy con vos en desgracia.  
 LEUCATO. Entrad.  
 MESALIO. Bien podéis entrar;  
 hablaré con vos un poco.  
 SUFRID. No soy para placer loco,  
 que soy loco de pesar.  
 MESALIO. Di, ¿no serás para dar  
 un recado a una señora?  
 SUFRID. Hoy llegamos a hora;  
 también le pueden atar.  
 MESALIO. Pues confía de su ama,  
 bien me puedo fiar dél,  
 que me parece hombre fiel.  
 SUFRID. Sepamos quién es la dama.  
 MESALIO. ¿Dasme de ser fiel seguro?  
 Respóndeme a aquesto, di.  
 ¿Qué dices, Sufrido?  
 SUFRID. Sí;

que soy Sufrido os lo juro.  
 MESALIO. Por quien muero es por Fenisa;  
 ella me hace morir.  
 SUFRID. Pues yo se lo voy a decir (*sic*).  
 MESALIO. ¿Pues cómo con tanta prisa?  
 SUFRID. Pues si es que os estáis muriendo  
 ¿no será mucho mejor  
 que se lo diga al doctor?  
 MESALIO. ¿Estáste de mí riendo?  
 SUFRID. No, que siento tu pasión,  
 y tu pena me da pena;  
 mas quédate enhorabuena,  
 que es mucha conversación,  
 y esto durará muy poco.  
 MESALIO. Pierde el temor.  
 SUFRID. Ya le pierdo:  
 en ver que yo estoy cuerdo  
 echo de ver que estás loco.  
 ¿Fuera, que me arde la ropa  
 y arde la casa! (1)  
 MESALIO. ¿Estás ciego?  
 SUFRID. ¿No vistes entrar el fuego?  
 Pues dentro estaba la estopa.  
 Quiero entrar; ¿qué me detengo?  
 ¿Fuera, no me detengáis! [vais?  
 ¿No os quitáis de aquí? ¿No os  
 MESALIO. Aguarda un poco.  
 SUFRID. Ya vengo.  
 (*l'asc.*)  
 MESALIO. Si éste es loco, muy buen lance  
 en lo que pretendo he echado.  
 Mal he hecho, mal he andado;  
 quiero entrar, ir al alcance.  
 (*l'asc.*)  
 (*Salen LEUCATO y FENISA.*)  
 LEUCATO. Saben, Fenisa, los cielos  
 que me culpas sin razón;  
 formas sin ocasión celos:  
 pregúntalo al corazón,  
 agüero de tus recelos.  
 ¿Oh! Esta tu imagen lo diga,  
 que siempre ha andado conmigo;  
 ella será buen testigo:  
 si ella lo dice, castiga  
 mi culpa como enemigo.  
 Dame esa mano.  
 FENISA. Quisiera;  
 mas no sé qué te responda.

(1) Texto: "y arde la casa toda".

LEUCATO. No estés de aquesta manera.

(Sale SUFRIDO.)

SUFRID. ¡Fuera!

LEUCATO. ¿Quién viene?

SUFRID. La ronda.

Todo rumor vaya afuera.

(Acabará aquí con ellos,  
si de aquesta vez me vengo.)

FENISA. ¡Ay!

LEUCATO. ¿Qué has?

FENISA. Un temor tengo  
que me eriza los cabellos.

(Sale MESALIO.)

MESALIO. Si ha dicho algo, temor tengo (sic).

SUFRID. Apostaré que lo acierto,  
y que digo descubierto  
lo que el gusto te enajena.

FENISA. ¿Y es?

SUFRID. Que anda aquí un alma en pena  
metida en un cuerpo muerto.

FENISA. ¿Qué dices?

SUFRID. No miento un punto.  
y esto parécete a ti  
como si fuera un trasunto (1).

FENISA. ¿Y quién es?

SUFRID. ¿Quién? (2) Vesle allí.  
Pase acá, señor difunto.

MESALIO. ¡Calla! Baste ya lo dicho.

SUFRID. ¿Basta? Pues no he comenzado.  
Aquéste murió en pecado,  
y, por haber entredicho,  
no ha entrado en lugar sagrado.

Quisiera él no haberme visto;  
pues encomiéndose a Cristo (3),  
que todo lo he de decir:  
si no, vuélvase a salir.

MESALIO. Peor será si no asisto.

SUFRID. Sabed que estoy enojado  
desde el punto que aquí entraste,  
porque vos me perturbastes  
cuanto yo había trazado,  
y sus muertes les quitastes.

LEUCATO. ¿Y ésta es la melancolía?

FENISA. ¿Y no es ocasión bastante?

Fuera de que [me] servía (4).

hame faltado un diamante.

SUFRID. Mas no el amante ni el dul.

Diamantes han de ser

los que han de parecer:

porque uno se perdió (1)

le tengo de cobrar yo,

parezca a mí parecer.

FENISA. Con su luna va delante.

SUFRID. No os dé eso pena ninguna,

que va derecha a levante,

¿estando llena mi luna  
veréis la vuestra en menguante.

FENISA. Al fin, a Lesbio he enviado  
ahora con un recado

que me busque una criada

fiel, conocida y honrada;

ha gran rato, y no ha tornado.

LEUCATO. Ésa yo la buscaré;

aunque si fuera criado,

yo lo soy.

FENISA. Mas no abonado.

LEUCATO. Fianzas desto daré.

FENISA. Eso es hablar confiado.

LEUCATO. ¿Eso el cabello te eriza?

FENISA. ¿Pues que quieres me dar vaya?

SUFRID. Bueno es que la profetiza;

pues como alguno se vaya

yo haré de entrambos riza.

LEUCATO. No morirás, ten muy fuerte.

SUFRID. Él piensa que está muy vivo;

yo le vi el pie en el estribo

a las ansias de la muerte.

si no, llego y le derribo.

LEUCATO. ¿Qué es lo que tú estás diciendo?

SUFRID. Que os estábades muriendo,

y al tiempo que aquéste entró

el mismo os resucitó.

LEUCATO. No te entiendo.

SUFRID. Yo me entiendo.

Si a ti mismo no te entiendes,

¿cómo me quíes entender? (sic)

Entenderásme si atiendes,

que con mi poco saber

te enseño, si tú lo aprendes.

Aquí os digo la verdad:

conformes los dos estáis

que os morís, si no os curáis;

es grave la enfermedad

[y] muy poco a poco os vais.

(1) Texto: "como si fuera uno tras otro".

(2) Texto: "Quién es, vesle allí."

(3) Texto: "a Jesu Cristo".

(4) Texto: "de que servía".

(1) Texto: "pidió".



La verdad digo, a fe mía,  
y bien advertir sería.

LEUCATO. ¿De dónde el mal ha llegado?

SUFRID. Los dos os le habéis pegado,  
que enfermasteis en un día.

Ya voy mucho descubriendo.

LEUCATO. Ya esto me causa temor.

¿Qué enfermedad es?

SUFRID. De amor,

que estáis los dos padeciendo.

LEUCATO. Bueno ha andado.

FENISA. Y tú mejor,  
que ya estabas alterado.

LEUCATO. Bien a fe tú me has pagado.

FENISA. Soy amiga de cobrar  
cuando no quieren pagar.

(Salen LESBIO y FULVIA.)

FENISA. ¡Oh, Lesbio, seas bien llegado!

¿Hallaste?

LESBIO. Señora, sí.

FENISA. ¿Dónde está?

LESBIO. Está aquí fuera.

FENISA. Pues dile que entre hasta aquí.

¿Es fiel?

LESBIO. Pues si no lo fuera,  
no te la tuviera aquí.

Entrad, señora, acá dentro.

MESALIO. Leucato, acá afuera aguardo.

(Vase.)

LEUCATO. Cuenta, y perdonad si tardo.

FULVIA. No es malo el primer encuentro.

LEUCATO. Descubríos, mujer honrada.

FULVIA. Por serlo vengo, señor,

y por serviros mejor,  
no quiero ser mal criada.

Veisme aquí, que a veros vengo.

¿Tan presto el rostro volvéis?

¿es porque malo le tengo?

LEUCATO. Señora, habéisme de hacer  
merced que la recibáis,

y que la desconozcáis.

FENISA. No, que al fin es tu mujer.

LEUCATO. No os veré más en mi vida  
si lo que digo no hacéis.

FENISA. Baste que vos lo mandéis.

LEUCATO. Baste al menos que lo pida.

Yo quiero disimular,

y salirme fuera ahora...

Quedaos con esta señora

y procuradla agradar.

FULVIA. Escúchame lo que digo:

¿tan mal conmigo te hallas?

Ya vengo a servir las fallas  
del tiempo que estoy contigo.

LEUCATO. ¿Qué dice aquesta mujer?

Tratad de vuestro concierto.

(Vase.)

FULVIA. Hallo tanto desconcierto,  
que no he de podello hacer.

¿No os vais? Yo me volveré,

si os he causado disgusto:

quedaos con vuestro gusto,

que del vuestro gustaré.

Al fin te fuiste; ya acabo

de ver lo que aquésta adora.

¿Qué hacéis a este hombre, señora,  
que me lo habéis vuelto bravo?

Cuando en cristiandad no fuera,  
por razón había de ser:

mirad que soy su mujer,

dejalde un rato siquiera.

Y esme buen testigo Dios

que no os vengo a dar enojos,

que os llevo sobre mis ojos,

porque él los ha puesto en vos.

Aunque debiérais temer

en tal trance mi venida,

por ser amante ofendida,

aborrecida y mujer.

Pero mi palabra os doy.

porque viváis confiada,

que soy yo mujer honrada,

pues ofendida lo soy.

FENISA. Si habéis de quedar en casa,

quedad muy enhorabuena,

que no entiendo vuestra pena.

FULVIA. Es como por vos no pasa.

Digo que gusto quedar.

(Sale LEUCATO.)

LEUCATO. Deseo traigo de saber  
qué habrá hecho mi mujer.

FENISA. El manto os podéis quitar.

LEUCATO. Denme luego un jarro de agua,  
que vengo muerto de sed.

FENISA. ¡Hola! Al punto la traed.

LEUCATO. Traigo el pecho hecho fragua.

FENISA. Sufrido, el agua se tarda.

SUFRID. La criada puede ir,

porque me ayude a servir,  
que yo soy paje de guarda.

FENISA. Vuestro nombre es bien se nombre.

FULVIA. Fulvia. ¿Ya se os ha olvidado?

Como yo no me he mudado,  
tampoco mudo de nombre.

SUFRID. ¿Al fin he de irla a traer?

Mas, ¿qué importa que se aparte,  
pues dejo presente parte  
que la pueda defender?

LEUCATO. Hoy vine aquí y gocé  
de aquesse bien soberano.

Dadme, señora, esa mano  
y un abrazo.

FENISA. Sí daré.

FULVIA. Aguarda, por más sillaz.

a servir he de empezar.

a mí me lo podéis dar  
como quien va dando paz.

Y haréis lo que manda Dios  
sacándome de quereña,  
y yo se lo daré a ella  
y tendremos paz los dos.

LEUCATO. Basta, que vuestra criada  
como el mozo desvaria.

SUFRID. Aquí traigo el agua fría  
como en mí, su dueño, helada.

FENISA. La salva os quiero hacer.

SUFRID. No es salva con que os salváis,  
mas con eso os condenáis.

LEUCATO. Ya bien se puede beber:

aunque esta mi sed es poca  
y hubiera de sed rabiado.  
mas el agua ha saludado  
con el llegalla a su boca.

SUFRID. Pues no la pienses beber:

la que mi regalo fué.

vil, alevoso, sin fe,  
que la tengo de verter.

FULVIA. Llega, que es mucha flema esa:

¿el vaso habéis derramado?

SUFRID. Mas también os ha importado,  
pata es para la traviesa.

LEUCATO. Ya la cólera me inflama.

FENISA. Calla, señor.

LEUCATO. Matarélo.

¿Sabes que es agua del cielo?

SUFRID. Pues por eso se derrama.

FENISA. Bueno está, señor, dejalde;  
perdonalde aquesta vez.

LEUCATO. ¿Vos rogáis, siendo el juez?

SUFRID. Pues ruego yo, y soy alcalde.

Veldo en el pleito que sigo,  
pues aquí presente veo  
la causa, el juez y el reo,  
y ésta fiscal y testigo.

FENISA. Traigan agua, y beberéis.

LEUCATO. Ya no la quiero, señora.

FENISA. Alegraos, señor, agora.

LEUCATO. Basta que vos lo mandéis.

FENISA. Porque de oille me agrada (1),  
que a veces es muy gracioso.

LEUCATO. Y a veces muy enfadoso.

FENISA. ¿Posible es que esto os enfada?

Hablalde, que está corrido  
y agora estará de gusto (*sic*)  
que está asombrado y confuso.

LEUCATO. ¿Qué ha sido aquesto, Sufrido?

SUFRID. Culpa de la moza fué,  
y es que el agua ha derramado;  
mas anda de pie quibrado,  
y así ha entrado con mal pie.

LEUCATO. ¿Qué te ha parecido, di,  
Sufrido, de la criada?

SUFRID. La bella mal maridada  
de las más lindas que vi.

LEUCATO. Hora bien, voime, señora,  
que tengo un poco que ha' er.

FENISA. ¿Habéis de volverme a ver?

LEUCATO. Volveré dentro de un hora.

FENISA. Yo me voy a reposar,  
que esta noche no he dormido.  
Cuenta en la sala, Sufrido.

SUFRID. ¿Pues heme de descuidar?

FENISA. Quedaos también ahí,  
por si Leucato viniere.

(*Vase.*)

FULVIA. ¿Al fin me mandas que espere?  
Desespérome por ti.

SUFRID. Si salgo con mi intención,  
ésta ha de ser mi mujer.

A fe que os descara ver,  
sola y en conversación.

FULVIA. ¿Qué queréis, por vuestra vida?  
Ya os tengo por importuno.

SUFRID. Que fuésemos para en uno,  
yo Sufrido y vos Sufrida.

FULVIA. ¿Pues qué, quiéreste casar?

SUFRID. Sí.

(1) Texto: "aguarda".

FULVIA. Extremado has andado.  
Soy casada.

SUFRID. Yo casado;  
mas habemos de envidar.

FULVIA. Fulvia, yo por ti me pierdo.

FULVIA. Basta, idos poco a poco,  
porque haré, si sois loco,  
seáis por la pena cuerdo.

No me hagáis descomponer,  
que soy honrada y casada.

SUFRID. Pues para no ser honrada,  
¿yo no me tengo mujer?

Si; mas si en aquesto das,  
tratarte he como mereces.  
Sólo porque me aborreces  
vengo yo a quererte más.

Dame a besar esa mano.

FULVIA. ¡Ah, loco! ¿No me conoces?  
Sosiégate o daré voces.

(Sale LESBIO.)

LESBIO. ¿Qué es esto, villano loco?

FULVIA. Dice que el vidrio quebré,  
y con eso se disculpa.

LESBIO. Bien poca ha sido la culpa.

¡Graciosa pendencia, a fe!

FULVIA. Adentro me quiero entrar  
para quitar la ocasión;  
que quien da conversación,  
más que esto promete dar.

LESBIO. Bien está; quédese aquí,  
que voy fuera.

SUFRID. ¡Andá en buen hora! (1).  
(Ya va llegando la hora  
en que vuelva a entrar en mí.  
Ya van tres días con hoy  
que estoy presente a mi daño,  
y cada día es un año  
de la manera que estoy.  
Orden tengo de buscar  
de cualquier manera (2) o suerte  
cómo podré darles muerte  
para mi agravio vengar.)

(Salen LISEO, viejo, y LEUCATO.)

LISEO. ¿Qué mala cuenta vas dando,  
Leucato, de ti y de mí!  
Y la mujer que te di,  
¿dónde está? ¿Qué estás pensando?

(1) Texto: "Andad en buena hora."

(2) Texto: "de cualquiera manera".

Pues una cosa te advierto:  
que te la he de demandar,  
y he de hacer[te] castigar,  
y has de mostrar la has muerto (sic).

Después de yo muerto, di,  
el que no me conociere  
cuando mi retrato viere  
en ti, ¿qué dirá de mí?

Pues ten por cierta y notoria  
verdad, deso mal mirado,  
que he de romper el traslado  
porque no quede memoria.

Matarte he, porque me cuadre;  
yo moriré, que me aflijo:  
digan por mí tal fué el hijo,  
y por ti tal fué el padre.

LEUCATO. Cual padre, puedes decir  
lo que más gusto te diere,  
haz lo que te pareciere;  
mas primero me has de oír.

Pide a Lisdauro por ella,  
quizá te dará razón;  
no digo que hubo traición,  
pero le hallé con ella.

LISEO. Tú quieres que te convenza  
y corrija tu deshonra;  
nadie puede quitar honra  
sin quitarle la vergüenza.

Es la vergüenza un bocado  
para el honor harto bueno;  
es un corregido íreño  
contra el que es más desbocado.

Guarda el hombre de la mengua  
que no se rompe callando,  
y tú fuístele gastando  
con el jugar de la lengua.

Ven acá: ¿tú no dijiste  
a Lisdauro que se fuera  
a su casa, porque hiciera  
lo que tú dices que viste?

Ocasión le diste a ser  
mala, cuando ella lo fuera:  
mas de un hombre ¿qué se espera  
que hace prueba en su mujer?

¡Traidor, sin respeto alguno!  
¿qué redes vas enredando?  
¿Qué lazos vas enlazando,  
que has de quedarte en alguno?

(Sale ARSENIO, viejo.)

ARSENIO. Entrado he sin preguntar,

como hombre apasionado (1);  
si descomedido he andado,  
pido queráis perdonar.

LISEO. El fuego se va encendiendo,  
no he de poder aplacalle,  
procuraré apacigualle.

ARSENIO. Ya me entendéis.

LEUCATO. Ya os entiendo.

ARSENIO. Desde ayer os voy buscando.

LEUCATO. ¿Qué me queréis? Veísme aquí.

ARSENIO. Que os vengáis luego tras mí;  
iremos los dos hablando.

LEUCATO. Salí, y aguardame ahí fuera.

LISEO. Espera, por vida mía;  
óyeme, por cortesía,  
una palabra siquiera.

ARSENIO. Ya escucho.

LISEO. La edad me obliga  
a meteros por razón,  
que vos venís con pasión,

(Sale SUFRIDO.)

y no es mucho que os lo diga.

SUFRID. (Mi padre vengo siguiendo,  
que a reñir determinado  
viene, y, el rostro mudado,  
le vi entrar.)

ARSENIO. Bien os entiendo.

LEUCATO. Sufrido es éste; ya temo  
no diga algún disparate.

SUFRID. Señores, cese el combate.

LEUCATO. ¡De enojo y rabia me quemo!  
¡Calla!

SUFRID. Dejadme, señor.

Bien os podeis descuidar;  
ahora bien puedo hablar,  
que estoy un poco mejor.

Esta pendencia he sabido,  
y halléme en la ocasión,  
y tenéis poca razón,  
padre honrado, y dadme oído.

Ya os supliqué allí delante  
que cesase esta pendencia,  
y me prestastéis audiencia  
sin que pasase adelante.

¿Aquesto no pasó así?

ARSENIO. Dices muy grande verdad.

SUFRID. Pues, padre, con Dios andad,  
y quédese esto aquí.

Mirad que os importa hacello.

ARSENIO. ¿Me importa? ¿Qué puede ser?  
Yo lo quiero suspender  
hasta llegar a sabello.

Voime, Liseo; perdonad.

LISEO. Andad con Dios.

LEUCATO. Bien lo has hecho.

SUFRID. Pues tras él me voy derecho,  
por ver lo que hace.

LEUCATO. Andad.

LISEO. Volviendo a nuestra intención,  
¿qué es lo que piensas hacer?

¿Adónde está tu mujer?

Dame, Leucato, razón.

LEUCATO. (Confuso estoy; ¿qué haré?  
Traella será mejor.)

Dame licencia, señor,  
que donde estás la traeré.

LISEO. Id, y mirad que os espero.

LEUCATO. Digo, señor, que me esperes.

¿Qué es lo que queréis, mujeres?

¿Que me quieran, quien no quiero?

LISEO. Mal hago en dejarle ir,  
no haga algún disparate,  
y, si no es muerta, la mate.  
Donde va, le he de seguir.

(Sale SUFRIDO.)

SUFRID. No oso faltar de mi casa  
con este negro temor.

¡Ah, sufrimiento de honor,  
que el gusto pones en tasa!

Mi mujer duermo. ¿Qué haré?

Pues sola está, quiero entrar;  
quizá la podré matar,

y a Leucato aguardaré  
que haya mejor ocasión  
donde le coja apartado,  
y estando más descuidado  
él pagará su traición.

Ya mi venganza se tarda,  
y me incita mi deseo.

(Sale FENISA, medio vestida.)

FENISA. ¡Detén el brazo. Tercero!

¡Espérate un poco! ¡Aguarda!

Confieso que te he ofendido.

Detén un poco la mano.

SUFRID. ¡Válame Dios Soberano!

Sin duda soy conocido.

Ya el fin del tiempo es llegado,

(1) Texto: "apasionado".



no hay quien tu maldad abone.  
 FENISA. Sufrido, Dios te perdone  
 este susto que me has dado.  
 SUFRID. ¿Yo susto?  
 FENISA. Y ha sido tal,  
 que entendi que ya llegaba  
 la muerte, y que me llamaba.  
 SUFRID. Viene ya el juicio final.  
 Mas, ¿yo qué culpa he tenido?  
 FENISA. Todavía tengo temor;  
 libreme desto el Señor.  
 Soñé que eras mi marido,  
 y porque te hacia traición  
 dentro (1) el aposento entrabas,  
 y por ello me matabas.  
 SUFRID. Que los sueños, sueños son.  
 FENISA. El ha sido sueño fuerte,  
 mi palabra y fe te empeño.  
 SUFRID. Por eso dicen que el sueño  
 es imagen de la muerte.  
 Por eso es bien desvelar;  
 que siempre el mucho dormir  
 suele costar el vivir,  
 y un sueño puede matar.  
 FENISA. En su juicio va tornando,  
 porque ya habla en razón.  
 ¿Cómo estás?  
 SUFRID. De la pasión,  
 voy un poco mejorando.  
 (Sale LEUCATO.)  
 LEUCATO. Amor y aborrecimiento  
 me traen ajeno de mí.  
 SUFRID. ¿No es Leucato aquéste? Sí.  
 ¿Qué me queréis, sufrimiento?  
 No hallaré ocasión mejor;  
 ahora habéis de acabar,  
 que ya es tiempo de pagar.  
 LEUCATO. ¡Mi Fenisa!  
 FENISA. ¡Mi señor!  
 ¿Adónde habéis estado,  
 o quién os ha detenido?  
 (Sale LISEO, viejo.)  
 LISEO. ¿Con cuánta priesa he venido!  
 Me parece que he tardado.  
 SUFRID. ¡Seáis venido en mal hora!  
 LISEO. ¿Aquí te hubiste de entrar?  
 Ahora bien, quiero llegar.  
 Bésoos las manos, señora.

FENISA. Beso, señor, vuestros pies.  
 Saca aquí una silla presto.  
 FULVIA. Aquí está.  
 LISEO. Hija, ¿qué es esto?  
 ¿No es Fulvia? Sí, Fulvia es.  
 ¿Pues cómo estás, hija, así?  
 ¿Quién te trujo a tal desdén?  
 Dime, Lencato, ¿honras bien  
 a quien te honra a ti y a mí?  
 Vos, Fenisa, sois honrada,  
 ¿y habíais de mirar esto?  
 Mas quedese aquí con esto,  
 que no os quiero decir nada.  
 Fulvia aquí, con humildad,  
 vuestro ejemplo puede ser,  
 y así aprende a ser mujer,  
 que tiene dificultad.  
 Mujer sois, y os he de honrar;  
 pero quíeroos advertir  
 lo que os pudiera decir,  
 que os lo digo con callar.  
 A hacer paces he venido  
 y las tengo de hacer;  
 vos tenéis cuerda mujer,  
 y vos honrado marido.  
 Tened ya gusto y solaz;  
 mirad que el tiempo os avisa.  
 SUFRID. Siendo de *Requiem* la misa,  
 ¿cómo les pueden dar paz?  
 No se harán desamano.  
 LEUCATO. ¡Salte tú, loco, de aquí!  
 SUFRID. ¿No basta salir de mí?  
 De todo me salgo afuera.  
 LISEO. Quedese aquí, como digo.  
 Y agora quiero que vais  
 Fulvia y Leucato y comáis  
 hoy, por mi gusto, conmigo.  
 LEUCATO. Es lo que pedís muy justo.  
 LISEO. Ahora bien, venid los dos.  
 Quedaos, Fenisa, con Dios.  
 FENISA. Con El vais.  
 LEUCATO. ¡Ah, qué disgusto!  
 FENISA. Pues yo haré de manera  
 que salgan sin su intención.  
 Ya estoy ciega y con pasión.  
 ¡Quien a mí me mata, muera!

### ACTO TERCERO

(Salen FENISA y SUFRIDO.)

FENISA. Cierra, Sufrido, la boca,

(1) Texto: "Dentro en el aposento."

porque ya el tiempo es muy poco,  
y el hablar en juicio un loco  
descubre estar yo más loca.

No es bien que sombra me asom-  
descuélgame aquel retrato [bre;  
de Terco, que Leucato  
se enfada de oír su nombre.

No quiero tener presente  
a quien causa mi temor;  
que sólo es sombra de amor  
contemplar un hombre ausente.

¿Quién es ése?

Mi marido,  
que muchas veces recuerdo,  
y en su pintura me acuerdo  
del tiempo que le he ofendido.

Sus armas y su figura  
quiero que entreguéis al fuego;  
convierta en ceniza luego  
tan enfadosa pintura.

¿El retrato haces quemar?  
Dime, señora: ¿por qué?  
¿Hate ofendido en la fe,  
que le mandas relajar?

Mil veces le vi llorar  
por ti, hecho el pecho fragua;  
mas como en él falte agua,  
fácil será de quemar.

Siempre fui su amigo fiel;  
mas estoy en tu servicio.  
Yo voy a hacer sacrificio  
de mí, pues le hago en él.

Perdóneme ya el honor,  
pues ha hecho punto aquí,  
porque ya no vivo en mí,  
porque vive en mí el amor.

A Mesalio he enviado  
a llamar por este efeto;  
dél confiaré el secreto,  
que está de mí aficionado.

Quiero acabar de una vez.  
Muera quien causa mi muerte.  
Muera Fulvia (1), y desta suerte  
quedo absoluto juez.

(Sale MESALIO y LISDAURO.)

Receloso deste daño,  
Lisdauro, os traigo conmigo,  
confiado en ese amigo,

y temiendo no sea engaño  
el enviarme a llamar.

¿Si Leucato lo ha sabido?

Seáis, Mesalio, bien venido.

Serélo a vuestro mandar.

Importa el secreto, y quiero  
hablar a solas con vos.

No importa estemos los dos;  
que Lisdauro es caballero,  
y la amistad nos hace uno.

Pues con la fe del secreto  
hablaré.

Yo lo prometo  
por los dos.

Hay oportuno  
tiempo de dar conclusión  
ahora a lo que intentáis;  
sí, como decís, me amáis,  
aquesta es buena ocasión.

Mas es Fulvia quien lo impide.

Sin duda Fulvia le quiere.

Tú vives, si Fulvia muere.

Lo que quisieres me pide.

Para gozarte y gozarme,  
muera Fulvia desta suerte;  
que estriba en darte la muerte  
darte vida y vida darme.

Y si a esto estás dispuesto,  
no tengas de nada miedo,  
que muy presto te concedo  
cuanto pidas.

Estoy presto  
a hacer cuanto quisieres,  
que en esto está mi remedio.

A no estar yo de por medio,  
salieras con lo que quieres.

Pues mira cómo ha de ser.

¿En aquesto estáis dudando?  
Dejad el cómo y el cuándo,  
que yo la quiero emprender.

Yo mataré a quien me mata;  
mas será Leucato el muerto,  
que muerto tengo por cierto  
he de casar con la ingrata.

Bien os podéis descuidar,  
pues os confiáis de mí.

Encomendándolo a ti,  
no tengo que recelar.

¿Queréis que os deje a los dos?

Idos los dos por agora.

(1) Texto: "Fulvia."

LISDAURO. Pues quedaos adiós, señora.

(*L'anse.*)

FENISA. Idos, señores, con Dios.

Muy bueno va mi concierto.  
Mátenla, y si algo pidieren,  
diré cuando lo dijeren  
que he de decir que la han muerto.

Con esto tendrá recato  
Mesalio, y no osará hablar,  
y yo me vendré a quedar  
a solas con mi Leucato.

(*Sale SUFRIDO, con un retrato y unas armas viejas.*)

SUFRIDO.

Ea, instrumentos rotos (1) y civiles  
contra afrentas y menguas criminales,  
veniales heridas de mortales,  
golpes de flacas fuerzas mujeriles.

¿Do está la fuerza y filos tan viriles  
que dió muerte a mil hombres inmortales?  
¿O quién ha sido tal que os hizo tales,  
do no bastaban fuerzas de serviles?

Mas dejóos con tal temple el que os hizo,  
que el perdido dolor más os abona,  
pues parecéis en todo al dueño vuestro.

Yo con el color parezco un muerto tizo;  
mas, viviendo mi honor, seré tizona  
cuando levante aqueste brazo diestro.

(*Sale LESBIO.*)

LESBIO. No entiendo aquesta mujer;  
las armas manda quemar  
de Tereco, y entregar  
su retrato al fuego. Ver  
quiero desde aquí a Sufrido,  
que con saber poco siente  
este maldito inclemente.

SUFRID. ¡Ah, tiempo!, ¿a qué me has traído?  
Pero Lesbio me ha escuchado (2);  
yo quiero disimular  
y este retrato arrojar  
por ver si es fiel criado.

LESBIO. Muy buena anda ahora la luna.  
Alza el retrato: ¿qué haces?

SUFRID. ¿Para qué quiero dos faces?  
¿Yo no tengo hartos con una?

LESBIO. ¡Ah, pobre Tereco ausente!  
Sabe Dios si tu mal siento.

SUFRID. Sólo por tu buen intento (1),  
te le he de dar por presente.

LESBIO. No quiero ver maltratar  
la sombra de mi señor;  
antes el vil ofensor  
le he de procurar matar.

SUFRID. Siempre procuro ser fiel,  
y en balde mi tiempo gasto.  
Tenle por carta de lasto,  
que con él cobrarás dél.

LESBIO. Quiero el retrato guardar,  
no salga y con él me halle.

SUFRID. Muy bien haces en guardalle.

LESBIO. Sufrido, calla.

(*Vase.*)

SUFRID. ¡Callar!

Aquesta noche ha de ser  
cuando he de tomar venganza;  
hoy tendrá fin mi esperanza,  
ya la noche deseo ver.

Yo me quiero prevenir  
para escribir un papel,  
que sólo el intento dél  
los tiene de hacer morir.

(*Salen LISDAURO y LEUCATO.*)

LEUCATO. ¿Es posible?

LISDAURO. Como digo;  
no tienes más que aguardar.  
Es muerta, no hay que dudar.

LEUCATO. ¿Mesalio, siendo mi amigo?  
Mira lo que dices.

LISDAURO. ¡Baste! (2)

LEUCATO. Digo que yo no lo creo.

LISDAURO. ¿No era tu amigo Tereco,  
y su mujer le quitaste?

(*Sale SUFRIDO.*)

SUFRID. Ahora bien, quiero llegar;  
no ha de faltarme un testigo.

LISDAURO. Leucato, del más amigo  
tienes menos que fiar.

SUFRID. Al paso quiero salir.

LEUCATO. ¿Dónde vas? Aguarda, espera.

SUFRID. Dejádme pasar afuera.

LEUCATO. ¿Qué escondes?

SUFRID. Dejádme ir.

LEUCATO. ¿Dónde va aqueese papel?

(1) Texto: "votos".

(2) Texto: "poco Lesbio me va escuchando".

(1) Texto: "bien intento".

(2) Texto: "Basta."

SUFRID. ¡Ah, señor, dejadme agora!  
 LEUCATO. ¿Quién te lo dió?  
 SUFRID. Mi señora.  
 LEUCATO. ¿Para quién?  
 SUFRID. Miraldo en él.  
 LEUCATO. “*Para Mesalio en su mano*”;  
 con el testigo lo aprueba  
 a esta conversación nueva.  
 SUFRID. Dadme el papel.  
 LEUCATO. ¡Ah, villano!  
 ¿Dónde le quieres llevar?  
 SUFRID. Señor, donde soy mandado.  
 LEUCATO. Vete, que estoy enojado,  
 y no te querría matar.  
 SUFRID. Si entendiera disgustarte,  
 nunca este papel tomara;  
 antes al fuego lo echara  
 si yo pensara enojarte.  
 LEUCATO. Por eso tu intento abono  
 que esto basta por disculpa,  
 y pues tú no tienes culpa  
 digo que yo te perdono.  
 Ya de enojo y celos rabio,  
 de esperanzas desespero.  
 SUFRID. ¡Señor!  
 LEUCATO. ¿Qué quieres?  
 SUFRID. ¿Qué quiero?  
 Vengar por mío tu agravio;  
 porque el cometido exceso  
 sé que es grande, fiero y fuerte,  
 y quizá estoy desta suerte  
 por otro tanto como eso;  
 la prueba de la verdad,  
 si es que tú vengarte esperas,  
 es acudir a las veras.  
 LEUCATO. ¿Pues qué he de hacer?  
 SUFRID. Escuchar;  
 no hay sino prestar paciencia,  
 y aquesta noche que viene  
 dar traza como se ordene  
 en su calle una pendencia.  
 Esta es la traza más llana;  
 tú has de fingir que te han muerto,  
 y al ruido, está muy cierto  
 que ella saldrá a la ventana.  
 LEUCATO. ¿Y para eso, qué es tu intento?  
 SUFRID. Que sepamos la verdad;  
 que si es firme su amistad  
 ha de mostrar sentimiento.  
 Yo veré qué dice y hace,  
 al fin, como de tu casa,

y te diré lo que pasa.  
 LEUCATO. Digo que me satisface.  
 LISDAURO. Es agudo pensamiento.  
 SUFRID. Deseo hacerte servicio.  
 LEUCATO. En estando con juicio  
 tiene raro entendimiento.  
 LISDAURO. ¿Que no es confirmado loco?  
 LEUCATO. Es cosa de pasatiempo;  
 solo cuando muda el tiempo,  
 pero dúrale muy poco.  
 LISDAURO. [*Ap.*] ¡Oh, qué traza he imagi-  
 para que los dos se maten! [*nado*  
 Si Mesalio y él combaten,  
 este pleito es acabado,  
 porque el que vivo quedare  
 por fuerza se ha de ausentar,  
 y yo me vendré a quedar  
 con todo lo que intentare.)  
 Digo, Leucato, que vos  
 y Mesalio reñiréis;  
 porque al fin lo fingiréis  
 muy mejor entre los dos,  
 y entenderán que ha nacido  
 de celos esta quistión,  
 y espera confirmación  
 de lo que dice Sufrido.  
 SUFRID. [*Ap.*] (Este va desconcertando  
 el fin de mi pensamiento,  
 y para lo que es mi intento  
 malo es lo que va ordenando.  
 Quiero al remedio acudir.)  
 Señor, habéis de saber  
 que eso es echallo a perder.  
 que los dos no han de reñir.  
 Si Mesalio está ofendido  
 y el agravio de por medio,  
 no es bien que de esta suerte,  
 ni ha sido bien advertido.  
 Con la espada en la mano  
 y el agravio de por medio  
 mataránse sin remedio.  
 Este es consejo más llano.  
 Los dos hemos de lidiar;  
 que si Fenisa lo ha hecho  
 por ver lo que hay en su pecho,  
 es modo de amartelar.  
 Porque aquesto puede ser  
 por ver cómo la dejaste,  
 y con tu mujer tornaste.  
 LEUCATO. Digo que es buen parecer.  
 SUFRID. Tú a mí no me ofenderás,



porque yo no te he injuriado.  
 LEUCATO. Digo que estoy obligado.  
 SUFRID. [Ap.] (Pues tú me lo pagarás.)

Dadme el papel, porque quiero  
 decir que no le hallé,  
 y a Fenisa le daré.

LEUCATO. Bien dices, dártelo quiero.

SUFRID. Advierte que si allá vas  
 has de ser muy recatado,  
 porque esto quede encerrado  
 entre nosotros no más.

LEUCATO. Pues esta noche te espero  
 en mi casa.

SUFRID. Si haré,  
 porque yo no faltaré,  
 y con aquestoirme quiero.  
 En esto importa el secreto,  
 como me lo has prometido;  
 muéstrate amigo fingido,  
 que es para los dos secreto.

Y es una traza muy buena,  
 haciendo lo que te digo.  
 que llevándote conmigo  
 es para los dos más pena.

Porque si él está (1) aguardando  
 y tú no le das lugar,  
 es todo desesperar  
 para quien está esperando.

LEUCATO. Bien dices, quiero seguirte.

(Salen FENISA y LESBIO.)

FENISA. Pues, Lesbio, ¿qué novedad  
 es ésta, que quieres irte?

LESBIO. No valgo para servirte,  
 y quiero...

FENISA. Di la verdad.

LESBIO. No siento otra cosa, a fe.  
 Esto es lo que hay en mi pecho:  
 sé que no soy de provecho,  
 y me voy.

FENISA. Dime por qué.

Lesbio, ¿pues tan mal te trato  
 que te quieres ir así?

LESBIO. Porque no hagas de mí  
 lo que haces deste retrato.

Yo espero con él el pago,  
 y con aquesto me alejo,  
 y el servicio que te dejo  
 con esta estampa lo pago.

Esta del fuego libré

y del poder de Sufrido,  
 y aunque del fuego ha salido,  
 no ha salido de la fe.

Sufrido, como inocente,  
 te servirá muy mejor,  
 aunque no con tanto amor,  
 porque en efecto no siente.

FENISA. ¿A tanto llega mi hado  
 que el criado habla también?

LESBIO. Criado, sí; pero bien  
 puedes decir bien criado.

FENISA. No des en tal desatino;  
 no hagas agora ausencia.

(Sale SUFRIDO.)

SUFRID. Señora, dadme licencia.

FENISA. ¿Para qué?

SUFRID. Estoy de camino,  
 y por lo que te he querido  
 me vengo ya a despedir,  
 que nos hemos de partir,  
 o apartar.

FENISA. ¿También Sufrido  
 sola me deja y en calma?  
 Decidme, ¿qué es vuestro intento?  
 ¿Qué es esto?

SUFRID. El apartamiento  
 que hace el cuerpo del alma.

Hoy se despiden el amor  
 que le echa afuera un contrario,  
 temeroso y temerario,  
 que es cuando menos honor.

Siento que aquesto no sientes;  
 mas sale del corazón  
 tan cansada la razón  
 que se queda entre los dientes.

Y sé que a veces se mengua  
 el dolor con el decillo,  
 mas como tengo frenillo  
 se me ha trabado la lengua.

FENISA. Un placer me habéis de hacer.

SUFRID. Mira qué es lo que te agrada.

FENISA. Buscarme alguna criada.

SUFRID. Que no será menester.

FENISA. ¿Cómo?

SUFRID. Antes que venga el día,  
 si va a decirte verdad,  
 yo daré a tu soledad  
 por usar de piedad  
 quien te haga compañía.

A Leucato tengo hablado  
 sólo para aquesto efeto.

(1) Texto: "estar".

y to juro y te prometo  
que ha de ser tu acompañado.

LESBIO. Entrate luego a acostar,  
que va la noche en el medio.

FENISA. [No, que] no tengo remedio (1)  
para poder reposar.

LESBIO. ¿Has de estar así hasta el día?

FENISA. Y creo no he de llegar.

LESBIO. ¿Qué te ha podido cansar  
tan grande melancolía?

FENISA. No sé qué es ni lo que siento,  
que eso tiene el corazón,  
que no dice la pasión  
cuando condena a tormento.

Lleva allá dentro una vela,  
que adentro me quiero entrar,  
que pues sola me he de estar,  
pasaré la noche en vela.

Y déjame este retrato;  
que por ventura ha nacido  
de habérmele traído.

Déjame con él un rato.

LESBIO. ¿Pues qué quieres hacer dél?  
¿Quieres acaso rompelle?

(Vase.)

FENISA. Sólo quiero entretenerle:  
déjame a solas con él.

SUFRID. ¿Para qué? ¿No estoy yo aquí?  
¿No ves que es grande locura  
hablar con una pintura?  
Lo que quíes, dímelo a mí (sic).

FENISA. O tienes de irte, o callar.

SUFRID. Pues lo mandas, quiérome ir.  
(Aquí me quiero encubrir, (Ap.)  
y lo que dice escuchar.)

(Vase.)

FENISA. Entremos en residencia.  
Si os he hecho alguna afrenta,  
quiero daros de mí cuenta.  
Prestad un poco paciencia.

Siete años ha que faltáis  
de mi mesa y de mi lado;  
si tanto habéis faltado,  
¿qué es la culpa que me dais?

Vos no fiasteis de mí,  
pues me dejasteis en guarda:  
si me disteis a la guarda,

pedidle cuenta de mí.

Vel que es mucha necedad  
mujer moza aun no casada  
a un hombre mozo entregada.  
¿Qué respondéis?

SUFRID. (Que es verdad.)

FENISA. Si hace alguna demasia,  
esta razón me disculpa.  
Decid, ¿cuya es esta culpa?  
¿Qué me respondéis?

SUFRID. (Que es mía.)

FENISA. Decid, si merezco yo  
por lo pasado perdón:  
padecí sin ocasión,  
¿no lo merezco yo?

SUFRID. (No.)

FENISA. ¿Qué remedio hay en tal guerra,  
cogiendo el fruto el que guarda?  
SUFRID. (Privar de oficio a la guarda,  
y echar el árbol por tierra.)

FENISA. Confieso que soy mujer  
y de un hombre combatida;  
vos ausente, y yo querida.  
SUFRID. (No tengo que responder.

Quiero huir la ocasión,  
porque donde hay voluntad  
suele mover a piedad  
una aparente razón.

Y mucho me he detenido  
para lo que está trazado.  
Quiero ir al puesto aplazado,  
que habrán de casa salido.)

FENISA. Si lo que me dice es cierto  
Sufrido, de vuestra muerte,  
que en él estriba mi suerte,  
cuando vino os dejó muerto.

No tengo que recelar.

LESBIO. Entra, señora, al momento,  
que hay luz en tu aposento.

FENISA. Bien dices; quiérome entrar,  
que guarda vengo a tener.

LESBIO. Con un marido pintado  
está el honor bien guardado,  
si es honrada la mujer.

(Vanse. Salen LISDAURO, LEUCATO y MESALIO.)

LEUCATO.

Yo creo serán las doce dadas,  
que la bocina se endereza al norte,  
y van sobre el poniente las Cabrillas.

(1) Texto: "no tengo remedio", y el personaje  
que habla es FULV.

MESALIO.

¡Qué buenos sois (1) para reloj de noche!  
 Pero si está nublado y sin estrellas,  
 sois cual reloj sin [¿nada de?] provecho (2).  
 Eso tenemos bueno los amantes;  
 que de puro velar la noche entera,  
 andamos hechos todos estrelleros:  
 cuál está contemplando si ve el Carro,  
 otro mira la cruz de Caravaca,  
 y puesto ya entre el Tauro y Capricornio,  
 sin mirar que por dicha está otro dentro,  
 que le deja la luna dibujados  
 los dos remates que con la menguante  
 más patentes y claros se descubren.  
 imitando al Ariés en el capote...

LISDAURO.

Dejemos de cifra, y [de] motete (3),  
 y sépase quién es el embozado.  
 ¡Descubrase! ¿Quién es?

SUFRIDO.

¿Quién? La justicia.

LISDAURO.

¿Pues hay de quién hacella?

SUFRIDO.

Sí, del uno.

LISDAURO.

¿Quién ha de ser [aqueste]? (4)

LEUCATO.

Ya se sabe (4).

Sufrido es. ¡Bueno ha andado por mi vida!

SUFRIDO.

Mejor dirás que ha andado por tu muerte.  
 ¿Estáis los dos del caso apercebidos?

LEUCATO.

Sí.

SUFRIDO.

Pues dicen que se aparten a una parte,  
 porque tenga principio lo que intento,  
 y has de decir que con traición te mato.

LEUCATO.

¿Pues de qué sirve aqueso para el caso?

SUFRIDO.

Porque es muy propio en estas ocasiones.

LISDAURO.

Muy bien has dicho.

SUFRIDO.

Pues hacedos a un lado.

LISDAURO.

Apártate, Mesalio, a aquesta esquina.

LEUCATO.

¿Qué espada traes?

SUFRIDO.

¿No basta esta mohosa  
 para lo que es la burla que he trazado?  
 Mete mano y afirmate conmigo  
 de suerte que los dos no nos hiram.

LEUCATO.

Pues, necio, ¿había de herirte? ¡Pierde el mie-  
 do!

SUFRIDO.

¡Pues ya va de pendencia y de venganza!  
 Pues a mí te atreviste, lleva el pago.

LEUCATO.

[¡Ay!] (Que) este traidor me ha muerto con  
 y con engaño. [malicia]

SUFRIDO.

(Ya) tu traición pagaste.

¡Traidor, muere!

MESALIO.

Sepamos (esto) si es malicia.

LISDAURO.

¿No os acordáis que aquéste fué el concierto?

LEUCATO.

Teneldo, no se vaya, que me ha muerto!

SUFRIDO.

¡Ya tenéis el castigo, vil villano!  
 Agora quiero huir, porque parezca  
 que es verdad lo que he hecho.

LISDAURO.

¡Bien has dicho! Corre por esa calle.

SUFRIDO.

Voy cual rayo  
 disparado del fuego de la nube.

MESALIO.

¿Ha salido Fenisa a la ventana?

LISDAURO.

No, porque aún no habrá oído [acaso] nada,

(1) Texto: "soy".

(2) Texto: "sois cual reloj sin provecho".

(3) Texto: "Dejemos de cifra y motete."

(4) Texto: "¿Quién ha de ser? Leuc. Ya se sabe."

que ahora empiezan a abrir esas ventanas.  
Que esto se descubra será malo.  
Llega y dile que es tiempo que nos vamos;  
no pa(r)ezca alguna gente por la calle,  
y digan que la calle alborotamos,  
que tenemos mal crédito en la Corte (1).

MESALIO.

(¡Muy) bien has dicho!

Levántate por muerto,  
que bien lo has hecho, a fe de caballero.  
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Levantaos, Leucato!,  
ya es la burla muy larga; levantaos.

LISDAURO.

Poneldo en pie.

MESALIO.

La mano me ha mojado;  
y me parece sangre, ¡y está muerto!

LISDAURO.

¿Leucato?

MESALIO.

A esotra puerta, que está muerto.  
¿Con un loco se pone un hombre en juicio?  
¿Hay desgracia tan grande y tal desdicha?  
Llevémosle de aquí hasta su casa.  
Ya mi esperanza con aquesto crece.

LISDAURO.

Ya mengua con su muerte mi tormento;  
yo enterraré mi mal con el difunto.

(*Llévanle y salen FENISA y LESBIO.*)

FENISA. ¡Válgame Dios!. ¿qué ruido  
es el que en la calle suena?  
Temor me ha causado y pena.  
¿Lesbio?

LESBIO. ¡Señora.

FENISA. ¿Qué han sido  
estas voces?

LESBIO. No sé, a fe,  
porque dormía en verdad.

(*Sale SUFRIDO.*)

SUFRID. ¿Queréis saberlo? ¡Escuchad!  
Esperad, yo lo diré.  
Dicen que un Tereo agora  
que ha estado hasta aquí encubierto,

a vuestro Leucato ha muerto.

FENISA. ¡Válgame nuestra Señora!

¡Muerta soy!

LESBIO. ¡Oh, qué locura!

Decírselo ha sido error.

SUFRID. Lesbio, a llamar al doctor,  
y trae de camino al cura.

LESBIO. Quédate con ella aquí,  
no te apartes de aquí un punto;  
tiene (1) el color de difunto.

SUFRID. Anda ve, y déjame a mí.

Ya no resta más que hacer;  
hoy resucita mi honor.

FENISA. ¡De Dios me venga el favor!

SUFRID. Muy bien lo habéis menester.

No os asombre lo que digo,  
que vengar mi honor deseo.

FENISA. ¿Pues quién sois, señor?

SUFRID. Tereo,  
vuestro mayor enemigo.

FENISA. ¡Señor, esposo querido!

Esperad sólo un momento.

SUFRID. Ya se acabó el sufrimiento,  
pues se acabó el ser Sufrido.

Y el no haberme conocido  
todo de ti ha resultado,  
que como yo he sido honrado  
y en mi ausencia lo he perdido,  
no tengo aquel parecer.  
No te admires ni te asombres,  
que harán mudar cien mil hombres  
mudanza de una mujer.

Ya no es tiempo que me venza  
tu gemir y suspirar.

¿No pudiste a más llegar  
con tu loca desvergüenza  
que hacerme a mí testigo  
de mi afrenta y deshonor,  
sino hacerme interceser  
para trarte a tu amigo?

El mundo he hecho temer  
y agora estoy con temor.  
porque consiste mi honor  
en dar muerte a una mujer.

¿Hay más desgraciada suerte?

¿Hay más infeliz caída,  
que el que un tiempo fué tu vida  
venga agora a ser tu muerte?

¿Que hayas hecho del amor

(1) Este pasaje está muy oscuro en el texto.  
Supliendo las palabras que van entre corchetes [ ] y  
suprimiendo las que van entre paréntesis ( ), parece  
que queda algo más claro.

(1) Texto: "que tiene".



odio y aborrecimiento,  
del gusto y placer tormento  
y del honor deshonor:

de la mano que te di,  
mano que te ha de matar:  
del dulce amor, rejalgar,  
y de mí lo que no fui?

Pues vuélvete a Dios y pide  
de tus pecados perdón.

FENISA. ¿No te mueve a compasión?

SUFRID. Tu grave culpa lo impide.

FENISA. Pues, señor, déjame hacer  
de mis culpas penitencia,  
para aliviar mi conciencia.

SUFRID. Esa te puede valer,  
y andas inconsiderada:  
que si es que por tu pecado  
he de vivir afrentado  
y has de vivir afrentada.

mejor te será, muriendo,  
pagar el yerro que hiciste,  
que no vivir siempre triste,  
deshonrada y padeciendo.

FENISA. ¿Que estás dispuesto a matarme?

SUFRID. Sí.

FENISA. Pues dos palabras solas,  
en medio de aquestas olas  
de mi muerte, has de escucharme.

Tú tienes poder en mí  
de darme aquí amarga muerte,  
sin que de ninguna suerte  
nadie te lo impida a ti.

Y pues que me fuiste dado  
en lugar de Dios a mí,  
y es verdad que te ofendí  
y cual mujer he pecado,

ya que en aquesto le imitas,  
sea en perdonar y todo,  
que no es bien que dese modo  
darme la muerte permitas.

Ni en buena razón concierto  
aquel que de ella te priva,  
que Dios te me dic-se viva  
y que tú me envíes muerta.

SUFRID. Sin duda que me volviera  
atrás de lo que he intentado  
a no haberme transformado  
tu grave delito en fiero.

Pero ¡aún era cobardía  
y razonamiento vano!  
Dios te me dió de su mano

y yo te doy de la mía.

Dióteme hermosa y doncella,  
libre de toda deshonra;  
al fin dióteme con honra,  
y yo te envío sin ella.

Pero a igualar mi poder  
al suyo no te matara,  
antes remedio buscara  
para volverte a tu ser.

Pero pues limpiar el vaso  
sin rompelle es sin remedio,  
quebralle tomo por medio;  
disponete al último paso.

FENISA. ¡Mi Dios, mi bien, mi esperanza!

SUFRID. El te dé esfuerzo y valor.

(Ahógalas.)

FENISA. ¡Jesús!

SUFRID. Hoy vive mi honor  
con esta triste venganza.

(Salen LESBIO y el DOCTOR.)

DOCTOR. ¿Dúrale el desmayo acaso?

SUFRID. Sí, señor, y es cosa cierta  
que sin duda alguna es muerta.

DOCTOR. ¡Triste y prodigioso caso!

Muerta es, que el pulso no siento.

¡Ah, desdichada señora,

cada uno tiene su hora!

Llevémosla a su aposento,

y demos noticia luego  
a sus parientes de aquesto,  
que ha sido caso funesto.

LESBIO. Yo de mi parte os lo ruego.

(Éanse, y salen FULVIA y LISEO.)

FULVIA. No en balde siempre he temido  
mi afligido corazón.

LISEO. Fulvia, baste la pasión,  
que no os faltará marido.

Mi hijo era, y me consuelo  
con que remedio no tiene,  
y más si el castigo viene  
por la voluntad del cielo.

FULVIA. Muy buen día ha amanecido  
para que tenga alegría.

¡Qué de veces lo temía!

LISEO. Ya es hecho, ya ha sucedido.

(Sale LISDAURO.)

LISDAURO. ¡Ah, suerte, la más esquiva  
que ha podido suceder

en venganza de mujer!

LISEO. ¿Que haya abierto la puerta  
a vuestra triste ruína?

LISDAURO. ¡Ah, desgracia! ¿A qué se inclina?

LISEO. ¿Qué es?

LISDAURO. Fenisa es muerta.

¡Secreto del cielo justo!

LISEO. Y decid, ¿quién la mató?

LISDAURO. Ella misma se murió  
de un acelerado susto.

LISEO. ¿Qué me decís de su muerte?

¡Déle Dios el cielo santo!

¿Murió? Cosa es de espanto.

¿Hay más desgraciada suerte?

(Sale MESALIO.)

MESALIO. ¡Qué mal le midió el deseo  
un esperado contento!

LISEO. ¿Qué hay?

MESALIO. En aqueste momento  
acabó de entrar Tereo.

LISEO. ¿Es posible?

MESALIO. Aquesto pasa.

LISEO. ¿Que tanto ha?

MESALIO. En aqueste punto  
vino con su padre junto,  
y aun entiendo que a tu casa.

LISEO. Algún tanto me consuelo  
con estos sucesos varios,  
que son juicios temerarios  
reservados sólo al cielo.

Que más me hubiera pesado  
que Tereo hubiera venido  
antes de lo sucedido,  
que es soldado, al fin, y honrado.

Lo mejor que se pudiere  
aquesto se disimule,  
sin que culpa le acumule  
al que culpado estuviere.

Que Tereo es hombre sabio  
y es el caso grave y fuerte,  
y no hallándose en su muerte  
dará por vivo su agravio.

(Yo tengo de procurar  
casalle con Fulvia luego  
para apagar este fuego.)  
Con su padre le vi entrar.

(Sale ARSENIO y SUFRIDO.)

SUFRID. Movido del sentimiento  
de la muerte desdichada  
que con mano acelerada

quitó el vital movimiento  
a vuestro hijo, que conmigo  
tuvo tan grande amistad,  
movido de su lealtad  
y de haber sido mi amigo.

vengo a que no os aflijáis;  
aunque, aquesto bien mirado,  
yo he de ser el consolado  
por causas que no pensáis.

El vulgo, que desto siente  
de continuo lo peor,  
dice no sé qué de honor:  
si alguno lo dice, miente.

La honra que yo mantengo  
nadie me puede quitar.  
que no la sabrá ganar  
ni tener como la tengo.

No es comprada con riqueza,  
sino con mi sangre misma,  
vertida entre la morisma,  
aumentando mi nobleza;

cual suelen hacer los buenos,  
y los que no lo hacen mal.  
mi honor es propio caudal,  
no puede venir a menos.

¡Bueno fuera de mi honor,  
ganado entre tanto aprieto,  
le tuviera yo sujeto  
a un infame y a un traidor!

Y si destos desconciertos  
la paga es sangre vertida,  
hasta dejarlos sin vida.  
¿qué me quieren, si están muertos?

LISEO. Algo, sin duda, ha oído;  
aquí es menester remedio.  
Tú, Fulvia, has de ser el medio,  
haciendo lo que te pido.

Tereo, mucho me he holgado  
de vuestra buena venida,  
y pues es por vos sabida  
la muerte del mal logrado,  
no hay para qué referir  
su desgracia y sentimiento,  
porque es tanto lo que siento  
que no lo puedo decir.

Y hago testigo a Dios,  
si algo puede consolarme  
[y] de mi pena aliviarme,  
es de haberos visto a vos.

Y si es que en buena razón,  
por mis canas y este amor,

me sois, Tereo, deudor,  
anulo la obligación.

Si lo que pidiere es justo,  
os suplico deis el sí.  
para que vaya de aquí  
con menos pena y más gusto,

Y es lo que os quiero rogar  
seáis de Fulvia marido.

MESALIO. ¡Cielos!, ¿qué es esto que he oí-

SUFRIDO. Si no puedo descar [do? (1)

más bien del que se me ofrece,  
digo que gusto de hacello,  
por lo que yo gano en ello  
y por lo que ella merece.

FULVIA. Cese el consejo imprudente,  
que no es tiempo de alegrías;  
pasaránse algunos días  
por el decir de las gentes,

y luego lo trataréis,  
aunque más era mi intento  
acabar en un convento;  
mas basta que lo mandéis.

LISEO. Hágase, pues yo lo pido.

FULVIA. Doila; mas con condición  
que haya en esto suspensión.

SUFRID. Muy bien acordado ha sido.

LISEO. Ya han cesado mis querellas,

Tereo, pues tú nos honras.

SUFRID. Vamos a hacer estas honras (1).

LISEO. Seránlo, estando tú en ellas.

SUFRID. Basta; que ya el pundonor  
de mi fama restauré;  
y aquí fin, senado, dé  
el *Sufrimiento de Honor*.

FIN.

(1) Texto: "Cielo, que esto que oído."

(1) Texto: "votas".

# TANTO HAGAS CUANTO PAGUES

## COMEDIA FAMOSA <sup>(1)</sup>

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (2)

DON DIEGO.  
DOÑA BEATRIZ.  
DON FÉLIX.

Un ESCUDERO.  
GARCÍA, *criado*.  
CASTAÑO, *gracioso*.

DOÑA CLARA.  
DON LOPE DE FIGUEROA.  
INÉS, *criada*.

### ACTO PRIMERO (3)

(Salen DON DIEGO y CASTAÑO.)

CASTAÑO. ¡Oh, Madrid, corte dichosa  
del gran Felipe (4) Segundo,  
tu nombre celebre el mundo!  
Agora envidio la prosa  
de uno que pide prestado,  
sin prenda.

DIEGO. Necio, ¿qué dices?

CASTAÑO. Que tus dichas solenices,  
pues a Madrid has llegado  
tras de tres años de ausencia  
a los brazos de tu esposa,  
como rica y noble hermosa.  
Terrible es la penitencia  
que has cumplido, pues apenas  
“sí otorgo”, dijiste al cura,  
cuando tu necia locura,  
que la lloras y condenas,

te obligó al delito honrado  
de la noche deseada  
de tu boda. ¡Oh, fiera espada!  
¡Oh, montañés confiado!

DIEGO. ¡Qué recio te acometió!  
Aunque esto no es para aquí.  
Con mi obligación cumplí;  
pasé a Flandes, y él sanó  
de las heridas.

CASTAÑO. Quisiera  
que del recio amor sanara.

DIEGO. A tenerle, no faltara  
quien a Flandes me escribiera.

Pero ya habrá escarmentado  
en sí mismo (1), cuando sabe  
que en doña Beatriz no cabe  
contra mí el menor cuidado  
de su loco desatino.

CASTAÑO. No sé yo si persevera;  
pero dicen que te espera  
más pertinaz que Calvino,  
para vengarse, agraviado  
de la ofensa que le has hecho.

DIEGO. Vendrále Madrid estrecho  
en sabiendo que he llegado.

CASTAÑO. Tiene amigos y dinero,  
y es valiente.

DIEGO. Necio estás.  
Lo que agora siento más...

CASTAÑO. Dame con algún agüero  
en estas barbas; ni entramos

(1) A. Ed. suelta en la Real Biblioteca de Munich;  
B. Ed. de *La traición vengada*, de Moreto, según la  
Bib. de Aut. Esp. de Rivadeneyra, vol. XXXIX,  
págs. 639-654.

(2) El reparto en B es como sigue:

|                            |                       |
|----------------------------|-----------------------|
| DON DIEGO.                 | DOÑA CLARA.           |
| BEATRIZ.                   | INÉS, <i>criada</i> . |
| DON FÉLIX.                 | Un ESCUDERO.          |
| CASTAÑO, <i>gracioso</i> . | Dos HOMBRES.          |
| DON LOPE DE FIGUEROA.      | Un EMBOZADO.          |
| GARCÍA, <i>criado</i> .    |                       |

(3) B: “Jornada primera. Plaza delante de San  
Martín.” La indicación de escenas es añadido del  
editor de B. A. E., don Luis Fernández-Guerra.

(4) B: “Felipo.”

(1) B: “en mí mismo”.



DIEGO. en martes, ni eres Mendoza.  
 Cuando ya la vista goza  
 el norte fijo en que estamos,  
 que es estrella que me guía  
 al sol que mi pecho abrasa,  
 estar fuera de su casa  
 el sol, ¿no es desdicha mía?

CASTAÑO. ¿Qué desdicha puede ser?  
 Si monja tu esposa fuera,  
 y encerrada no estuviera,  
 era ocasión de temer.  
 Estarán en San Martín,  
 porque es de su fiesta el día,  
 que hoy muestra la bizarría  
 todo humano serafín.  
 Y más habiendo llegado  
 a Madrid la flor de España,  
 que haciendo del mar campaña,  
 quedó revuelto y manchado  
 entre la sangre y despojos  
 del fiero turco en Lepanto.  
 Ya está en la corte el espanto  
 del Asia, luz de los ojos  
 del Rey, su hermano, el señor  
 don Juan de Austria.

DIEGO. Al nombre sólo,  
 tiembla el más opuesto polo;  
 pero si heredó el valor  
 de aquel César Carlos Quinto,  
 tendrá a sus pies la fortuna,  
 dando a la otomana luna  
 rayos del planeta quinto.

CASTAÑO. ¿Cómo no te has acordado,  
 pues con él fué a la jornada,  
 de tu grande camarada  
 don Lope?

DIEGO. ¿Pues ha llegado  
 don Lope de Figueroa?

CASTAÑO. Mientras te apartaste a hablar  
 con don Pedro, le vi entrar (1)  
 en San Martín.

DIEGO. A Lisboa  
 le escribí desde Bruselas,  
 cuando se partió el armada (2).  
 No tiene mejor espada  
 el mundo.

CASTAÑO. En tales escuelas  
 aprenden. En Flandes son  
 (también te ha cabido parte)

(1) A: "estar".

(2) B: "la armada".

cada capitán un Marte,  
 cada soldado un Scipión (1).

DIEGO. Aquí le hemos de esperar,  
 pues dices que entrar le viste.

CASTAÑO. No es mal amigo, si embiste  
 el montañés.

(Salen DOÑA BEATRIZ y DOÑA CLARA, tapadas con mantos.)

BEATRIZ. Aguardar  
 podemos al escudero.  
 (Sale el ESCUDERO.)

CLARA. Suele buscarnos tres horas.

ESCUDERO. ¿Dónde han estado, señoras?

CASTAÑO. Lindos soles de febrero,  
 que se ven entre nublados.  
 Llega, que bureo tienes.

ESCUDERO. ¡Qué visperas tan solenes!  
 A todos deja admirados  
 la música.

BEATRIZ. Buena ha sido.

ESCUDERO. Es un jilguero el Capón.

CASTAÑO. Esta era buena ocasión.

DIEGO. Como esas habré perdido.  
 Guardo el decoro mejor  
 a mi esposa; mientras sale  
 don Lope, si no me vale  
 la prudencia...

(Alberótase, mirando hacia dentro.)

CASTAÑO. ¿Qué temor  
 tienes? ¿Qué has visto?

DIEGO. ¡Castaño,  
 que aquí me aguardes te pido! (sic)  
 A don Félix, mi enemigo,  
 he visto.

CASTAÑO. ¡Suceso extraño!

DIEGO. Y en tan público lugar,  
 aunque el furor me provoca,  
 será acción cobarde y loca  
 reñir para no matar,  
 y en Madrid habrá ocasión.  
 ¡Oh, patria! Bien me recibes,  
 pues delitos me apercibes  
 contra mi honrada opinión.  
 (Íase.)

CASTAÑO. Pues si te apartas de mí  
 y se arroja como un rayo

(1) B: "Cipión"

en tu busca su lacayo.  
sin mí, ¿qué será de ti? (2)

BEATRIZ. Hermana, cúbrete bien,  
porque pienso que nos sigue  
don Félix.

CLARA. ¿Que amor le obligue,  
siendo eterno tu desdén,  
a solicitar tu amor,  
hallando en mi pecho entrada?

BEATRIZ. ¡Qué mal gusto, pues te agrada  
un necio!

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. (Todo el furor [*Aparte.*])  
que encierra el abismo, alienta  
con su vengativo fuego,  
mi pecho; he visto a don Diego,  
dueño feroz de mi afrenta.

¡Oh, quién a solas se viese  
con él! Pero mientras llega  
la noche, el sol que me niega  
al cielo, aunque al sol le pese,  
le he de descubrir agora,  
vengativo y envidioso,  
por si volviere su esposo).

Nubes del manto, señora,  
no han de poder encubrirlos  
de quien tan perdido os sigue.

(*Quiérela destapar.*)

BEATRIZ. Félix, mi honor os obligue,  
si sois noble, a persuadiros  
que ablandáis montes de acero  
con copos de helada nieve,  
y que ni aun el sol se atreve  
al justo dueño que espero.

Vuestra ciega pretensión  
hace en vuestro mismo daño,  
que tan largo desengaño  
os sirva (2) de obstinación.

No toméis tanta licencia  
por ver ausente mi esposo,  
que soy un rayo furioso  
que exhala su misma ausencia.

Y advertid que noble y fiel,  
pues que su honor me encargó,  
sabré castigaros yo,  
y sabrá mataros él.

FÉLIX. ¡Aguarda, imposible mío!

BEATRIZ. Quien le conoce, ¿qué espera?

(*Vanse las dos y el ESCUDERO.*)

FÉLIX. Que entre sus engaños muera,  
pues de sirenas me fio.

¡Seis años! ¡Viven los cielos,  
que es prodigio esta mujer,  
pues me ha obligado a tener  
aun del mismo tiempo celos!

Don Lope, ¿dónde os quedastes?

(Sale DON LOPE DE FIGUEROA, con hábito de San-  
tiago.)

LOPE. Como no era menester  
en conquistas de mujer,  
viendo que al salir la hablastes,  
tuve el lance por seguro.

FÉLIX. Más terrible es su conquista  
que en Flandes, a escasa vista,  
trepar un valiente muro.

LOPE. Como no habéis peleado  
en aquel país, pensáis  
que en guerra de amor halláis  
Marte fiero y ciclo airado.

FÉLIX. ¿Luego nunca habéis querido?

LOPE. Tibiamente y sin rodeos,  
porque ajusto mis deseos  
al amor como al olvido.

FÉLIX. Buen amante sois.

LOPE. Es clara

y segura mi opinión:  
la esperanza y posesión  
se han de ver siempre a la cara.

Para que el tiempo publique  
burlas de mi necio amor,  
esperando, ¿no es mejor  
ir a hacer cara a Matrique?

Mujer que llega a tener  
dilación de un cuarto de hora,  
es muy cara.

FÉLIX. ¿Y si es señora?

LOPE. Esa sólo ha de querer  
un dueño; el mundo la alaba:  
yo las busco más comunes,  
que las pesque como atunes  
la más vecina almadraba.

FÉLIX. Desa suerte, ¿no queréis  
esta noche acompañarme?  
Jamás dejé de arriesgarme  
por un amigo. Tendréis

conmigo, a fe de quien soy,  
las espaldas bien seguras.

(1) B suprime los cuatro versos últimos y la aco-  
tación dice: ("Vase, y CASTAÑO le sigue.")

(2) A: "os sirve".

FÉLIX. Adoro las luces puras  
del sol que siguiendo voy,  
tan sin esperanza alguna,  
que entre mal perdidos bienes  
voy a conquistar desdenes,  
más libres que la fortuna.

LOPE. ¿Y ha de ir, para saber  
si una mujer os habló.  
todo un hombre como yo?

FÉLIX. Pienso que hay más que mujer:  
un hombre honrado y valiente  
la guarda.

LOPE. Pues hacéis mal,  
y ella bien en ser leal  
al que ya tiene presente,  
y más a quien abonáis  
de valeroso y honrado;  
pero si estáis empeñado,  
justamente me empeñáis:  
que amistad y parentesco  
piden que sirviéndoos vaya.

FÉLIX. ¿Qué imposible no desmaya (1)  
con vuestro favor?

LOPE. Ofrezco  
mi persona. Prevenios,  
que el sol con ligero paso  
a las sombras del ocaso  
camina.

FÉLIX. (¡Discursos míos! [*Ap.*])  
Entre venganzas y amor,  
¿qué aguardáis? Llegadme a dar  
o valor para matar,  
o para morir (2) valor.)

(*Íase.*)

LOPE. ¡Oh, cansados cortesanos!  
¿No era mejor empeñarse  
donde pudiera ganarse  
honor, entre luteranos,  
en defensa de la fe?  
Todo galas, todo amor,  
para que el propio valor  
tan afeminado esté (3).  
Pero es don Félix amigo  
y deudo, y le he de asistir.

(*Salen DOÑ DIEGO y CASTAÑO.*)

DIEGO. ¿Cómo he de poder vivir

si yo mis desdichas sigo?

Hasta que cierren las puertas  
del templo la he de esperar,  
por no tener que dudar  
cuando es mi desdicha cierta.

CASTAÑO. Lleno está de gente. Espera.  
que tal vez me ha sucedido,  
cansado de haber leído,  
ser mi carta la postrera.

Estará Beatriz rogando  
al cielo por tu salud.

DIEGO. Conocida es su virtud.  
(*Aspides voy engendrando  
en el alma.*)

CASTAÑO. Llega a hablar  
a don Lope.

DIEGO. ¡El es, por Dios!  
¡Señor don Lope!

LOPE. De vos  
quejas pudiera formar,  
y justas, señor don Diego  
de Vargas, si habéis sabido  
que ha más de un mes que he venido  
a Madrid.

DIEGO. Si agora llego,  
perder la queja podéis.

LOPE. Bastante disculpa ha sido.  
¡Seáis, don Diego, bien venido!

DIEGO. Que vos con salud estéis.  
Victorioso del suceso  
que dió tan ardua ocasión,  
me alegre, como es razón.

LOPE. Cayó de su mismo peso  
la bárbara monarquía,  
y el señor don Juan dió a España  
eterna luz con la hazaña  
que el mundo a los tiempos fía.

DIEGO. Relaciones han venido  
fabulosas, y me holgara  
que la vuestra me dejara  
satisfecho y advertido.

LOPE. Oíd (1) lo que el Asia llora,  
aunque venganzas previene

CASTAÑO. (Muy bien el tiempo entretiene  
mientras sale mi señora.)

LOPE. Ahí, general del Turco,  
ufano con las empresas  
de tierra y mar, compitiendo  
bajeles con las estrellas,

(1) B: "¿Qué imposible se desmaya?"

(2) B: "para sufrir".

(3) B suprime esta redondilla.

(1) A: "oi".

abrasaba entrambas mares  
con tan bárbara soberbia,  
que el Adriático y [el] Jonio  
eran destroncadas selvas.  
Alargóse al mar, buscando  
quién le pudiese dar nuevas  
de nuestra armada, tan falsas,  
que la burlaba sin verla.  
El señor don Juan entonces,  
teniendo juntas las fuerzas  
de la Católica Liga,  
el Papa, España y Venecia,  
en el puerto de Misina (1) (sic),  
escuchaba diferencias  
de pareceres contrarios,  
monstruos que la guerra engendra:  
que el Turco era superior  
en soldados y en galeras,  
soberbio con las vitorias,  
poderoso con las presas,  
y que a un trance de batalla  
no era bien que se pusiera  
la reputación de España;  
que lo mirase Su Alteza  
más bien; que el mejor acuerdo  
era que fuese la guerra  
defensiva en casa propia,  
guardándose las fronteras  
de Italia, opuestas al Turco.  
Mas don Juan, a quien alienta  
el cielo, para blasones  
de Austria les dió por respuesta (2):  
que ya estaba lleno el mundo  
(si bien difícil la empresa)  
de tan grandes prevenciones,  
que corría ya por cuenta  
de la nación Española  
pelear, y que le ordena  
el Rey su hermano que busque  
al Turco, y que le acometa  
cuando la ocasión lo pida;  
y pues el tiempo la muestra,  
que protesta dar la vida  
en defensa de la Iglesia.  
Su nombre aclamaron todos,  
y con voces imperfectas  
decían: "¡A pelear,  
señor don Juan! ¡Guerra, guerra!"  
En esto, el Nuncio del Papa,

bañado en lágrimas, y con  
el rostro, dijo: "Señor,  
la vitoria tienes cierta,  
porque el Vicario de Cristo  
lo afirma; y para que tengas  
la fe segura, te envía  
aseguradas promesas."  
Sacó del pecho una carta,  
y rompiéndole la nema,  
le enseñó dos profecías  
de San Isidro, que en ellas  
anunciaba la batalla,  
con la vitoria más nueva  
que vió el mar en sus espumas;  
que el General, que interpreta  
con nuevas revelaciones,  
es don Juan, y quien (1) merezca  
ser el que señala el cielo  
con tan vitoriosas muestras.  
Abrazó Su Alteza al Nuncio,  
y como si ya tuviera  
por alímbra de sus pies  
toda la armada turquesca,  
tocó a embarcar. ¡Tanto puede  
la fe en Dios, porque desprecia  
toda ventaja enemiga,  
toda bárbara potencia!  
Bendijo el Nuncio el armada  
desde el muelle, y las riberas  
dieron por tributo al agua  
el eco de las trompetas.  
La Capitana de España  
pareció, tocando a leva,  
que se desgajaba un monte,  
como iba perdiendo tierra.  
Ibanla siguiendo todas,  
tan iguales, tan serenas,  
que aun volando parecían  
que eran pedazos de selvas,  
repartidas por escuadras.  
Andrea de Oria la primera,  
que le tocó la vanguardia,  
con cincuenta y dos galeras,  
en que iban interpoladas  
las del Papa y de Venecia,  
las de Génova y Sicilia;  
y porque se conocieran,  
honraba el viento el garcés,  
sin los penoles y entenas,

(1) B: "Mesina".

(2) A, por errata, "respuesta".

(1) A: "que".



con las banderolas blancas,  
 que casi las aguas peinan.  
 La batalla y cuerno izquierdo,  
 con setenta y cuatro velas  
 y banderolas azules  
 llevaba a cargo Su Alteza.  
 La Capitana del Papa  
 iba gallarda a su diestra,  
 con Marco Antonio Coloma (sic),  
 a quien las aguas respetan:  
 el gran Sebastián Veneto (1),  
 que por Venecia gobierna  
 un monte por Capitana.  
 Iba a la mano siniestra  
 el proveedor Barbarigo,  
 que en cincuenta vasos vuela  
 con banderas amarillas.  
 Lleva el siniestro a su cuenta  
 al Marqués de Santa Cruz,  
 llegando el número a treinta,  
 con las banderolas blancas  
 la retaguarda encomienda.  
 Don Alvaro (2) de Bazán,  
 su hermano, Marte en la guerra,  
 y don Martín de Padilla  
 las distintas puntas cierran.  
 Encargó a don Carlos (3) de Ava-  
 confiado en su experiencia, [los,  
 treinta bajeles redondos,  
 para que fuese en conserva,  
 siempre a tiro de cañón;  
 y con orden y advertencia  
 que si les calmasen el viento  
 y no alcanzasen las piezas  
 a batir al enemigo,  
 que arrojase a las galeras  
 el socorro de españoles,  
 quejosos si no pelean.  
 Luego, don Juan de Cardona,  
 con ocho velas ligeras,  
 salió a descubrir al Turco.  
 Descubrióle, y dió la vuelta,  
 dando aviso que venía,  
 imagen de la soberbia,  
 tan señor del mar, que al agua  
 verle le permite apenas,  
 y que dejaba a Lepanto

En distancia de tres leguas,  
 dando a la tierra amenazas,  
 como a los cielos blasfemias.  
 Era la Real del Turco  
 alta la puntal, y en ella  
 quinientos escopeteros  
 genizaros, que pudieran  
 conquistar una provincia;  
 a cuyas voces dispiertan  
 los acentos alternados  
 de dulzainas y jalebás.  
 En forma de media luna  
 tendió su armada, tan diestra,  
 que el sol formaba una sombra  
 de tantos cuerpos compuesta.  
 Allí, sembrando vitorias,  
 iba a la parte de tierra,  
 llevando para su guarda  
 de todos vasos ochenta.  
 Y cerraba aquella punta,  
 por ser la de mayor fuerza,  
 Mahamud, gobernador  
 de Negroponto, que enseña  
 crueldades a la fortuna,  
 para despeñarse en ellas.  
 Siroco, gobernador  
 de Alejandria, sustenta  
 la punta del mar, y en medio  
 Jafer, renegado, muestra  
 el cuerpo de la batalla,  
 gobernando ciento y treinta.  
 Mahamud, Siro y Saín,  
 hijos de Ali, se reservan  
 con cuarenta y seis galeazas,  
 que el bravo Piali gobierna.  
 El nieto de Barbarroja,  
 Azén (1), llevaba sin éstas  
 veinte y cuatro de socorro,  
 todas con las popas negras.  
 Con esta bárbara pompa  
 venía aprestando cuerdas  
 para maniatar cristianos  
 (¡qué locura, qué soberbia!);  
 pero en viendo nuestra armada,  
 con voz turbada y suspensa,  
 dijo Ali: "Habéisme engañado.  
 mayores son estas fuerzas  
 de lo que yo imaginaba."  
 Y volviendo la cabeza

(1) B: "Veniero."

(2) A y B, así; pero debía ser don Alonso, según observa L. Fernández-Guerra.

(3) B: "don Juan".

(1) B: "Hazén".

a los remeros cristianos,  
que su libertad esperan  
en la vitoria de España.  
dijo, con turbada lengua:  
"Cristianos, si es vuestro día,  
Dios os le dé, que mi estrella  
en la fortuna otomana  
se fía." Y dando la vuelta  
a presentar la batalla,  
hizo largar una pieza.  
Respondimosle con otra,  
y cuando estuvimos cerca  
alzó la Real de España  
en una roja bandera  
un Crucifijo, y la Virgen,  
estrella del mar, que ruega  
en semejantes peligros  
por la salud de la Iglesia.  
Adelantóse Pialí,  
y salióse Juan Andrea  
al encuentro, reservando  
la ventaja a la prudencia.  
Los alaridos y voces  
acompañaban las flechas,  
porque los dos Capitanes  
se probaran (1) fuerza a fuerza.  
Dieron a Pialí socorro,  
dejando en notable afrenta  
al de Oria, que hecho un monte  
hizo honrosa resistencia.  
Vió su aprieto Barbarigo,  
y volando a la defensa  
con su galera, acomete  
la Capitana turquesca.  
Mas fué tan recia la carga  
de dardos y de saetas,  
que al descubrir, peleando,  
el rostro por la rodela,  
sacó en el ojo derecho  
un flechazo (¡hercica prueba  
de su valor!), que arrancando  
él mismo la turca flecha,  
bañado en su misma sangre,  
acometió a la galera  
contraria, que, temerosa,  
huyó, zabordando en tierra.  
Huyeron luego a Lepanto  
de Pialí quince galeras,  
desamparando su escuadra,

llenas de cobarde airen-  
Ya con el mismo furor,  
dura imagen de la guerra,  
cerraban por todas partes.  
Cubrióse con nubes negras  
del humo el rojo horizonte,  
y descubriéndose apena-  
las dos galeras reales  
dejaron la luz suspensa  
del sol, que admiró el fracaso,  
pues por las proas se encuentran  
émulas, en dos montañas,  
que pagan el censo en peñas.  
Como la Real del Turco  
era más alta, la nuestra  
metió debajo la proa (1),  
rompiendo las palamentas.  
Allí conoció su dicha,  
y porque no se perdiera  
la ocasión de la vitoria,  
sus genizaros empeña.  
Perdida estuvo dos veces  
la Real, entrando en ella  
los turcos, si ¡voto a Dios!  
Mas como estaba por cuenta  
de españoles, que, enojados,  
se beben las mismas flechas,  
tienen por fruta las balas  
y se abrazan con las piezas (2),  
les dimos tan buena carga,  
que en espacio de hora y media  
pudo cantar la vitoria  
la que se juzgaba presa.  
Un alférez español,  
natural de Talavera,  
tomó a un soldado el mosquete,  
y con valor y destreza,  
tiró tan de puntería,  
que Allí, con últimas quejas,  
cayó muerto en la cruzía,  
cobarde como sangrienta.  
Pródiga la muerte entonces,  
fué extremando (3) diferencias,  
de las crueldades que aguardan,  
porque muriendo, la teman.  
Fuego, sangre, remos, armas,  
cuerpos, bajeles, banderas,  
daban rojos paramentos

(1) A: "probaron".

(1) B: "se metió bajo la proa".

(2) B: "a las piezas".

(3) A y B: "estrenando".

al mar, en olas revueltas.  
Cantó la vitoria España,  
y numerando la presa,  
murieron treinta mil turcos,  
y metiéronse en cadena  
diez mil; quince mil cristianos  
se libertaron; noventa  
gaderas abrasó el fuego;  
trajeron las onlas negras  
treinta, con seis capitanas;  
y por vitoriosa muestra,  
remolcadas por las popas,  
trujimos ciento setenta.  
El mundo queda asombrado,  
Italia libre y contenta.

agradecido Pio Quinto,  
acreditada Venecia,  
temblando el turco en su casa,  
sin autoridad sus fuerzas.  
Europa desengañada,  
y autorizada la Iglesia.  
España causando envidias  
y derribando banderas,  
para que enemigas armas  
triumfos de Filipo (1) sean.

DIEGO. Quisiera tener el alma  
más alegre y más sin pena,  
para que tan gran vitoria  
la celebrese la lengua.  
Más domésticos cuidados  
hacen que el alma divierta  
de toda humana alegría  
tal vez sus libres potencias.  
Pero con tan grande amigo  
comunicar será fuerza  
por favor y por consuelo.  
mis cuidados y mis penas.  
¿Dónde gustáis que mañana  
nos veamos?

LOPE. Diligencias  
propias y ajenas, me obligan  
a cuidados y asistencia  
de palacio.

DIEGO. Yo os veré  
en él, para daros cuenta  
de mis sucesos, don Lope,  
y porque mi casa tenga  
tan noble huésped en vos.

LOPE. Los cumplimientos se dejan  
para menos amistad.

Ya sabéis que en paz y guerra  
soy muy vuestro

(Vase.)

DIEGO. ¡El cielo os guarde!

CASTAÑO. Ya no quedan en la Iglesia  
más que campanas y altares.

DIEGO. Como en mi alma sospechas.

CASTAÑO. ¡Oh, qué agorero que vienes!  
Sólo te falta que veas  
saltando de rama en rama  
a la siniestra corneja.  
¿No es mejor que no haya estado  
doña Beatriz en la fiesta,  
si estuvo en ella don Félix?

DIEGO. No hables más, que me atormentas  
con villanas presunciones.  
¡Ven acá! ¿Dónde pudiera  
estar agora Beatriz?

CASTAÑO. Agora que el sol se ausenta,  
para dar luz a los indios,  
estar en su casa es fuerza.  
¿Esta señora no tiene  
madre, amigas y parientas?  
Pues habrá estado en visita.  
Si tu venida supiera,  
claro está que te aguardara  
con lavatorio de piernas,  
camisa por estrenar,  
oliendo el cofre a allucema,  
porque es contra la polilla,  
mesa limpia y cama hecha;  
mas no sabiendo que vienes.  
¿es mucho que se entretenga  
visitando amigas suyas?

DIEGO. ¡Castaño, bien me consuelas  
con la verdad! Es mi esposa  
honrada y noble. No creas  
que he de presumir agravios  
de Beatriz.

CASTAÑO. ¿Pues a qué esperas?  
Si ya ha cerrado la noche,  
ya estará en casa.

DIEGO. ¡Ah, sospechas,  
no obliguéis a que os publique,  
y que el criado no entienda!  
¿Qué fuera de mi opinión,  
si a estas horas no estuviera  
Beatriz en casa, juzgando  
tan ausente el dueño della?  
Muerto por saberlo estoy;  
pero porque no prevenga

(1) B: "Filipo."

malicias este criado,  
le doy lugar a que vuelva.  
aunque la noche desate  
nuevos racimos de estrellas.)

CASTAÑO. Mira que ya está la noche  
(que así lo dicen las viejas)  
como una boca de lobo;  
y ya estuviera de vuelta  
tu esposa, si la visita  
hubiera sido en Vallecas.

DIEGO. ¡Vamos, Castaño! (Tú solo,  
capa común de tinieblas,  
si sabes agravios míos,  
no permitas que los vea  
la luz, enemiga tuya.  
Ocupa tus sombras negras  
en los delitos que aguardas;  
y si a morir me condenas,  
despeñado en mis agravios,  
tus pardas cortinas cierra,  
hechas de ausencia del sol,  
para que tú sola veas,  
desde el pavonado coche,  
que pardos buhos gobiernan,  
la venganza a que (1) me animas,  
si pudiste ver mi afrenta.)

*(Vanse, y salen DON FÉLIX y DON LOPE DE FIGUEROA, con broqueles de noche.)*

FÉLIX.

Don Lope, esta es la casa.

LOPE.

¿Habéis de entrar?

FÉLIX.

El alma se me abrasa  
en la luz de su dueño.

LOPE.

Pues no lo dilatéis, pues yo me empeño (2)  
a guardaros la puerta.

FÉLIX.

Clara, su hermana, con industria incierta,  
de noche suele hablarme,  
que piensa con desvelos obligarme.  
aunque mis desengaños  
me están diciendo que padezco engaños;  
pero importa que agora

le diga a Clara que mi amor la adora,  
y que a sus puertas llego,  
menos ya de Beatriz perdido y ciego,  
pues desta suerte es llano  
que entrar podré a gozar del soberano  
imposible que emprendo.

LOPE.

Escuchando os estoy, y no os entiendo.  
¿No decís que la guarda  
un hombre honrado?

FÉLIX.

Amor no se acobarda  
jamás. Resuelto vengo  
a matarle en su casa.

LOPE.

No os prevengo  
suceso diferente,  
pues vengo, más que cuerdo, por valiente;  
pero estad advertido  
que la vengaza del contrario ha sido,  
porque un hombre en su casa  
riñe por cuatro.

FÉLIX.

Si a discursos pasa  
vuestra prudencia, es llano  
que habéis venido a acompañarme en vano.

LOPE.

Yo por vos lo decía,  
porque suele tal vez la valentía  
disputada en los labios,  
mostrar flaqueza y padecer agravios.  
Llamad y entrad, y advierto  
que no faltéis, don Félix, al concierto,  
porque me pesaría.

FÉLIX.

Decid, por vida mía.

LOPE.

Quiero desengañaros,  
que si no reñís bien, he de dejaros:  
que quien me trae consigo,  
y no riñe como hombre, no es mi amigo,  
pues con cobarde ausencia  
quiere que yo le riña su pendencia.

FÉLIX.

De mí estaréis seguro,  
que mi nobleza conservar procuro.

(1) B: "la venganza que".

(2) B: "pues ya me empeño".



(Sale INÉS en lo alto.)

LOPE.

El balcón han abierto.

FÉLIX.

Con vos, muy buen suceso tengo cierto.

¿Señora? ¿Por ventura  
sois el sol que mis dichas asegura?

INÉS.

¿Sois don Félix?

FÉLIX.

A doña Clara  
me importa hablar.

INÉS.

¿En casa?

FÉLIX.

¿En qué repara

tu advertido cuidado?

¿Es la primera vez que a hablarla he entrado,  
con el cuerdo respeto  
que merece su honor? Solo y secreto  
siempre a verla he venido.

INÉS.

Pero no enamorado; que eso ha sido  
causa que el desengaño la divierta.

FÉLIX.

Abre, por Dios, Inés; abre la puerta,  
que humilde amante llego.

INÉS.

Estoy temiendo.

FÉLIX.

¿Temes a don Diego?

INÉS.

¿Cómo, si no ha venido?

FÉLIX.

(El no está en casa. ¡Venturoso he sido!,  
pues si entro yo primero  
en la presencia de Beatriz espero  
vengar agravio y celos.)  
Mal pagas mis develos.  
A Clara estimo ya por prenda mía.

LOPE.

Bueno, por Dios, sería  
que Félix me negara,  
amando a doña Clara:  
y pues tiene Beatriz ausente el dueño,  
por Clara es el empeño,

FÉLIX.

Clara es, Inés, la que mis pasos guía.

(Salen DON DIEGO y CASTAÑO.)

CASTAÑO.

Voy a llamar.

DIEGO.

Desvía.

CASTAÑO.

De bonísima gana,  
que he visto en la ventana,  
y también en la puerta...

DIEGO.

¿Vienes loco?

(¿Qué es esto, cielos? Mis agravios toco.)  
Muy mal presumes con sospecha incierta,  
nadie está en la ventana ni en la puerta.  
(¿Hay hombre cómo yo más desdichado,  
que llegue a ver mi aienta mi criado?)

CASTAÑO.

¿Y aquellos bultos?

DIEGO.

Necio, no es mi casa.

CASTAÑO.

Pues vamos a tu casa.

DIEGO.

(¿Así se abrasa  
mi honor y tenga vida?)

INÉS.

Dejaréis a Beatriz (1) agradecida,  
por lo que a ella toca.  
Ya bajo a abriros (2).

(Entrase INÉS.)

CASTAÑO.

¿Inés?

DIEGO.

¡La infame boca

cierra, necio ignorante!

CASTAÑO.

Marido eres a prueba de diamante.  
Si la vista y oído  
no te aprovecha, va de otro sentido.

(1) Texto: "Beatris."

(2) B: "abrir".

DIEGO.

¿Pues quieres tú que crea  
que aquel delito de Inesilla sea?

CASTAÑO.

Ya el alma lo adivina.

DIEGO.

¿Quién es?

CASTAÑO.

La pastelera de la esquina.

LOPE.

¿Abren la puerta?

FÉLIX.

Sí.

DIEGO.

(¡ Viles sospechas,

ya no lo sois!; ya quedan satisfechas  
mis afrentosas dudas,  
que ya las tiene el desengaño mudas;  
ya hablan los agravios  
y enmudecen los labios,  
que en tan ardiente calma  
tiene al justo dolor suspensa el alma.)

(Sale INÉS.)

INÉS.

Entrad, que ya os espera,  
más hermosa que el sol.

FÉLIX.

Dichoso (1) fuera,

si la suerte trocara,  
y mi adorada prenda me esperara.

(Vase DON FÉLIX y INÉS, y queda a la puerta DON  
LOPE.)

CASTAÑO.

Colóse.

DIEGO.

(Ya me daís, airados cielos,  
en vasos de mi honor veneno en celos.  
Castaño, ¿si advertiste  
dónde se fué aquel hombre?

CASTAÑO.

¿No le viste?

DIEGO.

(Quisiera desvelar (2) tan vil testigo,

que el criado mejor es enemigo.)

CASTAÑO.

A la puerta llegó.

DIEGO.

¿Quién lo imagina,  
si yo le he visto revolver la esquina?

CASTAÑO.

Pude haberme engañado.  
Si tú contento estás, yo estoy pagado.  
(A creer se resuelve  
que en su casa no entró.)

DIEGO.

Mira si vuelve.

y hasta que yo te llame por tu nombre,  
ni respondas ni vuelvas.

CASTAÑO.

Hácesme hombre.

Yo parto a obedecerte.

(Vase.)

DIEGO.

Halló mi honor su término en la muerte:  
y el fuego es tanto (1), que me cierra el paso,  
que me quiero librar y más me abraso.  
La dilación me mata,  
y el veneno por puntos se dilata,  
y en tantas ansias mías,  
mucho puedes, honor, mucho porñas,  
pues que tus pasos sigo,  
y me arrojo a matar a mi enemigo.

(Va a entrar, y pónese delante DON LOPE.)

LOPE. ¿Quién es?

DIEGO. Responder quisiera  
si me diera más espacio  
la prisa con que he venido.

LOPE. Pues aunque vengáis volando,  
no habéis de pasar de aquí.  
porque estos umbrales guardo  
a un amigo que está dentro.

DIEGO. ¿Y sufrirá estos agravios,  
desta misma casa el dueño?  
De enojo estoy reventando.

LOPE. ¿Y soislo vos?

DIEGO. Yo lo soy.

LOPE. Pues por dueño y por honrado  
no me atreveré a deciros  
que os volváis, que es recio caso

(1) A: "dichosa".

(2) Así en A y B. Fernández-Guerra corrige  
"desviar".

(1) B: "y es tanto el fuego".

negarle a un hombre la entrada  
de su casa. Estoy culpado,  
y tanto, que os lo confieso;  
y por no verme empeñado  
en causa que es tan injusta,  
diera los premios que aguardo  
de algunos servicios míos.  
Pero como está fiado  
en mi amistad el que entró,  
es fuerza que cierre el paso  
con mi riesgo.

*(Hacen mano, y acuchillanse.)*

DIEGO. Y con el mío  
me de entrar yo.  
LOPE. Será en vano;  
que guarda esta puerta un monte.  
DIEGO. Para los montes hay rayos.  
LOPE. ¡Por Dios, que es hombre de bien!  
;Lindo pulso!  
DIEGO. ¿Hay más extraño  
perder de ocasión? ¡Ay, honra!  
¿Quién tu venganza ha librado  
en tan invencible espada,  
y en tan alentados brazos?  
LOPE. Juro a Dios que es un demonio,  
pues que me ha durado tanto.  
DIEGO. Hidalgo, gente se acerca;  
mientras pasa, retiraos.  
LOPE. Si luego hemos de reñir  
retirémonos entrambos.

*(Retíranse cada uno a su lado, y sale un hombre  
embozado por una puerta, y éntrase por otra, sin  
hablar.)*

DIEGO. ¡Invencibles confusiones,  
no me matéis tan despacio!  
Acreditad mis afrentas  
de una vez, para que el lazo  
del dolor que aprieta el alma  
acabe prodigios tantos  
como atormentan (1) mi vida.  
Prodigio es que no le alcanzo  
el ver que puede ofenderme  
Beatriz, si ha sido un milagro  
de honestidad y virtud;  
pero ausencia de seis años,  
cayendo en sujeto hermoso,  
son trabucos disparados  
de la ocasión que derriban

el homenaje más alto.  
Pero ciego estoy. Bien puede  
ser Clara, la que ha llamado  
al que busca por esposo;  
mas hasta verlo, ¿qué aguardo,  
que no entro a hacer experiencia  
de mi desvelo o mi agravio?)  
Pues no pueden cortesías  
con vos, acortemos plazos,  
pues volvemos a estar solos.

*(El tiempo que vuelven a reñir, sale DON FÉLIX, y  
va a acometer a DON DIEGO, y tiénele DON LOPE.)*

FÉLIX. Para matarle yo basto.  
LOPE. ¡Ni aun entrambos, voto a Dios!  
Teneos, que habéis andado  
poco cuerdo, porque es hombre  
que sabrá muy bien buscaros  
dentro en vuestra misma casa,  
y es mal hecho que a mi lado  
os pongáis, viniendo él solo.  
Esto basta, y retiraos,  
que ya os sigo (1).  
FÉLIX. Yo obedezco (2).  
*(Vase.)*  
DIEGO. (Cobarde soy, pues que tanto  
puede resistirme un hombre.)  
LOPE. (El me deja aficionado  
por su valor; ¡vive el cielo,  
que quisiera asegurarlo  
de sus celos!) Advertid  
que habéis venido engañado,  
si pensáis que es vuestra prenda  
la que entró a hablar el hidalgo  
a quien yo guardé la puerta.  
DIEGO. ¡Cielos, en naufragios tantos  
descubridme limpio el puerto  
del honor que estoy guardando!  
¡No sea Beatriz quien me ofende!)  
LOPE. Clara tiene dueño honrado  
que la guarda, y si sois vos,  
pudo la vista engañaros.  
porque el que viste salir,  
nunca fué tan temerario  
que solicite mujer  
que tiene en Madrid resguardo.  
Beatriz tiene el dueño ausente,  
y esa es la que le ha llamado

(1) A: "atormenta".

(1) A y B: "digo", corregido por Fernández-Guerra en "sigo".

(2) B: "ya obedezco".

para lograr sus favores  
entre requiebros y abrazos.  
(Bien asegurado queda.)

(*Vase.*)

DIEGO. De su peso derribado  
cayeron sobre mis hombro  
montes de injurias y agravios.  
Hombre, demonio, imposible,  
fuerza, verdad, desengaño,  
para un corazón rendido,  
¿qué queréis, viniendo tantos  
enemigos exteriores?  
¿Si habéis hecho algún contrato  
con mi afrenta, y os importa  
que yo muera, retiraos!  
Retiraos, porque no digan  
los que pueden murmuraros,  
que tantos habéis querido  
matar a un hombre sin manos.  
Mi enemigo está en mi pecho,  
cuidado tiene: ¡dejadlo!,  
que es tan cruel que sabrá  
matarme por agradaros.  
La imagen es de Beatriz,  
la que está tejiendo el lazo.  
de la infamia que la culpa,  
porque me mate (1) la guardo.  
Bella imagen desleal,  
avisa con mudos labios  
al original traidor,  
que soy su dueño y que traigo  
con sospechas, evidencias  
del más lastimoso agravio  
que inventó la desvergüenza,  
que imaginó el desacato (2).  
Mas si es mujer, ¿qué me admiro  
Si en la mujer nos pintaron  
hieroglíficos y enigmas  
de monstruos más temerarios  
que la ardiente Libia engendra,  
sirena entre los peñascos,  
cocodrilo entre las ondas,  
áspid en amenos prados,  
tigre, robados los hijos,  
toro celoso en los campos,  
león entre cazadores,  
oso tronchando venablos?

A la mujer no se ignata,  
si rompe el velo sagrado  
del temor que debe al cielo,  
porque sujeto tan flaco,  
y que tantos monstruos vence,  
es la mujer, si la vergüenza pierde.

ACTO SEGUNDO

(*Salen DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA y INÉS.*)

BEATRIZ. ¿Clara, estás loca? ¿En qué pien-  
[sas?  
¿Teniendo honra, es bien que igno-  
que son tus necios amores [res  
para mi recato ofen-as?  
¿Tú abres de noche la puerta  
a un hombre? ¿Tú eres mi hermana?  
¿Tu reputación qué gana,  
que estos delitos concierta?

CLARA. ¿Pues si mi esposo ha de ser...?

BEATRIZ. Tan libertada osadía  
sólo tenerla podía  
quien no tiene qué perder.  
¿Sabes que don Félix trata  
de mis ofensas no más,  
y tan ciega y loca estás  
cuando tu engaño dilata?  
El halcón, diestro y ligero,  
causando al sol maravilla,  
que los vientos acuchilla  
más encarnizado y fiero.

viendo la garza volar,  
que parece cuando sube  
átomo de alguna nube,  
siendo su intento el matar.

con su natural rigor,  
con destreza libre y varia,  
toma una punta contraria  
para arrojarle mejor.

La garza soy, que huí;  
Félix el halcón traidor,  
que haciendo punta en tu honor  
quiere derribarme a mí.

CLARA. No podrá, que estás (1) segura.

BEATRIZ. Si estaré, por ser quien soy;  
mas del vulgo no lo estoy,  
que sin ocasión murmurara.

Si saben que me pretende,  
y aun pienso que él lo blasona,

(1) A: "mata".

(2) Desde aquí falta en B, hasta el fin de la jornada.

(1) B: "está".



el vulgo, que no perdona  
al sol, porque el sol le ofende,  
¿qué dirá, llegando a ver  
que entra de noche en mi casa?

CLARA. Conmigo las horas pasa,  
si se llegare a saber:

si bien no ofende el decoro  
que se le debe a mi honor.

BEATRIZ. ¿Hubo libertad mayor?

CLARA. Tus pensamientos ignoro.  
Y no sé qué piense aquí  
de quien tan terrible está;  
si tú estás casada ya,  
déjame casar a mí.

INÉS. Todas lo hemos menester,  
casarse es gozar la vida;  
si un marido se convida,  
¿por qué le hemos de perder?

BEATRIZ. No es elección acertada,  
pues nobleza y honra heredas,  
que si casada no quedas,  
has de quedar deshonorada.

Quien de noche entrar le ve  
bien la afrenta presumió;  
que basta saber que entró,  
sin preguntar para qué.

Corrige tu atrevimiento,  
fundado en agravios míos,  
o pondrá freno a tus bríos  
la clausura de un convento.

Que quiero, aunque más me enga-  
y de mi rigor te quejes, [ñes  
más que llorosa me dejes  
que ofendida me acompañes.

(Vase entrando.)

CLARA. ¡Escucha!

BEATRIZ. Los nuevos casos  
me están diciendo en bosquejos  
que quien huye mis consejos  
no quiere seguir mis pasos.

(Vase.)

CLARA. ¿Qué te parece?

INÉS. Que tiene  
razón en guardar tu honor,  
porque es hermana mayor,

CLARA. También a mí me conviene.

Y don Félix ha de ser  
mi esposo, si al mundo pesa.

INÉS. Dudo si tienes la empresa,  
que te engaña has de creer.

Porque un amor de seis años,  
puesto en mí, señora, ¿quieres  
que se olvide? Nunca esperes  
más que necios desengaños.

Con que dejará burlada  
tu esperanza y tu deseo.

CLARA. Aunque desengaños veo,  
soy mujer y porfiada.

Que mi amor, aunque no espere  
premio, aumenta mis desvelos,  
porque se ha fundado en celos  
de ver que a mi hermana quiere.

(Sale don Diego, y quédase a la puerta escuchando.)

INÉS. Mucho tu fuego te abrasa,  
y mucho tu edad ignora.  
¿Por celos de mi señora  
metiste a Félix en casa?

Hiciste mal, pues que ves  
que a mi señora pretende,  
y que el fuego que se enciende  
no lo has de aplacar después.

DIEGO. ¿Y cómo ya no se abrasa  
la casa, a mi honor traidora?  
“Por celos de mi señora,  
metiste a Félix en casa.”

¿Luego Beatriz, desleal,  
pone en Félix su cuidado?  
Sólo escucha el desdichado  
aquello que le está mal.

Pero si a vengarse pasa  
mi honor, que pudo manchar,  
mejor ha sido el hallar  
los testigos en mi casa.

Porque si me informo airado  
de gente de fuera, vengo,  
el tiempo que no me vengo  
a confesarme culpado.

(Llega ella.)

¡Clara!

CLARA. Señor, bien venido  
seas.

DIEGO. (Turbado el semblante,  
información es bastante,  
cuando faltara el oído.)

CLARA. (Helada tengo en las venas  
la sangre.) Voy a avisar  
a mi hermana, por templar  
tan no merecidas penas  
como en tus ausencias pasa.

DIEGO. Dame un abrazo primero.

INÉS. (Descuidado caballero,  
no sabe lo que hay en casa.)  
DIEGO. Dios te guarde. Hermosa estás;  
mucho me alegro de verte:  
espera una buena suerte,  
que espero en Dios la tendrás.  
Y no es mi esperanza vana.  
Dicen que tienes intento  
de entrar...

CLARA. ¿Dónde?

DIEGO. En un convento.

CLARA. Voy a avisar a mi hermana.

(Vase.)

INÉS. También cabe a mi ventura  
parte del bien que gozamos.  
DIEGO. ¿Cómo estás?

INÉS. Todas estamos  
en tan estrecha clausura,  
que se cierra a la oración  
la puerta.

DIEGO. ¡Honesto cuidado!  
¿Cómo en mi ausencia has estado?

INÉS. No dejando devoción  
sin rezar.

DIEGO. Bien se acrisola  
tu fe.

INÉS. De noche velamos,  
pues que claras las pasamos  
rezando al ánima sola.

DIEGO. Muy lucida estás.

INÉS. Me quiere  
mi señora que me adora.

DIEGO. (Por ser criada traidora,  
a las demás la prefiere.)

¿Y Elvira y Leonor?

INÉS. Servían  
tan mal, que por descuidadas (1)  
las despidió.

DIEGO. (Eran honradas; (Ap.)  
mi deshonra no sabían.

Su virtud el mundo alabe,  
que no hay mujer atrevida  
que a la criada despidia  
si algún defeto le sabe.)

¿Está en casa el escudero  
que yo dejé?

INÉS. Sí, señor.

DIEGO. ¿Sirve bien?

INÉS. Es gruñidor.

DIEGO. Si le pagan su dinero,  
¿qué se queja ni se enñada?

INÉS. Su salario bien pagado,  
no más.

DIEGO. (Este es buen criado,  
que no le acrecientan nada.  
que si el delito abonara,  
y mi deshonra supiera,  
contento en casa estuviera,  
y más premiado se hallara,  
porque su infame interés  
librara en deshonra mía  
en dádivas cada día,  
más que en salario del mes.  
¡Cielos! ¿Que esta honestidad  
pudo engendrar pensamiento  
tan cruel?)

(Salen DOÑA BEATRIZ y DOÑA CLARA.)

BEATRIZ. Venció el contento.

Aun a la misma verdad.

Apenas puedo creer  
que ya a vuestros brazos llevo.  
DIEGO. (Todo soy veneno y fuego.)

No te acierto a responder,

Beatriz, el gusto de verte  
suspende el alma en los labios.  
(¡ Oh, dueño de mis agravios,  
causa total de mi muerte!)

BEATRIZ. ¿Venís bueno, mi señor?

DIEGO. Hasta que a Madrid llegué  
truje salud.

BEATRIZ. Pues mi fe  
pudo lograrse mejor,  
porque mi salud no estimo  
como la vuestra.

DIEGO. Yo creo  
Beatriz, tu honesto deseo.  
(A la venganza me animo (A parte.)  
cuando más piadosas estás,  
sus palabras son venenos;  
porque entonces quieren menos,  
cuando disimulan más.)

Clara está grande mujer.

BEATRIZ. Pues que vos habéis llegado,  
es bien ponerla en estado;  
y mientras llega a tener  
efeto, os pido, señor,  
que esté Clara en un convento,  
porque en él su casamiento  
se concertará mejor.

(1) B: "por desmañadas".

DIEGO. Tan justo intento me agrada:  
 ¿Qué estoy escuchando, cielos?  
 De su hermana tiene celos,  
 yo lo escuché a la criada.  
 por eso aientalla quiere.  
 Hoy la crueldad me perdone,  
 pues no hay sospecha que abone,  
 ni más ocasión que espere.  
 Inés su tercera es,  
 y de mi enemigo fiero.) (*Aparte.*)

BEATRIZ. También, mi señor, espero  
 más favor: sabed que Inés  
 en casa no está con gusto;  
 mucho tiempo me ha servido,  
 y es razón darla marido.

DIEGO. (Otro será su disgusto.)  
 Regalalda y corregilda;  
 nadie se queje de vos.

BEATRIZ. Pues esto importa a los dos,  
 o casalda o despedilda.

DIEGO. ¿Puede haber más confusiones?  
 Disculpadme, ingenios sabios,  
 pues hallo abonos y agravios  
 en unas mismas razones.  
 Tiene de su hermana celos,  
 y como en fuego se abrasa,  
 no quiere tenerla en casa;  
 y cuando entre mis desvelos,  
 tan a costa de mi vida,  
 dice Inés, que su señora  
 la estima, me dice ahora  
 que la case, o la despida.  
 ¿Qué enigmas de Esfinges veo,  
 o qué coyundas desato?  
 ¿Con qué Babilonia trato?  
 ¿Con qué ilusiones peleo?  
 Por un laberinto vas,  
 discurso, sin discurrir,  
 pues en probando a salir,  
 te vas enredando más.) (1) (*Ap.*)

(Sale CASTAÑO.)

CASTAÑO. Señor, como me mandaste,  
 para enseñarle la casa,  
 he venido con don Lope.

DIEGO. Es un amigo del alma;  
 hizome dos mil favores  
 en Flandes, de cuya espada  
 tiembla el flamenco en Europa,  
 y le rinde el turco en Asia.

Quiero que conozca agora,  
 que las amistades paga  
 quien tiene sangre de noble (1)

... ..  
 y de mi enemigo fiero.

BEATRIZ. Es obligación hidalga,  
 y debéis señor, cumplilla.

CASTAÑO. Cuando a la puerta llegaba...

DIEGO. ¿Dónde está?

CASTAÑO. En el zaguán

queda leyendo una carta,  
 mientras yo subí [a] avisarte.  
 Digo que, en viendo la casa,  
 porque le dije: "Aquí es",  
 miró puertas y ventanas,  
 como si fuera alarife,  
 llamado para tasarlas,  
 y haciéndose dos mil cruces,  
 volvió de nuevo a mirarlas.

DIEGO. Lo que me has dicho me admira  
 porque no entiendo la causa.

CASTAÑO. Ya sube.

DIEGO. (En más confusiones  
 mi entendimiento se enlaza.)

(Sale DON LOPE.)

LOPE. ¿Hay semejantes sucesos?  
 Por fábula imaginada  
 lo ha de juzgar quien lo oyere.  
 ¿Posible es que esta es la casa,  
 y el dueño della don Diego?)

DIEGO. Señor don Lope, ganancias  
 de vuestra amistad espera,  
 quien para honrarse os aguarda.  
 Beatriz: el señor don Lope  
 viene a honrar aquesta casa,  
 como pudiera yo mismo.

BEATRIZ. El ser vuestro gusto basta  
 para que todos sirvamos,  
 a quien merece en España  
 por su sangre y su valor,  
 lugar que le da la fama.

LOPE. Mirad que vendré a pensar,  
 que la merced que esperaba,  
 la libráis en cumplimientos,  
 y entre soldados no pasan.  
 ¿Que esta es Beatriz, y su esposo  
 don Diego? ¿Y que yo guardaba  
 a su enemigo la puerta?

(1) Falta en B esta redondilla.

(1) Falta este verso en A; el siguiente falta en B; debe de haber alguna laguna.

¿Que ya él me dijo que el alma  
le ha dado Beatriz hermosa?  
Ya la juzgo por desgracia  
que deslustra mis acciones  
entre confusiones tantas.) (*Aparte.*)

(*Sale el ESCUDERO con un papel.*)

ESCUDERO. Señor, un hombre me dió  
aqueste papel.

DIEGO. ¿Aguarda  
la respuesta?

ESCUDERO. No, señor;  
parecióme que volaba:  
en dejándole en mis manos,  
sin aguardar más palabra,  
se fué.

(*Vase.*)

DIEGO. ¡Buena ausencia he hecho!  
¡Muy bien me recibe España!

(*Lee:*) "*Para tomar satisfacción de mi agravio,  
que se ha dilatado por vuestra ausencia, espe-  
ro solo (1) a las espaldas de San Jerónimo.*"

DON FÉLIX."

Viene a muy buena ocasión,  
porque yo la descaba,  
para que conozca el dueño  
que beneficios se pagan.

LOPE. ¿Quién os escribe, don Diego?

DIEGO. Un amigo, a quien le falta,  
si no el crédito, el dinero  
para cumplir cierta paga.  
Quieren sacarle los bienes,  
y voy a hacer la fianza  
con mucho gusto, ¡por Dios!

LOPE. Vamos los dos.

DIEGO. En firmarla  
podré tardar solamente.

LOPE. Advertir que las fianzas  
suelen consumir la hacienda.

DIEGO. Está muy asegurada  
la que voy a hacer. Quedaos,  
don Lope, honrando mi casa.

(*Vase.*)

BEATRIZ. Acompaña a tu señor.  
Castaño.

CASTAÑO. De buena gana.

(*Vase.*)

LOPE. Señora doña Beatriz,

(1) B: "a solas".

¿sabéis quien soy?

BEATRIZ. Pues ¿qué causas  
os obligan?

Cuando nobleza heredada  
me faltara, ¿no sabéis  
que el ser don Diego de Vargas  
mi esposo, señor don Lope,  
a darme nobleza basta?

LOPE. Que sintiérades lo mismo  
que dicen vuestras palabras,  
era honrada obligación.

BEATRIZ. ¿Pues vos penetráis las almas,  
que presumís lo contrario?  
¿Qué descuidos o qué faltas  
en el servicio y regalo  
de mi esposo, aun cuando estaba  
ausente, habéis conocido?  
¿Notábaisle vos las cartas  
que de Flandes me escribía,  
o, por dicha, se os quejaba  
de mis descuidos mi esposo?  
Si el amistad era tanta  
y mis cartas os leía,

¿juzgastes de alguna carta  
tibiezas y poco gusto  
de su vuelta? Y en mi casa,  
pues veis con ojos de amigo,  
que muchas veces se engañan,  
entre necios y curiosos  
pareciéndoles que pagan  
la amistad en ver defetos,  
y aun se huelgan que los haya,  
para atreverse después  
a las mujeres que infaman,  
sirviendo para rendirlas  
los defetos de amenazas,  
¿qué habéis visto?

LOPE. (¿Es esto sueño? (*Ap.*))

Pues si en ofensa tan clara  
le da a una mujer la industria  
tan eficaces palabras,  
que mienten las evidencias  
y las verdades engaña.  
¿cómo puede haber maridos  
que las castiguen por malas?)  
Digo, señora, que os creo,  
aunque anoche en vuestra casa  
(el término perdonad)  
entró un hombre, que juzgaba  
merecedoras sus prendas  
de favores vuestros.



BEATRIZ.

(¡Clara,

en buen extremo me has puesto!)

No niego que mis criadas

pierdan el respeto al cielo;

si la vergüenza les falta:

a hablar alguna entraría.

LOPE.

¿Y si era hombre de importancia?

BEATRIZ.

No hay calidad en los gustos.

Hay hombre que en mesa y cama

tiene por mujer un ángel,

y gasta con mano franca

con un demonio su hacienda.

Prendas tendrá muy honradas

quien decís, y querrá más

solicitar en mi casa

las criadas que su dueño.

LOPE.

Yo presumí que bastara

este aviso a corregiros:

a hablaros a vos entraba

quien me descubrió el secreto.

(Sale DON FÉLIX, y vase INÉS.)

FÉLIX.

Doy a los cielos mil gracias,

que llego seguro al puerto.

Don Lope, tratáis mis causas

como amigo, y es forzoso,

pues que lo sois tan del alma,

aunque es Beatriz tan cruel

que paga con amenazas

mis bien nacidos desvelos.

BEATRIZ.

(Valor y esfuerzo me falta;

pero mi honor me defiende.)

LOPE.

Este es quien anoche entraba

a visitaros, señora;

pero aquí veréis si guardan

los amigos la lealtad

a quien su honor les encarga.

Don Félix, si estáis tan ciego

que entre locas confianzas

os atrevéis a poner

los ojos en esta casa,

sabiendo que tiene dueño

con quien puede honrarse España,

por nobleza y por valor,

de vuestra amistad pasada,

romperé los privilegios

si es que ofendidos se guardan:

yo os enseñaré a tener

buena ausencia a cuchilladas.

FÉLIX.

¡Don Lope, escuchad!

LOPE.

A mí

es muy necio quien me llama

para cosas que no tengan

calificación de honradas.

Juro a Dios que me habéis puesto

en ocasión que os matara,

si el publicaros no fuera

de mayores daños causa.

Mi resolución sabéis:

idos con Dios, que me cansan

vuestras libertades necias.

FÉLIX.

Yo escucho vuestras palabras,

y como amigo os las sufro.

BEATRIZ.

No permitáis que se vaya,

señor, que a mi honor importa.

LOPE.

Si vuestro esposo le halla,

¿no vendréis a perder más?

BEATRIZ.

Yendo a firmar la fianza,

diciendo que vuelve luego,

claro está que si halla en casa

a quien ofenderle intenta

que no ha de juzgar culpada

mi inocencia, pues procuro

que hasta que él vuelva no salga.

FÉLIX.

(Holgárame que viniera,

porque fuese (1) mi venganza

donde recibí el agravio;

pero ya pienso que paga

mis ofensas con la vida,

pues cuatro hombres le aguardan,

buscados por orden mía,

que al fin su muerte restaura

mi honor; que después el tiempo

podrá ser que desta ingrata

ablande el rigor que muestra.)

LOPE.

Don Félix, en las desgracias

hay remedio, prevenidas.

Pues es don Diego de Vargas

tan bizarro caballero

no deís ocasión que os haga

en su casa algún disgusto.

Esperalde en la campaña,

si dél estáis ofendido;

que allí con iguales armas

se satisfacen los nobles.

FÉLIX.

Si a Flandes no se pasara,

yo me hubiera satisfecho;

pero ocasiones no faltan.

Quedad con Dios.

LOPE.

El os guarde.

(1) B: "fuera".

(Sale INÉS alborotada.)

- INÉS. Señora, mayor desgracia temo. Castaño ha venido, y si le ve cosa es clara que lo sabrá mi señor.
- LOPE. Cuando no quedéis culpada, él quedará con sospechas que vuestra opinión agravian. El criado no ha de ver a don Félix: ésta es causa que toca a todos. Don Félix, los que son nobles amparan el honor de las mujeres. El ocultaros no infama vuestro valor, pues sabemos que tenéis honra y espada para reñir con don Diego. Mirad dónde puede en casa estar Félix encubierto.
- BEATRIZ. ¿Puede traer más desgracias no haber cometido (1) culpa? Si es que el respeto me guarda, ese aposento le encubra.
- FÉLIX. Siendo tú quien me lo manda, mostrarme cobarde es poco.

(Ha de haber una puerta por la parte que se entra DON FÉLIX a esconder, y cierra tras sí, y sale CASTAÑO.)

- CASTAÑO. ¡Vive Dios, que a estar la casa dos dedos más adelante, sospecho que me faltara el resuello! Mi señor me envía con priesa tanta a decir que le esperéis.
- LOPE. ¿Ha hecho ya la fianza?
- CASTAÑO. Si en el campo hay escribanos, allá pudiera firmarla. Al Prado se fué derecho, y cuando cerca llegaba de San Jerónimo, un hombre de buen talle y buena capa a hablarle llegó. No sé lo que entre los dos trataban. Despidióse, y mi señor, algo la color turbada, me mandó venir delante, diciendo que os suplicara que le esperéis, que le importa la reputación.

(1) A: "no ha cometido".

- LOPE. (¡Extraña confusión! ¡Lance terrible si halla a don Félix en casa!)
- (Sale DON DIEGO alborotado.)
- DIEGO. Don Lope, a empeñaros vengo: de vuestro valor y espada fío el suceso que aguardo.
- LOPE. Sólo puede haber tardanza en servirlos, el ponerme en la ocasión.
- DIEGO. La fianza fué un papel de desafío. Salí adonde me llamaba quien lo firmó, y en el Prado llegó un hombre, y con palabras comedidas, como breves, me dijo: "Si desas tapias pasáis, os han de matar. Yo soy quien a vuestra casa os llevé un papel, diciendo que en el campo os esperaba un hombre solo; mas viendo que cuatro hombres os aguardan con tan grave alevosía, teniendo yo sangre hidalga no es justo que lo permita sin avisaros. La paga desta amistad es volveros." Y él, volviendo las espaldas, me dejó, sin despedirse.
- LOPE. ¿Pues qué falta agora?
- DIEGO. Faltairme a ver con estos hombres.
- LOPE. ¿Podéis fiar desa espada el riesgo en que ha de ponerlos?
- DIEGO. Bien podré: diómela en Francia el gran Duque de Saboya, cuando de Flandes pasaba a cercar a San Quintín. Mas las espadas no bastan si cuatro hombres nos esperan, y armados; tanta ventaja suplan armas defensivas, que yo siempre tengo en casa con que armar un par de amigos.

(Va a entrar donde está DON FÉLIX, y detiéndole DON LOPE a él, y luego a CASTAÑO.)

- LOPE. La razón pienso que basta.
- DIEGO. Muy moral estáis. Castaño, abre ese aposento y saca

dos cotas.

LOPE. No es menester;  
¡a fe de quien soy, dejaldas!

BEATRIZ. (Parece que están los cielos  
eslabonando desgracias  
para quitarme la vida.)  
¿Pensáis que fuerzas me faltan  
para estorbar que salgáis  
donde con tantas ventajas  
os esperan?

DIEGO. (Aún no sabe (Ap.)  
que es ella la mayor causa  
de mi agravio.) ¡Vive Dios,  
que es bárbara confianza  
no ir armados! Perdonadme,  
que no he de salir de casa  
a tan loco desafío  
sin una cota.

LOPE. ¡Dejalda,  
don Diego! (¡Perdidos somos!)

DIEGO. ¿Qué es esto?

(Abre DON DIEGO la puerta del aposento, y halla a  
DON FÉLIX, que sale empuñando la espada, y al  
ir DON DIEGO a meter mano le quita DON LOPE la  
espada de la vaina y se queda en medio de los dos,  
deteniéndolos con la espada de DON DIEGO.)

BEATRIZ. ¡El cielo me valga!  
¡Don Lope, traidor! ¡Ah, cielos!

DIEGO. ¿Pues vos me quitáis las armas  
con qué he de cobrar mi honor?

LOPE. ¡Teneos, por Dios, que os engañan  
vuestros sentidos, don Diego!

FÉLIX. Dalde, don Lope, la espada,  
porque entienda que he venido  
sólo a matarle a su casa;  
que presumiendo que un hombre  
que hizo una ausencia tan larga,  
temiendo que le matase  
si se quedaba en España,  
no se atreviera a salir  
al campo, tracé venganzas  
del agravio que he callado  
donde no pueda excusarlas  
la disculpa y el temor;  
y pues fuistes vos la causa,  
por necios respetos sabios,  
para que yo me ocultara,  
y ya me ha visto, dejalde.

CLARA. Ya mi temor me amenaza  
con un suceso infelice (1).

INÉS. Necia será quien aguarda.  
(*Íanse CLARA, INÉS y CASTAÑO.*)

LOPE. Pésame que seáis mi amigo,  
que esas locuras bastaban  
a insistir mi honrado enojo.

DIEGO. ¿Las amistades se pagan  
con afrentas? ¡Ah, desdichas  
de mi afrenta, pues no fraguare  
rayos los agravios míos!

BEATRIZ. ¿Cómo no advertís que cargan  
en mi honor montes de injurias?

DIEGO. Dejadme, dejad que vaya  
a decirle cómo puedo...

LOPE. De por medio estoy, que basta.  
Delitos son insufribles,  
don Félix, y al cielo cansan  
y al mundo, cuyo castigo  
presumo que no se tarda.

FÉLIX. Voime, por darle lugar,  
si es que su valor le engaña,  
que me busque con amigos  
y se prevenga con armas.  
(*Íase.*)

LOPE. Ahora que hemos quedado  
solos, os vuelvo las armas.  
(*Dale DON LOPE la espada, poniendo mano a la suya.*)

DIEGO. Pues en defensa os ponéis,  
culpado os sentís.

BEATRIZ. (En tantas  
confusiones, donde yo  
soy tan sin culpa causa,  
quiero dejar que don Lope  
le temple el fuego que abrasa  
el corazón, engañado  
con apariencias tan falsas.)  
(*Íase.*)

DIEGO. Cuando en mi casa descubro  
a quien al campo me saca  
con un papel engañoso,  
y con ventaja villana  
a quien me mate previene,  
y cuando el cielo me guarda  
para que tome, ofendido,  
tan legítima venganza,  
¿vos, que os preciáis de mi amigo,  
vos, que tenéis prendas tantas  
de la heredada nobleza  
y de la adquirida fama,  
permitís que mi enemigo

(1) Faltan en B los dos versos anteriores.

pueda ocultarse en mi casa?  
 ¿Y cuando en ella le veo,  
 para que mi honor quedara  
 limpio con la sangre suya,  
 que así el honor se restaura,  
 me quitáis las armas vos?  
 ¿Quién, sin la nota de infamia?  
 ¿Quién, sin culpa de traición  
 pudiera quitar la espada  
 a quien se da por amigo?  
 ¿Hay en Flandes ni en Italia,  
 don Lope, escuelas que enseñan  
 a los que profesan armas  
 tan cobarde estratagema,  
 lición tan humilde y baja?  
 Mas porque venganzas más  
 mejor por afrentas caigan,  
 (porque las oposiciones  
 lucen cuanto más contrarias,  
 como el sol que se descubre  
 más bien entre nubes pardas),  
 ha juntado mi fortuna  
 a la afrenta de mi casa  
 una villana nobleza,  
 una lealtad agravada,  
 una traición conocida,  
 una burlada esperanza,  
 una fingida promesa  
 y una amistad mal pagada.  
 Advertid...

LOPE.

DIEGO.

LOPE.

¿Qué he de advertir?

Que vos, y el mundo se engaña  
 si no confiesa por noble  
 la acción que por temeraria  
 habéis condenado vos.  
 Cuando obligan, cuando llaman  
 a los hombres como yo  
 las ocasiones, les manda  
 su mismo valor que acudan  
 siempre a la parte más flaca.  
 Aunque es Félix caballero,  
 no es de acciones tan bizarras  
 como vos; no ha hecho pruebas  
 tan conocidas que valgan  
 la opinión que vos tenéis  
 tan adquirida y ganada.  
 Y así quise en el peligro  
 de honor y vidas, guardarlas,  
 templando la furia vuestra  
 con tan iguales balanzas,  
 que cuando el valor os sobra,

venga a faltaros la espada.  
 Por consuelo está bien dicho;  
 yo os doy por ello las gracias.  
 Pero pues que vos sabéis  
 a lo que ha entrado en mi casa  
 don Félix...

DIEGO.

LOPE.

¡Basta, don Diego!

No con sospechas tan falsas  
 presumáis ofensas vuestras,  
 porque no es la luz tan clara  
 del sol, como el casto amor  
 que doña Beatriz os guarda;  
 y no con injustos celos  
 deis a entender que os agravia,  
 porque os diré que mentís  
 cuerpo a cuerpo en la campaña.

DIEGO.

LOPE.

Yo no consulto opiniones.

Pues consultad con la fama  
 vuestro honor.

DIEGO.

LOPE.

DIEGO.

Ya le he perdido.

Engañaisos.

No se engañan  
 los ojos.

LOPE.

A veces suelen  
 hacer traiciones al alma.

DIEGO.

LOPE.

DIEGO.

Lo que me importa conozco.

¿Pues qué habéis de hacer?

Mañana  
 lo sabrá Madrid.

LOPE.

Y agora  
 lo he de saber yo.

DIEGO.

Son causas  
 más y no he de tener  
 más testigos que mi espada,  
 y a quien mi venganza estorbe...  
 ¿Qué decís?

LOPE.

DIEGO.

Gasto palabras  
 muy pocas. más ¡vive Dios!  
 que en el campo, a cuchilladas,  
 haga pedazos a quien  
 llegue a estorbar mi venganza.  
 Pues yo, que pienso que puedo,  
 he de entrar en vuestra casa  
 a mataros, voto a Dios,  
 si ponéis alguna falta  
 en vuestra esposa.

DIEGO.

Don Lope,  
 ya sabéis que sabe España  
 quién soy.

LOPE.

Y que soy conocen  
 en Italia, España y Francia,



DIEGO. don Lope de Figueroa.  
Y yo don Diego de Vargas.

### ACTO TERCERO

(Salen DON FÉLIX y GARCÍA.)

FÉLIX. ¿Que un hombre como don Diego,  
cuando el papel le avisó  
que estaba solo, temió  
salir al campo? Estoy ciego  
tanto en mi loco furor,  
que el amor que en mí se advierte,  
con ser tan grande, es más fuerte  
mi venganza que mi amor.

Darle muerte pretendía  
oculta por mano ajena,  
por ver si mi amante pena  
remedio tener podía.

Pero ya que esta mujer  
es prodigio en su firmeza,  
con que la naturaleza  
se ilustra en su flaco ser,  
y en seis años no he podido,  
por piedad o por amor,  
alcanzar della un favor,  
estando ausente el marido,  
que es la más fuerte ocasión  
para el mayor rendimiento,  
he de mudar pensamiento.  
Ya es venganza mi afición.

Templé mi agravio, pensando  
lograr mi loco deseo;  
mas ya que, ofendido, veo  
que voy sin fruto esperando,  
de sus desprecios corrido,  
quiero más, de furia armado,  
que disimular perdido.

GARCÍA.\* Señor, si por fiel criado  
me estimas, y ves que puedo,  
sin verle la cara al miedo,  
dejar tu agravio vengado,  
dime el que hacerte pudieron,  
porque la satisfacción  
venza la murmuración  
de los que tu afrenta vieron.

Porque ya sabes que escriben  
leyes el amor y el duelo,  
que con militar desvelo  
satisfacción aperciben

a cada agravio de honor,

y tan previsto y mirado (1),  
que venga el que está agraviado  
a quedar por superior.

FÉLIX. García, también ordena  
esa ley en casos tales,  
que satisfacción de iguales  
no ha de ser por mano ajena.

Cuando con ciego furor,  
de toda razón desnudo,  
por agena mano pudo  
hacelle matar mi honor,  
tuvo disculpa el desseo  
de un yerro desatinado;  
mas, cuando desengañado  
de mi amor, mi afrenta veo,  
por mí mismo he de abonarme  
con quien mi venganza espera,  
porque de otra suerte fuera  
deslucirme sin vengarme.

Don Lope viene, si no lo sabes...  
GARCÍA. Don Lope viene, señor.

(Sale DON LOPE con un papel.)

FÉLIX. (Por acreditar mi honor,  
fué a consultar los más graves  
sujetos que en la milicia  
tienen hoy mejor lugar;  
pero yo he de consultar  
con mi ofensa la malicia  
al pueblo legislador,  
por atrevido severo.)  
Don Lope, ya yo os espero  
como a noble defensor  
de la opinión que he perdido.  
Si es verdad la información  
que me hiciste, la pasión  
os ha turbado el sentido.

LOPE. Consulté vuestro suceso,  
a quien vos llamáis agravio  
injustamente, por Dios,  
con los mejores soldados  
que han venido con Su Alteza,  
y con seis Maeses de Campo,  
cuyas firmas podéis ver  
en este papel que os traigo,  
donde os dan por satisfecho.  
Al fin les propuse el caso,  
dando al silencio los nombres,  
porque os conocen a entrambos.  
"Dos caballeros —les dije—

(1) B: "tan previsto y tan mirado".

tan perdidamente amaron  
a una mujer principal,  
que el silencio y el recato  
les advirtió muchas veces,  
turbando al sueño el descanso,  
dando a sus rejas suspiros,  
y a su calle asombro y pasos.  
Al fin, la dama vencida  
de honesto amor, dió la mano,  
si iguales en calidad,  
al que juzgó más gallardo.  
Quedó rabiando de celos  
el competidor, y entrando  
en la noche de sus bodas  
en su casa, donde tantos  
principales caballeros  
honraban los desposados,  
dijo en presencia de todos:  
"Señora, si deste agravio  
"no fuera mujer el dueño (1),  
"(que suelen aun en los casos  
"de mayor reputación  
"cometer yerros tan claros  
"como el que agora se ha visto),  
"yo dejara tan vengados  
"mis celos, que viera el mundo  
"que merezco vuestra mano,  
"por más calidad y prendas,  
"mejor que el que a vuestro lado  
"le dáis el nombre de esposo."  
Dijo, y despidiendo rayos  
por los ojos el marido,  
y veneno por los labios,  
le respondió que mentía.  
Y sin poder estorbarlos,  
con las espadas desnudas  
se acometieron bizarros.  
Dió, sustentando el mentís,  
al competidor, que en vano  
se defendió, tres heridas;  
y dando priesa a un caballo,  
dió a su esposa tanta ausencia,  
que le lloró por seis años.  
Volvió a la Corte, su patria,  
adonde por varios casos  
se han vuelto a ver, sin que nadie  
haya tomado a su cargo  
el tratar las amistades."  
Esto propuse en palacio.

con la circunstancias todas  
con que pudiera informarlos  
vuestro misino honor. Mirad  
si les debéis, por soldados  
y caballeros, la fe  
con que este (1) papel firmaron.

(Dale el papel.)

FÉLIX. (Quiero ver las firmas todas,  
que después veré despacio  
el desagravio que firman;  
aunque a soldados cristianos  
no han de consultarse afrentas,  
porque fuera injusto caso,  
siguiendo leyes del duelo,  
firmar venganzas de agravios.)

(Lee.)

"Don Alvaro de Sande. Don Sancho de Londoño. Julián Romero. Don Juan de Cardona. Don Martín de Padilla. Don Alonso Portocarrero."

Sujetos ilustres son,  
y que debe respetarlos  
el mundo; pero advertid,  
y no es pasión la que guardo,  
que no pudieron firmar  
que yo estoy desagraviado,  
oyendo un mentís, don Lope.

LOPE.

Satisfecho estáis, sacando  
la espada para ofenderle.

FÉLIX.

Sí, pero ha de ser quedando  
iguales con las espadas;  
mas cuando por desdichado  
queda el agraviado herido,  
aunque haya sido un retrato  
de Marte, en venganza suya,  
queda con el mismo cargo  
de la ofensa que recibe,  
por el dichoso contrario,  
con la vitoria sustenta  
lo que dijo con los labios.  
¿El salir un hombre herido,  
riñendo como hombre honrado,  
es afrenta?

LOPE.

FÉLIX.

No es afrenta.

LOPE.

¿Podrá nadie señalarlo  
cómo hombre cobarde?

FÉLIX.

No.

LOPE.

Pues si con pecho bizarro

(1) B: "no fuera mujer el yerro".

(1) B: "ese".

- saca la espada, y se arroja,  
con que desmiente el agravio  
del mentis, y las heridas  
no causan afrenta, es llano  
que gana reputación,  
pues con su sangre ha firmado.  
su honor, publicando a voces (1)  
que se arrojó por cobrarlo.
- FÉLIX. Con sofisticas razones,  
don Lope, queréis, templando  
mi fuego, excusar mi afrenta.  
Yo sé que deja manchado  
mi honor mi propia desdicha,  
con la suerte del contrario.
- LOPE. También os digo, don Félix,  
que el concepto imaginado  
tiene fuerza de verdad  
en los hombres temerarios,  
que no reciben consejos;  
y así quedan agraviados  
los que piensan que lo están.
- FÉLIX. Yo lo pienso, y en el campo  
ha de darme mi enemigo  
la satisfacción que aguardo.
- LOPE. A tanta resolución  
no hay que dilatar los plazos.  
¿Queréis que saque a don Diego  
mañana al campo?
- FÉLIX. Fíaros  
debo una acción tan honrosa.
- LOPE. Yo lo haré, pues que no basto  
con la verdad y el consejo (2).  
sacaré a don Diego al campo;  
mas por la razón que tiene  
presumo que ha de mataros.
- (Vase.)
- GARCÍA. ¿Pues al campo has de salir?
- FÉLIX. No, García; éste fué engaño  
por divertir a don Lope,  
mientras de vengarme trato,  
porque no hay duelo que escriba  
que un hombre que está agraviado  
debe aceptar desafío,  
sino vengarse a su salvo.  
Que si yo estoy ofendido  
en mi opinión, y el contrario,  
por más dichoso que yo,
- llega a matarme en el campo,  
vendrá por mi culpa necia,  
contra las leyes que guardo  
del justo honor, a caer  
la muerte sobre el agravio.  
Esta tarde he de quedar  
contento y desagraviado (1).
- GARCÍA. Si por fiestas de Su Alteza  
una máscara trazaron  
para esta tarde, y en ella  
has de salir, yo no alcanzo  
el medo que has de tener.
- FÉLIX. Mis descos he logrado  
en la máscara, García;  
porque en ella, disfrazado,  
he de afrentar a don Diego.
- GARCÍA. ¿Cómo quedará tu agravio  
satisfecho, si no saben  
quién eres? (2)
- FÉLIX. Los que firmaron  
en este papel, declaran  
mi honor por seguro y salvo  
en la común opinión,  
y sólo en mi pecho traigo  
presunciones de mi ofensa;  
yo soy quien a solas paso  
conmigo mi propia afrenta;  
y así, disfrazado aguardo  
satisfacerme a mí mismo,  
sin que mi fiero contrario  
presuma que yo le ofendo;  
con esto también alcanzo  
venganza de mi enemiga,  
pues a quien adora agravio.
- GARCÍA. Advierte un inconveniente  
y es el mayor: que ha llegado  
don Diego a Madrid apenas,  
y siendo los celos rayos  
de la furia que le encienden,  
te halla en su casa encerrado,  
donde el bizarro valor  
de don Lope pudo tanto,  
que puesto en medio estorbó  
llegar los dos a mataros,  
y no tiene otro enemigo,  
claro está que de su agravio  
ha de juzgar cuerdate  
que eres tú el dueño.
- FÉLIX. No en vano

(1) B: "pues con su sangre afirmando  
su honor, publican a voces".

(2) B: "con la razón y el consejo".

(1) Faltan en B los once versos anteriores.

(2) A: "quien eres tú".

me dispongo a lo que intento.  
Aquí le desafiaron  
sobre pleitos de una herencia  
dos caballeros hermanos,  
antes que pasara a Flandes,  
y como aquí están entre ambos,  
y ganó el pleito don Diego,  
cuando estaba ausente, es llano  
presumir que ellos han sido  
los que su afrenta buscaron.  
GARCÍA. A morir en tu servicio  
estoy, señor, obligado  
con la lealtad que conoces.

(Sale CASTAÑO.)

CASTAÑO. ¡Buen encuentro!  
FÉLIX. ¿No es Castaño  
aquél?

GARCÍA. El es.

FÉLIX. Disimula;  
no presume que buscamos  
a su señor.

CASTAÑO. ¡Vive Dios!...

FÉLIX. Vamos.

(Hacen que se van.)

CASTAÑO. Que estoy por retarlos  
al palenque de Zamora.

(Empuña la espada CASTAÑO, y vuelven los dos.)

FÉLIX. ¿Qué decís?

CASTAÑO. Que soy criado  
ínfimo de los vecinos  
de vuesa merced.

FÉLIX. Villano.

CASTAÑO. ¿cómo empuñabas la espada?  
¡Famosa advertencia! Traigo  
algo escabrosa la vaina,  
y así voy, de cuando en cuando,  
haciéndola sacabuche.

(Hacen que se van los dos.)

Mas yo nunca satisfago  
a nadie, porque me precio...

(Vuelven los dos.)

FÉLIX. ¿De qué?

CASTAÑO. De menor lacayo  
de vuesté.

FÉLIX. Deja ese loco.

(Vanse los dos.)

CASTAÑO. Pues si no vinieran tantos,  
y en cuadrilla, ¿aquesta calle

no había de ser arrendajo  
de Troya?

(Vuelve a salir GARCÍA.)

GARCÍA. Pues yo estoy solo,  
¿qué es lo que has de hacer, picaño,  
gallina?

CASTAÑO. ¿Yo? Convidarle  
a un azumbre de lo caro;  
cabal, se entiende, el azumbre (1),  
gastando más cuatro cuartos,  
que son los (2) que echan de espuma.

GARCÍA. Por no hacer molestar a palos  
me voy.

(Vase.)

CASTAÑO. ¿Por eso no más?  
Parece que me han dejado  
en las minas del azogue.  
Temblando quedo.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Castaño.

¿qué tienes?

CASTAÑO. (Hoy me acredito (.Ap.)  
de valiente.) Hablemos paso,  
porque no quiero meterme  
en peleonas. Llegamos  
dos amigos a la "Manta  
Colorada" a echar un trago,  
y al tiempo que el oficial  
de tabernero, en el jarro  
quiso despeñar el vino,  
porque alzase con el salto  
espumaje en la medida  
(mira tú si los diablos,  
cuando fueron taberneros,  
robaron a paso llano,  
tan sin melindre; es verdad  
que tuvieran más recato  
porque anduvieran tras ellos  
mil porteros desmandados,  
de los que asechan tabernas,  
haciendo llorar muchachos;  
que, como los cazadores,  
llevan podencos al campo  
para oler la casa, el fiel  
lleva también tres o cuatro  
porteros, porque éstos son  
los podencos de los jarros);

(1) B: "una azumbre... la azumbre".

(2) B: "que es lo que".



mas, volviendo a mi pendencia,  
digo que arrimando el brazo (1)  
se derramó todo el vino;  
y sobre haber de pagarlo,  
aunque alegué que la espuma  
es el orillo del pano  
y que no entra en la medida,  
me dieron seis puñetazos  
como para mí; mas yo,  
que ya me sentí enfadado  
de tanta descortesía,  
me llegué (2), mi paso a paso,  
y al cuero, que se estrenaba  
entonces, le tiré un tajo  
que le abrí hasta el ombligo,  
de cuyo vientre saltaron  
dos plagas de Faraón.

DIEGO. ¿Qué dices?

CASTAÑO. Que haciendo un charco  
se vieron en sus orillas  
ranas y mosquitos, dando  
a entender que el tabernero  
ligó con estrechos lazos  
el agua cándida y pura  
con el vino siempre aguado  
que parece en la color  
que en él se lavan las manos  
los zurradores (3), y es fuerza,  
porque cuanto vino hallamos  
los cofrades del sarmiento  
tiene el color cuartanario,  
y para darle en el punto  
parece orines colados  
de rocín, tomando el verde;  
pues el saborcillo alabo:  
no dirán sino que sabe  
a hierro viejo (4).

DIEGO. Castaño,  
buen humor gastas en tiempo  
que vive desesperado  
el sufrimiento. Pues sabes  
mi desdicha y mis agravios,  
no es mucho tomar consejo

contigo, que en tales casos  
más bien me aconsejarás  
como testigo y criado  
que el más entendido amigo,  
que no siente ajenos casos.  
Resuelto estoy en que muera  
Beatriz, y que nos volvamos  
a Flandes.

CASTAÑO. Si has de matarla  
no más de por ser casado,  
bien puedes; pero los cielos  
lloverán ardientes rayos  
sobre ti, por el delito  
de matar a un ángel.

DIEGO. ¿Tanto  
la disculpas, cuando has visto  
a don Félix encerrado  
en mi casa, con que muestra  
que en ausencia de seis años  
logró traidores descos?  
Ya yo estoy determinado  
al hecho.

CASTAÑO. No me conformo,  
porque pueden ser engaños,  
y lo han de ser, ¡juro a Cristo!  
Porque son unos bellacos  
los que a las mujeres nobles,  
con los títulos honrados  
de la heredada nobleza,  
manchan el honor más claro  
que el padre hermoso del día.

DIEGO. ¿Pues tan claros desengaños  
no bastan para que muera?

CASTAÑO. No bastan, ni aun otros tantos;  
que la afrentas y te afrentas.

DIEGO. Pues un remedio más llano  
tomaré por más seguro.  
(Cielos, ¿a tan triste estado (Ap.)  
reducís ya mis discursos,  
que tan importantes casos  
permitís que los consulte  
con un hombre humilde y bajo,  
para pedirle consejo?)

CASTAÑO. ¿Qué dices?

DIEGO. Digo, Castaño,  
que porque al mundo no sean  
más públicos mis agravios,  
será bien darla veneno.

CASTAÑO. Y los que saben acaso  
tu deshonra, pues tú mismo  
dices que estás afrentado,

(1) B abrevia este pasaje así:

"espumaje en la medida,  
arriméle un poco el brazo".

(2) B: "me llegue así".

(3) Texto: "surradores".

(4) B suprime parte de este pasaje y dice:

"con el vino siempre aguado,  
pues el saborcillo es bueno:  
de hierro viejo".

si de secreto la matas  
y no saben que tu mano  
vengó con hierro tu afrenta,  
¿no ha de ser negocio llano  
que han de infamarte viudo,  
aunque vivas dos mil años?  
Un ejemplo he de traerte  
para sacarte del casco  
tan maldito pensamiento:  
un viudo y un casado,  
compadres, cuyas mujeres  
vestían algo más anecho  
de lo que era menester,  
saliendo una tarde al campo  
a divertirse, cantó  
sobre ellos, entre unas ramas  
(no es casi nada), un cuquillo.  
“¡Miren qué hermoso canario!”,  
dijole el viudo al otro,  
sonriéndose a lo falso.  
“Compadre, mirad que os trae  
burlas aquel comisario.”  
Donaire fué peligroso,  
porque respondió el casado:  
“También las trae de difuntos,  
y podemos ir entrambos.”

DIEGO. En más alegre ocasión  
escuchara más de espacio  
tus donaires. (¡Oh, mujer,  
en cuyo pecho formaron  
mi muerte delitos tuyos!)  
Sígueme, Castaño.

CASTAÑO. Vamos;  
pero dime adónde.

DIEGO. A casa.

CASTAÑO. Pues si en ella está tu daño,  
no la veas.

DIEGO. No es la muerte  
para los ojos humanos  
más feroz; mas como suele  
de noche, en desiertos campos  
aparecer una sombra,  
causando amarillo espanto  
a quien turbado la mira,  
que en medio de los helados  
temores aun no se atreve,  
huyendo, a mover el paso,  
y el mismo temor le infunde  
valor tan desesperado.  
que a la imagen a quien teme  
le da mortales abrazos;

de la misma suerte yo,  
mirando en sombras mi agravio,  
cuando cobarde la temo,  
medrosamente la aguardo,  
y para verla mejor  
hasta morir en mis brazos.

(*Éanse, y salen DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA, y INÉS,  
con recado de escribir.*)

CLARA. Tu severidad honrada  
te ha de quitar el honor;  
ya es necio tanto valor.  
Si ves que estás infamada  
con tu esposo, y que los ojos  
de la sospecha pasaron  
a la codicia, y causaron  
no merecidos enojos,  
y aunque tan sin culpa vives  
puedes temer el rigor,  
Beatriz, de un celoso honor,  
¿por qué, airada, no recibes  
el provechoso consejo  
que te doy, si en él estriba  
que yo más contenta viva  
siendo tu honor el espejo

en que don Diego se vea  
sin manchas ni oscuros cielos  
de tan conocidos celos?  
Darásme ocasión que crea,  
si este bien negarme intentas,  
que por afrentarme a mí  
quieres infamarte (1) así.

BEATRIZ. Nuevos delitos aumentas  
con tu loco desatino.  
¿Qué dices, loca mujer?  
¿Pues yo misma he de poner  
nuevo lazo en el camino  
donde tropezó mi esposo?  
¿Pues yo he de escribir un papel  
a don Félix?

CLARA. ¿Qué cruel  
estás! Si en el fin dichoso  
miras, echarás de ver  
lo que escribirle conviene.

BEATRIZ. Dime: ¿qué disculpa tiene  
el delito que he de hacer?  
¿Yo he de perder el sentido,  
si es que yo tenerle puedo,  
cuando entre el honor y el miedo  
veo a mi esposo ofendido?

(1) A: “infamarme”.

En medio de mi inocencia  
 buscas, con ajenos labios,  
 nuevo linaje de agravios.  
 Dime, yo te doy licencia,  
 dime tu intento furioso (1).  
 CLARA. Pues si tan terrible estás,  
 Beatriz, no esperes jamás  
 desengaño de tu esposo.  
*(Hace que se va.)*  
 BEATRIZ. ¡Clara, espera! Aguarda un poco.  
 No dejes mi vida en calma:  
 que tengo turbada el alma  
 con las desdichas que toco.  
 CLARA. ¿No te dije que don Juan  
 y don Pedro, nuestros tíos,  
 con nuevos avisos míos  
 ya prevenidos están,  
 para que en entrando en casa  
 don Félix...?  
 BEATRIZ. ¿A qué ha de entrar?  
 CLARA. Tu papel ha de llevar,  
 pues si en tu fuego se abrasa  
 claro está que ha de venir,  
 y en entrando han de obligalle  
 a ser mi esposo, o matalle;  
 mira si importa escribir  
 a don Félix de tu mano,  
 para que engañado venga  
 y mi honesto fin prevenga  
 a tu miedo, injusto y vano,  
 un suceso venturoso,  
 pues quedando yo casada  
 vienes tú a quedar honrada  
 y sin sospechas (2) tu esposo.  
 BEATRIZ. Seguro parece el medio.  
 CLARA. El mundo tus dichas vea.  
 BEATRIZ. Ruego al cielo que no sea  
 para matar el remedio (3).  
 ¿Qué le tengo de escribir?  
*(Siéntase a escribir.)*  
 CLARA. Que venga a verte.  
 BEATRIZ. ¿Hay tal mengua?  
 Ni la pluma ni la lengua  
 se atreverán a fingir.

(1) A abrevia el pasaje con estos versos:

"el delito que he de hacer.  
 Dime tu intento furioso".

(2) B: "sospecha".

(3) La anterior redondilla falta en B.

*(Escribe.)*

INÉS. A creer tus dichas llevo;  
 si hoy viene, te has de casar.  
 CLARA. Y se vendrán a templar  
 los enojos de don Diego.  
 INÉS. Mi señor viene.  
 CLARA. ¡Ay de mí!  
*(Salen DON DIEGO y CASTAÑO, y DOÑA CLARA arre-  
 bata el papel que está escribiendo DOÑA BEATRIZ y  
 se le mete en la manga.)*  
 DIEGO. ¡Clara, espera!  
 CLARA. ¿Hay tan cruel  
 desdicha?  
 DIEGO. Dame el papel.  
 CLARA. ¿Qué papel?  
 DIEGO. El que yo vi (1).  
 En la manga le guardaste.  
 CLARA. Señor, advierte que yo... (2)  
*(Túrbase.)*  
 DIEGO. ¡Cielos, mi muerte llegó!  
 ¡Muéstrale!  
 CLARA. Que te engañaste  
 has de creer.  
 DIEGO. ¡Vive Dios,  
 que me has de obligar que sea  
 descortés!  
 CASTAÑO. (Como él le vea  
 corren peligro las dos.)  
 CLARA. Es un papel que escribía  
 mi hermana a una amiga suya.  
 DIEGO. Pues yo he de verle.  
 CASTAÑO. ¡Concluya!  
 ¡Mal haya el ladrón que fía  
 en hembras!  
 CLARA. No has de saber  
 lo que le escribe mi hermana.  
*(Hace pedazos el papel, y arrójale en el suelo.)*  
 BEATRIZ. ¡Necia, descortés, villana!  
 ¿De don Diego has de esconder  
 el más leve pensamiento  
 mío? Sus letras juntad.  
*(Levanta del suelo doña BEATRIZ el papel, o los pe-  
 dazos, y dásclos a DON DIEGO.)*  
 que ellas dirán la verdad.

(1) A: "yo le vi".

(2) B; suplió este verso en B por el editor, en  
 esta forma:

"¿papel en la manga yo?"

Porque fuera atrevimiento  
infame que yo negara  
lo que habéis de ver aquí:  
a don Félix escribí  
que me viera y que me hablara.  
Esto el papel lo declara,

la duda está satisfecha;  
si a vuestro intento aprovecha,  
lo demás lo dejo a Dios,  
porque no habéis de creer vos  
la verdad con tal sospecha.

Don Félix me pretendió  
antes de ser vuestra esposa,  
y en vuestra ausencia penosa  
favores solicitó.

En vuestra casa le halló  
vuestro cuidado; aquí os doy  
cuenta del riesgo en que estoy,  
y no disculpas prevengo,  
que para estos cargos tengo  
ser yo vuestra, y ser quien soy.

Y si la misma verdad,  
con ser desinteresada,  
no os deja el alma informada,  
no busquéis más claridad:  
si en ella hay obscuridad,  
mal por mí podrá lucir;  
mal os podré (1) persuadir  
a crearme y abonarme  
si soy la que por salvarme  
puedo (2) engañar y mentir.

Lances apretados son  
los que habéis visto, es verdad,  
y que arguyen liviandad  
contra mi reputación.

Terrible es esta ocasión  
de escribir, sabiendo a quien;  
mas falta que veáis también,  
y será prodigio igual,  
que una mujer principal  
no sea mujer de bien.

(*Asc.*)

DIEGO. ¡Clara, escucha!

CLARA. Yo voy (3) muerta.

DIEGO. Dile a Beatriz que no sabe,  
en una ocasión tan grave,  
lo que en su abono concierta.

La verdad me abrió la puerta  
para templar mi pasión;  
las satisfacciones son  
las que sin ellas he oído,  
porque la mayor ha sido  
no darme satisfacción.

(*Vanse, y salen DON FÉLIX, de encamisada, y una máscara en la mano, y GARCÍA, su criado, con unos acicates en la mano.*)

FÉLIX. Dame el caballo, García,  
que ya mis venganzas miro  
cerca de la ejecución.

GARCÍA. A su misma puerta he visto  
a don Diego.

FÉLIX. Por su calle  
pasa la máscara.

GARCÍA. Fío  
de su valor que sabrá,  
aunque te guarden amigos,  
satisfacerte.

FÉLIX. ¿No ves  
que ha de darme en el peligro  
seguro paso la industria  
para no ser conocido?  
Que, demás de llevar todos  
cubierto el rostro, es arbitrio  
seguro mudar el puesto (1),  
por si acaso el ofendido  
me sigue; y volviendo a entrar  
entre los demás, me libro  
en confusión ordenada  
de presumir el delito.

(*Sale CASTAÑO.*)

CASTAÑO. Será máscara famosa.

GARCÍA. Tendrásme siempre al estribo,  
siempre, por lo que se ofrezca;  
pero dime, te suplico,

¿qué venganza has de tomar?  
FÉLIX. Si agora ha de ser testigo  
Madrid, reserva a la vista  
lo que pretende el oído (2).

(*Vanse los dos.*)

CASTAÑO. Si mi amo no estuviera  
lo que llamamos mohíno,  
yo avisara a mi señora,  
para que los hierros fríos  
de sus balcones honrara.

(1) A: "os podréis".

(2) B: "puede".

(3) A: "Yo soy."

(1) B: "mudar de puesto".

(2) Faltan en B los ocho versos anteriores.



(Atabalillos dentro.)

¡Qué bizarros, qué lucidos  
vienen los máscaras todos!  
Un portátil paraíso  
es cada jinete; el sol  
cambia reflejos y visos  
en los brocados y telas,  
guérfanos quedan los indios  
de diamantes, porque todos,  
con soberano artificio,  
han hecho un mapa oriental  
en plumas, bandas, vestidos.

(Dentro cascabels.)

¡Famosa cascabelada!  
Ya van pasando: pajizos  
los primeros; los segundos,  
de color de vino tinto;  
los terceros, de fraileSCO,  
y los cuartos, navariscos (1);  
de color de zanahoria  
pasan, gallardos, los quintos,  
diciendo: "No matarás",  
y los sextos, de membrillos.  
Por Dios, que perdí la cuenta,  
porque uno, rompiendo el hilo,  
por los demás atraviesa.  
Cuchilladas hay, y gritos.  
¿Qué puede ser?

(Sale DON DIEGO alborotado, con la espada desnuda.)

DIEGO. ¡Cielo airado,  
de mi deshonor testigo,  
dame la muerte o permite  
que a quien afrentarme quiso  
conozca!

(Sale DON LOPE.)

LOPE. Amigo don Diego,  
decidme, por Dios, qué ha sido  
la causa de vuestro enojo.

DIEGO. Que os lastiméis os suplico,  
de mi afrenta: un bofetón,  
delante de mil testigos,  
me dió un máscara, y huyendo,  
buscó por seguro asilo  
la confusión de los otros,  
donde, como en laberinto,  
de mis ojos se ha librado.  
Ciego estoy; consejo os pido,  
en un término tan breve,

que los que mi afrenta han visto  
la satisfacción esperan,  
piadosos como ofendidos.  
Aconsejadme, don Lope,  
que estoy perdiendo el sentido  
de justo dolor.

LOPE. ¿Tenéis

dentro, en Madrid, enemigos  
de quien podáis recelaros?  
DIEGO. De don Félix ya habéis visto  
la ocasión (¡rabiando estoy!),  
y no hay de qué esté ofendido  
para tan pública afrenta,  
que el mentís lo satisfizo  
sólo con sacar la espada.

LOPE. Que él no pudo ser os fío,  
pues me dijo que os sacara  
mañana al campo, y estimo  
su valor y su buen trato.

DIEGO. Dos hermanos, conocidos  
por honrados caballeros,  
hicieron un desafío  
conmigo, antes de ausentarme;  
pero quedamos amigos,  
aunque salí con el pleito  
de una herencia. ¡En ciego abismo,  
con dudosas prevenciones,  
camina mi honor perdido,  
y si no me aconsejáis  
daré mi pecho a los filos  
de esta espada!

LOPE. Lo que hiciera  
don Lope en tan gran peligro  
del honor...

DIEGO. ¡Decid, por Dios,  
pues sabéis que sólo estribo  
en el honor que sustento!

LOPE. Advertid que aunque es de amigo  
el consejo, es de gentil:  
sólo un tirano Dionisio  
os diera tan mal consejo,  
que en un cristiano es delito  
bárbaro; pero el honor,  
en los que la ley seguimos  
del mundo, me está diciendo  
que os aconseje lo mismo.  
Lo que hiciera, si me viera  
sin honra y a mi enemigo  
no pudiera conocer...

DIEGO. De vuestra obediencia hijo  
me llama el valor. Decid.

(1) B: "navarisco".

LOPE. Peligroso es el arbitrio;  
pero honroso. ¿No decís  
que vuestra deshonra ha visto  
mucha gente por la mano  
de un máscara, y que el peligro  
huyó en la confusa tropa  
de los demás?

DIEGO. Esa ha sido  
mi desdicha.

LOPE. Pues volved  
donde corren, ya distintos  
y ya juntos, y matad  
en tan ciego laberinto  
a un máscara, sea el que fuere,  
porque los mismos testigos  
de vuestra infamia, entendiendo  
por cierto vuestro delito,  
han de publicar a voces  
que os vengastes en el mismo  
que os agravió, y le matastes  
por haberle conocido.

DIEGO. Dame esos brazos, y adiós.

CASTAÑO. Vamos.

LOPE. Yo también os sigo,  
que habréis menester mi espada.

CASTAÑO. (Demonio fué el consejillo.)

(*Éanse, y sale DOÑA BEATRIZ, CLARA y INÉS.*)

INÉS. ¿No abriremos las ventanas?  
¿Ver máscaras es delito?

¿O quieres que parezcamos  
en clausura capuchinos?

BEATRIZ. ¿Con tanto gusto me sientes,  
Inés?

INÉS. Jamás le has tenido;  
siempre ves por relación  
las fiestas y regocijos.

CLARA. Ahora yo no la culpo.

INÉS. Yo sí.

(*Sale DON DIEGO alborotado, con la daga en la mano, y alborótase DOÑA BEATRIZ.*)

BEATRIZ. ¡El cielo sea conmigo!

Mirad que sin culpa muero.

DIEGO. Yo me matara a mí mismo  
primero que te ofendiera,  
porque la verdad me ha dicho  
la seguridad del alma,  
que ha sido el mejor testigo.  
Yo, Beatriz, he muerto a un hombre,  
que en tan desdichado signo  
nací, para que te deje

segunda vez.

(*Salen DON LOPE y CASTAÑO.*)

LOPE. ¿En peligro  
tan urgente os detenéis,  
cuando vuestra muerte quiso  
libraros? Dalde un caballo  
a don Diego.

(*Haya dentro ruido de gente.*)

CLARA. ¿Qué ruido  
es este dentro de casa?

LOPE. Si a prenderos han venido,  
por vos me he de aventurar.

(*Sacan entre dos a DON FÉLIX herido, y siéntanle en una silla.*)

DIEGO. ¡Cielos! ¿Qué nuevos prodigios  
advierte el alma?

FÉLIX. Don Diego,  
a vuestra casa he venido,  
para que, muriendo en ella,  
pague en ella mis delitos.  
El sol que alumbra en los cielos  
no es más puro ni más limpio  
que el honor de vuestra esposa.  
Con pensamientos lascivos  
solicité vuestra afrenta,  
y avergonzado y corrido  
de no lograr mis deseos,  
quise que su dueño mismo  
con su afrenta me pagara  
el bien que juzgué perdido.  
Yo mismo os di el bofetón.  
Para que asombre el castigo  
del cielo, por vuestra mano  
yo muero, y mil veces digo  
que os perdono.

LOPE. ¡Caso extraño,  
que jamás ha sucedido  
su igual!

DIEGO. Pues ya que en la vida  
quisiste como enemigo  
la deshonra de mi casa,  
con vuestra muerte acreditó  
mi honor, contra las ofensas  
que de mi esposa ha tenido  
el vulgo necio y cruel.  
Dalde a Clara, entre prolijos  
desmayos de vuestra muerte,  
mano de esposo, que el siglo  
trocará por un convento,

FÉLIX.       pues tanto en la vida os quiso.  
Si a su honor importa, sea.

*(Dale la mano, y muere.)*

CLARA.       Quien desdichada ha nacido,  
no espera mejores bodas.

LOPE.       Ya espiró.

DIEGO.       Porque yo vivo  
con el honor que he cobrado.

CASTAÑO.   Bravo caso para escrito.

LOPE.       Donde el ingenio y el arte  
dirás con ejemplos vivos,  
que no hay plazo que no llegue,  
aunque haya tiempo infinito.

CASTAÑO.   Ni deuda que no se pague,  
aunque dure el tiempo siglos.

FIN.

~~~~~

COMEDIA FAMOSA<sup>(1)</sup>  
DEL  
TESTIGO CONTRA SI  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

OTAVIA, <i>dama.</i>	El GRILLERO.	FELICIANO, <i>galán.</i>
SABINA, <i>su criada.</i>	LEONIDO, <i>hermano de Oc-</i>	DORISTEO, <i>su criado.</i>
LISARDO, <i>galán.</i>	TAVIA.	RICARDO.
MORATA, <i>su lacayo.</i>	ESTELA, <i>dama.</i>	[Dos PRESOS.]
FABIO, <i>alguacil.</i>	RISELO, <i>su hermano.</i>	[LIDENO.]
PACHECO y ALBERTO, <i>pre-</i>	DELIO.	[ALGUACIL.]
sos.	FIDENO.	[NOTARIO.]
RUFINO, <i>alcayde.</i>	MERENCIO.	

ACTO PRIMERO

(Salen OTAVIA, *dama, cubierta con manto, y LISARDO, galán, requebrándola, y SABINA, criada, cubierta, y MORATA, lacayo, requebrándola.*)

OTAVIA.      Habláis como forastero.  
LISARDO.    Sí, que tienen en rigor  
                licencia de Embajador:  
                usar de las leyes quiero.  
MORATA.     ¿Y ella no me da una (2) mano?  
                ¿Diga, serafín con pies?  
SABINA.     ¡Jesús, qué pesado que es!  
MORATA.     ¿No vale más que liviano?  
                Entre las cosas criadas  
                sin valor son las ligeras;  
                siempre a las pesadas quieras,  
                siempre escojas las pesadas.  
                Verás una calabaza  
                muy grande, pero sin peso;  
                los hombres de poco seso  
                son ligeros a su traza.  
                El corcho no pesa nada,  
                y así es cosa sin valor,  
                por cuyo ligero humor  
                a las mujeres agrada.

Por eso a los pies le ves  
vuelto chapín valenciano,  
porque, en fin, lo más liviano  
de la mujer son los pies.

La naranja, o la avellana,  
la nuez, el melón o el queso,  
no vale nada sin peso;  
sola el agua es menos sana,  
por lo que tiene de tierra;  
pero mira qué importante  
es el peso en el diamante,  
y los quilates que encierra;  
mira el gran peso del oro,  
metal de tan alto precio.

SABINA.    Sí, pero el metal del necio,  
ni es diamante, ni es tesoro.

Y sepa, señor letrado,  
que hay muchas cosas también  
que ligeras valen bien;  
y mire un hombre pesado  
que ni a caballo ni a pie  
puede ser bueno ni airoso;  
pesado es siempre un celoso;  
siempre el que pide lo fué.

Las cosas que son ligeras  
todas van subiendo al cielo;  
las pesadas van al suelo,  
y si más probanza esperas,

(1) A. Parte VI, Madrid, 1616; B, Parte VI, Madrid, 1615.

(2) B: "esa".



mira que para matar  
cualquiera carne o un ave (1),  
en siendo la mano grave  
luego se viene a dañar;  
y para ejemplo más llano,  
si te doy un bofetón,  
¿querrás en esta ocasión  
tenga pesada la mano?

(*¡Ále a dar.*)

MORATA. Detente y no seas pesada,  
pues que te hizo ligera  
naturaleza.

SABINA. Quisiera  
probarte.

MORATA. No pruebes nada;  
que yo me doy por vencido.

(*Han estado hablando en secreto OTAVIA y LISARDO.*)

LISARDO. ¿Habéisme entendido?

OTAVIA. Sí,  
y así digo desde aquí (2)  
que ni he menester vestido,  
ni vanas promesas quiero.

LISARDO. Ya os digo (3) que si me culpa  
la inocencia me disculpa  
la exemption de forastero.

OTAVIA. No libra de necesidad  
ninguna libre exemption:  
si las razones lo son,  
¿qué importa su libertad?

Vos me ofrecéis un vestido  
y la necesidad no es esa.

LISARDO. ¿Pues cuál?

OTAVIA. Hacer la promesa  
no habiéndome conocido;  
y, sin eso, querer dar  
vuestra hacienda a una mujer  
que no habéis visto, si el ver  
es el que os obliga a amar.

Vos debéis de ser de aquellos  
que no reparan en más  
de que haya tocas.

LISARDO. Jamás  
me engaña voz y cabellos.

Y porque veáis que soy  
menos necio que pensáis,  
saced que así me mostráis

lo que yo buscando voy.

De manera que, tapada,  
hallo en vos mi gusto al justo,  
pues si en vos hallo mi gusto,  
no puedo engañarme en nada.

OTAVIA. Tapada, diréis que el aire,  
el buen talle, el buen olor,  
el buen brío, y por favor,  
también diréis que el donaire,  
os revolvió los humores,  
os encendió los deseos,  
para prometer trofeos,  
y para decirme amores.  
¿Es eso?

LISARDO. Mis pensamientos  
quiero que sepas agora:  
sólo me pierdo, señora,  
por ojos y entendimientos.  
Los ojos, aunque tapada,  
yo los veo, pues si hoy vi (1)  
vuestro entendimiento aquí,  
ya he visto lo que me agrada.

Así que bien puedo dar  
a lo que vi precio y nombre,  
y de mi gusto no es hombre  
el que más quiere buscar.

OTAVIA. ¿Ojos hasta?

LISARDO. Bastan ojos  
para corporal belleza,  
a quien dió naturaleza  
la paz de nuestros enojos;  
y al alma que perficiones  
como es el entendimiento,  
cuya luz y fundamento  
es de todas las acciones.

OTAVIA. ¿No puede haber una boca  
desigual, fea y cruel?

LISARDO. No; a lo menos el clavel  
que ese manto besa y toca.

(*Han estado hablando aparte SABINA y MORATA.*)

MORATA. ¡Vive Dios, que me has herido,  
mozuela del botín verde,  
de suerte que se me pierde  
por ese bulto el sentido!

SABINA. ¿Sin verme?

MORATA. ¡Qué lindos cuentos!  
Mal sabes mi condición.  
Piérdome sin redención...

(1) B: "carnero o ave".

(2) A: "mas no juzgais bien de mí".

(3) B: "Yo digo."

(1) A: "pues si oi".

SABINA. ¿Por ojos y entendimientos?  
 MORATA. ¡Que no, hermana!  
 SABINA. Pues ¿por qué?  
 MORATA. Por rolliza pierna y brazo  
 que sacuda como un mazo  
 bofetón y puntapié.  
 SABINA. ¿Pruebo a verte?  
 MORATA. Tente, y escusa  
 lo que es la demostración.  
 OTAVIA. ¡Qué notable confusión!  
 LISARDO. ¿Qué tenéis?  
 OTAVIA. Estoy confusa.  
 ¡Hola!  
 SABINA. Aguarda, majadero,  
 que me llama mi señora.  
 MORATA. Vete, y vuélve, pecadora,  
 que sospecho que te quiero.  
*(Apártanse SABINA y OTAVIA.)*  
 SABINA. ¿Qué quieres?  
 OTAVIA. No sé.  
 SABINA. Ni yo.  
 OTAVIA. ¿Cómo te diré una cosa?  
 SABINA. No será dificultosa  
 de entender.  
 OTAVIA. ¿Cómo que no?  
 SABINA. Porque en esa turbación  
 que has picado he sospechado  
 al forastero.  
 OTAVIA. Has dado  
 al blanco de mi afición.  
 SABINA. ¿Es gallardo?  
 OTAVIA. Es entendido.  
 Infórmate del criado  
 de su venida y estado,  
 si es rico, si es bien nacido,  
 de qué tierra, y dónde vive.  
 SABINA. Por escrito es menester  
 llevarlo.  
 OTAVIA. Hazme este placer,  
 tu nombre en mi rostro escribe.  
 LISARDO. ¡Morata!  
 MORATA. ¡Señor!  
 LISARDO. Yo estoy  
 perdido.  
 MORATA. ¿De qué?  
 LISARDO. De ver  
 esta gallarda mujer.  
 MORATA. ¿Qué dices?  
 LISARDO. Que muerto soy;  
 MORATA. ¡Oh, pesía tu condición!

¿Que en esto habemos de andar?  
 ¿Tan presto te ha de cegar  
 cualquiera sombra o visión?  
 ¿Siempre hemos de andar en estó?  
 ¡Nunca de casa salieras!  
 ¿Qué hicieras más, si la vieras  
 descubierto todo el gesto?  
 Bien vivieras en Venecia,  
 que andan todas las mujeres  
 desnudos los pechos (1).  
 LISARDO. Eres  
 un necio.  
 MORATA. Y ella una necia  
 si no te pesca el dinero,  
 y con su aforro de gaita  
 deja a la luna de paita.  
 LISARDO. ¿Quieres callar, majadero?  
 MORATA. ¿Que tengo ya de callar?  
 ¡Lleve el diablo la venida  
 a Sevilla!  
 LISARDO. ¡Ay, que en mi vida  
 he visto tan dulce hablar!  
 MORATA. ¡Ay, que con esa dulzura  
 nos llevarán la moneda!  
 ¡Que perder a un hombre pueda  
 una encantada figura!  
 ¿No es desatino cruel  
 que tú te enamores tanto  
 de una mujer con un manto?  
 ¿Hay hombre tan moscatel?  
 Si allá en tiempo de Adán,  
 Lisardo, acaso nacieras,  
 ¿qué hicieras cuando las vieras  
 en el puro cordobán?  
 Iréme del mundo antes  
 que sufrir tus desvarios.  
 LISARDO. ¿A quién no matan los bríos  
 de mujeres semejantes?  
 MORATA. A quien tiene mataduras  
 de las albardas y sillas,  
 de semejantes coxquillas,  
 que dejan a un hombre a oscuras.  
 Vuelve en ti.  
 LISARDO. Volviendo a vella.  
 MORATA. Fuése. Entróse hasta los codos.  
 Enamorémonos todos.  
 ¡Hoia! ¿Qué digo? ¡Doncella!  
 Para mí, por no mentir,  
 esto va ya tan perdido,

(1) B: "desnudas sus pechos".

que habemos con mal venido,  
y peor habemos de ir.

SABINA. ¡Oye!

MORATA. ¿Por qué lo decís?

SABINA. ¿Quién es este tu señor?

MORATA. Este, amiga, es Galaor,  
el hermano de Amadís.  
Desde que en Sevilla estamos  
no habemos visto mujer  
que no selle a su placer  
la moneda que llevamos.

SABINA. ¿Sellar? Eso es novedad.

MORATA. No es; antes cortesía (1),  
que tomársela podría  
y llevarse la mitad.

SABINA. Si os vuelve el mismo valor  
en la hermosura que os da,  
merced os hace.

MORATA. ¡Sí hará!... (2)

SABINA. Dime: ¿quién es tu señor?

MORATA. Este, hermana, es un indiano  
venido de allende el mar:  
nació en el Reino del dar.

SABINA. ¿Del dar? ¿Reino soberano!

MORATA. De ahí era natural  
el hijo pródigo.

SABINA. Di  
la verdad.

MORATA. Esto es así (3).

SABINA. ¿Que es indiano?

MORATA. Y principal,  
y tiene dos galcones,  
y carga cien mil ducados.

SABINA. ¿Quién eres, de sus criados?

MORATA. Escribano de raciones.

SABINA. ¿Cómo?

MORATA. No suele pagar  
en un mes su Señoría,  
y yo escribo cada día  
las que me faltan de dar.

SABINA. ¿Indiano y misero?

MORATA. Sí,  
que es liberal con su gusto.

SABINA. El hombre nos viene al justo.

MORATA. ¿Cómo al justo?

SABINA. Escucha.

1. B: "Antes es sabiduría."

2. B: "En verdad."

(3) B: "El hijo pródigo."

SABINA. Di verdad.

MORATA. Esto es así y es verdad".

MORATA. Di.

SABINA. El es del Reino del dar,  
según dices.

MORATA. Así es.

SABINA. Y la señora que ves,  
de la ciudad de tomar;  
de suerte que se han juntado.

MORATA. Como Sancho y su rocín.

SABINA. Gente viene. ¡Aguarda!

MORATA. En fin,  
que ha de volver trasquilado.

(Han estado hablando LISARDO y OTAVIA; sale FABIO,  
de alguacil, con dos criados, y RISELO, gentilhombre,  
de camino.) (1)

RISELO. El que veis hablando allí  
es el que habéis de prender.

FABIO. Aunque no era menester,  
estaos vosotros aquí.  
¿Cómo dices (2) que se llama?

RISELO. Lisardo.

FABIO. Prenderle quiero.

OTAVIA. ¿Si os buscan?

FABIO. ¿Caballero?

LISARDO. Perdonad, hermosa dama,  
que quiero ver qué me quiere.  
¿Llamáisme?

FABIO. Sí, señor.

LISARDO. Pues,  
¿qué me queréis?

FABIO. ¿Es él?

RISELO. El es.

FABIO. Vuestra merced no se altere,  
sino descíña la espada,  
y dése luego a prisión.

LISARDO. ¿Yo, por qué?

FABIO. Por comisión  
de Madrid.

LISARDO. Eso no es nada.

FABIO. Vela aquí, y el que ha venido (3)  
pudiera bien escusallo.

RISELO. ¿Cómo escusallo?

LISARDO. Yo callo,  
porque estoy preso y rendido.  
Pero bien habrá ocasión  
en que los dos nos veamos.

FABIO. Por aquí a la cárcel vamos.

(1) "de camino", falta en A.

(2) B: "decís".

(3) B: "Fab. Vela aquí."

Lis. Y él ha venido."

RISELO. Antes dejad la prisión,  
y dadle, señor, la espada.

FABIO. ¿Para qué?

RISELO. Para que vea  
que soy hombre.

LISARDO. Que hombre sea,  
¿qué importa, si es hombre y nada?

RISELO. ¿Soy mejor que vos?

LISARDO. ¡Mentís!

(Empuña RISELO la espada; métese de por medio  
FABIO.)

RISELO. ¡Vive Dios!

FABIO. ¡Téngase allá!  
¿No mirarán quién está  
delante?

RISELO. Oídme, si oís,  
Lisardo, y para algún día  
aquesce guante tomad.

(Arrójale un guante y llevan preso a LISARDO; que-  
dan las mujeres, y RISELO y MORATA.) (1)

MORATA. ¡Ah, señor RISELO! Hablad  
con alguna cortesía

RISELO. ¿Qué quiere el lacayo aquí?

MORATA. No soy sino lo que sabe  
todo el mundo.

RISELO. Hágase grave  
conmigo.

MORATA. ¡Bueno está ansí!  
Ser oficial no es lugar  
tan bajo.

RISELO. ¡Bueno, por Dios!  
¿De qué sois oficial vos?

MORATA. Oficial de acompañar;  
y agradeced que mi amo  
va preso.

RISELO. ¡Paciencia tengo!

MORATA. Que les dijo luego vengo.

(Íase MORATA.)

OTAVIA. ¡Ah, hidalgo!

RISELO. ¿Quién es?

OTAVIA. Yo os llamo.

RISELO. ¿Qué mandáis?

OTAVIA. ¿Por qué le llevan  
preso?

RISELO. Por ladrón.

OTAVIA. ¡Oíd!

RISELO. No me ocupéis; advertid

si hay razones que me muevan,  
para no me detener.

(Íase.)

SABINA. ¡Extraño suceso!

OTAVIA. ¡Extraño!

SABINA. Aun bien, que es antes del daño  
que pudiera suceder.

OTAVIA. ¿Que aquel hombre de aquel talle  
es ladrón?

SABINA. ¿De esto te espantas?

Porque tiene flores tantas  
llaman a este mundo el valle.

Con aquel galán vestido  
te requerrara y rindiera,  
y si acaso mereciera  
ser galán o ser marido,

sin decirte: yo me parto,  
te quedaras al sereno,  
no como a Olimpa Vireno (1),  
pero sin dejarte un cuarto.

OTAVIA. No me puedo persuadir  
que aquel rostro de hombre noble  
a tal bajeza se doble.

SABINA. Como esto saben fingir.

OTAVIA. ¿Pues por qué el otro decía  
que le volviera su espada,  
y su competencia honrada  
tan igualmente admitía?  
¿Por qué le arrojó aquel guante?  
¿No ves que, siendo ladrón,  
no obligaba la ocasión  
a término semejante?

Fuera deso, el alguacil  
sin respeto le prendiera,  
y la boca le rompiera  
si fuera hombre tan vil.

Cuando al otro desmintió,  
Sabina, sin duda fué  
pasión del hombre.

SABINA. No sé;  
sé que ladrón le llamó.

OTAVIA. No dijo mal.

SABINA. ¿De qué suerte?

OTAVIA. ¿No es ladrón quien almas roba?

SABINA. Bueno, ¿que ya estás tan boba?  
En lo que dices alvierte,  
que no creyera en mi vida  
que tal cupiera en tu boca.

(1) Desde "quedan", falta en A.

(1) B: "No como Olimpia y Vireno."



OTAVIA. Pues, amiga, yo estoy loca,  
y de gran veneno herida.

SABINA. ¿Qué me dices?

OTAVIA. Lo que escuchas.

SABINA. ¿Todas, en fin, somos locas?

OTAVIA. ¿Qué quieres? Las cuerdas, pocas,  
y las atrevidas, muchas.

SABINA. Pareces dama, por Dios,  
de comedia.

OTAVIA. ¿De qué modo?

SABINA. De que ha de pasarse todo  
en hora y media o en dos.  
Se enamora en un instante  
y en otro instante está muerta,  
en otro la puerta abierta,  
o en los brazos de su amante.

OTAVIA. ¡Ay, Sabina! Cuando amor  
viene, la espada desnuda,  
es el mayor mal, sin duda (1);  
no hay rayo con más rigor,  
no hay fábula que así pase,  
no hay comedia o fingimiento  
si es que mi amor represento.  
¿Qué te espantas que me abraze?

Yo vi en la Iglesia mayor,  
la semana santa, este hombre,  
que le bastaba este nombre  
para librarme de amor.

En la Iglesia pudo entrar,  
que es demonio bautizado;  
allí comenzó el cuidado  
que aquí me quiere acabar.

Pascua de Espíritu Santo,  
pasando el río le hablé:  
siempre en estas obras fué,  
y siempre me sigue tanto.

Desde el pasaje a Triana  
fuimos hablando los dos.  
que no es, Sabina, por Dios,  
mi voluntad tan liviana.

Hoy que a la calle de Francos  
salía, como lo ves,  
a comprar del Milanés  
dos pares de guantes blancos,  
vuelvo a velle y vuelvo a hablar.  
No sé qué tiene conmigo;  
verdad, Sabina, te digo;  
toda comienzo a temblar.

No porque me he descubierto,

que el mismo amor me detiene,  
mas porque pienso que viene  
en él mi mal encubierto.

¿Qué haré? ¿Qué consejo das  
a quien ya está sin consejo?

SABINA. Que lo dejes te aconsejo;  
ni hay que hacer ni decir más.  
Sea ladrón o sea honrado,  
él está preso. ¿Qué quieres?

OTAVIA. ¿No sabes que a las mujeres  
da lo imposible cuidado?

¿No echas de ver que ya tengo  
piedad, que es madre de amor?

Querría darle favor,  
si a saber la causa vengo,  
que en esto no pierdo nada.

SABINA. Bien harás, y hacello puedes,  
que es muy propio hacer mercedes  
a una voluntad honrada.

OTAVIA. ¿Cómo sabrás la ocasión  
de su prisión?

SABINA. Yo iré allá.

OTAVIA. El engañarte podrá,  
que no dirá que es ladrón.

SABINA. Yo lo sabré de otra parte.  
¡Camina! ¡Ay, Lisardo mío,  
qué de suspiros te envío  
por ver si pueden (1) librarte!

(*Vanse. Dicen dentro dos Presos.*)

1.<sup>o</sup> ¡Hola!

2.<sup>o</sup> ¡Hola!

1.<sup>o</sup> Allá va un preso.

¿Por qué ¿Por gallo?

2.<sup>o</sup> Por gallo.

(*Salen PACHECO y ALBERTO, presos con grillos, y LISARDO, como que le han metido en la cárcel.*)

PACHECO. ¡Andallo, mi vida, andallo!

ALBERTO. Bravo, almidón.

PACHECO. Bravo, tieso.

ALBERTO. ¿Por qué vendrá a la prisión  
este señor confitado?

PACHECO. El dirá que por honrado;  
tormentos habrá y cuestión.  
¡Vuarced sea bienvenido!

LISARDO. Si aquí se viene con bien,  
yo recibo el parabién  
mal dado y bien recibido.

PACHECO. Quien viene con tan buen talle,

(1) A: "tiempos y personas muda".

(1) B: "puedo".

valor, término y persona,  
su prisión injusta abona,  
puesto que la causa calle.

No tiene quien aquí viene  
de qué se pueda avisar,  
mas de que sólo el callar  
si (1) pleito a caballo tiene,

que hay un potro que se enseña  
a muchos hombres templando,  
y aun aquí estoile soñando,  
y desbocado, despeña (2).

Será mientras se introduce  
v[uestra] merced obediente;  
cosa que entre aquesta gente  
más que a soberbia luce.

Que en llegando a antigüedad  
nunca la haya menester;  
con nuevos podrá tener  
esta misma autoridad.

ALBERTO. Tomará v[uestra] merced  
procurador de mi mano;  
déle Dios buen escribano,  
que le hará mucha merced.

Haga al Alcaide un servicio,  
que es rey deste alojamiento,  
y conozca este aposento,  
donde habrá deleite y vicio.

Pero advierta que no juegue  
si no es con quien yo le diga,  
porque aunque le pongan liga,  
de ningún modo se pegue.

Si hay quien viene a visitar  
habrá desocupación:  
todo esto cuesta un doblón,  
y no hay que regatear.

PACHECO. ¿Regatear? ¿Vive Dios,  
que es de valde!

ALBERTO. ¿Y cómo si es?

Va dos jornadas o tres  
un hombre, o caminan dos,  
y de pisar una venta,  
mal pan y un poco de cabra,  
sin replicalle palabra  
cuesta un doblón la pimienta.

Cuanto mas haber entrado  
en este Alcázar Real...

LISARDO. La casa es muy principal,  
el dueño noble y honrado,

pero a mi me estaba bien  
no haberla visto en mi vida,  
ni de su (1) buena venida  
recibido el parabién.

No soy para tantos días  
huésped como habéis pensado;  
mas de camino he llegado:  
mas (2) son las desdichas mías.

Soy preso de comisión  
y en poco tiempo advertid  
me han de llevar a Madrid,  
donde ha de ser mi prisión.

Si para allá se ofreciese  
alguna cosa, aquí estoy.

PACHECO. ¿Cuándo os iréis?

LISARDO. Pienso que hoy,  
si el Comisario quisiese.

PACHECO. Pues entre tanto mandad,  
que aquí está el rancho.

LISARDO. Servir  
es mi oficio.

ALBERTO. Hasta partir,  
se os hará toda amistad.

*(Dales el doblón y (3) vanse los presos, y queda Lisardo y sale Rufino, alcaide.)*

RUFINO. No sé si vengo engañado,  
pero el nombre me ha traído  
de un preso de quien lo he sido,  
pues lo es tanto el obligado.

LISARDO. Este el alcaide parece.  
¡Válgame Dios! ¿Dónde vi  
este hombre?

RUFINO. ¿Es Lisardo? ¿Si  
el verle aquí me enmudece!

Mas no es tiempo de callar  
viendo un amigo en prisión,  
aunque en mi jurisdicción  
veros me ha dado pesar.

¿Qué es esto, señor Lisardo?

LISARDO. ¿Es Rufino?

RUFINO. El mismo soy.

¿Aquí preso?

LISARDO. Preso estoy.

RUFINO. ¿Luego yo, Lisardo, os guardo?

LISARDO. ¿Sois alcalde?

RUFINO. ¿No lo veis?

¿Qué es lo que os trujo a Sevilla?

(1) B: "su".

(2) "que es desbocado y despeña".

(1) B: "mi".

(2) B: "que".

(3) Estas palabras faltan en A.

LISARDO. Desgracias de aquella villa,  
que sabéis, y no sabéis.

RUFINO. Y aquí ¿por qué es la prisión?  
¿Habéis reñido? ¿Es pendencia?

LISARDO. Pendencia ha sido de ausencia,  
y cuestión de una afición.  
No soy preso vuestro.

RUFINO. ¿No?

LISARDO. A Madrid me han de llevar,  
que aquí me ha venido a buscar (*sic*)  
el hombre que me prendió.

RUFINO. Pésame que de esa suerte  
no os podáis servir de mí,  
que más os quisiera aquí  
preso, aunque por una muerte.  
¿Qué habéis hecho?

LISARDO. Es cuento largo

RUFINO. ¡Hola!

(*Salc un GRILLERO.*)

GRILLERO. ¡ Señor!

RUFINO. Quita (1) presto  
aquellos grillos.

LISARDO. Ya he puesto  
*(Quításelos.)* (2)

la obligación a mi cargo.

RUFINO. Esto es cosa que se hace  
por cualquiera.

LISARDO. Vos quitáis  
grillos, que al alma le echáis.

RUFINO. ¡De poco se satisface  
vuestro amor para conmigo!  
Ojalá la prisión fuera  
donde conocer pudiera  
Lisardo que soy su amigo.  
Esta noche dormiréis,  
si la mía no os agrada,  
en vuestra misma posada.

LISARDO. Merced notable me hacéis.  
Y para no ser ingrato  
por la obligación que os debo,  
hoy que me obliga de nuevo  
vuestro hidalgo pecho y trato,  
sabréis, Rufino, el suceso  
que me trajo a esta prisión,  
menor que la obligación  
con que de vos estoy preso.

RUFINO. Por suceso de Madrid

(1) B: "quítale".

(2) Falta esta indicación en A.

y vuestro, holgaré en extremo.

LISARDO. Renovar mis males temo;  
mas crezcan o no, advertid.

En el corazón de España,  
que de su circunferencia  
es centro esa villa insigne,  
de mil excelencias llena,  
cuyo templado horizonte  
los benévolo Planetas  
miran, fertilizan, causan  
tan dichosas influencias,  
gasté la flor de mis años,  
vos sabéis de qué manera,  
no con mujeres y naipes,  
sino con libros y letras.  
Quiso la cruel fortuna,  
quiso mi enemiga estrella,  
quiso el cielo, y quise yo,  
que una mujer me quisiera.  
Quísome, y duró este amor  
dos años en resistencia,  
y en posesión otros dos  
con mil géneros de prendas.  
No te parezca en rendilla,  
Rufino amigo, flaqueza,  
que un hombre que quiere y sigue  
no habrá cosa que no venza.  
Que le prometí casarme,  
es, sin duda, no lo niegan,  
puesto que tantos (1) me aquejan  
mis celos, ni mis agravios.  
Pidióme aquesta palabra,  
y pienso que cuando fuera  
Estela mi desigual,  
que es muy bien nacida Estela,  
mi amor pudiera obligarme;  
ni era mucho que pudiera  
con tantos años de trato,  
que es de amor la mayor fuerza.  
Di parte a todos mis deudos  
de mi amor y de mis deudas,  
ella a los suyos, y todos  
el desposorio conciertan.  
Entro a la mitad del día  
en su casa a puerta abierta,  
no cual primero, de noche,  
en las confusas tinieblas,  
no ya con hábito humilde,  
no con la espada y rodela,

(1) B: "tanto".

sino con la gorra y capa,  
ya de paz, que no de guerra.  
Hallo el día que te digo  
un pajecillo a la puerta,  
con un papel en la mano,  
agüero de mi tragedia.  
Luego que me vió, escondióle,  
de que nació mi sospecha;  
llegué, y de la capa asile,  
y preguntéle quien era.  
Turbóse, y sospeché más,  
y tal me dió la respuesta,  
que el papel quise tomarle,  
aunque se puso en defensa.  
Mas viendo que porfiaba,  
abre la boca, y encierra  
todo el papel, de tal forma,  
que arremetiendo por ella  
saqué teñidas en sangre  
menos de cuarenta letras,  
algunos pedazos blancos,  
al fin la cruz y la nema.  
Leo las letras y dicen:  
"En fin, te casas y dejás";  
este "dejas" me dejó  
sin alma y sin honra a ella.  
En otra parte decía:  
"plega a Dios que no te veas",  
si casada dijo, a caso,  
no lo dudes, fué profeta.  
Ya cuando volví los ojos  
al paje desde las letras,  
iba por la calle abajo  
con tal miedo y ligereza (1)  
que no pudiera alcanzarle,  
aunque seguirle quisiera:  
llamo, subo, entro; tú mismo  
lo que allí le dije piensa,  
y lo que respondería,  
fingiendo amor y inocencia.  
Fuíme a mi casa, Rufino;  
fuíme a mi casa y dejéla.  
Sufriendo lo que Dios sabe  
cualquier minuto de ausencia;  
que una costumbre en amor  
es lazada tan estrecha  
que a veces quiso la infamia  
atreverse a la paciencia.  
Viendo que determinado

estaba de no quererla,  
prenderme intentan sus deudos,  
y cuanto quisieron, prueban;  
tomo un criado, y camino  
a Sevilla; pero apenas  
pongo los pies en sus plazas,  
los ojos en sus grandezas,  
cuando con requisitoria  
Riselo, su hermano, llega,  
y me pone donde veis,  
para llevarme por fuerza.  
¡Gran mal ha de ser, Rufino,  
porque me muero por ella;  
aunque ausente la olvidara,  
he de quererla en presencia!

RUFINO. ¡El suceso es bien notable!  
Por interponer honori  
vence todo agravio amor,  
que es presente irremediable (1).

Pero, por dicha, engañado  
de aquel papel, pudo ser  
que se venga a deshacer  
lo que habéis imaginado.

Haced buen pecho y pensad  
que nadie puede forzaros,  
si no es amor.

LISARDO. No hay reparos  
contra una gran voluntad (2).

(Sale MORATA, lacayo de LISARDO.)

MORATA. ¿Pues cómo va por acá?

RUFINO. ¿Es vuestro criado?

LISARDO. Sí.

Bien me va, pues hay aquí  
quien de nuestra parte está.

MORATA. ¿El señor Alcaide?

LISARDO. El mismo,  
que es de la tierra.

MORATA. Es del cielo.  
para que tengas anzuelo  
con que salir deste abismo.

LISARDO. ¿Qué hay por allá?

MORATA. Aquellas mielgas  
tuvieron información  
de que eras ladrón.

LISARDO. ¿Ladrón?

MORATA. Y más amargas que acelgas,  
me preguntaron a mí

(1) A: "Irremediable."

(2) B: "Sino amor, que no hay reparos  
contra una gran voluntad."



si era verdad.  
 LISARDO. ¿Y dijiste  
 que sí? ¿Que, según naciste,  
 tú les dirías que sí?  
 MORATA. Antes dije la verdad.  
 LISARDO. ¿La verdad?  
 MORATA. No te engaño;  
 con mi fácil desengaño  
 engañé su voluntad.  
 Y ruegante que en saliendo  
 vayas de noche y las hables.  
 LISARDO. ¿Son tratables?  
 MORATA. Y palpables.  
 Hay rumbo, establo y estruendo.  
 Hay su mona y papagayo,  
 celosía y pajecillo (1).  
 LISARDO. ¿Será torre sin portillo?  
 ¿No entrará del sol un rayo?  
 MORATA. ¿Qué? ¡Ríete desas deas!  
 Mujeres desos estados  
 son melones confitados,  
 que verdes fueran vadeas.  
 No creas en bacallaos,  
 aunque estén en almacén,  
 y más cuando quieren bien  
 y abren la puerta a saraos.  
 Pero ya será imposible  
 gozar de Sevilla un hora,  
 que encontré a Riselo ahora  
 muy enojado y terrible,  
 jurando que ha de llevarte  
 antes del alba a Madrid.  
 LISARDO. Es valiente como un Cid.  
 RUFINO. ¿Es ese hidalgo la parte?  
 LISARDO. El mismo.  
 RUFINO. ¿Y vos queréis ver  
 esas mujeres?  
 LISARDO. Quisiera,  
 si acaso posible fuera.  
 RUFINO. Saliendo vos, ¿puede ser?  
 LISARDO. ¿Pues no?  
 RUFINO. ¡Pues, alto! Salid,  
 y estad aquí de mañana,  
 que la parte es cosa llana  
 que os querrá ver en Madrid.  
 LISARDO. Yo voy con vuestra licencia.  
 MORATA. ¡Vamos! Mudarás vestido.

(1) B: "Hay retablo, estrado, estruendo,  
 y su mona y papagayo,  
 celosía y pajarillo."

LISARDO. ¡Oh, amor, venciérate olvido,  
 como durara el ausencia!

(*Éanse y salen RISELO y LEONIDO.*)

LEONIDO.

No acabo de abrazaros ni de veros.

RISELO.

Debéislo todo a nuestro amor, Leonido.

LEONIDO.

¿En Sevilla? ¡Jesús, quién lo dijera!

RISELO.

Ansí pasan las cosas en el mundo:  
 ya nos vimos en Nápoles soldados,  
 ya en la corte nos vimos pretendientes  
 y en Sevilla nos vimos más pacíficos.

LEONIDO.

¿A qué bueno, Riselo, es la venida?  
 ¿Trújoos acaso la opinión famosa  
 desta insigne ciudad, mapa del mundo?  
 ¿Tenéis algunas barras de las Indias  
 en la Contratación? ¿O habéis venido  
 a la voz de sus ricos casamientos?  
 Para cualquiera cosa soy yo bueno.

RISELO.

Ni vine a ver, Leonido, sus grandezas,  
 ni me trujo la plata de las Indias,  
 ni de casarme tengo pensamientos;  
 en busca vengo aquí de un enemigo.

LEONIDO.

¿De un enemigo?

RISELO.

Sí.

LEONIDO.

¿Y habéis hallado?

RISELO.

Halléle, y no le hallé como quisiera.

LEONIDO.

¿Quién es el hombre?

RISELO.

El hombre es un hidalgo  
 de Madrid, que tratando casamiento  
 con una hermana mía, entró en su (1) casa,  
 y de su honor se aprovechó Leonido;

(1) B: "mí".

pero llegando el día de las bodas,  
con testimonios, trazas y mentiras,  
la dejó sin remedio y sin marido,  
y vióse por justicia este mal trato;  
truje requisitoria, y está preso;  
pero en esa prisión fué desmentido,  
y yo le tiré un guante.

LEONIDO.

¿Cómo puede  
delante del juez desmentir nadie?

RISELO.

No sé. Yo estoy de suerte que quisiera  
no haber venido a usar de la justicia,  
sino buscarle con espada y capa;  
pero por dar contento a mis hermanos,  
estoy ahora en esta desventura.

LEONIDO.

Si el hombre viene a ser vuestro cuñado,  
no sé cómo podáis desagraciaros,  
ni sé tampoco que el agravio os toque.  
¿Cuándo os partís?

RISELO.

Ellos mañana,  
que yo no iré tan presto, antes pretendo  
ir a Valladolid, y en el Consejo  
Real pedir justicia, y si por dicha  
no saliéremos todos con el pleito,  
sacarlo al campo, y serlo de mi agravio.

LEONIDO.

Bien tenemos que hablar; porque, a fe mía,  
que como en amistad, nos parecemos  
también en las desdichas.

RISELO.

¿De qué suerte?

LEONIDO.

Tengo una hermana yo discreta, hermosa  
y no prudente; ya la veréis muy presto...,  
porque, sin replicar una palabra,  
habéis, Ríselo, de posar conmigo.

RISELO.

Tengo mulas y gente y pesadumbre.  
No permitáis que en tiempos ocupados  
la demos, por ventura, a vuestra hermana.

LEONIDO.

Yo sé que se holgará del nuevo huésped.  
Aquí, gracias a Dios, cabemos todos;

la casa es grande, y el amor tan grande,  
que pueden caber bien vuestros enojos.

RISELO.

Admirado me estoy (1) que os conociese  
de noche.

LEONIDO.

Por aquesta calle vamos:  
que el alma por ventura os lo diría,  
avisada primero de la mía.

(*Vanse y salen OTAVIA y SABINA.*)

OTAVIA. ¡Ay, amiga! Crece el mal  
y amor no quiere rigor.

SABINA. Pues, ¿cómo crece el amor  
sin correspondencia igual?

OTAVIA. Sus milagros son así.

SABINA. En fin, ¿le pretendes ver?

OTAVIA. Si es cosa que puede ser,  
verle tengo.

SABINA. ¿Dónde?

OTAVIA. Allí.

SABINA. ¿Allí presumes entrar?

¿No reparas en tu honor?

OTAVIA. Si no fuera ciego amor,  
¿qué hiciera nadie en amar?

(*Tiran dentro una piedra.*)

Paréceme que han tocado  
a la puerta.

SABINA. Y aun a mí.

OTAVIA. ¿Fué piedra?

SABINA. Pienso que sí.

(*Vuelven a tirar.*)

OTAVIA. Otra más recia han tirado.

Sal allá. Mira quién es.

SABINA. Voy.

(*Vase SABINA.*)

OTAVIA. Camina y mira, mi amor;  
que la razón y el honor  
no es razón que aten (2) tus pies.

Corona de la mujer  
es la vergüenza y el miedo (3);  
mira que sin éstas quedo,  
no tengo más que perder.

Ya una vez me cautivaste:

(1) B: "habéis".

(2) A: "honren".

(3) B: "Corona es de la mujer  
la venganza; pero el miedo."

pensé que fueras leal (1);  
pero queriendo mi igual,  
a la obligación faltaste.

Fuése a las Indias; quedé  
llena de loca esperanza;  
mas conocí su mudanza,  
y el pensamiento mudé.

Ahora, pues, no es razón  
que yo quiera a un forastero,  
si no es que cuanto yo quiero  
es de aquesta condición (2).

(Sale SABINA.)

SABINA. ¡Oh, qué gracia!

OTAVIA. ¿Cómo así?

SABINA. ¿Quién dirás que te ha tirado?

OTAVIA. Habrá el Indiano llegado,  
que esta mañana lo oí.

SABINA. No, sino el otro fingido.

OTAVIA. ¿El ladrón?

SABINA. El ladrón, pues.

OTAVIA. ¿Libre?

SABINA. Y tan libre de pies,  
que hasta tu puerta ha venido.

OTAVIA. ¡Válgame Dios!

SABINA. Esto pasa.

OTAVIA. ¿Qué quiere? (3)

SABINA. Vendrá por lumbre.

¿Deso quieres que te alumbre?

OTAVIA. ¿Podremos metelle en casa?

SABINA. Tu hermano es ido a rondar,  
y venir suele a las dos;  
hasta las doce, por Dios,  
que podéis despacio hablar.

Entre; que aquel picarón  
hoy me dió un bravo flechazo.

OTAVIA. ¿Quebróse al amor (4) el brazo?

SABINA. Y la cuerda al ballestón.

OTAVIA. No sé; tiemblo, temo y amo.

SABINA. Ráscate.

OTAVIA. ¡Qué confusión!

SABINA. Ságrate del corazón.

¿Abro?

OTAVIA. No.

SABINA. ¿Voy?

(1) B: "Una vez me cautivaste  
pensando fueras leal."

(2) B: "Sino es que cuando yo quiero  
y con esta condición."

(3) A: "quieres".

(4) A: "¿Quebrósele amor el brazo?"

OTAVIA. ¡Tente!

SABINA. ¿Llamo?

OTAVIA. Llámale; pero no vayas.

SABINA. Acaba; ¿qué puede haber?

OTAVIA. Ve y abre, y di que ha de ser  
quedo. Recoge las sayas.

SABINA. ¿Hice ruido?

OTAVIA. Terrible;  
mayor le hace amor en mí,  
tocando al arma.

(Salen LISARDO y MORATA, de noche.)

LISARDO. ¿Que fui

César de tanto imposible?

OTAVIA. Hablad quedo, mi señor!

LISARDO. ¿Que vine, que vi y vencí?

OTAVIA. Todo aquesto pudo (1) en mí  
un desatino de amor.

¿Cómo tenéis libertad?

LISARDO. Era fácil la prisión,  
aunque me llamáis ladrón.

OTAVIA. Soislo de mi voluntad.

LISARDO. ¿Tanto os debo?

OTAVIA. Bien pudiera  
por el hurto hacer embargo.

LISARDO. Si conociera ese cargo,  
mi bien, toda el alma os diera.

MORATA. Con asadura y redaño:  
pensad qué habemos de hacer;  
que una noche de placer,  
aumenta la vida un año.

OTAVIA. Primero habéis de quitarme  
este cuidado que tengo  
de vuestra prisión.

LISARDO. No vengo,  
mi vida, para enojarme:  
oportunidad habrá mejor.

MORATA. Yo os diré presto lo que es;  
si se ha de saber después,  
encubrillo no es error.

LISARDO. ¿Quieres callar?

MORATA. En el cielo  
hay un sino, o clara estrella,  
en figura de doncella,  
que ya no vive en el suelo.

Virgo dicen que se llama,  
y ésta dicen, y es error,  
que la alcanzó mi señor,  
con ayuda de una dama.

(1) B: "puede".

Mas mirad cómo en el suelo  
hallarse el sino podría,  
què puso la astrología  
mil años ha sobre el cielo (1).

Ya no hay acá tal figura,  
si no es que de allá la bajen;  
pero al fin, como era imagen,  
quieren que pegue la hechura.

LISARDO. No le creáis, que no es  
sino sobre un casamiento.

OTAVIA. ¿Qué os piden?

LISARDO. Un mal intento,  
de que me pesó después.

OTAVIA. ¿Desos sois? Fíad honor  
de tales hombres!

LISARDO. Creed  
que miente.

MORATA. Vuesa merced  
crea que la tiene amor.

Que eso de Madrid fué justa  
de común conformidad;  
después hubo nulidad,  
y fué la sentencia injusta.

LISARDO. Siempre, Morata, por ti  
me suceden estas cosas.

(Sale SALBINA.)

SABINA. ¡Morata!

MORATA. Quedito, hermosa.  
que de buen padre nació.

SABINA. ¿Era acaso vuestro padre,  
Morata, Moratarráez?

MORATA. No era sino Abindarráez,  
marido de vuestra madre.

Pues parientes tuve yo  
de la Cámara del Rey.

OTAVIA. No cumplís bien con la ley  
a que amor os obligó.

Debéis honor (2) a una dama  
de Madrid.

LISARDO. ¿Qué os maravilla?

OTAVIA. ¿Y venis a Sevilla?

MORATA. Sí, mas dejóla en la cama.

Mira ahora en qué desierto,  
en qué ribera del mar,  
en qué isla, en qué lugar,  
que no hay sustento, ni puerto!

Ella quedó muy honrada,  
y si se huyó, fué muy justo,

que aunque salga a plaza el gusto  
no es bien que le den cornada.

Mujer que antes de casar  
amurca a una playa turca,  
es señal, pues allí amurca,  
que después ha de topar.

Halló Lisardo un papel  
que la enviaba Amadís,  
no de confites de anís,  
sino de infamia cruel.

No se picó de aquel juego;  
mas, en viendo la pandilla,  
se puso para Sevilla  
las calzas de Villadiego.

LISARDO. El ha dicho la verdad,  
aunque dello me ha pesado;  
esto que veis me ha obligado  
a venir a esta ciudad.

No soy indiano, ni he hecho  
mayor viaje en mi vida;  
ahora vuelvo (1) adonde pida  
mi honor su justo derecho;  
que no me podrán vencer.

Y así la palabra os doy,  
si algún día libre estoy,  
de volveros luego a ver.

OTAVIA. Mi desdicha lo ha causado;  
pero creed que hallaréis,  
si con deseo volvéis,  
muchos que me habéis dejado.

Y pues para este viaje  
algo se os puede ofrecer,  
decid qué habéis menester,  
y llevarálo ese paje.

LISARDO. Quedarme, siendo posible (2),  
esta noche en este cielo.

SABINA. ¿Esta noche? ¿Era buñuelo?

MORATA. ¿Y es imposible?

SABINA. ¡Imposible!

¿No ve que hay acá también  
aquello que allá faltó?

MORATA. Casarme procuro yo;  
¿no me daréis vos con quién?

OTAVIA. ¿Lllaman?

SABINA. Sí.

OTAVIA. ¡Triste de mí (3)

(1) A: "esta vuelve adonde pida".

(2) B: "Quedaréme, si es posible."

(3) B: "Ot. ¿Lllaman dentro?"

SA.

SI.

OT.

¡Ay de mí!"

(1) B: "mil años habrá en el cielo".

(2) B: "amor".



SABINA. Tu hermano en los golpes es.  
 OTAVIA. ¿Mi hermano?  
 SABINA. Sí. ¿No lo ves?  
 MORATA. ¡Tararira!  
 SABINA. ¡Entraos aquí!  
 OTAVIA. No hay entrar, que es disparate,  
 sino siéntense, y decid  
 que es un hombre de Madrid.  
 SABINA. ¿Cómo? ¿Quieres que le mate?  
 OTAVIA. Calla, necia, que no hará;  
 di que me buscan a mí.

(*La SABINA hasta la puerta, y vuelve: (1) y salen  
 RISELO y LEONIDO.*)

LEONIDO. ¿A tal hora gente aquí,  
 Otavia?  
 OTAVIA. Conmigo está;  
 que de Madrid me ha traído  
 ahora este caballero  
 un recado.  
 LEONIDO. Si primero  
 huéspedes has recibido,  
 ¿adónde recibirás  
 este que aquí te traía?  
 LISARDO. No llegó la cortesía  
 de aquesta visita a más.  
 Yo me iré.  
 RISELO. ¡Traidor Lisardo!,  
 ¿no te dejé preso yo?  
 LISARDO. Preso, sí; mas traidor, no.  
 Ven, que aquí fuera te aguardo.  
 RISELO. Y aun en ese patio basta.  
 LEONIDO. ¿Qué es esto, hermana enemiga?  
 OTAVIA. ¿Qué quieres tú que te diga?  
 LEONIDO. ¡Qué recogida! ¡Qué casta!  
 ¿Qué hombre es éste?  
 OTAVIA. Yo qué sé.  
 LEONIDO. ¿Cómo entró aquí?  
 OTAVIA. Huyendo entró;  
 de la cárcel se salió,  
 y de piedad le amparé.  
 LEONIDO. Eres tú muy piadosa.  
 Espadas siento, allá voy.

(*Vase, y haya dentro ruido de cuchilladas.*)

OTAVIA. ¡Temblando, Sabina, estoy!  
 SABINA. ¿Ya de qué estás temerosa?  
 OTAVIA. Pon una luz a esa reja.

(*Dice dentro LISARDO.*)

LISARDO. ¡Muerto soy, válgame Dios!

SABINA. ¿Cuál se queja de los dos?  
 OTAVIA. ¡Ay, Dios! Lisardo se queja.

## ACTO SEGUNDO

(*Salen ESTELA, dama, y RISELO, su hermano.*)

ESTELA. ¡A quien negocia tan bien,  
 darle muchas comisiones,  
 y en premio el alma también!  
 RISELO. No llores, ni a mis pasiones  
 muestres, Estela, desdén.  
 Fuí por tu gusto a Sevilla,  
 que por mi gusto no fuí,  
 que toda su maravilla  
 ya la cifré cuando vi  
 la gran corte en nuestra villa.  
 Prendí a Lisardo, deudor  
 de tu honor, sin exceder  
 a la comisión.  
 ESTELA. ¿Qué honor  
 fuiste a cobrar, si a perder  
 fuiste la deuda mayor?  
 Dicen que la deuda está  
 en pie mientras tiene vida  
 el deudor; si murió ya,  
 por ti la deuda es perdida.  
 Di: ¿quién mi honor cobrará?  
 Di: ¿de quién o dónde puedo  
 cobrarle, muerto Lisardo?  
 Ves que en quejarme no excedo.  
 RISELO. Si satisfacerte aguardo,  
 ¿no me oirás?  
 ESTELA. ¿Qué? (1) ¿Algún enredo?  
 RISELO. ¿Enredo?  
 ESTELA. ¿Pues de qué suerte  
 me podrás satisfacer,  
 de dar a Lisardo muerte?  
 RISELO. Tú verás que podrá (2) ser.  
 ESTELA. ¿Cómo?  
 RISELO. Escucha.  
 ESTELA. Escucho.  
 RISELO. Advierte.  
 Paseando por Sevilla  
 día de la Cruz de mayo,  
 en que muestra más grandeza  
 que en el discurso del año,  
 porque con su devoción  
 en mil partes levantando

(1) Falta en A hasta aquí, de esta acotación.

(1) En B falta "qué?"

(2) A: "puede".

pirámides a la Cruz,  
al mismo sol vence en rayos,  
entre unos altares vi,  
en su riqueza admirado,  
a Lisardo, a quien el cielo  
dió un merecido pago.  
No quise entonces prendelle;  
pero siguiéndole Fabio,  
supe su posada y fui  
por la mañana a buscarlo.  
Dijéronme que había ido  
hacia la calle de Francos;  
parto en su busca (1), y allí  
en una tienda le hallo,  
no solo, que a dos mujeres,  
dando ferias, o engañando,  
que era lo más cierto en él,  
hablaba a lo cortesano.  
Prendile (2), y en la prisión  
quiso parecer tan bravo,  
que me desmintió en el tiempo  
que las armas le quitaron.  
Tiréle un guante, y, en fin,  
desafiados quedamos,  
aunque yo libre y él preso,  
él contento y yo afrentado.  
Doy orden que el día siguiente  
le traigan Fabio y Leandro,  
por tu honor, hermosa Estela,  
disimulando tu agravio.  
Pero aquella misma noche  
hallo en Gradass paseando  
a Leonido, un caballero,  
que fué conmigo soldado  
en Nápoles, y los dos  
de don Francisco de Castro,  
hijo del Conde Virrey.

ESTELA.

; Gran caballero!

RISELO.

; Bizarro!

Conocíle y conocíome;  
hablamos de lo pasado,  
como es costumbre en amigos,  
porque los dos navegamos  
con don Pedro de Toledo  
y el Capitán que te alabo,  
donde cristianas galeras  
eternamente llegaron:  
porque como don Francisco

quiso ver Reinos extraños,  
fuimos hasta el mar de Siria,  
entre el Libano y el Cairo.  
No quiso que a la posada  
volviese, y, aunque forzado,  
llevóme, Estela, a la suya:  
escucha un extraño caso.  
Apenas su hermano y yo  
la primera sala entramos,  
cuando al que preso dejé  
hallo con su hermana hablando.  
"¡Traidor, ¿aquí estás?" —le digo.  
"Aquí estoy", —dice turbado.  
"Sal afuera", —le respondo;  
y respóndeme: "Ya salgo."  
Con esta cólera, apenas  
pasé del último patio,  
cuando, las armas desnudas,  
con las puntas nos buscamos.  
Si te parece que yo  
pude entonces excusarlo,  
pude decir otra cosa.  
eres mujer, no me espanto.  
Jurara yo que mi espada  
su pecho no había tocado,  
cuando dijo: "Muerto soy",  
y dejó caer los brazos.  
El lo dijo, y cierto fué.  
aunque pensé lo contrario;  
porque una espada y el sol  
entran por cualquier espacio.  
Fuíme a una iglesia, y allí  
fui de Leonido buscado (1),  
que por no ser conocidos  
ni yo ni el muerto Lisardo,  
le pareció que era bien  
que me acogiese a sagrado  
de su casa algunos días,  
porque con poco trabajo  
se pasaba a un monasterio.  
Obedecíle obligado,  
y allí de su hermana y del  
gozé, Estela, mil regalos.  
Como me quedaba en casa  
y Otavia y yo tantos ratos  
pudimos hablarnos solos (2),  
vino amor a poder tanto,  
que perdí por ella el seso,

(1) B: "fui por Sevilla".

(2) B: "préndole".

(1) B: "avisado".

(2) B: "Venimos a hablar los dos."

y no sé si estoy pagando;  
que dicen que es de discretos  
el desconfiar amando.  
Pensando, pues (1), muchos días,  
que este amoroso cuidado  
me desvelaba sus noches,  
en que era de un hijodalgo  
término injusto a su huésped  
y a su amigo hacerle agravio,  
que hacelle al huésped, sin duda,  
es el más infame trato,  
llaméle en secreto un día,  
y publiquéle mis daños,  
a que me dió por respuesta  
que, teniendo ya tratado  
el casamiento de Otavia  
con un caballero indiano,  
se fué a Lima, y no escribió  
más de una carta en seis años.  
Y que tenía sospecha  
que su hermana había faltado  
a su honrada obligación.

Yo entonces, ¡qué amor extraño!,  
le digo que de la tuya  
se sospechaba otro tanto;  
pero que Lisardo muerto,  
que era deudor, y el indiano,  
que lo era de Otavia, ausente  
entre dos mares tan largos,  
viniésemos a concierto  
en restaurar, como hermanos,  
tu honor y el de Otavia juntos,  
quedando los dos casados:  
contigo le prometí,  
menos que él a mí me ha dado.

ESTELA. ¡Quedo! ¿Luego ya está (2) hecho?

RISELO. No, hermana, sino tratado;  
porque hasta saber tu gusto  
no hice más de concertallo.

ESTELA. Pues, ¿qué pretendes ahora?

RISELO. Estuvo mi Otavia al cabo,  
de una grave enfermedad,  
y entre los tres concertamos  
que viniese a Guadalupe.

ESTELA. ¿Vino, en fin?

RISELO. Allí quedaron (3)  
y yo me partí a Madrid

a darte cuenta del caso,  
para que sepas que tienes  
dos huéspedes tan honrados.

ESTELA. Extrañas son tus quimeras,  
pues al cabo de seis meses,  
cuando pensé que trujeras  
el fin de mis intereses  
y obligaciones primeras,

me traes muerto a mi esposo,  
y con otro me has casado.

Dime: ¿es cuento fabuloso?

Que es de un hombre enamorado  
el crédito sospechoso (1).

¿Cómo no se sabe aquí  
de la muerte de Lisardo?

RISELO. Si yo el homicida fui  
de aquel fanfarrón gallardo,  
y no conocido allí,

sabes que le enterrarían  
como a un hombre forastero,  
que ni su patria sabrían,  
ni su nombre.

ESTELA. ¡Ah, hermano fiero!

RISELO. Mira, Estela, que te envían  
los cielos hoy por mi mano  
remedio, y que ya está hecho.

ESTELA. ¿Tu mano dices, tirano,  
pasando a Lisardo el pecho?

RISELO. Ya, Estela, lloras en vano;  
no des lugar, con llorar,  
a que se entienda en Madrid  
su muerte.

ESTELA. ¿Podré callar?  
¡Lágrimas, juntas salid!  
¡Hagan los ojos lugar!

RISELO. ¡Hermana!

ESTELA. ¡Ingrato! ¡Desvía!  
Que si me mandas que calle,  
matarme el callar podría.

RISELO. Que ya no es justo (2) lloralle.  
Yo sé que te aborrecia;  
yo sé que al fin te dejó.

ESTELA. Dió la causa mi desdicha,  
aunque no se la di yo.

RISELO. Digo que ha sido tu dicha.

ESTELA. Mi muerte será.

(Hace que se va.) (3)

(1) B: "al fin" en lugar de "pues".

(2) B: "esto es".

(3) A: "¿Vino?"

Ri. Allí quedan entrambos."

(1) B: "Que de un hombre enamorado  
el crédito es sospechoso."

(2) B: "que ya no hay que".

(3) Falta esta acotación en A.

RISELO. ¡Eso no!  
 ¡Paso, Estela! ¡Vuelve acá!  
 No caiga en falta por ti.  
 Mis huéspedes vienen ya;  
 sufre que posen aquí;  
 mi honor de por medio está.  
 No te cases con Leonido,  
 si Leonido no te agrada;  
 sólo que muestres, te pido,  
 por mi persona obligada,  
 buen gusto o gusto fingido.  
 Tu hermano soy; no maté  
 de industria a Lisardo (1) yo;  
 desgracia de entrambos fué.  
 ESTELA. Pues si Lisardo murió,  
 ¿quieres que contenta esté?  
 RISELO. No digò tal; mas que adviertas  
 que allá fuí muy regalado,  
 y que cuando te diviertas  
 deste pesar que te he dado,  
 verás que entró por tus puertas,  
 en contracambio, un gran bien.  
 (Sale DELIO, de camino.)  
 DELIO. ¿Posa aquí Riseño?  
 RISELO. ¡Oh, cielo!  
 ¿Delio?  
 DELIO. ¡Señor!  
 RISELO. ¿Vienen?  
 DELIO. Ven,  
 que te aguardan.  
 RISELO. Ya recelo  
 mi daño de tu desdén.  
 ¿Dónde quedan?  
 DELIO. Llegarán  
 dentro de un hora a la puente.  
 RISELO. Mira que ya cerca están;  
 mira que es honrada gente,  
 ella hermosa y él galán;  
 mira que te han de agradecer,  
 y no es bien que des lugar  
 a alguna deshonra mía.  
 ESTELA. ¿Pues qué quieres?  
 RISELO. Este es día,  
 Estela, en que me has de honrar.  
 Toma el coche y ven conmigo,  
 que los has de recibir.  
 ESTELA. ¿Cómo puedo ir yo contigo,  
 y aposento apercebir? (2)

(1) B: "a tu esposo".  
 (2) B: "prevenir".

RISELO. Al aposento me obligo:  
 no te he de dejar aquí  
 hasta que a Leonido veas.  
 ESTELA. ¿Quieres tú que vaya así?  
 RISELO. Mi muerte, Estela, deseas.  
 ¿Soy yo tu sangre? ¿No, o sí?  
 ESTELA. No, porque quien la sacó  
 a mi Lisardo aquel día,  
 bien puedo decir que no,  
 que si tuviera la mía,  
 viviera, y muriera yo.  
 RISELO. Déjate deso, y advierte  
 que me meteré esta daga  
 por el pecho.  
 ESTELA. Aun desafortunada  
 podrá ser que satisfaga  
 la venganza de su muerte.  
 RISELO. ¡Ea ya, que es grosería!  
 Entra, y pondráste un sombrero.  
 ESTELA. Iré a ver la muerte mía.  
 RISELO. De ti mi remedio espero.  
 ESTELA. ¡Triste día!  
 RISELO. ¡Alegre día!  
 ESTELA. ¿Que tengo de ir?  
 RISELO. Eres sabia.  
 ESTELA. ¿Que podré?  
 RISELO. Mi amor podrá.  
 ESTELA. ¡Duro agravio!  
 RISELO. Amor no agravia.  
 ESTELA. ¿Que están cerca?  
 RISELO. Llegan ya.  
 ESTELA. ¡Ay, mi Lisardo!  
 RISELO. ¡Ay, mi Otavia!

(Vanse y sale LISARDO y MORATA.)

LISARDO. ¡Este, Morata, es Madrid!  
 MORATA. ¡Oh, villa famosa y bella!  
 LISARDO. ¿Cómo así?  
 MORATA. Dicen que en ella  
 nació el caballo del Cid.  
 LISARDO. Siempre has de decir locuras.  
 ¿No pudieras alaballa  
 de otras grandezas?  
 MORATA. No halla  
 mi ingenio otras escrituras.  
 LISARDO. ¿No dijeras que nació  
 Gracián Ramírez de Vargas,  
 el que con historias largas  
 a su patria engrandeció?  
 ¿No dijeras que el mayor  
 Rey del mundo?



- MORATA. ¿Yo qué sé?  
De mis historias hablé;  
tú de las tuyas, señor.
- Tú a los hombres alabалlos  
podrás; trátalos, en fin (1),  
yo trato siempre en rocín,  
déjame alabar caballos.
- LISARDO. Tú eres una linda joya.  
¿Parecete Madrid bien?
- MORATA. Aquí pienso que también  
nació el caballo de Troya.
- LISARDO. El de Troya fué de tabla.
- MORATA. ¿De tablón, o de alpargates?
- LISARDO. Deja, por Dios, disparates,  
y en estas grandezas habla.
- MORATA. ¡Brava casa!
- LISARDO. Bella y grave,  
que está en la villa y no está.
- MORATA. ¿Cúya es?
- LISARDO. ¿No lo ves ya,  
por quien en su espacio cabe?  
Del Duque de Lerma es.
- MORATA. Cuando el nombre no sabía,  
gran casa me parecía,  
y muy pequeña después.
- LISARDO. ¡Qué sitio!
- MORATA. De gran frescura.
- LISARDO. Es edificio famoso  
de un ingenio milagroso,  
silva de varia hermosura.  
Mil cosas veo aumentadas.
- MORATA. ¿Qué es lo que piensas hacer?,  
que tiempo queda de ver  
calles, casas y casadas.  
Y a fe que de mi consejo,  
tras la enfermedad mortal,  
donde es piedad celestial  
que vuelvas con el pellejo,  
que no hicieras el camino  
que hay desde Sevilla aquí.
- LISARDO. Ya llegué, y a Madrid vi.
- MORATA. No dudes, fué desatino.  
Mas, ¿dónde te has de apea-?
- LISARDO. En mi casa no ha de ser,  
porque nadie me ha de ver.
- MORATA. Vuélveme ahora a contar  
el enredo que has pensado.
- LISARDO. Ya te dije que he sabido  
cómo Riselo y Leonido  
me cuenten por enterado.  
Riselo, que no sospecha  
que nadie esta muerte sabe,  
echó a su enojo la llave,  
lazada a mi cuello estrecha.
- MORATA. ¿Cómo?
- LISARDO. Trazó dar a Estela  
en casamiento a Leonido,  
y él es de Otavia marido.
- MORATA. ¿Y es amistad con cautela?
- LISARDO. ¿O contóle lo que pasa?
- LISARDO. Respeto de ser yo muerto,  
le dijo nuestro concierto.
- MORATA. ¿Qué me cuentas?
- LISARDO. Esto pasa.  
Y que a Madrid han venido,  
donde con conforme acuerdo  
se han de casar. Aquí pierdo,  
Morata amigo, el sentido.  
Pluguiera a Dios que muriera  
de aquella herida, y vengada  
Estela.
- MORATA. No digas nada.
- LISARDO. ¿Cómo no?
- MORATA. Vive y espera:  
que la vida y la paciencia  
alcanzan cualquiera cosa (1).
- LISARDO. Si es la industria poderosa,  
no faltará diligencia.  
Yo viviré, pues me manda  
vivir amor.
- MORATA. Di adelante.
- LISARDO. Será, Morata, importante,  
si el mal lo va y se desmanda (2),  
aplicalle algún remedio.
- MORATA. ¿Qué remedio?
- LISARDO. Dilatar,  
que no se puedan casar.
- MORATA. Mete paz y ponte en medio.
- LISARDO. ¿Cómo?
- MORATA. Llega y di que vives,  
y cástate con Estela.
- LISARDO. Y mi honor?
- MORATA. ¿Tu honor es muela,  
que tanta industria apercibes?  
Suele un hombre que rehusa  
de sacarla, buscar medios,  
y probando los remedios,

(1) B: "como los tratas, en fin".

(1) B: "acabarán cualquier cosa".

(2) B: "si él madura y se desmanda".

ve que sacarla no escusa;  
así quien ama, y sospecha  
lo que es casarse, dilata  
medios, y invenciones trata,  
pero ninguno aprovecha.

¿Qué sirve que te desvelé,  
si al fin de tanta cautela  
te has de casar con Estela,  
que es la muela que te duele?

LISARDO. ¿Casar sin averiguar  
la causa deste dolor?  
No lo creas.

MORATA. Pues, señor,  
yo te quiero aconsejar.

LISARDO. ¿Cómo?

MORATA. ¿Qué harás en sabiendo  
que Estela tuvo un galán?

LISARDO. Irme a Italia, donde están  
otros, como yo, sirviendo.

MORATA. Pues haz cuenta que has sabido  
que le tuvo, y vete luego.

LISARDO. ¡Qué buen consejo!

MORATA. ¿Estás ciego?  
¿Ya no es su galán Leonido?

LISARDO. Eso estorbaré.

MORATA. Di el modo.

LISARDO. ¡Escucha!

MORATA. Ya estoy atento.

LISARDO. Finge tú...

MORATA. ¿Qué fingimiento?

LISARDO. Oye bien.

MORATA. Ya estoy en todo.

LISARDO. Que eres caballero indiano (1).

MORATA. ¿Yo caballero? ¿A qué efecto?

LISARDO. Otavia tuvo en secreto  
galán.

MORATA. ¿Quién fué?

LISARDO. Feliciano;  
que a las Indias se le fué;  
tú dirás que eres su amigo.

MORATA. Pensé que el mismo.

(1) B trae este pasaje así:

LISARDO. Es verdad, pero para eso  
tengo otro embuste pensado.

MORATA. Dì qué tienes acordado,  
que me haces perder el seso.

LISARDO. Oye lo que voy diciendo.

MORATA. Ya te oigo, señor.

LISARDO. Escucha.

MORATA. Ya tu flemma es, señor, mucha;  
dilo ya, que bien entiendo.

LISARDO. Finge un caballero indiano."

LISARDO. ¿No digo?...

MORATA. ¿Qué he de hacer?

LISARDO. Oye.

MORATA. Si haré.

LISARDO. A Otavia visitarás,  
muy galán y cuerdo.

MORATA. Bien.

LISARDO. Y cuando juntos estén,  
que traes poder le dirás  
para casarte con ella  
por Feliciano (1).

MORATA. ¿Yo?

LISARDO. Sí,  
diciendo que él vendrá aquí  
dentro de un año por ella.

Y mostrarás el poder,  
que yo te daré fingido.

MORATA. ¿Tienes seso?

LISARDO. Estoy perdido;  
mas lo que digo ha de ser.

MORATA. ¿Y si me mandan casar?

LISARDO. Fingirás que de repente  
te ha dado un mal; finalmente,  
tú lo sabrás dilatar.

MORATA. ¿Tú, cómo irás disfrazado?,  
que es imposible que escape  
sin que un cómitre me rape  
cabello y barba en galeras.

¿Ansí mi servicio pagas?

LISARDO. ¡Que no has de casarte, necio!

MORATA. Tu honor tratas con desprecio.  
y tu pretensión estragas.

No te quiero replicar.

LISARDO. Para dar fuerza al embuste,  
y para que Otavia guste  
de casarse y de aguardar,  
has de decir que él te dió  
ciertas joyas...

MORATA. ¿Eso más?

LISARDO. Que en llegando las darás.

MORATA. ¿Luego has de dárselas?

LISARDO. No,

que entre tanto yo sabré  
si llora mi muerte Estela,  
si en su amor hubo cautela,  
o si fué cierta su fe.

MORATA. Probar mujer no es astuta  
industria; otro medio toma,  
porque es la ley de Mahoma,

(1) B: "en su nombre".

que no consiente disputa.  
 LISARDO. Esto has de hacer, no hay que ha-  
 [blar.  
 MORATA. Tú, ¿cómo irás disfrazado?  
 LISARDO. Tengo de ser tu criado.  
 MORATA. ¿Luego a velas has de entrar?  
 LISARDO. Morata, el haber creído  
 que soy muerto, y la humildad  
 del traje...  
 MORATA. La ceguedad  
 de tu amor he conocido.  
 LISARDO. Harán que yo no lo sea;  
 y el quedarme y esconderme,  
 cuando alguien quisiese verme  
 de que despacio me vea.  
 Vente a vestir.  
 MORATA. ¿Que has de ser  
 mi criado?  
 LISARDO. ¿En eso estás?  
 MORATA. ¡Ah, Lisardo!, tú verás  
 qué es servir y obedecer.  
 Pero trataréte yo  
 de otra suerte que tú a mí.  
 LISARDO. ¿Tan mal te traté?  
 MORATA. ¿Pedí  
 cosa que me dices? ¡No!  
 Tú verás como te dejo  
 dormir hasta mediodía,  
 sin "hola", "muestra", "desvía",  
 "la limpiadera", "el espejo",  
 "los guantes", "limpia", "desata",  
 "descalza", "tira de aquí",  
 "vuelve", torna", "fuiste allí",  
 "¿qué dijo doña Alpagata?"  
 "Lleva este papel", "no acaba  
 el sastre la cuera", "bestia",  
 "necio", "tonto", "qué molestia",  
 "qué disgusto", "cosa brava".  
 "¿No hay sufrimiento?" "Yo solo  
 sufriera aqueste criado,  
 majadero y porfiado,  
 si le hay de polo a polo."  
 Finalmente, no diré  
 cosa desta, ni es razón;  
 y en lo que toca a ración,  
 puntualísimo seré;  
 no como tú, que es vergüenza  
 verte estirar cuello y pecho...  
 LISARDO. ¡Buena sátira me has hecho!  
 MORATA. Así la historia comienza.  
 LISARDO. Ven a disfrazarte.

MORATA. Voy:  
 ¿pero que nombre has pensado?  
 LISARDO. El capitán Alvarado.  
 MORATA. Digo que Alvarado soy.  
 LISARDO. Pues sígueme.  
 MORATA. ¿Dónde vas?  
 LISARDO. Hay otra cosa importante.  
 MORATA. Espera, que he de ir delante.  
 LISARDO. ¿Y yo?

(Dice muy grave MORATA.)

MORATA. ¿Vos?  
 LISARDO. ¿Yo, pues?  
 MORATA. Detrás.

(Vanse, y sale RICARDO y FIDENO, criado suyo, y  
 MERENCIO, criado de ESTELA.)

RICARDO.  
 ¿Qué me dices, Merencio?

\* MERENCIO.

Que ha traído  
 desta jornada huéspedes a casa,  
 Riselo, mi señor, que ya son dueños.

RICARDO.  
 Declara más mi desventura.

MERENCIO.  
 Digo  
 que fué a Sevilla, como ya (1) lo sabes,  
 en busca de Lisardo, que las bodas  
 dejó por tu papel, aunque sin culpa  
 de Estela, y que allá dice que Lisardo  
 murió de unas heridas que una noche  
 le dieron los galanes de una dama;  
 y que ha casado a Estela, por su muerte,  
 con Leonido, un hidalgo sevillano, [men  
 que es el que viste hoy que entró (2) en el Car-  
 acompañando a Estela y a su hermana,  
 que es aquella gallarda sevillana.

RICARDO.  
 ¿Casada Estela?

MERENCIO.  
 Siempre los amantes  
 hacéis exclamaciones: si no crees  
 lo que te digo, busca al menor paje  
 desa casa, y di: "¿Con quién se casó Estela?"  
 verás si te responde: "Con Leonido."

(1) B: "tú".

(2) A: "el que viste entrar hoy".

RICARDO.

Deseaba, Merencio, mi locura que muriese Lisardo, aunque a Lisardo no vi en mi vida, por hallar un modo honesto de casarme con Estela.

Murió Lisardo, en fin, y hubiera medio para que le tuviera el amor mío, a quien Estela daba, no esperanzas, mas mejor acogida que solía; y cuando estoy seguro, trae Riselo marido para Estela.

MERENCIO.

Tú no entiendes el interés que desto se le sigue.

RICARDO.

¿Cómo?

MERENCIO.

Que está perdido por Otavia y se casa con ella.

RICARDO.

¡Que imposible mi remedio dejó a mi desventura!  
¿Con esa fuerza la amistad se ha hecho?

MERENCIO.

Ya se llaman hermanos y cuñados, y aunque es verdad que Estela a los principios lloró la muerte de Lisardo, y hizo notable resistencia al casamiento, la bondad de Leonido, su buen gesto, su buen talle y persona, finalmente, el ser mujer la ha consolado mucho, y ya le mira con serenos ojos.

RICARDO.

¡Y ya le mira con serenos ojos!  
¡Ay, dulces ojos, por mi mal serenos, sólo para Ricardo rigurosos!  
¿Qué haré?, que en tanto mal falta el consejo, a la razón discurso, al alma fuerzas.

MERENCIO.

¿No tienes un papel de Estela?

RICARDO.

Tengo

más de un papel de Estela; mas son tibios y antes desengañando y ofendiendo que amando y prometiendo.

MERENCIO.

Aunque parezca

que el necio al sabio quiere dar consejo, oye un remedio.

RICARDO.

Di.

MERENCIO.

Cuando en las cosas, mayormente, Ricardo, en casamientos, hay dilación, suceden mil mudanzas, que el tiempo dilatado causa en todo: los hombres toman otros pensamientos, el cielo muda el curso, los planetas diferentes propósitos infunden; finalmente, no hay cosa que no tenga peligro en la tardanza.

RICARDO.

Ya te entiendo:

quieres decir que si poner pudiese dilación en las bodas de Leonido, podría ser que todos, entre tanto, mudasen del propósito que tienen.

MERENCIO.

Conceto has hecho, y mucho bien del mío. Resta saber si dilatarlo puedes.

RICARDO.

Eso quiero saber.

MERENCIO.

Pídele a Estela palabra de mujer.

RICARDO.

¿Con qué testigos?

MERENCIO.

No pudieras hablar ahora cien años con mayor inocencia. Pon el pleito; que hay tienda de testigos en el mundo, como de paño, seda, vino y carne; los pleitos sólo quieren los principios, que es como los que quieren labrar casa, que imaginan hacellas muy pequeñas, levantan de aposento en aposento una máquina insigne, que les cuesta la hacienda, y aun la vida. Yo te digo que en habiendo letrados y notarios, procuradores, solicitadores, libros, plumas, papeles, pareceres, Bártulo dijo aquesto, Baldo estotro, párrafo tal, ley tal, código tantos, y aquellos terminillos del proceso: "El sobredicho dijo", "el confesante",



"el que declara", "sabe este testigo".  
 "preguntado si sabe", y otras cosas  
 que no sé cómo entraron en el mundo,  
 que se pasan los meses y los años.  
 ¿Pleito matrimonial no le conoces?

RICARDO.

¡Oh, qué notablemente me consuelas!

MERENCIO.

Hay mil descomuniones y censuras,  
 mil términos y mil apelaciones,  
 hasta Rota, hasta Roma. Pues a Roma  
 ¿cómo puede ir Estela en pocos días,  
 si no es que caiga y se haga las narices?

RICARDO.

¡Ah, discreto Merencio! ¡Vive el cielo,  
 que ha cobrado tu lengua mi esperanza!  
 Esta cadena es tuya.

MERENCIO.

¿Ya comienzas  
 a pagar al letrado?

RICARDO.

¡Y qué letrado  
 del tribunal de mi amoroso pleito!  
 Yo lo voy a pensar; tú en tanto parte,  
 y avisarásme de lo que hace Estela  
 y para cuándo el desposorio trazan,  
 y si le mira con serenos ojos.

MERENCIO.

Avísame, Fidenio, lo que has hecho,  
 y en qué tribunal pides.

RICARDO.

Ten cuidado.

FIDENIO.

Yo iré a buscarte luego; tú procura  
 los testigos que dices.

RICARDO.

Y de (1) Estela,  
 que no le mire con serenos ojos.

MERENCIO.

Por fuerza habrá de ser, que son muy buenos.

RICARDO.

¡Ay, bellos ojos, por mi mal serenos!

(1) B: "di a".

(*Vanse, y salen LEONIDO y ESTELA.*)

ESTELA. ¿De un muerto celos tenéis?

LEONIDO. ¿De quién, señora, mejor,  
 si celos nacen de amor,  
 y temo que a un muerto améis?  
 Y son iguales conciertos  
 los de nuestras pretensiones,  
 pues pasan estas razones  
 entre tres que estamos muertos.

Lisardo claro se os muestra,  
 pues lo fué en el desafío;  
 vos para el remedio mío,  
 y yo en la memoria vuestra.

ESTELA. No dudéis, señor Leonido,  
 de que he sentido su muerte;  
 pero de la misma suerte  
 os he estimado y querido.

Ya no es posible cobrar  
 lo perdido; sabe Dios  
 que sólo emplearme en vos  
 me pudiera consolar.

LEONIDO. ¿Tal merezco? ¿Tal favor  
 alcanzo de vuestra boca?  
 Volveráse el alma loca,  
 pero ya lo está de amor.

Desde que pasar el río  
 os vi, de suerte quedé,  
 que río de olvido fué  
 para todo intento mío.

Allí el amor natural  
 de la patria, allí el desco  
 de otro gusto, de otro empleo,  
 de otro casamiento igual,  
 y aun de mí mismo también  
 queré olvidado, señora;  
 que no es bien que piense ahora  
 que hay en el mundo más bien.

ESTELA. Este efecto habéis hurtado  
 de mi propio pensamiento,  
 pues tan olvidado siento,  
 con veros, mi bien pasado;  
 mi esperanza vive en vos;  
 la que tuve es muerta ya.

LEONIDO. ¿Cuándo se confirmará  
 esta verdad de los dos?

ESTELA. Cuando mi hermano quisiere.

(*Salen RISELO y OTAVIA.*)

RISELO. Ahora conoceréis,  
 mi bien, lo que me debéis.

OTAVIA. Ya paga quien pagar quiere.

RISELO. ¿Cómo os agrada Madrid?  
Como lugar en que os veo,  
porque no pase (1) el deseo  
de dónde estáis.

RISELO. Advertid  
que habéis de tratar verdad.

OTAVIA. Amor justo nunca miente.

RISELO. ¿No veis el espejo enfrente?

OTAVIA. ¿De quién?

RISELO. De mi voluntad.

OTAVIA. Y de la mía también.

RISELO. Más os quiero yo que a Estela,  
Leonido, aunque él no recela  
que hay más amor ni más bien.

OTAVIA. Y yo más que ella a Leonido.

RISELO. ¿Luego el espejo no trata  
verdad?

OTAVIA. Si no nos retrata,  
será de cristal fingido.

RISELO. Pues miraos en mí y veréis  
más cierta vuestra verdad,  
y si lo es la voluntad  
que decís que me tenéis.

LEONIDO. Aquí están nuestros hermanos.

ESTELA. Muy bien parecéis ansí.

RISELO. Lo mismo creed de mí.

OTAVIA. ¿Qué falta?

LEONIDO. Darnos las manos.

ESTELA. ¿Cuándo decís que ha de ser?

RISELO. Las fiestas lo han estorbado;  
que una vez se ha publicado  
no más, por ser fiesta ayer.

LEONIDO. ¿Cuál de los cuatro podría  
decir que es más venturoso?

OTAVIA. Yo con tener tal esposo.

RISELO. Más yo, por vos, prenda mía.

LEONIDO. Ya se sabe que yo soy,  
pues a Estela he merecido.

ESTELA. Yo lo soy, señor Leonido.

OTAVIA. Yo bien empleada estoy.

RISELO. Yo mejor, sin duda alguna.

LEONIDO. Yo no sé que haya lugar  
donde pueda levantar  
a un hombre más la fortuna.

ESTELA. Tales encarecimientos  
para vuestro amor buscáis,  
que como os adelantáis,  
aun no dejáis pensamientos.

LEONIDO. Yo sé que os gano la palma.

ESTELA. En merced y cortesía;  
¡ay, muerto del alma mía, (Ap.)  
que me estás tirando el alma!

¿Cómo es posible que yo  
puedo consuelo tener?  
Eres muerto; soy mujer;  
faltas tú, y otro llegó.

¿Mas qué me sirve esforzarme?  
No tendré gusto en mi vida;  
yo propia soy homicida  
sólo en consentir casarme.

A lo menos ya que fuera,  
no con hombre que nació  
adonde mi bien murió...

RISELO. Gente he sentido allá fuera.  
¡Hola!

(Sale MERENCIO.)

MERENC. ¡Señor!

RISELO. ¿Ha venido  
el Notario?

MERENC. No, señor.

RISELO. ¿Pues qué es aqueso rumor?

MERENC. Busca un Indiano a Leonido.

OTAVIA. ¡Jesús, Indiano!

RISELO. ¡Ay de mí!  
¿Indiano?

MERENC. Tal dice que es.

LEONIDO. ¿Qué hombre?

MERENC. Cabeza y pies,  
piernas y brazos le vi.

No sé que tenga otra hechura.

LEONIDO. Pregunta el nombre.

MERENC. Yo voy.

(Vase MERENCIO.)

OTAVIA. Temblando, Leonido, estoy;  
temo alguna desventura.

LEONIDO. ¿Pues yo cómo puedo estar?  
Por Estela estoy perdido.  
Si Feliciano ha venido,  
bien tenemos que pensar.

(Sale MERENCIO otra vez.)

MERENC. El hombre se ha declarado.

LEONIDO. ¿Dijo Feliciano?

MERENC. No.

LEONIDO. ¿Pues qué?

MERENC. Si no me engañó,  
el capitán Alvarado.

LEONIDO. ¡Buenas nuevas te dé Dios!  
Di que entre.

(1) A: "pasa".

RISELO. Sillas aquí.

OTAVIA. ¿Las dos verémosle?

RISELO. Sí,  
aquí os sentaréis las dos.

(*Sientanse ellas, y sale MORATA, vestido de galán gracioso, calacillas de color, sombrerillo con plumas, capotillo pequeño, y LISARDO con capotillo de dos haldas, espada y daga, y sombrero grande.*)

MORATA. ¡Vuestas mercedes estén  
mil veces enhorabuena!  
Sus manos todos me den.

LEONIDO. Sosegado me ha la pena.

RISELO. Venga mil veces con bien  
v[uestra] merced a esta casa.  
¡Hola! Aquellas sillas pasa.

MORATA. No, por mi amor. Aquí esté  
v[uestra] merced.

RISELO. Yo estaré  
aquí (1).

LISARDO. (¡Nuevo amor me abrasa!  
¡Ay, Estela!, que al fin llego  
donde como el verte atiza  
el fuego, en que estoy tan ciego,  
lleva el viento la ceniza,  
queda descubierto el fuego!

Tiemblo, señora, de verte,  
que se me han de aquesta suerte  
mil cosas representado:  
¿desta manera has llorado  
tu casamiento y mi muerte?

¡Qué buen traje de viuda!  
Mas si el ausencia desnuda  
de amor a cualquier mujer,  
¿qué pudo la muerte hacer  
que todas las cosas muda?)

MORATA. Vine de Lima a Sevilla,  
donde queda Feliciano  
dándome puerto la orilla (2)  
de Cádiz, este verano (3),  
en su octava maravilla.

Fuí a vuestra casa, Leonido:  
¿sois vos?

RISELO. Este caballero.

LEONIDO. Para serviros lo he sido.

MORATA. Yo os he de servir.

LISARDO. (¿Qué espero?

(1) B: "V. merced.

R1. Yo aquí estaré,  
señor."

(2) B: "villa".

(3) B: "cristal soberano".

Que Estela pierde el sentido;  
Estela a Leonido mira.)

MORATA. Dijéronme esta jornada...

LISARDO. (Un punto apenas retira  
los ojos dié.)

MORATA. Fué forzada...

LISARDO. (Todo su amor fué mentira.)

MORATA. Había de ir a la corte,  
y aunque mi negocio importe  
ir presto a Valladolid,  
quise pasar por Madrid  
para dar en esto un corte.

LISARDO. (¡De espada le merecías,  
por la cara (1), picarón!  
Ved lo que aprendió en seis días;  
no le ha dicho una razón.  
Todas son desdichas mías.)

LEONIDO. ¿En qué caso?

MORATA. ¿No escribió  
en el aviso pasado  
Feliciano?

LEONIDO. Señor, no.

LISARDO. (¡Oh, qué bien que lo ha enmenda-

MORATA. ¿Ni a Otavia? [do!])

LEONIDO. No.

MORATA. ¿Quién es?

OTAVIA. Yo.

MORATA. ¿Que cartas no habéis tenido?

OTAVIA. Ni en cinco años una letra.

MORATA. ¡Extraña desdicha ha sido!  
No en vano el otro (2) penetra  
el cielo contra ese olvido.

OTAVIA. De eso he estado bien quejosa.

MORATA. Y él lo está también de vos.

OTAVIA. Yo le he escrito cuidadosa.

MORATA. Ha hecho, gracias a Dios,  
una ganancia famosa.

Tendrá bien cien mil ducados.

LEONIDO. ¿Cien mil?

OTAVIA. Cien mil.

RISELO. ¡Ay de mí!

Hoy quedan desconcertados  
nuestros conciertos.

MORATA. Yo vi  
cien mil pesos ensayados.

Traigo, en efeto, poder  
para que por él me case  
con vos, mientras puede ser

(1) B: "da la carta".

(2) B: "celo".

que a España su hacienda pase,  
donde seréis su mujer.

RISELO. (¿Qué escucho? Será sin duda.)

MORATA. Traígoos joyas extremadas.

RISELO. (Todo mi remedio muda.) (1p.)

MORATA. Y por milagro escapadas  
del rigor de la Bermuda (1),  
que pensamos perecer.

LISARDO. Este ha de echarme a perder  
(si en navegación se me) todo el cuento.

OTAVIA. En fin, ¿promete  
venir?

MORATA. Si sois su mujer.  
¡Hola!

LISARDO. ¡Señor!

MORATA. ¿Llegarán  
mañana las cargas?

LISARDO. Creo  
que ya en Toledo estarán.

MORATA. Mostráros cosas deseo  
que gran contento os darán.

Traigo un papagayo de oro,  
y esmeraldas del tamaño  
de un huevo.

OTAVIA. Valdrá un tesoro.

LISARDO. (Ved qué disparate extraño.)

OTAVIA. Ya del oro me enamoro.

LEONIDO. Otavia, ¿qué hemos de hacer?

OTAVIA. Yo, hermano, seguir mi suerte;  
tú conquista tu mujer.

RISELO. Este hombre ha sido mi muerte.

OTAVIA. ¿Cómo se podrá poner  
tan grande joya una dama?

MORATA. Este no es para la toca.  
Traigo un diamante, una llama  
del sol.

OTAVIA. Digo que estoy loca.

MORATA. Traigo de ébano una cama,  
toda de ámbar embutida.

ESTELA. ¡Ojalá mi casamiento  
tan (2) nuevo suceso impida!

LISARDO. (Bueno va hasta ahora el cuento;  
temo que mal se despidan.)

MORATA. Traigo un escritorio bravo  
de cristal; éste os alabo.

ESTELA. Dios le libre de un encuentro.

MORATA. Que cuanto le ponen dentro

se ve por estotro cabo.

Traigo una piedra bezar,  
como una bola de bolos:  
pueden con ella jugar;  
y los rubíes, que solos  
me alumbraban por la mar.

Traigo una saya de pluma,  
que dió Lantaro a Guacolda;  
la cama de Motezuma,  
que media campaña entolda,  
y para decillo, en suma,  
tres mil ducados en barras (1)  
para alfileres y tocas.

ESTELA. ¡Por mi fe, joyas bizarras!

MORATA. Todas, señora, son pocas;  
dejad que lleguen las arras (2).

Con esto os he dado cuenta  
de mi venida, y me voy  
a descansar.

OTAVIA. Tan contenta  
de la relación estoy,  
que mi esperanza se alienta.

Creed que estaba perdida;  
si yo en mi casa estuviera,  
quedara muy ofendida  
que della un huésped saliera  
que es remedio de mi vida.

RISELO. Aquí puede estar también  
el señor Capitán.

LEONIDO. Creo  
que voy perdiendo mi bien.  
Hablarte, Otavia, deseo.

RISELO. Di que (3) de comer nos den.  
Coma el señor Capitán  
con nosotros.

MORATA. ¡Gran favor!

(Sale MERENCIO, criado.)

MERENC. Aquí dos hombres están  
como notarios, señor.

RISELO. De aquel negocio serán.

MERENC. Antes dicen que han venido  
a depositar a Estela  
por Ricardo.

RISELO. ¿Habrán querido  
hacer alguna cautela  
para impedir a Leonido?

(1) B: "el ave muda".

(2) B: "el".

(1) B: "sin arras".

(2) B: "barras".

(3) B: "¡Hola! De comer..."



¿Ricardo a mí? ¡Sal allá! (1)  
 ESTELA. Mira lo que es.  
 LEONIDO. Vamos todos.  
 RISELO. Tú sola aguarda.  
 ESTELA. Si ya  
 se estorba de tantos modos,  
 amor de mi parte está.  
 OTAVIA. ¡Venga, señor Capitán!  
 RISELO. ¡No se halla Otavia sin él!  
 ¡Buenos mis negocios van!  
 Oro te muda cruel;  
 oro y mujer, ¿qué no harán?

(*Vanse todos, y quedan ESTELA y LISARDO.*)

ESTELA.  
 Lisardo mío, si en mi pensamiento  
 cupo jamás tu ofensa ni tu ira,  
 del cielo donde estás un rayo tira,  
 que me deshaga con rigor violento.  
 Sirvióme un hombre, di su ruego al viento;  
 las más veces los celos son mentira;  
 estima mi lealtad, mi llanto mira,  
 tu muerte lloro, mi desdicha siento.

Sin mi gusto me caso, que no es justo,  
 quien ya gozó tu dulce compañía,  
 que pueda hallar eternamente gusto.

Estórbalo, si puedes, que algún día  
 me llevará contigo mi disgusto,  
 y a tanto sol (2) verás la verdad mía.

LISARDO. Bien te puede responder  
 Lisardo, que no está lejos.

ESTELA. Sin duda deben de ser  
 de mis descos (3) reflejos  
 que al alma intenten volver.

Van mis desdichas a ti,  
 y topan con tal rigor,  
 que de la imagen que vi  
 vuelven la sombra a mi amor,  
 y estás delante de mí.

¿Eres hombre o eres sombra?  
 LISARDO. Sombra y nombre; lo que asombra  
 es lo que fuí, y lo que ves,  
 es lo que fué, y ya no es,  
 que sombra y hombre se nombra (4).

(1) B: "Ricardo en mi casa está."

(2) B: "y entonces tú".

(3) B: "descos".

(4) B: "¿Eres hombre o eres sombra?"

Ll. Es lo que fué y lo que ves  
 que ahora, mi bien, te asombra;  
 es lo que fué y ya no es,  
 que sombra y hombre se nombra."

ESTELA. ¡Válame Dios! ¿Estás vivo?  
 ¿Hanme engañado? ¡Jesú!  
 LISARDO. Vivo, si tu luz recibo;  
 muero si me dejas tú,  
 que eres alma con que vivo.  
 ESTELA. ¿Podréte nombrar?  
 LISARDO. Podrás.  
 ESTELA. ¡Lisardo!  
 LISARDO. ¡Señora mía!  
 ESTELA. ¿Vives?  
 LISARDO. Si tu luz me das.  
 ESTELA. ¿Eres tú?  
 LISARDO. ¿Pues quién podía  
 ni amar más ni penar más?  
 ESTELA. ¿Que tú eres?  
 LISARDO. ¿No lo ves?  
 ESTELA. ¿Que fué engaño?  
 LISARDO. Engaño ha sido.  
 ESTELA. Dame esos brazos.  
 LISARDO. Después.  
 ESTELA. ¿Pues quién lo estorba?  
 LISARDO. Leonido.  
 ESTELA. ¿Leonido?  
 LISARDO. Tu esposo es;  
 fuera de que ya Ricardo  
 también te pide.

ESTELA. ¿Qué aguardo?

(*Vale a abrazar.*)

LISARDO. No me toques.

ESTELA. ¿Huyes?

LISARDO. Sí.

ESTELA. Iréme, mi bien, tras ti.

LISARDO. ¡Tente, Estela!

ESTELA. ¡Oye, Lisardo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

### ACTO TERCERO

DEL TESTIGO CONTRA SÍ.

(*Salen FELICIANO y DORISTEO, su criado.*)

FELICIANO.

¡Famosa villa!

DORISTEO.

¡Grande, y en el centro  
 de España.

FELICIANO.

Hazme quitar estas espuelas.

DORISTEO.

Gallardos edificios tiene dentro.

FELICIANO.

Ya navego con más (1) hinchadas velas.

DORISTEO.

¡Gran fortuna deshecha!

FELICIANO.

¡Gran encuentro  
de la fortuna misma!

DORISTEO.

¡Qué recelas  
de la ninfa del huésped?

FELICIANO.

Que no mira  
con malos ojos.—Destas botas tira.

DORISTEO.

¡Sacaré las chinelas?

FELICIANO.

No desates  
la manga ahora.

DORISTEO.

El huésped viene.

(Sale LIDENO, huésped.)

LIDENO.

¿De dó bueno venís?

FELICIANO.

De los remates  
del mundo.

LIDENO.

¡Gran jornada!

FELICIANO.

¡Animo fuerte!

¿No habéis oído el fiero Margayates (2).  
Brasil por otro nombre, donde vierte  
sus aguas la corriente Oropiana,  
y el río de la Plata o río Parana?

LIDENO.

Nunca en Madrid del indio mar se trata  
del río de la Plata, ni el tesoro  
que por la nueva España se dilata;  
acá llevan arena y no es de oro;  
sea verdad que corre aquí la plata,  
que es río general.

(1) B: "mis".

(2) B: "Gargayates."

FELICIANO.

¿Sabréis (1) de coro  
esa canción?

LIDENO.

¿Quién hay que no se siente  
al son de su dulcísima corriente?  
¿Mas dónde vais de tan remota parte?

FELICIANO.

A la corte, que es mar de todo río,  
con cierta pretensión.

LIDENO.

¿Que pueda el arte  
fabricar el caballo de un navío,  
con que desde el Brasil el hombre parte  
con tal seguridad, con tanto brío!

FELICIANO.

Al Draque preguntad ese profundo  
secreto: dió en un año vuelta al mundo.  
¿Tendremos qué cenar?

LIDENO.

Habrá conejos  
de blanco lomo, que esta tierra cría,  
como allá vuestros mares abadejos.

FELICIANO.

¿Qué bien que sabe el huésped Geografía!  
¿Vinos?

LIDENO.

De La Membrilla y Alaejos,  
que no hay más olorosa malvasía.  
Perdices hay también.

FELICIANO.

¿Que habrá perdices?

LIDENO.

Y tiernas, sin que ofendan las narices.  
Lo que es cabrito, pollos y ternera,  
y pasteles, que son tan celebrados,  
también pueden hallarse dondequiera,  
con pan de leche y postres extremados;  
manjar blanco no es bueno.

FELICIANO.

Aunque lo fuera—  
¿Habrà con quién jugar naipes o dados?

LIDENO.

Lo primero, por ser más permitido.

(1) B: "Sabrás."

FELICIANO.

¿Qué huéspedes tenéis?

LIDENO.

Dos han venido;  
pero hay un Capitán en casa ahora  
también Indiano.

FELICIANO.

¿Indiano?

LIDENO.

Y que ha llegado  
de Sevilla a buscar (1) una señora.

FELICIANO.

¿Cómo se llama?

LIDENO.

Pienso que Alvarado.

FELICIANO.

¿Alvarado?

LIDENO.

Alvarado, y cerca mora (2),  
según ayer me dijo su criado,  
la dama por quien viene, que de Lima  
trae un poder.

FELICIANO.

¿De Lima? ¿Extraña enigma!

LIDENO.

Para casarse por un grande amigo,  
que allá tiene, muy rico.

FELICIANO.

¿Escuchas esto?

DORISTEO.

No hay en Lima tal hombre.

FELICIANO.

Yo te digo  
que en confusión el Capitán me ha puesto.

LIDENO.

La dama no es de aquí; que un grande amigo  
de su hermano, y mancebo bien compuesto,  
que yo le he visto, hablado y conocido,  
de Sevilla a Madrid los ha traído.  
Y como estaban ya medio casados,  
y Alvarado llegó con los poderes,  
quedaron los conciertos revocados,  
que agrada siempre el oro a las mujeres;

(1) B: "buscando".

(2) B: "Zarzamora."

pero han nacido pleitos y cuidados,  
y el Capitán, que ya verás, si quieres,  
está mohino porque va a la Corte,  
y pierde tiempo, aunque a su amigo importe.

FELICIANO.

¿Acaso el nombre de su amigo sabes?  
Que si es de Lima, conocerle espero.

LIDENO.

Si haréis, porque es famoso entre los hombres  
y dice el Capitán que es caballero. [graves]

FELICIANO.

¿Caballero?

LIDENO.

Y señor de cuatro naves.

FELICIANO.

¿Llámase?

LIDENO.

Feliciano.

FELICIANO.

Ahora quiero  
hacerme cruces.

LIDENO.

¿Por qué haces cruces?

FELICIANO.

Soy de los Felicianos andaluces.  
La dama de Sevilla será Otavía.

LIDENO.

Dices muy bien, por Dios, ese es su nombre.

FELICIANO.

¿Su nombre?

LIDENO.

Y muy honesta, hermosa y sabia.

FELICIANO.

No hay duda, será digna de tal nombre

DORISTEO.

(Señor, ¿qué es esto?)

FELICIANO.

Disimula.)

LIDENO.

¿Agravia

Leonido a Feliciano?

FELICIANO.

No os asombre,  
que tendrá algún enojo. Id en buen hora.

LIDENO.

¿Cuándo queréis cenar?

FELICIANO.

A cualquier hora.

LIDENO.

Sin duda se ha enojado. Ya sospecho que es otro pretendiente de la dama.

(*Vase.*)

FELICIANO.

¿Quién, Doristeo, tal engaño ha hecho?

DORISTEO.

Este que ves, que Capitán se llama.

FELICIANO.

¿Pues por cuál interés (1), por cuál provecho sino es que esta mujer pretende y ama, finge que yo le di poder en Lima?

DORISTEO.

Sin duda por mujer Otavia estima. Mal conoces a amor; hará (2) picado otro caballo griego.

FELICIANO.

¿Que ha fingido que en Lima este poder falso le he dado? Doristeo, algún ángel me ha traído. Que me pudiera yo quedar casado con mujer que ya he puesto en tanto olvido que apenas en Sevilla quise vella, y disfrazado un mes estuve en ella.

DORISTEO.

De mi consejo, hasta saber el caso, no hagas alboroto.

FELICIANO.

Eso pretendo.

Guía a su casa o a su calle el paso.

DORISTEO.

No te conocerán.

FELICIANO.

Así lo entiendo.

¡Estoy en Lima y en Madrid me caso!

DORISTEO.

Disimulando bien y preveniendo.

castiga el que es discreto a quien le agravia.

FELICIANO.

¿Que a Otavia vuelvo a ver? ¿Que vuelvo a [Otavia?

(*Vanse, y salen LEONIDO y OTAVIA.*)

LEONIDO. ¿Por codicia de interés me quitas, Otavia, a Estela? ¿Posible es que no te duela el peligro en que me ves?

¿Tú no me trajiste aquí por casarte con Riselo? A ti de ti misma apelo; vuelve, Otavia, vuelve en ti.

Mira que es un hombre (1) ausen- y olvidado Feliciano, [te y que por dicha este indiano en muchas cosas te mente;

que si tan rico estuviera, nunca de ti se acordara, porque en las Indias hallara quien otro tanto le diera; fuera de eso, no han venido estas joyas, ni vendrán.

OTAVIA. No digas que el Capitán mente en aquesto, Leonido.

Di que yo dejé por ti mi remedio, y yo lo haré.

LEONIDO. Pues ¿qué harás, si yo pondré por ti mil almas aquí?

Muero por Estela. Advierte que Riselo no es tan pobre que en su casa no le sobre con que pueda enriquecerte.

¿Qué has menester? Pide. Di: ¿qué galas, qué joyas quieres? Si el gusto es en las mujeres el interés, ¿por qué en ti no son honradas aquellas que siguen ese camino?

OTAVIA. ¿Casar bien es desatino? Mucho, Leonido, atropellas; mucho te gusta el amor de Estela.

LEONIDO. Tú le tuviste a Riselo; tú me diste la causa, si ha sido error (2).

OTAVIA. Ahora bien, piensa despacio

(1) B: "intentes".

(2) B: "a ya".

(1) A: "hermano".

(2) B: "honor".



lo que nos está más bien.  
 LEONIDO. Sólo que a Estela me den tus manos.  
 OTAVIA. Pues vaya Oracio a llamar al Capitán.  
 (Vase.)  
 LEONIDO. Guárdete el cielo mil años.  
 OTAVIA. ¿A qué bárbaros o extraños los ruegos no moverán?  
 ¿Qué he de hacer, que al fin mi muere por esta mujer? [hermano]  
 (Sale ESTELA.)  
 ESTELA. ¿Qué hay, Otavia?  
 OTAVIA. ¿Qué ha de haber?  
 Que despedí a Feliciano, y casarme [he] con Riselo.  
 ESTELA. ¡Por tu vida!  
 OTAVIA. No he podido dar, de perderte, a Leonido un átomo de consuelo.  
 Pierde el seso.  
 ESTELA. ¿Y ya no estima la pretensión de Ricardo?  
 OTAVIA. La memoria de Lisardo es lo que más le lastima.  
 Que como depositada quedaste en tu casa, entiendo que sin justicia pretende, y no ha de probarte nada.  
 ESTELA. El anda allá con testigos, mas serán de poco efecto; Riselo es noble y discreto, si vale abono de amigos.  
 No te empleas mal en él.  
 OTAVIA. Basta que tu hermano sea.  
 ESTELA. (Para que Lisardo (1) crea que ya no me precio del, cosa que a los hombres pica, quiero fingir que a Leonido solicito por marido, por ver qué siente y replica, que se me remonta ya, como conoce mi amor.)  
 (Sale LISARDO.)  
 LISARDO. ¿El Capitán, mi señor, ha venido por acá?  
 OTAVIA. Antes lo estoy aguardando

para despedirme dél.  
 Ya no me caso con él.  
 LISARDO. Con él estaréis burlando (1); mas con Feliciano sí, pero con él por poder.  
 OTAVIA. No, sino que no ha de ser.  
 LISARDO. ¿Qué no ha de ser? ¿Cómo así?  
 OTAVIA. Mucho, para ser criado preguntáis y respondéis; mas pues saberle queréis, oíd.  
 LISARDO. ¿Tan presto os enfado?  
 Mas yo no hablaba con vos, que ha días que he conocido vuestro desdén.  
 ESTELA. Esto ha sido que nos casamos los dos.  
 Yo con Leonido, mi bien, y Otavia, por darme gusto, con Riselo.  
 LISARDO. Eso es muy justo; quiéross dar el parabién.  
 ESTELA. Harto bien es merecer a Leonido.  
 LISARDO. ¿Quién lo niega?  
 Mas mucho Otavia se ciega en lo que deja de hacer.  
 Vos estáis bien empleada, y en tanto os (2) podré decir que a poderos repartir os cupiera poco o nada; que yo he conocido tres: un muerto y un Sevillano, y un Ricardo Cortesano.  
 ESTELA. El muerto ya no lo es.  
 No desenterréis los muertos.  
 LISARDO. Y mas ya estando olvidados, quizá por ser tan (3) honrados están de olvido cubiertos.  
 ESTELA. De los muertos yo no sé qué bien se puede esperar.  
 LISARDO. Haber de resucitar, que es artículo de fe.  
 Y a quien ha visto el indicio, fácil está de entender que este muerto vendrá a ser vivo.  
 ESTELA. El día del juicio.

(1) B: "Y con él estáis burlando"

(2) A: "en tantos".

(3) B: "porque son".

(1) B: "tu hermano".

Porque ya nuestros conciertos  
han de ser...

LISARDO. ¿En juicio?

ESTELA. Sí.

LISARDO. Ese se anticipa aquí;  
pues ¿hay quien sentencia muertos?

ESTELA. A los buenos darán gloria,  
y a los malos darán pena.

LISARDO. Quien tanto un muerto condena,  
no está vivo en su memoria.

ESTELA. Que la tuve, decir puedo.

LISARDO. ¿Cómo, si en fin le ponéis  
en la horca?

ESTELA. ¿En qué lo veis?

LISARDO. En que vais diciendo el credo.

ESTELA. Ahora viene el Capitán;  
decid que se puede ir.

LISARDO. Temerario despedir.

ESTELA. Tales ocasiones dan.

LISARDO. ¿Ocasiones es llegar  
de las Indias con más fe  
que hay oro en ellas?

ESTELA. No sé;

todo es fingir y engañar,  
todo es celos y desdenes,  
testimonios, niñerías.

LISARDO. Tú de las sospechas más  
la causa, enemiga, tienes.

ESTELA. No te la he hecho (1) en mi vida.

Vete; que ya sé que quieres  
a Otavía, y que la prefieres  
a mi fe, con fe fingida.

Desde Sevilla viniste  
tras ella así disfrazado;  
Riselo te halló sentado  
en su casa; allí la viste (2).

Esto es verdad, y a no estar  
Otavía aquí, te dijera  
cosas.

LISARDO. ¿Que desa manera  
te has pensado disculpar?

¡Oh, que graciosa mentira!

ESTELA. ¿Mentira?

LISARDO. ¿Pues es verdad?

ESTELA. ¿Aún niegas esta maldad?

Toda me mueves a ira.

¿Piensas que no conocí  
el Capitán disfrazado?

Criado es tuyo.

LISARDO. ¿Criado?

ESTELA. Sí, que le he visto.

LISARDO. ¿Tú?

ESTELA. Sí.

LISARDO. ¿Adónde?

ESTELA. Contigo.

LISARDO. ¿Qué dices?

ESTELA. Traitor, todo lo has fingido  
para engañar a Leonido.

Quedo. No te escandalices,  
que tú sabes que es verdad,  
porque no se case Otavía;

pero ya con esta rabia,  
sin descubrir tu maldad,

la haré casar con Riselo (1),  
y me casaré.

LISARDO. ¿Con quién?

ESTELA. Con Leonido, que es mi bien.

LISARDO. Nunca lo permita el cielo.

Sépase todo; no quede  
cosa que no se descubra.

ESTELA. ¡Calla, Lisardo!

LISARDO. Que cubra

(A voces.)

mal que sufrir no se puede,  
honra, venganza o temor.

ESTELA. ¿Voces das?

OTAVIA. ¿Qué es esto, Estela?

ESTELA. Un loco que se rebela  
al Capitán su señor.

Mira qué grande locura;  
me dice que yo he de ser  
de no sé qué hombre mujer.

OTAVIA. ¿Vino será por ventura?

LISARDO. Vino; que si no viniera,  
no viniera quien ya vino  
a que tuvieran por vino  
lo que vino a ser quien era (2).

Vino quien fué por mi mal  
el vino de que estoy loco,  
pues ha que vino es tan poco,  
y estoy del vino mortal.

¿Otavía, yo te he querido?

OTAVIA. ¿A mí, dice? ¡Qué donaire!

Hermano, salíos al aire,  
que por Dios que estáis perdido.

LISARDO. Al aire mis esperanzas

(1) B: "no te la echo".

(2) B: "allí viviste".

(1) B: "Leonido."

(2) B: "que muera".

saldrán, y así irán perdidas.  
Mujeres, siempre fingidas,  
¿por qué no os llamáis mudanzas?

¿Yo he venido aquí tras ti,  
Otavia? Di la verdad.

OTAVIA. ¡Tras mí, hermano! ¡Ay, Dios! Ca-  
¡qué miedo! ¡Salios de ahí! [llad;

ESTELA. El ha cargado muy bien.

LISARDO. Cargué de tus (1) fingimientos,  
con estar de pensamientos  
cargada el alma también.

Cargué, Estela, de tus iras,  
de tus celos y recelos.

ESTELA. Hermano, quien carga celos  
siempre tropieza en mentiras.

¡Ven, Otavia!

LISARDO. ¡Espera, ingrata,  
que diré a voces quién soy!

ESTELA. Di, que licencia te doy.

LISARDO. No consientas lo que trata  
Leonido.

OTAVIA. Allí le cogió  
el vino.

ESTELA. Es tema en que he dado.

(*Vanse, y queda LISARDO solo.*)

LISARDO. Lisardo soy disfrazado.  
¿No me escuchas? Ya se entró.

¡Malditas las puertas sean,  
las paredes y los techos  
que te encierran y te encubren  
cuando te llamo y desco!

Que por la misma razón  
lo será, Estela, tu cuerpo,  
pues a un alma tan cruel  
sirve de rico aposento.

¿Qué haré, que estoy sin sentido  
de tan extraño suceso?

Que se casaba (2) me dijo.

¡Cruelos celos me han muerto!

¡Aquí justicia, vengativos celos,  
que no hay traición como matar con  
[celos!

¡Qué bien, Estela, has pagado  
mis amorosos descos!;  
mas no tienes culpa tú;  
alguien me ha dicho tu enredo.  
No hay que fiar de criados;  
sin duda me ha descubierto.

(1) B: "estos".

(2) B: "que ya se acaba".

Mas ¿cómo disculpo yo  
la ingratitud de tu pecho?  
Por lo menos me dijiste,  
si esto puede ser lo menos,  
que era Leonido tu bien,  
yo tu mal, que tantos tengo.  
¡Aquí justicia, vengativos celos,  
que no hay traición como matar con  
Por sólo hallar un papel [celos!  
dejé el tuyo y mi remedio;  
era entonces niño amor,  
regalábase de tierno.  
Agora desdenes claros,  
y celos de engaños llenos,  
aun no me apartan de ti,  
pues hoy a tus puertas muero.  
Parezco mal jugador,  
y échase de ver que pierdo,  
pues te vas con la ganancia  
y con los naipes me quedo.  
¡Aquí justicia, vengativos celos,  
que no hay traición como matar con  
[celos!

(Sale MORATA.)

MORATA. ¿Estás ya de seso falto?

¿Tómame ya la celera?

¿Tenemos ya tabanera?

¿Anda la cholla por alto?

¿Qué moscarda te ha picado?

¿Qué abejoruco o demonio?

LISARDO. Sólo un falso testimonio  
y un majadero criado.

¡Infame! ¿Qué has dicho a Estela,  
que ya sabe cuanto trato?

MORATA. ¿Siempre me has de dar barato,  
que te duela o no te duela?

¿Siempre ha de haber para mí  
candelerazo (1) del Carpio?

LISARDO. Si no te muerdo y escarpio,  
infame lacayo, aquí,

es por no perder del todo  
la honra con la paciencia.

MORATA. Será alguna impertinencia,  
y trátasme deste modo.

LISARDO. ¿Qué has dicho a Estela, que sola  
Estela me ha de matar?

MORATA. ¿Siempre te he yo de quitar  
los tábanos de la cola?

¿Qué le puedo yo decir?

(1) B: "con el barato".

LISARDO. ¡Hoy te he de quitar la vida!

(*Entra MERENCIO y cíbrese MORATA.*)

MORATA. ¿No hay amistad que te impida? (1)

MERENC. Señor, ¿qué es esto?

MORATA. Refñir  
los hombres con sus criados.

MERENC. ¿Qué ha hecho?

MORATA. Decir os quiero  
lo que ha hecho el majadero,  
viéndome en tantos cuidados.

Dióme a guardar cierta cosa,  
que dice que he dado a Estela (2),  
que a quien anda con cautela  
es la lealtad sospechosa.

Sin esto de las raciones  
tiene quejas, que ha pensado  
que es de algún pelón criado,  
pues no son todos pelones;  
yo lo hago mejor con él,  
que él conmigo.

LISARDO. Así es verdad.

MORATA. Tenéis mucha libertad  
fiado en que sois fiel;  
pues todo fiel cristiano  
hoy se vaya norabuena;  
que en mi casa no se cena,  
y acostámonos temprano.

LISARDO. ¡Qué buena paga!

MERENC. ¡Eso no!

Quedarse tiene por mí.

MORATA. ¿Faltarán pajes ahí

a un Capitán como yo?

Haga cuenta qué le debo.

¡Pasa aquí, mentecadón!

MERENC. Recio sois de condición.

LISARDO. Tres años ha que lo llevo  
con aquestos disparates,

MORATA. ¡Lacayo, pasad allí!

LISARDO. Morata, bueno está así; (*Ap.*)  
no quiero que así me trates.

MERENC. No haya más. A decir voy  
que habéis venido, que os quiere  
hablar Otavia.

(*Vase MERENCIO; descúbrese MORATA.*)

LISARDO. Quien viere  
lo que has hecho y no quien soy,  
¿qué dirá de ti y de mí?

MORATA. ¿También en aquesto erré?

LISARDO. Pues ¿qué desatino fué  
que me tratases así?

MORATA. O soy amo, o no soy amo,  
¿o se ha de saber, o no? (1)

LISARDO. ¿Tengo de suírtete yo  
llamarme lo que te llamo?

MORATA. ¿Pues cómo se ha de creer? (2)

LISARDO. Necio, con buenas razones.

MORATA. ¿Conmigo en puntos te pones?  
Tú lo echarás a perder.

¿Esto de servirte medro?

LISARDO. Mi figura representas,  
pero es menester que sientas  
lo que va de Pedro a Pedro.

(*Salc MERENCIO, descúbrese LISARDO, y cíbrese MORATA.*)

MERENC. Otavia dice que entréis.

MORATA. Quédate, Lisardo, aquí.

MERENC. ¿Volvístele a casa?

MORATA. Sí,  
que es buen hijo.

MERENC. Bien hacéis.

(*Vanse, y queda LISARDO solo.*)

LISARDO. Todo me persigue el cielo.  
¡Ah, qué daño me ha traído  
haber venido Leonido  
a su casa de Riselo!  
¿Pero cómo estorbaré  
el casamiento trazado?

(*Salen RICARDO y FIDENO, su criado.*)

FIDENO. Aquí he visto aquel criado  
de quien antiyer te hablé,  
que es un cierto bellacón  
de allá del margen del mar.

RICARDO. ¿Pues ese querrá jurar?

FIDENO. Juraré por un doblón.

Trácle por su valiente  
este Capitán, y es hombre  
arriscado y de mal nombre,  
y para el caso excelente,  
porque tiene ya noticia  
deste pleito que tratáis,  
y aun sabe que no esperáis  
por vuestra parte justicia.

RICARDO. ¿Es aquél?

(1) B: "lo impida".

(2) B: "ha dado Estela".

(1) B: "¿Hase de servir, o no?"

(2) B: "Pues di cómo se ha de hacer."



FIDENO. El mismo.  
 RICARDO. ¡Llega!  
 FIDENO. Mi señor os quiere hablar,  
 que habéis por él de jurar  
 de cierta cosa que os ruega.  
 Que vos lo sabéis muy bien,  
 si no de vista, de oído.  
 LISARDO. ¿Es impedir que Leonido  
 se case?  
 FIDENO. Y decir también  
 cómo sabéis que trató  
 casamiento con Ricardo.  
 LISARDO. (Por aquí (1) vengarme aguardo,  
 buen testigo seré yo.  
 Estorbaré el casamiento.)  
 FIDENO. Llégate a hablar.  
 LISARDO. Yo, señor,  
 sé mucho de vuestro amor.  
 ¿Bastará mi juramento  
 para que a Estela gocéis?  
 RICARDO. ¡Ay, amigo (2), estoy mortal!  
 LISARDO. Ya sé lo que es, por mi mal,  
 el mal que vos padecéis,  
 que tal por amor me vi.  
 Mirad si es poco rigor,  
 que en el tribunal de amor  
 soy testigo contra mí.  
 RICARDO. Fuera de que mil reales  
 te daré en escudos de oro,  
 si gozo a Estela que adoro,  
 te daré dos joyas tales  
 que no las tiene hoy hidalgo  
 de más valor en Castilla,  
 que es una hermosa cuchilla  
 con que yo de noche salgo,  
 que partirá un hombre armado,  
 negra, de aceros y tuerte;  
 la otra, un broquel de suerte,  
 de limaduras formado,  
 que no le pase un ataque,  
 aunque con toda la furia  
 le tiren, ni le hace injuria  
 el filo, aunque más le toque.  
 LISARDO. Si yo jurara mentira,  
 pagarme fuera razón;  
 dignas esas armas son  
 de hombre que también las mira;  
 y el dinero para hacer

una caja en que guardallas.  
 RICARDO. Bien dices; mas, ¿dónde hallas  
 que verdades puedan ser  
 en mi pleito de provecho,  
 ya que ser noble te haga  
 tener en poco la paga,  
 que es muestra de hidalgo pecho?  
 LISARDO. Saber yo, como lo sé,  
 que cuando intentó Lisardo  
 casarse (1), por vos, Ricardo,  
 desesperado se fué.  
 Porque hallando un paje vuestro,  
 aunque entonces no entendió  
 cuyo fué, y que escondió,  
 tan atrevido y tan diestro,  
 cierto papel que llevaba,  
 creyendo vuestro concierto,  
 se partió, donde fué muerto.  
 RICARDO. ¿Dónde estabas?  
 LISARDO. ¿Dónde estaba?  
 Con él mismo.  
 RICARDO. ¿Tú con él?  
 LISARDO. Como agora estoy con vos.  
 RICARDO. ¿Servíaisle?  
 LISARDO. Sí, y por Dios,  
 que vi parte del papel.  
 Juraré que por los celos  
 que le diste se ausentó,  
 y de casarse dejó.  
 RICARDO. ¿Qué es esto, piadosos cielos?  
 Sin duda que me enviáis  
 mi remedio en este hombre.  
 ¿Tu nombre?  
 LISARDO. ¿Importa mi nombre?  
 RICARDO. Basta que allá lo digáis.  
 FIDENO. No te detengas, señor;  
 llévale luego a jurar.  
 RICARDO. Ven, que me has de remediar,  
 si tiene remedio amor.  
 LISARDO. No puede pasar de aquí  
 mi daño, amor enemigo,  
 pues en la causa que sigo  
 soy testigo contra mí.

(*Vanse. Sale OTAVIA, SABINA y MORATA.*)

MORATA. ¿En efeto, no hay remedio?  
 OTAVIA. Perdóneme Feliciano,  
 que he de dar gusto a mi hermano;  
 mi hermano está de por medio.  
 Quiere a Estela, a quien Riselo

(1) B: porque dél vengarme".

(2) B: "No sé, amigo."

(1) B: "casado".

le niega, sino me da;  
bien podéis iros, que ya  
creo que lo impide el cielo.

MORATA. ¿De qué sirvió entretener  
un capitán como soy  
con "no ha podido ser hoy",  
pero "mañana ha de ser"?  
"Volved", "tornad", "ya no pue-  
do", para burlar [do],  
a quien lo sabrá vengar (1)  
algún día deste enredo.

¡Vive Dios!, que quien se fia  
de mudanzas de mujer...

OTAVIA. ¿Pues tengo de aborrecer  
lo que es propia sangre mía?

¿Hase de morir mi hermano?

MORATA. No importa, yo haré que vea  
muy tarde lo que desea.

SABINA. ¡Capitán, blanda la mano!

MORATA. Sabina, los capitanes  
siempre las tenemos duras.  
¡Mataré!

SABINA. ¡Quedo! ¡Locuras!  
¿Con las hembras ademanas?

Váyase a matar ingleses  
en la carrera del mar,  
que aquí no podrá matar,  
si no es pulgas, en diez meses.

MORATA. Por el pendón que en Orán  
metió el romano Delfín,  
y en Samaría (2) y San Quintín  
los negros del Preste Juan;

por la manopla de Marte,  
por el caballo Babieca,  
por la lanza chichimeca,  
que atravesó a Durandarte;

por la gola de Lantaro,  
por los gregüescos del Cid,  
que no han de ver en Madrid,  
cuando llueva, día claro;

ni el pan duro será tierno,  
ni el más alto será enano,  
ni habrá budo en el verano,  
ni habrá polvo en el invierno:

no saldrá nadie de casa,  
mientras estuviere en ella;  
ni la mujer que es doncella  
lo ha de ser más si se casa.

Reto a Riselo y Leonido,  
reto a Otavia, reto a Estela,  
del sombrero a la chinela,  
de la camisa al vestido.

¿A un capitán que se halló  
en Sansueña con Gaiferos,  
y que fué de los primeros  
que de la batalla huyó?...  
¡Fuera! Que voy furibundo:  
nadie me detenga el paso,  
que todo ha de quedar raso  
después que se acabe el mundo.

(Vase muy furioso.)

OTAVIA. Enojado va.

SABINA. ¿Qué haremos?

OTAVIA. Sufrir el mal que viniere,  
pues que mi hermano lo quiere.  
SABINA. Con razón ha hecho extremos.

OTAVIA. Hoy con todos me malquistó;  
mira en qué peligro estoy.

(Sale FELICIANO.)

FELIC. ¿Quién es Otavia?

OTAVIA. Yo soy.

FELIC. ¿Conócesme?

OTAVIA. Ni te he visto

FELIC. Agravio, Otavia, me hicieras  
si me hubieras conocido,  
porque con sólo tu olvido  
disculpa darme pudieras  
de los enredos que intentas.

SABINA. ¿Si le envía el Capitán?

FELIC. ¿Qué hombres son estos que dan  
en renovar mis afrentas?

Yo pasé, huyendo de tí,  
a las Indias ha seis años,  
celoso de tus engaños,  
desconfiado de mí.

Carta tuya no he tenido,  
y cuando seguro estoy  
y a mis pretensiones voy,  
soy por poder tu marido.

¿Conócesme agora?

OTAVIA. ¡Ay, cielo!

¿Eres tú mi Feliciano?

FELIC. Desvía, Otavia, la mano;  
ya no hay fuego; todo es hielo.

(1) B: "un capitán como yo  
como ha podido ser hoy  
pero mañana ha de ser.  
Volved, tornad ya no puedo,  
ir puedo para burlar  
a quien se habrá de negar."

(2) B: "Mantua."

¿Enredos haces conmigo?  
 OTAVIA. Mi bien, por Leonido fué  
 el guardarte mal la fe  
 y despedir a tu amigo,  
 que está por Estela muerto.  
 FELIC. ¿Eso qué tiene que ver  
 con la traición del poder?  
 Desharé luego el concierto.  
 OTAVIA. No habrá más Riselo en mi.  
 Dadme esos brazos, mi bien.  
 SABINA. Señor, no mostréis desdén.  
 OTAVIA. ¡Mi bien! ¿En qué os ofendí,  
 si os imaginaba en Lima?  
 FELIC. Ya esa Lima de tu amor  
 rompió mi prisión.  
 OTAVIA. Señor,  
 estas lágrimas estima.  
 De no haberte obedecido  
 muy arrepentida estoy.  
 FELIC. ¿Qué dices?  
 OTAVIA. Que tuya soy.  
 y que esos brazos te pido.  
 ¡Presto, presto!  
 FELIC. Mira, Otavia,  
 que no vengo aquí por ti.  
 OTAVIA. De celoso hablas así;  
 no mates quien no te agravia.  
 Y pues de tan lejos vienes,  
 no niegues que tu venida  
 no ha sido a darme la vida,  
 que ya en esas manos tienes.  
 Si no es que habiendo llegado  
 adonde verte merezco,  
 diferente te parezco  
 de lo que has imaginado.  
 pues la misma soy que fuí.  
 y aquel mismo amor te tengo.  
 FELIC. Mira, Otavia, que no vengo  
 ni a casarme ni por ti.  
 Mira que paso a la corte (1);  
 mira que te han engañado.  
 OTAVIA. Mi bien, ¿estás enojado?,  
 tu amor tus celos reporte.  
 Sácame luego de aquí;  
 a tu posada me iré.  
 FELIC. Que no es ya el tiempo que fué.  
 OTAVIA. ¿Por qué me tratas así?  
 FELIC. (Esta ha de dar ocasión,  
 si acaso viene su hermano,

para que tenga por llano  
 que me trujo su afición.

Quiero irme a la posada,  
 y partirme luego.) ¡Adiós,  
 Otavia!

OTAVIA. Mi bien, ¿que en vos  
 (Vase.)

cabe un alma tan airada?

¡Señor, señor! ¿Ves, Sabina?

SABINA. No hay remedio.

OTAVIA. Ve tras él

(Salen LEONIDO, RISELO y ESTELA.)

LEONIDO. ¿Qué es esto?

OTAVIA. ¡Hermano cruel!

Otavia se determina

a no seguir tus acuerdos,  
 porque tu bien solicitas  
 y mi remedio me quitas.

LEONIDO. ¿Somos locos?

OTAVIA. No sois cuerdos.

Yo me tengo de casar  
 con Feliciano: esto es hecho.

RISELO. Mi bien otra vez deshecho.

¿Qué tengo ya de esperar?

ESTELA. Mira, Otavia, que es fingido  
 todo aquesto del poder,  
 y esto no es por ser mujer,  
 como piensas, de Leonido;  
 pero por desengañarte  
 de que engañado te han.  
 Yo conozco al Capitán  
 y sé que tira a otra parte.

OTAVIA. ¿Qué me dices?

ESTELA. Lo que escuchas.

OTAVIA. ¿Fingido el Capitán?

ESTELA. Sí.

OTAVIA. ¿Pues tú enredos contra mí,  
 en vez de amistades muchas?

ESTELA. ¿Cómo enredos? Yo sé que es  
 persona muy diferente.

OTAVIA. ¿Que esto tu malicia intente,  
 Estela, por tu interés?

Pues ya me vengáis en vano,  
 que aquí ha estado en este punto  
 mi bien, mi remedio junto.

ESTELA. ¿Quién ha estado?

OTAVIA. Feliciano.

LEONIDO. ¿Feliciano?

OTAVIA. ¿No es verdad,  
 Sabina?

(1) B: "Adelante."

SABINA. ; Y cómo si fué!

OTAVIA. Pretendió probar mi fe,  
quiso ver mi voluntad.  
Al Capitán dió poder,  
y escondido ver quería  
si aquel amor le tenía  
que le solía tener.  
Esto es ya resolución;  
ya le di palabra y mano.

LEONIDO. ; Que aquí estaba Feliciano?

RISELO. Acabó mi pretensión.

ESTELA. Callad, que no lo entendéis:  
ni Feliciano está aquí,  
ni viene más que por mí.

OTAVIA. ; Cómo no?

ESTELA. Ya lo veréis.  
Pues que va tan adelante  
tu locura, yo os diré  
la verdad, que yo la sé,  
puesto que Otavia se espante.  
Para poder estorbar  
el casarse con mi hermano,  
finge que está Feliciano  
ahora en este lugar.  
Tras haber también fingido  
el Capitán del poder,  
que pretende ser mujer  
de diferente marido.  
Tras ella desde Sevilla  
vino a Madrid un galán,  
que anda con el Capitán  
sirviéndole por la villa,  
porque no se eche de ver.

LEONIDO. ; Ah, vil hermana! ; Esto pasa?

RISELO. ; Otavia, en mi propia casa  
esto te atreviste hacer?

OTAVIA. Con eso si la miraba

ESTELA. las espaldas me volvía.  
; Qué dices?

OTAVIA. Otavia mía,  
la flecha es (1) de aquesta aljaba.  
; En esto pones (2) la mira?

OTAVIA. ; Plegue al ciclo soberano,  
si no está aquí Feliciano!...

LEONIDO. No jures.

ESTELA. Todo es mentira.  
Yo sé quién es el galán.

OTAVIA. ; Sabina, la verdad di!

(1) B: "Las flechas de."

(2) B: "ponen".

SABINA. Digo que le he visto aquí.

LEONIDO. Yo buscaré al Capitán.

RISELO. Y yo al soldado fingido.

LEONIDO. Sígueme.

OTAVIA. Presto verás  
*(Vanse RISELO y LEONIDO.)*  
en el engaño que estás.  
; Cómo, Estela, por Leonido  
testimonio me levantas?  
Yo digo verdad, Otavia,  
y tú eres quien me agravia (1),  
después de amistades tantas.  
; Ese (2) hombre quieres bien,  
que es hombre que me ha querido?  
Que no es (3) querer a Leonido,  
es celos de su desdén.  
Por ti me ha tratado mal.  
OTAVIA. ; Estás loca?

ESTELA. Tú lo eres,  
pues porque a Lisardo quieres  
has hecho traición igual.  
OTAVIA. ; Yo a Lisardo?

ESTELA. Tú a Lisardo.  
OTAVIA. ; Un muerto?

ESTELA. Que vive en ti.

OTAVIA. Yo no he de estar más aquí;  
desengañaros aguardo.  
Daca mi manto, Sabina;  
toma el tuyo, yo me iré  
con mi marido.

ESTELA. Yo sé  
que es de tu amor cosa indigna.  
OTAVIA. Yo iré sola.

SABINA. No he de estar  
en esta casa.

ESTELA. Perdemos  
nuestro bien.

OTAVIA. ; Y acá tenemos  
algo en qué poder ganar?

ESTELA. La honra que sobra aquí.

OTAVIA. Yo la doy, si alguna tiene.

ESTELA. ; Qué honra, infame, si viene  
un hombre a Madrid tras ti?

OTAVIA. ; Mientes!

*(Arremete la una a la otra, y SABINA las pone en paz.)* (4)

(1) B: "Lisardo es el que te agravia."

(2) B: "A ese."

(3) B: "El."

(4) A no tiene esta acotación.



- SABINA. Ténganse, señoras.  
 OTAVIA. ¡Apartad! ¡Dejadme ir!  
*(Vanse, y queda sola ESTELA.)*
- ESTELA. Decir tu infamia es mentir.  
 ¡Vete, que a Lisardo adoras!  
 Triste de mí, que me abrasan  
 celos de aquesta mujer.  
 Ella se va. ¿Qué he de hacer?  
 Hoy se juntan; hoy se casan;  
 hoy sin mi Lisardo quedo.
- (Salen LISARDO y MORATA.)*
- LISARDO. Pregúntale si está aquí.  
 ESTELA. ¿No es aquel mi traidor? Sí,  
 que ya me lo dice el miedo.
- MORATA. Riselo está aquí, señora.  
 ESTELA. ¡Oh, Capitán de mi mal!  
 ¿A qué bueno?
- MORATA. En el portal  
 queda la justicia ahora,  
 que le vienen a prender  
 por la muerte de Lisardo.
- ESTELA. Aun ese enredo es gallardo;  
 bien se os puede agradecer  
 el aviso que habéis dado,  
 pues viniendo el muerto ahí,  
 decís que a prenderle aquí  
 hoy la justicia ha llegado.  
 Vos le pediréis la muerte.
- LISARDO. Y yo juro que le vi  
 herido delante de mí.
- ESTELA. Todo está bien desuerte.  
 Mas ¿cómo no vas a ver,  
 Lisardo, a Otavia, que es ida  
 tras ti?
- LISARDO. Bueno. ¡Por mi vida!,  
 di que quiero a esa mujer.
- ESTELA. ¿Luego no vienes por ella  
 de Sevilla?
- LISARDO. ¿Habrás querido,  
 por casarte con Leonido,  
 decir que vengo tras ella?
- ESTELA. ¿Pues no es verdad que la adoras?
- LISARDO. Si así quieres a Riselo,  
 serás a su fuego hielo.
- ESTELA. Deja palabras traidoras.
- LISARDO. Deja tú los fingimientos  
 con que de celos me matas.
- ESTELA. Tú los enredos, que tratas  
 por cubrir tus pensamientos.
- LISARDO. Yo sólo te quiero a ti.
- ESTELA. Yo a ti sólo, prenda mía.
- MORATA. ¿Pues no es gran borrachería  
 que os tratéis los dos así?
- LISARDO. ¿Qué quieres? ¡Rabio de celos!
- ESTELA. ¿Qué quieres? ¡De celos rabio!
- MORATA. Pues declarad el agravio,  
 echemos a la mar pelos (1),  
 y abrazaos, por vida mía.
- ESTELA. Por mí, si el quiere...
- LISARDO. Y por mí,  
 si quiere ella...
- MORATA. Si es así,  
 puto el postre.
- ESTELA. ¡Oye!
- LISARDO. ¡Desvía!
- Gente suena.
- MORATA. Este es Merencio.
- (Sale MERENCIO.)*
- MERENC. Ricardo y un (2) Alguacil,  
 el Vicario y otros mil  
 hombres que paso en silencio  
 viene a llevar a Estela.
- ESTELA. ¿A mí? ¿Pues qué habrán probado?
- LISARDO. Lo que yo, triste, he jurado,  
 aunque es verdad, con cautela.  
 Como tan suya te vi,  
 dese mancebo gallardo,  
 en el pleito de Ricardo  
 fuí testigo contra mí.  
 Juré lo que no debiera.
- ESTELA. ¿Tú juraste?
- LISARDO. Yo juré.
- ESTELA. ¿Contra mí?
- LISARDO. Contra mí fué.  
 Notable daño me espera.
- ESTELA. Llévame, mi bien, contigo.
- MORATA. No dice mal.
- LISARDO. ¿Hay por dónde?
- ESTELA. Por la puerta que responde  
 al huerto.
- LISARDO. Ven.
- ESTELA. Yo te sigo.
- (Vanse RICARDO y un ALGUACIL y un NOTARIO,  
 RISELO y LEONIDO.)*
- RISELO.  
 ¿Depositán a Estela?
- 
- (1) B: "¿Qué quieres? Rabio de celos!  
 Pues declarar ya el agravio,  
 tomad un consejo sabio  
 echemos a la mar pelos."
- (2) B: "Aquí viene un."

RICARDO.

No os parezca  
que aventuráis honor; soy su marido.

RISELO.

Hasta ahora, Ricardo, no sabemos  
el fin del pleito.

NOTARIO.

No será dudoso,  
que hay testigo que jura.

RISELO.

¿La palabra?

NOTARIO.

No la palabra, pero haberse ido  
Lisardo de Madrid de justos celos  
de un papel de Ricardo (1).

(Sale MERENCIO.)

MERENCIO.

Noticié en casa

mi señora.

RISELO.

¿Qué dices?

MERENCIO.

Entren todos,  
porque tendrán más ojos para verla.  
Aquí le dije yo que la buscaba  
Ricardo y la justicia.

RICARDO.

¿Pues por dónde  
se pudo ir?

RISELO.

Sin duda por el huerto.

RICARDO.

¿Aquí hay traición! ¿Seguidme!

ALGUACIL.

No es posible

(Vanse RICARDO, el NOTARIO y el ALGUACIL.)  
que estén muy lejos.

LEONIDO.

Di, Merencio, ¿es ida,  
o quiéreslos burlar?

MERENCIO.

La burla es vuestra,  
porque sin duda alguna la ha llevado  
el Capitán que aquí con ella estaba.

RISELO.

Por no casarse se valió, sin duda,  
del Capitán.

MERENCIO.

Yo sé su casa.

RISELO.

Vamos,  
que allí la debe de tener oculta.

LEONIDO

De mal principio, triste fin resulta.

(Vanse, y salen FELICIANO, OTAVIA y ESTELA.)

FELIC. ¿Qué libertad encubierta!

¿Vos venís a mi posada?

OTAVIA. Una voluntad despierta  
de mujer determinada  
tanto vale cuanto acierta.

¿Mal parece un caballero  
tratar así lo que quiso?

FELIC. Si lo quiso, no lo quiero.

OTAVIA. Ya llega tarde el aviso;  
de vos mi remedio espero.

FELIC. Yo parto a Valladolid.  
¿Oyes? ¿Ensilla, Fidenio!

OTAVIA. Lo que es mi honor advertid.

FELIC. Por Dios, que es darme veneno  
tenerme una hora en Madrid.

¿Enfrena, Fidenio!

OTAVIA. ¿Y vos,  
señor, la furia enfrenad!

FELIC. Pártome ahora, por Dios

OTAVIA. Deténgame mi voluntad,  
que es rémora de los dos.

(Salen MORATA, ESTELA y LISARDO.)

LISARDO. Aquí estaréis escondida.

MORATA. Aquí hay gente.

LISARDO. ¿Quién?

MORATA. Otavia.

LISARDO. ¿Oh, qué graciosa venida!

ESTELA. ¿Dónde tienes quien me agravia?

¿Quiéres quitarme la vida?

MORATA. Señora, ¿qué hacéis aquí?

OTAVIA. Vengo a buscar mi remedio.

ESTELA. ¿Mira si le niega?

(1) B: "Lisardo de Madrid de justos celos  
de su papel de Ricardo."

LISARDO. Di:  
¿cómo te pones en medio  
de amor, de Estela y de mí?

OTAVIA. ¿Es éste, por dicha, el hombre.  
Estela, que te da celos?  
Porque apenas sé su nombre.

ESTELA. ¿Quieres tú y quieren los celos  
que de tus celos me asombre?

OTAVIA. Ya verás si es error vano  
tener celos de los dos;  
el que ves es Feliciano.

MORATA. ¡Gran gente viene, por Dios!

LISARDO. ¿Quién son?

MORATA. Ricardo y tu hermano

(Salen RICARDO, LEONIDO, RISELO, el ALGUACIL y el NOTARIO.)

(HUELSPED, dentro.)

HUELSPED. El Capitán entró ahora  
dentro con una señora.

RICARDO. Entrad, que juntos están.

RISELO. ¿Así, señor Capitán,  
un noble amor se desdora?  
¿A una posada traéis  
a una mujer como Estela?

MORATA. Si alguna queja tenéis,  
no fué mía la cautela,  
es del que a su lado veis.

LEONIDO. ¿Quién es?

LISARDO. Yo soy su marido.

RICARDO. ¿Marido? ¡Oh, perro villano!

LISARDO. ¡Paso, Ricardo y Leonido!  
No soy villano, aunque es llano  
que lo parezca el vestido.  
Lisardo soy.

RICARDO. ¿No eres muerto?

LISARDO. No, que sané de la herida,  
y a Madrid vine encubierto,  
porque mi presencia impida  
vuestro tratado concierto.  
Este Capitán fingi,  
y también lo fué el poder.

FELIC. Eso qué me toca a mí  
me ha obligado a responder.

LISARDO. ¿Eres Feliciano?

FELIC. Si.

LISARDO. Pues ya digo que es fingido,  
que este es mi lacayo.

RISELO. ¿Quién?

LISARDO. ¡Mi lacayo así vestido!

MORATA. Morata soy, ¿no me ven?

RICARDO. Lisardo, traidor has sido,  
que tú me has traído aquí.

LISARDO. Fuí testigo contra mí,  
por dilatar con cautela  
que Leonido goce a Estela;  
que traidor nunca lo fuí.

RICARDO. Aunque contra mí el enredo  
goza tú Estela este día,  
pues yo gozarla no puedo.

RISELO. Bien, Feliciano, temía,  
pues por vos sin mujer quedo.

FELIC. No haréis, que yo no he venido  
a ser de Otavia marido;  
fingido ha sido el poder.  
y así os la doy por mujer,  
como lo quiera Leonido.

RISELO. ¿Adónde está Otavia?

FELIC. Aquí.

(Descubre FELICIANO a OTAVIA (1), que salió cu-  
bierta con manto.)

LEONIDO. ¿Otavia!

OTAVIA. Vine engañada  
de una voluntad pasada  
y un testigo contra sí.

FELIC. Yo a la vista me remito.

LEONIDO. ¿Y yo?

MORATA. Aguarden un poquito.  
¿Hase de quedar Morata  
sin esta cara de plata?

SABINA. Como por ti me derrito.

MORATA. Di por vida tuya un sí.

SABINA. Si digo que soy tu esclava.  
Pues vamos, y acabe aquí,  
pues aquí la historia acaba  
del Testigo contra sí.

FIN DE LA COMEDIA DEL "TESTIGO CONTRA SÍ."

(1) Falta en A esta última parte de la acotación.

LA FAMOSA COMEDIA  
DEL  
TIRANO CASTIGADO<sup>1</sup>  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

REYNALDO,	FABIO,
LUDOVICO,	TIBALDO,
FABIO,	ALBANO,
RUFINO,	ARMINDA,
HORTEO,	EL DUQUE ANSELMO,
LIBERIO,	ENCASO,
TIBALDO,	NICOLINO,
LISARDO,	ASISTENTE,
El DUQUE ANSELMO,	EL DUQUE ANSELMO,

ACTO PRIMERO

(FABIO sale con un papel en la mano.)

REYNALDO. Ec, Fabio, vuelve de ti.  
FABIO. ¿Qué importa, misero (2) y si dice Arminda que no, que diga Albano que sí?  
REYNALDO. El gusto del padre es ley.  
FABIO. Eso, Reynaldo, es error.  
REYNALDO. ¿De qué suerte?  
FABIO. Porque amor es sobre las leyes rey.  
Desde el principio del mundo hasta el estado en que está, leyes quita, leyes da en cielo, tierra y profundo.  
REYNALDO. Algunas doncellas, Fabio, han casado a su disgusto por tener puesto su gusto en el dueño de su agravió (3).  
Y guzadas del que ha sido contra su gusto y forzado, lo aborrecido han amado, y lo amado aborrecido.

Luego el vino amor se enfiere.  
FABIO. En qué topa el serle ingrato?  
REYNALDO. En la gran fuerza del trato y el vivir en compañía.  
A des días que esta tengas por Arminda es a seguir que no venga yedra a muro como tú a sus brazos vengas.  
FABIO. Eso es si el padre fuese a forzalla poderoso, y ya me viese su esposo y ya en sus brazos me viese.

Pero si resiste tanto que el padre cumplir no pueda su palabra, incierta queda mi esperanza, y cierto el llanto.  
Y esto será lo más cierto, porque en deslucha tan ciega contra! que amor conciencia es vano cualquier a ciencia.  
La palabra que me ha dado su padre con buen deseo, sé que Arminda a Flarisco le ha dado (1); escrito y firmado.  
Pues cuenta con ella de ser menos que para perdolla, que cumplan el padre y ella lo que no pueden hacer.

LUDOVICO. ¿Sabe Albano que pretende Flarisco a Arminda?  
FABIO. Sí.  
LUDOVICO. ¿Pues por qué te afires a ti lo que el Duque le defiende?  
FABIO. Porque como al padre airado, que por ser tan desigual lleve el casamiento mal, y el dar a Arminda su estado.

(1) Parte IV, Madrid, 1911.  
(2) Texto: "misero".  
(3) Texto: "tu agravió".

(1) Texto: "le dado".



LUDOVICO. ¿No es Albano su pariente?

FABIO. Poco, pero es pobre al fin.

LUDOVICO. No hay linaje más ruin  
que el pobre.

FABIO. Verdad patente;  
ni más noble que el del rico.

LUDOVICO. Alguna vez la riqueza  
publica más la bajeza.

FABIO. No lo creas, Ludovico;  
que no hay cosa que el dinero  
no encubra, solape y haga.

LUDOVICO. Mientras acaricia y paga  
al pobre y al lisonjero;  
porque en no le dando nada  
le murmura y le condena.  
¿Y cómo puede ser buena  
honra que ha de ser comprada?

REYNALDO. Dejad disputas agora,  
y hablad en lo que hace al caso.

FABIO. Digo, amigos, que me abraso  
por esta nieve traidora,  
y que dilata mi bien  
porque a Floriseo trata.

LUDOVICO. Pues da muerte a quien te mata.

FABIO. Es muy fuerte su desdén.

LUDOVICO. No digo sino al galán.

FABIO. ¿Al hijo del Duque?

LUDOVICO. Al mismo.

FABIO. Es acrecentar mi abismo,  
y echar en fuego alquitrán.

Pero también imagino  
que sólo está de por medio  
la fuerza de ese remedio,  
que por mi bien determino.

Mis deudos sois y mejor  
diré que sois mis amigos:  
ya sois de mi mal testigos  
y del gran poder de amor.

Los dos amáis y sabéis  
la desculpa de quien ama.

REYNALDO. Amigos no más nos llama.

FABIO. Dueños del alma seréis.

REYNALDO. Llegad, Fabio, a la ventana,  
que sin duda la han abierto (1).

FABIO. De hablar han hecho concierto.

REYNALDO. Pues por la mano le gana.

(ARMINDA en lo alto: FABIO, embozado, llega; REYNALDO y LUDOVICO hablan aparte.)

LUDOVICO. Oye, Reynaldo.

REYNALDO. Ya entiendo  
lo que me quieres decir.

LUDOVICO. Floriseo ha de morir.

Ya sabes lo que pretendo.

Que puesto que el Duque tiene  
dos hijos, serlo yo aguardo  
si éste muere, que el bastardo  
detrás de mil deudos viene,  
y con lo que yo lo soy  
sé que a mejor tiempo llego.

REYNALDO. Ninguna cosa te niego,  
y a todas contigo estoy.

Esta espada y esta vida  
mira en lo que te aprovecha.

LUDOVICO. Dame esa mano derecha.

REYNALDO. (Será de amistad fingida;  
que en muriendo Floriseo  
te dire mi pretensión.)

ARMINDA. Tres hombres veo. ¿Si son  
sombras del bien que deseo?  
¿Sois vos, mi bien?

FABIO. Siendo vos  
la luz que esta noche alumbra,  
¿no me veis?

ARMINDA. ¿Qué deslumbra  
lo que en vos ha puesto Dios?  
¿Cómo he de tener alguna  
sino es de vuestro arrebol?  
Porque en presencia del sol  
mal puede alumbrar la luna.

FABIO. (Por Floriseo me tiene.  
¡Ay, triste!, que vengo a ver  
a tan alto encarecer:  
que no responda conviene.)

Pero creed que si fuera  
sol, a esos pies me humillara  
y en los ojos de esa cara  
tuviera mi ardiente esfera.

Rayos hiciera el cabello  
que esa bella frente adorna,  
y cuando se ausenta y torna  
se pudiera ver en ello.

Que si a la espalda estuviera  
allí fuera mi accidente,  
y en volviéndole a la frente  
de vuestra frente saliera.

ARMINDA. ¿Eso es amor, o burlar?  
Deja que en su esfera esté  
el sol, porque pensaré  
que me quieres abrasar.

Y no estoy yo tan helada

(1) Texto: "la ha abierto".

que eso pretendáis de mí,  
de quien ya tenéis un sí  
y una cédula firmada.

FABIO. ¡Ay de mí! Verdad es [todo]! (1)  
Casada está ya con él.)

(FLORISEO y un músico.)

FLORISEO. No porque ha sido cruel  
la letra, Ergasto, acomodo;  
mas porque para cantar  
siempre el discreto amador  
ha de fingir disfavor,  
y los favores callar.

ERGASTO. Sangrarse en salud se llama,  
y así Ovidio lo aconseja  
cuando el amador se queja  
y está en gracia de su dama.

Yo canto, en fin, lo que quieros.

FLORISEO. Aguarda, que hay gente aquí.

ERGASTO. ¿Si hablaba a Arminda?

FLORISEO. ¡Ay de mí!

ERGASTO. ¿Pues qué me mandas?

FLORISEO. Que esperes.

ERGASTO. Nunca a la calle o ventana  
se ha de venir con discante,  
sino con gentil montante,  
con rodela o partesana.

La guitarra a dejar voy  
y traer una rodela.

FLORISEO. Ergasto, aquí aguardo. ¡Vuela!

ERGASTO. Ya vuelvo. (A acostarme voy.)

(Vase.)

FLORISEO. (Vile cobarde, y échele;  
que mejor solo he quedado  
que de un hombre acompañado  
que en viendo la espada vuelve.  
Llegarme quiero al balcón.)  
Di, cruel: ¿eres tú quien  
ayer quiso a un hombre bien,  
y hoy a tres, que estos tres son?

¿Qué ha sido tu pensamiento,  
con esta breve mudanza,  
sino ser de mi esperanza  
tu firma y palabra el viento?

¿Cuál es, si no son los tres,  
el que has hablado y querido?

ARMINDA. El que tu nombre ha fingido.

¿Vaste?

FLORISEO. Volveré después.

(Retírase.)

(Quiérome aquí retirar,  
que un embozado se llega.)

ARMINDA. La noche oscura me niega  
el concer y mirar.

Sin duda que aquel primero  
no fué mi bien. ¡Grande engaño!

(Llega a la reja FABIO.)

FABIO. Ya yo he visto el desengaño  
del cubierto caballero.

No tengáis, señora, pena,  
que bien me podéis hablar.

ARMINDA. De la que os pude (1) causar  
estaba, mi bien, ajena.

¿Por qué os habéis apartado  
con tanto enojo de aquí?

FLORISEO. Ya vuelve a hablarle. ¡ay de mí!  
y satisfacción le ha dado.)

FABIO. Apartéme porque entraba  
alguna gente en la calle.

ARMINDA. ¿Quién es el que vuestro talle,  
pasos y voz imitaba?

FABIO. No le he conocido bien;  
espera, daré una vuelta.

FLORISEO. ¡Ah, vil Arminda, resuelta  
a mi muerte y tu desdén!

El hombre deja el balcón;  
volver quiero, aunque me maten.)

(Vuelve FLORISEO, retirado FABIO.)

ARMINDA. (Mil recelos me combaten  
de que hay alguna traición.)

FLORISEO. Di, enemiga, que los cielos  
castigues: ¿por qué a mis ojos,  
sin haberte dado enojos,  
me estás matando de celos?  
¿Qué hombre es éste?

ARMINDA. Yo qué sé:

ve y reconócele tú;  
que por la voz de Esaú  
habla con Jacob mi fe.

FLORISEO. No, traidora (2), que bien vi  
que en apartándome yo  
tu falsa lengua le habló,  
y sus regalos oí.

(1) Texto: "verdad es esto": suplimos "todo",  
por la necesidad de la rima con "acomodo".

(1) Texto: "puede".

(2) Texto: "no a traidora".

ARMINDA. Yo contigo solamente  
he hablado, o fué mi deseo.

FLORISEO. ¿Pues quién soy yo?

ARMINDA. Floriseo.

FLORISEO. Dilo a voces a esta gente.

ARMINDA. ¿Pues tengo de publicar  
a voces mi deshonor?

FLORISEO. Soy tu marido.

ARMINDA. ¡Señor!

FLORISEO. No tienes que replicar.

ARMINDA. ¡Caballeros! Floriseo  
es mi marido.

FLORISEO. Y yo soy...

(*Metela mano, y ásgale uno por detrás y los dos le  
pengan un pañuelo en la boca.*)

FABIO. ¡Tenle fuerte!

FLORISEO. Asido estoy,  
y que sois villanos creo.  
Probadme sueltas las manos.  
¡Infames! Mas no queréis,  
porque entonces dejaréis  
de ser, como sois, villanos.

ARMINDA. ¡Amigos, no le matéis!  
¡Ah, mi señor, señor mío!  
Mirad que pagar confío  
esta merced que me hacéis.

FLORISEO. ¡Ah, traidora! ¿Tiernamente  
le hablas todo este engaño?  
Que tú has trazado mi muerte  
con esta villana gente.  
Tuyo ha sido este concierto.

LUDOVICO. Tápale luego la boca.

REYNALDO. ¡Aprieta!

ARMINDA. ¿Que no os provoca  
a lástima un hombre muerto?  
Mirad que del Duque es hijo.

FABIO. Ya el alba muestra su cara  
celebrando su luz clara  
el general regocijo.  
Vese claro el horizonte,  
y que al sol ruegan (1) que vuelva  
las aves de aquella selva  
y las fieras deste monte.  
Matarle es dar ocasión  
de alboroto en el lugar.

LUDOVICO. Pues llevémosle a la mar.

REYNALDO. ¡Camina!

ARMINDA. ¡Traición, traición!  
Pero, triste, ¿qué doy voces,

pues a los vientos las doy?  
¡Y ah, tiempo! ¿Que tan vil soy  
que mi verdad desconoces?  
¿Yo tu muerte, esposo mío?  
¿Yo traiciones contra ti?  
pues aguarda y desde aquí  
verás que el alma te envió.  
¿No me bastaba perderte,  
sino que entiendas que he sido  
la que he trazado y querido  
la violencia de tu muerte?  
¿Qué aguardo, muerto mi bien?  
¡Muera yo!

(NICANDRO *entre.*)

NICANDRO. Que aquí quedaba  
me dijo Ergasto y que estaba  
en gran peligro también.  
Medio desnudo salí  
con esta espada y rodela.

ARMINDA. Si es la muerte, rogárla  
que me reciba.

NICANDRO. ¡Ay de mí!  
¿De qué lamentas, señora?

ARMINDA. ¿Quién eres?

NICANDRO. Nicandro.

ARMINDA. ¡Amigo!  
Hablando estaba conmigo  
tu dueño y mi esposo ahora,  
cuando de tres caballeros,  
a quien vano amor provoca,  
atado un paño a la boca  
fué preso y llevado.

NICANDRO. ¡Ah, fieros!  
Moriré en defensa suya;  
esperadme aquí.  
(*Váyase NICANDRO.*)

ARMINDA. Entre tanto,  
tierra abierta de mi llanto,  
toma la parte que es tuya,  
porque dél humedecida  
la sepultura has abierto  
en que pague un cuerpo muerto  
quitar a un ángel la vida.  
La puerta han abierto.

(ALBANO, *padre:* ELFREDO (1), *criado, con un hacha.*)

ALBANO. Elfredo,  
verdad es que lo he sentido.

(1) Texto: "rucha".

(1) Texto siempre dice: "Elfredo", aunque en el reparto "Alfredo."

ELFREDO. Mira que vas mal vestido.

ALBANO. La honra no ha visto al miedo,  
nunca le espantó su cara.

ELFREDO. Cúbrete esa ropa bien.

ALBANO. Alza tú esa hacha también,  
y en lo que digo (1) repara.

ELFREDO. Yo aseguro que en su cama  
mi señora está dormida.

ALBANO. No hay nadie aquí.

ELFREDO. Por mi vida  
que te entres.

ALBANO. A Arminda llama:  
dile que tome un manto.

ARMINDA. Quiero bajar a tomalle,  
aunque era mejor contalle  
la muerte de Floriseo.

(baja ARMINDA.)

ELFREDO. Pues toma el hacha, no quedas  
ascuras, pues sólo basta.

ALBANO. Ningún temor me contrasta  
de cuantos decirme puedes.

Con estas dos insignias bien parezco  
padre honrado, que busca honor perdido  
con esta luz el agresor huído,  
que con la espada castigar me ofrezco.

Si le hallo, el nombre de Hércules merezco,  
que en siendo el cielo al deshonor rompido  
quedará con el hacha detenido  
de brotar la deshonor que padezco.

Parezco a Alecto que del centro sale,  
fiero correo que Plutón despacha,  
para que de la paz destierro sea;

mas agora el acero y luz, ¿qué vale?  
que quien castiga tarde, enciende un hacha  
para que el mundo su deshonor vea.

(ARMINDA y ELFREDO.)

ARMINDA. ¿Tú de mi casa, señor,  
mandas que a la puerta salga?

ALBANO. Sí, porque tu luz me valga  
a hallar mi perdido honor,  
que como a los peces dan  
la muerte en cebo a comer,  
quiero volverte a poner  
para que caiga el galán.

Deja llegar el mancebo,

que aqueso brazo adorne:  
yo te digo que él torne  
a la quereencia del cebo.

ARMINDA. Para eso, si te agrada  
que yo tu deshonor sea,  
porque su muerte no vea  
quita la luz y la espada:  
que el cazador de otra suerte  
esconde el hierro y la luz.

ALBANO. Este será el arcabuz,  
que a un tiempo da luz y muerte.

ARMINDA. ¿Tú en la puerta antes que el alba  
saque los pies de la tuya?

ALBANO. Sí, que está en noche la tuya,  
y con esta luz se salva.

Desde mi cama he sentido  
que con un hombre has hablado,  
aunque no lo has agraviado  
sino a Fabio tu marido.

ARMINDA. ¿Tengo yo marido?

ALBANO. Sí,  
que la palabra ya es obra,  
y haberla yo dado sobra  
a que la cumplas por mí.

(NICANDRO, herido.)

¿Qué ruido es éste?

ELFREDO. Un hombre  
herido.

ALBANO. Llegó esa luz.

NICANDRO. Sirva esta espada de cruz,  
pues que de cruz tiene nombre.

ALBANO. ¿Quién es?

NICANDRO. Nicandro solía,  
criado de Floriseo,

y agora no sé quién soy;  
sé que en su defensa muero.  
Huélgame de hallaros juntos,  
bella Arminda, noble vieja,  
pues entrambos sois la causa  
deste trágico suceso.

ALBANO. ¿Qué dices, Nicandro amigo?

NICANDRO. El hijo del Duque es muerto.

ARMINDA. ¿Qué decís, triste de mí?

¿Murió el alma de mi cuerpo?

NICANDRO. Oye, desdichada Arminda:  
oye, Albano: óigame el cielo,  
a quien le pido justicia.

ALBANO. Dilo presto.

NICANDRO. Estadme atentos.

(1) Texto: "dio".



Tres villanos disfrazados  
 en traje de caballeros  
 rondaron aquesta calle  
 con sus jacos encubiertos,  
 desde que la noche oscura  
 tiende su tñmulo negro  
 para las honras del mundo,  
 que dice que es muerte el sueño;  
 y hablando en este balcón  
 a Arminda con Floriseo,  
 que como recién casados  
 se brindaban a requiebros,  
 llegaron, y haciendo abrazos  
 al desdichado mancebo  
 por la espalda, como infames,  
 que no por el noble pecho,  
 a la boca le apretaron  
 con cuatro nudos un lienzo,  
 y sin que pudiese hablar  
 le llevan al mar corriendo.  
 Gemía el triste, bramaba  
 de furia y cólera lleno,  
 como novillo que el yugo  
 quiere arrojar de los cuernos,  
 porque no baña el caballo  
 de sangre y espuma el freno  
 con más furor que él bañaba  
 dientes, barba, lienzo y cuello.  
 Cuando a la playa llegaban  
 llevo [yo] triste diciendo:  
 “¿Adónde lleváis al Conde,  
 villanos, bárbaros fieros?  
 ¿Cómo no teméis a Dios,  
 a vuestro Duque, ni al Reino,  
 a quien hacéis tanto daño  
 en quitarle su heredero?”  
 Atáronle atrás las manos,  
 y a mí corriendo volvieron,  
 donde vi sus tres espadas,  
 y ellas mi inocente pecho.  
 Pongo al reparo la mía,  
 y cuando alzaba el de enmedio  
 meto el pie, aprieto el puño,  
 y con la punta le encuentro.  
 Cayó en el suelo, y la malla  
 le defendió del acero;  
 de suerte que al arrojarme  
 los dos a un tiempo me hirieron.  
 En pie se puso el caído  
 y yo tiro al del izquierdo,  
 hallándome siempre dos,

que uno de tres acometo.  
 Nadie diga que refñir  
 puede con tres el que es diestro,  
 si no es que los tres no valen  
 por la mitad de uno bueno.  
 El Conde que así me vió,  
 sin manos y boca preso,  
 arremetió como suele  
 rota la trailla el perro;  
 con la cabeza probaba  
 a herirlos, y puesto en medio  
 como jabalí gruñía  
 herido entre los monteros.  
 Ellos, creyendo que huiría,  
 me dejaron y le asieron,  
 y por la playa adelante  
 se fueron con él huyendo.  
 Yo vine a ver si podría  
 dar a su vida remedio;  
 pero ya le busco en vano  
 si está en el mar y le han muerto.

ALBANO.

¡Miserable suceso!

ELFREDO.

¡Extraño caso!

ALBANO.

Mete dentro a Nicandro; iré yo al Duque,  
 y llama luego quien su herida vea;  
 que esta cruel deshonra de mi casa,  
 y eterna destrucción del Duque,  
 o morirá a mis manos, o muy presto  
 las de un verdugo acabarán su vida.

(Váyase ALBANO.)

ELFREDO.

¡Nicandro, amigo, ven!

NICANDRO.

Elfredo, vamos;  
 y vos, señora, pues por vos ha muerto  
 el hombre más gallardo que ha nacido,  
 guardalde aquella fe que si viviera,  
 pues no es justo que os goce aquel tirano,  
 por cuya mano tanto mal nos viene,  
 pues es sin duda que él la culpa tiene.

(Vanse ELFREDO y NICANDRO.)

ARMINDA. ¡Alma turbada, y perdida,  
 sin tiempo para quejarme,

pues no puede consolarme  
la vida, muerta mi vida!  
Mirad que estará ofendida  
de que no partáis con ella.  
Alma venturosa y bella,  
aguarda un poco al globo;  
llévame por resplandor  
pues que te vas como estrella.

Mas no es posible que seas  
muerto, pues que viva estoy,  
dulce esposo, pues no voy  
donde estas lágrimas veas;  
mas no creo que no creas  
esta fe con que te estimo,  
y que si al alma reprimo  
que desta vida le prives,  
es porque pienso que vives,  
viendo que a vivir me animo.

Mas, ¿cómo podré buscarte,  
divino sujeto mío,  
si los suspiros que envío  
no son bastantes a hallarte?  
Si vas al mar (1), ¿a qué parte  
te hallarán estos despojos?  
Juntemos mares de enojos  
y podrémonos juntar,  
o si en él te han de matar,  
muere en el mar de mis ojos.

Al mar conviene que vaya  
antes que mi padre venga,  
porque algún aviso tenga  
de mi bien, muerto en su playa.  
Trocaré la ropa y saya  
en vestido varonil,  
que ninguna cosa es vil  
en alma que tiene amor;  
que aun perdella no era error  
cuando era el alma gentil.

Mi padre tiene un esclavo  
que le sirve de barquero:  
írme a la mar con él quicra  
si con su lealtad lo acabo;  
la hazaña amorosa alabo,  
si la libertad condeno:  
todo en el peligro es bueno,  
no remedio vergonzoso,  
que en siendo el morir forzoso  
rompe a la vergüenza el freno.

(Zelimo, esclavo, entra.)

ZELIMO. No lo llamé mi señor  
sino a mi señor dueño.

ARMINDA. ¿Tan de mañana, Zelimo,  
tanto voces y rumor?

ZELIMO. ¿No es de mañana, señora,  
salido el sol?

ARMINDA. ¿Bien, por Dios!

ZELIMO. Luego si salistes vos,  
después del sol salgo agora.

ARMINDA. ¿Quién era el que te refía?

ZELIMO. Eso nadie dispusero,  
sobre que ir al mar no quiero  
si mi señor no me en día;  
y tengo que aderezar  
una red que está muy rota.

ARMINDA. ¿Deo no más se alborota?  
Ahora bien, llévame al mar.

ZELIMO. ¿Cómo al mar?

ARMINDA. Esta mañana  
me despertó aqueste humor.

ZELIMO. ¿He de ir allí mi señor,  
vuestra prima, o vuestra hermana?

ARMINDA. Ninguno lo ha de saber.

ZELIMO. Pues, mi señora, ¿a qué efecto  
vas al mar con tal secreto?

ARMINDA. Voy, Zelimo, a no volver.

Llevo una grande pasión,  
que te diré en el camino,  
y aguarda, que determino  
ir en traje de varón.

ZELIMO. Oíd: ¿por dónde saldréis?

ARMINDA. Acuérdame en el jardín.

(Fase ARMINDA.)

ZELIMO. En la pared del jazmín,  
o en las cañas me hallaréis.  
¡Oh! Alá divino!, ¿qué es esto?

Si el ángel bello que adoro  
entra en el mar, ¿qué tesoro  
se soñó y se halla tan presto?

Nunca Íaris con Elena  
llevó más riqueza a Troya  
si aquesta divina joya  
encubre mi humilde cuna.

¿Si me atreveré a pasar  
hasta Biserta con ella?

Pero sí, que tal estrella  
hará cielo y gloria al mar.

Si Amiclas, vil pescador,  
con llevar aquel monarca

(1) Texto: "si al mar vas".

pudo asegurar su barca  
 en virtud de aquel valor,  
 ¿cuánto mejor yo podré  
 con un ángel tan hermoso  
 romper del mar proceloso  
 el azul campo en su fe?

Yo parto a esperarla, y pruebo  
 esta vez a mi fortuna.  
 ¡Detente, mar importuna,  
 mira que a Alejandro llevo!

(*Entrase.*)

(*Salga TEODORO, hijo bastardo del DUQUE, y LAUDOMIA, su madrastra, de caza, con venablos.*)

TEODORO. Que se retiren manlé  
 por quedar solo contigo,  
 porque no quiero que esté  
 más que el cielo por testigo  
 de la verdad de mi fe.

Preguntas por mi tristeza,  
 y pues que ya la aspereza  
 deste monte da lugar  
 para que te pueda hablar,  
 sabe que es por tu belleza.

Esta con tan vivo fuego  
 me abrasa, acaba y consume,  
 que estoy rematado y ciego,  
 y aunque en cenizas resume  
 vuelve a darme vida luego.

Ser mi madrastra me ha hecho  
 consumir callando el pecho;  
 mas tanto amor ha crecido,  
 que el mismo pecho ha rotpido  
 y sale por él deshecho.

Engéndrase niño amor  
 y crece hasta ser gigante;  
 pues ya gigante el valor,  
 ¿qué pecho será bastante  
 para sufrir su dolor?

Pues como el pecho no abras,  
 que como diamante labras,  
 para saber mis enojos,  
 salga por la boca y ojos  
 en lágrimas y palabras.

Comencé a amar y temer  
 sustentándome de ver  
 cuando diosa te creí;  
 pero no después que vi  
 que, aunque diosa, eres mujer.

Después que esto me provoca  
 a decirte los enojos

de un alma de amores loca,  
 la pretensión de mis ojos  
 se ha remetido a la boca.

Y no son intentos vanos,  
 que si tus ojos tiranos  
 no procuran mi provecho,  
 quiere remitirlo el pecho  
 desde la boca a las manos.

LAUDOMIA. Es tanta la libertad  
 de tus razones, Teodoro,  
 y tu resuelta crueldad,  
 que aun no guardan el decoro  
 y ley de la voluntad.

No tiene amor, en rigor,  
 el que no tiene temor,  
 porque el temor y el respeto  
 hasta llegar al efeto  
 son compañeros de amor.

Bien pudieras escusar  
 decirme tu atrevimiento,  
 porque, llegado a intentar,  
 era mayor argumento  
 que el persuadir con hablar.

Mas si sólo a pintar vienes  
 la resolución que tienes,  
 por encarecer tu cura (*sic*)  
 no me quejo de tu injuria  
 mientras la furia detienes.

Grande es la fuerza que esfuerza  
 tu resolución, pues gustas  
 que de quien soy doble y tuerza;  
 mas nunca a cosas injustas  
 se llega con menos fuerza.

Un amante que pretende  
 una justa voluntad  
 nunca a la fuerza se extiende,  
 porque nunca a su verdad  
 la contraria se defiende:

tú, desatinado y ciego,  
 sin ver que el Duque es tu padre,  
 haces (1) fuerza lo que es ruego,  
 y a los respetos de madre,  
 como no hay sangre, das fuego.

Mas no es posible que seas,  
 cuando de ser mujer creas  
 verme por temor rendida,  
 de dos honras homicida,  
 si tener honra deseas.

Si tu flaqueza, en efeto,

(1) Texto: "hace".

me ha llegado a persuadir,  
vuelve atrás como discreto,  
que de no se lo decir  
a tu padre te prometo.

¿Esta fué la confianza  
con que el Duque te envió?  
¿Esta la falsa esperanza  
que siempre a todos nos dió  
tu entendimiento y crianza?

¿A este efecto has ordenado  
esta caza de mi honor?

TEODORO. ¿Nunca, Laudomia, has pensado  
que persuadir es error  
a un hombre determinado?

¿Qué sirve que con razones  
persuadir mi pecho emprendas,  
si en mis determinaciones  
pierdo el respeto a tus prendas  
y a tantas obligaciones?

Que el Duque mi padre sea,  
si esto mi delito afea,  
porque eres ya su mujer,  
¿cómo se puede saber,  
o quién habrá que lo crea?

Por su hijo me ha criado,  
y aunque él legítimo tiene  
que viene a heredar su estado,  
más amor que le conviene  
muchas veces me ha mostrado.

Pero en ver que se le debo  
y que a lo que ves me atrevo,  
conozco que no es mi padre,  
y que le engañó mi madre,  
que no es en mujeres nuevo.

Así que segura puedes  
condescender a mi gusto;  
que si este bien me concedes,  
sea justo, o no sea justo,  
yo haré que su estado heredes.

Daréle al Duque la muerte  
y casarme contigo,  
y de Floriseo advierte  
que es muy cobarde enemigo  
para contrario tan fuerte.

Ea, Laudomia famosa,  
agora el valor me enseña  
de tu sangre generosa  
serás reina de Cerdeña,  
serás de Teodoro esposa.

Que no quiero que te llares  
Duquesa como hasta aquí.

LAUDOMIA. ¿Palabras y obras infames!  
Un rayo descienda en ti  
antes que al Duque disformes!

Que no fuiste, es cosa clara,  
su hijo, pues se declara  
en una hazaña tan ficra,  
porque quien su hijo fuera  
nunca su muerte intentara.

Y pues es cierta la mía,  
mira lo que hacer pretendes.

TEODORO. Pues defiéndete y porfía.

LAUDOMIA. Villano. ¿forzarme entiendes?  
¿Aguarda, espera, desvía!

TEODORO. Ea, que es flaca tu fuerza.

LAUDOMIA. Flaca, pero Dios me es fuerza.

TEODORO. ¿Pues qué milagros le pides?

LAUDOMIA. Luego tu poder impides,  
algún demonio te esfuerza.

(Dentro DOROTEO, RUFINO y LIBERIO.)

DOROTEO. Por acá va el jabalí.

¿Hola, gente de Teodoro!

RUFINO. ¿Por dónde va?

LIBERIO. Por aquí.

LAUDOMIA. ¿Qué bárbaro turco o moro  
tratará a su madre así?

TEODORO. Mi madrastra no dirás.

LAUDOMIA. ¡Ah, gente del Duque!

DOROTEO. Ataja.

TEODORO. Agradecerlo podrás  
a la gran gente que baja.

LAUDOMIA. Si haré, y al cielo más.

(Huye LAUDOMIA.)

TEODORO. ¿Hay hombre más desdichado?

(Entren DOROTEO, RUFINO, LIBERIO con venablos.)

LIBERIO. ¿Aquí está Teodoro?

TEODORO. Amigos,  
a mal tiempo habéis llegado  
a ser de mi mal testigos.

RUFINO. ¿En qué te habemos cansado,  
que corriendo el jabalí  
le seguimos hasta aquí?  
Si a solas esta aspereza  
dió materia a tu tristeza,  
mejor estarás así.

TEODORO. No quisiera compañía,  
para deciros verdad,  
más de la que aquí tenía.

DOROTEO. Deja ya la soledad,  
la pena y melancolía.



Vamos, que siento el ladrado  
de los perros, cuya presa  
alegre suceso ha sido.

TEODORO. (He perdido a la Duquesa,  
y estoy perdiendo el sentido.)

DOROTEO.

Si el campo y soledad, si el ser amigo  
desde tus tiernos y primeros años  
puede obligarte a descubrir tu pecho  
con los que miras que a tu lado estamos,  
de ninguna manera pongas duda  
en que serás servido.

RUFINO.

De mi parte  
yo te aseguro que no tiene el mundo  
imposible tan áspero y extraño  
que no parezca fácil a Rufino.

LIBERIO.

Lo mismo de Liberio es bien que creas,  
hasta ofrecer la sangre de los brazos,  
y en ella envuelta el alma con la honra.

TEODORO.

Altos deseos y altos pensamientos,  
Liberio amigo, Doroteo y Rufino,  
causan del alma la mortal tristeza  
en que ya me habéis visto tantos días.  
El primero es saber que soy del Duque  
dudoso hijo, y que su estado hereda  
un hombre que me trata como bárbaro,  
y que muriendo el Duque ha de matarme,  
lo que atajar matándolos querría,  
y haciéndome llamar Rey de Cerdeña,  
partirla entre vosotros a mi gusto;  
el otro es de gozar [a] la Duquesa,  
por quien estoy de tierno amor perdido  
y desde los sentidos hasta el alma,  
loco de mis deseos imposible.  
Veis aquí mi cuidado en vuestras manos,  
veis aquí mi secreto en vuestras lenguas,  
veis aquí mi remedio en vuestro gusto,  
de que ha de resultar también el vuestro.  
Florisco os persigue y aborrece;  
con él seréis esclavos, y conmigo  
tendré el Reino, porque al fin es cierto  
que más ha de ser vuestro que no mío,  
pues que le tengo yo por vuestras manos,  
en que tendréis el corazón del Príncipe.  
La llave de su vida y de su Reino.  
¿Qué respondéis?

LIBERIO.

Que dejes la montaña  
y acudas al palacio de tu padre,  
que aquí tienes los tres con tres mil hombres,  
que cada uno mil te ofrece.

TEODORO.

Amigos,  
vuestro es el Reino. Dáisleme vosotros;  
dél dispondréis; no quiero más del título:  
Laudomia es mi corona, el Reino es vuestro.

RUFINO.

No dilates, Teodoro valeroso,  
tal alto pensamiento.

LIBERIO.

No hay imperio  
que no tenga en el mundo este principio.

TEODORO.

Pues confiado en vuestra ayuda parto.

LIBERIO.

No hayas miedo que el mundo te lo impida.

TEODORO.

Yo seré Rey, o perderé la vida.

(DUQUE ANSELMO, TIBALDO, capitán, y gente.)

ANSELMO. Sólo de vos lo creyera.  
¿Teodoro atreverse a tal,  
cuando mi hijo no fuera?

TIBALDO. Siempre das crédito al mal  
cuando remedio no espera.

Digo que se ha conjurado  
contra tu propia persona,  
y que alborota tu estado,  
y aun dicen que la corona  
ya de secreto le han dado

ANSELMO. ¿Qué me dices, Capitán?

TIBALDO. La pretensión de Teodoro  
y de que algunos que querrán  
atreverse a tu decoro  
por el premio que les dan.

ANSELMO. ¿Adónde está Floriseo?

TIBALDO. Desde anoche no parece.

ANSELMO. ¿Si le habrán muerto?

TIBALDO. Eso creo.

ANSELMO. Extrañas sombras me ofrece  
amor, temor y desco;  
mas mira que está seguro  
Teodoro con la Duquesa.

TIBALDO. Desengañarte procuro  
de que es matarte su empresa,  
y pone delante un muro.

¡Ah, gran Duque, que estás ciego  
deste amor bárbaro injusto!

ANSELMO. Basta; prendédmele luego,  
que ya de enojo y disgusto  
vierto por los ojos fuego.

(Entre LAUDOMIA.)

LAUDOMIA. Si tu honor, tu vida y mía  
pueden hacer en tu pecho  
juicio contra Teodoro,  
generoso duque Anselmo,  
tome asiento la razón  
en tu claro entendimiento,  
y pediré mi justicia  
de rodillas por el suelo.

ANSELMO. ¿Qué es aquesto, mi Laudomia?  
¿Vos a mis pies en cabello?  
O el ciclo me quita el alma,  
o mis vasallos el reino.  
¿En qué os ofende Teodoro?  
¿Qué os ha dicho? ¿Qué os ha he-  
Que le quitaré la vida, [cho?  
cuando fuese mi heredero.

LAUDOMIA. Esa montaña que baña  
el mar, a quien pagan censo  
las nubes que la coronan  
en agua o cristal deshecho,  
con alegre caza ha sido  
gustoso entretenimiento  
cuatro días de los dos,  
corriendo su monte espeso.  
Ya cuando sus animales,  
cabras montesas y ciervos,  
liebres, conejos y gamos,  
jabalíes y otros fieros,  
nos cansaban en la tierra,  
en su cristalino seno  
nos daba el mar sus pescados  
con las redes y el anzuelo.  
Y en medio de esta alegría,  
siempre Teodoro suspenso  
como el que piensa traición,  
no alzaba el rostro del suelo:  
hasta que, en fin, esta tarde  
entre unas hayas y tejos  
venimos a quedar solos  
y a dar la ocasión cabellos.  
Preguntéle su tristeza,

y díjome airado y ciego  
que mi amor era la causa  
y un importuno deseo:  
que no era su padre el Duque,  
sino dudoso el suceso,  
y que con él me casase  
muerto el Duque y heredero.  
Temblé yo, triste y turbada:  
con palabras y con ruegos  
quise probar a poner  
a su locura remedio,  
mas nunca fué tan cruel  
con Filomena Terec  
como Teodoro conmigo,  
esforzando sus intentos.  
Mas llegando en este punto  
cazadores y monteros,  
yo pude huir y él quedar  
burlado de sus deseos.

TIBALDO. Huélgome que habrá caído  
en que no te trato engaño.

ANSELMO. ¡Oh, vil bastardo, atrevido,  
nacido para su daño  
o por mi afrenta nacido!  
Váyanle luego a prender.

(TEODORO entre.)

TEODORO. ¿A quién, señor, en prisión  
mandas agora poner?  
Por dicha estas cosas son  
enredos de tu mujer:  
porque es menester oír  
las partes para juzgar.

ANSELMO. Traidor, ¿qué puedes decir  
que te pueda disculpar?

TEODORO. Escucha.

ANSELMO. Hoy has de morir.

TEODORO. Si Laudomia me pedía  
favor, ayuda y consejo  
contra tu vida este día  
porque dice (1) que eres viejo  
y le das melancolía,  
y que los dos partiremos  
tu Estado, y le quitaremos  
a Floriseo, ¿a qué viene  
que ya tan fiero te tiene  
con sus lágrimas y extremos?

LAUDOMIA. ¿Yo te he dicho tal a ti?

TEODORO. Sí, digo.

(1) Texto: "dices":

LAUDOMIA. ¡Si he dicho tal  
caiga un rayo sobre mí!

TIBALDO. Mira, Teodoro, cuán mal  
al Duque informa de ti,  
que dicen que has conjurado  
tus amigos contra él.

ANSELMO. Teodoro, tú eres culpado.

TEODORO. Ya te me muestras cruel  
de un adúltero informado.

ANSELMO. ¿Cómo?

TEODORO. Que ese Capitán  
es con quien Laudomia intenta  
casarse, y por eso están  
persuadiéndote mi afrenta,  
y esos consejos te dan.

ANSELMO. Capitán, ¿tú intentas esto?

TIBALDO. Yo, señor, sobre este caso  
estoy a morir dispuesto.  
Ya de cólera me abraso  
y ejecutaréla presto.  
¡Miente el bastardo villano!

TEODORO. Metes a la espada mano  
porque te faltan razones.

TIBALDO. Para castigar traiciones  
y derribar un tirano...

ANSELMO. ¡Prendan a mi hijo!

TEODORO. Tente,  
que al adúltero es más justo.

ANSELMO. ¡Dame la espada, insolente!

TEODORO. No saldréis con vuestro gusto,  
que traigo amigos y gente.  
¡Ah de mi guarda!

(LIBERIO, DOROTEO, RUFINO y gente con alabardas.)

LIBERIO. Aquí estamos.

TEODORO. Prended al Duque.

TIBALDO. (1) Señora,  
huye.

(HUYA LA DUQUESA.)

LAUDOMIA. Defiéndeme y vamos.

ANSELMO. Bien muestras, Teodoro, ahora  
que con razón te culpamos.  
Esto estaba prevenido.

TEODORO. Por si querías (2) prenderme  
mis amigos he traído.

ANSELMO. ¡Déjame ir!

TEODORO. Querrás hacerme

matar desapercibido,  
y es mejor asegurarme.

ANSELMO. ¿Pues qué pretendes?

TEODORO. Prenderte.

ANSELMO. ¿A tu padre?

TEODORO. No hay que hablarme.

¿Es mucho en prisión ponerte  
cuando tú quieres matarme?

ANSELMO. Hijo, ¿no basta decir  
esta palabra?

TEODORO. ¡Llevalde!

ANSELMO. ¡Dios te castigue!

TEODORO. Al subir  
a esa torre, consolalde  
con que al fin no ha de morir.  
¿La Duquesa?

TEODORO. Ya se huyó.

RUFINO. Creo que se ha retirado  
y en su cuadra se encerró.

TEODORO. ¿Que se os escapó el soldado?

LIBERIO. Su espada le defendió.

TEODORO. Mejor dijeras sus pies.  
¿Quién viene?

DOROTEO. Lisardo es.

(LISARDO y LUDOVICO.)

LISARDO. Entre el confuso rumor  
traigo estos presos, señor.

TEODORO. A hablarme vendrás después.

LISARDO. Antes creo que estos son  
por quien es tu enojo y pena.

TEODORO. ¿Pues sabes ya la razón?

LISARDO. Ya por la ciudad se suena  
con notable confusión.

TEODORO. ¿Pues quién son estos culpados?

LISARDO. Los que han muerto a Floriseo  
aquesta noche embozados.

TEODORO. ¿Muerto mi hermano? Yo creo,  
cielos, que estáis sobornados.

LISARDO. ¿Luego tú no lo sabías,  
ni este alboroto es por eso?

TEODORO. ¡Soltaldos!

LISARDO. ¡Señor!

TEODORO. ¿Porfías,  
villano? El Duque está preso.  
¡Estas son venturas mías!

Amigos, ¿cómo murió?

FABIO. En una cuestión trabada,  
tres a tres.

TEODORO. ¿Dónde quedó?

LUDOVICO. El miedo en la mar salada

(1) Texto: "Lib."

(2) Texto: "queras"

sepulcro eterno le dió.

TEODORO. Ya os conozco, caballeros,  
y vuestros nobles aceros  
sé que me son de importancia.  
Partamos esta ganancia;  
mil mercedes quiero haceros.

Yo soy Duque; dadme ayuda,  
que a cualquiera que me acuda  
villas y rentas prometo.

REYNALDO. ¡Viva el Duque!

TEODORO. ¿Y a qué efecto?

Que ponéis mi vida en duda.

REYNALDO. Por ti lo digo, señor.

TEODORO. Eso sí, dadme los brazos.

REYNALDO. (Yo espero hacerle pedazos.)

LUDOVICO. (Yo reinar.)

FABIO. (Y yo mejor.)

RUFINO. (Yo pienso ser su homicida.)

DOROTEO. (Un reino, ¿a quién no convida?)

LIBERIO. (Esta corona es mi empresa.)

LISARDO. Ven a buscar la Duquesa.

TEODORO. ¡Ay, Laudomia de mi vida!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

FLORISEO.	ZELIMO.	FABIO.
CELIO, <i>cautivo</i> .	TIBALDO.	REYNALDO.
BRAZAYDA, <i>mora</i> .	LAUDOMIA.	LUDOVICO.
ARMINDA.	TORINDO.	ALBANO.
REY DE BISERTA.	BELINO.	RUFINO.
ZORÁN.	ROTUNDO.	DOROTEO.
DALIME, } <i>moros</i> .	RISELA.	LIBERIO.
ALBRAYDE, }	TEODORO.	

## ACTO SEGUNDO

(FLORISEO, en hábito de esclavo, con CELIO, *cautivo*.)

FLORISEO. Pues así libertad goce  
como tengo algún valor.

CELIO. En tu talle se conoce.

FLORISEO. Todo del tiempo el rigor  
lo deshace y desconoce.

CELIO. Ya sé que no están seguros  
del tiempo mármoles duros,  
edificios, ni memorias,  
ciudades, reinos, victorias,  
ni los más soberbios muros.

Mas como nunca en el mar,  
o esté furioso o en calma,

puede añadir ni quitar,  
así en la virtud del alma,  
que no se puede acabar.

Huelgo de haberte servido  
porque la tuya se ve  
por ese pobre vestido,  
con los ojos de la fe,  
que pueden más que el sentido.

Aquí de mi pobre rancho  
te sirve, o vive en mi pecho,  
lugar que estará más ancho  
porque cuanto en él me estrecho  
tanto en el alma me ensancho.

Soy ginovés liberal,  
hombre noble y principal,  
y de quien fiar te puedes.

FLORISEO. Pues porque de mí lo quedas,  
que te tengo amor igual,

y que tendré en la memoria  
la nobleza de tu trato,  
oye mi confusa historia.

CELIO. Comienza.

FLORISEO. Escúchame un rato,  
sabrás mi pena y mi gloria.

Cerdeña me dió la vida,  
el duque Anselmo la sangre,  
los Andradas de Galicia  
me dieron hermosa madre.  
Murió mal lograda y moza.  
Habiendo estado mi padre  
sin casarse muchos años,  
ya viejo vino a casarse.  
En este medio trató  
una dama de buen talle,  
de quien tuvo un bastardillo,  
en obras y en lengua infame.  
Este se crió en la corte  
con presunciones iguales,  
intentando de mil modos  
mi muerte para heredarme.  
No sé si fué la ocasión  
desta desdicha notable;  
pero, ¿quién sino él pudiera  
hacer traición semejante?

Servía en la corte yo  
una dama, cuyo padre  
era pariente del mío,  
pero pobre y arrogante.  
No sé si el alba del cielo  
tan blanca y dorada sale,  
que a sus cabellos y rostro



su blancura y luz compare.  
 No sé si tienen las rosas  
 a quien dió nombre Alejandro  
 como sus labios divinos  
 por abril tan vivo esmalte;  
 no sé si a sus bellos dientes  
 el terso marfil iguale;  
 pero sé que parecía  
 aljófar entre corales.  
 No sé, Celio, como pinte  
 sin ser Zeús ni Timantes  
 esta Elena o Ifigenia:  
 basta decir que era un ángel.  
 Quisome bien, si la quise,  
 y resuelto de casarme,  
 el padre soberbio y pobre  
 no quiere que se lo traten,  
 porque como el Duque hacía  
 por pobre del deudo ultraje,  
 en mi inocencia y amor  
 quiso el tirano vengarse.  
 Y para acabar mi vida  
 a un Corzo de mi linaje,  
 aunque rico la promete,  
 y concierta que se casen.  
 Salí yo una noche triste,  
 viernes, de quien Dios me guarde  
 —que se han pasado a los viernes  
 las desdichas de los martes—,  
 no prevenido de acero,  
 de rodela, ni montantes,  
 sino con un paje solo,  
 y cse en extremo cobarde.  
 Hallé a la puerta de Arninda  
 tres embozados galanes,  
 el uno hablando con ella.  
 Lo que sentí ya lo sabes;  
 que si has amado, yo creo  
 que aunque más firmezas trates  
 hayas tropezado en celos,  
 donde amor por puntos cae.  
 Porque no hay, Celio, mujer  
 que blasone de constante,  
 que si hay otro que la quiera  
 no le escuche, aunque le canse.  
 Háblala dos o tres veces,  
 y aquellas mismas su amante,  
 porque en dejando el lugar  
 llegaba el otro a ocuparle.  
 Pero ya la vez postrera  
 los dos por detrás me asen,

y el otro la guarnición,  
 casi en sus mismos umbrales.  
 Atáronme por la boca  
 un paño doblado en partes,  
 tanto que aun era imposible  
 ni respirar ni quejarme.  
 Lleváronme al mar corriendo,  
 dando Arninda voces tales,  
 que si no fueran fingidas  
 bien pudieran remediarme.  
 Llegó Nicandro a este tiempo,  
 un ejemplo de leales,  
 deudo de mi madre muerta,  
 y pretendió remediarme.  
 Quedó muerto en el arena,  
 y ellos pasando adelante,  
 desatan una barquilla  
 y hacen que en ella me embarque;  
 átanme al árbol y en él  
 ponen una vela, y danle  
 un barreno por la quilla,  
 y en arrojándola vanse.  
 Salía a este tiempo el sol  
 sobre los hombros de Atlante,  
 dorando del mar la espuma,  
 levantóse en sus cristales,  
 cuando descubro y me ven  
 dos galeotas de Albrayda,  
 gran Cosario de Biserta,  
 incendio de nuestra margen.  
 Cuando ya me descubrían  
 iban cogiendo el velamen  
 porque a la parte de tierra  
 iba refrescando el aire.  
 Dieron prisa a los remeros  
 y diéronme presto alcance,  
 donde saltando en la barca  
 me dieron vida en robarme.  
 Porque ¿no has visto una fuente,  
 que rompiendo el suelo nace,  
 arrojando agua y arena,  
 y haciendo una balsa grande?  
 Pues así en la barca el mar  
 furioso entraba a anegarme,  
 tanto que a tardarse el peso  
 acabara mis pesares.  
 Desatáronme y llevaron  
 donde agora en este traje  
 sirvo al Alcaide, y a mí  
 una hija del Alcaide.  
 Y como por ella espero,

como te he dicho, librarne,  
vengo a hablalla en estos baños  
y a que la puerta me guardes.

CELIO. Asegurate quisiera  
del secreto y de mi amor  
si Brazayda no saliera.

FLORISEO. Escóndete, que es mejor,  
y donde anoche me espera.

(*Escúndese CELIO.*)

CELIO. (Yo me quedaré a la puerta.)

FLORISEO. Con un esclavillo viene:  
sin duda hablarme concerta.

(*Entren BRAZAYDA, moza; ARMINDA, de esclavo.*)

BRAZAYDA. Casi a muerte me tiene,  
que estoy de un amor incierta.

ARMINDA. Luego no te tiene amor.

BRAZAYDA. El dice, Arminda, que sí;  
pero es cristiano y traidor.

ARMINDA. ¿Quieres que vuelva por mí?

BRAZAYDA. Y que venzas mi temor,  
aunque no sé si podrás,  
porque nunca queréis más  
de engañarnos los cristianos,  
porque es el darnos las manos  
para atarnoslas atrás.

Sólo libertad queréis;  
por aquésta nos lleváis,  
y mil engaños hacéis,  
y cuando ya la tenéis,  
o nos vendéis o dejáis.

ARMINDA. Esos son los que son viles,  
mas los nobles y gentiles...

BRAZAYDA. ¿Que son nobles? Son quimeras.

ARMINDA. No es posible que los quieras  
y que así los aniquiles.

BRAZAYDA. Allí le he visto. ¡ay de mí!  
Mira si mi padre viene.

ARMINDA. Yo lo veré desde aquí.

FLORISEO. Quien tiene amor, ¿qué amor tiene  
si estima su amor así?

BRAZAYDA. ¿Hasme oído?

FLORISEO. Atentamente.

BRAZAYDA. Mi temor es conviniente,  
que temo lo que deseo,  
no porque en ti, Floriseo,  
no haya excepción de otra gente.  
Que bien he echado de ver,  
que eres noble.

FLORISEO. Soilo mucho

y mucho más en querer.

ARMINDA. Piadoso cielo, ¿qué escucho?

BRAZAYDA. Engañar a una mujer  
no es hazaña, Floriseo.

ARMINDA. Otra vez el nombre oí:  
¿si me ha engañado el deseo?

FLORISEO. ¿Piensas que te engaño a ti?

BRAZAYDA. Pues te quiero, no lo creo.

ARMINDA. Si Floriseo no fuera  
muerto, que lo es creyera  
este cautivo sin duda.

FLORISEO. De ese propósito muda  
y en quererme persevera,  
porque sin duda te adoro.

BRAZAYDA. Si tú te volviesses moro  
entonces yo te creyera.

ARMINDA. Mi engañada fantasía (1)  
ama, y sueña montes de oro.

Pero si no es Floriseo  
el hombre que agora veo,  
naturaleza se erró  
y de una estampa sacó  
dos rostros.

BRAZAYDA. Al fin te creo,  
y te quiero dar mis brazos.

ARMINDA. (Y yo por si me conviene  
quiero estorbar tus abrazos.)  
Señora, tu padre viene.

BRAZAYDA. Huye, que te hará pedazos.

ARMINDA. Espera, cautivo, aguarda,  
que no viene Albrayde.

FLORISEO. Espero,  
aunque el verte me acobarda.

ARMINDA. Para esclavo y prisionero  
buena es lá dama.

FLORISEO. ¡Gallarda!

Pero no sé qué he sentido  
de verte, que estoy corrido  
de hablar con otra mujer.

ARMINDA. ¡Cielos, que he venido a ver  
sin morir mi bien perdido!  
¿Floriseo?

FLORISEO. ¡Cielo santo!  
¿Eres Arminda, señora?

ARMINDA. Y la que te quiere tanto,  
que el mar pasa, y corre agora  
fortuna en el de su llanto.

Es tal el bien que de hallarte  
hoy me conceden los cielos.

(1) Parece faltar algún verso.

que me muerdo por hallarte,  
si me dejasen los celos  
que me impiden abrazarte.

FLORISEO. ¿Y yo cómo te daré  
mis brazos, cruel, si sé  
que estoy por tu causa aquí?

ARMINDA. Mientes, perjuro, que así  
haces ofensa a mi fe.

FLORISEO. ¡Ah, traidora!

ARMINDA. ¡Ah, desleal!

FLORISEO. ¡Ah, fiera!

ARMINDA. ¡Ah, falso enemigo!

FLORISEO. ¿Que por ti estuve mortal?

ARMINDA. ¿Que esto has usado conmigo?

FLORISEO. ¿Que me has tratado tan mal?

ARMINDA. ¡Buena disculpa!

FLORISEO. La tuya,  
que mandaste darme muerte.

ARMINDA. Así el cielo me destruya,  
aunque harto lo estoy con verte,  
y no tener donde huya.

FLORISEO. ¿Huir de mí? ¿Pues por qué?

ARMINDA. ¿Por qué preguntas, villano?

FLORISEO. Presto sabrás, que esto fué  
todo fingimiento vano,  
que sola es tuya mi fe.  
¿Quieres que te abrace ahora,  
y reñiremos después?

ARMINDA. Tente, que vuelve la mora.

(Entre BRAZAYDA.)

BRAZAYDA. Toda esta canalla es  
vil, mentirosa y traidora.  
¿No dijiste que venía  
mi padre?

FLORISEO. Quien guarda bien  
de la misma fantasía  
se ha de recelar.

BRAZAYDA. ¡Qué bien!  
¿Siempre has de ser guarda mía?  
¿Pero de qué es la tristeza?

ARMINDA. De hablar con ese cristiano,  
que ya a descubrir empieza  
que su amor fingido y vano  
sólo a engañarte endereza.

BRAZAYDA. ¿Cómo?

ARMINDA. Retírate aquí:  
hablándole ahora en tí,  
me dijo que ama a otra dama.

BRAZAYDA. ¿Otra te dice que ama,  
Armindo?

ARMINDA. Señora, sí.

Mira tú cuánto mejor  
sería emplear tu amor  
donde fuese agradecido.

BRAZAYDA. ¿Querrásme tú?

ARMINDA. Y te he querido  
desde que te vi.

BRAZAYDA. ¡Ah, traidor!

¿Amabas a otra mujer,  
y engañarme pretendías?

FLORISEO. ¿Quién te lo ha dicho?

BRAZAYDA. A saber

ayer que amarme fingías,  
al remo fueras ayer.

Vete delante de mí,  
que Armindo me queda aquí.  
más mozo, hermoso y discreto.

FLORISEO. ¡Ah, perro, pues yo os prometo...!

ARMINDA. Así me vengo de tí.

BRAZAYDA. ¿Amenázasele?

FLORISEO. Y te juro  
que en cogiéndole acá fuera  
le he de pegar con el muro.

BRAZAYDA. ¿No hay aquí algún moro? Espera.

ARMINDA. Huye, villano perjuro,

(Huye FLORISEO.)

y no engañes a quien es  
amparo de los cristianos,  
ni a ellos deshonra des.

BRAZAYDA. Arminda, dame esas manos.

ARMINDA. No, sino tú a mí los pies.

BRAZAYDA. Por aqueste desengaño  
te prometo, agradecida,  
sacarte, Armindo, del baño;  
pero llévase mi vida  
aquel traidor en su engaño.

ARMINDA. ¿Pues todavía le quieres?

BRAZAYDA. Así somos las mujeres;  
que desdeñadas queremos  
y amadas aborrecemos.

ARMINDA. ¡Qué engañados pareceres!  
Mira, no quiero estorbarte  
el amor de Floriseo,  
que ya sé que desviarte  
es encender el deseo,  
y persuadirte, abrasarte.  
Mas quíerote aconsejar  
que le des celos conmigo  
y le finjas olvidar,  
que con aqueste castigo

suelen los hombres amar.

Despréciale, aunque le adores,  
porque verdaderamente  
que no hay remedios mejores,  
y en el más tibio accidente  
da crecimientos de amores.

Después que soy hombre he visto  
que si ven que me resisto  
adonde un poco me precian,  
me ruegan y me desprecian  
si ven que furioso embisto.

BRAZAYDA. Quiero tomar tus liciones.

ARMINDA. Tú verás lo que aprovechan,  
llegadas las ocasiones.

BRAZAYDA. ¿Que ruegan si los desechan?

ARMINDA. Todo es mudanza y traiciones

BRAZAYDA. Quiero tomar ocasión  
de que se enoje contigo  
para hablarle.

ARMINDA. Y es razón.

BRAZAYDA. Jurando darle castigo  
de su atrevida intención.

Parte a que le llamen luego.

ARMINDA. Mal sosiegas.

BRAZAYDA. Mal sosiego.

ARMINDA. Es niño amor.

BRAZAYDA. Es rapaz.

ARMINDA. Mucha guerra.

BRAZAYDA. Y poca paz.

ARMINDA. Pena en gloria.

BRAZAYDA. Y nieve en fuego.

*(Váyanse.)*

*(El REY DE BISERTA, ZORÁN, DALIME y ALBRAYDE;  
haciendo ruido dentro le saquen en hombros, y FLO-  
RISEO detrás.)*

ZORÁ. ¡Válgate Alá!

DALIME. ¡Alá te ayude!

REY. Muerto soy.

ALBRAYDE. ¡Oh, buen cristiano,  
Alá en tus manos acude!

FLORISEO. ¡Tente, señor!

REY. ¡Fuerte mano!

FLORISEO. No habrá fuerza que la mude.

REY. Muy bien me podéis poner  
en el suelo.

ZORÁN. Esa almohada

llegad.

DALIME. Descansa a placer.

REY. ¡Brava ventura!

ALBRAYDE. ¡Extremada!

FLORISEO. Traigan al Rey de beber.

REY. Dame los brazos, cristiano,  
que esta es la epítima rica.  
Muestra, tócame esa mano,  
que si al corazón se aplica  
quedará seguro y sano.

FLORISEO. ¿Hecístete mal?

REY. Ninguno.

ZORÁN. Aquí hay leche de camello.

DALIME. Bebe.

ARMINDA. ¡A qué tiempo oportuno

*(ARMINDA entre y el REY beba.)*

de la ocasión el cabello  
me muestra entre tantos uno!

¿Si podré hablar a mi bien?  
¡Ce, Floriseo!

FLORISEO. ¡Oh, mi Arminda!

ARMINDA. ¿Qué haces aquí?

FLORISEO. Que hoy me den,  
que el reino parias me rinda,  
no es mucho.

ARMINDA. ¿Cómo o por quién?

FLORISEO. Corriendo el Rey en la plaza,  
cuando de ti me aparté,  
un caballo de la raza  
de España, a tiempo llegué  
que para entrar le amenaza.

Parte galán y brioso,  
y cuando todos celebran  
el veloz curso animoso,  
las dos riendas se le quiebran  
y salta y corre furioso.

[Yo] llego y arremetiendo  
de tal manera le trabo,  
que le detengo y defiendo.

ARMINDA. ¡Bravo caso!

FLORISEO. Al cielo alabo  
y a su favor me encomiendo.

REY. ¿Qué es del cautivo?

FLORISEO. Aquí estoy.

REY. ¿De dónde cres?

FLORISEO. De Cerdeña.

REY. ¿Eres noble?

FLORISEO. Noble soy.

REY. Nobleza en su rostro enseña.  
Moros, libertad le doy.

ALBRAYDE. Aunque todo el reino es tuyo,  
este cautivo era mío.

REY. Seis te doy por él, y arguyo  
de su valor talle y brío,



que es poco.

ALBRAYDE. Ese precio es suyo.

REY. Fuera de eso, mil cequíes  
le ofrezco para el camino:  
doce alfombras tunecies,  
treinta almalaías de lino  
y una banda de rubies.

Cene esta noche conmigo  
y cuando guste se parta,  
que a su Duque, que es mi amigo,  
quiero que lleve una carta  
en que a su favor me obligo.

FLORISEO. Todo lo que aquí me has dado  
no es posible me contente  
sin darme a mi hermano amado.

REY. ¿Está cautivo?

FLORISEO. Y presente.

REY. ¿Gallardo mozo?

ZORÁN. Extremado.

ARMINDA. Dame, Príncipe, los pies.

REY. ¿Es de Albrayde?

FLORISEO. Suyo es.

ALBRAYDE. No ha seis días que le tengo.

REY. Hoy a hacerte rico vengo:  
toma de mis baños tres.

ALBRAYDE. Celino (1) te trujo aquí,  
siendo en Cerdeña cautivo  
de su padre.

DALIME. El viene.

REY. Di:

¿fué tuyo aquéste?

(CELINO *entre*.)

CELINO. Hoy le privo  
del nombre, y te sirva a ti.

Y a fe que tiene un secreto  
de no pequeño valor.

REY. De cualquier suerte le aceto.

CELINO. Aquí está el embajador  
del Rey de Cerdeña eleito,  
que en una nave tomó  
puerto.

REY. ¿Eleto Rey? ¿Qué es eso?

CELINO. Esto dice.

REY. Entre.

FLORISEO. (Si yo  
no entiendo mal el suceso,  
mi padre, Arminda, murió.)

(*Entre RUFINO.*)

RUFINO. Teodoro salud te envía,  
Rey eleito de Cerdeña,  
valiente Hazán Almeliqúe,  
Rey famoso de Biserta.  
Y dice que si las paces  
y el amistad se te acuerda  
que con su padre tuviste,  
oigas lo que agora intenta.  
Casóse en su edad caduca  
cuando a sus hijos debiera  
movido de un loco amor  
de una dama de Valencia  
tan tierna como hermosa  
y tan loca como tierna,  
que le ha mudado hasta el alma,  
que amor hasta el alma trueca.  
Con esto de su gobierno  
van las cosas de manera  
que a un capitán quiere hacer  
duque y señor de Cerdeña;  
y como no puede ser  
sin que muera quien le hereda,  
a Floriseo, su hermano,  
ha hecho dar muerte fiera.

FLORISEO. (¿Oyes, Arminda?)

ARMINDA. (Ya escucho.)

FLORISEO. Que mi madrastra o Medea  
fué la que intentó mi muerte.

ARMINDA. ¡Ay, mi señor, no lo creas!  
Oye hasta el fin y verás  
que hay gran traición encubierta,  
que antes sospecho que ha sido  
quien darte la muerte ordena...

FLORISEO. No sé, Arminda. El padre mío  
quiera Dios que vivo sea;  
que a España acabó la Caba  
y a Troya deshizo Elena.

REY. Prosigue, cristiano amigo,  
que por Alá que me pesa  
que al hijo mayor del Duque  
haya muerto la Duquesa.

RUFINO. Muerto el triste Floriseo,  
cuyo cuerpo al mar entregan,  
los ministros de Laudomia  
estas maldades conciertan:  
que un ejército y armada  
se haga de treinta velas  
contra ti, sin reparar  
en amistades ni treguas;  
y que en surgiendo en tus puertos

(1) Texto dice ahora: "Celino", dos veces.

en la primera refriega  
vuelva a Teodoro un soldado  
el plomo de su escopeta,  
y que la guerra acabada  
y tu grandeza deshecha.  
dejen aquí sus presidios  
y con la vitoria vuelvan,  
donde dándole ponzoña  
casarse contentos puedan,  
conquistando por la tuya  
otras alarbes fronteras.  
Descubierta esta maldad,  
Teodoro, indignado della,  
con los debidos respetos,  
su viejo padre amonesta;  
mas queriéndole prender  
con dos amigos le cerca,  
y en un castillo le pone  
mientras el Reino sosiega.  
Preso su padre te escribe  
por mí, y por sus cartas ruega  
la vayas a socorrer,  
porque en gran peligro queda;  
que si le dieres tu ayuda  
para que el Reino posea,  
te promete eternas parias  
y te dará un hijo en prendas.  
Cada año trairé yo mismo  
cien caballos y cien yeguas,  
en cada arzón una espada  
y una cota milanesa.

REY. ¿Qué os parece, mis alcaides?  
¿No es esta demanda honesta?

ALBRAYDE. Y tan justa que te obliga  
a ir en persona a ella.

ZORÁN. Alá te dará favor  
para tan hidalga empresa,  
que es muy de pechos de reyes  
favorecer la inocencia.

DALIME. Junta una famosa armada,  
y de sus altas entenas  
en flámulas de colores  
tus armas y lunas cuelga.

REY. ¡Pues, alto! Zorán amigo,  
los tafetanes despliega  
de mis banderas al aire;  
tiemble el mar de mis banderas,  
y tú, Albrayde, pon a punto  
mis galeotas, y entienda  
el sardo que guerra doy  
a quien dárme la desea.

Tú, Dalime, para el lastre  
más que de bizcocho llena,  
mis atarazanas roba  
de pólvora, plomo y cuerda.  
Y tú parte, Embajador,  
adelante, y di que llega  
en su socorro Almeli que.

RUFINO. ¡Prosperé el cielo tu fuerza!

(Vase.)

REY. Conmigo podréis pasar,  
cautivos.

FLORISEO. Con tu licencia,  
queremos los dos, señor,  
ser soldados de esta guerra.  
Traje moro tomaremos  
para que nadie lo entienda,  
que es Teodoro nuestro amigo  
y Cerdeña patria nuestra.

REY. Pues irás por Capitán  
de la galeota.

FLORISEO. En ella  
haré más por tu servicio  
que en Troya Aquiles por Grecia.

REY. Pues vamos, fuertes alcaides.

FLORISEO. ¿Qué dices, Arminda bella?

ARMINDA. Que estando preso tu padre  
Teodoro la culpa tenga.  
Me da a entender que es tirano,  
e inocente la Duquesa.

FLORISEO. Vamos a Cerdeña, Arminda;  
que si él a su padre afrenta  
Dios le quitará los pasos  
y esta espada la cabeza.

(Íanse.)

(Entren TIBALDO, capitán, y la DUQUESA LAUDOMIA,  
huyendo.)

TIBALDO. Aquí podréis, gran señora,  
de camino descansar,  
que tampoco da lugar  
el sol, que estos montes dora,  
y yo entiendo que el tirano  
queda muy atrás.

LAUDOMIA. No sé  
si pongo en lugar el pie  
donde él no ponga la mano.  
Voy, Tibaldo, tan medrosa,  
y con tal desconfianza,  
que a cada paso me alcanza  
su espada vil y afrentosa.

Y aunque estando el Duque preso  
no es bien tener libertad,  
está la dificultad  
de que no la tenga en eso.

TIBALDO. Bien sé que vuestro valor  
mejor que Evadnes muriera  
y que de Porcia venciera  
el encarecido amor;

pero para no perdelle  
es menester el dejalle,  
porque consiste el cobralle  
en ausentarse de velle.

En el cielo espero yo  
el castigo del tirano,  
que su sacrílega mano  
contra su padre movió.

Porque jamás hijo alguno  
cometiò tan gran pecado  
que no fuese castigado  
y reservado ninguno.

Divinas letras y humanas  
confirman esta verdad.

LAUDOMIA. Grande es esta soledad.

TIBALDO. Aldeas habrá cercanas  
en que descansar podéis  
si desta gente os fiáis;  
que ha días que camináis.  
dormís mal, y peor coméis.

LAUDOMIA. Sospecho que aquesta gente,  
Capitán, me escondería.  
y el secreto guardaría  
con amor del Duque ausente.

Partid y dejadme aquí.

TIBALDO. Esta cueva que el mar baña,  
llena de arboleda extraña,  
que un jardín parece en sí,  
os guardará del tirano.

LAUDOMIA. ¡Dios os guíe!

TIBALDO. Iré a buscar  
si habrá de quien me fiar  
en el lugar más cercano.

(Vase TIBALDO.)

LAUDOMIA.

Al que roba en el monte, y en poblado  
la hacienda quita, y el vivir falsea;  
al que el mar como pirata pasea; (sic)  
al blasfemo o sacrílego en sagrado;  
al traidor a su Rey, al deslenguado,  
aunque en las honras más guardadas sea;  
al adúltero amante, al que desea

por malos medios el ajeno estado;  
a los malos maestros y jueces,  
a los que tienen la lealtad perdida  
al cruel, al avaro, y al que miente:  
a todos suele el cielo muchas veces  
reservar el castigo en la otra vida,  
y en ésta siempre al hijo inobediente.

(Entrese, y salga con música una boda de villanos.  
Los señalados della sean: TORINDO, desposado; RI-  
SELA, desposada; CELINO, padre; ROTUNDO, alcalde;  
ELISA, labradorcilla, con el pandero.)

(Cantén.)

“A la novia y al novio  
les guarde Dios,  
y al que no dijere amén  
no le guarde, no.

Al novio garrido,  
y a la novia bella,  
que parecen juntos  
el sol y la estrella,  
más frescos que mayo,  
más dulces que almendras,  
más blancos que natas  
y cuajada fresca,  
el cielo les guarde  
y les dé y ofrezca  
buen vino en las viñas,  
buen trigo en las eras,  
buen aceite en casa,  
buen puerco y manteca,  
buen hijo arzobispo,  
si sigue la Iglesia,  
maestre de campo  
si fuere a la guerra,  
y toda la aldea  
diga lo que yo,  
y a quien no dijere amén  
no le guarde, no.”

ROTUNDO. ¡Pardiez, bendición le echáis  
que hay para diez casamientos.

ELISA. Todos estamos contentos  
que tan buen yerno tengáis.

ROTUNDO. Y de su hija a Celino (1)  
¿no le decís algo?

ELISA. ¿Pues  
ya no saben todos que es  
su donaire peregrino?  
Sabe Dios si el desposado  
no le perdono por eso.

(1) Texto: “y de su hija Abelino”.

ROTUNDO. ¿Qué ha hecho?

ELISA. Aunque está muy tieso,  
el sabe si me ha burlado.

TORINDO. Elisa, juro a los ojos  
de Risela que te quejas  
en vano, y que son consejas  
eso de tu amor y antojos.

Que porque una vez te dije  
en la huente no sé qué,  
no es delito.

ELISA. ¿No lo hué?

ROTUNDO. Verá de lo que se afige.  
No lo hué.

ELISA. ¿No? ¿Y otro día  
que me dió un pezilgo?

TORINDO. No,  
que buen pescozón me dió  
y me dijo que mentía.

ROTUNDO. ¿Que mentía? ¿Sobre qué?

TORINDO. Sobre llamarla mi vida.

BELINO. Verá de que está corrida.

ELISA. Aún más.

TORINDO. ¿Qué?

ELISA. Pisóme el pie.

BELINO. Anda, que todo eso es nada.  
Desenójala, Torindo.

ELISA. ¿Desenojarme? ¡Oh, qué lindo!

BELINO. ¿Has de ir al baile enojada?

RISELA. Demasiado estoy sofrida,  
para ser la novia yo;  
si te pisó y pezilgó,  
y te ha llamado mi vida,  
que sea tuyo en mal hora.

ROTUNDO. He aquí la boda en tierra.

BELINO. ¡Pardiez, vuélvome a la sierra!  
¿No veis que la novia llora?

TORINDO. ¡Ah, mi Risela: ah, mi bien!  
Voto al sol y al de esos ojos  
que me dais sin causa enojos  
con ese injusto desdén.

Yo soy vuesto, y vos sois mía;  
miente quien dice otra cosa.

BELINO. Hábrala tú, que es celosa,  
y tendremos triste día.

ELISA. Ea, Risela, que fué  
burlando cuanto se habló,  
que ni a mí me pezilgó  
ni me ha pisado en el pie.

Deja celos y locuras,  
que en llegándole al oído  
no quiere más que el marido

para andarse a sus anchuras.

RISELA. ¿Estás tú desenojada?

ELISA. Sí, ¡pardiez!

RISELA. Pues yo también,  
y el demonio lleve, amén,  
a quien se le diere nada.

BELINO. Ea, los novios se abracen.

TORINDO. Dame, Risela, ese pecho.

ELISA. ¡Oh, mal fuego de barbecho,  
así suiro que se enlacen!

(Entre TIBALDO.)

TIBALDO.

Amigos, si a piedad moveros puede  
del Duque vuestro la dicha [tan] extraña,  
no permitáis que el vil Teodoro herede  
estas dos islas y esta gran montaña.  
No porque Floriseo muerto quede,  
si la fama del bárbaro no engaña,  
habéis de permitir que señor sea  
con una hazaña tan indigna y fea.

Al viejo Anselmo con cadenas tien-,  
siendo su padre, en una torre preso,  
y dél huyendo la Duquesa viene  
por la maleza deste monte espeso;  
en tanto que mi lengua se detiene  
en contaros el trágico suceso,  
podría ser que el bárbaro Teodoro  
asido hubiese aquellas hebras de oro.

Dad vida al Duque, dando a la Duquesa,  
generosos vasallos, vuestra ayuda,  
que aquí la dejo donde apenas cesa  
de hacer llorando hablar la peña dura;  
si verla así por ser mujer os pesa,  
lo que por hombres no se pone en duda,  
cuanto más porque fué vuestra señora.

ROTUNDO.

¿Que va perdida? ¿Que suspira y llora?

Junta esa gente de montaña y sierra,  
Torindo amigo, y la Duquesa viva.

TORINDO.

Rotundo, al vil tirano hagamos guerra;  
sus armas cada cual luego aperciba.

BELINO.

De toda la montaña los destierra;  
salgan las hondas y el bastón de oliva.

TIBALDO.

Seguildos, y cobremos nuestro dueño.



TORINDO.

Yo solo basto, si desgajo un leño.

(Pausa.)

(ENTRAN TEODORO, FABIO, REYNALDO y LUDOVICO.)

TEODORO. ¿Que escapárcenos pudiese,  
y no queréis que me pese?

LUDOVICO. No está lejos de nosotros.

TEODORO. ¿Por qué no taláis vosotros  
el monte, si el monte es ese?

RAYNALDO. Ya le quiero poner fuego;  
mas no lo intentes, señor,  
que este villanaje ciego  
se atreverá con furor  
a darte desasosiego.

Mira que es grande canalla,  
y que si junta se halla  
con tu enemigo, no hay cosa  
a tu intento más dañosa.

FABIO. Gente sucia.

TEODORO. Escucha y calla.

(Entre la DUQUESA.)

LAUDOMIA. A las voces he salido,  
que sin duda es esta gente  
la que Tibaldo ha traído.

TEODORO. ¿Qué sol de tan nuevo oriente  
resplandece en mi sentido?

¡Oh, divina imagen bella,  
del alma idólatra mía,  
por quien su ser atropella!  
Tú, señora, a ti me guía,  
que cres de noche mi estrella.

En tu busca vengo así,  
no para hacerte pesar  
que has de servirte de mí.

LAUDOMIA. Si me vienes a buscar,  
vil Teodoro, vesme aquí.

Confieso (1) que imaginé  
que eras mi remedio, y creo  
que aunque he errado, poco erré,  
que si la muerte deseo  
creo que la muerte hallé.

¡Ejecútala, villano!

Pasa mi inocente pecho,  
porque es hecho más humano  
que el que en dar la muerte has he-  
a tu viejo padre anciano. [cho

¿Qué miras, que estás burlado?

TEODORO. Mi padre vive, aunque preso,  
que por loco vive atado.  
Tu, ignorante del suceso,  
hasme, señora, culpado.

LAUDOMIA. ¿Loco el Duque?

TEODORO. ¿Qué locura  
mayor, si entregar procura  
al bárbaro de Biserta  
esta isla, amparo y puerta  
de España, noble y segura?  
¿Hizo el Conde don Julián  
más que entregar a Almanzor  
lo que éste a Amelique Hazán?

LAUDOMIA. ¿Cuándo, Teodoro traidor,  
fin tus enredos tendrán?  
¿El Duque a Hazán, a Cerdeña?  
¿Por qué razón?

TEODORO. Porque sueña  
que le tengo de heredar,  
si a Florisco la mar  
sepulta al pie desta peña.

LAUDOMIA. Ese es el color que has dado,  
Teodoro, a tu tiranía.

TEODORO. Ahora bien, yo te he contado  
la verdad, señora mía,  
y aun de la verdad quitado,  
que hay quien diga que ha querido  
volverse moro.

LAUDOMIA. ¿No más,  
bastardo infame, atrevido!

TEODORO. ¿Cómo esc pago me das  
del término que he tenido?  
Quererte hacer mi mujer  
y librarte de un tirano,  
¿esto viene a merecer?  
Perdona, madre, mi mano;  
hoy te tengo de prender.

LAUDOMIA. Sin asirme has de llevarme;  
mujer soy para matarme.  
Basta asir la guarnición  
de la espada, que esas son  
hazañas para engañarme.

Para matarme me afrentas,  
y llamas madre; bien haces,  
que así tu delito aumentas.

TEODORO. Con razones pertinaces  
mis desatinos intentas.

LAUDOMIA. Si tu madre hubiera sido,  
el vientre me traspasara  
en que te hubiera traído,  
y los pechos me cortara

(1) Texto: "Confuso."

por quien hubieras vivido.

Y viendo tu inclinación,  
fuera de la condición  
humana, que al bien inclina,  
dijera lo que Agripina  
a las guardas de Nerón.

¡Desventurado de ti  
entre estas falsas harpías,  
que como serpientes crías,  
pues te han de matar así  
los mismos de quien te fías!

Si aquí no me das la muerte  
no dudes que espero verte  
muy presto en tan triste estado,  
que apenas halles sagrado  
en que puedas acogerte.

Deja, pues pones prisiones  
a tu madre, esas razones,  
y ese nombre no me cuadre;  
sólo quisiera ser madre  
para echarte maldiciones.

TEODORO. Y yo si tu hijo fuera  
de manera me pesara,  
que aun primero que naciera  
sólo porque te matara  
como víbora saliera.

O si naciera, y logrados  
viera mis años pasados,  
fuera más que Nerón fuerte,  
porque te diera la muerte  
sin mandarlo a mis criados.

Con que modestia me aplace,  
crisol que el amor acendra;  
malo soy por quien me hace,  
porque en efeto, el que nace  
es imagen del que engendra.

Mal padre tuve, si soy  
mal hijo, y si me maldices  
las mismas te vuelvo y doy.

LAUDOMIA. Así el fruto fuera hoy  
como fueron las raíces.

(Dentro TIBALDO y los villanos.)

TIBALDO.

Detrás de aquellas ramas de lentisco  
los he visto, por Dios.

LAUDOMIA.

Gran gente suena.

FABIO.

Si es la nuestra, que baja destos riscos,

que parece canalla, me da pena.

ROTUNDO.

Los lobos andan ya por los apriscos.  
¡Ea, pastores, que la caza es buena!

TEODORO.

Villanos son; sobre nosotros vienen;  
las hondas suenan, retirarnos tienen.

(Salgan todos.)

TIBALDO.

¡Muera el cobarde y viva el duque Anselmo!

TEODORO.

¿A vuestro Rey, villanos, a Teodoro?

ROTUNDO.

Si ésta os acierta, yo os abollo el yelmo.

TEODORO.

Huíd. huíd.

LAUDOMIA.

Tus pies, Tibaldo, adoro.

TIBALDO.

No dirás que llegué como Santelmo.

ELISA.

Mientras los siguen enjugad el lloro.

TIBALDO.

¡Qué bien lo van haciendo los villanos!

LAUDOMIA.

Dios les da esfuerzo, y mi inocencia manos.

ROTUNDO.

Pardiez, señora, que nos mueve a duelo  
verla peregrinar por la montaña.

LAUDOMIA.

¿Qué puedo hacer? Así lo quiere el cielo.

(Fue! van.)

ROTUNDO.

Midiendo van las liebres la campaña.

ROTUNDO.

Dadnos los pies.

LAUDOMIA.

Alzaos todos del suelo,  
que ni se olvidará de vuestra hazaña  
la fama deste Polo al Norte helado,

ni yo si vuelvo a mi primero estado.  
¿Qué tanto está de aquí la torre fuerte  
que al Duque mi señor tiene?

BELINO.

Una milla,  
si es la torre del puerto.

LAUDOMIA.

¡Ay, triste suerte!

TIBALDO.

La misma.

LAUDOMIA.

¡Ay, cielo, el sol su curso humilla!  
¿Quién pudiera, mi amado Anselmo, verte?

ROTUNDO.

¿Queréisle ver?

TIBALDO.

Su amor me maravilla.

LAUDOMIA.

Si quiero, pues; ¿qué bien sin él espero?

ROTUNDO.

Daros remedio para verle quiero.

LAUDOMIA.

¿De qué manera?

ROTUNDO.

Vos veréis el modo,  
y no le hagáis si no fuere seguro.

LAUDOMIA.

A cualquiera peligro me acomodo,  
a la muerte o a la cárcel me aventuro.

ROTUNDO.

Pues vamos discurriendo el campo todo  
antes que deje el sol el mundo oscuro.

LAUDOMIA.

Tibaldo, vamos; este bien reciba.

TIBALDO.

¿Quién vive?

TODOS.

¡El Duque!

LAUDOMIA.

¡Viva el Duque!

TODOS.

¡Viva!

(Váyanse.)

(Entre ALBANO, padre de ARMINDA; DOROTEO y LIBERTIO.)

ALBANO.

Parece que ha gustado el rey Teodoro  
de darme en guarda y confianza al Duque  
para mayor dolor de mi suceso.

DOROTEO.

¿En qué os parece que crueldad ha sido?

ALBANO.

¿No fué crueldad, cuando mi hija falta  
de mi casa, atajarme que la siga  
y hacerme alcaide de su propio padre?

LIBERTIO.

La confianza que ha mostrado en esto  
te obliga, Albano, a estimación y gusto.

ALBANO.

Yo le perdono al Rey la confianza:  
hacer mejor la puede de vosotros,  
que yo jamás le he dado tal consejo  
como prender a su inocente padre,  
y si no parecer mi hija tiene  
alguna causa, es castigarme el cielo.

DOROTEO.

Hablad, Albano, con templanza en esto,  
que ya sabéis las vidas que ha costado.

ALBANO.

Antes por eso ofreceré la mía,  
que poco importa do se pierden tantas;  
porque negar que no es atroz delito  
que un hombre, aunque razón tuviese y causa,  
prenda a su padre y a su madre siga,  
es decir que es el sol obscuro y negro,  
la noche clara y firme el cielo nono,  
que de Oriente a Poniente cada día  
con ley perpetua las esferas mueve.

LIBERTIO.

Albano, que en las lenguas de los hombres  
el bien y el mal está; si no lo sabes,  
no sé qué te ha enseñado la experiencia;  
déjate agora, si no conoces esto,  
de ser moral filósofo, y procura  
seguir del mundo las erradas leyes,  
que no le has hecho tú para emendalle.

ALBANO.

La virtud que es el premio de sí misma  
no se vence jamás de la costumbre;

los malos huelgan del tirano Príncipe  
como el ladrón de la callada noche;  
los buenos aman al piadoso justo.

DOROTEO.

¡Qué impertinente viejo!

LIBERIO.

Gente viene  
a traer la comida al Duque.

DOROTEO.

Advierte  
que los guardas estén agora alerta.

LIBERIO.

Unos villanos llegan a la puerta.

(LAUDOMIA, en hábito de villano, con ROTUNDO, con  
un cuchillo.)

LAUDOMIA. Acogedme acá, por Dios,  
que me quieren dar la muerte.

ALBANO. Tened ese hombre los dos.  
Veré qué es esto.

ROTUNDO. ¿A cogerte (1),  
villano?

DOROTEO. ¡Tente!

ROTUNDO. Teneos vos.

LAUDOMIA. Acá me entro en el castillo.  
Señor, quitálde el cuchillo.

DOROTEO. Ya está dentro; ¿qué queréis?

ROTUNDO. Que acá fuera le arrojáis.

LIBERIO. ¿Por qué?

ROTUNDO. No quiero decillo.

DOROTEO. Tened respeto.

ROTUNDO. ¡Oh, qué bien!  
Deme acá luego el muchacho.

DOROTEO. ¿Qué decís?

ROTUNDO. Que me le den.

DOROTEO. Suelta el cuchillo, borracho.

ROTUNDO. Si yo lo estoy, vos también.

DOROTEO. ¿No veis lo que respondió?

ROTUNDO. Digo bien, si os engañáis.

DOROTEO. ¿En qué me engaño?

ROTUNDO. ¿Pues no,  
si por mucho que miráis  
no veis tanto como yo?

LIBERIO. Contadnos, buen labrador,  
por qué le queréis matar.

ROTUNDO. Es un bellaco, señor,  
que se me quiere casar.

ALBANO. Basta, que el hombre es de humor.  
Decidnos de espacio el cuento.

ROTUNDO. ¡Oh, sepa que es una historia!  
¿No habrá cerca algún asiento?

ALBANO. En pie tendréis más memoria.

ROTUNDO. Esté su merced atento.

Yo soy alcalde de Arcelia,  
esta aldea convecina,

que aunque no traiga la vara  
bien se ve que so justicia.

Caséme siendo mancebo,  
diéronme en dote una viña,

tres asnos casi tan grandes  
como los tres que me miran;

un pajar con dos colmenas,  
diez gansos y una pollina,

seis cubas llenas de vino;  
miento, que estaban vacías.

Con esto la mi mujer  
parió un martes yendo a misa,

digo, emprenóse antes desto,  
nueve o diez meses serían.

Hubo brava colación  
en el bautismo, y comida,

y aun me acuerdo por más señas  
que hubo en el parto torrijas.

Creció el muchacho; fué grande;  
dióle Dios la voz erguida;

sonsacábamele el cura,  
y andaba en la sacristía:

sabía todos los psalmos,  
las vísperas y vigillas;

cantaba como si fuera  
ruiseñor o golondrina.

Ya cercenaba las hostias,  
ya los muérganos tañía,

ya repicaba campanas,  
ya en las procesiones iba.

Sucedió que el mes de mayo,  
yendo a hacer las letanías,

la hija de mi compadre  
le miró con ojeriza;

el mozo la pezilgó,  
y ella le dió dos salchichas

por la ventana otra noche,  
y media oveja en cecina.

Creció con esto el amor  
multiplicado en la vista,

y vino a tanta rotura  
que le lavó las camisas.

Ya el mi Antón no iba a la iglesia,

(1) Texto: "Acógete."



ni cantaba, ni sabía;  
 ya no trataba de más  
 que de servir a Dominga.  
 Las visperas y completas  
 se trocaron en letrillas;  
 ya se andaba por los bailes,  
 ya era el loco de la villa;  
 compraba zapatos blancos,  
 cintas de nácar traía,  
 que es amar como atambor,  
 que todo es ruido y cintas.  
 Compró en la feria el bausán  
 una mohosa espadilla,  
 con que ya de noche andaba  
 azotando las esquinas.  
 Al fin hoy se me atrevió,  
 porque yo le reprendía,  
 a decir que es su mujer,  
 aunque el mundo le persiga;  
 que el cura busque otro mozo  
 que cante y ayude a Misa,  
 y yo otro hijo, si acaso  
 no consiento que la sirva.  
 Subióseme el humo tanto  
 por las narices arriba,  
 que las puse más abiertas  
 que caballo que relincha;  
 saqué el cuchillo y tras él  
 vine por esas olivas  
 hasta el castillo en que estáis  
 y que le ha dado la vida.  
 Que pienso hacer, si le cojo,  
 ya que el cuchillo me quitan,  
 que le quede como grana  
 el embés de la barriga.  
 Esta es la historia, señores:  
 mirad si es cosa de risa  
 que esté adentro el que os engaña  
 con esta treta fingida.

ALBANO. ¡Notable humor!

DOROTEO. Extremado.

LIBERIO. ¡Qué bien cuenta su desdicha!

ALBANO. ¿Qué es esto que el mar atruena  
 y alborota a la marina?

DOROTEO. Salva han hecho, una, dos, tres,  
 ¡Qué bizarra artillería!  
 Señores, armada es esta  
 que viene a tomar la isla.

LIBERIO. Prevenid las piezas luego,  
 salga nuestra gente aprisa;  
 los jinetes de la costa

corran la arenosa orilla.

ALBANO. Aquí se escuchan las cajas.

ROTUNDO. Yo me subo el monte arriba  
 para ver si es de cristianos.

DOROTEO. Todas son velas moriscas.

ALBANO. ¡Qué notable confusión!

LIBERIO. ¡Oh, qué bravo estruendo y grita!

ALBANO. Sin duda, Teodoro infame,  
 que los cielos te castigan.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

### FIGURAS DEL TERCER ACTO

EL DUQUE ANSELMO.

LIBERIO.

DOROTEO.

LAUDOMIA.

ALBANO.

TEODORO.

FLORISEO.

ARMINDA.

REY DE BISERTA.

Dos GUARDAS.

FABIO.

BELINO.

ROTUNDO.

EL CAPITÁN TIBALDO.

### ACTO TERCERO

(DUQUE ANSELMO, con cadena, y LIBERIO.)

ANSELMO. ¿Moros decís que han venido?

LIBERIO. A vista, señor, están  
 de la isla.

ANSELMO. ¿A qué vendrán?

LIBERIO. Teodoro los ha traído.

ANSELMO. ¿Teodoro moros aquí?  
 ¿No me diréis para qué?

(LAUDOMIA, en hábito de villano, y DOROTEO.)

LAUDOMIA. Si ya ha comido, entraré.

DOROTEO. Entra y lo que quieres di.

ANSELMO. ¿Qué quiere aqueste villano?

LAUDOMIA. Sólo veros, Duque noble,  
 que esta corteza de roble  
 encubre un pecho romano.

ANSELMO. ¡Santo Dios! ¿No es la Duque-

LAUDOMIA. (De velle me ha lastimado.) [sa?]

Pardiez, todo vuestro Estado  
 de que esté preso le pesa;  
 y ha sido tanto el pesar,  
 que no estimando la vida  
 siendo al peligro ofrecida,  
 a verle quieren entrar.

Hi de puta, si lo es  
 aquel rapaz de vil pecho;  
 es suyo el yerro que ha hecho  
 y póncele a vuestros pies.

Voto a san, que se ha de ver  
como ninguno se vea,  
pues en deshacer se emplea  
al ser de quien tiene el ser.

Oí un día en mi aldea  
decir a un predicador  
que dijo mueso Señor  
que es esto cosa muy fea,  
y que no se lograría  
sobre la haz de la tierra  
quien diese a su padre guerra.

ANSELMO. ¿Hay tan extraña osadía?

LAUDOMIA. ¿Queréis ver cuán gran pecado  
es el que Teodoro ha hecho?

LIBERIO. (Alguna cosa sospecho  
del villano disfrazado.)

DOROTEO. Calla, que hay misterio aquí.

LAUDOMIA. Que cuando su ley dispuso  
Dios, tras sí los padres puso.  
¡Ay de quien lo trata así!

Amarle dice el primero,  
y no jurar el segundo,  
y santificar el mundo  
las fiestas, dice el tercero.

Todo esto le toca a Dios;  
luego en lo que al hombre toca,  
a honrar al padre provoca,  
y madre si tiene dos.

Teodoro madre no tiene,  
mas la que está en su lugar  
harlo bien la quiere honrar  
si a buscarla al monte viene.

Yo estaba presente a fe  
cuando forzarla quería  
en una cueva sombría  
a quien la mar baña el pie;  
y, pardiez, que le debéis  
a un capitán de la guarda,  
y que libraros aguarda  
si vos paciencia tenéis,  
el haberla defendido.

ANSELMO. ¿Cómo lo sabéis?

LAUDOMIA. Yo estaba  
sobre esta peña que lava  
el mar, como habéis oído,  
guardando una blanca oveja  
de mi honesto pensamiento  
del lobo tirano hambriento,  
que por hurtalla se aqueja,  
cuando Teodoro y su gente  
dieron con la dama triste:

que al traidor mal se resiste  
la vida del inocente.

Con palabras procuraba  
vencella, mas no podía,  
y así prenderla quería;  
y cuando asiéndola estaba,  
con un bizarro escuadrón,  
haciendo que le responda  
al estallar de la honda  
el mar con doblado son,  
llega el dicho Capitán,  
y a puro palo y pedrada  
le dan una rociada  
que a puto el postre se van.

ANSELMO. ¿Qué os parece del suceso  
y de aquel hijo traidor?

LIBERIO. Que anda más libre, señor,  
después que te tiene preso.

Floriseo es muerto ya;  
éste ha de ser tu heredero;  
si no se los das primero,  
tus estados tomará.

Con él, señor, te concierto,  
que es tu hijo, y no te acabes  
en esta cárcel, si sabes  
que tienes la vida incierta,  
que tampoco no es razón  
que te herede un hombre extraño.

LAUDOMIA. ¿Que se concierto? ¡Mal año!  
Sufrid, Duque, la prisión.

Ahora estad firme al doble,  
corra o mude la suerte,  
que no es peligro la muerte  
para hacer bajeza un noble.

Una vez oí contar  
una conseja; escuchalda.  
Si os diere gusto, tomalda;  
si no, dejalda pasar:

Cogió un lobo de un aprisco  
un manso, que es cosa nueva,  
y llevóse a su cueva,  
que estaba encima de un risco.

Metióle dentro y decía  
que le entregase el ganado  
cuando le llevase al prado,  
que ya sabéis que le guía.

El manso, por no morir,  
los partidos escuchaba,  
y, aunque en la cueva, balaba  
que le pudiesen oír.

Una oveja, mujer suya,

que también en los ganados  
hay lealtad entre casados,  
porque en su valor se arguya,  
de una piel de un lobo muerto  
se disfrazó como lobo,  
y sin tener miedo al robo  
al manso estorbó el concierto,  
y dándole cierta cuerda  
y una lima, le aguardó,  
con que una noche salió,  
si el cuento bien se me acuerda.

Temiendo el lobo al ganado  
que juntaban sus pastores,  
buscó animales mayores  
y vino a batalla armado.

Los leones, como vieron  
los corderos inocentes,  
al lobo vuelven sus dientes,  
y en él su furia rompieron.

No sé si soy entendido.  
quedaos con Dios, que me voy;  
que ha grande rato que estoy  
entre vosotros vendido.

(Húyase.)

LIBERIO ¿Qué os parece del villano?

DOROTEO. Que fuera bueno prendelle.

ANSELMO. Dejalde, que el ofendelle  
no es hecho noble ni humano.

Que es vasallo y inocente,  
y aquel natural amor  
obliga, si ha sido error,  
a hablarme tan libremente.

DOROTEO. Con todo eso he temido  
que en el villano hay engaño.

ANSELMO. ¿Cómo os puede venir daño  
de un hombre preso y rendido?

DOROTEO. Duque, no es nuestra intención  
ofenderte, mas guardarte.

LIBERIO Gran gente sueña.

DOROTEO. ¿En qué parte?

LIBERIO. Albano y Teodoro son.

(ALBANO y TEODORO.)

TEODORO. ¿Que a Tibaldo acude gente  
y contra mí escuadra forma?

ALBANO. Así la fama te informa:  
el monte es fuerte y valiente:  
bien se podrá defender.

TEODORO. ¿Quién, fuera de esos villanos,  
las armas toma en las manos

contra mi fuerza y poder?

¿No ven que ya sale Hazán  
a hacerme dar la corona?

¿No ven que ya se pregona  
que hoy la corona me dan?

ALBANO. Algunos aficionados  
al Duque le van siguiendo.

TEODORO. Pues, Albano, yo pretendo  
perdonar hoy los culpados.

Parte a Tibaldo, y dirás  
a él y a su campo y gente,  
que hoy ante mí se presente,  
con término de hoy no más.

Y que me bese las manos,  
y obedezca; donde no,  
hoy morirá.

ALBANO. Voy.

TEODORO. Y yo.

te aguardo con rostro humano.

Que si muestro el de la ira  
que me ha de dar su respuesta,  
él verá lo que le cuesta  
a quien airado le mira.

ANSELMO. ¿No reparas, hijo mío,  
en que estoy aquí?

TEODORO. ¡Oh, señor,  
dame tus pies!

ANSELMO. ¿Cuál error  
te mueve a tal desvarío?  
¿Los pies que cargas de hierro  
quieres besar?

TEODORO. ¿Por qué no,  
si aqueste hierro te dió  
la desdicha de tu yerro?

Esa cadena esta vez  
no es por mí, ni lo consiento.

ANSELMO. ¿Pues cúa?

TEODORO. Del casamiento  
que emprendiste a la vejez.

El solo ha sido el verdugo  
que te prende y encadena,  
porque es en los pies cadena  
como es en el cuello yugo.

Hoy con el favor de Hazán  
me dan, señor, la corona:  
tú por tu vida la abona,  
que ya esperándote están.

Toda la plaza han cercado  
sus moros por más seguro,  
y del palacio su muro  
el lienzo ocupa un tablado.

Yo la tengo de tomar;  
más vale que me la entregues,  
y que de amor no te ciegues,  
que te ha puesto en tal lugar.

Tu hijo soy, y no creas  
que hombre que tú has engendrado  
puede en nada ser culpado,  
que tu misma sangre afeas.

Bueno es que quieras dar  
a tu mujer moza y loca  
lo que a tu sangre le toca.  
Voime.

ANSELMO. ¡Espera!

TEODORO. No hay lugar.

ANSELMO. ¿Quién duda que no podías,  
hijo, aguardarme respuesta,  
a desengañar dispuesta  
tus infames tiranías?

¡Qué bien tu culpa confiesas  
en no la haber esperado!

¿Qué tretas tan de culpado,  
Teodoro injusto, son esas?

Si dices que eres el Rey,  
¿cómo entrando en la prisión  
no has dado a nadie perdón,  
antigua y piadosa ley?

Mas con ese efeto abonas  
tu proceder fementido,  
que como eres Rey fingido,  
ni castigas, ni perdonas.

¡Qué bien al pueblo romano  
parecerá tu decoro.

que dé la corona un moro  
a un Príncipe y Rey cristiano!

Pero sólo en esto has sido  
discreto, aunque de vil pecho,  
que como es bárbaro el hecho,  
de bárbaros te has valido.

(Entre FABIO.)

FABIO. Duque, el Rey manda sacarte  
de la torre.

ANSELMO. ¿Qué piedad  
es ésa?

FABIO. Antes es crueldad,  
que a palacio he de llevarte,  
para que, al dar la corona,  
lo firmes y lo consientas.

ANSELMO. Quitarme la vida intentas,  
Fabio injusto, mas perdona  
que me olvide de quien soy.

Vamos, que lo quiero ver.

LIBERIO. Acto notable ha de ser.

ANSELMO. ¿He de ir libre o como estoy?

FABIO. Como estás, porque no tengo  
orden para desbarrarte.

ANSELMO. Herrado en pública parte  
a grandes afrentas vengo.

Mas no importa, que él concierta  
y Dios dispone su estado,  
y más acierto yo herrado  
que él con la corona acierta.

(Anse.)

(Salga un alarde de moros con su caja y trompeta, y ocupando el tablado, pongan detrás el REY DE BISERTA y el bastardo TEODORO, y suban a un trono que estará hecho; entre los moros tienen, con su hábito, FLORISEO y ALMINDA.)

TEODORO.

Vasallos, que escuchando estáis atentos  
el fin de este espectáculo famoso,  
que unos tristes estáis y otros contentos,

sabed que el Duque, que un tiempo tan glo-  
por la piedad y religión que tuvo, [rioso  
sabio en la paz y en armas belicoso,  
mientras en el gobierno se entretuvo,  
él fué gallardo Príncipe por cierto,  
y debo ser al vínculo llamado,

que haré de mi madrastra, cosa indigna,  
ni que tengáis, señor, que ella os dé luego  
con quien trata, y casarse determina;

o pues que error es este loco y ciego,  
que muerto Floriseo el Duque injusto  
os dé un tirano por su infame ruego.

Mirando vuestro bien más que mi gusto  
he querido tomar la mbestidura,

que a algunos viles les parece injusto.

Y por si algún rebelde, por ventura,  
me impide la corona, me he valido  
del Rey que, como veis, mi bien procura.

De su mano el laurel he recebido,  
y por amigo fuerte le granjeo  
que en el lugar de Salomón estuvo.

Mas como el amoroso desconcierto  
por aquellas mujeres idumneas  
le hizo idolatrar, llegando al puerto,  
así mi padre las costumbres feas  
de mi madrastra, hermosa y ignorante,  
de su memoria son aguas leteas.

Y el Príncipe, a Trajano semejante,  
hoy es más duro que Excelino o Nero.



y últimamente, viejo y loco amante,  
quiere, muerto mi hermano y su heredero,  
quitarme del gobierno de su estado,  
llamándose su sangre a mí primero.

Yo soy su hijo, y por mi madre honrado  
por linaje Real Sanseverino,  
para todo suceso prevenido.

Mi padre aguardo, porque dél deseo  
qué dé consentimiento a mi corona  
para confirmación de mi deseo.

Que más mi pensamiento humilde abona,  
y la benignidad que he de mostraros,  
tan conforme al valor de mi persona,  
con que he de hacer merced y gobernaros.

(*Toquen trompetas, y FLORISEO diga.*)

FLORISEO. ¿Que consienta el cielo justo  
que así mi enemigo hermano  
blasone, y hable a su gusto?

ARMINDA. Es un bárbaro tirano,  
más que el de Sicilia injusto.

FLORISEO. ¿Que sea yo Floriseo,  
y que vea lo que veo,  
y que no me atreva a hablar?

ARMINDA. Aguarda tiempo y lugar.

FLORISEO. No me lo sufre el deseo.)

(*Entre FABIO con el preso.*)

FABIO. Aquí está el Duque, señor.

TEODORO. ¡Oh, padre, bien seas venido!

FLORISEO. ¿Hay más extraño rigor?  
Muero, Arminda, enternecido  
de un justo efeto de amor.  
¿Si hablaré?

ARMINDA. No es tiempo agora.

FLORISEO. ¿Pues cuándo es tiempo, señora?

ARMINDA. Cuando puedas darle guerra.

FLORISEO. A su padre los pies hierra  
cuando él las sienes se dora.  
¡Ah, bárbaro!

TEODORO. ¡Padre mío,  
para firmar un papel  
agora a llamar te envío.

ANSELMO. ¿Yo tu padre, hijo cruel?

TEODORO. ¡Oh, qué hermoso desvarío!  
Toma, Fabio, lee en alto;  
vea el pueblo que no falto  
de hacer yo mi obligación.

FLORISEO. (No me sufre el corazón  
tan extraño sobresalto.)

FABIO.

*Anselmo, Duque de Cerdeña, a mis vasallos  
los que ahora son y serán: Digo que por cuanto  
yo me hallo incapaz del gobierno de mis es-  
tados, y es muerto mi legítimo hijo Floriseo,  
hago aquesta renunciación, y los entrego a Do-  
rotco (sic) Sanseverino, mi hijo, que de ellos  
hoy se llama y intitula Rey, y le hago legiti-  
mo, y admito, y llamo a ellos, y os mando y  
encargo le admitáis y recibáis como a tal na-  
tural señor."*

TEODORO. No leáis más, que eso basta:  
toma aquesta daga, Fabio.

FLORISEO. ¿Qué sufrimiento no gasta  
la fuerza de aqueste agravio  
que hasta las piedras contrasta?

TEODORO. Esta daga y esta pluma  
le da al Duque, y di que en suma  
ésa ponga en el papel,  
o ésta en su pecho cruel,  
y que luego se resuma.

FABIO. Esta pluma y esta daga  
me manda darte, señor.

FLORISEO. (¿Que esto un hombre humano ha-

FABIO. Haz en aquesto, señor, [ga?]  
lo que más te satisfaga.

ANSELMO. Los nombres puedes trocar  
a la pluma y daga, Fabio:  
la pluma es daga en firmar  
mi muerte, afrenta y agravio,  
que es la que me ha de matar;  
y la daga es pluma que ama  
el alma; pues se derrama  
mi sangre en este destierro,  
daré una pluma de hierro  
a las alas de la fama.

Y tú, tirano sangriento,  
en vano me persuades  
con la muerte que consiento;  
que firmar yo tus maldades  
es decir que las consiento.

Y más estimo cruel,  
siendo a quien yo soy fiel,  
que consentir lo que has hecho,  
firmar con sangre en mi pecho  
que con tinta en el papel.

Mojaré en sangre la daga  
y escribiré en este suelo  
mi inocencia, porque haga  
por su información el cielo  
lo que al cielo satisfaga.

De que Caín mate a Abel  
por ser hermano cruel  
nombre de fiero le dan;  
pero si matara a Adán,  
¿qué dijera el mundo dél?

Pues esto se ha visto en ti,  
quizá porque con tu madre  
al justo cielo ofendi,  
que a Adán matas en tu padre  
pues me das la muerte a mí.

Cuando te pregunte, en fin,  
Dios por mí, ¿qué has de hacer,  
que soy padre y te di ser,  
si por su hermano Caín  
no le supo responder?

No te valdrá que le digas  
si eres de tu padre guarda,  
si no es que te contradigas,  
pues que con tanta alabarda  
me guardas, prendes y ligas;

así que mi guarda eres,  
y mi homicida traidor,  
y Dios que ofenderle quieres  
te señalará mejor  
por dondequiera que fueres:

y responda que esta pluma  
doy a quien tu infame historia  
escriba con larga suma,  
para que quede memoria,  
que ningún tiempo consuma.

Y esta daga a tu vil pecho...

TEODORO. ¡Tenelde!

FLORISEO. (Romano hecho  
si a la ejecución llegara.)

TEODORO. ¿Veis de qué suerte declara  
su vil intento y despecho?

¿Vasallos, a vuestro Rey  
consentís que den la muerte  
en una ocasión tan fuerte?

ANSELMO. ¿Qué Rey, villano? ¿En qué ley  
se hacen reyes de esa suerte?

Ved qué Conde Palatino,  
sino, un moro de Biserta,  
es quien a dársela vino,  
que todo aquesto concierta  
con su mayor desatino.

Ved qué Concepción de Roma  
sino estar descomulgado,  
pues contra su padre toma  
las armas, y se ha entregado  
a quien adora a Mahoma.

TEODORO. Llevalde a la cárcel luego.

FABIO. Camina y no halles más.

TEODORO. ¿Qué sientes desto?

REY. Estoy ciego  
de que sufriendole estás  
sin echar su cuerpo al fuego.

Allá nuestro gran señor,  
en viendo el ceptro en las manos,  
mata a todos sus hermanos,  
que es permitido rigor,  
no como acá los christianos.

Por reinar todo es muy justo.

FLORISEO. (Qué mal el tirano injusto  
es, Arminda, aconsejado.)

TEODORO. Pues yo estoy determinado  
a matarle por tu gusto.

REY. Mañana puedes hacello.

FLORISEO. Al viejo quieren matar;  
yo me parto a socorrello.

ARMINDA. El cielo te ha de ayudar;  
la ocasión me da el cabello.

(Váyanse FLORISEO y ARMINDA.)

TEODORO. Baja, Hazán, que tú verás  
cómo aqueste agravio vengo.

REY. Como caballero harás.

TEODORO. Si por mi amparo te tengo,  
¿qué espero o pretendo más?

(ALBANO entre.)

ALBANO.

Bien puedes acudir con más cuidado,  
señor, a la defensa de tu vida,  
que ya no digo de tu nuevo estado.

Fuí al monte, donde estaba prevenida  
la gente de Tibaldo, de tal modo,  
que no habrá lengua que su esfuerzo impida.

Y vásele llegando el reino todo,  
de suerte que las villas se despueblan,  
y así en vano tus ruegos acomodo.

Humildes valles y altos montes pueblan  
hidalgos caballeros y pastores,  
cuyas banderas hasta el sol anieblan;

en una vi, señor, de las mejores,  
pintado al Duque preso, que decía  
la letra: "Hasta que mueran los traidores."

TEODORO.

¿Que en Tibaldo ha de haber tal osadía?  
¡Ordénese mi gente y la extranjera!  
Marche luego, señor, la Infantería:

hoy le daré batalla en la ribera  
del sardo mar, para que en él se entierre  
la sangre vil que de su parte muera.

REY.

Pues ¡alto! El escuadrón primero cierre.  
¿Zorán?

ZORÁN.

¿Señor?

REY.

Trazando va Mahoma  
que desta isla este traidor destierre.

ZORÁN.

Pues déjale vencer, y luego toma  
las armas contra todos, que si tienes  
la isla que tu mar oprime y doma,  
muy presto a ser señor de España vienes.

REY.

Presto verás en Caller mis banderas.

ZORÁN.

Ya sé que entrar en la ciudad previenes.  
Haz que mi gente ocupe las riberas.

(Váyanse.)

(FLORISEO y ARMINDA entran.)

FLORISEO. Muy tarde habemos llegado,  
ya está dentro en la prisión;  
pero con la alteración  
muy poca gente ha quedado.

Los caballeros se han ido  
adonde Tibaldo baja;  
aquí hay poca gente y baja,  
sin más armas que el vestido;  
los dos que están a la puerta  
solas alabardas tienen;  
si éstos a perderla vienen,  
ten su libertad por cierta.

Mientras al primero engaño,  
¿por detrás no le darás?

ARMINDA. En ese y en los demás  
pienso hacer notable daño.

Llega, porque la ocasión,  
nuevo Bernardo, te cuadre,  
y sacarás a tu padre  
de aquesta injusta prisión;

y con la razón que llevas  
no hay temer cosa ruín,  
y cuando mueras, en fin,  
habrás hecho lo que debas.

FLORISEO. Con tal ánimo, señora,  
yo llego.

ARMINDA. Llega.

FLORISEO. ¡Ah del fuerte!

(Dos GUARDAS.)

GUARDA. ¿Quién eres, que desa suerte  
llamas?

FLORISEO. (Apártate ahora.)

Un moro soy.

2.º ¿Pues qué quieres?

FLORISEO. A los dos traigo un recado  
de mi Rey.

1.º Bien seas llegado.  
Di el recado y di quién eres.

FLORISEO. Albrayde su alcaide soy;  
y porque me deis audiencia,  
este anillo de creencia  
me ha dado.

2.º Yo te la doy.

(ARMINDA vaya haciendo señas de darle con la daga.)

FLORISEO. Ya sabes que este bastardo  
es tirano de Cerdeña  
y que del Rey no es pequeña  
la amistad...

1.º En fin, aguardo.

FLORISEO. ...que con el Duque ha tenido.

2.º Todo lo sabemos bien.

FLORISEO. Pues hoy quiere que le den  
libertad: al Duque os pido.

1.º Mas orden es menester,  
que esta fuerza es de Teodoro.

2.º Vaya y diga, señor moro,  
que eso no se puede hacer.

FLORISEO. (¡Ahora!)

ARMINDA. ¡Muere, villano!

FLORISEO. Este déjamele a mí.

2.º ¡Traición, traición!

FLORISEO. Eso sí.

ARMINDA. Pon a esa puerta la mano.

FLORISEO. Guárdamela, vida mía,  
como ángel, pues ángel eres.

ARMINDA. ¡Entra!

FLORISEO. Haré que poco esperes.

ARMINDA. Mas que tardes todo el día.

(Salga la DUQUESA, de villano, con una escala y una  
lima.)

LAUDOMIA. Aquí al concierto he venido  
para arrojar a la sala

del Duque esta fuerte escala  
que de cáñamo he tejido,  
y aquesta lina también;  
pero, ¡ay de mí!, que a la puerta  
está un hombre y está abierta.

ARMINDA. Ya riñen y riñen bien.

¿Posible es que he de sufrir  
que riña mi Floriseo?  
¿Si entraré? Mas no, que creo  
que se han de entrar y subir;  
mejor a la puerta estoy,  
que Dios le ha de socorrer.

LAUDOMIA. Este moro me ha de ver;  
sin duda que muerta soy.

ARMINDA. ¿Qué es lo que busca el villano?

LAUDOMIA. Señor, espartos cogía,  
que el pie deste monte cría.

¡Qué bien habla! ¿Si es cristiano?

ARMINDA. Pues guárdese, o tiraréle  
este pistolette.

LAUDOMIA. Aguarde.

ARMINDA. No hay que aguardar, que ya es

LAUDOMIA. Ni hay que de mí se recele. [tarde.

ARMINDA. ¡Qué hermoso y lindo villano!

LAUDOMIA. ¡Qué lindo y hermoso moro!

(FLORISEO, con su padre en los hombros.)

FLORISEO. Ya llevo el cielo que adoro,  
como el Hércules tebano.

Vamos, Arminda, de aquí  
y ponme bien la cadena.

ANSELMO. ¿Pensáis que la carga es buena,  
moros, en librarme a mí?

¡Qué triste robo habéis hecho!

LAUDOMIA. ¡Ay, triste, al Duque han sacado!

FLORISEO. Yo sé muy bien que he robado  
el mayor bien de mi pecho.

LAUDOMIA. ¡Que aún no ha dado la batalla  
y ya saquean el fuerte!

ANSELMO. ¿Dónde, moro, desta suerte  
me llevas?

FLORISEO. Camina y calla.

LAUDOMIA. Yo haré que presto no veas  
tierra, que huyendo pises.

(Váyase LAUDOMIA.)

ANSELMO. Aunque yo parezco Anquises  
no eres tú piadoso Eneas.

FLORISEO. Yo sé que sustento en mí  
a quien me ha dado este ser.

ANSELMO. Moro, ¿cómo puede ser

ni que yo ese ser te di?

FLORISEO. Verdad es que nunca el cielo  
ha hecho, ni hay quien lo escriba,  
árbol la raíz arriba  
y las hojas en el suelo;

aunque al ramo las raíces  
dan humor, ya de otra suerte  
el ramo el tronco le vierte.

ANSELMO. No te entiendo lo que dice.

Déjame mirar tu cara.

FLORISEO. No podrás, porque el espejo  
enfrente ha de estar, buen viejo,  
para ver su luz más clara.

ANSELMO. Pues déjame que la tienta;  
que me dice el corazón  
cosas que imposible son.

FLORISEO. ¿Tienta!

ANSELMO. Comienzo en la frente;  
a los ojos he llegado;  
agua es ésta; ¿pues qué es eso?  
O sudas con el gran peso  
o lloras ¿qué te ha pasado?

Si viviera Floriseo,  
tú solo, moro, podrías (1).  
Hijo, da luz a Tobías,  
que te oigo y no te veo.

FLORISEO. Esa sola viene aquí,  
pues hay ángel Rafael.  
Llega, Arminda, habla con él.

ANSELMO. ¿Es Arminda?

ARMINDA. Señor, sí.

ANSELMO. ¿Adónde está Floriseo?

ARMINDA. Ese es, señor, quien lo dijo.

ANSELMO. Suéltame, suéltame, hijo,  
que te siento y no te veo.

FLORISEO. ¿Padre mío, camina!

ANSELMO. ¿Que eres vivo?

FLORISEO. Anquises mío,  
desta Troya te desvío  
en hombros de mi piedad.

Mi Creusa va conmigo  
y Ascanio, aunque no le ves.

(La Duquesa, con dos villanos, con sus hondas,  
tirando.)

LAUDOMIA. ¡Ea, amigos, éste es!

ROTUNDO. ¡Suelta la presa, enemigo!

BELINO. ¡Suelta el viejo, perro moro!

ANSELMO. ¿Quién es?

LAUDOMIA. La Duquesa soy,

(1) Texto: "podrás".



que pienso librarte hoy.

FLORISEO. ¡Oh, madre, esos pies a!loro!

¡No tires, no tires! ¡Tente!

LAUDOMIA. ¡Suelta, moro!

ANSELMO. ¡Hijo, descansa!

FLORISEO. Tu hijo soy.

ANSELMO. Señora, amansa  
la furia.

ARMINDA. ¡Escucha!

LAUDOMIA. ¿Qué gente?

FLORISEO. Ya, padre, os pongo en el suelo.

Laudomia, tu hijo soy.

LAUDOMIA. ¿Floriseo?

FLORISEO. Sí, que estoy  
vivo.

LAUDOMIA. Y que te guarde el cielo.

ANSELMO. ¿Quién ha hallado tanto bien?

LAUDOMIA. Milagros del cielo son.

FLORISEO. Pues habla en esta ocasión  
a Arminda.

LAUDOMIA. ¿Arminda también?

ARMINDA. Dadme esos pies, gran señora.

LAUDOMIA. ¡Oh, Arminda, si tú eras guía,  
mal Floriseo podía  
perder el norte que adora!

FLORISEO. Por ella, padre y señor,  
fui al mar en un barco echado,  
donde el cielo me ha librado  
para librarte mejor;

y pues lo más está hecho,  
y libres estáis los dos  
del tirano, quiera Dios  
vengar vuestro noble pecho.

Lo que aquí se puede hacer  
es que quedéis escondidos  
hasta ver si sois vencidos  
o si venís a vencer;

que yo, Arminda y esta gente  
iremos a la batalla.

ROTUNDO. El estado en que se halla,  
porque yo me halle presente,  
no es malo, sino el mejor.

LAUDOMIA. Que Dios os dará vitoria.

FLORISEO. Por vuestro bien y su gloria,  
pienso salir vencedor.

*(Todos se van.)*

*(Quedan solos el DUQUE y la DUQUESA)*

ANSELMO. ¿Cómo estáis, señora mía?

LAUDOMIA. De haberos hallado tal,  
que por ningún bien mortal

el presente trocaría.

¿Cómo os sacó Floriseo?

ANSELMO. Guardas y gente mató.

LAUDOMIA. De su valor muestras dió,  
de su sangre y su desco.

ANSELMO. No menos se debe a Arminda,  
que su espada belicosa  
guardó la puerta.

LAUDOMIA. Es famosa:  
Semíramis se le rinda.

ANSELMO. La batalla se ha trabado.

¿No oís los golpes aquí?

LAUDOMIA. Vitoria dicen allí.

¡Cielos! ¿quién la habrá ganado?

*(Voces dentro diciendo: "Vitoria", y salga TEODORO  
con la espada desnuda, el rostro lleno de sangre,  
y cae a los pies de su padre.)*

TEODORO. ¡Ay, desdichado suceso!

¡Oh, rigurosa fortuna,  
que nunca igualaste el peso!  
Poco creciste, mi luna;  
menguástela con exceso.

Ayer Rey, hoy nada soy;  
herido de muerte voy.

ANSELMO. ¿Un hombre echado a mis pies?

TEODORO. Y no sin misterio es,  
pues a vuestros pies estoy.

ANSELMO. ¿Quién eres?

TEODORO. Soy un tirano.

que no tuvo al cielo miedo;  
soy un bárbaro inhumano,  
soy de mi padre un Manfredo,  
soy un Caín de mi hermano,  
soy un hombre que he vivido  
tan mal como veis que muero,  
que en esto queda entendido,  
y un bastardo caballero  
de un padre honrado nacido.

Soy un Nerón que abrase  
la patria donde nací,  
soy un rey que no lo fué,  
cometa que me encendí  
y en el aire me acabé;

soy un Luzbel que ha caído  
del lugar que no merezco  
al que he también merecido,  
pues sólo no le parezco  
en que estoy arrepentido;

un caballo desbocado  
que sin antojos corrió,  
con antojos engañado;

y últimamente soy yo  
un tirano castigado.

Y si por mi pena y lloro  
y desdichado suceso  
no me conocéis, confieso  
que soy el cruel Teodoro,  
hijo del buen Duque preso.

Cuanto he dicho levanté,  
cuanto he querido intentar  
codicia y mentira fué,  
humos fueron de reinar,  
que con el humo cegué;

pero, ¿quién sois, caballero,  
que con cadenas estáis,  
si no es que acaso mostráis  
que errado entre hierros muero,  
y así me desengañáis?

ANSELMO. Hijo ingrato, Anselmo soy:  
yo soy el Duque, hijo mío,  
que aquí mis brazos te doy,  
lavando con este río  
la sangre que viendo estoy.

Tu madre está aquí también.  
LAUDOMIA. ¿Es posible que has llorado,  
y que esto mis ojos ven?

ANSELMO. Sí, amiga, que le he engendrado  
y al fin le he querido bien.

LAUDOMIA. Hoy conozco tu nobleza.

TEODORO. ¡Padre y señor, padre mío!  
¿Cómo he de alzar la cabeza,  
mirando mi desvarío,  
a tu piedad y grandeza?

¿Y cómo padre te llamo,  
que con esto más me infamo?  
Saca esa espada, señor,  
castiga mi loco error,

ya que tu sangre derramo;  
mira lo que al cielo obliga  
haber querido vivir  
dándote tanta fatiga,  
y mira si me castiga,  
que a tus pies vengo a morir;

mira si mi vida infama,  
porque acabar intenté  
la tuya con falsa fama,  
que los hierros que te eché  
muriendo sirven de cama.

Ya, buen padre, estás vengado;  
yo en efecto castigado;  
si tirano tuyo he sido,  
sola una cosa te pido,

y por haberme engendrado,  
y es que me des tu perdón,  
y para morir contento  
tu paternal bendición.

ANSELMO. Tu justo arrepentimiento  
me enternece el corazón;  
el cielo te dé a mi ruego  
lo que me pides a mí.

TEODORO. Señora, yo estuve ciego;  
conozco que os ofendí,  
loco de amoroso fuego.

Mil cosas os levanté  
inducido del demonio:  
todo testimonio fué,  
y desto da testimonio  
que a vuestros pies acabé.

Esos beso, y perdón pido.

LAUDOMIA. Con el pecho enternecido,  
Teodoro, te doy perdón.

ANSELMO. Llevarte al hombro es razón,  
como cordero perdido.

Vén, hijo, que por ventura  
te dará remedio el cielo,  
dando a tus heridas cura.

TEODORO. Tragaráme vivo el suelo.

ANSELMO. Sube, y la vida procura.

LAUDOMIA. ¡Qué buena carga!

Extremada;

la de un pródigo perdido.  
que al cielo el cobrarle agrada,  
de un ángel fuera llevada,  
que es pecador convertido.

*(Llévanle en hombros y sale el REY DE BISERTA con  
sus mozos, y TIBALDO y ALBANO tras ellos, peleando.)*

REY.

A tomar el castillo vení todos.  
Yo pondré sobre el muro tus banderas.

ARMINDA.

Y yo también.

REY.

Subid conmigo.

FLORISEO.

Vamos.

TIBALDO.

¡Oh, traidores! ¿Habéis desamparado  
a Teodoro, que os trujo por remedio,  
y tomáisle la tierra ahora al Duque?  
Sois bárbaros al fin.

ALBANO.

Grande victoria  
hecho solo, capitán la voyo,  
no por tantos rebeldes en el campo,  
si los muertos no hicieran lo que hay hecho.

TIBALDO.

Oye, que ya se asoman en el muro,  
y plantan de Antioque la bandera.

REY.

Dadme la tierra, sárdenos, libremente,  
e desde aquí derribaré los muros  
de la ciudad, sus cascos y polveras,  
con esta artillería que aquí tengo.

FLORISEO.

Eso no harás, que yo soy Floriseo,  
y es mía aquesta tierra.

REY.

—Que me dices?  
No fuiste tú el cautivo del Alcaide?  
Y ya no estaba muerto Floriseo?

FLORISEO.

Por fama estaba muerto, y fué cautivo;  
la vida me has devuelto, bien lo sabes.  
Devuélvame libre, bárbaro, mi tierra,  
o desde ahora arrojare tu cuerpo.

REY.

Detente, Floriseo, que si entonces  
me diste vida, no es razón que ahora  
yo te la quite, y que tu tierra usurpe.  
Dáme esos brazos, que por Ala santo  
de ser tu amigo y de recarte parias.

FLORISEO.

Con esa condición yo soy tu amigo.

ALBANO.

¿Es posible, que tu eres Floriseo?

FLORISEO.

Allá sabes de espacio mi suceso.

ALBANO.

Hay caso más extraño? ¡Ah, Guadalupe!  
¡Oh, el nuestro señor es vivo!  
Duchólo al Duque.

TIBALDO.

Milagrosa casa!

Alegre, vengid, con este día,

en que toles tus daños recuperas;  
ya es muerto el vil Tirano, cindadanos,  
y en su lugar su hermano resucita:  
Mami que es vivo nuestro querido Principe.

*(Buenos días, y Floriseo y Arminda.)*

REY.

¿Que tu eras Floriseo?

FLORISEO.

Rey, yo he sido  
que por librar mi padre de la cárcel,  
y mi querida patria de un tirano,  
vengo yo, la forma que me ves.

ALBANO.

¡Oh, Principe!

TIBALDO.

¡Oh, mi fantoso dueño, a tus pies tienes  
a Tibaldo y a Albano.

FLORISEO.

¡Albano, amigo,  
capitan valeroso!

ALBANO.

No pudiera  
ser dicha para mí de mayor gusto,  
aunque hallara mi hija desbellada,  
que este en que vivo en victoria y vida.

FLORISEO.

¿Que estuvaras hallar tu hija?

ALBANO.

En tanto,  
que te diera esta vida por albricias.

FLORISEO.

Arminda, ¡llega!

ALBANO.

¿Cómo llega?

ARMINDA.

Dadme,

padre y señor, tus pies.

FLORISEO.

Solo a su padre  
se ha de humillar así quien es mi esposo.

ALBANO.

Hija del alma mia, estos brazos  
son como padre; ahora, de rodillas,  
como señora, me daréis las manos.

TIBALDO.

Oí, que suena gente por el monte.

FLORISEO.

¿Sol moro?

ALBANO.

No, señor,

TIBALDO.

A punto ponte.

*(El Duque con el hijo tirano al hombro, y la Duquesa.)*

ANSELMO. ¡Hijo, presto llegarás;  
ten ánimo!

TEODORO. Padre mío,  
mira que cansado estás.

FLORISEO. ¡Oh, notable desvarío,  
cual no se ha visto jamás!

Padre, ¿a quién traes así?

ANSELMO. Como tu vitoria vi  
del tirano castigado,  
hele subido a sagrado,  
que esté seguro de ti.

TEODORO. Hermano, ¿podré bajar?

FLORISEO. Bajen tus pesares, bajen

*(Bájele.)*

dese divino lugar,  
pues te ha valido la imagen  
a que te fuiste a abrazar.

Baja, y la piedad te venza,  
de que has estado tan falto (1);  
a decir tu error comienza,  
porque ponerte tan alto  
es traerte a la vergüenza.

En esos pies te bastaba,  
y aun esos no merecía.

TEODORO. Hermano, esta vida acaba,  
aunque ya mis pocos días  
mejor es que viva esclava.

Déjalos, para que pueda  
llorar mi duro castigo.

FLORISEO. Si alguna, infame, te queda,  
como a humillado cnemigo,  
por muerto se te conceda.

Llevalde luego de aquí.  
Padre, ¿de qué triste estás?

ANSELMO. De que le trates así.  
Perdónale y me darás

la vida que yo te di.

FLORISEO. No era menester darme  
para saber tu nobleza  
que de tu valor presono;  
a quien disto tú cabeza  
doy mis brazos y perdono.  
Arrodala en ya mi mujer,  
Albano su cundo padre;  
a Tibaldo queto lazar,  
por defensor de mi madre,  
sustituto de mi ser.

Duje la conservación  
de Córcega, y al villano  
arazo, nobleza y blasón,  
su aldea, con monte y llano.

RODRIGO. Bien puedo ponerme en dar.

TIBALDO. Dadnos esos pies a todos.

FLORISEO. Besad a Arminia la mano,  
que lo debéis de mil modos,  
y también valéis que Albano  
es mi sancre y de los godos;  
y si viviere (1) Teodoro,  
irá de aquí desterrado.  
y tú, Arnelique, rey moro,  
mira que estás obligado  
a las parias, plata y oro.

REY. Dame el pasaje seguro,  
que las que Teodroo daba  
vendrán cada año a tu muro.

FLORISEO. ¡Jura a Alá!

REY. Aquesto bastaba:  
pero a Alá digo que juro.

FLORISEO. ¡Pues alto! Padre y señor,  
vamos donde descanséis;  
y vos que con el valor  
a los romanos vencéis,  
¿dais a Córcega honor.

ya sois Reina y no Duquesa.

LAUDOGIA. Hijo, tu corona es esa,  
y de mi Arminia querida.

ARMINDA. Vuestra, señora, es mi vida.

ANSELMO. ¡Qué floriseo fin de empresa!

Ven, y serás coronado  
por Rey que a todos remedia,  
y que honrando queda honrado.

FLORISEO. Aquí acaba la comedia  
del tirano castigado.

FIN DE LA COMEDIA DEL TIRANO  
CASTIGADO

(1) Texto: "tan alto".

(1) Texto: "si viviere".





## ERRATAS ADVERTIDAS

PÁGINAS	LÍNEAS	DEBE	DEBE DECIR
9, a	9	corrida ds	corrida de
17, b	14	en despertando un	en despertando, un
20, a	15	es esto	es esta
23, b	37	[Debe quedar dividido así]:	CLOR. Malditas sean todas. ALCINA. Tú lo seas y ellas no. CLOR. Viejas y feas pues son, Alcina, infinitas.
24, a	9	es huido	es lindo
27, b	34	Como un mes	Como un mes
61, a	10	Así lo dice.	¿Así lo dice?
70, a	34	prndencia	prudencia
87, b	27	Ludorco	Ludovico
114, b	última	en diferente	es diferente
131, a	última	Ycon	Y con
137, b	27	veros	versos
142, a	15	honor, Ramiro	honor Ramiro
147, b	2	[falta]	RAMIRO
202, a	30	aqueste	aquesto
222, a	28	enemigos esta	enemigos, esta
235, b	5	a morir; mas encubierto	a morir más encubierto
261, a	45	que agradecido?	o... que agradecido
		su amor. Pues	su amor? Pues
266, b	29	El señor más cortés	El ser más cortés.
269, a	29	Incultas esperanzas	Incultas asperezas
272, b	23	no daba	me daba
290, b	8	guto	gusto
326, b	20	quiro	quiero
332, a	23	en é	en él
332, b	1	pesó	paso
340, a	18	el cielo	al cielo
355, b	10	hipocrifo	hipogrifo
399, a	41	mejores.	mejores
402, a	8	perdona, Galindo, trae	perdona. Galindo trae
406, b	3	Alto, Gaspar	Alto, gastar
421, a	34	me has dado.	me ha dado
424, b	36	Teófilo	Teofilo
439, a	33	colosía	celosía
449, a	32	suya	saya.
457, a	10	señera, de	señora de
460, a	34	¿Cómo es así?	¿Cómo así?
464, b	14	duplicase	duplicase
465, a	39	posición	oposición

PÁGINAS	LÍNEAS	DEBE	DEBE DEBIR
476, a	30	visítarte	visitarle
478, a	32	Daina	Diana
496, a	31	¿donde vas	¿dónde vas?
534, b	9	¡Qué no puedes!	¿Qué no puedes?
557, a	18	cien velas	Cien velas
558, a	32	[falta]	PALADIO
577, a	26	vendido	rendido
597, b	8	puedieran	podieran
598, b	33	olvidara	olvidara
609, a	3	...mal,	...mal,
		sí no trae	si no trae.
610, b	17	ya	y a
635, a	28	mostráis	mostréis
636, a	9	mis deshonra	mi deshonra
657, b	17	escasa	escala
663, b	20	vengaza	venganza
664, b	27	tenga	tengo
668, b	2	en mí, señora.	en mi señora.
679, b	44	casa	caza
681, a	22	burlas	bulas
689, a	7	verte?	ver?
691, b	46	alvierte	advierte.
696, b	39	hidalgo	hidalgo
" "	42	aprovechó Leonido	aprovechó, Leonido.
699, a	8	pegue	pague
705, a	35	en secreto	un secreto
708, b	35	queré	quedé
709, a	12	Estela.	Estela
710, a	6	calacillas	calcillas
729, a	46	ALMINDA	ARMINDA
" b	7	concer	conocer
" "	35	castigues	castiguen
736, b	36	y de que algunos	y de algunos
742, b	30	Arminda	Armindo























